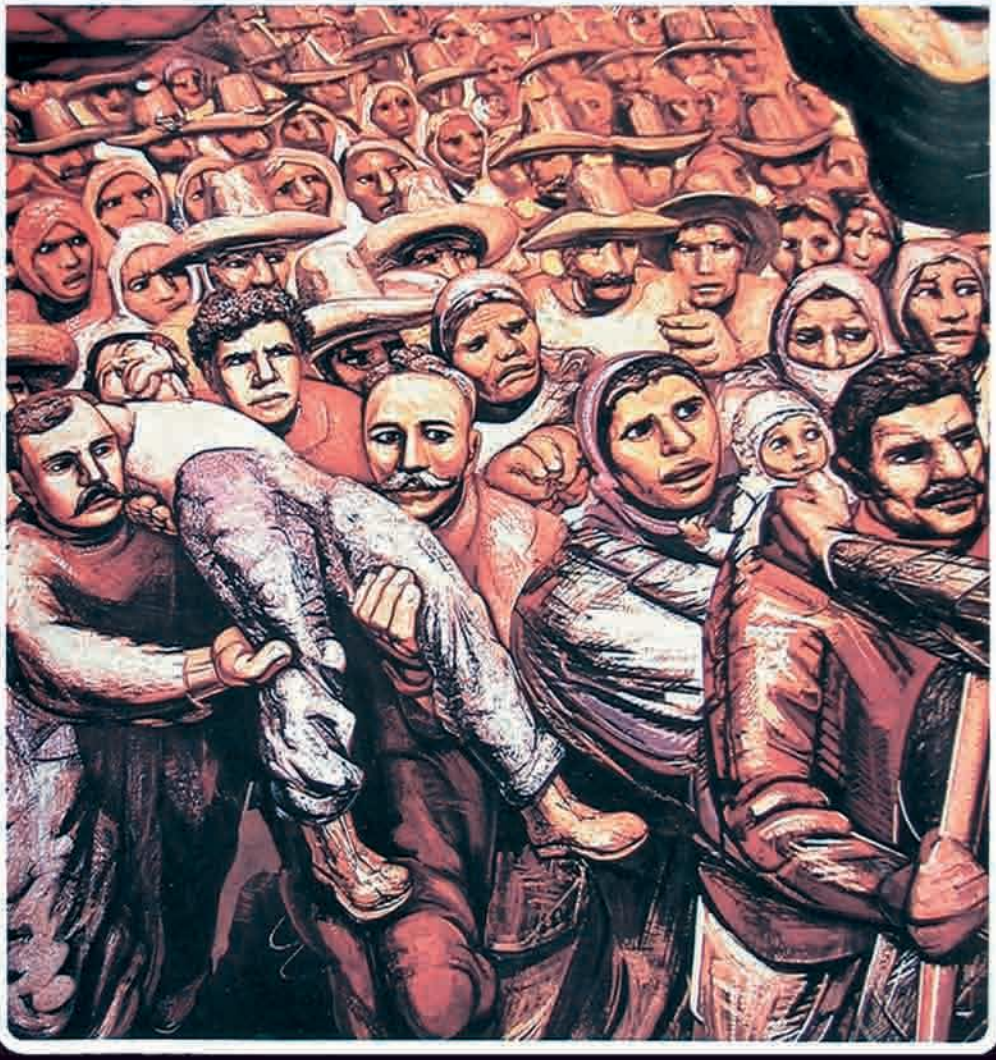
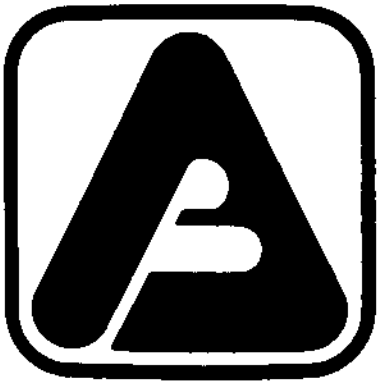
EL ANARQUISMO EN AMERICA LATINA





FUNDACION
BIBLIOTECA AYACUCHO

CONSEJO DIRECTIVO

José Ramón Medina (Presidente)
Simón Alberto Consalvi
Pedro Francisco Lizardo
Oscar Sambrano Urdaneta
Oswaldo Trejo
Ramón J. Velásquez
Pascual Venegas Filardo

DIRECTOR LITERARIO

José Ramón Medina

EL ANARQUISMO EN AMERICA LATINA

EL ANARQUISMO EN AMERICA LATINA

Selección y notas
CARLOS M. RAMA Y ANGEL J. CAPPELLETTI

Prólogo y cronología
ANGEL J. CAPPELLETTI

BIBLIOTECA AYACUCHO

© de esta edición
BIBLIOTECA AYACUCHO, 1990
Apartado Postal 14413
Caracas - 1010 - Venezuela
ISBN 980-276-116-8 (empastada)
ISBN 980-276-117-6 (rústica)

Diseño / Juan Fresán
Fotocomposición y paginación /
La Galera de Artes Gráficas
Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela

ANARQUISMO LATINOAMERICANO

El anarquismo como ideología y como filosofía social surge en Europa en la primera mitad del siglo XIX. Como las diversas modalidades del socialismo pre-marxista, es un producto francés, pues a Proudhon debe su nombre y su primera formulación sistemática, aunque justo es recordar que tuvo dos poderosos padrinos en Inglaterra (Godwin) y en Alemania (Stirner). Como movimiento social de las clases productoras (*obreros, artesanos, campesinos*) asume primero la forma del mutualismo, desde antes de 1850, también en Francia. En un segundo momento, ya en la década del 60, se convierte en colectivismo con Bakunin y vincula su actividad esencialmente a la Primera Internacional, en cuyo seno llega a constituir, durante un tiempo, la corriente mayoritaria. En esta época, en efecto, la mayor parte de los obreros organizados de Italia, Francia, España, Portugal, Suiza francesa, Bélgica, Holanda, etc., son anarquistas o profesan un socialismo revolucionario afín al anarquismo. Inclusive en Gran Bretaña, el tradeunionismo, con sus moderadas tendencias, se encuentra más cerca de los proudhonianos que de los marxistas.

Ya durante la década del 60 las ideas anarquistas llegan a América Latina y se concretan en algunos grupos de acción. En las Antillas francesas se fundan Secciones de la Internacional; en México se difunden las ideas de Proudhon y Bakunin y surgen las primeras organizaciones obreras, campesinas y estudiantiles de signo libertario. A comienzos de los años 70 es clara la presencia de núcleos anarquistas en ambas márgenes del Plata. Desde entonces y durante más de medio siglo, el anarquismo tiene una larga y accidentada historia en muchos de los países latinoamericanos. En algunos de ellos, como en Argentina y Uruguay, logró la adhesión de la mayor parte de la clase obrera, a través de sindicatos y sociedades de resistencia, durante varias décadas. En otros, como en México, desempeñó un papel importante inclusive dentro de la historia política y de las contiendas armadas del país. En Chile y Perú, fue el indudable iniciador de las luchas de la clase obrera en su dimensión revolucionaria. Inclusive en aquellos países donde no logró después

un gran arraigo sindical, como Ecuador, Panamá o Guatemala, no cabe duda de que las primeras organizaciones obreras que trascendieron el significado de meras sociedades de socorros mutuos y encararon la lucha de clases, fueron anarquistas.

El anarquismo tiene, pues, en América Latina una amplia historia, rica en luchas pacíficas y violentas, en manifestaciones de heroísmo individual y colectivo, en esfuerzos organizativos, en propaganda oral, escrita y práctica, en obras literarias, en experimentos teatrales, pedagógicos, cooperativos, comunitarios, etc. Esta historia nunca ha sido escrita en su totalidad, aunque existen algunos buenos estudios parciales. Más aún, quienes escriben la historia social, política, cultural, literaria, filosófica, etc., del subcontinente suelen pasar por alto o minimizar la importancia del movimiento anarquista. Hay en ello tanta ignorancia como mala fe. Algunos historiadores desconocen los hechos o consideran al anarquismo como una ideología marginal y absolutamente minoritaria y desdeñable. Otros, por el contrario, saben lo que el anarquismo significa en la historia de las ideas socialistas y comprenden bien su actitud frente al marxismo, pero precisamente por eso se esfuerzan en olvidarlo o en desvalorizarlo como fruto de inmadurez revolucionaria, utopismo abstracto, rebeldía artesanal y pequeño burguesa, etc.

El presente *Prólogo* no pretende ser una historia completa del anarquismo latinoamericano, sino simplemente un esbozo de ella. Aun así, la amplitud de la materia (que abarca desde Argentina hasta México) y la escasez de estudios previos (que no sean parciales) nos ha obligado a darle una extensión mayor que la habitual dentro de la *Biblioteca Ayacucho*. En él se examinan los hechos sociales, la propaganda periodística, y la literatura del anarquismo en cada país, desde el extremo meridional (Argentina) al septentrional (México). La antología comprende escritos de autores anarquistas de varios países. Nuestro criterio de selección ha sido no la excelencia literaria sino la relevancia ideológica o filosófica de los mismos. Pero antes de proceder a dar un esbozo histórico, país por país, trataremos de establecer, brevemente, algunos rasgos específicos del anarquismo en América Latina.

Como todo pensamiento originado en Europa, la ideología anarquista fue para América Latina un producto importado. Sólo que las ideas no son meros productos sino más bien organismos y, como tales, deben adaptarse al nuevo medio y, al hacerlo, cambiar en mayor o menor medida.

Decir que el anarquismo fue traído a estas playas por emigrantes europeos es casi acotar lo obvio. Interpretar el hecho como un signo de su minusvalía, parece más bien una muestra de estupidez. (La idea misma de «patria» y la ideología nacionalista nos han llegado de Europa). Pero el anarquismo no fue sólo la ideología de masas obreras y campesinas paupérrimas que, arribadas al nuevo continente, se sintieron defraudadas en su esperanza de una vida mejor y vieron cambiar la opresión de las antiguas monarquías por la no menos pesada de las nuevas oligarquías republicanas. Fue muy pronto el modo de ver el mundo y la sociedad que adoptaron también masas autóctonas y aun indígenas, desde México a la Argentina, desde Zalacosta en Chalco hasta Facón Grande en la Patagonia. Muy pocas veces se ha hecho notar

que la doctrina anarquista del colectivismo autogestionario, aplicada a la cuestión agraria, coincidía de hecho con el antiguo modo de organización y de vida de los indígenas de México y de Perú, anterior no sólo al imperialismo español sino también al imperialismo de los aztecas y de los incas. En la medida en que los anarquistas lograron llegar hasta los indígenas, no tuvieron que inculcarles ideologías exóticas, sino sólo tornar conscientes las ancestrales ideologías campesinas del «calpulli» y del «ayllu».

Por otra parte, en la población criolla se había arraigado muchas veces una *tendencia a la libertad y un desapego por todas las formas de la estructura* estatal que, cuando no eran canalizadas por las vías del caudillaje feudal, eran tierra fértil para una ideología libertaria. Casi nunca se menciona la existencia (en Argentina y Uruguay) de un «gauchaje» anarquista, que tenía su expresión literaria en los payadores libertarios. Pero, aun prescindiendo de estos fenómenos, que serán considerados sin duda poco significativos por los historiadores académicos y marxistas, puede decirse sin lugar a dudas que el anarquismo echó raíces entre los obreros autóctonos mucho más profunda y extensamente que el marxismo (con la sola excepción, tal vez, de Chile).

Aun cuando, desde un punto de vista teórico, el movimiento latinoamericano no haya contribuido con aportes fundamentales al pensamiento anarquista, puede decirse que desde el punto de vista de la organización y de la praxis produjo formas desconocidas en Europa. Así, la Federación Obrera *Regional Argentina (FORA) fue ejemplo de una central* que, siendo mayoritaria (hasta llegar a constituirse, de hecho, en cierto momento, en central única), no hizo jamás ninguna concesión a la burocracia sindical, al mismo tiempo que adoptaba una organización diferente tanto de la CNT y demás centrales anarcosindicalistas europeas como de la IWW norteamericana. Otro ejemplo, típicamente latinoamericano, es la existencia del Partido Liberal Mexicano, el cual pocos años después de su fundación adoptó una ideología que, sin ninguna duda, era anarquista (por obra, sobre todo, de R. Flores Magón) y que, sin embargo, conservó su nombre y siguió presentándose como partido político (lo cual le valió duras críticas de algunos ortodoxos europeos, como Jean Grave).

De todas maneras, si se exceptúa este caso singular (que podría tener sólo una replica en el reciente P.V.P. uruguayo, cuya ideología anarquista es, sin *embargo, mucho más dudosa), puede decirse* que en América Latina el anarquismo fue casi siempre anarcosindicalismo y estuvo esencialmente vinculado a organizaciones obreras y campesinas. Hubo, sin duda, algunos anarcoindividualistas en Argentina, Uruguay, Panamá, etc., y también algunos anarco-comunistas enemigos de la organización sindical en Buenos Aires (durante las décadas de 1880 y 1890), pero la inmensa mayoría de los anarquistas latinoamericanos fueron partidarios de un sindicalismo revolucionario y antipolítico (no, como suele decirse equivocamente, a-político). En esto se diferencia el anarquismo latinoamericano del norteamericano. En Estados Unidos hubo, sin duda, un poderoso sindicalismo anarquista, *cuyo más* celebre testimonio fue brindado por los mártires de Chicago. Este anarquismo, que representaba la continuación del movimiento anti-esclavista en el ámbito

de la civilización industrial, fue promovido por emigrantes (italianos, alemanes, eslavos, etc.), cuyo prototipo revolucionario era el germano Johann Most. Más tarde hubo también un sindicalismo revolucionario (anarquista o cuasi-anarquista), el de los Industrial Workers of the World (IWW), que prolongaba, a su vez, en el mundo del trabajo industrial, las tradiciones de lucha del viejo Far West. Pero, por otra parte, hubo también, desde mucho antes, una corriente autóctona, representada por grandes figuras literarias como Thoreau y Emerson, que nada tiene que ver con el movimiento obrero, que hunde sus raíces en el liberalismo radical de Jefferson, y otros pensadores del siglo XVIII, que se prolonga tal vez en lo que hoy se denomina «libertarianism». No se trata de una ideología anti-obrera (aunque hay, sin duda, hoy, libertarios de derecha), pero se desarrolla en un plano ajeno a las luchas laborales, y sus motivos principales son la negación de la burocracia y del Estado, los derechos humanos, el antimilitarismo, etc.

Por otra parte, el anarquismo presenta también algunos rasgos diferenciales en los diferentes países de América Latina. En la Argentina ha sido, con la FORA, más radical, hasta el punto de ser considerado extremista por la CNT española. En Uruguay ha sido más pacífico, como ya señalaba Nettlau, tal vez porque menos perseguido (excepto durante la última dictadura). En México ha tenido significación en el gobierno, no sólo por la participación del magonismo en la revolución contra Porfirio Díaz, sino también porque la Casa del Obrero Mundial brindó a Carranza sus «batallones rojos» en la lucha contra Villa y Zapata y porque los dirigentes de la CGT polemizaron con el propio presidente Obregón. En Brasil, por el contrario, estuvo siempre al margen de toda instancia estatal, y la república militar-oligárquica nunca lo tomó en cuenta sino para perseguir, desterrar o asesinar a sus militantes. Fenómeno típico de ciertos países latinoamericanos, entre 1918 y 1923, fue el anarco-bolchevismo. En Argentina, Uruguay, Brasil y México sobre todo, al producirse en Rusia la revolución bolchevique, muchos anarquistas se declararon partidarios de Lenin y anunciaron su incondicional apoyo al gobierno soviético, pero no por eso dejaron de considerarse anarquistas. Esta corriente desapareció con la muerte de Lenin, pues quienes decidieron seguir a Stalin ya no se atrevían sin duda a llamarse «anarquistas».

En todos los países latinoamericanos el anarquismo produjo, además de una vasta propaganda periodística y de una copiosa bibliografía ideológica, muchos poetas y escritores que, con frecuencia, fueron figuras de primera línea en las respectivas literaturas nacionales. No en todas partes, sin embargo, fueron igualmente numerosos y significativos. En Argentina y Uruguay puede decirse que la mayoría de los escritores que publicaron entre 1890 y 1920 fueron, en algún momento y en alguna medida, anarquistas. En Brasil y en Chile hubo asimismo, durante ese período, no pocos literatos ácratas, aunque no tantos como en el Río de la Plata. En Colombia, Venezuela, Puerto Rico, etc., si bien no floreció una literatura propiamente anarquista, la influencia de la ideología libertaria se dio más entre literatos y poetas que en el movimiento obrero. Es importante hacer notar, sin embargo, que aun allí donde literatura y anarquismo fueron casi sinónimos, como en el Río de la

Plata (en el periodo mencionado), los intelectuales anarquistas nunca desempeñaron el papel de élite o vanguardia revolucionaria y nunca tuvieron nada que ver con la universidad y con la cultura oficial. En esto el anarquismo se diferencia profundamente del marxismo.

La decadencia del movimiento anarquista latinoamericano (que no comporta, sin embargo, su total desaparición) se puede atribuir a tres causas: 1) Una serie de golpes de Estado, más o menos fascistoides, que se producen alrededor del año 30 (Uriburu en Argentina, Vargas en Brasil, Terra en Uruguay, etc.). Todos ellos se caracterizan por una represión general contra el movimiento obrero, los grupos de izquierda y los anarquistas en especial. En ciertos casos (Argentina) llegan a desarticular enteramente la estructura organizativa y propagandística de las federaciones obreras anarcosindicalistas. 2) *La fundación de los partidos comunistas* (bolcheviques). El apoyo de la Unión Soviética y de los partidos afines europeos les confieren una fuerza de la que carecen las organizaciones anarquistas, sin más recursos materiales que las cotizaciones de sus propios militantes. En algunos países más (Brasil), en otros menos (Argentina), hay anarquistas que se pasan al partido comunista. 3) La aparición de corrientes nacionalistas-populistas (más o menos vinculadas con las fuerzas armadas e inclusive, a veces, con los promotores de golpes fascistoides).

La particular situación de dependencia en que se encuentran los países latinoamericanos frente al imperialismo europeo y, sobre todo, norteamericano, deriva la lucha de clases hacia las luchas de «liberación nacional». Los trabajadores visualizan la explotación de que son objeto como imposición de potencias extranjeras. La burguesía (nacional y extranjera), vinculada a ciertos sectores del ejercito y de la Iglesia católica, los convence de que el enemigo no es ya el Capital y el Estado sino sólo el Capital y el Estado extranjeros. Esta convicción (hábilmente inducida) es, en realidad, la causa principal de la decadencia del anarquismo. Todo lo demás, inclusive las dificultades intrínsecas que afectan a una organización anarquista en el mundo actual (como la necesidad de hacer funcionar sindicatos sin burocracia y la real o aparente inviabilidad de sus propuestas concretas) es secundario.

1. ARGENTINA

A— SOCIALISMO UTOPICO

El socialismo «utópico» (denominación que en la literatura marxista tiene por lo común un matiz peyorativo) suele ser considerado como precedente histórico del anarquismo. En realidad, lo es tanto como del propio marxis-

mo. Durante la dictadura de Rosas visitó Buenos Aires Tandonnet[1], un fourierista que hizo buenas migas tanto con el sanguinario señor feudal como con el liberal Sarmiento, futuro presidente (a quien conoció en un barco que lo llevaba a Europa). Este último parece haber comprendido y aun apreciado las ideas del periodista francés; el primero debió considerarlas, sin duda, como mero delirio, según diría su plumífero De Angelis[2].

Antes, Saint-Simon, Leroux y otros socialistas utópicos habían influido en la generación del 37 y en Esteban Echeverría, que los menciona en su *Dogma socialista*[3]. En *La Moda*, semanario dirigido por Juan Bautista Alberdi y Juan María Gutiérrez, se encuentran referencias a ellos e inclusive se utiliza por vez primera en el Río de la Plata el término «socialismo», entendido como «tendencia hacia la sociabilidad y el humanitarismo»[4].

Es preciso hacer notar que en ningún país latinoamericano como en Argentina influyó tanto el socialismo utópico sobre los pensadores más importantes del llamado periodo romántico. Pero, por razones obvias, no podemos detenernos aquí en ese movimiento ideológico[5].

Entre este período y el de la organización obrera promovida por la Primera Internacional es preciso recordar la figura (muy poco conocida por cierto) del tipógrafo balear Bartolomé Victory y Suárez, quien «llegó a la Argentina hacia 1860, con un pasado ya de experiencias de lucha social». Vinculado a la masonería, redactor de *La República* de los hermanos Bilbao y director tanto de *La Crónica del Progreso* como de la *Revista masónica americana*, tradujo y comentó *El Comunismo* de Cabet, no sin aclarar que no se consideraba partidario de ese «sistema monacal». Su socialismo humanitario se desarrolla bajo la influencia de Fernando Garrido, cuya exposición de la experiencia de Rochdale parece haberle interesado mucho[6].

B— INICIOS DE LA PROPAGANDA ANARQUISTA (1871-1889)

Desde 1871 llegaron a Buenos Aires prófugos de la Comuna de París. Algunos de ellos eran anarquistas, como Gobley, que había estado preso, junto

[1] Alfredo Cepeda, *Los utopistas*, Buenos Aires, Ed. Futuro, 1950, p. 50; A. Ardao, *Filosofía preuniversitaria en el Uruguay*, Montevideo, Claudio García Editores, 1945, pp. 117-135. Sobre Fourier cfr. Armand-Maublanc, *Fourier*, México, F.C.E., 1940; Ch. Gide, *Fourier*, París, Sirey, 1932.
[2] Carlos Rama, *Utopismo socialista (1830-1893)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. XXXII. Cfr. Domingo F. Sarmiento, *Viajes. I. De Valparaíso a París*. Buenos Aires, Hachette, 1955, p. 174.
[3] Cfr. José Ingenieros, *Las direcciones filosóficas de la cultura argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1963, pp. 71 sgs.; A. Cepeda, op. cit., p. 44; A. Palcos, *Prólogo al Dogma Socialista*. Buenos Aires, 1944, pp. XXII-XXIV. Sobre Saint-Simon, cfr. M. Dondo, *The French Faustus, Henri de Saint-Simon*, New York, Philosophical Library, 1955.
[4] Carlos Rama, *Utopismo socialista (1830-1893)*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, p. XXX. Cfr. Carlos M. Lombardi; *Las ideas sociales en la Argentina*, Buenos Aires, 1965, pp. 56-58.
[5] Sobre el socialismo utópico en general, véase M. Buber, *Caminos de utopía*, México, F.C.E., 1978; G.D.H. Cole, *Historia del pensamiento socialista-I Los Precursores*, México, F.C.E., 1957; Angel J. Cappelletti, *El socialismo utópico*, Rosario, Grupo Editor de Estudios Sociales, 1968.
[6] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista en la Argentina*, Buenos Aires, Argonauta, 1930, pp. 12-13.

con el ilustre geógrafo Eliseo Reclus, en la fortaleza de Quelern (Bretaña). Después de permanecer un tiempo en Río de Janeiro y en Montevideo, se radicó en Buenos Aires en 1878[7]. Vladimiro Muñoz recuerda que en 1885 V. Mariani distribuía en la capital argentina *Le Revolté* y refiere que el 15 de julio de 1887, ese periódico anarquista, fundado en Suiza por Kropotkin, publicaba la siguiente noticia: «El grupo anarquista de Buenos Aires se reúne todos los miércoles a las ocho de las noche, en el Café Turco, calle Cerrito, esquina Cuyo»[8]. Un acto público, en solidaridad con los mártires de Chicago, congregaba por entonces unas 350 personas. En el local de los socialdemócratas porteños celebraron los anarquistas, el 18 de marzo de 1888, el aniversario de la Comuna de París, no sin que la policía detuviera a seis de los asistentes al acto.

Libros y folletos anarquistas llegaban a Buenos Aires con frecuencia desde España, Italia, Francia, etc., ya en aquellos años. El belga Emile Piette recibió, por ejemplo, un paquete con doce ejemplares de *Paroles d'un revolté* de Kropotkin. En 1889 el mismo Piette fue portador de una suma de dinero, enviada por un grupo de anarquistas chilenos (Washington Marzoratti, Alfred Müller, Bernard Bouyre, Salomón y Prim), para ayudar al ya famoso paladín libertario *Le Revolté*[9]. Por otra parte, los primeros grupos locales iniciaban su propia propaganda escrita. El carpintero catalán Juan Vila traducía por entonces, en Buenos Aires, *La conquista del pan* de Kropotkin[10].

En este primer momento de la propaganda anarquista en la Argentina sobresalen grupos franceses e italianos, que traen el vigoroso impulso del movimiento obrero libertario en sus respectivos países. Algunos de ellos prolongaron durante muchas décadas su militancia, como A. Sadier, fallecido el 8 de marzo de 1936; otros actuaron durante un periodo más breve, como F. Denambride, que a partir de 1887 trató de divulgar el ideario anarquista en la provincia de Santa Fe[11]. A veces los anarquistas italianos originarios de un mismo pueblo o de una misma región constituían grupos que, con espíritu misionero, se adentraban en el territorio nacional y se asentaban en un centro agrícola o fabril para propagar allí la buena nueva del socialismo libertario. Así, militantes italianos, originarios de Isola Dovarese, donde habían constituido un grupo denominado «I Ribelli», se dirigieron a la ya próspera ciudad portuaria e industrial de Rosario, y fundaron allí un grupo llamado «El Miserable». Un anónimo militante francés llegó a la ciudad de Azul (provincia de Buenos Aires) y consiguió reunir en una asociación única a los diversos núcleos anarquistas y afines, residentes en la zona[12].

[7] E. Reclus, *Correspondence II*, París, 1911 (cit. por V. Muñoz en *Notas* a M. Nettlau).
[8] V. Muñoz, *Notas* a M. Nettlau, «Viaje libertario a través de América Latina», *Reconstruir*, 76, p. 39; D.A. de Santillán, *op. cit.*, p. 39.
[9] V. Muñoz, *op. cit.*, p. 39; D.A. de Santillán, *op. cit.*, p. 38.
[10] D. A. de Santillán, *op. cit.*, p. 54.
[11] Sobre los anarquistas franceses que actuaron en la Argentina cfr. D.A. de Santillán, «El anarquismo en la Argentina» Suplemento de «*La Protesta*», 260, pp. 66-67.
[12] V. Muñoz, *Notas* a M. Nettlau, *op. cit.*, p. 39, Acerca de los anarquistas italianos emigrados a la Argentina cfr. Enzo Santarelli, *Il Socialismo anarchico in Italia*, Milán; Feltrinelli 1959, p.76.

Más importante, desde el punto de vista de la acción orgánica, fue, sin embargo, la iniciativa del Consejo General de la Asociación Internacional de Trabajadores que, durante la década del 70, se propuso fundar en Buenos Aires una Sección de la misma Internacional. Tal iniciativa, calurosamente apoyada por un grupo de obreros españoles, se concretó pronto. En septiembre de 1872, durante el Congreso de La Haya, se informaba ya de la existencia de núcleos de trabajadores internacionalistas en Australia, Nueva Zelandia y Argentina. Una carta, fechada el 23 de marzo de 1873 en Buenos Aires, refería: «Hay actualmente en Buenos Aires tres secciones internacionales, basadas en la diferencia de lenguas: la sección francesa, las secciones italianas y españolas (que) se formaron después; cada sección tiene un comité central particular y las cuestiones de interés general son tratadas por un consejo federal, compuesto de seis miembros (dos de cada sección)». Esta carta, firmada por A. Aubert, secretario general de la Internacional en Buenos Aires y encontrada por Max Nettlau en el archivo socialdemócrata de Berlín, revela al mismo tiempo las ingentes dificultades que encontró el proyecto fundacional, entre las cuales menciona «los ataques incesantes de la prensa»[13].

Por otra parte, pronto surgieron, en el seno de la Sección argentina, las luchas ideológicas, que reflejaban, como no podía ser de menos, las que por entonces dividían al movimiento obrero internacional[14]. En Buenos Aires el debate entre «autoritarios» (marxistas) y «antiautoritarios» o «federalistas» (anarquistas) se planteó desde el principio.

En la sección francesa, predominaron, según veremos, los autoritarios (hecho no fácil de explicar, si se tiene en cuenta la evidente mayoría que por entonces tenía el proudhonismo dentro del movimiento obrero metropolitano); en la italiana y la española, por el contrario, las ideas bakuninistas concitaron siempre la adhesión de la mayoría. Sin embargo, la minoría «autoritaria» logró, en un momento, imponer la tónica ideológica a la Sección argentina, según se deduce de una carta que F. C. Calcerán, secretario de la sección uruguaya, escribió a sus compañeros mexicanos el 25 de mayo de 1872: «Estamos preparando un periódico que se denominará *El obrero federalista*; para combatir a los autoritarios que han sentado sus reales en Buenos Aires». El 1° de enero de 1873, en otra carta dirigida a los mismos, aclara quiénes son esos «autoritarios»: «Os ponemos en antecedentes a vos y a la sección que representáis sobre un grupo de ciudadanos franceses que en Buenos Aires han constituido una titulada sección argentina de la Asociación Internacional de los Trabajadores, y que representan el espíritu antidemocrático del Consejo General de Londres»[15]. Parece, pues, que los

[13] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista en la Argentina*, pp.. 15-16.

[14] Cfr. Víctor García, *La Internacional obrera*, Madrid, Júcar, 1978, pp. 90-124; B. Aladino, «La Asociación Internacional de Trabajadores», en *Certamen internacional de «La Protesta»*, Buenos Aires, 1927, pp. 142-157.

[15] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista en la Argentina*, pp. 17-18. Cfr. Julio Godio, *Historia del movimiento obrero latinoamericano*, Nueva Sociedad, Caracas, 1985, pp. 60-61.

miembros de la sección francesa (sin duda la menos numerosa de las tres) respondían a la política de Marx y de sus aliados. Tal vez fueron ellos mismos marxistas, pero, puesto que el marxismo apenas si existía en Francia en esta época, cabe suponer que eran más bien «blanquistas» (aliados a los marxistas en los Congresos de la Internacional). En todo caso, los «antiautoritarios» bakuninistas predominan claramente a partir de 1876. En un artículo aparecido en el *Almanaque Socialista* de *La Vanguardia* (1898), relata José Ingenieros cómo en aquel año «se fundó un Centro de Propaganda Obrera bakuninista, con el objeto casi exclusivo de combatir a los marxistas»[16].

A principios de 1879 apareció en Buenos Aires *El Descamisado*, considerado por algunos como «el primer periódico anarquista» argentino[17]. Sabemos por Max Nettlau que era «bastante primitivo en su concepción de las ideas»[18], lo cual quiere decir, «un tanto vago y confuso» (y tal vez por esto su predica o, por lo menos, su título encontró eco en la prensa peronista setenta años más tarde).

A comienzos de la década del 80 el incipiente movimiento anarquista argentino perdió fuerza y hasta pareció extinguirse enteramente. No tardó, sin embargo, en recuperarse con creces, gracias a la ingente inmigración europea que por entonces inundó Buenos Aires y muchas regiones del interior[19]. «De 1880 a 1914 afluyeron aluviones masivos de inmigrantes a la Argentina, que dejaron un saldo total de inmigración neta de 3.034.000 almas, y fueron un factor importante que causó un crecimiento impresionante de la población: de un número de 2.492.000 habitantes en 1880, a 7.855.000 en 1904. El resultado directo de esta inmigración masiva fue en 1914 un tercio de la población del país estaba formada por extranjeros (gente llegada poco tiempo antes) y el porcentaje de inmigrantes con respecto a la población nativa era el más alto del mundo»[20]. Este insólito fenómeno demográfico resultó decisivo para la historia del anarquismo y del movimiento obrero en la Argentina, porque el principal alimento de uno y otro, como bien dice Santillán, «vino en especial de la inmigración, con la cual entraban en el país numerosos internacionalistas perseguidos en Europa, que sabían aprovechar la dureza de la lucha por la vida en las masas populares»[21].

[16] D. A. de Santillán, «*La Protesta*, Su historia, sus diversas fases, y su significación en el movimiento anarquista de América del Sur» en *Certamen internacional de «La Protesta»*, Buenos Aires, 1927, p. 35.
[17] Iaacov Oved, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1978, p. 20.
[18] M. Nettlau, «Contribución a la bibliografía anarquista de la América Latina hasta 1914», en *Certamen Internacional de «La Protesta»*, Buenos Aires, 1927, p. 9.
[19] Cfr. G. Germani, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962, pp. 181-182.
[20] I. Oved, *op. cit.*, pp. 30-31.
[21] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista*, p. 31. Cfr. G. Gori; *Inmigración y colonización en la Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1964.

Es preciso recordar la actividad de algunos de aquellos internacionalistas. En 1880 llegó a Buenos Aires Héctor Mattei, militante italiano que, a partir de 1887, publicó un semanario anarco-comunista, en la línea ideológica de Malatesta: *El Socialista. Organo de los Trabajadores*. En junio de 1884, según relata el propio Mattei, un grupo de obreros italianos (entre los cuales menciona a Marino Garbaccio, panadero; Washington Marzoratti, grabador, y Miguel Fazzi, ebanista), fundó un circulo comunista-anarquista, cuyo propósito era la discusión pública de la «cuestión social», así como la propaganda a través de la distribución gratuita de la prensa anarquista llegada de Europa. Coincidiendo básicamente con ellos (aunque a veces más inclinados al colectivismo de Bakunin que al comunismo de Kropotkin y Malatesta) entraron en las lides de la propaganda algunos inmigrantes españoles, entre los cuales cabe recordar a Francisco Morales y Feliciano Rey[22].

La prensa anarquista autóctona comenzó a crecer y a cobrar vigor. Entre el 2 de mayo y el 28 de septiembre de 1884 se publicó en Buenos Aires *La Lucha Obrera*[23].

En febrero (o marzo) de 1885, para evitar un nuevo encarcelamiento, huye de Italia, en un episodio rocambolesco (dentro de un cajón que contenía presuntamente máquinas de coser) el ya famoso revolucionario Enrique Malatesta[24]. Su destino es Buenos Aires. El mencionado Mattei escribe en *La Protesta* del 1° de septiembre de 1909: «La propaganda del comunismo y de la anarquía fue más intensa cuando después de dos o tres meses de la llegada a Buenos Aires (en febrero de 1885) del camarada Malatesta se constituyó con gran entusiasmo un Círculo de Estudios Sociales, sito en la calle Bartolomé Mitre 1375, en el cual éste y otros camaradas dieron las primeras conferencias públicas comunistas anarquistas, publicándose entonces en italiano *La Questione Sociale*. En los años sucesivos se constituyeron otros círculos y clubes, «comunistas anarquistas» algunos, de «estudios sociales» otros... Errico Malatesta cooperó con otros camaradas anarquistas en el año 1887 para la organización definitiva de la «Sociedad Cosmopolita de Obreros Panaderos», con conferencias en las reuniones de éstos...»[25]. En 1886 emprendió Malatesta una aventura digna de ser narrada por su compatriota Salgari: la búsqueda de oro en los vastos desiertos patagónicos, apenas arrebatados a las tribus indígenas por el ejército argentino unos años antes. Su propósito era reunir fondos para promover la propaganda libertaria y ayudar a las organizaciones obreras en su actividad revolucionaria. Con cuatro

[22] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista en la Argentina*, ed. cit., pp. 32-34.

[23] M. Nettlau, «Contribución a la bibliografía anarquista...», ed. cit., p. 9.

[24] Sobre la vida y el pensamiento de Malatesta cfr.: A. Borghi, *Errico Malatesta*, Milán, Istituto Editoriale Italiano, 1947; Luis Fabbri, *Malatesta. Su vida y su pensamiento*, Buenos Aires, Americalee, 1945; Max Nettlau, *Errico Malatesta. El hombre, el revolucionario, el anarquista*, Barcelona, 1933; Trento Tagliaferri, *Errico Malatesta, Armando Borghi e compagni davanti ai giurati di Milano*, Milán, s/f.; Vernon Richards, *Malatesta. Pensamiento y acción revolucionarios*, Buenos Aires, Proyección, 1974. Para una bibliografía completa cfr.: Ugo Fedeli, *Errico Malatesta. Bibliografía*, Nápoles, 1951.

[25] Cit. por J. N. Solomonoff, *Ideologías del movimiento obrero y conflicto social*, Buenos Aires, Proyección, 1971, p. 197.

compañeros se instaló en una cabaña sobre el Cabo Vírgenes. Una compañía comercial, provista de instrumentos y suficientes víveres, se les había adelantado.

Subsistieron algunas semanas comiendo nutrias marinas y volvieron a Buenos Aires con las manos vacías. A mediados de 1889 estaba Malatesta de regreso a Europa. No llevaba oro pero sí la satisfacción de haber organizado los primeros sindicatos obreros y de haber sentado las bases de un gran movimiento de los trabajadores anarquistas en aquella república que pocos años más tarde el novelista valenciano Blasco Ibáñez llamaría «la tierra de todos».

Durante los años 1887 y 1888 se reunía en el café Grutli (Cerrito, entre Bartolomé Mitre y Cangallo), según refiere el marxista alemán Augusto Kühn, un «Círculo socialista internacional», en el cual predominaban anarquistas españoles e italianos.

Una vez más la ideología libertaria, sobre todo en su visión kropotkiniana y malatestiana, se imponía en círculos bastante amplios del proletariado argentino. Pero a fines de la década del 80 sobrevino una nueva crisis. Los grupos habían surgido rápidamente, como hongos sobre el humus de la llanura pampeana, pero, según observa el mismo Kühn, de continuo se escindían y se volvían a unir y sólo concordaban «en hacer una guerra implacable a la reciente organización socialista (marxista)». Esta constante lucha entre anarquistas y marxistas culminó, según dice Santillán, «en verdaderas epopeyas oratorias en la época de Pietro Gori», y explica, por otra parte, la escasa polémica que dentro del anarquismo argentino hubo por entonces entre comunistas (kropotkinianos) y colectivistas (bakuninistas), al contrario de lo que sucedía en España[26].

C— DE 1890 A 1896

Mientras los marxistas del grupo «Vorwaerts» enviaban un delegado al Congreso Socialista Internacional de París en 1889 (el profesor Alejo Peyret) y convocaban, para el 1° de mayo de 1900, un mitin en el Prado Español, con el propósito de crear una Federación Obrera y un periódico en castellano que expresara las ideas y aspiraciones de la clase trabajadora, los anarquistas iniciaban la reorganización de sus grupos y la fundación de otros, que iban a demostrar gran combatividad, como, por ejemplo, «Los desheredados». En *La Protesta* del 22 de enero de 1909, M. Reguera recuerda así la prodigiosa actividad propagandística de ese grupo: «Sinteticemos las primeras obras de aquel puñado de entusiastas luchadores: iniciación de conferencias continuas y simultáneas en tres o cuatro sitios distantes entre sí; publicaciones ininterrumpidas de manifiestos violentos y provocativos de combate y de acción... Las conferencias se sucedían a granel entre los dos o tres oradores que había... No era raro anunciar, por ejemplo, una conferencia a las dos de la tarde en Almagro, otra a las tres en Corrales, una tercera a las cuatro en Barracas

[26] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista*, ed. cit., p. 40.

y una cuarta en el centro a la noche. Para todo esto dos oradores y a veces uno daban exacto y puntual cumplimiento al programa. El orador descollante en aquella época era el compañero Rafael Roca». Este mismo Roca, prematuramente fallecido, había redactado el «Manifiesto» inicial de *El Perseguido*, en el cual explicaba el significado del comunismo anárquico. Dicho manifiesto originó una severa represión policial y la confiscación de un buen número de ejemplares del periódico que, precisamente por eso, se llamó *El Perseguido*[27]. A pesar de todas las persecuciones sobrepasó los 100 números y salió a la calle desde el 18 de mayo de 1890 hasta las últimas semanas de 1896. Fruto del trabajo entusiasta y heroico de un pequeño grupo de militantes, puede ser considerado como la más representativa publicación libertaria de esta época. En su primera página se advertía: «Aparece cuando puede». «Las dificultades abundaban, los propios integrantes del grupo redactaban, imprimían y difundían el periódico; la difusión se cumplía en condiciones de clandestinidad y corriendo grandes riesgos. El periódico se repartía en las calles, en los barrios obreros, en asambleas, por medio del correo y a veces lo introducían subrepticiamente dentro de paquetes de *La Prensa*»[28]. Pero la propaganda no partía sólo de la capital federal. Durante estos mismos años se publicaban en Rosario el periódico anarquista italiano *Demoliamo* y el anarco-feminista *La Voz de la Mujer*, dirigido por Virginia Bolten[29].

Militantes muy activos de esta época fueron, además de los ya mencionados Roca y Mattei, el librero belga Emile Piette, el pintor Ragazzini, el obrero español Victoriano San José, el periodista francés Pierre Quiroule, el catalán Inglan Lafarga (después director de *La Protesta*), Manuel Reguera, Fortunato Serantoni, Juan Vila, F. Denambride, Espinosa, Lacour, Reaux y el escritor Orsini Bertani, editor de Barrett e integrante, en años posteriores, durante su permanencia en Montevideo, de la corriente denominada anarco-batllista. También en esta época iniciaron su labor de divulgación y propaganda dos médicos anarquistas: el doctor Creaghe, en Luján, y el doctor Arana, en Rosario, magníficos y preteridos ejemplares del profesional latinoamericano comprometido con su pueblo.

«El carácter saliente del movimiento en este período es la acometividad, el entusiasmo, la fiebre proselitista, que no dejaba retroceder ante ningún sacrificio»[30].

Durante la década del 90 se produjo la primera polémica importante en el seno del movimiento anarquista argentino. Por un lado, los anarco-comunistas de *El Perseguido* se mostraban enemigos de toda organización que trascendiera los grupos de afinidad y se oponían particularmente a la creación de

[27] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista*, ed. cit., pp. 44-45.
[28] I. Oved, *op. cit.*, p. 43; E. López Arango-D. A. Santillán, *El anarquismo en el movimiento obrero*, Buenos Aires, Barcelona, Cosmos, 1925, p. 11.
[29] Plácido Grela, «El movimiento obrero en Rosario», en *Todo es Historia* N° 49, Buenos Aires, 1971.
[30] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista*, ed. cit., p. 46.

sindicatos anarquistas; por la otra, los llamados «anarco-socialistas», que tenían sus órganos en *La Questione Sociale* de Serantoni y en *El Oprimido* del doctor Creaghe, y estaban en contacto con Malatesta y con la tendencia predominante por entonces dentro del movimiento italiano, apoyaban la creación de sociedades de resistencia y sindicatos anarquistas, siguiendo el ejemplo dado en la década anterior por el propio Malatesta[31]. A mediados de la década del 90 esta segunda tendencia, que respondía igualmente al pensamiento de Kropotkin, llegó a conformar una amplia mayoría[32]. A la línea kropotkiniana de *La Révolte* respondía también el periódico *La Liberté* de Pierre Quiroule donde escribió durante su permanencia en Argentina, el después célebre Auguste Vaillant[33]. *La Liberté*, aunque partidario de la organización obrera, propiciaba la propaganda por el hecho y, al igual que *El Perseguido* (del cual se distinguía por una actitud más teórica y doctrinaria), asumía la defensa de todos los atentados anarquistas, entonces muy en boga, aunque mucho más frecuentes en Europa que en Argentina. En cambio, en Rosario, el grupo anarco-comunista «Ciencia y Progreso», orientado al parecer por el doctor Arana, se oponía, desde 1896, al terrorismo como táctica y, sobre todo, a la retórica del terrorismo[34].

D— DE 1897 A 1910

En este periodo se impone definitivamente, dentro del movimiento anarquista argentino, la tendencia organizativa y favorable a la lucha sindical. Los grupos denominados «anarco-comunistas», que propiciaban la revolución social inmediata y despreciaban toda modalidad del sindicalismo como una rémora o inclusive como una trampa tendida por los socialdemócratas, pasaron a constituir minorías reducidas, hasta desaparecer casi enteramente en 1905.

Todavía en 1896 la intervención de los anarquistas en las huelgas y conflictos obreros (particularmente abundantes durante ese año y el siguiente)

[31] La polémica entre organizadores y anti-organizadores se desarrolla en el plano de la estrategia y no coincide, como podría imaginarse, con la lucha ideológica de los anarquistas partidarios del comunismo o del colectivismo contra los individualistas seguidores de Stirner y, a veces, inclusive, de Nietzsche.

[32] La corriente kropotkiniana que, no menos que la bakuninista, propiciaba la organización obrera y el sindicalismo revolucionario, domina en Italia desde la década del 80 y un poco más tarde también en España (Cfr. J. Peirats, *La CNT en la revolución española*, París, Ruedo Ibérico, 1971, p. 28).

[33] Al regresar a París, en 1893, Vaillant arrojó una bomba en la Cámara de Diputados. No mató a nadie, pero igualmente fue condenado a muerte. Subió al cadalso con gran valentía, exclamando: «Viva la anarquía. ¡Mi muerte será vengada!». Y ciertamente lo fue, no una sino muchas veces. Sólo un mes después, Emile Henry arrojó una bomba en la estación de Saint Lazare, que dejó un muerto y veinte heridos (G. Woodcock, *El anarquismo*, Ariel, 1979, p. 288).

[34] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista*, ed. cit., pp. 61-62.

resultó bastante limitada, según lo reconoce el propio jefe de policía de Buenos Aires, Manuel Campos[35]. Pero ya el año siguiente las cosas cambian. En 1897, como efecto y causa de la creciente presencia ácrata dentro del movimiento obrero y de las luchas de los trabajadores argentinos, se funda *La Protesta Humana*, el más importante y perenne (se sigue publicando todavía) de los órganos periodísticos anarquistas en América Latina. En él se refleja no sólo la accidentada trayectoria del movimiento libertario sino también toda la historia del sindicalismo obrero argentino desde una perspectiva que es, al mismo tiempo, revolucionaria y ética, socialista y libertaria. «Durante su dilatada existencia vivió todas las alternativas; superó todas las crisis internas que dejaban diezmados los cuadros del movimiento; asimiló desafíos y provocaciones. Ni las persecuciones policiales, ni los desencuentros ideológicos entre hermanos, pudieron mellar su filo... Había nacido para superar todas las calamidades»[36]. Su primer número salió a la calle el 13 de junio de 1897; su primer director fue el ebanista catalán Gregorio Inglan Lafarga; su primer administrador, el panadero italiano Francisco Berri; y entre sus primeros colaboradores se contaban José Prat, Eduardo Gilimón y Mariano Cortés (Altair), a los cuales se unieron poco después reconocidas figuras literarias de la época, como Florencio Sánchez, Pascual Guaglianone, Julio Camba y Santiago Locascio[37]. A partir del 7 de noviembre de 1903 abrevió su nombre y comenzó a llamarse simplemente *La Protesta*. El esfuerzo de un grupo de colaboradores y simpatizantes, encabezado por el doctor Creaghe, logró la adquisición de una imprenta propia, estrenada el 5 de marzo de 1904, con el número 253 del periódico. Pocas semanas más tarde, el 1° de abril, se convirtió en diario. En su primer número como tal expresaba: «La aparición de este diario tiene para el mundo obrero una significación cuyos alcances son difíciles de medir. Ello significa la afirmación de la personalidad anarquista en la Argentina». En la dirección del diario se suceden Elam Ravel y Alberto Ghiraldo, con quien colaboran conocidas figuras de las letras argentinas, como Julio R. Barcos, Edmundo Bianchi y José de Maturana.

El 7 de marzo de 1910 fundan los anarquistas argentinos un segundo diario, el vespertino *La Batalla*, cuyos redactores principales son el dramaturgo Rodolfo González Pacheco y el periodista Teodoro Antillí[38]. Este hecho demuestra la extraordinaria vitalidad que por entonces cobra el movimiento. Max Nettlau trae, para esta época, una larga lista de periódicos anarquistas, tanto en Buenos Aires como en el interior del país, tanto en castellano como en italiano y francés. Además de los que ya hemos mencionado, recuerda, por ejemplo, de este periodo y del anterior: *La Revolución Social* (1897), *Ni Dios ni amo* (1896), *Ciencia Social* (1897-1899); *Germinal* (1897-1898); *El Re-*

[35] I. Oved, *op. cit.* pp. 63-64.
[36] Fernando Quesada, «La Protesta. Una longeva voz libertaria», en *Todo es Historia*, N° 82, Buenos Aires, 1 p. 76.
[37] Fernando Quesada, *op. cit.*, 1 p. 80.
[38] Fernando Quesada, *op. cit.*, 1 pp. 84-86.

belde (1899-1902); *Los Tiempos Nuevos* (1900); *Vida Nueva* (1903-1904); en italiano, *Lavoriamo* (1893); *La Riscosa* (1893-1894); *La Nuova Civiltá* (1901); *Venti Settembre* (1895-1903); en francés, *Le Cyclone* (1895), todos en la Capital Federal. Y en el interior de la República: *La Verdad* (1896); *La Libre Iniciativa* (1895-1896); *La Federación Obrera* (1896) y *La Libera Parola* (1900), en Rosario; *La Anarquía* (1895), en La Plata; *El Revolucionario* (1895), en Barracas; *La Fuerza de la Razón* (1896), en Chivilcoy[39].

Por otra parte, es preciso recordar la prensa sindical y los órganos de las diversas sociedades orientadas por los anarquistas. La traducción de los escritores más conocidos del anarquismo europeo se incrementaba. En 1895 había aparecido por ejemplo, *La Conquista del Pan* de Kropotkin, y en 1896 *La Sociedad Futura* de Jean Grave. El grupo «Los Acratas» publicó una serie de libros y folletos, como *Entre Campesinos* de Malatesta; *La anarquía, su filosofía, su ideal* de Kropotkin, etc.[39 bis].

Con el fin de combatir las tendencias anti-organizativas, todavía vivas aunque ya minoritarias, se fundó en Buenos Aires una «Federación Libertaria de los grupos socialistas-anarquistas», cuya declaración de principios fue obra de Pietro Gori[40]. Este célebre abogado y criminólogo italiano, nacido en Messina en 1869, había llegado a Buenos Aires, huyendo de la policía que pretendía detenerlo por sus actividades de propaganda ácrata, el 21 de junio de 1898. Pocos meses después fundó la revista *Criminología moderna*, más tarde denominada *Archivos de psiquiatría y criminología*. Un brillante grupo de jóvenes juristas y criminólogos (José Ingenieros, Antonio Dellepiane, Luis María Drago, Rodolfo Rivarola, Juan Vucetich, etc.) se sintió atraído por su enseñanza científica; otro grupo, no menos brillante, de jóvenes escritores y poetas (Pascual Guaglianone, Félix Basterra, Alberto Ghiraldo, etc.) fue arrastrado por su ideología socialista libertaria. Orador de verbo fácil y encendido, pero a la vez de ideas sólidas y coherentes, más atento siempre a la seriedad científica que al efectismo retórico, recorrió las principales ciudades argentinas, cosechando aplausos no sólo de obreros y anarquistas sino también de burgueses y conservadores. Fue autor de varios folletos como *Las bases morales de la anarquía*, *Vuestro orden y nuestro desorden*, etc. En enero de 1902 retornó a su tierra natal, no sin dejar profunda huella en la ciencia, la literatura y el movimiento ácrata y socialista del país[41].

En estos años, después de la crisis del 90, la situación económica se había agravado. La clase obrera padecía, como siempre, las más dolorosas consecuencias de dicha situación. El 15 de julio de 1900 calculaba *La Prensa* unos 40.000 desocupados en la ciudad de Buenos Aires. Las huelgas se multiplica-

[39] M. Nettlau, «Contribución a la bibliografía...», pp. 13-14.
[39 bis] E. López Arango, D. A. Santillán. *op. cit.*, pp. 12-13.
[40] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista...*, p. 62, (Cfr. Jorge Larroca, «Pedro Gori, un anarquista en Buenos Aires», en *Todo es historia*, N° 47, Buenos Aires, 1971).
[41] Cfr. E. G. Gilimón, *Hechos y comentarios*, Buenos Aires-Montevideo, 1911, p. 32; I. Oved, *op. cit.*, pp. 88-93; J. N. Solomonoff, *op. cit.*, p. 198; D. A. Santillán, «La Protesta»: Su historia, sus diversas fases y su significación en el movimiento anarquista de América del Sur; en *Certamen internacional de «La Protesta»*, Buenos Aires, 1927 p. 38.

ban, tanto en la capital como en los diversos centros urbanos del interior. Dichas huelgas, a veces triunfantes, no conducían, sin embargo, a resultados duraderos y no pocas veces las conquistas alcanzadas pronto se desvirtuaban o eran simplemente desconocidas. La constitución de una central obrera se imponía como perentoria necesidad de la lucha sindical.

Pronto se abrió paso, por eso, en los medios obreros y en los grupos anarquistas, la idea de convocar un congreso de todas las sociedades de resistencia existentes en el país con el fin de concretar tal propósito. El congreso se reunió, no sin haber tenido que superar las objeciones de algunos grupos radicales (siempre temerosos de las trampas de la socialdemocracia), el 25 de mayo de 1901, «con la asistencia de unos 50 delegados en representación de 30 a 35 sociedades obreras de la capital y del interior»[42]. Quedó así fundada la «Federación Obrera Argentina» (FOA), por obra de anarquistas que, sin dejar de serlo, habían hecho «todo lo posible por crear una entidad obrera que abarcase a los trabajadores todos sin distinción de razas ni de creencias, sobre el cimiento sólido de la acción directa y de la lucha económica»[43]. Sin embargo, los socialistas marxistas, evidentemente minoritarios, pronto se separaron de ella, al advertir que no podían ponerla al servicio del partido y de sus metas políticas. Adrián Patroni, delegado al congreso constituyente y el grupo marxista «La organización» iniciaron «una guerra incesante y desleal contra ella» y lanzaron la idea de que era necesario crear otra central obrera (controlada, desde luego, por el Partido Socialista, mera correa de transmisión de las decisiones políticas de éste), que excluyera a los anarquistas, lo cual equivalía a excluir a la inmensa mayoría de los trabajadores conscientes e ideológicamente definidos.

La nueva central obrera argentina tuvo inmediata ocasión de lanzarse a la lucha, ya que los años 1901 y 1902 fueron de gran agitación social y proletaria. Numerosas huelgas estallaron en todos los gremios y en todas las regiones de la república. La crisis favorecía y exigía una defensa férrea de las condiciones de trabajo y de los salarios. La jornada de trabajo no bajaba, por lo general, de 10 horas; los jornales eran de hambre y parecían desafiar la ley de bronce de Lasalle. Muchas de estas huelgas resultaron triunfantes, lo cual trajo un relativo alivio a la condición de los trabajadores y demostró la eficacia de la organización sindical a la mayoría de los anarquistas. Así, por ejemplo, en diciembre de 1901, los pintores de Mar del Plata consolidaron la jornada de ocho horas y consiguieron un aumento de 50 centavos en sus jornales; los trabajadores portuarios de Buenos Aires lograron, en febrero de 1902, la jornada de 9 horas y un salario de 4 pesos diarios. «Y así sucesivamente, los trabajadores arrancaban palmo a palmo una parte de sus derechos a los usurpadores, no sin que a veces la resistencia patronal hiciera correr sangre obrera»[44]. Tal fue el caso del asesinato del joven obrero aus-

[42] D. A. de Santillán, *La FORA-Ideología y trayectoria*, Buenos Aires, Proyección, 1971, p. 67; J. Godio, *op. cit.*, 1, pp. 188-189.
[43] D. A. de Santillán, *La FORA*, p. 75; Antonio López, *La FORA en el movimiento obrero*, Buenos Aires, CEAL, 1987, 1, p. 12.
[44] D. A. de Santillán, *La FORA*, p. 80.

tríaco Budislavic por parte de la policía durante la huelga general que se declaró en Rosario a fines de 1901.

Entre el 19 y el 21 de junio de 1902 se reunió en el salón Vorwaerts de Buenos Aires el segundo congreso de la FOA, al cual concurrieron 76 delegados de 47 sociedades obreras. Los socialistas, con el pretexto de que la asamblea no había aceptado las credenciales de un delegado, se retiraron y provocaron la anunciada escisión. Las sociedades que con ellos se fueron agrupaban a 1.780 trabajadores; las que se quedaron (con los anarquistas) a 7.630. Los escindidos fundaron a comienzos de 1903 la «Unión General de Trabajadores» (UGT), apéndice del Partido Socialista, y empezaron a poner en práctica «una táctica de reformas parciales, de moderación en la lucha y de conquistas legales»[45]. Los que permanecieron en la FOA radicalizaron sus actitudes, se manifestaron cada vez más antiparlamentarios, más antilegalistas, más revolucionarios, y no perdieron ocasión de manifestarse como anarcocomunistas.

Las continuas huelgas, la multiplicación de las sociedades de resistencia orientadas en su mayor parte por los anarquistas; la proliferación de periódicos que difundían las ideas libertarias entre los trabajadores urbanos y rurales; la actividad infatigable de los oradores ácratas en todos los ámbitos del país, comenzaron a amedrentar seriamente a la clase patronal y al gobierno.

La FOA declaró la huelga general. El resultado inmediato de este temor fue la improvisa y subitánea promulgación de la «Ley de residencia», el 22 de noviembre de 1902. Gracias a ello quedaba el poder ejecutivo facultado para expulsar del país, sin juicio previo, a cualquier extranjero «cuya conducta comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público» (Art. 2). Dicha ley, que estuvo en vigencia durante más de medio siglo (y que no derogó, por cierto, ninguno de los gobiernos peronistas), libraba a la discrecionalidad policial la suerte de todos los extranjeros, que, como vimos, constituían por entonces una gran parte de los habitantes del país. Simultáneamente se declaró el estado de sitio y comenzó la caza del anarquista y del militante obrero en general. Muchos trabajadores fueron deportados; otros, que habían nacido en el país, encarcelados[46].

Tuvo el dudoso honor de redactar la Ley de residencia (ley N° 4144) Miguel Cané, buen narrador y fino humorista, autor de *Juvenilia*, uno de los clásicos de la literatura argentina[47].

Entre el 6 y el 8 de junio de 1903 celebró en Buenos Aires su tercer congreso la FOA, con la presencia de 80 delegados de la capital y del interior. Al tratarse allá de la recién promulgada «Ley de residencia», Alberto Ghiraldo (delegado de los estibadores de Villa Constitución) sostuvo que la misma

[45] D. A. de Santillán, *La FORA*, p. 93; J. Godio, *op. cit.*, 1 p. 190.
[46] D. A. de Santillán, *La FORA*, pp. 97-98 (Cfr. C. Sánchez Viamonte, *Biografía de una ley antiargentina, ley 4144*, Buenos Aires, Nuevas Ediciones Argentinas, 1956; Antonio López, *op. cit.*, 1, pp. 33-36.
[47] F. Quesada, *op. cit.*, p. 81 (Cfr. Raúl Castagnino, *Miguel Cané*, Buenos Aires, 1952; R. Sáenz Hayes, *Miguel Cané y su tiempo* (1851-1905), Buenos Aires, Kraft, 1955).

venía a ser un reconocimiento de la fuerza del proletariado argentino por parte del gobierno.

Pero la represión no amainaba. El 1° de mayo de 1904 la policía se enfrentó con una manifestación obrera que recordaba a los mártires de Chicago, y aprovechó la ocasión para añadir un nombre más al martirologio obrero, asesinando al marinero Juan Ocampo. A pesar de esto o tal vez precisamente por esto la organización obrera crecía y se tornaba más combativa y aguerrida. En el informe de la FOA destinado a la preparación del 4° congreso, se lee: «En la tenacidad de la resistencia es en lo que más se ha destacado el progreso de la idea de emancipación que todas las sociedades proclaman; es en ese terreno que se puede afirmar hoy que la federación ha dado un gigantesco paso hacia la conquista de los legítimos derechos del hombre, a pesar de que el capital y el gobierno han redoblado los grilletes con que pretenden sujetar al obrero... Díganlo si no las huelgas de Conductores de Carros, Obreros del puerto, Marineros y Foguistas, Caldereros, Albañiles y muchas otras. En ellas la solidaridad ha superado las esperanzas, dejando con esto perplejos los enemigos comunes... Un signo halagüeño nos resulta del número de asociados actualmente, comparado con la cifra del año anterior[48]. En el segundo trimestre de 1903 estaban afiliados a la Federación 42 sociedades que contribuían con 15.212 cuotas; en el mismo período de 1904 las sociedades eran 66 y las cuotas aportadas 32.893.

El cuarto congreso de la FOA se celebró en la ciudad capital entre el 30 de julio y el 2 de agosto de 1904. En él se resolvió cambiar el nombre de la central por el de «Federación Obrera Regional Argentina» (FORA), que conservó en adelante, y se aprobó el Pacto de Solidaridad, en el cual se delinean la doctrina, la organización y la táctica del organismo confederado obrero. La inspiración anarquista de dicho documento, que asigna como finalidad última a la lucha sindical el establecimiento de una sociedad sin clases, sin propiedad privada y sin Estado es evidente[49]. El mismo cambio de nombre tiene una motivación ideológica: se agrega el adjetivo «regional» para dejar bien en claro que no se considera a la Argentina como un estado o unidad política sino como una región del mundo donde hay trabajadores que luchan por su propia emancipación[50].

Mientras tanto, la UGT, surgida, según dijimos, como instrumento del Partido Socialista, al celebrar su tercer congreso, entre el 12 y el 18 de agosto de 1905, veía aparecer en su seno una corriente «sindicalista», que propiciaba la asociación de los trabajadores por encima de cualquier partido político y hasta aceptaba (tan fuerte era la influencia anarquista aun entre obreros que no se consideraban seguidores de dicha ideología) la huelga general, como

[48] D. A. de Santillán, *La FORA*, p. 109; E. G. Gilimón, *Hechos y comentarios*, Buenos Aires, pp. 42-44.
[49] D. A. de Santillán, *La FORA*, pp. 115-120; E. López Arango-D. A. de Santillán, *op. cit.*, p. 18; Antonio López, *op. cit.*, 1, p. 13.
[50] I. Oved, *op. cit.*, pp. 356-363.

«medio eficaz para exteriorizar las protestas de la clase trabajadora». Este acercamiento ideológico de la UGT a la FORA, comportaba también una aproximación táctica y estratégica. Desde *La Protesta* clamaba, por entonces, Alberto Ghiraldo: «Si a todos daña, si a todos afecta, si a todos veja el capitalismo, ¿cómo es posible que no llevemos siempre y en todas ocasiones una acción conjunta contra él?... Si se llega a este pacto que prestigiamos y al que creemos se ha de llegar en plazo perentorio, el poder de la clase obrera será incontrastable...»[51]. De hecho, la UGT propone a la FORA «un pacto de solidaridad», pero ésta, dominada por sus elementos más radicales, lo considera «inútil, ineficaz y contraproducente» en una de las secciones de su quinto Congreso, inaugurado en Buenos Aires el 26 de agosto de 1905 con la presencia de 5 federaciones locales (53 sociedades), 1 federación de oficio (4 sociedades) y 41 sindicatos de la capital y del interior. Se trata del más importante de todos los congresos de la FORA, puesto que en él ésta define explícita y definitivamente su orientación ideológica.

A propuesta de la Federación Obrera local rosarina se aprueba la siguiente declaración que traduce, sin duda, el sentir de la mayoría de los afiliados de la FORA y coincide con la insistente prédica de *La Protesta* y otros periódicos obreros: «El quinto Congreso Obrero Regional Argentino, consecuente con los principios filosóficos que han dado razón de ser a la organización de las federaciones obreras, declara: Que aprueba y recomienda a todos sus adherentes la propagación e ilustración más amplia, en el sentido de inculcar en los obreros los principios económicos y filosóficos del *comunismo anárquico*. Esta educación, impidiendo que se detengan en la conquista de las ocho horas, les llevará a su completa emancipación y, por consiguiente, a la evolución social que se persigue»[52].

El congreso adoptaba, así, como ideología oficial, el comunismo antiautoritario, autogestionario y federalista, cuyo principal exponente era Kropotkin. Tal resolución se explica, como anota Oved, por el arraigo de esa ideología en el anarquismo argentino. No sólo habían desaparecido casi los individualistas y los que, llamándose «anarco-comunistas», eran enemigos de la organización obrera, sino también los «anarco-socialistas» defensores del colectivismo bakuninista. Prevalecían cada vez más los partidarios de un comunismo anárquico, que veía en los sindicatos un órgano no sólo de las reivindicaciones laborales sino también de la revolución social. Era la línea de Kropotkin. De hecho los artículos de éste aparecieron con frecuencia en *La Protesta* durante el año 1905 y su obra autobiográfica, *Memorias de un revolucionario*, se fue publicando sucesivamente en los números del diario[53]. La mismo línea ideológica predominaba por entonces, tras arduas polémicas en las décadas anteriores, dentro del movimiento anarquista español, y también

[51] D. A. de Santillán, *La FORA*, p. 130 (Cfr. Ricardo Mella, *Sindicalismo y anarquismo*, La Coruña, 1910).
[52] D. A. de Santillán, *La FORA*, p. 142; J. Godio, *op. cit.*, 1. p. 201.
[53] I. Oved, *op. cit.*, p. 417.

en otros muchos países, como Italia, Francia, México, Bulgaria, etc. Pero el caso más completo de fusión entre anarco-comunismo y organización sindical se da, sin duda, en el quinto congreso de la FORA[54]. Al informar sobre la trascendente resolución, decía *La Protesta*: «Se ha demostrado clara y elocuentemente que esta declaración de principios era reclamada por el pueblo... No podemos menos, al terminar esta crónica, que manifestarnos satisfechos con la orientación doctrinaria que el V Congreso ha dado a la organización». Puede decirse que en este momento llega a su cenit la identificación del anarco-comunismo con el movimiento obrero argentino. «Un clima de exaltación prevalecía al finalizar el Congreso; los participantes lo juzgaron un gran triunfo moral, tanto por la resistencia a los esfuerzos policiales para impedir su celebración, como por la naturaleza de las resoluciones aprobadas»[55].

Durante los años 1906 y 1907 las huelgas se multiplicaron, promovidas en su mayor parte por los anarquistas de la FORA. Y la reacción policial y gubernamental no dejó de hacer sentir su dureza. A la cabeza de la policía porteña estaba el coronel Falcón quien, según dice Santillán, «juraba que acabaría con los anarquistas, proyectando al efecto no sólo continuos atropellos a la libertad individual y de asociación sino leyes restrictivas, úcases dictatoriales, procedimientos de excepción»[56].

El sexto Congreso de la FORA se reunió en Rosario (que había merecido el nombre de la «Barcelona argentina»), entre el 19 y el 23 de septiembre de 1906, iniciándose con un significativo homenaje a los revolucionarios rusos. A él concurrieron 105 sociedades de resistencia de todo el país.

El pacto de unión entre la FORA y la U.G.T. no se había concretado porque, pese al empeño de los llamados «sindicalistas» (y de algunos socialistas y anarquistas), la mayoría de los militantes de la FORA seguían desconfiando y temiendo las tretas del socialismo parlamentario y legislativo. Esto no impidió, sin embargo, una buena colaboración entre ambas centrales obreras al declararse en 1907 la huelga general en apoyo de los carreros rosarinos. A esta huelga se plegaron unos 150.000 trabajadores en toda la república. El comunicado en que se convocaba a la huelga, suscrito por la FORA y por la U.G.T., terminaba con estas palabras: «La protesta se imponía y vamos a realizarla. Se han equivocado grandemente los poderes públicos si creían que iban a ir cercenándonos derecho tras derecho, libertad tras libertad impunemente. Nuestra actitud de hoy les enseñará a ser más medidos en lo sucesivo, a respetarnos como adversarios, ya que no lo han hecho como hombres. Trabajadores: Defendamos nuestra libertad, nuestros derechos, nuestra dignidad, nuestra legítima aspiración a vivir la vida íntegra. Trabajadores: ¡A la huelga general! Trabajadores: ¡A la solidaridad, que es baluarte de defensa y arma de triunfo! ¡Viva la huelga general!»[57]. Declarada el 25 de enero,

[54] Jorge N. Solomonoff, *op. cit.*, p. 194.
[55] I. Oved, *op. cit.*, p. 422 (Cfr. R. Asenjo del Río, *Influencia del anarquismo*, Buenos Aires, Elvira Fernández, 1908).
[56] D. A. de Santillán, *La FORA* p. 143; J. Godio, *op. cit.*, 1 p. 202.
[57] D. A. de Santillán, *La FORA* pp. 150-153; J. Godio, *op. cit.*, 1 p. 205.

la huelga se prolongó hasta el 27, y concluyó con una total victoria de los obreros organizados. El 1° de abril de ese mismo año se reunió en el Teatro Verdi de Buenos Aires el esperado Congreso de fusión entre la FORA, la U.G.T. y las sociedades autónomas. No consiguió su propósito, porque la mayoría insistió en darle a la federación obrera un carácter finalista y en proclamar la adhesión al comunismo anárquico[58].

Los ecos del quinto congreso de la FORA resonaban aún con demasiada fuerza. En septiembre de 1907 se declaró en Buenos Aires una huelga que no afectaba a los productores sino a los consumidores: la huelga de inquilinos, inspirada y promovida por los anarquistas, aunque después apoyada también por socialistas y radicales. Iniciada como protesta comunitaria de los vecinos de un conventillo, no tardó en extenderse por toda la ciudad. «Durante varias semanas —la huelga duró casi tres meses— por todas partes se veían piquetes de agentes del escuadrón, bomberos y agentes de policía; el propio jefe de policía, coronel Falcón, actuó en varios procedimientos. Se produjeron intensas redadas y deportaciones de anarquistas, entre los que estuvieron Roberto D'Angió y Marciano Forcat, redactores de *La Protesta*»[59].

Entre el 15 y el 19 de diciembre del mismo año se reunió en La Plata el séptimo congreso de la FORA. En él se decidió convocar la huelga general contra la Ley de residencia. Esa huelga se llevó a cabo antes de transcurrido un mes, el 13 y 14 de enero de 1908. Así explica la FORA las razones de la misma: «La acción criminal y bárbara del Estado y de la burguesía, al dictar una ley de extrañamiento contra los hombres que piensan libremente, constituye la negación de los derechos del hombre y nos obliga a tener que responder al reto lanzado por los sátrapas que gobiernan la República Argentina»[60].

El año 1909 fue rico en acontecimientos para la FORA y el movimiento anarquista. Los obreros del transporte de Buenos Aires declararon, el 1° de mayo, la huelga general, en protesta contra un represivo reglamento municipal. La manifestación que habitualmente realizaban ese día los anarquistas fue brutalmente agredida por la policía, al mando del coronel Falcón. Los ocho muertos y el centenar de heridos que este «valiente» militar dejó en la desarmada multitud no quedaron, sin embargo, impunes. La FORA, con la solidaria adhesión de la U.G.T., convocó para el día siguiente una huelga general. El movimiento resultó triunfante. Después de una semana de intensa movilización obrera, el gobierno de Figueroa Alcorta se vio obligado a capitular: derogó la represiva reglamentación municipal contra los trabajadores

[58] A. Zacagnini, *Desde la barra del congreso... de fusión*, Buenos Aires, Biblioteca de Progreso de la Boca, 1907.
[59] F. Quesada, *op. cit.*, p. 87; E. López Arango-D. A. de Santillán, *op. cit.*, pp. 20-21; Antonio López, *op. cit.*, 1, pp. 17-19.
[60] D. A. de Santillán, *La FORA*, pp. 172-173. (Cfr. E. Del Valle Iberlucea, *Las leyes de excepción*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1914).

del transporte, permitió la reapertura de los locales obreros y anarquistas clausurados, inició la liberación de los 800 obreros presos durante la huelga[61].

Una vez más la solidaridad en la lucha hizo resurgir esperanzas de unión entre socialistas y anarquistas dentro de la organización obrera. El 25 y 26 de septiembre de 1909 se reunió un nuevo congreso de fusión. No concurrieron a él, sin embargo, más de una docena de sociedades de la FORA. Predominaban, por tanto, socialistas y sindicalistas (encabezados ya por Sebastián Marotta), lo cual explica la constitución de una nueva central obrera denominada «Confederación Obrera Regional Argentina» (CORA), cuyo órgano sería *La Confederación*. Aun cuando en la nueva central quedaron, junto a socialistas y sindicalistas, varios grupos e individuos que seguían considerándose anarquistas, es claro que la FORA no podía reconocer tal fusión. Y, sin embargo, la CORA no sólo adoptó la estructura orgánica de la FORA sino también su «pacto de solidaridad». A partir de 1909 existieron, pues, en Argentina dos federaciones obreras: la FORA, definitivamente anarcocomunista, y la CORA, sindicalista, aunque no sin influencia ideológica del anarquismo[62].

Francisco Ferrer, el fundador de la Escuela Moderna, condenado a muerte como presunto jefe de la insurrección popular acaecida en Barcelona durante el mes de julio de 1909, fue fusilado en el Castillo de Montjuich el 13 de octubre de ese mismo año[63]. Inmediatamente la FORA convocó a una reunión a la que concurrieron unos 20.000 trabajadores y declaró la huelga general entre el 14 y el 17 de octubre, en protesta por «el brutal asesinato»[64]. Se unía así a las manifestaciones de repudio llevadas a cabo en las principales ciudades de Europa (París, Marsella, Lieja, Bruselas, Berlín, Lisboa, Oporto, Coímbra, Roma, Turín, Génova, Venecia, Nápoles, Londres, etc.) contra la barbarie militar-clerical[65].

Un mes más tarde, Simón Radowitzky, joven anarquista judío, profundamente indignado por la matanza que perpetrara, inclusive en niños y ancianos, la policía de Buenos Aires durante las manifestaciones obreras del 1° de mayo, decidió vengar por cuenta propia, según práctica común entre los ácratas europeos de la época, el crimen cometido. Se fijó en la persona del jefe de esa policía, coronel Falcón. El objetivo no había sido arbitrariamente escogido, ya que nadie encarnaba mejor que dicho oficial el odio vesánico

[61] D. A. de Santillán, *La FORA*, pp. 176-179 (Cfr. C. M. Echagüe, *Las grandes huelgas*, Buenos Aires, Centro Editor, Serie Historia Popular, N° 1, 1971); Antonio López, *op. cit.*, 1 pp. 36-40.
[62] Cfr. Luigi Fabbri, *Sindicalismo y anarquismo*, trad. por J. Prat, Valencia, Sempere; *Sindicalismo y socialismo*, La Coruña, s/f; J. A. Arraga, *El sindicalismo*, Buenos Aires, s/f.
[63] Joan Conelly Ullman, *La semana trágica. Estudio sobre las causas del anticlericalismo en España (1898-1912)*, Barcelona, 1972, p. 528 (Cfr. J. Romero Maura, «Terrorism in Barcelona, 1904-1909», en *Past and Present*, N° 4, 1968).
[64] D. A. de Santillán, *La FORA*, pp. 185-186.
[65] Lapouge-Bécarud, *Los anarquistas españoles*, Barcelona, 1977, p. 70.

contra los trabajadores. El 14 de noviembre lanzó contra él una bomba que le provocó la muerte. La reacción del Estado «democrático», del ejército y de la burguesía no se hizo esperar. De nuevo las cárceles se llenaron, se declaró el estado de sitio, los periódicos anarquistas y socialistas fueron asaltados, se clausuraron los locales obreros. *La Protesta*, en una edición clandestina, justificó éticamente el atentado; la FORA publicó, también en forma clandestina, durante todo el estado de sitio, una hoja periódica denominada *Nuestra Defensa*, en la cual explicaba las causas del ajusticiamiento de Falcón y hacía una calurosa defensa de Radowitzky[66].
González Pacheco escribirá: «Hay que erguir la revolución en la Argentina por la libertad y la vida del primer novio de la Anarquía. ¡Por Simón Radowitzky!»[67].

En el año 1910 la República Argentina celebraba el centenario de su primer gobierno patrio, en una situación económica que todo el mundo consideraba próspera y promisoria, imán para los emigrantes europeos, modelo para los hermanos países latinoamericanos[68]. El gobierno nacional se creía obligado, pues, a tirar la casa por la ventana. Desfiles, recepciones, espectáculos de todas las clases, se proyectaron como parte de los festejos centenarios. Sólo una sombra se cernía sobre el cumpleaños de la patria y sobre la celebración de la burguesía satisfecha que, olvidando inclusive el carácter republicano de la efemérides, se empeñaba en agasajar a nobles y reyes; esa sombra era el movimiento obrero y el anarquismo[69]. Prisiones, exilios, inquisición policíaca no bastaban para contener sus ímpetus revolucionarios, pero la represión recrudecía, aunque más no fuera para mostrar al mundo «civilizado» que en la Argentina imperaban la ley y el orden[70].

La FORA celebró en Buenos Aires, entre el 23 y el 29 de abril de 1910, su octavo congreso. En él se decidió invitar a las sociedades que habían constituido la CORA (puesto que ésta aceptaba el mismo pacto de solidaridad y las mismas bases programáticas) a incorporarse o reincorporarse a la FORA. Al mismo tiempo resolvió convocar un congreso obrero sudamericano, que había de realizarse durante el mes de enero de 1911 en Montevideo[71].

Los trabajadores querían ir a la huelga general por la liberación de los presos sociales y la derogación de la Ley de residencia. Unas 70.000 personas (número nunca alcanzado hasta entonces en Buenos Aires) protestaron el 8 de mayo ante la Penitenciaría Nacional por el mal trato dispensado a los presos. La huelga fue anunciada para el 18 de ese mes. El 14 el gobierno decretó el estado de guerra interno y detuvo, junto con otros muchos militantes

[66] Agustin Souchy, *Una vida por un ideal (Simón Radowitzky)*, México, Grupo «Amigos de Simón Radowitzky», 1956; D.A. de Santillán, *Simon Radowitzky, el vengador y el mártir*, Buenos Aires, 1927 (Cfr. Policía de Buenos Aires, *Procesos y sus causas*, Buenos Aires, 1909).
[67] R. González Pacheco, *Carteles*, Buenos Aires, Americalee, 1956, II. p. 114. Cfr. Alberto del Sar, *¡Usuhaia! ¡Tierra maldita!*, Buenos Aires, 1925.
[68] Cfr. C. M. Urien, E. Colombo, *La República Argentina en 1910*, Buenos Aires, 1910.
[69] J. N. Solomonoff, *op. cit.*, pp. 228-229.
[70] F. Quesada, *op. cit.* p. 94 (Cfr. A. S. Pennington, *The Argentine Republic*, Londres, Stanley Paul, 1910).
[71] D. A. de Santillán, *La FORA*, pp. 192-195.

anarquistas, a los integrantes del Consejo Federal de la FORA. «La burguesía nacionalista, secundada por la policía, organizó manifestaciones antiobreras con estudiantes y empleados. Fue asaltada e incendiada la imprenta de *La Protesta*; algo parecido ocurrió con *La Vanguardia*, el diario socialista; los locales obreros fueron asaltados, destruidos sus muebles, quemadas sus bibliotecas»[72]. En el mes de junio explotó una bomba en el Teatro Colón; no mató a nadie. Dos anarquistas sospechosos del atentado fueron declarados inocentes. Pero al día siguiente la Cámara de Diputados, en reunión de urgencia, sancionó con inusitada celeridad una nueva ley represiva, conocida como «Ley de defensa social», en la cual se anulan prácticamente las libertades públicas garantizadas por la Constitución nacional: el derecho de reunión y de asociación, la pública expresión de las opiniones, la libertad de prensa, y se establecen sanciones draconianas que llegan a la prisión durante 20 años o por tiempo indeterminado. Numerosos militantes argentinos son confinados en Usuhaia; otros tantos extranjeros expulsados del país. «Los festejos del Centenario debieron realizarse bajo el signo de la zozobra y la inseguridad. Buenos Aires parecía un cuartel. Más de 2.000 detenidos y deportados eran los anarquistas eliminados de su actividad orgánica. Sin embargo, su gravitación en la vida social del país subsistía. Extremas precauciones se tomaron para cuidarlos en su cautiverio»[73]. La «democrática» Argentina se vio asimilada, a los ojos del mundo obrero, con la Rusia zarista. Durante los años inmediatos anteriores al Centenario tuvo la prensa anarquista un extraordinario florecimiento. Max Nettlau da los nombres de la mayoría de los periódicos de estos años y menciona, entre otros: en Buenos Aires: *El Trabajo* (1906); *Rumbo Nuevo* (1906); *Fulgor* (1906); *Labor* (1907); *J'Accuse* (1907); *Luz y Vida* (1908); *Iconoclasta* (1908); en Rosario: *El Rebelde* (1906); en Córdoba: *El Proletario* (1907); en Chacabuco: *El Precursor* (1909); en Tucumán: *Germinal* (1909); en Bahía Blanca: *L'Agitatore* (1906). Menciona asimismo diversas revistas que considera influidas por las ideas libertarias: *Libre Examen* (1905) y *Los Nuevos Caminos* (1907), en la Capital Federal; *Nuevas Brisas* (1905), en Rosario; *La Ráfaga* (1908) en Paraná; *Pensamiento Nuevo* (1909), en Mendoza; *Ideas* (1909) y *Vibraciones* (1909), en La Plata.

La prensa gremial de las sociedades adheridas a la FORA era durante la primera década del siglo demasiado numerosa como para que intentemos aquí una enumeración. Baste recordar *La Organización Obrera*, órgano oficial de la Federación, que apareció en Buenos Aires, a partir del 1° de agosto de 1901, bajo la dirección de Alberto Ghiraldo[74].

[72] Enrique Nido, *Informe general sobre el movimiento anarquista en la Argentina*, Buenos Aires, La Protesta, 1923; D. A. de Santillán, *La FORA*, pp. 197-198; J. Godio, *op. cit.*, I, pp. 206-207.
[73] F. Quesada, *op. cit.*, pp. 95-96; E. López Arango, D. A. de Santillán, *op. cit.*, pp. 24-26; Antonio López, *op. cit.*, I pp. 40-44.
[74] M. Nettlau, «Contribución a la bibliografía...», pp. 23-25.

Los años posteriores al Centenario fueron muy difíciles para el anarquismo y para el movimiento obrero en la Argentina. Con muchos de sus más activos militantes desterrados, fugitivos o presos, con sus sindicatos funcionando en la semi-clandestinidad, parecían destinados a languidecer y a morir en breve plazo. En 1911 —dice Enrique Nido, periodista y maestro— se intentó en dos ocasiones publicar *La Protesta*, pero su local fue allanado por la policía y sus redactores encarcelados[75]. Y, sin embargo, el movimiento no se detuvo. Las ideas anarquistas estaban demasiado arraigadas en un gran número de trabajadores manuales e intelectuales, y pronto comenzaron a manifestarse y a concretarse en nuevas acciones y protestas. En el terreno del periodismo surgieron pronto otras muchas y vigorosas iniciativas. En 1911 se publicaron, por ejemplo, el periódico *El Libertario*, la revista mensual *El Trabajo*; el quincenario *La Cultura* y el órgano de la pedagogía racionalista *Francisco Ferrer*. En 1912 salió clandestinamente un periódico que llevaba el significativo nombre de *¡A prepararse!*, otro llamado *El Manifiesto* y, como órgano de la «Liga de Educación Racionalista», *La Escuela Popular*, mientras en italiano se publicaba *La Fiaccola*. En 1913 aparecieron *El Obrero* en Buenos Aires; *La Rebelión* en Rosario; *El Combate* en Chacabuco; *Prometeo* en Diamante (Entre Ríos), entre otros varios. Siguieron publicándose asimismo algunos órganos de los gremios adheridos a la FORA, como, por ejemplo, *El Aserrador*, *La Unión del Marino*, *El Obrero Ferroviario*; *La Antorcha* (Federación Gastronómica); *El Obrero Carpintero*; *La Aurora* (mecánicos), etc.[76]. En 1913 se reinició la publicación diaria de *La Protesta*, no interrumpida hasta el 5 de marzo de 1919[77]. «Ya en la segunda mitad de 1913 se puede decir que el temible período del Centenario había sido superado, pero en general eran nuevos hombres los que aparecían en los puestos de más relieve»[78]. Durante ese año envió la FORA delegados al Congreso sindicalista de Londres, que se proponía reconstruir la Asociación Internacional de Trabajadores (objetivo recién logrado en Berlín, después de la primera guerra mundial) y al segundo Congreso de la Confederación Obrera Brasileña, celebrado en Río de Janeiro entre el 8 y el 13 de septiembre. Protagonizó al mismo tiempo una nueva serie de huelgas, entre las cuales la más famosa fue la de las cristalerías de Berazategui (que concluyó con el triunfo de los trabajadores, pero no sin que muchos de ellos fueran heridos, encarcelados o muertos).

Un nuevo congreso de fusión, reunido en septiembre de 1914, finalizó con el ingreso a la FORA de la mayoría de las sociedades autónomas adheridas

[75] Enrique Nido, *Informe general del movimiento anarquista en la Argentina*, Buenos Aires, 1928.
[76] M. Nettlau, «Contribución a la bibliografía...», pp. 23-25.
[77] F. Quesada, *op. cit.* en *Todo es historia*, N° 83, p. 72.
[78] D. A. de Santillán, *La FORA*, p. 203.

a la CORA[79]. El estallido de la primera guerra mundial ocasionó, por parte del Consejo Federal de la FORA, una enérgica reafirmación del antibelicismo anarquista, encaminado a sustituir la guerra entre pueblos y naciones por la guerra de clases: «La guerra europea no es más que una operación comercial de la burguesía, donde ésta todo lo tiene a ganar, mientras que la clase obrera todo lo tiene a perder, inclusive su sangre y su vida... Los trabajadores de la Argentina, sin distinciones de nacionalidades ni de ninguna índole, sabrán lanzar un formidable anatema contra todos los causantes de la guerra... Los trabajadores no queremos patrias ni banderas y todos los trabajadores del mundo no tenemos más que un enemigo: la sociedad burguesa»[80]. Esta exhortación antibelicista, antimilitarista y antinacionalista cobraba un especial significado en la Argentina donde, en 1914, el 46,1% de la población económicamente activa estaba formada por extranjeros[81] de todos los países de Europa (y aun muchos de Asia), de los cuales sólo el 1,4% se había nacionalizado[82].

El masivo ingreso de las sociedades autónomas de la CORA, resuelto durante el congreso de concentración obrera de 1914, que, a primera vista, podía considerarse como una victoria de la FORA anarquista sobre los partidarios de un sindicalismo neutro y economicista, constituyó de hecho una estratagema de sus enemigos y el lamentable inicio de una división definitiva en el seno del movimiento obrero argentino. Los gremios dirigidos por sindicalistas puros, por socialistas reformistas y legalistas o por anarquistas tibios y cada vez menos doctrinarios llegaron a ser pronto mayoría. Y, así cuando se convocó el noveno congreso de la FORA, el 1° de abril de 1915, pudieron imponerse por el número de delegados, hicieron triunfar la tesis del sindicalismo neutro y antifinalista y lograron un pronunciamiento que anulaba la definición anarco-comunista del quinto congreso[83]. La minoría, partidaria de mantener tal definición, decidió retirarse y, desde el 2 de mayo, existieron dos FORA, la del quinto (anarco-comunista) y la del noveno congreso (sindicalista neutra).

Aun cuando la negativa de los delegados anarquistas a acatar aquella resolución del noveno congreso (fruto de una nada clara maniobra de penetración iniciada en el congreso de 1914), que hacía de la federación obrera un organismo ideológicamente indefinido y abría camino para una concepción puramente reinvindicativa de la lucha gremial, resulta muy comprensible, puede decirse que constituyó un error estratégico, ya que, si los delegados anarco-comunistas no se hubieran retirado, pronto hubieran vuelto a imponerse en

[79] F. Quesada, *op. cit.*, p. 73.
[80] D. A. de Santillán, *La FORA*, pp. 221-223.
[81] J. N. Solomonoff, *op. cit.*, p. 125.
[82] J. N. Solomonoff, *op. cit.*, p. 111.
[83] E. López Arango-D. Abad de Santillán, *op. cit.*, pp. 28-29.
Para la versión «sindicalista» de este proceso puede consultarse el libro, por lo demás muy estimable, de Sebastián Marotta, *El movimiento sindical argentino, su génesis y desarrollo*, Buenos Aires, Lacio, 1960-1961. La versión socialista la da (no sin graves errores de interpretación y no pocos equívocos) Jacinto Oddone: *Gremialismo proletario argentino*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1949.

el seno de una federación única. Las dos FORA no tardaron, en cambio, en enfrentarse y durante los años 1916 y 1917 con frecuencia polemizaron.

La revolución rusa desempeñó, por entonces, un papel revigorizante y, a la vez, catalizador en el movimiento obrero argentino. Las huelgas se multiplicaron, surgieron nuevos sindicatos, se fundaron revistas, periódicos, bibliotecas populares. El reformismo de la FORA del noveno congreso perdió terreno ante el renovado prestigio de las actitudes revolucionarias, aun cuando la FORA del quinto no siempre supo aprovechar esta favorable circunstancia histórica. En la Argentina, como en todas partes, la revolución rusa despertó no sólo el interés sino también el entusiasmo de los anarquistas en un primer momento. En España, por ejemplo, durante el Congreso de la Comedia (10 a 18 de diciembre de 1919), la C.N.T, aun declarándose «firme defensora de los principios que informan a la Primera Internacional, sostenidos por Bakunin», adhirió «provisionalmente a la Tercera Internacional, por el carácter revolucionario que la preside»[84]. Angel Pestaña fue comisionado para asistir en Rusia al tercer congreso de la Tercera Internacional y dar a conocer allí la resolución de la C.N.T.[85]. Pero tanto en España y otros países europeos como en la Argentina el entusiasmo inicial dejó lugar pronto a una actitud expectativa y crítica. Se suscitaron no pocas polémicas al respecto. Hacia 1920 la mayoría de los anarquistas argentinos había tomado distancia frente al leninismo y comenzaba a comprender el rumbo autoritario de la revolución bolchevique, de acuerdo con las denuncias hechas por el propio Kropotkin en su correspondencia con Lenin[86]. Se formaron, de todas maneras, grupos denominados «anarco-bolcheviques», que actuaron durante la década del 20 y publicaron varios periódicos, a veces muy leídos, como *Frente Proletario* (1920); *Frente Unico* (1920); *El Sol* (1921); *El Libertario* (1923); *La Plebe*, que llegó a ser diario, y, sobre todo, *Bandera Roja*. Pero en el congreso de 1923 la FORA del quinto rechazó decididamente «la llamada dictadura del proletariado»[87]. Ya en 1921 había mandado Lenin secuestrar ciertas obras de Bakunin y Kropotkin, a las que con razón consideraba responsables de la oposición de izquierda dentro del propio partido bolchevique[88].

En enero de 1919 se produjo en Buenos Aires la semana trágica. Una huelga en los talleres metalúrgicos Vasena provocó la intervención violenta de la policía que protegía a los esquiroles. Varios obreros fueron asesinados y la FORA del quinto declaró una huelga general, que con ejemplar unanimidad cumplió la clase trabajadora porteña. La producción y los servicios se detuvieron; la ciudad quedó en manos de los obreros, orientados principalmente por los anarquistas. *La Protesta*, reseñando los hechos, decía: «El trabajo

[84] Juan Gómez Casas, *Historia del anarco-sindicalismo español*, Madrid, 1969, pp. 128-130.
[85] Daniel Guerin, *Ni Dios ni Amo II*, Madrid, Campo Abierto Ediciones, 1977, p. 224.
[86] Cfr. P. Avrich, «Una nueva biografía soviética de Kropotkin» en *Reconstruir*, 97, 1975; Emma Goldman, *Living my Life*, Nueva York, 1934, pp. 769-770.
[87] D. A. de Santillán, *La FORA*, pp. 264-265; E. López Arango-D. A. de Santillán, *op. cit.*, p. 31.
[88] D. Avrich, *Los anarquistas rusos*, Madrid, Alianza, 1974, p. 230.

se paralizó en la ciudad y barrios suburbanos. Ni un solo proletario traicionó la causa de sus hermanos de dolor». Se produjo, sin duda, una coyuntura revolucionaria. Sin embargo, como anota Santillán, «faltó entonces la capacidad para canalizar las energías del pueblo y ofrecerle un objetivo revolucionario inmediato». El movimiento, sin orientación precisa, acabó por agotarse. El gobierno, el ejército, la burguesía convirtieron su miedo en sed de venganza. Unos 55.000 trabajadores fueron detenidos; la isla de Martín García se llenó de anarquistas; se produjeron típicas reacciones xenófobas y antisemitas (la caza al ruso)[89]. Surgió entonces la primera de las organizaciones fascistas argentinas: la «Liga patriótica», formada por «niños bien», estudiantes, policías, matones que, reunidos en el Centro Naval, recibieron el apoyo de las fuerzas armadas. «Allí el contralmirante Domecq García les impartió instrucción militar y el contralmirante O'Connor los arengó, comparando a Buenos Aires con Petrogrado en 1917, e incitándoles a asaltar al día siguiente 'a los rusos y a los catalanes'... en sus propios barrios si no se atreven a venir al centro»[90].

Bien armados y luciendo brazaletes, golpearon, insultaron, vejaron y asesinaron con entera impunidad no sólo a los trabajadores sino también a mucha gente enteramente ajena a la huelga. Demás está decir que esta banda de gomosos criminales prefigura a la perfección la famosa Alianza Argentina Anticomunista de la década del 70. El diario conservador *La Nación* calculaba un saldo de 100 muertos y 400 heridos; pero más próximo a la verdad parece haber estado el periódico socialista *La Vanguardia* al estimar en 700 los muertos y en 2.000 los heridos[91]. Con reaccionario humor narró los hechos el escritor fascista Arturo Cancela en un cuento titulado *Una semana de jolgorio*[92]. Pero la FORA anarquista seguía en pie; *La Protesta* llegó a tirar 15.000 ejemplares; empezó a publicarse el popular diario *Bandera Roja*. En marzo un decreto gubernamental prohibió toda la prensa anarquista: en julio salió a la calle *Tribuna Proletaria*, diario promovido por la FORA del quinto[93].

Esta realizó en septiembre de 1920 un congreso extraordinario con la presencia de 200 sociedades. La prensa libertaria seguía floreciendo, ubicua, con órganos a veces efímeros, a veces de larga duración; políglota, como correspondía a un país de inmigrantes. Hubo revistas de carácter literario, como *Alas*, publicada por Cordón Avellán; de orientación individualista, como el quincenario *Estudios*, aparecido en Rosario el 1° de noviembre de 1915 por

[89] D. A. de Santillán, *La FORA*, pp. 243-244.
[90] Nicolás Babini, «La Semana Trágica-Pesadilla de una fiesta de verano» en *Todo es historia*, N° 5, 1967.
[91] F. Quesada, *op. cit.*, N° 83, p. 77.
[92] El cuento forma parte de un libro titulado *Tres relatos porteños* (Buenos Aires, 1922). Su «aparente inocencia de contar los casos sin dramatizarlos» (A. Berenguer Carisomo, *Literatura argentina*, Barcelona, Labor, 1970, p. 77) no es, en el fondo, sino indiferencia por la sangre obrera derramada.
[93] D. A. de Santillán, *La FORA*, pp. 245-246; Antonio López, *op. cit.*, I pp. 44-46.

obra de Enrique Nido, José Torralvo y A. M. Dopico; periódicos redactados en italiano, como *La Canaglia*, iniciado en mayo de 1915 y continuado durante varios años, y *La Rivolta*, salido en 1917, para combatir la guerra (en que había entrado también Italia); con una finalidad específica, como *El Burro*, publicado desde el 20 de junio de 1918 por Oreste Ristori, que se dedicaba a la lucha contra el clericalismo; *El Soldado*, aparecido en 1919, que combatía el militarismo y, particularmente, el servicio militar obligatorio; *Socorro*, que en junio de 1915 denunciaba los horrores de las cárceles zaristas. Muchas ciudades del interior contaron con sus propios órganos libertarios: en Laboulaye (Córdoba) salió *Libre Palabra* (1913); en Rosario, *Tierra Libre* (1913); en Tucumán, *Odios* (1913); en La Plata, *La Simiente* (1913); en Mendoza, *Nuevos Rumbos* (1913); en Punta Alta, *La Voz del Esclavo* (1913); en Córdoba, *El Proletario* (1914); en Campana (Buenos Aires), *Voces Proletarias* (1915); en Paraná, *Ideas* (1915); en Mar del Plata, *El Grito del Pueblo* (1916); en San Fernando (Buenos Aires), *El Amigo del Pueblo* (1915); en Santa Fe, *La Verdad* (1916); en San Juan, *Humanidad* (1917); en Bahía Blanca, *Brazo y Cerebro* (1916) y *Alba Roja* (1917); en Junín, *Nubes Rojas* (1917). Quizá el más importante de todos, después de *La Protesta*, fue el semanario *La Obra*, publicado entre 1917 y 1919 por Rodolfo González Pacheco y Teodoro Antilli[94].

F— DE 1921 A 1930

Durante los meses de abril y mayo de 1921 docenas de obreros de La Forestal (en el Chaco), que reclamaban mejoras en sus salarios y condiciones de trabajo, fueron brutalmente asesinados. La FORA anarquista propuso entonces un movimiento de solidaridad con las víctimas y con los trabajadores del agro chaqueño, pero los sindicalistas de la FORA del noveno eludieron la propuesta y nada se hizo[94 bis]. Lo mismo sucedió cuando la Liga Patriótica asesinó a varios trabajadores en Gualeguaychú (Entre Ríos) el 1° de mayo de 1921. El sindicalismo no-anarquista comenzaba a descarriarse hacia un pragmatismo miope e insolidario. Pero los sucesos más trágicos de ese año, y los menos conocidos por el pueblo argentino, ya que ningún periódico, con excepción de *La Protesta* (y algún otro órgano anarquista) informaban nada sobre ellos, fueron los ocurridos en la Patagonia, donde el ejército asesinaba a mansalva a los peones y trabajadores rurales, en huelga por el logro de mínimas mejoras en sus condiciones de trabajo[95]. Los promotores de la huelga y de la subsecuente insurrección fueron anarquistas de diversas naciona-

[94] F. Quesada, *op. cit.*, N° 83, p. 79.
[94 bis] Angel Borda, «Los sucesos de la Forestal», en *Reconstruir*, 92, pp. 24-28.
[95] O. Bayer, *Los vengadores de la Patagonia Trágica*, Buenos Aires, Galerna 1972-4; «Los Vengadores de la Patagonia Trágica» en *Todo es historia*, N° 15, 1968; Federación Obrera Local Bonaerense, *La Patagonia trágica*, Buenos Aires, 1922.

lidades, entre los cuales había también sin duda varios criollos argentinos. El protagonista de este genocidio, teniente coronel Varela, fue ajusticiado el 23 de enero de 1923 por el joven anarquista Kurt Wilckens[96]. González Pacheco escribió en unos de sus *Carteles*: «¿Por qué ha matado este hombre?... ¿Hay todavía que decirlo?... ¿Por qué se tiende sobre el abismo el puente, se dinamita el peñasco, se ultima al lobo?... Explicaos esto, y la muerte de Varela está explicada»[97].

En marzo de 1922, la FORA del noveno convocó a un nuevo congreso de fusión y, uniéndose con algunos gremios de la FORA del quinto, en manos de los anarco-bolcheviques, originó la Unión Sindical Argentina (USA). Un año más tarde la FORA del quinto (la única FORA a la sazón) celebró su congreso ordinario (considerado como el noveno, puesto que el de 1915 fue desconocido). En junio de ese año de 1923, Wilckens fue cobardemente asesinado por el ejército argentino, lo cual originó una huelga general acompañada por todos los sectores obreros. *La Vanguardia*, órgano del Partido Socialista, dijo en esa ocasión que «el asesinato resulta condenable y nefasto, pero consumado sobre una víctima indefensa, lisiada y entregada al sueño, como ha ocurrido con Wilckens, tiene que resultar aún más monstruoso, repulsivo e incomprensible»[98]. Al margen de las polémicas con los sindicalistas (y con aquellos elementos que los apoyaban en el seno de la U.S.A.); más allá de las disputas acerca de la transitoriedad de la dictadura del proletariado con los anarco-bolcheviques, los anarquistas de la FORA entablaron, en 1924, una menos clara y menos lógica controversia con grupos que, en todo caso, eran también anarquistas (los de *La Antorcha*, *Ideas* y *Pampa Libre*). El juicio y la condena de Sacco y Vanzetti en los Estados Unidos ocasionaron una prolongada campaña periodística, numerosos actos públicos y no pocas manifestaciones callejeras y huelgas solidarias entre los anarquistas argentinos[99]. Cuando el 23 de agosto de 1927 fueron ambos ejecutados, *La Protesta* escribió: «No podían escapar a la silla eléctrica los dos rebeldes acusados de robo y asesinato. Sacco y Vanzetti no pertenecían a las bandas de contrabandistas de licores, organizadas libremente en Estados Unidos. No eran jefes de una de las tantas asociaciones de criminales que tienen sus sedes públicas en Chicago y en Boston, en Nueva York y en Filadelfia. Se los acusó de un delito común, fueron convictos por el juez Thayer, gracias a los procedimientos tortuosos de la policía, condenándoselos a la pena de muerte. Para salvarse de la silla eléctrica, para obtener una de las tantas excepciones que figuran en el Código de Massachusetts, Sacco y Vanzetti debían ser yanquis. Eran italianos y anarquistas. El mundo no comprende la dureza y la insensibilidad de los jueces y gobernadores norteamericanos. Nadie creía

[96] «Causas y efectos»-«La Tragedia de la Patagonia y el gesto de Kurt Wilckens» en Suplemento de *La Protesta*, 31 de enero de 1929.
[97] R. Gonzàlez Pacheco, *op. cit.*, II, p. 116.
[98] F. Quesada, *op. cit.*, N° 83, p. 81.
[99] F. Quesada, «Sacco y Vanzetti: Dos nombres para la protesta», Buenos Aires, Editorial Destellos, 1974, pp. 77-80.

que se llegara a tal extremo de desprecio de Yanquilandia por los sentimientos generosos y altruistas que movieron a millones de hombres en la lucha por salvar de la muerte a Sacco y Vanzetti. Hay, sin embargo, que doblegarse a la evidencia. Estados Unidos está fuera de la humanidad»[100]. Paralelamente, iniciaron los anarquistas argentinos una nueva campaña por la libertad de Radowitzky, que culminó en abril de 1930, al lograrse la amnistía de parte del gobierno radical. A partir de 1925 emprendió también la FORA una vigorosa campaña en pro de la jornada de seis horas, como remedio inmediato para el grave problema de la desocupación obrera.

En agosto de 1928 realizó en Buenos Aires su décimo congreso, con la asistencia de un centenar de sindicatos. En él se reafirmó la definición ideológica y se recomendó «insistentemente la propaganda de las ideas fundamentales de la anarquía integral». Como si hubiera previsto el advenimiento de la peste parda en la Argentina, exhortó asimismo a los trabajadores a «combatir sin tregua el veneno del nacionalismo que lleva a la reacción antiobrera, al militarismo, a la dictadura y a la guerra». En 1930 contaba la FORA con más de cien mil afiliados, lo cual representaba una clara mayoría en el proletariado consciente y militante del país. Su crecimiento fue, según opina Santillán, «una de las causas del golpe de estado del general Uriburu, que inauguró el 6 de septiembre de 1930 la era de los gobiernos fascistas en la Argentina»[101]. Esta «revolución», que contó con el apoyo de los conservadores, de los llamados «socialistas independientes», de los grupos fascistas[102] y de muchos oficiales admiradores de Mussolini como el capitán Perón[103], llenó de euforia a terratenientes, comerciantes y banqueros, e inició inmediatamente una sistemática persecución contra el movimiento obrero. No se limitó a clausurar periódicos y sindicatos anarquistas, a desterrar o encarcelar a los más activos militantes de la izquierda: asesinó también a muchos de ellos, como el obrero marítimo correntino Juan Antonio Morán (que había ajusticiado al torturador Rosasco) y al joven trabajador catalán Joaquín Penina, fusilado sin juicio previo en Rosario, por la mera sospecha de haber repartido folletos antigubernamentales[104]. El más celebre de los fusilados por la dictadura de Uriburu fue Severino Di Giovanni, agitador italiano que profesaba un anarquismo antiorganizativo y violento. Llegado a Buenos Aires en 1923, poco después del ascenso de Mussolini al poder en Italia, se había enfrentado con el grupo de *La Protesta*, que adversaba la violencia armada como método ordinario de lucha y confiaba, sobre todo, en la propaganda y la acción sindical. En 1929 se atribuyó a Di Giovanni el asesinato de Emilio

[100] F. Quesada, «Sacco y Vanzetti», p. 90 (Cfr. D. A. de Santillán, «La tragedia de Sacco y Vanzetti», Suplemento de *La Protesta*, agosto de 1928); Antonio López, *op. cit.*, 1 pp. 49-50.
[101] D. A. de Santillán, *La FORA*, p. 277.
[102] Alberto Ciria, *Crisis económica y restauración política* (1930-1943), en *Argentina: La democracia constitucional y su crisis. Historia Argentina*, vol. 6, Buenos Aires, Paidós, 1972, pp. 162-164.
[103] Carlos Ibarguren, *La historia que he vivido* (1877-1956), Buenos Aires, Eudeba, 1969, pp. 367-368.
[104] F. Quesada, *Joaquín Penina, primer fusilado*, Rosario, Grupo editor de Estudios Sociales, 1974.

López Arango, director de *La Protesta*. Lo cierto es que, fundado en la idea de la expropiación, asaltó algunos bancos, no sin dejar en esas acciones también algunos muertos. El gobierno de Uriburu le aplicó la ley marcial y lo fusiló en la Penitenciaria Nacional, junto a Paulino Scarfó[105].

Después del golpe fascista y de la consiguiente represión contra los militantes anarquistas y comunistas, los sindicatos de la Unión Sindical Argentina (USA), que estaban en manos de los sindicalistas puros, aunque no sin la participación de dirigentes todavía autodenominados anarquistas, se fundieron con los de la Confederación Obrera Argentina (COA), dominados por los socialistas reformistas, y originaron así la Confederación General del Trabajo (CGT), cuyos miembros no fueron perseguidos por el gobierno dictatorial, y cuya actividad fue casi siempre puramente reivindicativa y negociadora, a la espera del advenimiento del coronel Perón. La C.G.T., «órgano representativo de las fuerzas *sanas* del país», pidió *clemencia* al gobierno de Uriburu, para los choferes de la FORA, condenados a muerte, pedido que la misma FORA no podía hacer[105 bis]. Durante la década del 20 siguió floreciendo en la Argentina la prensa libertaria. Además de *La Protesta* (con sus valiosos *Suplementos* históricos e ideológicos), bajo la vigorosa dirección de López Arango y Abad de Santillán, deben mencionarse la revista *Ideas*, en La Plata, redactada por Jacobo Prince, José María Lunazzi y Fernando del Intento; *Brazo y Cerebro*, periódico ya nombrado, que salía en Bahía Blanca, con la colaboración ahora de Mario Anderson Pacheco, Julio Díaz y Antonio López Almada; *Pampa Libre*, en la ciudad de General Pico, redactado por Prince, Lunazzi, Varone, etc,; *Nuestra Tribuna*, de Juana Rouco Buela, en Necochea; *Verbo Nuevo*, de Juan Pérez Maza, José María Acha y otros, en San Juan; *El Libertario*, de Antillí y González Pacheco (periódico que no debe confundirse con otro del mismo nombre, el cual representaba por entonces la tendencia anarco-bolchevique); *La Verdad*, órgano de la «Agrupación Aurora Libertaria» de Tandil; *Orientación*, periódico primero y revista después, que salía en Santa Fe por obra de Cruz Romero y Francisco Rivolta; *Tierra Libre*, en Tucumán; *Renovación*, en Avellaneda; *Libre Acuerdo*, en Rosario; *Impulso*, en Punta Alta; *La Obra*, en Santa Fe; *Abriendo Cancha*, en Colón (Entre Ríos); *Palote*, revista de Colomá y Mazzola; *Elevación*, mensuario de Juan Raggio; *La Campana*, revista editada en Santa Fe por D.A. de Santillán y E. López Arango; y, sobresaliendo entre toda la prensa anarquista de la época por su estilo vibrante, más poético que discursivo, más ético y lírico que sociológico y político, *La Antorcha* de González Pacheco, Antillí, Badaracco y Bianchi. Tampoco faltaron durante esta década publicaciones en lenguas extranjeras, como *Bezviastie*, que salió en húngaro, en 1926[106].

[105] O. Bayer, *Severino Di Giovarnni. Idealista de la violencia*, Buenos Aires, Galerna, 1970; O. Bayes, *Los anarquistas expropiadores y otros ensayos*, Buenos Aires, 1986.
[105 bis] Antonio López, *op. cit.*, 1 pp. 51-53.
[106] F. Quesada, «La Protesta» en *Todo es historia*, N° 83, pp. 92-93.

Al restituirse, en 1932, las garantías constitucionales, la FORA reinició sus actividades públicas, y al día siguiente apareció, como diario, *La Protesta*. El Grupo Editor estaba, en aquel momento, conformado por Santillán, Villar, Cimazo, Anderson Pacheco. Sin embargo, los numerosos procesos incoados, durante el gobierno del general Justo, contra sus redactores y la anulación de las franquicias postales hicieron cada vez más difícil su publicación. Dejó de aparecer como diario (que era lo que el gobierno buscaba), pero siguió saliendo, primero cada semana, después cada quince días y finalmente cada mes[107].

La persecución velada o abierta no había desaparecido por completo, como es de suponer, por la mera instalación de un gobierno supuestamente surgido de elecciones libres[108]. Sin embargo, un grupo de militantes, recluidos en la cárcel de Villa Devoto, había concebido en 1931 el proyecto de un Congreso Anarquista nacional, y el mismo llegó a reunirse, en septiembre de 1932, en Rosario, con la presencia de delegaciones de casi todo el país. Uno de los resultados más importantes de dicho congreso fue la creación de un «Comité Regional de Relaciones Anarquistas (CRRA), cuya labor consistía principalmente en preparar la organización de una Federación de Grupos Libertarios Argentinos. Tres años más tarde, en 1935, el Comité convocó un segundo congreso (que esta vez ya fue clandestino), en La Plata. Allí quedó constituida según se había propuesto en Rosario, la «Federación Anarco-comunista Argentina» (FACA), con su estructura orgánica y su declaración de principios. Durante estos años, los diversos grupos anarquistas argentinos estuvieron empeñados en una intensa campaña para lograr la libertad de tres compañeros (Vuotto, Mainini y De Diago) que, después de sufrir bárbaras torturas, habían sido recluidos en la cárcel de Bragado. Allí permanecieron once años, hasta que en 1942 se logró el indulto[109]. Un periódico, *Justicia*, se publicaba para defender especialmente la causa de estos presos sociales. En general, la prensa anarquista mantuvo durante este período su vigor y combatividad, aunque disminuyera el número de periódicos, sobre todo en el interior del país. Varias editoriales se dedicaron a publicar obras de autores libertarios. Comenzó a editarse la revista *Nervio*, que originó luego una editorial homónima. A ella se debió la divulgación de obras tan fundamentadas de la literatura ácrata como *Incitación al Socialismo* de Gustavo Landauer. Una larga serie de autores anarquistas (o afines al anarquismo) salió de las prensas de las editoriales *Imán, Tupac, Argonauta, Americalee, Reconstruir* y, un poco

[107] F. Quesada, «La Protesta» en *Todo es historia*, N° 83, p. 91.
[108] Alberto J. Pla, «La crisis social: de la restauración oligárquica a la Argentina de masas», en Alberto Ciria et al.: *La década infame*, Buenos Aires, 1969, p. 98 y sgs. Cfr. E. Palacio, *Historia de la Argentina*, Buenos Aires, p. 377 y sgs.
[109] F. Quesada, *El proceso de Bragado*, Buenos Aires, Editorial Korrigan, 1974; Pascual Vuotto, *Vida de un proletario*, Buenos Aires, 1939; Antonio López, *op. cit.*, 1 pp. 54-55.

más tarde, *Proyección*. En septiembre de 1933 empezó a publicarse *Acción Libertaria*, que fue luego vocero de la FACA y de la FLA hasta 1971[110].

Durante la década del 30, los acontecimientos internacionales más importantes para los anarquistas de la Argentina (y del mundo) se desarrollaron en España. El avance de la CNT y de la FAI, el peso decisivo que cobraron en el acontecer político español, la enorme influencia que ejercían sobre obreros y campesinos en casi toda la península, despertaron en muchos anarquistas argentinos la idea de que la revolución social, tan largamente deseada y propiciada, tantas veces frustrada, iba a ser por fin una realidad. Por eso, el levantamiento fascista, la lucha del pueblo contra las tropas de la reacción internacional y la simultánea socialización del campo y de la industria promovida por la CNT anarco-sindocalista, comprometieron hondamente a la FORA, a la FACA y a todos los grupos afines, organizados pronto en la «Solidaridad Internacional Antifascista» y en la «Comisión Coordinadora de ayuda al Pueblo Español». Algunos de los más activos militantes del anarquismo argentino viajaron a España, se pusieron a disposición de la CNT y tomaron las armas en los batallones que ésta constituyó con sus afiliados, José Grunfeld llegó a ser Secretario de la FAI[111]. La FACA editó una revista titulada *Documentos Históricos de España* y una serie de libros y folletos acerca de la guerra civil y de la revolución social en la península[112].

Por otra parte, algunos de los órganos surgidos antes de 1930 continuaron publicándose con mayor o menor regularidad. Tal fue el caso de *La Protesta*, *La Antorcha* y *Organización Obrera*, vocero de la FORA. La FACA, por su parte, desde 1941 editó *Solidaridad Obrera*, dirigida por Juan Corral y Laureano Riera, que fue luego clausurada por el primer gobierno «justicialista». Inauguró asimismo una colección de opúsculos, como *Todos contra la guerra* (1935) de Jacobo Maguid; *Definición de la guerra* (1939), de Juan Lazarte y Jacobo Maguid; *Lucha constructiva por la libertad y la justicia* (1944), etc. En enero de 1940 apareció *Hombre de América*, revista cultural de orientación libertaria pero ampliamente abierta a todos los escritores antinazis, que duró hasta fines de 1945, cubriendo casi enteramente el lapso de la Segunda Guerra Mundial[113].

La posición de la Federación Anarco-comunista argentina (FACA), compartida también por la FORA, con respecto a la conflagración internacional, se manifestó pronto clara y enérgicamente: aun sin desconocer que los países occidentales representan democracias corruptas y encubren una brutal explotación capitalista, y aun sin ignorar que la Unión Soviética, lejos de constituir un socialismo imperfecto o en vías de realización, se ha consolidado como gigantesco capitalismo burocrático, considera que el mal supremo y la más tremenda amenaza para la humanidad es el nacionalsocialismo.

[110] Jacinto Cimazo, *Una voz anarquista en la Argentina*, Buenos Aires, Ed. Reconstruir, 1984, pp. 37-38.
[111] Hugh Thomas, *La Guerra Civil Española*, s/l., Ruedo Ibérico, 1976, 2 p. 954.
[112] Sobre el papel de los anarquistas en la guerra civil y la revolución española, cfr. J. Peirats, *La C.N.T. en la revolución española*, París, 1971.
[113] J. Cimazo, *op. cit.*, pp. 41-42.

Ningún desastre podría equipararse a un eventual triunfo del Tercer Reich en Europa y en el mundo.

En un Pleno Nacional, llevado a cabo en 1942, emitió la FACA un acuerdo sobre *Guerra y totalitarismo*, en el cual sostiene que «el totalitarismo es el máximo peligro de nuestro tiempo», y manifiesta su solidaridad con todos los pueblos sometidos por la barbarie nazi, pero no deja de advertir la amenaza del expansionismo soviético y las falsas promesas de reconstrucción pacífica de las democracias plutocráticas[114]. Mientras tanto, en el ámbito nacional, la FACA y la FORA se veían agudamente enfrentadas al populismo corporativista del gobierno de Perón. Individuos y sindicatos obreros fueron pronto seducidos por el fascismo demagógico; la complaciente CGT engordó a costas de la FORA revolucionaria (ya mermada, aunque todavía combativa), pero se nutrió, sobre todo, de la endeble conciencia social de una gran masa de trabajadores, emigrados del agro al suburbio, ya no campesinos, todavía no obreros[115].

En junio de 1946, los anarquistas lanzan un nuevo periódico, *Reconstruir*, dirigido por Luis Danussi, en cuyo primer número Jacobo Prince intenta esclarecer el fenómeno peronista en un artículo titulado *El totalitarismo falsea el principio de justicia social*[116].

La FORA fue perdiendo, a partir de 1945, su influencia, y el anarco sindicalismo quedó reducido a mínimas dimensiones dentro del movimiento obrero argentino. No debe olvidarse, sin embargo, que la Sociedad de Resistencia de Obreros del Puerto, adherida a la FORA, mostró su combatividad anarcosindicalista cuando en 1952, en pleno auge de la dictadura peronista, publicó un manifiesto negándose a aceptar el descuento compulsivo de un jornal para la erección de un monumento a la difunta Eva Perón. Varios militantes estuvieron presos por ello durante medio año[116 bis].

Perón contribuyó al debilitamiento del sindicalismo libre mucho más que Uriburu, aunque con métodos un tanto diferentes (apelando a la corrupción antes que a la violencia). La FACA, por su parte, después de su primer congreso (constituyente) de 1935, realizó el segundo en febrero de 1938; el tercero en julio de 1940; el cuarto en diciembre de 1951. Pocos meses antes del derrocamiento de Perón, convocó el cuarto, que se reunió en febrero de 1955 y decidió cambiar su nombre por el de «Federación Libertaria Argentina» (FLA).

[114] J. Cimazo, *op. cit.*, pp. 43-44.
[115] Cfr. José Luis Romero, *Las ideas políticas en la Argentina*, México, F.C.E., 1956, p. 248 sgs; Alfredo Galletti, *La política y los partidos*, Buenos Aires, 1961, pp. 198-199. Otros autores interpretan, en cambio, el peronismo como «bonapartismo»: Enrique Rivera, *Peronismo y frondizismo*, Buenos Aires, Patria Grande, 1958, p. 19; Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1961, p. 456; Torcuato S. Di Tella, *El sistema político argentino y la clase obrera*, Buenos Aires, Editorial Eudeba, 1964, p. 57.
[116] J. Cimazo, *op. cit.*, pp. 45-46.
[116 bis] Antonio López, *op. cit.*, 1 pp. 55-56.

Con este nombre reunió ya el quinto congreso, entre el 8 y el 10 de diciembre de 1961[117]. *Reconstruir*, órgano de la FLA, pasó a ser revista en agosto de 1959 y como tal siguió publicándose hasta marzo de 1976, fecha que coincide con el inicio de la más bestial y sanguinaria dictadura de la historia argentina.

H— POETAS, NARRADORES, DRAMATURGOS

Una buena parte de los escritores argentinos entre 1890 y 1930 tuvo relación con el anarquismo. Algunos de ellos no pasaron de esporádicos contactos; otros manifestaron más o menos abiertas simpatías; otros se comprometieron en una militancia activa aunque breve; otros, en fin, se declararon anarquistas y continuaron siéndolo durante toda su vida. Bastaría tal vez recordar a las dos figuras más célebres de la presente centuria, Leopoldo Lugones y Jorge Luis Borges, cuya iniciación política (o anti-política, si se quiere) tuvo lugar dentro de agrupaciones libertarias. Ambos evolucionaron (o mejor, involucionaron) después hacia posiciones conservadoras. El primero no dudó en anunciar «la hora de la espada» y en manifestar sus simpatías por el fascismo[117 bis], pero el segundo, aun después de haber llamado a Pinochet «la sal de la tierra», no perdía ocasión de autoproclamarse «anarquista» (no se sabe bien si por cálculo estético-literario o por confusión histórico-filosófica).

Si prescindimos de Florencio Sánchez, de quien hablaremos al referirnos al anarquismo uruguayo (aun cuando su militancia y su labor literario-periodística se desarrollaran más en la Argentina que en el Uruguay), el primer puesto en el anarquismo literario argentino le corresponde, sin duda, como dice D. A. de Santillán «a Alberto Ghiraldo, poeta rebelde y luchador de personalidad propia, que encarnó una modalidad especial de la propaganda, no alcanzada por ningún otro en el país, a pesar de todos los ensayos». Las revistas que publicó fueron únicas en su clase «por su carácter popular, por su amplitud de miras, por la libertad que daban a la expresión de ideas afines, sin que por eso perdieran nunca su carácter libertario»[118]. Nacido en

[117] J. Cimazo, *op. cit.*, pp. 47-48; C. Rama, *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano*, p. 82.

[117 bis] Lugones viajó a Europa en 1921. El reciente ímpetu del fascismo lo impresionó. Al regresar a Buenos Aires ofreció en el Teatro Coliseo una serie de conferencias sobre ese movimiento, auspiciada por la Liga Patriótica Argentina. Exaltaba en ella el patriotismo y el militarismo, amenazados por la subversión izquierdista y foránea. «Si en sus tiempos de anarquista había condenado la «paz armada», ahora, luego de su conversión al fascismo, reclamaba una eficiente fuerza militar en pie de guerra, y si en una época soñó con el desarme y el pacifismo, los acontecimientos lo habían puesto ante el «final trágico de una grande ilusión» (Leopoldo Allub, *Orígenes del autoritarismo en América Latina*, México, Katún, 1983, pp. 152-153).

[118] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista...*, ed. cit., p. 122.

Mercedes (provincia de Buenos Aires) en 1875, murió en Santiago de Chile en 1946. Adepto primero del radicalismo de Leandro Alem, se hizo pronto anarquista por influencia de Pietro Gori. Dirigió más de una vez, y siempre en circunstancias particularmente difíciles, *La Protesta*. Entre 1898 y 1902 publicó *El Sol*; en 1904-1905, *Martín Fierro* (revista en la que colaboraron entre otros, Agustín Alvarez y Roberto Payró); desde 1909 a 1916, *Ideas y Figuras*. Poeta prolífico y dramaturgo de éxito, entre sus piezas teatrales más aplaudidas figuran *Alma gaucha* (1909); *La Columna de Fuego* (1913) y *Los Salvajes* (1920); entre sus poemarios deben mencionarse *Fibras* (1895); *Música prohibida* (1904); *Tiempos nuevos* (1911-1912); *La canción del peregrino* (1922); *Cancionero libertario* (1938); *Canto a Buenos Aires* (1946). Ejemplos de su prosa combativa son *La tiranía del frac* (1905); *Crónicas argentinas* (1912); *La Ley Baldón* (1915); *El peregrino curioso* (1917); *La Argentina: estado social de un pueblo* (1922). En 1928 dio a luz una novela autobiográfica, *Humano ardor*, en la cual relata las luchas obreras y anarquistas de los años heroicos. Entre todas sus poesías ninguna tan representativa de la lírica libertaria como *Madre Anarquía*, publicada «en un período de terror policial, cuando todos los espíritus se hallaban oprimidos por el malón reaccionario»[119]. En los últimos veinte años de su vida, aunque un tanto al margen de la lucha sindical y de las organizaciones anarquistas, publicó todavía, sin desmentir nunca su ideología libertaria, *Yanquilanda bárbara* (1929); *Cuentos argentinos* (1935); *El pensamiento argentino* (1937). La estrecha amistad literaria que lo había unido con Rubén Darío desde 1912 lo movió a publicar su archivo en 1943[120]. Sin embargo, su poética difiere mucho de la de éste en la materia y en la forma. «Se ha dicho que sus recursos artísticos son simplísimos, tanto en el verso como en la prosa, y es cierto en cuanto con ello quiera decirse suma claridad, pues Ghiraldo escribe para que lo comprendan aquellos que más necesitan de una palabra orientadora. Su verso está al servicio de la causa de su ideal.Y encuentra eco en el pueblo, pues en su tiempo, ningún poeta fue tan popular como él, exceptuando a Almafuerte. De sus libros se repiten las ediciones, que pronto se agotan. Folco Testena traduce al italiano algunos de sus poemas. Y en los puestos de diarios y revistas se venden al público y se remiten a los pueblos del interior del país, solicitados como los de ningún otro. En sus versos, como en todas sus obras, cualquiera que ella sea, está Ghiraldo, tal cual es. La poesía tiene tono de arenga, es cierto, pero, agitador de ideas y de sentimientos como es, trasunta en ella el fervor de su hondo humanismo. Su pluma es siempre un arma de combate»[121]. En *Música prohibida* se dirige al pueblo sufriente para decirle:

«Yo soy el trovador de tu miseria». Y convoca:

[119] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista...*, ed. cit., p. 123.

[120] Alberto Fernández Leys, «Ghiraldo: su primer aniversario y la inmortalidad» en *Reconstruir*, 98.

[121] Héctor Adolfo Cordero, *Alberto Ghiraldo, precursor de nuevos tiempos*, Buenos Aires, Claridad, 1962, p. 123. Cfr. Max Henríquez Ureña, *Breve historia del modernismo*, México, F.C.E., 1978, p. 206.

¡Conmigo los hambrientos y los tristes!
¡Conmigo los malditos y desnudos!
¡Conmigo madres locas porque vieron
padecer a los hijos infortunios!
¡Conmigo niños pálidos y enclenques
cuya sangre absorbieron los ventrudos!
¡Conmigo la canalla macilenta
que ruge en las cavernas del suburbio!
¡Conmigo prostitutas y ladrones!
¡Conmigo los leprosos y los sucios!
¡Conmigo los que lloran y se arrastran!
¡Todos los alejados del mendrugo!

Cualquiera sea la distancia que el postmodernismo y la poesía pura hayan establecido entre la obra de Ghiraldo y la sensibilidad surrealista o hermética de nuestros días no es posible dejar de ver allí un vigor y una sinceridad, una generosidad y un compromiso vital que hoy añoramos. Su poesía —dijo Roberto J. Payró en *La Nación*— «es la exacta y artística repercusión de un grito del pueblo, en una pagina; la sinfonía de los mil gritos de ese pueblo reunido, sabiamente atenuados en otros»[122].

No suena como un discurso en un mitin de la FORA sino más bien como una milonga en el organito suburbano la poesía de Evaristo Carriego. Nacido Entre Ríos en 1883, muerto tempranamente en Buenos Aires en 1912, el autor de *Misas herejes* (1908) y *Alma del suburbio* (1908), es un romántico no sin influencia modernista. Más sentimental que combativo, su anarquismo nunca se proclama, pero se adivina tanto en:

la viejecita, la que se siente
un sedimento de la materia,
desecho inútil, salmo doliente
del Evangelio de la Miseria,

como en el guapo

que por el buen nombre de los candidatos
en los peores trances expone el pellejo..

como en

la costurerita que dio aquel mal paso...
—y lo peor de todo, sin necesidad—

Evaristo Carriego pertenece, como dice J. L. Borges, a la *ecclesia visibilis* de las letras argentinas, pero con mejores razones todavía «a la más verdadera y reservada *ecclesia invisibilis*, a la dispersa comunidad de los justos», y esto, sin duda, por su condición de poeta anarquista[123]. No es difícil captar

[122] Héctor Adolfo Cordero, *op. cit.*, p. 131. Cfr. Juan Mas y Pi, *Alberto Ghiraldo*, Buenos Aires, 1910; Juan P. Echagüe, *Una época del teatro argentino (1904-1918)*, Buenos Aires, 1926.
[123] Jorge Luis Borges, «Evaristo Carriego» en *Obras Completas*, Buenos Aires, Emecé, 1974, p. 101.

esa honda simpatía por los pobres y los oprimidos que es rasgo común de todos los poetas libertarios de la epoca en los versos de Carriego que, como los de Ghiraldo, «se popularizaban con una rapidez asombrosa», que «aparecían en las páginas de *Caras y Caretas* y a las pocas semanas las muchachitas de los conventillos se los sabían de memoria y allá los recitaban a media voz, todas románticas»[124]. Pero en versos dedicados a Juan Más y Pi, redactor de *La Protesta* (incluidos luego en *Misas herejes*), sale excepcionalmente de lo narrativo; da muestras de su adhesión a la empresa revolucionaria de los compañeros ácratas y exhorta:

En procesión inmensa va el macilento enjambre:
mordidas las entrañas por los lobos del hambre.
. . . . . .
Lidiemos en la justa de todos los rencores...
¡insignias de los bravos modernos luchadores!

Activo militante y redactor de *La Protesta* fue el poeta José de Maturana, nacido en 1889 y muerto en Córdoba en 1917. Durante los años 1906-1907 dirigió la revista literaria *Los Nuevos Caminos*. En el estilo de Villaespesa escribió luego dos poemas dramáticos: *La flor del trigo* (1909) y *Canción de Primavera* (1912). Ricardo Rojas, dijo de él que «había recogido la antorcha del drama poético, muriente ya en Coronado». Pero, como bien acota Luis Ordaz, al romanticismo le insufla Maturana «una actitud resuelta ante el abuso y la injusticia». Antes había publicado una colección de sonetos, *Cromos* (1901), y otros dos libros de versos: *Lucila* (1902) y *Poemas de color* (1903), así como una serie de relatos: *Gentes honradas* (1907). En 1909, con ocasión del fusilamiento en Barcelona del pedagogo libertario Francisco Ferrer, editó un folleto titulado *Francisco Ferrer, la voz del siglo*[125].

Otro escritor vinculado a *La Protesta* fue Santiago Locascio, autor de *Rasgos sociales* (1899); *Los mártires de Chicago* (1904); *Orientaciones* (1911); *Juan Bautista Alberdi* (1916), y de varias piezas teatrales. También Pedro J. Calou, poeta admirado por las nuevas generaciones literarias, según subraya Santillán, participó durante un tiempo en el movimiento anarquista y en la redacción de *La Protesta*. Acabó en la teosofía, lo cual, sin duda, resultaba para sus ex-compañeros ácratas menos repudiable que acabar, como Juan Emiliano Carulla, médico y escritor entrerriano, ferviente anarco-comunista durante varios años, en los pantanos del fascismo. Carulla colaboró en *Bandera Argentina* y en *La Fronda*, después de haberlo hecho (no sin sufrir prisiones, y dura represión policial) en *La Protesta*; se convirtió en lector de De Maistre y Maurras después de haberlo sido de Proudhon y Bakunin; trabajó activamente en la preparación del golpe fascista de Uriburu[126] y puso un «brillan-

[124] B. González Arrilli, «Carrieguito», Prólogo a Evaristo Carriego, *Misas herejes*, Buenos Aires, Tor, 1946, p. 9.
[125] Luis Ordaz, en Pedro Orgambide-Roberto Yahni, *Enciclopedia de la literatura argentina*, Buenos Aires, 1970, pp. 448-449.
[126] Carlos Ibarguren, *op. cit.*, pp. 364-365. Cfr. Federico Ibarguren, *Los orígenes del nacionalismo argentino*, Buenos Aires, Celcius, 1969.

te» colofón a su carrera literaria con un libro titulado *Valor poético de la revolución de setiembre* (1930).

Diferente es, sin duda, el caso del escritor y pedagogo Julio R. Barcos, nacido en Coronda (Santa Fe) en 1883 y muerto en Buenos Aires en 1960. Aunque del anarquismo pasó al radicalismo yrigoyenista (como, en Uruguay, Orsini Bertani derivó al coloradismo batllista), siguió expresando un pensamiento básicamente libertario hasta el fin de sus días. Como docente contribuyó a difundir una pedagogía renovadora; aportó a la escuela argentina buenos libros de texto y ensayos metodológicos y trabajó en la organización gremial del magisterio. Fue Presidente de la Liga Nacional de Maestros (1911) y más tarde participó en la fundación de la Internacional del Magisterio Americano. Editó los clásicos del pensamiento político argentino (Echeverría, Alberdi, Sarmiento). Entre sus numerosos libros, obtuvo gran difusión y fue luego traducido a varias lenguas *La libertad sexual de las mujeres*, obra por la cual Barcos merece ser considerado (junto con Lazarte) como uno de los pilares ácratas del feminismo moderno[127]. Parece oportuno mencionar aquí a dos escritoras anarquistas que impulsaron también un feminismo bastante radical para su época: Salvadora Medina Onrubia y Juana Rouco Buela. La primera, nacida en La Plata en 1895, fue maestra rural en Entre Ríos, colaboró en *La Protesta* y en la revista *Fray Mocho*, tradujo obras teatrales y cuentos infantiles, escribió varios dramas estrenados en Buenos Aires, como *Alma fuerte*, y fundó la asociación *América nueva*, destinada a defender los derechos civiles y políticos de las mujeres[128]. La segunda, nacida en Madrid en 1889, participó muy activamente en las luchas obreras argentinas, casi desde su llegada a Buenos Aires en 1900. Representó en 1905 a la Refinería Argentina de Rosario ante el quinto congreso de la FORA. En 1907 fue desterrada a su país de origen, por su militante intervención en la huelga de inquilinos. En 1909 fundó en Montevideo el periódico *Nueva Senda*; en 1910 fue otra vez detenida en Buenos Aires durante las «razzias» policiales del Centenario. En Río de Janeiro, donde permaneció cuatro años, colaboró en diversas revistas y publicaciones libertarias. De regreso en Buenos Aires, escribió para el diario *El Mundo* y la revista *Mundo Argentino*. En 1922 fundó en Necochea un quicenario feminista, *Nuestra Tribuna*. Poco antes de su muerte (acaecida en 1970), publicó un animado relato autobiográfico, titulado *Historia de un ideal vivido por una mujer*[129]. A los nombres de estas dos escritoras debe añadirse el de la cuentista y ensayista Herminia Brumana, siempre próxima a los círculos libertarios y al grupo de *La Protesta*[129 bis].

[127] F. Quesada, *La Protesta*, 2, p. 73.
[128] F. Quesada, *La Protesta*, 2, p. 73.
[129] F. Quesada, *La Protesta*, 2, p. 88.
[129 bis] Marta Elena Samatán, «Herminia C. Brumana» en *Reconstruir*, 89, pp. 21-24; *Herminia Brumana, la rebelde*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1974.

Alejandro Sux, seudónimo de Alejandro Daudet (hijo del coronel del mismo nombre), nacido en Buenos Aires en 1888, colaboró también en *La Protesta*, donde tenía a su cargo la columna titulada *Mis domingos*. Escribió en *Mundial*, la revista de Rubén Darío, y durante la Primera Guerra europea fue corresponsal del diario porteño *La Prensa* en Francia. Viajó por diversos países europeos y americanos y en sus últimos años se desentendió del anarquismo y de las luchas proletarias. De sus años de militancia libertaria nos quedan, *Seis días en la cárcel de Mendoza* (1908), crónica-denuncia; y algunas novelas, como *Amor y libertad* y *Bohemia revolucionaria*, en las cuales se reflejan la vida y los sentimientos de los anarquistas argentinos a comienzos de nuestro siglo. Otros libros suyos son *Cantos de rebelión* y *Cuentos de América*[130]. Hacia el año 1918 colaboró en *La Novela Semanal*, cuaderno periódico, publicado en Buenos Aires al estilo de *La Novela Corta*[131].

Julio Molina y Vedia, traductor del original escritor libertario Edward Carpenter, colaboró en *La Protesta* de la primera época y dejó un ensayo semifilosófico, *Hacia la vida intensa* (1904), que Santillán considera «bien meditado»[132].

También Fernando del Intento, nacido en Buenos Aires en 1886, aunque radicado durante casi toda su vida en La Plata, formó parte de la redacción de *La Protesta*. Colaboró en la revista *Germen*, editada por Alejandro Sux; fue director del quincenario *La Mancha* y, entre 1919 y 1925, de *Ideas*. Entre sus libros recordamos: *Salud ¡oh tiempos!* (1919); *Ideas* (1920); *Libro del hombre* (1927).

Escritores libertarios anteriores a la Primera Guerra Mundial fueron asimismo Mario Villa, Alfonso Grijalvo, T. Ros, Ricardo Carrencá, autor de un poemario titulado *Desde mi selva* (1911), Pedro Maino, a quien se debe la novela *El crimen de muchos* (1907); Leoncio Lasso de la Vega, célebre bohemio, redactor de *El Día* de Montevideo, de quien nos queda una ingeniosa miscelánea de verso y prosa, *El morral de un bohemio* (1913); Mario Chilopegui, periodista y poeta. Teodoro Antillí, nacido en San Pedro en 1885 y fallecido en 1923, escribió para las conocidas revistas porteñas *Mundo Argentino* y *Fray Mocho*. Junto con su fraternal amigo González Pacheco fundó en 1908 *Germinal* y más tarde *Campana Nueva*; junto con él colaboró en *La Protesta* y dirigió, en 1910, *La Batalla*, vespertino gemelo del anterior; junto con él redactó igualmente *La Obra* y *La Antorcha*. Una parte de sus artículos y ensayos fueron reunidos y publicados por *La Antorcha* en un volumen, que lleva por título *¡Salud a la anarquía!* González Pacheco escribió de él: «Antillí fue un anarquista claro y surgente, de caudal limpio».

El mismo González Pacheco, brillante prosista y dramaturgo fecundo, fue una de las máximas figuras literarias del anarquismo argentino. Nacido en Tandil en 1881 y muerto en Buenos Aires en 1949, fundó en 1906, junto con

[130] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista...*, p. 131; F. Quesada, *La Protesta*, 2, p. 70.
[131] A. Berenguer Carisomo, *op. cit.*, 78, n. 15.
[132] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista...*, p. 131.

Federico A. Gutiérrez, policía pasado a las filas anarquistas, un periódico satírico, *La Mentira*, que irónicamente subtituló *Organo de la patria, la religión y el Estado*. Al año siguiente publicó su primer libro, *Rasgos*, en el cual la prosa se alterna con el verso. En 1908 fundó con Antillí, como dijimos, *Germinal*; en 1910 dirigió con él *La Batalla*. Fue durante muchos años asiduo colaborador de *La Protesta*. En 1911 editó, con Apolinario Barrera, el periódico anarquista *Alberdi*; pero ese mismo año fue encarcelado en la remota Usuahia. A su regreso fundó, con Tito Livio Foppa, otro periódico denominado *Libre Palabra*, y poco después, una vez más con Antillí, *El Manifiesto*. Argentino por nacimiento y por sentimiento, compenetrado con el paisaje de la pampa, identificado con el gaucho y el criollo, González Pacheco era, sobre todo, un internacionalista a quien le interesaba el destino de todos los pueblos del mundo y el triunfo de la revolución socialista y libertaria en cualquier latitud. Por eso, en 1911, se embarcó hacia México para unirse a las filas del magonismo[133]. Al iniciarse la Primera Guerra, estaba de regreso en Argentina. En 1916 estrenó en el Teatro Nuevo de Buenos Aires, su breve pieza *Las víboras*; el año siguiente Pablo Podestá le llevó a escena, en la misma sala, el drama en tres actos *La inundación*. En 1917 fundó la agrupación libertaria *La Obra*, que sacó a luz el periódico homónimo. En 1919, publicó *Carteles*, colección de ensayos combativos y líricos que traducen quizá mejor que ninguna otra obra su personalidad política y literaria. En *El Hombre* (N° 131) de Montevideo dijo entonces un crítico: «Quien lea *Carteles* puede afirmar que conoce a Rodolfo González Pacheco»[134].

Durante el año 1920 fundó otro periódico, *El Libertario*, y la compañía de Muiño-Alippi llevó a las tablas su drama *Magdalena*. En 1921 publicó, con un grupo de compañeros, *La Antorcha*, periódico que durante un tiempo rivalizó con *La Protesta*, dentro del amplio espectro de la prensa libertaria argentina; y estrenó, en el Teatro Boedo, *Hijos del Pueblo*. La compañía de Pedro Zanetta le representó al año siguiente *El Sembrador*, y después de un viaje de propaganda anarquista a Chile, se llevó a escena (24 de diciembre de 1924) su drama en tres actos, *Hermano Lobo*. Los tribunales argentinos lo condenaron, en 1926, a medio año de cárcel por un artículo en que hizo la apología de Kurt Wilckens, el anarquista que había ajusticiado al coronel Varela. Tuvo que expatriarse, pero ello no impidió que el 31 de julio de ese año se estrenara en el Teatro Marconi de Buenos Aires su drama *Natividad*. Enrique Muiño interpretó después (3 de junio de 1927) *A contramano* y (5 de junio de 1928) *El hombre de la plaza pública*. El 1° de abril de 1929 subió a escena, en el Teatro La Comedia de Rosario, *El grillo*. El golpe fascista de 1930 lo llevó, junto con otros miles de anarquistas y socialistas, a la cárcel de Villa Devoto, donde estuvo recluido durante ocho meses. Allí pudo escribir su drama *Juana y Juan*, que la compañía Muiño-Alippi estrenaría el 4

[133] Cfr. Salvador Hernández Padilla, *El magonismo: historia de una pasión libertaria*, México, Era, 1984, pp. 136-165.
[134] Vladimiro Muñoz, «Una cronología de Rodolfo González Pacheco» en *Reconstruir*, 90, p. 57.

de junio del siguiente año en el Teatro Buenos Aires. Mientras se dedicaba intensamente a la dramaturgia, seguía escribiendo también sus ya famosos *Carteles*, cuya secunda serie se publicó en 1936, el mismo año en que se estrenaba en Montevideo su pieza en cuatro actos, *Compañeros*. Entre tanto el fascismo había insurgido también contra la República española, y la CNT-FAI había iniciado una auténtica revolución social en campos y ciudades. González Pacheco, anarquista ante todo, no podía estar ausente. En Barcelona dirigió en 1937 los cuadernos *Teatro Social*, y fundó con Guillermo Bosquets, la «Compañía de teatro del pueblo»[135]. Sus *Carteles de España* aparecieron en 1938. Un comentarista citado por Vladimiro Muñoz, lo recuerda con estas palabras: «Rodolfo González Pacheco, el anarquista argentino, el artista tan universalmente conocido, más que por sus obras teatrales, tan numerosas y buenas, por sus carteles, síntesis cada uno de ellos de idealismo y rebeldía»[136]. Lo que más impacta al lector es allí la penetración con que este militante analiza la realidad, así como la síntesis estilística de lo lírico y lo polémico, de la metáfora y la agonía. Siente, sin duda, la naturaleza, pero no puede menos de interpretarla en términos de humanidad y aun de lucha social. Para él, las cumbres de los montes son protestas lanzadas al aire. El paisaje es obra de la sociedad y de sus clases dominantes. Al regresar, tras el triunfo del fascismo y el fin de las caras esperanzas revolucionarias, a la tierra natal, no cejó González Pacheco en su labor literaria que era siempre, simultáneamente, labor libertaria. En 1940, Blanca Podestá le estrenó en el Teatro Smart el drama *Manos de luz* (que el anarquista cordobés Forti publicó años más tarde en los *Cuadernillos Inquietud* de Tupiza, Bolivia). El ya citado Vladimiro Muñoz recuerda que, durante una visita que González Pacheco hizo en 1945 al Uruguay, el pintor Juan Pardo, que se ocultaba tras el seudónimo «El jinete l'azulejo», lo saludaba así en un artículo titulado *Ha pasado un gaucho* (en el periódico libertario *Inquietud* N° 8): «¡Ah, viejo Pacheco, hermano anarquista de tuito el gauchaje libertario del Plata!... tres veces gaucho: por anarquista, por cantor y por criollo». Y ciertamente lo era, pero de tal modo que su criollismo y su gauchismo no restó nunca un ápice a su amplio internacionalismo, a su universalismo que le hacía abrir los brazos, libertariamente, a todos los hombres del mundo. ¿Puede extrañarnos entonces que el último drama de este prolífico escritor «gaucho», titulado *Cuando aquí había reyes* y estrenado en 1947 en la sala porteña de «Unione e benevolenza», haya sido representado primero en idisch, y que recién un año más tarde haya sido dado en español, en el Teatro Solís de Montevideo?[137].

Para completar la enumeración de sus obras es preciso agregar que dejó inconcluso un drama titulado *El cura* (en un momento en que el clericalismo se imponía en la Argentina gracias al triunfo peronista). En colaboración con otro fecundo dramaturgo argentino, Pedro E. Picco, había escrito asimismo

[135] Vladimiro Muñoz, «Una cronologia de Rodolfo González Pacheco», *Reconstruir*, 90 pp. 58-59.
[136] Vladimiro Muñoz, «Una cronologia de Rodolfo González Pacheco» en *Reconstruir*, 90, p. 60.
[137] Vladimiro Muñoz, «Una cronología de Rodolfo González Pacheco» en *Reconstruir*, 90, pp. 60-61.

varias piezas, casi tan bien acogidas por crítica y público como las que había escrito solo: *Nace un pueblo*; *Juan de Dios, milico y paisano*; *Campo de hoy, amor de nunca*; *Que la agarre quien la quiera*.

Puede considerarse igualmente a González Pacheco como uno de los pioneros de la cinematografía nacional, pues filmó, con Mac Dougall, un cuento del exótico escritor porteño Eliseo Montaine. El 5 de julio de 1949 falleció en Buenos Aires[138]. Sus piezas teatrales fueron reunidas, en 1953, en un tomo titulado *Teatro Completo*, con prologo de Alberto S. Bianchi[139].

Pascual Guaglianone, colaborador de *La Protesta*, uno de los más brillantes oradores anarquistas de comienzos de siglo, apodado «el Sebastián Faure argentino», dirigió la revista *Vida Nueva* (1903), y demostró, más tarde, un gran interés por la historia de las religiones, que trataba con metodología positivista. Félix B. Basterra fue, sobre todo, un combativo periodista, que no sólo escribió para *La Protesta*, sino que fundó también otros órganos libertarios, como la revista *Los Tiempos Nuevos* (1900) y el periódico satírico *El Cuento del Tío* (1902). Fue autor de un ensayo *Sobre Ciencia Social* (editado en 1901 por *La Protesta*); de *El crepúsculo de los gauchos* (1903) y *Leyendas de humildad* (1904). No perseveró en su ideología libertaria y, pocos años más tarde, cuando dio a luz *Asuntos Contemporáneos* (1908), «estaba ya en realidad al otro lado de la barrera»[140].

No podemos concluir este panorama sin mencionar a otros olvidados escritores que colaboraron, a comienzos de siglo, en la prensa anarquista argentina: M. R. Zuñiga, Francisco Sarache, O. Fernández Ríos, Segundo Nachón, Alfredo Piuma Schmid, Pérez y Curis[141]. El maestro Arturo Montesano fue brillante orador popular y «se granjeó el elogio de la prensa anarquista de todas las tendencias»[142]. Figuras conocidas en la literatura española peninsular, como el humorista Julio Camba, exiliado en Buenos Aires desde 1902, y el novelista y dramaturgo Vicente A. Salaverri se mostraron, al menos durante su permanencia en la Argentina, identificados con el pensamiento anarquista y no permanecieron ajenos a las luchas ideológicas de los libertarios vernáculos. Julio Camba, nacido en Villanova de Arosa (Pontevedra) en 1882, estuvo algunos años en Buenos Aires y colaboró allí con la prensa anarquista, aunque al regresar a España parece haberse dado de lleno a la literatura ligera, haciendo gala de un ingenio castizo, y al reportaje periodístico, en *España Nueva*, *El País*, *El Mundo* y *La Correspondencia de España* (de la que fue corresponsal en Turquía). Vicente A. Salaverri, nacido en Viniegra de Abajo (Rioja) en 1887, fue, como Rafael Barrett, redactor de *El Diario Español* de Buenos Aires; en 1909 pasó a Montevideo, donde dirigió por un tiempo *La Razón*, y acabó como administrador de las estancias de su suegro.

[138] F. Quesada, *La Protesta*, 2, p. 75.
[139] Sobre la obra de González Pacheco y particularmente sobre su dramaturgia, cfr. Alfredo de la Guardia, *González Pacheco*, Ed. Culturales Argentinas, Buenos Aires, 1963.
[140] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista...*, p. 130.
[141] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista...*, p. 131.
[142] I. Oved, *op. cit.*, p. 140.

Además de sus artículos en *Caras y Caretas*, *Fray Mocho* y *Nosotros*, dejó comedias, dramas y sainetes (*La mala vida, Resurrexit, Del picadero al proscenio* etc.) novelas (*Los niños bien, Deformarse es vivir, El corazón de María* etc.) y ensayos (*La vida humilde, Hombres del Uruguay, El teatro de Florencio Sánchez, Animales con pluma: el periodismo por dentro*, etc.)[143].

Un fenómeno literario singular, nunca estudiado, es el de la literatura gauchesca anarquista en ambas orillas del Río de la Plata, que se manifestó sobre todo en el canto de los payadores libertarios. Un ejemplo tardío puede hallarse en *Carta Gaucha* de Luis Woollands, ácrata descendiente de holandeses pero profundamente criollizado e identificado con la pampa argentina, que, con el seudónimo de Juan Crusao, y en lenguaje gauchesco, convoca a los trabajadores del campo, expoliados y explotados por la oligarquía terrateniente, a una revolución autóctona, aunque no por eso menos internacionalista; «¡Gauchos, paisanos míos, compañeros de desdichas: preparen los facones que v'empezar la yerra! No se me quede ninguno. Hagan coraje si no quieren que los tratemos de mulitas y les cortemos las orejas. Vamos a la revolusión, aunque sea con una lansa el que no tenga otr' arma. ¡Adelante!, que los gringos nos darán una manito. ¡Viva la revolusión! ¡Viva la revolusión anarquista y la libertá de los gauchos!». La *Carta Gaucha* se difundió mucho en el campo argentino y aun entre los trabajadores urbanos. Representa la expresión de la rebeldía criolla, sofocada en el manso y respetuoso Segundo Sombra, nunca expresada en toda su profundidad por Martín Fierro, que desmiente en la vuelta lo que proclama en la ida. Entronca, en efecto, como dice Luis Franco, «en la rebeldía del primer Martín Fierro, la lleva a su conclusión inevitable: La guerra de expropiación a los expropiadores, la revolución proletaria moderna»[144]. Entre los payadores libertarios recordemos a Martín Castro, «el payador rojo»; a Luis Acosta García, cuyo nombre lleva una calle en la ciudad de Dorrego; al uruguayo Carlos Molina.

Durante los años posteriores a la Primera Guerra Mundial hubo una rica floración de poetas y narradores argentinos que, en un momento dado de sus vidas, se acercaron al anarquismo, militaron en sus organizaciones o simpatizaron por lo menos con sus ideales, aun cuando la mayor parte de ellos adoptara más tarde posiciones ideológicas y políticas diferentes. Baste mencionar los nombres de Alvaro Yunque, Elías Castelnuovo y José Portogallo, todos los cuales militaron después en el Partido Comunista, pero no sin dejar de manifestar en sus obras el sello originario del pensar y del sentir libertarios. De hecho, el grupo de Boedo, tan frecuentemente opuesto (con mayor o menor razón) al de Florida, estaba integrado por jóvenes escritores ideológicamente formados en el periodismo ácrata.

Alvaro Yunque, escritor prolífico, contribuyó a la literatura de su país con poemarios, cuentos, ensayos, biografías, dramas y comedias. Entre sus colec-

[143] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista...*, p. 127. Cfr. W. Pi, *Semblanza literaria de V. A. Salaverri*, 1918.

[144] Luis Franco, *Cómo conocí a Juan Crusao*, prólogo a Luis Woolands (Juan Crusao), *Carta Gaucha y La descendencia del viejo Vizcacha*, Mar del Plata, Agrupación Libertaria, 1960, p. 12.

ciones de poesías se cuentan: *Versos de la calle, Nudo corredizo, Cobres de 2 centavos, Poemas gringos, Descubrimiento del hijo, La o es redonda* y *España 1936*. Entre sus cuentos de niños, que llevan a sus últimas consecuencias ideológicas y sentimentales el tímido socialismo de D'Amicis, pueden mencionarse: *Barcos de papel, Espantajos, Tatetí, Jauja, Bichofeo, Poncho, 13 años, Muchachos pobres, Muchachos del Sur, La barra de 7 Ombúes, El amor sigue siendo niño*. De sus piezas teatrales deben recordarse: *Violín y violón, Náufragos, Somos hermanos, Sonreír, Comedieta*. Las poesías, los cuentos y el teatro de Alvaro Yunque tienen como protagonistas a los pobres, los pequeños y los débiles del mundo. Su gran simpatía hacia la niñez y hacia el pueblo, hacia los trabajadores y los marginados, lleva el sello de esa literatura libertaria que puede invocar entre sus maestros no sólo a Ghiraldo y Florencio Sánchez, sino inclusive a Gorki o al último Tolstoi. Elías Castelnuovo fue, como dice Francisco Herrera, el arquetipo del escritor del grupo de Boedo. Colaboró en la revista *Los Pensadores* y después en *Claridad*. En 1920 dirigió el suplemento de *La Protesta*. En 1931 viajó, con G. F. Nicolai y Lelio Zeno, a la URSS. Sus libros más conocidos son *Larvas* (1931), *Vidas proletarias* (1934) y la novela *Calvario* (1956). Antes había publicado *Malditos* (1924), *Entre los muertos* (1925), los dramas *Almas benditas* (1926) y *En nombre de Cristo* (1928) (estrenado en el Teatro Experimental Argentino) y la novela *Carne de cañón* (1930). «La elección de sus personajes, del ambiente y del conflicto —zonas marginales, lumpen más que proletarios, submundo de seres deformes perdidos en una oscuridad de la que no podrán salir— constituyen un diccionario de las opciones boedianas. Ese 'humildismo' o 'pietismo' responde a la mejor tradición del pensamiento anarquista, vertiente ideológica que es la posición inicial de todo el grupo de Boedo, siendo la primera literatura de izquierda del país», dice F. Herrera[145]. Sólo que, como hemos visto, la literatura de izquierda del país nace dos o tres décadas antes, con Ghiraldo, con Florencio Sánchez y con tantos otros escritores y poetas que, desde los últimos años del siglo pasado, estaban ya identificados con el comunismo libertario. Más bien habría que dudar de la existencia de una literatura argentina de izquierda después del grupo de Boedo y de sus continuadores inmediatos. En todos ellos, aunque las décadas del 30 y del 40 los encontraran como simpatizantes del leninismo y de la U.R.S.S., persistía el juvenil «élan» libertario.

Sin mencionar a Roberto Arlt y a otros varios, recordemos a José Portogallo que, como dice el ya citado Herrera, «continúa de algún modo el carácter testimonial del grupo Boedo», y ya desde su primer libro, *Tregua* (1935) «muestra una decidida actitud militante a la vez que un gran dominio del instrumento expresivo»[146].

[145] Francisco Herrera, en Pedro Orgambide, Roberto Yahni, *op. cit.*, Buenos Aires, 1970, pp. 129-131.
[146] Francisco Herrera, en Pedro Orgambide, Roberto Yahni, *op. cit.*, p. 516. Cfr. Carlos B. Giordano, *Capítulo. La historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, 1980, IV.

El mismo Ernesto Sábato conservó siempre el espíritu crítico junto con la afirmación de los valores éticos propios de la literatura anarquista. Su simultánea aversión al capitalismo occidental y al burocratismo soviético puede considerarse una herencia (tal vez no del todo inconsciente) de su juvenil militancia libertaria. En todo caso, esta interpretación parece mucho más cercana a la verdad que la de quienes no ven allí sino una posición «centrista».

1— IDEOLOGOS, PROPAGANDISTAS, POLEMISTAS

Un lugar aparte debemos asignar a los escritores y periodistas cuya obra, enteramente al servicio de la acción revolucionaria y del movimiento obrero, los muestra ante todo como ideólogos y propagandistas del anarquismo. En ellos las preocupaciones estéticas o literarias pasan siempre a un segundo plano, lo cual no significa que no sean a veces autores de obras literariamente estimables. A ellos se debe una serie de estudios sobre la doctrina anarquista, y sus fundamentos éticos y filosóficos, sobre la realidad socio-económica del país y del mundo, sobre la historia del movimiento obrero y de las organizaciones anarquistas. Una buena parte de sus escritos son ocasionales y tienden a comentar, en la óptica libertaria, los hechos políticos, económicos y sociales, así como a promover la acción sindical y popular. No pocas veces son de índole polémica y están dirigidos no sólo contra los ideólogos del régimen sino también contra figuras e instituciones de la izquierda y aun del propio movimiento libertario. En general predomina el tono de denuncia y la crítica radical al sistema, sin que se abandonen por eso las pretensiones científicas y sociológicas. La arenga suele seguir a la estadística.

Entre estos ideólogos y propagandistas hay que mencionar tal vez primero a Antonio Pellicer Paraire, nacido en Barcelona en 1851 y muerto en Buenos Aires hacia 1916, cuyos artículos sobre la organización obrera, recogidos en *Conferencias populares de sociología* (1905), fueron decisivos en la formación de la mentalidad que condujo a fundar la «Federación Obrera Argentina»[147]. Más viejo que él era el médico irlandés Juan Creaghe, nacido en 1841 y muerto en Washington en 1920, quien después de haber estudiado en la Universidad de Dublin y de haber editado en Inglaterra el periódico *The Shefield Anarchist*, llegó a la Argentina; ejerció su profesión en Luján; publicó allí mismo, entre 1894 y 1896, *El Oprimido*; formó parte del grupo fundador de *La Protesta*, órgano al que prestó todo su apoyo intelectual y económico, y en 1911 viajó a México, deslumbrado por la gesta revolucionaria de Zapata y de Flores Magón[148].

Otro médico y escritor anarquista de esta época fue el doctor Emilio Z. Arana, que colaboró en *La Protesta* y en *Ciencia Social*, fundó la revista *Humanidad Nueva* y el grupo anarco-comunista *Ciencia y Progreso* de Rosario,

[147] D. A. de Santillán, *La FORA*, pp. 51-52; J. Godio, *op cit.*, 1. p. 134.
[148] Cfr. E. Carulla, S. Locascio, E. G. Gilimón, *Vía libre*, septiembre de 1920.

donde pronunció varias conferencias, después editadas (y a veces reeditadas) en forma de folletos: *La sociedad, su presente, su pasado, su porvenir* (1896); *La mujer y la familia* (1897); *La esclavitud antigua y moderna* (1898); *La medicina y el proletariado* (1899); *Los males sociales-Su único remedio* (1900). De él dice D. A. de Santillán: «El doctor Arana no ha sido nunca un anarquista de partido, pero fue un hombre profundamente convencido de la bondad del comunismo anárquico y quedó fiel a esos postulados hasta su muerte»[149].

Entre los primeros redactores de *La Protesta Humana* estuvieron, como ya dijimos, Inglan Lafarga, ebanista catalán; Francisco Berri, panadero italiano; Mariano Cortés (Altair) y José Prat. Prat había llegado a Buenos Aires, huyendo, al parecer, del proceso incoado en Montjuich, por la bomba de Cambios Nuevos, y durante su permanencia en la Argentina tradujo del francés varios folletos y la obra de Agustín Hamon, *Psicología del socialista anarquista* (1898). Mariano Cortés (Altair) dejó un libro de contenido bastante original: *Fundamentos y lenguaje de la doctrina anarquista* (1900).
Pierre Quiroule, periodista francés, escribió, además de una larga serie de artículos, un relato utópico, *La ciudad anarquista americana* (1914); un drama en dos actos, *El fusilamiento de Francisco Herrero, o sea, la Infamia Negra* (1910) y una novela de propaganda libertaria, *Sobre la ruta de la Anarquía* (1912). Eduardo Gilimón, también colaborador de *La Protesta*, fue autor de un muy difundido libro de memorias, *Hechos y comentarios* (1911), y de varios folletos, como el titulado *Para los que no son anarquistas* (1913).

No mencionamos aquí, porque ya lo hemos hecho antes, a Enrique Malatesta y Pedro Gori, las dos grandes figuras del anarquismo italiano que vivieron y trabajaron durante algunos años en la Argentina. Pero nos extenderemos un poco al hablar de una personalidad clave para la historia del anarquismo y del movimiento libertario: Diego Abad de Santillán. Su obra de organizador, de teórico y de historiador lo ubica en un primer plano entre los ideólogos libertarios del país y de América Latina. Su verdadero nombre era Sinesio Baudilio García Fernández. Nacido en las montañas de León, España, en 1897, llegó niño aún con sus padres emigrantes a las playas argentinas, y desde los ocho años vivió en Santa Fe. Hizo su bachillerato en Madrid e ingresó allí en la Facultad de Filosofía y Letras, donde tuvo como maestros a Ortega y Gasset y a Cejador y Frauca. Su interés por la psicología y la filología no le impidió, durante aquellos años adolescentes, participar en la agitada vida política de la ciudad, y en 1917 conoció por vez primera la cárcel, gracias a sus ideas. Allí convivió con dos ilustres socialistas hispanos, Julián Besteiro y Francisco Largo Caballero. Al regresar en 1919 a la Argentina no ha concluido su carrera universitaria, pero puede decirse que se ha graduado ya en anarquismo. Aquel mismo año ingresó en la redacción de *La Protesta*, desde donde se vio obligado a enfrentar una realidad social que explotó en la Semana trágica. En 1922 viajó a Berlín, como corresponsal de ese diario porte-

[149] D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista*, p. 62.

ño, e inició allí simultáneamente estudios de medicina. En la capital germana se vinculó con las figuras más conocidas del anarquismo internacional y con no pocos intelectuales de la izquierda europea. Participó en la fundación de la Asociación Internacional de trabajadores (AIT); comenzó su ingente trabajo de traductor, vertiendo al español las obras de Bakunin, Rocker, Nettlau, y escribió, en colaboración con Emilio López Arango, *El anarquismo en el movimiento obrero*, publicado en Barcelona en 1926. Sin haber podido coronar tampoco sus estudios médicos, urgido por la militancia regresó a Buenos Aires en 1927, para hacerse cargo de *La Protesta*, diario que bajo su dirección conoció una época brillante. El diario engendró una empresa editorial. Santillán convirtió el *Suplemento* semanal en *Revista* quincenal y empezó a publicar una serie de obras clásicas del anarquismo, poniéndolas al alcance de los trabajadores y del pueblo. En 1930 dio a luz la excelente síntesis histórica titulada *El movimiento anarquista en la Argentina desde sus comienzos a 1910*, que muchas veces hemos citado en estas paginas. Desde su puesto de guardia en *La Protesta*, Santillán comprendió mejor que ninguno de los hombres de la izquierda argentina, la dirección y el sentido de la conspiración anti-irigoyenista, que no era en realidad sino un intento de destruir el movimiento obrero, de detener la revolución social (que presuntamente se avecinaba) y de establecer las bases de un Estado corporativista (con el apoyo de las fuerzas armadas, de los terratenientes y del clero). Cuando se produjo el golpe del 6 de septiembre, hizo desde las páginas del diario un llamado a la huelga general. La FORA lo desoyó: atenidos a un punto de vista aparentemente muy ortodoxo y lógico, sus militantes se negaron a inmiscuirse en las luchas de los partidos políticos burgueses, como si se hubiera tratado de una mera disputa entre conservadores y radicales o entre antipersonalistas y personalistas. Más aún, atenidos a un doctrinarismo inflexible, proclamaron: para un anarquista y para un proletario lo mismo da el populismo de Irigoyen que el fascismo de Uriburu. Tal error de perspectiva costó a la FORA muchas muertes y muchos exilios y hasta puede decirse que le costó la vida a ella misma. Clausurada *La Protesta* y puesta fuera de la ley la organización obrera, Santillán aprovechó la obligada pausa para escribir dos libros muy importantes dentro de la literatura anarquista argentina: *Reconstrucción social- Bases para una nueva edificación económica argentina* (1932), en colaboración con el doctor Juan Lazarte, y *La FORA-Ideología y trayectoria del movimiento obrero revolucionario en la Argentina* (1933), con un prologo del mismo Lazarte acerca de las condiciones económicas, sociales y políticas en que dicho movimiento se desarrolló. En 1933 retornó a España, avizorando sin duda la revolución social. Dirigió en Barcelona el semanario *Tierra y Libertad*; militó tanto en la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) como en la Federación Anarquista Ibérica (FAI); ejerció gran influencia intelectual sobre líderes populares como Durruti; fundó la revista *Tiempos nuevos* y la editorial *Tierra y Libertad*; publicó varios libros fundamentales para la orientación socio-económica de la revolución española: *El organismo económico de la revolución* (1936) y *Cómo vivimos y cómo podríamos vivir* (1936). Al comenzar la guerra civil organizó las Mi-

licias populares, por encargo del «Comité de Milicias Antifascistas», y más tarde ocupó, en nombre de la CNT, el cargo de Consejero de Economía en la «Generalitat» de Cataluña. Fundó la revista *Timón* (1938) y, al caer Barcelona en manos de las tropas fascistas, el 26 de enero de 1939, logró pasar a Francia, desde donde viajó a Estados Unidos en un intento por lograr asilo para los numerosos exiliados libertarios, discriminados por las comisiones «ad hoc», que estaban dominadas por el Partido Comunista. En 1940 estaba de vuelta en la Argentina, donde publicó, como fruto de sus reflexiones sobre la guerra y la revolución, su libro *Por qué perdimos la guerra* (que dio pie a la película homónima, estrenada en Madrid en 1978). Durante las cuatro últimas décadas de su vida, alejado del movimiento obrero y de las luchas sindicales, multiplicó su producción literaria. Siguió colaborando en la prensa libertaria del país (*Reconstruir, Acción Libertaria*, etc.) y del exterior (*Comunidad Ibérica*, etc.); escribió obras enjundiosas sobre la historia contemporánea de España, como *De Alfonso XIII a Franco* (1974); *Historia del movimiento obrero español*, etc.; y también sobre la historia del país donde vivía, como *Historia Argentina* (en cinco tomos); *Gran Enciclopedia Argentina* (en nueve tomos); *Enciclopedia de la provincia de Santa Fe* (en dos tomos), etc.; editó y comentó varios clásicos de la literatura nacional, como *Martín Fierro*, y, ya hacia el final, publicó el primer tomo de sus *Memorias* (1977). Su trabajo como traductor (del francés, del alemán, del italiano, etc.) fue enorme y entre las obras que dio a conocer en español (no sin prologarlas y comentarlas) se cuentan las de Bakunin, Rocker, Landauer, Nettlau, Fabbri y otros clásicos de la literatura anarquista, así como obras de juristas, sociólogos y filósofos europeos de relevante significación, como von Ihering, von Wiese, Jaspers, etc. Rodeado de un pequeño grupo de fieles amigos, aunque olvidado por muchos de sus antiguos compañeros de lucha, murió en Barcelona en 1983. Santillán concebía el anarquismo, antes que nada, como un humanismo radical y como un movimiento ético, cuyas supremas e inamovibles metas son la justicia y la libertad. Aun cuando, como Malatesta, creía que la forma ideal de organización económica es el comunismo, nunca adhirió ciega y dogmáticamente a sus fórmulas, y en las últimas décadas de su vida llegó a pensar inclusive que los sistemas económicos (mutualismo, colectivismo, comunismo) son secundarios frente a la afirmación de un anarquismo sin adjetivos. Su antidogmatismo se fue acentuando con los años. No atribuía a la revolución el carácter palingenético, de universal y súbita regeneración, que muchos anarquistas y socialistas de principios de siglo querían reconocerle; creía, por el contrario, que ella no tiene términos ni plazos sino propósitos e ideales; como Gustav Landauer la postulaba cotidiana y permanente. Nada más lejos de su pensamiento que una exaltación de la violencia por la violencia misma. Escribe en sus *Memorias*: «Llené millares y millares de páginas, en periódicos, en revistas, en libros, a lo largo de buena cantidad de decenios. No se encontrará en toda esa montaña de papel una sola línea que aplauda la resignación ante la injusticia, pero tampoco una sola línea de exaltación a la violencia por la violencia misma. Me he sentido siempre tan lejos de la mansedumbre obsecuente como de la protesta brutal,

homicida, de la ley de la selva. Y he conocido y tratado y convivido con muchos amigos y compañeros que entraron en la historia como símbolos del llamado anarquismo heroico —el heroísmo cantado por los que no tienen pasta de héroes—, que vengaron crímenes antisociales incalificables, que eran todos por su formación y su trayectoria esencialmente antiviolentos y hasta tolstoianos y cristianos». Diego Abad de Santillán fue arquetipo de militante laboriosidad, modelo de idealismo ético y de abnegación libertaria. «Tanto y tan intensamente trabaja pensando en los demás que no tiene tiempo, pese a lo prolongado de su vivir, de pensar en sí mismo. Semejante a la cigarra, aunque por motivos diametralmente opuestos, deja pasar la primavera, el estío y el otoño sin soñar siquiera en ahorrar lo preciso para soportar el invierno. Y cuando llega la vejez, ha de pasar años y más años trabajando hasta morir, prácticamente con un montón de cuartillas en las manos y su pensamiento rebosante de proyectos»[150].

Junto a Santillán es oportuno mencionar a dos de sus más cercanos colaboradores, hispanos ambos por el nacimiento, en gran medida argentinos por la actuación y la militancia: Emilio López Arango y Manuel Villar. López Arango, nacido en Oviedo en 1894, emigrado a Cuba en su adolescencia, pasó luego a Buenos Aires, donde se convirtió en activo militante del gremio de panaderos, cuyo órgano, *El Obrero Panadero*, redactó durante un tiempo. En 1916 comenzó a colaborar en *La Protesta*, que dirigió luego durante varios años. El 25 de octubre de 1929 fue asesinado, en la puerta de su casa, al parecer por Severino Di Giovanni. En todo caso, «manos criminales, movidas quizá por el torpe propósito de silenciar la valiente campaña periodística que sostenía contra las desviaciones de algunos hombres —empeñados en hacer de la *delincuencia revolucionaria* una teoría destinada a justificar hechos que la moral de las ideas anarquistas rechazan terminantemente—, truncaron para siempre, de tres certeros balazos, la vida de Arango»[151].

Manuel Villar, nacido en Burgos en 1904, emigrado en su niñez a la Argentina, graduado allí como técnico electricista, se vinculó a *La Protesta* en 1925. Cuatro años más tarde fue nombrado secretario de la «Asociación Continental Americana de Trabajadores» (ACAT) y director de su órgano, *La Continental Obrera*. Expulsado de la Argentina en 1932, dirigió *Solidaridad Obrera* en Barcelona; después el diario CNT en Madrid y, finalmente, en Valencia, *Fragua Social*. Al caer la República española, pasó un año en la Cárcel Modelo de Madrid, pero, apenas salido de allí, intentó con un grupo de compañeros, la reorganización clandestina de la CNT, y, nuevamente detenido, permaneció dieciocho años en las prisiones de Franco. En Buenos Aires pasó sus últimos años. Allí publicó *España en la ruta de la libertad* (1962) y allí falleció en 1972[152].

El doctor Juan Lazarte representa, tal vez mejor que nadie, al anarquista argentino del interior. Nacido en Rosario en 1891, alumno en su niñez del

[150] Eduardo de Guzmán, *Una lección de austeridad y sacrificio*, *Polémica*, 10, p. 41.
[151] ACAT, Prólogo a Emilio López Arango, *Ideario*, Buenos Aires, Ediciones ACAT, 1942, p. 10.
[152] F. Quesada, *La Protesta*, 2, pp. 91-92.

ya mencionado Julio R. Barcos, estudió biología en el Instituto del Profesorado Secundario de Buenos Aires y en las universidades de La Plata y Columbia (Nueva York); finalmente se graduó en medicina en la Universidad de Córdoba. Sus años de estudio en esta «santa y docta» ciudad coincidieron con la eclosión de la Reforma universitaria. Lazarte fue, como dice Santillán, «el orador obligado del estudiantado en aquellos años de fiebre». Más aún, «adquirió la notoriedad y la popularidad de un líder auténtico, y fue juzgado desde el primer instante como un voluntario de toda noble causa, desinteresado, abnegado, incansable, siempre dispuesto a dar, a ofrecer su inagotable riqueza espiritual y moral sin exigir en cambio ninguna compensación»[153]. Durante muchos decenios unió al ejercicio ejemplar de la profesión médica (en San Jenaro, provincia de Santa Fe), una proficua actividad periodístico-literaria, una incesante labor de conferencista, de orador popular, de divulgador científico y de propagandista libertario. Escribió miles de artículos, publicados tanto en la Argentina como en diferentes países de América y Europa. Además del ya mencionado trabajo *Reconstrucción social*, que escribió en colaboración con Santillán; de una biografía de Lisandro de la Torre, reformador social, y de otros muchos libros y folletos, queremos nombrar algunos títulos que revelan la problemática de este laborioso médico libertario: *La locura de la guerra en América* (prologado por Nicolai); *Psicosociología de los celos; Sociología de la prostitución; La crisis del capitalismo; La solución federalista en la crisis histórica argentina; Problemas de medicina social; La socialización de la medicina*. «El problema de la guerra, ese monstruoso anacronismo, fue uno de sus temas constantes después de la primera conflagración mundial. El militarismo, los gastos militares en aumento, su presión sobre la vida social y política le preocuparon»[154]. También le preocuparon, desde sus años de estudiante, los problemas universitarios y fue el primer dirigente de la Reforma que intentó vincular el movimiento estudiantil con el movimiento obrero. Tales preocupaciones no lo abandonaron durante los últimos años de su vida, en que ejerció la docencia en la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas de Rosario. Se interesó asimismo profundamente por la eugenesia y el control de la natalidad e inició en la Argentina, en un época en que estos tópicos eran por completo ignorados o prohibidos, el estudio de la psicología y la sociología sexual.

Su pasión libertaria por el federalismo integral lo llevó a interesarse inclusive por el pensamiento de Lisandro de la Torre, a quien consideró igualmente como auténtico antimperialista. Se debe atribuir también a Lazarte el mérito de ser uno de los iniciadores del gremialismo médico a escala regional, nacional y continental. «Fue delegado a todos los congresos médicos gremiales que se celebraron en el país, —dice Angel Invaldi— presidiendo alguno de

[153] D. A. de Santillán, «Lazarte y su militancia social», en *Juan Lazarte, militante social, médico, humanista*, Grupo Editor de Estudios Sociales, Rosario, 1964, p. 5.
[154] D. A. de Santillán, «Lazarte y su militancia social», p. 7.

ellos. Era el alma de los mismos»[155]. Mientras ejercía su profesión médica, frente a un paciente, murió un día de junio de 1963. Quien esto escribe propuso para él el siguiente epitafio:

Amó los versos, la tierra, la libertad,
fue amigo de las bestias y los libros,
supo andar y reír,
luchó por la justicia[156].

Otros muchos escritores y periodistas libertarios podrían mencionarse en los años posteriores al golpe de Estado de 1930 que, según hemos indicado, representó el comienzo de la decadencia del anarquismo argentino. Baste recordar a Luis Di Filippo, Horacio E. Roqué, Fernando Quesada y Jacobo Prince, todos los cuales han dado muestras de su actividad hasta años muy recientes[157].

Entre las víctimas de la última dictadura militar debemos recordar a Guillermo Savloff, colaborador de *La Protesta*, director de Extensión Universitaria (UBA) y fundador de la «Asociación de Educación Libre» (ADEL)[157 bis].

A la Argentina, tierra otrora abierta y de vocación universalista, llegaron, también durante esos años, algunos escritores de diversos países del mundo, que colaboraron con los organismos y la prensa anarquista. Así, el francés Gastón Leval, activo propagandista, profesor de enseñanza secundaria en Rosario, autor, entre otros muchos libros, de *Social Reconstruction in Spain* (1938), *La falacia del marxismo* (1967), etc., y el famoso fisiólogo alemán, Georg F. Nicolai, uno de los iniciadores de la electrocardiografía y de la medicina del deporte, firmante, junto con Albert Einstein, del «Contramanifiesto» de los intelectuales alemanes que se oponían a la guerra (1916), autor de *Miseria de la dialéctica* y *Biología de la guerra*, profesor en las universidades de Rosario, Córdoba y Santiago de Chile, el cual, aunque no era en rigor un anarquista, colaboró estrechamente con los libertarios argentinos y dejó una profunda huella en el pensamiento de muchos de ellos[158].

[155] Angel Invaldi, «Lazarte y el gremialismo médico», en *Juan Lazarte, militante social, médico, humanista*, p. 24.

[156] Angel J. Cappelletti, «Juan Lazarte, un humanista», en *Juan Lazarte, militante social, médico, humanista*, p. 41.

[157] Jacinto Cimazo, *Una voz anarquista en la Argentina. Vida y pensamiento de Jacobo Prince*, Buenos Aires, 1984.

[157 bis] Antonio López, *op. cit.* 1, p. 20.

[158] Eugen Relgis, *Georg F. Nicolai, un sabio y un hombre del porvenir*, Buenos Aires, 1965; Angel J. Cappelletti, «Georg F. Nicolai y el humanismo positivista» en *Reconstruir*, Nos. 85-86.

2— URUGUAY

A— AGRUPACIONES, SINDICATOS, PROPAGANDA

Al Uruguay las ideas del socialismo utópico llegaron tempranamente, Tandonnet editó en Montevideo, en 1844, una revista fourierista[159]. En el diario *El Nacional* de Montevideo (3,4,5,7, y 8 de junio de 1841) apareció un escrito de Marcelino Pareja (personaje casi desconocido, tal vez de origen argentino o español), titulado «De las ganancias del Capital», que cita a Godwin y desarrolla una teoría pre-marxista de la plus-valía, quizá bajo influencia de Owen o de algunos saintsimonianos y fourieristas, pero anterior en todo caso a *Le Manifeste de la démocratie au XIXe siècle* de Víctor Considerant, precedente del *Manifiesto comunista* de Marx[159 bis].

Los italianos que acompañaron a Garibaldi durante el sitio de Montevideo y la Guerra Grande, impregnados de la ideología democrática y republicana del Risorgimento, acogieron con simpatía tales ideas. El mismo Garibaldi saludaba al socialismo como el «sol del porvenir»[160]. Miguel Cané y Andrés Lamas dieron a conocer las ideas de Saint-Simon y su escuela en *El Iniciador*[161].

Durante la década que se inició en 1870 empezó a surgir un movimiento mutualista entre artesanos y obreros y nacieron varias sociedades de asistencia recíproca. «De una situación originaria caracterizada por la escasez de servicios de protección social y a la vez por la necesidad de unirse para resolver aspiraciones comunes, surgen las distintas modalidades organizativas de los trabajadores».

A las sociedades de socorro mutuo les siguieron pronto sociedades de resistencia u otras cuya meta era la defensa de determinados intereses de la clase obrera. «Las principales formas asociativas que los trabajadores concretaron en las décadas del 70 y 80 fueron las mutuales de gremio, organizaciones o agrupamientos que se constituyeron en procura de una demanda concreta (despidos, rebajas salariales), y la de los internacionalistas, vertebrada de acuerdo a los principios de la lucha contra la explotación y por el socialismo»[162]. En 1872 se fundó la Sección Uruguaya de la Asociación Internacio-

[159] Carlos M. Rama, *Utopismo socialista (1830-1893)*, ed. cit., pp. XXXIV-XXXV.

[159 bis] El artículo de M. Pareja ha sido exhumado por Arturo Ardao, quien lo publicó en *Cuadernos Uruguayos de Filosofía* (1968, V, pp. 149-161).

[160] Carlos M. Rama, *Historia social del pueblo uruguayo*, Montevideo, Comunidad del Sur, 1972, p. 61.

[161] A. Cepeda, *op. cit.*, p. 56; A. Ardao, *Filosofía preuniversitaria en el Uruguay*, Montevideo, Claudio García Editores, 1945, pp. 85, 114.

[162] Yamandú González, «Génesis del sindicalismo uruguayo (1870-1890)». Primeras asociaciones: Rebeldías y esperanzas (II) en *La Lupa*, suplemento de *Brecha*, 13 de febrero de 1987. Cfr. José Ingenieros, *Almanaque socialista de «La Vanguardia»* para 1899, Buenos Aires, 1898.

nal de Trabajadores (AIT), cuya incipiente actividad no dejó de alarmar ya a la prensa burguesa. Tenía su sede en la calle de la Florinda N° 216 (hoy Florida) de Montevideo y era su secretario Francisco Galcerán. Encuadrada ideológicamente en la corriente federalista y antiautoritaria, cuyo centro se hallaba por entonces en Chaux de Fonds, cerca del Jura (Suiza), mantuvo relaciones no sólo con la Sección Argentina sino también con los internacionalistas mexicanos (entre 1872 y 1878). En junio de 1875 organizó su primer acto público, al cual concurrieron unas dos mil personas. Un mes más tarde, un grupo de afiliados a la Sección Uruguaya de la AIT, entre los cuales están Colomé Abbas, Domingo Marañón, Pedro Sabater, Esteban Andueza, Juan Zavala, Modesto Gómez, José Vilavoa y el secretario Francisco C. Galcerán, proclama claramente en un manifiesto sus ideas anarquistas, inspiradas en Bakunin, y exhorta a los trabajadores del país a unirse en una organización para la lucha: «Las circunstancias por que atraviesa en estos momentos el obrero, siempre víctima del odioso privilegio, nos obligan a decir que es menester, cuanto antes, que todos los trabajadores se reúnan y formen un Centro común para la defensa de sus intereses, los más justos... ¡Escuchadnos! Queremos hacer notar que todo aquel que se propone moveros en provecho suyo y cubierto con bonitas frases hábilmente combinadas, se reserva la clave que supone poseer de nuestra emancipación, para que cuando la terrible realidad de nuestra posición nos haga desear el acabar de una vez con tantos sufrimientos como nos agobian, le encomendemos la simpática misión de redimirnos. ¿Y por qué razón nos hemos de entregar atados de pies y manos por las indestructibles ligaduras de una fe ciega? ¿Quién mejor y de más buena fe que nosotros mismos puede destruir la criminal explotación a que vivimos condenados? Pues bien: sólo nosotros debemos velar por nuestros intereses y nuestra redención debe ser obra de nosotros mismos... El capital está entronizado, siendo el yugo opresor de cada día para las clases desheredadas, abusando con escándalo del sudor del pobre trabajador, que es al fin y al cabo el que sufre las consecuencias del monopolio del dinero por aquellos que no se proponen otro objeto que el de medrar a costa del país entero, aunque éste se arruine. Esperamos que como medio de poder estrechar nuestros lazos, así como para estar al corriente de todo lo que como obreros pueda sernos de algún interés, tanto lo que al movimiento obrero en el resto del mundo se refiera, como lo que afecta sólo a los progresos que en la buena senda realicemos los obreros del país, hagamos un deber de asistir al local de la Asociación, establecido en la calle de la Florinda N° 216, en donde mutuamente nos comunicaremos las ideas que nos sugieren las circunstancias haciendo una propaganda incansable en pro de nuestras aspiraciones. Los trabajadores deben esperarlo todo de los trabajadores... No debemos terminar este manifiesto sin que salga de lo más íntimo de nuestro corazón un ¡hurra! a nuestra causa. Salud, Trabajo y Justicia»[163].

[163] V. Muñoz, «El anarquismo en el Uruguay hasta 1900» en *Solidaridad*, Montevideo, mayo de 1956, pp. 23-25.

El 5 de mayo de 1878 la Sección Uruguaya comenzó a editar el periódico *El Internacional*. Pero ya en 1876 se había constituido la «Federación Regional de la República Oriental del Uruguay» (más tarde Federación Obrera Regional Uruguaya, FORU). Esta publicó en 1882 *La Revolución Social*; en 1884 *La Lucha Obrera*; en 1885, *La Federación de Trabajadores*. Desde el 1° de mayo de 1907 editó *La Emancipación* y, a partir del 15 de julio de 1912, *Solidaridad*, que no dejó de aparecer sino el 1° de mayo de 1970.

Vladimiro Muñoz, acucioso bibliógrafo e historiador del anarquismo uruguayo, al anotar un ensayo de Max Nettlau, consigna los siguientes datos, que no se encuentran en la obra del Herodoto de la Anarquía: En 1882 comenzó a editarse en Montevideo el semanario *La Revolución Social*. En 1883, un grupo de «anarquistas de ambos sexos» celebró el 18 de marzo el aniversario de la Comuna de París, y una suscripción en pro de los presos libertarios de Lyon reunió 40 pesos. Durante ese año actuaban en Uruguay, como militantes anarquistas, Louis Lambert, Jean Pedrotta, José Cerrutti, Séraphin Icaro, Jean Mahy, Pierre Figué, José Doldan, Pierre Bernard, Jorie J. Bernard, Luis Moglia, E. Ghiosti, Hélene Pedrotta, Rafaele Bandini, Carlos Rossi, Renna Felice, Lorenzo Conti, Pietro Peruca, Giovanni Bonetti y Jean Larré. En 1884 apareció en Montevideo *La Lucha Obrera*, órgano de la Federación Internacional de Trabajadores del Uruguay.

Pierre Bernard recogió en 1885 la suma de 120 pesos para ayudar al ya famoso periódico libertario *Le Revolté*. Ese mismo año apareció en Montevideo *La Federación de Trabajadores*, semanario anarco-colectivista.

Entre los libertarios que actuaban en la capital uruguaya en 1887 menciona Muñoz a E. Introzzi, V. Costemmalle, D. Ceccarelli, C. Duchini, V. Febo, P. Lombardi, B. Gallo, M. Fautoux, C. Loncq, y, sobre todo, al ya nombrado Pierre Bernard. En la Feria dominical que se levantaba en la calle Arapey, sobre la esquina con 18 de julio, tenía un puesto de libros usados Claverie, el cual vendía también *Le Revolté*, que Bernard y Moglia, por su parte, repartían a domicilio. Entre los nuevos libertarios que empezaron a actuar en 1888, consigna Muñoz a los siguientes: C. Lomy, Washington Marzoratti (que trabajaría luego por sus ideales en Chile, como veremos), J. Gariga, J. Arnaud, E. Lavandera, J. P. Arnaudie, J. Le Cabos, E. Spietz, J. Courtade, E. Barriere, H. Ferry. J. M. Pecantet, P. Antonio y J. M. Fortasini. En ese mismo año se reunieron 150 pesos para ayudar a la propaganda en Francia y se constituyó en Montevideo un «Grupo anarquista compuesto de obreros de diferentes idiomas», que sacó a luz un comunicado dirigido «A los grupos anarquistas de las cinco partes del mundo».

De 1889 se conoce la militancia —siempre según Muñoz— de nuevos anarquistas, como Bruschetti, J. Dumas, Théodore Fournes, I. Etchegoyen, Celestin y Z. Vigliano. P. Amilcare redactó en 1890 el órgano libertario *La Voz del Trabajador*. En 1891 falleció Pierre Bernard, de cuyas exequias dijo *Le Revolté* del 13 de febrero: «Uno de nuestros más antiguos compañeros, Pierre Bernard, ha sido enterrado civilmente en Montevideo, el mes pasado. Más de doscientas personas siguieron el entierro. La policía prohibió las oraciones fúnebres. El acompañamiento iba precedido con una bandera rojinegra. Fue todo un acontecimiento para Montevideo».

Muchas fueron las publicaciones que vieron la luz en el Uruguay entre 1890 y 1904: *El derecho a la vida* (1893-1900); *La Aurora Anarquista* (1899-1901); *La Verdad* (1897-1898); *El Amigo del Pueblo* (1899-1900); *Tribuna libertaria, La Rebelión, Futuro, Primero de Mayo, La Idea Libre, El Obrero*, etc. En italiano salió, desde 1896, *Il Socialista*[164]. También se publicaron diversos folletos de doctrina y propaganda, como *A los jóvenes* de Kropotkin y *La mujer en la lucha ante la naturaleza* de R. Carreira y P. Taboada[165]. En los años posteriores a 1904 las publicaciones periódicas son igualmente abundantes, aunque con frecuencia efímeras. Cabe mencionar entre ellas: *El libertario, En Marcha, La Acción Obrera; Adelante; El Surco; La Nueva Senda; Ideas; Tiempos Nuevos; Guerra Social; Crónicas subversivas* y *Germinal*, que se editaba en Salto. En italiano salía *La Giustizia*. A estos periódicos de grupos específicamente anarquistas hay que añadir los de la FORU: *La Emancipación, La Federación* y *Solidaridad*[166]. Los folletos editados por grupos o sociedades libertarias o de autores anarquistas se multiplicaron. Nombremos algunos de ellos: *Eliseo Reclus* (Círculo Internacional de Estudios Sociales-1905); *El asesinato de Ferrer-La Protesta del Uruguay* (1909); *El Problema urgente-La imposibilidad de las mejoras económicas* (1909); *Catecismo de la doctrina anarquista escrito por un grupo anarquista* (1909); *La Comuna de París-Lo que fue, lo que debió ser y lo que será* (1912); *1° de mayo-Su origen y significado* (1912); *Los Males de la Guerra* (1912); *Los estragos del alcohol* (1912); *Cómo pensaba Francisco Ferrer* (1912); *La religión y la cuestión social* (1912)[167].

Una serie de circunstancias históricas, como la tardía colonización hispánica, la ausencia de instituciones típicas de la Contrarreforma (Inquisición, universidades pontificias, colegios jesuíticos, etc.), el predominante laicismo (que culminó en la era de Batlle) y la gran afluencia inmigratoria, hicieron del Uruguay un país muy receptivo para las ideas anarquistas, conocidas desde el siglo XIX por muchos uruguayos a través de las obras de Proudhon y de Reclus, cuyo nombre (junto al de otros sabios) aparece grabado en el frontispicio de la Universidad de la República[168]. En ningún país de América latina, las ideas anarquistas llegaron a ser tan familiares al lector culto, al político, al intelectual y al hombre del pueblo.

En el año 1911 había en el Uruguay, de acuerdo con estadísticas oficiales, 117.000 obreros industriales. De ellos 90.000 estaban afiliados a la FORU. Formaban parte de ella la Federación de Obreros del Puerto de Montevideo (con todos los oficios, tripulantes, estibadores, lanchoneros, etc.), la Federación de Obreros de la Construcción, la Federación de Picapedreros (de ca-

[164] M. Nettlau, «Contribución a la bibliografía anarquista», *op. cit.*, p. 15.
[165] M. Nettlau, *Ibid.*, p. 22.
[166] M. Nettlau, *Ibid.*, p. 25.
[167] M. Nettlau, *Ibid.*, p. 29.
[168] V. Muñoz, «El anarquismo en el Uruguay hasta 1900», p. 21.

rácter nacional), la Sociedad de Obreros del Cerro, la Federación Metalúrgica, la Federación de Ferroviarios (que, según Riera Díaz, era «célebre por su combatividad»), la Federación local de Salto y muchas otras sociedades de resistencia.

La FORU constituía por entonces «una verdadera central única de trabajadores»[169], pero no por decreto gubernamental o por contubernio fascistoide sino por voluntad de la propia clase obrera.

Aun cuando, a partir de la revolución rusa, la acción de los bolcheviques entre los trabajadores (alentada por el aparato del recién fundado Partido Comunista) tendió a dividir al movimiento obrero y a restar fuerzas a la FORU, a fines de la segunda y comienzos de la tercera década del siglo ésta seguía siendo ampliamente mayoritaria en el proletariado uruguayo. En 1919, según datos que da Carlos Rama, en su *Historia ilustrada de la civilización uruguaya* (citados por Riera Díaz), tenía en Montevideo 38 sindicatos y federaciones y en el interior del país 11, lo cual hace un total de 49 organizaciones obreras. Diez años más tarde, sin embargo, hacia 1929, sólo contaba con un único sindicato activo y bien organizado: el Sindicato Unico del Automóvil. El Consejo Federal no funcionaba. Los antiguos militantes habían pasado a la Unión Sindical Uruguaya (USU), equivalente de la Unión Sindical Argentina (USA) y al Bloque de Unidad Obrera, mediante el cual los bolcheviques acabaron con la unidad obrera uruguaya. A pesar de esto, grupos y periódicos libertarios seguían siendo numerosos y activos en la década del 30.

Las publicaciones periódicas no dejaban de aparecer y se renovaban año tras año, surgiendo nuevos títulos y, con frecuencia, también nuevos matices y tendencias internas. Entre 1916 y 1926 se publicó en Montevideo *El Hombre*, que se inclinaba al individualismo; entre 1921 y 1925, en Salto, *La Tierra*, dirigido particularmente a los trabajadores del interior del país; entre 1915 y 1927, en Montevideo, *La Batalla*, defensor en un momento del anarcobolchevismo; allí mismo, entre agosto de 1921 y julio de 1922, *Trabajo*, continuado por un homónimo entre noviembre de 1922 y las últimas semanas de 1923, y *El Hacha*, desde diciembre de 1923 hasta los primeros meses de 1924. Durante el año 1921 salieron asimismo en la capital uruguaya *Ideas y Estudios* (8 números), *La Ruta* y *Tribuna Libertaria*. De 1924 era *El Sembrador*; de 1926 *El Esfuerzo*. En abril de 1924 comenzó a publicarse la revista *Ahora* (8 números) en Montevideo. En Cerro, departamento de Carmelo, salió en enero de 1927 *Luz y Vida*. Varios gremios orientados por los anarcosindicalistas editaron asimismo sus propios órganos: los herreros, *La Fragua* (desde 1927); los chauffeurs, *Hacia la libertad* (desde 1924). Cinco números del bilingüe *Voluntad-Volontá* salieron durante el año 1927. Falta, sin embargo, en la prensa anarquista del Uruguay un diario como *La Protesta* porteña, y el movimiento no logra «cristalizar la propaganda en algunos órganos regulares y de larga duración»[170].

[169] Laureano Riera Diaz, *Memorias de un luchador social*, 1982, 2, pp. 50-51.
[170] D. A. de Santillán, *Certamen internacional de «La Protesta»*, 1927.

Durante las décadas del 30 y del 40 la actividad de los grupos anarquistas del Uruguay, aunque debe competir duramente, en el campo obrero y estudiantil, con un pequeño pero disciplinado partido comunista, surgido en la década del 20 con la ambigua consigna de «todo el poder a los soviets», no decae significativamente.

Un hecho importante en la historia del movimiento en la República Oriental es la fundación de la «Federación Anarquista Uruguaya» (FAU) en 1956, cuyo órgano *Lucha libertaria* ocupó el lugar de *Voluntad*[171]. La FAU tuvo un influencia relativamente importante en algunos gremios obreros (al margen de la FORU) y llegó a dominar ideológicamente varios centros de estudiantes universitarios. Una adhesión acrítica a la revolución cubana por parte de la mayoría de sus adherentes provocó, en la década del 60, una escisión de la cual surgió la «Acción Libertaria Uruguaya» (ALU), dentro de la cual quedaron algunas de las más prestigiosas figuras del anarquismo local. La FAU fue declarada fuera de la ley en 1968 y posteriormente perseguida con saña, a partir de 1972, por la dictadura militar, que encarceló, torturó y asesinó a muchos de sus militantes. Reconstruida en 1986, ha formulado una «Declaración de Principios» y presentado un programa de acción acordes con el momento histórico de transición a la democracia representativa. En cambio, puede decirse que la FORU ha dejado de existir como central obrera. La lucha sindical, llevada adelante ahora por el PIT-CNT (dos centrales que actúan coordinadamente) no es ajena, sin embargo, a la actividad de los anarquistas uruguayos de hoy, muchos de los cuales trabajan por sus ideas en los diversos gremios y aún logran predominar dentro de algunos de ellos.

B— ESCRITORES, PERIODISTAS, ACTIVISTAS

La figura literaria más importante del anarquismo uruguayo, Florencio Sánchez, es, al mismo tiempo, el más alto exponente del teatro rioplatense en la última década del siglo XIX y la primera del XX. Nacido en Montevideo en 1875, el mismo año en que apareció allí *El Internacional*, primer periódico anarquista del Uruguay, comenzó a escribir en 1890, en el periódico «blanco» *La Voz del Pueblo* de Minas, y en esa misma ciudad sacó a luz, el año siguiente, su primer drama, *Los soplados*. Emigró a la Argentina, y durante el año 1892 trabajó en la flamante ciudad de La Plata, a las órdenes de José Vucetich, inventor del sistema dactiloscópico que lleva su nombre. De vuelta en Montevideo en 1893, colaboró en *El Siglo* y *La Razón* y publicó varios cuentos con el seudónimo de Ovidio Paredes. El año 1897 resultó decisivo en la evolución ideológica de Florencio Sánchez. El legendario caudillo nacionalista Aparicio Saravia se alzó en armas otra vez contra el gobierno, y Florencio, «blanco» por familia más que por convicción política, se unió a la montonera. El contacto directo con los jefes rebeldes le quitó pronto sus

[171] C. Rama, *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano*, p. 82.

últimas ilusiones en la causa. Huyó al Brasil, donde tuvo ocasión de conocer, para remate, al sanguinario caudillo riograndense Francisco Pereyra de Sousa, y al regresar a Montevideo quiso olvidarse de los partidos políticos tradicionales y se acercó a los anarquistas del recién fundado «Centro Internacional de Estudios Sociales». Allí estrenó pronto *Puertas adentro*, esbozo dramático en un acto[172]. Aun cuando, para ganarse la vida, dirigió todavía en 1898 el periódico «blanco» *El Teléfono* de Mercedes (Uruguay) y trabajó después en *La República* de Rosario (Argentina) como secretario de redacción, podría decirse que durante los últimos años del siglo estaba ya definitivamente ganado para la causa libertaria. Por entonces se dedicaba a la organización de sindicatos en Rosario, como recuerda Anderson Imbert[173], frecuentaba la Casa del Pueblo y asistía a las reuniones de las sociedades de resistencia anarquistas. Empezó a colaborar asimismo en *El Sol* de Alberto Ghiraldo, pronunció conferencias en el Centro Internacional de Montevideo y, en un concurso organizado por dicho centro, presentó un esbozo dramático titulado *¡Ladrones!*, germen de una de sus piezas más famosas, *Canillita*. Pero, además de producir teatro, se dedicó, en 1899, a escribir crítica teatral para *El País* de Buenos Aires y el año siguiente publicó en *El Sol* sus *Cartas de un flojo*, más tarde recogidas en volumen. Durante un breve periodo colaboró en el recién fundado diario anarquista *El Trabajo* de Montevideo, y, otra vez en Rosario, reintegrado «pane lucrando» a la redacción de *La República*, intervino activamente en reuniones y asambleas obreras (sobre todo en la Casa del Pueblo de la ciudad santafesina)[174]. En Rosario fundó también el periódico *La Epoca*, en cuyas páginas publicó, bajo el seudónimo de Luciano Stein, un sainete de costumbres rosarinas, *La gente honesta*, cuya representación fue prohibida por las autoridades locales. El 13 de agosto de 1903 se estrenó, en cambio, en el Teatro de la Comedia de Buenos Aires, su drama en tres actos, *M' hijo el dotor*, que constituyó uno de los más resonantes éxitos de su carrera. Pocos meses más tarde se representó inclusive en versión italiana (de V. Di Napoli-Vita). El año 1904 fue para Florencio Sánchez uno de los más fecundos en la cosecha teatral. Cuatro de sus más famosas piezas subieron a las tablas en Buenos Aires: *Canillita, Las cédulas de San Juan, La gente pobre, La gringa*. La secuencia tampoco se interrumpió en 1905, año en el cual se estrenaron, en teatros porteños, el drama *Barranca abajo*, el sainete *Mano Santa*, la comedia dramática *En familia* y el drama *Los muertos*; ni en 1906, en que presentó la zarzuela *El conventillo*, el sainete *El desalojo* y la comedia *El pasado*. En 1907 estrenó, también en Buenos Aires, los sainetes *Los curdas* (arreglo del no estrenado esbozo rosarino

[172] Vladimiro Muñoz, «Una cronología de Florencio Sánchez» en *Reconstruir*, 65, pp. 59-61. La experiencia sufrida en la montonera servirá de base para su ensayo psicológico social, *El caudillaje criminal en Sud América* (1903).
[173] E. Anderson Imbert, *Florencio Sánchez, vida y creación*, Buenos Aires, 1967.
[174] R. González Pacheco, *Un proletario: Florencio Sánchez, periodista, dramaturgo y trabajador manual*, Buenos Aires, 1935.

Gente honesta), *La tigra* y *Moneda falsa*, así como la zarzuela *El cacique Pichuleo* y la comedia dramática *Nuestros hijos*. Hacia fines del mismo año llevó a las tablas, en Montevideo, *Los derechos de la salud*. Todavía en 1908 brindó al público el sainete *Marta Gruni*, y en 1909 la comedia *Un buen negocio*[175]. Mientras desarrollaba esta intensa labor dramatúrgica se convertía en asiduo colaborador (y a veces en casi único redactor) del gran diario anarquista porteño, *La Protesta*[176]. Ya tuberculoso, embarcó en septiembre de 1909 hacia Italia, y murió en Milán el 7 de noviembre del siguiente año[177].

Ninguno de los críticos que se han ocupado de la obra de Florencio Sánchez ha dejado de señalar la honda simpatía que demuestra por el pueblo y por los desposeídos. Tiene razón, sin embargo, Vladimiro Muñoz cuando señala que muchos de ellos «tratan las ideas libertarias de Florencio de refilón, con poca seriedad; están mediatizados o intentan conducir a Florencio Sánchez hacia los rediles o abrevaderos autoritarios»[178]. Un crítico uruguayo escribe: «Su actuación y su comportamiento dentro de lo que llamaríamos militancia activa, fue siempre vaga, y nos atreveríamos a afirmar que era de tipo sentimental más que doctrinario»[179]. Pero, al decir esto, parece ignorar la comprometida y riesgosa participación de Sánchez en reuniones anarquistas y mítines obreros (que antes señalamos) y su esforzada labor como redactor de *La Protesta* en los momentos más difíciles, así como los muchos artículos que escribió en otros periódicos anarquistas, como *El Sol* de Ghiraldo y *El Trabajo*. Que haya colaborado en la prensa burguesa no significa sino que tenía necesidad de ganarse su pan trabajando, tal como lo había hecho Marx al escribir para la prensa norteamericana. Puede admitirse, sin duda, que su consecuencia no fue absoluta. Y si Roberto de las Carreras acabó como cónsul en Curitiba, Sánchez admitió que el gobierno uruguayo pagara su viaje a Italia (cuando ya estaba desahuciado y consumido por la tisis). Creo que denota una real incomprensión afirmar que Sánchez «es una alma noble que deviene un honesto burgués». Decir que «anarquismo más liberalismo son los sustentos ideológicos de su obra» y que «según predomine uno u otro ingrediente, según sea el grado de compromiso con la realidad, según incida la denuncia abstracta, mayor o menor será el grado de validez de su obra»[180], supone pasar por alto no sólo algunas características de su obra sino también el significado histórico del anarquismo. Este, lejos de ser un «humanitarismo abstracto», es la síntesis concreta de los dos grandes movimientos políticos del siglo XIX: el liberalismo y el socialismo. Cuando uno y otro son llevados a sus últimas consecuencias, coinciden y se identifican, con el nombre de socialismo libertario. Resulta incomprensible la afirmación

[175] Vladimiro Muñoz, «Una cronología de Florencio Sánchez», pp. 61-64.
[176] F. Quesada, *La Protesta* I, p. 82.
[177] Vladimiro Muñoz, «Una cronología de Florencio Sánchez», p. 64.
[178] Vladimiro Muñoz, *ibid.*, p. 65.
[179] W. Rela, *Historia del teatro uruguayo-1808-1968*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1969, p. 78.
[180] J. Lafforgue, *Florencio Sánchez*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967, pp. 48-49.

de que, después de todas sus negaciones, el anarquismo no tiene nada que ofrecer, cuando lo que ofrece es precisamente la revolución social. Esta era una expectativa tan concreta para los anarquistas de comienzos de siglo que muchos de ellos regalaban todo cuanto les sobraba, confiados en la inminencia del hecho palingenético, que había de traer una sociedad sin clases y sin Estado. Sin embargo, la síntesis difícilmente podía ser perfecta en todos y cada uno de los escritores anarquistas. Y así como en el marxismo rioplatense de la época hay numerosas supervivencias del positivismo y del liberalismo, así también podría decirse que las hay en el anarquismo. Tal vez sea el caso de Florencio Sánchez en algunos de sus escritos y particularmente en la tan mentada correspondencia con su novia. En Uruguay se produjo, por lo demás, un fenómeno casi único dentro del movimiento anarquista mundial: la corriente denominada «anarcobatllista», que arrastró a algunos militantes del anarquismo hacia una adhesión, más o menos principista, al liberalismo radical de Batlle y Ordóñez. El respeto por las libertades públicas, el laicismo, la política solidarista y cooperativista del batllismo sustituyeron, para algunos elementos moderados, como Orsini Bertani, A. Zamboni. E. Clérici, F. Berri, Virginia Bolten y otros, nucleados en el periódico *Idea Libre*, al anarco-comunismo y la sociedad sin clases. Pero no sería justo ubicar a Florencio Sánchez en esta corriente. Se comprende, de todas maneras, que a los amantes del populismo nacionalista les duela que el mayor exponente del teatro social en América Latina haya sido un compañero de Bakunin y no un soldado de Aparicio Saravia. El teatro de Florencio Sánchez es, en efecto, esencialmente social. Refleja las tensiones generacionales, las pugnas entre criollos e inmigrantes, las contradicciones entre la cultura urbana y la rural, la lucha de clases. Muestra los conflictos del peón de campo, del obrero, del marginal suburbano, de la pequeña burguesía. La influencia de Zola y del teatro naturalista francés es evidente y tiene efectos catárticos, en cuanto contribuye a eliminar la vieja retórica del romanticismo gauchesco. Pero Florencio Sánchez, anarquista, no puede conformarse con Zola (como no se conforma Kropotkin). No se trata sólo de revelar la realidad social con crudeza fotográfica, sino de interpretarla a la luz de ideales revolucionarios, para cambiarla radicalmente. Aun cuando sus dramas no son obras de propaganda ni constituyen, en general, apelaciones directas a la revolución social, hay en todos ellos, hasta en aquellos que no tienen tesis, un modo de presentar las situaciones, los personajes y la trama, que no parece dejar otra salida sino la del cambio revolucionario. En ningún caso hay mero regodeo en la miseria, ni afán pintoresquista ni análisis psicológicos que se constituyan en motivos autosuficientes.

El periodismo y el teatro se dan en Florencio Sánchez casi sin solución de continuidad. Pero no se puede olvidar que el periodismo que él ama (y practica siempre que puede) no es el meramente informativo, el que se conforma con la narración minuciosa de los hechos, el que reproduce los sentimientos y el lenguaje de la gente, sino el que además aspira a interpretar (siquiera sea de manera implícita y no doctrinaria) la realidad social y particularmente la problemática de campesinos, obreros, marginales, para poder

darle una solución de fondo, es decir, revolucionaria. Su teatro, que no es producto de improvisación, según suele decirse, sino de larga meditación más o menos rápidamente vertida (en las servilletas de los cafés, dice la tradición), no constituye una síntesis de la ideología anarquista pero sí, en cierto modo, un prolegómeno dramático y concreto de la misma[181]. *Canillita* es no sólo la presentación de un personaje popular de la urbe argentina sino también una indignada protesta contra el trabajo de los niños. En *M' hijo el dotor*, junto al planteo del conflicto generacional y al enfrentamiento de las rígidas normas de la moral campesina y tradicional con las nuevas ideas de la moderna ciudad, se expone al desprecio público al joven rico que engaña a la pobre muchacha del campo. En *La gringa* se trata de superar tanto el criollismo «chauvinista» como la altivez colonial en la única síntesis posible: la unión de las razas en el amor y en el trabajo compartido. *Moneda falsa* es un patético retrato del lumpen que no necesita tesis ni moraleja para aparecer como alegato contra la sociedad argentina. Casi lo mismo podría decirse de *El desalojo* y de la zarzuela *El Conventillo*. En *Nuestros hijos*, drama de corte ibseniano, que se ubica en la clase media, plantea Sánchez, en fin, la lucha contra la hipocresía y los tabúes sociales que dominan la vida sexual y familiar de la sociedad burguesa. No es de extrañar que burgueses y biempensantes lo miraran cual peligroso subversivo y acudieran a ver sus obras con malsana curiosidad, como quien va a presenciar un espectáculo pornográfico o visita una mansión prohibida. «Sánchez era un anarquista que intentaba en sus dramas destruir la ley y el orden social. Se acercaban a sus obras con una curiosidad morbosa como si fuesen a ver las entrañas sociales del mundo. Todos las censuraban, dando pruebas de su buen juicio ante los demás, pero todos deseaban oir aquellas locuras de la mano del talento teatral de Florencio Sánchez. Y a la curiosidad malsana había de unirse la actitud de los esnobs, siempre ansiando incorporarse a lo más avanzado», dice A. del Saz. Es evidente que el teatro de Florencio Sánchez constituyó una crítica implacable de los diversos aspectos de la sociedad rioplatense de su época. Es evidente también que atenta contra las bases del Estado burgués y propicia la lucha de clases. Pero es falso que su obstinada amargura conduzca a un pesimismo «sin posibles soluciones»[182]. Tal juicio sólo puede sustentarlo quien desconozca las opiniones expresadas por el autor en sus trabajos periodísticos o quien ignore que el anarquismo es, como el marxismo, una ideología fundamentalmente optimista.

[181] Además de los trabajos antes citados, pueden leerse sobre Florencio Sánchez los siguientes: Ricardo Rojas, «El teatro de Florencio Sánchez» en *Nosotros*, Año V, N° 27, Buenos Aires, abril de 1911; Roberto F. Giusti, *Florencio Sánchez, su vida y su obra*, Buenos Aires, 1920; Arturo Vázquez Cey, *Florencio Sánchez y el teatro argentino*, Buenos Aires, 1929; R. Richardson, *Florencio Sánchez and the Argentine Theatre*, Nueva York, 1933; Dora Corti, *Florencio Sánchez*, Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina, 1957; Tabaré J. Freire, *Ubicación de Florencio Sánchez en la literatura teatral*, Montevideo, 1961; Jorge Cruz, *Genio y figura de Florencio Sánchez*, Buenos Aires, 1966.

[182] Agustín del Saz, *Teatro social hispanoamericano*, Barcelona, 1967, pp. 44-47.

Poetas y dramaturgos que, en un momento u otro de sus vidas, se declararon anarquistas o simpatizaron abiertamente con las ideas libertarias hubo en Uruguay tantos como en la otra orilla del Plata, y algunos de ellos fueron, sin duda, figuras máximas dentro de los géneros respectivos. Baste recordar, junto a Florencio Sánchez, el primer dramaturgo, a Julio Herrera y Reissig, el primer poeta, y a Horacio Quiroga, el primer cuentista.

Julio Herrera y Reissig (1875-1910), que hizo de su breve vida una constante búsqueda de la belleza poética, recorriendo los caminos del romanticismo, del modernismo, del decadentismo, fue autor de tres colecciones de sonetos, *Los Extasis de la Montaña*, *Los Parques Abandonados* y *Sonetos Vascos*; publicó luego otros tres poemarios, *Las Pascuas del Tiempo* (1900), *Tertulia Lunática* (1903) y *Las Clepsidras* (1909), que lo consagraron como creador brillante y original, aunque no lograron darle la fama continental que merecía tanto como Leopoldo Lugones. Dejó también tres libros de cuentos: *Aguas del Aqueronte*, *El Traje Lila* y *Mademoiselle Jacqueline*, y tres de viajes: *Viaje a Buenos Aires*, *Viaje a Salto* y *Viaje a Minas*, que sustituyen el libro de viajes por Europa que nunca escribió porque nunca pudo cruzar el Atlántico.

En 1899 publicó un libro de crítica literaria, *Conceptos de Crítica* y en 1902 uno de crítica política, *Epílogo Wagneriano a la Política de Fusión*. De él dice Alberto Zum Felde: «En Julio Herrera y Reissig, el Uruguay ha dado uno de los más altos poetas líricos de lengua castellana. Tal puede considerársele por su valor intrínseco, aparte toda limitación de país y de escuela. Por el carácter de su obra es, asimismo, una de las más altas figuras representativas del modernismo en la poesía latino-americana. En este aspecto, sólo Rubén Darío y Leopoldo Lugones, entre los líricos ilustres del primer cuarto del siglo XX, compiten con él ante el juicio de la posteridad»[183]. Pero, a diferencia de Rubén Darío, amigo de muchos poetas anarquistas y, sin embargo, perseverante en su apoliticismo esteticista, y de Leopoldo Lugones, anarquista en su adolescencia, socialista más tarde y por fin fascista, Herrera y Reissig, si bien nunca llegó a ser un militante, se interesó por los problemas sociales de su tiempo, leyó los clásicos del anarquismo, y no dejó de proclamar su adhesión a las ideas que estos proclamaban, superando su educación jesuítica y su estirpe aristocrática. «Leyó ávidamente a los filósofos del individualismo, a los teóricos del materialismo científico. El seráfico alumno del colegio católico, el congregacionista de San Luis, se convirtió a las más nefandas herejías materialistas: el joven de abolengo patricio —renegado de las sagradas tradiciones patrióticas y dogmáticas— se hizo anarquista»[184].

Horacio Quiroga (1879-1937) nació en Salto (Uruguay), estudió en Montevideo, pasó muchos años de su vida en Buenos Aires, pero tuvo su verdadera patria literaria en San Ignacio, Misiones, «que le dio materia para sus mejores

[183] Alberto Zum Felde, *Proceso intelectual del Uruguay*, Montevideo, Edit. Claridad, 1941, p. 251.
[184] Alberto Zum Felde, *op. cit.*, pp. 267-268.

narraciones y también comunicó a su personalidad de escritor una especie de aura selvática»[185]. Su narrativa, en la que conviven, como dice M. Benedetti, «huellas de Poe y de Maupassant»[186] podría caracterizarse como un realismo mágico-trágico, que deja poco lugar a lo social. En sus *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), *Cuentos de la selva* (1918), *Anaconda* (1921), hay, sin embargo, un soplo de rebeldía y de inconformismo, que nos hace pensar, a veces, en los relatos de otro genial simpatizante del anarquismo, Joseph Conrad. Quiroga estuvo en contacto, en su temprana juventud, con círculos anarquistas montevideanos, tuvo una fugaz militancia en dichos grupos, pero antes de llegar a la madurez se desentendió de la ideología libertaria, sin llegar nunca a repudiarla.

Una singular figura de la bohemia literaria, más famosa tal vez por las escandalosas peripecias de su vida que por el brillo de sus versos, fue Roberto de las Carreras (1873-1964), autor de *Sueño de Oriente* (1900); *Oración Pagana* (1904); *Salmo a Venus Cavalieri* (1905); *En Onda Azul* (1905); *Diadema Fúnebre* (1906); *La Visión del Arcángel* (1908); *La Venus Celeste* (1909); *Suspiro de Palmera* (1914)[187]. «Dandy y anarquista al par, a un tiempo tenorio y esteta, su vida fue permanente motivo de escándalo en el ambiente católico y burgués de la ciudad. Su literatura no fue sino un complemento de su vida; compuesta en su mayor parte de opúsculos ocasionales y de panfletos polémicos, tendía a propugnar sus ideas revolucionarias o a defender sus ideas inmoralistas; y en el fondo, tras el estilo refinado y suntuoso, eran verdaderos alegatos. El amor libre era uno de los principios individualistas proclamados por el anarquismo científico; apropiándose, a su manera, las teorías anarquistas y mezclándolas con su dandysmo donjuanesco, Roberto se declaró, en el ambiente platense, predicador y paladín del amor libre»[188]. Uno de sus folletos, titulado precisamente *Amor Libre*, llevaba este significativo subtitulo: *Interviews voluptuosas con Roberto de las Carreras.*

Bastante diferente es la personalidad y el estilo de Angel Falco (1885-1971), autor de *Ave Francia, A Garibaldi* y, sobre todo, de *Cantos Rojos* (1906), expresión directa de fervor revolucionario y ácrata. Años más tarde su musa derivó hacia lo patriótico, con *El Alma de la Raza* (1910) y *La Leyenda del Patriarca* (1911), y hacia la celebración de la hazaña aeronáutica, con *El Hombre Quimera* (1911) y *La Tragedia de las Alas* (1914)[189]. «Oficial del ejército uruguayo, y habiendo participado como tal en la guerra de 1904, Angel Falco se sintió muy luego atraído por la ideología anarquista, entonces en auge. Y en virtud de ello colgó la espada, renunciando a su carrera militar, en la cual, por sus cualidades de inteligencia y de carácter, hubiera alcanzado sin

[185] Arturo S. Visca, *Antología del cuento uruguayo-II Los del Novecientos*, Montevideo, Edic. de la Banda Oriental, 1968, p. 69.
[186] Mario Benedetti, *Literatura uruguaya. Siglo XX*, Montevideo, Edit. Alfa, 1963, p. 29.
[187] Sarah Bollo, *Literatura uruguaya (1807-1975)*, Montevideo, Universidad de la República, 1976, pp. 134-135.
[188] Alberto Zum Felde, *op. cit.*, p. 411.
[189] Sarah Bollo, *op. cit.*, pp. 142-143.

duda grados eminentes. Tenía veinticinco años cuando, de bizarro teniente de infantería, se convirtió en tribuno de la revolución social»[190].

Dramaturgo de éxito popular y activo periodista libertario, como Florencio Sánchez, fue Ernesto Herrera (1887-1917), popularmente conocido por «Herrerita». Escribió antes de 1911 algunas piezas cortas, en un acto, *De mala laya, El pan nuestro*, y un aplaudido sainete, *El caballo del comisario*. En 1910 estrenó su drama *El estanque*, en el Teatro Coliseo de Florida; en 1911, *La moral de misia Paca* en Melo. Pero la obra teatral que le dio más fama fue *El león ciego*, estrenada también en 1911, en el teatro Cibils de Montevideo, donde se plantea la clásica oposición entre el campo y la ciudad[191]. De ella dijo González Pacheco: «El que la vea o la lea conocerá el Uruguay mejor que en cualquier mapa»[191 bis]. Herrera colaboró también en la prensa anarquista uruguaya y brasileña, particularmente en *A Lanterna* de São Paulo y *A Folha do Povo* de Santos. Y cultivó el cuento social, en *Su Majestad el hambre*.

También dramaturgo y periodista, comprometido con el ideario anarquista en su juventud, fue Edmundo Bianchi (1880-1965). En 1910 estrenó en el Teatro Solís de Montevideo *La quiebra*, que plantea un conflicto social. Su segunda obra, titulada *Orgullo de pobre*, «es fiel expresión de las ideas revolucionarias a las que parte de la juventud montevideana se adhirió con fervor en la primera década»[192]. En 1913 presentó, en el Teatro Nuevo de Buenos Aires, otra pieza, *Perdidos en la luz*, también de tema social. De él escribe Zum Felde: «Edmundo Bianchi, poeta y tribuno acrático en su mocedad, director de una revista de ideología revolucionaria, «Futuro», allá por 1902, y prestigioso contertulio del Polo Bamba, se dedicó luego, casi exclusivamente, al teatro, cultivando en él desde la seriedad más grávida del drama de tesis hasta el humanismo ligero de la revista de actualidades»[193].

Para ilustrar el ambiente de la bohemia literaria anarquista en el Montevideo de comienzos de siglo, citemos las memorias de Juana Rouco Buela: «Nos reuníamos a la salida de reuniones y conferencias, en un café de la Plaza Independencia que fue celebre: se llamaba *El Polo Bamba*. Nos sentábamos en sus mesas gran número de compañeros, y a su alrededor se veían figuras de un gran valor intelectual e ideológico, como Leoncio Lasso de la Vega, Florencio Sánchez, Herrerita, Acha y muchos otros. De allí salían muchas veces manifiestos y artículos para periódicos que se escribían y publicaban en esos momentos, mientras se discutían todos los problemas sociales entre café y café, se aclaraban conceptos y se pasaban momentos de franca camaradería y afecto. En el Centro Internacional se realizaban actos casi diaria-

[190] Alberto Zum Felde, *op. cit.*, p. 427.
[191] Carmelo Bonet, *El teatro de Ernesto Herrera*, Buenos Aires, Instituto de Literatura Argentina, 1925.
[191 bis] R. González Pacheco, *Carteles II*, Buenos Aires, 1956, p. 220.
[192] W. Rela, *op. cit.*, p. 91.
[193] Alberto Zum Felde, *op. cit.*, p. 161.

mente. Este era un gran salón con un escenario adecuado para estos actos y algunas habitaciones que eran destinadas a las secretarías. Se encontraba este salón, al que se llamaba la Casa de los Anarquistas, en pleno centro de la ciudad, esto es, en la calle Río Negro y Maldonado. Por allí desfilaron con sus conferencias, controversias y actividades, todos los anarquistas del Uruguay y de la Argentina, intelectuales o no. La Federación Obrera Regional Uruguaya, que en el año 1909 tenía un movimiento obrero bien organizado, realizaba sus funciones y grandes actos en el Centro Internacional, y allí diariamente nos encontrábamos los obreros, los anarquistas y los intelectuales»[194].

En años recientes tampoco podemos omitir la mención de algunos activos militantes uruguayos, que dieron vida y prestigio a las ideas anarquistas. Recordemos a Alberto Marino Gahn (1900), escultor, Gran Premio Salón Nacional en 1952; José B. Gomensoro (1910), neurólogo, investigador y docente, vicepresidente de la Confederación Médica Panamericana; Pedro Tufró, fusilado por los comunistas durante la guerra civil española por ser miembro de la CNT; Juan Diego Sans, animador del Sindicato de Artes Gráficas; Roberto E. Franano, también gráfico y periodista; Roberto Cotelo (1897-1970), fundador de la revista *Esfuerzo*, director en España de la editorial «Tierra y Libertad»; Salvador Fernández Correa, educador y poeta; Mario Rodríguez, médico de abnegada actuación en medios rurales; Carlos María Fosalba, médico, director de *El estudiante libre* y redactor de *Acción sindical*, órgano del Sindicato Médico, profesor universitario y activo colaborador de la prensa libertaria; Enrique Viacava, de Paysandú; Aquiles Tettamanti, de Salto; Elba Leite, traductora del inglés y el francés; Rubens Barcos, miembro fundador de la FAU, secretario general del sindicato de «canillitas» (voceadores de periódicos); Jorge Errandonea, ceramista, director de la Escuela de Bellas Artes, militante de la FAU; Alfredo Errandonea, sociólogo, redactor de la revista *Utopía*. Finalmente, es preciso recordar a quien inició la compilación de la presente Antología, Carlos Rama, historiador y sociólogo, profesor universitario en Montevideo, Santiago de Chile, Barcelona, autor de libros como *Historia social del pueblo uruguayo*, *La ideología fascista*, *Las ideas y movimientos socialistas en el siglo XIX*, *Las relaciones culturales de España y América*, fallecido en 1982, en su exilio español. Rama, aunque adoptó una actitud abierta a todas las corrientes de la izquierda uruguaya y llegó inclusive a ser postulado para senador por una coalición de partidos y grupos izquierdistas, fue básicamente un socialista libertario, mantuvo una permanente vinculación con la FAU y otras agrupaciones anarquistas y, en el fondo de sus análisis sociológicos y de sus juicios históricos, puede apreciarse siempre la vigencia de una concepción libertaria de la realidad uruguaya y latinoamericana. Como muchos intelectuales de su generación, Carlos Rama se formó ideológicamente al calor de la guerra civil española. Su hermano Angel escribe: «Sé que la invariable hostilidad que Carlos guardó para

[194] Juana Rouco Buela, *Historia de un ideal vivido por una mujer*, Buenos Aires, *Reconstruir*, pp. 27-28.

unos pocos intelectuales de su generación se debió a que no pudo perdonarles que en ese momento histórico hubieran estado del lado franquista, porque la guerra española fue *su* guerra, *su* esperanza, *su* ilusión política y social. No sé si fue entonces, o aún antes, que había descubierto el anarquismo, pero fueron los colores de la FAI y la columna Durruti los que entraron en mi casa, con azoro de mis padres (especialmente de mi madre, profundamente católica)»[195].

En Montevideo se ha desarrollado una de las más significativas experiencias comunitarias en la historia del anarquismo latinoamericano: la Comunidad del Sur. Se trata de un proyecto autogestionario, donde un grupo de parejas conviven, trabajan y comen en común, atienden en común a la educación de los hijos. Iniciado en los años cincuenta, perduró durante dos décadas, hasta que la dictadura militar forzó la disolución de la comunidad. Sus miembros intentaron reconstruirla en el exilio; primero en Perú y después en España, hasta que por fin lo lograron en Suecia. Allí funciona ahora y edita una prestigiosa revista, de circulación internacional, llamada precisamente *Comunidad*.

Al Uruguay, tierra libre y hospitalaria, llegaron también, ya desde el siglo XIX, algunos escritores anarquistas europeos. En 1851 arribó a Montevideo el botánico francés José Ernesto Gibert, amigo y colaborador de Proudhon. Exiliado a causa del fracaso de la revolución de 1848, dedicó su vida a la exploración científica de la flora uruguaya. Su labor de pionero se concretó en la publicación de un volumen titulado *Ennumeratio plantarum sponte nascentium agro montevidensi (Enumeración de las plantas silvestres del campo montevideano)* (1873).

El italiano Luis Fabbri, nacido en 1877, amigo y biógrafo de Malatesta, maestro de escuela y activo divulgador de las ideas anarquistas, huyendo del fascismo recaló también en Montevideo el 18 de mayo de 1929. En 1930 fundó la revista *Studi Sociali*, una de las más sólidas publicaciones libertarias del Uruguay y de América Latina. El 29 de junio de 1935 falleció en un hospital de la misma ciudad. Su hija, Luce Fabbri, continuadora de su obra, siguió editando hasta 1946 la revista por él fundada. Intervino, en 1956, en la fundación de la FAU; enseñó historia y literatura en las escuelas medias y en la Universidad de la República, y colaboró en la prensa anarquista local (en *Voluntad*, *Lucha libertaria*, etc.) e internacional. Además de sus estudios sobre literatura italiana (entre los cuales puede, mencionarse, por ejemplo, *La poesía de Leopardi),* ha contribuido a la literatura libertaria con títulos tales como *Los anarquistas y la revolución española*; *El anticomunismo, el imperialismo y la paz*; *Camisas negras*; *Bajo la amenaza totalitaria*; *Problemas de hoy*; *El totalitarismo entre dos guerras*; *La libertad entre la historia y la utopía*; *El anarquismo más allá de la democracia*, etc.

En 1947 llegó el literato rumano Eugen Relgis (Siegler), perseguido primero por los nazis y después por los bolcheviques, defensor del «humanita-

[195] Angel Rama, «Carlos, mi hermano mayor», en *Cuadernos de Marcha*, sept-oct. 1982, p. 81.

rismo», activo promotor del pacifismo en Europa, amigo de Romain Roland, de Albert Einstein y de Georg F. Nicolai, autor de una larga serie de ensayos, novelas, biografías, poemarios, crónicas de viaje, etc., como *Corazones y motores*; *Locura y siete antifábulas*; *El triunfo del No Ser*; *Mirón el sordo* (con prólogo de Stefan Zweig); *Doce capitales-Peregrinaciones europeas* (con prólogo de Han Ryner); *Diario de Otoño*; *La columna entre ruinas*; *Stefan Zweig, cazador de almas*; *Perspectivas culturales de América Latina*; *Albores de libertad* (con prólogo de Rudolf Rocker); *El hombre libre frente a la barbarie totalitaria*; *La paz del hombre*; *El humanitarismo* (con prólogo de Georg F. Nicolai); *¿Qué es el humanitarismo?* (con carta prólogo de Albert Einstein); *Historia sexual de la humanidad*; *Profetas y poetas*, etc.[196]. Relgis no fue un militante anarquista, pero estuvo cerca de las ideas libertarias en muchos campos. Murió el 22 de marzo de 1987.

Otros anarquistas extranjeros, escritores, periodistas, activos propagandistas, menos conocidos que los anteriores, vivieron y actuaron en el Uruguay. Recordaremos a algunos de ellos: Antonio Marzovillo, italiano, nacido en 1880 y muerto en Montevideo en 1959, entusiasta militante durante toda su vida; Cristóbal D. Otero, gallego, nacido en 1892 y fallecido en la capital uruguaya en 1966, incansable propagandista, que dejó una novela autobiográfica titulada *Ciempiés*; María Collazo (1885-1942), argentina, oradora y activista infatigable, de quien Arturo Carril, en su libro *Crónica de una ciudad y su musa*, refiere que «al subir a la tribuna lo hacía rodeada por su compañero y sus hijos, todos ellos con nombres mitológicos: Aurora, Themis, Venus, Hebe, Espartaco...»; Ricardo Carril (1900-1923), gallego, de cuya vida breve y apasionada hacen memoria Armonía Somers, en *Las máscaras de la mandrágora*, y J.C. Welker Bugallo, en *Máquinas*; Manuel Domínguez Santamaría, también gallego, director del «Teatro del Pueblo» en Monntevideo; Laureano Riera Díaz, originario de Pergamino (Argentina), miembro fundador de la FAU, uno de los promotores de la cooperativa de producción EFCSA (Empresa Frigorífica del Cerro, Sociedad Anónima), autor de *Memorias de un luchador social*.

3— PARAGUAY

En Paraguay, el más remoto y aislado de los países latinoamericanos, la actividad de los anarquistas se remonta a la última década del siglo pasado. En 1892 un grupo llamado «Los hijos del Chaco» publicó un manifiesto, que no escapó por cierto a la represiva vigilancia de los gobernantes de turno, y que, según Nettlau, «parece ser el primer documento libertario de dicho país»[197].

[196] Norma Siuffet, *Eugen Relgis, el escritor, el humanista, el maestro*, Montevideo, Comunidad del sur, 1970: Félix Alvarez Ferrera, «El gran humanitarista» en *Reconstruir*, 74, pp. 54-59.
[197] M. Nettlau, «Viaje libertario a través de América Latina» en *Reconstruir*, 77, p. 37.

En ese mismo año se organizan varios sindicatos, entre ellos el de los carpinteros «núcleo vertebral de la corriente anarco-sindicalista»[197 bis]. El estatuto del sindicato de albañiles, hacia 1900, fue redactado por Pedro Gori. En 1906 apareció en Asunción *El Despertar*, órgano de la Federación Obrera Regional Paraguaya (FORP), central obrera anarco-sindicalista, fundada ese año con el apoyo moral de la FORA. Durante los años siguientes salieron igualmente otros periódicos libertarios, como *La Rebelión*, *La Tribuna* y *Hacia el Futuro*. A partir de 1920 se comenzó a publicar *Renovación*, que duró hasta 1926. Varios folletos de doctrina y propaganda fueron editados tanto por el grupo *El Combate* como por la FORP (que publicó, por ejemplo, *La huelga* de Rafael Barrett). La actividad de los grupos anarquistas no cesó en la década del 30. Un hecho singular y ciertamente muy poco conocido de la historia paraguaya contemporánea fue la proclamación de la comuna de Encarnación, por un grupo de anarquistas en 1931. A este hecho alude el escritor paraguayo Gabriel Casaccia en su novela *Los herederos*. El 20 de febrero de 1931, un grupo de obreros y estudiantes, encabezados por Obdulio Barthe, tomó la ciudad de Encarnación, con la intención de proclamar allí una comuna libertaria. El hecho formaba parte de un plan a escala nacional que se proponía iniciar en Paraguay una revolución socialista y libertaria[198]. Entre los militantes libertarios que participaron en la toma hay que recordar a Cantalicio Aracuyú, Ramón Durán, Ciriaco Duarte, Juan Verdi, J. P. Cuéllar, L. Naboulet, M. Kaner, V. Canavesse.

La lucha por la jornada de ocho horas se desarrolló en Paraguay ya desde fines de la penúltima década del siglo XIX, y a ella no fueron ajenos por cierto los anarquistas que militaban en los sindicatos de gráficos, ferroviarios, panaderos, etc. «Los primeros ensayos de huelga, en tanto movimiento, se desatan a partir de 1889. El 1° de marzo de ese año los obreros ferroviarios declaran una huelga de significativas proyecciones. De allí en más seguirán otros gremios, como el de los carpinteros, cuyo sindicato ya empezaba a destacarse entre los principales propulsores de la ideología anarquista, y que en septiembre de 1901, tras una huelga de una semana de duración, obtiene la implantación de la jornada de ocho horas de trabajo. Sobre las bases de estas primeras manifestaciones de expresión y conquistas populares, la emergencia del anarco-sindicalismo conmociona la vida del país»[198 bis]. En el citado «Manifiesto» de «Los hijos del Chaco», reproducido en *La Democracia* del 21 de mayo de 1892 (y citado por D. Salinas), los anarquistas paraguayos definían así su ideología y sus metas: «Somos comunistas-anarquistas y como tales nos proponemos propagar la completa emancipación del proletariado; a la vez que luchamos por abolir la inicua explotación del hombre por el hombre, ponemos todas nuestras fuerzas morales y materiales para

[197 bis] Francisco Gaona, *Introducción a la historia social y gremial del Paraguay*, I p. 42.
[198] Fernando Quesada, *1931-La toma de Encarnación*, Asunción, 1985.
[198 bis] Darío Salinas, *Movimiento obrero y procesos políticos en Paraguay*, en Pablo González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*. 3, México, F.C.E., 1984, p. 369.

hacer desaparecer todas las tiranías, para establecer la verdadera libertad, igualdad y fraternidad entre las familias humanas... queremos que la propiedad individual sea transformada en libertad común para bien de todos, queremos abolir la propiedad individual porque es la causa primordial de todos los males que nos agobian, pues con ella se mantiene toda esta escoria de la humanidad, como son: gobierno, clero, abogados, militares, comerciantes y rentistas que viven como parásitos y para seguir disfrutando de sus rapiñas mantienen con nuestros productos ese numeroso ejército».

Las ideas anarquistas, sembradas por emigrantes españoles y argentinos, habían germinado, como se ve, antes de concluir el siglo.
«Sin embargo —como bien dice Salinas— en términos de avances, el desarrollo del movimiento obrero marca un jalón importante cuando, bajo el impulso del anarco-sindicalismo, se establece la primera central obrera. Ello ocurre el 22 de abril de 1906 con la fundación y organización de la Federación Obrera Regional del Paraguay»[199]. Al comienzo contaba sólo con tres sindicatos (gráficos, carpinteros y cocheros), pero luego recibió la adhesión de los demás. Entre sus fundadores estaban M. Amarilla, J. Serrano, J. Cazzulo, G. Recalde, L. Castellani[199 bis]. Sus bases programáticas eran análogas a las de la FORA.

La llegada de Rafael Barrett comporta el momento de mayor auge ideológico y cultural del anarquismo paraguayo. Su revista *Germinal* es, junto con el *El Despertar*, la más significativa expresión del movimiento libertario y obrero de la época. Su obra toda tiene para el Paraguay proletario y campesino una inigualada trascendencia. Esto nos obliga a detenernos en ella y en la vida misma del gran escritor español, vinculado por la generosidad de su espíritu y por su pasión libertaria a esta remota región de América Latina. Barrett fue, en efecto, como dice Roa Bastos, el «descubridor de la realidad social del Paraguay»[200]. Había nacido en Torrelavega, Santander, el 7 de enero de 1876, según establece, tras minucioso estudio, Vladimiro Muñoz[201], corrigiendo a biógrafos anteriores, como Armando Donoso[202] y Norma Suiffet[203], para quienes el lugar de su nacimiento era Algeciras[204].

Su padre, Jorge Barrett, era escocés; su madre, Carmen Alvarez de Toledo, estaba emparentada, según parece, con los duques de Alba. No se conocen

[199] Darío Salinas, *op. cit.*, p. 374, Recientemente R. P. Ediciones de Asunción (Paraguay) ha recogido en un volumen, en edición facsimilar, la colección de *El Despertar*, órgano de la FORP en 1906-1907.

[199 bis] Ciriaco Duarte, *El sindicalismo libre en Paraguay*, Asunción, 1978, pp. 89 sgs.

[200] Augusto Roa Bastos, «Rafael Barrett, descubridor de la realidad social del Paraguay», Prólogo a Rafael Barrett, *El dolor paraguayo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978.

[201] V. Muñoz, «Barrett» en *Reconstruir*, 98, p. 39.

[202] A. Donoso, «Un hombre libre», Prologo a R. Barrett, *Páginas dispersas*, Montevideo, 1923, p. 13.

[203] N. Siuffet, *Rafael Barrett*, Montevideo, 1958, p. 15.

[204] Rufino Blanco Fombona no se decide por ninguna de las dos ciudades, aunque se inclina por Algeciras, basado en el hecho de que la madre de Barrett no era castellana sino andaluza (*Motivos y letras de España*, Madrid, p. 210), lo cual también es falso, ya que, según Muñoz, su casa solariega estaba en Villafranca del Bierzo, León.

pormenores de su juventud, sino que estudió piano y lenguas vivas y se graduó de agrimensor en Madrid. Durante un tiempo hizo allí vida de señorito semi-intelectual, y hasta cabe suponer, con Hierro Gambardella, que allí publicó sus primeros escritos, desconocidos para nosotros. A los veintiséis años embarcó para América, movido tal vez por el deseo de aventura o por el propósito de romper con un pasado un tanto frívolo y de «orientar la existencia, ya impulsada por ideales renovadores y justicieros, a rumbos de solidaridad humana, coadyuvando al esfuerzo de quienes aquí luchaban por esos ideales»[205]. Un día de 1903 (y no de 1907 o 1908, como inexplicablemente afirma Jorge A. Warley)[205 bis], llegó al puerto de Buenos Aires. Empezó a ganarse la vida como periodista en *El Tiempo* y *El Diario Español*. En este último publicó pronto un artículo titulado *Buenos Aires*, donde se asoma, con asombro y cólera, al abismo que media entre opulencia y miseria en esta meca de la emigración europea: «¡También América! Sentí la infamia de la especie en mis entrañas. Sentí la ira implacable subir a mis sienes, morder mis brazos. Sentí que la única manera de ser bueno es ser feroz, que el incendio y la matanza son la verdad, que hay que mudar la sangre de los odios podridos. Comprendí, en aquel instante, la grandeza del gesto anarquista, y admiré el júbilo magnífico con que la dinamita atruena y raja el vil hormiguero humano»[206]. El artículo, obviamente, indignó al director del periódico, empeñado en complacer al gobierno y a la burguesía argentina, y despidió sin más al joven descortés que, acogido en el hospitalario país, osaba criticar sus instituciones y maldecir sus hábitos sociales.

Insospechadamente, el periodista de coruscante verbo libertario alternaba su trabajo con sus aficiones científicas y, en aquel mismo año de 1903, fundaba, con un grupo de ingenieros y profesores, la «Unión Matemática Argentina»[207]. El 6 de octubre escribía a Henri Poincaré, enviándole algunos trabajos matemáticos que, según dice el ingeniero E. García de Zúñiga, revelan «el ardor estudioso y la tenacidad pacientísima» de su autor[208]. En 1904 partió Barrett hacia Paraguay, como corresponsal del diario *El Tiempo* del Dr. Vega Belgrano. No sospechaba sin duda que esa tierra sería la de su definitivo arraigo, el escenario de sus luchas más arduas y el tema principal de sus apasionados escritos. En ese mismo año los liberales desplazaban del gobierno a los colorados (conservadores). Barrett, amigo del general Benigno

[205] J. A. Solari, «Rafael Barrett, misionero de la justicia y de la belleza» en *Reconstruir*, 101, p. 11.
[205 bis] Jorge A. Warley, *Rafael Barrett, anarquismo y denuncia*, Buenos Aires, 1978, p. 7.
[206] Rafael Barrett, «Buenos Aires» en *Obras completas I*, Buenos Aires, 1943, p. 22.
[207] V. Muñoz afirma que entre los fundadores de la «Unión Matemática Argentina» estaba el conocido profesor español Julio Rey Pastor. Pero éste, nacido en 1888, sólo tenía 15 años en 1903, y, por lo demás, no llegó a la Argentina sino en 1917 (José Babini, *La evolución del pensamiento científico en la Argentina*, Buenos Aires, La Fragua, 1954, p. 196).
[208] E. García de Zúñiga, «Rafael Barrett, matemático» en *Boletín de la Facultad de Ingeniería*, Montevideo, 1° de diciembre de 1935, p. 30, (Cfr. Lázaro Flury, «Rafael Barrett, científico intuitivo» en *Reconstruir*, 101, pp. 35-36).

Ferreira, que encabezó la revolución[209], participó en ella y fue nombrado luego director del Departamento de Ingenieros de la República y secretario de la gerencia de los ferrocarriles nacionales, al mismo tiempo que colaboraba en *La Tarde* y *Los Sucesos*, periódicos asunceños. Sin embargo, el progresivo conocimiento de la realidad social del país, la directa experiencia de la explotación de obreros y campesinos, su condición de testigo presencial de la corrupción burocrática, lo obligaron pronto a renunciar a todo empleo público y lo convencieron definitivamente de que no bastaba con quitar a los conservadores y sustituirlos por los liberales para cambiar las cosas en Paraguay o en el mundo. En 1906 se casó con Francisca López Maíz, perteneciente a una tradicional familia paraguaya, emparentada con el padre Maíz y aun con el mariscal Solano López. Con el anarquista porteño José Guillermo Bertotto publicó el periódico *Germinal* entre el 2 de agosto y el 11 de octubre de 1908, fecha en que se vio obligado a dejar el país, «por orden de Jara, el tiranuelo brutal», que se había apoderado del gobierno, según dice Frugoni. Desembarcó en Corumbá, Brasil, para reembarcar pronto, el 5 de noviembre, rumbo a Montevideo, donde fue calurosamente acogido por amigos literatos y camaradas ácratas. Escribió regularmente para *La Razón* de Samuel Blixen, y allí salieron los ensayos que constituyeron más tarde su único libro no póstumo: *Moralidades actuales*. Colaboró asimismo en *El Siglo* y *El Diario* de Montevideo y en *Caras y Caretas* de Buenos Aires. Gozó del aprecio y la admiración de las más ilustres figuras de la intelectualidad uruguaya de aquel momento: Vaz Ferreira, Frugoni, Angel Falco, Rodó (el cual dedicó un ensayo a *Las Moralidades de Barrett*, incluido luego en *El mirador de Próspero*). Pero su salud empeoraba y la tisis no dejaba de avanzar en el clima húmedo y frío de la capital uruguaya. A comienzos de 1909 debió partir hacia Corrientes, en busca del calor subtropical. Desde allí pasó nuevamente al Paraguay, sin lograr empero ninguna mejoría, de tal modo que en septiembre de 1910 (casi al mismo tiempo que Florencio Sánchez) embarcó hacia Europa, decidido a buscar en París el auxilio de la ciencia que era su última esperanza. En Arcachon, Gironde, murió el 17 de diciembre, poco más de un mes después que Florencio Sánchez y víctima de la misma dolencia.

La prosa de Rafael Barrett, dispersa en periódicos argentinos, paraguayos y uruguayos, fue reunida luego en varios volúmenes. El mismo Orsini Bertani que había editado *Moralidades actuales* (1910), publicó el mismo año, en un tomito, el ensayo *Lo que son los yerbales*, y el año siguiente, *El dolor paraguayo* y *Cuentos breves*[210]. En 1912 dio a luz otros cuatro tomos de

[209] La revolución liberal de 1904 «encaraba ideales de superación intelectual y significaba la rebelión irritada de las masas ciudadanas contra el mando, arbitrario y protervo, del sable de la caballería», dice Carlos R. Centurión (*Historia de la cultura paraguaya I*, Asunción, Biblioteca «Ortiz Guerrero», 1961, p. 567).

[210] *El dolor paraguayo*, aunque incluye algún relato corto, no constituye, en realidad, una «serie de cuentos breves de intención realista», como cree Rafael E. Velásquez (*Breve historia de la cultura en Paraguay*, Asunción, 1978, p. 240). Fue reeditado, también en Montevideo, en 1926, con comentarios y juicios críticos de Emilio Frugoni, José E. Rodó, Ramiro de Maeztu (amigo de juventud de Barrett) y José G. Bertotto, autor, según informa V. Muñoz, de un libro biográfico y autobiográfico titulado *Mi amigo Rafael Barrett*, que sigue todavía inédito. Bautista Fueyo publicó luego, otra vez, en Buenos Aires, *El dolor paraguayo*; añadiéndole el impactante ensayo *Lo que son los yerbales*.

artículos, notas y ensayos de Barrett, que tituló: *Mirando vivir, Al margen, Ideas y críticas* y *Diálogos, conversaciones y otros escritos*. En 1923, el editor montevideano Claudio García sacó un tomo de *Páginas dispersas* de Barrett. La editorial Proyección de Buenos Aires publicó *El terror argentino*, añadiéndole *Lo que son los yerbales*. Juan Guijarro (seudónimo de Gandolfi Herrero) preparó, para la Editorial Claridad de Buenos Aires, una antología titulada *Barrett sintético*.

Aunque ya en 1931-1933 la editorial *La Protesta*, intentó dar al público lector las *Obras completas* de Barrett, el proyecto no se realizó sino en 1943, gracias a la Editorial Americalee de Buenos Aires[211], la cual en 1959 sacó otra edición en tres tomos, con algunas adiciones. No llegó a concretarse, en cambio, el plan de la «Comisión de Homenaje a Rafael Barrett» de Rosario, que consistía en publicar los no escasos escritos inéditos o no recogidos en volumen que dejara el escritor español[212].

Hombre de fina sensibilidad estética y de amplia cultura, versado en ciencias físico-matemáticas tanto como en economía y política, amigo de Valle Inclán, de Ramiro de Maeztu y de García Lorca, Barrett parecía destinado a brillar como estrella de primera magnitud en el firmamento literario de España. Azares históricos y biográficos le impidieron la realización de una obra orgánica y le negaron la fama que ya en vida rodeó a aquellos sus compatriotas y amigos. Lo que de él nos queda basta, sin embargo, para asegurarle un lugar preminente entre los grandes prosistas latinoamericanos de la época, junto a Rodó, su admirador, y a González Prada, su correligionario. El mismo Rodó, en una carta dirigida a Barrett, le dice: «Ha enaltecido usted la crónica, sin quitarle amenidad ni sencillez. La ha dignificado usted por el pensamiento, por la sensibilidad y por el estilo... Su crítica es implacable y certera, su escepticismo es eficaz, llega a lo hondo; y sin embargo, la lectura

[211] En el mismo año 1943, la asociación «Amigos de Rafael Barrett» de Montevideo publicó también las *Obras Completas* (aunque, según el parecer de especialistas como Miguel A. Fernández, ninguna de las dos es tan «completa» como sería de desear). En 1967 se imprimieron en Montevideo las *Cartas íntimas* de Barrett, con introducción y notas de su esposa, y prólogo de L. Hierro Gambardella. Forman el volumen 119 de la «Colección de Clásicos Uruguayos».

[212] La Biblioteca Ayacucho de Caracas publicó, en 1978, *El dolor paraguayo*, al cual se añadieron *Lo que son los yerbales, El terror argentino, La cuestión social* y otros escritos (algunos no incluidos en los libros publicados de Barrett). Lleva un prólogo de Augusto Roa Bastos y notas de Miguel A. Fernández. Sobre la vida, el pensamiento y la obra de Rafael Barrett pueden consultarse, además de los trabajos citados en las notas anteriores: Manuel Domínguez, *Rafael Barrett*, Asunción, 1910; J. R. Forteza, *Rafael Barrett. Su obra, su prédica, su moral*, Buenos Aires, Ediciones Atlas, 1927; Víctor Massuh, *En torno a Rafael Barrett, una conciencia libre*, Tucumán, Edit. La Raza, 1943; Noel de Lara, *La obra de Rafael Barrett*, Buenos Aires, Ediciones Sol, 1921; Alvaro Yunque, *Rafael Barrett, su vida y su obra*, Buenos Aires, Claridad, 1929. En el N° 101 de la revista *Reconstruir* (1976) de Buenos Aires y en el 27 de *Ruta* (1976) de Caracas, pueden leerse varios artículos acerca de Barrett, con ocasión del centenario de su natalicio. En 1990 se publicó una nueva y más exhaustiva edición de las *Obras Completas* de Rafael Barrett (R. P. Ediciones, Asunción-Paraguay) al cuidado de Miguel Angel Fernández y Francisco Corral. El tomo IV (a cargo de M. A. Fernández) contiene textos inéditos y olvidados.

de esas páginas de negación y de ironías hace bien, conforta, ennoblece, y es que hay en el espíritu de su ironía un fondo afirmativo, una lontananza de idealidad nostálgica, un anhelante sueño de amor, de justicia y de piedad, que resultan más comunicativos y penetrantes así, en el tono de una melancolía sencilla e irónica, que si se envolvieran en acentos de entusiasmo y de fe o de protesta declamatoria y trágica. Su actitud de espectador desengañado, en el teatro del mundo, tiene toda la nobleza del estoicismo, pero con más una vena profunda de caridad».

Vaz Ferreira, el más representativo filósofo del Uruguay, formula, en el tomo tercero de sus *Lecciones de pedagogía y cuestiones de enseñanza*, este juicio que no desdice por cierto del anterior: «Rafael Barrett ha sido una de las apariciones literarias más simpáticas y más nobles. Hombre bueno, honrado y heroico, huésped de un país extranjero, adoptó su «dolor» y su «yo acuso», si cabe más valiente que el otro; tuvo de todos modos el mérito supremo de que ni siquiera podía ofrecerle, sobre todo en aquel momento, esperanzas ni expectativas de gloria. Y fue hombre de pensamiento, de sentimiento y de acción. Es el ejemplo por el cual acostumbro ahora sustituir el de Anatole France, cuando quiero mostrar cómo es posible no ser un espíritu dogmático, tener más bien tendencia a la duda, y aun casi escepticismo a base de sinceridad, y ser, sin embargo, un hombre de acción —y de acción noble y valerosa—, quizás más eficaz y más noble que la de los dogmáticos. Y, como escritor, produciendo en las más tristes e inverosímiles condiciones, en el torbellino del periodismo diario, sin tiempo, sin salud, supo dar a sus producciones una densidad intelectual tan fuerte, y al mismo tiempo un calor tan poderoso de humanidad, que ha conseguido sintetizar una de las más puras y bien ligadas aleaciones de inteligencia y de sentimiento». En su obra *La literatura en la Argentina*, Alvaro Yunque considera a Barrett como el más ilustre representante de la literatura anarquista en esta región de América del Sur.

En su primera juventud no fue Barrett un anarquista militante, pero seguramente simpatizaba con las ideas libertarias, tan vivas y vigorosas durante esos años en la península ibérica. Al llegar a Buenos Aires declaró, como vimos, su admiración por la acción directa ante la insoportable injusticia. Pero fue en Paraguay donde su militancia se manifestó. No sólo publicó allí el mencionado periódico *Germinal* sino que participó inclusive en la Primera Conferencia de Obreros Paraguayos, organizada por la FORP, en la cual «trazó los lineamientos iniciales en relación al problema de la tierra, calando con ello en uno de los puntos neurálgicos del proceso económico nacional: la cuestión agraria»[213]. Su anarquismo, por lo demás, no fue nunca dogmático. Extremadamente agudo e incisivo en la crítica de la sociedad capitalista y burguesa, Barrett se mostraba muy flexible en las fórmulas o programas socialistas a adoptar. No se preocupaba mucho por las disputas internas que dividían a los anarquistas de la época. A diferencia de lo que pasaba con

[213] Darío Salinas, *op. cit.*, p. 375.

otros escritores libertarios, tampoco demostraba una excesiva agresividad contra los marxistas. Pensaba, más bien, que un acuerdo entre las dos grandes corrientes del socialismo internacional, marxista y anarquista, podía asestar el golpe de gracia al sistema capitalista. Por otra parte, no parece haber sido un incondicional creyente en la ciencia, como lo eran no pocos de sus compañeros libertarios, ni buscaba la fundamentación filosófica de su anarquismo en un materialismo mecanicista y determinista al modo de Kropotkin. Como Malatesta, se inclinaba a admitir cierta libertad en la voluntad humana. Y en más de una ocasión parece expresar su acuerdo con una concepción vitalista del mundo, análoga tal vez a la filosofía bergsoniana, que por entonces surgía en Francia y se difundía por Europa. Hay en Barrett una alta valoración de la voluntad que lo acerca al ideario de Baroja, uno de sus contemporáneos. Con éste comparte igualmente el sentido crítico, la ironía acerba, la visión oscura de la realidad. Pero, a diferencia del mismo, esa oscura perspectiva no lo conduce a una desesperanzada resignación sino que desemboca en un acto de fe, en la esperanza de una revolución inminente. Por otra parte, en su estilo, Barrett está más cerca de Valle Inclán que de Baroja.

Poeta libertario, de «violenta tónica social», fue también el paraguayo Leopoldo Ramos Giménez, nacido en 1896, y autor de un poemario titulado *Piras sagradas*. Como sucedió con algunos poetas argentinos, su musa tomó luego rumbos menos combativos y más estetizantes, en *Eros* y *Alas y Sombras*[213 bis].

4— CHILE

En Chile desempeñó el anarquismo un papel menos importante, sin duda, que en Argentina, Uruguay o México. Ese papel, por otra parte, ha sido minimizado o simplemente ocultado, cuando no tergiversado, por la historiografía académica y marxista.

La propaganda anarquista se inició en el país andino durante la década del 80 del pasado siglo, gracias a la literatura llegada de España y, tal vez, de la fronteriza Argentina.

Con razón supone, sin embargo, Max Nettlau que antes de 1890 debió ser débil y esporádica. El mismo historiador menciona, como primer periódico anarquista conocido por él, *El Oprimido*, editado en Santiago, en 1893. Se sabe, por diversas fuentes, que en el seno del Partido Democrático, fundado en 1887, militaba un grupo ideológicamente definido como anarquista[214].

[213 bis] E. Anderson Imbert, *Historia de la literatura hispano-americana* II, México, FCE, 1966, p. 66.
[214] Víctor Alba, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, México, Libreros Mexicanos, 1964, p. 99.

Una serie de pequeños y a veces efímeros periódicos se fue publicando desde los años 90 hasta la época de la primera guerra mundial: *El Acrata, La Rebelión, La Luz, La Revuelta, La Protesta*, etc. Nettlau recuerda asimismo *El Siglo XX*, como órgano de las sociedades de resistencia chilenas; *La Imprenta* y *El Marítimo* de Antofagasta, como voceros de los tipógrafos y los marinos respectivamente[215]. Desde 1912 hasta 1926 salió *La Batalla*[216]. También debe recordarse, como lo hace V. Muñoz, al anotar el trabajo recién citado de Nettlau, la actividad de la Editorial Lux, «animada por la libertaria Luisa Soto», en la cual se publicaron libros de anarquistas europeos (como *Organización, agitación y revolución* de Ricardo Mella) y chilenos (como *Mi palabra anarquista* de Manuel Márquez, y *Rebeldías líricas* de J. Domingo Gómez Rojas). El mismo V. Muñoz refiere que, a partir del 6 de abril de 1918, se publicó en *El Hombre* de Montevideo un trabajo de Juan F. Barrera, de San Felipe, Aconcagua, cuyo título era *Desde Chile-La propaganda anarquista y el movimiento obrero*, breve historia del anarquismo chileno en las dos primeras décadas del siglo XX. El grupo «Libertad» de La Calera publicó asimismo un folleto titulado *Presencia anarquista*, que contenía las biografías de dos activos militantes chilenos: José Domingo Gómez Rojas y Celedonio Arenas Robles[217]. En esta primera época es preciso recordar también, con Vitale, los nombres del mecánico Magno Espinoza, de Luis Olea y de Alejandro Escobar Carvallo, fundadores de varias sociedades de resistencia. González Pacheco menciona al tipógrafo Enrique Arenas, de Iquique, y dice que él era *El Proletario, El Surco* y *El Sembrador*. «Era la editorial anarquista. Esta y él eran solo uno»[218].

Un grupo escindido del Partido Socialista, descontento con el autoritarismo centralista que en éste imperaba, fundó el periódico socialista libertario *La Campaña*[219]. Tampoco faltaron experiencias de colonias anarquistas, algunas de las cuales eran definidamente tolstoianas. En una de ellas convivían artistas, escritores (entre ellos los que editaban *La protesta humana*), comerciantes franceses y hasta un millonario[220].

«Además de la intensa actividad sindical y de base que específicamente desarrolló el anarquismo, corresponde citar diversos grupos de intelectuales que no sólo dejaron impregnar sus escritos con resonancias libertarias, sino que intentaron organizar grupos y comunas que tomaban como modelo lo que en la Rusia de comienzos de siglo había llevado a cabo Tolstoi. En este sentido, una detallada reseña es la que ha dejado Fernando Santiván en sus *Memorias de un tolstoyano* (1955)»[221].

[215] Max Nettlau, «Contribución a la bibliografía anarquista», p. 15.
[216] Max Nettlau, «Viaje libertario a través de la América Latina» en *Reconstruir*, 77, p. 37.
[217] V. Muñoz, Notas a M. Nettlau, «Viaje libertario» en *Reconstruir*, 77, pp. 43-44.
[218] R. González Pacheco, *Carteles* II, Buenos Aires, 1956, p. 134.
[219] Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile*, Santiago, pp. 239-241.
[220] V. Alba, *op. cit.*, p. 99.
[221] David Viñas, *Anarquistas en América Latina*, México, Katan, 1983, p. 165.

La propaganda no se limitaba, por cierto, a la capital, y en todas las regiones del país, desde el helado sur hasta el ardiente desierto norteño, se multiplicaron los centros de propaganda y debate y los órganos de difusión de ideas. En 1911 salió, por ejemplo, en Valparaíso, el periódico ácrata *Luz al Obrero*; en Punta Arenas apareció *Adelante*, órgano de defensa obrera y propaganda libertaria; en el otro extremo del país, *Luz y Vida* en Antofagasta, y *La Agitación* en Estación Dolores (Tarapacá).

Grupos anarquistas promovieron, según parece, la gran huelga de los lancheros de Iquique (luego extendida a Antofagasta, Valparaíso, Concepción, etc.), que concluyó, en julio de 1890, con la matanza de Iquique. A comienzos de 1900 se fundó en Santiago un «Centro de Estudios Sociales Obrero», mientras jóvenes universitarios formaban el grupo «La Revuelta», cuya finalidad era la propagación del ideario anarquista, y en Valparaíso se constituía el grupo «La libertad»[222]. Por entonces visitó Chile, en viaje de agitación y propaganda, el famoso escritor libertario italiano Pedro Gori, residente en Argentina. Y en esa misma época se organizó la «Casa del Pueblo», «que pasó a ser el centro de reuniones del ya proletariado militante y donde convivían, sin beligerancia, los socialistas y los anarquistas»[223].

En 1901 y 1902 los militares chilenos y argentinos, dignos antepasados de los belicistas que en nuestro tiempo se apoderaron del gobierno en ambos países, comenzaron a agitar la cuestión limítrofe, excitaron el estúpido patrioterismo de las masas y se preparaban para una guerra fratricida.

En *La Agitación* quedó bien definida, el 1° de enero de 1902, la posición de los anarquistas chilenos frente a la posibilidad del conflicto bélico: «Los gobernantes, eternos explotadores de la miseria, empiezan a incitaros a la matanza de vuestros hermanos, los trabajadores de la República Argentina... Escuchad: Más allá de los Andes hay unos obreros que sufren nuestras mismas miserias y las mismas tiranías, y que, como nosotros, nada tienen que defender. Ellos no pueden ser vuestros enemigos porque son vuestros hermanos de esclavitud... Obreros chilenos: arrojad a vuestros gobernantes esos rifles asesinos con que se os quiere armar contra vuestros hermanos; que el propietario defienda sus propiedades; que el gobernante defienda sus instituciones políticas»[224]. El mismo mensaje, con casi idénticas palabras, dirigía por entonces *La Protesta* a los obreros argentinos, convocados, a su vez, al asesinato de los chilenos. Quince años más tarde, proclamará lo mismo Flores Magón, dirigiéndose a los trabajadores norteamericanos reclutados para luchar en Europa contra los alemanes.

En 1903 estalló en Valparaíso una huelga de los obreros de la Compañía Sud Americana de vapores, en procura de mejores salarios. La soberbia actitud de los empleadores la prolongó y la tornó violenta. Los trabajadores, sangrientamente reprimidos, incendiaron la sede de la Compañía e intentaron

[222] Luis Heredia M., *El anarquismo en Chile*, México, Ediciones Antorcha 1981, pp. 13-14.
[223] Luis Heredia M., *ibid*, p. 15.
[224] Luis Heredia M., *ibid*, pp. 16-18.

hacer lo mismo con la del periódico *El Mercurio*, ya por entonces acérrimo defensor de los patronos y enemigo de los proletarios. El papel de los anarquistas fue decisivo.

En 1905 tuvo lugar la Semana Roja de Santiago. Se trataba de un movimiento espontáneo de las masas, alentado, sin embargo, por los anarquistas. Un mitin convocado para exigir la derogación del impuesto sobre la carne importada fue atacado con singular violencia por las fuerzas policiales. Se produjo un enfrentamiento y murieron unos doscientos trabajadores. La indignación llegó a tal punto que los ferroviarios y otros gremios proclamaron aquel mismo día la huelga general en toda la república. El gobierno se preparó para defenderse; decretó el estado de sitio; apeló al ejército. Esto no obstante, los trabajadores, con los anarquistas a la cabeza, trataron de tomar el palacio de gobierno. La ciudad quedó en su poder. Pero el Estado no tardó en reaccionar y, frente al proletariado entusiasta y heroico pero carente de armas y de conocimientos tácticos, impuso nuevamente el orden burgués. «Esta huelga fue evidentemente la huelga general revolucionaria preconizada por los anarquistas y sindicalistas revolucionarios; reunió en sí todas las condiciones y aspectos para dar el golpe de muerte al capital gubernamental, pero, la poca experiencia y el poco conocimiento de las doctrinas subversivas facilitó el triunfo gubernativo sobre las aspiraciones populares»[225]. Pese a esta sangrienta represión y a las persecuciones subsecuentes, el movimiento obrero y anarquista mantuvo su combatividad en todos los ámbitos de la geografía chilena. En febrero de 1906 se declaró una huelga general en Antofagasta, provocada por una reivindicación menor de los obreros del ferrocarril a La Paz. En diciembre de 1907 estalló otra huelga entre los salitreros de Iquique, que exigían aumentos de salarios. Los anarquistas estuvieron, como siempre, al frente del movimiento. Los trabajadores manifestaron en la ciudad portuaria y fueron espantosamente asesinados en la plaza de Santa María por las tropas al mando del general Roberto Silva Renard, digno ancestro espiritual del general Pinochet. «Cayeron asesinados por la metralla alrededor de dos mil personas entre obreros, sus mujeres y sus niños, y cayeron sin lucha, masacrados cobarde y alevosamente por un ejército que las propias víctimas alimentaban y vestían con su fatigante y diario trabajo»[226].

La revolución rusa representó en Chile, como en casi toda América Latina, una brillante esperanza para los anarquistas. Vieron en ella el inicio de una nueva sociedad socialista y libertaria, sin clases, sin propiedad privada, sin Estado. Pocos años más tarde, con sus compañeros latinoamericanos y españoles, debieron rectificar su juicio y abandonar sus esperanzas al comprobar el avasallante centralismo, el fin de los soviets (consejos obreros) de los que sólo se conservó el nombre, el surgimiento de la burocracia como nueva clase dominante. A pesar de esto, en Chile, más que en otros países latinoamericanos, las sociedades de resistencia (que poco a poco habían sustituido a las viejas mutualidades) presenciaron una convivencia relativamente pacífica

[225] Luis Heredia M., *ibíd*, p. 23.
[226] Luis Heredia M., *ibíd*, p. 25.

entre anarquistas y marxistas, que hizo posible la colaboración en los movimientos de fuerza. Algunos anarquistas, sin embargo, atacaron sin contemplaciones las ideas y los planes políticos de Luis Emilio Recabarren[227], quien, como queriendo borrar sus juveniles veleidades libertarias, no dejó de criticar, a su vez, aunque con muy frágiles argumentos (que frecuentemente lindan con el sofisma), las posiciones anarquistas. Baste como ejemplo este intento de demostrar que los anarquistas son conservadores (!) y dogmáticos, por el simple hecho de que se niegan a modificar su declaración de principios: «Habéis confeccionado, hace años ya, una declaración de principios que ostenta en su frente la organización obrera. Hoy la traéis de nuevo aquí como una fruta virgen, queriendo conservarla así, intacta, íntegra, y con aspecto rebelde impedir que pueda ser estuprada. Es decir: sois conservadores que queréis conservar la tradición, la propiedad hereditaria de esa pieza, revelando con ello que sois tan conservadores como los dogmáticos católicos, y que os oponéis hasta a las reformas naturales de la obra que los tiempos se encargan de producir»[228].

Anarquistas y anarcosindicalistas nada tuvieron que ver con la fundación de la «Federación Obrera Chilena» (FOCH), obra de reformistas y moderados. Se opusieron igualmente, ya desde comienzos de siglo, a todo intento de canalizar la lucha proletaria en un partido político. Como los anarquistas argentinos de la época, se enfrentaron al Partido Socialista y consideraron no sólo inútil sino directamente perjudicial la acción legislativa de dicho partido, fundado en Chile en 1912. En el mismo año en que la FOCH celebró su tercer congreso, esto es, en 1919, reunieron los anarconsindicalistas el primer congreso de la IWW, central obrera fundada a imagen y semejanza de su homónima norteamericana, la cual ejerció gran influencia en el proletariado chileno a través de marineros y obreros portuarios. J. Fanny Simon (citada por D. Viñas) escribe: «Hasta 1919 no encontramos una central obrera de alcance nacional que sea de tendencia anarco-sindicalista. Esta fue la IWW, prototipo de la organización del mismo nombre en los Estados Unidos. En su primer congreso, en diciembre de 1919, adoptó las mismas tácticas que su contraparte estadounidense —a saber, la huelga, el boicot y el sabotaje—. Se enorgullecía de ser una organización revolucionaria, cuyos objetivos incluían la lucha contra 'el capital, el gobierno y la Iglesia'». Y añade enseguida la mencionada autora: «La IWW se embarcó en el trabajo militante hasta 1925 y fue especialmente activa entre los obreros marítimos de Iquique, Valparaíso y Antofagasta. Organizó sindicatos de panaderos, albañiles, zapateros y municionistas»[229]. Luis Heredia, por su parte, dice: «La IWW, logró encauzar el disperso movimiento y asumir en todo momento una actitud combativa frente al capitalismo y al Estado. Hizo una estrecha alianza con la Fe-

[227] Cfr. César Jobet, *Luis Emilio Recabarren: los orígenes del movimiento obrero y del socialismo chileno*, Santiago, Editorial Prensa Latinoamericana, 1955.
[228] David Viñas, *op. cit.*, p. 168.
[229] David Viñas, *ibid.*, p. 163.

deración de Estudiantes, la dinámica y peleadora Federación de Estudiantes de aquellos memorables tiempos, y juntas realizaron grandes agitaciones y una vasta labor de cultura revolucionaria»[230]. Una similar alianza obrero-estudiantil se había logrado en la Argentina, a partir del movimiento de la Reforma Universitaria de Córdoba, en 1918, pero más parcialmente, y sólo gracias a la acción de unos pocos estudiantes anarquistas, como Juan Lazarte. Atemorizado por el ímpetu de la conjunción obrero-estudiantil de signo libertario, el gobierno chileno inició en 1920 una severa represión. Inventó, como dice Heredia, una invasión de tropas peruanas por el norte (eterno recurso del nacionalismo y de la reacción militarista), para justificar sus planes contra los trabajadores. (Casi al mismo tiempo el coronel Varela y sus congéneres llamaban a los huelguistas de la Patagonia agentes del gobierno chileno). «Bandas arrolladoras de calurosos y elegantes patriotas asaltaron en pleno día, a la una de la tarde, la Federación de Estudiantes, saquearon el lugar y quemaron en la calle, pleno centro de Santiago, su biblioteca. Luego se envolvió en un proceso larguísimo a los estudiantes que defendieron un momento el local y se arrastró al mismo proceso a más de un centenar de obreros. El poeta Gómez Rojas, preso por los mismos hechos y sin otro delito que pulsar su lira rebelde, perdió la razón y fue a morir al manicomio de Santiago»[231]. Hazañas similares cumplieron en Buenos Aires, como hemos dicho, los gomosos pre-fascistas de la Liga Patriótica durante la Semana Trágica de 1919[232].

Tanto la IWW como la Federación de Estudiantes lograron sobreponerse a la dura represión iniciada durante el gobierno de Sanfuentes y continuada en el siguiente periodo liberal. A partir de la convención realizada por los socialistas en Rancagua, el 25 de diciembre de 1921, en la cual la FOCH adhirió a la Internacional Sindical Roja, al Partido Socialista, llamado desde aquel momento Partido Comunista, y a la Tercera Internacional, se acentuó la rivalidad ideológica de estas formaciones marxistas con los anarcosindicalistas de la IWW. Ello no impidió, sin embargo, la prosecución de la lucha sindical con objetivos concretos comunes.

Tanto anarquistas como comunistas debieron resistir no sólo los embates de la policía y del ejército sino también las agresiones de la Asociación del Trabajo, organizada por empresarios filofascistas bajo las órdenes del capitán Caballero[233].

Todas las centrales obreras y los partidos políticos de izquierda se opusieron al gobierno cívico-militar surgido del golpe reaccionario del 5 de septiembre de 1924. Pero, cuando la juventud militar inició, el 25 de enero del año siguiente, un movimiento restaurador, el partido comunista y la FOCH (dominada por los comunistas) no tardaron en adherir a él, con la esperanza de lograr una participación en el gobierno. En cambio, las organizaciones

[230] Luis Heredia M., *op. cit.*, pp. 31-32; J. Godio, *op. cit.*, 1 p. 254.
[231] Luis Heredia M., *op. cit.*, p. 33.
[232] Cfr. Nicolás Babini, *op. cit.*; Diego Abad de Santillán, *La FORA*, pp. 243 sgs.
[233] Luis Heredia M., *op. cit.*, pp. 34-36.

anarquistas y anarco-sindicalistas, la IWW, la FORCH y los Centros de Estudios Sociales, mantuvieron su posición inicial frente al gobierno y declararon que, aun cuando los oficiales jóvenes intentaran retrotraer el golpe de 1924 a sus orígenes, eso no significaba que se debiera confiar en ellos[234]. En 1925 se produjo en Santiago de Chile una huelga de inquilinos, promovida en buena parte por los anarquistas y análoga a la que se había dado en Buenos Aires en 1907[235]. El gobierno chileno creó entonces Tribunales de Vivienda con el objeto de solucionar las diferencias entre propietarios e inquilinos. Los comunistas aceptaron la medida conciliatoria; los anarco-sindicalistas se opusieron a ella, considerándola una maniobra gubernamental para acabar con el movimiento huelguístico. En enero de 1927 estalló la huelga general en Santiago y en la ciudad portuaria de Valparaíso. En febrero, el general Ibáñez insurgió contra el presidente Alessandri Palma e instauró la dictadura. La ya deteriorada situación económica continuó empeorando. La crisis de 1929 arrastró al propio gobierno. En 1930, había en Chile 2.620 latifundios que abarcaban el 78% del suelo cultivable; la exportación de minerales se había reducido a cero. En 1934, la mortalidad infantil llegaba al 262 por mil, con lo cual pasaba a ser la más elevada del mundo. El promedio de vida de la población alcanzaba apenas los 23 años. La situación de miseria que durante la década del treinta llegó a condiciones pavorosas suscitó una serie de reacciones sindicales y políticas. En 1931 se fundó la «Confederación de Trabajadores de Chile» (CTCH), dirigida por socialistas y comunistas. En 1932, el coronel Marmaduke Grove proclamó una república socialista que, significativamente, decía tener como primer propósito el de «alimentar, vestir y domiciliar al pueblo». El régimen duró apenas doce días[236].

Los anarquistas no participaron en la fundación de la CTCH ni mucho menos en el Frente Popular que esta central promovió junto con el Partido Comunista. Habían fundado en 1925 una Federación Sindical que tenía sus baluartes en el norte de la República y que fue prácticamente destruida por la dictadura de Ibáñez[237]. Sus más activos militantes fueron deportados a Más Afuera y Aysen, así como los anarquistas argentinos de la FORA lo serían muy pronto, en 1930, a Usuhaia, en Tierra del Fuego. Pero, acabada la dictadura, en 1931, grupos anarcosindicalistas fundaron la «Confederación General de Trabajadores» (CGT) que, como dice J. Fanny Simon, estaba estructuralmente más próxima a la FORA argentina que a la antigua IWW, en cuanto adoptó la federación regional en vez de la industria como unidad básica de organización. La CGT reunió cinco congresos nacionales, desde 1933 en adelante, pero su influencia fue disminuyendo ante la proliferación de los sindicatos reformistas y el indudable avance de la central marxista, apoyada en los recursos del partido comunista. Las organizaciones anarco-

[234] Luis Heredia M., *ibíd.*, pp. 38-43.
[235] Cfr. *La Protesta*, Buenos Aires, N° 1136.
[236] Carlos Rama, *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano*, Barcelona, Laia, 1976, p. 104.
[237] Lagos Valenzuela, *Bosquejo histórico del movimiento obrero en Chile*, pp. 60-61. (cit. por Víctor Alba).

sindicalistas que sobrevivieron, tanto en Chile como en Argentina, a las dictaduras (de Ibáñez y Uriburu respectivamente), debilitadas y privadas de muchos de sus mejores militantes, fueron cediendo terreno, durante la década del 30 y del 40, ante otras, inspiradas en ideologías diversas. En Argentina fue el peronismo (fascismo demagógico), con su ideal corporativista («la comunidad organizada») el que sucedió al anarcosindicalismo, sustituyendo a la FORA por la nueva CGT En Chile el proceso fue un poco más complejo, pero puede decirse que la CGT anarcosindicalista fue reemplazada por diversas formaciones marxistas o democristianas[238].

Si el anarquismo no fue nunca en Chile tan pujante como en otros países latinoamericanos, ello se debe en primer lugar al aislamiento geográfico del país (arrinconado entre la cordillera y el océano) y a su mayor alejamiento de los grandes centros del anarquismo europeo, que se vinculaban directamente, a través del Atlántico, con México, Brasil, Uruguay, Argentina, etc.; en segundo lugar, a la inmigración europea relativamente escasa, si se la compara con la que llegó a Brasil, Uruguay y Argentina; en tercer lugar a la industrialización relativamente tardía, en relación con la de México, Argentina o Brasil[239].

A las mutualidades obreras, florecientes ya (como en Uruguay o en México) durante la década del 70 del pasado siglo, le siguieron en Chile las sociedades de resistencia, fundadas y animadas por anarquistas, que empezaron a multiplicarse a comienzos del siglo *XX*. Estas sociedades encuentran luego una seria competencia en las «mancomunales», sindicatos organizados territorialmente y no por oficios, que luchan por el logro de mejoras salariales y reivindicaciones inmediatas y están en manos de sectores ideológicamente moderados, aunque más tarde sean sustituidos por elementos marxistas. De hecho, las mancomunales, dominadas ya por los socialistas, ingresarán en la FOCH, cuyo tercer congreso, en 1919, consagra el triunfo de la ideología marxista dentro del movimiento obrero chileno. Uno de los secretos del éxito del Partido Socialista, fundado por Recabarren en Iquique, en 1912 según dijimos, consistió en saber capitalizar el inconformismo de muchos trabajadores y pequeños burgueses que eran moderadamente demócratas, a los cuales asustaba el principismo revolucionario de la IWW anarcosindicalista, sólo apto para movilizar a los idealistas o a las capas más sumergidas y explotadas de la clase obrera. Sin embargo, la ideología anarquista había penetrado en los militantes obreros lo bastante hondo como para conseguir que en la «Declaración de Principios», aprobada por la convención de la FOCH en 1919, ya definitivamente marxista, se dijera todavía que: «Abolido el sistema capitalista, será reemplazado por la *Federación Obrera*», y no por el *Estado obrero* o por la *dictadura del proletariado*.

También en Chile la ideología anarquista se abrió camino entre poetas y

[238] Cfr. Jorge Barría Cerón, *Breve historia del sindicalismo chileno*, Santiago, Insora, 1967.
[239] Cfr. B. Herrick, *Urban Migration and Economic Development in Chile*, Cambridge, Mass., 1965.

escritores, desde los años finales del siglo *XIX*. Hasta Pablo Neruda se vio afectado por ella en su juventud, aunque el hecho resulte inverosímil para quienes hayan leído su lamentable oda a Stalin. Hubo también en el país andino buena floración de escritores influidos por el socialismo utópico, desde fines de la quinta década del pasado siglo. Pero, a diferencia de lo que sucedió en el Río de la Plata, el socialismo utópico se vincula en Chile, como bien ha señalado Carlos Rama, «a la incipiente lucha de clases y es tal vez el único que recluta entre sus adherentes a integrantes de las clases trabajadoras (especialmente entre el artesanado y los 'maestros' obreros de Santiago de Chile y otras ciudades)»[240]. Las dos principales figuras de este momento, que se centró en el club socialista «Sociedad de la Igualdad» (fundado en 1850), fueron Santiago Arcos Arlegui y Francisco Bilbao, traductor de *La esclavitud moderna* de Lamennais y autor de *Sociabilidad chilena*, libro condenado por inmoral y blasfemo a ser quemado por mano del verdugo. El primero de ellos vinculaba ideas de un liberalismo radical con sus lecturas de Saint-Simon, Fourier, Considerant y Enfantin[241]. El segundo, que fue el más original y brillante pensador chileno del siglo XIX, se inclinaba hacia una especie de socialismo cristiano, que era sin embargo violentamente antieclesiástico y anticlerical, en el cual un misticismo social basado en el Evangelio enfrentaba no sólo la ideología conservadora de la clase dominante sino también el dogma católico, considerado como sustentáculo de dicha ideología[242].

Entre los poetas chilenos surgidos desde la última década del siglo pasado, algunos fueron anarquistas sólo durante un momento de su vida literaria, como sucedió en la Argentina: Víctor Domingo Silva, autor de un celebrado canto de combate, *La Nueva Marsellesa*, recitada ante una multitud de huelguistas en el puerto de Valparaíso; Antonio Bórquez Solar, que compuso poesías tales como *Los pobres* (incluida en el volumen *Campo lírico*) y *Los huelguistas* (elogiada por el socialista argentino Manuel Ugarte, en *Las nuevas tendencias literarias*-Buenos Aires-1908); Carlos Pezoa Véliz, especie de Carriego transandino, que publicó poemas como *El organillo, Alma chilena, Pablo y Tomás*; Carlos R. Moncada y Alfredo Guillermo Bravo, que cultivaron fugazmente la poesía acrática y pronto se olvidaron de ella; J. Domingo Gómez Rojas, cuyo opúsculo *Rebeldías líricas* (1913), antes mencionado, fue después repudiado por él mismo; Manuel Rojas, nacido en Buenos Aires de padres chilenos, quien trocó pronto la lira libertaria por una poesía delicada y de cuidadas formas[243]. Por otra parte hubo también poetas que nacieron

[240] C. Rama, *Utopismo socialista (1830-1893)*, ed. cit., p. XXXIX.
[241] Cfr. J. César Jobet, *Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad*, Santiago, Cultura 1942.
[242] Cfr. Ricardo Donoso, *Bilbao y su tiempo*, Santiago, 1923. Una edición reciente de la obra de Bilbao está recogida en el volumen *El Evangelio americano*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1988.
[243] Julio Molina Núñez-Juan Agustín Araya, *Selva lírica. Estudios sobre los poetas chilenos*, Santiago, Imp. y Lit. Universo, 1917, pp. 470-471.

ácratas y nunca abandonaron sus ideales. «Estos hombres visten generalmente la blusa del proletario y trabajan ya en las pampas del Norte, ya en las hulleras del Sur, ya en las fábricas, ya en las linotipias de los diarios metropolitanos o en las cajas de cualquier oscuro periódico de provincia. Algunos usan melenas desgreñadas y sueltos corbatines rojos. Son estudiosos, son conscientes. Azuzan y arrastran a las masas populares cuando se trata de contener los avances de la burguesía arrivista, las inhumanas explotaciones del Capital, o los excesos de los poderes oligárquicos. En los mítines, sus versos agresivos y fustigadores suelen provocar acusaciones sórdidas y estallidos de tormenta». Así los caracterizan dos críticos chilenos de la época[244], que mencionan entre ellos los siguientes nombres: Magno Espinoza (que ya nombramos antes); Luis Olea, uno de los promotores de la huelga de 1905, el cual, en el periódico en verso *El Cantor del Pueblo* (Coquimbo-1908), dio a conocer un soneto «que es un latigazo a la fuerza armada»; Alejandro Escobar y Carvallo, algunas de cuyas composiciones figuran en las *Poesías Acratas*, publicadas por P. Solís Rojas, junto a otras de Luis Olea, Luis E. Recabarren, Magno Espinoza y Marcial Cabrera Guerra; Eduardo Gentoso, autor de versos «democráticos y batalladores»; Francisco Pezoa, «el más representativo» de los poetas libertarios de su época, activo militante durante muchos años en el movimiento social chileno, hombre de vasta cultura, traductor del francés, del ingles y del italiano, «autor de más de trescientos manifiestos y proclamas», infatigable conferenciante en Ateneos y Centros Obreros, cuyos estudios versan sobre anarquismo, socialismo, neo-malthusianismo, etc., colaborador de *El Rebelde, La Protesta, El Productor, Luz y Vida* y otros periódicos anarquistas chilenos desde 1895[245]. «En Iquique alguien editó un *Cancionero Revolucionario* con versos selectos de Pezoa. Por él se ve que la poesía roja es un matiz de la poesía popular. Estos versos de Pezoa se cantan generalmente adaptándolos a la música de las canciones populares. Las mejores composiciones poéticas de Pezoa son *El Ladrón, Anarkos, De vuelta del mitin, Canto de venganza*. Esta última se ha divulgado con el nombre de *La Pampa* y con música de *La Ausencia*, al extremo de ser cantada en los movimientos obreros de Chile, Argentina y Uruguay. En las pampas argentinas, en las salitreras, en las minas de Bolivia y en las obras del Canal de Panamá, han vibrado en gargantas estremecidas por el dolor las estrofas de este anarko, a la vez poeta doctrinario y cancionista»[246]. Una especie de anarquismo tolstoiano hallamos en las novelas y poemas de Pedro Prado (*La casa abandonada; La reina de Rapa Nui, etc.)*[246 bis].

Teatro libertario hizo Antonio Acevedo Hernández, autor de dramas agrarios: *En el rancho, La puñalada, El inquilino*; ideológicos: *El dueño, El Salmo de la Vida*; suburbanos: *Almas perdidas, Carcoma, María Luisa*, etc., además de la arenga antibélica, *Por la patria*[247]. Tal vez haya que mencionar

[244] *Ibíd.*, p. 471.
[245] *Ibíd.*, pp. 471-472.
[246] *Ibíd.*, p. 472.
[246 bis] E. Anderson Imbert, *op. cit.*, pp. 118-119.
[247] Julio Molina Núñez-Juan Agustín Araya, *op. cit.*, p. 472.

también la refutación del anarquismo emprendida por los positivistas, los cuales el 15 de diciembre de 1903 publicaron en Santiago un folleto de Juan Enrique Lagarrigue, *Breves observaciones a los anarquistas*. Fernando Santiván (cuyo verdadero apellido era Santibañez), autor de cuentos como *Palpitaciones de vida*, y novelas, como *La hechizada* y *Confesiones de Enrique Samaniego*, escribió *Memorias de un tolstoyano*, donde narra sus propias experiencias en el intento que hizo, junto con Prado, D'Halmar y Magallanes Moure, de fundar una colonia tolstoiana (a la que antes hemos aludido)[247 bis].

5— BOLIVIA

Diversos sindicatos y sociedades de resistencia se unieron en Bolivia para fundar primero, en 1908, la Federación Obrera Local de La Paz, y poco después, en 1912, la Federación Obrera Internacional (FOI). La ideología anarquista predominaba en esta última ampliamente, según se puede inferir del simple hecho de que adoptara como símbolo la bandera rojinegra.

Como órgano de la Federación Local había aparecido en La Paz el periódico *Luz y Verdad*. La FOI, a su vez, publicó *Defensa Obrera*. También en ciudades del interior surgieron desde la primera década del siglo XX diferentes publicaciones anarquistas o semi-anarquistas. Ya en 1906 se editaba *La Aurora Social* en Tupiza. *Verbo Rojo* salía en Potosí; *El Proletario*, en Cochabamba; *La Federación*, en Santa Cruz de la Sierra[248].

«El 1° de mayo de 1912 los sindicatos de trabajadores y las hermandades de artesanos de La Paz tuvieron éxito al organizar el primer desfile del Día del Trabajo en Bolivia, y poco tiempo después reemplazaron a la difunta Federación Obrera de La Paz, que a diferencia de su predecesora, estaba originalmente compuesta por un nuevo tipo de modernos sindicatos, y como consecuencia, la Federación adoptó decididamente un tono de conciencia de clase y evitó verse envuelta con los partidos políticos existentes. La Federación Obrera Internacional, llegó a fundar en Bolivia el primer periódico reconocidamente obrero, *Defensa Obrera*, que pronto inició una campaña para lograr el día laboral de ocho horas, y circunstancialmente atacaba en sus columnas a las altas clases intelectuales como Franz Tamayo y Tomás Manuel Elío»[249]. En 1918 la Federación Obrera Internacional dejó lugar a una nueva organización, la Federación Obrera del Trabajo (FOT), en la cual empezaron a predominar las ideas marxistas, llegadas sobre todo de Chile. Una serie

[247 bis] E. Anderson Imbert, *op. cit.*, pp. 122-123.

[248] Alberto Pla, *Los orígenes del movimiento obrero en América Latina*, Caracas, 1978, (mimeografiado) p. 34. Zulema Lehm A.-Silvia Rivera C., *Los artesanos libertarios y la ética del trabajo*, La Paz, 1988, pp. 22-23.

[249] Herbert Klein, *Orígenes de la Revolución nacional boliviana*, La Paz, 1968 (citado por C. Llobet Tavolara).

de huelgas estallaron a partir de ese año. Incitados principalmente por los anarcosindicalistas o grupos afines, los mineros de Huanuni lograron, en 1919, tras dura lucha contra Patiño, barón del estaño, la jornada de ocho horas. En 1920 se produjeron asimismo, no sin intervención de los anarquistas, huelgas generales de los ferroviarios y de los telegrafistas. En 1923, tras una manifestación de protesta en favor de los detenidos durante el desfile del 1° de mayo, los mineros de Uncía fueron masacrados por tropas del gobierno. Y esta masacre fue «el primer eslabón de lo que sería una cadena impresionante de sacrificio y de muerte entre el proletariado minero»[250]. La prueba de que el anarcosindicalismo seguía teniendo mucha fuerza en el movimiento obrero boliviano durante la década del 20 está en el hecho de que, cuando en el Tercer Congreso Nacional de Trabajadores, reunido en 1927, los comunistas propusieron la afiliación de la central boliviana a la Tercera Internacional, la moción fue derrotada por los anarcosindicalistas.

En 1923 se constituyó, al margen de los sindicatos, el primer grupo específico del anarquismo en La Paz. Llevaba por nombre «La Antorcha», y «estaba animado por Luis Cusicanqui, Jacinto Centellas y Domitila Pareja, quienes junto con otros trabajadores, conformaron un activo núcleo de propagandistas que contribuyeron enormemente al arraigo del pensamiento anarquista en la ciudad de La Paz»[250 bis]

Dice Guillermo Lora, en su *Historia del movimiento obrero boliviano* (citado por Viñas): «Después de la ruptura del Centro Obrero Libertario, producida el año 1923, una parte estructuró la agrupación anarquista «Despertar», igualmente anarquista y que estaba formado por siete elementos: Luis Cusicanqui, Desiderio Osuna, el español Nicolás Mantilla (Rusiñol), Carlos Calderón, Jacinto Centellas, Guillermo Palacios y la valiosísima luchadora Domitila Pareja, émula —según los libertarios— de la marxista Angélica Ascui. El cerebro de la «La Antorcha» era indiscutiblemente Nicolás Mantilla. La mayor parte de los demás miembros concluyeron en la trinchera opuesta (Osuna no tuvo el menor reparo en ser jefe de la Policía Urbana durante la contrarrevolución que siguió al 21 de julio de 1946); otros ofrendaron sus energías y hasta sus existencias a su ideal. Hemos conocido y admirado a Luis Cusicanqui; habitaba una covacha y, a pesar de su avanzada edad, seguía ganando el sustento de su humilde familia con su trabajo de mecánico. Este honestísimo luchador, corto de piernas, macizo, hecho de una sola pieza, con su cuello de toro altiplánico y su tez acentuadamente morena, seguía manteniendo en alto su fe en la doctrina que dio sentido a su juventud. En el centro «Despertar» quedaban aún algunos marxistas, Santiago Osuna, por ejemplo. Había en su seno más tolerancia y desde un comienzo mostraron su inclinación hacia el anarcosindicalismo. En esa época circula *La Tea*, órgano del círculo del mismo nombre, dirigida por Desiderio Osuna

[250] Cayetano Llobet Tavolara, «Apuntes para una historia del movimiento obrero en Bolivia», en Pablo González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina* 3, México, 1984, p. 319.

[250 bis] Zulema Lehm A.-Silvia Rivera C., *op. cit.*, p. 26.

e impresa en la Argentina, pero no pasó del tercer número». Dice Silva Rivera: «Para 1926 los núcleos de propaganda anarquista se habían multiplicado y extendido geográficamente. Así, en La Paz funcionaban, además de los tres ya mencionados («Despertar», «Redención», y «La Antorcha»), la Agrupación Comunista Anárquica «Sembrando Ideas» y el grupo «Brazo y Cerebro»; en Oruro, el Centro Obrero Internacional, y en Sucre la escuela Ferrer Guardia»[251].

Esbozando el desarrollo de la Federación Obrera Local de La Paz, dice Lora: «El año 1926 los anarquistas decidieron organizar la Federación Obrera Local de La Paz, para oponerse a la FOT y repudiaron, posteriormente, las conclusiones del Tercer Congreso de Oruro, que estuvo casi íntegramente controlado por los marxistas. Ni duda cabe que la FOL pretendió ser una central nacional. Sin embargo, el anarquismo sólo logró controlar completamente dos organizaciones de masa: la FOL paceña y la FOT de Oruro; en los demás distritos se manifiesta a través de pequeños círculos y sus militantes trabajaban en las diversas federaciones. Hablando con exactitud, se debe decir que los anarquistas formaron oposiciones sindicales en los organismos mencionados. La FOL se estructuró teniendo como base varios sindicatos; aseguran que fueron 38, y el grupo «Despertar»; debe advertirse que el círculo «La Antorcha» no llegó a adherirse a dicho organismo. Entre las entidades fundadoras se cuentan: la «Unión de Trabajadores en Madera», que tanta importancia tuvo en la agitación alrededor de la consigna de la jornada de ocho horas; el Sindicato de Albañiles; el de Sastres; los trabajadores de la fábrica de fósforos y el grupo «Despertar». Posteriormente se adhirieron los sindicatos de la fábrica de cartones y el textil «Said». El último informe nos ha sido proporcionado por Jorge Moisés. Los anteriores datos demuestran que la Federación Obrera Local fue una organización de masas de primerísima importancia y en cierto momento adquirió mayor volumen que la misma FOL paceña. Desiderio Osuna fue su primer Secretario General, después de haber vencido a Fournarakis en las elecciones que se realizaron en un localito situado en la calle Sajama. Fournarakis era un anarquista argentino que trabajaba en la fábrica de fósforos. Más tarde, cuando aumentó el número de adherentes, la sede de la FOL se trasladó a la avenida Pando. En este periodo, el de mayor auge del anarquismo y que se prolonga hasta 1932, la FOL concitó el interés de los organizadores internacionales. Las organizaciones ácratas fueron, en gran medida, obra de extranjeros y entre estos es obligado mencionar a los siguientes: Fournarakis, militante de la FORA, llegó como desterrado; el zapatero chileno Armando Treviño, miembro de la IWW, los peruanos Francisco Gamarra, Navarro y Paulino Aguilar, este último fue confinado al noreste y de allí huyó al Brasil; el español Nicolás Mantilla, cuyo seudónimo de combate era Rusiñol; el mexicano Renejel, que estuvo por el año 1928; el argentino Huerta». El 29 de julio de 1929 —refiere el mismo

[251] *Ibid.*, p. 27.

Lora— fue detenido Cusicanqui, lo cual ocasionó enseguida una manifestación de protesta, violentamente reprimida. La FOL informaba por entonces a la ACAT, central latinoamericana anarcosindicalista a la cual estaba adherida, que además se hallaban prófugos los compañeros Miguel Rodríguez, Jacinto Centellas y Modesto Escobar, perseguidos por el solo delito de haber escrito un manifiesto en *La Voz del Campesino*, que el local de la FOL estaba bajo custodia policial y que los grupos anarquistas «La Antorcha» y «Luz y Verdad» habían entrado en receso. Cusicanqui, confinado junto con su compañera Ricarda Dalence, en Comi, provincia Murillo, volvió a la Paz en 1930.

En ese mismo año, un nuevo Congreso Nacional de Trabajadores dio origen a la «Confederación Obrera Regional Boliviana», que contó con el aliento y la ayuda moral de la FORA y del movimiento anarcosindicalista argentino. Una prueba de ello podría encontrarse en el hecho de que su órgano oficial llevara el nombre del famoso y ya longevo periódico anarquista de Buenos Aires: *La Protesta*. El órgano del anarcosindicalismo boliviano no tuvo, sin embargo, larga duración, y dejó de aparecer en julio de 1932, «a causa probablemente de la guerra del Chaco»[251 bis]. Ismael Martí comunicó a Max Nettlau, en 1931, el proyecto de traducir diversas obras anarquistas al quechua y al aymara, las dos grandes lenguas indígenas de Bolivia, pero también este proyecto fue frustrado por el estallido de la guerra. Sabemos, por otra parte, que entre los militantes anarquistas que hablaban dichas lenguas no faltaron algunos, como Cusicanqui, que expresaron sus ideas en ellas y dejaron artículos dirigidos al pueblo indio que ignora o conoce mal el castellano. En 1940 hubo un intento de reorganización de la FOL y se nombró secretario general al mismo Cusicanqui. En 1946 se organizan varios sindicatos campesinos y un Núcleo de Capacitación Sindical Libertario[252].

Cuando en 1952 se produjo la revolución del MNR, había aún en Bolivia varios grupos anarcosindicalistas, dos de los cuales, la Federación Sindical Local y la Federación Agraria Local de La Paz se resistieron a la integración forzada en la COB (estrechamente vinculada al gobierno y al partido gobernante), aunque al fin fueron absorbidos por ella[252 bis]. Aun cuando, a partir de ese año, el anarquismo no ha tenido casi ninguna expresión institucional en Bolivia (con excepción de algunos grupos culturales como el que funcionó en Tupiza), es importante hacer notar que entre los mineros (que conforman, sin duda, el sector más combativo del proletariado) existe una vigorosa corriente, inmune a la seducción de todos los partidos de izquierda, cuya estrategia e ideología, caracterizada a veces como «sindicalismo revolucionario», muy poco se diferencian de las del anarcosindicalismo, aunque este término no se mencione.

251 bis Max Nettlau, «Viaje libertario a través de América Latina», en *Reconstruir*, 77, p. 39.
252 Zulema Lehm A.-Silvia Rivera C., *op. cit.*, p. 84.
252 bis Robert Alexander, *The Bolivian National Revolution*, New Jersey, Rutgers University Press, 1958, pp. 239-241. (cit. por V. Alba). Cfr. Zulema Lehm A.-Silvia Rivera C., *op. cit.*, pp. 79-101.

Entre los escritores anarquistas o que se inclinaron a posiciones libertarias pueden mencionarse en Bolivia a Jorge Moisés y Nicolás Mantilla, que ya han sido nombrados, a Luciano Vértiz Blanco, Rigoberto Rivera y los colaboradores del semanario *Humanidad*, que en 1928 aparecía como órgano de la FOL: Salustiano Lafuente, Guillermo Maceda (Rodolfo Mir), Arturo Borda (Calibán), Santiago Osuna (Juan Pueblo), Luis Salvatierra (W. Luiziel), Desiderio Osuna (Rebelde) y Ramón Iturri Jurado (Tomás Katari)[253].

6— PERU

Socialismo utópico, marxismo y anarquismo se asocian en Perú con tres figuras relevantes de la historia literaria: Flora Tristán, José Carlos Mariátegui y Manuel González Prada. De los primeros no corresponde hablar aquí, pero no quisiéramos ocuparnos del tercero sin antes recordar que el feminismo de Flora Tristán[254] se inspiró en los escritos del protoanarquista William Godwin[255] y de su mujer, Mary Wollstonecraft[256], y que el proyecto de la Unión Universal de Trabajadores presentado por aquélla coincidía con el de su contemporáneo, el anarco-comunista Joseph Déjacque[257]. Tampoco

[253] D. Viñas, *op. cit.*, p. 145.

[254] Sobre Flora Tristán, pueden leerse: J. Bealen, *Flora Tristán: feminismo y socialismo en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 1973; D. Desanti, *Flora Tristán: Vie et oeuvres melées*, Paris, 1973; J. L. Puech, *La vie et l'oeuvre de Flora Tristán*, Paris, Riviere, 1925; C. Freire de Jaimes, «Flora Tristán», *El Correo del Perú*, julio de 1875; J. Basadre, «Al margen de un libro olvidado», *Boletín Bibliográfico de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos*, 2-3, 1932; F. Cossío del Pomar, *El hechizo de Gauguin*, Santiago, 1939; A. Tamayo Vargas, *Dos rebeldes*, Lima, 1946. La obra principal de Flora Tristán, *Peregrinaciones de una paria*, apareció en francés en 1838 y, traducida al español por Emilia Romero, con notas de Jorge Basadre, se publicó en Lima en 1946. La mejor biografía de Flora Tristán es tal vez la de Luis Alberto Sánchez: *Una mujer sola contra el mundo*.

[255] Sobre William Godwin la obra más conocida es la de H. N. Brailsford, *Shelley, Godwin y su círculo*, México, F.C.E., 1942. También pueden consultarse: B. Cano Ruiz, *William Godwin (Su vida y su obra)*, México, Editorial Ideas, 1977; J. A. Sabrosky, *From Rationality to Liberation*, Westport, 1979 y D. A. Santillán, *William Godwin y su obra acerca de la justicia política*, ensayo introductorio a la versión española (realizada por Jacobo Prince) de la principal obra del filósofo ingles: *Investigación acerca de la justicia política*, Buenos Aires, Americalee, 1945.

[256] Mary Wollstonecraft escribió *A Vindication of the Rights of Women* (1792), obra que la constituye en la primera feminista de la edad moderna. Esto explica el renovado interés que hay en nuestros días por su vida y sus ideas, de lo cual son pruebas los diversos libros escritos sobre ella durante las últimas décadas, como, por ejemplo: M. George, *One Woman's Situation* (1970); E. Flexner, *Mary Wollstonecraft* (1972); C. Tomalin, *The Life and Death of Mary Wollstonecraft* (1975), etc.

[257] Joseph Déjacque fue autor de *L'Humanisphere-Utopie Anarchisque*, obra aparecida en las páginas del periódico *La Libertaire* de Nueva York, en 1858, y, mucho más tarde, en 1899, en uno de los volúmenes de la *Bibliotheque des Temps Nouveaux* de Bruselas, dirigida por Eliseo Reclus. Traducida al castellano, salió en la colección *Los Utopistas*, que publicaba *La Protesta* de Buenos Aires, en 1927, con prefacios de Eliseo Reclus y Max Nettlau.
Sobre Déjacque puede leerse: Max Nettlau, *La anarquía a través de los tiempos*, Barcelona, Amigos del libro 1935; Angel J. Cappelletti, *El socialismo utópico*, Rosario - Argentina, 1968, cap. V.

podríamos dejar de señalar la influencia del propio González Prada sobre Mariátegui[258], y la pervivencia en éste de cierto agrarismo indigenista, centrado en el «ayllu»[258 bis], y coincidente en parte con las ideas de González Prada y de Flores Magón (coincidencia que los críticos leninistas no dejan de echarle en cara, calificándola de idealismo romántico)[259]. Pero, antes de ocuparnos de González Prada se hace necesario tratar del movimiento anarquista y anarcosindicalista en el Perú.

En los últimos años del siglo XIX se organizaron los primeros sindicatos obreros, en los cuales se puede advertir una orientación anarquista. Una serie de huelgas parciales impulsaron la organización de los primeros congresos obreros, en 1896 y 1901, «donde se explicitaron las más sentidas reivindicaciones proletarias»[260]. En 1904 se fundó la «Unión de Trabajadores Panaderos», por obra de los militantes anarquistas Urmachea, Fidel García Gacitúa, Caracciolo Lévano y su hijo Delfín[261]. Durante ese mismo año promovió en Lima una primera huelga. El 1° de mayo de 1905 celebró por primera vez un acto público en conmemoración de los mártires de Chicago[262]. El periódico radical *Humanidad* comenzó a publicar desde 1906 artículos de tendencia anarquista[263]. En 1907 los anarquistas promovieron una huelga de estibadores en el Callao[264], y en ella tuvieron «el primer mártir de la lucha social en Perú: el compañero Florencio Aliaga». El «Centro Racionalista Francisco Ferrer» sacó a luz en 1910 la revista *Páginas Libres* (que llevaba el mismo título de una polémica obra de González Prada) y no sólo se ocupaba de problemas pedagógicos sino también de la organización de los trabajadores[265]. «De 1911 a 1926 salió el periódico *La Protesta*, en torno al cual se reunían los líderes anarquistas más activos. El grupo de *La Protesta* planteó la necesidad de mejorar los métodos de organización obrera, impulsando los sindicatos. Así nació el anarcosindicalismo, que tuvo su principal

258 La obra fundamental de J. C. Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, apareció en Lima en 1928, y fue allí mismo reeditada en 1934 y 1952. Sobre Mariátegui pueden consultarse: G. Rovillón, *Bio-bibliografía de José Carlos Mariátegui*, Lima, 1963; M. Wiese, *José Carlos Mariátegui*, Lima, 1959; G. Carnero Checa, *José Carlos Mariátegui, periodista*, Lima, 1964; M. Pareja Bueno, *José Carlos Mariátegui, símbolo*, Lima, 1947; A. Tamayo Vargas, «Actualidad y pasado» en *Prometeo*, Lima, junio de 1930; A. Bazán, *Mariátegui y su tiempo*, Lima, 1969.

258 bis Cfr. Wilfredo Kapsoli Escudero, *Ayllus del Sol*, Lima, 1984.

259 Cfr. Adam Anderle, «La vanguardia peruana y Amauta» en *Ultimas Noticias*, Caracas, 5 de abril de 1987.

260 Denis Sulmont, «Historia del movimiento obrero peruano (1890-1980)» en Pablo González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina 3*, México, 1984, p. 279.

261 Federación Anarquista del Perú, *El anarcosindicalismo en el Perú*, México, Ediciones Tierra y Libertad, 1961, p. 4. Cfr. Guillermo Sánchez Ortiz, *Delfín Lévano*, Lima, 1985.

262 Denis Sulmont, *op. cit.*, p. 279.

263 Federación Anarquista del Perú, *op. cit.*, p. 4.

264 Alberto Pla, *op. cit.*, p. 32.

265 Federación Anarquista del Perú, *op. cit.*, p. 4.

base entre los obreros textiles»[266]. También en el interior empezaron a publicarse algunos periódicos anarquistas, como *El Ariete* en Arequipa, *La Antorcha* primero y *El Rebelde* después, en Trujillo[267]. De 1904 a 1906 apareció, en Lima, *Los Parias* de González Prada. En 1905 salieron, también en la capital, *El Hambriento* y *Simiente Roja*[268].

En 1912 los anarcosindicalistas organizaron la Federación Obrera Regional Peruana. La primera huelga general fue promovida por grupos anarquistas en la industria textil en 1911[269].

La campaña por la jornada de ocho horas fue iniciada por la Federación Obrera Regional del Perú (Lima), integrada por la Sociedad de Resistencia de los obreros galleteros y anexos, la Federación de electricistas, la Federación de obreros panaderos «Estrella del Perú», la Unificación textil de Vitarte, la Unificación proletaria de Santa Catalina y otros gremios orientados por los anarquistas, a los cuales se unieron grupos anarquistas específicos, como «Luchadores por la Verdad» (que publicaba el periódico *La Protesta*) y «Luz y Amor» (que editaba folletos de propaganda revolucionaria). En el local de la «Unión General de Jornaleros» del Callao comenzaron las reuniones durante los últimos días de noviembre de 1912 y en el Teatro Municipal de la misma localidad se llevó a cabo la primera Asamblea general para discutir las reivindicaciones que habían de presentarse. Pero allí no sólo estaban presentes la Federación Obrera Regional del Perú y los diferentes núcleos libertarios sino también los representantes de una conocida entidad amarillista, la «Confederación de Artesanos Unión Universal», los cuales se opusieron a la proyectada acción directa mientras propiciaban el trillado camino de los memoriales y peticiones al poder público. El 15 de diciembre, en la segunda Asamblea general, reunida en la «Carpa de Moda», los anarquistas lograron incluir en el orden del día una moción en pro de la jornada de ocho horas, que fue unánimemente aprobada. El 28 del mismo mes, durante la tercera asamblea, se concretó, de modo definitivo, el pliego reivindicatorio y se dejaron claramente expresadas las exigencias de los trabajadores[270]. La campaña estaba hecha. El entusiasmo, la solidaridad, el despertar de la conciencia obrera, habían respondido a la clarinada de lucha y de defensa colectiva, tocada por los continuadores de los heroicos Mártires de Chicago. La gran difusión de periódicos y folletos de propaganda libertaria y sindicalista, así como las conversaciones y conferencias de los compañeros del grupo anarquista editor de *La Protesta* y la Federación Obrera Regional del Perú habían coronado la obra. El 5 de enero de 1913 la Unión General de Jornaleros exigió: jornada de ocho horas, aumento de salarios, asistencia médica en accidentes laborales, etc., y concedió un plazo de 24 horas, al cabo de los cuales, de no ser satisfechas las exigencias, se iniciaría una huelga indefinida. El día 6

[266] Denis Sulmont, *op. cit.*, p. 279.
[267] Víctor Alba, *op. cit.*, p. 104.
[268] Max Nettlau, «Viaje libertario...» en *Reconstruir*, 77, p. 38.
[269] Denis Sulmont, *op. cit.*, p. 279.
[270] Federación Anarquista del Perú, *op. cit.*, p. 5.

la Asamblea obrera rechazó la contrapropuesta patronal, y el 7 estalló la huelga general. A los jornaleros se unieron solidariamente tipógrafos, panaderos, metalúrgicos, molineros y gasistas del Callao[271].

El 9 el presidente de la República exhortó a los trabajadores a retornar a sus labores, apelando obviamente a su patriotismo y haciendo hincapié en el perjuicio causado a la naciente industria nacional (cuyos capitales eran, sin embargo, extranjeros). La Comisión de Huelga rechazó la exhortación presidencial y, sin dejarse intimidar por las amenazas gubernativas, encarnadas en las fuerzas de infantería y artillería que habían llegado desde la capital, decidió continuar el paro. Esta firme actitud trajo consigo el triunfo: la empresa del muelle y la dársena tuvo que aceptar la reducción de la jornada a ocho horas, concedió un aumento del 10 por ciento en los salarios y decidió organizar un servicio médico para los trabajadores. Tal victoria alentó a otros gremios y poco más tarde iniciaron también su combate reivindicativo los molineros, tipógrafos, gasistas, soderos, etc. Los anarquistas, promotores casi únicos de todas estas luchas sindicales, pusieron a prueba la eficacia de sus métodos de acción directa. El 12 de enero la Federación Obrera Regional del Perú y el grupo de *La Protesta* organizaron un gran mitin para celebrar el triunfo obtenido e impulsar la continuidad de la lucha. Después de escuchar la palabra de los más combativos militantes, la multitud recorrió las calles de la ciudad portuaria «en medio de un entusiasmo indescriptible, portando el pendón rojo del trabajo»[272]. La influencia ideológica del vigoroso anarquismo argentino se hizo patente en estos movimientos huelguísticos. El solo hecho de que quienes los iniciaron hayan sido, ante todo, la FORP (nombre análogo al de la FORA) y el periódico *La Protesta* (homónimo del diario anarquista de Buenos Aires) lo indica ya con bastante claridad. Pero hay más: en todo el movimiento referido participaron, como oradores, organizadores y agitadores, dos obreros italianos, inmigrantes en la Argentina, que viajaron al Perú expresamente enviados por la FORA: José Spagnoli y Antonio Gustinelli. A pesar de los esfuerzos populistas del presidente Billinghurst, que se combinaban con las amenazas y la declaración del estado de sitio en Lima, la ola de huelgas no pudo ser detenida. Los anarquistas promovieron una serie de movimientos reivindicativos que lograron mucho eco entre los trabajadores y resultaron parcialmente triunfantes en Talara, Negritos, Loritos y Lagunitas. La FORP decidió un boicot portuario contra la casa Duncan Fox y Compañía, obligándola a reincorporar a sesenta obreros despedidos[273]. Sin embargo, recién en 1919 logró el movimiento obrero, orientado por los anarquistas, la definitiva implantación de la jornada de ocho horas en todo el país[274].

Durante la primera guerra mundial los terratenientes peruanos se enriquecieron gracias a la gran demanda de productos agrícolas tropicales, como el

[271] *Ibíd.*, p. 6.
[272] *Ibíd.*, p. 7.
[273] *Ibíd.*, pp. 9-10.
[274] *Ibíd.*, p. 11. (Cfr. Denis Sulmont, *op. cit.*, p. 280).

azúcar y el algodón. Los salarios de los trabajadores rurales y urbanos, en cambio, continuaban en niveles muy bajos, al mismo tiempo que el costo de la vida ascendía, ya por la especulación de los comerciantes (que utilizaban la guerra como pretexto), ya por la disminución del cultivo de cereales (trigo, arroz, etc.). En abril de 1919 los sindicatos anarquistas promovieron una campaña pro abaratamiento de las subsistencias, popularmente conocida como «el paro del hambre». Una asamblea, realizada el día 13 en el parque Neptuno, en la cual hablaron varios conocidos activistas libertarios (D. Lévano, Conde, Céspedes, etc.) resolvió publicar un manifiesto que exigía rebajas en los precios de los alimentos, en los pasajes de tranvías y ferrocarriles, en los impuestos que gravaban los productos de primera necesidad, en los alquileres, etc.[275]. El 1° de mayo, ante la negativa del gobierno de Pardo de discutir siquiera las exigencias proletarias, los diferentes gremios que habían firmado el manifiesto (como las federaciones de tejedores, de albañiles, de zapateros, de panaderos y otras, en todas las cuales predominaba la influencia anarquista) declararon la huelga general. Una manifestación de protesta contra la intransigencia gubernativo-patronal fue violentamente reprimida el 4 de mayo en Lima[276]. No menos contundente resultó la huelga en el Callao, donde suspendieron su trabajo los muelles, las playas, las factorías, la aduana; fueron saqueados los comercios de la Plaza del Mercado; los barcos que debían zarpar se vieron impedidos de hacerlo, y las tropas del ejército, unidas a las de marinería, chocaron con los obreros, no sin que quedaran varios muertos y heridos en ambos bandos. Los principales dirigentes, todos anarquistas (Gutarra, Fonkén, Barba, etc.), fueron detenidos.

También en Chosica las tropas se enfrentaron con los trabajadores; dos de éstos fueron muertos y muchos heridos. Inmediatamente después, la policía secuestraba en sus casas a los más conocidos militantes anarquistas. El presidente Pardo, presa del pánico ante la iracunda multitud, decretó la Ley Marcial y puso al frente de la represión al coronel Pedro Pablo Martínez. Pero todo eso no fue suficiente. El gobierno y los dirigentes de la industria y la banca no tardaron en advertir una progresiva renuencia de los soldados de tropa a disparar contra los trabajadores, y se vieron obligados a crear una nueva fuerza anti-motines, llamada Guardia Urbana. El Comité pro Abaratamiento decidió, de todas maneras, continuar el paro hasta que el gobierno accediera a las exigencias presentadas y pusiera en libertad a los activistas detenidos. Mientras tanto, el 8 de julio fue depuesto el presidente Pardo. El pueblo salió a la calle y renovó enérgicamente sus pedidos. El día 12 fueron puestos en libertad los libertarios Gutarra, Fonkén y Barba y la asamblea popular, reunida otra vez en el parque Neptuno, los recibió con manifestaciones de júbilo. Poco días más tarde, el Comité pro Abaratamiento engendró una nueva central obrera denominada «Federación Obrera Regional

[275] *Ibíd.*, p. 13.
[276] *Ibíd.*, p. 14.

Peruana» (FORP). El 22 de julio ésta dio a conocer una declaración de principios, claramente modelada por la ideología anarcosindicalista.

«El paro de mayo del año 1919 alcanzó contornos de epopeya por el temple de los dinámicos dirigentes que supieron conducir los destinos de la clase trabajadora por el recto camino de la verdad y de la justicia. Permitió compulsar la necesidad imprescindible de que sólo la solidaridad, al margen de intereses subalternos, puede unir en un poderoso movimiento a la masa compacta de los trabajadores»[277].

Pero la actividad de los anarquistas no se limitaba al ámbito urbano. En 1915 intervinieron en la huelga de los azucareros del valle de Chicana, que, como las anteriores, fue violentamente reprimida por las fuerzas armadas. La Reforma Universitaria, iniciada en Lima en 1918, vinculó por primera vez en una acción concertada a obreros y estudiantes, tal como sucedía por entonces en Córdoba (Argentina) y en Santiago (Chile). Tanto los obreros como los estudiantes que buscaron esta aproximación eran, en su mayoría, anarquistas[278]. En 1923, un grupo anarcosindicalista trató de organizar una «Federación Regional de Obreros Indios», tentativa rápidamente reprimida por el gobierno, que le asignó especial peligrosidad[279].

En 1920 se crearon las universidades populares, dirigidas por Víctor Haya de la Torre, bajo la advocación de Manuel González Prada. A ellas concurrieron, por lo menos al principio, muchos trabajadores anarquistas, a quienes atraían sin duda las ideas del personaje epónimo, aunque no tanto las del flamante rector. Durante el mismo año un congreso obrero nacional decidió adoptar como guía para la acción colectiva el ideario anarquista y publicó sus resoluciones en *El Proletariado*.

El presidente Leguía, que se propuso renovar el capitalismo, dejando de lado en cierta medida a la vieja oligarquía, apareció durante un momento como gobernante progresista, dejó en libertad a los presos políticos y sindicales y hasta causó cierta división en el movimiento obrero. Pero el apoyo que logró en algunos sectores de la clase trabajadora fue pasajero. Pronto comenzó a adoptar una serie de disposiciones contrarias a dicha clase y a las organizaciones sindicales[280]. Los anarcosindicalistas fueron muy duramente reprimidos. Urmachea, director de *El Proletariado*, fue condenado al exilio, junto con un grupo de militantes. Recién en 1930, al ser derrocado Leguía por Sánchez Cerro, se organizó una nueva central obrera, la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP), en la cual predominaban ya los elementos apristas y marxistas, y sólo quedaban algunos restos de la antigua militancia anarcosindicalista.

En el Perú la ideología anarquista está vinculada, como hemos dicho, a una de las máximas figuras de la literatura nacional: Manuel González Prada. Max Nettlau ve en él, con acierto, a «un viejo liberal que fue asimilándose

[277] *Ibid.*, p. 20.
[278] Alberto Pla, *op. cit.*, p. 33.
[279] Víctor Alba, *op. cit.*, p. 104.
[280] Denis Sulmont, *op. cit.*, p. 280.

gradualmente las ideas anarquistas», y caracteriza su obra, desde su punto de vista de historiador del anarquismo, en esta forma: «Fue categórico en su lucha contra el concepto de autoridad y, en mi opinión, de manera persuasiva. Su obra, como la de Rafael Barrett, me demuestra el valor de estos anarquistas que propagaban sus convicciones directamente, sin sentir presión alguna por parte de los gremios o agrupaciones. Tales hombres van derecho contra el concepto de autoridad, al que desmenuzan con un razonamiento absoluto y lo inutilizan sin piedad»[281]. La comparación con Barrett podría prolongarse a otros diferentes aspectos de sus obras, sin olvidar los respectivos estilos literarios, que hacen de ellos dos de los más brillantes prosistas latinoamericanos de la época[282].

Manuel González Prada y Ulloa nació en Lima el 5 de enero de 1844, en el seno de una familia aristocrática[283]. Recibió una educación más que católica, clerical, e inició la carrera eclesiástica en el seminario de Santo Toribio, donde fue compañero de estudios de Nicolás de Piérola, futuro presidente a quien llamará, en versos tan cáusticos como graciosos, «dictador de carambola»[284].

Su primera definición ideológica provino precisamente de su educación clerical. Su liberalismo fue, ante todo, anticlericalismo. No debe olvidarse, sin embargo, que a la configuración de las ideas liberales de su juventud no dejó de contribuir un breve pero apasionado contacto con las literaturas anglosajona y alemana en el Colegio inglés de Valparaíso. Tal vez el estudio del Derecho Romano, que emprendió luego en el Convictorio de San Carlos de Lima, sirviera de base a su crítica indeclinable del Estado, como garantía de todas las desigualdades sociales. Al desertar de dicho Convictorio, renunciando también a la carrera jurídica, se convirtió, como dice Luis Alberto Sánchez, en un «outlaw dinástico»[285].

Una catástrofe histórica incidió entonces en la vida y en el desarrollo ideológico de quien profesaba ya un liberalismo radical: la guerra peruano-chilena, iniciada en 1879, en la cual combatió. Perú sufrió una completa derrota y su capital se vio ocupada —caso excepcional y casi único en la historia de la América Latina independiente— por el ejército de un estado vecino. González Prada no podía evitar la evocación de la reciente derrota de Francia por parte de Alemania. Su liberalismo se revistió así de un encendido nacionalismo; su internacionalismo incipiente se convirtió en odio al invasor, pero, más que nada, en ira contra el connacional responsable del desastre bélico

[281] Max Nettlau, «Viaje libertario», p. 38.
[282] Luis Di Filippo, «Barrett escritor» en *Reconstruir*, 101, pp. 5-8.
[283] Luis Alberto Sánchez, *Panorama de la literatura del Perú*, Edit. Milla Batres, Lima, 1974, p. 103.
[284] Augusto Tamayo Vargas, *Literatura peruana*, Lima, s/f., José Godart Editor, pp. 734-735. Sobre la obra poética, cfr., José Jiménez Boya, «La poesía de González Prada», en *Letras*, 39, 1948.
[285] Luis Alberto Sánchez, «La prosa de Manuel González Prada», Prólogo a *Páginas libres-Horas de lucha*, Caracas, 1976, p. X.

y de la humillación colectiva. En ningún momento, sin embargo, abjuró de la *racionalidad ni renunció a la autocrítica*: «La mano brutal de Chile despedazó nuestra carne y machacó nuestros huesos; pero los verdaderos vencedores, las armas del enemigo, fueron nuestra ignorancia y nuestro espíritu de servidumbre»[286]. En 1890 lamentaba aún las consecuencias morales de la guerra, «el amilanamiento, la pequeñez de espíritu, la conformidad con la derrota y el tedio de vivir modesta y honradamente»[287], *y no dejaba de pensar* en la venganza: «Armémonos de pies a cabeza, y vivamos en formidable paz armada o en estado de guerra latente»[288]. Tales ideas y sentimientos tienen fácil explicación psicológica, aunque no muy fácil justificación lógica en el contexto de un liberalismo radical, necesariamente universalista, cuyo valor supremo no es la nacionalidad sino la humanidad. El propio González Prada advertía la contradicción e intentaba resolverla de la siguiente manera: «Nada tan hermoso como derribar fronteras y destruir el sentimiento egoísta de las nacionalidades para hacer de la Tierra un solo pueblo y de la Humanidad una sola familia. Todos los espíritus elevados y generosos convergen hoy al cosmopolitismo, todos repetirían como Schopenhauer que 'el patriotismo es la pasión de los necios y la más necia de las pasiones'. Pero, mientras llega la hora de la paz universal, mientras vivimos en una comarca de corderos y lobos, hay que andar prevenidos para mostrarse corderos con *el cordero y lobos con el lobo*»[289]. Se advierte en los textos de González Prada una lucha interior, un desgarramiento, una evidente tensión: por una parte invoca la santidad de la guerra, por otra ve en ella «la ignominia y el oprobio de la Humanidad»[290].

Si prescindimos de este nacionalismo «exógeno», inducido en la dimensión emocional por la derrota y las humillantes secuelas de la invasión extranjera, puede decirse, sin embargo, que las ideas socio-políticas de González Prada evolucionaron de un modo lógico y, hasta cierto punto, previsible. A partir del inicial liberalismo, cuya principal manifestación es la actitud anticlerical, pasó a un radicalismo, más próximo al español de Ruiz Zorrilla que al argentino de Alem e Yrigoyen[291]. El Partido Unión Nacional, que fundó en Lima, se parecía, más que a ningún otro, al Partido Radical chileno.

[286] Manuel González Prada, *Páginas libres*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976.
[287] Manuel González Prada, *Páginas libres*, p. 49.
[288] Manuel González Prada, *Horas de lucha*, Caracas, 1976, p. 219.
[289] Manuel González Prada, *Páginas libres*, p. 53.
[290] Manuel González Prada, *Horas de lucha*, p. 220.
[291] En el radicalismo argentino, sin embargo, así como en el batllismo uruguayo, hubo individuos y grupos que llegaron desde el anarquismo (o que fueron luego hacia él). Ya recordamos, al tratar del Uruguay, la corriente denominada «anarco-batllismo». En Argentina, por ejemplo, el mencionado escritor Julio R. Barcos, anarquista que militó luego en el radicalismo yrigoyenista, nunca dejó de defender algunas ideas de su juventud, como se puede comprobar en su libro *Cómo educa el Estado a tu hijo* (Buenos Aires, Editorial Acción, 1928), prologado por Gabriela Mistral (Cfr. C. Rama, *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano*, pp. 97-98).

De aquí en adelante puede señalarse un tránsito gradual hacia el anarquismo, que concluye en plena autoconciencia. Sin abjurar jamás de su anticlericalismo ni cejar en sus duras críticas a la Iglesia católica, fue concediendo cada vez mayor atención a lo que por entonces solía llamarse «la cuestión social». Comenzó a denunciar la explotación de los indios, se preocupó por la miseria de los trabajadores urbanos y rurales, alentó la formación de «sociedades de resistencia» en la naciente clase obrera, cuestionó con más vigor que nunca el poder político y la esencia misma del Estado, más allá de todos los matices jurídicos y constitucionales.

La debilidad filosófica de su anarquismo (y aun de su previo liberalismo radical), se debía en gran parte al positivismo en el cual (como muchos anarquistas de la época) buscaba sus fundamentos. Advertía la utilidad del mismo para la lucha contra la Iglesia católica, la tradición hispano-monárquica, el persistente feudalismo, los residuos de la cultura colonial. Pero no llegaba a ver con claridad el lado reaccionario del pensamiento de Comte y de Taine. Admiraba en el ex seminarista Renan al historiador que había logrado reducir la personalidad de Jesús a sus dimensiones humanas, pero no captaba las consecuencias sociales y políticas de su elitismo cientificista y racial, que Nolte considera como una de las raíces histórico-ideológicas del fascismo. Apreciaba el evolucionismo de Spencer, que proclamaba el tránsito de la sociedad militar a la industrial, pero no llegaba a advertir su larvado (y a veces manifiesto) racismo. No debe extrañarnos demasiado cuando, por entonces, al mismo Kropotkin se le ocultaba.

El sentido del anticlericalismo de González Prada era, en todo caso, muy claro. La mentalidad feudal y absolutista de los conquistadores españoles persistía en Perú dentro de la Iglesia católica y tenía portavoces, a veces desembozados, en la mayoría de sus obispos, teólogos y pedagogos. Gracias a ellos la educación de niños y jóvenes, las relaciones familiares, las letras y la cultura toda se desenvolvía conforme a las rancias normas y a los perimidos valores de la colonia. A través del púlpito y del confesionario seguía reinando Felipe II.

Aun cuando no sucedía exactamente lo mismo en todos los países de América Latina, Perú, igual que Ecuador y Colombia, era una república monástica. González Prada consideró durante casi toda su vida a éste como el principal obstáculo en el desarrollo espiritual de su pueblo. La educación católica, la escuela conventual, la pedagogía jesuítica fueron objeto de sus más aceradas críticas y de sus más feroces ironías. Sabía, como Leibniz, que «el dueño de la educación es el dueño del mundo», y no ignoraba que frailes y monjas «trabajan como las hormigas blancas en el maderaje de una casa o las madréporas en las aguas del mar»[292]. Denunciaba, pues, en las escuelas femeninas lo que cualquier persona culta y sensata podía comprobar, pero casi ninguna se atrevía a denunciar: que «la moral de las monjas se reduce al cultivo de la vanidad; la religión, a la inconsciente práctica de ceremonias

[292] Manuel González Prada, *Páginas libres*, p. 72.

supersticiosas; la ciencia, a nada o cosa que vale tanto como la moral y la religión». Con el cáustico gracejo de un Mariano de Larra describía así la cultura de las alumnas de las monjas: «Una señorita, con diploma de tercer grado, sabe de geografía lo suficiente como para ignorar si a Calcuta se va por mar o por tierra, y conoce de idiomas lo indispensable para chapurrar un francés de Gascogne o balbucir un inglés de Canadá. Las más aprovechadas en Bellas Artes arrancan del piano musiquitas con sonsonete de mirliton, o pintan (sólo durante su permanencia en el colegio) cuadros que refunden las estampas de Espinal y las vírgenes quiteñas. En cambio, todas las jóvenes educadas por monjas salen eximias bordadoras de esterlín: bordan zapatillas para el papá que nos las usa, relojeras para el hermano que no tiene reloj». Subraya el «internacionalismo» negativo de las congregaciones femeninas, sus ansias de oro y sus «síntomas de cleptomanía», la pobre alimentación que proporcionan a las niñas «en la época más crítica de la evolución orgánica»[293]. Por otra parte, «la educación de los varones no entraña menos vicios que la educación de las mujeres». En términos generales, la escuela católica estaba esencialmente dirigida a las clases más altas, a hijos de diputados, prefectos, generales, ministros o de «cualquiera de esos mulatos o cuarterones enriquecidos por el dolo y la concusión o encumbrados por el favor y la intriga» que no pueden tolerar que sus hijos se rocen, en la escuela pública, «con los hijos del artesano y del jornalero»[294]. Al carácter clasista de la educación clerical se debe añadir aún la esencial ineptitud de los clérigos para la función pedagógica. Para González Prada, «el sacerdote carece de requisitos para ejercer el magisterio», pues, «tiene algo rígido, marmóreo y antipático el individuo que vive segregado de sus semejantes». La falta de paternalidad real (biológica) y la carencia de amor femenino «hacen del mal sacerdote un alma en cólera, del bueno un insondable pozo de melancolía». Nada le resultaba a Don Manuel «tan insoportable como las genialidades histéricas o las melosidades gemebundas de los clérigos, que poseen todos los defectos de las solteronas y ninguna de las buenas cualidades femeninas: especie de andrógínos o hermafroditas, reúnen los vicios de ambos sexos»[295]. Anotaba no sin acierto el aberrante orgullo de los clérigos que, «no satisfechos de considerarse superiores a la especie humana, se tienen por pobladores de la Divinidad, hasta se figuran que Dios les vive agradecidos por los servicios que le prestan en la Tierra»[296]. Denunciaba la institución del internado con palabras que muy pocos de cuantos la han padecido podrían dejar de hacer suyas: «Se necesita no haber soportado la incesante presión de un reglamento pueril y absurdo, no haberse desesperado entre el espionaje del superior y la delación del condiscípulo, no haberse maculado en el roce ineludible con una muchedumbre torpe o malévola, no haber conocido

[293] *Ibid.*, p. 73.
[294] *Ibid.*, p. 74.
[295] *Ibid.*, p. 78.
[296] *Ibid.*, p. 79.

la promiscuidad porcina de un refectorio ni haber respirado la fétida y cálida atmósfera de un dormitorio común, para encomiar la excelencia del internado»[297]. Pero González Prada no se limitó a criticar las instituciones y los métodos pedagógicos sino que la emprendió, sobre todo, con el contenido y los fines de la educación clerical. Rechazaba el sometimiento de la ciencia al dogma, el repudio de toda concepción racionalista, y «más que nada de toda Filosofía, particularmente de la griega, que sigue resonando en el mundo como el himno triunfal de la Razón». El niño era apartado del mundo real, regido por leyes inmutables, para ser llevado a un mundo fantasmagórico donde imperan arbitrarias y flexibles voluntades[298]. Pasando de la escuela a la familia y particularmente a la mujer, denunció la oprimente influencia del clero sobre ella.

El 25 de septiembre de 1904 pronunció en la logia masónica «Stella d'Italia» una conferencia titulada *Las esclavas de la Iglesia*. Al mismo tiempo que abomina de la mujer, como «puerta del infierno, flecha de Satanás, hija del Demonio, ponzoña del basilisco, burra mañosa, escorpión listo a picar»[299], la Iglesia sabe manipularla y convertirla en su mejor instrumento de dominación en la familia y en la sociedad. «Nadie tanto como la mujer —decía— debería rechazar una religión que la deprime hasta mantenerla en perdurable infancia o tutela indefinida». Y, sin embargo, no sucede así. Con indignación y asombro comprobaba que «la irredenta se yergue contra sus redentores, la víctima bendice el arma y combate en favor del victimario». Sabía, sin duda por experiencia propia, que la mujer «no transige con el librepensador o libertario y rechaza como enemigo al reformador que viene a salvarla del oprobio y la desgracia, proclamando la anulación del vínculo matrimonial no sólo por mutuo disenso, sino por voluntad de un solo cónyuge», y, en definitiva, que toma partido por el «sacerdote que anatematiza las uniones libres, y santifica la prostitución legal del matrimonio»[300]. Estas ideas de González Prada acerca de la relación entre la mujer y el clérigo se pueden rastrear en la narrativa de muchos radicales ibéricos de la época. Baste recordar dos ejemplos célebres: *Doña Perfecta* de Benito Pérez Galdós y *O crime do padre Amaro* de Eça de Queiroz. En González Prada formaban parte de la lucha, ciertamente no concluida hoy, por la igualdad de los sexos. Como Horkheimer en nuestros días[301], González Prada encontraba en la familia un ámbito de opresión tan duro como el del Estado o aún más. Sostenía que «en el matrimonio verdaderamente humano no hay un jefe absoluto sino dos socios con iguales derechos»[302]. Más aun, con audacia más que liberal, libertaria, denunciaba la básica deturpación del sexo por obra de la burguesía, diciendo: «meretrices son las esposas que sin amor se entregan al marido,

[297] *Ibíd.*, p. 80.
[298] *Ibíd.*, p. 81.
[299] Manuel González Prada, *Horas de lucha*, p. 239.
[300] *Ibíd.*, p. 240.
[301] Cfr. M. Horkheimer, *La familia y el autoritarismo*, Barcelona, 1970; R. D. Laing, *El cuestionamiento de la familia*, Buenos Aires, 1972.
[302] Manuel González Prada, *Horas de lucha*, p. 243.

espúreos son los hijos engendrados entre una pendencia y un ronquido, honradas son las adúlteras que públicamente abandonan al esposo aborrecible y constituyen una nueva familia santificada por el amor, legítimos y nobles son los espúreos concebidos en el arrebato de la pasión o en la serena ternura de un cariño generoso»[303].

Al pasar del ámbito familiar al político, no dejaba de señalar también que «las brutales y grotescas dictaduras de la América española son un producto genuino del Catolicismo y de la educación clerical». Allí donde el hombre adquiere desde niño conciencia de su propia dignidad y donde se rechaza la creencia en autoridades infalibles y obediencias pasivas no puede pensarse la existencia de un Francia, un Rosas, un García Moreno o un Melgarejo[304].

La Iglesia católica exige libertad de cultos —decía González Prada— allí donde está en minoría (en Turquía o en Inglaterra), pero la repudia allí donde tiene mayoría (en Francia o en Perú). Tal observación, válida desde la época patristica, sigue siendo acertada en nuestros días posconciliares: en países oficialmente católicos, como la España de Franco o la Argentina de Videla, la Iglesia trata de asegurarse el predominio de la educación y de la cultura con apoyo del Estado; en países como China o la URSS, oficialmente ateos, reclama con pasión la libertad de culto y de pensamiento.

La crítica al clero, a la educación clerical, a la estructura patriarcal de la familia, a las actitudes gubernamentales que restringen o niegan la libertad de imprenta, etc., no agotaban, sin embargo, la polémica de González Prada. En una conferencia que debió leerse el 28 de agosto de 1898 y que fue prohibida por el gobierno de turno, criticaba y hasta ridiculizaba a quienes reducían la libertad de pensamiento al anticlericalismo, a los inquisidores laicos que «no salen de su monomanía anticlerical y viven consagrados a perseguir sotanas en las celdas de las monjas o sorprender enaguas en las alcobas de los presbíteros». El libre pensamiento en acción significa mucho más que esto y supone el planteo de las cuestiones sociales. Tal vez pueda señalarse aquí el tránsito definitivo del liberalismo radical al anarquismo: «Aunque los librepensadores guarden fidelidad a su doctrina y armonicen las palabras con los actos, merecen una grave censura cuando eliminan las cuestiones sociales para vivir encastillados en la irreligiosidad agresiva y hasta en la clerofobia intransigente. ¿Cómo no reírse de los Torquemadas rojos, de los Domingo de Guzmán por antítesis, de los inquisidores laicos dispuestos a encender hogueras y parodiar autos de fe?»[305].

Algunos años más tarde, en discurso pronunciado el 1° de mayo de 1905 en la Federación de Panaderos, al tratar de las relaciones entre el intelectual y el obrero, es decir, entre trabajo mental y trabajo manual, enunciaba tesis claramente kropotkinianas, al afirmar «que no hay diferencia entre el pensador que labora con la inteligencia y el obrero que trabaja con las manos» y, más aún, que no existe «una labor puramente cerebral y un trabajo exclu-

[303] *Ibíd.*, p. 245.
[304] Manuel González Prada, *Páginas libres*, p. 84.
[305] Manuel González Prada, *Horas de lucha*, p. 225.

sivamente manual»[306], por lo cual toda riqueza es resultado del trabajo conjunto del músculo y del cerebro. Algunos párrafos de este discurso, titulado *El intelectual y el obrero*, parecen glosas de *La conquista del pan*. Así, por ejemplo, aquel que dice: «Las obras humanas viven por lo que nos roban de fuerza muscular y de energía nerviosa. En algunas líneas férreas, cada durmiente representa la vida de un hombre. Al viajar por ellas, figurémonos que nuestro vagón se desliza por rieles clavados sobre una serie de cadáveres; pero al recorrer museos y bibliotecas, imaginémonos también que atravesamos una especie de cementerios donde cuadros, estatuas y libros encierran no sólo el pensamiento sino la vida de los autores»[307]. La cooperación de inteligencia y músculo en la producción de todos los bienes significaba, para González Prada, la igualdad socio-económica entre el intelectual y el obrero. «A la idea de que el cerebro ejerce función más noble que el músculo debemos el régimen de las castas», escribía.

Superando el evolucionismo spenceriano, González Prada confiaba en la revolución y creía en la multitud que «simplifica las cuestiones, las baja de las alturas nebulosas y las confina en terreno práctico»; que, como Alejandro, «no desata el nudo, le corta de un sablazo». Sabía, como Bakunin, que el revolucionario busca despertar a las multitudes y lanzarlas a la acción, pero que éstas, sacadas de su letargo, no se conforman con obedecer el movimiento inicial y suelen ir mucho más allá de lo que quisieron sus impulsores[308]. Con penetración profética decía, pocos años antes de la Revolución bolchevique: «Toda revolución arribada tiende a convertirse en gobierno de fuerza; todo revolucionario triunfante degenera en conservador». Y proponía: «Dado una vez el impulso, los verdaderos revolucionarios deberían seguirle en todas sus evoluciones», aun cuando admitiera que esto repugna al espíritu del hombre y a su presunción de creerse «revelador de la verdad definitiva».

Es claro, por lo demás, que al hablar allí de «revolución» no se refería González Prada a lo que por tal se entendió en la historia de su país y de América Latina, es decir, a un mero cambio de gobierno o de régimen político. Pero también es bastante claro que tampoco se trataba de la implantación de un nuevo Estado «socialista», sino de la toma de posesión de los medios de producción por parte de los productores. Se refería al «grito de las reivindicaciones sociales», a la pascua de la Humanidad que «cesa de agitarse por cuestiones secundarias y pide cambios radicales». Y, por si quedara todavía alguna duda acerca de su concepto anarquista de la revolución, añadió: «Nadie espera ya que *de un parlamento nazca* la felicidad de los desgraciados ni que *de un gobierno llueva* el maná para satisfacer el hambre de todos los vientres. La oficina parlamentaria elabora leyes de excepción y establece gabelas que gravan más al que posee menos; la máquina gubernamental no funciona

306 *Ibid.*, p. 228. Cfr. P. Kropotkin, *Campos, fábricas y talleres*, Madrid, 1972, p. 5 sgs.
307 Manuel González Prada, *Horas de lucha*, p. 229. Cfr. P. Kropotkin, *La conquista del pan*, Madrid, ZYX, 1973, p. 13.
308 Manuel González Prada, *Horas de lucha*, p. 230.

en beneficio de las naciones, sino en provecho de las banderías dominantes»[309]. El proletariado resolverá la magna cuestión social «por el único medio eficaz: la revolución». Pero ha de quedar claro que aquélla no será «esa revolución local que derriba presidentes o zares y convierte una república en monarquía o una autocracia en gobierno representativo, sino la revolución mundial, la que borra fronteras, suprime nacionalidades y llama a la Humanidad a la posesión y beneficio de la tierra»[310]. No se trataba, como ya dijimos, de conquistar el poder o de apoderarse del gobierno, sino de tomar directamente los medios de producción y la tierra, «porque los monopolizadores difícilmente nos lo concederán de buena fe y por un arranque espontáneo».

Tal idea de la revolución, de origen kropotkiniano[311], parte del concepto de la propiedad como robo y como asesinato, que encontramos ya en Proudhon. Este sostiene que «la propiedad, después de haber despojado al trabajador por la usura; lo asesina por la extenuación», de tal modo que «sin la expoliación y el crimen la propiedad no es nada»[312]. Con un estilo muy diferente al de Proudhon, aunque no menos vigoroso y contundente, expresa González Prada la misma tesis: «Como símbolo de la propiedad, los antiguos romanos eligieron el símbolo más significativo: una lanza. Este símbolo ha de interpretarse así: La posesión de una cosa no se funda en la justicia sino en la fuerza; el poseedor no discute, hiere; el corazón del propietario encierra dos cualidades del hierro: dureza y frialdad. Según los conocedores del idioma hebreo, Caín significa el primer propietario. No extrañemos si un socialista del siglo XIX, al mirar en Caín el primer detentador del suelo y el primer fratricida, se valga de la coincidencia para deducir una pavorosa conclusión: *La propiedad es el asesinato*»[313]. Aunque durante su vida González Prada sólo publicó dos obras en prosa, *Páginas libres* y *Horas de lucha* (que hemos citado ampliamente), las ideas allí expuestas con tanto coraje como elegancia se encuentran asimismo en diversos artículos sueltos, recogidos en libros póstumos: *Nuevas páginas libres* y *Anarquía*, editados ambos en Santiago de Chile en 1936, y *Figuras y figurones*, salido en París en 1938[314].

González Prada ejerció entre sus contemporáneos una notable influencia literaria e ideológica. El narrador Enrique López Albújar le debía su radicalismo, su preocupación por el indígena, sus ideas sobre libertad sexual, su antimilitarismo vehemente. En 1898 presentó en la Universidad de San Marcos, para optar al título de Bachiller en Derecho, una tesis titulada *La injus-*

[309] *Ibid.*, p. 231.
[310] *Ibid.*, p. 232.
[311] Cfr. P. Kropotkin, *La conquista del pan*, pp. 25-26.
[312] P. J. Proudhon, *¿Qué es la propiedad?*, Buenos Aires, Proyección, 1970, cap. IV, prop. 4.
[313] Manuel González Prada, *Horas de lucha*, p. 233.
[314] Sobre Manuel González Prada pueden leerse: Eugenio Garro, *Manuel González Prada*, Nueva York, 1942; Luis Alberto Sánchez, *Don Manuel*, Santiago, Ercilla, 1937. Lima, 1964; Miguel Angel Calcagno, *El pensamiento de González Prada*, Montevideo, 1958; Varios, *González Prada: Vida y Obra*, Nueva York, 1938.

ticia de la propiedad del suelo, que fue rechazada por «anarquista»[315]. Pertenecieron al «Círculo literario» fundado por González Prada en 1887 y fueron directamente influidas por él las narradoras Mercedes Cabello de Carbonera y Clorinda Matto de Turner, a quien se debe la primera novela de tema indígena, *Aves sin nido*. Poetas como Carlos G. Amézaga, Víctor G. Mantilla y Germán Leguía y Martínez; costumbristas como Abelardo Gamarra (El Tunante) y folcloristas como Ricardo Rossel fueron, en diversa medida, sus discípulos[316].

José Carlos Mariátegui, el principal teórico del marxismo peruano, y Víctor Haya de la Torre, fundador del APRA, fueron admiradores de González Prada y, aunque parcial y fragmentariamente, asimilaron algunas de sus ideas e hicieron suyas algunas de sus críticas a la sociedad peruana[317]. A este propósito, no parece superfluo recordar que, en su lucha contra el marxismo-leninismo que pugnaba por desplazarlos, muchos anarcosindicalistas colaboraron con el APRA de la primera época (aunque más tarde otros se enfrentaran también con la política del aprismo). Sería interesante investigar por qué medios y en qué medida las ideas de González Prada y del anarquismo influyeron en la Revolución Peruana de 1968, uno de cuyos principales ideólogos la ha caracterizado no sólo como anticapitalista, antimperialista y antistalinista sino también (rasgo notable en una revolución militar) como ajena a todo nacionalismo chauvinista y a todo partido político tradicional; más aun, como socialista y libertaria[318].

7— BRASIL

A— LUCHAS SOCIALES PRE-ANARQUISTAS

El primero que en Brasil dedicó un libro al estudio del pensamiento socialista fue el general Abreu e Lima. Este guerrero de temple garibaldino, nacido en Recife en 1794, luchó por la independencia de la América española, a las órdenes de Bolívar, en Boyacá, Cúcuta, Carabobo, Queseras del Medio, etc. Al regresar a su patria, publicó una extensa obra titulada *O socialismo* (1855) que, como dice Carlos Rama, «es, por muchos conceptos, un hecho sorprendente en la historia de las ideas latinoamericanas», exposición minuciosa y «rigurosamente actualizada, hasta el mismo año 1855, en especial

[315] A. Tamayo Vargas, *op. cit.*, II, pp. 938-939; R. E. Cornejo, *López Albújar, narrador de América*, Madrid, 1961.

[316] Estuardo Núñez, *La Literatura peruana en el siglo XX*, Pormaca, México, 1965, p. 17.

[317] Debe hacerse notar, sin embargo, que Mariátegui, considerado como un pensador amplio y abierto, propone una apología del dogma (*Defensa del marxismo*, 1959, cap. XV) que González Prada jamás hubiera aceptado.

[318] Carlos Delgado, «La revolución peruana; un nuevo camino» en *Reconstruir*, 92-93-94; SINAMOS, «Ocho preguntas a la Revolución Peruana» en *Reconstruir*, 89; «Postulados del INDEICOC del Perú» en *Reconstruir*, 97; Gerardo Cárdenas, «La nueva estructura agraria peruana» en *Reconstruir*, 91.

sobre la nueva literatura política, filosófica y religiosa francesa»[319]. Resumió en ella con bastante fidelidad las ideas de Saint-Simon, Fourier, Owen, los comunistas (Babeuf, etc.), pero no se ocupó en particular de Proudhon, aunque conocía sin duda sus obras[320].

Algunos años antes, en 1840, había llegado a Pernambuco el ingeniero francés Luis Vauthier, contratado para dirigir la construcción de varias obras públicas. Trazó ferrocarriles, se ocupó de la fabricación del azúcar, de la confección de mapas regionales, de la legislación del trabajo y al mismo tiempo introdujo el ideario saintsimoniano. No era, sin duda, un revolucionario y se sabe que, como Luis Blanc, estuvo luego contra la Comuna de París. Influyó en el pensamiento de Antonio Pedro de Figueiredo y colaboró en *O Progreso*, la revista que éste dirigía[321].

También en Pernambuco, Antonio Borges de Fonseca, panfletista brasileño, predicó desde 1844 un socialismo inspirado en las ideas de Fourier[322]. Pero ya antes, en 1841, había llegado a Santa Catarina el fourierista francés Juan Benito Mure, homeópata y secuaz de Considerant, el cual fundó luego un falansterio en Palmetar y editó, desde 1845, el periódico *O Socialista da Provincia de Rio de Janeiro.* Con él se asoció después su compatriota, el ya mencionado fourierista Tandonnet[323]. Las ideas de Vauthier y de Mure no dejaron de influir en los escritores brasileños de la época preocupados por los problemas sociales y económicos del país, como Nascimento Feitosa, Aprigio Guimarães y Joaquín Nabuco.

Por otra parte, al margen de las ideas traídas de Europa, no deben dejar de considerarse, como antecedentes autóctonos del movimiento anarquista, diversos episodios de la lucha de clases en la historia brasileña. La lucha de los esclavos por lograr su emancipación se concretó a partir del siglo XVII en la formación de numerosos «quilombos», comunidades de fugitivos, que se levantaban en terrenos selváticos o desérticos, y que los terratenientes, a través del gobierno colonial, trataron a toda costa de destruir. El más famoso de ellos fue la «República de los Palmares», comunidad en cierta medida socialista y autogestionaria, contra la cual llevaron a cabo, en un siglo (1602-1694), no menos de dieciocho expediciones de exterminio tanto los portugueses como los holandeses[324]. En 1798 se produjo en Salvador, Bahía, el movimiento de los «alfaiates». También la Cabanada fue un levantamiento de pobres contra ricos, que Eliseo Reclus caracteriza como «guerra social de esclavos contra amos». Luchas sociales de pobres y esclavos contra ricos se dieron muchas, en diversas regiones de Brasil, durante los siglos XVIII y XIX. Pernambuco y Alagoas, por ejemplo, presenciaron en 1832 la pelea

[319] Carlos Rama, *Utopismo socialista*, p. XLIX.
[320] Vamireh Chacón, *Abreu e Lima, general de Bolívar*, Caracas, Instituto de Altos Estudios de América Latina U.S.B., 1985, p. 177.
[321] Gilberto Freire, *Un engenheiro francés no Brasil*, Río de Janeiro, José Olimpio Editor, 1940.
[322] Vamireh Chacón, *Historia das idéias socialistas no Brazil*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 1965, pp. 208 sgs.
[323] Carlos Rama, *Utopismo socialista*, pp. L-LII.
[324] Edson Carneiro, *O Quilombo dos Palmares*, Río de Janeiro, Companhia Editora Nacional, 1958.

de minifundistas y esclavos fugitivos contra terratenientes y dueños de ingenios. En 1835 estalló en Pará una revolución de indios y negros, con la dirección de Joaquín Antonio, que exigía la abolición de la esclavitud y el reparto de las tierras no cultivadas. En 1838 los campesinos sin tierra protagonizaron en Maranhão el movimiento de la «Balaiada». En 1874 el Nordeste fue también escenario de la revolución de los «Quebra-Quilos», que condujo a la liberación de los esclavos. Inclusive la llamada «Insurreição Praieira», promovida por intereses políticos, tenía un trasfondo social y escondía la lucha de clases, y no por casualidad los terratenientes y el gobierno proclamaron en esa ocasión «la gran necesidad de acabar con los anarquistas de Agua Prêta»[325].

En 1893, un lustro apenas después de la abolición de la esclavitud, Antonio Conselheiro, con un grupo de campesinos, ocupó la abandonada hacienda de Canudos y estableció allí una comunidad de trabajadores, sustraída tanto a la explotación de los latifundistas como a las leyes del Estado republicano, basada hasta cierto punto en la autogestión. Nada tiene de extraño que llegara pronto una multitud de esclavos a quienes la manumisión había dejado sin trabajo ni medios de vida y que algunos meses después hubiera en Canudos más de 25.000 habitantes dedicados a trabajos agrícolas y ganaderos. El régimen era sin duda comunista, pues estaba fundado, como dice Euclides da Cunha, en «la apropiación de los objetos muebles y de las casas, y en la comunidad absoluta de la tierra, de las pasturas, de los rebaños y de los producto del cultivo»[326]. Antonio Conselheiro profesaba una suerte de comunismo cristiano, combatía el alcoholismo tanto como la influencia del clero, no reconocía el Estado ni las autoridades constituidas, se negaba a pagar impuestos, no sentía ningún respeto por los militares, permitía el divorcio y el amor libre, y, por encima de todo, atacaba la propiedad privada. Ya el 6 de mayo de 1887 el conservador *Jornal do Comercio*, de Río de Janeiro, anunciaba y denunciaba que «Antonio Conselheiro andaba predicando doctrinas subversivas entre las poblaciones que recorría, causando con ello un gran perjuicio a la religión y al Estado, hasta el punto de sustraer a muchos de sus ocupaciones». Aún antes, en 1882, el arzobispo de Bahía, en una circular a los párrocos de su arquidiócesis, los instaba a que prohibieran absolutamente a sus fieles escuchar las predicas de Conselheiro[327]. Iglesia y Estado no podían tolerar obviamente una sociedad que desconociera la autoridad de una y otro, aun cuando en ella los crímenes fueran muy raros (y castigados no con prisión o muerte sino con la simple expulsión). No por nada el barón de Geremoabo se refería a la «secta comunista» cuyo jefe era Conselheiro[328]. Rui Facó recuerda que en Canudos «los robos y saqueos

[325] Edson Carneiro, *Insurreição Praieira*, Rio de Janeiro, Edições Conquista.
[326] Euclides da Cunha, *Os Sertões, Río de Janeiro, 1903. (Hay traducción española: Los Sertones*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980).
[327] Edgar Rodrigues, *Socialismo e sindicalismo no Brasil*, Río de Janeiro, Laemmert, 1969, p. 53.
[328] Afranio Coutinho, *A literatura no Brasil*, Vol III, Tomo I, Río de Janeiro, 1959, p. 305. (Cfr. Macedo Soares, *A guerra dos Canudos*, Rio de Janeiro, 1903; Euclides da Cunha, *Canudos*, Río de Janeiro, 1903).

estaban rigurosamente prohibidos, y la obediencia a estos preceptos llegaba hasta el extremo de no tocar, en absoluto, los cargamentos de los convoyes dispersados y diezmados: carnes, harinas, cereales y aun dinero eran abandonados en el lugar donde caían»[329]. Cuatro expediciones militares fueron sucesivamente enviadas contra Canudos. Las tres primeras fracasaron, dejando en los campos de batalla no menos de cinco mil muertos. El mismo ministro de guerra, mariscal Carlos Machado Bittencourt, se movilizó hacia Canudos hasta que éste al fin cayó y fue aniquilado.

B— EL MOVIMIENTO ANARQUISTA HASTA LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Esta larga historia de luchas sociales e insurrecciones populares constituye, sin duda, un antecedente remoto y genérico del anarquismo en Brasil, el cual no surge, sin embargo, como tal, sino cuando se produce el fenómeno de la masiva inmigración europea, es decir, en las dos últimas décadas del siglo XIX y en las dos primeras del XX. Este período coincide con el inicio de la industrialización y con el desarrollo del movimiento obrero.

Brasil fue, junto con Argentina, el país latinoamericano que recibió un mayor caudal inmigratorio. Este procedía principalmente de Italia, Portugal y España (aunque también hubiera fuertes contingentes de alemanes, árabes y japoneses). En aquellos tres países, la ideología predominante entre los trabajadores (campesinos y obreros) era el anarquismo, lo cual explica que el movimiento obrero brasileño (así como el argentino) fuera mayoritariamente anarquista hasta la década del 20. «Las ideas de Proudhon, Bakunin y Kropotkin lanzaron raíces en Brasil, mientras la social-democracia jamás consiguió transmitir su mensaje a las masas obreras, quedando restringida a pequeños grupos, en su mayoría constituidos por intelectuales y obreros de origen italiano»[330].

Así como en la Argentina el anarcosindicalismo quedó mortalmente herido por la directa intervención del gobierno de Perón en las organizaciones obreras, así quedó también en Brasil por la intromisión de Vargas. Ambos presidentes partían de una análoga concepción corporativista de la sociedad e intuían lúcidamente que el único medio para frenar la revolución social en sus respectivos países era apoderarse de los sindicatos, domesticarlos y excluir de ellos, por las buenas o por las malas, a los anarquistas y otros revolucionarios que los habían fundado y animado hasta el momento. Por otra parte, en Brasil, a diferencia de lo que sucedió en la Argentina, el Partido Comunista nació en 1921 como un desprendimiento del movimiento anarquista, bajo la dirección de un conocido militante de ese movimiento, Astrogildo Pereira[331]. John Foster Dulles refiere que la mayoría de los anarquistas brasileños había acogido desde el principio, con no poco entusiasmo, la

[329] Rui Facó, *Cangaceiros e fanáticos* (citado por E. Rodrigues en *Socialismo e Sindicalismo no Brasil).*
[330] D. Viñas, *op. cit.*, p. 87.
[331] V. Alba, *op. cit.* p. 101. Cfr. João Costa, *Esbozo de una historia de las ideas en el Brasil*, México, 1957, p. 137.

revolución rusa, y esperaba que, gracias a la influencia anarquista, el socialismo autoritario de los bolcheviques había de convertirse en socialismo libertario, lo cual la llevaba a tolerar inclusive, en algunos casos, la dictadura del proletariado como instrumento necesario, aunque transitorio, para consolidar la revolución[332]. Desde comienzos del siglo XIX grupos inmigrantes fundaron en Brasil diversas colonias agrícolas, a veces guiados por una ideología social, política o religiosa, a veces simplemente por el afán de encontrar en el cultivo de aquellas tierras vírgenes una vida más próspera. Baste mencionar las de Nova Friburgo (fundada en 1818), São Leopoldo, São Pedro de Alcántara, Mafra, Corisco do Rio Negro, Vale de Itajai, Varzea Grande, etc. Sólo en São Paulo surgieron, entre 1850 y 1880, catorce núcleos agrícolas (algunos de los cuales se regían por normas de ayuda mutua). En Mato Grosso, los habitantes de la ciudad de Miranda, al huir del ejército paraguayo de Solano López, se instalaron en Maracajú y, en medio de un total aislamiento, fundaron una colonia socialista, donde un libre pacto aseguraba la igualdad y las relaciones políticas propias de cualquier ordenamiento estatal eran desconocidas[333]. Los primeros experimentos de una colonización anarquista los realizaron en los estados del sur grupos de inmigrantes italianos. Hay que tener en cuenta que entre 1880 y la primera guerra mundial llegaron a Brasil desde Italia más de un millón de inmigrantes, «miles de los cuales se volvieron anarquistas o muy simpatizantes, de modo que el anarquismo sobrepasó al socialismo como ideología de avanzada, predominante entre los trabajadores e intelectuales brasileños de la pre-guerra»[334]. «Entre 1884 y 1903, Brasil recibió más de un millón de italianos, número superior al conjunto de todos los otros emigrantes de los demás países en el mismo período. El Estado de São Paulo, ávido de brazos agrícolas subvencionó empresas de navegación para el transporte transatlántico de los emigrantes, al mismo tiempo que remuneraba a los agentes para que convencieran a los italianos de emprender el viaje hacia 'Canaán, la tierra prometida'», dice J. W. Foster Dulles[335].

Sólo en São Paulo entraron, entre 1883 y 1889, alrededor de trescientos mil colonos, la mayoría de los cuales venia de Italia[336]. En 1888, Arturo Campagnoli, escultor italiano, fundó en el estado de São Paulo la colonia de Guararema[337].

[332] J. W. Foster Dulles, *Anarchists and Communist in Brazil (1910-1935)*, Austin, 1973 (Citado por Avrich).

[333] Edgar Rodrigues, *op. cit.*, pp. 29-30.

[334] P. Avrich, *Los anarquistas del Brasil*, «Reconstruir», 100. Cfr. Zelia Gattai, *Anarquista, graças a Deus*, Rio de Janeiro, 1979.

[335] J. W. Foster Dulles, *Anarquistas e comunistas no Brasil (1900-1935)*, Editora Nova Fronteira, Río de Janeiro, 1977, p. 17. Cfr. L. Grossi, *Storia della colonizazione europea al Brasile e della emigrazione italiana nello stato di São Paulo*, Milán, 1914; Flávio Venâncio Luizetto, *Presença do anarquismo no Brasil*, São Carlos-1984-Gráfica da U.F.S. Car.

[336] José Maria Bello, *Historia da Republica (1889-1954)*, Companhia Editora Nacional, São Paulo, 1972, pp. 5-51.

[337] D. Viñas, *op. cit.*, p. 89.

La fundación de la colonia Cecilia se debió a la iniciativa del Dr. Giovanni Rossi. Nacido en Pisa el 11 de enero de 1855, graduado de veterinario en Perugia en 1874, fundó en su ciudad natal, en 1883, un periódico libertario, *Il Socialista*, y en 1886, en Brescia, otro significativamente denominado *Lo Sperimentale*. Desde 1887 intentó, en efecto, la experimentación social, llevando a la práctica sus ideas anarco-comunistas sobre la organización social y fundando en Citadella, municipio de Stagno Lombardo (Cremona), una cooperativa agrícola, integrada, según informaba *La Révolte* del 1° de junio de 1888, por diecisiete familias dedicadas a cultivar un predio de 120 hectáreas. En aquel mismo año, el emperador Pedro II, a quien Víctor Hugo había llamado «el nieto de Marco Aurelio», ofreció a Rossi 300 hectáreas para que pudiera llevar a cabo en territorio brasileño un experimento anarquista. La mediación de dos prestigiosos músicos, Carlos Gomes (el futuro autor de la ópera *O Guarani*) y João Gomes de Araujo, amigos de Rossi y de su tío, el músico Lauro Rossi, hizo posible tal ofrecimiento. Y aun cuando en 1889 cayó el Imperio y Pedro II fue destronado, el primer contingente de colonos italianos salió de Génova hacia Brasil el 20 de febrero de 1890. El propósito, claramente concebido y enunciado por Rossi, en una carta del 22 de marzo dirigida al escritor anarquista Jean Grave, era el de «constituir en Brasil una colonia anarquista, capaz de dar a la propaganda una demostración práctica de que nuestras ideas son justas y realizables». La colonia Cecilia se fundó, de hecho, en abril de 1890, en las cercanías del pueblo de Palmeiras (provincia de Paraná) y de Santa Bárbara, donde había establecido su «mir» un grupo de alemanes del Volga. Con altibajos y vicisitudes diversas subsistió hasta abril de 1894[338]. El propio Rossi relató y analizó la experiencia en su libro *Cecilia, comunitá anarchica sperimentale*, publicado en Livorno en 1893 y pronto traducido al francés y al alemán (1894) y al español (1896). En 1975 Comolli produjo una bella película sobre esta aventura libertaria, sin ocultar por cierto ningún obstáculo ni minimizar ninguna peripecia[339]. Giovanni Rossi consideró siempre su experimento como un éxito, en cuanto logró probar lo que se proponía: la posibilidad de una sociedad de productores, sin propiedad privada y sin gobierno. Después de haber sido profesor en la Escuela de Agricultura de Taguari (Rio Grande do Sul), retornó a Italia a fines del año 1905 y allí vivía aún en 1939. La colonia llegó a tener más de trescientos miembros. Algunos de ellos se retiraron, desilusionados, a Curitiba, desde donde emprendieron una campaña de descrédito. Un supuesto compañero albanés se llevó el dinero de la cosecha, con lo cual, al no poder pagar los impuestos, la colonia se vio desalojada por las autoridades de la república del lugar que le habían cedido las del imperio[340]. El emperador

[338] V. Muñoz, «Una cronología de Giovanni Rossi» en *Reconstruir*, 83.
[339] Acerca de la colonia Cecilia pueden leerse, además del libro de Rossi, el volumen colectivo *Utopie und Experiment*, Zurich, 1897; Afonso Schmidt, *Colonia Cecilia: Romance de una experiencia anarquista*, São Paulo, 1980; Newton Stadler de Souza, *O Anarquismo da Colonia Cecilia*, Civilização brasileira, Rio de Janeiro, 1970.
[340] Afonso Schmidt, *op. cit.*, pp. 93 sgs.

Don Pedro habíase mostrado más liberal, según diría el periodista Lorenzini, que los flamantes funcionarios republicanos. Aquél creía, sin duda, como supone Afonso Schmidt, que la tierra acabaría por tragarse a los colonos junto con sus ideales; éstos, menos por prejuicios burgueses que por voracidad fiscal, no pudieron tolerar una explotación agrícola sustraída al pago de impuestos[341]. La disolución de la colonia Cecilia no impidió que la experiencia se reiterara en Brasil. En el estado de Santa Catarina fundó un anarquista norteamericano la colonia Cosmos. Hacia 1930, un grupo de letones, partidarios de cierta especie de comunismo cristiano (tal vez afín a la doctrina tolstoiana) estableció la colonia Varpa, en Quatá, estado de São Paulo.

Por otra parte, al margen de estos intentos de experimentación libertaria, llevados a cabo en el campo, por parte de pequeños grupos, emigrantes anarquistas incorporados al artesanado y a la naciente industria iniciaron desde 1890 una intensa propaganda entre las masas urbanas. Entre estos primeros propagandistas se contaban figuras conocidas en el ámbito del anarquismo internacional como Felice Vezzani, Gigi Damiani, Giuseppe Consorti, Alfredo Mari y Oreste Ristori, iniciador en 1904 del periódico *La Battaglia*[342]. El ya mencionado Arturo Campagnoli editaba desde 1892, junto con Galileo Botti, *Gli Schavi bianchi*, cuyo título aludía a la sustitución de la mano de obra esclava (tras la emancipación reciente de los negros) por los proletarios blancos de la inmigración[343]. Entre los militantes portugueses Benjamín Mota editaba *A Lanterna*, revista que duró muchos años, a partir de 1901, y Neno Vasco sacaba sucesivamente varios periódicos y revistas como *O Amigo do Povo, Aurora, A Terra Livre*, y traducía obras fundamentales de la literatura anarquista, como *Evolución y revolución* de Eliseo Reclus. El francés P. Berthelot, que al llegar a Brasil se puso en contacto con algunas tribus indígenas e intentó promover en ellas una organización libertaria, firmaba sus colaboraciones en la prensa anarquista con el seudónimo de Marcelo Verema y en 1911 publicó en São Paulo, con prólogo de Neno Vasco, un folleto titulado *O Evangelho da Hora*, casi simultáneamente traducido al francés por *Les Temps Nouveaux* de París, al castellano en Chile en 1922 y después en la Argentina, en las ediciones de *Pampa Libre* y al esperanto en Amsterdam en 1912. Conviene recordar también al islandés Magnus Soendahl, cuyo periódico *O Sociocrata*, que salía en Sete Lagoas, Minas Gerais, así como sus libros *Conhecer para prever a fim de melhorar-União sociocrática-Catecismo Orthologico* (Juiz de Fora-1890) y *Guia sociocrático-Dados praticos e geraes sobre a índole e o plano de propaganda da Razão* (Bahía-1910), expresaban una mezcla de ideas libertarias y autoritarias (positivistas)[344]. En Río de Janeiro, en 1899, un conductor de tranvía, el anarquista J. Mota As-

[340] Afonso Schmidt, *op. cit.*, pp. 93 sgs.
[341] *Ibid.*, p. 105. Cfr. Rosellina Gosi, *Il socialismo utopistico: Giovanni Rossi e la Colonia Anarchica Cecilia*, Milano, 1977.
[342] Max Nettlau, «Viaje libertario» en *Reconstruir*, 78, pp. 43-44. J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 20.
[343] D. Viñas, *op. cit.*, p. 89.
[344] Max Nettlau, «Viaje libertario» en *Reconstruir*, 78, pp. 46-47.

sunção, que sólo tenía veintiún años de edad, fundó *O Protesto*, del cual llegaron a salir 11 números. En 1904, el zapatero Manuel Moscoso y el tipógrafo Carlos Dias iniciaron la publicación de *O Libertário*.

Max Nettlau enumera, para el período que va de 1892 a 1904 los siguientes periódicos anarquistas: A) en Río de Janeiro: *O Protesto, O Golpe, A Greve, Kultur, O Libertário*; B) en Curitiba: *A Voz do Dever, O Despertar, Il Diritto*; C) en São Paulo: *Avante, O Amigo do Povo, Emancipação, Gli Schiavi Bianchi, L' Asino Umano, L' Avenire, L'Operaio, Il Risveglio, La Rivolta, La Terza Roma*[345]. En el lapso de 1905 a 1914 nombra: A) en Río de Janeiro: *Novo Rumo, Liberdade, A Guerra Social, Aurora*; B) en São Paulo: *Aurora, Terra Livre, La Battaglia, Il Libertario, Il Ribelle, L'Azione Anarchica*; C) en otras localidades: *A Luta* (Porto Alegre), *O Proletário* (Santos), *A Nova Era* (Taboleiro Grande-Minas Gerais). Como «un poco libertarias o, al menos, antipolíticas» considera a las siguientes publicaciones periódicas: *União dos Operários* (Santos), *A Voz Operária* (Campinas), *Luz Social* (Vila Nova de Lima-Minas Gerais), *Semana Operária* (Río de Janeiro), *Tribuna Operária, A Revolta* (Santos), *O Grito Social* (Aradas); *O Proletário* (Aveiro)[346]. Según José Ingenieros, ya en 1875 se fundaron en Brasil varias secciones de la Internacional, que establecieron correspondencia, hasta 1882, con las secciones de Buenos Aires y Montevideo[347]. Anarquistas y socialistas se reunieron el 15 de abril de 1894 en São Paulo, con el objeto de organizar la conmemoración del 1° de mayo, por primera vez en Brasil. «La policía paulista, informada del «criminal» acontecimiento por el cónsul italiano, asaltó el local y arrestó a nueve promotores de la reunión, llevando a los brasileños a las prisiones del Estado y a los extranjeros a Río de Janeiro, donde permanecieron hasta el 12 de diciembre de aquel año»[348]. En Río Grande do Sul la União Operária (cuya ideología fluctuaba entre el anarquismo y el socialismo reformista) nació en 1896 y la Liga Operária Internacional (más definidamente anarquista) en 1897. Ambas promovieron el Primer Congreso Obrero de Río Grande do Sul, que se reunió el 1° y 2 de enero de 1898 y en el cual desempeñó sobresaliente papel el «Grupo Libertarios»[349]. Las huelgas, a cuya promoción casi nunca eran ajenos los anarquistas (organizados en grupos o como simples individuos) se multiplicaron en la última década del siglo XIX. En 1890, por ejemplo, se produjo la de los tejedores de la fábrica de Madalena, en Recife; en 1892 la del ferrocarril de Baturité, en Fortaleza; en 1898 la de los cocheros de Guanabara. En 1899 el *Almanaque de Pernambuco* publicó el *Decálogo de los anarquistas* y casi al mismo tiempo el Dr. Silva Mendes decía en su tesis doctoral (*Socialismo Libertario ou Anarquismo*): «Nadie se aturde por ser anarquista: lo son algunas de las ma-

[345] Max Nettlau, «Contribución a la bibliografía anarquista», pp. 16-17.
[346] *Ibid.*, pp. 27-28.
[347] J. Ingenieros, *Almanaque socialista de «La Vanguardia» para 1899*, Buenos Aires, 1988, p. 26.
[348] Edgar Rodrigues, *op. cit.* pp. 64-65. Cfr. J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 22.
[349] *Ibid.*, pp. 73-74.

yores intelectualidades de la actualidad: H. Spencer, Kropotkin, Eliseo Reclus, Tolstoi, Ibsen, esto es, el mayor sociólogo, el mayor apóstol de la libertad, el mayor geógrafo, el mayor cristiano y el mayor dramaturgo. De manera que o el anarquismo es una utopía formidable o una fatalidad social»[350].

Sociedades de resistencia y específicos grupos libertarios aparecieron en todo el país. Así, en 1900 se fundó en Santos la «Sociedade Primero de Maio»; en 1901, en São Paulo, la «Liga dos Artistas Alfaiates»; en 1903 el Movimiento sindicalista revolucionario renovó su proselitismo y logró «la fundación de centenares de agrupaciones, asociaciones y uniones obreras». En el estado de Río de Janeiro se fundó la «Federación de Asociaciones de Clase», que más tarde se denominaría «Federación Obrera Regional Brasileña»[351]. La reacción de la república oligárquica no se dejó esperar. En 1902 asumió la presidencia el conservador paulista Rodrigues Alves[351 bis]. Al principio, encomendó la represión a la policía. Los abusos judiciales se hicieron bastante claros y un juez íntegro, Vicente de Carvalho, levantó su voz de protesta. El gobierno decidió entonces salvar las formalidades constitucionales y envió a la Cámara de Diputados un proyecto, que se convirtió en ley a comienzos de 1904, en primera votación. Esta ley, que se conoce con el nombre de «Ley Gordo» (por haber sido el diputado Adolfo Gordo, hombre de negocios de São Paulo, a quien los militantes obreros consideraban como «el más despreciable de los legisladores»[352] quien la presentó, en nombre del ejecutivo), era equivalente a la «Ley de Residencia», aprobada en la Argentina en 1902, y contemplaba también el confinamiento de los militantes brasileños (en el remoto territorio de Acre, la Tierra del Fuego del Brasil) y la expulsión de los extranjeros. «Así eran los republicanos y demócratas que habían sucedido al emperador Pedro II», comenta Edgar Rodrigues. El proletariado afrontó todos los peligros, añade el mismo historiador, y siguió creando sociedades de resistencia y uniones clasistas en las siguientes localidades: En São Paulo: Unión de Trabajadores Gráficos, Unión de Sombreros, Liga de Carteros y anexos, Liga de Madereros, Unión Internacional de Zapateros, Unión Obrera; en *Santos*: Sociedad Internacional Unión Obrera (que agrupaba a todos los gremios); en *Campinas*: Liga Obrera; en *Jundiaí*: Liga Obrera, Centro Obrero Internacional; en *Río Claro*: Liga Obrera; en *Río de Janeiro*: Liga de Artes Gráficas (después llamada Unión de Trabajadores Gráficos), Unión de Estibadores y Cargadores de carbón mineral, Unión de Empleados del Ferrocarril Central de Brasil, Unión de Obreros de la Construcción Civil, Alianza de los Obreros del Calzado, Centro Cosmopolita (bares, restaurantes y hoteles), Unión de los Obreros del Ingenio de Adentro, Asociación de Resistencia de Cocheros y Carreros, Unión de Foguistas de la Marina Mercante y Lanchas del Puerto, Asociación de Obreros Muebleros, Unión de

[350] *Ibid.*, p. 69.
[351] *Ibid.*, p. 82.
[351 bis] Cfr. José María Bello, *op. cit.*, pp. 172-184.
[352] J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 27.

sastres y Anexos, Unión de Panaderos, Unión de Obreros Textiles, Asociación de Marineros y Remeros, Unión de Canteros, Unión Protectora de Sombrereros[352 bis]. En Río de Janeiro la policía reprimió duramente en 1903 la huelga de la industria textil que, según dice J. W. Foster Dulles, quedó perpetuada en la historia de las luchas obreras como el movimiento huelguístico más importante realizado en Brasil hasta el momento[353].

Muchas de estas sociedades de resistencia y uniones obreras no se limitaron a su función de agitación y lucha en defensa de los trabajadores sino que se preocuparon también por la educación popular y la cultura de sus afiliados. Así, por ejemplo, en la ciudad de Santos, el Centro Internacional de Pintores, creado por los anarquistas, albergaba una Universidad Popular, en la que se dictaron centenares de cursos y conferencias. El ejercicio de la solidaridad y la ayuda mutua, tan encarecida por Kropotkin, no era ajeno tampoco a los trabajadores: en 1904, en el «Centro de las Clases Trabajadoras» de Santos se creó una comisión obrera para prestar socorro a los campesinos del Nordeste, azotados por una de las devastadoras sequías periódicas, ante la casi total indiferencia de la burguesía y del gobierno. El 1° de mayo de 1904 fue recordado por primera vez en el «Círculo Socialista de França», en São Paulo, el martirio de los obreros de Chicago. En 1905 se fundó en Campinas la «Liga Obrera», sindicato de oficios varios, donde el 29 de diciembre el conocido escritor libertario Everardo Dias pronunció una conferencia sobre «Jesucristo, agitador social», lo cual levantó gran tormenta en los círculos católicos. En São Paulo, la «Unión de Trabajadores Gráficos» organizó un ciclo de conferencias semanales con fines de esclarecimiento ideológico. También en Paratins, Amazonas, se fundó en 1905 un «Gremio Obrero», que se mostró muy activo[353 bis]. Los movimientos reivindicativos se multiplicaron asimismo durante los años 1904 y 1905. El más importante de ellos fue quizá el que se desarrolló en Santos, a fines de 1905, que tuvo carácter de huelga general.

El 11 de noviembre de 1905, en el local de la «Federación de Asociaciones de Clase», de Río de Janeiro, un grupo de connotados militantes, entre los cuales estaban Joel de Oliveira, María de Oliveira, Luiz Magrassi, José Romero, Alfredo Vásquez, Salvador Alacid, Carlos Lobagele, José Rodrigues, Antonio Moutinho y João Benvenuto, fundaron la agrupación anarquista «Novo Rumo», la cual comenzó luego a publicar el periódico homónimo[354].

En 1905 se iniciaron los intentos de organizar una federación nacional de sindicatos y sociedades obreras. El año siguiente, la Federación Regional de Río de Janeiro convocó a un congreso nacional, del cual surgió la «Confederación Obrera Brasileña»[355]. Aquí se enfrentaron por vez primera los anarquistas con los socialistas (marxistas). «Mientras los socialistas intentaban

352 bis Edgar Rodrigues, *op. cit.* pp. 85-86.
353 J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 26.
353 bis *Ibid.*, pp. 97-98.
354 *Ibid.*, p. 99.
355 S. Fanny Simon, en D. Viñas, *op. cit.*, p. 86.

transformar al movimiento en la base de sustentación de un nuevo partido político, los anarquistas se opondrán intransigentemente a esta propuesta, reclamando a su vez la fundación de una Confederación Obrera Brasileña (COB) con las características de una organización sindical «apolítica» y sobre la base de la concepción de un sindicalismo revolucionario sostenido en la autosuficiencia de las sociedades de resistencia económica»[356].

El congreso se inauguró el 15 de abril en el «Centro Gallego» y se clausuró el 22 en el Teatro Lucinda. La Confederación comenzó a actuar en 1908. Estaba inspirada en el modelo de la CGT francesa, entonces dirigida por anarquistas y sindicalistas revolucionarios. Su primer secretario fue Ramiro Moreira Lobo. Su órgano periodístico, *A Voz do Trabalhador*, empezó a editarse el 1° de febrero de 1908, bajo la dirección del anarquista Manuel Moscoso[357]. La primera fase de la COB duró hasta diciembre de 1909, y se caracterizó por su campaña contra la proyectada guerra entre Brasil y Argentina, y por su pública protesta por el fusilamiento de F. Ferrer en España[356 bis]. En 1906, el 1° de mayo fue conmemorado por primera vez públicamente en Río de Janeiro, São Paulo, Santos, Jundiaí, Campinas, etc. Ese año se produjo en São Paulo, promovida en gran parte por militantes anarquistas, la huelga general ferroviaria[358], y en diciembre se reunió la Primera Conferencia Obrera Estadual en la que se reestructuró la Federación Obrera de São Paulo y se decidió convocar un Congreso para 1908[359]. Comenzaba la presidencia de Afonso Pena, en la cual se extendió la red ferroviaria, se reorganizó el ejército y la marina y creció la industria nacional[360].

Los anarquistas brasileños, como los argentinos, no descuidaron el problema de la educación de los niños. La «Liga Obrera» de Campinas fundó el 24 de febrero de 1907 una «Escuela libre», dirigida por el profesor Renato Salles, sobre el modelo de la Escuela Moderna de Francisco Ferrer[361]. El 1° de mayo de ese año estalló en São Paulo y otras ciudades una huelga general en pro de la jornada de ocho horas, según se había resuelto el año anterior en el Primer Congreso Obrero Nacional celebrado en Río de Janeiro[362]. El jefe de policía de São Paulo declaró que «la huelga fue provocada por algunos anarquistas, agitadores de oficio, pagados por gobiernos extranjeros para matar nuestra industria»[362 bis].

La propaganda libertaria se multiplicaba, con la participación de militantes como Carlos Dias, Oreste Ristori, Edgar Leuenroth y de la Federación Obrera de Río de Janeiro, que, en 1907, organizó conferencias en diferentes

356 Norberto Bobbio-Nicola Mateucci, *Diccionario de Política*, México, Siglo XXI, I, p. 59.
356 bis J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 30.
357 Edgar Rodrigues, *op. cit.*, p. 114 sgs.; J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 27.
358 *Ibíd.*, pp. 141-147; J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 28.
359 *Ibíd.*, pp. 173-180.
360 J. Pandiá Calógeros, *Formação histórica do Brasil*, São Paulo, 1972, pp. 358-359.
361 Edgar Rodrigues, *op. cit.*, p. 186.
362 *Ibíd.*, p. 196.
362 bis J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 29.

lugares del Estado sobre temas tales como *Patriotismo* y *militarismo, Religión y Estado, Instrucción, Educación, El trabajador y la Iglesia*, etc.[363]. En este momento los anarquistas brasileños mantenían relaciones estrechas con sus camaradas de Perú y de Argentina[364].

La solidaridad internacional de los anarquistas fluminenses se puso de manifiesto una vez más cuando se enteraron de que, en un barco anclado en el puerto de su ciudad, venía, exiliado de la Argentina, el militante Máximo Suárez, que había formado parte del grupo editor de *La Protesta* de Buenos Aires. Con la ayuda de los estibadores lograron ponerlo en libertad y él se incorporó pronto a la lucha obrera y anarquista del Brasil. También en este año de 1907 el «Grupo Libertario» de Río Grande do Sul ensayaba un original sistema de propaganda, mediante el envío de tarjetas postales con figuras y frases referentes al anarquismo, mientras en São Paulo se fundaba el «Grupo Libertario Germinal» (por la fusión de dos grupos anteriores) y en Santos la «Federación Obrera» desplegaba una intensa actividad cultural y propagandística, organizando conferencias a cargo de Eladio César Antunha, Luiz Lascala, Ezequiel Simoni, Romão Gens, etc.; recitales, teatro social, etc. Pero tampoco faltaron en 1907 las huelgas: en Río de Janeiro los carboneros lograron reducir a 11 horas su jornada de trabajo (que era de 16 horas); los pintores y electricistas del Teatro Municipal consiguieron abreviar también su larga jornada; en Pau Grande, estado de Río de Janeiro, se declararon en huelga los tejedores y alcanzaron el triunfo; en São Paulo hicieron lo mismo los metalúrgicos de la Compañía Fidgerund y los obreros de la Compañía Mecánica (que luchaban por las ocho horas), pero ambos movimientos fracasaron, pese a la heroica resistencia de los trabajadores, así como la huelga en las fundiciones Craig y Martins, y F. Amaro. Allí mismo se declararon en huelga las costureras, en procura de un horario más humano, mientras en Bahía dos mil tejedores del Emporio Industrial del Norte lo hacían por lograr mejores salarios. Como en Buenos Aires y en Santiago de Chile, en México y en Veracruz, los anarquistas iniciaron en Río de Janeiro, a fines de 1907, la lucha por la rebaja de los alquileres, fundaron la Liga del Inquilinato y difundieron la idea de una «huelga de locatarios»[365].

En el estado de Paraná, la explotación de los trabajadores, que se manifestaba sobre todo en los bajos salarios y duras condiciones laborales de los ingenios de yerba mate (análogos a los del Paraguay y Argentina)[366] y de las panaderías, fue buen terreno para la organización de la Federación Obrera, así como para la prédica de los anarquistas, con su periódico *O Despertar*. Algunos de ellos organizaron un Congreso Obrero en Curitiba. Sobresalía por entonces en la militancia paranaense el inmigrante Gigi Damiani, a quien

[363] Edgar Rodrigues, *op. cit.*, p. 216.
[364] V. Alba, *op. cit.*, p. 101.
[365] Edgar Rodrigues, *op. cit.*, pp. 217-219. Cfr. Luis Heredia M., *op. cit.*, pp. 45-48; F. Quesada, *La Protesta*, 1, pp. 87-88.
[366] Edgar Rodrigues, *op. cit.*, pp. 221-225.

Oiticica llamará «gran anarquista italiano de vieja cepa, cuya mayor gloria es ser digno de permanecer en el recuerdo de quienes lucharon con él». Colaborador de *La Battaglia*, fundó también en Curitiba, un periódico en portugués, llamado *O Direito*, «con la esperanza de influir —como dice J. W. Foster Dulles— en los trabajadores locales, en su mayoría alemanes y polacos»[366 bis].

Entre 1908 y 1910, sin embargo, el movimiento obrero padeció un período de postración y retroceso. Por una parte la represión aumentó durante la presidencia de Afonso Pena (cuyo intervencionismo económico correspondía a la noción del Estado gendarme)[367], por otra, la ideología libertaria, alma y motor de la actividad sindical hasta ese momento, se diluía en la creciente masa obrera, y no lograba penetrar tanto ni tan hondo como sus propagandistas hubieran deseado. Sin embargo, en esa época la central obrera y los periódicos anarquistas emprendieron una valiente campaña contra el servicio militar obligatorio que el gobierno intentaba imponer. También aquí los elementos chauvinistas lograron agitar la opinión pública con el fantasma de la amenaza fronteriza. En este caso el presunto invasor era la Argentina (el más grande de los vecinos).

Pero curiosamente, en este complot anti-nacional, los anarquistas aparecían como agentes del extranjero, igual que los anarquistas argentinos serían agentes de Chile (durante la huelga de la Patagonia) según el coronel Varela y los militares. En Brasil, los anarquistas, seguidos por muchos socialistas y algunos liberales, llevaron la campaña pacifista a todos los ámbitos de la nación, a través de conferencias y foros, y fundaron la *Liga Antimilitarista*, cuyo órgano era el periódico *Não Matarás*, dirigido por los libertarios Mota Assunção y Eloy Pontes. En 1908 no dejaron los anarquistas de promover movimientos de protesta entre los trabajadores. Estallaron huelgas, como la de los sombrereros, la de los alfareros de Conceição dos Garulhos, la de los tejedores de Crespy y compañía, la de los obreros de la Societá Italo Gasparini en Salto de Itu y, la más importante de todas, la de los trabajadores del puerto de Santos, cruelmente reprimida. Del 17 al 19 de abril de este mismo año se reunió el segundo Congreso Obrero Estadal de São Paulo[368]. El fusilamiento de Francisco Ferrer, que provocó un movimiento universal de protesta[369] tuvo también gran repercusión en Brasil, y en las principales ciudades realizaron manifestaciones no sólo los anarquistas y socialistas, sino también los liberales y aun los conservadores, no sólo los obreros sino también los estudiantes y los intelectuales. Todo esto no impidió, sin embargo, que Edmundo Rossoni, militante italiano, fuera expulsado del Brasil por haber intentado fundar una escuela racionalista, inspirada en la de Ferrer[370].

[366] Edgar Rodrigues, *op. cit.*, pp. 221-225.
[366 bis] J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 20.
[367] José María Bello, *op. cit.*, p. 199.
[368] Edgar Rodrigues, *op. cit.*, pp. 227-245.
[369] Cfr. G. Lapouge-J. Bécarud, *op. cit.*, p. 70.
[370] V. Alba, *op. cit.*, p. 101.

El movimiento obrero y anarquista de Brasil supo mostrarse también solidario con los compañeros que, durante las festividades del centenario de la independencia, eran perseguidos, desterrados, encarcelados o muertos en la Argentina[371]. Igual que en Uruguay, los anarquistas crearon en Brasil, en 1910, un Comité Revolucionario de solidaridad y apoyo, que organizó mítines y conferencias, y publicó muchos folletos y manifiestos, como, por ejemplo, el que firman conjuntamente los grupos editores de *A Terra Livre* y *La Battaglia*, los grupos «Aurora», «Pensamento e Ação», «Libertas», «Propaganda», «Germinal» y los «Círculos de Estudos Sociais de Bom Retiro» (São Paulo, 19 de mayo de 1910)[372]. En 1910 apoyaron los anarquistas decididamente la rebelión del marinero João Cándido, quien sublevó a la tripulación del «Minas» y del «São Paulo», los dos principales barcos de la marina de guerra brasileña, exigiendo la supresión de la tortura dentro de las fuerzas armadas. Del movimiento, conocido con el nombre de «Revuelta del látigo» (Revolta da chibata), habla en sus memorias Afranio Peixoto. En 1911 se desató una ruda pelea entre los obreros del puerto de Santos, guiados por los anarquistas, y el trust Gaffrée y Guinle, por la disminución de la jornada del trabajo, que era de catorce horas, y el aumento de los jornales, que eran míseros. Nació entonces allí el periódico *A Revolta*, redactado por Florentino de Carvalho y Silvio Floreal, y algunos de sus artículos de combate llegaron a ser traducidos y publicados en *Regeneración*, el famoso órgano mexicano de Flores Magón. Al mismo tiempo, en Río de Janeiro, el grupo anarquista «Guerra Social» comenzó a editar un periódico homónimo, en el que colaboraban Gigi Damiani, Carlos Dias, José Martins, Astrogildo Pereira y diversos corresponsales desde el exterior, como Neno Vasco en Portugal, José Cordeiro en Inglaterra, Ernesto Herrera en Uruguay y Manuel Moscoso en Argentina[373]. Durante ese mismo año se produjeron también huelgas rurales en haciendas de Bragança, Campinas e Ilha Grande, en el estado de São Paulo, y huelgas urbanas entre los albañiles y cerrajeros de la capital del estado. El periódico *A Lanterna* recolectó 95 dólares para ayudar a los anarquistas mexicanos[374].

Por la jornada de ocho horas lucharon los albañiles de Sorocaba y por la de diez horas los tejedores; por un aumento del 15% los albañiles de Campinas. El 12 de agosto se declararon en huelga los trabajadores del ferrocarril del Noroeste; la Liga Obrera de Bauru fue asaltada por la policía y muchos de los huelguistas desterrados a las selvas de Mato Grosso. El 14 hicieron lo mismo los ferroviarios de Jataí (Goias) y muchos de ellos, según refiere Everardo Dias en su *Historia das lutas sociais no Brasil*, fueron, a su vez, terriblemente torturados o asesinados. El 16 declararon la huelga los carpinteros de Jaú (São Paulo) para obtener las ocho horas; el mismo día hicieron

[371] Cfr. D. A. de Santillán, *El movimiento anarquista en la Argentina*, ed. cit., pp. 179-186.
[372] Edgar Rodrigues, *op. cit.*, p. 279.
[373] *Ibid.*, pp. 285-294.
[374] Robert J. Alexander, *Labor Parties of Latin America*, Nueva York, 1942, p. 29. Cfr. J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 25.

otro tanto, para lograr las diez horas (en vez de las catorce que trabajaban), los textiles de São Bento (São Paulo); el 5 de septiembre los zapateros de Río de Janeiro, quienes después de un mes lograron un aumento de salarios; el 26 del mismo mes, los textiles de Sorocaba (São Paulo), sin mucho éxito. La represión era en 1911 muy dura, pero el movimiento obrero crecía y el anarquismo lograba dentro del mismo una enorme influencia[375]. Nuevos periódicos, nuevas agrupaciones, nuevos libros y folletos libertarios nacieron en 1912; nuevas luchas y huelgas se desarrollaron también por iniciativa de los anarquistas en todo Brasil. En Porto Alegre empezó a publicarse *A Voz do Trabalhador*; en São Paulo, *O Proletário*; en Río de Janeiro, *O Progresso*. La biblioteca de *A Lanterna* publicó el libro de José Rizal, *No País dos Frades*, y *A Vida* el folleto de Carlos Dias, *Semeando para colher*. Se fundaron muchas sociedades de resistencia, como la «Liga Obrera Internacional» en Río Preto (São Paulo), la «Liga Obrera Machadense» en Machado (Minas Gerais), el «Centro Sindicalista de la Clase Trabajadora de Pará» en Belém (Pará); el «Sindicato de Pintores» en Río de Janeiro, etc. Entre las varias huelgas que se declararon en São Paulo (gráficos, textiles, etc.) sobresalió la de los zapateros que se prolongó durante cinco meses y medio y concluyó con un aumento salarial del 10% y una jornada de 8 horas y media. En Santos fue violentamente reprimida la huelga que declararon el 15 de julio los portuarios. Muchos obreros fueron presos y torturados; varios anarquistas, como Manuel Gonçalvez, Miguel Garrido y Florentino de Carvalho, desterrados de Brasil[376].

En 1910 había sido elegido presidente Hermes da Fonseca, que «encarnaba, además de la imposición militar, el irritante primado de las oligarquías republicanas y la amenaza a las libertades públicas o, en otras palabras, el pequeño cesarismo latinoamericano, sin brillo y sin heroísmo, del cual había hablado Carlos Peixoto»[377].

Algunos sindicalistas amarillos, dirigidos por Pinto Machado e incitados por el diputado Mario Hermes, hijo del presidente-mariscal, reunieron en noviembre de 1912 un congreso, inexplicablemente denominado «Cuarto Congreso Obrero Brasileño», con el fin de encarrilar el agresivo movimiento de los trabajadores por las sendas del reformismo, de la beneficencia y del nacionalismo.

En realidad, «para irritación de los anarquistas —dice J. W. Foster Dulles—, se consideraban los congresos socialistas de 1892 y 1902 como 'congresos laborales', y el Primer Congreso Obrero de 1906 como el tercero». Los anarquistas consideraron a la CBT (Conferação Brasileira do Trabalho), allí fundada, como una «creação velhaca»[378]. Se trataba de sustraer a la clase obrera de la influencia anarquista, y ponerla a salvo de toda veleidad revolucionaria mediante una vacuna: la fundación de un partido laborista. Refor-

[375] Edgar Rodrigues, *op. cit.*, pp. 300-303.
[376] *Ibid.*, pp. 308-318; J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 29.
[377] José María Bello, *op. cit.*, p. 214.
[378] J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 32.

mismo, nacionalismo y populismo constituían la fórmula salvadora que la burguesía (no sin el beneplácito del ejército y del gobierno) esgrimía para liberar al Brasil del anarquismo y del socialismo revolucionario. En aquella ocasión tal fórmula fracasó, pero más adelante, a partir de Getulio Vargas, logró resonantes triunfos que no cesaron de repetirse hasta el presente[378 bis].

En realidad, el Segundo Congreso Obrero Brasileño se reunió en el Centro Cosmopolita de Río de Janeiro, entre el 8 y el 13 de septiembre de 1913, con la participación de dos federaciones estadales, cinco federaciones locales, cincuenta y dos sindicatos y cuatro periódicos, representados por ciento diecisiete delegados. Aun cuando se abstuvo de toda definición ideológica, resulta evidente a quien analiza sus conclusiones, que en él predominaba ampliamente el elemento anarquista[379]. Astrogildo Pereira, el futuro secretario-fundador del Partido Comunista, expresó así, en aquella ocasión, su actitud frente a la Segunda Internacional: «El sindicalismo nada tiene que ver con la Segunda Internacional, ya que trata de una cuestión de Partido y no de sindicalismo»[380].

El congreso aconsejó borrar de los estatutos sindicales cualquier vestigio de fórmulas burocráticas y coercitivas y rechazar cualquier jefatura o pretensión de liderazgo individual[381].

En el año 1913 aparecieron nuevos periódicos anarquistas en diversas regiones de Brasil, como *A Luta Social*, que dirigía en Manaus el portugués Tércio de Miranda; *A Luta*, que sacaba en Porto Alegre «O Grupo de Homens Livres»; *Liberdade*, que fundó el profesor Matera, y *Coluna Operária*, en Río de Janeiro. Multitudinarias conmemoraciones del 1° de mayo hubo en las principales ciudades y centros obreros. Nuevas sociedades de resistencia se fundaron, como la Liga Obrera Varginhense, en el sur de Minas Gerais, y la Federación Obrera de Pelotas, Río Grande do Sul[381 bis]. José Elías da Silva, obrero textil, marinero, zapatero de Pernambuco llegó a su estado natal como delegado de la COB y transformó la mayoría de las sociedades obreras de beneficencia en sindicatos combativos, fundando la Federación de Trabajadores de Pernambuco [382]. Así como en la Argentina, la FORA y otros grupos de la izquierda (anarquistas, sindicalistas, marxistas) no dejaron nunca de luchar contra la famosa «Ley de Residencia»[383], la Confederación Obrera, los anarquistas y los no muy numerosos marxistas que por entonces había en el Brasil emprendieron una persistente campaña contra la no menos famosa «Ley Adolfo Gordo». En 1913 se organizaron manifestaciones y mítines de protesta en São Paulo, Río de Janeiro, Campinas, Santos, Ribeirão Preto y aun en Río Claro (que veinte años más tarde sería baluarte

[378 bis] José María Bello, *op. cit.*, pp. 303-305 (Cfr. Sertório Castro, *A Republica que a Revoluçao distruiu*, Río de Janeiro, 1932; Alejandro Mendible Z., *El ocaso del autoritarismo en Brasil*, Caracas, 1986, pp. 26-27).
[379] Edgar Rodrigues, *op. cit.*, pp. 319-334; J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 33.
[380] Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e Cultura Social*, Río de Janeiro, Laemmert, 1972, p. 31.
[381] J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 33.
[381 bis] Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e Cultura Social*, pp. 32-36.
[382] J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 34.
[383] F. Quesada, *La Protesta*, I, p. 92.

del integralismo). Entre los oradores y periodistas que más se empeñaron en esta campaña contra la ley inicua figuraban João Gonçalvez, Cecilio Junior, Orlando Xavier, Orlando Corrêa Lopes, Eladio César Antunha y Manuel Campos, que en 1914 sería víctima de la misma ley[383 bis].

C— EL MOVIMIENTO ANARQUISTA DESDE LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Al estallar la Primera Guerra Mundial, los anarquistas del Brasil no tardaron en proclamar, como la mayoría de sus compañeros europeos y latinoamericanos, una firme posición pacifista. En São Paulo imprimieron y repartieron una suerte de tarjetas postales que decían: «Papá, no vayas a la guerra». El poeta Ricardo Pinheiro hablaba de «a guerra que arranca inclemente/ das choupanas dos pobres plebeus/ a mais forte e mais moça da gente,/ para dar em tributo ao seu deus»[384]. En ese momento comenzó a salir en Río de Janeiro la revista mensual *A Vida*, dirigida por Orlando Corrêa Lopes, que, partiendo de las ideas de Sebastián Faure, Enrique Malatesta, Eliseo Reclus y otros ideólogos anarquistas, inició una campaña antibélica. Lima Barreto, que estaba suscripto a esta revista así como después a *Na barricada* que en 1915 publicaría el mismo Corrêa Lopes, primero había adherido a la Liga pro Aliados, pero poco después se retiró de ella y rectificó su posición, situándose al lado de los anarquistas. Y «aun sin participar de la acción directa, dio al movimiento, que crecía a ojos vista, lo mejor de su esfuerzo de escritor y periodista»[385]. En Porto Alegre los anarquistas fundaron una «Liga Antimilitarista», asaltada luego por los cadetes de la Escuela Militar, que demostraron su valor rompiendo mesas y quemando libros. La guerra elevó en Brasil, como en otros países latinoamericanos exportadores de productos agrícolas, el precio de los alimentos, lo cual afectaba gravemente a los trabajadores cuyos salarios no eran aumentados en proporción. Los empresarios alargaban la jornada de trabajo y al mismo tiempo establecían la semana de tres días. Los anarquistas iniciaron entonces una gran campaña contra la carestía, con un mitin realizado en el barrio del Bom Retiro, de São Paulo, el 8 de marzo, en el cual habló el infatigable militante italiano Oreste Ristori. Las huelgas parciales por aumentos de salario lógicamente se multiplicaron. En febrero fueron los obreros de las fábricas textiles de Juta, São Paulo, a quienes se les habían demorado los pagos durante dos meses. En abril se declaró la huelga general en Pará por aumento de salarios.

El 1° de mayo convocaron los anarquistas reuniones públicas en São Paulo (en la Praça da Se); en Belo Horizonte (con la participación de Alexandre Zanella, Donato Donatti, José Torres, etc.); en Petrópolis (donde fue detenido José Elías da Silva, anarquista más tarde pasado al Partido Comunista);

383 bis Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e Cultura Social*, pp. 39-40.
384 *Ibid.*, pp. 48-56.
385 Francisco de Assis Barbosa, *A Vida de Lima Barreto*, Río de Janeiro, Brasilia, Civilizacão brasileira, p. 250.

en Río de Janeiro (en el Largo de São Francisco, de donde fueron desalojados por la policía); en Santos (en el Largo Monte Alegre y en la Praça Telles), etc. La campaña contra la guerra estaba lógicamente vinculada con la lucha contra la carestía. Anarquistas y socialistas crearon, con esa doble finalidad, el «Comité Proletario de Defensa Popular». Este organizó el 15 de agosto de ese mismo año de 1914, en Río de Janeiro, un gran mitin contra la carestía, que acabó con un asalto a los comercios y depósitos de comestibles. Una manifestación parecida se realizó en Santos, al mes siguiente, en la cual hablaron Enrique Ramos y Manuel Campos.

En julio tuvo lugar en São Paulo el «Encuentro de Agrupaciones Anarquistas del Brasil», que dejó establecida una «Comisión de Relaciones», con el objeto de facilitar la comunicación entre los muchos pero dispersos grupos, coordinar sus actividades y fomentar la divulgación de la prensa y la literatura anarquistas, tanto brasileñas como extranjeras[386].

Mientras tanto se fundaban nuevos grupos: en julio, el «Grupo Iconoclasta»; en agosto, el «Ateneo Sindicalista» y en septiembre el «Grupo de Teatro Social Primero de Mayo», en Pelotas. En Porto Alegre surgía el «Gremio de Estudios Sociales»; en São Paulo, el Centro libertario «Deutschen Graphischen Verbands für Brasilien». Se editaron numerosos folletos, tales como *A sementeira, Onde Esta Deus?, Qual é a Religião* que Devemos Ensinar aos Nossos Filhos?, A Social Democracia Alemã, etc. Una campaña empeñosa y tenaz realizaron también durante este año los anarquistas en muchas ciudades de Brasil para impedir el destierro del militante español Manuel Campos, pero no tuvieron éxito[387]. Había asumido la presidencia de la República Venceslau Brás, político «paciente y contemporizador»[388] con la burguesía, pero no con los trabajadores. En 1915 surgieron nuevos órganos del pensamiento libertario: *O Debate* en Maceió; *O Combate* en São Paulo; *Na Barricada* de Orlando Corrêa Lopes, y *Crítica Social e Combate* en Río de Janeiro.

También estallaron huelgas, casi siempre promovidas o animadas por los anarquistas. En marzo los trabajadores que construían el ramal ferrocarrilero de Três Lagoas abandonaron el trabajo en protesta por no haber recibido sus salarios en nueve meses.

El 1° de mayo de 1915 la «Comissão de Agitação Contra a Guerra», fundada por anarquistas, organizó en colaboración con la Confederação Operária Brasileira un gran mitin antibélico en el Largo de São Francisco, Río de Janeiro, donde hablaron el Dr. Orlando Corrêa Lopes, Candido Costa, Labindo Vieira y otros oradores libertarios. En São Paulo, diversas sociedades obreras, centros culturales y periódicos orientados por los ácratas fundaron, a su vez, la «Comissão Internacional Contra a Guerra», que celebró también el 1° de mayo de 1915 su primer mitin en la Praça da Se, donde hablaron, entre otros, José Romero, A. Nalepinsky, Passos Cunha y Edgard Leuenroth. Aunque

[386] Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e Cultura Social*, pp. 57-67.
[387] *Ibid.*, pp. 71-76.
[388] José María Bello, *op. cit.*, p. 234.

los anarquistas se opusieron a la guerra en todos los países de América Latina, en ninguno de ellos llegaron a hacer una campaña tan intensa de repudio como en Brasil[389].

El 16 de octubre de ese mismo año se realizó en Río de Janeiro un Congreso Internacional de la Paz. Inmediatamente después, entre el 18 y el 20, reunieron en la sede de la «Confederação Operaria Brasileira» un Congreso Anarquista Sudamericano[389 bis].

El aumento del costo de la vida y la desocupación dejaban sentir duramente su flagelo sobre las clases proletarias en 1916. El poeta libertario Martins Fontes escribía:

O primeiro tem fome. O segundo tem fome.
O terceiro tem fome. E assim outros, milhares!
Mas en tantas legíões
oes, que e melhor Não contares,
Quantos são os que a dor da miséria consome![390].

La guerra mundial trajo a Brasil, primero, pánico económico. El comercio internacional y el mercado de cambio se desorganizaron; exportaciones e importaciones disminuyeron sustancialmente. El gobierno de Brás se hallaba en graves apuros. Las rentas públicas decrecían y se atrasaba el pago a la administración. Se aumentaron las tasas aduaneras y los impuestos. Pero luego, las potencias aliadas, escasas de alimentos y materias primas, se vieron forzadas a recurrir a países sudamericanos, como Brasil, lo cual significó grandes ingresos para terratenientes e industriales[391]. Por otra parte, muchos productos que llegaban antes de Europa no se podían adquirir y los salarios de obreros y campesinos distaban mucho de haber sido aumentados en proporción a la carestía de la vida y a las ganancias de los capitalistas. Verdad es que la industria brasileña creció mucho durante la guerra y que en el censo de 1920 los establecimientos industriales sumarán 13.336, de los cuales 5.936 habían sido fundados entre 1915 y 1919[392]. Pero la condición de los obreros no cambió mucho y aun, en ciertos casos, empeoró. La guerra encareció los alimentos y en 1917 los artículos de primera necesidad aumentaron entre un 20 y un 150%[392 bis].

En 1917 el movimiento obrero organizado y los anarquistas de Brasil unieron a su campaña antibélica la de ferviente apoyo a la revolución rusa[393], en la cual veían, más allá de la acción de los social-demócratas y social-

389 J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 37.
389 bis Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e Cultura Social*, pp. 87-118.
390 Martins Fontes, *Vulcão*, Santos, 1920 (cit. por E. Rodrigues), Cfr. Francisco Foot, *Nem patria nem patrão;* São Paulo, 1983.
391 José María Bello, *op. cit.*, pp. 235-236.
392 Caio Prado Junior, *História Económica do Brasil*, São Paulo, 1956, p. 257.
392 bis J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, pp. 38-47.
393 Norberto Bobbio-Nicola Matteucci, *op. cit.*, I, pp. 59-60.

revolucionarios, más allá de Lenin y de todos los líderes, la acción espontánea del pueblo trabajador y la aspiración a una sociedad sin clases y sin Estado. Por otra parte, las huelgas se multiplicaban como lógica respuesta a la desocupación, el costo de la vida, los bajos salarios. En el estado de São Paulo se planteó, principalmente en la industria textil, una serie de conflictos, que culminó con la huelga general y tuvo como consecuencia despidos, cárceles y aun asesinatos, como el del obrero zapatero José Martínez, además de la expulsión de muchos extranjeros[394]. Los trabajadores de Santos, convocados por Manoel Perdigão y otros anarquistas, adhirieron solidariamente a la huelga general de los paulistas. Manoel Perdigão y Simão Salcedo fueron encarcelados durante cien días. El Comité de Defensa Proletaria, del que formaban parte Edgard Leuenroth, Florentino de Carvalho y Gigi Damiani entre otros, organizó para las exequias de José Martínez un multitudinario cortejo que se convirtió en manifestación anticapitalista y antigubernamental. En varios lugares de São Paulo y del interior del estado hubo enfrentamientos entre los trabajadores y las tropas del ejército, traídas para reprimirlos. Los anarquistas de la Federación Obrera de Río de Janeiro declararon enseguida una huelga general solidaria. El poeta Sylvio Figueiredo escribía por entonces un soneto titulado *Os Grevistas*, que así comienza:

> *São operarios, andrajosa gente*
> *que a enfermidade inexorável mina*
> *e a miséria acorrenta, impenitente,*
> *aos horrores da vida da oficina*[395].

En 1917 aparecieron nuevos periódicos anarquistas, como *A Plebe*, en São aulo, dirigido por Edgard Leuenroth y, más tarde, por Rodolfo Felipe; *O Debate*, en Río de Janeiro, fundado por Adolfo Porto y Astrojildo Pereira; *A Semana Social*, en Alagoas, redactado por Antonio Bernardo Canelas. Edgard Leuenroth fue precisamente aprehendido ese mismo año, bajo la acusación de ser el promotor ideológico de la huelga general. Fue brillantemente defendido por el abogado Evaristo de Morais, quien escribió luego, a propósito del juicio de Leuenroth un folleto titulado *O Anarquismo no Tribunal do Júri*[396]. Al entrar Estados Unidos en guerra, en 1917, Brasil abandonó también su neutralidad, solidario con el gran «amigo» del norte. El presidente Brás, «que parecía el más pacífico de los hombres», envolvió al país en una guerra que le era extraña[397]. Pero esta entrada de Brasil en la guerra, no detuvo la campaña antibélica de los libertarios[397 bis] ni su apoyo a la revolución rusa, visualizada como lucha heroica contra el capitalismo y contra

[394] J. Cruz Costa, *op. cit.*, p. 137; J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, pp. 49-51.
[395] Sylvio Figueiredo, «Os Grevistas» en *A Voz do Povo*, Río de Janeiro, 2, 2, 1920 (cit. por E. Rodrigues).
[396] Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e Cultura Social*, pp. 160-168.
[397] José María Bello, *op. cit.* p. 237.
[397 bis] Sobre la campaña antibélica de Canellas y Brandão en *A Semana Social* de Maceió cfr. J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 62.

el Estado. Así lo dieron a entender el 1° de mayo de 1918 en la asamblea realizada en el Teatro Maison Moderne, de Río de Janeiro. Tampoco cejaban en su constante denuncia de la carestía de la vida, contra la cual crearon los Comités Populares, que se ocupaban de proporcionar estadísticas de los precios en relación con los salarios. En 1918 la mitad de los jefes de familia de Brasil ganaban entre 80 y 120 milreis. Una familia tipo (padre, madre y dos hijos) no podía vivir con menos de 200 milreis. Tenía, por tanto, un déficit de 100 milreis mensuales, según apreciaciones de los anarquistas Helio Negro y Edgard Leuenroth, en su obra *O que é o maximalismo ou bolchevismo*, editado en São Paulo en 1919[398]. La situación de miseria entre los trabajadores condujo a una tentativa revolucionaria, planeada en Río de Janeiro por Manuel Campos y secundada por João Perdigão y los anarquistas de Santos. El 18 de noviembre se declararon en huelga los obreros textiles de Río de Janeiro, Niteroi y Petrópolis, y ésta era la señal para iniciar el movimiento, que debía consistir en la ocupación de todas las fábricas y talleres, tal como lo harían pocos meses más tarde los obreros italianos inspirados por Malatesta[399]. Pero así como en Italia la ocupación revolucionaria de las fábricas había de fracasar, por la pusilanimidad de los socialistas reformistas, así en Brasil ni siquiera comenzó, por la traición de un militar infiltrado que denunció el plan. Policía y ejército se dedicaron de lleno a la represión: los locales obreros y anarquistas fueron clausurados, centenares de trabajadores detenidos y entre los dirigentes cayeron presos Manuel Campos, Astrojildo Pereira y José Oiticica, sindicado como jefe del movimiento y como futuro Lenin brasileño. No faltaron algunos obreros heridos y muertos. A la huelga se unieron los metalúrgicos y los albañiles y, por poco, no lo hicieron también los trabajadores de la fabrica de pólvora del ejército[399 bis]. Varios sindicatos (textiles, metalúrgicos, albañiles, etc.), además de la Unión General de Trabajadores, fueron puestos fuera de la ley. Se cerraron periódicos anarquistas como A Liberdade, cuyo director Pedro Matera fue detenido. Lima Barreto satirizó entonces agudamente a los militares represores, basándose en las ideas que el anarquista francés Agustín Hamon expusiera en su *Psicología del militar profesional.*
Oiticica dedicaba a su compañeros de prisión un soneto que así comenzaba:

Irmãos, eu vos saúdo! Embora presos,
Ameaçados, malditos, sem futuro,
Temos, em nossos braços indefesos,
Asas de Anjo e tendões de Palinuro...[400].

Gobernaba el país Epitacio Pessoa, que había presidido la delegación brasileña en la Conferencia de Paz de Ginebra, pero mostraba un especial interés en desarrollar y acrecentar las fuerzas armadas del país[401].

[398] Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e Cultura Social*, pp. 215-219.
[399] Cfr. Luis Fabbri, *Malatesta: Su vida y su pensamiento*. Buenos Aires, Americalee, 1945, p. 146.
[399bis] Carlos Augusto Addor, *A Insurreição anarquista no Rio de Janeiro*, Río de Janeiro, 1986.
[400] José Oiticica, «Aos companheiros de prisão» en *A Plebe*, 5, 3, 1919 (Cit. por E. Rodrigues).
[401] J. Pandiá Calógeras, *op. cit.*, pp. 380-381.

La influencia de la revolución rusa y el prestigio de sus instituciones era aún tan grande entre los anarquistas brasileños que éstos fundaron el 9 de marzo de 1919, en la capital de la república, el Partido Comunista Libertario, mientras en São Paulo creaban, el 16 de junio, la Liga (pronto convertida en el Partido) Comunista y a finales del mismo año hacían lo propio en Santos. Aquí el primer secretario fue el aguerrido militante João Perdigão anarquista hasta su muerte. En marzo se redactaron las «Bases del acuerdo» que fundaba el Partido Comunista del Brasil; en junio se reunió, en Río de Janeiro y Niteroi, su Congreso constituyente. La lectura de dichas «Bases» así como de los «Principios y fines», redactados por Oiticica y publicados en el periódico anarquista *Spartacus*, el 16 de agosto de ese mismo año, dejan ver claramente que no se trataba de otra cosa sino del comunismo libertario de Kropotkin y Malatesta[402]. Algo muy parecido había sucedido en México en 1870[403]. Los anarquistas brasileños estaban aún convencidos de que la revolución bolchevique era de tipo libertario y abría camino al anarquismo; elogiaban a Lenin y Trotski y el 1° de mayo aclamaron en Río «el triunfo de sus hermanos en Rusia»[403 bis].

En el año 1919 se acrecentó igualmente la prensa libertaria brasileña con la fundación de varios periódicos: *O Germinal* y *Spartacus* en Río de Janeiro; *Libertas* en Belo Horizonte; *Libelo Social* en Uberaba; *A Razão en Baurú; O Operário* en Taubaté; *Alba Rosa* en São Paulo; *A Voz Operária* en Campinas, etc. El 1° de mayo fue conmemorado por los anarquistas de Río de Janeiro con un gran mitin en la Avenida Río Branco; por los de Santos con una gigantesca manifestación en la Plaza Iguatemy Martins, que provocó al día siguiente una huelga espontánea en los diques por la implantación de las ocho horas. Estallaron huelgas en muchos puntos del país: en Pelotas fueron las costureras; en Porto Alegre todos los gremios que querían la jornada de ocho horas (y dejaron varios heridos y un muerto); en Bahía, en Minas Gerais, en Vila Izabel, en Laranjeiras, etc.[404].

Nuevas publicaciones libertarias surgieron en 1920: en São Paulo, *A Patuléia*; en Río de Janeiro, *A Voz do Povo*, en la cual colaboraban, entre otros, Fábio Luz, María Lacerda de Moura y José Oiticica. Este último empezó a publicar allí una serie de artículos titulados *Mau Caminho*, donde valoraba críticamente, a la luz de las ideas libertarias, el rumbo que iba tomando la revolución bolchevique[405]. A partir de aquel año se inició el paulatino deslinde entre bolchevismo y comunismo libertario, aun cuando, como en la Argentina, siguieron existiendo núcleos y periódicos anarcobolcheviques durante

[402] Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e Cultura Social*, pp. 234-247; J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 72.

[403] La primera agrupación que llevó el nombre de «Partido Comunista Mexicano», estuvo formada por grupos netamente bakuninistas. Apareció hacia julio de 1878 y tuvo vida efímera (C. Rama, *Historia del movimiento obrero y social latinoamericano contemporáneo*, p. 64).

[403 bis] J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 63.

[404] Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e Cultura Social*, pp. 267-276.

[405] *Ibid.*, pp. 287-293. Cfr. José T. Lourenço, *Maximalismo ou anarquismo*, São Paulo, 1920.

casi toda la década del 20[406]. Pero ya en 1922, en el orden del movimiento obrero internacional, se tornó clara para los anarquistas «la imposibilidad de una ligazón orgánica con el comunismo ruso y con su Internacional Sindical Roja»[407]. En Brasil, la posguerra representó tiempos de hambre y miseria y las huelgas se sucedían sin cesar. Entre ellas la más famosa fue la de Leopoldina, de la cual hizo una apología Astrogildo Pereira en su folleto *A Greve de Leopoldina* (1920). El 22 de marzo la Federación Obrera de Río de Janeiro, a través de *A Voz do Povo* llamaba a la huelga general. El gobierno detuvo a más de un centenar de militantes anarquistas, entre los cuales estaban Otávio Brandão y Fábio Luz, en Río, y a otros tantos, como Edgard Leuenroth y Hélio Negro, en São Paulo. Muchos extranjeros fueron expulsados del país, a bordo del barco «Demerara»[408]. Entre los días 23 y 30 de abril de 1920, se reunió en Río de Janeiro el Tercer Congreso Obrero Brasileño, con la asistencia de 150 delegados de todo el país. La Comisión Coordinadora estaba integrada por anarquistas como Edgard Leuenroth, João C. Pimenta y otros. La ideología ampliamente predominante en aquel congreso fue el anarcosindicalismo y el anarco-comunismo, según lo señalaba entonces Otávio Brandão (poco después pasado al marxismo leninismo). «La Liga Obrera de la Construcción Civil de São Paulo, representada por Dioclecio Fagundes y Teófilo Ferreira, propuso la adhesión del congreso a la Tercera Internacional. Pero Edgard Leuenroth objetó que ésta no era «una organización genuinamente sindical». Astrogildo Pereira apoyó las palabras de Leuenroth, y José Elías, a su vez, las de Astrogildo»[408 bis]. En toda la república la propaganda se llevaba a cabo ya a través de conferencias y charlas, ya por medio de diferentes grupos de teatro libre y teatro social, ya desde el libro, el folleto y el periódico. El 1° de mayo hubo grandes manifestaciones obreras y populares en Río de Janeiro, São Paulo, Niteroi, Curitiba, Porto Alegre, Aracayú, etc. Ese mismo día salió a luz la revista *A Obra* de Florentino de Carvalho. Durante ese año la literatura anarquista se enriqueció también con la publicación de *O Evangelho dos Livres* de Afonso Schmidt; *Quem os Salva* de José Oiticica; *Jesus Cristo era Anarquista* de Everardo Dias; *Despertar* de Otávio Brandão; *Cancioneiro Vermelho*, recopilación anónima,etc.[409].

En el año 1921 comenzó, en el seno de algunos grupos anarquistas, un movimiento intelectual que había de conducir a la fundación del Partido Comunista Brasileño, marxista-leninista. Everando Dias, Francisco Alexandre, Alvaro Palmeira y otros fundaron el «Grupo Clarté», que, siguiendo el ejemplo del homónimo grupo francés de Henry Barbusse, se proponía defender

[406] En Buenos Aires, por ejemplo, salían *El Libertario* (desde abril de 1923) y *Bandera Roja*, como órganos de la tendencia anarcobolchevique. (Cfr. E. López Arango-D. A. de Santillán, *El anarquismo en el movimiento obrero*, pp. 44-45).

[407] Diego Abad de Santillán, *La FORA*, p. 282.

[408] Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e Cultura Social*, pp. 296-302; J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, pp. 108-111.

[408 bis] J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 113.

[409] Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e cultura social*, pp. 307-341.

la revolución bolchevique contra sus numerosos adversarios. Casi los mismos militantes crearon también un «Comité de Coligação Social», cuyo propósito era la formación de un partido político que representara en Brasil lo que el Partido Comunista bolchevique significaba en Rusia. La opinión mayoritaria de los grupos anarquistas se opuso naturalmente a ello. La actividad sindical de los mismos no había decaído, por cierto, y en 1921 promovieron numerosas huelgas, como la de los cocineros de la marina mercante en Río de Janeiro (con un saldo de varios muertos y heridos), y comenzaron la campaña por la libertad de Sacco y Vanzetti. Nuevos periódicos libertarios nacieron aquel año, como *A Voz do Gráfico* en Ceará; el diario *A Vanguarda* en São Paulo, bajo la dirección de Edgard Leuenroth; *Remember*, también en São Paulo; *A Razão* Emancipados y la revista *Renovação*, dirigida por Marques da Costa, en Río de Janeiro; *Diario do Povo*, en Pernambuco. La propaganda oral no era menos rica y proficua.

Baste recordar, como ejemplo, las conferencias de José Oiticica sobre *Propaganda e Educação*, en el Centro Galego, y de Fábio Luz, sobre literatura rusa, en pro del Comité de Ayuda a los Damnificados Rusos, de Río de Janeiro. Imposible sería reseñar las actividades que (en este año y en los anteriores) desarrollaron los diferentes grupos teatrales libertarios (como, por ejemplo, el «Grupo 1° de Maio» y el «Gremio Artístico Renovação») y las escuelas «racionalistas», fundadas por sociedades obreras o culturales anarquistas, más o menos directamente inspiradas en la pedagogía de Francisco Ferrer (como la Escóla Operária 1° de Maio, reabierta para el año lectivo de 1921)[410].

Astrogildo Pereira, «el intransigente libertario» de noviembre de 1920, —dice J. W. Foster Dulles— se sintió atraído a comienzos de 1921 por el bolcheviquismo[411]. Durante el año 1922 se definieron, en el seno de la izquierda revolucionaria brasileña, las posiciones de los anarquistas y de los bolcheviques. En un manifiesto publicado en *A Plebe* de *São Paulo*, el 18 de marzo de dicho año, un grupo de militantes, encabezado por Edgard Leuenroth, se pronunciaba contra «el comunismo de Estado» que los bolcheviques intentaban imponer en Rusia, contra su política centralista y autoritaria y contra la dictadura del proletariado, mientras prestaba su adhesión al Secretariado Internacional Anarquista de Suecia, que había sido instituido por el Congreso Anarquista de Berlín (septiembre de 1921). A esta serie de definiciones ideológicas se plegó, el 23 de mayo, un numeroso grupo de Río de Janeiro, encabezado por Carlos Dias, aunque no sin ofrecer algunos reparos, tendientes a subrayar aún más la oposición entre comunismo libertario y comunismo marxista[411 bis].

A mediados de 1921 había llegado a la redacción del diario anarquista *A Vanguarda*, de São Paulo, dirigido, como dijimos, por Edgard Leuenroth, Ramison Soubiroff, emisario de Lenin y del gobierno ruso. Se presentó como

[410] *Ibid.*, pp. 363-377.
[411] J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 137.
[411 bis] Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e cultura social*, pp. 382-399.

viajante de una fabrica de tejidos de Manchester[412]. Su propósito era encargar a Leuenroth la fundación de un partido comunista (bolchevique) en Brasil e investirlo con la jefatura del mismo. Leuenroth no sólo era director del diario anarquista, sino también uno de los más combativos militantes obreros y revolucionarios del país. Periodista activísimo, incansable orador, había sido el alma de la huelga general de 1917 y, al publicar con Hélio Negro, su libro sobre el maximalismo o bolchevismo, aparecía como la figura más indicada para echar las bases y asumir la dirección del nuevo partido leninista, No olvidemos que en este mismo momento no pocos militantes obreros veían a Malatesta como el «Lenin italiano»[412 bis]. Leuenroth tenia, sin embargo, un espíritu crítico demasiado agudo como para poder aceptar sin reservas las órdenes del gobierno soviético y los 21 principios de la Tercera Internacional, y rechazó, consecuente con su larga militancia anarquista, aquel ofrecimiento. Señaló, en cambio, para ocupar el cargo de Secretario-Fundador del nuevo partido, a petición del propio Soubiroff, a su compañero y colaborador de *A Vanguarda*, Astrogildo Pereira. Poco más tarde llego éste desde Río, fue presentado por Leuenroth a Soubiroff, y en ese día de 1921 quedó fundado, en un cuarto del Palace Hotel, calle Florencio Abreu 418, de SãoPaulo, el Partido Comunista de Brasil, pues es evidente que el anterior que así se denominaba no era sino una agrupación anarquista. De cualquier manera, aun en este Partido Comunista, vinculado al gobierno soviético, a Lenin y a la Tercera Internacional, la mayoría de los miembros fundadores, que provenían del anarquismo (y no del Partido Socialista, como en Chile o Argentina), seguían convencidos de que marxismo-leninismo y comunismo libertario no son concepciones contrarias, que se excluyen entre sí, sino más bien momentos de un mismo proceso, que incluye una pasajera pero necesaria dictadura del proletariado, pero que ha de culminar pronto, para todos, en una sociedad sin clases, sin propiedad privada y sin Estado. En su revista *Movimento Comunista* escribía Astrogildo Pereira, ya en marzo de 1922: «Comunismo y Estado son cosas que de por sí se repelen»[413]. Algo parecido sucedió también en el Partido Comunista de México[414]. Es claro que Astrogildo Pereira y sus seguidores, en la medida en que éstos seguían en las filas del disciplinado partido, no tardaron mucho en irse acomodando a las concepciones del «centralismo democrático» y en relegar *sine die* la supresión del gobierno y del Estado[415]. Pero ya en marzo de 1920, Florentino de Carvalho sostenía, en *A Plebe*, que los anarquistas rusos luchaban contra la dictadura del proletariado, y afirmaba, en *A Obra*, que el régimen ruso «es

412 J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 138.

412 bis Cfr. E. Malatesta, «La dittadura del Proletariato e l'Anarchía», en *Volontá*, 16, 8, 1920; Vernon Richards, *Malatesta*, Buenos Aires, 1974, p. 317.

413 Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e cultura social*, pp. 403-420; Moniz Bandeira, Clovis Melo y A. T. Andrade, *O Ano Vermelho. A Revolucão Russa e seus reflexos no Brasil*, Río de Janeiro, Civilização brasileira, 1967.

414 *Julio Godio, op. cit.*, 2, pp. 96-97.

415 Astrojildo Pereira, *Formação do P.C.B.*, Victoria, Río, 1962.

esencialmente contrario a nuestros principios» y que un Estado bolchevique en Brasil sería «un absurdo»[415 bis].

En Brasil (como en otros países latinoamericanos), «los sectores anarcosindicalistas entusiasmados, al pronto, con la Revolución Rusa, se sintieron posteriormente defraudados por la postura intransigente de la III Internacional y de la Internacional Sindical Roja, y aún más por la aniquilación de los anarquistas en la URSS. Abandonaron la conexión con los soviets y decidieron crear su propia organización internacional»[416]. En 1922, se reunieron delegados de varios países europeos y americanos en Berlín, y fundaron la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT). En la actualidad esta Internacional está reducida a su mínima expresión. En el pleno realizado en Turín, en 1986, estuvieran representadas, sin embargo, la CNT española, la CNT francesa, la CNT búlgara, FAU, NSF, USI, ASF danesa, DAM y un grupo chileno en el exilio, pero ninguna organización brasileña, siendo así que en el primer congreso de la AIT en Londres había estado presente la Confederación Obrera Brasileña (COB),y al segundo, de Amsterdam (1925), había asistido también, en carácter de miembro observador, una delegación brasileña[417]. El gran debate público entre anarquistas y comunistas se abrió en marzo de 1922. Astrogildo Pereira publicó en *O Movimento Comunista* un artículo titulado «No nos asustemos del debate»; Edgard Leuenroth publicaba al mismo tiempo, en *A Plebe*, un manifiesto-programa en que se definían las posiciones de los anarquistas de São Paulo[417 bis]. En 1923 los anarquistas lograron organizar los sindicatos de Río de Janeiro en una Federación, pero esta fue pronto destruida por los comunistas. En 1928 los sindicatos anarquistas tenían unos 3.000 afiliados. En 1929 los sindicatos brasileros se reagruparon en dos centrales: la CGT, con predominio comunista, adherida a la Internacional Sindical Roja, y la CNT anarcosindicalista, afiliada a la ACAT[418]. En 1930 Getulio Vargas llegó al poder por un golpe de Estado. Para entonces los sindicatos comunistas ilegales reunían a unos 4.000 miembros y los anarcosindicalistas, igualmente ilegales, a unos 2.000[418 bis]. Durante ese año y el siguiente se produjeron en Brasil muchos movimientos huelguísticos, que fueron duramente reprimidos por el nuevo gobierno. Los anarcosindicalistas de la Federación Obrera de São Paulo dirigieron varios de ellos, el principal de los cuales fue una larga huelga textil[419]. Numerosos militantes comunistas y anarquistas fueron encarcelados[420]. En 1932 se volvió a publicar *A Plebe*, cerrada en agosto de 1927. En ese intervalo los anarquistas de São Paulo no cesaron, sin embargo, su propaganda a través de folletos y

[415 bis] J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, pp. 132-133.
[416] José Luis Rubio, *Las internacionales obreras en América*, Madrid, ZYX, 1971, p. 58.
[417] Fidel Gorrón Canoyra, *AIT, la Internacional desconocida*, Madrid, AIT, 1986, p. 8; Julio Godio, *op. cit.*, 2, p. 162.
[417 bis] J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, pp. 144-145.
[418] Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e cultura social*, pp. 398-399.
[418 bis] Víctor Alba, *op. cit.*, p. 386.
[419] Eduardo Ghitor, *La bancarrota del anarcosindicalismo*, Montevideo, 1932, p. 48.
[420] Víctor Alba, *op. cit.*, p. 387.

volantes, donde denunciaban especialmente la explotación de mujeres y niños en trabajos insalubres. Admitían que eran pocos pero añadían —según recuerda J. W. Foster Dulles— que la guerra social no es una matemática. En 1934 los comunistas fundaron un movimiento denominado «Aliança Nacional Libertaria» y al año siguiente intentaron un golpe de Estado, que fracasó y generó, tras la detención de Prestes y de Gregorio Bezerra en Recife, una represión generalizada[421]. Vargas había ordenado que todos los sindicatos se registrasen en el Ministerio de Industria, Comercio y Trabajo y, pese a la oposición de los dirigentes comunistas y anarquistas, hacia 1935 casi todos lo habían hecho. Desde este momento puede decirse que ningún país latinoamericano tiene sindicatos tan reglamentados como Brasil, según opinión de Víctor Alba[422], aun cuando la Argentina, a partir de Perón, no se queda atrás. Getulio Vargas y sus generales se acercaron a los integralistas, fascistas brasileños cuyo lema «Dios, Patria, Hogar» sería reproducido en la Argentina por el gobernador Fresco. Los integralistas, dirigidos por un mediocre escritor paulista, Plinio Salgado, tenían en 1934 unos 180.000 afiliados y en 1937 contaban con 4.000 células en 700 municipios de todo el país[423]. Vargas, como Perón, coincidía, en el fondo, con el fascismo. Ambos, pese a su conocido pragmatismo, tenían arraigadas convicciones corporativistas. Igual que Perón más tarde, Vargas «dándose cuenta de que los trabajadores le tenían cierta simpatía, comenzó a querer atraérselos. Aplicó medidas de bienestar social y restricciones a las empresas. De este modo, logró practicar el arte de obtener dinero de los ricos y apoyo de los pobres con el pretexto de proteger a cada uno del otro. Esta política condujo a la organización de un Estado corporativo, el *Estado Novo*, de acuerdo con la moda de la época, en que el fascismo estaba en ascenso»[424]. De hecho, en la constitución de 1937 todos los derechos le son negados a la clase obrera; las huelgas quedan prohibidas como nocivas al supremo (y, en el fondo, único) sujeto de todo derecho: el Estado[425]. Nada más contrario a las concepciones propias del anarcosindicalismo. En esta situación comenzó a decaer y dejó de existir como fuerza autónoma dentro del movimiento obrero regimentado (como luego en la Argentina de Perón). Sin embargo, en la década del 40 y hasta el presente, siguieron funcionando grupos específicos, cuya labor se ha centrado en la propaganda y difusión de las ideas anarquistas, a través del periódico, del folleto y del libro, del teatro y, a veces, de la escuela. Estos grupos estuvieron —y están aún hoy— localizados principalmente en São Paulo y Río de Janeiro. Algunos de los más conocidos militantes obreros y propagandistas de la época de oro del anarquismo brasileño, como Edgard Leuenroth

[421] Pau de Arara, *La violencia militar en Brasil*, México 1972, pp. 15-16.
[422] Víctor Alba, *op. cit.*, p. 389.
[423] Rogelio García Lupo, «Resurrección del fascismo favorecida por la crisis», en *El Nacional*, Caracas, 7, 2, 1988.
[424] Víctor Alba, *op. cit.*, p. 387. Cfr. John J. Johnson, *Political Change in Latin America. The emergence of the Middle Sectors*, Standford, 1959, pp. 167-168.
[425] Alejandro Mendible Z., *op. cit.*, pp. 26-29. (Cfr. Pedro Motta Lima-José Barbosa Mello, *O nazismo no Brasil*, São Paulo, 1938).

(varias veces mencionado en las páginas precedentes y fallecido recién en 1968), actuaron en ellos con ejemplar perseverancia.

D— LITERATOS Y PROPAGANDISTAS

Aunque en menor medida que en Argentina y Uruguay, las ideas anarquistas encontraron eco en escritores y poetas brasileños de comienzos del siglo XX. Euclides da Cunha, el célebre autor de *Os Sertões* adhirió en un momento de su vida a los ideales libertarios y firmaba por entonces sus artículos con el seudónimo «Proudhon». La influencia de los ideólogos anarquistas se dejó sentir inclusive en sus explicaciones materialistas de los fenómenos históricos, sociales y culturales[426]. Lima Barreto, aunque nunca fue un militante o un revolucionario, alimentó en su obra, como señala su biógrafo Barbosa, sentimientos e ideas anarquistas. El mismo Barbosa refiere cómo en su adolescencia discutía Lima Barreto la filosofía positivista y rebatía a Comte, hallando «sumamente ridículo» el culto de la iglesia de la calle Benjamín Constant, y como, más adelante, arremetió contra los adeptos de Comte que habían tomado partido por la dictadura de Floriano Peixoto[427]. Ya hemos recordado que durante la Primera Guerra Mundial se declaró pacifista y adhirió a la posición de los libertarios. En *Numa e a Ninfa* desarrolló una implacable sátira política; en *Clara dos Anjos* atacó el racismo. Dirigió la revista *Floreal* y colaboró tanto en *A Voz do Trabalhador* de Río de Janeiro como en el periódico anticlerical *A Lanterna* de *São Paulo (con el seudónimo de Dr. Bogoloff). De sus obras, además de las ya mencionadas, deben recordarse Vida e Morte de M. J. Gonzaga de Sá, Os Bruzundangas, Coisas do Reino de Jambon, Bagatelas, Feiras e Mafuás, O Cemiterio dos Vivos* y, sobre todo, como muestras de sus concepciones libertarias, *Triste Fim de Policarpo Quaresma* y *Recordação do Escrivão Isaías Caminha*. David Viñas lo considera «como una suerte de paradigma de intelectual libertario»[428]. Si ser propiamente anarquista, comparte muchas de sus ideas y apreciaciones críticas Graça Aranha, cuya obra *Canaã* (1901), fue considerada por algunos como la primera novela social de Brasil. Su novelística, como la de Fábio Luz, se resiente, sin embargo, de un esquematismo ideológico, que le confiere cierta semejanza con un «realismo socialista» *avant la lettre*. En todo caso, mucho se asemeja al último Tolstoi la narrativa del escritor anarquista Curvelo de Mendonça, especialmente en su novela *Regeneração*. En este mismo campo de la novela social anarquista o cuasi-anarquista es preciso recordar a Domingos Ribeiro Filho, activo periodista, colaborador de la revista *A Careta* y autor de *Cravo Vermelho* (1906), y a Rocha Pombo, historiador que escribía en *A Plebe* de São Paulo. Tito Batini, en su bello libro *Filhos do Povo*,

[426] Sobre Euclides da Cunha pueden consultarse: Elói Pontes, *A Vida Dramática de Euclides da Cunha*; Silvio Rabelo, *Euclides da Cunha*; Francisco Venâncio Filho, *A Gloria de Euclides da Cunha*.
[427] Francisco de Assis Barbosa, *op. cit.*, pp. 62-64.
[428] D. Viñas, *op. cit.*, p. 95.

narró la vida de los alfareros italianos radicados en el interior del estado de São Paulo, fundadores de escuelas, sembradores de ideales, magnífico ejemplo de solidaridad libertaria, mientras Ranulpho Prata relataba el agotador trabajo de los portuarios de Santos, en *Navíos Iluminados*. Podría decirse que entre quienes cultivaron la novela social en Brasil durante los primeros años de nuestro siglo fueron muy pocos los que escaparon a la influencia (mayor o menor) de las ideas anarquistas. Baste recordar a Aluisio de Azevedo (*O Cortiço*); Osvaldo de Andrade (*Marco Zero*) y Mario de Andrade (*Primeiro de Maio, O Poço, Os Condenados, A Escada*)[429].

Gregorio Nazianzeno Moreira de Queiroz Vasconcelos, conocido por el seudónimo de Neno Vasco, fue, como dice Edgar Rodrigues, «el gran impulsor del anarquismo en Brasil» y «dio a esa doctrina una difusión hasta entonces inexistente»[430]. Nacido en Penafiel, Portugal, en 1878, estudió derecho en la Universidad de Coimbra, donde abrazó el ideario anarquista. En 1901 llegó a Brasil y se radicó en São Paulo. El contacto con anarquistas italianos que, como hemos visto, desarrollaban allí una activa propaganda, lo comprometió a una militancia fervorosa. Escribió dos dramas de contenido claramente libertario: *Pecado de simonia* y *A greve de inquilinos*. Publicó luego dos ensayos: *A concepção anarquista do sindicalismo* y *A porta de Europa*. J. W. Foster Dulles recuerda que propuso una reforma de la prosodia portuguesa, «con muchos de los cambios después adoptados por la Academia Brasileña de Letras»[430 bis]. Entre 1902 y 1911 fundó en São Paulo la revista *Aurora* y los periódicos *O Amigo do Povo* y *A Terra Livre*. Este último, que sería luego dirigido por Manuel Moscoso y Edgard Leuenroth, salió a luz el 30 de diciembre de 1905, primero como quincenario y luego como semanario. Fue uno de los órganos libertarios más conocidos e influyentes y en él colaboraron Paulo Berthelot, Salvador Alacid, Motta Assunção y otros conocidos periodistas de la época. Retornado a su tierra natal en 1910, Neno Vasco falleció en São Ramão de Coronada en 1920. Fábio Lopes dos Santos Luz, nacido en Valença (Bahía) el 31 de julio de 1864, cursó sus estudios preparatorios en Salvador, y prosiguió los de medicina, entre 1883 y 1887, en la famosa Facultad local. En Río de Janeiro ejerció su profesión médica, pero fue también profesor, inspector escolar, periodista y miembro de la Academia Carioca de Letras. Fue, al mismo tiempo, una de las grandes figuras del anarquismo brasileño[431]. Estuvo entre los primeros cultores de la novela social. En 1903 publicó *O Ideólogo*; en 1906, *Os Emancipados*; en 1910, *Virgem Me*; en 1915, *Elias Barrão-Chica María*. También produjo dramas como *Graças a Deus*; ensayos histórico-literarios, como *Estudos de Literatura* y *A Paisagem no Conto, na Novela e no Romance*, y obras de crítica social, como *A Internacional Negra, A Tuberculose do Ponto de vista social*, etc.

[429] Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e Cultura Social*, pp. 10-13.
[430] Edgar Rodrigues, *Socialismo e Sindicalismo no Brasil*, p. 101.
[430 bis] J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 21.
[431] Edgar Rodrigues, «El anarquista Fabio Luz», en *Orto*, Barcelona, 46, pp. 6-7.

Colaboró en diversos periódicos como *Jornal do Comercio, O País, Jornal do Brasil, A Folha, A Manhã, Correio do Brasil*, y particularmente en la prensa anarquista: *A Plebe, O Amigo do Povo, A Internacional*, etc. Como educador impulsó la creación de las Cajas Escolares y luchó denodadamente contra los obsoletos métodos didácticos que subsistían cual herencia de la época esclavista. Como novelista practicó lo que se puede llamar romance-ensayo, en el cual las teorías sociológicas y las tesis políticas, económicas, religiosas, etc., predominan sobre los elementos narrativos, como la trama, los personajes, etc. Es la modalidad que encontramos en la ya citada *Canaã* de Graça Aranha y que éste imitó de los novelistas rusos[432].

José Oiticica, poeta, crítico literario, hombre de teatro, nacido en Oliveira, Minas Gerais, en 1882, fue también un activo militante anarquista desde 1912. Ya en 1913 intervino en el movimiento obrero, y participó en numerosos mítines y huelgas hasta que, a raíz de una de ellas, en 1918 fue confinado en Alagoas. «Cuando los anarquistas se reunían para discutir tácticas, Oicitica tenía siempre mucho por decir —comenta J. W. Foster Dulles—. Hombre incansable y de vastos conocimientos, acostumbraba presentar, en tales ocasiones, una extensa exposición de la filosofía anarquista, con la intención de educar y elevar moralmente a los obreros»[432 bis]. En 1916 accedió por concurso a la cátedra de Portugués del Colegio Pedro II. Redactó en 1919 el periódico *Spartacus*, en colaboración con Astrogildo Pereira, futuro fundador del Partido Comunista Brasileño. Preso en 1924 durante la dictadura de Bernardes y recluido en la isla de las Flores, compuso allí su obra *A Doutrina Anarquista ao Alcance de Todos*. Más tarde fue lector de Lengua y Literatura Portuguesa en la Universidad de Hamburgo y al regresar de Alemania fundó, junto con un grupo de anarquistas, entre los cuales estaba María Lacerda de Moura, una «Liga Anticlerical», pronto asaltada por la policía de Getulio Vargas. Se le han reprochado actitudes paternalistas y atisbos antisemitas[433], pero no hay que olvidar que cierto antisemitismo se puede detectar en casi toda la izquierda europea antes del asunto Dreyfus y que de él no escaparon Bakunin y Proudhon (y tampoco Blanqui y Marx). «Oiticica fue un polemista valiente y un demoledor consciente. Muchos fueron los literatos que sintieron en él el poder de las ideas en la cátedra, en el periódico y en el libro», dice Edgar Rodrigues[433 bis]. Director del periódico *Ação Direta*, dejó una serie de libros y folletos entre los cuales cabe recordar *Quem nos salva, Pedra que rola*, etc., y no menos de 1.500 artículos para la prensa anarquista. Avelino Foscolo, anarquista de Minas Gerais, farmaceuta, dramaturgo y periodista, ha sido considerado por el crítico Fábio Lucas[434] como el primer cultor

[432] Celso Pedro Luft, *Diccionário de Literatura Portuguesa e Brasileira*, Porto Alegre, 1973, p. 189. (Cfr. Lúcia Miguel Pereira, *Prosa de Ficco (de 1870 a 1920)*, Río de Janeiro, 1950).
[432 bis] J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 35.
[433] Paul Avrich, «Los anarquistas del Brasil» en *Reconstruir*, 100, p. 56.
[433 bis] Edgar Rodrigues, *Socialismo e Sindicalismo no Brasil*, pp. 313-314. Roberto das Neves editó en 1970 una antología de los mejores artículos de Oiticica publicados en la prensa brasileña: J. Oiticica, *Ação direta*, Río de Janeiro, Ed. Germinal, 1970.
[434] Fábio Lucas, *O caráter social da literatura brasileira*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1970.

significativo de la novela social en Brasil. A su primer relato *O Mestiço* (1903) le siguieron *Vulcão y A Capital*, además de varios dramas, como *O Semeador*. En la misma línea de novela social, influida por interpretaciones anarquistas más o menos explícitas, está *O Gororoba* de Lauro Palhano, que narra la vida del peón constructor de ferrocarriles a través de la selva[435].

Como en las literaturas argentina y uruguaya no faltaron en la brasileña, durante las primeras décadas de nuestro siglo, poetas libertarios.

Entre ellos se cuentan el medico y activo luchador Martins Fontes, que dejó una serie de poemarios como *Vulcão Fantásticos*, etc., y el abogado Ricardo Gonçalves, autor de un volumen de versos intitulado *Ipês* y del conocido poema *Rebelião*:

Com gemidos agoureiros,
Num pavoroso lamento,
Lá fora perpassa o vento
Chicoteando os pinheiros.
E a morte, caliginosa,
De uma tristeza superna,
É como a boca monstruosa
De uma monstruosa caverna...
E quando comece a luta,
Quando explodir a tormenta,
A Sociedade corrupta,
Execrável e violenta,
Iníqua, vil, criminosa,
Há de cair aos pedaços,
Há de voar em estilhaços
Numa ruina espantosa.

Ricardo Gonçalves se suicidó. En tal ocasión escribió Monteiro Lobato estas frases: «Ricardo se mató. ¿Qué decir de esto? Las palabras que a mí acuden son las mismas que acudirán a ti, hermanos que somos y que éramos de él. El mundo me parece empequeñecido, Rangel, y lloro, lloro. Todo es más chico con la ausencia de Ricardo. Todo más viejo, más odioso, más ruin. Tengo su retrato aquí enfrente. Aquella expresión triste de su mirada, tan premonitoria del tiro. Cada vez que lo miro siento una pelota en el alma. Un dolor allá adentro. Ricardo, aquel nuestro maravilloso Ricardito, muerto, cubierto de tierra, pudriéndose. ¡Muerto! ¡Extinto! Apagada para siempre aquella luz de la mirada todo bondad e inteligencia extraterrena. Parado aquel corazón, el mayor que hubo hasta ahora en el mundo»[436].

Periodista y pedagogo vinculado desde la primera década del siglo al anarquismo fue Moacir Caminha (1890-1963), director del periódico *O Regenerador* de Fortaleza y divulgador del esperanto, que, entre otros folletos, publicó un *Curso Popular de Sociología* (1945).

Entre los ideólogos y propagandistas más activos debemos recordar al mé-

[435] Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e cultura social*, p. 14.
[436] Edgar Rodrigues, *Socialismo e sindicalismo no Brasil*, pp. 90-94.

dico Reinaldo F. Greyer, que solía firmar sus escritos con el seudónimo «Alcaime»; a los periodistas Pedro Ferreira da Silva, autor de *Cooperativa sem Lucros* y *Eu Creio na Humanidade*, y J. Carlos Boscolo, que escribio *Verdades sociais*.

Tampoco faltaron en el movimiento anarquista brasileño mujeres que sobresalieron por su militancia, tal como sucedía en Argentina, Uruguay, Bolivia, etc. La más conocida entre ellas era tal vez María Lacerda de Moura, maestra, conferencista y escritora de Minas Gerais, autora, entre otras obras, de *Fraternidade da Escola*, Serviço *Militar Obrigatorio para a Mulher*, y *A Mulher e uma Degenerada*[436 bis].

Escritores anarquistas o próximos por sus ideas al socialismo libertario fueron también Joaquim Ribeiro, autor de *Democracia libertaria*; Herón Pinto, que publicó un interesante testimonio de los métodos policiales durante la dictadura getulista: *Nos Subterraneos do Estado Novo*; Ercilio Nogueira, que produjo un alegato titulado *Virginidade Inútil e Anti-Higienica*; Jacobo Penteado, que escribió una biografía del poeta Martins Fontes; y Castro Alves, a quien se deben los relatos de *Espumas Flutuantes* y *Navio Negreiro*.

Plinio Salgado, jefe del integralismo, admirador de Mussolini y presunto Duce brasileño, había dado a luz una vida de Jesús, que hacía de éste un precursor del fascismo. Desde el otro extremo de la gama ideológica, el profesor Aníbal Vaz de Melo publicó, a su vez, una obra titulada *Cristo, o Maior dos Anarquistas*, y Everardo Diaz un folleto, *Jesucristo era anarquista* (traducido luego al castellano en Monterrey, México). También el poeta Sylvio de Figueiredo escribió, en 1920, en *A Voz do Povo*, un soneto titulado *Jesus Cristo* que comenzaba así:

Grande Anarquista! O pálida figura
de rebelado que, entre gente insana,
ousaste erguer, como una durindana,
o ingente brado contra a escravatura
e que, em contraste á podridão
romana,
e do opulento á orgia asquerosa e impura
sonhaste um dia a universal ventura,
a libertade e a redenção humana[437].

No fueron pocos ni de los menos activos y brillantes los anarquistas que se pasaron a las filas bolcheviques y atacaron con saña y, por lo general, con mala fe el movimiento en que habían militado. Baste mencionar a Otávio Brandão y Astrogildo Pereira, autor de *Formação do PCB, A Greve de Leopoldina*, etc., director de diversos periódicos, como *A Guerra Social, Crónica*

[436 bis] António Arnoni Prado y Francisco Foot Hardman publicaron en 1985 una antología de la prosa libertaria en Brasil, bajo el título de *Contos anarquistas (1901-1935)* (São Paulo, Editora Brasiliense). Se incluyen allí relatos de Mota Assunção, Astrogildo Pereira, Avelino Fóscolo, Fabio Luz, José Oiticica, Neno Vasco, Gigi Damiani, Luciano Campagnoli, Everardo Dias, Florentino de Carvalho, Maria Lacerda de Moura, etc.

[437] Edgar Rodrigues, *Nacionalismo e cultura social*, p. 287.

Subversiva, O Germinal, Spartacus, Movimiento Comunista, etc. Astrogildo, nacido en Río Bonito, estado de Río de Janeiro, fue alumno de los jesuitas en el Colegio Anchieta de Nova Friburgo y hasta quiso ingresar como lego en la Compañía. Después estudió en el Colegio Abilio de Niteroi. Fue ferviente admirador del novelista Machado de Assis y estuvo junto a su lecho de muerte[437 bis]. Edgard Leuenroth, en cambio, siguió siendo anarquista durante toda su vida. Director de *A Lanterna*, órgano de la lucha anticlerical, y de *A Vanguarda*, diario anarquista de Río de Janeiro, dejó también, además de una antología del anarquismo, publicada pocos años antes de su muerte, varios libros y folletos de divulgación y análisis ideológico, como *Anarquismo-Roteiro da Libertação Social* y *O que é Maximalismo ou Bolchevismo* (en colaboración con Hélio Negro). El ingeniero gaúcho Orlando Corrêa Lopes, a quien ya nos hemos referido, fue director de la escuela Visconde de Mauá. Combativo periodista libertario, en enero de 1913 escribió, en *A Epoca* de Río de Janeiro, un artículo famoso, titulado *Congresso ou Manicomio*, en el cual fustigaba las maniobras del gobierno de Hermes de Fonseca y de sus diputados contra los derechos de la clase trabajadora.

Entre los extranjeros que promovieron en Brasil el sindicalismo anarquista estuvieron el uruguayo Santos Antonio Vidal, el peruano Carlos Zeballo y, sobre todo, el español Primitivo Raimundo Suárez, más conocido por el seudónimo Florentino de Carvalho. Nacido en Oviedo, España, en 1871, emigró con sus padres a Brasil en su niñez; desde 1902 actuó en la Internacional en el puerto de Santos y en 1910 fue desterrado a Portugal; dirigió periódicos anarquistas como *Nova Era, A Plebe, O Libertario* y revistas como *A Obra*; y publicó libros como *Da Escravidão a Liberdade* (1927) y *A Guerra Civil em* São Paulo (1932). Falleció en 1947. Defendió una concepción abierta y nada dogmática del anarquismo: «El anarquismo no es un cuerpo de doctrinas definitivas y dogmáticas, es un postulado libertario y progresista, que continuamente se enriquece con elementos científicos y concepciones filosóficas. Su esencia, sí, es inmutable»[438]. También fue español por nacimiento, oriundo de las islas Canarias, João Perdigão Gutiérrez, que, siendo analfabeto, llegó a adquirir sólida cultura en el ambiente gremial y libertario y dirigió *O Sindicalista*, órgano de la Federación Obrera de Río Grande do Sul. El obrero español José Martins, militó largo tiempo en el movimiento anarquista brasileño y fue autor de una extensa y documentada obra, publicada en Río de Janeiro, con prólogo del profesor Oiticica: *Historia das Riquezas do Clero Católico e Protestante*. Everardo Dias, también español, llegó muy niño a Brasil, en 1887. Colaboró con Oreste Ristori y Benjamín Mota en la lucha anticlerical y fue redactor del quincenario *O Livre Pensador* y dejó libros como *Perpetuidade do Erro e da Mentira* y *A Luta Socialista Revolucionaria*[438 bis].

[437 bis] J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 34.

[438] Edgar Rodrigues, *Socialismo e sindicalismo no Brasil*, p. 267-269, J. W. Foster Dulles, *op. cit.*, p. 20.

[438 bis] Paul Avrich, *op. cit.*, p. 55. Cfr. *Libertarios no Brasil*, São Paulo, 1986; *Libertarios e militantes*, Campinas, 1985; Edgar Rodrigues, *Os Libertarios*, Vozes, Petrópolis, 1988.

En Ecuador las primeras tentativas de organizar a los trabajadores se produjeron a partir de la revolución liberal de 1895 y del gobierno de Eloy Alfaro, que coincidió con el comienzo de la industrialización, el ascenso de la burguesía a expensas de los terratenientes feudales y el inicio de la cultura laica. En 1906 se fundó el Partido Liberal Obrero, cuyo reformismo pretendía oponerse a la política ya manifiestamente pro-capitalista del Partido Liberal Radical. Casi al mismo tiempo, el 31 de diciembre de 1905, se fundaba en Guayaquil la «Confederación Obrera del Ecuador», que compartía las posiciones ideológicas de aquél. En este momento inicial sobresalió el anarquista cubano Miguel Albuquerque, que había llegado a Ecuador solicitando ayuda para lograr la independencia de su país, pero acabó por mezclarse en las luchas sociales y políticas ecuatorianas y fundó en 1896 la Sociedad de Hijos del Trabajo[439].

Tal vez por influencia de González Prada, como supone Víctor Alba, se fundaron poco después los primeros grupos específicamente ácratas. Las primeras huelgas, como la de los obreros gráficos de Quito en 1919, y la general de Guayaquil en 1922, fueron sin duda promovidas por anarcosindicalistas, como bien dice Agustín Cuevas, en su obra *Ecuador: 1925-1975*. El «Centro de Estudios Sociales», fundado en esta última ciudad en 1910, tenía igualmente orientación libertaria[440].

En 1920 apareció el «Centro Gremial Sindicalista» (CGS), fundado por militantes anarquistas. Su fin declarado era «la liberación de todos los oprimidos de la tierra, congregados en la organización sindical libertaria, que reemplazará al sistema actual, oponiéndose a todas la doctrinas políticas y religiosas, por considerarlas funestas y perjudiciales a los derechos y aspiraciones de los trabajadores»[441]. El Centro Gremial publicó un periódico denominado *El Proletario*. La Sociedad Cosmopolita de Cacahueros «Tomás Briones» editaba, a su vez, *El Cacahuero*, órgano gremial desde el cual se difundían ideas libertarias. En *Bandera Roja*, que salió en 1920, predominaba una mezcla, no inusual por entonces en otras latitudes (como en Argentina), de anarcosindicalismo y espartaquismo[442].

Max Nettlau ha rastreado en un número de *La Prensa*, diario demócrata de Quito, una rudimentaria propaganda anarco-socialista durante el año 1912. Recién en 1922 apareció, sin embargo, el primer periódico libertario: *Redención*, en Guayaquil. A este le siguieron algunos otros, como *Luz y Acción*, en 1929. *La Revista Blanca* de Barcelona, España, hablaba el 21 de septiembre

[439] E. Muñoz Vicuña-L. Vicuña Izquierdo, «Historia del movimiento obrero del Ecuador (Resumen)», en P. González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, 3, p. 205.
[440] Víctor Alba, *op. cit.*, pp. 104-105. Cfr. *El anarquismo en el Ecuador*, Quito, 1986.
[441] Alejo Capelo Cabello, *Una jornada sangrienta (15 de noviembre de 1922)*, Guayaquil, 1973, p. 36.
[442] P. Ycaza Cortez, «Aportes para la historia del movimiento obrero ecuatoriano» en *Lombardismo y sindicatos en América Latina*, México, Ediciones Nueva Sociología, 1982, p. 332.

de 1934 de la nueva generación libertaria del Ecuador[443]. En la década del 30, sin embargo, el marxismo-leninismo comenzó a ganar terreno en los grupos obreros y entre los intelectuales ecuatorianos. Ejercía gran influencia Mariátegui con su revista *Amauta*. Ya en la «Primera Conferencia Latinoamericana de los Partidos Comunistas», que se realizó en Buenos Aires del 1º al 12 de junio de 1929, se informaba que en Ecuador, «el Partido Socialista está en camino de transformarse en Partido Comunista»[444].

La creación de un frente único antifascista y la concentración de partidos políticos de izquierda[445], sirvió muy bien al propósito de los marxistas-leninistas, que hicieron progresos no sólo a costas de los socialistas reformistas sino también de las agrupaciones libertarias. A pesar de ello, la acción de los anarquistas no quedó del todo anulada y hasta años recientes se sentía aún su influencia en algunas organizaciones obreras ecuatorianas, sobre todo en la Federación de Guayas.

Entre los escritores de comienzos de siglo no faltaron algunos que se proclamaban anarquistas, como Luis A. Martínez, en su obra *A la Costa* (1904). D. Viñas menciona a Emilio Gallegos del Campo (1875-1914), «fundador, con su hermano Joaquín, de una de las revistas más representativas del rubenismo ecuatoriano: *América Modernista* (1898), publicada en Guayaquil», el cual por otra parte, «dentro del andarivel libertario redactó dos dramas con obreros, huelgas, puños crispados y reiteradas alusiones a 'auroras y príncipes rusos idealistas': *Crimen social* de 1905 y *Honra de obrero* de 1911»[446].

Colombia fue la única república latinoamericana visitada por dos de las máximas figuras del anarquismo del siglo XIX: Eliseo Reclus y Miguel Bakunin. Ninguno de ellos, sin embargo, llegó allí con propósitos de propaganda o de agitación. Reclus, uno de los más ilustres geógrafos europeos de su época[447], lo hizo precisamente en su calidad de geógrafo y de investigador científico. De ese viaje, realizado en 1855, surgió seis años más tarde su libro *Viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta*, publicado en París, y traducido luego al español con el nombre de *Mis exploraciones en América*. Pero también en el primer tomo de su *Correspondencia*, que abarca el periodo 1850-1870, puede encontrarse, como anota V. Muñoz, mucha información sobre Nueva Granada[448].

Bakunin, por su parte, sólo estuvo unos pocos días en el istmo de Panamá, en el año 1861, cuando ese territorio formaba parte de la República de Colombia. Después de su novelesca fuga de Siberia, a través de Japón, atravesó el océano Pacífico y llegó a Estados Unidos. El 21 de octubre del mencionado año se embarcó en San Francisco hacia Panamá y quince días más

[443] Max Nettlau, «Viaje libertario» en *Reconstruir*, 77, p. 39.
[444] E. Muñoz Vicuña- L. Vicuña Izquierdo, *op. cit.*, p. 216.
[445] E. Muñoz Vicuña- L. Vicuña Izquierdo, *op. cit.*, pp. 218-222.
[446] D. Viñas, *op. cit.*, p. 116.
[447] Sobre Eliseo Reclus, ha escrito Max Nettlau una biografía titulada: *Eliseo Reclus: La vida de un sabio justo y rebelde*, Buenos Aires, Ed. La Protesta, 1928.
[448] Max Nettlau, «Viaje libertario» en *Reconstruir*, 77, p. 39. y V. Muñoz, *ibid.*, p. 44.

tarde, el 6 de noviembre, después de cruzar el istmo, volvió a embarcarse en Aspinwall-Colón hacia Nueva York, desde donde, poco después, siguió viaje a Londres[449]. Ni en Panamá ni en Estados Unidos intentó Bakunin ninguna actividad propagandística o conspirativa ni puede decirse que haya dejado semilla alguna de anarquismo, entre otras cosas porque, en aquel momento, todavía no era propiamente anarquista[450].

En Colombia, como en casi todos los países latinoamericanos, hubo algunas manifestaciones del socialismo utópico a mediados del siglo XIX, que se vincularon a «las luchas artesanales contra los efectos disolventes del librecambismo»[451].

Aun cuando no hubo allí sociedades de resistencia ni sindicatos antes de 1910, sabemos que las ideas anarquistas contaban con muchos simpatizantes desde principios de nuestro siglo, entre estudiantes, literatos, artistas y trabajadores. Las primeras sociedades obreras fueron organizadas, sin duda, por militantes anarcosindicalistas. Ellos promovieron el 15 de mayo de 1916 la gran manifestación popular que la policía reprimió violentamente. Impulsaron y dieron vida a la huelga portuaria de Cartagena en 1920[452]. Pero su acción estuvo presente, junto a la de los socialistas marxistas, en otros muchos movimientos de fuerza llevados a cabo por los trabajadores colombianos entre 1910 y 1930, sobre todo en la Costa Atlántica, «que a causa de su situación geográfica estaba menos aislada que el resto del país». Participaron así en la huelga de Barranquilla de 1910; en el amplio movimiento desarrollado, en 1918, en Cartagena, Barranquilla y Santa Marta; en la primera huelga contra la United Fruit Company en la zona bananera de Santa Marta en 1918; en la del ferrocarril de Girardot y en la de obreros y artesanos de Bogotá en 1919; en las de Barrancabermeja en 1924 y 1927, contra la Tropical Oil Company (que culminaron con el despido de 1.200 trabajadores y el consejo de guerra para los dirigentes), en la segunda huelga de Santa Marta, en 1928, concluida con una gran masacre, y en otros muchos movimientos menores[453].

Max Nettlau da cuenta de varias publicaciones anarquistas colombianas en la década del veinte, como *Organización*, en Santa Marta, en 1925, y *Vía Libre*, en Barranquilla, en 1926. Pero hace notar que, después de la gran huelga bananera de fines de 1928 en el departamento de Magdalena y de la masacre de Ciénaga, «ya no se habla de actividades anarquistas en Colombia como tampoco de luchas sindicalistas apolíticas, sea por las represiones o debido a que los bolcheviques ocupan parte de la escena». El mismo historiador recuerda, por otra parte, al escritor y profesor colombiano Juan Francisco Mon-

[449] E. H. Carr, *Bakunin*, Barcelona, Grijalbo 1970, pp. 258-259.

[450] Sobre Miguel Bakunin pueden leerse: H. E. Kaminski, *Michel Bakounine-La Vie d' un révolutionaire*, París, 1974; James Guillaume, *L'Internationale-Documentas et souvenirs (1864-1878)*, París, 1905-1910; Arthur Lehning, *Conversaciones con Bakunin*, Barcelona, Anagrama, 1978; Jeanne-Marie, *Michel Bakounine. Une vie d'homme*, Genève, Noir, 1976; Max Nettlau, *Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España*, Buenos Aires, La Protesta, 1925.

[451] Enrique Valencia; *El movimiento obrero colombiano*, en P. González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, 3, p. 13. En 1913 surgió la «Unión Obrera».

[452] Víctor Alba, *op. cit.*, p. 105.

[453] Alvaro Tirado Mejia, *Colombia: siglo y medio de bipartidismo*, 1978 (citado por D. Viñas). En 1925 el «Grupo Sindicalista Antorcha Libertaria» publicaba *Voz popular*, donde escribían Gerardo Gómez, Carlos F. León, Pedro E. Rojas, etc.

caleano, que publicó en Los Angeles, a partir de 1911, el periódico anarquista *Pluma Roja*. Más discutible, sin duda, es la caracterización de Vargas Vila como escritor anarquista. Nettlau opina que sus escritos de crítica política y social contienen «un gran caudal de documentos sobre la dominación y las víctimas en América Latina», aun cuando muchos de sus modelos literarios, como Carlyle, Hello, Leon Bloy, etc., no sean precisamente anarquistas. Durante los años 1924 y 1925 en *La Revista Blanca* se discutió mucho sobre las tendencias libertarias, reales o presuntas, de la obra de Vargas Vila[454]. En realidad, su arquetipo poético parece ser D'Annunzio y su mentor filosófico Nietzsche, aunque está lejos de la riqueza del uno y de la profundidad del otro. Rafael Barrett, incuestionablemente anarquista y crítico de buen gusto, hablando de unos versos de Vargas Vila, dice; «Nada más aburrido, más falso, más insignificante». Y de su estilo en general: «La construcción de Vargas Vila padece hipertrofia de epítetos violentos y vacíos y de antítesis dislocadas. Parece la gesticulación maniática de un alcoholizado». Reconoce, sin embargo, que en su obra «de cuando en cuando asoma una belleza de buena ley»[455]. Y en otro ensayo, *Sobre Vargas Vila y el decadentismo*, añade, después de haber aludido a las emociones que despiertan en él los versos de Baudelaire, Verlaine y Rubén Darío: «Pues bien, Vargas Vila me aburre, me molesta, me aflige». Considera su obra como ilegítimo transplante: «Esa masa de despojos traídos de lejos, y echados a perder en el viaje, constituyen un temible foco de infección para el buen gusto»[456]. Es justo hacer notar, de todas maneras, que el arte elevado al nivel de lo absoluto, la obsesión erótica, la fantasía entre desesperada y lúbrica, no pueden considerarse en modo alguno rasgos comunes a los escritores anarquistas de aquella época, aunque hayan sido pretextos suficientes para concitar el «odium theologicum» en muchos críticos vernáculos[457].

Menos todavía se puede considerar seriamente a Guillermo Valencia como un escritor anarquista. Es cierto que «su poema *Anarkos* (tan popular en su momento como *El tren expreso* de Campoamor o 'las golondrinas' de Bécquer en otra etapa histórica), lograba, al apelar a la serie de recursos del orador libertario, insólitas adhesiones masivas», como dice Viñas[458]. Es cierto que la famosa composición, que por el fondo y por la forma recuerda, según Gómez Restrepo, a Víctor Hugo, tiene versos dignos de la musa estentórea de Ghiraldo:

Son los siervos del pan: fecunda horda
que llena el mundo de vencidos. Llama
ávida de lamer. Tormenta sorda
que sobre el Orbe enloquecido brama.

[454] Max Nettlau, «Viaje libertario», p. 40.
[455] Rafael Barrett, *Obras Completas*, Buenos Aires, Americalee, 1954, III, p. 171.
[456] Rafael Barrett, *Obras Completas*, III, pp. 175-176.
[457] Cfr. Antonio Curcio Altamar, *Evolución de la novela en Colombia*, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1957, pp. 197-202.
[458] D. Viñas, *op. cit.*, p. 105.

Y son sus hijos pálidas legiones
de espectros que en la noche de sus cuevas
al ritmo de sus tristes corazones,
viven soñando con auroras nuevas
de un sol de amor en mística alborada,
y, sin que llegue la mentida crisis,
en medio de su mísera nidada
¡los degüellan las ráfagas de tisis!

Pero el autor de *Anarkos*, considerado uno de los primeros líricos colombianos de su época[459], es autor de otros muchos célebres poemas (*Moisés, Homero, La tristeza de Goethe, Alma Mater, Caballeros teutones*, etc.), en los cuales no sólo no asoma para nada la genealogía libertaria de su musa sino más bien su condición de brillante huésped de un patriciado que tolera sus exotismos ideológicos. Sus poesías están dedicadas a políticos, hacendados y monseñores. Y ¿cómo podría haber hecho otra cosa quien durante casi toda su vida fue diplomático o funcionario y dos veces candidato a la presidencia de la república? *Anarkos* no es más que un ejercicio de retórica a la moda del momento.

En Venezuela nunca hubo organizaciones, sociedades obreras o periódicos anarquistas. Sin embargo, en fecha tan insólitamente temprana como 1810, en el seno de la Junta Patriótica, Coto Paúl exclamaba, ante los oradores que «combatían la forma federalista, señalándola como agente de disensiones anárquicas»: «¡La anarquía! Esa es la libertad cuando para huir de la tiranía desata el cinto y desanuda la cabellera ondosa. ¡La anarquía! Cuando los dioses de los débiles, la desconfianza y el pavor la maldicen, yo caigo de rodillas en su presencia. ¡Señores! ¡Que la anarquía, con la antorcha de las furias en la mano, nos guíe al Congreso, para que su humo embriague a los facciosos del orden y la sigan por calles y plazas gritando libertad!»[460]. Estas palabras no deben interpretarse, según varias veces se ha hecho, como mera efusión de un sentimiento juvenil irreflexivo ni como puro recurso retórico. Traducen una concepción precisa de las libertades individuales frente al Estado, expresada por algunos hombres de la extrema izquierda de la Revolución francesa, como Sylvain Marechal, por ejemplo, en quienes tal vez se haya inspirado Coto Paúl. No podría decirse, sin duda, que quien dio este grito de ¡viva la anarquía! fuera un anarquista, ya que lo dio algunas décadas antes de Proudhon, pero cabe ubicarlo, en sintonía con las ideas de Godwin, sobre los umbrales del anarquismo.

Las ideas de Proudhon fueron conocidas en Venezuela desde los días de Fermín Toro. En las obras de Baralt (sobre todo en las de su período español) el anarquista francés aparece repetidamente citado. Más aún, Baralt lo conoció personalmente y dialogó con él. Por otra parte, las concepciones de los

[459] José Ortega, *Historia de la literatura colombiana*, Bogotá, 1935, pp. 809 sgs.
[460] José Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, Caracas, Libreria Piñango 1967, I, p. 225; Juan Vicente González, *Biografía de José Félix Ribas*, Caracas, s/a., p. 46.

socialistas utópicos, acogidas con simpatía por Fermín Toro y por otros escritores de la época, prepararon una mentalidad en la que el federalismo político se vinculaba con vagas aspiraciones socialistas. En 1847 Guillermo Iribarren proponía una especie de socialismo reformista, inspirado tal vez en Luis Blanc, y mandaba traducir la obra de Wolowski, *Organización del trabajo*. En Simón Rodríguez, y particularmente en sus escritos pedagógicos, estaban presentes, sin duda, las ideas de Fourier y otros socialistas utópicos. De él dice acertadamente Manuel Díaz Rodríguez que no fue comprendido por sus contemporáneos «porque se adelantó en la América de su tiempo al europeo socialista de hoy»[461]. El francés Pierre Cerreau, llegado a Venezuela al fracasar la revolución de 1848 en Francia, publicó en La Victoria, el *Credo Igualitario*, periódico inspirado en el comunismo de Babeuf.

La amistad de Ezequiel Zamora con José María García, que divulgaba dentro y fuera de las aulas universitarias los principios de «la filosofía de la igualdad», explica la admiración juvenil del futuro «jefe del pueblo soberano» por Babeuf, «cuyas actuaciones aspira a emular»[462]. Más tarde, en 1849, conversaba con José Brandford y Luciano Requena sobre la revolución francesa de 1848, sobre la «república social» y sobre Augusto Blanqui[463], el socialista revolucionario que, pese a su centralismo, tanto se parecía a Bakunin[464]. «A partir de 1851, amplía el cuadro de su cultura política y se aproxima a las concepciones socialistas utópicas debido a las relaciones que establece con los insurrectos de junio de 1848, refugiados en Venezuela»[465]. A través de Brandford y del licenciado Francisco J. Iriarte, le llegaron asimismo las ideas de Proudhon, cuya teoría de la propiedad discutía: «Zamora considera que en los Llanos *la tierra no es de nadie; es de todos en uso y costumbres*, y además, antes de la llegada de los españoles, los abuelos de los godos de hoy, la tierra era común, como lo es el agua, el aire y el sol. Cierto, alguien robó una cosa que no era suya, sino de todos, responde José Brandford, y de esta manera tendría razón Proudhon cuando considera que la propiedad es un robo»[466].

Antes de la Guerra Federal, en 1852, apareció en Caracas un volumen titulado *Análisis del socialismo y exposición clara, metódica e imparcial de los principales socialistas antiguos y modernos y con especialidad los de Saint-Simon, Fourier, Owen, F. Leroux y Proudhon*. La obra pretendía ser una síntesis didáctica y objetiva de las doctrinas socialistas modernas destinada a informar a los pueblos hispanoamericanos acerca de las ideas filosófico-sociales discutidas, durante las últimas décadas, en Europa y particularmente en Francia. Sin embargo, olvidando su propósito de pedagógica objetivi-

[461] Manuel Díaz Rodríguez, *Sangre patricia*, Caracas, Monte Avila, 1972, p. 71.
[462] Federico Brito Figueroa, *Tiempo de Ezequiel Zamora*, Ediciones de la Biblioteca U.C.V., Caracas, 1981, pp. 32-56.
[463] Federico Brito Figueroa, *op. cit.*, p. 239.
[464] Cfr. Alan B. Spitzer, *The Revolutionary Theories of Louis Auguste Blanqui*, 1957.
[465] Federico Brito Figueroa, *op. cit.*, p. 250.
[466] Federico Brito Figueroa, *op. cit.*, p. 346.

dad, concluía, como dice Carrera Damas, con «un encendido alegato, casi un manifiesto en pro de la causa socialista»[467]. Es importante subrayar el hecho de que con esta publicación el lector venezolano tenía acceso por vez primera a una exposición, más o menos sistemática, de la filosofía social de Proudhon, a quien se suele considerar como el primer anarquista. La exposición-alegato parece haber suscitado temores y reacciones adversas en las clases propietarias. Se produjeron algunas réplicas periodísticas. Y tres años más tarde, un defensor de la civilización occidental y cristiana, llamado Ramón Ramírez, atacó al socialismo, encarnado en la teoría proudhoniana, como destructor de la propiedad privada (sacrosanto fundamento de nuestra sociedad y de nuestra cultura), en una obra titulada *El cristianismo y la libertad-Ensayo sobre la civilización americana*[468].

Después de la Guerra Federal las ideas de Bakunin y Kropotkin llegaron a Caracas en los libros franceses y españoles que leían los intelectuales y, muy excepcionalmente, los trabajadores. Miguel Eduardo Pardo, poeta y novelista caraqueño, que, según un crítico actual, perteneció «al club de los odiantes, es decir, el de aquellos inconformes con la sociedad que les tocó en suerte vivir o huir»[469], en su novela *Todo un pueblo*, que se desarrolla en Caracas (Villabrava), a fines del siglo XIX, incluye una discusión entre jóvenes intelectuales donde uno de ellos afirma «que Jesús no fue sólo un demagogo, sino el primer apóstol del anarquismo», que Ravachol, Vaillant y Pallás eran santos que llevaban a Cristo dentro del pecho, que el primero de ellos «no fue un asesino vulgar que profanaba los cadáveres como dicen», sino «un ser extraordinario, acaso más grande que Jesús»[470]. Alusiones literarias de este tipo no son muy raras en la literatura venezolana de la época y demuestran por lo menos un cierto interés por las doctrinas anarquistas entre la gente culta. En un recodo de su zigzagueante trayectoria ideológica Rufino Blanco Fombona se topó con el anarquismo español, aunque resulta difícil creer que haya llegado a identificarse plenamente con él. Carlos Brandt, por su parte, colaboraba en *Estudios*, en *Tiempos nuevos* y en otros órganos de la prensa libertaria española[471].

Nunca hubo en Venezuela un movimiento anarquista organizado, según ya dijimos, ni sociedades obreras abiertamente orientadas por el anarcosindicalismo. El hecho se explica, en parte, por la larga dictadura de los andinos que el país padeció entre 1899 y 1935: «La dictadura de Juan Vicente Gómez difícilmente podía ser terreno fértil para cualquier clase de uniones obreras —dice S. Fanny Simon— y sin duda no para las que controlaban los anarquistas». A esto debe añadirse la escasa inmigración europea, a diferencia

[467] G. Carrera Damas, *Para la historia de los orígenes del socialismo en Venezuela*, «Crítica histórica», Caracas, 1960, p. 125.
[468] G. Carrera Damas, *Temas de historia social y de las ideas*, Caracas, 1969, p. 159.
[469] José Antonio Castro, «Miguel Eduardo Pardo y el club de los odiantes», Prólogo a *Todo un pueblo*, Caracas, Monte Avila, 1981, p. I.
[470] Miguel Eduardo Pardo, *Todo un pueblo*, Caracas, Monte Avila, 1981, p. 44.
[471] Víctor García, «El anarquismo en Venezuela» en *Tierra y Libertad*, 459, México, p. 14.

de lo que pasaba entonces en el Cono Sur. «Sin embargo, si se tiene en cuenta la actividad de los anarquistas en otros países donde mandaban dictadores —añade la misma autora— no es contrario a la razón suponer que los anarcosindicalistas jugaron un papel en la organización de las uniones que formaron la Unión Obrera Venezolana en 1923»[472].

En 1864 Valentín Espinal había fundado la primera sociedad de artesanos en Caracas[473]. Además del peón agrícola, que, a pesar de percibir un salario, trabajaba todavía en condiciones semi-feudales, en la segunda mitad del siglo XIX apareció un proletariado rural de arrieros y transportistas, un proletariado minero en las empresas auríferas de Guayana, un proletariado portuario y, a partir de 1885, un sector más o menos numeroso de obreros ferroviarios[474].

Algunos prófugos de la Comuna de París, entre los cuales había probablemente algunos anarquistas proudhonianos, llegaron a Caracas y fundaron, clandestinamente, la Sección Venezolana de la Internacional, la cual funcionaba aún en 1893, puesto que ese año mandó una comunicación al congreso de Zurich, suscripta por los obreros Bruni Rösner, H. Wilhof y A. Picehn[475]. A diferencia de lo que sucedió en el Río de la Plata esta Sección de la Internacional no logró trascender a los trabajadores del país, quedó limitada a un pequeño círculo de franceses y suizos y murió sin duda con ellos. Por otra parte, la comunicación al Congreso de 1893 suponía, en aquel momento, una filiación reformista y la adhesión a la Segunda Internacional. Reformista parece haber sido también la mentalidad predominante en el «Primer Congreso Obrero» venezolano, reunido el 28 de octubre de 1896, en la biblioteca «Obreros del Porvenir» de Caracas, que afirmó la necesidad de crear un partido de los trabajadores. En 1895 había en la capital de Venezuela 96 empresas manufactureras[476]. Ciertamente los promotores de ese congreso, como el Dr. Alberto González Briceño, el poeta Leopoldo Torres Abandero, etc., no eran revolucionarios sino apenas librepensadores de alguna manera preocupados por la «cuestión social», pero eso no impide suponer que entre los concurrentes hubiera algunos trabajadores anarquistas de origen español. Durante la época de Gómez llegaron, sin duda, obreros españoles que habían militado en la CNT o en grupos anarquistas, y algunos de ellos trabajaron como albañiles en las numerosas construcciones que el dictador mandó levantar en Maracay.

Por otra parte, se fundaban la Asociación de Obreros y Artesanos (que editaba inclusive un periódico llamado *Unión Obrera*) y el Gremio de Tipógrafos; que constituyen las primeras manifestaciones de un sindicalismo moderno, aunque severamente limitado por las leyes y reglamentos de la dicta-

472 D. Viñas, *op. cit.*, p. 111.

473 Pedro Bernardo Salinas, *Retrospección laboral*, Caracas, 1971, p. 34.

474 Luis Vitale, *Sobre el movimiento obrero venezolano*, Caracas, 1978 (mimeografiado) pp. 8-9; Domingo Alberto Rangel, *El proceso del capitalismo contemporáneo en Venezuela*, Caracas, 1968, 58.

475 Federico Brito Figueroa, *Las repercusiones de la Revolución Socialista de octubre de 1917 en Venezuela*, Caracas, p. 17.

476 Celestino Mata, *Historia sindical de Venezuela*, Caracas, Urbina y Fuentes, 1985, p. 22.

dura[477]. En esta época se desarrollaron también algunas huelgas, como la de los telegrafistas, iniciada en marzo de 1914, en la Estación Central de Caracas, que se extendió luego a todo el Oriente, Valencia, Barquisimeto, Trujillo y Maracaibo y acabó con la cárcel de los principales dirigentes[478]. Ciertos gremios, como los telefónicos, tranviarios y ferroviarios, fundaron sociedades un quinquenio más tarde, pero al igual que otros (zapateros, panaderos, albañiles, etc.) se vieron obligados a disimular cuidadosamente sus propósitos reivindicativos y cualquier asomo de lucha de clases, presentándose con el disfraz de Sociedades de Socorros Mutuos, bajo la advocación de algún santo, según el uso colonial. Verdad es que, como dice Vitale, esta cobertura táctica facilitó el trabajo sindical durante la dictadura y hasta permitió en 1919 la organización de la primera central obrera venezolana, pero para comprender el desigual desarrollo de las luchas obreras y de las organizaciones de clase en América Latina, basta con pensar lo que era el movimiento sindicalista y anarquista de México, Argentina o Uruguay en este mismo año de 1919. De cualquier manera, durante esa época las huelgas se acrecentaron en Venezuela. Tipógrafos, tranviarios y zapateros promovieron movimientos por reivindicaciones salariales, a veces con éxito, aunque nunca sin lucha y sin violencia policial. El 3 de julio de 1918 estalló lo que Godio llama «la primera huelga industrial de Venezuela», que afectaba tanto a los talleres (mecánicos, herreros, fundidores) de Aroa, como al personal de tránsito (maquinistas, foguistas, etc.) del ferrocarril ingles The Bolivar Railway Company Limited. En esta huelga tienen los anarquistas un papel importante. «Efectivamente, junto con militantes venezolanos aparece un italiano Vincenzo Cusatti, anarquista, que se convierte en dirigente y que organiza, quizás por primera vez en Venezuela, un grupo de reacción obrera para represión de los rompehuelgas, en el cual, junto con venezolanos, participan también algunos obreros ingleses. Los huelguistas, aislados, fueron derrotados. Pero también este hecho dejó su marca en el movimiento sindical de Venezuela»[479]. Pérez Salinas sostiene que, como consecuencia de la represión desatada en España en 1917, llegaron a Venezuela grupos de trabajadores anarquistas, que no dejaron de diseminar aquí su ideología. Quintero afirma que «aquellos 'equivocados' pero respetables» anarcosindicalistas penetraron con sus ideas y tácticas los gremios panaderos, ferroviarios, etc. En el sindicato petrolero clandestino (SAMOP), según el mismo, predominaban hacia 1931 tendencias anarquistas[480]. Esas tendencias fueron reforzadas, al parecer, por la presencia de trabajadores norteamericanos que militaban en la IWW. Fácil resulta conjeturar que, de no haber existido una dictadura férrea y particularmente cuidadosa de los intereses patronales (sobre todo de los extranjeros) como la de Gómez, el anarcosindicalismo habría originado una sólida organización obrera en la Venezuela de los años posteriores a la Primera Guerra Mundial.

[477] Hemy Croes, *El movimiento obrero venezolano*, Caracas, Ediciones Movimiento Obrero, 1973, p. 9.
[478] Julio Godio, *El movimiento obrero venezolano 1850-1944*, Caracas, Ildis, 1985, pp. 54-57.
[479] Julio Godio, *Ibid.*, p. 62.
[480] Vitale, *op. cit.*, pp. 18-19.

El desarrollo de la industria petrolera, durante la década del 20, acrecentó y modificó la composición de la clase obrera venezolana, dentro de una sociedad con no pocos resabios feudales. Llegaron del exterior técnicos y obreros especializados. Muchos campesinos de todas las regiones del país se convirtieron en obreros del petróleo. En 1923 su número era de 5.000 y en 1929 pasaban de 20.000[481]. En 1928 un movimiento estudiantil en pro de las libertades públicas y contra la dictadura fue pronto acompañado por los obreros, que en el curso de ese año multiplicaron también las huelgas (panaderos, portuarios, tranviarios, etc.).

Entre los promotores de la protesta universitaria figuraba Pío Tamayo, escritor venezolano, con largos años de lucha social en Guatemala, Panamá, Puerto Rico y Estados Unidos, cuya ideología marxista había nacido de una inicial inclinación por el anarquismo. Nacido en El Tocuyo en 1898, muy joven conoció el exilio. En Costa Rica dirigió la revista *Avispa*, célebre por sus ataques contra el dictador Gómez[481 bis]. A su regreso, participó en el movimiento estudiantil de 1928 y durante la coronación de Beatriz I, reina de los estudiantes, leyó su poema post-modernista *Homenaje al Indio*. Preso desde entonces en el castillo Libertador de Puerto Cabello, sólo salió de allí para morir el 5 de octubre de 1935.

Al morir Juan Vicente Gómez, también en 1935, surgieron diversos partidos políticos, los más de los cuales eran policlasistas, gustaban de ser tenidos por «izquierdistas» y encontraban sus líderes en intelectuales de la pequeña burguesía. Los obreros se lanzaron directamente a la lucha para liquidar los remanentes del gomecismo en Cabimas, y el pueblo tomó el poder, por un momento, en diversas regiones del país. Se crearon comités obreros y populares y, durante un breve lapso, hubo una situación que podría llamarse prerevolucionaria, la cual se manifestó en la formación de «guardias cívicas» antigomecistas[482].

En 1936 se organizaron o reorganizaron varios gremios y surgieron la Asociación Nacional de Empleados (ANDE) y las Ligas Campesinas. Sin embargo, la débil conciencia de clase y la escasa presencia de militantes que representaran un sindicalismo revolucionario mediatizó, desde aquel momento, la acción obrera, subordinando sus órganos específicos a los partidos políticos recién creados (PRP, ORVE, etc.), hasta el punto de verse confundidos, muchas veces, con los mismos partidos. Esta subordinación originaria y esencial de los sindicatos a los partidos, confirmada durante la década del 40 y una vez más al caer la dictadura perezjimenista en 1958, constituye el «handicap» característico del movimiento obrero venezolano y explica por qué, ni siquiera después de 1935, hubo aquí nunca sociedades de resistencia de ideología anarcosindicalista o sindicalista revolucionaria. No se trata de que

[481] Rodolfo Quintero, «Historia del movimiento obrero en Venezuela», en P. González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, 3, p. 158.

[481 bis] Eduardo Gómez Tamayo, «Pío Tamayo, poeta y escritor de envergadura revolucionaria», *La Quincena Literaria*, El Tocuyo, 15 de enero de 1947, pp. 1-2.

[482] Domingo Alberto Rangel, *Los andinos en el poder*, Caracas, Vadell, 1980, p. 308.

«los gremios de corte anarcosindicalista, que se preocupaban por el mantenimiento de la particularidad de los oficios» dieran lugar «a la centralización unificadora en sindicatos, federaciones y confederaciones, que facilita a los obreros la percepción total del proceso de producción», como dice Rodolfo Quintero[483]. Cualquiera que conozca la historia del movimiento obrero internacional sabe que en ese momento a los anarquistas no les preocupaba ya «el mantenimiento de la particularidad de los oficios» y habían aceptado ampliamente los sindicatos de industria. Basta conocer la historia de la CNT española o de la FORA Argentina. En todo caso, si alguien tenía «la percepción total del proceso de producción» y actuaban de acuerdo con tal percepción eran los anarcosindicalistas. La «partidización» de los sindicatos explica por qué aquellos militantes obreros proclives a la ideología anarquista que no podían conformarse con la idea de la dictadura del proletariado ni con la organización vertical del Partido Comunista hayan quedado insertos en los cuadros de un partido como Acción Democrática que (entonces con más razón que ahora) se veía como socialdemócrata. Algunos de los dirigentes obreros más importantes de ese partido, en la primera época, como Francisco Olivo, Pedro Bernardo Pérez Salinas y Salom Mesa[484], se inclinaban originariamente a una ideología anarcosindicalista, alimentada en buena parte en fuentes hispánicas. Su presencia en Acción Democrática promovió, tal vez, la benévola acogida que dicho partido brindó a muchos anarquistas españoles, llegados al país tras el triunfo del franquismo, y la creciente simpatía de algunos de ellos hacia el mismo partido.

En años más recientes arribaron a Venezuela, entre los muchos exiliados del Cono Sur, algunos militantes libertarios, que desarrollaron cierta actividad de propaganda y difusión de ideas, sobre todo en el medio universitario.

9— PANAMA Y AMERICA CENTRAL

La construcción del ferrocarril transístmico (1850-1855), el intento de abrir un canal interoceánico por parte de los franceses (1880) y después la definitiva construcción del mismo por los norteamericanos (1904-1914) atrajo a Panamá una gran masa de trabajadores desde Europa, Asia y las Antillas[485]. Este hecho diferencia a la república del Istmo (que recién se constituye como tal, al independizarse de Colombia, en 1903) de los países vecinos, como la propia Colombia, Venezuela y América Central, desde el punto de vista de la historia del movimiento obrero. En una primera etapa, cuando las obras del canal estaban en manos de los franceses, arribaron unos 20.000 obreros, la mayoría de ellos provenientes de Europa (España, Francia, Italia, etc.);

[483] Rodolfo Quintero, *op. cit.*, p. 159.
[484] Salom Mesa, *La vida me lo dijo. Elogio de la anarquía*, Caracas, Vadell, 1987, pp. 43-44.
[485] Luis Nava, *El movimiento obrero en Panamá (1880-1914)*, Panamá, Editorial Universitaria 1974, p. 61.

en la segunda, al pasar la empresa a manos norteamericanas, llegaron unos 40.000 originarios de América Central y, sobre todo, de Jamaica y las islas inglesas del Caribe. Con estos trabajadores, y particularmente con los europeos —dice Jorge Turner— llegó también a Panamá la semilla de la conciencia de clase y del anarcosindicalismo[486]. Quienes más se destacaron allí «por su capacidad organizativa y combativa fueron, precisamente, obreros libertarios de origen español»[487]. Ya en el período de la construcción del ferrocarril se produjeron algunas huelgas por aumento de salarios y mejoramiento de las condiciones de trabajo (que eran extraordinariamente deplorables y provocaban enfermedades y no pocas muertes entre los obreros). En 1895, durante los trabajos emprendidos por la compañía francesa para la apertura del canal, estallaron también varias huelgas, que lograron un relativo éxito y fueron promovidas, al parecer, por anarquistas europeos.

En 1905, en época de los norteamericanos, el general George W. Davis, gobernador de la zona del canal, puso especial cuidado en impedir toda contratación de obreros anarquistas. En 1907, sin embargo, dos mil trabajadores españoles, alentados indudablemente por connacionales anarquistas que con ellos laboraban, llevaron adelante una huelga no carente de episodios violentos en pro de aumentos salariales.

El espíritu combativo insuflado a la clase obrera de Panamá por los anarcosindicalistas explica el hecho de que, al ser regulada la inmigración, con la ley 72, del 11 de junio de 1904, el artículo 5 prohibiera la entrada de anarquistas al país[488].

Al margen, casi siempre, de la Federación Obrera, central amarillista, cuya fundación había propiciado en 1921 el presidente liberal Belisario Porras, los anarquistas siguieron luchando entre los obreros panameños (no sin hacer adeptos entre ellos) y en 1925 promovieron una huelga de inquilinos (tal como lo habían hecho los anarquistas argentinos, chilenos, brasileños y mexicanos).

En 1924 un grupo predominantemente anarcosindicalista fundó el Sindicato General de Trabajadores, que llegó a contar miles de afiliados. Puede decirse que fue la primera central obrera panameña. En el grupo fundacional figuraban los españoles José María y Martín Blásquez de Pedro, la polaca Sara Gratz y el peruano Esteban M. Pavletich (más tarde incorporado a la guerrilla de Sandino). Entre los panameños había, junto a algunos anarquistas, trabajadores de otras ideologías, sin que faltaran marxistas como Eliseo Echevez y Domingo H. Turner, futuros fundadores del Partido Comunista, en 1930. También intervino Diógenes de la Rosa, que sería luego uno de los líderes del Partido Socialista, fundado asimismo en 1930[489].

486 Jorge Turner, *Raíces históricas y perspectivas del movimiento obrero panameño*, en P. González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, 2, México, 1985, p. 291.
487 D. Viñas, *op. cit.*, p. 99.
488 Jorge Turner, *op. cit.*, p. 294.
489 *Ibíd.*, p. 296.

Entre los trabajadores llegados de Europa en las dos primeras décadas del siglo, había curiosamente varios individualistas stirnerianos, influidos por la filosofía de Nietzsche, que veían en el sindicalismo un potencial enemigo de la ideología anarquista. Constituyeron, de acuerdo con sus ideas, grupos de afinidad que en 1912 llegaban, según Max Nettlau, al número de veinte. En 1911 apareció, en Colón, el periódico *El Unico*, que se autodefinía como «Publicación individualista»[490].

En Costa Rica hubo durante la primera década de nuestro siglo una serie de publicaciones periódicas que respondían, en mayor o menor medida, a la ideología anarquista. Vladimir de la Cruz nombra entre ellas: *La Aurora Social, Hoja Obrera, Orden Social, El Trabajo, El Amigo del Pueblo, Grito del Pueblo, La Lucha, El Derecho y La Causa del Pueblo*, cuyo estilo —dice— «no sólo va insinuando las características del discurso libertario de esos años, sino que ineludiblemente remite a otras publicaciones anarquistas de otras latitudes de América Latina e, incluso, a revistas o semanarios editados en Barcelona y a lo largo de las zonas levantinas y andaluzas de España»[491]. Por el mismo V. de la Cruz sabemos que el «peligro» anarquista estaba ya presente en Costa Rica en los últimos años del pasado siglo, ya que el obispo Thiel alertaba tácitamente contra él en su pastoral del 25 de diciembre de 1892. En 1909 hubo en San José reuniones de protesta por el asesinato de Francisco Ferrer, iguales a las que en todos los países latinoamericanos organizaron, según vimos, los grupos anarquistas. A fines de ese mismo año se fundó el «Centro de Estudios Sociales Germinal», cuyos colores eran el rojo y el negro. En él participaban intelectuales como Omar Dengo, Joaquín García Monge, Carmen Lira, y el dirigente obrero Juan Rafael López[492]. El 15 de enero de 1911 salió a la luz la revista *Renovación*, que tenía tendencias libertarias y era dirigida por el poeta J. M. Zeledón. De ella se publicaron (cosa bastante insólita) más de sesenta números. Algo después apareció en Santiago de Puriscal *Le Semeur*, periódico anarquista, escrito en francés. *El Sol* de Alajuela, sin ser una publicación anarquista, acogía (y lo siguió haciendo hasta nuestros días) colaboraciones de tal tendencia ideológica en muchas ocasiones. Hacia 1926 se fundó en San José un grupo específico de acción libertaria[493]. Cabe recordar aquí que en 1914 Kropotkin escribió dos cartas al químico costarricense Elías Jiménez Rojas (que era sin duda un anarquista) para explicar la actitud que había asumido frente a la guerra europea recientemente iniciada, actitud que no fue compartida por la mayoría de los anarquistas y mereció el explícito rechazo de figuras como Malatesta, Rocker, Emma Goldman, Alejandro Berkman, Sebastián Faure, Domela Nieuwenhuis, Luigi Bertoni, etc. Kropotkin explicaba allí su actitud antiprusiana diciendo: «Ustedes comprenden que en semejantes circunstan-

[490] Max Nettlau, «Viaje libertario» en *Reconstruir*, 76, p. 34.
[491] Vladimir de la Cruz, *Las luchas sociales en Costa Rica, 1870-1930*, San José, 1970 (cit. por D. Viñas).
[492] *Ibíd.*.
[493] Max Nettlau, «Viaje libertario» en *Reconstruir*, 78, p. 42; V. Muñoz, *ibíd.* p. 48.

cias se necesitarían todos los esfuerzos para impedir que el imperialismo militar estrangule Europa»[494].

La influencia de los anarcosindicalistas entre los trabajadores costarricenses a comienzos de nuestro siglo resulta indudable. «Así, por ejemplo, en el movimiento huelguístico que en 1905 realizaron los panaderos con el objeto de alcanzar la jornada de trabajo de ocho horas, varios anarcosindicalistas españoles tuvieron papeles de liderazgo, entre ellos Juan Vera, quien a raíz de estos sucesos fue expulsado del país hacia Puerto Rico. A los dirigentes nacionales de este movimiento huelguístico se les confinó al cuartel de Alajuela». En 1913, por iniciativa del antes mencionado «Centro de Estudios Sociales Germinal» y de varias sociedades obreras, se celebró por vez primera en Costa Rica el 1° de mayo como Día Internacional del Trabajo y se fundó la «Confederación General de Trabajadores», que tuvo mucha influencia durante toda aquella década[495].

Los primeros sindicatos salvadoreños, entendidos como órganos de lucha obrera y como sociedades de resistencia, fueron creados también por anarquistas nacionales y extranjeros. La influencia del anarcosindicalismo español, mexicano y panameño resulta allí indudable. Elementos anarcosindicalistas predominaron en la Unión Obrera Salvadoreña, fundada en 1922, y en la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador, que la siguió dos años más tarde, aunque a partir de 1929 ésta pasó a ser dirigida por militantes marxistas[496].

En San Salvador, capital de la república de El Salvador, funcionaba en 1930 un «Centro Sindical Libertario», que desapareció probablemente dos años más tarde, al producirse la sangrienta represión de 1932. En este país parece haber acabado sus días Anselme Bellagarigue, uno de los más combativos anarquistas franceses de la primera hora, que en 1850 publicaba en París *L'Anarchie-Journal de l'Ordre*[497]. Pero no es posible saber si durante su estancia en El Salvador o en Honduras, donde vivió antes, trabajando como maestro, escribió algo o difundió de alguna manera sus ideas. Nettlau menciona la revista literaria *Ritos*, aparecida en 1908 en San Salvador, como publicación influida por las ideas anarquistas[498].

A partir de 1926 se inició en Guatemala la publicación de *Orientación Sindicalista*, periódico que propugnaba una acción sindical directa, al margen de los partidos políticos y aun contra ellos. Los comunistas promovieron, por entonces, la fundación de la «Federación Regional Obrera de Guatemala» (FROG) y comenzaron a editar el periódico *Vanguardia Proletaria*. Pero obreros españoles y peruanos, unidos a grupos de trabajadores y estudiantes

[494] Estas dos cartas permanecieron inéditas hasta 1960, en que fueron publicadas por la *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica* (vol. II-núm. 7), en traducción española de Alain Vieillard-Baron.

[495] Manuel Rojas Bolaños, «El movimiento obrero en Costa Rica (Reseña histórica)» en P. González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, 1985, p. 256.

[496] Rafael Menjívar Larín, «Notas sobre el movimiento obrero salvadoreño», en P. González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, 2, pp. 73-74.

[497] Max Nettlau, «Viaje libertario» en *Reconstruir*, 78, pp. 42-43.

[498] Max Nettlau, «Contribución a la bibliografía anarquista», p. 30.

guatemaltecos, fundaron, por su parte, el «Comité Pro Acción Sindical», que encarnaba las ideas y propósitos de los anarcosindicalistas[499]. El dictador militar de turno acabó en 1937 con el «Comité Pro Acción Sindical», y, al mismo tiempo, con toda manifestación pública del anarcosindicalismo y del sindicalismo revolucionario en el país[500].

Ya en la última década del siglo pasado se formaron en Honduras sociedades de ayuda mutua, como «La Democracia», que funcionó desde 1890. Durante la primera década del presente siglo empezaron a organizarse, con fines de lucha y defensa social, los trabajadores de los enclaves minero y bananero. En marzo de 1909 los obreros de la Rosario Mining Company, empresa norteamericana, se levantaron en huelga y fueron sangrientamente reprimidos[501].

En julio de 1916 hicieron los mismo los trabajadores de la Cuyamel Fruit Company. Más de cuatrocientos de ellos fueron encarcelados en el Castillo de Omoa[502]. La intervención de anarcosindicalistas extranjeros en estas primeras huelgas, así como en la organización de las primeras sociedades de resistencia entre mineros, bananeros y obreros, es casi segura, aun cuando no siempre resulte fácil aportar datos precisos al respecto.

En Nicaragua se fundó en octubre de 1918 la Federación Obrera Nicaragüense con la cooperación de varias sociedades obreras y mutuales, tales como la Sociedad Central de Obreros, la Sociedad Unión Zapateros, la Unión de Panaderos, la Unión de Sastres, etc., de León y otras de Chinandega, Granada y Managua[503]. Las uniones mutuales y artesanales habían sido manejadas desde sus orígenes por hombres de los dos partidos políticos tradicionales, el conservador y el liberal. Algunos intelectuales pretendieron utilizar la nueva Federación para llegar a puestos políticos.

Militantes obreros constituyeron entonces el «Grupo Socialista», cuyo órgano, *El Socialista*, denunciaba, el 24 de mayo de 1924, esa manipulación. En ese grupo figuraban los trabajadores Leonardo Velásquez, Alejandro González Aragón, Victor M. Valladares y el poeta Apolonio Palacio[504]. Aunque se trataba de militantes honestos, a quienes sublevaban las intrigas y politiquerías de hombres como el poeta Salomón de la Selva, no puede inferirse de este relativo antipoliticismo una actitud anarquista o sindicalista revolucionaria. Eran, a lo sumo, reformistas o socialdemócratas. Aunque en León conmemoró la Federación Obrera Nicaragüense el 1° de mayo, al grito de ¡Vivan los mártires del trabajo! ¡Viva la revolución social!, es importante recordar que no lo hizo sin pedir primero a los patrones que dieran permiso de concurrir al acto a sus trabajadores[505]. Salomón de la Selva hizo todo lo

[499] José Luis Balcárcel, «El movimiento obrero en Guatemala» en P. González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, 2, pp. 25-26.
[500] Max Nettlau, «Viaje libertario» en *Reconstruir*, 78, p. 42.
[501] Víctor Meza, «Historia del movimiento obrero en Honduras» en P. González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, 2, p. 131.
[502] Víctor Meza, *op. cit.*.
[503] Gustavo Gutiérrez Mayorga, «Historia del movimiento obrero en Nicaragua 1900-1977», en P. González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, 2, p. 200.
[504] *Ibíd.*, p. 201.
[505] *Ibíd.*, p. 204.

posible por vincular a la FON con la Confederación Obrera Panamericana (COPA), organizada por la American Federation of Labor (AFL). El «Obrerismo Organizado» surgido en 1923 por obra del profesor Sofonías Salvatierra, si bien criticó la vinculación de la FON con el sindicalismo yanqui, no pasó nunca del solidarismo mutualista y de un nacionalismo liberal que combatía toda forma de internacionalismo revolucionario[506].

No puede decirse, pues, que haya habido en Nicaragua agrupaciones específicas o sociedades obreras anarcosindicalistas, aunque posiblemente intervinieron libertarios extranjeros (españoles, mexicanos, etc.) en algunas de las huelgas más importantes como la de los estibadores de Corinto en 1919. Tampoco podemos pasar por alto la simpatía de Sandino hacia el anarquismo hispano, del cual se sentía más cerca que del marxismo-leninismo y del cual tomó, según parece, los colores de su bandera.

10— LAS ANTILLAS Y CUBA

En Puerto Rico, colonia española hasta 1898 (y desde ese año colonia norteamericana), las ideas anarquistas no tuvieron tanto eco como en Cuba, pero cabe suponer que militantes peninsulares llegaron a la isla y emprendieron allí tareas de agitación y propaganda por lo menos desde la década del 80. Es cierto que las primeras organizaciones artesanales, surgidas durante el quinquenio liberal (1868-1873), fueron casinos, sociedades de socorros mutuos y cooperativas de producción, que contaron con el visto bueno de las autoridades y hasta con el auspicio de la clase propietaria[507].

En 1894 y 1895, la crisis monetaria, con la consiguiente devaluación que provocó un súbito aumento de precios, provocó por primera vez una serie de huelgas y movimientos masivos de protesta. Es claro que a ello no fueron ajenos grupos de anarquistas españoles que trabajaban en la isla. En 1898, ya bajo la dominación norteamericana, fundaron aquéllos (junto con algunos socialistas) la Federación Regional de los Trabajadores, cuyo modelo era la Federación Regional Española, ampliamente dominada por grupos anarcosindicalistas. Su programa aspiraba a eliminar la explotación del hombre por el hombre y a lograr la total emancipación del proletariado[508]. Los anarquistas y socialistas de la Federación, basados en su internacionalismo, «condenaron el nacionalismo de las clases propietarias y aspiraron a una sociedad igualitaria y a un mundo sin fronteras sociales». Se negaron, por principio, «a contaminarse en los regateos coloniales» y consideraron la cuestión social como algo enteramente ajeno a la cuestión nacional[509]. De hecho, la lucha

[506] *Ibid.*, pp. 205-210.
[507] Gervasio Luis García. A. G. Quintero Rivera, «Historia del movimiento obrero puertorriqueño 1872-1978» en P. González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, 1, pp. 358-363.
[508] *Ibid.*, p. 366.
[509] *Ibid.*, p. 367.

contra el creciente capitalismo los llevó a asumir, sin embargo, una actitud anti-yanqui, en la medida en que, cada vez más, «norteamericano» resultaba sinónimo de «capitalista» (y de fuerza gubernamental, policial y militar). Así se explica que la actividad libertaria haya estado aquí muchas veces mezclada, como en otras partes del Caribe, con postulaciones de tipo nacionalista. Pero la oposición, típicamente anarquista, a los partidos políticos, las elecciones, el parlamentarismo, etc., hizo que el 18 de junio de 1899 los defensores de la autonomía sindical se retiraran de la Federación Regional (cuyo presidente, Rosendo Rivera García, propiciaba el apoyo al Partido Republicano) y fundaran la Federación Libre, que se proclamaba fiel a los principios de la Primera Internacional. Sin embargo, poco después, en septiembre de 1901, se afilió a la AFL, organización conservadora y antisocialista, contradicción que los dirigentes Ramón Romero Sosa y Santiago Iglesias, trataron de explicar alegando la necesidad de «sobrevivir en un medio económico hostil»[510]. Pero los anarquistas siguieron trabajando en Puerto Rico a pesar de no haber logrado predominar en el movimiento obrero, tal como lo habían hecho sus compañeros en otros países de América Latina. Max Nettlau menciona el periódico *Voz Humana*, que aparecía en Cagües en 1905 y 1906[511].

En lo que toca a la producción literaria del anarquismo (o del paraanarquismo) en Puerto Rico, dice David Viñas: «Si Manuel Zeno Gandía (1855-1930), desde su perspectiva naturalista 'quiso manejar la pluma a modo de cauterio social', al escribir la serie de novelas que conforman sus *Crónicas de un mundo enfermo* —sobre todo en *La charca*, 1894, y en *Garduña*, 1896—, y si Mariano Abril (1861-1935), intentó bosquejar un panorama de las tendencias y matices de la izquierda revolucionaria de su tiempo en *El socialismo moderno*, otros escritores como José Elías Levis con su *Estercolero* (1900) y Ramón Juliá Marín con *La gleba* (1913), trazan ese espacio literario que hacia 1900 no sólo rodeó sino que sostuvo el núcleo específicamente anarquista. Pivote que desde ya se iba definiendo por la permanente influencia libertaria de origen español, y que si a lo largo del predominio político del Madrid de la Restauración se perfiló en su actividad denuncialista de los Cánovas y de los Sagasta, después de 'la toma de posesión' de la isla por parte de Estados Unidos se caracterizó cada vez más por el duro cuestionamiento del imperialismo norteamericano: constante que fue desplazando a los libertarios puertorriqueños a acercarse a los voceros y militantes de la IWW. Luis Bonafoux (1855-1925), en este orden de cosas, puede ser considerado como uno de los nexos más activos entre sus simpatías libertarias (que lo llevan a ser expulsado de Puerto Rico por las autoridades españolas), su camaradería con los rubenianos y su actividad periodística que culmina con la fundación y dirección de *La Campaña*; periódico que si sale a la calle en 1898, contaba entre sus colaboradores europeos a Malatesta, Tarrida del Mármol, Sébastien Faure y otros anarquistas que diseñan pautas teóricas decisivas para ese movimiento político»[512].

[510] *Ibid.*, p. 368.
[511] Max Nettlau, «Viaje libertario» en *Reconstruir*, 78, p. 43.
[512] D. Viñas, *op. cit.*, p. 81.

No cabe dudar de la existencia de una propaganda ácrata en la República Dominicana, llevada a cabo por trabajadores inmigrantes españoles, en las dos últimas décadas del siglo XIX. Asociaciones mutualistas de artesanos surgieron en esta época (como, por ejemplo, en 1884, La Alianza Cibaeña y la Sociedad artesanal Hijos del Pueblo, en 1890), pero la primera organización sindical parece haber sido la Unión de Panaderos de Santo Domingo, fundada en 1897. Hacia esta época se producen asimismo las primeras huelgas, como la de panaderos, zapateros y albañiles, que incluyó un mitin de protesta contra los respectivos patronos en el parque Colón, y la de los obreros que construían el ferrocarril Puerto Plata-Santiago, en 1896[513]. Es muy probable que obreros anarquistas hayan promovido estos primeros movimientos huelguísticos, aun al margen de cualquier organización sindical. El 15 de mayo de 1920 se reunió en Santo Domingo el Primer Congreso de Trabajadores Dominicanos, del cual nació la Confederación Dominicana del Trabajo (CDT), que reivindica la jornada de ocho horas, el derecho de huelga, la indexación salarial, la participación en las ganancias, etc., y exige el fin de la ocupación norteamericana del país[514]. Durante la década del 20 surgieron la Federación Local del Trabajo de Santo Domingo, formada por treinta y un gremios y la Unión Regional de Obreros del Este[515].

En enero de 1946 estalló una gran huelga que se extendió a todos los centrales azucareros de La Romana y San Pedro de Macorís, en la cual colaboraron algunos anarquistas españoles llegados al país pocos años antes, tras la derrota de la República. Estos exiliados (muchos de los cuales se trasladaron luego a México u otros países latinoamericanos) no perdieron ocasión de dar a conocer allí sus ideas. Entre ellos estaba el Dr. Pedro Vallina[516], «singular anarquista, mezcla de Bakunin y de San Francisco de Asís»[517]. Una década antes había llegado también a la República Dominicana el Dr. Goldberg, médico alemán, fundador de una colonia orientada por ideas anarquistas en Berlín. Después de verse obligado a huir de su país por la barbarie nacionalsocialista, llegó a Córcega, y desde allí pudo arribar a la República Dominicana, en una de cuyas apartadas y selváticas comarcas, estableció a su gente[518].

En 1865 funcionaba en la colonia francesa de la Martinica una sección de la Internacional,en la cual predominaban los grupos proudhonianos. Por el informe del Consejo General del Congreso de Lausanne, septiembre de 1867, sabemos que también existía una rama de la Internacional en 1866 en Guadalupe (otra isla francesa), la cual para esa fecha ya no pagaba más cotización[519].

513 Rafael Calderón Martínez, «El movimiento obrero dominicano 1870-1978» en P. González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, 1, pp. 271-272.
514 *Ibíd.*, pp. 273-274.
515 *Ibíd.*, p. 275.
516 Pedro Vallina, *Mis memorias*, México, Ed. Tierra y Libertad, 1971, II, pp. 215-217.
517 José Viadiu, «Prólogo» a *Mis memorias*, p. 9.
518 Max Nettlau, «Viaje libertario» en *Reconstruir*, 78, p. 43.
519 Max Nettlau, «Contribución a la bibliografía», p. 8.

En Haití el socialismo apareció, en la década de 1930, «en el marco de una lucha nacionalista, ideológica y política contra la dominación norteamericana»[520]. El Partido Comunista, nacido en 1934, rompió con el nacionalismo burgués y con el viejo nacionalismo negrista del siglo XIX y procuró vincular el antimperialismo con la lucha de clases[521]. Es difícil decir si hubo, antes o después, grupos anarquistas, aunque la influencia cultural francesa no pudo dejar de difundir, desde el siglo XIX, las ideas de Proudhon y de los anarcosindicalistas de la CGT. Por otra parte, el país que el 23 de agosto de 1791 presenció el estallido de la primera gran sublevación de los esclavos negros y, dos años más tarde, la primera emancipación general de los mismos (decretada por Sonthonax), el primer país latinoamericano que proclamó, en 1804, con Dessalines, su independencia, fue el que más largas y constantes dictaduras padeció en su historia, hasta culminar en nuestros días con el duvalierismo, ese «fascismo del subdesarrollo»[522], lo cual no configuraba sin duda un ambiente propicio para el desarrollo de un movimiento libertario, aun cuando haya suscitado sentimientos de rebelión y de odio a la tiranía en muchos individuos.

Cuba, la última de las colonias americanas de España, estuvo más estrechamente vinculada que ninguna de las repúblicas hispanoamericanas, con la vida política y cultural de la metrópoli. La influencia del socialismo utópico español se dejó sentir en la isla durante la primera mitad del siglo XIX; la del anarquismo durante la segunda.

«Por toda la América de lengua española circularon en el siglo XIX muchos textos que se ocupaban del socialismo utópico para atacarlo, criticarlo o excomulgarlo desde el punto de vista del catolicismo peninsular, uno de los baluartes del ultramontanismo clerical»[523]. Ejemplo de ello podrían ser los artículos escritos por el filósofo Jaime Balmes en 1844, publicados en el periódico *La Sociedad* de Barcelona y el famoso *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo* de Donoso Cortés, en 1850. Todos estos escritos, reproducidos y comentados en América Latina y particularmente en Cuba, no pudieron impedir, sin embargo, la llegada del pensamiento socialista utópico, en años bastante tempranos.

Ramón de la Sagra, nacido en 1798 en La Coruña, sociólogo, agrónomo, economista, geólogo, botánico, matemático, estadístico, etc., a quien Manuel Casas llama «enciclopedia viviente», llegó a La Habana en 1823. Allí enseñó mineralogía, se desempeñó como director del Jardín Botánico, fundó en 1827 los *Anales de Ciencias, Agricultura, Comercio y Artes* y publicó libros sobre múltiples materias. Después de viajar por Estados Unidos y Europa fue elegido dos veces diputado. En 1840 comenzó a estudiar las obras de Proud-

[520] Michel Hector, «El movimiento obrero haitiano-1932-1963», en P. González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, 1, p. 187.
[521] Michel Hector, *op. cit.*, p. 190.
[522] Leslie Manigat, *De un Duvalier a otro*, Caracas, Monte Avila, 1972.
[523] Carlos Rama, *Utopismo socialista*, p. XLIV.

hon. Y a través de una incesante actividad literaria procuró poner su ciencia al servicio del socialismo. De él dice Azorín, en su ensayo *Un ideólogo de 1850*, publicado en 1919: «Deseaba la ciencia como ideal para la Humanidad, como socializadora de la Humanidad»[524]. Su interés por Cuba y por América Latina no declinó a lo largo de su vida. Entre 1844 y 1850 publicó en París una monumental *Historia física, política y natural de la isla de Cuba*, en trece tomos. Ramón de la Sagra fue el más original de los socialistas utópicos españoles, aun cuando Núñez de Arenas opine que sería mejor llamarlo «reformador social»[525], y Elorza diga que era más un «utópico social» que un «socialista utópico»[526]. En su obra se advierte primero la influencia del saintsimoniano Constantin Pecqueur. En 1848 colaboró con Proudhon y en 1849 publicó *El Banco del Pueblo*, donde explica el sentido y origen de la institución proudhoniana, pero ya en 1845 había fundado en Santiago de Compostela un periódico desde el cual difundía ciertas ideas de Proudhon[527]. Sin embargo, parece un tanto exagerado considerarlo, con Max Nettlau, como el primer anarquista español[528], cuando se tiene en cuenta su negación de la asociación obrera (que consideraba fuente de conflicto social)[529], que buscaba una sanción religiosa para la sociedad del futuro, que poco a poco se fue inclinando (bajo la influencia del barón de Colins) a posiciones neo-conservadoras, hasta el punto de condenar en bloque, 1858, al socialismo español, desde las páginas del periódico absolutista *La Esperanza*[530].

La primera huelga importante entre los obreros tabaqueros se produjo en La Habana en 1866 y en aquel mismo año apareció el primer periódico proletario, *La Aurora*, fundado por Saturnino Martínez[531]. Ya a partir de la crisis de 1857, se habían organizado sociedades de socorros mutuos, sobre todo entre los obreros tabaqueros, los matarifes y los del Arsenal, pero en la década del 60 avanzaron hacia la organización clasista, y gracias a la acción del ya mencionado Saturnino Martínez surgió en 1866 la Asociación de Tabaqueros[532]. En una carta del 23 de junio de 1873, el obrero mallorquín Francisco Tomás decía que la Federación Regional Española no contaba con ninguna información sobre las secciones de Cuba. Sin embargo, a partir de 1881 las relaciones se hicieron frecuentes[533].

[524] Cfr. V. Muñoz, «Una cronología de Ramón de la Sagra», en *Reconstruir*, 66.
[525] Manuel Núñez de Arenas, *Don Ramón de la Sagra, reformador social*, Madrid, 1924.
[526] Antonio Elorza, *Socialismo utópico español*, Madrid, Alianza, 1970, p. 15.
[527] V. Muñoz, *Una cronología de Ramón de la Sagra*, p. 63.
[528] *Ibíd.*, p. 60.
[529] A. Elorza, *op. cit.*, p. 67.
[530] *Ibíd.*, p. 10. Sobre R. de la Sagra pueden consultarse además: L. Legaz, «Ramón de la Sagra, sociólogo español», en *Revista Internacional de Sociología*, 13, 1946; C. Viñas, «Un gran tratadista español: las doctrinas sociales de Ramón de la Sagra», *Ibíd.*, 13 y 14, 1946 y 1953; Carlos A. Zubillaga Barrera, «Epistolario americano de los hermanos Sagra», en *Grial*, 22, Vigo.
[531] Alberto Pla, *op. cit.* p. 27.
[532] Aleida Plasencia Moro, «Historia del movimiento obrero en Cuba» en P. González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, 1, p. 91.
[533] Max Nettlau, «Viaje libertario» en *Reconstruir*, 77, p. 33.

Los primeros obreros que se organizaron en sociedades de resistencia y en sindicatos propiamente tales fueron, en general, españoles que trabajaban en la industria tabacalera. Su ideología era, sin duda, anarquista o se inclinaba por lo menos a alguna forma del sindicalismo revolucionario. José Rivero Muñiz anota que en esta época «las doctrinas socialistas aparecen relegadas a segundo término mientras que los ácratas ocupan el primer plano». Y añade enseguida: «Nadie habla de Marx ni de Engels, y mucho menos de Owen, Fourier y demás precursores dei socialismo, pero en cambio los nombres de Bakunin, Malatesta, Kropotkin, Reclus y Anselmo Lorenzo no son desconocidos entre los obreros cubanos y españoles que trabajan en las tabaquerías donde a diario son leídas y comentadas sus respectivas producciones»[534]. Esas lecturas fueron iniciadas, como dice Annie Rottenstein, por el mismo Saturnino Martínez. Los primeros grupos anarquistas se constituyeron hacía 1880, y desde las páginas del periódico *El Obrero* iniciaron la lucha contra el reformismo de Saturnino Martinez que, según las palabras de Enrique Roig San Martín, ataba a los obreros «a los pies del capital»[535]. El mismo Roig San Martín inició en La Habana, en 1887, la publicación del periódico anarquista *El Productor*, contemporáneo de su homónimo barcelonés. A partir de 1890 siguió editándose en Guanabacoa[536]. Roig San Martín, como muchos anarquistas (entre los cuales Carlos Cafiero) leyó y comentó *El Capital de Marx*, pero no se le puede considerar, con Fabio Grobart, como «anarquista en transición al marxismo».

En 1855 se fundó un Círculo de Trabajadores y dos años más tarde se reunió en La Habana un primer Congreso Obrero Local. En 1892 tuvo lugar el primer Congreso Obrero Regional, al que concurrieron 74 delegados de toda la isla y en el cual la influencia anarcosindicalista fue ampliamente dominante[537]. «Tras largas e intensas discusiones, el Congreso acordó, entre otras cosas, luchar por la jornada de 8 horas a través de la huelga general; organizar a los obreros de cada población de la isla en secciones por oficios o profesiones, las que integrarían una sociedad en cada pueblo y el conjunto de cuyas sociedades formaría la Federación de Trabajadores de Cuba. Consecuentes con los principios del anarquismo, acordaron que cada sección tuviera plena autonomía dentro de la sociedad general de que formara parte. Expresión de la creciente madurez del proletariado fue el hecho de que se abordara el problema de la discriminación del negro, adoptándose acuerdos de combate contra ese grave mal»[538].

En 1893 llegó a Cuba el tipógrafo catalán Pedro Esteve, uno de los más activos militantes anarquistas de habla española en los Estados Unidos, y en 1898, el conocido periodista Palmiro de Lidia (Adrián del Valle), quien

[534] J. Rivero Muñiz, *El primer partido socialista cubano. Apuntes para la historia del proletariado en Cuba*, Las Villas, 1962, pp. 11-12.
[535] Aleida Plasencia Moro, *op. cit.*, p. 93.
[536] Max Nettlau, «Viaje libertario» en *Reconstruir*, 76, p. 41 (Nota de V. Muñoz).
[537] Alberto Pla, *op. cit.*, p. 28.
[538] Aleida Plasencia Moro, *op. cit.*, p. 95.

el año siguiente inició la publicación de *El Nuevo Ideal*. Por invitación suya se trasladó a Cuba, a finales de febrero de 1900, Enrique Malatesta, el cual por entonces recorría los Estados Unidos en viaje de propaganda. El 1° de mayo pronunció en La Habana una conferencia sobre *Libertad y civilización*. Pocos días más tarde, hostilizado al parecer por las autoridades de la intervención yanqui, debió reembarcarse para Nueva York, desde donde viajó enseguida a Londres. «El 1° de mayo de 1890, más de 3.000 trabajadores desfilaron desde el Campo de Marte hasta el Skatin Ring, en el centro de la ciudad de La Habana, donde más de 15 oradores se expresaron a favor de la jornada de 8 horas y denunciaron las condiciones de miseria y abusos que sufrían los obreros. Se reiteró la necesidad de la unidad y la solidaridad de todos los trabajadores, sin que faltaran los planteamientos anarquistas, ideas sustentadas por los principales organizadores del acto. Es importante señalar que en este acto se denunció la discriminación racial, al reclamarse la igualdad de derechos entre negros y blancos»[539].

Las huelgas se multiplicaron en la década del 90, y consecuentemente se incrementó la represión. *El Productor* fue clausurado y sus redactores anarquistas encarcelados. En 1892 la policía invadió el Círculo de Trabajadores y cerró la Junta Central de Trabajadores. En 1893 los anarquistas fundaron la Sociedad General de Trabajadores. En 1896 promovieron una gran huelga portuaria en La Habana.

Durante la segunda guerra de independencia los obreros anarquistas apoyaron a Máximo Gómez, «con mucho mayor entusiasmo que cualquier otro grupo social», según dice Víctor Alba. Enrique Messonier, anarquista de activa trayectoria en Cuba, recaudaba fondos para la guerra. El mismo Martí demostró más de una vez su simpatía por los anarquistas y su afinidad con las ideas por ellos defendidas.

Entre 1890 y 1905 se publicaron en Cuba numerosos periódicos anarquistas, como *El Socialismo, El Trabajo, Hijos del Mundo, La Alarma, Germinal*, etc., en La Habana; *El Productor* (segunda época) en Guanabacoa; *El Trabajo* en Puerto Príncipe, etc. En la capital se fundó también, en 1894, el *Archivo Social*, que editaba una serie de pequeñas publicaciones literarias y sociológicas, de contenido libertario, y *La Defensa*, órgano gremial de los torcedores de tabaco, mayoritariamente anarquistas[540]. Más tarde, entre 1905 y 1914, salieron, en La Habana, *El Libertario, La Batalla, Vía Libre*, y, en Regla, *Rebelión*, que se subtitulaba «Semanario anarquista»[541]. Pero, antes de seguir adelante, es preciso dejar en claro la actuación de los anarquistas en la lucha por la independencia de Cuba. Dice a este propósito Frank Fernández, en *Guángara Libertaria*: «...los anarquistas participaron junto con Martí en la creación de ligas y clubs en la emigración y el propio Martí los toma de base para la fundación del PRC, después de los acuerdos que tomaron

[539] *Ibid.*, p. 96.
[540] Max Nettlau, «Contribución a la bibliografía anarquista», p. 15.
[541] *Ibid.*, p. 26.

los ácratas en el congreso del 92. No se trataba de un partido político a la usanza tradicional del electoralismo vigente, sino de un partido revolucionario, como lo decía su nombre, que se utilizaría en agrupar al mayor número de combatientes para llevar la guerra a Cuba... Martí construyó otro tipo de partido, sin duda influenciado por sus colaboradores más cercanos o como una concesión a los anarquistas, hombres humildes y trabajadores. Su visión era clara: 'ordenar de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan en una guerra generosa y breve'. Ciertamente esta idea no representaba a intereses clasistas o económicos de ningún grupo, como había ocurrido en la Guerra de los Diez Años, sino a los elementos más pobres y populares, desposeídos, marginados y discriminados racial y socialmente: negros, obreros, campesinos, etcétera». En el partido de Martí no eran los líderes quienes aportaban el dinero sino las bases espontáneamente; era además un partido descentralizado, formado por diversas organizaciones que estaban de acuerdo con un programa, en el cual se contemplaba la creación de una república donde estuvieran ausentes «el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia». Martí requirió la colaboración de los núcleos más numerosos y capaces de la emigración cubana, entre ellos a los anarquistas. «Las relaciones de Martí y los anarquistas se mantuvieron cordiales y estos se prestaron a colaborar con entusiasmo. En agosto de 1892 Martí le escribe a Serafín Bello: «Vale la pena la carta de Messonier y hablaré de ella», Messonier informaba a Martí por carta de lo sucedido en el congreso del 92. En el mes de mayo de 1894 se refiere Martí al anarquista Messonier de nuevo, esta vez en *Patria*, que ya se publicaba en la emigración: «Oradores tiene Cuba y hombres de período robusto y natural, vibrantes como la piedra del destierro; a modo de sol, esplende ante ellos la justicia, y cautos y lentos a su hora como quien edifica. Así es Enrique Messonier». Y más adelante, en carta a éste: «Mi amigo Messonier... nada me aturde ni me desvía, fundaremos la casa del amor». A José Joaquín Izaguirre, fundador del club anarquista «Enrique Roig San Martín», lo llamaba Martí «el del fuego evangelista», que «entusiasmaba a todos». Y, comentando la fundación de dicho club: «Vibra y gime de dolor por el hombre mucha alma cubana en el Club Enrique Roig». El anarquista Ramón Rivero y Rivero fue otro de los fundadores del PRC Martí lo estimaba como amigo y lo llamaba «corazón puro, rico y ardiente, y razón cauta». En la emigración los anarquistas cubanos fundaron asimismo el «Club Fermín Salvochea», cuyo nombre recordaba al anarquista andaluz que simpatizaba con la causa de Martí y de la independencia, y los periódicos *El Esclavo* en Tampa, y *El Despertar* en Brooklyn, en 1894.

Los ya mencionados Pedro Esteve y Enrique Malatesta, al hablar a los obreros cubanos de Estados Unidos, no dejaban de favorecer la causa de la independencia, hecho maliciosamente silenciado por la mayoría de los historiadores. Otros anarquistas cubanos que participaron en los trabajos del P.R.C. fueron: Ramón Santana, Teodoro Pérez, Juan de Dios Barrios, Francisco María González, Angel Peláez, Gualterio García, José Dolores Poyo, Pablo Rousseau, Pastor Segada, Luis M. Ruiz, García Purón, González Acosta y Ambrosio Borges. Carlos Benigno Baliño, que en aquella época era anar-

quista, aunque después pasó al marxismo, también formaba parte de los independentistas, amigos de Martí. En 1889 había fundado *La Tribuna del Trabajo*, cuyos artículos fueron a veces reproducidos en *El Productor* de Roig San Martín. En un discurso que pronunció en Tampa, el 10 de octubre de 1892, trataba de mostrar la compatibilidad del anarquismo con el ideal de la independencia nacional, citando a su favor las opiniones de Dyer D. Lum, «anarquista, amigo y confidente de Parsons», del anarquista alemán Justus H. Schwab y del ya mencionado Pedro Esteve. Más aún, apelaba al ejemplo de Bakunin y de Fanelli, que habían luchado por la independencia de Polonia. Pocos días más tarde, el 7 de noviembre, Martí reproducía ese discurso en *Patria*. Cuando, en agosto de 1893, los empresarios tabacaleros de Tampa y Cayo Hueso intentaron rebajar los salarios, los obreros, encabezados por los anarquistas, declararon la huelga. Los patronos, en connivencia con las autoridades coloniales españolas, trajeron de Cuba rompehuelgas. El PRC encargó al abogado Horatio Rubens, amigo de Martí, la defensa de los huelguistas, y éste logro probar la ilegalidad de la maniobra patronal[542].

En agosto y septiembre de 1899 los albañiles, llevaron adelante la primera huelga general, cuyo objetivo era la implantación de la jornada de ocho horas. Esta huelga, inspirada y promovida en gran parte por los anarquistas, fue violentamente reprimida por el gobierno militar yanqui y no logró sus propósitos. Otra huelga importante fue la de los aprendices, en reclamo por el cese de la discriminación contra los jóvenes cubanos que deseaban trabajar en la industria tabacalera. Durante la segunda intervención norteamericana, entre 1906 y 1909, hubo 28 huelgas, todas reprimidas y casi todas perdidas[543].

En 1902, Abelardo Saavedra y Francisco Sola fundaron el periódico *Tierra*, que en 1904 promovió un boicot contra la importación de carne de la Argentina, esa «Rusia sudamericana», donde los anarquistas son perseguidos y desterrados[544]. Adrián del Valle[545], había fundado, a su vez, en 1899 *El Nuevo Ideal*, y escribía un ensayo sobre Kropotkin (que sería publicado en Buenos Aires en 1925), del cual dice Max Nettlau que «tiene puntos de vista muy notables»[546]. Aunque vivía en Europa, el cubano Tarrida del Mármol era durante esta época uno de los más notables ideólogos libertarios, y proponía, por encima de las disputas entre comunistas, colectivistas, individualistas, etc., que dividían al movimiento internacional, un «anarquismo sin adjetivos». En francés publicó *Les Inquisiteurs d'Espagne* (1897)[547].

[542] Frank Fernández, «Los anarquistas cubanos (1865-1898)», en *Guángara Libertaria*, 1983, pp. 4-7.
[543] Aleida Plasencia Moro, *op. cit*,, pp. 100-101.
[544] Manuel González Prada, *Anarquía*, p. 49 (citado por Víctor Alba).
[545] Sobre Adrián del Valle puede leerse: L. Dulzaides Noda, *Adrian del Valle, hombre y señal*, México, s/a.
[546] Max Nettlau, «Viaje libertario» en *Reconstruir*, 76, p. 33.
[547] Pere Gabriel, «El anarquismo en España», en G. Woodcock, *El anarquismo* pp. 351-355.

En 1899, durante la huelga de los albañiles, se fundó la Liga General de Trabajadores Cubanos, integrada por trabajadores tabacaleros provenientes de Tampa y Cayo Hueso, cuyos guías eran los anarquistas Ramón Rivero y Rivero, Ambrosio Borges, José Rivas y Enrique Messonier. Estos empezaron a editar *Alerta* y allí sacaron una «Declaración de Principios» que, entre otras cosas, proponía la total igualdad de los cubanos y los extranjeros que trabajaban en Cuba[548].

Un anarquista italiano que tuvo mucha actuación política en Cuba durante los primeros años de este siglo, fue Orestes Ferrara. Nombrado secretario del gobierno civil de Santa Clara por el general José Miguel Gómez, tuvo una serie de conflictos con los norteamericanos, y se enfrentó a muchos de sus funcionarios desde el teniente Cordell Hull hasta el procónsul Wood. En 1901 fue designado gobernador sustituto de la provincia de Santa Clara, y en su calidad de tal, conmovido por la miseria de los campesinos y por la abismal desigualdad entre peones y terratenientes, obreros y capitalistas, se propuso traer una solución, aunque fuera provisoria y parcial. «Había que redimir a Cuba aumentando los salarios, a pesar de los pesares —dice en sus *Memorias*—. Me puse entonces a la cabeza de un movimiento de este género». Los patronos de Cienfuegos se dejaron convencer; los de Sagua la Grande no, y Ferrara decidió apelar entonces a la agitación. «Así, el anarquista Ferrara, gobernador de la provincia por sustitución reglamentaria, Coronel del Ejército Libertador, respaldado por las tropas y por el pueblo, armado de fusiles y de ideas, se convierte en un agitador en el mejor estilo bakuninista, en defensa de los obreros oprimidos y los campesinos hambrientos, y en contra de los ricos tenderos españoles e industriales de la zona y una compañía de ferrocarriles ingleses. Los obreros declaran una huelga y Ferrara se hace solidario y los apoya. Este cuadro impresionista, con más contradicciones y complicaciones que sapos en un pantano, era típico de una sociedad injusta legada por la colonia y mantenida por el gobierno interventor y nos da una muestra de la situación social de la época»[549]. Naturalmente el procónsul Wood no pudo tolerar aquello y Ferrara, acusado por los ingleses de «agitador de oficio y anarquista», (en lo cual tenían razón), debió irse de Cuba[550]. Los anarquistas, a través de sus periódicos *Tierra* y *Alerta*, estuvieron entre los muy pocos que se atrevieron a protestar contra la enmienda Platt, impuesta a Cuba en 1901. Pero Estrada Palma y los gobernantes de la flamante República no dejaron de reprimir las huelgas, los movimientos obreros y las actividades de propaganda ácrata.

Así sucedió en la antes mencionada huelga de los aprendices, cuando el 24 y 25 de noviembre de 1902 la guardia rural dejó dos muertos y decenas de heridos entre los obreros huelguistas. Por primera vez en la historia de Cuba

[548] Frank Fernández, «Los anarquistas cubanos II (1899-1930)», en *Guángara Libertaria*, 1984, pp. 5-6.
[549] *Ibíd.*, p. 6.
[550] Cfr. Orestes Ferrara, *Una mirada sobre tres siglos-Memorias*, Madrid, 1976.

los anarquistas lograron organizar a los trabajadores rurales en la Federación Obrera Local de Villa Clara. Pronto promovieron huelgas en los campos y centrales azucareros. Y pronto tuvieron también sus primeros mártires: Casañas y Amado Montero en 1903, pero no sin haber conseguido paralizar el central Caracas, el más grande del país en ese momento. En la huelga de los escogedores de tabaco de Yaguajay, realizada un poco más tarde durante casi un mes, quedaron tres obreros muertos; en la del central Narcisa fueron estrangulados el cubano Hipólito Rojas y el español Antonio Cendán[551].

Desde el 20 de febrero al 20 de julio de 1907 estalló una huelga de tabacaleros que exigían el pago de sus salarios en dólares, dada la devaluación de la peseta[552]. En ese mismo año y en el siguiente se produjeron asimismo huelgas entre los ferroviarios, organizados por los anarquistas del Comité Federativo, entre los tabacaleros, etc. Durante el periodo presidencial de José Miguel Gómez, entre 1909 y 1913, las huelgas se multiplicaron, al dejarse sentir más el peso del capitalismo norteamericano. La mayoría de ellas fueron promovidas por los anarquistas y reclamaban aumentos de salarios, jornada de ocho horas, mejoramiento de las condiciones laborales, etc. En 1911 se produjo la huelga de los trabajadores del alcantarillado; en 1912 la de los ingenios azucareros de la provincia de Oriente, ferozmente reprimida por Gerardo Machado, entonces secretario de la Gobernación. «El recrudecimiento de la actividad huelguística, la extensión de las luchas al sector azucarero, el crecimiento del espíritu solidario entre los obreros y la evidente experiencia que iba adquiriendo el proletariado, motivaron el reforzamiento de la represión gubernamental y la aparición de nuevos métodos antiobreros. Entre éstos se destacaban la expulsión de los obreros extranjeros y la utilización de organizaciones amarillas y de rompehuelgas»[553]. Eran los mismos métodos usados en Argentina y Brasil (Ley de Residencia, Ley Adolfo Gordo, formación de sindicatos pro gubernamentales o católicos, etc.).

El gobierno conservador del general Mario García Menocal (como otros gobiernos conservadores latinoamericanos antes y después) asumió una actitud demagógica y, a fin de frenar el ímpetu combativo de los trabajadores, creó una «Asociación Cubana para la Protección Legal del Trabajo», nombró vicepresidente de la misma al dirigente reformista Pedro Roca y convocó a un Congreso Obrero. «La convocatoria de este congreso encontró la oposición frontal de los anarcosindicalistas, debido al carácter oficial del evento»[554].

Al estallar la guerra mundial en agosto de 1914, cerraron en Cuba muchas fábricas tabacaleras, miles de obreros quedaron desocupados y un comité creado por los anarquistas organizó en La Habana la marcha del hambre. Al mismo tiempo se desató una inflación que llegó al 100%, escaseaban los artículos

551 Antonio Penichet, «El Proceso social-1902-1933», en *Curso de introducción a la historia de Cuba*, La Habana, 1937, p. 450 (cit. por Frank Fernández).
552 Aleida Plasencia Moro, *op. cit.*, p. 101.
553 *Ibíd.*, p. 102.
554 *Ibíd.*, p. 104.

de consumo, los salarios apenas subieron un 30%, y la clase obrera fue más vigilada y reprimida que antes, so pretexto del estado de guerra[555].

Las huelgas, al frente de las cuales estaban siempre los anarquistas, no dejaron de producirse en todo el país. Se trataba de defender el salario, de lograr una disminución del costo de los artículos de primera necesidad, de impedir la importación, desde las vecinas Antillas, de trabajadores con salarios de hambre y la implantación del servicio militar. Entre 1917 y 1920 estallaron no menos de 220 huelgas. «En 1917 los anarcosindicalistas predominaban en las organizaciones obreras, cuyos principales dirigentes sustentaban esta ideología. Alfredo López, líder anarcosindicalista de los tipógrafos, se destacaba como luchador por la organización y unidad de los obreros y desempeñó un importante papel en la constitución del Sindicato General de Obreros de la Industria Fabril, organización que rompió con la vieja e ineficiente estructura gremial que impedía los contactos estrechos entre los trabajadores de un mismo centro y los debilitaba frente a la patronal. Aunque en esa época comenzaba a distinguirse Alejandro Barreiro, dirigente de los cigarreros, que en 1918 militaba con Carlos Baliño y José Peña Vilaboa (dirigente del gremio de pintores) en la Agrupación Socialista de La Habana, en este período el movimiento obrero va a estar dominado por los anarquistas»[556].

En febrero de 1915 Fernando Iglesias convocaba en Cruces una huelga de los trabajadores azucareros por las 8 horas y aumento salarial del 25%. Y aunque el movimiento abortó (por haber sido encarcelado el mismo Iglesias), pronto estallaron otras varias huelgas en ingenios azucareros y, particularmente, en el central Soledad (perteneciente a la empresa norteamericana Guantánamo Sugar), que reclamaba el cese del pago en vales y que fue violentamente reprimida, no sin intervención del cónsul yanqui con una banda de gangsters. En 1917 tuvo parecida fortuna la huelga azucarera de Santa Clara. «Menocal intentó justificar la represión mediante una campaña de la prensa burguesa que denunciaba la existencia de una conspiración anarquista contra la paz pública. Así se justificaba la prisión y expulsión de los obreros españoles acusados de anarquistas, a principios de 1915. La prensa obrera anarquista fue ilegalizada y la policía y el ejército intensificaron la persecución y represión de las actividades obreras»[557].

A la Asociación de Tipógrafos de La Habana, uno de los gremios más activos, pertenecía el ya mencionado Alfredo López, «hombre de extracción proletaria, nacido en los primeros años de la pasada década de los noventa en la ciudad de Camagüey, organizador y militante desde su juventud de la causa anarconsindicalista, verdadero orientador de la clase trabajadora de Cuba, inevitablemente recordado todavía en la isla como el precursor del sindicalismo libertario en este siglo... (que), ya en 1919, era perseguido por la

[555] *Ibid.*, p. 105.
[556] *Ibid.*, p. 106.
[557] *Ibid.*, p. 107.

represión de García Menocal, cuando la inquietud laboral de La Habana había hecho crisis»[558]. Alfredo López y otros anarquistas cubanos apoyaron la Revolución de Octubre[559], como lo hicieron muchos anarquistas en toda América Latina, pero, como la mayoría de éstos, después de la supresión de los consejos obreros y de la instauración del «centralismo democrático», después de Kronstad y de la liquidación de las guerrillas ucranianas de Makhno, se dieron cuenta de que aquella revolución nada tenia que ver ya con su propia idea del socialismo libertario. Los torcedores de tabaco de La Habana y Pinar del Río convocaron un Congreso Obrero Nacional, que se reunió con la presencia de 120 delegados, entre el 14 y el 16 de abril de 1920. Entre otras cosas resolvió convocar una reunión con el fin de preparar la creación de una central obrera nacional. Dicha reunión tuvo lugar el 26 de noviembre de aquel mismo año, con la representación de 18 sindicatos. Un anteproyecto de reglamento, presentado por la Federación Obrera Local, fue aprobado y mandado luego a todos los sindicatos del país para su discusión y eventual aprobación. El 29 de abril de 1922 se constituyó la Federación Obrera de La Habana (FOH), que incluía 21 sindicatos. Su primer secretario general fue el anarquista Alfredo López y su primer secretario de finanzas el también anarquista Alejandro Barreiro. En nombre de la FOH convocó Alfredo López en diciembre de 1924 un congreso a fin de adelantar los trabajos previos para fundar la Confederación Nacional Obrera de Cuba. Este congreso convocó, a su vez, otro, que se desarrolló en febrero de 1925, en Cienfuegos, con la concurrencia de 105 delegados (en representación de 75 sindicatos).

Entre ellos estaban Alfredo López, Barreiro, Penichet, Antes, García, V. Rodríguez, Rafael Serra, Manuel Deza, Emilio Rodríguez, J. Villasuso, M. Landrove y José Rivero Muñiz, todos o casi todos anarquistas. Se declaró que la futura Confederación, de acuerdo con los principios del anarcosindicalismo, sería ajena a todo partido político y a todo tipo de contienda electoral[560]. Según Víctor Alba, los anarcosindicalistas controlaron la Confederación Nacional Obrera de Cuba desde 1929 hasta 1935[561], pero en realidad ya hacia 1930, al final del gobierno de Machado, los comunistas habían asumido la dirección de la misma, aunque no la de la F.O.H. En el congreso preliminar de Cienfuegos había algunos sindicatos que, aunque tenían cierta influencia del anarcosindicalismo, eran más bien reformistas, como la Hermandad Ferroviaria, y unos pocos que se inclinaban al marxismo. Pero los anarcosindicalistas eran, sin duda, ampliamente mayoritarios, cuando entre el 2 y el 7 de agosto de 1925 se reunieron los representantes de todos los trabajadores cubanos, en la sociedad Victoria de Camagüey, para la constitución definitiva de la Confederación Nacional Obrera. Había allí 160 delegados

[558] Frank Fernández, «El 60 aniversario de la Confederación Nacional Obrera de Cuba», en *Guángara libertaria*, 1985, p. 4.
[559] Aleida Plasencia Moro, *op. cit.*, p. 108.
[560] Frank Fernández, «El 60 aniversario de la Confederación Nacional Obrera de Cuba», en *Guángara libertaria*, 1985, p. 5.
[561] V. Alba, *op. cit.*, p. 106.

en representación de 82 sindicatos (a los cuales se agregarían luego 46 más, formando un total de 128 organizaciones). Entre los delegados anarquistas que sobresalían por su militancia es preciso recordar, aparte de Alfredo López, a Pascual Núñez, Bienvenido Rego, Nicanor Tomás, José M. Govín, Domingo Rosado Rojas, Florentino Pascual, Luis Trujeda, Paulino Diez, Venancio Rodríguez, Rafael Serra, Enrique Varona (preso bajo acusación de terrorismo en la cárcel de la misma ciudad de Camagüey) y una delegada de las obreras anarquistas, Juana María Acosta. Este tercer congreso, cuyos delegados representaban a más de 200.000 trabajadores de toda la república, aprobó una serie de acuerdos, emitió una declaración de principios, rechazó decididamente la lucha electoral y política y confirmó a Alfredo López como secretario general de la Confederación Nacional Obrera de Cuba, nacida así en Camagüey el 6 de agosto de 1925[562].

La madurez del movimiento obrero cubano se reflejó, sobre todo, en las posiciones apolíticas (que mejor llamaríamos antipolíticas) adoptadas por el Congreso. Diez días más tarde, un raquítico congreso, que no contaba más de 17 delegados, fundaba el Partido Comunista de Cuba. Sus miembros fundadores eran, como dice Fabio Grobart, «marxistas de corazón», pero, como durante muchos años habían compartido la ideología anarquista, no dejaron de manifestar a veces (como los fundadores del PC del Brasil) ese inconformismo crítico que tanto diferencia a los anarquistas de los marxistas-leninistas, y que el propio Marx había considerado como la más valiosa cualidad de un socialista. Por eso recién en 1936 el Partido Comunista cubano pudo elaborar un programa[563]. En ese mismo año de 1925 se inició el gobierno de Gerardo Machado, que, como muchos otros en América Latina, se caracterizó por la represión antiobrera y la defensa de los intereses norteamericanos. La Confederación Nacional, la Federación Obrera de La Habana y muchos de sus dirigentes anarcosindicalistas fueron perseguidos con saña. Enrique Varona y Alfredo López, dos de los más activos y combativos militantes, fueron asesinados; otros muchos cayeron presos o tuvieron que exiliarse. Esta circunstancia fue muy bien aprovechada por los comunistas, que lograron conquistar posiciones importantes en la Confederación y, cinco años más tarde, a través de Rubén Martínez Villena y otros, ya ejercían una fuerte influencia en las organizaciones obreras, aunque sin haber logrado desplazar todavía del todo a los anarconsindicalistas. En 1931 había en Cuba, como consecuencia de la crisis, una enorme desocupación y un gran malestar social, que afectaba a todas la clases sociales, pero particularmente a los trabajadores. Las huelgas no tardaron en estallar. El 29 de enero el Sindicato de Viveristas (pescadores que conservaban la pesca viva en barcos con fondo perforado), uno de los baluartes del anarcosindicalismo, declaró la huelga

[562] Frank Fernández, «El 60 aniversario de la Confederación Nacional Obrera de Cuba», en *Guángara libertaria*, 1985, p. 6.
[563] Aleida Plasencia Moro, *op. cit.*, p. 117.

contra las agotadoras jornadas de trabajo impuestas por los patronos de las embarcaciones y reivindicó la acción directa como única arma de las luchas proletarias[564]. La huelga, apoyada por la FOH, «duró más de siete meses y fue la primera que históricamente desafió la amenaza de Machado de que ninguna huelga duraría más de 24 horas»[565]. Una tángana de estudiantes y jóvenes trabajadores anarquistas, el 5 de marzo, en Santiago de Cuba, culminó con la tortura y muerte de uno de ellos, Alfredo Rodríguez, el españolito. Fidel Miró, que pertenecía al grupo libertario del café La Nuviola y que años más tarde actuaría en las Juventudes Libertarias de Barcelona, pudo huir a Jamaica[566]. Una huelga importante de aquel año 1931 fue la que, el 30 de julio, declaró el Gremio de Conductores y Motoristas de la Havana Electric ante la pretensión de ésta de rebajar los salarios. La lucha, que paralizó el transporte urbano durante un mes y medio, fue conducida por los anarcosindicalistas, muchos de los cuales, como Ramón Pérez Anglada, Manuel Fonteboa y Graciano Lipis, acabaron en la cárcel[567]. Una huelga parcial, «espontánea y sin líderes», iniciada a fines de julio de 1933, y pronto convertida en huelga general, representó el principio del fin de la dictadura de Machado. Los comunistas, que a esta altura eran aliados de Machado, intentaron el 7 de agosto frenar la huelga, al contrario de los anarquistas que la alentaron y se sumaron a ella desde el principio. En colaboración con el coronel Caballero, gobernador militar, se dedicaron los comunistas a fijar carteles en toda La Habana, exhortando a los trabajadores a retornar al trabajo. Afortunadamente esta exhortación fracasó así como la reunión que habían convocado en la Artística Gallega el día 9, con el propósito de explicar su actitud contrarrevolucionaria. Los anarquistas de las Federaciones Habaneras, que actuaban clandestinamente, denunciaron estos hechos en un *Primer Manifiesto*. El día 12 los comunistas habían fracasado ya totalmente «y años más tarde, reescribiendo la historia, excomulgaron temporalmente a César Vilar y su pandilla, acusándolos de 'aventurerismo' como si Vilar hubiera podido obrar por su cuenta, en momentos tan dramáticos y no con el consentimiento del Comité Central, como fue y es regla sacrosanta entre los comunistas». El valor y la decidida actitud de los anarquistas fue, sin duda, aunque la mayoría de los historiadores lo ignoren o lo callen, «uno de los factores más importantes en aquel revolucionario día 12 de agosto de 1933»[568].

Machado se vio obligado a renunciar por la oposición de los partidos políticos, de los estudiantes, de los obreros y del pueblo todo. El enviado norteamericano Sumner Wells, representante personal del presidente Roosevelt, convertido en gran elector, impuso entonces como presidente de Cuba a Carlos Manuel Céspedes. Este duró 21 días en su cargo. El Directorio Estudiantil,

564 *El movimiento obrero cubano-Documentos y artículos*, La Habana, 1977, II, pp. 229-231.
565 Frank Fernández, «Los anarquistas cubanos, revolución y constitución (1931)», en *Guángara libertaria*, p. 4.
566 Frank Fernández, *Ibid.*, pp. 5-6.
567 *Ibid.*, p. 7.
568 Colectivo *Guángara Libertaria*, «La revolución del 33-Introducción» en *Guángara Libertaria*, p. 9.

los radicales del ABC, los sargentos, encabezados ya por Fulgencio Batista, y *La Semana*, periódico de Sergio Carbó, rechazaron la decisión del árbitro yanqui. Céspedes tuvo que irse el 4 de septiembre y en su lugar se instaló un gobierno colegiado de cinco miembros, denominado la «Pentarquía», que incluía al Dr. Grau San Martín. Una de las primeras medidas del nuevo gobierno fue denunciar la Enmienda Platt[569].

El 28 de agosto de 1933 la «Federación de Grupos Anarquistas de Cuba» publicó un manifiesto, dirigido a todos los trabajadores del país, en el cual reafirmaba la actitud de radical oposición al Machadato y denunciaba al mismo tiempo la actitud de los comunistas en los recientes acontecimientos y en la huelga general contra la dictadura. Acusaba a los dirigentes del PC y de la CNOC, y particularmente a César Vilar, Vicente Alvarez Rubio, Joaquín Fau, Francisco González, Jesús Vázquez, Pedro Berges y Ordoqui (el *Bizco) de complicidad con el Carnicero de Las Villas, por haberse comprometido* con éste, a cambio de una serie de concesiones (el reconocimiento del PC y de Defensa Obrera Internacional, la dirección del Campamento General Machado, etc.), a lograr que los obreros volvieran al trabajo y se reiniciara el funcionamiento del transporte público. Pero, a pesar de que el Comité Central (comunista) «arengó nerviosamente y con ímpetus impositivos a la masa reunida, para imponerle volver al trabajo», el discurso «repulsivo y autoritario de los Vilar, Ordoqui y demás trabajadores del proletariado organizado no tuvo aceptación» y fue felizmente desoído[570]. En el cuarto Congreso de la Confederación Nacional Obrera, realizado en diciembre de 1933, los comunistas se impusieron ya sobre la mayoría anarcosindicalista y sobre la minoría trotskista, nombraron secretario general precisamente a César Vilar, decidieron la adhesión a la Internacional Sindical y a la Confederación Sindical Latinoamericana (CSLA).

En marzo de 1935 los anarquistas cubanos participaron en la huelga general contra la nueva dictadura de Batista y Mendieta, a la cual se habían opuesto el Partido Comunista y la Confederación Nacional Obrera por éste dominada. La huelga fue aplastada, los militares se hicieron cargo del poder, se implantó el estado de guerra, los sindicatos fueron clausurados, se acabó con la autonomía universitaria y millares de maestros y obreros fueron encar*celados.*

Cuando los militares fascistas se levantaron en España contra la República, muchos anarquistas cubanos fueron a pelear en las filas de la CNT-FAI, junto a sus compañeros de Argentina, Uruguay, México, etc.

En enero de 1939 se fundó la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), por obra del Partido Comunista, que encomendó su dirección a Lázaro Peña. Había allí, sin duda, muchos militantes anarcosindicalistas, y aun cuando los comunistas predominaron desde el momento mismo de la fundación, aquellos seguían siendo mayoría en varios sindicatos, como en el de los gastronómicos de Santiago.

[569] M. Velezcaviedes, «El 4 de septiembre», en *Guángara Libertaria*, pp. 12-13.
[570] Federación de Grupos anarquistas de Cuba, «Manifiesto», en *Guángara Libertaria*, pp. 14-15.

Los anarquistas, organizados en el Movimiento Libertario Cubano, lucharon junto a otros grupos socialistas y democráticos contra la dictadura de Fulgencio Batista[571] y elaboraron un programa que postulaba la reforma agraria en régimen de autogestión, la autonomía total de los municipios, la industrialización a través de las asociaciones obreras, etc. Ya bajo el régimen de Castro, en junio de 1960, la Agrupación Sindicalista Libertaria advertía el peligro de que la revolución se desvirtuase y sostenía que ésta «no es de nadie en particular, sino de todo el pueblo en general». Y añadía, definiendo con claridad las posiciones anarquistas frente a la ya declarada ideología marxista-leninista del gobierno: «Apoyaremos, como lo hemos hecho hasta ahora, todas las medidas revolucionarias que tiendan a resolver los viejos males que nos aquejan, pero lucharemos también sin descanso contra las tendencias autoritarias que brillen en el seno mismo de la Revolución»[572].

II— MEXICO

A— EL SIGLO XIX

Utopias hubo en México ya en los siglos de la colonia. Baste pensar en Vasco de Quiroga, que pretendió realizar la Utopía de Moro[573]. El presbítero tepiqueño doctor Francisco Severo Maldonado (1775-1832) desarrolló en su Constitución Orgánica una utopía que «aspira a llegar a la igualdad económica suprimiendo todo monopolio y asegurando a todos parcelas familiares o empleos»[574]. El cura y senador José María Alpudre intentó fundar una comunidad de tipo socialista entre los francmasones, en 1825[575]. Juan Nepomuceno Adorno, filósofo leibniziano, autor de *Los males de México y sus remedios practicables* (1858) y *La armonía del Universo y la ciencia de la Teodicea* (1862), combinó su optimismo metafísico con ciertas concepciones del socialismo utópico[576]. Extremando un tanto la rebusca genealógica de las ideas, podríamos remontarnos hasta el cura Hidalgo, que proponía abolir, aunque «por medios suaves y pausados», lo que casi proudhonianamente denominaba «el derecho horrible de la propiedad territorial, perpetua, hereditaria y exclusiva»[577]. Inclusive en Juárez, que no dudará en reprimir luego con dureza los movimientos agrarios de tipo anarquista, podrá hallarse «la huella de Saint-Simon»[578]. En 1828 Robert Owen, el famoso socialista inglés[579], se dirigía a Vicente Rocafuerte, representante diplomático de Mé-

571 Justo Muriel, «Los cubanos y la libertad», en *Reconstruir*, 41.
572 V. Alba, *op. cit.*, p. 106. Sobre los anarquistas y el régimen castrista cfr. Alfredo Gómez, «Los anarquistas cubanos o la mala conciencia del anarquismo», en *Guángara Libertaria*, Verano de 1981, pp. 5-9; Abelardo Iglesias, *Revolución y dictadura en Cuba*, Buenos Aires, 1963.
573 Silvio Zabala, *La «Utopía» de Tomás Moro en la Nueva España*, México, 1937; *Ideario de Vasco de Quiroga*, México, 1941.
574 José Bravo Ugarte, *Historia de México*, México, p. 402.
575 Gastón García Cantú, *Utopías americanas*, México, 1963.
576 Pablo González Casanova, *Una utopía en América*, México, 1963.
577 Gastón García Cantú, *El socialismo en México-Siglo XIX*, México, ERA, 1986, pp. 112-113.
578 Gastón García Cantú, *Ibid.*, p. 142.
579 Cfr. E, Dólleans, *Robert Owen*, París, 1907.

xico en Inglaterra, solicitando del gobierno mexicano la autorización para fundar en Texas una colonia socialista. «Su petición es un compendio de sus *Ensayos sobre la formación del carácter*, escritos en 1813. No es, estrictamente, una repetición, sino su mismo argumento renovado. Su materialismo, el eco de las ideas de Godwin y de la «ilustración» francesa, son los antecedentes inmediatos de su teoría del carácter del hombre, el cual, modificado, haría posible un nuevo ser humano en una sociedad racional y justa»[580]. Melchor Ocampo, cuya influencia sobre Benito Juárez determinó en el alma de éste «una evolución completa, causa de una definitiva emancipación de las creencias viejas»[581], leyó en su exilio de Nueva Orleans no sólo a Fourier sino también a Proudhon, de cuya *Filosofía de la miseria* tradujo un capítulo en 1860. Esto no hace de él, sin duda, un proudhoniano[582].

Proudhoniano, en cambio, y fourierista era Plotino C. Rhodakanaty, figura poco conocida a quien se llegó a creer mero disfraz de un médico mexicano «que tuvo la peregrina idea de cambiar de nombre, presentarse como griego y hacer propaganda spinozista»[583]. En realidad, nació en Atenas, el 14 de octubre de 1828. Pertenecía a una familia aristocrática y su padre murió en la guerra de independencia nacional, luchando contra los turcos. Su madre, austríaca, lo llevó consigo a Viena. Allí comenzó a estudiar medicina, en pleno auge del idealismo romántico y de la homeopatía. En 1848 viajó a Budapest para participar en la lucha por la independencia de Hungría. Sofocada la rebelión, se trasladó a Berlín, donde comenzó a interesarse por la filosofía. Admiraba, como la mayoría de los jóvenes universitarios de aquel momento, a Hegel, y siguió al parecer los cursos de Schelling. En todos estos hechos no puede pasar inadvertida la semejanza con la biografía del joven Bakunin, catorce años más viejo que Rhodakanaty. Ambos pertenecían a familias nobles, ambos se interesaron por la filosofía y admiraron a Hegel, ambos se comprometieron pronto en las luchas de los pueblos sujetos al yugo imperial por lograr su independencia. Más aún, ambos viajaron a París y quedaron definitivamente determinados por el pensamiento de Proudhon. Nada indica, sin embargo, que hayan llegado a conocerse personalmente. En 1848, mientras Rhodakanaty estaba en Budapest, Bakunin se hallaba en Leipzig y después en Praga, conspirando también con los patriotas checos contra el imperio austríaco. Pero mientras el ruso era detenido, en mayo de 1849, en Sajonia, por su participación en la revolución de Dresde, y desde allí enviado a Praga, a Olmutz, a la fortaleza de Pedro y Pablo en San Petersburgo, a Schlüsselburg y finalmente a Siberia, de donde escapó hacia América en 1861[584], el griego, después de permanecer varios años en París y algunos meses en España, se trasladó, precisamente en 1861, a México. De boca de algu-

[580] Gastón García Cantú, *op. cit.*, p. 141.
[581] Justo Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo*, México, 1970. p. 52 (citado por C. M. Rama).
[582] Gastón García Cantú, *op. cit.*, p. 148. Cfr. José C. Valadés, *Don Melchor Ocampo, reformador de México*, México, 1954.
[583] Emeterio Téllez, *Tres escritores excéntricos-Bibliografía filosófica mexicana*, libro V, cap. XV, p. 91 (citado por Ignacio Ortiz).
[584] Jeanne-Marie, *op. cit.*, pp. 136-172.

nos amigos mexicanos se había enterado en París de que el presidente Comonfort tenía el proyecto de propiciar el establecimiento de colonias agrícolas extranjeras en México. Rhodakanaty decidió viajar a ese país, con la esperanza de llevar a la práctica allí las ideas de Fourier y de Proudhon. Pero Comonfort fue derrocado y el joven griego decidió diferir su viaje. En febrero de 1861 pudo finalmente arribar a México[585].

Pocos meses más tarde, en ese mismo año, publicó un folleto titulado *Cartilla socialista o sea el catecismo elemental de la escuela de Carlos Fourier, el falansterio.* Puede decirse que con ello dio comienzo a un cuarto de siglo de intensa actividad teórico-práctica en pro del socialismo libertario en México. Y no cabe duda de que fue el primer ideólogo del anarquismo en ese país. Un anónimo biógrafo, citado por I. Ortiz, escribió en *El Socialista* en 1877, una nota titulada «Plotino C. Rhodakanaty» en la cual dice: «Filósofo por convicción y por sistema, adoptó la profesión de la medicina; pero, partidario del progreso, se afilió a la escuela homeopática, porque donde quiera que aparece una nueva verdad o descubrimiento, ahí está él. Poseedor de siete idiomas y de filosofía, busca su vida honrada y laboriosamente curando gratuitamente a los enfermos y enseñando a los que le ocupan como profesor, sin hacer mal a nadie, haciendo bien a todos, porque su moralidad es notoria para los que lo conocen»[586]. En 1886 Rhodakanaty dejó la escena de las luchas sociales mexicanas. Nunca más aparece mencionado. Lo más probable parece que regresara a Europa (tal vez a Grecia; tal vez a Francia, su patria intelectual) y allí muriera. El pensamiento de Rhodakanaty se estratifica en tres niveles: 1) el filosófico, 2) el religioso, 3) el social. En la base encontramos una concepción metafísica basada en el panteísmo de Spinoza, que él prefiere llamar panteosofía. Spinoza fue, como se sabe, una de las principales fuentes del idealismo alemán, desde Fichte hasta Hegel, y principalmente de Schelling. En el ambiente filosófico, que impregnaba las universidades alemanas durante los años que Rhodakanaty estudió en Viena y en Berlín, no resulta extraño que el pensamiento de Spinoza lo haya impresionado profundamente. Por una parte, su método racionalista, «more geometrico» conducido, aseguraba la ruptura con la teología tradicional y con toda religión positiva. Por otra, su concepción del «Deus sive natura», como única substancia infinita, integrada por infinitos atributos y modos, liberaba la imaginación y le daba alas para un vuelo romántico en la realidad sin límites ni fronteras. A continuación, Rhodakanaty proclama la necesidad de la religión cristiana y la superioridad de ésta sobre todas las demás religiones. Para él, la esencia del cristianismo es la caridad, esto es, el amor a los hombres, tal como se enseña en el Evangelio. Más aún, el cristianismo no es sino la quintaesencia moral del socialismo y de la revolución: «El cristianismo puro

585 José C. Valadés, «Precursores del socialismo antiautoritario en México», en Suplemento de «*La Protesta*», 1928.

586 Ignacio Ortiz, *Pensamiento y obra de Plotino C. Rhodakanaty*, Tesis de licenciatura, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. (inédita) pp. 16-17. Cfr, Juan Hernández Luna, «Movimiento anarco-fourierista entre el imperio y la Reforma», en *Cuadernos de orientación política*, Abril de 1956.

es la religión que debe regenerar al mundo cuando los pueblos comprendan la vital importancia que encierra la adopción y práctica de sus principios sacrosantos: libertad, igualdad y fraternidad»[587]. Se trata de un cristianismo sin dogmas, como el que predicaba Saint-Simon. Más aún, se trata de un cristianismo sin sacerdocio, ni liturgia ni organización jerárquica, cuyo modelo encuentra Rhodakanaty en la vida misma de Jesús y de sus primeros seguidores. Este cristianismo auténtico, que es el cristianismo primitivo, ha sido enteramente degradado tanto por la iglesia católica como por la protestante y nada tiene que ver con las innumerables sectas que se proclaman cristianas. La religión cristiana no sólo no resulta así incompatible con la metafísica racionalista y monista de Spinoza y con el socialismo libertario de Proudhon sino que constituye el nexo entre la una y el otro. Rhodakanaty es, en efecto, un socialista libertario básicamente influido por Fourier y por Proudhon. Un fourierista francés, Víctor Considérant[588], intentó en 1865, ayudar a la liberación de los campesinos mexicanos, a través del gobierno imperial de Maximiliano. Autor de *La destinée sociale* (1834) y *Le socialisme devant le vieux monde* (1848), diputado en la Asamblea nacional, director de diversos periódicos fourieristas, como *La Phalange* y *La Democratie Pacifique*, había fundado en Texas una colonia denominada *La Reunión*, con tan poco éxito como Owen y Cabet. Durante la ocupación de México por las tropas francesas dirigió cuatro cartas al mariscal Bazaine, jefe de dichas tropas, en las cuales no pretendía convencerlo de las ventajas del fourierismo, sino decidirlo a suprimir la servidumbre o «el peonaje» en el campo mexicano, cosa que aquél efectivamente intentó hacer[589]. Pero Rhodakanaty fue mucho más allá de Considérant, quien en sus últimos años se dedicó a la política parlamentaria. Combinaba la idea de la comunidad agrícola industrial con la crítica proudhoniana de la propiedad privada y del Estado. Más adelante, en contacto con la realidad obrerocampesina, inmerso en la problemática de la masa trabajadora de México, asimiló muchas de las ideas de Bakunin. Desde el punto de vista de sus ideas sociales se lo podría clasificar como un socialista libertario o un anarco-socialista. El cristianismo no es sino la base moral de esta doctrina (ya que la religión se reduce a una moral humanitaria). En todo caso, la denominación de «socialista cristiano», que le discierne García Cantú, no le corresponde más que a Saint-Simon. El socialismo es, para Rhodakanaty, como para Kropotkin y la mayoría de los teóricos posteriores del anarquismo, la conclusión lógica de la revolución francesa, cuyo lema «Libertad, igualdad, fraternidad» ha llevado a su más cabal realización: «La fórmula del socialismo de hoy es la de la revolución francesa del 93: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, a la cual agregamos *Unidad*»[590]. Por eso sostiene que «después de la revolución francesa todas las revoluciones

[587] Plotino C. Rhodakanaty, «De la influencia del cristianismo sobre la organización social de las naciones», *La Democracia*, N° 35, p. 1. (Col. 3-enero 30 de 1873; citado por I. Ortiz).
[588] Cfr. Maurice Dommangent, *Victor Considérant. Sa vie, son oeuvre*, Paris, Editions Sociales, 1929; A. Cepeda, *op. cit.*, p. 93.
[589] Carlos Rama, *Utopismo socialista (1830-1893)*, ed. cit., pp. LVII-LVIII.
[590] Plotino C. Rhodakanaty, «Programa social-último sacrificio. Determinación del nivel histórico», en *El socialista*, N° 178, p. 1. (Col. 2, mayo 28 de 1876; citado por I. Ortiz).

en el mundo son la revolución francesa»[591]. La propiedad es el origen de todos los males, la gran enemiga de la unidad del género humano. El objetivo inmediato del socialismo consiste en «la extinción de la pobreza, la difusión y aumento de la riqueza pública entre todo el pueblo, la abolición de la prostitución y la conservación de todas nuestras facultades así intelectuales como también físicas y morales»; su objetivo último «es la transfiguración de la humanidad por medio de la ciencia, la belleza y la virtud»[592]. El cosmopolitismo es uno de los ingredientes esenciales de la ideología rhodakanatiana: «Cosmopolitas por naturaleza, somos ciudadanos de todos los países, contemporáneos de todas las edades; las acciones más grandes y heroicas de todos los hombres nos pertenecen; pero ahí donde surge la idea regeneradora, ahí donde se plantean los más altos problemas de la democracia, ahí donde brota y se establece la libertad en todo y para todo, ahí nos filiamos inmediatamente, reconociéndola sistemáticamente como patria adoptiva donde se resumen y localizan los sacrosantos derechos de la humanidad»[593]. *Ubi libertas ibi patria*. La patria es el universo: «Nuestra patria es el mundo entero y todos los hombres son nuestros hermanos»[594]. La crítica proudhoniana del Estado y del gobierno está presente siempre en su concepción del socialismo: «Todo gobierno en el pueblo regenerado sociocráticamente sería sinónimo de esclavitud y de la más monstruosa desigualdad, porque las masas de los hombres libres no necesitan de tutores ni padrastros, sino de amigos y colaboradores de su futura felicidad»[595]. La abolición del Estado, que muchos consideran imposible y otros peligrosa fuente de males y desórdenes, abrirá para Rhodakanaty, las puertas de un nuevo mundo social: «De la abolición de todo gobierno en las naciones, cuya sola idea os asusta, y que la creéis impracticable y absurda, porque no la habéis ensayado, ha de surgir todo un nuevo mundo de instituciones... en las cuales vivirán felices y contentos todos los pueblos de la tierra»[596]. Rhodakanaty insiste también, como Bakunin, en la idea de que el socialismo ha de surgir de la lucha de clases, esto es, de la lucha de oprimidos contra opresores, de explotados contra explotadores, de pobres contra ricos. Su formación fourierista lo retrae primero un tanto de la idea de la revolución violenta, pero poco a poco parece aceptarla, siguiendo las huellas de sus jóvenes amigos mexicanos bakuninistas. Llega a hablar así de «la revolución social en cuyas aras sacrosantas tienen que ser

591 Plotino C. Rhodakanaty, «Refutación de la imputación que el Sr. D. Roberto A. Esteva hace al Manifiesto del Congreso General de Obreros», en *El Socialista*, N° 175, p. 1. (Col. 2, mayo 7 de 1876; citado por I. Ortiz).
592 Plotino C. Rhodakanaty, «¡Pueblo soberano!», en *El hijo del Trabajo*, N° 4, pp. 2-3. (mayo 9 de 1876; citado por I. Ortiz).
593 Plotino C. Rhodakanaty, «El 5 de mayo-Discurso pronunciado por el C. Plotino Rhodakanaty, como secretario que es de una sociedad progresista de esta capital, el día 5 de mayo de 1874», en *El Craneoscopo*, N° 4 supl., p. 2. (Col. 1; citado por I. Ortiz).
594 Plotino C. Rhodakanaty, «¡Pueblo soberano!», p. 3.
595 Plotino C. Rhodakanaty, «La revolución social», en *El Combate*, N° 432, p. 1. (Col. 3, junio 8 de 1877; citado por I. Ortiz).
596 Plotino C. Rhodakanaty, «Garantismo humanitario», en *El Socialista*, N° 21, p. 1. (Col. 4, noviembre de 1877; citado por I. Ortiz).

inmoladas muchas víctimas heroicas, para reivindicar la justicia ultrajada de las masas del pueblo»[597]. Después de su inicial intento de establecer una colonia agrícola socialista y de la publicación de la ya citada *Cartilla Socialista*, Rhodakanaty se dedicó a una intensa labor de divulgación y propaganda de las ideas socialistas por medio del periodismo y de la organización. En 1863 fundó un primer «Grupo de estudiantes socialistas», en el cual se advertía ya la influencia de las ideas de Bakunin. De ese grupo salieron los primeros ideólogos y dirigentes del socialismo libertario en México, en las décadas del 60 y el 70: Santiago Villanueva, que trató de organizar el movimiento obrero; Hermenegildo Villavicencio y, sobre todo, Francisco Zalacosta, dirigente de las masas rurales[598]. Este núcleo sirvió de base para una más importante organización anarquista: «La Social», que era a la vez un grupo específico de propaganda y acción y una escuela libre. Sus miembros no sólo crearon la primera «Sociedad particular de socorros mutuos» y volvieron a fundar la ya extinta «Sociedad mutua del Ramo de Sastrería», sino que se esforzaron por llevar a los trabajadores afiliados a ambas sociedades, más allá de la ayuda mutua, a una actitud de defensa sistemática de sus intereses de clase frente a empresarios y patronos. Las «sociedades de socorros mutuos» se convirtieron así en «sociedades de resistencia». Los anarquistas de «La Social» promovieron, en junio de 1865, la primera huelga industrial que hubo en México[599]. Ésta tuvo como escenario a dos fábricas textiles y fue rápidamente sofocada por los soldados del emperador Maximiliano. La ocupación del país por un ejército extranjero, la toma del gobierno por un soberano enteramente ajeno al pueblo y al país, acompañado por una corte fatua y dispendiosa, pero, sobre todo, las durísimas condiciones económicas impuestas a obreros y artesanos fomentaron la difusión de las ideas anarquistas en la ciudad de México. Rhodakanaty había establecido en Chalco una «Escuela del Rayo y del Socialismo» y en noviembre de aquel mismo año de 1865 se reunió con él su discípulo Zalacosta. De dicha escuela salió más tarde Julio Chávez, dirigente fundamental de la rebelión campesina antes de Emiliano Zapata, y decidido anarco-conunista: «Soy socialista porque soy enemigo de todos los gobiernos, y comunista porque mis hermanos quieren trabajar las tierras en común»[600]. Seguido por un grupo de amigos que compartían sus ideales, inició un proceso de expropiación de tierras. Numerosos campesinos, que veían allí un renacimiento del antiguo régimen indígena de propiedad comunal (calpulli), pronto se le unieron. Su acción se extendió desde la zona de Chalco-Texcoco, donde había comenzado, hacia los estados de Puebla y de Morelia. El ejército federal se movilizó contra él. Derrotado y prisionero, fue fusilado, por orden del presidente Juárez, en 1869. Al morir, gritó:

[597] Plotino C. Rhodakanaty, «La revolución social», p. 1.
[598] John M. Hart, *Los anarquistas mexicanos-1860-1900*, México: Sep'setentas, 1974, p. 34.
[599] Jacinto Huitrón recuerda que «el 13 de agosto de 1766 se inicia la primera huelga de barreteros en contra de Don Pedro Romero de Terreros, conde de Regla» (Orígenes e historia del movimiento obrero mexicano, México, Editores Mexicanos Unidos, 1980, p. 40).
[600] M. Díaz Ramírez, *Apuntes históricos del movimiento obrero y campesino en México (1844-1880)*, México, 1938, p. 77.

«¡Viva el socialismo!» Pocos meses antes había sacado a luz un manifiesto que apelaba a la lucha armada. «La importancia del manifiesto en el desarrollo de la ideología agraria no es solamente el haber introducido el concepto socialista europeo de lucha de clases al movimiento mexicano, sino que también situó las injusticias sufridas por los campesinos dentro de un contexto histórico e identificó responsables. Proponía reemplazar la soberanía del gobierno nacional, que veía como el corrupto colaborador de los hacendados, por el venerado principio de poblados con gobierno autónomo, ideal común a muchas revoluciones agrarias»[601].

Es la clásica tesis anarquista de la comuna libre, llamada a pactar federativamente con otras comunas, pero no a formar parte de ningún Estado ni a subordinarse a ningún gobierno. Otros discípulos de Rhodakanaty, como Villavicencio y Villanueva, emprendían mientras tanto la organización de artesanos y obreros en el medio urbano. Sus planteos proudhonianos pronto se hicieron más bien bakuninistas. Y, a partir de la caída del Imperio, tuvieron que luchar no sólo contra los patronos y los viejos políticos conservadores sino también contra reformistas, como Romero y Cano, que apoyaban al gobierno liberal de Juárez. En julio de 1868 promovieron en las fábricas textiles de Tlalpan la primera huelga industrial que logró sus objetivos. En 1869 fundaron el Círculo Proletario; en 1870 el Gran Círculo de Obreros de México; en 1871 el periódico *El Socialista*, que con frecuencia expresaba ideas claramente anarquistas. Este movimiento se extendió pronto al interior del país, bajo el predominante influjo de la ideología libertaria.

«Entonces se aceptó la bandera rojinegra como símbolo oficial del movimiento obrero mexicano»[602]. Durante la década del 70 los anarquistas mexicanos impulsaron el cooperativismo y el colectivismo, lucharon en las organizaciones obrero-artesanales con los elementos moderados que contaban con el apoyo del gobierno, y a través de la prensa proletaria (*El Socialista, El Hijo del Trabajo, El Obrero Internacional, etc.*), promovieron la lucha sindical, al tiempo que difundían la ideología libertaria y propiciaban la organización de los trabajadores a nivel nacional[603]. En marzo de 1876 se reunió el Congreso General Obrero de la República Mexicana, cuyo manifiesto revela, como dice Hart, «una expansión de la ideología libertaria en México». Los anarquistas lograron allí que, por vez primera, participaran mujeres como delegadas.

Valadés informa de la existencia de dos corrientes opuestas en el Congreso: la de los socialistas (Mata Rivera, Larrea, etc.) y la de los anarquistas (Rhodakanaty, los miembros de la Social, etc.) y la de los apoyados por quienes, sin ser propiamente anarquistas, se oponían a la intervención gubernamental en los problemas obreros (Ricardo V. Vellatti, Rivera Cambas, Serralde, etc.)[604].

[601] John M. Hart, *op. cit.*, p. 64.
[602] John M. Hart, *op. cit.*, p. 80.
[603] B. Cano Ruiz, *Ricardo Flores Magón. Su vida. Su obra*, Ediciones Tierra y Libertad, México, 1976, p. 24.
[604] Gastón García Cantú, *El Socialismo en México-Siglo XIX*, ed. cit., p. 200. Max Nettlau recuerda que entre 1873 y 1880 trabajó mucho en México por sus ideas el anarquista español Carlos Sanz, influido por R. Farga Pellicer. (Cfr. José C. Valadés, «Sobre los orígenes del movimiento obrero en México», en *Certamen internacional de «La Protesta»*, Buenos Aires, 1927, pp. 72-85).

Desgraciadamente el movimiento de los trabajadores se vio pronto desgarrado en México por una intromisión de la política partidista y electoral. Algunos grupos apoyaban la candidatura presidencial de Lerdo de Tejada, mientras otros se pronunciaban por José María Iglesias o por Porfirio Díaz. Los anarquistas rechazaban obviamente tales tomas de posición por parte de los obreros organizados y no podían ver en la campaña electoral más que una contienda de individuos ávidos de poder. Por otra parte, las condiciones de vida de la clase trabajadora en la ciudad, cada vez mas duras, y la creciente proletarización no hacían sino extender y prestigiar las ideas del socialismo anárquico. Zalacosta difundía en 1878, a través de su periódico *La Internacional*, un programa de doce puntos, entre los cuales se contaba la postulación de «una república social universal, un gobierno autónomo de la municipalidad, derechos femeninos, falanges obreras, abolición de los salarios (control obrero) e igualdad de propiedades»[605].

En el año 1872, F. Calcerán, secretario de la Sección Uruguaya de la Internacional entabló correspondencia, según antes dijimos, con los internacionalistas mexicanos, y tal correspondencia se mantuvo hasta 1877.

Mientras José María González, discípulo de Villanueva, proponía la creación de comunidades agrícolas, erigidas sobre la base de la libre asociación, con un plan inspirado hasta cierto punto en Proudhon[606], Zalacosta, bakuninista, estaba convencido de que el socialismo no se podía realizar ni en el campo ni en la ciudad sin la acción directa, y en 1877 promovió insurrecciones campesinas en Sierra Gorda y Planes de la Barranca. A partir de ese año sus seguidores pelearon contra las tropas federales hasta 1880. Aunque vencido y preso en Querétaro en 1881, la revolución campesina no murió con él. Mientras tanto, su amigo, el coronel Alberto Santa Fe, presentaba la «Ley del Pueblo», documento que denota cierta influencia de las ideas de Bakunin, sin llegar a ser un manifiesto propiamente anarquista.

Sus cuatro puntos fundamentales, según lo señalaba ya en aquel momento *El Hijo del Trabajo*, eran: reparto de tierras, fomento de la industria nacional, supresión del ejército e instrucción popular gratuita y obligatoria. Según el coronel Santa Fe, sólo el reparto de la tierra era capaz de hacer que la independencia de México fuera real y no ficticia. «En esos días, los campesinos, en Coahuila, Estado de México, Michoacán e Hidalgo, recobraban por la fuerza los terrenos de que habían sido despojados por los hacendados... En el diario *La libertad* se calificó la tentativa de los campesinos de *comunismo inconsciente*»[607].

El programa revolucionario de Santa Fe fue apoyado con las armas por el general Negrete, quien ya antes, en 1869, había ayudado a Chávez López y, en 1879, a Zalacosta. Su ejemplar resistencia al gobierno dictatorial de Porfirio Díaz iba, sin duda, más allá de la oposición democrática y de la aspiración anti-reeleccionista y pretendía nada menos que transferir la soberanía

[605] John M. Hart, *op. cit.*, p. 97; Gastón García Cantú, *El Socialismo en México*, pp. 235-241.
[606] Gastón García Cantú, *op. cit.*, pp. 209-210.
[607] Gastón García Cantú, *op. cit.*, p. 222.

política al municipio autónomo y la posesión de la tierra a las colectividades campesinas. Perduró hasta la década del 90. Sin embargo, Díaz, valiéndose del soborno primero y de la represión después, consiguió controlar o suprimir casi todo movimiento de los trabajadores urbanos o rurales a lo largo de las dos últimas décadas del siglo XIX. Durante este periodo la gran masa de los campesinos percibía salarios ínfimos; los obreros industriales y mineros estaban mejor remunerados (lo cual no significa que tuvieran buena paga), pero hacia 1898 comenzaron a sentir los efectos de la crisis. «A partir de ese año, las remuneraciones laborales iniciaron un constante proceso de depreciación que, aunque sufre algunas tendencias a la alza con leves mejorías en las condiciones de vida, termina orientándose —hacia 1910— a niveles bajos, nunca antes alcanzados»[608].

B— EL PARTIDO LIBERAL Y EL MAGONISMO

El inicio del siglo XX presenció, en parte por estas circunstancias, un renacimiento del movimiento obrero y del anarquismo en México. A ello contribuyeron la llegada de nuevos grupos de anarquistas españoles y el contacto solidario con los anarcosindicalistas norteamericanos en el norte del país. Pero el factor decisivo fue la evolución ideológica del gran Partido Liberal Mexicano. Este había comenzado siendo un partido anticlerical y antidictatorial, de cuyas bases programáticas no estaba excluida, sin embargo, la preocupación por la reforma agraria. En un momento dado, muy difícil de precisar, dejó de ser liberal para convertirse en libertario. Este cambio cualitativo acompañó a la evolución ideológica de Ricardo Flores Magón y significó el triunfo de sus posiciones radicales frente a las moderadas de Camilo Arriaga. Una evolución análoga, del liberalismo radical al socialismo libertario, había tenido poco antes, en Perú, Manuel González Prada.

Este abandonó, en un momento dado, las filas del partido Unión Nacional que había fundado, cuyos miembros se habían mostrado incapaces de seguirlo, y se declaró anarquista. Flores Magón, por el contrario, conservó consigo al Partido Liberal y hasta quiso conservar el mismo nombre con que había sido creado, aun cuando tenía plena conciencia de que ya no era «liberal» sino «libertario» y de que, en rigor, no podía llamarse «partido» sino, en todo caso, «organización revolucionaria». El 5 de febrero de 1901 se había reunido en San Luis Potosí el primer Congreso Liberal, con delegados de trece estados y del distrito federal. Entre sus resoluciones cabe recordar las que se refieren a los «medios para combatir la influencia del clero» (33 a 37) y a las «garantías propuestas para asegurar los derechos de los ciudadanos» (44 a 52)[609].

[608] Ciro F. S. Cardoso-Francisco G. Hermosillo, «Las clases sociales durante el Estado liberal de transición y la dictadura porfirista (1867-1910)», en: *La clase obrera en la historia de México*, Vol. 3, *De la dictadura porfirista a los tiempos libertarios*, México, Siglo XXI, 1985, p. 70.
[609] Jacinto Huitrón, *Orígenes e historia del movimiento obrero en México*, México, Editores Mexicanos Unidos, 1980, pp. 93 y 95-96.

Lejana parecía aún la perspectiva socialista y libertaria, y, sin embargo, era cosa de pocos años más. Ricardo Flores Magón, promotor principal, según dijimos, de esta nueva perspectiva, había atacado ya durante el congreso la dictadura porfirista y denunciado la explotación de los trabajadores mexicanos. Nacido en San Antonio Eloxochitlán, Estado de Oaxaca, el 16 de septiembre de 1873, era descendiente de indios por su padre y de mestizos por su madre. Un bisabuelo peninsular y cartagenero, explica tal vez sus rasgos no demasiado indígenas[610]. En la ciudad de México, en medio de grandes estrecheces económicas, inició (aunque no acabó) estudios de Derecho. Desde sus años de alumno de la Escuela Nacional Preparatoria se inició en la lucha política, participó en manifestaciones contra el gobierno y, en 1892, antes de cumplir veinte años, conoció las prisiones de la dictadura. En 1893 ingresó en la redacción de *El Demócrata*, periódico anti-porfirista, pronto clausurado. El 7 de agosto de 1900 fundó *Regeneración*, que había de ser la más importante publicación periódica de la izquierda mexicana del siglo que nacía. Su lenguaje «llevó el espanto al ánimo de Díaz y de los «científicos»[611]. En mayo de 1901 lo encerraron en Belén, donde permaneció hasta abril del año siguiente, aunque la publicación del periódico no se interrumpió durante un tiempo. «Según parece, Ricardo leyó por esos tiempos obras de Kropotkin, de Malatesta, de Gorki, y esas lecturas contribuyeron a esclarecer muchos puntos vacilantes y a robustecerlo en su fe. Hay diversos testimonios de una temprana adhesión a las ideas libertarias; pero la lucha contra el porfirismo dejó en las sombras, por algunos años, la tendencia anárquica que germinaba en su corazón»[612]. Aquellas obras anarquistas las había conseguido en la biblioteca del rico terrateniente liberal Camilo Arriaga[613], que el 29 de enero de 1902 también fue encarcelado junto con todos los dirigentes del Club Liberal de San Luis Potosí durante un año. Mientras tanto Ricardo Flores Magón publicaba en la capital *El Hijo del Ahuizote*, periódico satírico antiporfirista, por lo cual nuevamente cayó preso en abril de 1903. Al recobrar su libertad, pasó en 1904 a Texas, y reinició, en San Antonio, la publicación de su ya famoso periódico *Regeneración*, que aglutinaba toda la oposición radical al porfiriato. Prueba de ello es el hecho de que el Partido Liberal Mexicano se fundó, en septiembre de 1905, en torno a *Regeneración*, el cual lograba por entonces una circulación de veinte mil ejemplares y había de llegar a treinta mil en 1906. La Junta Organizadora del Partido tenía como presidente a Ricardo Flores Magón, como vice presidente a Juan Sarabia y como secretario a Antonio I. Villareal. Aun cuando el periódico se imprimía para ser introducido en México y el partido tenía por objeto «la lucha con todos los medios contra la dictadura de Porfirio Díaz»[614], no por

[610] G. Aguirre Beltrán, *Introducción a Ricardo Flores Magón: Antología*, México, CEHSMO, 1972, p. VII.
[611] Diego Abad de Santillán, *Ricardo Flores Magón. El Apóstol de la Revolución Social Mexicana*, México, 1978, p. 24.
[612] Diego Abad de Santillán, *Ibíd.*, p. 27.
[613] James D. Cockroft, *Precursores intelectuales de la Revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1976, p. 81.
[614] Diego Abad de Santillán, *Ricardo Flores Magón*, pp. 32-33.

eso dejaron de vincularse, como consecuentes internacionalistas que eran, con las organizaciones de la izquierda norteamericana y, en especial, con los, sindicalistas de la IWW. «El apoyo de los izquierdistas norteamericanos al PLM cobró aún más fuerzas durante los siguientes años. La izquierda norteamericana y el PLM eran aliados naturales»[615]. La persecución de la policía yanqui y de los esbirros de Pinkerton (pagados y azuzados por los agentes de Porfirio Díaz) obligó a Flores Magón a trasladarse más al norte todavía, hasta Saint Louis. En febrero de 1906 reinició allí, una vez más, la publicación de su periódico. El programa del PLM, editado en julio del mimo año, aunque atemperado por influencia de Juan Sarabia y Camilo Arriaga, no se limitaba a exigir la no reelección efectiva, la abolición del servicio militar obligatorio y de los tribunales militares en tiempo de paz, la enseñanza gratuita, laica y obligatoria y la limitación real (y no meramente aparente) de los privilegios del clero, sino que postulaba también la jornada laboral de ocho horas, el salario mínimo, el feriado semanal, la limitación o supresión del trabajo infantil y, lo que es más, la expropiación de las tierras improductivas[616]. «Si el programa del PLM fue el primero en presentar pública y nacionalmente las principales ideas socioeconómicas de la Revolución mexicana, fue también el único documento público que iba más allá de la Constitución de 1917 en varios aspectos progresistas, a pesar de que los autores del programa del PLM suavizaron su declaración deliberadamente para no ahuyentar a ciertos elementos de la clase alta que, aunque conservadores, simpatizaban con la causa, en tanto que los redactores de la Constitución de 1917, por medio de la mayoría «jacobina», radicalizaron deliberadamente sus proposiciones para satisfacer las demandas de un campesinado y de una clase obrera que, habiendo hecho la revolución armada, seguían en pie de lucha. Como documento precursor, el programa del PLM no tuvo paralelo»[617]. Mientras tanto, en México, Francisco I. Madero, comenzaba a organizar el Partido Demócrata, con el objeto, según Flores Magón, de debilitar los esfuerzos en pro de la organización del Partido Liberal. Su programa era puramente político y prescindía por completo de los problemas sociales y, en especial, de la reforma agraria[618]. Madero era, en efecto, un intelectual de clase alta, librempresista y demócrata, indiferente, en general, a los problemas de las masas mexicanas, adepto de Allan Kardec y lector asiduo de la *Revue Spirite*, que no pretendía sino sustituir el continuismo de Porfirio Díaz por un régimen democrático basado en elecciones libres y limpias, con leyes que proscribieran toda reelección presidencial[619]. Difícilmente se lo podría considerar un revolucionario[620].

[615] James D. Cockroft, *op. cit.*, p. 120.
[616] Chantal López-Omar Cortés (recop.), *El programa del Partido Liberal mexicano de 1906 y sus antecedentes*, México, Ediciones Antorcha, 1985.
[617] James D. Cockroft, *op. cit.*, pp. 123-124.
[618] Salvador Hernández Padilla, *op. cit.*, p. 27.
[619] James D. Cockroft, *op. cit.*, p. 62.
[620] El diplomático porfirista Victoriano Salado Alvarez, citado por A. Cué Cánovas (*Ricardo Flores Magón, la Baja California y los Estados Unidos*, pp. 22-24), dice: «A mí me parece que injustamente se acumula el mérito de la Revolución sobre Madero y sus amigos. Los revolucionarios verdaderos fueron los magonistas, que no sólo se mantuvieron en su posición constante, sino que lograron alzar a toda la frontera, incendiándola en odio contra el tirano Díaz».

El 12 de octubre de 1905 Ricardo Flores Magón, junto con su hermano Enrique y Juan Sarabia, fue detenido bajo la acusación de difamar al gobierno mexicano. Las oficinas de *Regeneración* fueron asaltadas, se le confiscaron la imprenta y los muebles, se le suspendió la franquicia postal. Pero, al salir de la cárcel unos meses después, la publicación se reinició. En febrero de 1906 se editaba de nuevo en Saint Louis. Sin embargo, Flores Magón se vio obligado a huir a Canadá, pues la complicidad del gobierno de los Estados Unidos con la dictadura de Porfirio Díaz (a quien veía ya entonces como una «garantía» contra la marea revolucionaria) se tornaba cada día más evidente y amenazaba la vida de los exiliados liberales[621].

Entre 1906 y 1908 el PLM promovió directa o indirectamente una serie de huelgas y levantamientos populares en diferentes localidades mexicanas. El primero de ellos se produjo el 1° de junio de 1906 en Cananea, en la compañía cuprífera de William C. Greene, subsidiaria de la tristemente célebre Anaconda. Un grupo de lectores de *Regeneración* y simpatizantes de las ideas magonistas (Esteban Baca Calderón, Francisco M. Ibarra, Manuel M. Diéguez, etc.) fundaron en Cananea la «Unión Liberal Humanidad», que llegó a agrupar a un centenar de miembros. El licenciado Lázaro Gutiérrez de Lara organizaba, por su parte, el «Club Liberal» de Cananea, que, como el anterior, no tardó en afiliarse al PLM, en Saint Louis, Missouri[622]. Los mineros mexicanos de Cananea no sólo recibían salarios que apenas les permitían no morir de hambre, sino que también eran impúdicamente discriminados, en su propia tierra, frente a los trabajadores extranjeros (a quienes se pagaba doble salario en dólares). Los liberales, encabezados por Calderón, los organizaron por primera vez en una unión o sindicato minero. El 31 de mayo estalló inesperadamente la huelga en la mina Oversight. Los mineros exigían aumento de salarios, jornada laboral de ocho horas, destitución de algunos mayordomos o capataces, empleo de un 75% de mexicanos e igualdad de trato y oportunidades para éstos. El presidente de la compañía, William C. Greene, negó todas estas exigencias y hasta pretendió convencer a los trabajadores de que se los trataba con justicia y su remuneración era excelente. Porfirio Díaz consideraba «imprudente» aumentar los salarios de los trabajadores mexicanos[623]. Una pacífica manifestación de los mineros fue atacada a tiros por algunos empleados yanquis. Los manifestantes, indignados, reaccionaron contra los agentes de la compañía; la rebelión surgió espontánea. Policías y esbirros masacraron a la multitud, utilizando balas dum-dum, prohibidas en la guerra por todos los acuerdos internacionales[624]. La rebelión se extendió y los trabajadores, con la solidaridad del pueblo de Cananea, parecieron por un momento dueños de la situación. Sin embargo, los

[621] Diego Abad de Santillán, *Ricardo Flores Magón*, pp. 36-37.
[622] León Díaz Cárdenas, *Cananea. Primer brote del sindicalismo en México*, México, CEHSMO, pp. 26-28.
[623] Daniel Cosío Villegas, *Historia moderna de México*, México, Ed. Hermes, 1965, pp. 316 sgs.
[624] León Díaz Cárdenas, *op. cit.*, pp. 53-64.

Rurales mexicanos, bajo las órdenes del coronel Kosterlisky, y la tropa de 500 rangers y policías norteamericanos, comandados por el capitán Thomas Rynning la ahogó en sangre. Hubo más de 200 muertos, 20.000 presos y un número indeterminado de heridos. Diéguez, Calderón e Ibarra escaparon apenas al pelotón de fusilamiento, pero fueron condenados a 15 años de prisión en San Juan de Ullúa[625]. Porfirio Díaz tenía plena conciencia del carácter revolucionario de la huelga de Cananea y sabía muy bien que había sido inspirada por Flores Magón y los «liberales» de Saint Louis[626]. Otra huelga de gran trascendencia fue protagonizada, en 1906 y 1907, por obreros textiles de Río Blanco (Veracruz). Su principal dirigente fue el obrero José Neira, digno continuador de Villanueva y Zalacosta, amigo de Camilo Arriaga y seguidor de las ideas de Flores Magón desde 1903. Es preciso tener en cuenta que, «después de la minería, la industria textil ocupaba el primer lugar en rango de importancia en el desarrollo económico del México de principios del siglo XX»[627]. Las fabricas textiles de Orizaba (y entre ellas la de Río Blanco) eran propiedad de capitalistas franceses y los más importantes cargos administrativos y técnicos estaban ocupados por ingleses. Un ingeniero jefe ganaba 41,75 pesos semanales; un obrero 0.35 al día; una obrera 0,25; un niño 0,10, en jornadas que oscilaban entre las 12 y las 14 horas. La necesidad de organizar a los trabajadores para defender sus derechos fue entonces proclamada por José Neira y un grupo de magonistas, como Porfirio Meneses y José Olivares. Estos pretendían fundar una verdadera sociedad de resistencia, aunque otros dirigentes «moderados», como el pastor protestante José Rumbia, no querían pasar de una organización mutualista. Los moderados se impusieron al principio y, una vez fundado el Gran Círculo de Obreros Libres de Río Blanco (G.C.O.L.), la presidencia quedó en manos de Rumbia, habiendo sido elegido Neira vicepresidente. Pero toda la moderación de Rumbia y Avila «no sirvió de mucho». Los dirigentes empezaron a ser hostigados por la gerencia de la fábrica y varios tuvieron que marcharse de Río Blanco[628]. En una reunión obrera, celebrada en Nogales el 5 de mayo, se decidió fundar un periódico que sería el portavoz de los derechos y aspiraciones de los obreros: su nombre, pese a la objeción de los moderados, iba a ser Revolución Social; su director el propio José Neira. Pocos días después, al morir (en circunstancias muy sospechosas) Manuel Avila, aquél asumió también la presidencia del Gran Círculo Obrero Liberal. Su discurso de toma de posesión concluyó con estas frases: «En caso de dificultades con las empresas, iremos a la huelga y, si con la huelga nada conseguimos, recurriremos a la dinamita y a la revolución». Por otra parte, logró la aprobación de una cláusula por la que el G.C.O.L. debía mantener «relaciones secretas con la Junta Revolucionaria que reside St. Louis, Mo. E.U.A., de la cual es Presi-

[625] *Ibid.*, pp. 65-84.
[626] Salvador Hernández Padilla, *op. cit.*, pp. 47-49.
[627] *Ibid.*, p. 50.
[628] *Ibid.*, p. 52.

dente Ricardo Flores Magón», trabajar por la organización de los obreros en todo el país y luchar «por todos los medios contra los abusos del capitalismo y la dictadura de Porfirio Díaz»[629]. Neira y sus compañeros magonistas obtuvieron algunos pequeños triunfos en su lucha contra los empresarios, cosa que las autoridades porfiristas no podían tolerar. Dieron orden de aprehensión contra ellos, que, sin embargo, lograron entonces huir a Puebla. Se inició una intensa represión contra los dirigentes magonistas y el movimiento obrero de Río Blanco no tardó en decaer, bajo la conducción del colaboracionista Morales. Pero, en enero del año siguiente no logró éste que los obreros de Río Blanco aceptaran sin protestas un laudo del dictador Porfirio Díaz, que a todas luces favorecía los intereses patronales y ordenaba a los trabajadores integrarse sin más a las fábricas. El lunes 7, cuando, a las cinco y media de la mañana, sonó el silbato de la de Río Blanco, «un grupo de obreros encaminó sus pasos hacia ella, pero no con la intención de reanudar sus labores, sino de incendiarla junto con los patrones y 'recortados' —así les llamaban en esa época a los esquiroles— que en número menor se encontraban dentro del edificio». A las piedras que arrojaron contra las ventanas el teniente Arroyo respondió ordenando una carga de la fuerza montada que comandaba. Los obreros no se amedrentaron; los soldados siguieron atacando a «la plebe». «Daba comienzo —dice Hernández Padilla— la *rebelión obrera de Río Blanco* y no huelga, como hasta hoy día se la ha llamado»[630]. Los obreros asaltaron la tienda de raya, la saquearon y la incendiaron; liberaron a los presos de la cárcel local; cortaron los alambres de la electricidad. Se dirigieron luego a Nogales; en Orizaba se armaron asaltando casas de empeño y tomaron la estación del ferrocarril. A medianoche llegaba a Santa Rosa el general Rosalino Martínez, con la orden de fusilar a los rebeldes sin juicio previo; al día siguiente, el gobernador, coronel Próspero Cahuantzi, con el 24 regimiento de infantería de Puebla, «para auxiliar a los patronos y someter a los bandidos»[631]. El 8 de enero comenzó el allanamiento de las casas de los obreros. «Hombres, mujeres y niños eran sacados de sus viviendas y fusilados en los cuarteles. Algunos huían hacia las colonias. Hasta ahí eran perseguidos y asesinados. Abajo, en la fábrica de Río Blanco, los patrones levantaban sus copas rebosantes de champaña y al unísono brindaban con el general Martínez. Celebraban la matanza»[632].

El día 9, mientras los obreros entraban en la fábrica de Santa Rosa, fueron sacados por el coronel Francisco Ruiz, el presidente del Gran Círculo de Obreros Libres de aquella localidad, Rafael Moreno Alvarado; el vicepresidente Manuel Juárez y el secretario, Ceferino Navarro. Los tres fueron pasados por las armas: el primero frente a su tienda, previamente saqueada e incendiada; el segundo en la esquina de las ruinas de *El Modelo*; el tercero en los escombros

[629] *Ibíd.*, p. 54.
[630] *Ibíd*, pp. 75-76.
[631] Jacinto Huitrón, *op. cit.*, p. 116.
[632] Salvador Hernández Padilla, *op. cit.*, pp. 77-78.

de *El Fénix*, en Nogales[633]. «En *El Imparcial*, de la ciudad de México, diario subvencionado por la dictadura, se publicó un editorial comentando los sangrientos sucesos y llenando de elogios al general Díaz. El editorial se titulaba «*Así se gobierna*»[634].

Pero las rebeliones de Cananea y Río Blanco, inspiradas sin duda por las ideas anarcosindicalistas de Flores Magón, no fueron las únicas en aquellos años. En 1906 se produjo en Acayucán una rebelión campesina, promovida por Hilario C. Salas. «El levantamiento armado, dirigido por el partido liberal mexicano, se propagó a los municipios de los Tuxtlas, Minatitlán y al Estado de Tabasco. Pero otra vez, el lujo de crueldades y el gran derroche de elementos ahogaron la sublevación campesina»[635]. En 1908 los magonistas promovieron nuevos levantamientos campesinos. Un grupo muy decidido se sublevó en Viescas durante la noche del 24 al 25 de junio, aun cuando sabía que sus planes revolucionarios habían sido denunciados al gobierno. El poeta y periodista libertario Práxedis G. Guerrero, el «hacendado peón», el «capitalista obrero», como lo llamaba su amigo Ricardo Flores Magón[636], narra así el episodio: «A la media noche se reunieron los compañeros; señalóse a cada quién su sitio y se puso manos a la obra. La policía pretendió resistir; se cruzaron algunos disparos que causaron un herido de cada lado y un muerto de los gendarmes. La cárcel fue abierta cuan grande era la puerta; no quedó allí nadie. Proclamóse el programa liberal y se declaró nulo el poder de la dictadura. Se efectuó una requisa de caballos y tomaron los escasos fondos que había en las oficinas públicas. La revolución se apoderó del pueblo por completo, sin que se diera un solo caso de violencia o atropellos contra las familias o las personas neutrales»[637]. Otro grupo de revolucionarios magonistas, encabezado por José M. Rangel y Basilio Ramírez, atacó el 26 de junio de aquel mismo año el pueblo de Las Vacas. La lucha duró más de cinco horas. Práxedis G. Guerrero así la describe: «Por todos lados se desarrollaban escenas de heroísmo entre los voluntarios de la libertad. Cada hombre era un héroe; cada héroe un cuadro animado por el soplo de la epopeya... Un joven, rubio como un escandinavo, corría de un peligro a otro con el traje desgarrado y sangriento; una bala le había tocado el hombro, otra una pierna, abajo de la rodilla; otra en un muslo y una cuarta fue a pegarle en un costado sobre la cartuchera; el choque lo derribó; el proyectil liberticida había encontrado en su camino el acero de los proyectiles libertarios y saltó dejando intacta la vida del valiente que, puesto de nuevo en pie, continuó el combate». Mancisidor, comentando este relato, agrega: «Los rasgos de heroísmo, como el descrito, se reprodujeron hasta lo increíble»[638].

[633] Jacinto Huitrón, *op. cit.*, p. 117.
[634] Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la revolución mexicana I*, México, F.C.E., 1960, p. 57.
[635] José Mancisidor, *Historia de la revolución mexicana*, México, 1976, p. 81.
[636] Jacinto Huitrón, *op. cit.*, p. 127. (Cfr. Pietro Ferrúa, *Gli anarchici nella Rivoluzione messicana. Práxedis G. Guerrero*, Ragusa).
[637] Práxedis G. Guerrero, *Artículos de combate*, México, Editorial Antorcha 1977, p. 161. (Cfr. José Mancisidor, *op. cit.*, p. 82).
[638] Práxedis G. Guerrero, *op. cit.*, p. 157. (Cfr. José Mancisidor, *op. cit.*, p. 83; Pietro Ferrúa, «Ricardo Flores Magón en la Revolución mexicana» en *Reconstruir*, 72, p. 45).

El 1° de julio, otro grupo de anarquistas exiliados en El Paso, invadió el pueblo de Palomas, situado cerca de la frontera, con la finalidad de facilitar una invasión posterior y el tránsito de las tropas revolucionarias hacia el interior de México. Ese «grupo diminuto se formó en medio de las violencias represivas y se lanzó con un puñado de cartuchos y unas cuantas bombas manufacturadas a toda prisa con materiales poco eficientes, sobre un enemigo apercibido a recibirlo con incontables elementos de resistencia», dice Práxedis G. Guerrero. La invasión fracasó y en la lucha cayó Francisco Manrique, amigo de Guerrero. Este mismo y Enrique Flores Magón apenas consiguieron cruzar otra vez la frontera[639]. Otra insurrección magonista ocurrió en Valladolid, Yucatán, y fue igualmente sofocada por la enorme superioridad de hombres y armamentos de las fuerzas gubernamentales. Ramírez Bonillas, Albertos y Kankum fueron allí ejecutados sumariamente. «La justicia no fue ahí el leguleyo artero y solapado, —dice Práxedis G. Guerrero— sino la bestia uniformada»[640].

En 1906, desde Canadá, Ricardo Flores Magón había planeado una rebelión general en todo el territorio mexicano, impulsada por el PLM. El gobierno de Porfirio Díaz, eficientemente informado por su red de espías, pudo abortar sin gran esfuerzo el plan revolucionario. Uno de aquellos espías, que pertenecía a la tristemente famosa agencia Pinkerton, en un informe presentado al gobernador de Chihuahua, Enrique C. Creel, describía así, en aquellos días, a Ricardo Flores Magón, jefe del movimiento: «Es un periodista muy inteligente, trabajador, activo, ordenado, que nunca se emborracha, que escribe muy bien a máquina, que se hace respetar de las personas que le acompañan, que tiene un carácter muy resuelto y enérgico y que está fanatizado por la causa que persigue, con ese fanatismo brutal y peligroso que tienen los anarquistas»[641]. Fracasado el plan revolucionario de 1906, Flores Magón y sus seguidores, alentados sin duda por los anarquistas y socialistas norteamericanos, proyectaron otro para 1908. Pero éste también se frustró por análogas razones. «Tanto en 1906 como en 1908, el gobierno mexicano se enteró con anterioridad de la revuelta planeada por el PLM, y con la ayuda de los Estados Unidos entró en acción para aplastarla»[642]. El 23 de agosto de 1907 Ricardo Flores Magón y sus compañeros Sarabia y Villarreal fueron nuevamente encarcelados por un periodo de tres años. Todos los recursos de la defensa judicial resultaron vanos, pues «los poderosos de México y los Estados Unidos habíanse empeñado en aprisionarlos, a fin de que dejaran de agitar y promover levantamientos contra el Porfiriato»[643]. El presidente T. Roosevelt, a quien los presos apelaron, ni siquiera les contestó; la Suprema Corte rechazó el pedido de libertad condicional. Mientras tanto, John K. Turner,

[639] Jacinto Huitrón, *op. cit.*, pp. 138-139; Diego Abad de Santillán, *Ricardo Flores Magón*, p. 66.
[640] Jacinto Huitrón, *op. cit.*, p. 139.
[641] Diego Abad de Santillán, *Ricardo Flores Magón*, p. 39.
[642] James D. Cockroft, *op. cit.*, p. 142. Cfr. Salvador Hernández Padilla, *op. cit.*, pp. 80-135.
[643] Manuel González Ramírez, *La revolución social en México*, I, México, F.C.E., 1960, p. 100. Cfr. J. Muñoz Cota, *Ricardo Flores Magón, El sueño de una palabra*, México, Ed. Doctrimez, p. 28.

periodista norteamericano, amigo del PLM, publicaba (en una revista) los capítulos de su obra *México bárbaro*, testimonio apasionado pero fundamentalmente veraz de la situación social y política que los magonistas combatían (y no, como desatinadamente dice Cosío Villegas, mera «exageración demagógica»)[644]. Después de cumplir su condena, Ricardo Flores Magón y sus amigos salieron de la cárcel en agosto de 1910. Enseguida se dirigieron a Los Angeles donde se los acogió con una gigantesca manifestación, organizada por el Partido Socialista. Pronto comenzaron a publicar de nuevo *Regeneración*, cuya sección de habla inglesa fue redactada por el viejo anarquista alemán Alfred Sanftleben, por la esposa de Turner y, más tarde, por W.C. Owen[645]. Este escribió, años después, en *Freedom*: «Cuando sustituí a John Kenneth Turner como editor de la sección inglesa de *Regeneración*, su circulación era como de 27.000 ejemplares, y el periódico debía ganar dinero; pero todo se gastaba en propaganda. Teníamos entre 600 y 700 periódicos en nuestras listas de canje. Nuestra gran aspiración era la unificación de la opinión latina en México y en Centro y Suramérica, contra la invasión de la plutocracia, y la creación en Estados Unidos de un sentimiento bastante fuerte para mantener en jaque la perpetua amenaza de intervención»[646]. Tales objetivos, como se ve, conservan hoy plena vigencia para la izquierda latinoamericana. Pero para comprender el sentido de la propaganda de *Regeneración* es preciso tener en cuenta que en los Estados Unidos había entonces un fuerte movimiento socialista, numerosos anarquistas europeos y una central obrera, la IWW, cuyo sindicalismo revolucionario estaba muy cerca del anarco-sindicalismo si no se identificaba con él. Por otra parte, los trabajadores mexicanos del sur de los Estados Unidos participaban en la revolución que se desarrollaba en su país a través de la IWW y de otras organizaciones vinculadas con el PLM[647].

A esta altura de los hechos no cabía ya ninguna duda acerca de la ideología anarquista de Flores Magón y de su partido. A nadie debió extrañarle, pues, que en 1910 no se haya sumado a la campaña antidictatorial encabezada por Madero. La democracia representativa, el anti-reeleccionismo y la libertad política no podían satisfacer en modo alguno sus aspiraciones. Más aún, no eran para él sino una mentira, en cuanto las masas trabajadoras nada ganaban con poder elegir a sus gobernantes. La verdadera meta de la revolución era lograr la emancipación social y económica del proletariado; poner la tierra y los instrumentos de trabajo en mano de las comunidades de trabajadores. El 28 de enero de 1911 escribía en *Regeneración*: «Los gobiernos son los representantes del capital y, por lo mismo, tienen que oprimir al proletariado. De una vez por todas, sabedlo: ningún Congreso aprobará el programa del Partido Liberal, porque no seréis vosotros, los desheredados, los que

[644] Manuel González Ramírez, *op. cit.*, pp. 107-108.
[645] Diego Abad de Santillán, *Ricardo Flores Magón*, pp. 67-68.
[646] B. Cano Ruiz, *op. cit.*, p. 33.
[647] J. Torres Parés, «El movimiento obrero de los Estados Unidos y la revolución mexicana» en *Latinoamérica*, 18, p. 185.

vayáis a sentaros en los bancos del congreso, sino vuestros amos, y vuestros amos tendrán el buen cuidado de no dejaros resollar. Vuestros amos rechazarán indignados el programa liberal del primero de julio de 1906, porque en él se habla de quitarles sus tierras, y las aspiraciones de los proletarios quedarán burladas. A los bancos del congreso no van los proletarios sino los burgueses»[648]. Resulta obvio que tales ideas, abiertamente anarquistas (pese a lo que pudieran decir en Francia Jean Grave y otros) eran incompatibles con el moderado programa de Madero. En realidad, como bien anota Cockcroft, «la revolución de Madero, más tarde renovada e inclinada ligeramente hacia la izquierda por Carranza, es la que los escritores parecen tener en mente cuando se refieren a la Revolución mexicana como una revolución burguesa. Para el PLM, sin embargo, y en un menor grado para Zapata y su ejército campesino, que habían adoptado el lema del PLM, «Tierra y libertad», la Revolución mexicana fue una revolución de trabajadores urbanos y rurales contra la burguesía»[649]. Fue, por consiguiente, una revolución social y no puramente política; mas aún, fue esencialmente una revolución libertaria[650].

Ricardo Flores Magón rechazó sin hesitación los ofrecimientos que le hacía el presidente Madero (por medio del ex-magonista Sarabia), como antes había rechazado los de Porfirio Díaz. Y en el *Manifiesto* que publicó la junta del PLM el 23 de septiembre de 1911 quedó firmemente reafirmada su ideología anarquista[651]. Pero ya antes, el 25 de febrero de aquel mismo año, había escrito en *Regeneración* un artículo titulado *Francisco I. Madero es un traidor a la causa de la libertad*[652], que provocó una definitiva ruptura entre las dos alas del movimiento antiporfirista[653]. Cuando las tropas del FLM, que se habían rebelado junto con los maderistas, aunque sin hacer causa común con ellos (según la consigna de Ricardo), tuvieron que retirarse de Chihuahua por haber perdido allí posiciones (Pascual Orozco y la clase media del Estado habían tomado lógicamente partido por Madero), se concentraron en la Baja California. Este territorio, escasamente poblado, aunque formaba parte de la República mexicana, era propiedad de empresas norteamericanas, inglesas y francesas. Los magonistas decidieron apoderarse de él, para establecer allí una sociedad libertaria, que había de ser modelo para México, América y el mundo. El 29 de enero de 1911, un pequeño contingente mandado por José María Leyva y Simón Berthold, tomaron Mexicali; el 21 de

648 *Regeneración-1900-1918*, Prólogo, selección y notas de Armando Bartra, México, ERA, 1982, p. 268.
649 James D. Cockroft, *op. cit.*, p. 161; Eduardo Blanquel, *El anarco-magonismo* en *Historia mexicana*, 51, vol. XIII, p. 407.
650 Diego Abad de Santillán, *Ricardo Flores Magón*, pp. 72-76; Salvador Hernández Padilla, *op. cit.*; p. 139.
651 *Regeneración-1900-1918*, pp. 306-312. Cfr. B, Cano Ruiz, *op. cit.*, p. 34.
652 *Regeneración-1900-1918*, pp. 271-276.
653 Diego Abad de Santillán, *Ricardo Flores Magón*, pp. 78-79.

febrero, Los Algodones; el 12 de marzo, Tecate y, finalmente, el 9 de mayo, Tijuana. Los terratenientes norteamericanos y los dueños de los periódicos de California (que eran con frecuencia las mismas personas, como en los casos de Chandler, Otis y Hearst) se alarmaron con razón y no tardaron en inventar la absurda leyenda del filibusterismo magonista. Muchos conservadores mexicanos y no pocos maderistas (para no decir nada de los amigos de Don Porfirio, como Salado Alvarez) acusaron a Flores Magón de pretender la secesión de la Baja California y aun su incorporación a los Estados Unidos (cosa que ciertamente hubieran deseado los magnates californianos). El 16 de junio de 1911, Ricardo escribe en *Regeneración*, dirigiéndose a los «patriotas»: «¿Pertenece a México la Baja California? La Baja California no pertenece a México, sino a los Estados Unidos de Norteamérica, a Inglaterra y a Francia. El norte de la Baja California está en poder de Cudahy, Otis y otros multimillonarios norteamericanos. Toda la costa occidental de la misma pertenece a una poderosa compañía perlífera inglesa, y la región en que está ubicada Santa Rosalía pertenece a una rica compañía francesa. ¿Qué es lo que tienen los mexicanos de la Baja California? ¡Nada! ¿Qué es lo que les dará a los mexicanos el Partido Liberal Mexicano? ¡Todo! Entonces, señores patriotas ¿qué es lo que hacéis cuando gritáis que estamos vendiendo la patria a los Estados Unidos? Contestad. Vosotros no tenéis patria, porque todo lo que hay en México pertenece a los extranjeros millonarios que esclavizan a nuestros hermanos. No tenéis patria, sencillamente porque no tenéis ni en qué caeros muertos. Y cuando el Partido Liberal Mexicano quiere conquistar para vosotros una verdadera patria, sin tiranos y sin explotadores, protestáis, echáis bravatas y nos insultáis. Al entorpecer con vuestras protestas los trabajos del Partido Liberal Mexicano, no hacéis otra cosa que impedir que los nuestros arrojen del país a todos los burgueses y toméis vosotros posesión de cuanto existe»[654]. La invasión de la Baja California no tenía relación alguna con los movimientos maderistas de Chihuahua; su meta no era un cambio político como el qué éstos pretendían y, mucho menos, incorporar el territorio a los Estados Unidos, como periodistas mal informados y políticos de mala fe se encargaron de propalar. Su meta, por el contrario, era nada menos que la construcción de una sociedad libertaria, sin clases y sin Estado, que pudiera constituirse en arquetipo y en punto de partida para la revolución social mexicana y mundial. «Los Flores Magón se lanzaron a la lucha armada de acuerdo con los principios del anarquismo internacional, con la pretensión de que fuera la base ideológica para la reorganización económica, social y política de México»[655]. Grupos de capitalistas norteamericanos iniciaron en su propia prensa (*Los Angeles Times, Los Angeles Examiner, San Francisco Chronicle*, etc.) una violenta campaña contra los magonistas y prepararon un plan para anexar la Baja California a Estados Unidos, separándola primero de México (como se había hecho en Texas). Los

[654] *Regeneración-1900-1918*, pp. 296-297.
[655] Jesús Silva Herzog, *op. cit.*, I, p. 180.

grupos de izquierda (y, sobre todo, la IWW) apoyaban, por su parte, en la medida en que podían hacerlo, el movimiento y la invasión.

El gran novelista Jack London, en un manifiesto que apareció en toda la prensa socialista de los Estados Unidos, y que estaba dirigido a «los queridos y valientes camaradas de la Revolución Mexicana», decía: «Nosotros, socialistas, anarquistas, vagabundos, bandoleros, delincuentes e indeseables ciudadanos de Estados Unidos... apoyamos totalmente su esfuerzo por erradicar la esclavitud y derrocar la aristocracia en México. Ustedes se han dado cuenta de que no somos respetados, pero tampoco ustedes lo son. Mas ningún revolucionario puede ser respetado en esta era del reino de la propiedad. Todos los adjetivos con que ustedes son difamados también a nosotros se nos imputan, pero cuando los corruptos y los avaros nos difaman, nosotros los hombres honestos, patriotas, valientes y mártires, no podemos esperar otra cosa que ser llamados 'fuera de la ley'... ¡Seámoslo! Ya que me agradaría enormemente constatar que hubiera más individuos 'fuera de la ley' del tipo de los que valientemente capturaron Mexicali... Me declaro yo también 'fuera de la ley' y revolucionario»[656]. Un grupo de anarquistas italianos de Chicago se unió a las filas magonistas y lo mismo hicieron varios militantes de la IWW. Uno de ellos, el trovador proletario Joe Hill, escribía: «Mientras ondeaba la bandera roja en Baja California, por más que busqué no encontré a ninguna 'gente importante' en las filas rebeldes. Sólo hallé —y en gran número— a trabajadores 'comunes y corrientes'... Bien, ya va siendo hora de que cada rebelde vaya cayendo en la cuenta de que la 'gente importante' y la clase trabajadora no tienen nada en común. Cantemos, pues, la canción que dice: 'la bandera de los trabajadores es de color rojo púrpura', y que vaya al carajo la 'gente importante'»[657]. El proyecto revolucionario de la Baja California fracasó, no por obra de aventureros y *gangsters* como Dick Ferris, movido por los intereses de los magnates norteamericanos, sino derrotado al fin en el campo de batalla por las tropas de Madero, el líder de la democracia burguesa, también apoyadas por el gobierno norteamericano y por los ávidos capitalistas de Los Angeles. Los últimos restos del ejército magonista, comandados por Jack Mosby, fueron vencidos en duro y prolongado combate por las tropas de Celso Vegas[658]. Más aún, según declaraba por entonces el propio Ricardo Flores Magón, «Madero ha unificado sus fuerzas a las de los federales porfiristas ejecutando a un buen número de magonistas con el pretexto de que eran bandidos. Madero ha iniciado en contra de nuestros combatientes una verdadera guerra de exterminio»[659]. A mediados del año 1911 el movimiento magonista de la Baja California estaba liquidado. Pero

[656] Drewey Wayne Gunn, *American and British Writers in México 1556-1973*, Austin y Londres, 1974 p. 56 (citado por Salvador Hernández Padilla, *op. cit.*, pp. 147-148).
[657] Gibbs M. Smith, *Labor Martyr: José Hill*, Nueva York, 1969, pp. 54-55 (Citado por Salvador Hernández Padilla, *op. cit.*, p. 158).
[658] Salvador Hernández Padilla, *op. cit.*, p. 161.
[659] Ethel Duffy Turner, *La revolución en Baja California*, pp. 78-79 (Citado por Salvador Hernández Padilla, *op. cit.*, p. 161).

esto no era todo. De nuevo detenido, junto con algunos amigos, el 14 de junio de ese mismo año, acusado de intervenir en la lucha contra el gobierno amigo de México, Ricardo fue juzgado por un tribunal de Los Angeles y condenado a prisión en la isla de Mc. Neil, estado de Washington, donde permaneció hasta comienzos de 1914.

En el ya mencionado Manifiesto del Partido Liberal Mexicano se reconoce la propiedad privada como la raíz de toda injusticia social. «Abolir ese principio significa el aniquilamiento de todas las instituciones políticas, económicas, sociales, religiosas y morales que componen el ambiente dentro del cual se asfixian la libre iniciativa y la libre asociación de los seres humanos». Sin ese principio no tienen razón de ser el gobierno, necesario para tener sujetos a los desheredados en sus rebeliones contra los ricos, ni la Iglesia, que busca el mismo fin predicando la humildad y la sumisión y prometiendo a los pobres una recompensa después de la muerte. «Capital, autoridad, clero: he ahí la trinidad sombría que hace de esta bella tierra un paraíso para los que han logrado acaparar en sus garras, por la astucia, la violencia y el crimen, el producto del sudor, de la sangre, de las lágrimas y del sacrificio de miles de generaciones de trabajadores, y un infierno para los que con sus brazos y su inteligencia trabajan la tierra, mueven la maquinaria, edifican las casas, transportan los productos, quedando de esta manera dividida la humanidad en dos clases sociales de intereses diametralmente opuestos: la clase capitalista y la clase trabajadora; la clase que posee la tierra, la maquinaria de producción y los medios de transportación de las riquezas, y la clase que no cuenta más que con sus brazos y su inteligencia para proporcionarse el sustento». Entre una y otra clase no puede haber amistad ni armonía, sus intereses son excluyentes y necesariamente luchan entre sí, la una para conservar el presente estado de cosas, la otra para destruir este sistema inicuo. El Partido Liberal Mexicano reconoce que todos los hombres por igual tienen derecho al goce de todas las ventajas de la civilización; que el trabajo es indispensable para la subsistencia y que de él no están exentos sino niños, ancianos e impedidos; que el gobierno y el clero son el sustento del capital. «La expropiación tiene que ser llevada a sangre y fuego durante este grandioso movimiento». Con un lenguaje que es, sin duda, el de Kropotkin y que no desdice en nada del que podríamos hallar en un programa de acción revolucionaria de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA), de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) o de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), detalla el procedimiento a seguir después de la expropiación: «Los habitantes de cada región en que tal acto de suprema justicia se lleve a cabo no tienen otra cosa que hacer que ponerse de acuerdo para que todos los efectos que se hallen en las tiendas, almacenes, graneros, etc., sean conducidos a un lugar de fácil acceso para todos, donde hombres y mujeres de buena voluntad practicarán un minucioso inventario de todo lo que se haya recogido, para calcular la duración de esas existencias, teniendo en cuenta las necesidades y el número de habitantes que tienen que hacer uso de ellas desde el momento de la expropiación hasta que en el campo se levanten las primeras cosechas y en las demás industrias se produzcan los primeros efec-

tos. Hecho el inventario, los trabajadores de las diferentes industrias se entenderán entre sí fraternalmente para regular la producción; de manera que durante este movimiento, nadie carezca de nada, y sólo se morirán de hambre aquellos que no quieran trabajar, con excepción de los ancianos, los impedidos y los niños, que tendrán derecho a gozar de todo. Todo lo que se produzca será enviado al almacén general de la comunidad del que todos tendrán derecho a tomar todo lo *que necesiten según sus necesidades*, sin otro requisito que mostrar una contraseña que demuestre que se está trabajando en tal o cual industria»[660].

En febrero de 1916 Ricardo Flores Magón fue otra vez privado de su libertad por un «delito de prensa». Había escrito algunos artículos contra Carranza. El gobierno del «liberal» Wilson lo retuvo en la cárcel hasta julio de ese año. La solidaridad de un grupo de exiliados anarquistas, encabezados por Emma Goldman y Alejandro Berkman, pagó la fianza establecida. Estos, como otros muchos europeos que se habían refugiado en Estados Unidos, demostraron hacia Flores Magón y el movimiento magonista una comprensión y una simpatía que no tenían, sin duda, Jean Grave y ciertos colaboradores de *Les Temps Nouveaux*, quienes por ignorancia y por cierto doctrinarismo estrecho, los atacaban, llegando a decir que la revolución social mexicana sólo existía en la imaginación de los redactores de *Regeneración*. Kropotkin, por el contrario, refutó el 27 de abril de 1912 tales apreciaciones[661]. Emma Goldman, la revolucionaria rusa, directora de la revista ácrata *Mother Earth*, colaboró en todo momento con *Regeneración* y con el PLM, brindándoles su apoyo moral y material, sin dejarse llevar por prejuicios (que tal vez tuvieran algo de raciales)[662]. Lo mismo cabe decir de otra anarquista, nacida en Norteamérica, pero hija de un emigrante belga, Voltairine de Cleyre[663], quien, hablando de los magonistas, decía: «Ellos están comprometidos en una lucha a muerte, precisamente en aquello que los anarquistas pretendemos creer. En comparación con nuestros periódicos, las páginas de cada número de *Regeneración* están impregnadas de un anarquismo genuino, de un anarquismo combativo que hace algo por derruir las bases de este maldito sistema»[664]. Ricardo Flores Magón no cejaba, de todos modos, en su campaña contra lo que consideraba aberraciones del proceso revolucionario mexicano. Atacaba a Carranza y a su gobierno, al tiempo que exhortaba a Zapata a llevar adelante la revolución agraria y a restituir plenamente la tierra a las comunidades campesinas. El 13 de junio de 1914 escribía, por ejemplo, en *Regeneración*: «No, no hay que conformarse con los

[660] *Regeneración-1900-1918*, pp. 306-312.
[661] Diego Abad de Santillán, *Ricardo Flores Magón*, pp. 92-96.
[662] Sobre Emma Goldman cfr. Richard Drinnon, *Rebelde en el paraíso yanqui*, Buenos Aires, Proyección, 1965. (Sobre Alejandro Berkman: Paul Avrich, «Vida y lucha de Alejandro Berkman», en *Reconstruir*, 95).
[663] Sobre Voltairine de Cleyre cfr. Paul Avrich, *An American Anarchist: The Life of Voltairine de Cleyre*, Princeton, 1978; Vladimiro Muñoz, «Una cronología de Voltairine de Cleyre», en *Reconstruir*, 60, pp. 51-58.
[664] Paul Avrich, *An American Anarchist*, p. 227 (citado por Salvador Hernández Padilla, *op. cit.* p. 155).

repartos de tierra; hay que tomarlo todo para hacerlo propiedad común, no individual y, para obtener este resultado, los miembros del Partido Liberal Mexicano no solamente luchan en grupos netamente libertarios organizados para la guerra, sino que, esparcidos individualmente por todo el país, propagan en campos y pueblos los principios salvadores contenidos en el manifiesto del 23 de septiembre de 1911, principios que abogan por la desaparición, para siempre, de la autoridad, el capital y el clero»[665]. Desde su perspectiva internacionalista, Ricardo Flores Magón (más consecuente en esto que Kropotkin y otros famosos anarquistas europeos) criticó la entrada en guerra de los Estados Unidos. Para él, aquella guerra no tenía otra razón más que el predominio de la plutocracia norteamericana en el mundo. El 19 de septiembre de 1915 pronunció un discurso titulado *La patria burguesa y la patria universal* (incluido después en el libro *Tribuna roja*), en el cual decía: «El sistema capitalista muere herido por sí mismo, y la humanidad, asombrada, presencia el formidable suicidio. No son los trabajadores los que han arrastrado a las naciones a echarse unas sobre las otras: es la burguesía alemana la que ha provocado el conflicto, en su afán por dominar los mercados. La burguesía alemana realizaba colosales progresos en la industria y en el comercio, y la burguesía inglesa sentía celos de su rival. Eso es lo que hay en el fondo de ese conflicto que se llama guerra europea: celos de mercachifles, enemistades de traficantes, querellas de aventureros. No se litiga en los campos de Europa el honor de un pueblo, de una raza o de una patria, sino que se disputa, en esa lucha de fieras, el bolsillo de cada quien: son lobos hambrientos que tratan de arrebatarse una presa. No se trata del honor nacional herido ni de la bandera ultrajada, sino de una lucha por la posesión del dinero, del dinero que primero se hizo sudar al pueblo en los campos, en las fábricas, en las minas, en todos los lugares de explotación y que ahora se quiere que ese mismo pueblo explotado lo guarde con su vida en los bolsillos de los que lo robaron». Y, poco más adelante, añade: «En los campos de Europa los pobres se destrozan unos a otros en beneficio de los ricos, quienes hacen creer que luchan en beneficio de la patria. Y bien; ¿qué patria tiene el pobre? El que no cuenta más que con sus brazos para ganarse el sustento, sustento del que carece si al amo maldito no se le antoja explotarlo, ¿qué patria tiene? Porque la patria debe ser algo así como una buena madre que ampara por igual a todos sus hijos. ¡Qué amparo tienen los pobres en sus respectivas patrias? ¡Ninguno! El pobre es esclavo en todos los países, es desgraciado en todas las patrias, es un mártir bajo todos los gobiernos»[666]. Pocos meses más tarde el gobierno de Woodrow Wilson, a quien Flores Magón ha llamado «presidente enano», «funcionario de sainete» y «pobre juguete de la burguesía», declaraba la guerra a los imperios centrales. Flores Magón publicó entonces un manifiesto exhortando al pueblo a rebelarse contra la guerra de los opresores y a convertirla en guerra contra los opresores, esto es, en Revolución Social[667]. La previsible consecuencia de esta propuesta

[665] *Regeneración-1900-1918*, pp. 329-330.
[666] Ricardo Flores Magón, *Discursos*, México, Ed. Antorcha, pp. 88.89.
[667] Diego Abad de Santillán, *Ricardo Flores Magón*, pp. 106-108. Cfr. Ricardo Flores Magón, *La primera guerra mundial y la revolución rusa*, México, Ed. Antorcha, 1983.

revolucionaria fue otra vez a la cárcel. Se le condenó a veinte años. Conducido primero a la isla Mc. Neil, fue después transferido a Fort Leavenworth, en Kansas. Allí su ya precaria salud siguió deteriorándose. El 22 de marzo escribía a Ellen White, una amiga norteamericana: «Cualquier médico puede decir que la diabetes es una enfermedad incurable. El azúcar en la orina puede desaparecer temporalmente en esa extraña enfermedad, pero el mal subsiste. La baja presión de la sangre, mi estado de anemia, como lo informó mi actual médico el 13 de septiembre de 1920 ¿no pueden ser imputados a la diabetes? ¿Y qué decir del reumatismo que continuamente me hace sufrir y de este eterno resfriado que nada logra curar?... Como ves, no sólo estoy perdiendo la vista sino que me afectan otros males»[668]. Flores Magón se opuso decididamente al gobierno «constitucionalista» de Venustiano Carranza, a quien acusaba de esquirol, de asesino, de lobo con piel de oveja, el 26 de agosto de 1916 en *Regeneración*[669]. A pesar de todo, la Cámara de diputados de México le asignó una pensión, que, como era de esperar, él rechazó. En carta dirigida a Nicolás T. Bernal, el 20 de diciembre de 1920, después de manifestar su alegría por «el aliento fraternal de los trabajadores mexicanos», agradecía «los sentimientos generosos que impulsaron a la Cámara de Diputados a acordar dicha pensión», pero añadía enseguida: «Yo no creo en el Estado; sostengo la abolición de las fronteras internacionales, lucho por la fraternidad universal del hombre, considero el Estado como una institución creada por el capitalismo para garantizar la explotación y subyugación de las masas. Por consiguiente, todo dinero obtenido por el Estado representa el sudor, la angustia y el sacrificio de los trabajadores. Si el dinero viniera directamente de los trabajadores, gustosamente y hasta con orgullo lo aceptaría, porque son mis hermanos. Pero viniendo por intervención del Estado, después de haber sido exigido —según mi convicción— del pueblo, es un dinero que me quemaría las manos, y llenaría mi corazón de remordimiento»[670]. Una actitud análoga adoptaba en aquellos mismos días Kropotkin ante Lenin y el gobierno bolchevique, que habían decidido otorgarle la dieta académica[671]. Por otra parte, el gobierno norteamericano dejó entender a Flores Magón que estaba pronto para considerar su excarcelación siempre que manifestara públicamente arrepentimiento y solicitara indulto. Es evidente que el incorruptible luchador no podía aceptar tales condiciones[672]. En otra carta a Nicolás Bernal, fechada el 3 de agosto de 1921, comentaba la exigencia de arrepentimiento diciendo que «el sarcasmo toca los límites de la tragedia». Con la indignación del justo ante los agentes de un Estado tantas veces corrupto y corruptor, exclamaba: «¿Arrepentimiento? No he ex-

[668] Ricardo Flores Magón, *42 cartas, escritas en inglés durante los dos últimos años de su prisión y de su vida* (en facsímil). Traducidas al castellano por Proudhon Carbó, México, Ediciones Tierra y Libertad, 1976, p. 117.
[669] *Regeneración-1900-1918*, pp. 389-396.
[670] Ricardo Flores Magón, *Epistolario revolucionario e íntimo*, Ed. Antorcha, México, 1983, pp. 43-45.
[671] Paul Avrich, *Los anarquistas rusos*, Madrid, 1967, pp. 230-232.
[672] Manuel González Ramírez, *op. cit.*, I, pp. 445-446.

plotado el sudor, el dolor, la fatiga ni el trabajo de otros; no he oprimido una sola alma; no tengo de qué arrepentirme. Mi vida ha sido consumida sin haber adquirido riqueza, poder o gloria, cuando pude haber adquirido esas cosas muy fácilmente; pero no lo lamento. Riqueza, poder o gloria solamente se conquistan atropellando los derechos de otro. Mi conciencia está tranquila, porque sabe que bajo mi vestidura de convicto late un corazón honrado. Yo pudiera ser puesto en libertad tan solo con firmar una petición de perdón, arrepintiéndome de lo que he hecho, como sugiere el Ministro de Justicia que haga. Entonces podría reunirme a mi pobre y abandonada familia; podría atender la decadencia de mi vista, cuya debilidad, que está siempre aumentando, arroja sombra a mi alrededor y amargura en mi corazón; pero pienso que la alegría de estar afuera de este infierno, que parece haberme tragado para siempre, sería cruelmente ahogada por la protesta de una indignada conciencia, que me gritaría: ¡Vergüenza! ¡Vergüenza! ¡Vergüenza! Porque es mi honor como luchador por la libertad, mi honor como defensor del pobre y del desheredado, vigorizado en treinta años de lucha por la justicia para todos, el que está en peligro. Siendo así, no renunciaré el Ideal, venga lo que venga»[673]. El 20 de noviembre de 1922 Ricardo Flores Magón fue encontrado muerto en su celda de Fort Leavenworth. Pocas horas antes había hablado con su compañero y amigo Librado Rivera. No carecen de verosimilitud las sospechas de que fue allí asesinado[673 bis]. Pero es evidente que, aunque no lo hubiera sido, el responsable de su prematura muerte fue el gobierno norteamericano[674]. Los trabajadores mexicanos lograron repatriar sus restos que hoy reposan en la Rotonda de Hombres Ilustres[675].

Junto al Partido Liberal o, por mejor decir, junto al ala izquierda de ese partido, que con razón hemos llamado magonismo, y cuya ideología era sin duda alguna anarco-comunista, surgió en el curso de la Revolución antiporfirista otro movimiento de hondo arraigo popular, Este movimiento de campesinos sin tierra, cuyo ámbito fue principalmente el Estado de Morelos, estaba encabezado por Emiliano Zapata, y puede ser considerado, desde un punto de vista ideológico y estratégico, como prolongación de los movimientos rurales revolucionarios de los años 70 del siglo XIX, de los cuales hemos hablado. Y, puesto que éstos estaban, como vimos, inspirados en las ideas de Bakunin y otros anarquistas de la época, no es posible dejar de mencionar aquí también al zapatismo. Revolucionario espontáneo y casi instintivo, Emiliano Zapata no tenía al principio más ideología que la del «calpul», soterrada por así decirlo en el inconsciente colectivo del pueblo indígena. Más tarde, sin embargo, enarboló en su bandera el lema anarquista «Tierra y Libertad», propio del magonismo y utilizado primero por Práxedis Guerrero. Soto

[673] Ricardo Flores Magón, *Epistolario revolucionario e íntimo*, México, 1983, pp. 111-112.
[673 bis] «Salvajismo inconcebible» en *Revista CROM*, 1° de mayo de 1923, incluido en R. Flores Magón, *La Primera guerra mundial y la revolución rusa*, México, 1983, pp. 11-15.
[674] Diego Abad de Santillán, *Ricardo Flores Magón*, p. 120.
[675] B. Cano Ruiz, *op. cit.*, p. 39.

y Gama, que cumplió funciones de secretario en el ejército zapatista, se constituyó en vehículo transmisor de las ideas libertarias de Flores Magón y parece haber sido el autor del famoso Plan de Ayala. Blaisdell dice que, aun cuando Emiliano Zapata nunca se consideró anarquista, popularizó el plan revolucionario de Flores Magón y luchó de hecho por llevarlo a la práctica[676]. Womack subraya la moderación inicial del programa de Zapata, pero no deja de reconocer que, más tarde, forzado por la intransigencia de los hacendados, abrazó el agrarismo revolucionario de Soto y Gama y Flores Magón[677]. José Muñoz Cota, basándose en informaciones directas de Nicolás T. Bernal, informa que Zapata recibió a un enviado de Ricardo Flores Magón y que, por sugerencia de éste, hizo suyo el lema «Tierra y Libertad»[678]. Pietro Ferrúa, después de citar una carta en la que Flores Magón aclara que «el único grupo afín a los nuestros es el de Zapata», concluye que entre ambos revolucionarios «con emisarios o no, una comunicación se produjo»[679]. G. Woodcock compara a Zapata con Makhno, y añade: «La filosofía del movimiento zapatista, con su igualitarismo y su deseo de recrear un orden campesino natural; con su insistencia en que el pueblo debe tomar la tierra por sí mismo en comunidades aldeanas; con su desconfianza en la política y su desprecio por el afán de lucro personal, se parecía mucho al anarquismo rural que había surgido en Andalucía en circunstancias parecidas»[680]. En América Latina, la figura de Zapata puede ser, hasta cierto punto, comparada con la del venezolano Ezequiel Zamora, cuya frustrada carrera revolucionaria apuntaba a rumbos análogos. En todo caso, Flores Magón veía con entera claridad la diferencia entre Zapata y otros caudillos revolucionarios como Pancho Villa. El 11 de julio de 1914 escribía en *Regeneración*: «Nosotros conocemos la sinceridad de Emiliano Zapata como revolucionario. Zapata practica la expropiación en beneficio de todos, mientras que Villa es un perro de la burguesía y fusila al proletariado que toma una pieza de pan para mitigar su hambre. Zapata comprende que la toma de posesión de la tierra por los trabajadores para trabajarla sin amos, es la base firme sobre la cual tiene que descansar la libertad de los proletarios, y consecuente con sus ideas, no se opone a que los habitantes de las regiones en que operan sus fuerzas se apoderen de la tierra y la trabajen para ellos mismos, mientras en la región dominada por Villa los trabajadores no cuentan ni con la tierra necesaria para cubrir sus cuerpos después de muertos. Hablar de uniones entre Villa y Zapata es absurdo. Villa es un bandido, porque cuida los intereses de la burguesía; Zapata es un revolucionario honrado y sincero, porque arrebata la riqueza de manos de la burguesía y la entrega a sus verdaderos dueños: los pobres»[681]. De hecho, fuera de una circunstancial alianza contra el ca-

[675] B. Cano Ruiz, *op. cit.*, p. 39.
[676] Lowell L. Blaisdell, *The Desert Revolution. Baja California 1911*, Madison, 1962, p. 198.
[677] J. Womack J. *Zapata y la revolución mexicana*, México, Siglo XXI, 1974 , p. 190.
[678] José Muñoz Cota, *Tierra y Libertad*, N° 45, p. 18.
[679] Pietro Ferrúa, «Ricardo Flores Magón en la Revolución Mexicana» en *Reconstruir*, 73, p. 35.
[680] G. Woodcock, *op. cit.*, p. 425.
[681] *Regeneración-1900-1918*, p. 349. Cfr. A. Díaz Soto y Gama, *La revolución agraria del sur y Emiliano Zapata su caudillo*, México, 1976.

rrancismo, nada unía a Zapata con Villa, y en una carta del 21 de agosto de 1914 aquél recalca que «del cumplimiento de todas las cláusulas del expresado Plan de Ayala depende la paz de la nación»[682].

Resulta interesante auscultar la repercusión que tuvo la revolución mexicana en otros países de América Latina, por ejemplo en los del Río de la Plata. En septiembre de 1911 el doctor Juan Creaghe, redactor de *La Protesta* de Buenos Aires[683], se embarcó para Los Angeles con el propósito de unirse a los magonistas. El poeta anarquista Alberto Ghiraldo[684] dedicó casi un número íntegro de su revista *Ideas y Figuras* (11 de julio de 1912) a comentar y celebrar los hechos revolucionarios de México. En Montevideo, las publicaciones libertarias (en particular, *Idea libre, Tiempos Nuevos* y *El Anarquista*) se ocuparon extensamente de tales hechos. Rafael Barrett escribió un artículo titulado *México*, en el cual denunciaba: «No sólo han colocado los yanquis capitales enormes en México, sino que han importado la mano de obra mexicana, de precio ínfimo, a los Estados del Sur»[685]. Por su parte, los socialistas marxistas, como el uruguayo Evaristo Bouzas Urrutia (siguiendo los pasos de Juan B. Justo, fundador del Partido Socialista Argentino) atacaban el extremismo anárquico de los liberales mexicanos[686].

C— EL MOVIMIENTO OBRERO Y EL ANARCOSINDICALISMO

Mientras Flores Magón luchaba en el norte y Zapata en el sur, en la ciudad de México se iniciaba la revitalización del movimiento obrero. Ello se debió en parte a la acción de inmigrantes españoles, llegados a comienzos de siglo, que traían el propósito de divulgar las ideas y los ideales del anarquismo. Entre ellos sobresalió, en un primer momento, el catalán Amadeo Ferrés, hombre educado y buen orador, que «en los últimos meses del régimen de Díaz inició lo que parecía una tarea imposible: organizar un movimiento obrero mexicano, anarco-sindicalista e independiente, libre de toda influencia gubernamental, mediante pequeñas reuniones secretas de obreros de la industria tipográfica en la ciudad de México»[687]. Ferrés creía mucho más en la educación y la organización solidaria que en la violencia. Insistía en los valores de la frugalidad, del trabajo y de la ayuda mutua y en la necesidad de una educación racional que hiciera del obrero y del anarquista un «ser responsable» y un «titán de la buena voluntad»[688]. Pocos días antes de la renuncia de Porfirio Díaz fundó, con otros trabajadores anarquistas y con la colaboración de Díaz Soto y Gama (que había estado con Flores Magón y estaría luego con Zapata), la Confederación Tipográfica de México, destinada

682 Emiliano Zapata, *Cartas*, México, Ed. Antorcha, 1987, p. 49. Cfr. Jacinto Huitrón, *op. cit.*, pp. 185 sgs.
683 Cfr. E. Carulla, S, Locascio, E. G. Gilimón, *op. cit.*
684 Cfr. Héctor Adolfo Cordero, *op. cit.*, pp. 180-182.
685 Rafael Barrett, *Obras Completas*, III, p. 201.
686 Carlos Rama, *Historia del movimiento obrero y social*, pp. 113 sigs.
687 John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana-1860-1931*, México, Siglo XXI, 1980, p. 140.
688 John M. Hart, *Ibíd.*, pp. 141-143.

a ser punto de partida para la organización de la clase obrera del país. De ese primer sindicato surgieron dos importantes líderes obreros anarquistas: José López Dónez y Rafael Quintero, a los cuales se unieron otros «obreros-intelectuales» que tendrían luego importante participación en las actividades de la Casa del Obrero Mundial: Federico de la Colina, Enrique H. Arce, Fernando Rodarte, Lorenzo Macías, Pedro Ortega y Alfredo Pérez[689].

El 8 de octubre de 1911 inició Ferrés la publicación de *El Tipógrafo Mexicano*, órgano de la Confederación, que tenía un enfoque básicamente anarco-sindicalista y, en su propósito de movilizar a la clase obrera urbana, se constituía, como dice Hart, en el sucesor de los periódicos de la década de 1870 como *El Socialista, El Hijo del Trabajo* y *El Obrero Internacional*[690]. Los tipógrafos anarquistas contribuyeron a la formación de numerosos sindicatos, como la Unión de Canteros Mexicanos, que publicó *La Voz del Oprimido*, y algunos de cuyos dirigentes integraron la sociedad anarquista «Luz» y estuvieron entre los fundadores de la Casa del Obrero. Huelgas espontáneas como la de los tranviarios, en julio de 1911, se produjeron ya durante el interinato de De la Barra[691]. Desde entonces los tipógrafos promovieron varias en la capital y en el interior del país, a pesar de la moderación de Ferrés, López Dónez y otros dirigentes que las consideraban, más bien, como «tácticas perjudiciales». En 1914 la Confederación, que se llamaba ya de Artes Gráficas, se unió a la Casa del Obrero[692].

El 22 de junio de 1912 el maestro y periodista colombiano Juan F. Moncaleano (de quien hemos hablado en pp. CXLVII-CLVIII), llegado a México desde Cuba, fundó con un grupo de trabajadores, entre los cuales estaban Jacinto Huitrón, Luis Méndez, Ciro Z. Esquivel, Pioquinto Roldán y Eloy Armenta, la ya mencionada sociedad anarquista «Luz», que publicó desde el 15 de julio un periódico del mismo nombre e intentó crear una escuela racionalista, según el modelo de la Escuela Moderna de Francisco Ferrer[693]. Las uniones de obreros gráficos y canteros, junto con las de sastres y conductores de coches públicos, además del Grupo Luz, constituyeron, como dice J. Huitrón, «la piedra angular de la Casa del Obrero, que más tarde habría de convertirse en un poderoso movimiento sindical en todo el país»[694]. Reunidos los representantes de las cuatro uniones y del Grupo Luz el 22 de septiembre de 1912, fundaron la Casa del Obrero. Desde el primer momento predominó en ella la ideología anarco-sindicalista y ya en 1913 tuvo que rechazar las propuestas de Junco Rojo y de Alberto Frisson que pretendían canalizar la acción de las uniones y sindicatos obreros hacia la política elec-

[689] John M. Hart, *Ibíd.*, pp. 143-145. Para la bibliografía anarquista, véase el trabajo de José C. Valadés, «Noticia para la bibliografía anarquista en México» en *Certamen de «La Protesta»*, Buenos Aires, 1927, pp. 133-141.
[690] John M. Hart, *Ibíd.*, p. 146.
[691] Jorge Alfredo Robles Gómez, *Huelga tranviaria y motín popular*, México, UNAM, 1981.
[692] John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana 1860-1931*, México, pp. 147-150. (Cfr. Jacinto Huitrón, *op. cit.*, pp. 193-197).
[693] Jacinto Huitrón, *op. cit.*, pp. 198-199.
[694] *Ibíd.*, p. 209.

toral. El sindicalismo era allí entendido como «el movimiento de la clase obrera que quiere llegar a la plena posesión de sus derechos sobre la fábrica y el taller, demostrando que esta conquista por realizar la emancipación del trabajo es el esfuerzo personal y directo ejercido por el trabajador»[695]. El socialismo marxista que, con la Segunda Internacional, propiciaba la vía reformista y legalitaria, quedó excluido y toda vinculación con los partidos políticos, burgueses o proletarios, se rechazó, de acuerdo con los principios del sindicalismo anarquista[696]. La Casa del Obrero ofrecía cursos y conferencias y organizó una biblioteca popular donde abundaban naturalmente los textos de los clásicos del anarquismo. En sustitución del fenecido periódico *Luz*, comenzó a sacar, desde el 11 de enero de 1913, un quincenario llamado *Lucha*. Pero no dejó de intervenir en los conflictos obrero-patronales y apoyó todas las huelgas surgidas por entonces en la ciudad de México, así como el boicot que declaró la Unión de Dependientes de Restaurantes contra el Café Inglés, el 27 de enero de 1913. El primero de mayo se conmemoró por primera vez en el país, con asistencia de numerosas uniones obreras y mutuales, que reunieron unos 20.000 obreros ante el antiguo Palacio Municipal para escuchar la palabra de Soto y Gama. Durante esa manifestación a la pancarta de la Casa del Obrero se le agregó ya la palabra «Mundial» y la bandera roja se convirtió en rojinegra[697]. También en Mérida, Monterrey y Río Blanco se recordó, aquel día, el martirio de los anarquistas de Chicago. Varios sindicatos se unieron entonces a la Casa del Obrero Mundial. La acción directa se ejerció de diversas formas: los sastres organizaron un boicot contra el Palacio de Hierro, los obreros textiles declararon una huelga en las fábricas de la Colmena, Miraflores, etc. La dictadura de Huerta no pasó por alto las actividades de la Casa, sobre todo cuando sus miembros comenzaron a criticar el militarismo y la usurpación: desterró a varios activistas extranjeros; encarceló a muchos mexicanos; secuestró y asesinó inclusive a algunos de ellos y concluyó por clausurar la sede de la vigorosa agrupación proletaria. En agosto de 1913 la confederación de Artes Gráficas ingresó en la Casa del Obrero Mundial y comenzó a publicar *El Sindicalista*, bajo la dirección de Rosendo Salazar y José López Dónez. El anarcosindicalismo se consolidó así desde un punto de vista organizativo al mismo tiempo que se iban clarificando sus metas y sus propósitos. Las huelgas parciales tenían propósitos limitados (aumentos de salarios, jornadas de ocho horas, etc), pero todas ellas constituían ejercicios preparatorios para la huelga general, que había de acabar con el capitalismo y con el Estado, originando la «república industrial». Sin embargo, las diferencias filosóficas no faltaban: mientras muchos adoptaban una actitud positivista y sostenían, como Agustín Aragón, que el nuevo orden libertario surgiría inevitablemente, gracias a la ley natural del progreso humano, otros, como el incansable luchador Díaz Soto y Gama, profesaban una especie de anarquismo cristiano,

[695] *Ibid.*, pp. 213-215.
[696] Rosendo Salazar, *La Casa del Obrero Mundial. La CTM*, México, 1972, p. 11.
[697] Jacinto Huitrón, *op. cit.*, pp. 213-234.

fuertemente antieclesiástico, y análogo al del adelantado Rhodakanaty[698]. La difícil situación en que se encontraba la Casa del Obrero Mundial hizo imposible continuar con la edición de *El Sindicalista* y generó otro tipo de propaganda que predominó a fines de 1913 y comienzos de 1914: la tribuna roja. A través de ella, sin embargo, se llegó más a las masas de trabajadores analfabetos, lo cual le valió numerosas adhesiones.

En mayo de 1914 empezó a publicarse *Emancipación Obrera*, pero pronto la Casa del Obrero y el nuevo periódico fueron objeto de la represión brutal de la dictadura huertista, cuya policía asaltó el local y destruyó la biblioteca[699].

El gobierno de Huerta representó un intento de retornar al porfiriato. El general Venustiano Carranza, que lo derrocó, intentaba, a su vez, continuar la obra de Madero. Su gran preocupación era institucionalizar al país, poner fin al caudillismo y mostrar al mundo la imagen de un México organizado y democrático. Aunque no sentía mucha simpatía por el anarquismo, se vio obligado a buscar la colaboración de la Casa del Obrero Mundial y de los sindicatos a ella afiliados, no sólo porque una oposición a ultranza de los mismos hubiera dificultado la consolidación de su gobierno y el desarrollo de sus planes sino también porque, asediado al norte por Villa y al sur por Zapata, aspiraba a enrolar a los obreros en las filas del ejército constitucionalista. Su ministro Alvaro Obregón mostró una actitud proclive a satisfacer las aspiraciones sindicales y se empeñó en acercarse a la Casa del Obrero concitándose el beneplácito de sus miembros. Un mes después de la entrada de Carranza en la ciudad capital, Obregón cedió a la Casa del Obrero, como sede, el viejo colegio jesuítico de Santa Brígida. Este entendimiento entre los anarquistas y el nuevo gobierno aparecía, sin duda, como contradictorio a la luz de la doctrina libertaria, pero viejos y probados militantes lo justificaban aduciendo las especiales circunstancias históricas y protestando que la aceptación de ciertos donativos del gobierno no significaba ningún compromiso por parte de los sindicatos. La Casa del Obrero comenzó una intensa campaña de proselitismo en el interior del país. En ciudades como Guadalajara y Monterrey se fundaron Casas del Obrero muy pronto. «La Casa avanzaba hacia una estructura más compleja y refinada compuesta de los sindicatos afiliados. Estos operaban como grupos autónomos por toda la nación, afiliados a la Casa de la ciudad de México a nivel nacional y a la Casa del Obrero local en aquellas ciudades en donde hubiese sido organizada. En ambos niveles el sindicato era de 'autogobierno'. Cualquier acción que se llevara a cabo en unión de la Casa era decidida por los sindicatos y las casas regionales. Estas se afiliaban a la Casa Nacional en busca de una defensa armada mediante armamentos y milicias de obreros locales»[700]. Ya a fines de 1914,

[698] John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana 1860-1931*, México, pp. 164-166. J. Huitrón, *op. cit.*, p. 252.
[699] John M. Hart, *Ibid.*, pp. 167-168; Edgar Rodrigues, «La revolución mexicana» en *Reconstruir*, 84, p. 53.
[700] John M. Hart, *Ibid.*, p. 171.

mientras hacia adentro la Casa se esforzaba por elevar la conciencia de clase de sus afiliados y difundir entre ellos el ideario anarco-sindicalista, para lo cual fundaba un nuevo periódico, *Tinta Roja* (dirigido por Arce, Salazar y de la Colina), se empezó a hablar de la necesidad de apoyar militarmente a los constitucionalistas contra Villa y Zapata. Había cierta confusión ideológica entre algunos anarquistas, pero también empezaban a tener influencia otros lideres que no eran ciertamente anarquistas, como el dirigente electricista Morones. Porque, aun cuando los sindicatos anarquistas se decidieran, forzados por las circunstancias históricas, a apoyar con las armas a un gobierno democrático (como sucedería veinte años más tarde en España), nunca podían haberlo hecho sino contra fuerzas más reaccionarias. Y, supuesto que tal haya sido el caso de Villa (que ciertamente tenía más afinidades con el clero y con la banca que con los anarquistas), no era el de Zapata. Sin embargo, las muchas medidas favorables a los obreros que el gobierno carrancista había tomado desde 1914 y una cierta aversión a las guerrillas campesinas, precedidas muchas veces por estandartes de la virgen de Guadalupe, inclinaron a muchos miembros de la Casa hacia una posición colaboracionista. Veían en el gobierno laico y «obrerista» de Carranza, cuya legislación laboral y cuyo plan de reforma agraria parecían muy avanzados, un mal menor. El 24 de noviembre de 1914 los zapatistas entraron en la ciudad capital; en enero de 1915 se retiraron. Zapata demostró allí que no le interesaba la silla presidencial en la cual Villa quería sentarlo. Sin embargo, en la Casa se difundió entonces mucho la idea de que ambos caudillos eran los principales enemigos. Cuando retornaron a la capital las tropas de Alvaro Obregón, el terreno estaba preparado para que la Casa del Obrero aceptara un pacto con el gobierno y hasta le ofreciera su colaboración en el terreno militar. El pacto se firmó en Veracruz el 17 de febrero de 1915. En él, los miembros de la Casa del Obrero Mundial se comprometían a hacer «una propaganda activa para ganar las simpatías de todos los obreros de la República hacia la Revolución Constitucionalista» y a formar batallones o regimientos «rojos» dentro del ejército de Carranza[701].

Sin embargo, investigadores recientes sostienen que la mayoría de los militantes anarco-sindicalistas nunca se mostró de acuerdo con este pacto y, más aún, «que el conjunto de la clase obrera no estaba, por naturaleza o por determinación histórica, emparentada con el proyecto constitucionalista»[702]. En todo caso, quienes firmaron el pacto debieron defenderse de los ataques de los representantes de la ortodoxia anarco-sindicalista, en octubre de 1915: «Se nos acusó también de meternos en política, tergiversando nuestro credo sindicalista, y para que se vea lo falso de esta aseveración, bástenos decir que en tan corto lapso de tiempo hemos conseguido implantar el sindicalismo

[701] Jacinto Huitrón, *op. cit.*, p. 263.
[702] J. Fernández, J. Jáber, J. A. Robles, *Alrededor de febrero de 1915 (La COM, los batallones rojos, Atl y las huelgas)*, «2° Coloquio Regional de Historia Obrera». I. *El movimiento obrero y la revolución mexicana*, México, 1979, p. 460.

de uno al otro confín de la República»[703]. Lo cierto es que ya desde 1914 la ideología anarco-sindicalista aparecía contaminada en muchos miembros de la Casa por un nacionalismo 'radical'[704]. Tal contaminación hizo posible, más adelante, la subordinación directa o indirecta de la mayoría de las organizaciones sindicales a un Estado 'obrerista' y la realización de esa política populista que, desde Carranza y Obregón, pasando por Calles y Cárdenas, se prolongó hasta nuestros días[705]. El pacto entre la COM y los constitucionalistas produjo resultados halagüeños para ambas partes. La COM, con el apoyo del gobierno, multiplicó su acción proselitista entre los obreros de Oaxaca y Orizaba, y fundó filiales en Jalapa, San Luis Potosí, Zacatecas, Pachuca, Tampico, Tabasco, Morelia, Uruapan, Zamora, Mérida, etc.[706]. Los constitucionalistas reforzaron sustancialmente su ejército con la incorporación de unos 10.000 obreros, que formaron los batallones rojos, y arrinconaron a Villa en Chihuahua. Durante todo el año 1915 la COM siguió creciendo con la adhesión de numerosos sindicatos. Publicaba un nuevo y combativo periódico *Ariete* y el 13 de octubre pudo finalmente hacer realidad el proyecto de Moncaleano, al fundar una escuela racionalista. Pero inflación y desocupación crearon a lo largo de aquel año gran descontento entre los trabajadores. Estos reaccionaron exigiendo aumentos de salarios y control de precios. Ya en el verano se declararon en huelga docentes y choferes afiliados a la COM; a fines de julio hicieron los mismo los panaderos; en octubre los petroleros de la compañía inglesa de 'El Aguila' y los textiles; en diciembre los carpinteros, botoneros y barberos. En las minas de El Oro, explotadas por capitalistas extranjeros, se pelearon verdaderas batallas entre obreros y esquiroles. «Los líderes anarco-sindicalistas de la Casa desafiaban abiertamente al capitalismo y al gobierno y sentían gran confianza en su curso de acción. Ninguna época en la historia del movimiento obrero mexicano ha presenciado tal militancia y espíritu combativo como el que demostró la Casa en las últimos seis meses de 1915 y los primeros ocho de 1916. La presión y la turbulencia comenzaban a encaminarse hacia las huelgas generales de 1916»[707].

En enero de 1916 los batallones rojos fueron disueltos por el gobierno. Pero, al salir de los cuarteles, aquellos obreros se encontraron muchas veces sin trabajo. Se sumaron así a los muchos desocupados de la ciudad capital. La desocupación, los altos precios, los bajos salarios, la devaluación del peso, obligaron a la COM a una actitud combatiente. Una serie de huelgas y manifestaciones de protesta tuvo lugar durante los primeros meses del año. El 4

[703] Rosendo Salazar-José G. Escobedo, *Las pugnas de la gleba*, México, Ed. Avante, 1972, p. 115.
[704] Rocio Guadarrama, *Los sindicatos y la política en México: la CROM* (1918-1928), México, Era, p. 26.
[705] Jean Meyer, «Los obreros en la revolución mexicana: Los batallones rojos» en *Historia Mexicana*, N° 81, 1971, p. 12.
[706] Raúl Trejo Delarbre, «Historia del movimiento obrero en México 1860-1982», en Pablo González Casanova, *Historia del movimiento obrero en América Latina*, México, 1984, p. 21.
[707] John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana 1860-1931*, pp. 185-186. Cfr. J. Huitrón, *op. cit.*, pp. 266 sgs.

de febrero el gobierno clausuró el local de la COM y encarceló a varios de sus militantes, entre los cuales estaba Jacinto Huitrón. El general Pablo González llamaba 'dictadura' del proletariado a las medidas de fuerza de los sindicatos[708]. Entre el 6 y el 17 de marzo se realizó en Veracruz un Congreso Obrero Nacional, al cual concurrieron delegados de 73 sindicatos. Allí quedó fundada la Federación del Trabajo de la Región Mexicana, ideológicamente definida por los principios del anarco-sindicalismo, que incluían la lucha de clases, la socialización de los medios de producción y el rechazo de toda actividad política, ya que no se trataba de conquistar el poder sino de abolirlo como fuerza separada de la voluntad de los trabajadores[709]. El 22 de mayo se declaró una huelga general en la ciudad de México, para protestar contra el encarcelamiento de los dirigentes de la COM y lograr una serie de medidas económicas de urgencia, que paliasen la difícil situación por la que atravesaba la clase obrera. La huelga constituyó un éxito inmediato, pero fue un nefasto precedente para el espíritu revolucionario de los anarco-sindicalistas, ya que la intervención del gobierno a favor de los trabajadores alentó a muchos militantes jóvenes de la COM a confiar definitivamente en la posibilidad de lograr mejoras a través de un Estado popular y benevolente. Entre los lideres que firmaron entonces los acuerdos con el gobierno carrancista estaba Luis Morones, futuro dirigente de la CROM y del Partido Socialista Obrero, 'que transformaba la consigna de lucha de acción directa por la de acción múltiple'[710]. Una segunda huelga general estalló, de todas maneras, el 31 de julio. Los obreros habían sido llevados a un estado de insólita depauperación por el acuerdo entre el gobierno y los capitalistas, que fijaba el valor del peso (con el cual se pagaban los salarios) en dos centavos. Carranza ordenó a la caballería atacar las asambleas obreras, cerró el local de la COM, arrestó a los lideres que habían ido a entrevistarse con él, acusándolos de 'traidores a la patria» y declaró la ley marcial. El gobierno logró quebrar la huelga y hasta Obregón, el ministro más proclive a un entendimiento con los obreros, se desentendió en esa ocasión del conflicto. El Comité de Huelga, convocado por Barragán Hernández, resolvió suspender las actividades de la Casa. Su derrota fue esta vez definitiva. Uno de sus dirigentes, el electricista Velasco, fue condenado a muerte, aunque se le conmutó la pena y salió libre en febrero de 1918[711].

El cierre de la Casa del Obrero Mundial y el fracaso de la huelga general de agosto de 1916 representaron golpes rudos pero no mortales para el movimiento anarquista mexicano. A mediados de 1917 se reorganizó el grupo Luz y comenzó a salir de nuevo el periódico homónimo. Otros diferentes grupos surgieron en la capital (Jóvenes socialistas rojos, Los autónomos, Solidaridad) y en el interior del país, como Casas del Obrero Mundial en Guadalajara,

[708] Jacinto Huitrón, *Ibíd.*, p. 293.
[709] Jacinto Huitrón, *Ibíd.*, p. 294; John M. Hart, *Ibíd.*, p. 186.
[710] J. Huitrón, *Ibíd.*, p. 299; John M. Hart, *Ibíd.*, pp. 188-189.
[711] J. Huitrón, *Ibíd.*, pp. 295-296; John M. Hart, *Ibíd.*, pp. 190-194.

Tampico y Saltillo; Cultura Racional y Rebeldía en Aguascalientes; Germinal, Vida Libre y Fuerza y Cerebro en Tampico; Hermanos Rojos en Villa Cecilia; Alba Roja en Ciudad Victoria; Francisco Ferrer Guardia en Nuevo Laredo; Acción Consciente en Monterrey; Acracia y Ni Dios ni Amo en Ciudad Juárez; Acción Cultural Sindicalista en Zacatecas; Ciencia y Libertad y Luz y Fuerza en Toluca; Emancipación en Saltillo; Hermandad Acrata en Orizaba; Grupo Cultural Libertario en León[712]. Sin embargo, al reunirse el Segundo Congreso Obrero Nacional en octubre de 1917, los anarquistas, cuyo portavoz era Jorge D. Borrán, fueron derrotados por el grupo reformista y pro gubernamental de Luis Morones, quien en mayo de 1918, en el Tercer Congreso Obrero, de Saltillo (donde los anarco-sindicalistas estaban ya en franca minoría) fundó la Confederación Obrera Regional Mexicana (CROM). Esta del anarquismo no conservaba sino algunos símbolos y denominaciones, y no tardó en aliarse con la American Federation of Labor del famoso líder amarillista Samuel Gompers[713]. El grupo Acción, formado por Morones y sus amigos carrancistas que impulsaron la fundación de la CROM, fue llamado por el anarquista López Dónez el *Apostolado de la Vaqueta*[714]. Otro obrero mexicano, ante el pacto entre la flamante CROM y la AFL, se preguntaba lúcidamente: «¿Es la American Federation of Labor la que nos envía sus delegados o el gobierno de la Casa Blanca?»[715]. En septiembre de 1919 se reunió en la ciudad de México un Congreso Socialista. En el quedó fundado el Partido Nacional Socialista, que pronto cambió su nombre por el de Partido Comunista y se afilió a la Tercera Internacional[716]. Entre sus fundadores figuraban varios extranjeros, como el hindú Manabendra Nath Roy, el norteamericano Lynn A. Gale y también un mexicano, José Allen, que resultó ser un agente del gobierno yanqui[717]. El 21 de diciembre el grupo Acción, convocado por Eduardo Moneda, fundó el Partido Laborista Mexicano, que enseguida ofreció su apoyo a la candidatura presidencial de Alvaro Obregón. La revolución rusa tuvo, sin duda, cierta influencia en los grupos anarcosindicalistas. El 1° de marzo de 1918 el obrero Vicente de Paula Cano la saludaba en las páginas de la revista anarquista *Bandera Roja*:

> *¡Obreros mirad hacia el oriente.*
> *Ved cómo el pasado se derrumba.*
> *Oíd cómo suena lentamente.*
> *La hora de redención omnipotente.*
> *En que los muertos se alzan de la tumba!*[718].

[712] John M. Hart, *Ibíd.*, pp. 195-196.
[713] *Ibíd.*, pp. 197-198-J. Huitrón, *Ibíd.*, p. 300; Miguel Rodríguez, *Los tranviarios y el anarquismo en México*, Puebla, Editorial Universidad Autónoma de Puebla, 1980, pp. 31-32.
[714] J. Huitrón, *op. cit.*, p. 301.
[715] *Ibíd.*, p. 302. (Cfr. Jorge Basurto, *El proletariado industrial en México (1850-1930)*, México, 1975, p. 203).
[716] Raúl Trejo Delarbre, *op. cit.*, p. 24.
[717] Paco Ignacio Taibo II-Rogelio Vizcaino, *Memoria roja*, México, 1984, pp. 7-25.
[718] *Ibíd.*, p. 29.

Sin embargo, el impacto no fue en México tan grande como en otros países latinoamericanos y la información tal vez más confusa. El 21 de mayo de 1920 fue muerto el presidente Carranza en la serranía de Puebla, mientras huía a Veracruz. Alvaro Obregón, que le sucedió, aunque apoyaba decididamente a los reformistas de la CROM, no adoptó una actitud hostil hacia los anarcosindicalistas, como la había tenido aquél desde 1916. Ya durante la presidencia interina de Adolfo de la Huerta, en junio de 1920 se produjeron numerosas huelgas, que movilizaron a más de 22.000 trabajadores. Textiles de La Hormiga y San Antonio Abad, en el Distrito Federal, mineros de Velardeña, Mina Vieja y Dolores en Chihuahua, fundidores de Monterrey, peones rurales de La Laguna, petroleros de El Aguila, etc. protagonizan conflictos con los patronos respectivos por motivos diversos[719]. Lo malo para el sindicalismo revolucionario era que De la Huerta (como después Obregón, Calles y otros presidentes mexicanos) se sentían «socialistas» y empezaban a intervenir en las huelgas y conflictos obrero-patronales, decidiendo por lo general en favor de los trabajadores. En julio de ese año las huelgas se acrecentaron y afectaron a unos 65.000 trabajadores (metalúrgicos de Torreón, mineros de Chihuahua y Durango, textiles del Valle de México, petroleros de Tamaulipas, ferrocarrileros de Yucatán, portuarios de Veracruz, etc.), pese al esfuerzo de los amarillos de la CROM por frenarlas.

El 11 de agosto se fundó la Federación Comunista del Proletariado Mexicano (FCPM), integrada por marxistas leninistas y anarcosindicalistas, pero cuya ideología, que propiciaba el «comunismo libre» o libertario, y cuya organización, evidentemente federalista, correspondían más a los segundos que a los primeros[720]. La FCPM organizó en la ciudad capital, entre el 15 y el 22 de febrero de 1921, un congreso cuya finalidad era la constitución de una central obrera revolucionaria que pudiera oponerse a la CROM, vinculada a la AFL y apoyada por el gobierno mexicano. Nació así la Confederación General de Trabajadores (CGT), con la adhesión de unos cincuenta sindicatos. La CGT aceptó en su constitución el «comunismo libertario», el «sistema racionalista para la instrucción del pueblo trabajador», «la lucha de clases» y «la acción directa, que implica la exclusión de toda clase de política», como principios fundamentales, ya que eran necesarios para «la total emancipación de obreros y campesinos»[721]. La primera resolución del congreso desvalorizaba la acción de los partidos políticos en lo que J. Godio considera como muestra del «sectarismo ultraizquierdista» de la CGT[722]. La verdad es que, como dice F. Córdova, los anarcosindicalistas, fundadores de la CGT, fueron «los primeros en criticar a la Constitución de 1917, a las instituciones sociales, a las tácticas imperialistas de Gompers, a los obreros atraídos por las curules y, en una palabra, a la fracasada Revolución Mexicana»[723]. Con-

[719] *Ibid.*, p. 74.
[720] *Ibid.*, pp. 80-83.
[721] John M. Hart, *op. cit.*, p. 200.
[722] J. Godio, *op. cit.*, 2, p. 99.
[723] Fernando Córdova, *El movimiento anarquista en México 1911-1921*, México, 1975, p. 183.

tinuando la tradición del anarquismo de la primera década del siglo, la CGT denunció con vigor el imperialismo norteamericano, atacó el amarillismo de Morones (a quien los anarquistas consideraban como «el Mussolini de México»)[724], repudió la alianza con Gompers y la AFL. Protestó también contra las recientes deportaciones de anarquistas y socialistas extranjeros, como José Rubio, Natalia Michaelova, Michael Paley y Sebastián San Vicente, anarquista vasco, de Guernica, y miembro fundador de la CGT, víctima del «socialista» Obregón[725]. Las proclamas de la CGT, en cuya fundación intervino el empuje ibérico de Durruti, llevaban siempre el lema «Salud y Comunismo Libertario» y, aun cuando, en un momento llegó a admitir la dictadura del proletariado, jamás entendió ese concepto de acuerdo con la interpretación leninista (centralismo democrático) sino más bien al modo de Rosa Luxemburgo y de los llamados «consejistas» (Pannekoek, etc.). De todas maneras, el enfrentamiento entre el Partido Comunista Mexicano y la mayoría anarco-sindicalista (aunque inclinada en cierto momento al anarco-bolcheviquismo) no se pudo evitar. Los anarquistas no podían sentirse cómodos en la Tercera Internacional, promovida por un gobierno como el ruso que perseguía y exterminaba a los anarquistas[726]. En el primer congreso de la CGT, reunido en septiembre del mismo año de 1921, decidieron sacarla de la Tercera Internacional, y los comunistas, fieles ya a Moscú, se retiraron del congreso. En ese mismo congreso se constituyó, en cambio, un grupo específicamente anarcosindicalista, el Centro Sindicalista Libertario (CSL), que intentaba cumplir en la CGT el papel que desempeñaba la FAI en la CNT española[727]. Luis Araiza, que había dejado la CROM para ingresar en la CGT, dirigía *Verbo rojo*, órgano de la nueva central obrera anarcosindicalista[728]. La CGT demostró desde el Congreso Constitutivo su preocupación por los trabajadores que luchaban en todo el continente americano. Y, además de desconocer a la llamada «Confederación Pan-Americana del Trabajo», negándole toda auténtica representatividad, resolvió que trabajaría enérgicamente «en pro de la Confederación Obrera Revolucionaria de toda América», para lo cual había de convocar una convención en la que estarían «debidamente representados los comunistas, sindicalistas y anarquistas del continente americano». Al mismo tiempo declaraba que «el proletariado mexicano reconoce en el proletariado mundial a sus hermanos en la lucha reivindicadora»[729].

En marzo de 1921 la CGT apoyó la gran huelga declarada por la Confede-

[724] Jean Meyer, «Los obreros en la Revolución Mexicana: Los batallones rojos», en *Historia Mexicana*, N° 81, 1971, p. 30.
[725] Paco Ignacio Taibo II-Rogelio Vizcaino, *op. cit.*, pp. 185-190.
[726] Cfr. Jacques Baynac, *El terror bajo Lenin*, Barcelona, 1978, pp. 155-165. El primer testimonio sobre la persecución de los anarquistas en la U.R.S.S. está en un folleto de G.P. Maximoff: *Por qué y cómo los bolcheviques deportaron a los anarquistas de Rusia*. (No traducido).
[727] John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana-1860-1931*, p. 201.
[728] L. Araiza, *Historia del movimiento obrero mexicano*, México, Casa del obrero mundial, 1965, pp. 72-73; Guillermina Baena, «La CGT 1921-1931», en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, N° 83, p. 142.
[729] Florence Rosenberg S.-Margarita Zárate V., «Informe CGT 1921-1924», en *Historia y crónicas de la clase obrera en México*, México, 1981, p. 105.

ración de Sociedades Gremiales Ferrocarrileras contra las compañías norteamericanas. Obregón y su ministro Calles se pusieron al principio contra la huelga, pero al final debieron reconocer a la GGT y acceder a sus demandas, dando prioridad a los confederados contra los esquiroles no despedidos[730]. En 1922 se puso a prueba, una vez más, la voluntad apolítica (o, por mejor decir, antipolítica) de los dirigentes de la GGT. El 14 de enero el Consejo Confederal de dicha central obrera, se levantó contra las pretensiones del Partido Comunista de controlar su funcionamiento y declaró que la GGT no podía tener compromisos ni relaciones de ninguna clase con ningún partido político. Cuatro meses más tarde, el 13 de mayo, el Consejo Local de la ciudad de México, convocado por Huitrón y Montoya, tras una larga discusión que duró toda la noche, expulsó, en la mañana del día 14, a Salazar y Escobedo, integrantes del Consejo Confederal, por haberse comprometido políticamente con la candidatura presidencial del ministro de Hacienda, Adolfo de la Huerta[731]. En octubre de ese mismo año la GGT aclaraba su posición frente al gobierno y el Estado en un telegrama dirigido al propio presidente Obregón: «Desde luego nosotros estamos compenetrados de la verdad fundamental de que no hay ni puede haber gobiernos buenos. La sola palabra «Gobierno» significa «abuso». Sin ir muy lejos, a través de las reivindicaciones proletarias y sin necesidad de repetir en esta ocasión lo que han escrito en todas las épocas los hombres más cultos y desinteresados acerca de la función orgánica y sociológica de los gobiernos, ¿podría usted decirnos sinceramente, señor Obregón, qué de bueno ha hecho por nosotros el Ejecutivo a su cargo? Nosotros no imploramos ayuda, ciudadano Obregón. Dejadnos continuar serenamente nuestras luchas, sin compromisos ni humillaciones». Y, poco más adelante, añadía: «La GGT no es organización política: es rebelde, antiestatal y libertaria»[732]. El 1° de mayo de 1922, la conmemoración del martirio de Chicago se tradujo en acto de protesta ante el consulado norteamericano por la prisión de Librado Rivera y Ricardo Flores Magón en Fort Leavenworth. Pero a este acto pacífico se unió la violencia callejera, provocada por los reaccionarios Caballeros de Colón, quienes, cuando la manifestación cegetista pasaba ante su sede, asesinaron a un muchacho que allí marchaba[733]. Pero la burguesía supo usar contra la GGT otras armas, como la confusión y la calumnia. En agosto de aquel año el periódico *El Universal Gráfico* anunciaba la disolución de la central obrera, la malversación de sus fondos por parte de los directivos, la desmoralización de sus confederados. Y a esto añadía el deseo de que la GGT desapareciera, por ser una organización anarquista[734]. Como en Buenos Aires y en Santiago de Chile, los anarquistas promovieron en la ciudad de México una huelga de inquilinos, que se inició el 17 de marzo de 1922 y dio lugar a la organización de un Sindicato

[730] Paco Ignacio Taibo II-Rogelio Vizcaino, *op. cit.*, pp. 118-121.
[731] J. Huitrón, *op. cit.*, pp. 307-308.
[732] Rosendo Salazar, *Las pugnas de la gleba*, México, 1923, p. 207.
[733] John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana-1860-1931*, pp. 202-203.
[734] Florence Rosenberg S.-Margarita Zárate V., *op. cit.*, p. 123.

Inquilinario. Aun cuando aquí la iniciativa perteneció al PCM, el alma del conflicto fueron algunos anarquistas, adheridos a la GGT, como Valadés[735]. Ya en enero se había iniciado también en Veracruz una huelga de inquilinos organizada por anarquistas, como el sastre Herón Proal, viejo militante del Partido Liberal Mexicano[736]. En septiembre se declaró una huelga en la fábrica textil de San Ildefonso, ante el incumplimiento por parte de los patrones de un aumento de salarios que se había pactado. En octubre los obreros de esa fábrica se unieron a la GGT, la cual otorgó un plazo de 7 días a la patronal para resolver el conflicto. Esta no lo hizo y la central anarcosindicalista declaró una huelga general solidaria. La huelga se ganó. Pero el 20 de octubre una manifestación que protestaba por el secuestro del secretario de la Federación de Hilanderos de Santa Teresa fue atacada en San Angel por la gendarmería montada y dos obreros cayeron muertos. La GGT culpó de ello a Celestino Gasca, que había sido miembro de la Casa del Obrero Mundial y era gobernador militar del Distrito Federal[737]. Entre el 4 y el 12 de noviembre de 1922 se reunió el Segundo Congreso de la GGT, que decidió la organización por industria, la cual, según los concurrentes, ofrecía «prácticos resultados para el mejor éxito de los movimientos huelguistas»[738]. En 1922 comenzaron a publicarse, además del ya mencionado *Verbo Rojo*, otros órganos anarcosindicalistas: *Tierra Libre*; *Sagitario* en Villa Cecilia; *El Rebelde* en Jalapa; *La Humanidad* y *Nuestros Ideales*. En enero de 1923 estalló una huelga de tranviarios, ante la amenaza de un despido masivo. En febrero los militantes de la GGT se enfrentaron a la policía montada en las calles de la ciudad de México. Trece de sus militantes resultaron heridos y más de cien detenidos en la Inspección General de Policía[739]. En marzo los anarquistas del Distrito Federal manifestaron en protesta por el asesinato del cenetista español Salvador Seguí (el Noy del Sucre) a manos de *gangsters* de la patronal; en abril lo hicieron contra la larga prisión de Sacco y Vanzetti en Boston[740]. En esta época se cruzaron varias cartas y telegramas entre Obregón y los directivos de la GGT, y aun cuando tal correspondencia no pueda calificarse de cordial, no deja de ser cierto que el manco presidente fue el único jefe de Estado de América Latina (si se exceptúa tal vez a Batlle en el Uruguay) que dialogó con los anarcosindicalistas mano a mano. En junio de 1923, la patronal de Orizaba y Veracruz decretó un lockout que la GGT

[735] Paco Ignacio Taibo II-Rogelio Vizcaino, *op. cit.*, pp. 147-183.
[736] John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana-1860-1931*, pp. 208-211; Octavio García Mundo, *El movimiento inquilinario de Veracruz 1922*-México-1976-p. 53; J. Huitrón, *op. cit.*, pp. 308-309.
[737] Florence Rosenberg S.-Margarita Zárate V., *op. cit.*, pp. 124-126; John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana-1860-1931*, pp. 203-204.
[738] Florence Rosenberg S.-Margarita Zárate V., *op. cit.*, pp. 126-127.
[739] Florence Rosenberg S.-Margarita Zárate V., *op. cit.*, pp. 129-131; John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana-1860-1931*, pp. 204-206.
[740] Florence Rosenberg S.-Margarita Zárate V., *op. cit.*, p. 132; John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana-1860-1931*, p. 206.

resistió[741]. En ese mismo mes, con ocasión de una huelga textil, 21 sindicatos de Puebla se adhirieron a la GGT, la cual los incitó un mes más tarde a ocupar todas las fábricas textiles como único medio para solucionar el problema del paro y la desocupación. En ese mismo mes de julio una serie de grupos, como Luz y Vida, Esfuerzo Libertario, Juventud Comunista Anárquica, Tierra Libre, etc. constituyeron en la ciudad de México la Alianza Local Mexicana Anarquista (ALMA). En septiembre la GGT adhirió a la AIT recientemente constituida en Berlín, y en diciembre celebró su Tercer Congreso[742].

En 1923 aparecieron nuevos periódicos libertarios: *El Sindicalista, Alma Obrera* (Zacatecas), *Nuestra Palabra* (órgano de la GGT); *Germinal*; *Tribuna Roja* (San Luis Potosí)[743]. En 1924 la GGT conmemoró el día del trabajo en su local de Plaza Vizcaínas y siguió recibiendo adhesiones en el interior del país, como la del Grupo Libertario de Mujeres de Nuevo León (en enero), el grupo femenino «Emancipación» de Margaritas, Villa Acuña (en junio), el sindicato de Agricultores Unidos del Bravo y las Organizaciones Libertarias de Tampico (en el mismo mes), la Federación Anarquista de San Luis Potosí y el Sindicato de Obreros Molineros (en septiembre), etc. En agosto y septiembre acompañó la huelga de la Federación del ramo textil y movilizó unos 15.000 obreros. En octubre los cegetistas de Monterrey organizaron un mitin en solidaridad con maestros y petroleros en huelga, mientras la Federación textil manifestaba frente a la fábrica de San Antonio Abad en pro de la libertad del militante anarquista Enrique Rangel, encarcelado en Tuxpan, Veracruz. Durante ese año de 1924 aparecieron nuevos órganos de prensa anarquistas: *Alba Anárquica* (Monterrey), *Humanidad* (continuación de *La Humanidad*), *Verbo Rojo* (Guadalajara), *Nueva Solidaridad Obrera*[744]. A fines de este año asumió la presidencia el general Plutarco Elías Calle, cuyo apoyo a la CROM amarillista fue tanto más firme cuanto mayor era su aversión por la GGT. Menos antimperialista que Obregón, fue también más antianarquista que él. Puede decirse que sólo el clero católico concitó sus iras más que los militantes libertarios[745]. El 19 de noviembre de 1924, en su Sexta Convención, reunida en Ciudad Juárez, la CROM se declaró empeñada en defender «los intereses del proletariado mexicano» y «sus relaciones con el gobierno socialista que presidirá el compañero Calles»[746]. Calles nombró a Luis Morones secretario (ministro) de Industria, Comercio y Trabajo e inició una legislación que favorecía abiertamente a la CROM tanto como perjudicaba a la GGT. En 1925 ésta «hubo de enfrentar un ataque combinado del gobierno y de la CROM en el Distrito Federal, que amenazó su existencia

741 J. Huitrón, *op. cit.*, p. 309.
742 Florence Rosenberg S.-Margarita Zárate V., *op. cit.*, pp. 132-134; Luis Araiza, *op. cit.*, pp. 123-124.
743 Florence Rosenberg S.-Margarita Zárate V., *op. cit.*, p. 134.
744 *Ibid.*, pp. 135-137.
745 Cfr. José Rivera Castro, «En la presidencia de Plutarco Elías Calle (1924-1928)», en Pablo González Casanova, *La clase obrera en la historia de México*, México, 1980.
746 J. Huitrón, *op. cit.*, p. 313.

misma»[747]. Entre el 4 y el 10 de mayo de ese año realizó su Cuarto Congreso, en el cual se resolvió luchar por la jornada de seis horas, como remedio temporal para la desocupación (la FORA asumía en Buenos Aires la misma medida) y apoyar al movimiento campesino (y al diputado zapatista Díaz Soto y Gama) en su proyecto de reforma agraria radical[748]. Pero 1925 fue, sobre todo, «el año de la gran huelga petrolera de «El Aguila», de los combates entre la CROM y los gobernadores callistas por el control del movimiento obrero local en Chihuahua, Jalisco y Tamaulipas, de las huelgas mineras de El Boleo y Nueva Rosita, de la ofensiva cromista contra los panaderos «rojos» del D.F., de los choques entre la cúpula cromista y su base poblana que protagoniza en solitario una huelga general, y también, de la gran ofensiva institucional contra los textiles «rojos» del Valle de México»[749]. En estas luchas obreras, persistentes, violentas, a veces cruentas, la GGT anarcosindicalista desplegó lo mejor de sí. «Fue entre 1922 y 1925 cuando la CGT alcanzó probablemente su mayor fuerza y difusión, siendo los conflictos sociales que protagonizó extremadamente importantes»[750]. En 1926 comprendía 108 sindicatos, 23 uniones, 13 grupos, 9 federaciones y 4 comunidades agrarias, esto es, un total de 157 sociedades afiliadas[751]. En julio de ese año reunió su Quinto congreso, el cual, como el Quinto congreso de la FORA dos décadas antes, hizo explícita profesión de su ideología anarco-comunista. A partir de ese momento demostró un especial interés por los problemas del campo, se vinculó con las ligas agrarias y en el curso del año logró reunir un congreso campesino en Guadalajara[752]. En 1927 la GGT convocó una huelga general en la ciudad de México para apoyar la de los ferrocarrileros y a través del sindicato petrolero de Tampico protagonizó otra que Calles intentó liquidar a tiros, precisamente porque sus organizadores y líderes eran anarcosindicalistas[753]. Durante el año 1928 la GGT apoyó la larga huelga de los obreros textiles de Río Blanco y la de los telefónicos de la Ericsson. La CROM comenzó a decaer rápidamente por el conflicto entre Obregón y Morones, cuyas ambiciones presidenciales lo obligaron a dejar la secretaría de Industria, Comercio y Trabajo y alejaron de altos cargos gubernamentales a sus adeptos Gasca y Moneda. Esta decadencia de la CROM, contra lo que se podía imaginar, no significó una revitalización de la GGT sino, más bien, el inicio de su declinación. Al perder aquélla el favor oficial, ésta se encontró menos enfrentada al gobierno y a sus funcionarios. Un nuevo conflicto con el presidente Calles acabó por desmoronar a Morones y la CROM. En 1929 una parte de sus sindicatos se unió a la GGT, que pasó de 60 a 80 mil afiliados[754]. Pero, al mismo tiempo, muchos de sus dirigentes comenzaron a asumir una mentalidad cromista y a pensar que «la acción directa, la anar-

[747] John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana-1860-1923*, p. 213.
[748] Rosendo Salazar, *op. cit.*, I, pp. 191-210.
[749] Guadalupe Ferrer A. y Paco Ignacio Taibo II, «Los hilanderos rojos», en *2° Coloquio Regional de Historia Obrera*, México, 1979, I, p. 671.
[750] Miguel Rodríguez, *op. cit.*, p. 49.
[751] Rocio Guadarrama, *op. cit.*, p. 123.
[752] Guillermina Baena, *op. cit.*, p. 170; Miguel Rodríguez, *op. cit.*, p. 49.
[753] Rosendo Salazar, *op. cit.*, I, p. 261; Marjorie Ruth Clark, *Organized Labor in México*, Chapel Hill, The North Carolina University Press, 1934, pp. 115-119.
[754] Rosendo Salazar, *op. cit.*, I, p. 290.

quía y el sindicalismo revolucionario eran irreales»[755]. Cuando en 1931 el gobierno del ingeniero y general Pascual Ortiz Rubio promulgó un nuevo código de trabajo, muchos líderes de la GGT, como Luis Araiza y Ciro Mendoza, lo aceptaron, aunque otros, incorruptibles como Jacinto Huitrón y Enrique Rangel, siguieron negándose a transar con el Estado. En 1934 decía Marjorie Clark: «En pocos años la GGT se volvió definitivamente más conservadora. Se ha seguido llamando a sí misma anarquista, pero en la actualidad no es apenas más que tradeunionista, ligeramente matizada de sindicalismo»[756]. Algo parecido había sucedido en la Argentina con la FORA del noveno congreso y con la Unión Sindical Argentina (USA). Sin embargo, el anarquismo no pereció enteramente en México, como tampoco lo hizo en la Argentina, aunque en ambos países su influencia decayó mucho durante la década del 30. A la Federación Anarco-Comunista Argentina (FACA) le correspondía la Federación Anarquista Mexicana (FAM), entre cuyos organizadores y activos dirigentes estuvo hasta su muerte, en 1960, Jacinto Huitrón. Como la FACA publicaba *Acción Libertaria*, la FAM sacaba *Regeneración*, en su segunda época. La llegada de muchos exiliados españoles de la CNT y de la FAI, a partir de 1939, significó la formación de nuevos grupos que editaron el periódico *Tierra y Libertad* y una serie de obras libertarias entre las cuales sobresale la *Enciclopedia Anarquista*. Otros pequeños núcleos trabajaron (y trabajan aún hoy) en el terreno sindical o en el de la propaganda (como el Grupo Ricardo Flores Magón).

ANGEL J. CAPPELLETTI

[755] John M. Hart, *El anarquismo y la clase obrera mexicana-1860-1931*, p. 218.
[756] Marjorie Ruth Clark, *op. cit.*, p. 83 (cit. por Miguel Rodríguez).

CRITERIO DE ESTA EDICION

En el presente volumen se reúne una amplia muestra de la literatura anarquista en América Latina. Los textos están ordenados por países (de sur a norte). A pie de página se indica la fuente de cada texto, muchos de ellos no recogidos antes en libro o inéditos en español. Inicialmente la preparación del volumen estuvo a cargo de Carlos M. Rama; a su muerte sólo había podido concluir una primera selección de materiales. El trabajo fue continuado luego por Angel J. Cappelletti quien añadió otros textos anarquistas, redactó el prólogo y la cronología. Con la edición queda consignado el homenaje de Biblioteca Ayacucho al destacado intelectual Carlos M. Rama.

EL ANARQUISMO EN AMERICA LATINA

EL ESTADO Y LA LIBERTAD*

Diego Abad de Santillán

POR EL HECHO de nacer, todos los seres humanos tienen el derecho natural a la vida y a las riquezas sociales. Ningún sofisma teológico o político hará creer a una persona medianamente despierta que hay un fundamento de justicia o de derecho que aprueba la desigualdad económica y social de los hombres. Un niño, al nacer, según la clase o casta a la que pertenece, tiene ante sí un porvenir brillante de posibilidades, de confort o de disfrute, o bien un porvenir de miserias, de trabajo bestial y de sufrimientos. Esto no es humano ni es justo. Y esto es lo que perpetúa el Estado histórico, con sus leyes, sus gendarmes, sus cárceles y sus ejércitos.

En una palabra, querer la desaparición del Estado es querer la justicia en lugar de la iniquidad, la solidaridad y el apoyo mutuo en lugar de la lucha egoísta de todos contra todos; querer el progreso en lugar del estancamiento; la paz en lugar de la guerra; la razón en lugar de la fuerza; la libertad en lugar de la esclavitud.

El Estado, en otros tiempos, pudo llegar a organizar vastas comunidades en donde el hambre no era conocida, y ningún ciudadano sufría privaciones, como en el imperio de los Incas. Se podía lograr eso porque el súbdito de aquel imperio era considerado como miembro de una gran familia, cuyo jefe, el emperador, disfrutaba de una confianza general y obraba en consecuencia. Dudamos que la mentalidad contemporánea pueda adaptarse a las condiciones morales y espirituales de aquellos pueblos. Por otra parte, incluso el paraíso de los profetas sería un lugar de tortura si para vivir en él hubiese que instaurar un régimen de adaptación forzosa; es decir, el más preciado de los anhelos sería un tormento desde el momento en que es impuesto o no consentido. Que el fascismo no se quiere, que el bolchevismo no disfruta más que de las simpatías de los privilegiados, nos lo prueba el aparato policial y judicial excesivamente poderoso de esos dos ensayos.

* El fragmento de Diego Abad de Santillán que aquí incluimos forma parte de un artículo publicado en *Tierra y Libertad* de febrero de 1934 (A.J.C).

Nuestra revolución quiere transformar a cada individuo en el constructor de su propia vida. No queremos ser redentores de nadie y nuestro anhelo se cifra en romper las ligaduras que impiden al hombre ser dueño de sus acciones, de su pensamiento y de su voluntad.

EL ORGANISMO ECONOMICO DE LA REVOLUCION*

Diego Abad de Santillán

Primera Parte
Capítulo I

Factores esenciales de la producción

EL PRINCIPIO DE TODA economía, la esencia de lo económico, leeréis en cualquier manual de esta ciencia, consiste en obtener el efecto relativamente mayor con el gasto —o sacrificio— relativamente menor.

Y si no hubiese más argumentación, el propio argumento económico puro, bastaría para combatir y rechazar la ordenación actual del capitalismo. Esta forma económica no implica ya la obtención del mayor efecto con el menor gasto o esfuerzo; al contrario, el derroche es formidable; el aprovechamiento de los recursos de la Naturaleza, de la técnica y de la ciencia es ínfimo. No se vive como se podría vivir, como sería necesario vivir.

Detallamos un poco.

Los factores de la producción son estos:

Primero: La naturaleza, que proporciona al hombre las materias primas y ciertas fuerzas naturales utilizables.

Segundo: El trabajo humano, manual e intelectual, que elabora y utiliza las materias primas.

Tercero: El instrumento o la máquina que multiplica la potencia y la intensidad del trabajo del hombre (algunos economistas denominan, a este último factor, el capital).

El capitalismo no aprovecha siquiera los recursos posibles del primer factor; por doquier se observan tierras incultas, caídas de agua que no se explotan, materias primas que se pierden estérilmente.

En cuanto al trabajo humano, intelectual o manual, no hace falta demos-

* Esta obra, cuya primera parte ofrecemos aquí, fue publicada en 1936 y reeditada en 1937, 1938 y 1978 (A.J.C.).

trar que no es utilizado ni en un 50 por ciento de su capacidad de rendimiento por el régimen económico vigente. Existen en el mundo varias decenas de millones de obreros sin trabajo; deambulan los técnicos sin empleo, los sabios que vegetan también en medio de privaciones, sin recursos para llevar a cabo sus estudios, sus experimentos, sus investigaciones. Sólo una exigua minoria de técnicos y de sabios consigue vender su fuerza de trabajo a los potentados del régimen capitalista. Se desaprovecha así una fuente inmensa de riqueza; el trabajo manual y el trabajo intelectual —ciencia y técnica— cada día más depreciados.

También se sabe que el tercer factor, el instrumental, la técnica, trabaja muy por debajo de su capacidad de rendimiento. Se han instalado mecanismos prodigiosos; se podrían instalar ya otros superiores aún. Pero apenas los vemos funcionar unas horas al día o unos días a la semana. Se ha calculado que la industria norteamericana, trabajando plenamente, en toda su capacidad, estaría en condiciones de surtir de productos industriales a todos los mercados del mundo. La tercera parte del tonelaje, y a veces la mitad, de la marina mercante, está amarrada. Los economistas del capitalismo, los hombres de Estado, las conferencias de los expertos, todas las fuerzas del conservatismo social y político se esfuerzan por hallar una salida a ese mal. No se ha hecho hasta aquí nada en ese sentido; nada fue posible hacer contra la agravación incesante de la situación.

Lo único que se puede profetizar, sin temor a equivocarse, es que si la paralización industrial, si el aprovechamiento del aparato técnico ha ido decreciendo en los últimos años, todas las perspectivas indican que el decrecimiento será mayor todavía en los años que vienen. Que lo tengan en cuenta los trabajadores españoles. De año en año su situación se volverá más intolerable.

Se constata, pues, que el capitalismo no aprovecha los tres factores de la producción sino en un porcentaje a veces inferior a un cincuenta por ciento; no aprovecha la tierra ni las fuerzas naturales, el agua y el viento; no aprovecha el hombre como obrero, como técnico y como científico; no aprovecha el instrumental mecánico existente, ni el posible. Por consiguiente, no es un régimen viable: lo fue cuando pudo extraer de esos tres factores el máximo de rendimiento; hoy, a causa de sus contradicciones, se ve condenado a batirse en retirada, a disminuir sus áreas de siembra, a contingentear la producción industrial, a restringir el personal de sus fábricas, a pasarse sin el concurso de millares y millares de técnicos y de sabios.

No se salga, si se quiere, de ese terreno puramente económico, y dígasenos en nombre de qué principios humanos, sociales y de justicia, puede defenderse la existencia del «orden» en que estamos forzados a vivir todavía.

Una empresa capitalista cualquiera, por ejemplo, una explotación agrícola, implica los siguientes desembolsos o cargas, extraídos todos del trabajo productivo útil:

1. Renta de la tierra.
2. Interés del capital.
3. El salario de los obreros.

4. El beneficio del empresario.

5. La defensa estatal de la propiedad privada.

El kilo de pan que os lleváis a la boca está gravado con la parte que se lleva el propietario de la tierra, con la que se lleva el interés del capital invertido en la empresa, con el salario de los obreros, con la ganancia o beneficios del empresario y con la defensa estatal de la propiedad privada y del llamado «orden público», necesario para vivir en esas condiciones.

Hemos visto que los factores de la producción son tres: la *tierra*, el *trabajo humano* y el *instrumental*, que multiplica la eficacia del esfuerzo del hombre.

Una economía socializada, como la que puede ser instaurada desde ahora mismo por las organizaciones obreras españolas, no tiene en cuenta más que esos tres factores. El pan que consumiréis en ella no estará gravado más que con el trabajo humano que fue necesario para producirlo y con lo significado por el empleo instrumental técnico. Desaparece la renta del propietario, desaparece el interés del capital, desaparece el beneficio del empresario, desaparece la defensa estatal de la propiedad, que son el centro y motor de la economía capitalista.

No se puede decir que la moneda, el gran dios de la economía actual, es un factor productivo; nadie puede asegurar que el propietario particular, en tanto que propietario, es una fuerza necesaria para la producción; nadie se atreverá a sostener que el trigo no crece en los campos bien trabajados, sin registros de propiedad y sin gendarmes.

Ahora bien: piénsese lo que será una economía en donde todos los factores parasitarios, interpuestos por el hombre y por su régimen nefasto de la propiedad privada, hayan sido suprimidos; en donde, por sobre la producción, con derecho a ella, no habrá más que los productores y aquellas categorías de consumidores que tienen derecho natural a la existencia, sin previo aporte de su fuerza de trabajo: los niños, los ancianos y los enfermos.

J. Stuart Mill ha escrito: «Yo no reconozco justo un estado de sociedad donde hay una clase que no trabaja; donde existen seres humanos que, sin haber adquirido el derecho a descanso con el trabajo precedente, son dispensados de participar en la labor que incumbe a la especie humana». Tiene toda la razón Stuart Mill; sólo que falla en cuanto a los medios para forzar al trabajo a quienes los privilegios eximen de él.

Nosotros creemos que una sociedad tal, no tiene derecho a existir y propiciamos su transformación.

Queremos una economía socializada, en donde la tierra, las fábricas, las viviendas, los medios de transporte cesen de ser monopolio particular y pasen a ser propiedad colectiva de la comunidad entera.

Ese cambio de régimen de la propiedad implica una ordenación enteramente distinta de la vida económica. La dirección de la industria está hoy en manos de los empresarios, de los capitalistas. Técnicamente son éstos inferiores a los ingenieros y a los obreros. Y los empresarios están, a su vez, sometidos a las grandes potencias financieras, y, en última instancia, son los banqueros los que dirigen y controlan la vida económica de nuestros

días. Y se sabe que la dirigen de acuerdo única y exclusivamente con las indicaciones de la Bolsa.

La nueva economía socializada estará en manos de los obreros y de los técnicos y no tendrá otro motivo, otra finalidad, otro objetivo que la satisfacción de las necesidades de la población. La población no estará en ella como un mercado; las gentes no habrán sido hechas para comprar los productos, sino que los productos se habrán elaborado para satisfacer las necesidades de las gentes.

La valoración pecuniaria, monetaria, de las cosas deja su puesto al consumo de acuerdo a las posibilidades del nivel de vida total. Con la valoración pecuniaria, desaparece también esa potencia monstruosa y absorbente, enteramente parasitaria, de las finanzas, de las cargas públicas, de las cargas improductivas del dinero; desaparece la esclavitud del salario y sus floraciones naturales: el *interés, la renta* y *el beneficio.* Volveremos así a la economía del sentido común, la que sabrá producir riquezas mediante el concurso de los tres factores esenciales de la economía: la tierra y las fuerzas naturales, el trabajo del hombre y el instrumental técnico que multiplica el esfuerzo humano.

Del aprovechamiento máximo de esos tres factores dependerá el «standard» de vida del futuro, lo que quiere decir que estará en nuestras manos y en nuestra voluntad la realización del bienestar y de la felicidad en este mundo.

Capítulo II
El trabajo y el pan para todos

DESPUÉS DE TANTOS siglos de explotación del hombre por el hombre, en los que el productor de toda la riqueza ha estado esclavizado y no ha consumido más que el mínimo absolutamente indispensable para subsistir, y a veces mucho menos; acrecentada la cultura popular; emancipados de una sombría ignorancia y de una teología enervante, que educaba para la sumisión y el sacrificio, la fórmula *el que quiera comer que trabaje* aparece como la expresión más acabada de la justicia y de la libertad.

Toda construcción económica y social que no la tenga por base y por ideal inmediato no será sino un engaño nuevo, un nuevo escamoteo de los frutos del esfuerzo revolucionario.

Para nosotros la realización de esa fórmula es primordial; en torno a ella pueden agruparse todos los hombres sanos de corazón, de ética social, sin distinción de partidos y de posiciones. Todos aquellos que consideran justo que el hombre viva del sudor de su frente constituyen, de hecho, un solo partido y deben formar en un mismo frente de batalla.

Explicaremos nuestro concepto del trabajo. Adam Smith considera como trabajo productivo sólo el trabajo llamado material. Sin embargo, el proceso del trabajo es un conjunto de esfuerzos intelectuales y físicos (concepción, elaboración, preparación, ejecución, etc.), que si, en la forma del artesanado, se da en un solo individuo, o en una división apenas perceptible del esfuerzo, en la economía moderna se expresa como coordinación de funciones perfectamente especializadas.

«Por lo tanto —dice un economista moderno— no procede separar estas clases de trabajo diferentes y afirmar, v. gr. que no han realizado un trabajo productivo el ingeniero que hace el proyecto, el oficinista que lleva la correspondencia (que hace los pedidos) y el contramaestre que vigila a los operarios propiamente dichos y les marca lo que han de hacer, y que sólo han 'hecho' la obra los trabajadores manuales; por consiguiente, que únicamente éstos han realizado un trabajo productivo»[1].

[1] Kleinwaechter: *Economía política*, págs. 100-101.

El trabajo en una sociedad moderna es una conjunción de fuerzas técnicas y manuales y debe serlo tanto más generalmente cuanto que el técnico puede simplificar sin cesar el esfuerzo físico y trasladar a las máquinas la mayor parte de las funciones penosas. Tanto el sabio en su laboratorio o en su gabinete o en su cátedra, como el técnico o el obrero, son fuerzas de trabajo socialmente útil y necesario. Respecto a esos esfuerzos y a su intervención dirigente y agente en la producción, no tenemos más que congratularnos. Pero, ¿se nos quiere decir qué es lo que producen los capitalistas, los propietarios, los accionistas, los intermediarios del actual régimen económico? El trabajo de esas gentes, de que algunos viejos economistas hablan, «es —según las palabras de Proudhon— una moderna economía política y se resuelve en una entrega casi gratuita del obrero al capitalista especulador y propietario, última forma de la especulación del hombre sobre el hombre... En realidad sólo el trabajo físico e intelectual es productivo...»[2].

No en base a concepciones socialistas proudhonianas, sino en mérito a un sincero reconocimiento de la verdad, Germán Bernacer, un autor español en materia económica, en un libro publicado en 1925, *Interés del capital*, sostiene que el solo origen de ingresos debe ser el trabajo productivo y que cabe suprimir el interés del capital, fuente no laboriosa de beneficios económicos, aun en el régimen de la producción individualista. Compárese esa idea con las modernas concepciones de los tecnócratas norteamericanos.

Algo parecido queremos nosotros: la supresión de los ingresos no legítimos, es decir los no producidos por el trabajo físico o intelectual socialmente útil, lo que equivale a una honda transformación económica, a poner en el centro de toda la economía, no la especulación y la ganancia, sino el trabajo y el producto para el bienestar de todos.

La Naturaleza impone el trabajo del hombre para su manutención, su vestido y su abrigo; y lo que por sí misma no hace la Naturaleza, árida en su mayor parte, sin los frutos, el ganado o la pesca suficientes para la población en aumento, lo impone el desarrollo de la civilización, que ha hecho bienes indispensables para la generalidad, muchísimos que en otros tiempos ni siquiera los disfrutaban los ricos. Dudamos de que se nos ofrezca todo lo que necesitamos al alcance de la mano, como en la Arcadia feliz de los poetas o en el país de Jauja, y es preciso que nuestro ingenio o nuestro esfuerzo supla las deficiencias, produzca el grano, cultive y labore las plantas textiles, extraiga el combustible y el metal de las entrañas de la tierra, fabrique artefactos, herramientas, etc.,etc.

La industria norteamericana del automóvil fabricó ocho millones de coches en 1925 y 1926, con una cantidad de obreros cada vez menor: en 1925 con 47.000 obreros menos que en 1924, y en 1926 con 69.000 obreros menos que en 1925.

No hace muchos años un automóvil era una rareza que provocaba el asombro y la envidia de las poblaciones por donde pasaba. Hoy es un vehículo

[2] *Teoría dell'imposta. Bca. dell'economista,* Torino, 1868, pág. 610.

casi proletario, ineludiblemente en el estadio de cultura a que hemos llegado, y debe estar al alcance de todos, de absolutamente todos los habitantes de un país que lo necesiten.

No queremos privarnos de ninguna de las comodidades que la moderna técnica ha hecho accesibles; al contrario, si es posible queremos multiplicar estas comodidades, y no dudamos que ha de serlo, pues si en el capitalismo se ha logrado tanta maravilla, con más razón se ha de conseguir en un régimen de socialización y de libertad, ya que «sólo en el aire puro de la libertad puede avanzar el vuelo caudal y gigantesco del progreso técnico» (H. Dietzel).

Para conservar y acrecentar los beneficios de la civilización, para multiplicar la productividad del suelo, hacer menos brutal el esfuerzo físico, embellecer la vida, disfrutar del confort, es preciso trabajar; pero nadie ha dicho que sólo haya de trabajar una categoría de hombres, los tradicionalmente esclavizados, los adscritos a la gleba, los proletarios.

Ninguna doctrina mantiene ya esos viejos principios de clase o de casta ni se considera desdoroso el esfuerzo manual. En otros tiempos se dictaban leyes para declarar que el oficio del sastre o del zapatero no eran degradantes; ahora se aspira, como quería Campomanes, a decretar que el ocio, el parasitismo, la haraganería son denigrantes[3].

Decir, por ejemplo: «Media España, cuando menos en el agro, se viste harapientamente y se alimenta de pan de centeno y no conoce el pescado; para media España la fruta, en este 'país de fruta', es un lujo, al paso que la mitad de sus habitantes viven, en las aglomeraciones urbanas, en barracas, y en el campo como trogloditas, sin el menor asomo de comodidad», decir eso es una vulgaridad, porque de tanto saberlo y de tanto comprobarlo, más de uno puede imaginarse que esa condición es de origen divino y decir lánguidamente: «Siempre hubo pobres y ricos y siempre los habrá», con un fatalismo mahometano. Proclamar que la «cifra media de la carne consumida en España por habitante es inferior a la que se precisa para una mediana alimentación», no es decir nada nuevo tampoco[4].

Dentro del capitalismo no hay nada anormal en ello, porque no es capaz de aprovechar todos los recursos de la Naturaleza, de la técnica y del trabajo humano de que una colectividad dispone. Media España se viste de harapos, y los obreros textiles no encuentran quién emplee su pericia y su habilidad, las grandes fábricas se cierran, las maquinarias se oxidan inactivas.

En una economía socializada no podría darse ese espectáculo, porque no se produciría para el mercado, de capacidad variable, independiente de las necesidades efectivas de la población, sino para las necesidades, y mientras

[3] «Mientras las leyes no declaren deshonrosa la ociosidad, de nada servirá que las mismas proclamen que no es infamante ser sastre o zapatero, y habrá siempre hidalgos que consideren la ociosidad como secuela obligada de la distinción e incompatible toda ocupación con el esplendor de sus títulos» (Campomanes, *Cartas político-económicas*, Madrid, 1778, pág. 217).
[4] Gregorio Fernández Díaz: «La crisis de la economía nacional», en la *Revista Nacional de Economía*, 1926, Madrid.

un solo español no dispusiese de las prendas de vestir necesarias no habría por qué cerrar las fábricas textiles de Cataluña ni por qué paralizar las tareas de sus obreros.

Lo mismo podría decirse de cualquier otro producto. Los obreros de la construcción no trabajan ni siquiera en un 40 por 100 de sus posibilidades; la desocupación entrega lentamente a la tuberculosis a una buena parte de ese gremio. Sin embargo, la mitad de los españoles viven en condiciones a veces mucho peores que los animales y la vivienda es anticuada, antihigiénica, conservando buena parte de ella el horror de otros tiempos a las puertas y ventanas, gravadas con pesados impuestos.

En una economía de sentido común, los obreros de la construcción no estarían ociosos mientras hubiera tantas viviendas que construir para satisfacer urgentes necesidades.

Pero el capitalismo no es capaz de poner en marcha los recursos sociales; no puede aprovechar, como hemos dicho tantas veces, más que una parte ínfima, la que para él es rentable, de las fuerzas de trabajo, de las innovaciones de los técnicos, de los descubrimientos de los sabios, de las fuerzas de la Naturaleza. No responde a las exigencias de nuestra etapa de cultura, condena a la ruina filosófica y moral a la gran mayoría de los hombres, es un obstáculo al progreso e incluso a la mera subsistencia. Por eso debe desaparecer.

Para obtener el máximo de bienestar de que es capaz la sociedad de nuestra época, no haría falta más que suprimir el parasitismo, organizando la vida de manera que el que no trabaja no hallase medio de vivir del esfuerzo ajeno. Naturalmente, no se tiene en cuenta entre los parásitos a los niños, a los ancianos, a los enfermos, carga natural y que no se siente como tal en una colectividad humana. Los niños darán mañana el fruto de cuanto hayamos hecho hoy por ellos, alimentándolos y educándolos; los ancianos han dado ya su contribución a la riqueza social; los enfermos son sólo transitoriamente improductivos.

Contando sólo las fuerzas de trabajo en edad apropiada, la cantidad de fuerzas humanas por lo menos se duplica en una economía socializada. Y es fácil darse una idea de lo que esa duplicación importaría en alivio de las tareas, tanto como en aumento de la productividad. Eso sin contar que una economía socializada es un régimen de liberación para los técnicos y los sabios, un acceso libre a los lugares de trabajo, una posibilidad de avanzar a toda marcha en la producción, y no como hoy, cuando hay que regular el ritmo por las exigencias del mercado.

Desde el punto de vista moral y desde el punto de vista económico, la socialización, imponiendo el principio *el que no trabaja no come*, dará un impulso de crecimiento insospechado al nivel de vida de un pueblo, pues el trabajo y el ingenio no tropezarán con barreras ni con trabas a su actuación y llegarán a convertirse en realidad, por el esfuerzo inteligente, el viejo sueño del paraíso terrenal.

Nos guía sobre todo la visión de una sociedad de productores y distribuidores libres, en la que no haya ningún poder capaz de quitar a esos produc-

tores y distribuidores el dominio del aparato productivo. En el ejemplo ruso, el Estado ha quitado a las asociaciones obreras y campesinas la libre decisión sobre cuanto atañe a los instrumentos de trabajo, a la producción y a la distribución. Los productores han cambiado allí de amo; no son dueños ni de los medios de producción ni de los productos de su esfuerzo. Y el salario, que persiste con tantas desigualdades o más que en la sociedad capitalista, entraña un régimen económico de dependencia, de servidumbre, de esclavitud.

Se puede objetar, desde del punto de vista social, que en la organización económica por nosotros proyectada, intervienen poco los consumidores en tanto que tales y como categoría propia, puesto que no se les asigna un órgano de expresión y de ejecución. Indudablemente, el hombre es además de productor varias horas al día, consumidor siempre, un ente social que ha de vincularse fuera de la fábrica o del lugar de trabajo por afinidades culturales, por aspiraciones sociales, por motivos religiosos, políticos, etc. Y esas corrientes de opinión han de crearse sus propios órganos de expresión y de influencia social: prensa, asambleas, organismos diversos en donde la libre iniciativa ha de tener curso y posibilidades de exteriorización, de ensayo, de proselitismo. Es un aspecto en el que no entramos, como no entramos en otros aspectos, la defensa de la revolución, por ejemplo, aun cuando tienen el más vivo interés. Nos concretamos a trazar las líneas generales del mecanismo económico, esbozado ya en los actuales sindicatos, en las tendencias populares casi instintivas: los *soviets* fueron antes un hecho que una teoría. Nos importa como primer paso de revolución, la toma de posesión de todo el engranaje económico y su administración directa por los productores mismos para asegurar la satisfacción de las necesidades fundamentales de la población.

El resto puede dejarse más a la improvisación porque es asunto en que intervienen más los sentimientos individuales, la educación de cada uno, las concepciones sociales que los intereses comunes y las necesidades biológicas inaplazables de todos los seres vivientes.

Capítulo III
Lo socialmente necesario y lo socialmente libre

La confusión de términos y la ambigüedad de conceptos producen a menudo malentendidos que degeneran en discusiones perjudiciales a la buena comprensión y al buen acuerdo.

Hay algo socialmente necesario para todos, de base común, de interés general indiscutible y eso ha de ser socialmente regulado. Hoy lo regulan el capitalismo y el Estado de acuerdo a sus privilegios e intereses, mañana será regulado por todos y en interés de todos. Pero lo que es socialmente necesario no puede eludir su regulación por la sociedad, ni dejar de estar sometido a normas fijas, a funcionamiento estable, a continuidad. Pensemos, por ejemplo, en los ferrocarriles, en las comunicaciones, en la provisión de agua y de luz, etc., etc.

Pero lo que no es socialmente necesario, lo que atañe sólo a esferas particulares, de valor contingente, en un momento dado y en un ambiente social, eso pertenece a la creación espontánea, sin control social y, por tanto, sin regulación social.

La discusión que se ha promovido en todos los tiempos en torno a la fijación previa de normas de vida futura, ha tenido su origen en esa confusión. Se ha resistido, y con razón, a toda tentativa de legislar sobre el porvenir, a todo ensayo de canalizar la vida social y de fijarle desde ahora rumbos detallados. Si apenas conocemos la complejidad de la vida presente, con dos fuerzas de nivelación y de uniformación tan poderosa como la economía capitalista y el aparato estatal, con menos razón podremos conocer de antemano la complejidad de la vida social y moral en una sociedad libre de las coacciones autoritarias y que habrá de crearse focos de relación, de acción, de pensamientos propios, en desarrollo y transformación continuos.

Sobre esas formas sociales no cabe más norma que la de la libertad. Los individuos buscarán, no la organización, sino las organizaciones, asociaciones, etc., que más les convengan. Si se quisiera hacer anticipaciones mentales en ese aspecto, no podrían hacerse más que en el terreno de la utopía, de las novelas. Dejemos, pues, que los hombres de la sociedad sin capitalismo

y sin Estado se desarrollen como quieran y como sepan, que den vida a las instituciones de relación social, de cultura, de deporte, de afinidad que estimen pertinentes. Obrarán, sobre la nueva realidad, mejor de lo que nosotros podemos prever desde el infierno capitalista en que nos encontramos todavía.

Pero hay un aspecto del que podemos hablar ya, sobre el que podemos hacer cálculos, establecer acuerdos, trazar detalles, sin pisar los campos risueños de la utopía. Es el que ofrecen las necesidades vitales del hombre. Es preciso alimentarnos, vestirnos, disponer de una vivienda, atender a nuestras enfermedades, trasladarnos de un lugar a otro, comunicarnos con amigos y parientes a distancia... Existe la libertad de alimentarnos a base de carne o de verduras, de condimentar la comida o no, de ponerle más o menos sal. Pero la comida es una necesidad a la que hay que satisfacer. Esas y otras muchas necesidades no son problemas eventuales que pueden o no presentarse en el futuro, son hechos reales y palpables. Hay que darles satisfacción necesariamente. Lo hacemos hoy, en parte: unos, los privilegiados, plenamente; otros, los asalariados, muy defectuosamente. Nos alimentamos ya más o menos, más bien menos que más; nos vestimos, aunque sea de harapos; tenemos una vivienda, aunque sea la de los trogloditas de Guadix o bajo los puentes. En una palabra: las necesidades no son imaginadas, son reales y podemos comprobar en qué grado las satisfacemos, y en qué medida podríamos satisfacerlas con otra ordenación económica y social, suprimiendo tales o cuales factores, buscando tales o cuales fuentes de energía, reconstituyendo en esta o la otra forma el aparato productivo. Cabe la iniciativa, y la iniciativa múltiple; pero no el capricho, la fantasía sin freno ni control.

La satisfacción de esas necesidades elementales, conocidas, sentidas, como se conocen las posibilidades de satisfacerlas, debe ser una aspiración inmediata. La experiencia de siglos de lucha por mejores salarios nos ha evidenciado que por ese camino no llegamos a la meta; ha nacido la idea de la revolución para destruir las barreras que se oponen a la vida de las grandes masas. Se quiere la revolución para satisfacer las necesidades humanas que en el orden actual no son satisfechas. Por consiguiente, se quiere algo concreto, definido: satisfacer necesidades que hoy no satisfacemos plenamente. En los tiempos bíblicos, en que se creía en la multiplicación de los panes y los peces, o en el maná celeste, el hombre podía pedir la satisfacción de sus necesidades a Dios. Hoy hay que pedirla únicamente al esfuerzo, a la técnica, en una palabra, al trabajo. Cuando se esperaba de Dios la solución no hacía falta preocuparse del porvenir; había solamente que esperar; pero si hemos comprobado que la economía es fruto del esfuerzo y la inteligencia humanos, la ordenación de ese esfuerzo y la orientación de esa inteligencia es asunto de buen sentido, sino imperativo, categórico de la vida misma.

Antes y después de la revolución se puede mantener la vida social, alimentar y vestir y cobijar a la comunidad sin una sociedad de pescadores de caña para entretener los ocios en el rompeolas. La sociedad de pescadores de caña, y como éste puede haber miles de núcleos semejantes para todas las aficiones, gustos y temperamentos, no es socialmente necesaria y debe quedar al arbitrio de los interesados. Pero la vida industrial, agraria, los transportes,

las comunidades, etc., etc. entran en lo socialmente imprescindible, y cuanto se haya previsto y estudiado desde ya para su mejor funcionamiento, es tarea que llevaremos adelantada y que facilitará su reorganización. La regulación de la vida económica, que afecta a todos, es ineludible. Hoy la dirige el capitalismo o el Estado según sus intereses y según sus privilegios; nosotros queremos que pase esa dirección a los productores y distribuidores mismos. Y el aparato de producción —hombres, tierras, máquinas, transportes— no es un imponderable, no es una entidad indefinible. Tampoco la técnica industrial es un secreto para los que desean conocerla. Sobre esos datos concretos, ponderables y mensurables, podemos trazar nuestro camino inmediato, pues las generaciones futuras, dueñas de la riqueza social, ya serán aleccionadas por la propia experiencia sobre las innovaciones y mejoras en el aparato de producción que habrán recibido de nosotros.

Si en política queremos la destrucción de todo poder, y una disposición alerta para impedir que se reconstruya, a fin de poner en su lugar el libre acuerdo y la solidaridad humana, en economía queremos conquistar las fábricas, la tierra, los medios de transporte, etc., no para su destrucción, ni para su posesión temporal, sino para su socialización, es decir para su posesión definitiva por la comunidad entera para beneficio de todos, sin distinciones de casta, de raza, de color, de clase.

La satisfacción de las necesidades vitales nos interesa a todos, no es cosa solamente de algunos. Por eso podemos y debemos desde ahora convenir lo que ha de hacerse para que el parasitismo no absorba el mejor fruto del trabajo, para que aumente la producción, para que llegue a todos los seres humanos lo necesario para vivir y desarrollarse plenamente. Se trata de estudio, es cuestión de cálculo sobre valores conocidos, de aplicación técnica, de arreglo mutuo y de entendimientos entre todos.

Nos basta un hecho; que queremos conquistar la riqueza social, no para destruirla, sino para administrarla mejor que el capitalismo, más eficazmente que el Estado. Eso nos obliga a:

a) Conocer esa riqueza de que hemos de posesionarnos.

b) A saber desde ahora qué resortes han de moverse para que de la expropiación de los expropiadores resulte una ventaja positiva e inmediata para la sociedad.

Sin dañar la libertad de nadie, ni poner trabas al desarrollo futuro, podemos hacer este cálculo:

Nuestra producción de energía eléctrica se calcula ahora en un millón y medio de kilovatios-hora. Pero solamente la energía hidroeléctrica posible en España puede llegar de 10 a 20 millones de kilovatios-hora. Un equivalente, en carbón, a 75 millones de toneladas. Esa energía aplicada a máquinas de trabajo puede producir el resultado del trabajo de más de 50 millones de esclavos en una jornada de ocho horas por día. No sólo es conveniente apuntar la idea general del aprovechamiento de esa energía inmensa, que hoy se pierde estérilmente, sino que incluso habríamos de tener ya estudiados los lugares en donde se montarían esas usinas eléctricas, sus condiciones, su rendimiento, etc.

Podemos estudiar el suelo español y advertir la falta de bosques y la urgencia de su creación, por los beneficios climáticos, industriales, de enriquecimiento del suelo que de ellos resultarían. ¿Qué podría perjudicar a las generaciones futuras el establecimiento previo de todos los detalles, posibles por expertos, de cómo hemos de llevar a cabo esa obra de repoblación forestal socialmente necesaria?

La economía, que trata con factores conocidos y con elementos calculables, es asunto de regulación social. En las mismas condiciones puede comenzarse desde hoy el estudio para su mejor aprovechamiento que mañana. La improvisación en este terreno puede resultar ruinosa. Si demostramos desde ya conocimiento y dominio de los problemas a resolver, y ponemos de manifiesto la manera de resolverlos, inspiraremos cada día mayor confianza a las grandes masas y la tarea de la revolución, que se hace en primer lugar para satisfacer necesidades que en el orden actual quedan insatisfechas, saldrá beneficiosa y aliviada. Nos basta en lo político la destrucción de todo poder que haga la ley para todos y la obstrucción de toda tentativa de reconstruir ese poder, cualesquiera que sean sus formas. La comunidad misma sabrá trazarse normas de convivencia que no necesitamos prever ni determinar de antemano. Pero demos al César lo que es del César, a la Libertad lo que es de la Libertad, a la Necesidad lo que es de la Necesidad.

Capitulo IV
La población española y su distribución

Es importante el conocimiento de la población española, pues los problemas de la reconstrucción no serían exactamente los mismos si el territorio nacional sólo contase con diez millones en lugar del doble.

Los alimentos, tierras, minas, viviendas, etc., no son ilimitados y, sobre todo, es preciso que se acrecienten, no como en otros tiempos, conquistando nuevos territorios, sino intensificando los cultivos en los antiguos, pidiendo a la industria y a la técnica lo que no puede dar la naturaleza espontáneamente.

El índice del desarrollo de un país no se mide por su población agrícola, sino por su población industrial. En países fértiles y de fácil cultivo, como el Canadá, con una décima parte de la población en el campo se pueden abastecer plenamente las necesidades de la población. En España podría duplicarse esa suma y exigir para la agricultura un 20 ó 30 por ciento de su población; con lo cual el trabajo del campo, hoy una maldición, por culpa de la ignorancia, de los gravámenes fiscales, del régimen de la propiedad, del atraso técnico, se convertiría en una de las ocupaciones más sanas, renditivas y aliviadas.

España se encuentra relativamente retrasada en todo, en agricultura, en industria, en el transporte, en la cultura. La revolución debe realizar en pocos años un salto hacia delante prodigioso, construyéndose un instrumental técnico de que carece, transformando los métodos de cultivo de la tierra, repoblando sus bosques, recogiendo hasta la última gota de agua de sus ríos para los riegos, multiplicando los caminos y carreteras, convirtiendo en tierras productivas los desiertos de sus mesetas, etc.

Por otra parte, su población es bastante numerosa como para conseguir grandes cosas en pocos años. Calcúlese lo que el enorme aparato represivo, guardias civiles, guardias de Asalto, policías, guardias rurales y urbanos, personal de la Magistratura, empleados del ministerio de la Gobernación, en fin, todo el mecanismo de la defensa policial y judicial del privilegio capitalista podría llevar a cabo si se dedicase a repoblar los bosques, a fomentar la arboricultura, a inundar de árboles frutales los bordes de todos los cami-

nos, los ejidos de todos los pueblos. Con sólo cinco años de trabajo regular en ese sentido, España se convertiría en un vergel, sus bosques mantendrían la humedad del suelo, harían de la fruta un alimento común.

Dedíquese, por ejemplo, el equivalente a las fuerzas improductivas del ejército y la marina a construir canales de riego, embalses de agua, diques, etc., etc., y dígasenos si el aspecto del territorio español, de árido que es no se convertiría en un lugar delicioso, donde, con un trabajo agrario mucho menor y más descansado que el actual, se obtendría doble cosecha.

Y apenas nos referimos al trabajo de 350.000 hombres hoy consagrados a defender la caja de caudales de los ricos, a poner trabas a toda labor fecunda que no sea al mismo tiempo controlada y renditiva desde el punto de vista capitalista.

Pero el parasitismo es infinitamente más grande.

La población española puede calcularse en 24 millones de habitantes. En 1930 la natalidad era calculada en 28,8 por 1.000; la mortalidad de un 17,8 por 1.000. El crecimiento anual absoluto de la población española fue de 0,61 por ciento en el período de 1800-1870, de 0,52 en el de 1870-1910 y de 0,65 en el de 1910-1930.

Una tendencia a vivir sin trabajar, muy humana por lo demás, se advierte en todos los tiempos en España, tendencia que se ha puesto de relieve demasiado por los observadores superficiales y ha creado una fama especial en torno al español.

Pero esa tendencia es la propia de las clases privilegiadas, pues sus obreros y campesinos son excesivamente laboriosos y nosotros que los conocemos en muchos países, no podríamos sostener la tesis de una inferioridad cualquiera, desde el punto de vista de la habilidad, de la resistencia, de la constancia en el trabajo. Se encuentra a los españoles en las fábricas más modernas de Estados Unidos, en las pampas argentinas, en todos los lugares de trabajo del mundo y en todos los climas, a la par de cualquiera. Si en algo se distinguen, es quizá por su mayor espíritu de independencia, por su mayor propensión a la rebeldía. Por eso se les han cerrado en algunas partes las puertas, no por inferioridad para el trabajo.

En el censo de Campomanes de 1787 había sólo una quinta parte de la población en funciones económicas útiles. En cambio se contaban 481.000 hidalgos pagados de su abolengo, 189.000 clérigos, 280.000 criados.

Censos posteriores pueden modificar las denominaciones, pero siempre encontraremos a una parte de la población eludiendo todo compromiso con el deber de ganar el pan con el sudor de la propia frente; y mientras el régimen económico y social no varíe de un modo radical, no hay que soñar con que ese parasitismo pueda ser suprimido.

En 1915, en las 49 capitales de provincia y en los 40 municipios de más de 30.000 habitantes, había 4.646.633 habitantes, o sea, el 23 por ciento de la población. Aumentó desde entonces ese porcentaje, indudablemente; pero, no obstante, aún es superior la población del campo a la de las ciudades.

Para ilustrar el significado de la distribución de la población, he aquí las condiciones de Francia:

En 1789, su población rural, era de 26.363.000; su población urbana de 5.709.270. Por cada cinco habitantes que había en la campaña no habitaba más de uno en la ciudad.

En 1921 la población rural y la urbana se equilibran.

En 1926 la población agrícola no representa más que un 37 por ciento del total. De 1921 a 1926 la agricultura francesa perdió casi un millón de trabajadores que acudieron a las ciudades a ofrecer sus brazos a la industria.

El desequilibrio entre el crecimiento de algunas grandes ciudades y el de las regiones correspondiente, se acusa sobre todo en Cataluña. En 1920 la población total de Cataluña era de 2.244.719 habitantes y Barcelona contaba con 721.869. En 1930 las cifras eran 2.791.292 y 1.005.565, respectivamente. En 1934, según los datos calculados, la población de la región era de 2.969.921 habitantes, y la de Barcelona, de 1.148.129.

En 1910 había en España 406 mil personas dedicadas al comercio y al tráfico; en 1920 llegaban a 644 mil; en este último año el porcentaje correspondiente a la industria y a la minería era de 21,3 por ciento; muy inferior, como se ve, al de casi todos los países europeos.

La población española está agrupada en 46.082 núcleos, desde ciudades de un millón de habitantes a caseríos de una docena o dos de personas. Hay 284 ciudades, 4.669 villas, 16.300 lugares, 13.211 aldeas y 11.618 caseríos.

Otra distribución merecedora de tenerse en cuenta el primer tiempo de la revolución es esta: se divide España en 527 partidos judiciales, en 12.340 distritos municipales y en 9.260 Ayuntamientos. Aun cuando la futura estructuración tendrá un fondo más económico que geográfico-político, la realidad actual debe ser conocida.

Comparando la población censada en 1910 con la actual estimamos en 10 millones de personas las que en España están en edad de trabajo, desde los 18 a los 50 años. De esa cifra no hay en la actualidad cinco millones dedicados a una labor socialmente útil en el campo y en la industria, y eso que incluimos también a los desocupados y a los familiares de las empresas campesinas y ganaderas.

No contamos para el porvenir inmediato, como población productiva, a los niños menores de 18 años y a los ancianos de más de 50.

Los 9.260 municipios tienen esta población aproximadamente, según las cifras de 1920:

25 municipios no pasan de 100 habitantes;
1.325 municipios oscilan entre 100 y 300;
1.078 municipios pasan de 300 sin llegar a 500;
2.243 municipios oscilan entre 500 y 1.000;
1.697 municipios oscilan entre 1.000 y 2.000;
749 municipios oscilan entre 2.000 y 3.000;
700 municipios oscilan entre 3.000 y 5.000;
523 municipios oscilan entre 5.000 y 10.000;
284 municipios pasan de 10.000 y de ellos sólo 9 tienen más de 100.000 habitantes.

La cifra media de 43 habitantes por kilómetro cuadrado, es demasiado alta para un país agrícola y demasiado baja para un país industrial.

En resumen, la población española dentro del capitalismo es excesiva; y la pequeña válvula tenida hasta aquí de la emigración, no puede contarse en lo sucesivo; por consiguiente la población aumentará, no obstante lo que la miseria, la tuberculosis, puedan ralear las filas.

Dentro del régimen actual no hay más perspectivas que las de las privaciones crecientes, la opresión y la esclavización cada vez mayores de los que trabajan.

En una economía socializada no habrá individuos improductivos; todos tendrán una tarea que realizar y podrán elegir esa tarea en límites amplísimos. Los cuatro o cinco millones de seres que hoy se desloman en la industria, en el campo, en la mina, en la pesca, para llevar un mendrugo a su hogar y abastecer la mesa de los funcionarios del Estado, de los intermediarios del comercio, de los señores de la industria, de los rentistas, cobradores de cupones de la Deuda, etc., etc., verán automáticamente duplicado su número. Ya por ese solo hecho es indudable que el alivio se hara sentir en el acto. Si todos comen, es justo que todos trabajen.

Pero además, el alivio será de año en año más notable si se realizan las obras públicas de riego, de comunicaciones y transportes, de laboreo de los minerales, de fabricación de toda especie, de repoblación forestal, que tanta urgencia tienen.

Con los actuales métodos de producción y en el estado actual de la economía española, la capacidad alimenticia posible en España alcanzaría, según Fischer, para 27 millones de habitantes. Pero ese límite podría alejarse bastante con las transformaciones que la revolución propicia.

Capítulo V
Una sociedad de productores y de consumidores

La idea de la supresión del parasitismo económico y político está, o al menos debiera estar, bastante madura en la mente de los pueblos para su inmediata realización. A los que trabajan no les agrada verse esquilmar la mejor ración del producto de su esfuerzo, y si no fuera por la fuerza policial y militar del Estado, es seguro que la máxima de justicia, *el que no trabaja no come*, se vería instantáneamente traducida en hechos prácticos. Pero es que los trabajadores de las fábricas y de la tierra viven tan sometidos a un régimen de subyugación y tan sujetos a las cadenas de la esclavitud como los esclavos de todos los tiempos; la sola diferencia está en que los asalariados modernos tienen la libertad de elegir amos en las llamadas democracias, libertad también ésta un tanto relativa.

Los realmente productores son una ínfima minoría social; una décima parte de la población vive del aparato estatal; otra décima parte vive del comercio capitalista[1], sin contar otras categorías improductivas, importantes y sin contar las categorías improductivas naturales, los ancianos y los niños.

De diez millones de personas aptas para el trabajo en España, apenas encontramos cuatro millones y medio o cinco en el proceso productivo de la industria y la agricultura. La revolución, por lo menos, hará que ese parasitismo desaparezca, con lo cual ya estaría justificada; y, por consiguiente,

[1] «Realmente el número de comerciantes ha aumentado mucho en todos los países cultos. Mientras que en el Imperio alemán, en el año 1882, el 8,6 por ciento de los individuos activos correspondían al grupo Comercio y tráfico, en 1895 eran 10,9, en 1907 eran 13,9 y en 1926 eran 16,5. El hecho manifiesto del rápido aumento de la clase mercantil suele relacionarse con otro hecho igualmente indiscutible: el de la tensión mercantil, es decir, la diferencia entre lo que el productor recibe por las mercancías y lo que el consumidor debe pagar, se ha hecho extraordinariamente grande. Así se ha comprobado, por ejemplo, que en Berlín, en el otoño del año 1930, pagábase por un quintal de patatas, en el comercio al por menor, 3,50 marcos, mientras que el productor sólo recibía, 1,48; el precio medio de una libra de costillas de cerdo sólo se pagaba al ganadero a 86 pfening la libra» (Alfred Weber: *La economía mundial al alcance de todos*; traducción española, pág. 87).

desaparecerá la abundancia junto a la escasez, la ostentación del lujo junto a la miseria más extrema. Si de cierta producción no alcanza lo suficiente para todos, se racionará de manera que nadie quede sin su parte, grande o pequeña; distribuirá equitativamente la alimentación, el vestido, la vivienda; sembrará con mayor sinceridad y aliento la cultura primaria y la instrucción especializada; pondrá en movimiento todos los brazos y todos los cerebros y, por primera vez en la Historia del Mundo, no habrá ni inteligencias ni músculos en huelga forzosa; todas estas fuerzas tendrán desde el primer día amplio campo para materializar su potencia.

También por esto es deseable la revolución, que hará de la República de guardias, que es la flamante República española, una vasta comunidad de productores y de consumidores.

No creemos mayormente en la resistencia al trabajo, incluso de parte de las clases hasta aquí crecidas en el ocio; habrá dificultades iniciales hasta repartir adecuadamente esa enorme población entre los gremios en los cuales pueden hallar más fácil y cómodo acceso; pero la dificultad mayor no estará ahí, sino en las consecuencias de un bloqueo internacional.

Falta en España el algodón, por ejemplo, sin el cual alrededor de trescientas mil personas, entre obreros textiles y obreros de la confección, quedarán sin tarea; falta petróleo, sin el cual el transporte ha de verse seriamente obstaculizado; falta, aun cuando es menor su importancia, papel, sin el cual muchos millares de obreros gráficos, de periodistas y escritores, etc., quedarán sin ocupación; esas son las materias en que a primera vista advertimos déficit sensible; nos parece que en todo el resto los problemas son menores.

La revolución debe, desde su principio, preocuparse de asegurar el algodón para las fábricas de Cataluña[2] y para el vestido de la población; debe preocuparse de resolver el problema del petróleo sintético, por la destilación de carbones minerales. No hay dificultades técnicas insuperables, pues todas esas contingencias han sido vencidas por la ciencia moderna; pero si la revolución no quiere volver a un nivel de vida inferior, sino aumentar el bienestar general, debe contar con petróleo para sus automóviles, sus camiones, sus barcos, sus aviones, y debe sembrar desde el primer año el algodón suficiente para que no se paralice el trabajo textil y la confección.

Naturalmente, estos problemas, aun cuando conviene resolverlos, serían de menor urgencia si el bloqueo mundial no se produjese y se pudiera abastecer el consumo con el petróleo ruso, con el algodón americano, a cambio de bastante mineral de hierro y cobre.

[2] Al estallar el movimiento revolucionario nos hemos preocupado desde el Consejo de Economía de Cataluña y desde el Gobierno de la Generalidad de este gran problema. Comenzamos por resolver industrialmente la algodonización de la paja de lino y del cáñamo, y se hicieron ensayos suficientes sobre la utilización de la retama para obtener, por ejemplo, un substitutivo del yute. Naturalmente, la falta de algodón se habría sentido a pesar de la producción posible de cáñamo y de lino algodonizados, pero no en las proporciones en que se ha dejado sentir a los pocos meses de la guerra. Nuestra salida de aquellos departamentos ha paralizado esos trabajos.

Del mineral de hierro extraído en las minas españolas, sólo una mínima parte es fundido en el país; *el resto se exporta y vuelve convertido en maquinaria*, en instrumental, etc. La revolución debe hacer de la industria metalúrgica española una realidad y multiplicar los altos hornos, las fábricas de máquinas, sustituir en lo posible el viejo arado romano y, en general, la tracción *a sangre por el arado moderno y el tractor, apropiados para* las mesetas y las regiones llanas; debe electrificar lo más que pueda de sus ferrocarriles y de sus fábricas; debe aprovechar todos los saltos de agua, tanto para los riegos como para la producción de energía eléctrica; debe encauzar seriamente el problema de la repoblación forestal, la preparación de nuevos territorios para la agricultura y la ganadería, la utilización de la fuerza del viento, etcétera.

En una palabra, la revolución debe hacer en pocos años lo que el capitalismo es impotente ya para crear: una España capaz de alimentar, de vestir, de alojar a una población que no tardará en llegar a los treinta millones de habitantes si las corrientes emigratorias siguen cerrándose como se han cerrado en los últimos tiempos[3].

Toda voluntad de trabajo encontrará fácilmente su puesto gracias a la revolución, que vincula la ciencia de los laboratorios y de los gabinetes con la técnica y con el trabajo útil.

De esa solidaridad tiene que surgir forzosamente algo superior a lo que pueden darnos la política capitalista, las especulaciones de los financieros, la voz de mando de los generales.

No necesitamos *la hipótesis de Dios para la construcción ideal de nuestra* sociedad de trabajadores; no tenemos que recurrir tampoco a la hipótesis del Estado. No queremos que todos bailen a la misma música, que todos marquen el paso al unísono. Incluso admitimos la posibilidad de diversos organismos, *unos más y otros menos revolucionarios*, unos más y otros menos amigos de la nueva situación. Lo importante es que todos los españoles tenemos un mínimo de necesidades que satisfacer y, en holocausto a eso, debemos contribuir, por deber y por derecho, al proceso de la producción de los bienes para satisfacerlas. Lo mismo que hoy en la fábrica trabajamos con diversidad de mundos políticos, interesándonos en ella más el buen obrero, el buen compañero de labor, que el compañero de ideas, así mañana nos codearemos en los lugares de trabajo con gentes que no piensan como nosotros, que incluso nos son política o socialmente hostiles, y a los que habremos de vencer por el ejemplo de nuestra obra, por la eficacia de nuestra orientación. Hay diversas organizaciones obreras en España; todas deben contribuir a la reconstrucción de la economía y a todas se les debe dejar su puesto. La revolución no rehúsa ningún aporte de ese terreno; luego, fuera de la producción y de la distribución equitativa, obra de todos y para todos, cada cual propiciará la forma de convivencia social que mejor le agrade. Lo mismo que no negaremos el derecho a su fe religiosa, a los que la tengan, e incluso la

[3] Ha dicho Lucas Mallada: «Por todas partes, sea labriego o artesano, el bracero español se halla peor vestido, peor alimentado y peor albergado que cualquier otro europeo de igual condición social».

ostentación de esa fe, tampoco negaremos, a los que no participen de nuestras concepciones sociales la libertad de defender las suyas y de practicarlas, siempre que no sean agresivas, siempre que no quieran forzarnos a nosotros y a quienes no las comparten a ser de los suyos. Entonces habría hostilidad y guerra civil. Incluso prevemos que los amigos del modelo ruso podrán tener para su uso particular, fuera del régimen económico que ha de ser fruto de una gran concordancia, sus comisarios del pueblo; prevemos que los socialistas políticos podrán tener su Parlamento, seguir pronunciando sus discursos. No nos afectará en lo más mínimo y nosotros nos contentaremos con la disposición, siempre latente, a impedir cualquier manifestación agresiva de una fracción contra otra que no quiera practicar sus ritos políticos o religiosos, y a mantener el aparato productivo y distribuidor en poder de los productores y los distribuidores mismos[4].

Libertad, pues, libertad absoluta en el orden político; coordinación de todas las fuerzas en el orden económico, producción de todos para todos, distribución equitativa de los productos. ¿Qué puede objetarse a una sociedad organizada de esa manera? Y ésa es posible desde hoy mismo, con sólo que los trabajadores y los campesinos víctimas de la iniquidad reinante lo quieran y se dispongan a descargar sus hombros del peso aplastante de tanto parasitismo como les agobia.

Creemos que esta revolución no dañará a nadie y beneficiará a todos. ¿Qué importa que muchas gentes que hoy disfrutan excesivamente hayan de volverse un poco más parcas y conozcan lo que cuesta el pedazo de pan que se llevan rutinariamente a la boca sin haber dado en cambio nada de esfuerzo? Para ellas mismas sería un bien moral y físico ese cambio de la situación. Pero sobre todo la clase media y el proletariado no sólo no tienen que perder nada, sino que tienen un mundo que ganar en una fraterna cooperación productiva, gracias a la cual unos y otros alcanzarán un nivel de vida tolerable y, sobre todo, seguro. No habrá miserias ni inquitudes por el mañana, no habrá continuas tragedias de sin trabajo, de gentes que han conocido en la clase media un relativo confort y hoy se ven en plena miseria, sin pan y sin esperanzas. Todo eso desaparecerá, porque habrán sido abiertos al trabajo fecundo todos los lugares de producción, sin más línea directriz que la satisfacción de las necesidades sociales.

Los temerosos de siempre suponen que la revolución, que es obra de justicia, va inspirada por la venganza. Es un error: más bien hay que temer que la revolución triunfante peque en España de exceso de generosidad. El proletariado español es todo lo contrario del vengativo, y al día siguiente de encontrarse en posesión de la riqueza social, habrá olvidado su largo calvario. Los hombres y mujeres que no han sido habituados al trabajo desde su juventud, es inútil forjarse ilusiones, no serán de gran eficacia; al comienzo, al menos, toda esperanza está en sus hijos, que serán educados desde temprano en una nueva moral e instruidos para ser mañana útiles. A la vieja

[4] Sobre estas ideas de tolerancia y de convivencia pacífica, véase nuestro folleto: *¿Colaboración y tolerancia o dictadura? El problema de la armonía revolucionaria*, 1938, 64 páginas.

generación parasitaria será preciso encontrarle alguna ubicación en labores fáciles y de poco esfuerzo, pues lo contrario sería pedir peras al olmo.

Uno de nuestros camaradas, el Dr. M. Pierrot, propone como medida de oportunidad y de conveniencia, asegurar una especie de renta vitalicia a los privilegiados desposeídos de sus riquezas, dada la dificultad con que se habrá de tropezar para su adaptación el nuevo orden de cosas. La nueva generación podría darse por feliz si puede comprar a ese precio su seguridad y las garantías de su libre desenvolvimiento[5].

Naturalmente, hay una parte de los capitalistas, los empresarios, los pequeños industriales, que conocen su materia, que han comenzado a la par de los demás obreros o que pueden ponerse a la par de ellos; su porvenir como técnicos y expertos en su industria o su rama especial de trabajo está perfectamente seguro; no serán los amos, pero serán miembros indispensables de la nueva estructura social y en ella podrán desarrollar, mucho mejor que en su situación anterior, su espíritu de empresa, sus iniciativas, las ampliaciones deseables de sus establecimientos, etc.

Podríamos revisar una por una todas las categorías de la población y ver cómo nada tendrían que temer del cambio social inevitable. No habrá palaciegos ni cortesanos, ni habrá gentes reventando de disfrutes, enfermos de gota ni de aburrimiento por el derroche y el vicio. No llegan a cien mil los hogares españoles que habrán de sentir mermada su situación por el proceso revolucionario: nos referimos a esas cien mil personas a quienes consideramos propiamente ricas y con base económica a cubierto de toda emergencia; en cambio, para los veintitrés o veinticuatro millones de españoles restantes, la revolución será libertadora, y para cerca de veinte millones, será también portadora de un nivel superior de existencia al que han conocido con el capitalismo.

[5] Después del movimiento de julio, hemos sido de los pocos que insistieron sobre ese mismo pensamiento. En nombre de un revolucionarismo mal entendido, no hemos sido escuchados y esa falta explica, en parte, el giro ulterior de los acontecimientos y la pérdida de las simpatías que había suscitado nuestra revolución no sólo en el proletariado, sino en las filas de la clase media y de la pequeña burguesía (1938).

Capítulo VI
De la iniquidad económica y social a la justicia

¿QUÉ ES LO QUE observamos en la estructura de la vida que se desarrolla a nuestro alrededor, de acuerdo a las directivas del capitalismo?

Un formidable aparato productivo, elevado por la técnica y la ciencia a un grado de posibilidades insospechado, y su falta de aprovechamiento por la contradicción inherente al sistema de especulación, de la producción rentable para los mercados y no para los consumidores, no para las necesidades.

Cada obrero norteamericano tiene a su disposición 3.000 esclavos de energía en forma de 300 caballos mecánicos de fuerza; cada caballo de fuerza es equivalente al trabajo hecho por diez esclavos humanos. ¿Qué magnate de la antigüedad griega o romana o egipcia podía contar con tantas fuerzas a su disposición? En otros países el desarrollo técnico es menor; pero, sin embargo, son muchos los esclavos mecánicos de que dispone el productor moderno, y su número podría fácilmente doblarse, triplicarse, quintuplicarse.

Pero, ¿es que el bienestar humano corresponde a esas posibilidades? ¿Es que hay relación entre la manera cómo vivimos y cómo podríamos vivir? La producción de acero de Estados Unidos disminuyó en 1930, en comparación con el punto culminante alcanzado antes, en más de un 50 por ciento; la de Inglaterra y Alemania, en un 50 por ciento; la de Francia, en un 33 por ciento. El descenso no ha menguado y el comercio mundial marca igualmente la enorme proporción de la caída. Se tiene un inmenso aparato productivo, se cuenta con medios de transporte modernos y rápidos, pero en algunas industrias hasta el 70 y el 80 por ciento de su personal está con los brazos cruzados.

Los países agrícolas ven pudrirse los cereales en los campos o en los depósitos sin compradores, mientras los pueblos industriales abarrotan los depósitos de mercadería sin salida y acrecientan sin cesar el paro forzoso. En los países industriales de Europa y de América pasan de 50 millones los parados y, por más proyectos que se tejan y más empréstitos que se hagan, la situa-

ción del mayor número de esos trabajadores, empleados y campesinos, no puede mejorar ya en el régimen actual[1].

Una sociedad como la presente, que hace posible una productividad grandiosa con una miseria igualmente extraordinaria, no debiera tener defensores. Los que realmente están en ella libres de preocupaciones y a seguro de las contingencias son una ínfima minoría; los más están expuestos a perder el pan y el techo cuando lo tienen.

No hay seguridad más que para los pocos y si en la línea de batalla no encontramos más combatientes contra la organización que nos degrada y nos arruina, impidiendo el trabajo de los que desean producir, obstaculizando el aprovechamiento de todas las energías disponibles, es por el temor misoneísta propio de las grandes masas.

Examinemos el caso de Alemania.

Sobre 65 millones de alemanes, un 32,5 por ciento son considerados productivos; de ellos 29 millones ganan menos de 200 marcos por mes.

«La parte de los pobres —escribe F. Fried (*La fin du capitalisme*)— sobre todo el ingreso nacional, es, en Alemania, alrededor del 70 por ciento; la de la clase media, de un 26 por ciento y la de los ricos (30.000 hombres) casi 4 por ciento. De otro modo: 29,5 millones de hombres ganan por término medio de 130 a 140 marcos por mes; 3,5 millones alcanzan a 450 marcos por mes y 30.000 hombres de 12 a 13 mil marcos mensuales. Pero esta no es más que una estadística superficial: un análisis más profundo revela diferencias todavía más notables.

«Tomemos primeramente —continúa el mismo autor— esos 29,5 millones de hombres que ganan cada uno menos de 140 marcos por mes. Entre ellos, 16 millones, o sea, más de la mitad, no llevan cada mes a su casa 100 marcos; 6 millones aportan sumas que varían entre 100 y 125 marcos, y 7 millones y medio entre 125 a 200 marcos. Esto significa que la mitad de la población productiva en Alemania no recibe siquiera el salario mínimo oficialmente reconocido como indispensable.

«Si se analiza desde más cerca la composición de la capa intermedia ya ínfima en Alemania, su rol parece todavía más limitado. Se trata de 3 millones y medio de hombres productivos. Entre ellos 2 millones y medio, o sea un 70 por ciento, ganan entre 500 y 1.500 marcos mensuales. Aquí sería preciso, a decir verdad, detenerse, porque no quedan más que 77 mil hombres que tienen una ganancia mensual que se eleva de 1.500 a 3.000 marcos. Si se les añade a los 30.000 ricos se obtiene para toda Alemania el total de 100.000 hombres que viven realmente sin preocupaciones».

¿Para qué tanto empeño, tantos sacrificios, tantos crímenes si al fin y al cabo el régimen capitalista no libra propiamente de inquietudes económicas más que a una parte insignificante de la población?

El hitlerismo, una de las manifestaciones más horrorosas del retorno a la barbarie, si es que no agraviamos con eso a los más bárbaros de los tiempos

[1] D.A. de Santillán: *La jornada de seis horas*, Buenos Aires, 1926.

viejos, sólo ha surgido y existe para salvar a esos 100.000 alemanes libres de las preocupaciones, del *castigo* proclamado en la Epístola a los tesalónicos: *el que no trabaja no come.*

Lo que anteriormente transcribimos sobre Alemania, puede aplicarse en líneas generales a cualquier otro país.

Dejemos de lado, sin embargo, la crítica al sistema capitalista, porque ha llegado ya a una situación en que se resquebraja solo y sus llagas están a la vista de los más ciegos y sus efectos son sentidos como nunca hasta por los más indiferentes. Más que hora de crítica, es hora esta de ofrecer soluciones. Y nosotros damos la nuestra, sin preocupaciones de partido, sin preconcepto alguno, como alguien que, examinando fríamente las cosas, hijo de su época, buscase el camino más recto hacia el gran objetivo de la salvación humana: el aseguramiento del derecho a la vida y al trabajo.

La propiedad privada debe hacer lugar a la socialización de la propiedad, que no ha de confundirse —repetimos— con estatización, con capitalismo de Estado. Una economía comunista no es una herejía ni es ningún imposible; entra, por lo menos, en el terreno de la justicia. Tanto es así que la Iglesia católica, cuando aún estaba influída por el cristianismo, antes de transigir y someterse a los Césares de Roma, defendía el comunismo con ardor y con entusiasmo, y sus mejores apóstoles lo han seguido haciendo a través de los siglos. Hoy la Iglesia es el último baluarte de la propiedad privada, la última defensa de la riqueza parasitaria e improductiva, el último sostén tradicional de la tiranía y de la expoliación.

«Los crímenes, las guerras y los pleitos —decía Juan Crisóstomo— nacieron cuando se pronunciaron aquellas heladas palabras *tuyo y mío*» Y también él decía: «Aunque hayas heredado tus bienes de tu padre y tu padre de sus abuelos, remontando en la serie de tus antepasados, tropezarás infaliblemente con el criminal» (Lo que quiere decir que el origen de la propiedad está en el robo).

San Ambrosio sostenía que la tierra es una propiedad (como el aire) «común para todos» y que la propiedad privada tiene su origen en la usurpación.

De San Basilio es esta frase: «La sociedad perfectísima es la que excluye toda propiedad privada. Este fue el bien primitivo que se turbó por el pecado de nuestros primeros padres. El propietario privado es como el que, apoderándose de cosas comunes, se las apropia, fundándose únicamente en la ocupación»...

San Ambrosio el Grande afirmaba: «La tierra, de donde todos procedemos, es común. En vano se consideran inocentes los que guardan para uso privado los dones que Dios hizo comunes».

La propiedad privada, pues, según los padres de la Iglesia, es un pecado. Y según San Jerónimo, todo rico es un inicuo o heredero de un inicuo.

Pero no sólo es inmoral la propiedad privada, sino que es un obstáculo insalvable en el camino del reajuste económico del mundo. En torno a ella florece el monstruoso parasitismo comercial, burocrático, político, social; en torno a ella se desarrolla la desocupación, la esclavitud del hombre ante el hombre, con todas las murallas chinescas del anacronismo reinante.

Fermín Galán, el héroe de Jaca, tuvo por un momento la balanza de la historia de España, y de gran parte del mundo en la mano; si hubiese sido tan estratega como revolucionario, habría triunfado y ensayado su proyecto de nueva creación, inspirado en las fuerzas de nuestro movimiento obrero organizado y en ideas sociales libertarias pasadas por el tamiz de su espíritu apasionadamente realizador. Galán, reconociendo el hondo arraigo biológico e histórico de los egoísmos individuales, en oposición a la supresión de la propiedad, admite la propiedad en su usufructo, no transmitible, no acumulable, como etapa inmediata hasta que una experiencia de convivencia moral, justa y libre haga posible otra solución mejor. Sostiene que una parte igual para todos de la riqueza social satisface al instinto social, no al individual, y rechaza en consecuencia las dos fórmulas del socialismo: «A cada uno según su capacidad», y «De cada uno según sus fuerzas y a cada uno según sus necesidades»; es partidario de ésta: «A todos y a cada uno según su capacidad y su esfuerzo físico».

No podemos pasar por alto en absoluto la parte de exactitud que hay, sin duda, en la previsión de Galán, y es muy posible que la revolución socializadora tenga que ceder en algunos lugares al instinto individual campesino de la propiedad, lo que implicaría una coexistencia de propiedad socializada totalmente y de propiedad privada, sólo que no heredable, no acumulable, en simple usufructo.

Por otra parte, no debemos olvidar los antecedentes de propiedad comunal tan arraigada en España, y de los que Joaquín Costa, en su *Colectivismo agrario*, y Rafael Altamira, en su *Historia de la propiedad comunal*, dan tantos ejemplos. Este último, refiriéndose a esa comunalización de la propiedad, nos dice:

«Obsérvese que nuestra península es abundante en valles pequeños, en montañas, en sitios, en fin, donde no caben grandes explotaciones agrícolas, así como en otros cuyas condiciones climatológicas y geológicas no se prestan a los cultivos extensos ni a los intensos, sean o no de producción exportiva. Justamente, pienso yo que se nos ofrecen esas supervivencias (de propiedad comunal) como un comunismo propio, tradicional, que no asusta a nadie, que ya ha hecho sus pruebas, y en el cual puede verse un medio de ir al unísono (en cuanto al campo se refiere) con las nuevas ideas económicas y sociales y, a la vez, encauzarlas en algo práctico que no es una panacea, sino una realidad experimentada y con arraigo psicológico en buena parte del pueblo español». (*Historia de la propiedad comunal*, 1929, I, págs. 20-21).

Además, el campesino español vive tan miserablemente con su propiedad que nada tendría que perder al aportarla a la sociedad a cambio de una mejor explotación y de una distribución más adecuada del trabajo y de sus productos.

De 13.530 contribuyentes por tierra de la provincia de Avila, 11.452 viven con ingresos inferiores a una peseta diaria, 1.758 con ingresos inferiores a 5 pesetas, y 155 con ingresos entre 5 y 8 pesetas. En base a esas cifras, aplicables por término medio a toda España, puede decirse que más del 90 por

ciento de los propietarios españoles de tierras ganan menos que el promedio de los trabajadores sin propiedad de la industria.

Sobre un total de 1.026.412 propietarios de tierras españolas catastradas, 847.548 ganan menos de una peseta diaria, lo que nos da «una clase proletaria de la tierra, lo que no difiere en nada de los proletarios agrícolas o trabajadores del campo en cuanto a su absoluta dependencia del mercado de los salarios». (S. Madariaga: *España,* 1930, pág. 74).

Esos campesinos, si en algunas partes exigieran la conservación de la propiedad de su tierra en las condiciones propuestas por Fermín Galán, obligando a una concesión de parte de la revolución justiciera y liberadora, no tardarían en verse aleccionados por la experiencia sobre su error y sobre lo injustificado y nefasto para ellos mismos de su egoísmo.

***

El suplicio de Tántalo no es ninguna fantasía; lo tenemos como símbolo de la sociedad capitalista; el hombre tiene sed y no puede satisfacerla porque el privilegio se lo impide; tiene hambre y sucumbe ante los graneros repletos, ante los depósitos abarrotados. ¿Se quiere mayor contrasentido que el de la abundancia, fuente principal de miseria? Y esa es la realidad mundial.

Tántalo es el ciudadano no privilegiado de cualquier país moderno.

Para el que no tiene la cabeza revuelta por el interés mezquino, la solución es casi perogrullesca. Si tenemos materias primas, tierras, instrumentos de trabajo, brazos humanos en grandes cantidades o al menos en la proporción necesaria para asegurar un nivel superior de vida a todos, hay que romper las trabas artificiosas que se oponen al empleo de todos esos recursos. Luego, si se obtiene la abundancia en algunas materias útiles, nadie carecerá de ellas; si hay escasez en otras y no se consigue aumentar su rendimiento de inmediato, se repartirá lo existente equitativamente entre la población que las necesita. No es ningún problema de cálculo diferencial, sino una simple operación de buen sentido.

No sólo es más justo, sino que es también más práctico y beneficioso que la abundancia signifique disfrute de todos y no penuria del mayor número. Para llegar a ese resultado simplista se requiere socializar la propiedad, poner la tierra a disposición de quien quiera trabajarla, las máquinas bajo el control de los obreros, los lugares de estudio bajo la dirección de los hombres de ciencia, etc.

Algunos profetas tardíos del individualismo económico, del manchesterismo trasnochado, como F.S. Nitti, se irritan ante la sola idea de una economía comunista; y, sin embargo, el equilibrio no se encontrará más que en una forma comunista de economía o al menos en una tendencia al comunismo, por intermedio de planes reguladores, coordinadores de todo el esfuerzo productivo y distributivo de un país o de un grupo de países.

Los modernos proyectos de economía planeada, cualesquiera que sean, su-

ponen siempre la superación del individualismo económico, esencial en el capitalismo privado. Pero acortaríamos grandemente el camino si la nueva economía planeada surgiese de las masas productoras y distribuidoras directamente y no de la burocracia de un Estado convertido en supremo hacedor.

Hemos hecho ya experiencias de estatización y de comunismo estatal. Se conoce la estructuración del comunismo del imperio incaico y del comunismo egipcio. En Egipto existía el *trabajo forzado en común*. Revillout, el investigador del derecho egipcio, describe aquellas condiciones como una especie de «socialismo de Estado». Es una especie de faraonismo el que podría llegar a ser el comunismo ruso; pero esa modalidad no corresponde a la conciencia contemporánea, por más esfuerzos que haga, para que se crea lo contrario, la diplomacia del Estado supuestamente proletario.

Tanto se ha desarrollado la máquina capitalista de producción que ya ni los capitalistas mismos la entienden, y, los que la entienden, son impotentes para dominarla y dirigirla. De ahí todos los contrastes y todas las dificultades. Los mismos capitalistas, en su sed de especulación y de ganancia, desencadenaron los espíritus y ahora no saben reducirlos a la impotencia; se olvidaron de la palabra mágica y se han convertido en juguetes de la propia creación.

Algo semejante ocurre con el Estado moderno; ha crecido tanto, se ha vuelto tan complicado, sus engranajes son tan fuertes, que el hombre de Estado, que en otros tiempos ha podido ser dirigente del mecanismo, es hoy dirigido, esclavo de la máquina. Esta es hoy máquina y maquinista.

Por eso no aspiramos nosotros a ocupar en los puestos de combate el lugar de los actuales supuestos dirigentes. No podríamos hacer más que ellos ni diversamente a como ellos hacen, siendo instrumentos dóciles, forzosos, del mecanismo entero, cuya persistencia es incompatible con el derecho de la vida, cercenado en proporciones tan considerables por las consecuencias de la iniquidad económica y política erigida en sistema.

***

Según lo que podemos deducir por el estudio de la economía moderna, supresora de los localismos económicos, la evolución, el desarrollo factible para la generalidad está en la línea de coordinación y de unidad. El trabajo es una obligación, consciente en mayor o menor grado; algo que sí se pudiera eludir, no se haría. Ahora bien: si hemos de trabajar para vivir, es preferible hacerlo con el menor esfuerzo posible y no con el mayor esfuerzo, sobre todo aquel trabajo socialmente necesario, nuestra cuota a la existencia social.

El gusto individual del productor pesa menos en la economía moderna que en el artesanado, por ejemplo; diríamos que no pesa casi nada, pues el productor realiza generalmente un solo movimiento en un conjunto sin fin de movimientos que dan un resultado final acabado; puede trabajar sin saber

por qué ni para qué. Esto no es bueno, pero es lo que ocurre en la industria moderna, la misma que nosotros hemos de tomar en posesión y gestión directa.

Reivindicar, frente a eso, en lugar de conceptos más o menos en la línea económica general, una modalidad de trabajo que forzosamente nos volvería un poco al artesanado, es tanto como predicar en el vacío y sentar plaza de excéntricos.

La vida económica tiende a una viva coordinación, no sólo porque es la manera de producir más y más económicamente, sino porque la población es doble, triple, cuádruple de la existente en los tiempos del artesanado artista. William Morris ha ejecutado obras de ebanistería preciosas, pero con su sistema de trabajo no se podría surtir a la humanidad de los muebles que le hacen falta y no podría entrar su labor en la socialmente necesaria. De quererlo se haría fuera de las horas de trabajo general obligatorio, para la satisfacción de los gustos de minorías más selectas. La misión del momento es asegurar a todos los seres humanos un mínimo de existencia indispensable en alimentación, vestido, vivienda, etc., y la revolución debe encarar eso ante todo, consciente de que, asegurado ese mínimo necesario, los horizontes que se abrirán a las necesidades serán distintos y entonces podrán aplicarse principios menos unitarios, al menos fuera del mecanismo económico general.

Fuera del horario socialmente establecido para cada industria o sección de trabajo, quedaría margen suficiente para labores individuales de relieve e independientes en su concepción, ejecución y destino de las tareas comunes de la organización económica general.

Lo mismo que se tiene el ferrocarril y éste debe funcionar regularmente, tener un ritmo propio, y que no se puede volver a las carretas de bueyes como medio general de transporte terrestre, por más que aún se emplee parcialmente ese sistema, así en todas las cosas, en todas las esferas de la economía es preciso avenirse a la idea de conservar los últimos progresos y adoptar las innovaciones posibles en el sentido de un mayor perfeccionamiento, de una mayor utilidad con menor esfuerzo.

Y decimos esto, aun cuando preferiríamos, personalmente, un poco más de trabajo, a costa de una producción más escasa, pero más en armonía con la multiformidad de métodos. Ahora bien: la multiplicidad de métodos será cada día más reducida, repetimos, primero porque no siempre coincide con el beneficio y la tendencia del menor esfuerzo y, en segundo lugar, porque la población es ya tan numerosa en casi todos los países, y sus exigencias, quizá superfluas en parte, pero no menos fuertes, se han centuplicado en relación con las de la población de hace cincuenta, cien o doscientos años. Exigimos hoy mil cosas que nuestros antepasados de hace medio siglo tan sólo no soñaban posibles siquiera; somos mucho más numerosos y es preciso que la producción de un hombre de hoy sea superior, diez, veinte, cincuenta veces a la del ciudadano griego o romano de otros tiempos. Y para ello, en el primer momento al menos de la revolución, no vemos otro camino que el consubstancial de la economía moderna: la coordinación unitaria en todo lo posible, y la coordinación siempre, aun de sistemas de producción diversos, donde la coordinación de sistemas unitarios no sea realizable.

Capítulo VII
Organización del trabajo

Del Consejo de fábrica al Consejo federal de la Economía

TAL VEZ POR IRONÍA, en las Cortes constituyentes de la segunda República española, se propuso declarar a España República de Trabajadores; más de uno respondió debidamente a ese absurdo, y se dijo, con toda razón, que España era una República de guardias, o bien de trabajadores... en la cárcel.

La República de trabajadores no se hace en el Parlamento, ni por decreto de Estado; hay que hacerla con los trabajadores, en los lugares de trabajo y no fuera de ellos.

Queremos esbozar aquí el organismo económico de la revolución, las líneas generales de la nueva estructuración económica, sin hacer mayor hincapié en las partes divergentes, de derecha como de izquierda, a las que habrá de hacerse concesiones siempre que no se presenten en tono de agresividad y de hostilidad a las realizaciones prácticas distintas. No pretendemos erigir unas nuevas tablas de la ley. Pero, sin duda alguna, una República de trabajadores debe tener por fundamento el trabajo, la organización del trabajo para suprimir el capitalismo, el propietario, el intermediario improductivo. Es decir, una República de trabajadores tiene que entrar en posesión de la riqueza social y administrarla directamente por los productores mismos.

Se han hecho en estos últimos años diversos ensayos de literatura socialista constructiva por parte de los anarquistas. No diremos aquí nada nuevo; todo se ha dicho ya probablemente. Considérese, pues, este ensayo como una repetición, si se quiere; pero tal vez no esté de más, como no está de más la insistencia sobre otros temas de la propaganda cotidiana.

Es importante la literatura constructiva que hemos visto aparecer en nuestro ambiente en el curso de los últimos años; pero más importante aún es la fe popular en la posibilidad de un cambio de las condiciones económicas y políticas actuales, en forma que quede asegurado a todos los seres humanos un mínimo de exitencia accesible por el trabajo de cada uno.

Sabemos de antemano que el camino de la reconstrucción del mundo no

está libre de obstáculos, de contratiempos, de errores, de desviaciones. No concedemos a ninguna criatura humana la infalibilidad, como tampoco la concedemos a ninguna institución, por revolucionaria y proletaria que sea. Lo que importa concertar, para el primer paso, es el organismo que habrá de resolver los problemas cotidianos e inmediatos de la revolución, y ese organismo, para nosotros, no puede ser otro que el del trabajo organizado sin intervenciones de Estado y sin intermediarios y parásitos de la propiedad privada.

Se puede dar al asunto las vueltas que se quiera; si no pensamos en un retorno a un primitivismo económico imposible, hemos de aspirar a un régimen de gestión directa de la producción y de la distribución por los productores y los consumidores mismos, llegando a la máxima coordinación de todos los factores productivos, lo que nos dará ya una enorme superioridad sobre la esencia de la economía capitalista privada, que no ha sabido cohesionarse y evitar los terribles derroches y desgastes tantas veces denunciados como suicidas.

Hay algo que está definitivamente superado como principio dominante: el localismo económico. La economía actual no cabe en límites nacionales y mucho menos en los locales; por consiguiente, en economía no puede haber particularismos (el productor raramente conoce al consumidor), sino coordinación. Bakunin ha empleado palabras más duras; nos ha hablado de centralización.

Coincidimos con Cornelissen en apreciar que «el núcleo de toda producción, la célula económica es el 'establecimiento' y no el 'oficio'. Además, en todo establecimiento moderno de la grande y mediana industria, pueden trabajar juntos los obreros y empleados de cien, diez o veinte diferentes oficios o especialidades. Juntos pueden conocer sus establecimientos y preparar la organización local, nacional o internacional de todos los establecimientos en cada rama de industria».

Naturalmente, es preciso conservar la libertad del individuo en el grupo de trabajo, el de su grupo en el Sindicato, el del Sindicato en el Consejo del ramo, el de éste en el Consejo local y así sucesivamente; pero si habrán de resolverse y reconocerse múltiples casos de excepción, ha de crearse un organismo general aglutinante de la economía, y es ese organismo el que tratamos de delinear aquí, no porque corresponda a nuestra utopía íntima, muy distinta, sino porque es el que puede contar con más posibilidades inmediatas de triunfo y con más adhesiones.

No es nuestro sueño de futuro lo que intentamos definir, sino lo que es factible en este momento, con los materiales humanos de que disponemos, en las condiciones actuales del mundo. Podemos superar el régimen del capitalismo privado sin entrar en el capitalismo de Estado, y dando a los que trabajan el instrumento para convertirse en los verderos dueños de la producción y de la organización del trabajo. Si el organismo que proyectamos no llena las aspiraciones de los más exigentes, y nosotros estamos entre ellos, es siempre algo viviente y no cierra las puertas a la esperanza y a la posibilidad de futuros perfeccionamientos.

El trabajo será un derecho y será también un deber. Algunas minorías

inteligentes no necesitarán coacción de ninguna especie para trabajar todo lo necesario y más de lo necesario. ¿Pero es que ocurrirá con todos lo mismo?

La vida económica no puede ser interrumpida; al contrario, la revolución debe estimularla poderosamente y es preciso que sepamos sobre qué bases hemos de edificar desde ahora mismo para continuar produciendo, distribuyendo, consumiendo durante y después de la revolución, sin el permiso del capitalista, sin la venia del Estado, no sólo los partidarios de la revolución sino los contrarios a ella, los refractarios, los descontentos.

Se teme que en una sociedad libre, los haraganes, los no dispuestos a la labor productiva eludirán fácilmente toda carga; sin embargo, en un régimen de trabajo organizado, es muy difícil vivir al margen de la producción; más hay que temer excesos de coacción y de rigor que un aflojamiento de los lazos de la cohesión productiva.

Por eso decimos siempre que la próxima revolución, a la que los anarquistas darán todo su entusiasmo, su espíritu de lucha, su abnegación, no será una revolución tras de la cual la resistencia al espíritu de autoridad no tendrá razón de ser; prevemos larga y fecunda labor libertaria para después del aplastamiento del capitalismo, porque los siglos de educación en la autoridad y para la autoridad no se pueden borrar por un golpe de fuerza.

Si la dirección y el control del capitalista, del propietario, del empresario son desconocidos por el hecho de la revolución, en su lugar hay que poner algo propio, porque nos hace falta buena administración y relaciones con los demás organismos de producción y de distribución, locales y regionales.

En lugar del propietario, ente estéril en la economía, tendremos un Consejo de empresa, de fábrica, de granja, de cualquier especialidad de trabajo. Consejo constituido por los obreros, los empleados y los técnicos, que representa al personal de la empresa, de la nave, de la mina, etcétera, y es nombrado por ese personal siendo revocable en todo momento, modificable en todo instante si así se juzga conveniente.

Nadie mejor que los mismos compañeros de trabajo conocen la capacidad de cada uno de los que actúan en un establecimiento determinado. Ahí, donde todos se conocen, es posible la práctica de la democracia. El Consejo de fábrica, o como se llame, en representación del personal ligado al mismo lugar del trabajo, cohesiona o coordina la labor en su esfera de actividad y la liga a las actividades semejantes de otros establecimientos o grupos productivos[1].

[1] «Precisa, en cada lugar de trabajo, se cree el Consejo de Fábrica, compuesto por los camaradas que según la importancia requiera. La misión de este Consejo debe ser:
a) Intervenir para solucionar las dificultades que puedan surgir en la marcha de las secciones o fábricas.
b) Adaptar el desarrollo de la producción a las normas establecidas por el Consejo Económico, y distribuir a los delegados de sección el trabajo a realizar.
c) Recoger diariamente de los delegados de Sección el parte con los resultados obtenidos en la producción, para poder informar a satisfacción a sus representantes en el CE.
d) Convocar semanalmente a reunión de delegados de Sección a fin de cambiar impresiones sobre el desarrollo y marcha de las mismas, haciendo constar en acta cuantas sugerencias le sean

En la disposición y regulación de esa labor no interviene ninguna fuerza extraña a los trabajadores mismos. Hay autonomía completa, sin que esa autonomía se entienda como capricho en la producción, pues ésta debe responder a las necesidades y posibilidades y ha de ser hecha en vista de un conocimiento exacto de las condiciones de cada establecimiento y de las necesidades y demandas de la población.

Los Consejos de fábrica o lugar de trabajo se relacionan entre sí por afinidades funcionales y forman las Secciones de productores de artículos afines y estas Secciones constituyen luego los Sindicatos de oficio o de industria. Estas nuevas instituciones, que se forman con los Consejos o Comités de fábrica, no tienen injerencia en la estructuración interna de los lugares de trabajo, salvo el resolver la modernización del instrumental, la fusión o coordinación de fábricas, la supresión de establecimientos improductivos o poco renditivos, etc., etc.

Los Sindicatos industriales son los organismos representativos de la producción local en una rama especial productiva; no sólo pueden atender a la producción actual, sino esmerarse en condicionar la futura, creando escuelas de aprendizaje, institutos de investigación y de perfeccionamiento, laboratorios de ensayos, según sus fuerzas y la iniciativa de sus miembros.

Los Sindicatos se coaligan de acuerdo a las funciones básicas de la economía, funciones que podemos resumir en diecisiete, haciéndolo otros en catorce, otros en quince. Tal es el número de las funciones económicas, gremios o ramas generales de actividad necesarios para la buena marcha de una sociedad moderna.

Nuestros diecisiete Consejos de ramo, con los que podemos organizar toda la economía de un país, son los siguientes:

Necesidades fundamentales: Consejo del ramo de la alimentación, Consejo del ramo de la vivienda y Consejo del ramo del vestido.

Materias primas: Consejo del ramo de la producción agraria, Consejo del ramo de la producción ganadera, Consejo del ramo de la producción forestal, Consejo del ramo de la minería y el beneficio, Consejo del ramo de la pesca.

Los Consejos relacionadores: Consejo del ramo del transporte, Consejo del ramo de comunicaciones, Consejo de la Prensa y el libro, Consejo del crédito y del intercambio.

hechas, recogiendo iniciativas que conduzcan a favorecer tanto a la industria como a la forma de trabajo, remitiendo un duplicado de acta al Consejo Económico del Sindicato.
e) Velar por el cumplimiento del articulado del reglamento de régimen interior de la industria socializada, procurando impere siempre el máximo respeto mutuo y la mayor cordialidad.
f) Aumentar o disminuir el personal de acuerdo con el CE y resolver el traslado de una Sección a otra en caso de aumento o disminución productora, sea por la causa que fuere.
g) Convocar a asamblea de Sección o Fábrica cuando lo solicite la mayoría de delegados y reunirse el mismo cuantas veces lo estime necesario.
h) Los componentes del Consejo de Fábrica continuarán en su trabajo diario, pudiendo abandonar éste en caso de necesidad ineludible y plenamente justificada. (Acuerdo del Pleno Nacional de Sindicatos de la Industria Química, febrero de 1937, Valencia).

Industrias de elaboración: Consejo de la industria metalúrgica, Consejo del ramo de la industria química.

Consejo del ramo de la luz, fuerza motriz y del agua.

Consejo de la sanidad y la higiene.

Consejo de la cultura.

No creemos que quede fuera de consideración ninguna actividad socialmente útil en esa enumeración.

Pero no basta la función económica de cada gremio o ramo de industria; es preciso que haya vinculación entre todas las funciones para formar el conjunto del vasto proceso de producción y de distribución que caracteriza a nuestra época.

Formaremos así, con los diversos Consejos de ramo, un *Consejo local de la economía*; sobre la base de éstos, en zonas más vastas, *Consejos regionales*, y en el país entero, en donde la nueva vida se construye, el *Consejo federal de la economía*, sin perjuicio de una *vinculación funcional* también de los Consejos de ramo en todo el territorio revolucionario.

Explicaremos más detalladamente la misión de cada una de esas instituciones, órganos de la nueva forma de convivencia, de trabajo y de disfrute, su estructura federativa, su capacidad de cohesión perfecta, sus enormes posibilidades.

Todas las funciones económicas necesarias pueden regularse por esos diecisiete ramos de actividad, en donde cooperan, estrechamente vinculados y solidarios, los obreros manuales y los técnicos. Gremios como el de rentistas, el de propietarios de tierras, de máquinas o de viviendas, el de accionistas de compañías industriales, el de funcionarios públicos, el de los políticos, el de los policías y jueces, etc., no son necesarios en la economía, y son suprimidos como tales, siendo reabsorbidos sus miembros en aquellas actividades manuales e intelectuales para las que se cuenten con más aptitudes. Probablemente en la pequeña industria y en los restos del artesanado, en donde el capitalista es al mismo tiempo empresario y el empresario un buen obrero o un técnico, el actual propietario será mañana un miembro útil del Consejo de fábrica, con menos dolores de cabeza que en su calidad actual de amo, agobiado por vencimientos, por la inseguridad del trabajo, por las hipotecas, por el fantasma de la quiebra, etc. Lo mismo ocurriría en el campo, donde el pequeño campesino, lejos de salir perjudicado al perder su propiedad legal, ganará sobre todo en liberación de una carga que no tiene para él ninguna compensación.

La alta burguesía perderá probablemente en lujo y en derroche; no tendrá a su disposición regimientos de servidores; no tendrá el insulto del boato en medio de un nivel de vida mucho más restringido; no tendrá ricos palacios en medio de chozas miserables; pero, en cambio, si se adapta al trabajo útil, a contribuir como igual entre iguales al proceso de la producción, ganará en estima social y tendrá lo necesario para vivir a cambio de un esfuerzo de ninguna manera agobiador.

No creemos que los primeros tiempos de la revolución produzcan superabundancia en todo; esa superabundancia habrá de ser obtenida a través de

una lucha encarnizada e inteligente con la naturaleza, hasta aprovechar todos los recursos y posibilidades del país. Pero si los actuales 10.000 de arriba perderán sus privilegios y habrán de bajar de su trono, en cambio 23 ó 24 millones de españoles sentirán pronto el alivio, no sólo en tanto que menor esfuerzo, sino en tanto que mayor confort, mayor seguridad, alimentación más abundante, mejor vestido, mejor vivienda, más cultura.

Los consejos de ramo de cada localidad se unen a su vez, siempre por delegaciones, en el *Consejo local de Economía*, el centro hacia el cual convergen todos los hilos de la producción, del consumo, de las relaciones de una localidad con otras localidades.

Este esquema es el que brota de la tradición y la esencia de la organización obrera; el que surge, sin esfuerzo alguno, de pensamiento y de inventiva, cuando se trata de sustituir la economía capitalista por una economía que dirigen los productores y consumidores mismos.

No es elaboración nuestra, no es elaboración de ningún individuo, sino hija legítima de todo movimiento obrero revolucionario moderno que, en líneas generales, la vino sosteniendo así desde sus orígenes.

Lo mismo que en el Sindicato se crean escuelas de aprendizaje, de perfeccionamiento y de investigación, se hace en los Consejos de ramo. Por ejemplo: las escuelas de ingenieros de minas se integran al Consejo del ramo de la minería, como la ingeniería ferroviaria será fomentada por el Consejo del ramo del transporte.

A su vez, el Consejo local de la economía, tendrá a su cargo Institutos superiores de investigación, centros de estudio, de urbanización, etc.

Los Consejos locales de la economía se reúnen regionalmente en Consejos regionales y nacionalmente en el Consejo federal de la economía.

Desde el Consejo de fábrica al Sindicato, de éste al Consejo de ramo, del Consejo de ramo al Consejo local y por fin desde éste a los Consejos regionales y al Consejo federal de la economía, la estadística, que es, en resumen, una buena contabilidad, será llevada con todo rigor de manera que, si en la fábrica se puede saber al día el estado de la producción, del personal, de la productividad, se pueda saber igualmente en el Sindicato respectivo, en el Consejo de ramo, en el Consejo local o en el Consejo federal.

La función de la estadística, esencial en nuestra sociedad, que queremos mejor organizada que la de la burguesía, tendrá en el Consejo del crédito y del intercambio su centro de convergencia y de elaboración.

Los Consejos de ramo, además de estar vinculados orgánicamente en el Consejo local, de la economía, formarán también Consejos nacionales de ramo equivalentes a las Federaciones nacionales de industria, con la misión de regular en el orden nacional la producción y todo lo relativo a su funcionamiento. La asociación nacional de Consejos de ramo, apoyada en estadísticas fidedignas, en el conocimiento de las posibilidades completas de su esfera de acción, puede proponer, por ejemplo, la traslación de los establecimientos de una región a otra si juzga que eso es más renditivo, el reparto de la producción, etc.

Con ese mecanismo económico, ya esbozado en la organización obrera exis-

tente, y que se formará sin violencia, por la integración racional de las actividades productivas y de utilidad social, se alcanza el máximo de coordinación.

Ni el capitalismo ni el Estado llamado socialista pueden alcanzar ese acuerdo. Tiene además la ventaja de no afectar la autonomía del individuo en el grupo, del grupo en el Sindicato, del Sindicato en el Consejo de ramo, etc. Es un mecanismo federativo que podrá, en casos dados, producir también opresión, sofocación, *según la necesidad y según el grado de desarrollo libertario de los individuos*, pero que puede igualmente ser garantía de libertad y de comunidad para todos, lo que no ocurre en ningún organismo esencialmente autoritario, cuya medida de adaptación a la libertad se colma en seguida.

***

Como se coordinan todos los centros productivos en el orden local, regional y nacional, luego internacionalmente, así armonizan, al fin, en la igualdad, el trabajo y los esfuerzos de los obreros manuales, de los técnicos y de los sabios en toda la escala de la producción. Y esa armonía y cooperación que el capitalismo no suscita, sino imperfectamente, a base de salarios y sueldos, en el grado que le conviene y no en el necesario y posible, nos dará al menos la contribución de todos los recursos humanos. Esos recursos humanos combinados y conjugados nos facilitarán la conquista de la naturaleza, hoy paralizada por consideraciones de orden financiero y comercial.

No se hace lo que se necesita y se puede hacer, sino lo que es beneficioso para unos cuantos especuladores. En una sociedad de productores iguales y libres, falta ese factor y, por tanto, se emprenderá todo cuanto permita el nivel de la producción del país y cuanto consientan las fuerzas humanas disponibles. Con el capitalismo no se aprovechan las fuerzas humanas existentes, ni de los sabios, ni de los técnicos, ni de los obreros y campesinos.

De ahí la gran diferencia y la superioridad de todo régimen en donde el trabajo sea un deber y un derecho para todos[2].

[2] Desde el 15 al 23 de enero de 1938 se celebró en Valencia un Pleno Económico Nacional Ampliado de la CNT, en representación de 1.700.000 afiliados. Allí se aprobó el acuerdo que sigue sobre la estructuración de los órganos económicos de una Federación Nacional de Industria, equivalente a nuestro Consejo Nacional de ramo de industria:

«El escalonamiento de los órganos económicos que, partiendo de la base del centro de producción, han de llegar a la Federación Nacional de Industria, son los siguientes:

1o. El del Centro de producción (Consejo o delegación técnico-administrativo).
2o. El de una Sección de ramo o industria (Consejo técnico-administrativo y estadístico).
3o. El de la Rama industrial (Consejo técnico-administrativo y estadístico).
4o. El de Industria local (Consejo técnico-administrativo y estadístico).
5o. El de la Zona industrial (CTA y E).
6o. El de la Región industrial (CTA y E).
7o. El Nacional Industrial (CTA y E; Federación Nacional).

Aun cabe una nueva ligazón de los productores por oficio, para la instauración de escuelas propias de su especialidad y para cuestiones de eventual interés gremial, como caben las ligazones verticales, no sólo de los Consejos de ramo en el orden regional y nacional, sino de Sindicatos. Por ejemplo,

En el orden antes enunciado existirán los Consejos que a continuación se mencionan:

1o. En cada centro de producción, y según la importancia económica del mismo, existirá un Consejo técnico-administrativo, o simplemente, una delegación, que dirigirá la marcha del trabajo en los dos aspectos que su misma denominación determina.

2o. Los centros de producción similares constituirán el Consejo técnico-administrativo y estadístico de sección.

3o. Las diferentes secciones de una rama de industria nombrarán el Consejo técnico-administrativo y estadístico del ramo, el cual ordenará todos los datos y resúmenes que le faciliten las secciones, procurando siempre que exista una buena orientación técnica.

4o. Los ramos de que se compone una industria, tendrán como nexo de relación un Consejo técnico-admistrativo y estadístico de los ramos de que se componga dicha industria. Ejercerá el control de los Consejos del ramo.

5o. Reunida la industria regionalmente, y previo estudio del emplazamiento industrial de sus centros de producción, establecerán el número de zonas que han de existir en la región y la población donde ha de residir el Consejo técnico-administrativo y estadístico.

6o. Con la misión de controlar la labor de los Consejos de zona y resumir los datos que éstas faciliten, existirá en la región un Consejo técnico-administrativo y estadístico regional.

7o. Los distintos Consejo técnico-administrativos y estadísticos regionales, tendrán como nexo de relación un Consejo técnico-administrativo y estadístico de la Federación Nacional de Industria, corriendo a su cargo el control y orientación de su propia industria, a través de los Consejos regionales técnico-administrativos y estadísticos.

Nombramientos de los distintos Consejos técnico-administrativos y estadísticos:

1o. Los trabajadores del centro de producción, nombrarán de su seno los delegados que han de constituir el Consejo técnico-administrativo, o, simplemente, la Delegación.

2o. Reunidos los trabajadores pertenecientes a la misma sección industrial, nombrarán los delegados que han de constituir el Consejo técnico-administrativo y estadístico de sección.

3o. En asamblea general del ramo de industria se nombrarán los delegados que han de formar el Consejo TA y E, de ramo, y también los delegados que han de integrar el Consejo TA y E de la industria local.

4o. Una asamblea general de industria nombrará los tres delegados, secretario, cajero y técnico, que, junto con los delegados que enviarán los ramos, constituirán el Consejo técnico-administrativo y estadístico de industria.

5o. Los Consejos locales técnico-administrativos y estadísticos, reunidos en Pleno de zona industrial, nombrarán tres delegados que tendrán a su cargo las funciones específicas señaladas en el organismo local, que junto con los delegados que en calidad de vocales sean precisos (facilitados por la industria local del lugar de residencia), constituirán el Consejo técnico-administrativo y estadístico de zona.

6o. Un Pleno regional de Consejos técnico-administrativos y estadísticos locales, nombrará a los tres delegados cuyas funciones se han señalado para el organismo local y de zona. La localidad donde resida el Consejo TA y E regional, facilitará cuantos vocales sean precisos para constituir dicho Consejo regional. Este mismo Pleno nombrará al mismo tiempo a dos compañeros que, representando a la región, formarán parte del Consejo Nacional de la Industria.

7o. Los Consejos TA y E regionales de industria, reunidos en Pleno, determinarán los tres delegados que han de ocupar la máxima responsabilidad en el Consejo Económico Confederal, los cuales, junto con los demás delegados regionales y los vocales que se consideren precisos —facilitados por la localidad donde resida el Consejo— constituirán el Consejo Nacional Técnico-Administrativo y Estadístico de la Industria».

los Sindicatos de ferroviarios, de transportistas por carretera, de aviadores, de telegrafistas, de empleados de correos, etc., pueden vincularse entre sí, además de hacerlo por medio de sus respectivos Consejos de Ramo. En otros gremios esa vinculación sindical no sería importante, y bastaría solamente la industrial o del Ramo. A ninguna de esas iniciativas y necesidades se puede poner trabas de ninguna especie. Repetimos que no hacemos de este proyecto un cartabón aplicable a todos los detalles, sino sólo una visión general del mecanismo económico que pueden seguir, en su toma de la producción y de la distribución, los productores y distribuidores mismos.

APUNTES PARA UNA PROBLEMATICA DEL ANARQUISMO*

Diego Abad de Santillán

SE HA VENIDO hablando en estos últimos lustros de crisis del anarquismo, de una ideología superada, de un movimiento sin mañana, de un árbol sin savia, condenado a la extinción.

Vale la pena detenernos un poco a examinar la veracidad o la falsedad de esos anuncios despectivos, o lastimeros, o rencorosos, porque hay de todo, según la posición desde la cual se proclame su inexistencia y su ineficiencia o la satisfacción por el espectáculo externo de la declinación de aquel monstruo de leyenda que a través de un siglo fue el chivo emisario de todas las tergiversaciones, de todos los enconos. Si el anarquismo se extinguiese, declinase, se resecase como la vegetación sin tierra nutricia y sin humedad suficiente, tendríamos con ello un signo funesto para el destino de la humanidad.

¿Qué es el anarquismo? La esencia del anarquismo no es aquella que le adjudicaron gratuitamente las crónicas policiales, los detractores de derecha y de izquierda, y que admitieron incluso muchos de los que se creían o se llamaban anarquistas. El anarquismo es una concepción humanista que se ha manifestado en todos los tiempos y en todas las circunstancias, mucho antes de que Proudhon haya tomado con su extraordinaria capacidad dialéctica una acepción negativa para devolverla como una solución positiva, constructiva. En el uso corriente anarquía, no gobierno, no autoridad del hombre sobre el hombre, equivalía a caos, a desconcierto, a desorden; desde Proudhon se llamaron anarquistas los que antes llevaban otras denominaciones o se expresaban con otro vocabulario, pero que, antes y después, fueron los auténticos amigos del orden, se llamaban anarquistas porque eran amigos del orden; del orden con justicia, del orden con libertad, del orden con dignidad. Y esa reacción moral en defensa del hombre, ese humanismo, tuvo expresiones concretas a través de la historia, como idea y actitud en el pensamiento de filósofos, sociólogos, pensadores de las más altas categorías, y como hechos de reivindicación y de justicia en incontables formas. No ha-

* Revista *Reconstruir*, Buenos Aires, N° 60 (mayo-junio de 1969) pp. 5-9. (A.J.C.).

bría existido la moral humanista si no hubiese habido una realidad opresiva de lo humano, una estructura antihumana, como no hubiese habido un antiesclavismo sin la existencia previa de esclavos. Nuestro amigo y maestro Max Nettlau resumió algunos antecedentes de la idea anarquista a lo largo de los siglos, en la filosofía oriental, en Grecia, la Grecia democrática que erigió estatuas para honrar a los tiranicidas; en Roma, en la Edad Media; su *Vorfrühling der Anarchie*, podría ser ampliada ilimitadamente. La reacción humanista contra lo inhumano, contra lo antihumano, ha podido declinar, bajar la voz en ciertos períodos, enmudecer incluso después de graves derrotas, pero ha estado latente siempre, y se ha expresado en formas múltiples, una de ellas, una de las tantas, en las utopías. Cuando no se podía decir de otro modo que la realidad era intolerable, inicua, se buscaba un paraíso artificial en el que se imaginaban condiciones mejores para el hombre y su dignidad; y se fijaban esos paraísos en algún lugar ignorado o lejano; aquellos a quienes movía una fe religiosa, una teología, creaban un paraíso para después de la resurrección, y lo ornamentaban con todos los atractivos, y no sólo espirituales, sino también muy materiales, como el de Mahoma, con hermosas huríes y ríos de miel.

El anarquismo es una denominación nueva, desde mediados del siglo XIX, de una actitud y de una concepción humanista básica; defiende la dignidad y la libertad del hombre en cualesquiera que sean las circunstancias; puede manifestarse sin cubrirse o definirse con esa palabra que dio origen a tantas discusiones y hostilidades. Interesaría poco que la voz desapareciese, pero con ello no desaparecería su esencia, su esfuerzo, su mensaje.

El anarquismo no es un sistema político ni un sistema económico, es un anhelo humanista, que no culmina en una ordenación o una estructura ideales, perfectas, sin rozamientos de intereses ni ambiciones de poder, en las que el ser humano carecerá de problemas y en las que la vida transcurrirá mansamente. Esos paraísos terrestres los forjan otros y los presentan como solución suprema: la autocracia, el rey por la gracia de Dios, la democracia de los estamentos, la dictadura del jefe que no se equivoca nunca, infalible como los Papas; la dictadura del proletariado, la dictadura de la burguesía financiera o industrial; los regímenes parlamentarios, etc., etc. El anarquismo no está ligado a ninguna de esas construcciones políticas, aunque tenga que vivir y desarrollarse en ellas, en unas con mayor amplitud y en otras con menos libertad o constreñido al silencio; no está ligado a ellas, buenas, malas, medianas, ni propone un sistema que las sustituya y las supere; se contenta con iluminar sus defectos, sus mentiras, sus insuficiencias; puede ver más justicia en un régimen político, más representativo que el de los Parlamentos en crisis, que dé un acceso al nivel de decisión sobre los destinos colectivos a las entidades populares; una construcción de abajo arriba, desde los municipios, desde los gremios, desde el mundo de trabajo, intelectual, científico, técnico, manual; pero tampoco adquiere compromisos de entrega al alentar esa modalidad del nuevo organismo político, que suprimiría muchas tensiones y conflictos y permitiría una ordenación más justa de las relaciones sociales y una distribución más equitativa de la riqueza, del fruto del pensamiento y del trabajo.

El anarquismo no es una receta política, un programa perfecto, una panacea; más allá de lo que hoy puede aparecer ideal, hay siempre algo mejor, un resorte irrompible: el ideal. Se ha dicho que esa falta de programa es la debilidad del anarquismo; sin embargo está ahí su fuerza permanente, su vitalidad, su piedra angular; quiere la defensa de la dignidad y de la libertad del hombre, y eso en todas las circunstancias y en todos los sistemas políticos, los de ayer, los de hoy, los de mañana. No agota su vigor con un triunfo eventual, electoral o insurreccional, y seguirá su ruta y su resistencia contra toda forma de opresión de unos pocos o de muchos sobre el hombre. Legalmente quedan pocos rastros de la esclavitud y la servidumbre contra la cual se ha luchado durante siglos, durante milenios; no se puede negar el progreso en ese punto preciso, y si ayer la supresión jurídica de la esclavitud pudo ser una meta, el anarquismo tiene ante sí siempre la misión de llevar esa condición a una meta más luminosa y más promisoria: la que disminuya o ponga fin a nuevas formas de esclavitud, de servidumbre, la esclavitud y la servidumbre voluntarias, entre otras.

El anarquismo no está vinculado a ningún sistema económico; no lo estuvo en la Edad Media cuando prevalecía el feudalismo; no lo estuvo desde fines del siglo XVIII cuando apareció y triunfó el capitalismo con la máquina a vapor; no lo estuvo cuando se propuso y se llevó a la realidad la llamada dictadura del proletariado; puede existir y reivindicar su derecho a existir con el arado romano y la pareja de bueyes y con el tractor moderno de muchas rejas; su misión es similar en la era de la máquina a vapor y en la del motor eléctrico y el motor a explosión o en la de la moderna cibernética y la energía atómica. El capitalismo fue un progreso sobre la técnica agropecuaria del feudalismo, y elevó el nivel de vida para millones y millones de aquellos seres infrahumanos que no tenían derechos y sí sólo el deber de someterse a los amos, a los amos de las máquinas o a los amos de los que monopolizaban los resortes del poder político.

Una revolución de inimaginables alcances se está produciendo en nuestros días por la explosión científica, tecnológica y demográfica que entraña perspectivas y horizontes que apenas pueden ser abarcados con la medida cronológica del pasado reciente o lejano.

Hijo de su tiempo, que trabajaba con los materiales de su tiempo, imaginó Proudhon una economía mutualista en la que el hombre podría desarrollarse y beneficiarse directamente con más holgura y más justicia que en la del capitalismo monopolista, de lucro privado, no de orientación social; para el capitalismo lo social era el mercado eventual, una circunstancia. Miguel Bakunin propició en su tiempo una forma de colectivismo, con las mismas aspiraciones; Pedro Kropotkin lanzó la fórmula del comunismo; otros propusieron otras modalidades para que el producto del trabajo quedase en manos de los productores mismos; Gustav Landauer sugirió la formación de comunidades que se desarrollasen al margen de la economía capitalista; se propagó la idea de las colonias libres y se pusieron en práctica un poco por impulso del socialismo premarxista de Fourier y Cabet y un poco para poner a prueba la verdad de la solución kropotkiana.

La lucha entre los partidarios del anarquismo colectivista y el comunismo fue larga y penosa; al fin predominó esta última como la fórmula ideal. Se limitaba así el anarquismo a una concepción, a un sistema económico y si podía con ella ganar prosélitos, perdía mucho de su esencia. Fue en España donde hizo su aparición la fórmula del anarquismo *sin adjetivos económicos*, con lo que reanudaba su tradición humanista; la defendieron entre otros Fernando Tarrida del Mármol y Ricardo Mella; coincidía en ella también Gustav Landauer en su periódico *Der Sozialist*. El propio Errico Malatesta, portavoz de alta jerarquía del comunismo anárquico, a cuya difusión dedicó su larga y dinámica existencia, acabó por reconocer carta de ciudadanía a todas las formas históricas, el mutualismo, el colectivismo, el comunismo, el individualismo, el cooperativismo (1932), es decir, acabó por sumarse de hecho al *anarquismo sin adjetivos.*

Se habla hoy de *anarcosindicalismo* y se vincula así el humanismo anarquista al movimiento obrero. Equivale esa ligazón a un cercenamiento como el del comunismo anarquista. Hay razones para esa ligazón del anarquismo y lo que luego cristalizó como sindicalismo, porque los anarquistas dieron vida al movimiento obrero moderno a través de casi un siglo de beligerancia heroica que costó mucha sangre, mucho sudor, muchas lágrimas. Muchos anarquistas eran obreros y tomaron sobre sí la tarea ingente de enseñar a sus compañeros lo que no sabían: que representaban una fuerza real si se asociaban, si se mancomunaban solidariamente en sus lugares de trabajo, en sus industrias, por encima de las fronteras nacionales arbitrarias; fueron esencialmente educadores y predicaron con el ejemplo; por ello fueron a la horca o al pelotón de ejecución, sufrieron muchos años en presidios y colonias penales, procesos y persecuciones y torturas; se formaban sociedades obreras, sindicatos, y junto a ellas escuelas, bibliotecas. Se mostró por todos los medios lo que podría ser la sociedad humana articulada sobre la base del trabajo de todos y para todos; algunas obras de tiempos no lejanos condensan esas perspectivas, como las de Pierre Bernard, las nuestras también. Hemos tenido el privilegio de anunciar un día el modo cómo vivíamos en España y cómo podríamos vivir, y comprobar el día siguiente, en los hechos, con las colectividades agrarias y la economía industrial, comercial, de los servicios públicos en manos de los trabajadores. Eran soluciones de orden práctico y circunstancial, no utopías de buenos deseos y de nobles intenciones. Con todo, el anarquismo no es sindicalismo, pero tampoco es antisindicalismo. Sigue siendo anarquismo sin adjetivos. El hecho de favorecer un cambio de estructuras políticas, económicas y sociales que lleve a los niveles de decisión sobre los destinos colectivos al mundo del trabajo, no es más que un imperativo de la hora para superar desequilibrios que a la larga son dañosos para todos. Como un día fue incorporada la clase media a la vida pública y quedó resquebrajado el dominio de las oligarquías capitalistas y financieras, el período en que nos toca vivir o sobrevivir impone la incorporación del mundo del trabajo, en su más amplio sentido, a los niveles de decisión sobre los destinos sociales y humanos.

La institucionalización del movimiento obrero, su reconocimiento legal,

dio origen a las poderosas organizaciones sindicales de nuestros días, que involucran casi la mitad de la población de los respectivos países, administradas por una frondosa burocracia, con los mismos defectos de toda burocracia, en la que el anarquista de ayer, militante abnegado, educador, ha perdido una base tradicional; y quizás no debe aspirar al predominio que ha tenido en el período de lucha y de resistencia que caracterizó su presencia en los gremios. Seguirá, y deberá continuar, en las organizaciones obreras, como integrante del proceso de la producción y de la distribución, pero habrá de partir del hecho nuevo de un poder legalmente incorporado a los Estados en diversas formas. Su actuación pasada pertenece al dominio de la historia, y los historiadores pueden exhumar recuerdos, hechos, actitudes, gestas valerosas; pero muchas de sus concepciones del período en que actuaban destacadamente en el movimiento obrero, han perdido vigencia y habrán de reajustar sus tácticas y sus esfuerzos a las normas y procedimientos del sindicalismo nuevo para disminuir el peligro de estancamientos y desviaciones.

Un siglo de lucha, de guerra, por el respeto y reconocimiento de la persona humana, en el que los anarquistas ocuparon los puestos de más peligro y de mayor sacrificio, gestaron ante el gran público la figura de un *anarquismo heroico*. Ningún otro sector de la beligerancia social llegó a la abnegación de tantos millares y millares de hombres que proclamaban sus concepciones libertarias. Menudearon los hechos de protesta, las manifestaciones de represalia, los sacrificios en aras de una profunda solidaridad con los que padecían la injusticia y la opresión en sus formas más extremas; y no escatimaron la comprensión y el apoyo moral a los que sabían de sus móviles altruistas. Era preciso defenderse de los que recurrían a todo el poder del Estado y a todos los recursos de la riqueza para limitar y combatir aspiraciones justas; cuando el gobierno de Cataluña, en España, organizó y sostuvo por todos los medios bandas de pistoleros para exterminar a los sindicalistas y anarquistas más conocidos, y cayeron en aquellos años negros varios centenares de militantes notables, se procedió a la defensa de la propia vida con más encarnizamiento que el que ponían los pistoleros a sueldo y se produjo una situación en que la pistola fue la suprema razón de la hora.

De cualquier modo, los hechos heroicos en que han tomado parte los anarquistas, como individuos aislados (el caso de Michele Angiolillo* después del proceso horripilante de Montjuich en 1897) o como decisión colectiva, dejaron una visión de leyenda, de admiración o de repudio, según los puntos de mira; pero el anarquismo es por su esencia no violenta y propicia la no violencia, porque es una actitud humanista sobre todas las cosas; en muchos puntos se siente el contacto y la continuidad de los primeros siglos de la revolución cristiana.

Una emergencia accidental llevó al anarquismo español a una guerra de casi tres años, en la que fuera el principal factor beligerante; en ella cayeron centenares de millares de sus hombres. Propiamente, la guerra civil española fue

*Angiolillo, anarquista italiano, dio muerte en 1897 al primer ministro de España, Antonio Cánovas (A.J.C.)

el resultado de su resistencia inicial a la amenaza del fascismo en España, no en defensa de un sistema político al que nada debían, sino en defensa de las libertades conquistadas a pulso en muchos decenios de sacrificios.

Los acontecimientos se han sucedido en los últimos tiempos a un ritmo de vértigo; la segunda guerra mundial puso en acción hacia su fin la bomba atómica y se inauguró entonces un nuevo período histórico. Hace falta dejar al tiempo que haga madurar conceptos ajustados a esa nueva situación; el anarquismo tiene hoy más vigencia que nunca, más que en la época de su entrega al movimiento obrero, más que en las explosiones del heroísmo, más que en la actuación ejemplar en la guerra antifascista; se comprueba su resurgimiento en la filosofía moderna, en la teología, entre los sociólogos, entre los economistas; en la juventud inconformista que sacude los viejos pilares de una sociedad que no es comunidad; todo ello ha de ser reforzado por el anarquismo como bandera humanista, un anarquismo sin adjetivos. En él está la raíz y la fuerza para construir un mundo mejor, el mundo del siglo XXI en el que pareciera que vivimos ya.

LA INTELIGENCIA Y LA REVOLUCION DE LA JUSTICIA Y DE LA LIBERTAD*

Diego Abad de Santillán

AL LEER Y RELEER las páginas de una compilación de trabajos que Carlos Díaz amparada con el título de *El anarquismo como fenómeno político-moral*, se nos ocurre echar una mirada a la frustración, a la traición de los intelectuales, de la *intelligentsia* —la *trahisson des clercs*—, una traición contra sí mismos y contra sus pueblos, contra todos los pueblos, contra la justicia, contra el progreso, pese a sus aportes científicos y tecnológicos, y contra la libertad, ese bien supremo de que nos hablara el predicador don Quijote de la Mancha, un bien con el que no se pueden comparar los tesoros que encierra la tierra y que la mar encubre, un don por el que, así como por la honra, se puede y se debe aventurar la vida. Carlos Díaz es uno de los valores de las nuevas generaciones españolas que no hicieron la guerra civil porque no habían nacido todavía o eran niños o adolescentes en 1936; viene de la filosofía y actúa en la docencia de las materias de su vocación en Madrid y está dando testimonio de una extraordinaria laboriosidad.

Las excepciones de los intelectuales que no se traicionan a sí mismos ni traicionan a sus pueblos son raras, pero no por eso impresionan y conmueven menos, y tampoco abundan los períodos en los que parece que todo contribuye a que la traición no se produzca o por lo menos no alcance el nivel de la generalización. En el momento en que escribimos estas líneas es objeto del asombro del mundo una de esas excepciones, heroica en grado sumo, con todas las cartas boca arriba y todos los ingredientes morales de un extremo sacrificio; se trata del caso de Alexander Solzhenitsyn, apenas acompañado en el interior del imperio soviético por el físico nuclear Andrei Sakharov y por muy pocos más; Solzhenitsyn es uno de los grande novelistas rusos, a quien se otorgó hace años el premio Nobel de literatura, y ha tenido el valor no común de un gesto de desafío al aparato poderoso, burocrático, militar y policial más monolítico de la historia humana, logrando que en el pueblo que lo sostiene con su trabajo y su obediencia funcionen impecablemente los

* Este artículo fue publicado en *Reconstruir* (N° 90, mayo-abril de 1974) (A.J.C.).

reflejos inducidos que terminan en el grito casi unánime, ¡vivan las cadenas! —después de haber hecho no pocos sacrificios para romperlas— un grito que tiene todas las características de una altiva profesión de fe y de adhesión a la esclavitud. Atentar contra esa profesión de fe es tanto como perpetrar la más negra traición contra los dogmas sagrados de la nueva tiranía y de la *nueva servidumbre.*

¿Se puede marchar por la ruta de la vida cotidiana sin sentirse sacudidos de algún modo y conmovidos por el alto ejemplo de unos pocos héroes que al fin y al cabo no hacen más que cumplir con su deber y reinvidicar un derecho inalienable? El intelectual, el pensador, el escritor o el investigador, el poeta o el artista tienen el derecho y el deber primordiales de no callar, el derecho y el deber de reclamar con todo el vigor de sus pulmones su verdad. *Sin embargo, en el trayecto* milenario de la historia escrita, los Solzhenitsyn no han proliferado más que en determinados períodos de breve eclosión; los más buscaron la mimetización en el silencio cobarde y acomodaticio o se vendieron por treinta dineros a los amos de la hora y formaron sumisos en la cohorte de la adulación, de las apologías a los mandarines de turno, teológicos, políticos, económicos, sociales, que se valieron de todas las malas artes para retener el privilegio de la limosna caritativa, de los empleos, sinecuras *y favoritismos.*

¡Cómo hubiese cambiado todo —incluso el porvenir de la especie humana sería otro— si la inteligencia no hubiese prestado su cooperación esclava a los dogmatismos absolutistas institucionalizados que nos conducen a la degradación y a la ruina. Esa no cooperación con lo antisocial y con lo amoral habría tenido mucha mayor trascendencia que la que un día atribuíamos a la huelga general de los trabajadores en la destrucción del sistema capitalista. Sin el apoyo *activo o pasivo de la inteligencia,* científica o tecnológica o humanista, el mundo en que nos ha tocado vivir y del que no podemos escapar, no podría sostenerse, sobrevivir por mucho tiempo, cualquiera que sea el rigor empleado para obtenerlo.

La inteligencia, como sabiduría o como esfuerzo en la búsqueda de la verdad, como nueva ética individual o social es un poder capaz de gravitar decisivamente en la historia y en el conglomerado social, un poder ante el que a la larga *palidecen los poderes cimentados en el dogmatismo,* en la coacción despiadada y en el terror.

Los modernos Estados, en la corriente totalitaria que se ha derramado por el mundo en nuestro siglo y ante nuestra mirada, quieren absorberlo todo y acaban por no tener más poder, más autoridad que la del aparato montado, con su mecanismo administrativo, policial y militar. Un poder y una autoridad que, en el aislamiento, acaban por desgastarse y debilitarse, sobre todo cuando se pretende *marginar el trabajo del músculo* y el trabajo intelectual, y suplir su presencia activa con sucedáneos demagógicos hueros. Surge entonces, ante la petrificación del aparato dominante, la necesidad y la reclamación del cambio, de la revolución, y es entonces cuando se comprueba y se comprende que no hay cambios, que no hay revoluciones sin la confluencia armoniosa de la inteligencia, de la cultura, de la ciencia, y sin base popu-

lar y social permanente que es el pueblo, la única izquierda auténtica. Aislados, esos factores activos resultan al final impotentes.

Puede ocurrir y ha ocurrido que, en ciertas emergencias, la inteligencia y el pueblo se sumen, sin comprender la contradicción y el peligro que esa conducta entraña, al mito del estatismo, de la superestructura estatista, y entonces nada le conmueve, nada afecta a su estabilidad; pero cuando el mandarinazgo absorbente afirma su poder de decisión y pretende que la inteligencia y el pueblo le obedezca y lo sirvan incondicionalmente, acaba por aislarse y por refugiarse en la fuerza, en la tiranía, y crea las condiciones que inclinan las voluntades sanas al cambio. El servilismo no es a la larga una piedra angular para el progreso y no armoniza con el sentido de la justicia, y el sometimiento de la inteligencia al mito sacralizado del estatismo es servilismo, y entonces, la rebelión, individual y social contra esa opresión es inevitable. Un día es Solzhenitsyn, otro es una masa creciente y contagiosa de Solzhenitsyn y el cambio adviene. Los Estados se transforman en las dinastías y en los baronazgos industriales, un día son absolutos, otros democráticos, monárquicos y republicanos o supuestamente socialistas, y en todos los casos lo permanente, el pueblo, la comunidad, el conglomerado social es sacrificado y subyugado, también en nombre de la dictadura del proletariado, un señuelo que no seduce ya más que a los que aspiran a integrar la burocracia roja. Lo importante para todos los mandarines es lo que ya nos anunciara como fatalidad José Ortega y Gasset, que el poder sea ejercido por una minoría que ha tenido o que tenga o tendrá los medios para imponer su supremacía a la multitud, a esa vil multitud que no puede imaginar al pretender la vida sin tutelaje permanente. En la teocracia, en la aristocracia, en el feudalismo, en la democracia el elitismo es el anti-pueblo, la anti-libertad del hombre y la institucionalización de la desigualdad y de la injusticia.

El día que el poder de la inteligencia se afiance y se confunda con el pueblo, con la comunidad esencial y permanente, se alcanzará el equilibrio, la estabilidad buscada por tantos caminos y desvíos. Una cosa es el Estado fuerte y otra la comunidad fuerte y dueña de sus destinos, y la inteligencia tiene que elegir entre sumarse obediente al uno o sumarse con independencia y dignidad a la otra. Carlos Díaz eligió, como un moderno *narodniki*, la causa de la comunidad, del pueblo.

Cabe aquí recordar que un par de siglos atrás, un esfuerzo intelectual, un conglomerado espontáneo de personalidades de primera magnitud en las letras, en las ciencias, en la filosofía, en la historia, un sol en la noche, hizo de la Francia borbónica y alegre algo como un símbolo de progreso, de liberación, de luz; fue de ese esfuerzo, de ese impulso del que salió la Enciclopedia; los Voltaire y Rousseau, los D'Alembert y Diderot fueron los apóstoles de una nueva era; no aspiraban a ser concejales o alcaldes, diputados o ministros o simples puntales y apologistas de los dogmas del poder político y eclesiástico de su tiempo; pero esa renuncia no les impidió ser un poder, aunque no contaron con ejércitos a sus órdenes, con Bastillas ni con verdugos para los disidentes y rivales; eso no obstante constituyeron la fuerza impulsiva que derribó la Bastilla parisién y puso fin al cesarismo borbónico. Si lue-

go se apuntaló otro imperio en lugar del caído, tan autoritario o más que el anterior, esa construcción no fue tan sólo fruto de una ambición de un hombre, Napoleón I, sino de la sumisión y de la servidumbre voluntaria de la inteligencia cegada por la gloria del gran capitán del siglo, traicionándose a sí misma y traicionando a Francia y al mundo, al mundo que había hecho de Francia una antorcha luminosa, un nuevo evangelio de progreso, de justicia y de liberación.

Después de muchos ensayos y sacrificios, un día se logró comenzar a articular voluntades en España para echar las bases de una nueva estructura económica y social contra los restos del viejo feudalismo agrario y del moderno capitalismo industrial y se hizo presente en 1864 la Asociación Internacional de los Trabajadores, por la que habían venido luchando los obreros europeos. España no había sido tenida en cuenta, pues vivía al parecer al margen de las inquietudes del mundo, encerrada por murallas defensivas para preservarla de innovaciones pecaminosas y evitar cualquier contaminación liberal. Pero desde 1870 entró en la escena de la organización internacional del trabajo y fue el asombro de Carlos Marx, por un lado, y de Miguel Bakunin, por otro, los dos grandes rivales. Las asociaciones obreras españolas fueron presentadas por esos hombres al resto de Europa como modelos, como ejemplos a seguir. Pues bien, sus estatutos, sus programas, sus enfoques fueron el fruto de la estrecha cooperación de notables obreros manuales autodidactos y la juventud universitaria de entonces, un Trinidad Soriano, profesor en ciencias, un García Viñas, estudiante avanzado de medicina, y otros. Bakunin había sostenido ya que uno de los factores de la revolución social era la adopción de la causa del pueblo por los sectores intelectuales y verdaderamente nobles de la juventud, impulsada por sus generosas convicciones y sus ardientes aspiraciones, a pesar de que por su nacimiento perteneciesen a las clases privilegiadas. Esa anticipación queda en pie. No hay revolución triunfante sin esa adhesión de la inteligencia a la causa legítima del pueblo, que reclama la liberación de la explotación y de la dominación del hombre por el hombre.

La fecunda cooperación de obreros de oficio y de intelectuales no pudo mantenerse con la simbiosis inicial, fue imposibilitada y sofocada por el furor persecutorio antiobrero, antiasociacionista de Sagasta, de Cánovas del Castillo, de Antonio Maura y de sus sucesores, monárquicos y republicanos. Los intelectuales, algunos de los cuales se habían sentido atraídos por el mundo del trabajo organizado, embrión posible de un mundo nuevo, se refugiaron poco a poco en miradores en los que no corrían riesgos; se consagraron a su profesión, se enquistaron en ella y acabaron por someterse a los dictados de los amos, de la élite dominadora, como amanuenses dóciles, y los que se abroquelaron en su independencia, por temor o por comodidad, se cuidaron de que se les sorprendiera en connivencia, en diálogo, en actitudes de simpatía o de solidaridad demasiado estrechas con el mundo del trabajo manual asociado, con la casta de los desheredados que protestaba porque se le recargaba de deberes y se les privaba de derechos.

Algunos escritores, novelistas, poetas, artistas reflejaron en sus obras ful-

gores demasiado llamativos para ser ignorados, para pasar de largo ante ellos; la figura de un Fermín Salvochea, el santo de Andalucía, sirvió como protagonista en algunas creaciones literarias (Blasco Ibáñez, Valle Inclán); las luchas del trabajo dieron motivo a evocaciones logradas (Concha Espina, Giges Aparicio, etc.) o a dramas como el de *Juan José* (Joaquín Dicenta). Un Francisco Giner de los Ríos dedicaba algunas horas semanales de su cátedra a ahondar en el mensaje del anarquismo con profunda honestidad y un Pedro Dorado Montero afrontó el examen y la disección del valor social de leyes y autoridades. Pero las leyes de excepción y de represión fueron demasiado duras para soportarlas y desafiarlas, y algunos de los que pasaron por la prensa libertaria no tardaron en saltar la barrera y en resguardarse contra todo riesgo en las filas contrarias (Azorín, Ramiro de Maeztu).

Los españoles, sobre todo los que hicimos la guerra desde uno de sus grandes sectores, no podremos olvidar la traición de las élites dirigentes de los partidos llamados de izquierda, socialistas, republicanos, comunistas, mancomunadas contra la iniciativa y la acción constructiva del pueblo, que había iniciado la más importante y promisora revolución social del mundo. El científico y filósofo Noam Chomsky, en su obra *American Power and the New Mandarins* (1969), explicó como pocos el odio, la resistencia, la difamación contra esa revolución popular por los mandarines de todos los partidos que enarbolaban la bandera de la República. Allí donde no había más valor sustantivo que el pueblo en acción, se formó una coalición de dirigentes para estrangularlo por todos los medios, aun al precio de debilitar y desmoralizar el impulso y el fervor de ese pueblo. Para ello falsificaron la historia y la verdad desde los altos cargos gubernativos, informativos, periodísticos y lo siguieron haciendo aun después de la derrota. Una traición imperdonable contra España y contra su destino.

Un economista y filósofo político de la nueva generación española, Vicente Pérez Sábada, se refería recientemente a la génesis de la *mitificación* de las élites que ocupan los altos cargos, valiéndose de «teatrales concesiones de honores y condecoraciones y del empleo de tratamientos y panegíricos que evocan capacidades superiores y supremas virtudes y heroísmos». En consecuencia se pretende continuamente «sugerir al pueblo que hace un buen *negocio* dejando que otros decidan por él, porque los que deciden son los mejores, que además se 'eligen' a sí mismos, dada su alta vocación de servicio». Lo mismo que ayer. De ahí la irracionalidad y el anacronismo de las condiciones en que se encuentra España para ponerse a tono con el resto del mundo, al que tendrá que integrarse, porque no puede, en su situación geográfica y política, seguir siendo una isla perdida en el archipiélago de las otras islas que se han integrado en un conglomerado mayor, articulando sistemas de apoyo mutuo y de mutuo aporte al progreso de todos.

Sin el divorcio virtual de la inteligencia y el trabajo organizado, sin la distancia que se fue ensanchando entre esos dos factores por la presión gubernativa, y por el terror y la intimidación, no se podría explicar la historia de España en la segunda mitad del siglo XIX y en lo que llevamos del XX. Las excepciones no alteran el panorama general. Los intelectuales, en su inmensa

mayoría, no supieron, o no pudieron, o no se atrevieron a constituir y defender su poder, y menos su poder dinámico, el que habría cambiado el rumbo del país por medio de su fusión, de su acercamiento y de su solidaridad con el poder latente en los pueblos, en las grandes comunidades sociales.

Se habla hoy muy a menudo de la imperiosidad de cambios de estructura, pero esos cambios no pueden operarse con provecho y con garantía más que en la simbiosis del poder de la inteligencia y el poder inherente a los pueblos mismos, en función y en acción con las mismas metas y la misma ruta, la de la justicia, la de la libertad, la de la dignidad humana.

México nos ofrece una variante: una parte mayoritaria de la inteligencia, el partido de los «científicos» como se les llamaba, estaba al servicio de la tiranía de Porfirio Díaz; una minoría de ilimitada abnegación, combativa, se opuso a la reelección de ese presidente perpetuo desde la última década del siglo XIX y desde los primeros años de la primera década del siglo con la sigla del partido liberal mexicano; la batalla duró muchos años, la minoría intelectual, periodística, se hizo carne y sangre del pueblo, bajo la inspiración de Ricardo Flores Magón y de sus compañeros, y tras no pocos sacrificios provocó la revolución que puso fin a la tiranía. La parte más dinámica y abnegada de la inteligencia mexicana se integró a los trabajadores y a los campesinos de México y juntos lograron la victoria. Los que luego encarnaron los altibajos del proceso revolucionario quisieron aprovechar el cambio y dirigirlo a través de sus agrupaciones políticas o de sus influencias militares, pero la revolución fue obra de la amalgama liberal-popular que simbolizó el magonismo antes de Madero y después de Madero, de la Huerta, de Carranza, de Obregón.

Hay que recordar la valentía y el desafío de la inteligencia rusa contra el absolutismo del imperio de los zares, en lo que se llamó la edad de oro de las letras, la era de los Alejandro Herzen, Dostoyevski, Gogol, Puschkin, Tolstoi, Turgeniev y Máximo Gorki. Sin ellos y muchos otros como ellos, el zarismo no habría caído, no se habría desvanecido como algo anacrónico, no habría sido apartado del camino como un obstáculo sin razón de ser. Como no se concibe la revolución francesa sin la acción demoledora previa de la Enciclopedia, tampoco es posible hablar de la revolución rusa sin sus precursores literarios, heraldos de la revolución. Fueron esos escritores brillantes y audaces los que despertaron y fortalecieron el anhelo de liberación y de justicia de las grandes masas obreras y campesinas rusas, las mismas masas que, favorecidas por la derrota del imperio en la primera guerra mundial, le pusieron fin. Pero los intentos para tomar las riendas del propio destino en sus manos por esas masas populares rebeldes, fueron hábil y brutalmente malogrados y aplastados por un pequeño partido de líderes intelectuales que se declaró único rector del cambio operado y su único usufructuario al amparo de la supuesta *dictadura del proletariado*. Para mantener esa hegemonía procedió a una extirpación metódica y fría de toda opinión divergente. Los socialistas revolucionarios de la tendencia de María Spirodonova, los anarquistas de tan hondo arraigo en la tradición y en la lucha, los sindicalistas revolucionarios, fueron liquidados ante el pelotón de ejecución, en las sole-

dades de Siberia, en la isla de Solovetzki, en el Artico, y en otros lugares inhóspitos. No quedó en pie más que la voz de un partido articulado para el dominio absoluto, con un poder omnímodo que jamás había tenido el zarismo y con un aparato de represión que dejó en las sombras todo lo que había registrado la historia hasta allí en crueldad y refinamiento y todo lo que registró en lo sucesivo, y registró mucho en ese orden de impiedad y de inhumanidad.

Continuó la sofocación de los disidentes e inconformistas de otras tendencias políticosociales en el periodo de los supremos jerarcas Lenin y Trotzky, y siguió luego la depuración, la purga, de los críticos del propio partido y de los sospechosos de que un día pudieran ser críticos en la era de Stalin y sí un León Trotzky pudo enfrentarse en su tiempo con el zar y decir su verdad al zar, en la nueva Rusia de la «dictadura del proletariado», justamente allí donde el proletariado tiene menos voz y menos voto que en ninguna otra parte, habría sido imposible que la voz del apóstol de la no violencia y de la escuela de Yasnia Poliana tuviese eco alguno. Y además se llegó a la aberración monstruosa de interpretar esa tiranía sin limitaciones de ninguna especie como un dogma sagrado, como una revolución intocable, como única y verdadera religión. Por eso, a los que ven los acontecimientos desde lejos les cuesta juzgar el atrevimiento de un Solzhenitzyn al cabo de medio siglo largo de sumisión y de culto al peor y más absoluto de los totalitarismos verticales de la historia humana y a sus míticos representantes. ¿Estará en sus cabales el autor de *El Archipiélago de Gulag*? ¿O fue más fuerte en él la vocación de sacrificio por la verdad, la libertad y la justicia que el apego instintivo a la conservación de su vida?

Si seguimos, aunque sea someramente, mencionando casos de regresión de nuevas creaciones míticas por obra de la propaganda, de la información y la comunicación controlada y monopolizada, por obra de la fuerza irracional, mecánica, no haríamos más que reiterar la presencia del mismo fenómeno de anulación del ser humano en beneficio de las nuevas constelaciones de dominación, los nuevos mandarines, importando poco qué razonamiento, qué argumentos, qué motivaciones se emplean para llegar al mismo resultado de subyugación, de opresión, de tiranía. Y en todos los casos, si vemos algún pasajero relámpago de protesta y de dignidad, vemos enseguida a la inteligencia sirviendo causas extrañas a su misión y a su deber o en silencio cómplice cuando debería distinguirse en su acción y en su obligación de ser antorcha y guía para salir de las tinieblas.

¿Qué relación tiene todo esto con las páginas escritas por Carlos Díaz sobre el anarquismo como fenómeno político-moral?

Ante todo, no es corriente, no es habitual que un docente de formación superior tome a su cargo el estudio y el esclarecimiento de una posición ideológica juzgada por los más como pecaminosa, un tabú, aunque, al seguir las huellas de los ensayos de las nuevas generaciones para superar la crisis espiritual y moral en que vivimos, se encuentren casos como el de Carlos Díaz en Italia, en Alemania, en Francia, en los Estados Unidos y también en España, pero son minoritarios frente a la reviviscencia de los caminos trillados,

a la revitalización de dogmas sin otras variantes que las de eventuales nuevos vocabularios y nuevos ropajes.

En este último lustro pocos igualan o mejor dicho nadie iguala a Carlos Díaz en la profusión de sus ensayos en revistas y opúsculos sobre el anarquismo, su pasado, su esencia, su significación, su valoración y exégesis, tarea en la cual hizo frente valerosa y honradamente a frases hechas despectivas, a tergiversaciones y desfiguraciones malévolas y absurdas. Para hombres de su formación habría sido mucho más fácil y llano sumarse a la escolástica marxista, con sus carriles y sus dogmas, su máquina de poder bien montada, como han hecho tantos intelectuales jóvenes, eclesiásticos de la nueva ola renovadora, pequeños o grandes burgueses, escritores y artistas que se figuran miembros de las corrientes opositoras a lo existente incómodo y en declinación; viejos sistemas autoritarios con nuevos ropajes verbales y con nuevas dialécticas oportunistas. Aunque para ese viaje indudablemente no hacían falta alforjas, pues a lo sumo se reduce a sustituir unos dogmas por otros del mismo contenido intrínseco, antihumano, antiprogresivo, contrario a todo sentido de la dignidad del hombre y de la moral de la igualdad y la confraternidad solidaria.

El anarquismo es algo distinto, fundamentalente distinto, y aunque sus raíces puedan ser halladas en los más remotos orígenes de la historia escrita, no fue nunca un sistema cerrado, con rejas, ni en política ni en economía, pero fue en cualquier momento incompatible con todo lo que pueda lesionar la persona humana en su dignidad y en su libertad. Se resiste a lo que se opone a esos valores esenciales y a todo lo que tienda a aplastarlos, a sofocarlos, a desconocerlos, y como expresión de una moral sin dogmas ofrece esperanzas y perspectivas que no ofrecen los meros cambios de amos, de mitos, las nuevas exigencias de obediencia y de silencio. El anarquismo exhorta en su mensaje a que cada cual comience por lo menos a sentir la aspiración a tomar en sus manos el propio destino.

Carlos Díaz fue afectado por el impacto que dejó en su espíritu la interpretación humanista de Emmanuel Mounier; desde ese pedestal firme pasa al examen de *El apoyo mutuo* de Pedro Kropotkin, obra que hemos editado y divulgado tantas veces, sobre todo por el respeto que nos inspiraba su carácter científico, su dominio de las ciencias naturales, del comportamiento de los animales y de los hombres. Pero Carlos Díaz extrajo de ese sólido manual antidarwiniano lecciones, conclusiones, riquezas ideológicas que no habíamos sabido extraer nosotros y que tampoco nos preocupamos de extraerlas. Nadie como él ha escrito tanto sobre la trascendencia ética del apoyo mutuo, aunque el propio Kropotkin expuso más de una vez ese basamento de su doctrina moral; para Díaz fue un descubrimiento y fue para nosotros un redescubrimiento también. El apoyo mutuo es lo esencial de la filosofía anarquista, de su ética individual y social. Pero no quedó estancado en esa etapa primera; lo vemos editando y prologando y anotando libros básicos de Proudhon, y fijando su alcance y sus valores, y libros de Kropotkin, como las *Memorias*. Ultimamente ha resumido para una empresa editora madrileña las biografías de tres anarquistas: Proudhon, Bakunin y Kropotkin, síntesis que no

dejan nada que desear por su erudición, su verdad y su comprensión; y su inquietud no podía menos que detenerse ante un pensador original como Max Steiner, demasiado olvidado, ignorado, y que vemos renacer en estos tiempos.

Aunque no fuese más que por su claridad en la interpretación de la verdadera esencia del anarquismo, Carlos Díaz merece nuestro respeto y nuestro aplauso; ha sabido desentrañar lo que es meramente episódico, circunstancial, de lo que es medular y permanente, y ha puntualizado y desmentido las acusaciones y deformaciones que se hicieron del anarquismo por parientes próximos y por advesarios lejanos. En uno de sus trabajos recuerda lo que dijo Saverio Merlino, el jurista libertario italiano, en su autodefensa en el curso de un proceso ante los tribunales: «Somos anarquistas, pero la anarquía no es la amorfia, la ausencia de forma y orden». La anarquía es apoyo mutuo y se alberga en todo ser racional, porque todo ser racional es cooperativo. De sus indagaciones en los escritos de los representantes más reconocidos del pensamiento anarquista concluye el autor de este libro que se trata de una filosofía del apoyo mutuo, entrelazada en su base, sin cúspides de autoridad ni exclusivismos privados; es decir, se trata de una ética comunitaria, de una moral política de convivencia humana. Refuta con pruebas oportunas las desfiguraciones y deformaciones e interpretaciones de exegetas bien o mal intencionadas con un aplomo y una solidez que no es habitual ni siquiera entre los propagandistas digamos profesionales del anarquismo en sus publicaciones periódicas; asombra su amplitud y su minuciosidad en la información y el aprovechamiento de sus lecturas para probar cada uno de sus asertos, cada una de sus respuestas a la hostilidad adversaria, como en el caso de la leyenda del anarquismo violento y sus contingencias.

Después de una lúcida presentación de sus tesis, Carlos Díaz no oculta su condición y su conciencia de portavoz, de intérprete de la ideología de la «nueva izquierda», de la verdadera izquierda, la representada por el pueblo, frente al stalinismo y a la escolástica, y se abre paso hacia una nueva praxis, concluyendo en lo que se llama el *anarcopersonalismo*, es decir en la presencia activa de la persona para humanizar las estructuras sociales. «Tan cercanos se encuentran personalismo y anarquismo nuevos que me veo obligado —dice— a una nueva crasis lingüística, expresada en el término *anarcopersonalismo*»— una ligazón de las doctrinas de Emmanuel Mounier con el apoyo mutuo kropotkiniano. Presenta así las líneas maestras del anarquismo:

«1. Su carácter ético-antropológico-político prohumanista. Pasado ya el aluvión de un cierto marxismo antihumanista, el anarquismo ofrece su contenido como piedra de toque para confrontaciones ideológicas.

«2. Su carácter ético-político no reclama un status de cientificidad. En general, sin embargo, pretende, como el marxismo, ser un código científico capaz de explicar y transformar la realidad. Pero, a nuestro juicio, hay un cierto fetichismo cientificista en ambas concepciones, más ideológico que científico, sin que por ser ideológico deje de ser respetable. Frente al anarquismo, incluso, pensamos que tampoco él puede ser un movimiento en posesión de las claves científicas del cosmos. ¿Hay algo puramente científico dentro de

la ciencia? Pues mucho menos en movimientos praxeológicos que «desideologizan» transideologizando.

«3. En su versión sociológica, pretende el anarquismo ser un socialismo en la libertad. En dicha opción van implícitos los componentes utópicos de su mensaje, sin separar, como se dijo, utopía de realidad».

Después de presentar honestamente el contenido, la verdad de la posición del anarquismo, apoyándose en las definiciones y exposiciones de sus portavoces más autorizados y reconocidos, culmina en una síntesis, en una simbiosis del anarquismo y del personalismo, como hemos dicho, aunque lo último está implícito en lo esencial y básico del primero. Si para una mejor compresión o expresión, al anarcopersonalismo es preferible al anarquismo a secas, en todo caso la distancia no es fácilmente captable por todos o por muchos, que se sentirán propensos a confundir los términos. Por nuestra parte, no sabríamos concebir un anarquismo que no asentase y no girase como sobre goznes firmes en la persona humana, en el personalismo.

En las nuevas generaciones españolas de la posguerra hay a estas alturas de los tiempos transcurridos desde que el anarquismo era el centro de las máximas tergiversaciones y difamaciones, un conocimiento más amplio y más honrado que el que tuvieron o testimoniaron las generaciones anteriores; el número de los conocedores y estudiosos de esa ideología marcada, aunque sea todavía reducido, es considerablemente más denso que ayer. Y estudiar y conocer a fondo la verdad del contenido del anarquismo es ya situarse fuera de la órbita de sus enemigos y detractores, y quizás fuera también de la órbita de la mera neutralidad expectante; es decir, equivale por lo menos a ser partícipes en la lucha por la verdad, por la justicia, por la autonomía del hombre y por su derecho a forjar y encauzar el propio destino en la comunidad a que pertenece por su historia y por el sentido moral de la solidaridad.

DOCTRINA, TACTICAS Y FINES DEL MOVIMIENTO OBRERO*

Emilio López Arango

LA RESISTENCIA AL CAPITALISMO

EL MOVIMIENTO OBRERO está determinado por el conjunto de factores morales y materiales que forman y dan vida y realidad al sistema social y que encadenan, en el proceso de la civilización capitalista, al hombre al imperio de las necesidades. Pero el proletariado, si se ve impulsado a luchar por el pan, no por eso limita sus aspiraciones a la conquista de un mayor salario; aspira también a romper el yugo de la explotación económica y a libertarse del dominio de las castas privilegiadas en la esfera política: en la lucha contra el Estado.

Si para los anarquistas toda solución inmediata es relativa, porque está limitada por la ley del equilibrio capitalista, no puede en consecuencia ser el sindicalismo una teoría de futuro. No quiere esto decir que el anarquismo oponga su finalidad revolucionaria, como expresión de lo absoluto, a la realidad contingente. Por el contrario, es sobre los hechos y sobre las experiencias que las teorías libertarias deben crear una base de realizaciones, buscando en las masas obreras los elementos necesarios para impulsar el avance de la historia y determinar el progreso social contra las corrientes reaccionarias.

Los anarquistas debemos, en consecuencia aportar nuestras energías al movimiento obrero. Pero nuestra adhesión plantea de hecho una beligerancia teórica al sindicalismo clásico —al sindicalismo que quiere bastarse a sí mismo— y lleva al terreno de la lucha de clases todas las divergencias teóricas que nos separan de los partidos marxistas. Es sobre la interpretación del papel que representan las organizaciones obreras que surge la inevitable polémica entre reformistas y revolucionarios. Y el desacuerdo debe ser mantenido a toda costa, porque la mentalidad política e ideológica en los sindicatos

*El texto de Emilio López Arango que aquí ofrecemos corresponde al Capítulo primero de su libro *Ideario*, editado por la ACAT, Buenos Aires, 1942 (A.J.C.)

es tan imposible como exigir a los trabajadores que circunscriban su acción a exigir mejores salarios a la clase patronal.

No podemos los anarquistas olvidar que el movimiento obrero, para que sea verdaderamente revolucionario, debe abarcar el conjunto de los factores sociales que hacen odiosa la vida del asalariado. Desintegrar las ideas socialistas en diferentes particularidades, separando lo político de lo económico —el espíritu de cuerpo— es negar al trabajador la facultad de pensar y de accionar de acuerdo a un ideal de justicia. Por eso queremos definir la trayectoria del anarquismo sobre la realidad inmediata, no como una línea paralela al proceso de la economía capitalista, sino como una potencia espiritual divergente, en constante rechazo de las construcciones sociales sujetas al fatalismo histórico: a las necesidades que determinan, según los teóricos marxistas, la continuidad del régimen capitalista.

Todas las organizaciones proletarias han nacido de la necesidad de oponer una valla a la explotación del trabajo, al monopolio de las riquezas por una casta privilegiada, a las injusticias de los amos. Esa es la primera contingencia que explica la lucha de clases y también el fundamento dinámico del sindicalismo. Bastaría la acción defensiva del proletariado si sólo se tratara de buscar una base de equilibrio al problema de las necesidades. Se solucionaría la cuestión económica colocando frente al capitalismo una fuerte coalición obrera, regulando la economía con órganos apropiados, creando un poder de control que obligara al capital y al trabajo a mantener sus fuerzas en equilibrio y resolver pacíficamente sus diferencias. Mas, ¿no se manifiesta fuera del área de influencia de la lucha de clases, al margen de los conflictos gremiales, el espíritu de contienda que hace fracasar todos los planes de reconciliación de los políticos reformistas?

Buscar la solución de los problemas sociales en un acuerdo entre explotadores y explotados —sobre las simples contingencias materiales— es aceptar el fondo de las injusticias históricas. La resistencia al capitalismo no está determinada exclusivamente por la cuestión económica; tienen origen en la desigualdad moral, en todas las causas determinantes del privilegio político, de casta, sobre el que se sostiene el régimen del salariado. ¿Acaso el triunfo de la clase trabajadora, si sólo tiene por objeto modificar la posición de las clases en el concierto social, puede significar otra cosa que una repetición del fenómeno que viene perpetuando la injusticia a través de los siglos y de las civilizaciones?

El sindicalismo reduce la esfera del movimiento revolucionario al imperio de las necesidades. Por eso las corrientes autoritarias que propician la organización de los trabajadores sobre el terreno económico —que se esfuerzan en separar las ideas del sindicato— limitan la acción de la clase trabajadora a la defensa del salario, confiando a los partidos la tarea de ordenar la vida política de los pueblos en el Estado unitario.

De esa conducta se deduce la posición prescindente del sindicalismo en lo que respecta a las ideologías que no se ajustan a la realidad inmediata. El materialismo histórico condena la propaganda revolucionaria que rompe el ritmo de la evolución capitalista. Niega el esfuerzo del hombre que se revela

contra el medio social, que opone a la moral consagrada un nuevo principio ético, que trata de vivir su vida contradiciendo la ley de las conveniencias rutinarias.

He ahí por qué los anarquistas no podemos limitar nuestra intervención en el movimiento obrero a la simple defensa del salario. El capitalismo no es una simple concreción económica: representa un estado de progreso y de civilización y concreta en su fuerza y potencia todas las viejas y nuevas causas del infortunio humano. ¿Cómo puede liberarse el obrero de la esclavitud material si continúa siendo moralmente esclavo? ¿De qué manera pueden los pueblos llegar a realizar sus propios destinos si aceptan como una fatalidad todas las injusticias sociales y sólo combaten algunos de los factores del mal originario?

El capitalismo no será destruido si permanecen inalterables las causas primeras: si el hombre continúa siendo un esclavo de sus necesidades y un enemigo de su libertad. Todas las reformas económicas tienden en consecuencia, a perpetuar el régimen capitalista y la misma revolución obrera no sería otra cosa que un cambio de clases privilegiadas si se realizara sobre el plano de la economía capitalizada y siguiendo las líneas del proceso industrial, que es una mecanización del individuo que ha perdido sus mejores cualidades espirituales por la atrofia del cerebro y del corazón.

La lucha por el pan no basta. Hay que plasmar en la conciencia del hombre los valores de su perdida individualidad, determinando así una resistencia moral a las monstruosas construcciones del capitalismo y oponiendo a la realidad material una realidad de espíritu.

LAS IDEAS Y LOS SISTEMAS

Hace bastantes años que en la Argentina fue suspendida la polémica entre anarquistas organizadores y antiorganizadores. Estamos, pues, por encima de las divergencias que dividen al anarquismo de la mayoría de los países sobre los métodos y tácticas de lucha y sobre la eficacia de las diversas propagandas específicas. Lo que no quiere decir que, frente a la organización, aceptada como una ineludible consecuencia de los factores circundantes y de la ley de las afinidades que lleva a los hombres a asociarse para realizar un propósito común, todos los militantes del movimiento revolucionario estén absolutamente de acuerdo.

También en este país se manifiestan los desacuerdos frente al método organizador y a la orientación y finalidad del movimiento obrero. No hay en cambio choques entre las dos modalidades que llamaríamos básicas del anarquismo militante —la doctrina y la sindical— porque indistintamente los anarquistas actúan en los grupos y en los sindicatos y proceden en ambas esferas propagandistas con idéntico criterio. La divergencia está planteada en el terreno de las definiciones teóricas que abarcan el conjunto de los problemas sociales, porque para nosotros la organización de los trabajadores debe tener una base integral, situarse más allá de la lucha de clases, y para los sindica-

listas apolíticos es en cambio una simple referencia del proceso capitalista que busca en la esfera de la economía burguesa el equilibrio de los factores materiales que dieron vida al capitalismo.

Las ideas sociales construyen en teoría un sistema político y económico —que es realidad en el espíritu de los que las profesan y propagan— en oposición a los sistemas conocidos. Son, pues, necesariamente integralistas, aun cuando las contingencias del progreso histórico, los factores circundantes que impiden su desarrollo y el conjunto de causas y efectos que determinan la conducta de los hombres, nieguen su actualidad y no sean «reales» en la conciencia de las grandes masas. El anarquismo no renuncia por ello a la lucha contra el mundo de las realidades, no transige con las teorías posibilistas que admiten como lógicas todas las resultancias de un progreso que está fuera de las facultades determinantes del individuo, no acepta la teoría fatalista que sirve de escudo a los políticos de la reforma y a los partidarios de la dictadura de clase.

El sindicalismo neutro es una justificación de las resultancias materiales del proceso capitalista. Sus defensores se esfuerzan en excluir los factores morales de las causas determinantes del rumbo que sigue la historia, sin comprender que la materialización del sistema presente se debe a la causalidad originaria y que todas las alternativas que sufre la sociedad están sujetas a la misma ley de equilibrio... Y si las revoluciones se suceden sin alterar el ritmo histórico, si todos los cambios sociales dejan en pie las causas primeras, si el juego de los intereses perdura en el traslado de las clases desposeídas a la esfera del poder, ¿qué trayectoria seguirán las ideologías que alientan en el proletariado el deseo de conquistar para sí la dirección de la máquina capitalista?

Una acción revolucionaria que elude el fondo del problema humano, que sólo combate las formas exteriores del régimen capitalista, que se dirige a la conquista del Estado para que sirva de instrumento en la edificación de la sociedad futura, es todo menos anarquista. Las ideas que buscan su realidad en los sistemas conocidos o que sólo tratan de modificar algunos de sus aspectos más odiosos, no pueden determinar en el presente una profunda revolución moral. Y es precisamente sobre la fuerza de los instintos, al amparo de los errores y desilusiones del espíritu humano, con la complicidad de la ciencia, del arte y de la cultura monopolizadas por la casta privilegiada, que se sostiene el régimen capitalista y se perpetúa, con nombre distintos, la explotación del hombre por el hombre.

Hemos definido el que llamaríamos el móvil de la propaganda revolucionaria y las diferentes graduaciones de espíritu y de conciencia que expresan los caminos divergentes del socialismo. Nos resta ahora justificar nuestra posición frente a los hechos y a las experiencias históricas.

El movimiento obrero es considerado en su naturaleza material, el resultado de una reacción colectiva —de la clase trabajadora— contra el régimen capitalista. En esa primera consecuencia todos los socialistas estamos de acuerdo. Pero la acción defensiva del proletariado, si obra únicamente sobre los factores económicos, deja de ser revolucionaria. No basta con destruir los

efectos inmediatos del malestar social; es necesario destruir el sistema. Y para operar un cambio tan profundo en el odenamiento de la sociedad, hace falta tener conciencia de lo que se destruye. ¿La tienen los trabajadores que se colocan instintivamente en el terreno de la lucha de clases?

Los sindicalistas así lo afirman, ya que para ellos basta la fuerza del instinto para destruir al capitalismo y en su lugar improvisar un régimen proletario. Pero los políticos autoritarios entienden que no es el sistema el que debe ser destruido, sino los factores materiales que determinan la situación privilegiada de unos pocos. De ahí que ofrezcan como solución la conquista del poder político, para que sea el Estado corporativo el que ordene la vida de los pueblos según un método que discipline las necesidades y reglamente las pasiones.

Sindicalistas y marxistas son revolucionarios en la forma y conservadores en el fondo. Combaten al capitalismo como clase, pero sostienen la necesidad de conservar el sistema después de la revolución. Trasladan, pues, a la esfera económica la acción del proletariado, reservando para el grupo o el partido la misión de legislar el derecho público, de administrar justicia, de crear la autoridad que controle los actos de los individuos en la sociedad colectivista.

El anarquismo rechaza ese desdoblamiento de la personalidad humana. No divide el orden de los factores ni busca soluciones parciales al problema social: opone a los particularismos políticos y económicos una concepción integral, contra el Estado, que es resumen de todas las injusticias históricas. De ahí que para los anarquistas el movimiento obrero no sea una simple resultancia del proceso capitalista, independiente de las causas morales que perpetúan, a través de todos los sistemas sociales, la esclavitud del asalariado y el sometimiento del hombre a la autoridad de los gobiernos.

He ahí por qué rechazamos las tendencias apolíticas que tratan de excluir del movimiento obrero la lucha de ideas y las divergencias de principios. Y he ahí también por qué entendemos que la organización de los trabajadores no debe seguir servilmente el proceso capitalista, adaptándose a las imposiciones del industrialismo, operando en la esfera de la economía burguesa como una potencia de instintos indeterminados, como una fuerza que carece de dinamismo propio para romper el ritmo de la historia.

Debemos combatir las adaptaciones del movimiento obrero al sistema capitalista. La acción del proletariado necesita expresar un propósito finalista, en espíritu y conciencia, para que sea realmente revolucionaria.

LA MANIA INNOVADORA

EL INDUSTRIALISMO COMO ARMA DE LUCHA

El industrialismo, aceptado como arma para la lucha económica del proletariado, ¿qué ventajas efectivas nos proporciona? ¿Es la organización industrial, aceptada en ciertos países como una imposición del régimen capitalista, un método nuevo que compendia en sí todas las posibilidades de

la lucha de clases y el único recurso que les queda a los trabajadores para defenderse colectivamente? Por su naturaleza, por el poder de acción que reúne o por las actividades que engendra esa obligada organización del asalariado en razón a la especialidad del trabajo que realiza, ¿es el industrialismo la consecuencia fatal de un ineludible proceso de centralización económica, obrando sobre el espíritu de los pueblos y conformándose mentalmente de acuerdo con sus necesidades materiales?

De seguro que estas preguntas no se las formularon los que, entre nosotros, por espíritu de imitación, por manía innovadora, o por simples intereses económicos —¡pobres intereses que no los sacarán de su condición de asalariados!— se dieron a propagar un industrialismo que, o bien no entienden, o no han sabido plantear con claros conceptos y comprensibles ejemplos. Porque no hemos sacado en limpio, de todo cuanto se ha venido diciendo respecto a las excelencias del sistema industrialista, otra cosa que la caprichosa división del trabajo en ramas industriales, como si al catalogar a los obreros de acuerdo con la clase y el uso que se le da al trabajo que elaboran, se evitaran las mil y una «especialidades» creadas por el capitalismo para introducir en sus presidios industriales las odiosas jerarquías que dividen al asalariado.

Nosotros sostenemos que sólo hay una gran industria —la de las necesidades públicas— y una sola asociación explotadora —la de los bandidos internacionales—, deduciendo de esto que, frente al capitalismo, para vencer su prepotencia y abatir su dominio, únicamente será eficaz el arma de la solidaridad proletaria. Y en éste, como en todos los casos de conciencia, vale más la idea que inspira las acciones conscientes del proletariado, el espíritu que anima sus luchas presentes y las aspiraciones futuras, que todas las combinaciones «químicas» hechas en el laboratorio industrialista, con el vano empeño de encontrar la fórmula integralista que una a los trabajadores por el cordón umbilical de su clase.

En los países industrialmente más desarrollados —y también mentalmente más pobres, ya que está demostrado que el desarrollo material del capitalismo no guarda relación alguna con el proceso moral de la clase trabajadora—; en esos países que la burguesía nos presenta como una síntesis de progreso y civilización, y los enamorados de ese progreso material y de esa civilización cafre como el ejemplo de la fuerza creadora del proletariado, ¿el industrialismo obrero llegó a ser un elemento capaz de mantener latente el espíritu revolucionario que no existe como preocupación espiritual en las grandes masas envilecidas y depauperadas? El hecho de que los trabajadores tengan conciencia de la función social que cumplen y del valor del producto industrial que elaboran, manipulan o expenden, no impide que se resignen a soportar las mayores infamias y hasta que renuncien, en muchos casos, a los medios más elementales de defensa.

Por otra parte, los defensores del sistema industrial, en su afán por declarar caducos los antiguos sindicatos de oficio, llegan a improvisar verdaderos bodrios sindicales. Dada la estrecha correlación que existe entre las diversas industrias y el obligado entrelazamiento de las actividades productoras, es

imposible hacer divisiones de industrias suficientemente calificadas o independientes. Pero, para salvar este insalvable obstáculo, los materiales del sindicalismo industrial, apelaron al recurso de lo que llaman sindicatos de rama industrial. ¿Qué es una rama industrial? Nada y todo... Puede ser toda la industria del hierro, por ejemplo, o una parte de la misma dedicada a determinada especialidad.

El industrialismo por ramas, por lo mismo que elude el tronco de la industria —¡y cualquiera busca la madre del industrialismo en este país agropecuario!— se va en pura hojarasca literaria... Muchas declaraciones revolucionarias, multitud de recetas sindicales, toda una farmacopea para uso de los modernos curanderos que se echaron sobre sí la difícil tarea de curar al mundo con ungüentos unitarios y cataplasmas industrialistas.

De atenernos a las reglas generales del industrialismo, aun en el caso atenuado de las ramas... figuraos en qué berengenal nos meteríamos a cada segundo... ¡Qué de discusiones sobre el origen de la industria del pan bazo y la galleta marinera!... Y no terminaría la cosa ahí. Surgirían también líos respecto, no ya al origen de cada industria, sino a las aplicaciones industriales de cada producto.

Tomemos, por ejemplo, a los «fabricantes» de escarbadientes. Si tenemos en cuenta la «materia prima» con que se elabora ese adminículo casi indispensable, los obreros que hacen escarbadientes pertenecerían al ramo de la madera. Pero pronto saldrían por sus fueros los dirigentes del sindicato de la rama gastronómica... alegando que, en razón a su uso y utilidad, los obreros de las fábricas de escarbadientes están comprometidos en la gastronomía. ¡Y habría que aguantar el lío ese y dar razón a uno de los contendientes, suponiendo que no saliera un tercer contendor!

Hablar de industrialismo entre nosotros, es como pretender crear un órgano que no tiene función alguna que cumplir. Pero ni aun en los países industrialmente más desarrollados, representa ese sistema un medio de acción revolucionaria superior al que caracteriza a los sindicatos de oficio. Podríamos decir que la modalidad industrial, a la vez que responde al poder centralizador del capitalismo, refleja el estado de cultura o la característica psicológica de determinados países.

¿Qué ganamos nosotros, que no sufrimos esa presión poderosa del omnipotente capitalismo ni poseemos ese espíritu de disciplina que caracteriza a los pueblos de origen sajón, con adoptar un sistema orgánico que no podrá hacernos más conscientes ni más fuertes?

¡Vaya con los innovadores! ¡Mejor harían en tirarse panza al sol y dedicarse a otra clase de especulaciones filosóficas...

MEDIOS DE LUCHA

Al insinuarse entre nosotros los primeros defensores del industrialismo —aceptado como «sistema» para la organización sindical del proletariado— les hemos salido al paso para decirles que daban excepcional importancia

al «medio económico», en desmedro, precisamente, del factor ideológico que determina y magnifica todas las acciones conscientes de los pueblos. Suponíamos entonces, que los defensores del sistema I.W.W.[1] y los partidarios del unicato, oponían a los sindicatos de oficio esos símiles de centralización capitalista, no porque vieran en el sindicalismo el medio y el fin de toda la lucha social, sino porque consideraban al industrialismo obrero como un resultado del industrialismo burgués y a él debían apelar como último recurso los trabajadores de los países industrialmente más desarrollados.

Colocados en el terreno donde la experiencia va conformando a un orden de ideas la conducta y la actividad de cada individuo, y teniendo en cuenta las necesidades de la lucha diaria y de las conquistas inmediatas —alegadas por los defensores del industrialismo— hemos circunscripto nuestra crítica a esas simples razones económicas. Por eso, a la vez que decíamos que se daba una excesiva importancia al «sistema», estudiábamos en nuestra «realidad» —en el medio social en que nos desenvolvemos y en las características de este país agropecuario—, las condiciones de nuestro movimiento obrero, para llegar a la conclusión de que el industrialismo constituía un error de táctica y ni siquiera respondía a las alegadas necesidades impuestas por el capitalismo a los trabajadores de otros países.

La discusión alrededor del industrialismo —mal concebido y peor esbozado por sus defensores— dejó de ser una cuestión de simples detalles, para convertirse en un verdadero problema ideológico. Y es esa faz de la cuestión la que nos interesa dilucidar, ya que entraña un peligro para el anarquismo ese «sistema económico para la lucha económica» que lleva en sí los gérmenes autoritarios y materialistas del marxismo.

Cuando se habla de un «sistema» capaz de resolver los problemas presentes y futuros, el medio de lucha se transforma en finalidad. Los industrialistas, al confiar a los sindicatos obreros la doble tarea de combatir al capitalismo y de ir creando la «sociedad nueva dentro del cascarón de la vieja», ¿no transforman en fin lo que para nosotros es sólo un medio de lucha? He ahí, pues, que el sistema lo es todo, porque entraña una concepción ideológica y, a la vez, la doctrina y el material que se pretende emplear para la reconstrucción de la sociedad una vez vencido el capitalismo.

La concepción industrialista tiene en el materialismo histórico sus fuentes ideológicas. Basada en la supuesta experiencia de pasadas revoluciones, no es otra cosa que el resultado de la centralización industrial —de la trustificación económica— operada por el desarrollo de la maquinaria y el poder absorbente del «medio económico» empleado por la plutocracia para subyugar el proletariado. Si la clase obrera en vez de pugnar por romper ese círculo vicioso y librarse de los engranajes de la enorme máquina industrial, se empeña en mantener en pie todo el sistema de explotación capitalista, ¿es posible que llegue algún día a emanciparse moral y económicamente? La emanci-

[1] I.W.W., estas iniciales corresponden al nombre de Trabajadores Industriales del Mundo, organización obrera de los Estados Unidos de Norte América; también se manifestó en Chile.

pación no es un problema de mecánica, ni tampoco un asunto que se resuelve por medio del tecnicismo; un obrero puede ser apto para dirigir una fábrica y poner en movimiento toda la maquinaria de una industria, pero en esas aptitudes no está la capacidad moral que impida su servilismo y lo eleve a un nivel superior.

Los medios de lucha pueden responder a determinadas necesidades y ser la consecuencia obligada de ineludibles imposiciones económicas. Pero el industrialismo no es un medio de acción: es un fin que tiene en sí la doctrina y el «sistema» para combatir al capitalismo y suplantarlo en el manejo y ordenación de la vida económica de los pueblos. ¿Podemos, pues, los anarquistas, aceptar la «innovación» que nos ofrecen los llamados industrialistas? Eso valdría tanto como aceptar las teorías marxistas y propender a una revolución tan incompleta como la realizada por los bolcheviques rusos.

Estamos obligados a analizar el fondo de las teorías sociales que inspiran las diversas modalidades del movimiento obrero contemporáneo, porque lo contrario sería aceptar las exterioridades que nos ofrece la lucha contra el capitalismo. Y es sabido que, si bien todos los revolucionarios ocupan un mismo plano de acción frente al Estado burgués, no todas las tendencias concuerdan en la forma de solucionar el problema humano. El industrialismo obrero es la antítesis del industrialismo capitalista. Pero esa antítesis tiene sólo valor en lo que representa como medio para la lucha de clases, ya que como concepción revolucionaria se limita a cambiar los elementos directores y conserva en pie el instrumento de dominio y de explotación.

No se confunda, pues, un medio de lucha —efecto de una causa que debe ser combatida en sí misma— con todo un «sistema» político y económico que elude la causa para combatir los efectos. El industrialismo es una teoría anticapitalista subordinada a la concepción marxista de la lucha de clases. Por eso tiende a crear la «sociedad nueva dentro del cascarón de la vieja», y por eso también reclama todo el poder para los sindicatos, una vez hecha la revolución. ¿Es posible que un anarquista, alegando necesidades impuestas por el capitalismo o pretendiendo que la experiencia nos indica ese tortuoso camino, sostenga que los sindicatos industriales son un vehículo de emancipación y de liberación humanas?

No nos ilusionemos con el panorama que nos ofrece el industrialismo, pues se trata del último «camouflage» marxista. Y los que creen que la revolución se hace construyendo un nuevo edificio sobre los cimientos del viejo barracón estatal, que tengan al menos la sinceridad de decir que su positivismo los coloca en un terreno materialista que rechaza toda concepción utópica...

LA VIRTUD MILAGROSA DEL SINDICALISMO

Los compañeros que hoy defienden la organización obrera por industrias, pese a su empeño por demostrar que poseen un espíritu abierto a la crítica y una clara comprensión del asunto que tratan, adolecen del defecto común a todos los que se creen poseedores de la última fórmula salvadora, del espe-

cífico milagroso que ha de curar todos los males del mundo. Y nos hacen acordar, por su persistencia en la recomendación del «sistema» —sin ahondarlo por su parte y establecer con suficiente claridad sus verdaderas virtudes— y por la forma empírica que tienen de tratar el problema, a esos vegetarianos que hacen exclusión de todos los factores fisiológicos que viciaron nuestro organismo y desarrollaron en el hombre nuevos hábitos, para reducir la cuestión social a simples funciones gástricas...

Si en nombre de las necesidades se quiere introducir un sistema nuevo de organización obrera, y si alegando el desarrollo del capitalismo hay quien sostiene que los trabajadores están obligados a organizarse industrialmente —o mejor dicho, a adaptar sus órganos de lucha al sistema industrial del capitalismo— ello sólo es motivo de discusión en lo que se refiere a esas necesidades, estableciendo si los factores de tiempo, lugar y ambiente, concurren a favorecer el nuevo sistema. Pero si, por el contrario, confundiendo los términos del problema y atribuyendo al medio de lucha lo que es patrimonio de la finalidad ideológica, se pretende hacer radicar en la organización industrial el desarrollo actual y las futuras realizaciones emancipadoras y libertarias del proletariado, el asunto cambia de especie y nos obliga a mantener nuestra crítica a esa «innovación» a nuestro entender perniciosa para el ideal anarquista.

El error de los partidarios de la organización por industrias, es compatible con el error de los que reclaman todo el poder para los sindicatos y basan en el sindicalismo exclusivamente, la solución del problema social. Se toma al efecto por la causa y se hace del medio de lucha la finalidad revolucionaria excluyendo de esos hechos materiales, de esas consecuencias económicas, todo lo que es patrimonio del espíritu y de la inteligencia del hombre. ¿No nos dicen en defensa del industrialismo, que el nombre de I.W.W. significa de hecho un propósito libertario y una realización revolucionaria? Es que se parte del supuesto de que el hombre es un ente social, hijo de sus necesidades y esclavo de la labor que ejecuta, y que sólo por el ejercicio de esas facultades adquiridas en el trabajo, acuciado por la necesidad de defenderse y teniendo a mano el arma de defensa que le proporciona su misma condición, es capaz de libertarse de la doble esclavitud —moral y económica— a que está sometido desde hace muchos siglos.

Sin quererlo, puesto que anarquistas sinceros son los que defienden esa tesis sindical, se niega todo valor a las ideas para hacer residir en los sistemas (que son la consecuencia de éstas) la solución de ese problema anterior al capitalismo y al desarrollo industrial de la sociedad contemporánea. Y en ese afán por presentarnos como la única solución el aspecto material del industrialismo, sin pensar, sus defensores, que no hacen otra cosa que justificar lo que Marx llamó «materialismo histórico», hay compañeros que no se aperciben de la enorme contradicción que supone el defender ideas que basan en el individuo la solución del problema humano y luego anteponen al individuo las condiciones sociales en que se desarrolla, el medio en que vive y las necesidades que determinan sus luchas por la conquista del pan.

La concepción internacionalista que surge del sistema industrial es, mal

que les pese a los citados compañeros, un imperialismo económico acomodado a la ideología imprecisa del proletariado y a sus declaraciones de fraternización universal. Que no se alarmen los camaradas que conciben el internacionalismo en línea recta, o más bien, como una circunferencia sin su punto de partida y de unión. El concepto que los anarquistas siempre tuvieron del internacionalismo, aunque de hecho es la negación de las fronteras políticas que dividen a los pueblos, de los odios de raza y de las luchas religiosas, no excluye la existencia de las características raciales, éticas, etc. (productos naturales del medio) de cada región, porque lo que se trata de destruir en el hombre, son sus egoísmos, sus odios y su espíritu mezquino que lo convierte en un enemigo del hombre que habita en otra nación política.

De ahí que sea absurdo suponer que un I.W.W., por su simple condición de componente de una industria, instrumento que ejecuta muchas veces una labor mecánica, realice el internacionalismo en lo que pretende desconocer un punto de ubicación en el planeta. Y, ¿qué diremos de esa concepción internacionalista, si después de ligar al hombre al instrumento de trabajo que maneja y someterlo al imperio de las necesidades económicas (que lo califican como componente de una determinada industria), le atribuimos una cualidad moral puramente abstracta por el sólo hecho de tener carnet de los I.W.W.? No puede darse un caso más patente de simplismo, porque demasiado sabemos que el rótulo no altera la calidad del producto, como tampoco el carnet concede mayores quilates de conciencia al obrero que lo posee.

Hay, además, una contradicción flagrante en ese internacionalismo industrial. Se quiere desconocer la existencia de clasificaciones regionales y se pretende negar la realidad de las características que hacen desemejantes los pueblos (y ténganse en cuenta que la variedad no es una negación de la armonía), pero se divide a los trabajadores en tantas categorías como industrias existen en cada país. Así, por ejemplo, en Estados Unidos, los I.W.W. no tienen en cuenta la conformación política del país, pero observan las divisiones más o menos lógicas entre las diversas actividades industriales y, al negar la existencia del problema localista, establecen la necesidad de la división del proletariado en grupos económicos: de la agricultura y la pesca, de las minas, de la construcción, del transporte, de la alimentación, de los servicios públicos.

No sabemos cuál será más perjudicial: si el nacionalismo político o el industrialismo, que toma al individuo como el componente de una unidad económica sin tener en cuenta otra cosa que la especialidad del trabajo que ejecuta. Pero sí podemos asegurar que en el industrialismo está diseñada la tendencia imperialista de la burguesía, y que seguir ese proceso de centralización industrial, en la creencia de que se fortalece la idea revolucionaria y se capacita intelectualmente al obrero, significa, lisa y llanamente, contribuir al afianzamiento del imperialismo económico, doblemente opresivo y brutal porque basa su fuerza en las necesidades materiales del conjunto social.

En otro orden de ideas, queriendo atribuir valores revolucionarios a simples conquistas económicas, los compañeros que defienden el sistema de organización industrial, llegan sin darse cuenta de ello, a la aceptación del más

incipiente reformismo. Refiriéndose a las funciones que llena en momentos normales el «comité de fábrica», (que es otra de las premisas «revolucionarias» del industrialismo), cierto compañero decía lo siguiente:

«...Por ejemplo, los obreros consiguen hacer desaparecer al capataz, e imponen en el establecimiento un consejo de fábrica. La autoridad patronal ha desaparecido. El mundo se trastorna. El patrón, mientras llega la época que le toque a él también seguir la suerte del capataz, se acostumbra a ver cómo los obreros mandan en 'su' fábrica. Los obreros, a su vez, están en el desempeño de una función que hoy no realizan, y de ese modo se hacen aptos para administrar por sí solos la riqueza que elaboran, sin necesidad de amos ni de empleados superiores».

He ahí una ilusión que se desvanece al contacto de la realidad. El consejo de fábrica, mientras el patrón mantenga el monopolio industrial y se embolse el producto de la explotación que ejerce «legítimamente», no llena ninguna función revolucionaria. Puede significar una reforma en las relaciones de patrón a obrero y hasta ejercer cierto control en «cuanto a la manera de trabajar», como también puede llegar a ser un eficaz elemento de disciplina, para provecho del capitalismo. Esas conquistas parciales, pues, no enseñan nada al obrero, ni mucho menos realizan misión emancipadora alguna, porque están neutralizadas por los mismos intereses que entran en juego en el taller y dividen al proletariado, tanto en la especialidad del trabajo que cada cual realiza como en la escala del salario establecida para remunerar su labor.

El industrialismo obrero adolece de todos los defectos del industrialismo capitalista, porque es hijo del régimen social y sigue el mismo proceso de desarrollo de la burguesía. Y aceptar lisa y llanamente la organización industrial, atribuyéndole valores revolucionarios que no puede poseer por sí misma, significa negar lo que constituyó siempre para el anarquismo la base de su doctrina revolucionaria: la misión social del individuo como factor determinante, en todas las esferas de la actividad, del progreso y la cultura adquiridas por la humanidad en su penosa marcha hacia el futuro.

SINDICALISMO REVOLUCIONARIO

Lo primero que se nos ocurre es hacer esta pregunta: ¿Qué es sindicalismo revolucionario? ¿Hay, en oposición al sindicalismo federalista, que practica la acción directa y la lucha revolucionaria, un sindicalismo reformista?

Se ha generalizado la palabra sindicalismo en una forma que pareciera significar una teoría social independiente de las ideologías marxista y anarquista. Y se emplea el concepto, haciendo abstracción de las ideas que determinan los diversos aspectos de esa lucha del asalariado, con el próposito de abarcar todo el movimiento social con un solo denominativo. Pero, resulta que el denominativo genérico falla y nos vemos obligados a acoplar al sindicalismo una segunda denominación: lo llamamos reformista o revolucionario.

Hay, a nuestro entender, una lamentable equivocación. El sindicalismo es un medio de lucha, un denominativo específico que no representa en sí valo-

res ideológicos. Y no es por lo mismo, ni reformista ni revolucionario: es la simple expresión de la lucha económica y representa, para las ideas sociales que se manifiestan en su seno y determinan sus orientaciones, lo que el capitalismo es para la ideología burguesa que sirve de base al Estado.

En oposición al sindicalismo de Moscú, que representa de hecho un movimiento político antagónico a la organización económica de los trabajadores —la tentativa de imponer la ideología marxista a los sindicatos para transformarlos en simples engranajes del partido— se ha iniciado en Europa una intensa campaña opositora a la Sindical Roja, que alega como razón esencial la independencia del sindicalismo. Los sindicalistas revolucionarios —mejor dicho, los defensores del sindicalismo latino, tradicionalmente federalista y antipolítico— se oponen a toda definición política o ideológica del sindicato. Y establecen, por lógica consecuencia, que el sindicato es un movimiento aparte, una tendencia social autónoma que se basta a sí misma y tiende a realizar por sus medios propios la total emancipación del proletariado.

Puede ser que, por oposición a la política de los comunistas y como un arma defensiva frente a las maniobras absorcionistas de Moscú, se vean obligados los sindicalistas revolucionarios a defender previamente la independencia del sindicalismo, dejando para más adelante sus claras, precisas y terminantes orientaciones ideológicas. Pero en la propaganda de ese sindicalismo neutralista y prescindente —pese al agregado «revolucionario»— existe un peligro tan grande como el que representa hoy la tendencia autoritaria y centralista de Moscú. Un movimiento sindicalista apartado de las corrientes ideológicas que caracterizan al proletariado actual, además de ser imposible, constituiría algo así como el polo negativo de toda actividad revolucionaria, ya que el sindicato estaría en oposición a las ideas de sus componentes y quedaría reducido a un simple elemento de lucha gremial.

El sindicalismo es la antítesis del capitalismo. Como organización de clase el sindicato no puede nunca bastarse a sí mismo, porque la lucha revolucionaria no se dirige únicamente contra los capitalistas, sino también y particularmente contra el Estado, que es la representación de todas las instituciones que sirven para asegurar el poder económico y el dominio político de una minoría privilegiada. El proletariado no debe tener únicamente la fuerza: necesita poseer una concepción ideológica que le permita abocarse al fundamental problema de transformar radicalmente las instituciones sociales. ¿Qué harían los sindicatos obreros, en plena revolución y una vez expropiados los capitalistas, para organizar la vida sobre bases nuevas, si sus componentes carecieran de una noción sociológica que les permitiera abarcar el difícil problema de su verdadera y completa emancipación? Tendrían la fuerza de su parte, pero terminarían por emplearla en perjuicio de sus propios intereses favoreciendo el resurgimiento de una nueva tiranía.

Con librar al movimiento sindicalista de la influencia de Moscú no se soluciona el problema. El sindicalismo debe aceptar una definición política o ideológica. Es más: el sindicalismo no elude, en ningún momento, esas definiciones porque la neutralidad es siempre un recurso para los que tratan de imponer su jefatura personal a las masas obreras que carecen de una orientación revolucionaria.

Si el sindicalismo quiere librarse de toda influencia reformista, debe aceptar la ideología anarquista. Porque el movimiento sindical está expuesto a la influencia de una u otra fracción doctrinaria y es siempre la imagen y semejanza de las ideas que pretenden eliminar los defensores de la prescindencia. Y una prueba de esto es que, allí donde predomina el elemento socialista y las organizaciones obreras están sometidas a la influencia de los partidos, el sindicalismo pierde su valor como instrumento de acción revolucionaria, pese a su pretendida autonomía como movimiento proletario para la realización de conquistas económicas.

No estamos de acuerdo con ese sindicalismo neutralista, a pesar de que se califique revolucionario. Los anarquistas deben ser fieles a sus principios y consecuentes con sus ideas en todos los terrenos de la actividad revolucionaria. Y en el sindicato, aun a trueque de chocar con los elementos adversos, es necesario defender las ideas libertarias, porque en esa defensa está, para los anarquistas, la razón de ser del sindicalismo.

SINDICALISMO Y ANARQUISMO

En sucesivos artículos hemos tratado de esbozar la teoría del sindicalismo anarquista. En oposición al sindicalismo materialista (ya reclame todo el poder para los sindicatos o pretenda crear en el cascarón de la sociedad vieja la estructura económica de la nueva sociedad), nosotros concebimos un movimiento obrero integral, con todas las preocupaciones filosóficas que embargan el espíritu del hombre emancipado y actuante en el plano económico que sirve de escenario a las luchas del proletariado.

Hemos rechazado el galimatías apolítico de los defensores del sindicalismo neutro. Y hemos opuesto a la tendencia industrialista, que basa la razón de ser de las organizaciones obreras en simples preocupaciones económicas y su potencialidad revolucionaria en la identificación del hombre con la labor que ejecuta, los postulados anarquistas, la idea libertaria que toma al individuo como entidad social actuante y pensante a fin de llegar a la realización de la única conquista positiva: la emancipación integral, no sólo del proletariado, sino también de toda la humanidad.

Para nosotros, es esta una posición bien clara y terminante. Anarquistas, entendemos que el movimiento obrero, que es un vasto campo de actividades revolucionarias, debe reflejar las opiniones, las ideas y los anhelos que sustentamos. Y no aceptamos, por eso mismo, la teoría del neutralismo ideológico, que es una negación del individuo como entidad pensante y determinante de sus propias condiciones económicas.

¿Hay nada más ilógico e irracional que pretender eludir, en los sindicatos obreros, el choque de opiniones y los conflictos ideológicos? El neutralismo es una ficción y una negación. El hombre vale por sus ideas, no por las que rumia y digiere. Y los anarquistas, si no quieren negar su propia obra, deben llevar sus ideas a todas partes y defenderlas en todos los campos de su actividad. ¿Que no todos los obreros interpretan nuestras ideas? Habría que estu-

diar a fondo este capital problema: ¿Quiénes son los convencidos de un ideal y quiénes los simples creyentes?

Para crear un movimiento sindical concordante con nuestras ideas —el sindicalismo anarquista— no es necesario «embutir» en el cerebro de los obreros ideas que no conciben o contra las que guardan rutinarias prevenciones. La cuestión es otra. Nosotros, en oposición al concepto marxista de que la clase obrera, en razón a sus intereses económicos, forma en sí misma una entidad social homogénea, sostenemos que el proletariado es, como fuerza revolucionaria, lo que ideológicamente representa y lo que moralmente vale.

El movimiento social contemporáneo, pese al factor económico, se inspira en principios ideológicos y es, por lo que realiza y por lo que esboza teóricamente, la viva representación de los antagonismos que diariamente se suscitan en el campo de las ideas. Lejos, pues, de eludir esa cuestión capital, los anarquistas debemos contribuir a ese proceso de diferenciación que va creando un verdadero carácter a las luchas económicas. ¿Que así contribuimos a dividir, más de lo que está, a la clase trabajadora? Sí; pero en esa división está la vitalidad del movimiento revolucionario, que no puede ser un movimiento de fuerzas disciplinadas, de ejércitos sometidos a la voz de mando de los jefes, de rebaños humanos que aportan a la lucha su fuerza pasiva y los imperativos de su instinto.

Los anarquistas debemos crear un instrumento de acción que nos permita ser una fuerza actuante y beligerante en las luchas por la conquista del futuro. El sindicalismo puede llenar esa alta misión histórica, pero a condición de que se inspire en las ideas anarquistas. ¿Que esto es demostrar una excesiva intolerancia y hasta un propósito dictatorial? Descartado el hecho de que nosotros pretendamos imponer a todo el proletariado nuestras concepciones —y para ello tendríamos que apelar a la disciplina y descender al campo de los litigios puramente económicos— no hay en nuestros propósitos, nada que atente a la independencia de las demás fracciones políticas o ideológicas que desarrollan sus actividades en el campo obrero.

Hemos dicho y repetido que no vemos en el proletariado una clase social subordinada enteramente a sus necesidades económicas y, en consecuencia, consciente de su inferioridad como clase y dispuesta a reivindicar sus derechos. Aun existiendo en una parte del proletariado esa «conciencia de clase», únicamente sirve como elemento de juicio para combatir a la burguesía, para inmediatas reivindicaciones económicas, quedando todo el problema social subordinado a las diversas interpretaciones ideológicas. El odio común al burgués y las comunes necesidades del asalariado pueden determinar en un momento dado esa «unidad de clase». Pero en cuanto se pone en el tapete el problema social, surgen los antagonismos y sobreviene la división. ¿Cómo armonizar, en una huelga, a los que sostienen la necesidad de someter sus exigencias a un tribunal arbitral y los que se oponen a toda medida de conciliación basando su triunfo en la acción directa y revolucionaria? Y en el supuesto de que los trabajadores se encuentren frente a la realidad de una revolución triunfante, ¿acaso conservan por ello «su unidad de clase»? ¿No

surge de inmediato el problema ideológico, determinando el choque entre los partidarios de las diferentes teorías de reconstrucción social?

La organización del trabajo, aparte de sus objetivos económicos inmediatos —defensa del salario y lucha contra las reacciones capitalistas— es la síntesis, en sus variados aspectos y en sus múltiples actividades, de los principios políticos e ideológicos que llevan al terreno de la lucha social sus lógicos e inevitables antagonismos. Los anarquistas no queremos evitar ese choque de opiniones: queremos, sí, crear un medio propio de influencia en el movimiento obrero, una tendencia sindical que sea la viva representación de nuestras ideas y el arma de lucha para combatir, no sólo al capitalismo y al Estado contemporáneos, sino también a los capitalismos y Estados en embrión: la teoría marxista y sus diversas manifestaciones autoritarias, tanto en el terreno de la política electoral como en el campo del sindicalismo.

No se puede decir que no exponemos claramente lo que opinamos respecto al sindicalismo. ¿Que hay compañeros que no opinan así? Con razones y no con palos se ha de conquistar el mundo... Y esas razones es necesario exponerlas, para que nos entendamos, si es posible llegar al entendimiento sobre cuestiones que posiblemente nos coloquen a distancias imposibles de ser ganadas de un zancazo.

EL MOVIMIENTO OBRERO Y LAS DIVERGENCIAS DOCTRINARIAS

El lema de la Primera Internacional: «Trabajadores del mundo, uníos», no ha perdido su sentido sociológico e histórico. Pero la unión del proletariado, si fue instintiva en los comienzos de la propaganda socialista, se condicionó más tarde, con el desarrollo de las ya definidas tendencias del socialismo, en dos líneas divergentes que expresaban no sólo el método de lucha, sino también los fines revolucionarios.

La unidad de clase, era la obligada constatación de un hecho revelado por los humanistas y los sociólogos antes que Carlos Marx, partiendo del positivismo de Kant* y del idealismo abstruso de Hegel, formulara su teoría materialista. En los comienzos de la propaganda socialista, cuando los trabajadores comenzaban a agruparse para la defensa de sus intereses inmediatos —sin una idea clara en cuanto a los objetivos finalistas— y todo el problema parecía reducirse a desalojar a la burguesía triunfante del poder político y de la dirección de la economía social, bastaba el nombre «proletario» para expresar la esencia y la potencia del movimiento revolucionario. Se trataba de organizar a todos los asalariados, de dar a las organizaciones gremiales un programa de oposición al naciente capitalismo, de oponer una fuerza popular a las veleidades reaccionarias de la nueva casta privilegiada surgida del demolido régimen feudal.

*Es muy difícil explicar por qué López Arango considera a Kant «positivista», a no ser que use ese termino como sinónimo de «agnóstico» de «anti-metafísico». (A.J.C.).

Todo esfuerzo encaminado a superar las conquistas civiles de la burguesía y a trasladar la lucha contra los nuevos dominadores al campo económico, contaba con el apoyo de los socialistas. Y también todo el movimiento de la Primera Internacional, sin responder a la exclusiva iniciativa de los partidarios del colectivismo o del comunismo, era considerado como coincidente con los intereses materiales de la clase trabajadora y con los propósitos perseguidos en la lucha social, aun no bien determinada en lo que respecta a la finalidad de futuro.

Puede decirse que fueron los socialistas autoritarios, al introducir la política parlamentaria en la Asociación Internacional de los Trabajadores, los primeros en plantear la división del movimiento obrero en sectores políticos y doctrinarios. La larga polémica entre marxistas y anarquistas, antes y después de haberse separado las dos tendencias en el terreno gremial, se quiso atribuirla a la enemistad que separaba a Marx y Bakunin. Pero aquella «cuestión personal», si contribuía a alejar entre sí a los partidarios de una y otra escuela, tenía una importancia bien secundaria si se compara con los verdaderos motivos que habían provocado la crisis en las filas de la Primera Internacional.

La ilusión unitaria se desvaneció frente a la realidad del doble proceso operado en las teorías socialistas. No bastaba ya con declararse partidario de la lucha de clases y abogar por la expropiación de la burguesía. Para los políticos marxistas carecía de valor el enunciado teórico de la A.I.T.: «La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos». ¿Y de qué servía la otra fórmula unitaria y el mismo objetivo inmediato de las organizaciones obreras, si en la esfera del Estado, en su papel de representantes obreros, había socialistas que negaban la acción revolucionaria y en cambio prometían la conquista de la sociedad futura mediante la boleta electoral?

En aquella negación del esfuerzo del hombre como entidad consciente y determinante de sus destinos, estaba precisamente sintetizado todo el programa marxista. La lucha de clase perdía su verdadera importancia social al quedar reducida a una disputa por mayores salarios, por menos horas de trabajo, por mejoras que no alteraban las condiciones reales del proletariado. El resto quedaba a merced de las reformas políticas, porque la fórmula consagrada en la Internacional no tenía realidad en el espíritu de las masas que depositaban su confianza en los altos jefes que oficiaban de mentores de la burguesía, a pretexto de que, desacreditando el parlamento, provocarían la revolución desde arriba.

Las sucesivas adaptaciones del marxismo al ambiente burgués, con lo que llegaron los partidos políticos socialistas a convertirse en los más firmes puntales del Estado, por la lógica de un proceso ideológico divergente en el sector antipolítico y antiestatista, determinaron una neta y definitiva separación de las corrientes del socialismo ya bifurcadas en los dos movimientos que dividieron la Internacional. La lucha entablada entre autoritarios y libertarios, atribuida por los elementos neutros a una querella personal entre Marx y Bakunin, no sólo separó a los grupos militantes de ambas fracciones, sino que también trazó una profunda línea divisoria y ha servido para mantener

irreductible, en medio siglo de propaganda, la crítica a los métodos reformistas y colaboracionistas de la social-democracia.

Nosotros nos colocamos dentro de la realidad histórica y aceptamos todas las consecuencias del inevitable choque de tendencias. Si no es posible conciliar las diversas teorías socialistas en un programa integral; si el socialismo es una doctrina que se expresa a través de principios, tácticas y fines opuestos; si entre el marxista que reduce todo el problema de la revolución a la conquista del Estado y el anarquista que lucha por destruirlo no hay un solo punto de contacto, aunque ambos luchen contra el mismo enemigo, ¿pueden tener un campo común de actividad en el movimiento obrero? ¿Es siquiera posible hallar un terreno neutral en las organizaciones sindicales, que están de hecho sujetas a la influencia de la opinión, las ideas y la cultura de los individuos que las componen?

El neutralismo es un recurso político y encubre un habilidoso plan de dictadura de los jefes reformistas soble la clase trabajadora organizada. Y los anarquistas de este país hemos denunciado las maniobras a que recurren los dirigentes social-demócratas, bolcheviques y sindicalistas neutros para, en nombre de la unidad de clases, someter al proletariado a una dirección de partido y a una disciplina corporativa que anula la autonomía individual y amordaza a las minorías en desacuerdo con el programa del grupo dirigente.

Ya que se vuelve a repetir el gastado estribillo de la unidad obrera —por encima de los hombres y de las ideas—, definamos, una vez más, la posición que según nuestro punto de vista, deben ocupar los anarquistas en el movimiento obrero, frente a las tendencias políticas y neutras que intentan desplazar la influencia del anarquismo de las organizaciones proletarias.

Los anarquistas no deben eludir el choque de las ideologías en el movimiento obrero. Es por las divergencias teóricas y tácticas que se conoce el desarrollo progresivo de la clase trabajadora, sus avances en el terreno de las ideas y sus realizaciones económicas.

En los hechos está confirmado el proceso de la ideología libertaria, en oposición a las corrientes autoritarias del marxismo. Y los anarquistas buscamos en el movimiento obrero un campo de propaganda y de experiencias revolucionarias. ¿En qué medida se operan las divergencias doctrinarias en las organizaciones que tienen por fin inmediato la lucha contra la burguesía? ¿Dónde comienza y dónde termina la neutralidad del sindicato, al que los reformistas pretenden fijar un proceso histórico paralelo a la evolución del capitalismo, sin otro objetivo que el de buscar un equilibrio a la ley de hierro del salario?

Constatamos, a través de los hechos y experiencias del movimiento obrero de la Argentina, el proceso diferencial de las tendencias políticas e ideológicas que hoy dividen a la clase trabajadora y, como consecuencia, la posición del anarquismo frente a los sectores reformistas, políticos y sindicales.

Ya hemos dicho, aportando como prueba la experiencia de la Primera Internacional, que la desintegración del socialismo fue un fenómeno independiente de las divergencias personales. Aceptado el proceso de los desacuerdos sobre la táctica política, es preciso admitir que las mismas circunstancias se

produjeron en la organización obrera. Y si durante algunos años se creyó posible mantener al proletariado alejado de los choques doctrinarios y substraerlo a la influencia de los partidos y de los grupos en disidencia, ya no es posible persistir en el error de semejante juicio, sobre todo ahora que son tan profundos los desacuerdos entre los mismos marxistas.

El sindicalismo, tendencia neutra alimentada con fórmulas clasistas, fue una malograda tentativa de unidad sindical sobre las divergencias teóricas. Para los sindicalistas de la primera hora —los que intentaron, partiendo de un falso razonamiento, separar las ideas de los hechos: el espíritu de la materia—, bastaba el móvil económico para determinar la conducta de los trabajadores y, en general, el proceso de la revolución proletaria. Ofrecían, pues, un campo neutral a la clase trabajadora, el que debía ser asegurado mediante la renuncia de las diversas tendencias socialistas a llevar sus propios objetivos al terreno de la lucha de clases.

Durante algunos años, en la mayoría de los países, los anarquistas abandonaron la propaganda teórica en el movimiento obrero, se perdieron los más en un ambiguo doctrinarismo y el resto se plegó a la fórmula sindicalista. Los social-reformistas, en cambio, en apariencia ausentes de la dirección de los sindicatos, fueron dominando con su ideología autoritaria a los trabajadores organizados y convirtiendo a las organizaciones supuestamente neutrales en apéndices de sus partidos. Y ese hecho explica que el anarquismo haya ido perdiendo influencia en las masas trabajadoras y que la propaganda contra el parlamentarismo no lograra poner en descubierto la farsa democrática, disfrazada con el programa de reformas sociales de los politicantes de la revolución... desde arriba.

Las últimas experiencias han servido para superar aquel largo período de atonía. El sindicalismo neutro es una teoría vacía de contenido espiritual, sin que baste a valorizarla frente a los hechos la declaración de fe revolucionaria. La organización obrera sigue lógicamente el proceso evolutivo de las ideas: se particulariza en corrientes doctrinarias que, por haber perdido su base común originaria, buscan por sí mismas una nueva base en el integralismo revolucionario. De ahí la ruptura producida en la A.I.T.[1], después del congreso en que fue impuesta por los partidarios de Marx la táctica política, entre socialistas y anarquistas, división que a partir de 1917 aceleraron en todos los campos de la propaganda los secuaces de la Tercera Internacional.

En lo que respecta a este país, la «unidad obrera» no ha existido nunca en la medida que fue lograda por la socialdemocracia en las naciones industrializadas. Y ese hecho, aparte de otros factores de orden material, tiene su explicación en la conducta observada por los anarquistas en el movimiento obrero. Y he ahí por qué el movimiento sindical de la F.O.R.A.[2] es al mismo tiempo un movimiento de ideas, que parte de la base integral del anarquismo y busca sus realizaciones en la libertad política y en la emancipación económica de la clase trabajadora.

[1] A.I.T.: Asociación Internacional de Trabajadores.
[2] F.O.R.A.: Federación Obrera regional Argentina.

La táctica expuesta por nosotros se afirma sobre bases inconmovibles. El anarquismo debe tomar en todos los países una franca posición, en el campo sindical, frente a los partidos marxistas y a las tendencias neutras que contribuyen a desviar el esfuerzo del proletariado de los verdaderos objetivos emancipadores.

INFLUENCIAS MARXISTAS EN EL MOVIMIENTO OBRERO

Casi se ha generalizado la creencia de que sólo en los partidos electorales están los discípulos de Marx. Se trata, como intentaremos demostrarlo en estas breves consideraciones sobre el marxismo de la lucha de clases —y hasta de acción directa— de un error de interpretación que ocasiona confusiones y malentendidos entre los militantes más activos y conscientes.

El marxismo —la teoría de la concepción materialista de la historia— puede decirse que es anterior a la política parlamentaria socialista. Antes de que Marx aceptara la acción legislativa para la conquista legal de mejores condiciones económicas y para la defensa política del proletariado, en el seno de la Asociación Internacional de los Trabajadores se manifestaban dos tendencias antagónicas: la materialista y la idealista. Y esos dos principios sociales al parecer identificados en un principio común recobraron su independencia de acción desde el momento que las intrigas de Marx y sus partidarios dieron el golpe de muerte a la Primera Internacional destrozando su unidad de pensamiento y de lucha revolucionaria.

Agotadas las polémicas en torno a las cuestiones tácticas y teóricas de la Internacional, y ya perfectamente definidas las dos tendencias socialistas —la autoritaria y la libertaria— el socialismo parlamentario se fue alejando gradualmente del campo obrero y desentendiéndose de la lucha de clases. Indirectamente, como jefes de partido, los marxistas lograron mantener su dominio sobre una parte del proletariado. Pero estas organizaciones sometidas a la influencia marxista, más que órganos de lucha de clases, eran simples engranajes de los partidos, pedazos de la máquina electoral montada por los aspirantes al poder. ¿Qué actividades revolucionarias desarrollaron los socialistas en los últimos treinta años? La propaganda electoral absorbió a sus jefes toda la atención y las masas todo lo confiaron a las leyes protectoras que figuraban en el programa mínimo del socialismo parlamentario.

Debemos confesar sinceramente que esas desviaciones del marxismo no constituían otra cosa que la consecuencia lógica de la política electoral de los partidos socialistas. La concepción materialista histórica, por lo mismo que es una teoría arrancada a la entraña del capitalismo —el justificativo de todo el proceso económico de la sociedad burguesa—, ganó para el marxismo a las masas obreras, incapacitadas para ver más allá de sus necesidades económicas. Pero en el movimiento obrero se hizo carne la idea libertaria, los principios anarquistas en lo que representaban como elemento espiritual que mantenían latente la acción revolucionaria del proletariado, creciendo la adversión a los oportunistas del parlamentarismo.

En los últimos treinta años el socialismo no fue otra cosa que un partido político sin conexión con las grandes batallas del trabajo y las crecientes inquitudes de la clase trabajadora organizada. Y por oposición al reformismo, muchos trabajadores pasaron a militar en las filas anarquistas, sin que por ello se hubieran identificado espiritualmente con nuestras ideas.

La consecuencia lógica de la degeneración política del socialismo, fue el creciente desarrollo del sindicalismo antiestatal y antipolítico. Elementos marxistas contrarios a la acción parlamentaria, obreros enamorados de las barricadas, todos los cultores de la violencia como medio para vencer a la burguesía y destruir el régimen capitalista, se encontraron en el campo anarquista. Pero el anarquismo, al recibir ese enorme porcentaje de fuerzas restadas al socialismo, muy poco ganó en potencia espiritual, en valor ideológico, en cultura intelectual y en conciencia revolucionaria.

Las ideas materialistas ganaron nuestro campo y hasta influyeron en la propaganda anarquista, al menos en la que tomaba como punto de inspiración la lucha gremial y las actividades del proletariado consciente. De otra manera, ¿cómo se explicaría que, bajo la influencia de los últimos acontecimientos, hayan vacilado tantos hombres de nuestras filas y la descomposición de las organizaciones revolucionarias llegara al extremo de ofrecer campo abierto a los oportunistas de la revolución?

El fenómeno «comunista» retrotrae a nuestros días el período de la descomposición de la Primera Internacional. Pero hoy existe el agravante de que no es el socialismo el que sufre un desgarramiento interno, sino que es el movimiento revolucionario el que está a merced de los peores oportunistas que han tomado a las organizaciones obreras antipolíticas como campo de sus correrías y como materia experimental para sus ensayos dictatoriales.

Para explicarnos ese extraño retroceso operado en el movimiento obrero, es necesario tener en cuenta la existencia de esa corriente de opinión marxista de que venimos hablando. En el campo anarquista militaban elementos de la más variada mentalidad. Eran revolucionarios por temperamento. Estaban contra los partidos socialistas y contra la política electoral. Pero sus concepciones eran marxistas: estaban de acuerdo con las «realidades históricas» reveladas por Marx y consideraban como un fin la conquista revolucionaria del poder y de los medios de producción y consumo.

El comunismo de Estado fue una revelación para esos marxistas plegados al anarquismo. Sufrieron el deslumbramiento del incendio social iniciado en Rusia y encontraron su camino en los pasos inciertos del partido bolchevique. Y fueron desde entonces los peores enemigos de los ideales que creyeron profesar y los más acérrimos defensores de los repudiados políticos.

Para apreciar hasta qué grado llegó la influencia marxista en el movimiento obrero, nos basta con dirigir nuestra vista a la Europa convulsionada. Los sindicalistas revolucionarios se inclinan a las prácticas dictatoriales del comunismo de Estado, improvisan programas políticos y económicos para asumir las funciones directivas de la revolución y de la sociedad que salga de ese violento parto, y recurren a la disciplina para imponer al proletariado la militarización más absurda. ¿Y qué pensar de esos elementos que, en nombre

del anarquismo, constituyen partidos a base de organización cuartelera, hacen declaración de fe autoritaria y alegan que el fin de toda revolución debe ser la conquista del poder político para organizar la vida económica según un método preciso de sindicalización o estabilización obligatoria?

El deber de los verdaderos anarquistas en la hora presente, está en defender los principios libertarios, justicieros e igualitarios del anarquismo, combatiendo sin tregua la influencia marxista que invade nuestro campo y amenaza desviarnos de la senda de la revolución social integral. Que los compañeros de todas partes cumplan con su deber. La revisión de principios y de tácticas, si se cree necesaria, vendrá después. Ahora peligra nuestro patrimonio ideológico y debemos defenderlo contra todo y a pesar de todo.

LA OPOSICION AL MARXISMO EN EL MOVIMIENTO OBRERO

I

La base teórica del anarquismo está en la negación del Estado. Esta premisa es aceptada por todos los adversarios decididos del principio de autoridad. Pero no basta con declarar que los revolucionarios deben emprender, como tarea previa, un ataque tenaz y continuado contra ese órgano de tiranía, al servicio de la clase privilegiada, que encarna y perpetúa a través de los cambios de sistema la esclavitud del obrero y la sumisión del ciudadano a la autoridad de los mandones. El estatismo existe hasta en las formas menos conocidas del concierto económico, porque es causa y efecto de la explotación del hombre por el hombre.

Nos hemos acostumbrado a ver en el Estado una entidad definida, inmutable, sujeta a un determinado concepto civilizador. Suponemos que existe porque existe el capitalismo, que le dio sus bases económicas y su actual conformación jurídica, y que basta con despojar a los capitalistas de sus privilegios para que desaparezca el principio de autoridad que sostiene todo el andamiaje estatal. Es bien sabido que todo cambio en las condiciones económicas de la sociedad, modifica la estructura del Estado, pero no por eso desaparece la naturaleza del estatismo.

Existe una relación estrecha entre la capacidad media del pueblo y las formas jurídicas, políticas y sociales del régimen que tolera. Del mismo modo existe un inevitable paralelismo entre la capacidad defensiva del proletariado y la potencia ofensiva del capitalismo. El Estado sufre las variaciones que impone el continuo juego de las revoluciones y de la reacción, modifica sus aspectos externos debido a la presión de las fuerzas que representan los dos polos opuestos en la dinámica social, se torna más fuerte o más débil según sea el impulso que sigan las corrientes de la opinión popular. Pero los cambios políticos no modifican substancialmente el orden de cosas, ni la situación de los despojados se modifica legalizando el despojo.

Con la democracia se ha fortalecido aun más el principio jurídico del Estado. El obrero se transformó en ciudadano, lo que quiere decir que pasó

a ser un engranaje «consciente» de la máquina estatal. Con el socialismo estatista, se busca la conjunción de todos los poderes en una entidad única y absoluta: se reúnen en un mismo órgano de dominación la política y la economía, el arte y las ciencias, las ideas y las necesidades. Y, por la influencia de las teorías marxistas, que reducen al hombre a la condición de máquina, el proletariado se asimila todos los prejuicios del ambiente y llega a creer que su felicidad consiste en despojar a los actuales amos de los privilegios que detentan.

Para negar al Estado, hay que negar la ideología marxista. He ahí el fundamento teórico del anarquismo, pero, ¿puede el sindicalismo, que es marxista en economía, aun cuando prescinda de la política y niegue la utilidad del Estado, reclamar para sí la ordenación de la sociedad futura? ¿No es el sindicato un órgano de creación reciente, ligado al factor económico, hijo legítimo del capitalismo que lleva en sus entrañas, con la desesperación de los sometidos, el fermento de una nueva injusticia?

Con el simple despojo de los capitalistas no se destruye el capitalismo. Si los obreros mantienen la vieja máquina económica, si conservan los complicados engranajes del industrialismo, si no poseen suficiente capacidad para destruir la organización social en sus bases históricas, arribarán después de la revolución al mismo punto de partida. Del sindicato saldrá el Estado, porque para regularizar la producción y el consumo se necesitan órganos oficiales, cuerpos directores, oficinas técnicas, que poco a poco van asumiendo el papel de los organismos políticos y económicos destruidos por la revolución.

El error clasista no consiste solamente en mantener en pie las actuales instituciones capitalistas, sino también en perpetuarlas bajo otro nombre. Y el sindicalismo, aceptado como sistema económico del futuro, al reclamar el control y la dirección de la economía capitalista después de la revolución, plantea la necesidad del Estado que teóricamente niega, con lo que denuncia su naturaleza autoritaria.

II

Si nosotros encontramos una equivalencia de conclusiones político-económicas en la doctrina de los partidos marxistas y de los sindicatos que giran en torno a la influencia de la socialdemocracia, es ateniéndonos a lo que unos y otros realizan en el presente y a lo que proyectan para el futuro. Pero eso no quiere decir que confundamos el sindicalismo con la simple organización corporativa. Los partidos son fuerzas políticas que elaboran en la realidad mezquinas perspectivas: son instrumentos de dominación en manos de un grupo de ambiciosos. En cambio, los sindicatos que siguen una trayectoria independiente de las preocupaciones estatistas, representan un permanente fermento de revolución, precisamente porque al actuar en la esfera económica vénse obligados a seguir el curso de las repetidas crisis del capitalismo.

La constatación de que el sindicato obrero ofrece un amplio campo a la

propaganda revolucionaria, de que es un medio precioso para ejercitar en la lucha a los trabajadores, de que reúne en sí los mejores elementos para oponer una seria resistencia al capitalismo y al Estado, no debe llevarnos al extremo de considerarlo como una teoría social independiente de las diversas tendencias sociales. El sindicalismo no es un cuerpo de doctrinas hechas: no se basta a sí mismo, como pretenden hacernos creer los sindicalistas puros. Podrá ofrecer posibilidades revolucionarias como continente de las fuerzas que respondan al imperativo de las necesidades; pero el contenido carece de homogeneidad ideológica y está dispuesto a dispersarse a la primera contingencia grave que origine un choque de opiniones.

Es necesario tener muy en cuenta la relación que existe entre el movimiento obrero y el desarrollo del capitalismo. Los sindicatos modifican su táctica a medida que las industrias se desarrollan y crece el poder de los grandes grupos financieros. La trustificación crea una modalidad «trustista» en el sindicalismo, que es aceptada por los teóricos de la lucha de clases como necesaria para defender las conquistas del asalariado. Y ese fenómeno demuestra que el sindicato, más que determinante de una táctica de lucha, está determinado por la evolución del capitalismo.

¿Cómo, pues, existiendo un desarrollo paralelo entre el industrialismo y las organizaciones obreras basadas en el tipo industrial —lo que implica una sujeción del salario a las necesidades de cada hora y consecuentemente a las crisis periódicas del capitalismo—, pueden los sindicatos operar por sí mismos una revolución ampliamente social? De un movimiento revolucionario puede surgir un cambio de dirección en la economía capitalista, transformándose los sindicatos obreros en órganos de control de las industrias expropiadas a los actuales detentadores; mas existe el peligro de que el sindicalismo, conformado a las necesidades y al artificio de la civilización burguesa, mantenga en pie la máquina política del Estado.

No hacemos suposiciones. Basamos esta posibilidad en los hechos y en las teorías que formulan algunos anarquistas ilusionados por el revolucionarismo sindicalista. Por ello decimos que es temerario atribuir a un órgano de defensa conformado a los hechos y las necesidades presentes, funciones postrevolucionarias. El sindicalismo nació con el capitalismo —como los partidos políticos son retoños del Estado— y deberá desaparecer con él. De lo contrario, la herencia capitalista será adquirida por una casta de elegidos salida de la clase obrera, de la misma manera que la burguesía heredó los privilegios de los señores feudales y de los nobles vencidos por la revolución del siglo pasado.

No quiere esto decir que neguemos valores revolucionarios al sindicato. Lo que no admitimos es la función histórica que le atribuyen los sindicalistas llamados puros y los anarquistas partidarios de la neutralidad, porque entendemos que la organización de la vida en el comunismo debe operarse rompiendo el círculo de hierro de las industrias, esto es, volviendo a las fuentes de la comunidad, cuya expresión no es posible encontrarla en las modernas Babeles capitalistas.

Una revolución puede surgir del juego de los acontecimientos, en un mo-

mento de crisis como la que convulsionó a Europa después de la gran guerra. Suponiendo que las fuerzas más activas estén en los sindicatos y que la iniciativa corresponde a los trabajadores organizados y no a un partido político de avanzada (como el bolchevique, por ejemplo), ¿quedaría por eso asegurado el triunfo de la clase trabajadora? Se dice que los sindicatos pueden realizar esa misión. Pero hay que tener en cuenta que en el movimiento obrero actúan fuerzas divergentes en cuanto a la interpretación del hecho revolucionario y que no basta la «realidad económica» para determinar un cambio fundamental en el sistema capitalista.

He ahí por qué consideramos al sindicato como un instrumento de lucha en la sociedad actual, pero sin suficientes elementos doctrinarios para organizar la vida después de la revolución.

III

No existe una doctrina del movimiento obrero independiente de las tendencias políticas, religiosas, morales y económicas que toman al hombre como materia de juicio para justificar o negar la razón de ser de los privilegios sociales, de la autoridad, del Estado, de la burguesía. Existe el móvil material, la necesidad de luchar por el mendrugo, y esta lucha está sujeta a diversas y antagónicas interpretaciones.

El sindicalismo puro, pese al culto que rinden sus partidarios a todas las premisas revolucionarias, es un conjunto de teorías negativas. Históricamente los sindicatos siguen el camino que marcan los hitos del progreso industrial. En el presente no realizan otra tarea que la de procurar un mejoramiento en las condiciones materiales del proletariado, prescindiendo de ahondar el problema ético, porque de hacerlo plantearían la tan temida divergencia de opiniones, de sentimientos, de ideologías. ¿Sobre qué base, pues, pueden los sindicalistas operar la transformación radical del sistema capitalista, si sólo poseen un método económico de la técnica industrial, un programa orgánico que repite bajo otro aspecto los viejos programas liberales y reformistas?

Para comprender el absurdo en que caen los anarquistas que limitan la revolución a un cambio de papeles en la tragedia del mundo, es menester intentar substraerse al espejismo de la civilización capitalista y atisbar en la historia el acontecimiento que más identifique al individuo con la naturaleza. Acostumbrados a ajustar nuestros gustos a las necesidades de ahora, enamorados del proceso material que hace la vida agradable cuando se logra una parte de sus beneficios, siendo como somos hijos de esa civilización de hierro, no interpretamos la vida fuera del marco que nos estrecha y opresiona cada vez más en el precinto de acero de las ciudades industriales. De ahí esa ideología del economismo burgués, adornada con abstracciones por los políticos marxistas, que mediatizan la acción del proletariado a intereses inmediatos y subordinan el proceso de la revolución al crecimiento de las industrias, al juego de las finanzas y a la capacidad productora de un sistema social basado en el despilfarro y en la falta de equidad distributiva.

El industrialismo es la exageración de las necesidades, porque las industrias más productivas están al servicio del lujo, de la ociosidad, del sensualismo y de la guerra. Y debido a la creencia de que todo progreso es útil —porque proporciona pan a los hambrientos y goce a los que mueren de hastío y de gula—, los trabajadores persiguen la quimera de llegar a dirigir la máquina que los tritura, alimentando el oculto y vengativo deseo de arrojar entre los engranajes del monstruo a los actuales detentadores del privilegio.

La mentalidad media del obrero admite como natural ese cambio de funciones en la máquina económica. El sindicalismo se industrializa, esto es, sigue paso a paso el crecimiento de las industrias, se asimila las necesidades que crea la burguesía ociosa, busca armas en el capitalismo para preparar la revolución. Pero los trabajadores conservan lo que contribuyeron a elaborar: creen que sus tareas son imprescindibles, aun cuando trabajen en los astilleros y en los arsenales de guerra, se dediquen a levantar presidios, o pierdan la salud manipulando metales que sirven para adornar a los amos.

Si el obrero moderno se desarraiga de la tierra, si se torna cada vez más esclavo del sistema industrial, si no concibe otra solución que la señalada por el marxismo, ¿qué valores revolucionarios puede ofrecernos el sindicalismo? He ahí el problema que nos toca resolver a los anarquistas.

A la realidad económica y a las preocupaciones materialistas que predominan en el movimiento obrero, debemos oponer una concepción revolucionaria. ¿Cómo? Reaccionando contra la influencia del ambiente, combatiendo los prejuicios de clase, demostrando que el hombre debe comenzar por libertarse de la cadena de las llamadas necesidades. Hay una sola necesidad —la de vivir— y esa necesidad debe estar controlada por el cerebro. El artificio de la civilización hace a todos los hombres esclavos de apetitos bestiales: el privilegiado no está satisfecho de su glotonería y el hambriento envidia a los que revientan de hartos.

La fuente más pura de la ideología anarquista está en el comunalismo. Pero de esto ya se olvidaron la mayoría de los revolucionarios. Ahora se habla del comunismo, pero sin tratar de descubrir la base histórica de la comunidad. Los políticos bolcheviques son comunistas en teoría. Los sindicalistas nos ofrecen la receta del comunismo industrial. Para los primeros, el Estado es el centro de gravedad de una absurda organización de privilegios y de castas, donde el hombre pierde todo contacto con la naturaleza y se transforma en simple engranaje de la máquina económica, cuya dirección pasa a manos de una minoría elegida. Para los segundos, la organización centralizada de todas las industrias constituyen la panacea del comunismo desnaturalizado; y el obrero es un rodaje de la complicada máquina dirigida por las oficinas técnicas de la industria.

¿Dónde, pues, encontraremos hoy la expresión de ese comunismo tan mentado y tan ignorado? En el campo únicamente. El ruralismo ofrece más posibilidades comunistas que la ciudad industrializada. La vida en los campos está libre de las preocupaciones que hacen del obrero un esclavo del régimen capitalista.

Y sólo hace falta inculcar en los parias del terruño ideales de superación: el espíritu libertario que animó a los primeros propagandistas del anarquismo.

Para nosotros la conquista del comunismo sólo es posible destruyendo la máquina económica montada por la burguesía. El sindicato no puede realizar esa misión, porque es un producto del desarrollo industrial, el efecto y no la causa de la explotación capitalista. Para que lleguen los trabajadores a emprender esa labor destructora, es necesario que posean un ideal creador: que cuenten con elementos de juicio para operar la transformación social que anhelamos los anarquistas.

Es necesario, pues, que la propaganda de los anarquistas, en el sindicato, oriente la acción del proletariado de acuerdo con la ideología comunista anárquica. Y para ello hay que comenzar por combatir las ilusiones de los trabajadores que creen conquistar su felicidad convirtiéndose en amos, por el despojo de los capitalistas, pero conservando, junto con el espíritu del capitalismo, el sistema económico que esclaviza a los hombres.

IV

En las luchas del proletariado se manifiestan tres procesos distintos: reforma, revolución, conservación. Equivalen por lo tanto a diferentes modalidades del movimiento obrero, que interpretan otras tantas ideologías de la llamada lucha de clases.

De lo pretérito se nutren los ideólogos del marxismo. Los partidos socialistas buscan la reforma del régimen social, por la conservación del Estado y de la máquina económica montada por el capitalismo. No existe, pues, un móvil revolucionario en la tendencia «materialista histórica», porque la historia está sujeta a un método cronológico que traslada el presente, como otros tantos hechos repetidos, los contradictorios hechos del pasado. He ahí resumida toda la teoría «revolucionaria» de Marx y de sus discípulos y continuadores.

Cuando los sindicalistas puros erigen el sindicato en el último hito de la historia —cuando pretenden cerrar el proceso social en ese eslabón económico— quizás sin quererlo aceptan las conclusiones materialistas del marxismo. Se valen del método histórico de Marx para explicarse el proceso de las sociedades humanas y con lo pretérito pretenden elaborar una teoría para el futuro.

No es posible eludir esta cuestión. La reforma política no altera el orden de los factores materiales que determinan la esclavitud económica del ciudadano libre... Pero hay que tener también en cuenta que el reformismo no se expresa únicamente en las formas del poder —en los cambios que sufre la estructura jurídica del Estado—, sino que también tiene manifestaciones conocidas en el traspaso de las riquezas y de los privilegios detentados por una minoría. Los señores feudales y la nobleza propietaria se vieron obligados a dar cabida en su mesa a la clase burguesa, adueñada del poder político. La revolución del siglo XVIII dio un golpe de muerte al feudalismo. Mas

el problema social quedó en pie con ese traspaso de poderes y de títulos de propiedad. ¿Podría el proletariado, mediante un acto de fuerza que le diera el control de la máquina capitalista, eliminar de un golpe todas las diferencias de clase y de casta? ¿No sería más probable que, aplicando el método histórico de los marxistas, creara en su seno nuevos privilegiados y nuevos gobernantes, que serían precisamente los jefes políticos o los funcionarios sindicales?

Cuando hablamos del sindicalismo puro, queremos significar la subordinación a los hechos materiales de esa tendencia anti-ideológica, subordinación que aceptan no pocos anarquistas. El sindicato neutro, esto es, que no tiene en cuenta otra cosa que la lucha de clases, depende del proceso que sigue el capitalismo. Orgánicamente es una caricatura de las organizaciones industriales. Su fuerza está en relación con la potencia ofensiva del capital y sólo es fuerte cuando se debilita la burguesía.

Los marxistas, de acuerdo con la llamada ciencia histórica, consideran factible la conquista del poder político, ya sea por efecto de una conmoción popular o ya empleando el arma del sufragio. Creen posible llegar a la democracia conservando la organización económica presente, porque confían al Estado la tarea de controlar el desenvolvimiento de la sociedad reformada.

Se dirá que el sindicalismo es revolucionario, puesto que persigue como fin la destrucción del Estado. Lo es desde el punto de vista negativo. El Estado es una entidad jurídica que estatuye normas a la vida del hombre. Y el fundamento del estatismo no está en la política abstracta, sino que tiene su realidad material en el concierto económico. Si los sindicalistas niegan la necesidad del Estado y al mismo tiempo confían a los sindicatos obreros la misión de organizar la vida social al día siguiente de la revolución —lo que implica tanto como seguir manteniendo en funciones la máquina económica—, ¿no sientan de hecho las bases de un sistema ligado a sus intereses de clase y por lo mismo con fuerza de ejecución, con leyes, autoridad y privilegios?

Es peligroso atribuir a los sindicatos funciones pos-revolucionarias. Tan peligroso como confiar al partido político, al soviet o a la asamblea constituyente la tarea de organizar la vida durante o después de la revolución.

Para valorizar la acción del proletariado los anarquistas debemos llevar a los sindicatos nuestras ideas. La beligerancia de los anarquistas en el movimiento obrero servirá para contrarrestar el dominio de los políticos marxistas y, lo que es más importante, para destruir en la mente de los obreros la creencia en las fórmulas socialistas, que se equivalen en un mismo absurdo histórico: la conservación del régimen capitalista empleando un método subversivo que elude el fondo del problema humano, puesto que deja en pie las causas originarias de la esclavitud del hombre —el Estado político o su sucedáneo, el Estado económico de los sindicalistas neutros.

PARTIDOS Y SINDICATOS

DIRECCION POLITICA U ORIENTACION IDEOLOGICA DEL MOVIMIENTO OBRERO

Lo que más preocupa a los partidarios de la organización obrera, cualquiera que sea su tendencia política o doctrinaria, es el problema de la dirección de los sindicatos. De ese punto de partida, por las distintas direcciones que toma el proletariado y por los antagonismos que provoca la bifurcación del moderno movimiento sindical en tendencias opuestas, depende no sólo la trayectoria de la lucha sobre el plano económico, sino que también el propio significado social de cada conquista de la clase trabajadora organizada.

No es fácil, sin embargo, dar una solución adecuada al problema de la dirección del movimiento obrero. Los partidos políticos tratan de aplicar su disciplina al sindicato, pero excluyendo al mismo tiempo de ellos todo motivo de divergencia doctrinaria, con lo que consiguen únicamente rodear al proletariado con la vieja muralla autoritaria y crear reglas funcionales copiadas al Estado, para regir la conducta de todos los obreros conforme a un absurdo principio mecánico. Y como la jerarquía de los comités se afianza en el espíritu de disciplina de la masa y toda opinión independiente se ahoga con votos de mayorías incapacitadas para esa necesaria función del pensamiento, resulta que la orientación del movimiento obrero depende de circunstancias fortuitas o de intereses casi siempre opuestos al interés de la clase trabajadora.

El problema de la dirección de los sindicatos es un problema de orientación doctrinaria. Con esto queremos decir que los partidos políticos, por lo mismo que subordinan su doctrina a la estrategia partidista y la reducen siempre a una precaria interpretación de intereses inmediatos, no pueden dirigir el movimiento obrero conforme a principios éticos opuestos al oportunismo parlamentario y a la ilusión reformista. Menos pueden, pues, los sindicalistas neutros, con su teoría del menor esfuerzo, canalizar las fuerzas del proletariado de acuerdo con una dirección contraria a las corrientes del marxismo o a los imperativos económicos de la burguesía. ¿Consiguen realizar sus propias ideas los anarquistas, o identificar con ellas a los trabajadores organizados, prescindiendo de toda propaganda que plantee en el sindicato una divergencia de concepciones, de actividades y de formas de encarar la lucha contra el capitalismo y el Estado?

No diremos que el anarquismo deba plantear en los sindicatos una competencia a los partidos políticos para asumir nosotros la tarea de mantener la disciplina sindical y hacer observar a los obreros todas las fórmulas funcionales de la organización. Queremos únicamente demostrar que el movimiento obrero no se rige por normas mecánicas, ni mucho menos por una consciente soberanía, aun cuando la forma de su funcionamiento se ajuste a reglas democráticas, y que los trabajadores, u obran movidos por sus opiniones políticas o se dejan gobernar por los jefes más prestigiosos. Para destruir la disciplina sindicalista y hacer de cada sindicato una personalidad colectiva bien determinada, es necesario sujetar la dirección de los órganos sindicales a un proceso de libres discusiones sobre la orientación doctrinaria

del movimiento obrero. Y en el choque de tendencias antagónicas, que si dividen las corporaciones disciplinadas contribuyen en cambio a hacer más homogénea la lucha de los trabajadores, encontraremos los anarquistas la base de la verdadera actividad revolucionaria en el seno del proletariado militante.

LA DEFENSA DE LAS CONQUISTAS POLITICAS Y ECONOMICAS

La preponderancia política que adquieren los grupos que dirigen la economía de las naciones y tienen en sus manos el control de las finanzas internacionales, obliga al proletariado a tomar cada vez más en cuenta los actos de los gobiernos y en general las cuestiones relativas al juego de los partidos que operan en la esfera del Estado. No se trata de intervenir en la gestión administrativa, ni de combatir o apoyar a éste o aquel gobernante, ni mucho menos de llevar las fuerzas del trabajo organizado al pantano del parlamentarismo. El movimiento obrero debe conservar su independencia de acción, pero sin llegar en su prescindencia al punto muerto en que se debaten los grupos doctrinarios que actúan sobre un frente unilateral y toman como causa determinante de todos los males sociales uno de sus múltiples efectos.

No es posible circunscribir las luchas obreras a la simple gestión económica de los sindicatos. En el grado de potencia adquirida por el capitalismo, por la interdependencia que existe entre el capital y el Estado, los problemas económicos son a la vez resultancias obligadas de un proceso político que modifica las condiciones morales de la sociedad. Toda dictadura responde a la equivalencia del fenómeno que se observa en todas partes: a esa subordinación de las doctrinas jurídicas a las formas materiales que impone la clase privilegiada mediante el control de la economía colectiva.

El Estado no puede ser neutral en las luchas del capital y el trabajo. Debe ajustar su capacidad de control a la fuerza de desequilibrio, buscar el centro de gravedad en leyes restrictivas, poner un límite a los actos de los individuos. Pero está sujeto al proceso de violencia que mantiene en pie el régimen de la propiedad privada, de los monopolios, de la explotación económica, por lo que termina aceptando como un derecho el triunfo del más fuerte.

¿Se puede prescindir en absoluto de las cuestiones políticas para asegurar a la clase trabajadora la defensa de sus intereses económicos? Si la política se reduce al juego de las camarillas que se disputan el poder, el movimiento obrero nada tiene que ganar o perder frente a las llamadas crisis de gobierno. Mas precisamente el fenómeno que determina el descrédito de la democracia, que pone en beligerancia a los partidos que mantienen el equilibrio en las instituciones democráticas, tiene su origen en la creciente subordinación del Estado a la minoría que dirige el proceso económico.

El capitalismo trata de someter a su égida todas las manifestaciones de la vida social. Tiene en sus manos la economía, la ciencia, el arte: son sus servidores los asalariados del trabajo y de la inteligencia. ¿Qué le falta para imperar soberano sobre los pueblos? Suprimir o invalidar los derechos políticos que aún garantizan la existencia de movimientos independientes y de fuerzas

progresivas en los países no ganados por la mentalidad autoritaria del animal económico.

Los derechos políticos no son una concesión graciosa del Estado, ni se expresan con el formulismo democrático. Forman parte del acervo ideológico de los pueblos y son reales gracias a la fuerza de resistencia que oponen los trabajadores a la explotación del capitalismo. De ahí que toda acción defensiva, en el terreno gremial, se dirija no sólo contra la clase explotadora, sino también contra los gobernantes obligados a mantener intangible el sistema del salariado y a conservar el orden social sobre el sometimiento y la miseria de las masas.

Es en defensa de las conquistas morales y materiales que el proletariado se organiza y lucha en los sindicatos de resistencia. La huelga es el arma específica del proletariado para defender sus intereses económicos; el sabotaje y el boicot son sus complementos.

Y si bien las huelgas están determinadas por causas materiales y se limitan casi siempre a resolver un litigio de salarios, de horas de trabajo, etc., hay momentos en que esa acción defensiva de la clase trabajadora adquiere las proporciones de un acontecimiento social, porque tiende a poner un freno a la violencia de los gobiernos o a impedir que sean anulados derechos políticos que constituyen la base de las verdaderas garantías de la democracia.

Al margen de los sectores políticos, sin participar en las disputas parlamentarias ni tomar partido por la facción gobernante o por las facciones opositoras, los anarquistas tratamos de inculcar en la clase trabajadora la idea de que es el capitalismo el que impone a los gobiernos su política reaccionaria. El Estado no puede tutelar los intereses del obrero, porque su misión es la de mantener el orden de la violencia y de la opresión moral y económica. Por eso los conflictos sociales salen de la esfera de la economía cada vez que el capital, para no ceder a las demandas del trabajo organizado, reclama el apoyo de las fuerzas armadas y exige de los gobernantes una actitud de franca beligerancia contra el proletariado.

El movimiento obrero del país está sufriendo la más recia ofensiva del capital de aventura. El fascismo económico va condicionando el proceso político de la república mediante sugestiones de violencia. Las grandes empresas industriales y comerciales han sellado, en la Asociación Nacional del Trabajo, un pacto de guerra para resistir todas las demandas de la clase trabajadora.

Ningún conflicto económico tiene solución por el libre juego de las fuerzas en lucha. Cuando el capitalismo cede lo hace con el propósito de una nueva revancha. Se vuelve a provocar la huelga con cualquier pretexto y, agotados todos los recursos de fuerza para obligar a los obreros a someterse, si la clase trabajadora apela al sabotaje y al boicot y practica la solidaridad a través de todo el país, los capitalistas coaligados ponen en juego todas sus influencias para obligar al gobierno a reprimir violentamente actos de violencia que fueron ellos los primeros en provocar.

Ese método ofensivo del capital fascista obliga a los trabajadores a defender sus derechos políticos —libertad de propaganda y de asociación, derecho de huelga, etc.— frente al Estado, que los limita o suprime con el pretexto

de restablecer el equilibrio económico o substraer a la acción de los revolucionarios supuestos intereses colectivos. La lucha sindical deriva así al terreno político, pero sin que los trabajadores obedezcan a sugestiones ajenas a la necesidad de defenderse del ataque del capitalismo, ya que es el gobierno el que sale de su esfera y toma partido por uno de los beligerantes.

La defensa de las conquistas políticas y económicas del proletariado constituye la razón de ser del movimiento obrero libertario. La lucha debe ser llevada por los anarquistas al terreno de la explotación capitalista, pero sin perder de vista el proceso reaccionario que se opera en la esfera política bajo las sugestiones del capital de aventura que va creando en este país el ambiente psicológico previo a la implantación de una dictadura como las que se estilan en algunos países de Europa y América.

ACCION GREMIAL Y PROPAGANDA ANARQUISTA

Para un anarquista militante tiene mucha importancia la discusión de tópicos relacionados con sus cotidianas actividades en el campo de las ideas. Y la tiene igualmente el hecho de que pueda, en todo lo posible, mantener una lógica consecuencia entre lo que piensa y lo que hace: ser, dentro y fuera del hogar, en la teoría y en la práctica, un hombre que siente orgullo de su ideal.

Si existe una contradicción permanente entre nuestra personalidad moral y lo que somos «económicamente» —entre el propagandista de una idea de libertad y el hombre sujeto a un régimen de expolio y de violencias—, será difícil señalar a los trabajadores, con el ejemplo, el valor real de nuestras teorías libertarias. Y nuestra obra, diluida en un ambiente dominado por todos los vicios, apenas interesará a los pocos obreros que lograron emanciparse de la tutela de los jefes de las distintas religiones que subyugan y obscurecen la razón de los ignaros.

Empeñados como estamos en buscar la razón de ciertas contradicciones que observamos en la propaganda anarquista —y principalmente en lo que se refiere a la práctica del sindicalismo—, planteamos frecuentes polémicas con compañeros que tienen un concepto distinto de estas cuestiones tácticas. Y, tomando como punto de apoyo opiniones vertidas alrededor de un tema muy discutido y no del todo aclarado, formulamos estos previos interrogantes: ¿Hasta dónde es posible conciliar la acción gremial de los trabajadores con la propaganda doctrinaria de los anarquistas? ¿Qué línea divisoria, efectiva o imaginaria, separa el anarquismo del movimiento obrero, y en qué punto de la actividad subversiva nos confundimos con el proletariado que emplea en sus luchas la acción directa? ¿Deben los anarquistas hacer suyas todas las protestas activas de la clase obrera e impulsar sus acciones en un sentido cada vez más revolucionario?

De la contestación a estos interrogantes depende el porvenir de nuestro movimiento cultural y emancipador y la influencia que en el futuro ejerzamos en las organizaciones proletarias. Porque es necesario reconocer que el anar-

quismo, ya se entregue a la lucha de clases o se deje dominar por las tendencias reformistas que hoy prevalecen en el movimiento obrero, o ya se abstenga por completo de participar en las contiendas entre el capital y el trabajo, esterilizará por igual las energías de los pocos militantes que logren sustraer su espíritu de la influencia del ambiente y reaccionar contra todas las ficciones revolucionarias.

No se quiere reconocer el error de la neutralidad ideológica en el campo de acción donde son más frecuentes los choques de tendencias y de intereses. El renunciamiento a las propias ideas —cuando son las ideas las que deben definir el carácter de toda lucha social— colocó a la mayoría de los anarquistas en un plano de inferioridad frente a los partidos políticos. Por respeto al pensamiento de los adversarios —y muchas veces por temor a «intoxicar» a los obreros con ideas que no podrían digerir...— los compañeros que en Europa militan en el movimiento obrero se empeñaron en hacer del sindicato un campo ideológicamente neutral. Aceptaron la organización como un recurso para la lucha de clases, negándole toda posibilidad de transformación en instrumentos de cultura revolucionaria, sin darse cuenta de que su prescindencia favorecía a los profesionales de la política y dejaba librado el campo obrero a la influencia de los elementos pervertidos por el ambiente y ganados por la burguesía.

Gracias a esa indiferencia de los anarquistas por las cuestiones morales que lleva aparejada toda lucha colectiva, el sindicalismo revolucionario se extravió en la encrucijada del posibilismo... La posibilidad de una revolución llevó al sindicato a grandes masas de trabajadores ilusionados por una fácil conquista. Y esa marea revolucionaria arrojó sobre el movimiento obrero toda la resaca de los partidos políticos, imponiendo la prevalencia de su espíritu chato y utilitario en perjuicio de las ideas de libertad y de justicia pregonadas por el anarquismo.

En lugar de reaccionar contra esa avalancha de apetitos y de odios que ha hecho del campo obrero una ciénaga, hay compañeros que se empeñan en ahondar aún más la diferencia que, teóricamente, mantienen los que dividen sus actividades en dos esferas de propaganda: en el grupo doctrinario como anarquistas y en el sindicato como sindicalistas. Esa división entre el pensamiento y la acción, por lo mismo que establece una pluralidad de movimientos casi siempre antagónicos, es la que esteriliza las energías de los militantes que aceptan esa doble personalidad...

Se sostiene que en el sindicato sólo deben plantearse cuestiones de orden económico. Pero, aun aceptando esas restringidas funciones para los gremios obreros, ¿es posible llegar a un acuerdo con los elementos políticos y reformistas, que nos permita resolver los problemas económicos sin desmedro de nuestra personalidad? La lucha contra el capitalismo, si bien es cierto que identifica a todos los obreros en un común propósito, ¿no plantea también conflictos de orden moral y que obligan a la intervención de los grupos políticos e ideológicos que aceptan esa arma de lucha?

Una simple huelga por mejoras económicas plantea de hecho los antagonismos que con tanto empeño quieren ocultar los neutralistas. Aceptando que

todos los obreros —anarquistas, socialistas, sindicalistas e indiferentes— estén contestes en plantear al patrono una situación de fuerza, será difícil que mantengan el acuerdo en el momento de solucionar el conflicto. En primer lugar, se plantea en la asamblea del gremio afectado la conveniencia de prolongar o no la lucha, de emplear la acción revolucionaria o recurrir a la caja de socorro y a la solidaridad pecuniaria de los demás trabajadores; y luego, ante un posible arreglo, entran también en juego las diversas influencias doctrinarias: una parte propone el arbitraje y otra lo rechaza, los más aprueban cualquier condición para volver a trabajar y sólo una minoría se resiste a vergonzosos pactos y humillantes derrotas. ¿Qué sucede entonces? Que la división queda planteada en el sindicato, porque el vínculo económico —el interés de clase— no fue lo suficiente poderoso para evitar que las «ideas particulares» atentaran contra el supuesto acuerdo colectivo. ¿Y quién sería en este caso el promotor de la división? ¿A qué grupo se le podría achacar el propósito de destruir el bloque de fuerzas que no resistieron la prueba de una simple escaramuza con el capitalismo?

El movimiento obrero no puede sustraerse a la influencia política e ideológica de los grupos activos que en él actúan. Y si reconocemos esa realidad —si aceptamos la organización proletaria como es y no como nosotros quisiéramos que fuera— es preciso definir nuestras posiciones en el sindicalismo, disponiéndonos a ocupar un puesto de responsabilidad en los órganos de lucha que, por ser obra nuestra, sean capaces de responder a nuestras orientaciones revolucionarias.

Ni entregados por completo al sindicalismo, ni equidistantes del movimiento obrero, queremos nosotros que se desenvuelva la acción anarquista. No puede achacársenos el error del individualismo achacoso y estéril. Pero tampoco caemos en el vicio de confiar a los sindicatos toda la obra cultural y revolucionaria que está llamado a desarrollar el anarquismo.

Esta es la cuestión capital para nosotros: el sindicato en un medio de acción, el mejor y más eficaz para los trabajadores. Pero el sindicato no realiza una simple lucha económica, ni es tampoco la organización de clase que une a todos los asalariados en un propósito común. En su seno se debaten a la par que inquietudes materiales, ideas y principios que promueven antagonismos: expresa en su actividad el pensamiento de los hombres que lo integran y realiza lo que son capaces de plantear y mantener los militantes activos y convencidos de la bondad de un ideal.

De esa conclusión sacamos como consecuencia esta norma de conducta: los anarquistas deben romper las organizaciones mastodónticas que sólo mantienen su unidad orgánica mediante la disciplina y la autoridad de los jerarcas del sindicalismo. Al obrar así, no pretendemos transformar en grupos anarquistas a los sindicatos —alguien nos ha tildado de anarco-sindicalistas, por desconocimiento de la historia y las características del movimiento revolucionario de la Argentina—, sino simplemente mantener un medio propio de influencia en el movimiento obrero y dotar al anarquismo de un arma de lucha que le permita hacer frente a los políticos reformistas y pseudo-revolucionarios.

He ahí, pues, el punto de cohesión que necesita el anarquismo para poner fin a las contradicciones del sindicalismo llamado revolucionario y reconciliar a los anarquistas con sus propias ideas dentro de los organismos obreros. ¿Que esta táctica entraña algunos peligros? Es posible. Pero más peligrosa es la táctica del neutralismo y más errores cometen los que la aceptan como un recurso para mantener la unidad de clase que conspira contra nuestras ideas y atenta diariamente contra la independencia de nuestro movimiento.

La ilusión unitaria es insostenible. Ningún antecedente existe en la historia del movimiento obrero que nos permita confiar a la unión de los trabajadores la tarea de realizar el cambio social anhelado. Son las ideas las que trabajan, en la conciencia del hombre, los valores revolucionarios que lograrán en un futuro próximo o lejano transformar el orden de cosas establecido. Y si no es posible conciliar las diversas fracciones políticas e ideológicas —si no existe, por ejemplo, un punto de contacto entre el socialismo de estado y el anarquismo— ¿por qué empeñarse en abrigar la ilusión de esa unidad imposible?

Seamos lógicos. Estudiemos el movimiento obrero por lo que es y no por lo que quisiéramos que fuere, y obremos en consecuencia, no como entidades de un simple sistema económico que nos constriñe y obliga a una lucha feroz por la conquista del pan, sino principalmente como individualidades saltadas del engranaje de la máquina política y económica para paralizar sus movimientos y destruir sus funciones.

EL ANARQUISMO Y LA ORGANIZACION OBRERA

Por reacción contra la esterilidad de los sindicatos —considerados, en líneas generales, como elementos de defensa y capacitación de los trabajadores— existe en el anarquismo una tendencia situada en el linde del individualismo negativo. No se trata en realidad de un movimiento de opinión con arraigo en nuestros medios revolucionarios, ni mucho menos una tendencia calificadamente antiorganizadora. Los antigremialistas creen que una organización extrasindical, sin compromisos con los sindicatos obreros, pero forzosamente obligada a girar en el mismo círculo, llenaría más ampliamente los objetivos revolucionarios del anarquismo. De ahí que consideran desde el mismo plano idealista a todas las organizaciones proletarias, sean reformistas o revolucionarias.

La organización que propician los anarquistas, sea sindical o puramente ideológica, no puede llenar otros objetivos que los emergentes de la lucha contra el capital y el Estado; responden a necesidades defensivas y realizan una misión educadora por los principios que inspiran y determinan su acción. Pueden, pues, existir preferencias entre una u otra forma de organización. Pero el objetivo es siempre el mismo —la lucha contra el poder, contra la autoridad y la explotación del hombre—, y de ese objetivo no podemos apartarnos los anarquistas. Si rechazamos el medio sindical, alegando la esterilidad de la lucha económica y las continuas desviaciones del movimiento

obrero, ¿ha de ser con el propósito de organizarnos «políticamente» —por tendencias, con exclusión de todo interés inmediato— para que el anarquismo constituya una tendencia social independiente de los intereses, los anhelos y las aspiraciones del proletariado?

En primer lugar, nadie garantizaría al anarquismo una orientación «política» que impidiera esas infiltraciones reformistas que notamos en el movimiento obrero. ¿Acaso no fueron los mismos anarquistas, como orientadores y dirigentes del sindicalismo revolucionario, los que aceptaron como lógica y necesaria esa desviación del movimiento proletario inspirado en nuestras ideas? Los defectos de la organización son inevitables en aquello que es inherente a su naturaleza. Lo que se necesita es dotar a los hechos sociales de una conciencia capaz de determinar sus movimientos, para que los trabajadores no sean simples juguetes del «fatalismo histórico» predicado por los discípulos y continuadores de Marx.

La organización, cualquiera que sea su característica, es un medio de lucha, el instrumento de defensa y ataque que tienen como supremo recurso los hombres que sufren las consecuencias de esta inicua organización social. Los fines revolucionarios no están en el organismo de lucha, que es una consecuencia del mismo mal que se combate; radica en la idea inspiradora, en la noción de futuro que alientan los hombres emancipados, en el espíritu y la conciencia de los pueblos que han llegado a comprender el fondo trágico de los despotismos consagrados.

Para nosotros, anarquistas partidarios de la organización proletaria, el sindicalismo es un medio de lucha. De ahí que nos esforcemos por dotarlo de una conciencia social capaz de convertir al proletariado en una fuerza determinadora del progreso histórico, y no en un lastre inútil de ese progreso. ¿Cómo conseguir ese objetivo? Llevando a los sindicatos obreros los problemas sociológicos, las inquietudes espirituales, los motivos de divergencia y de lucha que caracterizan al anarquista.

No es posible desconocer el valor de las ideas, como elemento de capacitación del proletariado y como fuerza espiritual que impide el estancamiento de la energía popular y evita las desviaciones del sindicalismo. ¿Que en la generalidad de los casos, y por repetidas ocasiones, los anarquistas fracasaron en su intento de desterrar del movimiento obrero la influencia reformista del marxismo? ¿Que los mismos sindicatos orientados por anarquistas, o que como tales se les consideraba, siguieron el proceso de adaptación a las condiciones políticas y económicas de post-guerra, ofreciendo vasto campo de acción a los profesionales políticos? Según nuestro modo de apreciar ese fenómeno moral y psicológico —las influencias materiales obran sobre los individuos en forma relativa— la causa de esta desviación radica en el error consagrado por los mismos anarquistas; en su criterio neutralista, en la negación de las propias ideas como participantes en la lucha social. Si en los sindicatos renunciaron a ser anarquistas, sacrificando sus principios a una supuesta unidad de clase, y transigiendo con los peores elementos introducidos en el movimiento obrero para satisfacer groseras ambiciones, ¿cómo era

posible que el sindicalismo revolucionario se preservara de las influencias del medio ambiente y de los repetidos ataques de los enemigos del anarquismo?

De la experiencia que nos ofrece ese fracaso, nosotros no sacamos una conclusión contraria a las organizaciones proletarias. Los anarquistas no podemos abstenernos de participar en la diaria lucha del proletariado. Más bien debemos esforzarnos en propulsar, en intensificarla en todos sus aspectos subversivos, procurando orientar las necesarias y espontáneas protestas del pueblo, de acuerdo con los principios solidarios y justicieros que avaloran esa lucha instintiva, del explotado contra el explotador, del tiranizado contra el tirano.

Consideramos un error esa neutralidad ideológica frente a todas las organizaciones proletarias, alegada por algunos compañeros decepcionados por la esterilidad revolucionaria del sindicalismo. Nuestro deber es combatir las tendencias reformistas y autoritarias infiltradas en el movimiento obrero. Pero para que nuestra labor no se pierda en la inmensidad del espacio... es necesario crearnos un arma propia de lucha, un medio de actuación que responda a nuestras ideas y obre sobre el conjunto social con determinaciones enérgicas y hechos inconfundibles.

Está de más decir que los anarquistas no pueden confundir los medios de lucha —la organización— con fines revolucionarios. El sindicalismo debe ser el arma de defensa y ataque de los trabajadores, obligados a buscar en la cooperación y la solidaridad los elementos de fuerza que necesitan para su defensa como clase explotada y tiranizada. ¿No es lógico que los anarquistas nos esforcemos por dar un objetivo libertario a esa organización creada por necesidades económicas ineludibles?

COMUNALISMO Y SINDICALISMO

He aquí un tópico que pocas veces, o ninguna, tocan los teorizantes del sindicalismo y que casi lo tienen olvidado por completo los mismos anarquistas. Porque, al grado de preponderancia que llegó el movimiento sindical y a las orientaciones que, en términos generales, siguen los sindicatos obreros, es el caso de preguntarse si la práctica del «sindicalismo revolucionario» responde a la teoría anarquista, no ya en el espíritu libertario que informa, sino principalmente en su concepción económica de la sociedad futura: el Comunismo.

El movimiento sindical de los trabajadores, sujeto a esa encadenación de factores morales y materiales derivados de la organización económica actual, interpreta en su conjunto, por los objetivos que persigue en sus diarias acciones y por el «objeto» que combate, la teoría marxista del «materialismo histórico». De esa premisa, que tiene por real el hecho de que el materialismo es la substancia de toda organización asentada en el privilegio y la expoliación —pero que se basa en una hipótesis puramente negativa, ya que confía al desarrollo industrial del capitalismo el proceso de disolución de la sociedad capitalista—; en esa superchería creada por Marx, para dar valor a su

«Estado obrero» y a su acción reformista del «socialismo científico» —socialismo de parlamento y de disputas electorales— surgió la moderna concepción del sindicalismo científico...

Los teóricos de ese sindicalismo basado en la concepción materialista de la historia y que sigue a la zaga del capitalismo, copiando sus modalidades y haciendo suyos los «medios» que va creando en su continuo desarrollo industrial, creen que, con firmar su fe libertaria y rechazar las viejas prácticas del funcionalismo marxista y la acción política de los parlamentaristas, establecen diferencia esencial entre los sindicatos y los partidos. Pero en realidad, la diferencia es sólo de forma. La acción política de los socialistas se inspira en la llamada lucha de clases. El sindicalismo realiza diariamente esa lucha de clases, persiguiendo como objetivo inmediato el mejoramiento de las condiciones económicas del proletariado y como finalidad social la destrucción de la sociedad capitalista. Empleando medios distintos, sindicalistas y socialistas tienen una misma aspiración final: arrebatar el poder político a la burguesía y expropiar a sus actuales detentores los instrumentos de producción y los «medios» que sirven para regularizar el consumo.

Se dirá que el sindicalismo que esbozamos aquí no es otra cosa que el marxismo llevado a las sociedades obreras por los políticos reformistas. Y se podrá objetar también que si el movimiento obrero está «fatalmente» obligado a seguir ese desarrollo material del capitalismo, no es posible afianzar una teoría contraria al «materialismo histórico» tomando como base a las organizaciones económicas del proletariado. Pero es el caso que nosotros no discutimos las «intenciones» de «los sindicalistas revolucionarios»: instituciones que tienen su síntesis ideológica en los preámbulos, cartas orgánicas, pactos de solidaridad y declaraciones de principios inspirados en las ideas libertarias. Como tampoco aceptamos el exclusivismo materialista de Marx, ni creemos que los organismos obreros deban seguir el proceso de desarrollo industrial copiando las formas exteriores del capitalismo y buscando en la estructura económica de la sociedad contemporánea los elementos constitutivos de la futura organización de los pueblos.

Planteada la cuestión en estos términos, cabe que intentemos establecer la diferencia fundamental que separa a los anarquistas de los marxistas. Y, como generalmente se cree que el problema es puramente moral y hasta abstracto —que se reduce a ciertas declaraciones revolucionarias y a varios aspectos externos de la lucha inmediata contra el Estado y el capitalismo—, queremos buscar un ejemplo conveniente en la más típica expresión del movimiento revolucionario: la acción sindical de los trabajadores.

¿Existe una cohesión efectiva entre el movimiento obrero (hablamos en términos generales) y la concepción libertaria del comunismo? Veamos. Las orientaciones del sindicalismo están subordinadas al desarrollo capitalista («materialismo histórico»), y en el proceso industrial de la burguesía encontraron sus teorizadores los elementos de juicio para crear una teoría revolucionaria propia... Quiere decir, pues, que el sindicalismo, empleando los medios que le ofrece la organización capitalista y únicamente inspirado en principios de la lucha de clases, persigue como fin el establecimiento de una

organización capitalista dirigida por los trabajadores. Y este absurdo —que no pocos creerán una afirmación antojadiza de parte nuestra—, está contenido en este alegato: «todo el poder a los sindicatos», y en esta otra premisa: «ir construyendo la sociedad nueva en el cascarón de la vieja».

La concepción anarquista, aplicada a la misma organización económica de los trabajadores, es contraria a ese «sindicalismo constructivo». No es posible olvidar este principio elemental de nuestra ideología: la organización comunista de una sociedad de hombres libres, debe tener por base la comuna. El sindicalismo no tiene en cuenta la existencia de esos grupos autónomos de individuos, verdaderas células del organismo social, porque para los «materialistas históricos» las diferenciaciones éticas y étnicas están subordinadas al entrelazamiento creado entre los pueblos de una región o de varias regiones por una industria cualquiera. De lo que resulta que la base de la organización sindicalista está en el principio de centralización industrial —y no en la descentralización de esas monstruosas empresas y trusts financieros que destruyen las características del comunismo—, con lo que se llegaría, después de la revolución, a crear a un Estado sindicalista cuyas células estarían representadas por cada una de las ramas industriales injertadas en el tronco capitalista...

El juego de palabras con que pretenden los sindicalistas identificar sus teorías a la concepción libertaria del comunismo, no puede servir de juicio en la aclaración de estos dos valores anti estéticos, el comunismo y el sindicalismo. Los anarquistas, si quieren ser consecuentes con sus ideas y mantenerse irreductibles frente a las desviaciones que alejan al movimiento obrero de sus fuentes de inspiración libertaria, no deben olvidar que las organizaciones económicas del proletariado tienen carácter transitorio y responden pura y exclusivamente a «necesidades» creadas por el desarrollo capitalista e impuestas por las condiciones precarias en que vive la clase trabajadora. Y si la conformación de esos órganos de lucha se mantiene sujeta a las formas estructurales del régimen capitalista, ¿qué valores revolucionarios podemos atribuir a los sindicatos obreros?

Para los anarquistas, el sindicalismo no puede ser otra cosa que un medio de lucha: la organización económica de los trabajadores para actuar en el plano económico que sirve de base a la sociedad capitalista. Y siendo los sindicatos simples medios para la acción económica de los trabajadores, se comprende que no es posible atribuirles una función social pre-revolucionaria que no pueden desempeñar al margen de la organización capitalista, puesto que son la imagen y semejanza de esa misma organización.

De ese hecho parte la diferencia que separa la propaganda anarquista del movimiento puramente sindicalista. Y no es necesario presentar como ejemplo a los grupos de propaganda que se desenvuelven al margen de las organizaciones obreras, pues la orientación anarquista puede ser señalada también en organizaciones proletarias creadas sobre la base de la lucha económica. Se puede ser comunalista —esto es, partidario de la organización siguiendo las líneas que señalan los diversos organismos humanos, sin tener en cuenta el proceso de la centralización capitalista o las «especialidades» creadas por

el industrialismo—, y defender la organización sindical de los trabajadores. Lo importante es mantener latente el espíritu de independencia de los proletarios y oponer una fuerza consciente al poder avasallador del capitalismo, minando su formidable organismo económico para inutilizarlo por completo sin esperar servirse de él durante o después de la revolución.

Los anarquistas que tienen en cuenta todas las razones del «materialismo histórico» y llevan a los sindicatos obreros las preocupaciones derivadas de la supuesta prevalencia del factor económico sobre las causas morales que determinan la esclavitud de los pueblos, contribuyen al afianzamiento de esa doctrina sindicalista que pretende encerrar la vida en los estrechos moldes del sindicato. Y si esos anarquistas, pretendiendo haber hecho un colosal descubrimiento, nos presentan el industrialismo o sus derivados sindicales: consejos de fábrica, organización por taller, división del trabajo en ramas de industria y demás innovaciones de corte marxista, creyendo haber encontrado la solución del problema social, es menester que les recordemos que nada tan opuesto a las ideas anarquistas y a la concepción del comunismo como esa teoría sacada de la médula del capitalismo.

El alegato de que las «necesidades» imponen esas nuevas formas orgánicas al sindicalismo, es una superchería que sólo pueden sostener y aceptar los «materialistas históricos». El problema fundamental que agita a los pueblos, gesta el descontento popular y plasma las protestas humanas en movimientos revolucionarios, no tiene sus causas primeras —que en realidad son causas únicas—, en los aspectos actuales de la explotación y el dominio del hombre por el hombre. El capitalismo es un aspecto, el más moderno y posiblemente el más degradante, del secular sistema que regula la vida de los pueblos. Y si revoluciones hubo antes de que la burguesía se elevara al rango de clase privilegiada y antes que el Estado capitalista nos ofreciera su terrible poder económico, es fácil constatar que el espíritu que alienta a la humanidad en su penosa marcha hacia el futuro es anterior a las «necesidades» creadas por el proletariado por el desarrollo industrial de las sociedades burguesas.

Constatamos, pues, que el punto de partida de toda organización libertaria está en la comuna. El comunismo no es una simple expresión política —o un convencional denominativo geográfico—; sino que es ante todo una concepción libertaria que se basa en la reciprocidad de intereses y en la identificación de aspiraciones de los diversos grupos humanos que forman las naciones e integran el conjunto social de la humanidad.

Los rasgos característicos de cada pueblo no se han creado por medio de leyes artificiosas o por «caprichos» de la naturaleza. El anarquismo tiene muy en cuenta esas características morales y físicas que nos demuestran que la variedad es la ley natural más sabia... El socialismo, en cambio, ateniéndose a la premisa del «materialismo histórico», supedita el problema humano al desarrollo del capitalismo y subordina a las necesidades económicas los factores morales que determinan el grado de cultura de cada pueblo.

El industrialismo obrero es la constatación del «materialismo histórico» llevado al terreno de la lucha de clases. Y ese camouflage revolucionario, por lo mismo que oculta la esterilidad creadora de las grandes masas sometidas

a la dirección de los jefes políticos y sindicales que aspiran a la dirección del proletariado, debe ser destruido por los anarquistas que no sufrieron el deslumbramiento de esa llamarada de pólvora...

ANARQUISMO Y COMUNISMO

Para los comunistas anárquicos la división entre las palabras comunismo y anarquismo no existe. Sin embargo, no siempre corresponde la denominación de las teorías, máxime si a fuerza de sistematizarlas se olvida una parte de su esencia, al contenido que quieren expresar sus fórmulas exteriores o que se supone reside en las premisas de un programa.

No todos los anarquistas son comunistas —y no pocos, creyendo serlo, propagan teorías que niegan los fundamentos económico-sociales del comunismo—, de la misma manera que no deben confundirse las tendencias autoritarias que invocan ese nombre con la verdadera idea de la comunidad, que para ser tal debe inspirarse en principios de libertad y justicia. El anarquismo es una concepción moral, en oposición a los dogmas consagrados y a los prejuicios hechos ley o costumbre. El comunismo es la utopía social, el hecho económico aún no realizado, el medio de convivencia que, si tiene algunos antecedentes históricos en las ciudades libres de la Edad Media y en las primitivas comunidades religiosas, no puede sin embargo ser definido ni con las muertas experiencias del pasado ni con las demasiado agobiadoras realidades del presente.

Si el anarquista es un inadaptado, un descontento instintivo, un hombre que lucha contra la opresión circundante y combate la tiranía ambiente, para que esas cualidades negativas tengan algún valor es necesario que al mismo tiempo plantee, aunque más no sea en teoría, la solución del problema social. He ahí, pues, donde la teoría económica del comunismo se convierte en el objetivo substancial del anarquismo, porque fuera de la sociedad no hay soluciones revolucionarias, justas y equitativas, para la vida del hombre que aspira a ser un igual entre los iguales.

Cabe pues, que definamos el valor o los valores de dos palabras que, unidas, representan una tendencia político-económica en pugna con los principios aceptados por todos los defensores del orden actual. Y nos interesa en particular la definición del comunismo, como base económica de la ideología anarquista, ya que las influencias autoritarias y capitalistas contribuyen hoy a alejarnos de la idea básica de la libertad, de la justicia y del derecho, que sólo podrá ser efectiva en una comunidad de hombres que sepan practicar el apoyo mutuo.

***

Entre la teoría política del anarquismo, fuertemente ligada a las corrientes liberales del siglo pasado, y el hecho económico que expresa la concepción

comunista, se manifiestan no pocos antagonismos de doctrina y de táctica. Desde el individualista adverso a cualquier forma de organización al adepto de la fórmula industrial, hay una variedad creciente de tendencias, escuelas y capillas.

No nos detendremos a enumerar las diferentes corrientes que contribuyen en una u otra forma a crear el caudal ideológico del anarquismo. Lo que nos interesa por ahora es definir la justa equivalencia de dos conceptos que, separados, sirven de denominativo a las tendencias sociales más contradictorias y se prestan a toda clase de confusiones.

El comunismo anárquico, para la mayoría de los que actúan al margen o por encima de la lucha de intereses económicos, entraña un principio de imposición por el hecho de esbozar un programa de futuro. Pero para los partidarios del sindicalismo posibilista la tesis comunista, como resultancia de la evolución social, está subordinado al proceso capitalista y en consecuencia sigue el ritmo histórico señalado por los teóricos del materialismo.

Los que siguiendo las huellas de Marx, aplican la teoría materialista —estrecha y rígida en su pretendido cientifismo histórico— al movimiento de la clase trabajadora, se olvidan de las fuentes del comunismo. Se basan en el hecho de que los problemas sociales están sujetos al imperativo de la lucha de clases, esto es, al antagonismo de los intereses económicos, y, en consecuencia, corresponde a los trabajadores obrar como componentes de una clase específica y dirigir todos sus esfuerzos a la conquista de los medios de producción, distribución y consumo. ¿No está en esa tesis implícitamente reconocida la razón de ser del capitalismo? Propender a la conquista de las instituciones capitalistas, reconociendo la existencia del Estado o empeñándose en ignorarla, no significa un propósito de destrucción: por el contrario, se adelanta el deseo de conservar esas instituciones en la esperanza de que, bajo una nueva dirección, sirvan a los intereses de la clase trabajadora después de la derrota de la burguesía.

Cabe, pues, que formulemos esta pregunta: ¿Qué valor puede tener la conquista del poder económico por o para la clase trabajadora, si, circunscrito al cambio de directores, técnicos y administradores del trabajo y de la economía, persisten las causas del sometimiento del asalariado, la incapacidad de la mayoría para la autoproducción y autogobierno, la dependencia de hecho de las grandes masas a sus jefes y guías? De una restauración capitalista mediante el cambio de gobernantes, sale siempre fortalecido el capitalismo.

Debido a la preponderancia de los factores materiales —a la subordinación del individuo a las llamadas necesidades sociales, que regulan las potencias políticas y financieras— de la ciudad han desaparecido completamente los fundamentos éticos del comunismo. La comuna no puede tener un equivalente en los emporios capitalistas —en las modernas citys del parasitismo burocrático, de los mercaderes y politicantes—, porque toda posibilidad de colaboración desaparece bajo el peso aplastador del Estado y del capitalismo. El obrero es un simple accesorio de la máquina económica y sus ideas, sus aptitudes y voluntad se mecanizan con la disciplina del trabajo impersonal. De ahí que llegue a suponer que la vida humana depende de sus labores,

no importa que sean de carácter nocivo o completamente superfluas, concediendo escasa importancia a las tareas agrícolas.

Si el problema actual, para los obreros de la industria, consiste en aumentar la capacidad del capitalismo en esa fase de la producción, ¿en qué condiciones estarán mañana para suprimir las industrias no útiles, la burocracia y el parasitismo que exigen tanto el aparato estatal como la administración y la dirección técnica de las grandes empresas? ¿Cómo harán frente al problema que significa desmontar la máquina del Estado político, substituyendo sus engranajes con los complicados resortes de la economía capitalista?

Para los pregoneros del comunismo industrial —que como vemos es una negación del comunalismo—, no tiene importancia ese problema postrevolucionario. Dentro de su fórmula («crear la sociedad nueva dentro del cascarón de la vieja») pretenden encerrar todas las contingencias posteriores a la revolución, precisamente porque aceptan la posibilidad de un gobierno de la economía después del triunfo de los trabajadores y de la caída del poder burgués. Pero el Estado económico, que es en resumidas cuentas una supervivencia del capitalismo, aun cuando cambie el orden de las clases en el usufructo del poder y de las riquezas, ¿no necesitará de un aparato gubernamental, de leyes y de ordenanzas para regirse y de ejércitos y policías para mantener su equilibrio? La conservación de la organización industrial arrebatada al capitalismo obligará a los trabajadores a conservar el resto del aparato político y judicial: el Estado.

Hay, pues, un error fundamental en ese pseudo anarquismo industrialista: es la tendencia llamada reconstrutiva porque aboga por la organización del trabajo siguiendo el curso del proceso de centralización industrial y que hace depender el futuro de la humanidad de las aptitudes del obrero para transformarse en la clase dirigente. Y ese error aleja a los pueblos de las fuentes más puras de la revolución, que no tiene contenido espiritual en las ciudades invadidas por la fiebre capitalista y por la pasión autoritaria.

Para retornar a las fuentes del comunismo, sin el cual no es posible concretar en una realización social las ideas anarquistas, es imprescindible combatir toda tendencia encaminada a conservar el régimen capitalista después de la revolución. En consecuencia, debemos buscar en el comunalismo, esto es, en la raíz de las sociedades humanas, las demostraciones históricas que prueban la posibilidad de la vida social prescindiendo del capitalismo y del Estado.

En la comuna está el fundamento de las teorías anarquistas, porque la concepción libertaria no tendría una verdadera base revolucionaria si eludiera la solución del problema económico en beneficio de todos los seres humanos.

***

Para los anarquistas no puede depender el hecho revolucionario del fortalecimiento del Estado. La mentalidad ciudadana, tanto por los hábitos polí-

ticos como por la prevalencia de las necesidades creadas por el régimen industrial, es refractaria a la idea del comunismo. Por eso los políticos socialistas subordinan la concepcción comunista al imperativo de las necesidades que suponen están determinadas por el fatalismo histórico... que es la base «científica» de las teorías económicas de Marx.

El anarquismo, idea de libertad y justicia, tiene en la comuna su base económica. Hoy resulta un tanto difícil concebir el valor de este principio. El proletariado industrial, movido por necesidades perentorias, hecho a imagen y semejanza de la sociedad que lo esclaviza, ignora el trabajo verdaderamente creador y útil; vive desarraigado de la tierra, fuente de toda riqueza. La ciudad está en permanente litigio con la campaña, a la que domina con el poder de las finanzas, con la potencia de sus máquinas, con el arma política que forja las más odiosas tiranías y las mentiras más engañosas.

No es posible defender la integridad de las ideas anarquistas eludiendo la solución del problema campesino, que es la raíz histórica de la comuna libre. El comunalismo tiene su base en el campo, en el trabajo fecundo de las comunidades campesinas, en el retorno a la vida sencilla en contacto con la Naturaleza, depurada de errores pretéritos y de las desviaciones y extravíos generados por el egoísmo y la maldad del hombre civilizado...

La simplificación de la vida traerá como consecuencia el derrumbe del sistema capitalista. El trabajo tendrá una verdadera utilidad, para la satisfacción de las necesidades fisiológicas, y la ciencia redimirá al hombre del pecado capital: la explotación. ¿Podrá el proletariado llegar a vencer las preocupaciones que hoy esterilizan sus mejores energías y libertarse de la cadena que lo ata al régimen social que cree combatir y demoler imitando a sus enemigos?

He aquí una respuesta que en vano buscaríamos en los hechos que sirven para explicar el creciente avance de las ideas autoritarias y la desviación del movimiento revolucionario por el predominio de las preocupaciones materialistas en los sectores influenciados por los teóricos del social-estatismo y del pseudo comunismo industrialista.

REFORMISMO APOLITICO

Se ha generalizado la creencia, que comparten también no pocos camaradas, de que únicamente son reformistas los elementos políticos del marxismo. Fácilmente se puede demostrar que están en un error los que tal cosa sostienen. El reformismo no es, como creen los críticos de la social democracia que se sitúan en el terreno exclusivamente de la lucha de clases, una consecuencia directa y particular de la política: es el resultado de híbridas concepciones político-económicas que, actuando en diversos ambientes y asumiendo distintas formas, tienden a realizar un propósito social que no altera en sus bases el orden de cosas establecido.

La práctica del parlamentarismo, por lo mismo que particulariza la acción colaboradora de los socialistas y los aleja cada vez más del punto de partida del socialismo, ha servido para establecer en el movimiento social de todos

los países las actuales clasificaciones doctrinarias. Y se califica de reformistas a los que aceptan la política como un recurso para llegar a la colaboración de clases y al «buen gobierno» y de revolucionarios a los que basan en la acción directa el triunfo de la revolución.

Puede que esos dos denominativos hayan servido durante el largo período de relativa calma que terminó con la declaración de la guerra europea, para diferenciar dos movimientos distintos en la forma de encarar tácticamente la lucha de clases. Pero la gran carnicería primero, y la revolución rusa después —fermentos violentos de las dictaduras gestadas por el autoritarismo marxista— fueron las encargadas de rectificar el viejo concepto revolucionario. ¿Podían llenar las aspiraciones de los anarquistas las vaguedades doctrinarias de un sindicalismo que se declaraba neutral frente a la lucha de las tendencias que prevalecían en el movimiento obrero?

La necesidad de reaccionar contra las infiltraciones autoritarias en la propaganda revolucionaria, obligó a los anarquistas a definir su posición doctrinaria y a plantear serios antagonismos a los que más cerca parecían estar de las ideas. Y el primer escollo que encontró el anarquismo al reiniciar la marcha después de un breve período de indecisiones, fue precisamente el del sindicalismo clásico: de esa teoría apolítica, colocada en el término medio del movimiento revolucionario.

Fueron los marxistas conversos al bolcheviquismo los encargados de revelar la incapacidad subversiva del sindicalismo. De ellos fue, en Rusia, la iniciativa del golpe de Estado que llevó al poder a los apóstoles de la dictadura. Y ese acontecimiento determinó más tarde la subordinación del movimiento obrero a las directivas de Moscú, confundiendo las aspiraciones libertarias del proletariado con el interés de la burocracia comunista.

Los reformistas apolíticos están situados en el camino de la dictadura. Oponen a la fórmula comunista de la dictadura proletaria y del Estado obrero, el alegato clasista de «todo el poder a los sindicatos». Pero en realidad, excluyendo la tendencia política de los comunistas y sus declarados propósitos dictatoriales, el sindicalismo neutro acepta de hecho todas las contingencias marxistas: basa en el imperio económico del capitalismo la realizacion de fines económicos que excluyen toda definición política e ideológica.

He ahí, pues, el exponente menos conocido del reformismo. Durante muchos años los jefes social demócratas que a la vez oficiaban —y siguen oficiando— de dirigentes del proletariado menos activo, aunque sí numéricamente más fuerte, pretendieron dividir el campo obrero en dos distintas zonas de influencia. Ellos se llamaron socialistas en el partido y llegaron a ser diputados, senadores y hasta ministros en gabinetes reaccionarios, practicando la colaboración de clases en desmedro de los más elementales derechos de los trabajadores; pero simulaban también, en los sindicatos la defensa de las mejoras económicas arrancadas al capitalismo y oficiaban de orientadores del sindicalismo en su calidad de ex obreros ganados por el ambiente burgués y no pocas veces colocados de hecho en el sector de la reacción y convertidos en descarados lacayos del capitalismo.

La degeneración del movimiento obrero revolucionario —del grupo me-

nos numeroso pero más activo, que se mantuvo hasta la guerra europea en sus posiciones de vanguardia, siguiendo todos los pasos a los jefes social demócratas—; la derivación reformista de una tendencia que parecía ser el resultado de nuestra propaganda y la sólida obra realizada por los anarquistas en medio siglo de agitaciones subversivas y de luchas heroicas, debemos buscarla en la vaguedad doctrinaria de los sindicalistas puros. El sindicalismo no llegó a ser una doctrina, pese al esfuerzo de algunos teorizantes colocados en la guarda-raya que separa al marxismo del anarquismo. Por eso estuvo y está expuesto a todas las incursiones de los fracasados de la política y de todos los aspirantes a una jefatura en los sindicatos obreros. ¿Debemos persistir en el error neutralista, empeñándonos en mantener una tendencia híbrida que rechaza los fundamentos doctrinarios del anarquismo y pretende buscar sus motivos revolucionarios en el factor económico con exclusión de toda idea moral o política?

El apoliticismo es la negación de toda fe en el porvenir de la humanidad, que sólo podrá redimirse por las ideas. Los neutros, al rechazar sistemáticamente todo compromiso con un «dogma» dejan sentado el concepto fatalista del marxismo, confían al desarrollo industrial de las naciones y a la prevalencia cada vez más absorbente del capitalismo, la tarea de crear en los pueblos y en los individuos las aptitudes necesarias para preparar y realizar la revolución. Pero como el materialismo histórico sólo se explica mediante realidades económicas y viejas experiencias sociales que carecen de contenido moral para el hombre emancipado —para el propagador de la vida nueva—, los trabajadores no podrán nunca emplear ese instrumento capitalista en la difícil y penosa tarea de transformar este mundo de esclavos en un mundo de hombres libres.

Las tendencias que rechazan las ideas «consagradas» y se sitúan en el término medio de la cuestión social, no podrán nunca llevar a cabo una labor revolucionaria de proyecciones universales. (Lo universal es, en este caso, lo que abarca al hombre y a la sociedad en sus fundamentos éticos y materiales). Y el sindicalismo, que ni siquiera es un término medio desde el momento que pretende mantenerse en un terreno neutral frente a todas las ideologías, menos podrá convertir a los trabajadores en una potencia revolucionaria que obre sobre las condiciones políticas y económicas del medio social y opere en la conciencia del hombre los valores nuevos, las ideas de libertad y justicia que habrán de redimir a los pueblos del pecado original: la esclavitud.

Repitiendo los errores de la social democracia y haciendo suyo el programa del síndico-reformismo, los bolcheviques han creado un movimiento sindical propio, que subordinan a su partido. De hecho la Sindical Roja no es otra cosa que el apéndice económico de la Tercera Internacional. El sindicalismo es, para el gobierno comunista ruso, un recurso político que facilita su intervención en el movimiento obrero y le ofrece un arma poderosa para neutralizar los efectos de la propaganda revolucionaria de los anarquistas. ¿No llena la Sindical Roja, para el gobierno de Moscú, las mismas funciones que la Internacional Amarilla de Amsterdam cumple como instrumento reaccionario de los gobiernos europeos?

No basta, pues, para dar al sindicalismo una orientación revolucionaria, con sustraer a los trabajadores a la influencia de los traidores refugiados en la Internacional de Amsterdam. También en Moscú está la sede de los conversos a la dictadura y a la reacción y de los lacayos del capitalismo internacional. Si comprobamos esa degeneración en el movimiento obrero considerado revolucionario, si constatamos que Moscú sigue la misma trayectoria reformista que Amsterdam, ¿a qué ese empeño en dejar librados los sindicatos obreros a la influencia de los oportunistas que simulan propósitos subversivos para catequizar a los trabajadores y explotar su ignorancia en beneficio de un partido político sedicente revolucionario?

Las frecuentes desviaciones del sindicalismo debemos buscarlas en su orfandad ideológica. El interés de clase no creó una noción moral superior en los trabajadores, ni los libra del contagio de los autoritarismos que flotan en el ambiente. Y la unidad económica desaparece hasta en el momento en que están en litigio cuestiones puramente económicas. El desarrollo material de las naciones, la concentración capitalista, el perfeccionamiento técnico, etc., habrán desarrollado aptitudes y capacidades productivas en el proletariado. Pero ese progreso industrial, aprovechado en su beneficio por una minoría privilegiada, no ha creado por sí mismo valores revolucionarios en la conciencia de los esclavos.

De otra manera no se explicaría el fracaso del sindicalismo. Si no llegáramos a la lógica conclusión de que los trabajadores no pueden emanciparse del yugo del salario si no se emancipan moralmente del dominio de las religiones que tienen su síntesis violenta y opresiva en el Estado, difícilmente nos explicaríamos el contraste que existe entre el progreso material de las sociedades humanas y el menguado progreso moral de los pueblos. Hay, pues, una equivocación de conceptos y de tácticas en la forma de apreciar el desarrollo materialista de la historia. Y ese error es el que determina el fracaso del sindicalismo y esteriliza las energías de los anarquistas que aportan su concurso a esa guerra de explotados y explotadores.

El reformismo apolítico es una plaga engendrada por los autoritarios marxistas. Debemos librar de ella al movimiento obrero, si es que confiamos que de las organizaciones proletarias ha de surgir la fuerza consciente llamada a libertar al hombre de todos los yugos morales y materiales.

Llevemos al sindicato nuestras ideas, aun cuando sean motivo de antagonismos y de luchas. La unidad económica del proletariado es una mentira. Y de esa ficción se han valido todos los políticos y todos los oportunistas para hacer del movimiento obrero el campo de sus correrías y afianzar sobre la ignorancia de los trabajadores su poder de «jefes revolucionarios» que terminaron por tomar la librea de los servidores del todopoderoso capitalismo.

FICCIONES Y REALIDADES

No sólo para los políticos marxistas, cuya intervención en el movimiento obrero se inspira en fines de predominio sobre la masa neutra, sino que tam-

bién para los anarquistas doctrinarios —los que conciben la anarquía como una especie de religión filosófica, situada más allá de las luchas que persiguen fines económicos—, el sindicato debe ser el continente de la clase obrera y como tal expresar necesidades inmediatas. Con ese argumento clasista, que carece de valor fuera del estrecho límite del sindicalismo corporativista, se intenta establecer una línea divisoria entre el proletariado y los partidos que aspiran a dirigirlo. Y se comprende que esa dirección, por su naturaleza jerárquica, importa tanto como una negativa a reconocer a los trabajadores facultades para el autogobierno y la autodeterminación.

Ese anarquismo se nutre con el sofisma de la lucha de clases, entendida esa lucha como un simple hecho de defensa económica. No se explicaría sino el empeño de la mayoría de los anarquistas de Europa, y no pocos de América, en mantener en los sindicatos —en el caso que les concedan algún valor—, una imposible neutralidad de opiniones, de principios, de ideas, con olvido precisamente de la ética revolucionaria.

¿Es que se puede activar la lucha económica prescindiendo de los particularismos políticos? ¿Se concibe acaso la función de un sindicato sin que obre sobre su mecanismo la voluntad de una parte de sus componentes, los más activos y los más enérgicos? Y esos hombres, colocados en el terreno de la lucha, ¿no aplican un criterio que no concibe la masa apática, o rechazan los que viven dominados por las sugestiones del ambiente?

Si se habla de una conciencia de clase, es porque al proletariado se le atribuyen facultades conscientes, esto es, determinación para orientar sus actos. El conocimiento de que esta sociedad es injusta, de que el régimen del salario es fruto de una injusticia secular, de que el capitalismo representa apropiación de riquezas y explotación de esfuerzos, conduce al individuo al primer plano de la acción revolucionaria. Pero no basta con constatar el hecho histórico para que quede planteada la solución. Es en el dominio de la ideología, que representa diferentes grados de capacidad y de educación ética, donde los trabajadores plantean los verdaderos problemas sociales. De ahí su natural distanciamiento de la primaria interpretación clasista y de ahí también el predominio de las ideas sobre el llamado interés común.

No hay comunidad de intereses entre los que viven de un salario. El gendarme recibe del Estado una paga para velar por el orden social, contra el que luchan los trabajadores revolucionarios. Miles de parias forman en los ejércitos de la reacción, como policías voluntarios, como lacayos que tienen el orgullo de la servidumbre, como instrumentos de los amos que pagan sus servicios con una asquerosa bazofia. Y a esas fuerzas activas, fácilmente adaptables a todos los sistemas autoritarios —que representan y encarnan el principio de autoridad—, se agregan las fuerzas pasivas de los que dejan hacer: de los que para vivir aceptan como una fatalidad los peores infortunios.

La burguesía es numéricamente pequeña. Si fuera cierto el precepto clasista, si el obrero luchara por el hecho de serlo, si «la conciencia de clase» fuera un equivalente del espíritu revolucionario que anima a los menos, ¿sería posible la existencia de las sociedades capitalistas?

El capitalismo no se sostiene por sí mismo, por la potencia de su máquina

económica, por los ocultos resortes del mecanismo financiero que regula la vida de los pueblos. Se sostiene sobre la servidumbre voluntaria de los asalariados y con el concurso de fuerzas activas y pasivas contenidas en el principio de autoridad, que es la base del Estado. ¿De dónde sacan los gobiernos la fuerza ejecutiva de sus designios? De los mismos que sufren los rigores de la ley, cuya sanción está encomendada a los órganos específicos de la llamada democracia.

Se comprende, pues, que el engaño se perpetúe, a través de los siglos, bajo diferentes formas de dominación. Los pueblos se dan cuenta de su miseria, pero sufren como una fatalidad el martirio del hambre. Y si alguna vez tienen un gesto altivo, si con un golpe dan por tierra con la causa inmediata de sus males, pronto aparecen en escena los redentores de ocasión, los falsos apóstoles, los codificadores del nuevo derecho... Y el Estado se viste de nuevo, y la explotación adquiere carta de ciudadanía, y la esclavitud cae en nuevos moldes legales bajo falsas sugestiones revolucionarias.

Esas contingencias no las prevé el sindicato de conformación clasista. El obrero que sólo siente necesidades materiales y lucha para satisfacerlas, carece de la facultad de discernimiento: se conforma con lo que le dan en un momento de hambre. ¿Pueden conformarse los anarquistas con esa simple satisfacción y confiar al móvil económico la tarea de emancipar al proletariado?

De hecho, en la forma exclusiva que la desean los políticos marxistas, no existe la neutralidad ideológica en el sindicalismo. Los sindicatos, aparte de las preocupaciones materiales de los obreros, plantean problemas tácticos y teóricos, esto es, laboran la conciencia de la masa de acuerdo con teorías más o menos revolucionarias. Y así se explica que en el movimiento obrero se manifiesten tendencias divergentes, que responden a la calificación de cada doctrina y plantean antagonismos que se observan en otros aspectos de la lucha cotidiana.

Pretender que es posible la armonía de autoridades y libertarios en una organización clasista, que la unidad económica de los trabajadores puede ser mantenida a pesar de los inevitables choques de tendencias, es negar al sindicato valor y eficacia como órgano de defensa del proletariado. ¿Qué criterio prima en las manifestaciones más simples de la lucha social? Si los anarquistas están en minoría y sostienen la táctica del neutralismo, la masa acepta los medios políticos recomendados por los jefes reformistas, la organización opera de acuerdo con las directivas del partido que cuenta con el apoyo de esos jefes sindicales, acepta los medios legales para dirimir sus querellas con el burgués, facilita la legalización de conquistas que existen sólo en el papel. Consecuentemente, la masa sin opiniones queda subordinada a una opinión particular y sus actos se rigen por la influencia de sugestiones predominantes en el ambiente.

He ahí demostrada la mentira de la neutralidad ideológica, sofisma que esgrimen los partidos políticos para asegurar su dominación sobre la clase trabajadora. ¿Qué conveniencia, pues, podemos tener los anarquistas en perpetuar ese engaño? Si nos oponemos a los medios legales, al arbitraje y a

la colaboración de clases propiciados por el socialismo, es porque aplicamos al sindicato una ideología particular, que difiere precisamente de la que aceptan las masas sometidas a la influencia marxista. Y es torpe sostener que no vamos al movimiento obrero a plantear cuestiones de doctrina, porque de proponernos ese absurdo perderíamos la posibilidad de influir algún día en el ánimo de los millones de parias que, engañados por las ilusiones reformistas y democráticas, se prestan a servir de puntales al régimen que los oprime y envilece.

La unidad de clase es una mentira. La característica más esencial del moderno movimiento obrero es su aspecto doctrinario, su calificación ética, el objetivo de su beligerancia en el terreno de la acción revolucionaria.

ANARQUISMO Y UNIDAD DE CLASES

He aquí un tema viejo que siempre está de actualidad. Aun para muchos anarquistas, la política de la unidad de clases constituye en determinados momentos su preocupación dominante, a la que subordinan las propias ideas. Y ese error táctico, sobre el que tantas veces hemos insistido, fue causa de no pocos malentendidos entre los militantes libertarios, divididos en el terreno de la lucha social por la diferencia de actitudes frente al sindicalismo.

Los teóricos del clasismo, por lo mismo que aceptan todas las contingencias del desarrollo industrial y subordinan los procesos sociales a la fatalidad del proceso capitalista, marchan sobre la ruta del marxismo. No son marxistas en cuanto a la doctrina política y a los aspectos más conocidos de esa tendencia —la acción parlamentaria—, pero arriban a las mismas conclusiones que los discípulos de Marx en el empleo de la táctica del movimiento obrero. Quiere decir, pues, que la función económica del sindicato, reducido a la obligada conquista del pan, califica las tendencias y hasta las identifica con el mismo propósito a pesar de todos los antagonismos ideológicos.

Si en la práctica no existe diferencia alguna entre el anarquismo y el marxismo —si en el escenario de la llamada lucha de clases ambas doctrinas se ajustan al mismo patrón funcional—, ¿qué importa que en teoría se manifiesten antagonismos éticos, que desaparecen frente a las comunes necesidades de la clase trabajadora? La división de los obreros, de ser aceptada la premisa de la unidad de clase, sería obra de los jefes, o cuando mucho, el resultado de cierta diversidad de temperamentos fácilmente armonizables en un interés común superior a los intereses particulares.

Pero es fácil constatar, porque está en los hechos mismos, que lo que divide a los trabajadores es una cuestión de principios, de ideas, de mentalidad, de educación revolucionaria. La táctica del movimiento obrero está de hecho subordinada a diversas teorías, y el proletariado actúa en la lucha económica más como hombre que alimenta un ideal que como explotado que se rebela instintivamente contra el yugo del salario.

La lucha de clases conduce a los trabajadores al círculo vicioso de la competencia con el burgués, no para poner fin al régimen de explotación, sino

más bien para trasladar a otra esfera esa lucha de privilegios y de usufructos. El marxismo señala a la burguesía como la clase enemiga, cifra en la caída del capitalismo la solución de los problemas sociales, inculca al obrero la concepción autoritaria que permite al Estado ejercer sobre el pueblo un control absoluto. Con esta teoría autoritaria se condena al proletariado a la «finalidad» del proceso capitalista, ya que la revolución —según los marxistas— lejos de ser el resultado de la capacidad y de los esfuerzos de los trabajadores, será la inevitable consecuencia del estallido de la estructura económica del régimen presente... por exceso de potencialidad acumulada...

No otra cosa vienen a sostener los teóricos de la unidad de clase, aun cuando en otra esfera de acción —en los grupos de afinidad y en la propaganda específica—, pregonen la virtud de una revolución que está fuera de la dolorosa realidad que vive el proletariado. Si los anarquistas aceptan la función económica de los sindicatos como resultado del desarrollo capitalista, si ajustan la conducta de los obreros al proceso industrial, si sostienen que en el movimiento obrero las ideas no llenan ningún cometido, y si, en fin, renuncian a propagar sus principios para que la unidad corporativa sea mantenida a pesar de los antagonismos de tendencia, ¿no es declarar por anticipado su fracaso como propulsores de la revolución?

Los anarquistas pueden actuar en los sindicatos sin someterse al imperativo de las tendencias marxistas, esto es, sin seguir el juego político de los explotadores de la lucha de clases. Basta que apliquen su criterio anarquista a los problemas sociales, que obren como miembros de una hermandad revolucionaria que busca en el proletariado la fuerza necesaria para resistir la influencia, no sólo del autoritarismo tradicional, sino también de las tendencias autoritarias disfrazadas de subversivas.

No es posible seguir sosteniendo el absurdo de la unidad obrera en el sindicato y de la división de los obreros en partidos y tendencias ideológicas. El hombre no es lo que come, sino lo que piensa. Su condición de asalariado lo lleva a la lucha contra el burgués; pero el problema social no se soluciona cambiando los jefes de Estado y los administradores de la economía. ¿Y quiere otra cosa el sindicalismo? Los sindicalistas puros —del sindicalismo «que se basta a sí mismo»—, suponen que los trabajadores poseen, por el hecho de ser explotados, conciencia de clase. De ahí que digan que el sindicato posee el método y la doctrina de la revolución económica. ¿Y el problema moral, base de la esclavitud voluntaria de la mayoría de los asalariados? ¿Está la solución de ese problema en el cambio de la burocracia estatal o en la función administrativa de los sindicatos, que tendrían a su cargo el mantenimiento de la autoridad del Estado?

He ahí el engaño del llamado sindicalismo revolucionario, que hacen suyo no pocos anarquistas. ¿No es hora ya de poner fin a los tanteos y vacilaciones en el movimiento? Veamos la afirmación de nuestra tesis antiunitaria...

Una organización obrera influenciada por el anarquismo, si bien es cierto que excluye a los elementos políticos calificados y lleva al movimiento obrero una abierta beligerancia de tendencias, ofrece en cambio la ventaja de su homogeneidad y la virtud de su cohesión y resistencia. Las grandes corpora-

ciones sindicales, divididas en tantos sectores como tendencias políticas e ideológicas existen, son incapaces de llevar a cabo un propósito revolucionario. Se mueven por obra de ocultos resortes, bajo la dirección de una minoría que, si no interpreta el sentido de la mayoría, ejerce en cambio el poder discrecional que proporciona la disciplina de la masa y la autoridad de los jefes.

En las organizaciones reformistas las minorías constituyen los sectores de oposición. Y ese solo hecho demuestra que la unidad no existe más que por la imposición de una disciplina. La derecha lucha contra la izquierda y ésta contra aquélla, y ambos extremos atacan al centro, originando esa lucha el debilitamiento del conjunto organizado. Y basta que se plantee un problema grave para que los grupos unidos se esfuercen por recobrar su autonomía, precisamente porque lo que imponen unos pocos está en contradicción con el pensamiento de los que resultan sometidos por la ley del número.

De lo expuesto surge esta pregunta: ¿No es preferible cesar en una lucha interna para que cada tendencia realice su labor en el vasto escenario social, en el que tienen cabida todas las tendencias del socialismo?

LAS IDEAS Y LOS HECHOS

Hace ya bastantes años que en la Argentina fue suspendida la polémica entre anarquistas organizadores y antiorganizadores. Estamos, pues, por encima de las divergencias que dividen al anarquismo de la mayoría de los países sobre los métodos y tácticas de lucha y sobre la eficacia de las diversas propagandas específicas. Lo que no quiere decir que, frente a la organización, aceptada como un ineludible consecuencia de los factores circundantes y de la ley de las afinidades que lleva a los hombres a asociarse para realizar un propósito común, todos los militantes del movimiento revolucionario estén absolutamente de acuerdo. También en este país se manifiestan los desacuerdos frente al método organizador y a la orientación y finalidad del movimiento obrero. No hay en cambio choques entre las dos modalidades que llamaríamos básicas del anarquismo militante —la doctrinaria y la sindical—, porque indistintamente los anarquistas actúan en los grupos y en los sindicatos y proceden en ambas esferas propagandistas con idéntico criterio. La divergencia está planteada en el terreno de las definiciones teóricas que abarcan el conjunto de los problemas sociales, porque para nosotros la organización de los trabajadores debe tener una base integral, situarse más allá de la lucha de clases, y para los sindicalistas apolíticos es en cambio una simple resultancia del proceso capitalista que busca en la esfera de la economía burguesa el equilibrio de los factores materiales que dieron vida al capitalismo.

Las ideas sociales construyen en teoría un sistema político y económico —que es realidad en el espíritu de los que las profesan y propagan— en oposición a los sistemas conocidos. Son, pues, necesariamente integralistas, aun cuando las contingencias del progreso histórico, los factores circundantes que impiden su desarrollo y el conjunto de causas y efectos que determinan la

conducta de los hombres, nieguen su actualidad y no sean «reales» en la conciencia de las grandes masas. El anarquismo no renuncia por ello a la lucha contra el mundo de las realidades, no transige con las teorías posibilistas que admiten como lógicas todas las resultancias de un progreso que está fuera de las facultades determinantes del individuo, no acepta la teoría fatalista que sirve de escudo a los políticos de la reforma y a los partidarios de la dictadura de clase.

El sindicalismo neutro es una justificación de las resultancias materiales del proceso capitalista. Sus defensores se esfuerzan en excluir los factores morales de las causas determinantes del rumbo que sigue la historia, sin comprender que la materialización del sistema presente se debe a la causalidad originaria y que todas las alternativas que sufre la sociedad están sujetas a la misma ley de equilibrio... Y si las revoluciones se suceden sin alterar el *ritmo histórico, si todos los cambios sociales dejan en pie las causas primeras*, si el juego de los intereses perdura en el traslado de las clases desposeídas a la esfera del poder, ¿qué trayectoria seguirán las ideologías que alientan en el proletariado el deseo de conquistar para sí la dirección de la máquina capitalista?

Una acción revolucionaria que elude el fondo del problema humano, que sólo combate las formas exteriores del régimen capitalista, que se dirige a la conquista del Estado para que sirva de instrumento en la edificación de la sociedad futura, es todo menos anarquista. Las ideas que buscan su realidad en los sistemas conocidos o que sólo tratan de modificar algunos de sus aspectos más odiosos, no pueden determinar en el presente una profunda revolución moral. Y es precisamente sobre la fuerza de los instintos, al amparo de los errores y desilusiones del espíritu humano, con la complicidad de la ciencia, del arte y de la cultura monopolizadas por la casta privilegiada, que se sostiene el régimen capitalista y se perpetúa, con nombre distintos, la explotación del hombre por el hombre.

Hemos definido lo que llamaríamos el móvil de la propaganda revolucionaria y las diferentes graduaciones de espíritu y de conciencia que expresan los caminos divergentes del socialismo. Nos resta ahora justificar nuestra posición frente a los hechos y a las experiencias históricas.

El *movimiento obrero es, considerado en su naturaleza material*, el resultado de una reacción colectiva —de la clase trabajadora— contra el régimen capitalista. En esa primera consecuencia todos los socialistas estamos de acuerdo. Pero la acción defensiva del proletariado, si obra únicamente sobre los factores económicos, deja de ser revolucionaria. No basta con destruir los efectos inmediatos del malestar social; es necesario destruir el sistema. Y para operar un cambio tan profundo en el ordenamiento de la sociedad, hace falta tener conciencia de lo que se destruye. ¿La tienen los trabajadores que se colocan instintivamente en el terreno de la lucha de clases?

Los sindicalistas así lo afirman, ya que para ellos basta la fuerza del instinto para destruir el capitalismo y en su lugar improvisar un régimen proletario. Pero los políticos autoritarios entienden que no es el sistema el que debe ser destruido, sino los factores materiales que determinan la situación

privilegiada de unos pocos. De ahí que ofrezcan como solución la conquista del poder político, para que sea el Estado corporativo el que ordene la vida de los pueblos según un método que discipline las necesidades y reglamente las pasiones.

Sindicalistas y marxistas son revolucionarios en la forma y conservadores en el fondo. Combaten al capitalismo como clase, pero sostienen la necesidad de conservar el sistema después de la revolución. Trasladan, pues, a la esfera económica la acción del proletariado, reservando para el grupo o el partido la misión de legislar el derecho público, de administrar justicia, de crear la autoridad que controle los actos de los individuos en la sociedad colectivista.

El anarquismo rechaza ese desdoblamiento de la personalidad humana. No divide el orden de los factores ni busca soluciones parciales al problema social: opone a los particularismos políticos y económicos una concepción integral, contra el Estado, que es el resumen de todas las injusticias históricas. De ahí que para los anarquistas el movimiento obrero no sea una simple resultancia del proceso capitalista, independiente de las causas morales que perpetúan, a través de todos los sistemas sociales, la esclavitud del asalariado y el sometimiento del hombre a la autoridad de los gobiernos.

He ahí por qué rechazamos las tendencias apolíticas que tratan de excluir del movimiento obrero la lucha de ideas y las divergencias de principios. Y he ahí también por qué entendemos que la organización de los trabajadores no debe seguir servilmente el proceso capitalista, adaptándose a las imposiciones del industrialismo, operando en la esfera de la economía burguesa como una potencia de instintos indeterminados, como una fuerza que carece de dinamismo propio para romper el ritmo de la historia.

Debemos combatir las adaptaciones del movimiento obrero al sistema capitalista. La acción del proletariado necesita expresar un propósito finalista, en espíritu y conciencia, para que sea realmente revolucionaria.

EL VALOR DE LAS CONQUISTAS INMEDIATAS

Se quiere negar el valor de las conquistas inmediatas. No representan una solución de futuro, ni determinan en el presente un cambio real de las condiciones de la clase trabajadora, sometida a la ley de hierro del salario. Y, aun cuando sea una necesidad la lucha por el pan, contra esa obligada consecuencia del sistema capitalista, hay anarquistas que oponen el concepto negativo —porque está fuera de las posibilidades presentes— de la revolución integral.

Teóricamente tendrían razón los impugnadores del esfuerzo mejorativista si pudieran achacar a los anarquistas que actúan en el movimiento obrero el fin de subordinar a las conquistas inmediatas el resultado final de ese esfuerzo. Pero es bien sabido que cualquier programa que formulemos para inspirar una actividad colectiva —incluso en el terreno doctrinario, desde los grupos que representan la tendencia «política» del anarquismo—, no sirve

más que para señalar la trayectoria de la acción revolucionaria sobre la realidad presente. ¿Es que se puede formular una teoría social prescindiendo de la sociedad de hoy, cerrando los ojos a las injusticias cotidianas, pasando por encima de las víctimas de este régimen injusto y brutal?

Lo sabemos de sobra. Las conquistas económicas del proletariado se reducen a bien poca cosa, porque la ley de hierro del salario destruye toda posibilidad de mejoramiento del asalariado en el sistema capitalista. Sin embargo, ¿no está en ese esfuerzo concretada la aspiración de futuro, el comienzo de la lucha de los explotados contra los explotadores, la obligada contingencia del proceso revolucionario que los anarquistas tratamos de acelerar poniendo frente a frente al capital y al trabajo?

El reformismo no está en el hecho natural de que los obreros reclamen mejoras económicas, sino en la subordinación de la ideología socialista totalitaria a un programa que tiende a perpetuar el régimen del salariado. Y es un error sostener que todas las conquistas inmediatas del proletariado son estériles y que no representan nada en la marcha del progreso. ¿Acaso es lo mismo trabajar diez o doce horas que limitar a ocho o seis la jornada de trabajo? He aquí una mejora positiva, tan parcial como se quiera, que nada tiene que ver con la ley de hierro del salario y que en cambio determina un nuevo proceso en la ley de la oferta y la demanda.

Rechazar ese positivo mejoramiento en las condiciones materiales del asalariado, con el argumento de que perdura el sistema capitalista aunque la jornada de trabajo se reduzca a cuatro o dos horas, supone tanto como defender la teoría de la miseria como factor de la revolución. Por otra parte, ¿es posible eludir el esfuerzo que reclama la lucha cotidiana contra la explotación capitalista, conservando todas las energías para dar el golpe de gracia al capitalismo cuando se agote la paciencia de los trabajadores? ¿Se puede acumular en alguna parte la energía que se pierde en la espera del gran acontecimiento? ¿O es que la inercia constituye un caudal de fuerzas ignoradas que se concentran en algún punto de la tierra y que explotan al mágico conjuro de un genio desconocido por los hombres?

La realidad nos demuestra que toda conquista fundamental está acondicionada por conquistas parciales. No se puede llegar a la revolución social de un salto sobre el infinito: sin partir de un punto dado y seguir una determinada trayectoria de esfuerzos y realizaciones. Un programa totalitario,[1] anarquista, que no extrae ninguna experiencia del presente, que no se manifiesta en ningún propósito actual, termina siendo una negación. Y defender la tesis empírica de «todo o nada», equivale a negar la posibilidad de que los trabajadores realicen por sí mismos su emancipación económica y social.

Descubrimos en esa teoría un extraño derivado del fatalismo histórico. Por

[1] La expresión: programa totalitario, que se encuentra en diveros párrafos de este artículo, nada tiene que ver, por supuesto, con la misma expresión que ahora se usa cuando se hace alusión a los propósitos del hitlerismo. Arango usó esta expresión para significar la suma total, integral, de las apiraciones que contiene el programa anarquista. *(Nota de la Edición de 1942).*

oposición al reformismo, se niega el valor y la importancia de las conquistas inmediatas, con lo que se confiesa que todo esfuerzo es inútil frente al inevitable proceso de la economía capitalista, del cual sin embargo se hace depender el desenlace del secular drama que viven los pueblos. Se sitúa la revolución en un punto hipotético —fuera de la realidad presente, sin continuidad en el tiempo y en el espacio— y se espera que se realice el milagro de la profecía de Juan Bovio: «hacia la anarquía va la historia». Otra cosa no supone pretender que los anarquistas trabajen los valores revolucionarios en la conciencia del hombre prescindiendo del verdadero material humano.

No discutimos lo que está fuera de discusión. Sí, lo sabemos. Los sociólogos burgueses —como nos recuerda un camarada que intenta demostrar la ineficacia del mejorativismo— conocen la ley que rige la economía capitalista. Saben incluso que concediendo a los obreros mayores salarios no se altera la «balanza económica». Pero la burguesía, porque esa también es una ley de equilibrio, resiste la demanda de los trabajadores por un mayor bienestar. Y esa resistencia adquiere el carácter de lucha enconada, tiene exponentes de violencia, deriva a situaciones revolucionarias por la misma razón de que el desequilibrio es permanente en la sociedad del privilegio.

Hemos planteado el problema eterno de la lucha social cuyo origen está en la desigualdad de los hombres en el trabajo y en el disfrute de los bienes colectivos. Substraerse al choque de las fuerzas antagónicas que presiden la marcha de la historia, negar el esfuerzo anarquista a la acción defensiva del proletariado, aislar las energías de la minoría consciente del conjunto de energías que chocan contra las murallas del privilegio, es tan imposible como pretender que un hombre viva encerrado en sí mismo y que realice sus destinos fuera de la humanidad.

Lo que importa no es demostrar la eficacia o ineficacia de las conquistas parciales, sino definir la conducta de los anarquistas frente al proceso de las reformas económicas que explican la existencia del proletariado y el gradual desarrollo de su conciencia revolucionaria. Cuando nosotros propiciamos una huelga por mayores salarios o adelantamos la posibilidad de reducir la jornada de trabajo a seis horas ¿hipotecamos el futuro al presente? ¿Nos interesa siquiera buscar una base de equilibrio al sistema capitalista? No, lo único que hacemos es dar una dirección al impulso inicial del movimiento obrero y un objetivo inmediato a las fuerzas que entran en beligerancia en el terreno social. Y esa actividad, como lo demuestra la propaganda que el anarquismo realiza de acuerdo con su programa totalitario, no impide que un esfuerzo mayor sea puesto a prueba para el logro de objetivos que están fuera de las contingencias puramente materiales.

Tengamos cuidado con las negaciones que toman por base un principio absoluto. Los anarquistas no dan importancia a las reformas sociales, pero tampoco pueden substraerse a la necesidad de luchar por ciertas conquistas inmediatas, económicas y morales. Por eso actúan en el movimiento obrero, expresión de la lucha contra los privilegios de clase, en los que se asienta el régimen capitalista.

LA ETICA DEL MOVIMIENTO OBRERO

Todas o la mayoría de las divergencias suscitadas en nuestro campo durante los últimos diez años, tuvieron su origen en el movimiento obrero. Y las futuras disensiones entre anarquistas, con su corolario de ataques personales, cambios de frentes, reyertas de grupos y de capillitas, etc., se gestarán también en el terreno de la interpretación y de las luchas sindicales.

Esta constatación sería para muchos libertarios un signo indiscutible de la ineficacia del sindicato como medio de propaganda: bastaría para alejarlos del contacto con los trabajadores, por aquello de que el sindicalismo sólo plantea cuestiones económicas y presenta al individuo en la plenitud de sus apetitos y de sus necesidades. Para nosotros, en cambio, el hecho mismo de que las organizaciones obreras ofrezcan la posibilidad de un desacuerdo entre las tendencias que en ellas actúan —la demostración de que en el terreno de la lucha de clases no pueden confundirse los extremos del problema social—, nos demuestra la vitalidad del movimiento obrero y su intrínseca naturaleza revolucionaria.

Hay varias formas de encarar el problema de la lucha cotidiana. Las deformaciones del sindicalismo que quiere ser neutral en el proceso de las ideas sociales, se deben precisamente a la incuria de los anarquistas que sostienen la táctica del «dejar hacer». El movimiento obrero conforma su estructura orgánica al crecimiento y a las monstruosidades de los órganos económicos de la burguesía y se alimenta del espíritu autoritario predominante, de las ilusiones redentoristas que difunden los políticos, de todos los vicios inherentes al medio social en que viven y se desarrollan los trabajadores. ¿En qué forma, pues, puede ser conservada la ética de organizaciones que excluyen las ideologías que pugnan contra la moral corriente y se resisten a aceptar una orientación que exprese un determinado modo de ser y de conducirse cada miembro de la colectividad trabajadora?

Prescindir de un principio ético en el ordenamiento de la conducta colectiva, máxime si se trata de organizaciones que aspiran a transformar el orden de cosas existentes, importa tanto como dejar a los trabajadores a merced de la influencia corruptora del medio y permitir el predominio de los más audaces y amorales. El sindicato perdería la base de su actuación si únicamente concretara necesidades económicas. Logrado el fin inmediato: un mayor salario, menos horas de labor, etc., ¿qué otro objeto tendría? Se dirá que no hay satisfacciones plenas en el régimen capitalista y que el problema económico queda en pie pese a todas las reformas en la tabla de salarios, por lo que el sindicalismo tiene siempre motivos materiales para renovarse en la misma medida que se renueva el sistema capitalista. Pero hay que tener en cuenta que si existe el movimiento obrero en su universalización —como una permanente protesta del proletariado—, es porque lo inspira una idea revolucionaria y el motor de su energía está en las ideas.

De esa consecuencia se desprende la diversidad de interpretaciones del sindicalismo. Por encima de las necesidades cotidianas, obrando como fuerza irresistible sobre la conducta de los individuos —que sería uniforme si el factor

materialista fuera el único determinante del movimiento obrero—, las concepciones políticas y doctrinarias van operando una bifurcación de movimientos cada vez más alejados del común punto de partida. Los primeros socialistas, hace más de medio siglo, podrían reunir todo el conjunto del proletariado militante en una bandera unitaria. Bastaba con esta fórmula: «la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos». Pero el formulismo marxista de la lucha parlamentaria, por delegaciones y mandatos, despojó a los sindicatos de su principal arma de lucha: la acción directa.

Se comprende, pues, que la ética del movimiento obrero varíe según la doctrina que prevalezca en cada sindicato y en cada fracción del proletariado. Un marxista, defienda el parlamentarismo o propicie la conquista del poder empleando métodos violentos, está identificado al espíritu burgués por los vínculos comunes del autoritarismo. Y, claro está, si las organizaciones obreras han de inspirarse en la ideología autoritaria y consecuentemente seguir el proceso capitalista de centralización y dictadura económica, más que factores de revolución serán elementos de reacción.

He ahí diseñado el punto de divergencia que nos separa de todas las tendencias autoritarias y reformistas en la esfera económica. Y esa inevitable separación, que nosotros fundamos en motivos éticos, crece a medida que las ideas van particularizando el problema social con el aporte de nuevas concepciones políticas. El bolchevismo pretendió unir a los trabajadores por el vínculo de las necesidades. Pero el hecho de que todos los asalariados tengan en el burgués a su enemigo histórico, no es suficiente motivo para operar esa unión de vientres... ¿Acaso se soluciona un problema de humanidad, de justicia y de derecho, suplantando a un gobierno con otro y despojando a unos privilegiados para crear otros? La ilusión redentorista del Estado obrero y de la dictadura proletaria equivale a la vieja creencia en la democracia. Y también el engaño rojo quedó en descubierto gracias a la crítica demoledora del anarquismo.

No hay mentira que prevalezca frente a la realidad de los hechos. El movimiento obrero actualiza las teorías y arroja a los filosofastros de los cuernos de la quimera... Y es vano empeño pretender que los trabajadores dejen de pensar para que otros piensen por ellos.

Cada organización humana tiene su ética, sus normas de conducta, su doctrina y su filosofía. ¿Puede el sindicato, por el hecho de que responda a necesidades económicas, situarse en un terreno neutral, prescindir de las ideas de sus componentes, ser algo distinto de lo que son los hombres que le infunden su espíritu y lo impulsan con sus energías? Ya es tiempo, amigos, de dejar a un lado la afición a las paradojas y a los juegos de palabras.

MADRE ANARQUIA*

Alberto Ghiraldo

I

Porque tu amor ofendieron;
porque tu albura mancharon
los que no te conocieron.

Y porque te calumniaron,
¡Madre!
Porque estás en el martirio
y el adversario en acecho
ha clavado en su delirio
cien espuelas en tu pecho,
¡Canto!
¡Canto, madre, tu amargura!
Yo soy tu poeta y canto.
¡El fuego de mi locura,
ha de abrillantar tu llanto!

II

Porque el montón de bribones
azuzados en la noche
por impúdicos sayones,
te ha arrojado su repudio,
¡Madre!

Porque ignara muchedumbre
de lacayos y rufianes
pretende apagar la lumbre

* De la extensa obra de A. Ghiraldo, este poema perteneciente al volumen *Triunfos nuevos* (1910), muy característico de la lírica social de la época en el Río de la Plata (C.M.R.).

que emerge de tus volcanes,
¡Canto!
¿Vejarte? ¡No! No pudieron
¡Ya lo sé! Mas te amargaron
¡Ebrios te desconocieron
y sicarios te insultaron!

III

Porque tu hermoso camino
hay quien quiere ensombrecer
¡Cual si una fuerza, un destino
se pudiera entorpecer!
¡Madre!
porque, bárbaros, te niegan;
porque, cobardes, te ofenden;
claudicantes te reniegan
y, torpes no te comprenden.
¡Canto!
¡Canto, madre, tu amargura!

IV

Y canto porque estás triste
y canto porque estás sola
y a tu alrededor subsiste
la violencia de la ola.
Ola de odio, ola inconsciente,
¡Ola impura, ola sin luz,
ola igual a la demente
que fue a quebrarse en la Cruz!
Fariseos de este instante,
Cristo no ha resucitado:
¡Cristo está siempre, triunfante,
en la cruz, crucificado!

CARTELES*

Rodolfo González Pacheco

LOS COMPAÑEROS

ALGO HAN HECHO las ideas creando entre los proletarios un estado de conciencia superior al de la raza, la patria, el interés económico. Dando vida a una familia en que todos son hermanos y hermanas que viven siguiéndose con el pensamiento, interesados en los pasos de cada uno y en la suerte del conjunto a través del mundo. Han creado los compañeros.

Sí. Vais al rancho campesino o al cuarto del conventillo, os arrimáis al mostrador del empleado o a la estiba del trabajador del puerto, y en todas partes veréis lo mismo. Paran su faena un punto, os dan la mano, se yerguen hombres iguales vuestros. ¿Qué luz, qué estrella de simpatía les veis brillar en el fondo de las pupilas? ¡Es el compañerismo!

Después vienen las preguntas... De los más lejanos pueblos y los más remotos tiempos, ellos traen, hacen mover, hablar, vivir a los hombres, las mujeres y los niños de la gran familia. —¿Dónde están ahora; qué hacen?... —Y evocan luchas, prisiones, cantos, periódicos: todo, en fin, esto que forma el mundo nuevo que han creado nuestras ideas. Y pasado este momento de expansiones familiares, se ponen graves, miran de frente, serios. Sentís que van a pasar a cosas solemnes; que van a pasar del amor de la familia al deber que se han impuesto con la humanidad. —Compañero —dicen—: ¿Cómo va la propaganda?... ¿Qué piensa del bolchevismo en Rusia?... ¿Para cuándo? —Aquí la voz se les torna oscura, firme, maciza.

Generalmente, sin esperar la respuesta, se vuelven a sus faenas. Y aporrean los terrones, los labriegos, buscan el fardo más grande para cargarlo, los cargadores, machucan con violencia inusitada sus hierros, los forjadores. Pare-

*Esta selección de los *Carteles* de Rodolfo González Pacheco ha sido tomada del tomo III de la edición hecha en Buenos Aires, en 1956, por Americalee (A.J.C.).

ce que quisieran despertar la voz de las cosas que cultivan y manejan, forzarlas a que les contesten ellas: —¿Para cuándo?

¡Ah, mundo nuevo, idea nueva, nueva estrella que hemos prendido en la conciencia del hombre, los anarquistas! ¡Qué desgraciados, qué ciegos sois los que no la veis brillar todavía! ¡Qué poca poca es la raza, la patria, la gloria, el egoísmo económico, frente a esta familia nuestra de hermanitas y de hermanos! ¡De compañeros!

¿QUE ESPERAN?

El «pelado» de México, el «roto» de Chile, el «raído» del Paraguay... No son el indio, propiamente; pero del indio vienen. Ni son el gaucho tampoco que, o se adapta o desaparece. Este, que cayó a la pampa como a los lomos de un potro arisco, debía pasar a otra cosa, o a ser nada, tan pronto logró amansarla, entregarla, hecha una seda, al *gringo*. Llegó de afuera, se enhorquetó de arriba; ellos suben de la tierra, manan de adentro. Se amansan, pero no mueren.

Detenidos en su marcha, pisoteados en su instinto, desagotadas a balde las vertientes de sus vidas, son, sin embargo, el cimiento, la raíz o el manantial, como de fuego o petróleo, que no acaba de apagarse, que renace todavía y que, a veces, se amuralla y se levanta en una como insurrección del suelo al paso de la llamada civilización burguesa. Y son aquí, en esta América, donde la fusión de sangres y el entrevero de apetitos y culturas borran o rompen toda característica o líneas morales o étnicas, lo sólo firme, definido y permanente. Y ahí están, fatal y atropellador el mexicano, astuto y agazapado el chileno, impávido y melancólico el paraguayo. Raídos, rotos, pelados...

¿Qué esperan?... De la paz o de la guerra burguesa, nada; o más mal siempre. Escépticos de los juegos y fullerías políticas, sin ambiciones de gloria ni avidez de oro, acomodados sus pies descalzos al suelo ardiente, a la hojarasca espinuda y a la roca áspera, ahí están, y esperan. ¿Qué?... Cumbres, esperan un águila; selvas, esperan su león; barro, lodo, vieja tierra americana, espera un dios que le infunda un alma nueva. ¡Un destino, un ideal esperan!

Tienen la base, el cimiento, el manantial en la entraña. No son el indio, pero del indio vienen. Y éste fue comunista en toda América. ¿Qué habían de esperar, entonces, y qué debemos darles nosotros?... ¡La Anarquía, el anarquismo!

Permanecer es la virtud esencial del triunfo: permanecen. El carácter es la varilla de acero que sostiene a la estatua de la vida: la figura aquí está rota, roída por la miseria y el vicio, pero se tiene derecha. Está y espera.

¡Ah, sí, sí! Yo ahora podría contaros cómo es, por fuera, esta planta humana, hija del llano o la selva o la montaña. Literatura... Mejor es mostraros su alma. Es una angustia, una ausencia, un recuerdo, una esperanza. Espera. Raído del Paraguay, roto de Chile y pelado mexicano, esperan. Esperan el anarquismo, la Anarquía, los anarquistas. ¡Y nada ni a nadie más esperan!

ESPAÑA

Las «fronteras naturales», igual que la «sangre pura», son metáforas políticas; tropos que nos harían reír, si a otros no los hicieran matarse. Como éste, que ahora le cuelgan a Hitler: Jesucristo no es judío, porque es hijo de Dios. Y Dios es ario...

Lo grave de todo embuste es que es la deformación de alguna realidad siempre. No hay razas, pero hay pueblos que, a través de la más larga existencia y la más movida historia, perduran en una suerte de cohesión de especie. Por abajo de las superestructuras que los dividen en clases, viven un solo temperamento. Y ello, no por un milagro de herencia o de ética, sino por algo más estrictamente físico. Lo telúrico, que colora nuestra piel y remece nuestra voz, nos da la temperatura de las ideas y el color de las pasiones. Todo será un mismo hierro, pero en diferentes puños. Hay lo ingénito español, que no es lo ruso o lo chino.

España ha sido ganada por los más opuestos regímenes de fuerza o liberalismo, desde los romanos a los franceses; hacia ella canalizaron las más diversas culturas, desde la mora a la hebrea; sobre su campo acamparon clanes, civilizaciones y barbaries. Y todo fue como el agua, el aire o la luz; elementos con que nutrió, cada vez más, lo español. No hubo injerto ni cultivo que obnubilara o matara esta flor de sus sustancias: la exaltación española.

Desde sus propias entrañas, tozudos hombres geniales se han alzado a transformarla. A lanzadas o a caricias han pretendido acuñarle un nuevo cuño, otro ser, una imagen de otra postura y otro calibre. Y no pudieron tampoco. El mineral de su vida se hacía cruz, espada o pluma, pero conservando siempre el fuego, el timbre y el filo del mineral peleador: el de Cortés o Cervantes, de El Cid o Santa Teresa. Todos sus héroes lo han sido por su rotundo fervor para el mal o para el bien. Machos, hasta las hembras.

Un pueblo así, que vivió siempre tan en grande, tan en sí mismo y tan invariable, tenía, al fin, que escindirse alzándose a la grandeza que hoy vive: bárbaramente tendido hacia los extremos de la dictadura y de la anarquía; tironeando hacia la gruta ancestral y haciendo pie en una playa desconocida. *Y entre ambos bandos, la quemazón de sus respectivas naves para ni soñar* siquiera con un retorno a la paz, si antes no logra uno u otro su botín de tiranía o libertad. (¡Salud, Azaña y Lerroux, Largo Caballero* y todos los marinantes posibilistas! ¡Váis a arder bien, camaleones!)

Porque, ¡no y no! La España viva y eterna nunca podrá ser la anfibia, mitad agua y mitad fuego, que quieren hacérnosla republicanos y bolcheviques. Es esta que cumbrea ahora: que presintió Bakunin, pulsó Fanelli, amó tanto Malatesta, y se puso a trabajar de gañán en gañán, de sangre a sangre, Salvochea. Este es el pueblo español, sobre el que hasta lo divino tiene que ser popular, sencillo y fuerte para absorber amores y maldiciones. Pues si no

*Azaña, presidente de la República Española, pertenecía a la Izquierda Republicana, Lerroux al Partido Radical y Largo Caballero al ala izquierda (no pro-rusa) del Partido Socialista. (A.J.C.)

hay otro en la tierra que haya puesto más fe en Dios, tampoco hay otro que lo haya mandado más veces al gran coño.

Es que allí todo es llano, hasta las cumbres. Era yo un muchacho cuando visitaba al viejo Anselmo Lorenzo. Ante su blanca presencia, tan alta en todo sentido, a mí se me desmesuraban las distancias. Y le trataba de usted. Un día no pudo más, y me dijo: —Tú no me quieres, amigo. Si me quisieras, me tutearías...

El español trata de tú a la vida, porque la quiere. No había, pues, más que enseñarle a quererla libre y justa para que quisiera a la anarquía. Este anarquismo con que ahora ilumina el orbe: recto y rotundo, de conquistas y de hogueras. Españolazo.

¡España, España! Decían, por denigrarte, que Africa empezaba en tus Pirineos. Era un socorrido tropo, pero, como todo embuste, en base a una realidad. Sí. Eres fuego, pasión, fuerza. Siempre lo fuiste. Y por eso, como ayer para engrandecer los mapas, hoy hay que contar contigo para engrandecer las almas. Ayer con tus capitanes. Y hoy con tus anarquistas.

DURRUTI

El anarquismo es, primero que todo, una posición: el hombre libre. Por querer serlo es su lucha con el medio, mundo o trasmundo, metafísica o prejuicio que le niegan o le oprimen. Su doctrina, el comunismo anarquista, es un sentido, no un tópico: un resplandor de su sangre y no una entelequia sociológica. Está en ella y la milita y la vive, y ése es su drama: que el impulso de su vida, poderosa o delicada, al expresarse en su acción, pueda revelar, para unos, la buída imagen de un santo y, para otros, la enmarañada estampa de un bandido.

Este es el hombre que aún no ha captado la historia, ni intuido el arte, y a cuyo paso escupen o se hacen cruces los papanatas. (Los periodistas). De él, de su oscuro camino que, de tanto en vez, alumbra su odio al tirano o su amor al pueblo, no sabe ni siente nadie que no sea otro libertario. Como Reclus, el tierno, sabía de Ravachol, el dinamitero*.

Y que lo ignoren tampoco importa. Y menos que nunca ahora, cuando ideas, sentimientos y adjetivos están de vuelta hacia los instintos. Bueno o malo, vil o noble no expresan nada. El burgués, con su cinismo, avergonzó honra y deshonra. Han quedado las palabras; las cáscaras de una pulpa que se ha volcado hacia adentro, a la raíz de la especie. ¡Mejor! De allí volverán mañana más sabrosas y fragantes. Más esenciales. Para esto es también la guerra con los dientes apretados y la esperanza del triunfo hasta en los gusanos de nuestros muertos.

*E. Reclus, famoso geógrafo y anarquista francés, llegó a justificar el robo como expropiación y Ravachol, su amigo, puso en práctica su teoría (A.J.C.)

Durruti, santo o bandido, no es, jamás fue, el real, el Durruti nuestro. Eso es caricatura, o leyenda: las dos estampas barrocas tras de las que siempre estuvo, erguida en su tragedia o su poema, la imagen militante del anarquista. Y ésta no la ve ni capta nadie más que nosotros.

Ha muerto el hombre. Frente a su noble jornada, que no tuvo más salario que el de su odio al tirano y su amor al pueblo, meditemos un momento: ¿Qué fue Durruti?... Un compañero, cuyo vacío hay que cubrir como, a su tiempo, cubrió él el de otro. Llorarlo sería llorarnos. Y ahora estamos en la hora de hacernos al rojo vivo; de que la sangre y las lágrimas se nos vuelquen hacia adentro, a la raíz del coraje. ¡En marcha! ¡Avante!

¡A POR TODO!

La realidad anarquista está en las posibilidades que tiene el pueblo de realizar la anarquía. No la inventamos nosotros: cuando más la suscitamos, poniendo un acento enérgico a cuanto en él es instinto y esperanza. Intuía la libertad: debe vivirla; aborrecía el Estado: debe aplastarlo.

Esto no será tan fácil como escribirlo. (¡Qué va a ser si ésta es la lucha en que agonizamos!) Pero nadie puede probarnos que es imposible. Por más que digan los que, llegada la hora de la realidad anarquista, se quedan a la mitad del camino, los obstáculos que ven o los riesgos que señalan, no se los levanta el pueblo, sino los que no pueden querer, porque no les conviene, o porque no comprenden, la anarquía. ¿Cómo aliar las pequeñeces de ellos con las grandezas nuestras?... ¿Por qué pararse a contemplarlas?... Mejor sería recordar que no hubo, hasta ahora, alzamientos populares, y menos revoluciones, que se perdieran por pelear mucho y quererlo todo, sino al revés: por no emplearse a fondo y querer poco.

Del mal el menos, es un eufemismo del no podemos; la realidad que se nos impone, no la nuestra. Porque no se puede todo, solos, adherimos a los que, solos también, no pueden nada. ¿Pero es que somos nosotros, los Fulanos o Zutanos, los miles o los millones de anarquistas, la anarquía?... ¡No! ¡Protestamos que no! Que tengamos su acento y su doctrina no quiere decir que tengamos la realidad de su vida. Esta la tiene el pueblo. Y de sus limitaciones para vivirla no podemos hacer caudal nosotros: porque no está probado que así sea y, en cambio, sí está probado que el que lo limita es el gobierno.

En este instante del mundo de sí o no, de bien o mal, sólo los que no pueden, por infijos o cobardes, juegan a menos. Son los que siempre también ventajearon las derrotas de los rotundos y fuertes. Los que, entre los dos extremos del varonil todo o nada, del salto hacia el infinito o el regreso a la caverna, se quedaron en el medio, entre las dos audacias, que les dan miedo.

¿Somos nosotros, los anarquistas, de ésos?... ¡No! ¡Protestamos que no! Son nuestras arremetidas las que han llevado a la humanidad a esta encrucijada de vida o muerte. ¿A qué engañarnos?... Porque peleamos por todo, los enemigos del hombre pelean por que no logremos nada.

Pero el pueblo quiere todo. La anarquía es todo. Anarquistas: ¡A POR TODO!

EL SEGUNDO DIA

Ya sabemos que no es en «la realidad» que nos pondremos de acuerdo. Su interpretación no es sólo cuestión de ciencia o conciencia; también es de sensibilidad y temperamento. La armonía es imposible. Ni interesa.

Y, sin embargo, algo había antes que nos igualaba a todos, siquiera fuera en la angustia: «El segundo día»... Abatido hoy el Estado, ¿cómo organizar mañana todo el complejo social? No solamente el trabajo y el reparto. El burgués ha creado vicios, comodidades la técnica, el arte, o lo que así llaman, ocios, grotescos o cursis, pero, sin duda, habituales. Tras nuestra victoria física, queda aún a ganar la otra, en las costumbres impuestas por tiranos y parásitos durante siglos. La dictadura soluciona esto muy fácil. ¿Pero, nosotros, los libertarios?...

Y ante el problema tremendo los más enhiestos lirismos se desplomaban, laxos. Ni condenados a muerte agonizábamos tanto como frente a este enigma de la vida. Todos. Siempre.

—¡Guarda, mañana! Que si la gente, a más de mal comer y morir, también carece de sus placeres más ínfimos, la contrarrevolución hará pie en sus desencantos. Ni precisará pelear; le bastará señalarnos en nuestra incapacidad. Con este ejemplo a la vista, como en un caldo, procuridad de su miedo a dios o al amo. Pero, por abajo de eso, él tenía también su vida, indesvirtuable y caliente, como una gota de luz. Y el revolucionario lo sabía. Y por años, o por siglos, picó y frotó su caparazón helado con la ansiedad de un salvaje que busca chispas de fuego en la piedra o en el palo. Hasta que las arrancó y logró la hoguera. Y ahora arden los españoles.

Humazo hediondo; claridad fragante. Olor a Hombre encendido. Quien no ha olfateado su ramo de podre o nardos, no le conoce. Ahí está su entero ser, con sus dos fases, la endemoniada y la angélica, y ensangrentadas las dos. ¡Bésalas, ahora! Tu sangre las enmascara; tu sangre las ilumina. ¡Todo es tu sangre!

Las revoluciones, como los genios, se gestan en cualquier vientre. Pueden nacer de un programa filosófico, de un cuartelazo o de un mitin. El itinerario no es el pasajero. Este se revela a su llegada al pueblo: en las pasiones e instintos que desata y pone en marcha; cuanto más hondos y fuertes, más fieles a su destino: destruir lo histórico; recrear lo humano. Erguir al Hombre en la alegría o el tormento de conocer sus entrañas.

Sin este conocimiento: ¿cómo podríamos hablar de él, nosotros, los anarquistas?... Para lo que fuimos siempre, o para no serlo más, lo primero de todo, sentir al Hombre. Salpicarnos de su sangre, transirnos de sus congojas, remecernos en sus sueños. Si sobrevivimos a esto, habremos ganado vida, humanidad, realidades. Y si nos matan... gauchos somos, que es decir: fatales. Nadie se muere la víspera. ¡A España vamos!

BARCELONA

Es el trabajo. En las más laboriosas poblaciones encontraréis haraganes que os estaban esperando para «matar el rato». Aquí, a no ser la policía, nadie os espera. Todos trabajan.

Es como una diferencia de tiempo o espacio. Este se hace al forastero en cualquier parte de España: en el banco de su plaza o en su casino. Acomodaos. Aquel lo precisa Barcelona para el trabajo. Y a no estorbar.

¿Cuándo descansa este pueblo?... Cuando baila. Y aun entonces, su sardana es lenta y grave, pensativa; es una danza que piensa que la vida no es danzar. ¡Es trabajo! Y empezáis a ver nacerle brazos a la ciudad. Y sentís vibrar su fuerza desde la sierra a las ramblas, donde las que ofrecen flores no son muchachas en flor, sino maduras labriegas; trabajadoras también.

Ni las parejas amantes se entretienen en platónicos coloquios. Van al trabajo abrazadas. Urgencia. Urgentes. La carne llora, pero el quehacer la espolea. ¡Pronto! Sí o no. ¡Y a hacer puñetas!

No es problema. Nada es problema aquí, si no es trabajo. Más que el burgués o al gobierno, es a la vida que se lo tienen planteado. Claro que ni ésta ni aquéllos irán a solucionárselo; ni es lo que importa. Porque vivir, lo que se llama vivir, no es encontrar soluciones, sino producir o crear, sin solución de continuidad tampoco. Como, en el fruto, el carozo quiere ser fruto otra vez, el trabajo, hasta ahora parasiteado, sólo quiere ser trabajo; un trabajo sin parásitos.

¿De qué se trataba, entonces, el mismo día de su revolución victoriosa? ¿De estar entre los obreros, como anarquistas, o de ponernos sobre ellos, como mandones? ¿De solucionarles qué, para qué y cómo, o de enderezar su noble angustia trabajadora hacia esta otra obra: la libertad humana, tantas veces alzada como abatida? ¿De ir al Poder, o de seguir trabajando por la anarquía?...

A optar tocaban. Y creímos superar la disyuntiva quedándonos con un pie en cada camino: ni sí, ni no; ni Bakunin ni Marx. ¡Apéndices de Compañys, que era, a su vez, un pedúnculo de Azaña!... Pero, como nadie es fuerte más que en lo que ama, contra lo que odia, fracasamos también en esta posición anfibológica. ¡Y fracasaremos siempre!

No hay Estado ni doctrina que puedan solucionarle su pasión central a un pueblo. Ni a ningún hombre. Nuestro comunismo anárquico no ha pretendido eso nunca. Por ello no va al gobierno, y de esa conciencia parte para negarlo. Quiere ser, y es, en cuanto logra expresarse, la dinamita que raja y vuela cuanto pretende impedir que los demás se expresen.

No es cátedra ni garrote. Es un pensamiento vivo; un trabajo entre los trabajadores. Ganados éstos para él, toda política estorba y el Poder huelga. No son problemas para nosotros.

Barcelona es el trabajo. Volvamos a éste, como antes del diecinueve de julio. Pero, pronto, compañeros. Que para los catalanes la R.S. es como todo: urgencia. Urgente. Sí o no. ¡Y a hacer puñetas!

«LA CONTRARREVOLUCION EN ESPAÑA»

Una revolución en marcha no puede ser juzgada desde la inmovilidad de una teoría política. No es un hecho; es un proceso en que los imprevistos e imponderables —iniciativas y audacias de un pueblo en armas— juegan roles definitivos e inesperados. Se puede hablar de sus etapas concluidas o superadas. Establecer hasta dónde cumplieron, o no cumplieron, con determinada táctica. Pero, al otro lado de eso, lo humano se ríe del tópico; éste, por ancho que sea, y profundo, es siempre un cauce; y una revolución es la vida desbordada.

Para el que ha estado, como el autor de este opúsculo, en plena guerra española, esto debiera serle evidente. Es lo que se ve primero; lo que más hondo impresiona. La palabra ni la acción no la dictan ni la viven las directivas de la C.N.T. y la F.A.I. La dice y realiza el pueblo; cada hombre y cada mujer de esas organizaciones. Sus caudillos —y en esta realidad alienta nuestra inquebrantable fe—, sus caudillos logran serlo cuando la revolución se inmoviliza. Por ese tiempo están vivos, actúan y determinan. Mas cuanto aquélla se mueve, marcha, estructura en la vida, ellos son muertos que flotan a la deriva, o quedan para pudrirse entre las resacas de las orillas.

Estas reservas que hacemos a la tesis del trabajo de R. Luzon, no tocan a los informes que el mismo aporta. Son valiosísimos. Eso que él cuenta, y no menos, sino algo más todavía, se ha hecho en dos años de orientación anarquista, bajo la traición y el crimen stalinista-burgués. Son estampas fotográficas. Datos de una veracidad histórica indiscutible.

Pero antes de eso, y después, hay, y habrá para un rato largo, una revolución que no puede ser juzgada desde la retaguardia en que estuvieron, y están, todos sus caudillos. Y Luzon, para juzgarla, se ubica también entre ellos. Habla desde un teoría política al cien por ciento. Y a eso se debe, sin duda, que llegue al fin de su opúsculo, suspirando.

—¿Triunfará C.N.T.-F.A.I.?— se pregunta. Y se contesta—: Esto no depende de ellas, sino de las circunstancias que permitan a los pueblos de otros países desafiar a toda Europa.

«Toda Europa» es el burgués, su banca y su imperialismo. Mas «toda Europa» es también lo que no preocupó a Lenin, ni a Hitler, ni a Mussolini para ir derecho a lo suyo, en contra de «toda Europa». De preocuparles, de mirar «las circunstancias» que podían serles adversas, aquél habría muerto en Suiza, y éstos estarían ahora en una casa de locos.

¿Triunfará C.N.T.-F.A.I.? Pregunta ociosa. Una cosa es cierta siempre sobre la tierra española: los proletarios no esperan, para lanzarse a la lucha, la orden de sus directivas. (Insistimos en un hecho que Julio y Mayo probaron). Ni la esperarán tampoco cuando, vencido el fascismo, se vuelva a pedir cuenta a sus retaguardias derrotistas. ¿Y si los vencen?... ¡Compañeros! Ese es el imponderable o el imprevisto frente al cual no hay más que una posición para nosotros: dentro del pueblo, en medio de la corriente de su vida y sus acciones, llenas también de imprevistos e imponderables. ¿Más claro? ¡Menos politiquería y más comunismo anárquico!

¡COÑO!

«Ecco» una linda manera de hacernos pasar por tontos, mientras el que la gira pasa por listo: la revolución, insuflada de lirismo en su comienzo, ha caído a su realidad. Esto poco que ves, es lo poco que era. Su verdadera talla —¡la real!— es la que cabe en mi mano, no lo que se evapora de tu cabeza. Tú te vas en deseos; hay que estarse en los hechos...

¡Bravo! Este golpe en los dedos nos dolería en el alma, si el que nos lo pegara fuera el pueblo. ¿Qué hacer con el que no quiere más que lo que ha hecho, porque no cree que pueda hacerse más tampoco? El es la estatura de su revolución. Lo que él no quiera, yo, sin él, no puedo.

Pero el que gira esta tesis —¡realista, claro!— olvida un detallecito: que eso no lo dice el pueblo; que el pueblo sigue queriendo. Esta realidad está viva en las colectividades, en los frentes y... en las cárceles, que es donde han ido a parar los que, además de querer, se han atrevido a expresar los deseos reales del pueblo. Realidades a la vista.

¿Cómo es que hay aún anarquistas que no las ven, o ven otras? Pues por la misma razón que hubo siempre gobernantes: por pesimismo de la libertad ajena y optimismo de su capacidad gobernadora. Pero esto, que a un tirano puede hacerlo grande para todo mal, y lo hace; a un libertario lo empequeñece para todo bien; y lo deshace. Deducción —también realista—: estos listos, que quieren hacernos pasar por tontos, revolucionariamente, para nosotros, no existen.

¡Brava teoría ésta de la realidad a rajatabla! Midiendo con sus medidas las vidas de Bakunin, Malatesta o Salvochea*, tendríamos que confesarnos que vivieron como insensatos o idiotas. ¡Y eso no, coño!

LA REVOLUCION

Tendrá su ley, como todo. Pero, ¿quién puede explicarla?... Cae como el rayo; barre lo muerto y lo vivo, como un vendaval, basura y flores. Ya sería hora de que aquellos que, en la impotencia de organizarnos la vida como un reloj, le cargan a dios o al diablo el mal o el bien que nos falta, o que nos sobra, incluyeran en su elenco este relojero: la revolución.

¿Desde qué espacio —cumbre o abismo, odio o amor— se desata?... ¿Por cuánto tiempo y hacia qué rumbo arreará —pastor que viene quemando los pastizales— *al asustado o furioso rebaño humano?... ¿Qué torre de hierro* o piedra hará polvo a manotones?... ¿Qué estéril brizna o fecundo polen se llevará, como un niño dormido, sobre sus alas?

No hay sociología, materialismo o dialéctica que prevean lo espantable o candoroso que ella sumerge o remonta. Reja que da vuelta tierra mesturada

* Fermín Salvochea, uno de los santos laicos del anarquismo español, sobre todo entre los campesinos andaluces. (A.J.C.)

con reptiles: entraña nuestra, rebelde o envilecida, que estalla miel o ponzoña: la ineditez del hombre... Prever la revolución a través de la evolución, es prever el huracán a través del aire de nuestros ventiladores.

Claro, también, que yo no hablo del motín que trueca un rey por un presidente, o un zar por un comisario. Eso está dentro de un orden político o económico, cuya marcha, como en las vías de los trenes, puede volcar a la izquierda o la derecha, con sólo mover palancas, cualquier practicón o cualquier audaz: Lenin, Mussolini, Hitler.

Hablo de las revoluciones a la española. Y no de la que ya ha sido, también aquí, derivada hacia una guerra en la que el pueblo es solamente soldado: la negación de un revolucionario. Hablo de aquella que fue el 19 de julio. Y de esta otra que ayer vi estallar en la Plaza Cataluña.

¡Cuánto candor y fiereza! ¡Qué densa y humeante vida rompe y recuesta en la tierra esta aradora del Hombre, de la que nunca se sabe desde qué punto ni a qué hora va poner su arado en marcha! Pero que, por eso mismo, uno ha de esperarla siempre. ¡Para sembrar en sus surcos!

EL HEROE

Esta barricada nos desencanta. Es en la Rambla de las Flores. Se tirotea con *pacos* y comunistas, pero con tal parsimonia que, más que cambiando tiros, parece que estuvieran cambiando ideas. Nadie se arriesga; todos se cuidan. Es como un juego a quien mata más, y muere menos.

Este modo de pelear lo vimos luego en Madrid, en la famosa Cuesta de las Perdices; y lo encontramos lógico. Pero en Barcelona nos parece absurdo; nos desencanta. Allá es la guerra, mecánica y de desgaste; aquí es la revolución, apasionada y urgente. Aquélla es una trinchera; ésta es una barricada.

Fuego que viene y que va, sin los hombres que se quemen, no es una pelea revolucionaria. Para serlo, le falta eso: el inútil heroísmo, que puede ser un suicidio, pero, sin cuya grandeza, matar, o que nos maten, es siempre un crimen. ¿Cómo justificar ante la conciencia, o dios, el tremendo sacrificio, si no es corriendo también el tremendo riesgo? En esa fuga hacia la locura está la salvación de nuestra alma. En ese desequilibrio, nuestro equilibrio.

Y así lo planteamos a alguien, y es para peor. En lugar de contestarnos, nos interroga:

—Tú, ¿tienes armas?

Y, ante nuesta negativa, se nos ríe:

—Anda, con éste. No tiene encima ni una pistola de matar gatos... Vuélvete a América, viejo. Mala hora es ésta, en España, para turistas.

En la chunga o la *cachada* está también la respuesta. Comprendemos. No se trata de cobardía o de coraje, sino de perder o de ganar. ¡La sangre no es agua, Cristo! Hay que economizarla. ¿Cómo no lo comprendimos? ¡Romanticones que somos!

Y al desencanto de antes, se le agrega la vergüenza de ahora. Y vamos a arrinconarnos, cuando... Un niño cruza la calle, entre el fuego que va y viene;

trepa el mortal parapeto, desenvuelve un banderín rojo y negro, y lo hace flamear, gritando:

—¡Visca la revolució, me cachi en Deu!

Es lo sagrado y lo obsceno, que se juntan para un solo golpe a todos. El manotón que arranca las ligaduras de la prudencia. El empujón a la victoria o la muerte. Apasionados o locos, saltan a todos los riesgos, para vencer, o ser vencidos, los hombres. Como revolucionarios.

Cuidarse es bueno; pero entregarse es bello. Aquello se comprende; esto se siente. Y el pueblo vive de sentimientos. Por eso bastó que un niño —pequeñín, de doce años, a lo sumo, descalzo, astroso, mocoso— flameara una bandera y un grito y... ¡al diablo la comprensión, la economía y la estrategia! Y a la conciencia, o a dios, la razón de matar o de ser muertos. Faltaba el héroe.

CONSIGNA GAUCHA

España es sangre. Por eso es que siempre dio más artistas y rebeldes, que técnicos y filósofos. Y aun éstos, al fin, ganados también por la pasión militante.

Es la sangre, que no falla, ni siquiera en los espías. Un mes o dos cumplen la tarea infame, o se guardan en sus rincones de arañas. Hasta que no pueden más. Y, donde menos se espera, arrancan de su pistola, y al grito de ¡Viva Franco! o ¡Mueran los rojos!, se juegan solos contra diez o cien. Saben que van a perder; pero es fatal; son españoles.

Su verdad o su mentira es, ante todo, milicia, que se resuelve peleando. Aquí, no allá, sí que se capta el sentido, como un coágulo en la mano, del verso gaucho: «Las armas son necesarias». Esto es de hueva española. Canta esta sangre.

España es la vida armada. Y eso es lo mejor que tiene. Porque, gracias a esa chispa o a esa púa que todo español conlleva, la tiranía que le aherroje jamás logrará afirmarse en un sistema de esclavitud consentida. Hay la esperanza de que siempre pueda quemarla o bandearla.

Y nadie puede rompérsela ni apagársela. Nunca. En los más duros períodos de represión, entre flores o en las cloacas, el obrero salvó su arma. Cuando todo hay que venderlo, desde el jergón al rebozo, la proletaria española hurtó siempre la navaja; en la liga o en el seno.

Y, preso o para ser muerto, ¿qué herencia de más valor para el compañero que una «herramienta»?

Ella labrará el desquite y hará triunfar la justicia. Mientras haya quien la empuñe, por mal que marche la causa, todavía no se ha perdido. Vive España en los que quedan armados y militando.

La revolución de Julio ¿con qué se hizo? ¡Con las armas! Las conquistas al burgués, ¿quién las ganó, y en base a qué se conservan? ¡El pueblo, y porque no se desarma! ¿Cuál es el peligro, entonces, contra quién, que sigan así las cosas: los obreros organizando su vida, y al pie de sus creaciones, listos

para defenderlas, los mismos suyos, armados? Para ellos no hay; ninguno. Pero, en cambio, hay cientos, miles, como cuchillos desnudos o pistolas gatilladas, para el amo y el político.

Es, pues, de la entraña de éstos, vencidos, pero no muertos, que repta y silba esta consigna tramposa: —«Todas las armas al frente; para la guerra. Atrás, en las retaguardias, sólo el trabajo». Porque (comentan) el fascismo es lo primero a abatir, antes de pensar, o hacer, la España que (¡cómo no!) también nosotros queremos. Desarmarse, o ser... ¡contrarrevolucionarios! (Remachan los comunistas.)

¡Al gran coño! ¿Veis la trampa? Ante ella paráis o caéis; como ante un abismo o un comillazo.

¡Tramposos! No es que allá falten; es que aquí estorban. ¡Comprendedlo, proletarios!

El fascismo es el Estado. Hitler y Mussolini son hechos de idénticas intenciones que el doctor Negrín y Azaña. ¡Desarmaos, y veréis!

Pero, ¿qué quiere esta gente? ¿Que veamos un diablo nuevo en quien nosotros sabemos que es siempre su viejo dios, apenas si un poco más contundente y agresivo? ¡Ah, no! En los frentes, como aquí, donde hay gobierno, está él. El es el pulpo, ubicuo y sofocador, del que hay que hachear los tentáculos. ¡Lo matamos, o nos mata!

Consigna gaucha (y, por lo mismo, española hasta las cachas): «Las armas son necesarias». No os desarméis por la guerra, porque perderíais también la revolución. Recobraos en vuestras huevas. ¡La vida es sangre!

ANTIFASCISMO

La burguesía es la clase que menos ha resistido al despojo y al desquicio. Todas las otras, de nobles y militares, religiosos y feudales, están todavía aquí, vivas y actuantes, contra su enemigo nato: el proletariado. Sólo ella, que apenas cuenta un siglo de predominio, agoniza de incapacidad y de espanto.

¿Ley histórica? Seguramente, también. Pero, sobre todo, sentencia que venía implícita en su natural parásito. Economía, más que en el orden social, en las bases de la especie. Es ésta que se sacude lo que la roe sin honrarla. El burgués relaja al hombre que, por absurdo que sea, siempre desplaza su acción desde un mínimo de idealismo y de carácter. El no cree en nada; sin sustancia y sin espíritu, su vida está en sus tentáculos.

Cuando se habla —o si queréis, se hablaba— de nobles y de plebeyos, de sangre azul y de la otra, no se emitían sólo frases. En la mente del bandido o del imbécil, que de ellas hacía pavés, eran una convicción por la que moría o mataba. Y a esa tozudez sincera responde su pervivencia. Ahí están, aquí los veis, como en las remotas épocas, al frente de sus mesnadas. Y así podemos decir: fascismo y antifascismo son otros nombres, no más, de las mismas viejas causas que ahora pelean nuevas gentes.

De esta lucha se excluyó la burguesía. Y no por disconformismo esencial o filosófico, sino por debilidad e indefinición. Su postulado demócrata mi-

ma su avidez parásita; pero no engaña a nadie ni satisfizo nunca; repugnó a los dos bandos. Era el tercero en discordia, la vaselina en la máquina, que unos querían romper, y otros ajustar hasta reventarnos. Como tal ha ido al desquicio en Rusia, Alemania, Italia, y ahora en España. No cuenta. Y quererla hacer contar es, más que mala política, una absoluta carencia de eso de que tanto se habla: sentido de la realidad histórica.

Y he aquí que los bolcheviques pretenden que la contemos. ¿Por qué? Porque *gracias* a los nuestros, que no la pulverizaron, como debieron, ella sigue en el Poder y puede facilitarles esto que, desde la calle, sigue siendo todavía muy peliagudo: copar a un pueblo que lucha por su libertad integral.

¡Claro, también! Ella, cobarde e inepta, se apaña en estos audaces haciéndoles un lugar en sus directivas. Y el resultado ha sido éste que, ahora —¡tarde piaste!—, se nos viene a denunciar: el 50% de la burocracia aquí es comunista. Agregad que otro 65%, el de la nafta con que Mussolini mueve sus tanques y sus aviones sobre la tierra española, es ruso. Y tendréis la revelación del móvil de sus Frentes Populares: servirse de los burgueses para aplastar la anarquía.

Y a este juego, ventajeador y tartufo, le llaman, algunos nuestros, antifascismo. Y lo hacen. ¡Lindo!... Si no fuera trágico. Si sólo perdieran ellos su apelativo anarquista. Juegan la revolución. ¡La pierden!

«VANGUARDIA Y RETAGUARDIA DE ARAGON»

Más acá de las trincheras en que el pueblo catalán y aragonés pelea al fascismo, están la siembra y la industria puestas en marcha y regidas por trescientos mil trabajadores. Son 450 aldeas y ciudades viviendo, hasta donde ello es posible bajo la guerra, el comunismo anarquista; libertados de parásitos. De ahí sale el pan y la fe para las milicias. Es por esto, y desde esto, que allá se mata y se muere. Son las colectividades.

Y ello es sólo en Aragón. Que en Madrid están las granjas, en Valencia están las vegas y en la entera Cataluña los talleres, las usinas, los transportes y hasta los espectáculos públicos. «Están» es la expresión de un deseo saturado de nostalgia. Estaban... Hasta que el doctor Negrín mandó a Líster, y a «El Campesino» y a Comorera a que nos las aplastaran*.

Eran la revolución y eran la anarquía. Peligrosísimas, pues, para cualquiera forma de Estado. A más de lo inútil de éste, que todos saben, revelaban otra cosa, que todos niegan: la madurez proletaria. Ya no era un sueño o un tópico: estaban ahí, productoras de abundancia y libre acuerdo, nuestras colectividades.

Debía cumplirse contra ellas lo que previmos, antes de venir a España, cuando el cable notició el desborde victorioso de los hombres y mujeres de la C.N.T.

* Líster, «El Campesino» y Comorera, stalinistas furibundos, obedeciendo las órdenes de otro incondicional del gobierno soviético, Negrín, se destacaron por su persecución a los anarquistas. (A.J.C.)

y la F.A.I. Contra nosotros, no solamente el fascismo; los demócratas también y, más arteramente que nadie, los bolcheviques. No se creyó, o se contó —¿atenidos a qué santo?— con la ayuda de estos últimos, y el resultado se ve: teníamos todo, y podíamos aplastarlos; al sumarnos a ellos, que no tenían nada, les dimos todo para que nos aplastaran.

Este volumen de Alardo Prats debe leerse. No es «literario» ni partidista, aunque su autor sea de izquierda. Es objetivo y hasta, como les gusta a aquellos que no se pagan de impresiones y buenos deseos: con estadísticas. A lo que no hay que llegar es adonde él llega: a quejarnos del gobierno. En él puede ser ingenuo; en nosotros sería siempre ridículo.

«EL ESTADO, LA REVOLUCION Y LA GUERRA»

Si nosotros no supiéramos que: a) cuantos colaboraron para afirmar la república, en lugar de emplearse a fondo por la anarquía, fueron a eso convencidos de que «una cosa es la doctrina y otra muy distinta es su posibilidad» en un pueblo amenazado desde todas las fronteras, y aun desde dentro mismo, por las fuerzas reaccionarias, bolcheviques y burguesas; b) si los que tal hicieron tuvieran ahora la más mínima esperanza de una justificación, no frente a los anarquistas, que hay, hubo y habrá siempre muchos que los justifiquen, sino ante el proletariado ibérico, que es quien hizo, y a quien se le deshizo, desde el gobierno, su revolución social, y c) si nuestra estada en España y el contacto personal y militante con algunos de estos hombres no nos hubiera servido para comprender su angustia ante el sacrificio estéril de su anarquismo; nosotros no discutiríamos nada; con Santillán ni con nadie. Sabiéndoles insinceros o insensibles, les dejaríamos de lado.

Pero, no es ésta la cosa, en ningún sentido. No se trata ni de pillos ni de idiotas; de hombres que se echaron la manta atrás o que no comprendan. Sus vidas prueban contra cualquiera sospecha. Todo lo que se quiera decirles, se lo han planteado. Y lo sufren. Para convencernos de esto está también este artículo del director de *Tiempos Nuevos*. Santillán explica lo que ocurrió. Lo explica, porque aún le duele.

«Fuimos al gobierno, dice, porque teníamos una preocupación dominante: poner todos los recursos, todas las energías, todas las posibilidades del país al servicio de la guerra, a la que considerábamos sagrada, por ser una guerra del pueblo contra aquellos que se habían sublevado para reducirlo a una esclavitud peor que la ya sufrida».

Esto es lo más sabroso de su trabajo. Y éste es también el móvil y el fin de cuantos fueron, no solamente a ministros —¡ay!—, hasta a carceleros. Fueron porque tenían «una preocupación dominante»: ganar la guerra...

¿Pero, estamos en lo mismo de siempre, entonces? Estamos en el 14, cuando Kropotkin, Malato y Grave alegaban, para militar con los aliados contra Alemania, una razón de cultura contra la barbarie. ¿Y qué ganamos ganándola? El bolchevismo en Rusia y a Mussolini en Italia. ¿Las democracias?...

Ya, ya... A la inglesa o la francesa que son, más aún que las dictaduras, las culpables de que no la ganemos en España.

Ganar, perder... Muy importante, sin duda; pero no tanto para hacer de ello un problema de vida o muerte. La disyuntiva era otra: ganando desde el gobierno desarmábamos de razón y de eficacia al anarquismo. ¿Para qué, ahora, propagarlo y encenderlo? Con hacernos sus ministros, ya estaba hecho. Un paso más que avanzarais y nos preceptuáis la lucha desde las urnas... Y todo para que no se nos venga la reacción —que no podía venirse, porque en el primer semestre no tenía ni armas ni mercenarios— y nos reduzca a «una esclavitud peor que la ya sufrida»... Y perdiendo con el pueblo —¡que no perdíamos!— ganábamos para siempre la realidad de esa experiencia anarquista en que él empezó a vivir y que vosotros, al afirmar el Estado, quisierais o no quisiérais, le saboteabais. Esta fue la encrucijada en que fracasasteis.

¿Y ahora?... Ahora a volver al anarquismo viejo. Con más conciencia y más fuerza. Y si perdemos... ¡A morir de pie!

LOS NUESTROS

¿Qué ha ocurrido en España?... Podemos saberlo, o no; haberlo previsto, o ni sospechado. Pero eso, ahora, ya no cuenta, o cuenta para después. Hay algo más importante: los nuestros; la situación de los nuestros. Sobre todo comentario, crítica o lamentación, ahora, ellos. Donde quiera que esto acabe, o empiece y vuelva otra vez, con ellos, hoy más que nunca, y con algo más que gritos o reflexiones: con hechos. Solidariamente.

Ellos plantearon la lucha por la anarquía. Lo que los ha derrotado en el primer serio intento, único en toda la historia, de instaurar el comunismo anarquista, no fue el fascismo, sino el republicanismo, el socialismo y el comunismo. La democracia, en una palabra. Tolerarla, y no aplastarla, fue el triste error que ahora pagan.

Error, o mal entendida generosidad. No discutamos ahora esto. La hora es tremenda para ellos en los campos de concentración de Francia. Al frío de un invierno a la intemperie, se le agrega el hambre, y todavía, sobre ello, la vejación de la soldadesca que los tiene acorralados. La vergonzante consigna de la autoridad francesa es que agonicen ahí para que, desesperados de morir y ver morir a sus mujeres y niños, vuelvan a España, hambrientos y desarmados, a que los ultime Franco.

Pero esto puede evitarse en la medida que nosotros acudamos a los nuestros. Cuando decimos los nuestros, decimos los de la C.N.T. y de la F.A.I. Que ellos tengan con qué comer y abrigarse, que ya sabrán, como siempre, dar la mitad de su pan y la mitad de su manta a los que a su lado sufran frío y hambre.

Los anarquistas no tenemos más que a los anarquistas. Nadie acudirá a salvarlos. Esperar de los demócratas es tan iluso como esperar de los fascistas. A unos y otros, no sólo nuestra victoria, nuestra vida les estorba. Y esto,

por muy cruel que sea, es también lógico: somos la guerra contra ellos, y nos aplican la ley que corresponde a la guerra. ¡Sea!

Pero que sea, igualmente, lo nuestro para los nuestros. Apretémonos nosotros alrededor de los nuestros. La unión es fuerza... si lo que se une es fuerte. Que las ovejas también, cuando las rondan los lobos, se unen, pero unen debilidades y sustos.

Coraje para los nuestros. Por la anarquía: ¡con los nuestros! Donde quiera que esto acabe, o empiece y marche otra vez, con ellos, hoy más que nunca, y con algo más que gritos o reflexiones: con hechos. ¡Acudamos a los nuestros!

SANTA CRUZ

He aquí un recuerdo que, si lo traigo a esta sala, no es por lo que a mí me atañe, sino porque él se liga profundamente al fin de esta conferencia. Es como la raíz oculta que da vida y mantiene de pie al árbol. Y yo quiero descubrirla, seguro de que con eso, mejor que con otra cosa, daré toda la sensación de mi protesta.

Pronto cumplirán veinte años de aquella primera vez que yo subí a una tribuna. Fue en un lejano poblacho, por allá, al Sur. Pacífico. Es decir, de una pacífica explotación burguesa, de una silenciosa agonía proletaria. Un pueblo, compuesto en su mayoría de nativos, semi-indígenas, de esa raza moribunda en cuya pulpa blanduzca la garra o la ventosa del rico se hunde o succiona sin mayor esfuerzo y sin sobresalto alguno. La res tendida en la playa apenas si patalea, mientras el matarife la desuella. Todo va bien, nadie piensa que eso sea un crimen. Se levanta uno a la vida con esa visión de sangre y se encierra uno en la muerte viendo pasar, como en sombras, perros con despojos entre los dientes. Y no preocupa ni inquieta una ni otra cosa. Así es, así fue, y así, no más, debe ser...

Yo era, pues, como todos mis copoblanos, feliz y sin ideales, como una bestia, cuando apareció en mi pueblo un hombre. (¿Quién era, de dónde vino, en qué rincón de la tierra descansa o sigue agitándose a estas horas?... No sé; ¿quién puede saberlo?). Llegó aquel hombre y al poco tiempo empezaron a circular de boca en boca sus mentas. Ese era un bárbaro. Debía de ser como un monstruo con unos sentidos descomunales, por lo menos cien veces más finos y potentes que los nuestros, pues sus pupilas veían lo que nosotros ni sospechábamos que existiera, pues sus oídos oían cosas como de otro mundo, del mundo del sufrimiento. En aquel pueblo tan lindo, tan pacífico, él veía esclavitud y oía dolor. Y renegaba de ello; renegaba como un loco.

Un raro estremecimiento sacudió a todos. Los matarifes de gentes fueron los primeros en concretar la protesta: —¡Este es un gringo anarquista; habrá que echarlo!— Y siguieron desollando, carneando, faenando esclavos. El parecía no darse cuenta de las inquietudes que suscitaba. Se movía como un diablo. Subía a las sierras y bajaba con centenares de picapedreros que echaban al aire cantos como adoquines. Iba después a los campos y en las pro-

pias pulperías, teatro de juego y pendencia, decíales discursos a los paisanos. Volvíase al pueblo y frente a la misma iglesia negaba a dios y desafiaba a controversia a los curas. Y todavía escribía en los diaritos locales; metíales artículos de polémica, clamadores de una libertad que nadie le demandaba, anunciadores de una catástrofe que ninguno presentía.

Así unos meses, hasta que un día desapareció sin dejar huellas. El fue como un huracán de esos que llegan de pronto, golpean las puertas, silban por las hendijas, derriban árboles, vuelan sombreros, y luego se van, se apagan. ¿Dónde está ahora? ¿En qué rincón de la tierra duerme o se agita? No sé; ¡quién puede saberlo!

De esto hace veinte años, y al poco tiempo de irse él subí yo, por primera vez, a una tribuna. ¿Por qué subí? ¿Qué tenía que decir? ¿Qué luz, qué idea, qué programa traía para aquella gente que, enracimada en un cuarto de un suburbio del Tandil, me clavaba la mirada como buscando en mi pecho el camino de su salvación, mientras entreabría los labios como si de los míos, secos y ardientes, fuera de pronto a brotar la fresca agua calmadora de su sed?... ¡Oh, aquel cuadro de mi estreno de orador vive en mí con una fuerza de intensidad más profunda que todos cuantos de que después he sido actor o testigo! Pues que mi salto al ideal partió de aquel momento de angustia. Porque yo estaba angustiado. Era una angustia terrible que movía y flagelaba mis veinte años igual que veinte huracanes. Temblaba todo, crujía todo, relampagueaba todo. ¿Qué era yo en aquel instante: un hombre al que lo posee una visión dominadora, abarcadora de siglos, o un peñasco en cuyo seno hierve un volcán o canta un río?... Al fin estallé; me abrí en cruz y hablé. Y todo cuanto les dije puede bien concretarse en esto solo: ¡Revolución! ¡Es preciso la revolución! ¡Hagamos la revolución!

Santa Cruz* no es Abisinia; está más cerca y, si no la conocemos de *visu*, en cambio sabemos sí quiénes son, qué clases de hombres la habitan. Sobre esto están de más las leyendas y no merecen la pena de refutarlas. La pueblan gauchos que huyeron cuando la pampa de Buenos Aires empezó a ser alambrada, a convertirse en una como sucesión de bretes en que los capitalistas los encerraban como a los avestruces, para desplumarlos. Los más ariscos fugaron, se refugiaron en lo que aún era desierto, al sur, en los territorios. Quedaron aquí los mansos, los pobrecitos sobre los cuales todo abuso es fácil y todo vicio los encuentra listos para asimilarlo. Lo mismo que antes la indiada, fue el paisanaje refluyendo cada vez más lejos, cada vez más alto. Allá galopaban libres, haciendo chispear la arena y sintiendo, en el centro de la horqueta de sus piernas, el resuello de sus caballitos criollos como el latido del corazón de un último y fiel amigo.

Toda fábula es pueril si se levanta sobre otra cosa que esta verdad: los pobladores de los territorios son gauchos. Y es infame la leyenda bandolera en boca de quienes cantan la tradición. Gauchos son y como tales vivían hasta hace poco. Y debían vivir bien, puesto que no era de allí de donde, precisa-

*Santa Cruz es la más meridional y extensa de las provincias de la Patagonia (A.J.C.)

mente, venía el ejemplo del crimen ni del desorden. Sin gobierno, ni leyes, ni patronazgos, no asaltaban al viajero, ni condenaban al hambre, ni fusilaban en masa como fusilan, condenan y asaltan en Buenos Aires. Todo eso lo llevaron los capitalistas a Santa Cruz, como, por lo demás, lo llevan a todas partes.

Dicen que el oro es redondo, para que ruede, y que el comercio tiene alas en los tobillos, para que vuele. Ah, sí. Cualquier señor que sea rico o comerciante no tiene más que soltar uno de estos elementos y ellos hacen, de la mañana a la noche, suyo un mundo. Lo circulan, lo amojonan y lo cercan. Voló el comercio desde la costa a la cumbre, rodó el capital por lomadas y por valles. Y en pocos años fue Santa Cruz una región *progresista y civilizada.*

Sólo que, con sus industrias, sus agios, sus latrocinios, llegó también el obrero de la ciudad, filtrado, empapado como una esponja, de ideales de justicia. Y es inútil: donde quiera que vayáis, a Abisinia o a Hotentocia, siempre os pasará lo mismo. No podréis prescindir del brazo de ellos ni tampoco del juicio de sus conciencias. Los ata y los lleva tras de vosotros el hambre, pero ellos no son solamente estómago; tienen cerebro. Y el cerebro es gaucho libre que monta un potro de fierro con sangre de fuego y lava. Y galopa cada vez más lejos, cada vez más alto.

Desembarcó en Santa Cruz, junto con vuestro egoísmo, el ansia de ellos, proselitista. Y si sus manos labraron para vuestros intereses, sus ideas trabajaron para el de la humanidad. Y algunos hasta dejaron en la costa blusa y lima y manotearon poncho y cuchillo. ¡Y ganaron el desierto, a gauchear los gringos lindos!

Ahí está todo el secreto de los mitines y huelgas que los diarios de los ricos tratan de bandolerías. Es la obra de los obreros, de los camaradas nuestros que llevaron hasta allá la inquietud de sus ensueños. Se hicieron los compañeros de los paisanos, les alumbraron la senda a la libertad que por momentos se les cerraba. ¡Ah, sí! Debió ser para los gauchos como si les regalaran el mejor caballo que soñaron en su vida, la idea anarquista.

Se organizaron por miles los arrieros, los manseros, los peones de las estancias. Y recibieron periódicos y folletos de todas partes y en todas las lenguas. Y en los pueblos de la costa fundaron centros, escuelas y sindicatos. Y a los patrones les impusieron horario y trato y sueldo. En una palabra: entraron en el concierto de la vida universal del proletariado... ¡Y éste es sólo, y sólo es éste todo el crimen, el delito, la gran culpa que ha suscitado la horrorosa, bochornosa, asquerosa represión del ejército argentino!

Y yo me detengo aquí. Sofreno mi pensamiento sobre un abismo. Un abismo del que sube, entre una humazón rojiza, el estertor de nuestros pobres hermanos martirizados. Veo rojo y oigo oscuro, oscuramente. De las fosas que ellos mismos se cavaron para ser fusilados en sus bordes, veo yo surgir, alzarse, desenvolverse el trapo de una bandera enorme; y se agita poco a poco, tremola sobre mí, me envuelve. Es roja y negra. Y es arropado en sus pliegues que yo siento levantarse, partir, volar, un grito; el gran grito que ahogaron en sus gargantas los asesinos: ¡Viva la Anarquía!

Queridos compañeritos míos: tanto como fue el amor llevado por los obre-

ros a Santa Cruz, ha sido el odio opuesto por los patrones contra ellos. Es decir: ha sido más, puesto que, temporariamente, han vencido. El desierto es ahora de ellos; braman sus instintos sueltos; flamean sus armas desnudas; echan al viento, al pampero, dianas de gloria que suben hacia los Andes como alaridos. ¡Triunfadores!

Pero, ¿a qué precio?... ¿Queréis conmigo pasar revista, mirar, como desde un vuelo, hacia aquellos campamentos de la patria victoriosa? Subid, vibrantes de amor, a la más azul, más limpia región de vuestra conciencia y tended la vista abajo, donde vivaquea el ejército, la policía y la marina... ¿Qué veis?... ¿No veis?... Pelotones de soldados que flagelan con sus sables a un hombre inerme, a un prisionero, a un vencido. Salta la sangre de sus espaldas y el pecho; se despedaza la carne mordida, tarasconeada por el cilicio; se hace una llaga, una sola llaga el cuerpo. La víctima está de pie; resplandece como un joven sol, se mueve, camina. Y el martirio continúa; la lastimadura crece, se extiende, cuelga ya como un manto de púrpura hasta sus pies. Y avanza. ¿Adónde va, qué lleva al hombro? Va a morir, lleva la azada para cavar su tumba... Y ahora cava; la visión roja, la llamarada de carne, cava; la herida cava, el hombre despellejado cava. Cava... ¡Ya está! Y se vuelve de frente a sus victimarios que truecan los ramales por los máuseres y que a la orden de fuego, tiran. ¡Le fusilan!

¿Acabó aquello?... ¡No, no! Esta tarea patriótica continúa, se repite contra quince o veinte trabajadores todos los días hasta alcanzar la suma de *mil seiscientos* supliciados, escarnecidos y fusilados. ¡Gloria, gloria, gloria!*

Santa Cruz está ya en paz. Fusilados los obreros que no alcanzaron a ganar la cumbre o a echarse en un barco al mar, una celeste tranquilidad —celeste y blanca, pues la cubre la bandera de la patria— reina en todo el territorio. Comercios y oros pueden rodar y volar de la costa al Ande, de la loma al valle. Ni gringos gauchos ni gauchos gringos van a salirle al cruce de los caminos. Aquello es suyo, como es la cueva del tigre y la noche de las hienas y el mando, el poder, la fuerza, de todos los asesinos.

¡Pero el porvenir es nuestro! ¡Ah, sí! Tan nuestro como es nuestra esta protesta que levantamos al aire y lanzamos por arriba de la mar y la montaña para que en todas las lenguas y bajo todos los cielos se escupa, se gargajee a la faz de la Argentina este nombre de oprobio y de crimen: ¡SANTA CRUZ! ¡SANTA CRUZ!

Ya termino. Pronto van a ser veinte años que yo subí por primera vez a una tribuna. Quiero evocar, en esta hora dolorosa para el proletariado de esta república, la imagen de aquel viajero —¿quién era, de dónde vino, en qué rincón de la tierra descansa o se agita aún?— que suscitó en mí el aliento, que no me dejará más, de libertad y de justicia. Ante su recuerdo vibro otra vez, se agolpan mis cuarenta años como cuarenta huracanes sobre mi frente. Y no sé más lo que soy: si un hombre al que lo posee una idea soberana,

* Cfr. O. Bayer, *La Patagonia trágica*, Buenos Aires, 1972-74 (A.J.C.)

dominadora de siglos, o un peñasco en cuya entraña brama un volcán o canta un río. Pero yo siento que me abro, siento que me parte un grito: ¡Revolución! ¡Es preciso la revolución! ¡Hagamos la revolución!

Prohibido por la policía el acto de protesta por las masacres de Santa Cruz, González Pacheco publicó en *La Antorcha* del 17 de enero de 1922 la conferencia que se propuso pronunciar en él.

ANARQUISMO

Una idea gana a las masas, solivianta sus instintos y yergue mujeres y hombres para un destino: ser libres. Hubo antes, lógicamente, un pavoroso proceso en que sus propagandistas sufrieron persecuciones, martirios y toda clase de muertes. Pero ¡al fin!, ya está de pie. Para matarla ahora no bastarían todos los asesinos que en el mundo y el recuerdo son. Porque ella hoy vive hasta en los que no han nacido. Y en la salud y en la llaga, y en los que aman y en los que odian. En el hueso de la vida y en el tuétano del hueso. Todo es ella, y donde ella no es, es el vacío.

Como en las selvas, las hojas que se le caen nutren el suelo que la alimenta; las ramas que se le pudren son las debilidades de que se alivia. Lo que le queda es aquello que le sirve para triunfar de la muerte, colgar un nido o envenenar una espina. Cuanto no es esto se lo arrasa la intemperie con sus huracanes de viento, de agua, de nieve.

Son las masas este bosque en que hay de todo, bien y mal, pureza y depravación, bandidos y apóstoles. Mezcla tremenda, pero que es, hasta hoy, la única mezcla en que se han tallado los verdaderos hombres. ¿Los hombres, digo?... Dios y el diablo son cada uno la mitad del otro. Esto sabe el anarquista, y debe mirar hacia ello sin asco y sin cobardía. Lo que empujaba de abajo, ¿qué era?... No eran príncipes ni santos, sino un miserable, obtuso proletariado. Y aquí está ahora, ahí lo tiene, en la mañana de un mundo desconocido e inédito, tal como es, como no podía tampoco dejar de ser. Hambriento y bárbaro. ¡Pero libre!

¡Eh, no sueño, compañeros! Aquel que arroja de sí el prejuicio de la ley, viola la propiedad y la moral y vive como una fiera, sin más freno que la violencia que lo somete, es libre. Libre con la sola libertad que vale y al fin se impone: de adentro afuera, de vida a muerte.

Y aquí está; ése. Huelga o roba, crea o destruye. Suya es la bomba asesina y la plegaria que se alza de ese derrumbe también es suya. Suyo el motín de la cárcel y suya esa biblioteca. Suya esa pareja de enamorados y suya esa prostituta ponzoñosa. Suyo el que piensa y suyo el que acciona. Y el que nada hace, el podrido por todas las inercias, taladrado por los más mordientes vicios, todavía es suyo; es más suyo que de nadie porque es de aquello que cae que se nutre lo que sube.

Y bueno, pues: aquí está. Hambriento, bárbaro, libre. Lo que le dicen los amos ya se sabe. Como que han reproducido de uno a mil, de mil a millones

sus altoparlantes macaneadores. Y en la misma proporción, sus severidades inhumanas. Hablan más fuerte y pegan con más saña. Pero eso a mí no me importa. Lo que yo quiero saber es qué le decís vosotros, sus guías y animadores y sus, hasta ayer no más, audaces intelectuales. ¿Qué le decís?... Pongo el oído a los cuatro vientos y recojo un solo eco, una suerte de consigna tan insidiosa que no quiero creer que es vuestra. ¡Cómo!... ¿Habéis llamado a la chusma, y ahora le pedís cultura?... ¿Desatásteis tempestades, y ahora suspiráis por calma?... Disteis armas a las masas para ser libres —razón y bomba, coraje y esperanza— y cuando insurgen aquí, vastas, pujantes, guerreras, les ordenáis doctoralmente: —«¡Alto el fuego y media vuelta! No sois todavía capaces de vivir en la Anarquía. Volvéos a donde estábais y esperadnos que vayamos a educaros...» —¿Vosotros, vosotros?...

No lo neguéis. Los hechos, las actitudes, las posiciones, hablan para mí más alto que los altoparlantes de los burgueses. Eso es lo que le decís. En esta hora de liquidación de un mundo y eclosión de otro, levantáis la inteligencia —¡la vuestra!— contra su ignorancia; proclamáis la paz —¡la vuestra!— contra su guerra, y agitáis la ciencia —una ciencia de parteras en abortos— contra esta chusma que avanza preñada de libertad a parir en los patíbulos y las barricadas.

¡Ah, no y no! Yo también soy populacho; uno de tantos que el anarquismo ganó para sus peleas. Y yo protesto y yo no retrocedo. Yo me vuelvo y grito al proletariado que huelga o roba, crea o destruye: ¡adelante y adelante! Malos y buenos, los que surgís de un crisol y los que saltáis del fango, todos sois explotados, todos sois víctimas. Y quienes esto no vean o pretendan deteneros, son tiranos o no son revolucionarios. ¡Bandeadlos! ¡No los oigáis! ¡Adelante!

Pero yo también razono. Mi vehemencia tiene un fondo razonable. Es un convencimiento. Y puesto que no he venido a gritaros qué me irrita, sino qué pienso, voy a decirlo.

Las revoluciones son las genialidades de la Historia. Esta cuenta por aquéllas, de ellas se nutre y a ellas, en fin, refiere su avance o su retroceso. Antes de ellas, y después, reina la paz; esa despreciable paz, impuesta o aceptada, pero para todos, tiranos o esclavos, trágica.

La revolución la rompe como el genio el error y da suelta a toda clase de fuerzas, cuyo bien o mal social no puede ser medido ni pesado por los metros y balanzas contemporáneos. Pues cualquier ideal que sea tiene un límite, y es el de nuestra propia capacidad intelectual o sensitiva. Esa es nuestra estatura, y no la otra, la física, que nos miden. Sin embargo por vasta, genial, enorme que pueda ser, hay siempre cosa, sensación o idea que la supera. Ya sentimos, por ejemplo, que la justicia no es todo, ni la libertad tampoco; que más allá de lo justo, que es dar a cada uno lo suyo, recién empieza realmente el dar: cuando nos damos nosotros. Y más allá de ser libres de ir, venir, hacer o deshacer aquí arriba, hay la invisible cadena con que la ley de gravitación nos ata al centro de la tierra. Y más allá y más allá todavía, la vieja y tremenda angustia: no saber qué hay más allá, o saber que no lo sabremos nunca.

¿Quién habla de paz, entonces?... ¿Quién no ve que la tragedia no es la sangre o la barbarie que la Revolución desata o derrama, sino pararse frente a ella, escamotearle el destino y derivarla a futesas de oportunidad o cultura?... ¡Protestamos que puedan ser anarquistas!

Porque el anarquista sabe que las revoluciones son las genialidades de la Historia. Y genial es aquel punto, cerebro o minuto, en que cuajan, maduras, las cosas esenciales de la vida: idea o acción, instinto o sabiduría. La humanidad del genio se corrobora así: en que pueda lo mismo lograrla un hombre que un pueblo, llenar una hora que un siglo. No es cuestión de poco o mucho, de cifra o tiempo, sino de ceñida identidad, como de tuétano a hueso, de hueso a carne y a músculos, con lo que hay de permanente y eterno en los ovarios de la especie: hambre de infinito, furia de ser, no por adaptación, sino contra todo lo que nos niega: en la caverna, la bestia; en la sociedad, el gobierno; y en las revoluciones geniales, los revolucionarios que no tienen más que talento.

¿Quién habla de paz, entonces, u oportunidad o cultura?... ¿Quién tiene el genio ahí, lo esencial de la vida para lanzarla adelante, más allá siempre, más allá todavía: el burgués culto, su doctor o su industrial, su político o su artista, o esta chusma que ahora irrumpe exigiendo lo que, sin duda, apareció exigiendo el primer hombre y que caerá exigiendo también el último: el derecho a vivir?... Y ved que ya no lo pide: avanza, atropella, agarra. Porque es genial hasta en eso: ¡Quiere! ¡Puede!

¿Quién la niega?... Ya lo identificaremos. Antes nos parece bien el relato de un suceso que vivió Ricardo Wagner, cuando, en el 48, fue compañero de Bakunin.

Habían ganado, como la Anarquía ahora, para una revolución a las masas, al populacho de Dresden. Orgía de furias y saciedad de apetitos. Pascuas de la canalla. Energúmenos del más chocante pelaje, lanzados en insolente empujón contra todas las puertas que algo guardaban: armas o viandas, trapos u oro, alcohol o arte. Y fue entonces que el horrorizado alcalde de la ciudad pidió hablar con el gran músico. —Señor Wagner, le dijo: como artista que sois, espero que impediréis que esa chusma profane los museos.

Y Wagner le contestó: —Señor Alcalde: con la libertad, el arte será más grande; y esa chusma la trae. Consolaos pensando que, si triunfa, los pintores que vengan, de cada bandido de éstos, os podrán pintar un cuadro de más noble y eterna belleza.

Esto cuenta la anécdota, que merece ser cierta, porque lo es filosóficamente. Cuanto a esa revolución, sabéis que fue sofocada, y huyó Wagner y Bakunin cayó preso. ¿Preso de quién?... De los mismos que hoy y siempre gritan y ruegan y hasta se hacen matar defendiendo los museos en que los tiranos guardan sus privilegios. Gentes sin genio revolucionario, pero de indudable talento posibilista. ¡Alcaldes, vaya!

Toda revolución halla a su paso un tipo de hombre que la para o la desvía o, cuando no puede más, la mediatiza. No es el enemigo airado, enhiesto como un peñasco, que se puede destruir o bandear, sino el elástico y sabio banderillo del toro. La entretiene con sus saltos, la enceguece con sus pullas,

la hace tocar el vacío, la inutilidad de todas las atropelladas... pero no la mata, no. El que la mata es siempre otro que espera, lejos y oculto, la oportunidad de esta faena. El reaccionario en este caso. No es un canalla descreído ni un adversario de la revolución, tampoco, sino algo peor: su amigo a medias. No la combate en sus fines ni en sus posibilidades para mañana; la discute hoy, negándonos la capacidad a nosotros. Y esto, que es sabio, es también tramposo. Pues que no se sabe más que lo que se hace, el que nos birla la cosa nos deja sin saber nada. Nos hace trampa, ni más ni menos que el banderillero al toro.

Contra este tipo, consciente o no, venimos a protestar. Pensamos que él representa una insidia histórica puesta al servicio de un *arribismo* igualmente clásico. La Historia es suya, tanto como las revoluciones son de los genios y de las masas. Triunfa en la paz, pero él no es de aquí o de allá, de izquierda o de derecha, sino que en ambos lados tiene intereses, simpatías, raíces. Es un advenedizo. Ha advenido a su actitud o convicción tras de arrancarse del bloque de su clase o de su estirpe. Y puede advenir de arriba o de abajo, ser la flor de una cultura milenaria o el brote de una testarudez apelmazada. Llamarse Anatole France o Benito Mussolini, ser Robespierre o Lenin. Su verdad psicológica e histórica la constituye este denominador: haber trascendido el radio de sus orígenes, situando las soluciones de los humanos conflictos, no en la victoria de una causa sobre otra, sino en las mediatizaciones por el descastamiento de las dos. Y esto, no porque él sea forzosamente un canalla, sino porque él mismo es eso: un descastado.

Si ha advenido de la chusma, trae apetitos y astucia. Y si de la burguesía, escepticismo y terror; no el físico, del cobarde, sino el del equilibrado frente al vehemente, el del control del espíritu frente al desenfreno del instinto. Claro que disimula ambas cosas, lava sus gestos y plancha las proclamas con que le sale al paso a la revolución en marcha.

—¡Alto al fuego y media vuelta!— Y las gentes le obedecen. ¿Por qué?... Inquirid y examinad por qué en Rusia, por ejemplo, Lenin venció de Tolstoy, y en Italia Mussolini de Malatesta. Por una causa que no tiene grandeza ni misterio. Porque, advenido de un bando o de otro, trae lo más decadente o *degradado de cada uno: el escepticismo de la libertad, de arriba, o la ambi*ción de mando, de abajo. Eso milita, propaga, contagia. Lo llama sabiduría, experiencia, historia. Y de eso llegan imbuidos, a las plazas y a los gremios, a los motines y a las cátedras, nuestros propios compañeros seudo artistas o seudo sociólogos. Lo han bebido en los cenáculos, en las universidades, en la cultura burguesa. Y ya no son proletarios, que no es decir que no son pobres, sino que no son revolucionarios. Vienen del conocimiento, que es lo estático, y no de una fe, que es lo dinámico; traen imposibles, cuando lo que hay que traer aquí son energías. Y no nos matan, no, pero convencen a muchos —¡a tantos!— de la inutilidad de todas nuestras atropelladas...

¿Con qué razones?... Con las que ya apuntamos. —El proletariado no es capaz de la Anarquía. Toma ésta al modo burgués, de desorden, incultura, falta de ética. Y, si no, mirad el mundo, observad qué hacen las masas: se degradan en todas las violaciones, matan y mueren estérilmente. ¿Dónde está

el plan y la lógica, la idea anarquista que sature y oriente sus desenfrenos?... Hay que educarlas, instruirlas, pero, ante todo, pararlas. ¡Alto el fuego!

¡Advenedizos! El anarquismo no es robo ni crimen ni imposición; ya sabemos. Es un estado de espíritu, una conciencia de ser que determina actitudes dentro de la sociedad, frente a la vida. Nos alza y nos lanza a andar. Y el que tenía cadenas, las rompe. Y el que tiene hambre, come. Y el que se ve impedido de moverse o de comer, roba o mata. Nada tiene que ver la Anarquía con estos hechos, pero tampoco nadie puede negar que el que los ejecute sea anarquista.

Finalmente: protestamos que la Anarquía sea privativa también de la gente culta, como la ciencia, el arte y la sociabilidad, de los Ateneos. ¡Porque no es un privilegio! Si lo fuera, nosotros, frente a los pobres del mundo, obreros o bandidos, seríamos unos vulgares canallitas.

No lo somos. Yo, al menos, no quiero serlo. Y no porque el anarquismo se nutra en mí de lo que yo tenga de ignorante o de violento; porque sea, no más, un modo de articular mis instintos con los de las masas, no. Creo que no. Sino porque pienso, y es lo que aspiro a probar, que esta idea es, por excelencia, proletaria.

La Anarquía tiene raíz proletaria. Su primera razón, el cimiento en que asentamos nuestas posibilidades de vida armoniosa y libre —nuestro ideal sociológico, en una palabra—, es la justicia. ¿Para quién?... ¿Para los fuertes, los ricos, los prepotentes?... No. Para los débiles, los pobres, los esquilmados.

La injusticia, sentida y revelada inhumana e inútil, ha hecho de la Anarquía una milicia: el anarquismo. Rebelión a lo estatuido que aparece en nuestros actos y palabras: ¿por qué?...¿Por una mayor cultura, una ética superior, una personalidad selecta?... No, tampoco. Eso es aquello que viene en la medida que el pensador o el rebelde se eleva sobre su base, sube las savias del fondo de su idel nutricio: la justicia. Esta es la raíz y lo demás son las flores o los frutos.

Y siendo así, ¿de dónde debe esperarse la revolución libertadora o, al menos, prometedora de libertad: de arriba o de abajo, de la ciencia y la cultura, o de las masas que a nada de esto pueden generalmente alzarse, pero, en cambio, pueden, quieren la justicia, tienen y saben el derecho a conquistarla... ¡De éstas primero y siempre!

No hay problema. Es decir, no debe haberlo en un asunto que es de simple posición a favor o en contra de la Anarquía. Comprendemos, sin embargo, que haya dudas. Es difícil para un hombre tener el itinerario de ida y vuelta de una idea. La facultad de centrar en el ojo del espíritu el punto y el espacio, la cumbre y el abismo, no es para todos aún, aunque ya lo haya sido para muchos. En general, nadie ve más que lo que pisa, bache o tierra firme, y de eso habla o escribe. De ahí viene el bizantinismo, que es el yo sedentario elevado a cátedra, el ocio mental considerado trabajo. Posturas intelectuales que tal vez nos ganan públicos, pero que indudablemente nos hacen perder de vista al proletariado.

Ahora tenemos los revisionistas. El fracaso ruso, del que devino en todas

partes el más sangriento y bárbaro nacionalismo, ha hecho avanzar, sobre el desastre de nuestros cuadros y núcleos, esta premisa bizantina: sin cultura nada. Y *Etica*, de Kropotkin, parece ser que cayó como un pan de trastrigo en las alforjas, ya exhaustas, de cuantos contradecían nuestro anarquismo chusmero, proletario. De esta obra, de la que nosotros seguimos no conociendo las conclusiones, pues el autor la dejó inconclusa, otros han extraído ésta que se nos antoja absolutamente caprichosa: para criar el anarquismo en las masas es necesario, primero, criarnos nosotros una personalidad anarquista... ¡como la de ellos, claro! Nuestra efigie, con sus groseros resaltes y sus estrías hendidas a cortafierrazos, no es científica ni culta. ¡A las marmitas de nuevo, a licuarnos forma y fondo, que ya nos sacarán, con cucharones, para un vaciado más noble! He aquí lo que se desprende de este revisionismo y no otra cosa.

No estamos muy convencidos de que ésta sea la finalidad kropotkiniana; pero, de todas maneras, aun siéndolo, no habría por qué alarmarse. Los hombres se avienen poco a dejar sobre la tierra sus pensamientos dispersos, fuera de una órbita que los contenga y ordene. Eso les parece estéril. Tienden a crear un sistema, a cerrar una parábola, a meter el mundo dentro de un círculo. Es inefable. La vida los contradice, hendiendo, sin tragedias ni violencias, ese redondel trazado en su superficie. Es lindo.

Kropotkin, finando el ciclo de sus trabajos y luchas y extrayendo de todo ello una conducta o una ética, para decirnos a sus compañeros: así, y solamente así, llegaréis a la Anarquía, es siempre tan respetable. Es Adán, es el Hombre. Pero lo que hay que decir, porque se quiere olvidar, es que él tampoco partió de una cláusula moral, sino de una rebeldía. Pues la santidad se alcanza, pero de la santidad no se parte. Se parte de la injusticia comprobada, revelada a nuestros ojos, con la protesta en el corazón y en la boca. Y por eso es la justicia la savia y la fuerza del anarquismo.

Y no es que también nosotros no admiremos esta cumbre. Ojalá todos pudiéramos, tras el desplazamiento de cuanto hoy nos bestializa —miseria, herencia, falta de serios estudios—, alcanzar ese estado de santos. Lograrnos en lo mejor que tenemos; que algo bueno tendremos... Precisamente, es en seres de esta altura que flamea nuestra esperanza y nuestro orgullo. Ellos son los ejemplos, las verdades que no nos pueden negar: ¡ahí los tienen; a eso se llega luchando por este ideal que es filosofía y arte, selección intelectual y hasta belleza física!

Pero, antes de eso, ¿qué hay?... Hay la lucha, la tragedia, la monstruosa realidad en que el pueblo se debate. Y hay, sobre todo, el peligro de no verla o, viéndola, no tomarla en cuenta, si nos preocupamos tanto de vernos y servirnos a nosotros. Por eso, entre estos dos extremos: lo alto y lo bajo, la bestia y el ángel, nosotros, militantes, nos quedamos con la acción, adentro del populacho. Y esto será inculto, bárbaro; pero lo otro, en nosotros, sería gazmoño, infame.

Bakunin, también pensaba, meses antes de morirse, escribir un libro de ética. Hubiera sido, sin duda, una bella obra. Esta clase de trabajos sólo se emprenden después que se ha vuelto el cabo. ¡Y qué itinerario el suyo! Aquel

hombre todo impulso y frenesí, pasión y genio, serenado al fin como un lago entre crestas volcánicas, ¡qué solemne espectáculo! El torrente aquietado; la ola de vida sombría y aullante, esclarecida y calma, dejando ver al trasluz de su masa profunda, peñascos negros, arenas de oro, montes de corales, pececitos de plata...

¿Quién puede ahora imaginar la riqueza en cosas tiernas y graves, dulces y airadas que se llevó a la tumba nuestro titán?... Quizás ahí esté el secreto de esos silenciosos llantos de sus últimos días, sin motivo aparente. El dolor de llevarse ese caudal intacto. Y el no sentir ya en las venas su alegre audacia diabólica para arrancarse la entraña y arrojársela a las gentes: ¡ved, tocad, oled: esto es un revolucionario!

En ese deseo incumplido, en esa nostalgia enorme, también le amamos. Lo amamos hasta en sus lágrimas. Sí; pero después del otro, siempre después del otro; del Bakunin que movió, a puñetazos y gritos, las más pesadas y negras piedras de la injusticia.

¡Bakunin! Su voz fue la primera voz que llegó hasta el fondo de la vida. Puso su boca en la boca de todos los abismos en que la humanidad ha ido rodando: en el crimen, el error, la esclavitud, el vicio. —¡Arriba, en marcha! ¡Justicia, Justicia!— Casi un siglo que viene ascendiendo, pero —¡al fin!— ya está aquí. Son los proletarios; es el proletariado. ¿Qué le decís?...

Camaradas: no os llamamos a una clase ni a una casta. No tenemos en cuenta tampoco qué os determina a ser esto o lo otro. Deteministas a medias, fiamos en la voluntad sobre todo. Cuando decimos: los burgueses y las masas, los de arriba y los de abajo, lo que queremos recortar son posiciones. A favor o en contra de la Anarquía. Esto no es testarudez ni postura verbalista. ¡Ay! El que ha vivido sabe que, quien más, quien menos, todos estamos propensos a girar un poco en blanco, más allá de nuestras capacidades. Sabemos, y nos cuidamos.

No os traemos ensueños ni caprichos, sino concretos sociales. Ahí está el proletariado con su gran dolor desnudo, rencoroso o pasivo: debemos penetrarlo. Ahí está su trabajo, cuanto más triste y anónimo, más rico en posibilidades revolucionarias: debemos revelarlo. Ahí está toda su vida, clara, derecha, rotunda: de ella hay que saturarse. Esa es nuestra cantera y nuestra mina. Hay que erguir lo proletario, que es la fuerza y la razón de la Anarquía —su piedra y su hierro— si queremos destacar un anarquismo recto y firme también, como de hierro o de piedra.

Comprendemos el encanto de lo burgués: su cultura, sus progresos, la fina y bien distribuida lubrificación de su complejo engranaje. A pesar de que todo ello sea nuestra sangre, son nuestras lágrimas, hay a quien no le repugna, a quien hasta le encanta. Más, todavía: pretende encantar también a los proletarios.

Le decimos que no. Al hombre fuerte, anguloso y vasto que es el de abajo, todo eso le viene chico o le queda grotesco. Son pequeñas cosas que sólo encantan a las pequeñas almas. Acordaos de Wagner y el alcalde de Dresden. Pero aunque le vinieran como pintadas, la radio y el auto, el pullman y el aeroplano, la novela en la mesa de luz y la banalidad en todas partes, sospe-

chamos que se olvida todavía lo esencial: que la vida se conforma de adentro afuera, que confort es sólo aquello que se adapta a nuestro espíritu, y que cuanto ahora existe con este nombre, o como comodidad y belleza, es porque viene al pelo de los parásitos y a contrapelo de los trabajadores. Estos deben, si deben cumplir un destino, crearse una civilización a su medida, o sin medida. Se trata de una existencia articulada en poderosas pasiones para poderosas gentes. Se trata de proletarios contra burgueses, como, antes, de éstos contra feudales. Se trata de lo contrario, lo opuesto; de morir o ser advenedizos, o de llevar adelante la revolución por la Anarquía.

Y ésta ya viene; aquí está. No sólo en huelgas, motines, artes para las masas y rebeliones de estudiantes contra maestros, sino en algo que fue siempre, históricamente, el índice y el signo de todo vuelco social. Mientras aquello acontece, puede decirse que aún no aconteció nada. La paz reina en Varsovia. Son los síntomas, pero todavía no son la cosa.

La cosa es cuando plantea problemas sin solución ni en la política ni en las concesiones. Cuando surge un hombre, o cien, que dirime los asuntos en clásico y en heroico. —¡Quiero! ¡Puedo! Y no sólo se lleva lo que quiere, sino que arrastra tras sí la admiración de los pueblos. Entonces es que otra moral ha nacido y que la vieja saltó como una cáscara rota desde adentro. Y ahora es eso. Y aquí está.

Todos los períodos de inminencia catastrófica dieron estos espectáculos, que hoy se generalizan, profundizados, en el mundo: los llamados delitos o crímenes en sus más varias y emprendedoras militancias. Que nos duela o no —a mí no me duele nada—, fueron siempre los *bandidos* los precursores físicos de las revoluciones. En sus uñas y sus armas, su coraje y sus sarcasmos, esplendió el primer destello de toda nueva justicia. Y ahora es eso. Y aquí están.

Os hago gracia de daros a oler sus entrañas. Sabéis que son como las nuestras, no más, con más desesperación o más audacia. Lo que interesa es que acendréis su significado histórico. Vienen porque la revolución se ha puesto en marcha, porque sube de todos los abismos, porque fuimos nosotros a llamarla. ¿Quién se alarma, ahora, o le hace ascos?... Nosotros, no. Nosotros saltamos al medio de su corriente para afirmar la Anarquía, nuestro anarquismo de abajo, el de las masas, el proletario. ¡Adelante y adelante!

SENTIDO DE LA CULTURA

Hay dos maneras de encarar las cosas, cualquier problema de interés político o religioso o social, que corresponden también a dos posiciones: desde la cátedra, como profesores, o desde la calle, como pueblo. Saber del asunto, o sufrirlo; estar en el libro o estar en la vida. Cierto que hay veces que estas dos actitudes confluyen a un solo punto, se trenzan y penetran, irguiendo en un solo hombre la sabiduría completa. Es raro esto, pero suele realizarse en algunos genios.

Yo —está de más que lo jure— no soy uno de estos últimos ni tampoco

de aquellos primeros: ni profesor ni genio. Hombre del pueblo, no más, que mira y trata de resolver los problemas que su vida de relación le plantea, desde su posición de rebelde a todo lo que le oprime o limita, sea ello ley, sanción moral o fetichismo mayoritario. Y como en la llamada *cultura* hay mucho de esto y muy poco de cuanto creo yo que debiera haber, es que vengo a combatirla, tratando también, de paso, de revelar lo que es para mí su verdadero *sentido.*

Entendemos por *sentido* el tono moral, el pulso mental, la postura del corazón y el cerebro frente a la vida. Cuanto a *cultura,* sin duda viene de culto, lo que, a su vez, sugiere servicio hacia determinada causa o imagen, finita o infinita. Y aquí es curioso observar que la raíz de nuestras más comunes expresiones se hunde en el Mito. A este respecto, tenía razón Agustín Lante cuando afirmaba, paralela a la paleontología, la mitogenia.

El hombre fue, y sigue siendo, un animal religioso. Es una verdad corriente que se ha pasado los siglos adorando siempre algo, físico o metafísico, soles o dioses, la irritación de la atmósfera o sus propias irritaciones de miedo y furia proyectadas al vacío. Su postura frente al mundo fue ésta y no otra: mesiánica, arrodillada.

La Enciclopedia es, por esto, el más eficaz esfuerzo de sabios y de rebeldes de oposición al Mito. Destacó al hombre contra el cielo. El sentido enciclopédico es el ateísmo.

No mella esta afirmación el hecho de que los enciclopedistas no fueran todos mentalidades ateas. Hablamos de sentidos, de posiciones. Voltaire diciendo que, si dios no existe, hay que inventarlo, no es nada más que el fullero pillado en trampa, que quiere, aun a costa de la perdición de su alma, justificarse. Antepone lo contingente a lo real.

La realidad enciclopédica es el ateísmo; lo contingente, la Revolución Francesa, que remató en la erección del nuevo Estado burgués. El Estado racional y no de origen divino; la sociedad regida por intereses y no por revelaciones. La urna en la Iglesia. Este fue el triunfo burgués, de mucha más importancia en todas las direcciones que el otro que, generalmente, se le destaca como más grande: contra los feudales. Triunfó de dios.

El burgués, es, cultural y socialmente, ateo. Pero el ateísmo en sí, si no está condicionado por una honda y caudalosa vida interna, deviene, como todas las conquistas de la razón sobre el misterio, un simple y grueso cinismo. El burgués, ser exterior, mentalidad sensual y política, es también cínico.

El hecho de proclamar, paralelamente, a *los derechos del hombre,* el tutelaje de éste por el Estado, denuncia en él la misma actitud fullera de Voltaire: *Si el gobierno no existe, hay que inventarlo.* Su inteligencia se revela en eso: captó en medio de la tormenta subversiva de aquella hora el sentido mesiánico del pueblo. Y le fabricó el ídolo. Y quien dice Idolo, dice culto, cultura, servicio.

Y así hubo sobre la tierra un dios más nuevo: el Estado; un sacerdote más insidioso: el juez; una biblia más científica: el código; y un templo más sombrío y de paredes más sólidas: la cárcel. Y lo mismo que aquel otro templo griego del que se dice que, a través de todas sus puertas, subterráneos y esca-

leras, caminando atrás o al frente, abajo o arriba, se iba a parar al altar, en este mundo burgués todos los caminos llevan a la cárcel. Pero, entre todos, hay uno que, por lo ancho y soleado y por las gentes que por él transitan —muchachas y muchachos, obreros pensativos y profesores locuaces— parecería que lleva a la libertad. ¡Y es mentira! También lleva a la cárcel. Es la cultura. Lleva a la cárcel. Cultivándose en sus aulas, recorriéndola en todas sus direcciones, profundidades y perspectivas, se podrá llegar a sabio o tonto, a conservador o comunista, pero a hombre libre nunca.

Esta afirmación que hago, de plano y en redondo, precisa ser abonada con ejemplos para que no se tome por una temeridad. Si digo que la cultura lleva a la cárcel, se sobreentiende que la incultura lleva a la libertad. Y agrego más: hay una sola manera de saber algo del hombre, su dignidad y su valor, y es no queriendo saber nada de lo que de él se ha escrito hasta ahora y empezando a saber algo de lo que hasta hoy no se ha dicho nada. Apartando los libros, para entrar en su sangre. Buscando a través de él una cultura nueva, opuesta y negadora de la cultura vieja. Es lo que intentaremos.

La hasta hoy llamada cultura es una mutilación y no un robustecimiento de nuestra naturaleza. Por eso es que el tipo culto de extracción burguesa piensa la mitad de la mitad de todo pensamiento. Piensa una cuarta parte. Y así procede también, y así se ubica frente a cualquier problema, político o religioso. Por ejemplo, ante la guerra. El odio a la guerra es como un refrán en la burguesía, en sus profesores liberales y en su estudiantado de la extrema izquierda. —¡Abajo la guerra!— Pero de un burgués no haréis nunca un antimilitarista, sino un pacifista apenas. El quiere la paz, porque la guerra, o no es negocio o es un peligro de muerte para él o los suyos. Y ante estos riesgos, él se inflama de fervor pacificante. —¡Abajo la guerra!— Y lee un libro de Barbusse o de Remarque y pone el grito en el cielo. —¡Abajo la guerra!— Y envía sus diputados a que voten millones para el ejército que le guarda la paz en las fronteras, en las calles y en los campos, en las fábricas y en las cárceles. —¡Abajo la guerra!

He ahí la mitad de la mitad, la cuarta parte, de una cultura humana. Pide la paz que proteja su natural cobarde o sus intereses de ladrón del pueblo. Quiere la paz para seguir burgués.

El antimilitarismo es otra cosa. Es la cultura completa. Es el repudio al sable, y a quien lo forja, aunque sea un obrero, y a quien lo esgrima, aunque sea un hermano, y a quien lo afile, que es el burgués siempre. Y más abajo aún: a quien de él saca ventajas contra los pueblos, que es el Estado.

Y aquí conviene aclarar otro punto: ¿qué problemas se plantea la cultura —y ya habréis ido notando que, para mí, cultura no es instrucción ni conocimiento, sino sensibilidad y conciencia— frente a la guerra, no ya de pueblo a pueblo, sino de clase a clase, de casa a casa?... ¿El problema del Derecho, el de la libertad, o el de la justicia?... El problema del Derecho tiene su solución en el Estado; el de la libertad, en la ética, mas con todos los matices que involucra la capacidad de cada uno para ser libre; el de la justicia, en la tierra, es decir, en el derecho y la libertad que todo hombre tiene a tomar posesión de la parte de suelo que necesite —eso y no más— con sus produc-

tos y sus posibilidades. Los dos problemas primeros son la mitad del problema y son los que el burgués culto se plantea. El problema completo se contiene en el último y es el que solucionamos nosotros en el comunismo anárquico.

Lenin, dictador de Rusia y técnico del marxismo, era, sin duda, un gran talento político. No era un idealista ni un romántico, sino un hombre de acción. Un solo dato basta para demostrarlo. No asentó la palanca removedora del podrido régimen zarista ni en la libertad ni en el Derecho. Su gran acierto es que la asentó sobre el proletariado, al que prometió justicia. Fue en esa ancha y firme base, sobre músculos de obreros, campesinos y soldados, que irguió su revolución. Miró al fondo del problema, no a su superficie; unió a los hombres abajo, no arriba: en la incultura, no en la cultura. Y a todos los profesores y estudiantes, sabios o literatos, o los mandó a curarse al extranjero, como a Gorky, o los amontonó en las cárceles de su flamante Estado socialista.

(¡Un momento! La comprobación de un hecho no implica aceptarlo en sí ni en sus consecuencias. Destaco éste de Lenin al solo fin de probar que el que quiere fundar regímenes o destruirlos, deshacer viejas cosas o hacerlas nuevas, tendrá siempre que apoyarse en gentes vírgenes de manoseos culturales. Ahí está la fuerza eficaz y también, ¡ay!, el eterno mesianismo. El sabía esto y lo aprovechó como dictador. Captó la onda emocional que soliviantaba al pueblo y, en vez de impulsarla al frente, al porvenir sin amos, la desvió de la derecha a la izquierda. Le pintó de rojo el ídolo negro. En lugar de «Derechos» le preceptuó «Dialéctica». Y así tuvimos después una revolución de palabras; una revolución de palabras que traducidas a espíritu y a posición humana, dice lo mismo que la Francesa: culto, cultura, servicio. El hombre arrodillado).

Y movamos, ahora, el tema, como se mueve un peñasco para ver qué hay bajo de él. Jamás el culturalista comprendió al genio. Siempre fue opositor o su carcelero. Y en los mejores casos, fue su parásito.

Hay una hermosa novela de Petruccelli della Catina, titulada *Las memorias de Judas*. novela, he dicho, y no historia, lo cual no obsta que revele una actitud que, por ser de todos los tiempos, es también histórica.

Según ella, Judas no fue el traidor de Jesús, sino su protector, su Mecenas. Era un político de grandes ambiciones, un patriota judío al cien por cien. Aspiraba, como toda su raza sometida al dominio romano, a la liberación de Judea. Pero, demasiado culto, con esa mutilación de la audacia característica en quien ha sido manipulado por la cultura, no podía ser un caudillo, un conductor de masas. Mas era rico, y su instinto judaizante le hizo creer que podía comprarse también eso.

Era época, en esa tierra, de santones, predestinados, mesías. La paseó al ancho y al largo buscando entre éstos aquel que le conviniera. Y halló a Jesús. Fina sensibilidad, parabólica y mesiánica. Con sus dineros, que volcó sin tasa en las bolsas de Jesús y sus secuaces, se dieron éstos a recorrer su patria y sublevar las gentes. Pero no se nombra a dios en vano, como se dice. El instrumento sectario y físico, con el que Judas pensaba golpear a Roma,

empezó a trocarse en alma, a hacerse espíritu y a imbuirse de la misión redentora de un verdadero Cristo. Se le escapó de las manos para tomar en las propias la dirección de su vida. Y con ella irguió a su pueblo, ya no políticamente, contra el César, sino contra todos los que manchaban el templo, lapidaban el amor, escarnecían la justicia. Contra los sacerdotes, los poderosos, los fariseos... Terminó, como sabéis, escarnecido y crucificado por romanos y judíos, por los hombres de la ley y de la cruz, por los sabios de la sinagoga y los sabios del código. ¡Por la cultura, en una palabra!... Y sin embargo, señores, de Judas y de los crucificadores, ¿qué ha llegado hasta nosotros?... Fanatismo y oprobio, y nada más. Mientras que de aquel carpintero, parabolista y rebelde, sigue fluyendo un oleaje de ternura que todavía hermosea, con la persistencia cósmica de una flor de la vida, la tierra dura, ensangrentada y triste...

Lunacharsky, ex comisario de la educación en Rusia, quizás remordido por las infames persecuciones de que allí son víctimas los anarquistas, estrenó en Alemania, hace ya tiempo, una comedia que quiere ser una justificación. *El Caballero de la Triste Figura* se titula. El Quijote, como comprenderéis. Este Quijote simboliza el sentido de la revolución por la libertad, la revolución eterna e insobornable, latente en Rusia y en todas partes. Es un iluso, según el autor, un pobre loco que pide la luna. Su lema es: ningún tirano; ni de arriba, ni de abajo. —¡Qué chiflado!— Pero, mientras sus gritos, conspiraciones y arremetidas, mueven, minan, debilitan el poder presente, es también eficaz. Y se lo reconocen. Los políticos de la oposición lo aclaman, lo adulan, lo ayudan. Hasta que el viejo régimen se viene al suelo. ¡Un poema!... La tragedia viene luego, cuando asumen el mando sus aliados de la víspera y con torniquetes aún más duros, porque son más nuevos, trincan y despedazan a enemigos y amigos. Para salvar la revolución, según dicen. Pero el Quijote ve que eso no es cierto, o que es, no más, el retoñar, tras la poda, de la eterna tiranía contra la que él ha empeñado su destino. Y grita, otra vez, conspira, y marcha, codo con codo, con todos los perseguidos, al asalto y destrucción de aquel flamante Estado...

Para Lunacharsky y los comunistas, éste es un contrarrevolucionario, un iluso o un tonto. Para nosotros, éste es el hombre culto, el solo culto, porque vive en la viva angustia de ser libre, y ha afirmado su causa abajo, en el pueblo, contra todo gobierno, rojo o negro...

Pero el nuevo Poder, ¿qué hace entretanto?... Primero lo aconseja, después lo encarcela y, al fin, termina poniéndolo en la frontera con un beso en la frente... Esta es la obra del excomisario ruso, en la que, como veis, no se cuida de ocultar que los bolcheviques, además de traidores, son también cínicos. Porque ese beso que allá no le dan al anarquista sino con plomo en la calle o con el labio yerto de los hielos de Siberia, aunque se lo diesen ellos con el alma, sería siempre el beso de Judas.

Andreiew, el genio eslavo, para mí la cima literaria que han batido más vientos de dudas y certidumbres, tiene asimismo un relato titulado *Judas*. He aquí igualmente una rápida síntesis.

Judas, tuerto, deforme, pelirrojo, horrible, quiere salvar su alma, presa de

mil angustias, y se suma a Jesús y sus discípulos. Es inteligente, sagaz y fuerte; sabe la ley y conoce el sendero. Pero sus bajas pasiones, de que sus deformidades físicas son el reflejo, le impiden ser recto, virtuoso, bueno. E idealiza en Jesús al ser perfecto, puro y severo, señor de todas las tentaciones. Y va hacia El. Y he aquí que, apenas se le aproxima, todo cuanto poseía —ciencia, experiencia, potencia— ya no le sirve. Su ídolo rebasa todas sus medidas. No puede asirlo, concretarlo, comprenderlo. Porque Jesús es la vida, es el espíritu, es la llama que tanto rastrea como sube, quema como ilumina. Es un hombre contradictorio y genial, y Judas quería un dios hecho a su imagen y semejanza. Estático... Para que le castigue, le roba... Y Jesús lo hace administrador de su andariega colonia... Para que le desprecie, le miente... Y Jesús extrae verdad de sus mentiras... Para que lo expulse, lo calumnia... Y Jesús le sonríe, lo ata a sus pies con una sonrisa... Y cuando los mendigos que les siguen piden y no hay qué darles, una mujer del pueblo, de discutida moral, vuelca sobre los cabellos del Salvador un pomo de esencias riquísimas; una fortuna. Y Jesús lo permite y la bendice... ¡No comprende, no comprende! Y lo vende y lo entrega a la muerte, no por odio —la prueba es que luego se ahorca—, sino por incomprensión de pequeño a grande, de sectario a genio, de cultura letrada y muerta a cultura viva y dinámica.

Y en fin, para terminar con los ejemplos que revelan y destacan las dos culturas que se enfrentan y se chocan en la vida, voy a citar todavía —y ya no más—, otro libro de más reciente data: *El Hijo del Hombre*, de Ludwig. Es un enfoque maestro, plástico y subjetivo, de la Judea contemporánea de Cristo. En él se mueve y actúa el carpintero judío, no ya como un hombre culto, exégeta de la ley y de la historia, sino como lógicamente, de existir, debió haber sido: como un obrero poseído por un ideal de justicia; como un obrero de estos que los estudiantes y los doctores toman para sus... bromas. Un iletrado, en suma, como cualquier machacador de fierros o limpiador de cloacas.

Y en esto del iletrado hay también un problema, cuya solución no puede darla, porque ni se la imagina, ningún adocenado catedrático. Hay iletrados por capacidad, y no por incapacidad; por plenitud y no por vacío. Son virtualmente completos. El que no sea ciego puede verlos. Se distinguen del mortal común como una fuente que mana agua de la tierra, de un aljibe que la recibe del cielo. No piden. Dan. Rechazan todo lo externo porque sienten en sí la originalidad poderosa de un cuño propio, cuyo fuerte y limpio aflore marca en la vida una superior o, al menos, una distinta cultura. Su trabajo entre los hombres no es absorber o discernir conocimientos, sino el trabajo que hace el terrón cuando, sin que lo roturen o lo siembren, alumbra una flor o pare un peñasco. ¿Qué haríais con ellos que valga más que lo que ya tienen, traen, destacan?... ¿Combatirlos, rasarlos, mandarlos a la escuela?... ¡Vamos!

Cultura, cultura... Demos también por buena la que exaltáis desde todas las cátedras, oficiales u oficiosas, y decidnos y probadnos que ella alcanza al mayor número, que penetra en las masas. ¿Movéis con ella a los pueblos hacia una rebelión, no de tapas y de letras, sino de fondo humano, hacia la

justicia? ¡Nunca! No podéis enseñar más que aquello que le conviene al Estado, aun allí donde decís ir a su disolución, como en Rusia. Esperar a hacerse cultos es perder la esperanza.

Cultura, cultura... ¿Cuál?... ¿Aquella europeizante imbuida de Enciclopedia, que Rivadavia y Alberdi, Sarmiento y Mitre injertaron en la cepa criolla, o la que hoy, por prurito fanfarrón y novelero, garabatean los hijos de los patrones de estancia?... ¿Cuál?... ¿La científica, al servicio de la industria, o la industrial, al servicio del Estado?... ¿Cuál?... ¿La que Marx ubica en la «superestructura» de toda la vida social, o la que Spengler rastrea en las razas blancas, y sólo en éstas?... ¿Cuál?...

La Mistral, de cuya obra soy devoto, por la descarnada raíz de dolor indígena con que la trenza y la tiñe, ha dicho que América está esperando su Dostoiewsky. Ella ve sólo el ángulo literario de este asunto. Lo que el hombre de la tierra espera —indio, gaucho o gringo— no es quien escudriñe su alma, sino quien, con puños de hierro y orientación libertaria, lo alce de su esclavitud y lo lance a la pelea. No un literato, sino un revolucionario.

La fuerza está abajo, arriba está la política. La cultura es de señores; la filosofía es del pueblo. Sepamos esto bien y de una vez para siempre, compañeros. Miremos un poco más al obrero, y un poco menos al catedrático; éste sabe, pero aquél vive. Hay una nueva plástica, una nueva ética, una cultura nueva, sabrosa y virgen, en la tarea del hombre tosco, sucio e inédito que cava un pozo, labra un umbral, saca de un tronco una cuna. El no lo sabe tampoco, pero debemos saberlo nosotros. Y no lo sabe, no porque sea menos, o sea inculto, sino porque está lleno, hasta no tener lugar para otra cosa, de fecundidad, de empuje, de testarudez trabajadora.

Se habla de la cultura como del único medio para salir del pantano en que nos han metido cuerpo y alma los burgueses. Aprender a leer, aprender a discernir y, sobre todo, aprender a escuchar, con pasividad bovina, a los doctores. Y yo digo, y no se asombren los que oyen, que antes de haber en el mundo tantas y tan copiosas extensiones culturales, maduraban en la tierra hombres de más profunda cultura que los que hoy nos atiborran y empachan. No conocerían Derecho, no sabrían Historia, no serían literatos ni profesores, pero han llegado a nosotros rezumando originalidad, genio y audacia. Esta maravilla se explica fácil: fueron seres rebeldes, por conciencia, y no por inconsciencia, a las limitaciones que, fatalmente, cierra sobre toda vida el libro, la ley, el Idolo. Fueron ellos, y dijeron lo suyo, y no lo que el Estado o la tribu, el rey o el código quiso.

Y ya termino. Saber es bien, pero no es todo, sino algo menos de la mitad de lo que se cree. Por el conocimiento solo, en sus aspectos más varios, vastos y agudos, se puede llegar a sabio y no mover una brizna de la opresión que a todos nos aplasta. La sabiduría no es moral ni inmoral, conservadora o revolucionaria. Es el hombre, con su actitud, devenida de su sensibilidad o insensibilidad frente al dolor humano, el que la ennoblece o la degrada. En este punto, pues, no vale más el sabio que el ignorante. Si no reaccionan revolucionariamente, son lo mismo de inservibles y degradados. Con esto en contra del que más sabe: su posición cobarde, su tolerancia podrida es la que

perpetúa el mal, la esclavitud y los prejuicios enseñoreados del mundo. Es peor que bestia, porque ha perdido el sentido solidario que nunca muere del todo ni en los más feroces animales.

He dicho por ahí: Todo puede ser conocido y superado, hacérsenos familiar y cotidiano. Ciencias, industrias, artes. Nacen, maduran, caen. Se retoman y vuelven a empezar. No hay novedad, para nadie, a no ser para los advenedizos de la cultura que suponen que con ellos empezó el mundo.

El hombre culto, seriamente culto, está informado. ¡No hay novedad! La parábola del pensamiento humano fue descripta muchas veces en muchos siglos anteriores, La India, Egipto, Grecia, Roma. Empezó en la cárcel y llevó a la cárcel. Describió curvas y rectas, profundidades y perspectivas; todas las cosas, ritmos, matices, delicadezas y torturas caras o necesarias a los poderosos, se realizaron artística y sabiamente. Pero el pueblo siguió esclavo y el rebelde fue encarcelado siempre. ¡No hay novedad!

Y hay novedad, sin embargo. Hay siempre una cosa nueva, eternamente nueva, para el hombre. No se acostumbra a ella; y la reniega y la protesta y la muerde, y tiene razón. Es injusta, absurda, estéril. Esa cosa es el dolor. Siempre le duele, como si fuera él el primero que lo sufre. Y nosotros decimos que el que siente y reacciona contra el dolor, propio o ajeno, más virilmente, más como ante una injusticia, más como frente a una ofensa, ¡ése, sepa leer o no sepa, es el más culto!

¿Qué es la cultura, entonces?... Un permanente sentido de dignidad, una posición alerta contra los ídolos y una actitud solidaria con todos los humillados y perseguidos. ¡Eso es cultura! Después de eso, lo único que hay son grados de conocimiento; más o menos fuerza de alas para volar cerca o lejos; más o menos sagacidad intelectual para profundizar problemas, y, en fin, más o menos dialéctica para exponerlos. Pero todo esto es poco, no vale ni responde a la importancia que se da, a la gloria que pretende, a la irresponsabilidad en que se desenvuelve.

Einstein, genio, creador de teorías cósmicas, es admirable. Pero Einstein, antimilitarista, diciéndole a los pueblos que la guerra es un crimen de los gobiernos, es mucho más, porque sufre y protesta con nosotros. Tolstoy, novelista enorme, crece cuando se aminora para la literatura, porque se yergue contra el Estado y la Iglesia. Y Cristo mismo, profundo y fino poeta, es uno más, uno de tantos, comparado con el Cristo azotador de mercaderes.

¿Qué queréis saber, muchachas y muchachos, obreros pensativos y profesores locuaces?... ¿Qué buscáis por los caminos de la llamada cultura?... ¡Váis a la cárcel! Volveos sobre vosotros; no seáis turistas sobre la tierra, sino buzos de vuestras propias venas. En la sangre que os circula, en vuestras santas reacciones contra toda tiranía, hallaréis la verdadera cultura, que es siempre la semilla de una justicia.

La hallaréis quizás deforme, dura y áspera. Son siglos que nadie la toca, la acaricia, la alumbra. Le han echado esclavitud, fealdad y miedo encima. No le echéis también vosotros, ahora, palabras. A la luz con ella, como con una piedra o un hierro, contra todos los carceleros de la vida. Hasta para hacerse planta, decía Ghandi, tiene que romperse la semilla. ¡Rompeos, si queréis ser cultos!

ACUERDO DEL QUINTO CONGRESO DE LA F.O.R.A

(agosto de 1905)*

«El Quinto Congreso de la FORA, consecuente con los principios filosóficos que han dado razón a las organizaciones de las federaciones obreras, declara: Que aprueba y recomienda a todos sus adherentes la propaganda e ilustración más amplia en el sentido de inculcar a los obreros los principios económico-filosóficos del COMUNISMO ANARQUICO.

«Esta educación, impidiendo que se detengan en la conquista de transitorias mejoras materiales, les llevará a su completa emancipación y por consiguiente a la evolución social que persigue».

* Este texto fue adoptado literalmente por el Tercer Congreso Obrero uruguayo, organizado por la Federación Obrera Regional Uruguaya (FORU) (C.M.R.).

LUCHA DE CLASES Y LUCHA SOCIAL*

Teodoro Antilli

PARÉCENOS que debemos explicar en toda su amplitud nuestra idea de «lucha social», contrapuesta a la idea de «lucha de clases». Entendemos que va entre ellas la diferencia que hay de lo amplio a lo restringido, de lo eterno a lo pasajero. Es un índice para comprender acciones de magnitud diferente. De hecho, quien se cierra en la lucha de clases está poco habilitado para comprender una lucha social amplia. El hombre se encuentra hoy entre dos clases eminentes, que luchan una por imponer, la otra por no dejarse imponer. La primera posee el mundo, la segunda no posee nada. De la primera son los derechos, y de la segunda los deberes. A cualquiera de ellas que pertenezcamos estamos obligados a sostener sus derechos o a realizar nuestros deberes. Pero, como se ha dicho, ya la lucha se ha definido. De abajo se ha dicho: «no más deberes sin derechos» y esto habrá de originar la caída del hermoso mundo de arriba, fundado sobre este principio: «derechos sin deberes»... No hay que olvidar que, cuando se quiere gratificar a los de abajo con la caridad sostiénese lo mismo: que esto es una merced sin obligación, la espontaneidad de una bella alma, pero continúa todo el derecho sin deberes. En efecto: quien me compra mi campo adquiere derechos de propietario, pero no le queda deber ninguno para ninguno de los otros que no tienen nada. La religión hácele entonces a él una bella alma, y así aquél alcánzale un cobre de dos centavos a un mendigo que se atrevió a golpear su puerta, y que éste debe besar, agradeciendo la limosna sin obligación del rico... Sostiénese un derecho sin deber, o solamente con un mínimo deber moral para el hombre religioso —lo cual no significa ningún derecho para el mendigo.

Bien, pues. Llegados a este punto hay que definir si se trata solamente de una lucha de clases, o si será preferible embarcarse en una lucha social de una naturaleza humana y superior. Si entiendo que es sólo lucha de clases, con mi victoria será bastante. Yo lucho contra los poseedores y los capitalis-

*De Teodoro Antillí, *¡Salud a la Anarquía!* Buenos Aires: Ed. La Antorcha, 1924 (Selección de R. González Pacheco) (A.J.C.).

tas. Si me reúno a otros obreros como yo, y formo por ejemplo una cooperativa, para nosotros la lucha de clases habrá desaparecido: seremos vencedores, como en realidad lo afirman los cooperativistas y los socialistas. El estado social, sin embargo, no ha cambiado, y para nosotros cesa la lucha de clases *sólo porque nos hemos hecho capitalistas, socios internos de un negocio* que realiza su explotación afuera, haciéndonos a todos en igual grado explotadores, en vez de estar divididos: unos en explotadores, y otros en explotados... Si, corriendo toda la romana, en el orden social entero, entiendo también «lucha de clases», entonces bastará con la dictadura de mi clase sobre la otra, con lo cual habré vencido igualmente.

«Lucha social», como la entendemos nosotros, no es solamente que se dirija a la revolución y a extinguir la existencia burguesa: es también porque en lo social entendemos lo «sociable», la eliminación de toda imposición, especialmente política, de un hombre sobre otro hombre; vemos a la humanidad luchando desde infinitos siglos por darse una verdadera sociedad libre; entramos en este torrente, y así, con tal amplitud, entendémoslo todo, y principalmente la Revolución. Lucha social es, pues, cosa humana y amplia; no sólo se dirige a cambiar la sociedad, sino a que ésta sea sociable con los hombres, elimine toda causa de opresión o tiranía, sea una verdadera libre sociedad...

Toda esta amplitud encuéntrase en el término «lucha social», cuando es dicho por nosotros. Y queremos que se tenga en cuenta para no confundir con una lucha de clases llevada a la Revolución. Llevamos a la Revolución una lucha social también... La lucha de clase llevada a la Revolución, tiene por fin la «dictadura proletaria». La lucha social llevada a la Revolución, tiene por fin la libertad de la Humanidad, ennoblecida en todos sus miembros.

PRESENCIA Y FINES DEL MOVIMIENTO LIBERTARIO*

Jacobo Prince

Estudiosos de variadas tendencias y de diversa formación intelectual han coincidido en señalar que la lucha por la libertad, basada en principios que en su formulación doctrinaria llegaron a expresarse en lo que se llamó el «anarquismo filosófico», es una lucha de orígenes tan remotos como es la propia instauración del poder político, o sea el establecimiento de una autoridad estatizada en las sociedades humanas. Sin la pretensión de generalizar demasiado o de referirnos a una supuesta inexorable ley de evolución histórica, podemos admitir como altamente probable la posibilidad de que la historia humana se haya desarrollado a través de la pugna entre dos principios antagónicos, el de la *autoridad*, consagrado durante largos siglos con los atributos de la gracia divina, y el de la *libertad*, que frente al absolutismo opresor de su oponente, tuvo frecuentemente que adoptar las formas activas o pasivas de la rebelión. El origen religioso o teológico de la autoridad, del *estatismo*, tan magistralmente expuesto por Miguel Bakunin en su «Dios y el Estado», ha determinado que muchas veces, los rebeldes, los libertarios, negadores del poder arbitrario, hayan sido calificados de *herejes*. No siempre los rebeldes, los heréticos, los negadores del poder constituido o de los dogmas consagrados, lucharon en verdad por la eliminación efectiva del principio de autoridad y del dogmatismo en la convivencia humana. La experiencia histórica y la que hemos podido recoger directamente en un período tan denso de acontecimientos, de revoluciones violentas y de cambios políticos, como el que viene transcurriendo a partir de la primera guerra mundial, nos obliga a encarar con beneficio de inventario y espíritu crítico la actitud de ciertos movimientos de rebeldía o insurgencia, que si bien impugnan con razón al injusto orden establecido, no persiguen en realidad la superación del mismo, echando las bases de otro sistema social más armónico, justiciero y libertario, sino simplemente la sustitución de un grupo dirigente por otro,

* Este artículo fue publicado en *Reconstruir* (Nº 60, mayo-junio de 1969) (A.J.C.).

que generalmente pretende emerger con mayores apetencias de poder y una más *eficiente* técnica de opresión.

Este enfoque crítico de la insurgencia político-social no significa en modo alguno condenar el espíritu de rebeldía ni la acción revolucionaria como tal. Hoy, en medio de sociedades ultra tecnificadas, donde el poder real, fundamento de privilegios antisociales, se asienta y se manifiesta a través de una elaborada masificación de los pueblos, lo mismo que hace siglos o milenios, cuando la tiranía de los poderosos era más simple y directa —aun cuando entonces, igual que ahora, esa tiranía no se apoyaba en la fuerza de las armas, sino también en el imperio espiritual de ciertos dogmas y supersticiones— el primer paso, la condición indispensable hacia la transformación de la sociedad en un sentido positivo, consiste en la negación o la impugnación del orden existente. Donde no hay inquietud, descontento, afán de búsqueda y superación de lo existente, no puede haber cambio ni progreso alguno. Esta conclusión es igualmente válida en el orden material, en cuanto se refiera al trabajo constructivo, la creación artística, la ciencia, la técnica, como a los esquemas de transformación social.

Pero, como hemos apuntado más arriba, esta condición primera, de negación e insurgencia, no es suficiente para crear de por sí un nuevo orden social, ni aun para mejorar efectivamente las condiciones de la vida de un vasto sector de la población, desposeído, postergado, oprimido. El carácter auténticamente progresista o revolucionario de una doctrina o de un movimiento se destaca en la medida en que ellos contengan, en dosis equivalentes, el espíritu de insurgencia y la capacidad creadora. En última instancia, es esto último lo que cuenta. No nos referimos precisamente a los creadores de sistemas estáticos, cerrados, que se divulgan y penetran en el espíritu gracias a una astuta habilidad demagógica y que finalmente se imponen por la fuerza. La creación revolucionaria, desde nuestro punto de vista libertario, es aquella que libera y abre cauces a fuerzas sociales positivas, la que hace surgir instituciones y organizaciones libres, que actúan al servicio del individuo, de todos los individuos que las integran y no a la inversa, cuando los individuos, en tanto que ciudadanos, trabajadores o afiliados están sometidos a la organización, al partido, a la patria, a la iglesia, o como quiera llamarse a la abstracción institucionalizada de tipo autoritario. Para ofrecer ejemplos sencillos, fácilmente ponderables, diremos que, a nuestro juicio, son expresiones revolucionarias, la creación y puesta en marcha de auténticas cooperativas de producción o de consumo, de sindicatos obreros regidos por las normas de autodeterminación, de federalismo y acción, de centros de cultura libres de dogmatismos, donde los individuos, en tanto que productores, consumidores o estudiosos, puedan manifestarse sin las deformaciones impuestas por férulas autoritarias. Desde este mismo punto de vista, no podemos considerar revolucionarias, ni siquiera «progresistas», a las organizaciones mastodónticas, sindicales, políticas, o lo que fueren, cuyos componentes, no obstante su magnitud numérica, solo son dóciles peones que obedecen pasivamente las órdenes que emanan de un pequeño grupo de burócratas —a menudo de uno solo— situados en la cúspide del organismo en cuestión.

El hecho de que tales órdenes se concreten a veces en actos subversivos, huelgas, motines, conatos insurrecionales, no altera la esencia retrógrada, es decir reaccionaria de tales organismos y movimientos, ya que su finalidad última no puede ser otra que la de establecer un nuevo régimen de dictadura, entre cuyas principales víctimas contarán la mayoría de los hombres que de buena fe contribuyeron a imponer dicho régimen, precisamente porque fueron obnubilados por el espejismo de las consignas falsamente revolucionarias.

El movimiento libertario, inspirado en la filosofía política del anarquismo, ha puesto en todos los tiempos especial énfasis en las finalidades concretas, acordes con tal ideología así como en los métodos de lucha que lógicamente debían armonizar con dichas finalidades. Desde luego, los imperativos de la acción no siempre han permitido concretar una armonía formalmente estricta con esa esencia ideológica. Así, el empleo de la violencia revolucionaria, individual o colectivamente, impuesta por las necesidades de la lucha contra la explotación y la tiranía de los grupos privilegiados, aparece como contradictorio de los principios de libertad, acuerdo mutuo y no violencia, que emanan de la concepción anarquista de las relaciones humanas. Pero se trata, hay que repetirlo, solamente de un *imperativo de la acción*, de la lucha indispensable en determinadas circustancias. Para los libertarios coherentes con la propia doctrina, la violencia nunca puede ser un fin en sí misma, ni tampoco, por las razones ya expuestas, un signo indiscutible de movimiento socialmente libertario. La misma argumentación es válida para otras formas de actuación, formalmente extrañas a la *ortodoxia* de la ideología anarquista. Tal, por ejemplo, el reconocimiento de ciertas reformas o mejoras sociales, consagradas por la legislación en la mayoría de los Estados modernos. Desde el punto de vista del anarquismo o del anarcosindicalismo, tales reformas no son otra cosa que concesiones impuestas a los poderes constituidos y a las clases dominantes, a través de muchas décadas de lucha obrera, con el consiguiente sacrificio de varias generaciones de militantes. Aunque de hecho muchos gobernantes y todos los políticos demagogos tratan de capitalizar esas reformas a favor de sus ansias de poder, la verdad histórica es que las mismas representan conquistas, logradas en un principio por los trabajadores en el ejercicio de la acción directa. Consecuentemente, la defensa de tales conquistas es para los libertarios una necesidad y un deber, tan legítimo como pudiera serlo cualquier otro objetivo más espectacularmente revolucionario. Lo cual, huelga decirlo, no significa adoptar una actitud legalista ni incurrir en la tan temida *integración* en el orden establecido. La diferencia fundamental que distingue a un *reformista*, que actúa por razones meramente oportunistas, de un revolucionario anarquista, que reclama o procura conquistar mejoras inmediatas, es que para el primero, las mejoras, por insignificantes que fueren consituyen el único fin, independientemente del cúmulo de injusticias que siguen subsistiendo en tanto para el segundo son simples etapas transitorias que sólo valen en la medida en que son logradas por la acción consciente de la masa popular y en la medida en que no cierran el camino, a través de un chato conformismo, a nuevas y más significativas conquistas de la sociabilidad humana. Algo semejante

ocurre en la diferenciación entre los partidarios de la violencia o la impugnación como supremos fines de la lucha y la violencia y la crítica que los revolucionarios de mentalidad constructiva se ven obligados a utilizar a fin de hacer posible la *creación* de nuevas y más perfectas formas de convivencia humana. Cabe agregar a este respecto, que cierto sacro horror que suelen manifestar algunos novísimos ultrarrevolucionarios dentro de todo lo que signifique ideación o previsión en líneas generales de nuevas formas de vida social, bajo el pretexto de huir de la planificación burocrática, no es otra cosa que expresión de cierto mesianismo revolucionario, muy de moda a fines del siglo pasado, y evidentemente obsoleto después de las revoluciones que hemos vivido en este siglo, que ya preanuncia el vigésimo primero.

Lo que importa destacar es que la validez y la vitalidad de las ideas libertarias residen esencialmente tanto en la justeza de su posición crítica frente a los poderes opresores, como en el espíritu constructivo inspirado en el afán de superar lo existente, que ha animado históricamente a los teóricos y a los militantes identificados con esas ideas. Investigadores que han buceado en textos y documentos de remota antigüedad, para desentrañar el origen de las ideologías que gravitaron en la evolución de las sociedades humanas, hallaron la exposición de claros conceptos libertarios en la filosofía de los estoicos griegos de la escuela de Zenón, conceptos glosados varios siglos después por el poeta latino Ovidio, como lo hace constar en un estudio relativamente reciente (1964) el profesor Bert F. Hoselitz, de la Universidad de Chicago, en un prólogo escrito para un interesante compendio de las obras de Bakunin. El mismo autor, que subraya la enorme influencia que ejercieron las ideas y la actuación del gran revolucionario anarquista en el nacimiento y desarrollo del sindicalismo anarquista, especialmente en España, hace también referencia a los valiosos aportes de Max Nettlau, «el infatigable historiador del anarquismo», en cuanto al conocimiento de los medulares y variados antecedentes ideológicos del anarquismo moderno, contenidos en obras de escritores de los siglos XVI y XVII, anteriores por lo tanto a la Revolución Francesa, tales como Etienne de la Boëtie, Gabriel Foigny, Diderot, Sylvan Marechal y otros. En todas esas obras y documentos, especialmente en las *que adoptaron las formas de una Utopía, o sea de una sociedad imaginaria* que se supone ha existido o debió existir en alguna parte, campeaba el espíritu creador, afirmativo, que al describir un tipo de sociedad ideal, justa y armónica y opuesta por consiguiente a los sistemas imperantes en la época, despertaba implícitamente el espíritu de rebeldía, planteaba la necesidad de producir un cambio fundamental en la sociedad. Desde luego, el denominador común de los trabajos de esos precursores estaba en la concepción libertaria de una convivencia exenta de privilegios y de poderes coercitivos y sostenida por tanto en la cooperación voluntaria, el apoyo mutuo y el derecho de experimentar distintas formas de organización societaria. Es decir, en principios y métodos radicalmente opuestos a las normas de sumisión absoluta y del concepto sacralizado de los poderes constituidos, que han regido desde tiempos inmemoriales en nuestra sociedad, principio que desgraciada y paradójicamente sigue rigiendo aún hoy en gran parte del planeta, precisa-

mente allí donde las religiones reveladas han sido desplazadas en nombre de un materialismo que no excluye sin embargo la *adoración* de dogmas y personajes ungidos con todos los atributos de las más anticuada providencia.

A partir de la segunda mitad del siglo pasado, el socialismo anarquista o libertario, con teóricos y combatientes como Proudhon, Bakunin, Kropotkin y sus continuadores dejó de ser un aspecto social de filosofía más o menos utópica, para convertirse en un movimiento de lucha, del que participaron generaciones sucesivas de trabajadores y de pensadores, acuciados por el afán de convertir en realidad la instauración de una sociedad libre, fraternal y justiciera que habían prometido —y desvirtuado— los ideólogos, realizadores y aprovechadores de la Revolución Francesa.

La labor crítica y militante del sector libertario dentro del gran movimiento obrero y socialista internacional que se desarrolló desde entonces —la quinta década del siglo XIX hasta hoy— hubo de cumplirse, como suele decirse, sobre dos frentes. Por un lado debió encarar la lucha, en el terreno teórico y práctico, contra los métodos de explotación despiadada utilizados por un capitalismo ávido y expansivo, que no admitía límites legales o sindicales en el manejo de sus empresas económicas. Como se sabe, ese particular *absolutismo económico*, fue mellado y abatido en gran parte, gracias a una larga y sacrificada lucha, promovida por el movimiento obrero, animado unas veces por ideologías de profundo cambio social, otras por la simple aunque justa aspiración de lograr mejoras inmediatas, poniendo freno a la avidez de lucro capitalista. Para los libertarios militantes en el movimiento obrero, este último debía ser orientado hacia fines más trascendentes que los de la simple obtención de mejoras inmediatas: hacia la supresión de las instituciones y las normas que hacen posible la explotación de unos hombres por sus semejantes, y la consiguiente creación de nuevas formas de relación, de producción y distribución de la riqueza social. Es indudable que este idealismo revolucionario, aplicado al campo de las luchas obreras, ha sido una de las más eficaces *ideas-fuerza*, puestas al servicio de la dignificación de las clases explotadas, y sin la cual gran parte de las conquistas de que hoy disfrutan los trabajadores en muchos países, probablemente no se habrían logrado. Pero no es menos cierto que en esas gestas reivindicatorias, lo mismo que en la impugnación de los fundamentos doctrinarios del capitalismo, los libertarios tuvieron que coincidir hasta cierto punto con otros sectores del movimiento obrero, del socialismo, incluso con ingentes masas de trabajadores carentes de cualquier ideología y simplemente deseosas de mejorar su condición material. Este hecho, el simple y escueto afán mejorativista, negación rotunda de la supuesta «misión histórica» atribuida por los marxistas a la clase proletaria —y más precisamente al proletariado industrial— ha sido abundantemente explotado por los demagogos modernos de todos los matices, hasta el punto de convertir muchas veces al sindicalismo obrero —paternalismo estatal mediante— en una verdadera contrafigura de ese abnegado movimiento revolucionario que pretendieron forjar sus precursores y sus mártires, como herramienta de una verdadera y positiva transformación social.

Los portavoces consecuentes del socialismo libertario, que jamás incurrieron en el juego demagógico, que sólo puede engendrar dictadores y masas de esclavos voluntarios, se han singularizado y se distinguen de otros reformadores o revolucionarios sociales, por su repudio fundamental del autoritarismo y del estatismo en todas sus formas.

Es ahí, en ese aspecto específico de la lucha social contra el estatismo y contra el Estado mismo, como supuesto órgano representativo de la sociedad, cuando en realidad sólo ha representado y representa los intereses de determinados grupos dominantes, donde aparece ese segundo frente, donde se polarizan, por un lado, los libertarios más algunos grupos ocasionalmente antiestatistas, y por el otro, la gran mayoría de los autoritarios, estatistas y estatólatras, entre los cuales cabe incluir a la casi totalidad de los adeptos del marxismo, pues si bien el maestro de esa escuela del socialismo postula la supresión —la «evanescencia»— del Estado, una vez que mediante *la revolución proletaria se hayan eliminado las diferentes clases*, en la práctica los jefes de los partidos marxistas, y singularmente los más extremistas, hicieron de la conquista del Estado, de un Estado monolítico, sin fisuras, totalitario, el objetivo supremo de su acción política.

Hoy, cuando estamos rozando, por así decirlo, la séptima década del siglo XX y cuando según ciertas interpretaciones vivimos ya en el vigésimo primero, sobran los ejemplos y las experiencias que justifican la decidida oposición de los libertarios contra el estatismo. Pero conviene recordar que esta posición fue sostenida desde hace más de una centuria, cuando la democracia parlamentaria y el sufragio universal aparecían como una rosada esperanza de liberación para muchos hombres de buena voluntad y cuando más tarde, la impresionante y sonora fórmula de «dictadura del proletariado» era interpretada por gran parte de trabajadores y revolucionarios como equivalente a la lucha revolucionaria, tras cuyo triunfo y la consiguiente eliminación de los privilegios de clase, el Estado, la dictadura, la violencia organizada desde el poder, ya no tendrían objeto y deberán desaparecer, *extinguirse*, para dejar lugar a una sociedad libre, socialista.

No hace falta ya enumerar el cúmulo de horrores, crímenes y menoscabos de la dignidad individual que la humanidad ha vivido en las últimas décadas, por obra y gracia de la aplicación práctica de tales sofismas y de las revoluciones frustradas que fueron orientadas por ellas. Las grandes masas, incluso los hombres más esclarecidos e idealistas pagaron muy cara su ingenua adhesión a una fórmula mágica, que prometía eximirlos del gran esfuerzo y el mutuo acuerdo necesarios para organizar desde abajo una sociedad verdaderamente libre, fraternal, socialista.

Las aberraciones del estatismo, y del autoritarismo en general, llegaron al parecer a sus puntos culminantes y se observan significativos indicios de su declinación, expresados en los brotes de rebeldía que surgen en todas partes desde los sectores más insospechados. Desde la acción de los estudiantes inconformistas, los clérigos rebeldes, algunos hombres políticos que insurgen contra el propio dogmatismo en que fueron educados, hasta los importantes núcleos de trabajadores que en países del viejo mundo vuelven por los fueros

de la acción directa, incluso bajo la fórmula de regímenes totalitarios, se suceden expresiones inequívocas de la necesidad y la presencia de un movimiento libertario que aún difuso y escasamente articulado, constituye una esperanza y un estímulo para quienes anhelan liberar a la humanidad de la pesadilla de un totalitarismo deshumanizado extendido sobre nuestro pequeño planeta.

LIBERALISMO, DEMOCRACIA Y SOCIALISMO LIBERTARIO*

Jacobo Prince

COMO OCURRE con tantos otros conceptos que tienen relación directa con las formas de convivencia social, que han sido y siguen siendo utilizados como símbolos definitorios de determinados intereses y situaciones políticas, los que se designan con los términos de *democracia* y *liberalismo*, considerados a menudo —erróneamente— como sinónimos, fueron objeto de tantas distorsiones en su aplicación a la realidad, que de hecho quedaron despojados de toda significación precisa y concreta.

Durante siglo y medio, aproximadamente, o sea desde la Revolución Francesa de 1789, hasta después de la primera guerra mundial, estas fórmulas sirvieron como banderas de lucha contra el despotismo encarnado en las monarquías absolutas, contra el dogmatismo religioso y, en general, contra diversas formas institucionalizadas de opresión que afectaban los derechos individuales y el principio de autodeterminación de las colectividades humanas. La finalidad que en principio perseguían los adeptos y propulsores de tales fórmulas, y en aras de la cual los pueblos de las diversas naciones aportaron multitud de sacrificios, era la de suprimir los privilegios y los antagonismos artificiales que dividían a los hombres, creando así sociedades libres que consagraran el esfuerzo de sus miembros al trabajo constructivo, en pos del progreso material y moral de todos ellos. El hecho de que tal finalidad no haya sido lograda, sino en forma sumamente parcial, y aun así limitada a determinados momentos y determinados países, ha sido indudablemente una de las causas fundamentales de las grandes frustraciones populares que afloraron especialmente en el período comprendido entre las dos guerras mundiales y cuya impronta negativa estamos sufriendo hoy en todas partes. Así se explica que hayan surgido y prosperen movimientos que pretenden resolver los problemas políticos y sociales de nuestros días invocando consignas y esquemas abiertamente antidemocráticos y antiliberales o bien estableciendo

* Este ensayo apareció en *Reconstruir* (N° 67, julio-agosto de 1970) (A.J.C.).

sistemas que bajo una convencional formulación de libertad y democracia representan en realidad una variante moderna del antiguo absolutismo, con todos sus irritantes privilegios.

La gran cuestión que se plantea ahora es cómo salir del agobiante círculo vicioso de las frustraciones del demoliberalismo que empuja a los hombres, incluso a muchos que se consideran revolucionarios, a incurrir en nuevas y dolorosas frustraciones, que no otra cosa resultan las «soluciones» que implican el establecimiento de férreas dictaduras, la consagración de personajes providenciales, con la consiguiente supresión de las libertades individuales que, aunque limitadas y en cierto modo bastardeadas en virtud de la vigencia de privilegios económicos dentro del orden capitalista, no dejan de constituir uno de los saldos positivos logrados tras siglos de luchas contra el antiguo absolutismo.

Para esbozar una respuesta a tan arduo problema, no está de más volver un poco *a las fuentes*, es decir a los orígenes doctrinarios de lo que significaron democracia y liberalismo, desde su advenimiento en la época moderna, a fines del siglo XVIII, para detectar las posibles fallas que determinaron en su aplicación las frustraciones aludidas. A ese efecto hemos de utilizar el, a nuestro juicio, certero análisis que hace Rudolf Rocker —el autodidacto y gran escritor libertario un tanto olvidado— acerca del significado político-social de los conceptos de *liberalismo* y *democracia*, dentro de su valioso estudio sobre la etiología del totalitarismo moderno contenido en su obra «Nacionalismo y Cultura».

Señala Rocker, en primer término, que entre liberalismo y democracia existe una diferencia esencial en la interpretación de las relaciones. Para el liberalismo, que hace suya la máxima del filósofo griego, según la cual «el hombre es la medida de todas las cosas», la sociedad es una asociación al servicio de los individuos que la integran. Por consiguiente, el liberalismo «juzga el ambiente social según sea beneficioso para el desarrollo natural del individuo o que obstruya el camino de su libertad e independencia personal». Para la democracia, en cambio, el punto de partida es el concepto colectivo de *pueblo* o *comunidad*, a la cual deben servir los individuos a través de la expresión de lo que Rousseau, el teórico por excelencia del sistema, llamó la *voluntad general*. Según Rocker, esta idea, que inspiró la acción de los jacobinos en la revolución francesa, si bien contribuyó eficazmente a la caída del viejo absolutismo representado por la monarquía, dio nacimiento a «una nueva religión política, cuyas consecuencias para la libertad del hombre no habían de ser menos nocivas que la creencia en el origen divino de la realeza». Ello debió ocurrir así debido al fortalecimiento de la concepción abstracta del Estado, como depositario y expresión de la soberanía y la *voluntad general*. De hecho, la transferencia de la presunta soberanía del pueblo a los usufructuarios del poder estatal implicaba otorgarles una autoridad que en principio era absoluta y cuya atemperación o limitación hubo de depender prácticamente del grado de penetración de ideas liberales en la mentalidad popular y en la consiguiente capacidad de resistencia del pueblo —activa o latente— hacia las extralimitaciones del poder. Es así que la democracia

moderna, según lo expresa Rocker y lo habían señalado Proudhon y Bakunin, contenía desde su nacimiento, los gérmenes funestos del estatismo, cuyo desarrollo se aceleró tras la crisis suscitada por la primera guerra mundial.

Está claro, pues, tras las experiencias político-sociales vividas a lo largo del siglo pasado y lo que va del presente, que el pensamiento liberal, tal como fue expuesto por los filósofos anglosajones de fines del siglo XVIII —Bentham, Priestley, Thomas Paine, Jefferson y otros—, tuvo mucho menos influencia efectiva sobre el desarrollo de las instituciones normativas de la convivencia social durante el período aludido, que la que ejerció la concepción democrática formulada por Rousseau y puesta en práctica por los jacobinos y sus herederos políticos. Nos referimos al pensamiento que sostenía con Bentham que «La comunidad es una corporación de naturaleza moral que se compone de individuos considerados como si fuesen sus miembros. El interés del conjunto, por tanto, no puede significar otra cosa que el interés por los individuos que se han reunido en comunidad. En consecuencia, no es más que una frase vacía eso de las exigencias de la comunidad, si no se tienen presentes los intereses del individuo». Frase ésta, estampada en un libro que se publicó en el año 1789 y que tiene particular validez en nuestros días, cuando a través de diversos sofismas y sistemas políticos, se pretende lograr la *grandeza* o el progreso de la comunidad, sacrificando a un ente abstracto los intereses vitales de la mayoría de los individuos. Es el pensamiento liberal que desde otro ángulo formulara en la misma época Thomas Paine, escritor inglés y ciudadano del mundo, uno de los principales inspiradores de la *Declaración de Independencia*, quien impugnó entonces la perdurable confusión entre *sociedad* y *gobierno*, al resumir su opinión al respecto en esta síntesis tajante: «La sociedad es en toda forma una bendición, pero el gobierno, aun en su mejor estructura, no es más que un mal necesario; y en la peor forma, un mal intolerable». De ahí que a fines del siglo XVIII y en gran parte del XIX existieran estadistas y escritores políticos que postularon con Thomas Jefferson que «el mejor gobierno es el que gobierna menos» y que incluso asignaran a los «buenos gobiernos» la misión de proveer al pueblo un tipo de educación que le permita un día prescindir de la tutela del «mal necesario», representado por los gobiernos.

Estos conceptos, que tuvieron popularidad y una considerable difusión teórica, sólo fueron aplicados en muy escasa medida por los mismos políticos que solían invocarlos en sus programas electorales. En la práctica, tanto la democracia como el liberalismo fueron desnaturalizados a un grado tal que se convirtieron en sendas contrafiguras de su respectivo arquetipo doctrinario. Así, las democracias históricas, las democracias reales, lejos de preocuparse por representar la auténtica *soberanía del pueblo*, se convirtieron, en el mejor de los casos, en un conjunto de organismos aptos para la captación de la voluntad, al servicio de intereses particulares: capitalistas, oligárquicos, burocráticos. En los casos peores, aquellos en que los gobernantes sedicentes democráticos ascendieron al poder mediante golpes de fuerza, como ocurre en las llamadas *democracias populares* y en regímenes de tutela militar, la democracia no llega a representar siquiera una deleznable hoja de parra.

La flagrante desnaturalización de ambas corrientes político ideológicas no se debió precisamente a la particular malicia o perversidad de los líderes políticos que utilizaron algunos de sus esquemas para llegar al poder. Sabemos, desde luego, que el poder es en sí un factor de corrupción, que explica no pocas claudicaciones y singulares cambios de frente entre los adeptos de esa deidad multisecular. Pero la fuente principal de aquella falsificación o, si se quiere, de aquel escamoteo de valores políticos respetables, no es de índole puramente subjetiva, sino que reside en el fenómeno material y concreto de la *subsistencia de privilegios económicos y sociales* que dividen a los hombres y que vuelven ilusorio, carente de sentido, cualquier esquema de organización de la sociedad libre de coerciones deformantes, antisociales.

Así lo entendió Rocker, cuando en el estudio al que nos referimos, observa: «Si el liberalismo fracasó prácticamente en un sistema económico basado en el monopolismo y en la división de clases, no fue porque se había equivocado en la exactitud de su punto de partida, sino porque es imposible un desenvolvimiento natural y espontáneo de la personalidad humana en un sistema que tiene su raíz en la explotación desvergonzada por la gran masa de miembros de la sociedad. No se puede ser libre política ni personalmente en tanto se está económicamente a merced de un tercero y no puede uno substraerse a esa condición. Eso lo reconocieron hace mucho tiempo hombres como Godwin, Warren, Proudhon, Bakunin y muchos otros, por lo cual llegaron a la convicción de que la dominación del hombre por el hombre no desaparecerá mientras no se ponga fin a la explotación del hombre por el hombre».

Desde este punto de vista cuestionaron siempre los adeptos del socialismo libertario —los anarquistas— al liberalismo político tal como aparecía en los grupos o partidos que invocaron ese esquema como medio para alcanzar el poder y mantener el *statu quo* vigente en el orden económico. Así, impugnaron el liberalismo militante, en tanto que *liberalismo burgués* y a la democracia oficial, como *democracia burguesa*. Partiendo de la situación real y concreta de que una sociedad basada en privilegios de clase es incompatible con la existencia de una *comunidad de individuos asociados para fines de interés común en la práctica del apoyo mutuo,* denunciaron una y cien veces la manifiesta inconsecuencia del liberalismo oficial respecto a sus premisas teóricas. Tal, por ejemplo, el pretendido antiestatismo de los «liberales», que consideran inadmisible la intervención del Estado en las actividades económicas, pero sólo en la medida en que esa intervención pueda interferir en la *libertad de acción* de los empresarios capitalistas, frente a los verdaderos productores y a los consumidores, a quienes el Estado «liberal» obliga a acatar la legalidad establecida, que hace legítimo el sistema de explotación de unos y otros.

El socialismo libertario, cuya finalidad esencial consiste en la supresión de toda forma de coerción en la convivencia, a fin de lograr que la sociedad sea realmente una comunidad de hombres libres e iguales, ha surgido así como una corriente revolucionaria y constructiva que se propone *superar y co-*

rregir los vicios del orden establecido que, pese a sus múltiples distorsiones, sigue invocando los principios de la democracia y del liberalismo burgueses.

No se trata, simplemente, de remendar o cambiar algunos aspectos formales del sistema vigente para hacerlo más aceptable para sus víctimas, que seguirían siendo víctimas. El socialismo libertario tiene como meta la transformación a fondo de la sociedad, asentada actualmente sobres bases capitalistas y estatistas, pero no reniega de las conquistas limitadas pero logradas a través de las centurias y gracias al sacrificio de muchas generaciones de precursores, visionarios y militantes y que aseguran un mínimo de libertad y de respeto a la dignidad. Conquistas que no sólo suelen ser negadas o retaceadas por los grupos dirigentes, representantes del tradicional *statu quo* burgués y reaccionario, sino que son asimismo cuestionadas, subestimadas y prácticamente rechazadas por ciertas corrientes que se consideran revolucionarias y que bajo el pretexto de combatir el liberalismo capitalista, tienden a arrasar con los pocos valores positivos que aun en forma parcial siguen vigentes en algunas sociedades contemporáneas, restaurando así un nuevo absolutismo que, al ser dotado de modernas formas de presión y represión, incluyendo la temible técnica del «lavado de cerebros», resulta más peligroso, nocivo y difícil de remover que los absolutismos antiguos. La funesta máxima leninista, según la cual «la libertad es un prejuicio burgués», traducida en normas e instituciones represivas, ha contribuido a falsear y desvirtuar, con trágica eficacia, el contenido socialista de los movimientos revolucionarios que a partir de 1917 se han ido imponiendo en los países de Europa oriental, en la inmensa China y en la isla del Caribe. Y no es mera casualidad, ni resulta del todo arbitrario que los heroicos y sacrificados impugnadores de ese cerrado orden totalitario que consagra la alienación absoluta de los individuos frente al Estado, los que surgen de la «intelectualidad» soviética, como surgieron asimismo entre los militantes del *partido* en Hungría y Checoslovaquia, sean calificados por la prensa informativa de «liberales», cuando son fundamentalmente socialistas, formados intelectualmente en la escuela del marxismo-leninismo. Es que las demandas de libertad, de respeto a la dignidad humana y a la admisión de lo que suele llamarse pluralismo ideológico, equivalente a la efectiva libertad de pensamiento, no son en modo alguno incompatibles con el socialismo, sino que constituyen, por el contrario, condiciones esenciales de la real vigencia de esa forma de organización social.

El socialismo libertario, enunciado en sus líneas doctrinarias generales, después de la segunda mitad del siglo pasado, cuando aun no se habían consignado las experiencias institucionales de la democracia y del liberalismo burgueses, denunció ya entonces las fallas, las deformaciones y contradicciones que una experiencia exhaustiva en la práctica de esas instituciones vino a confirmar después plenamente. El hecho de que la reacción más generalizada, incluso de tipo insurreccional, contra los males del orden capitalista, seudo liberal y seudo democrático, se oriente en el sentido de una vocación autoritaria, germen indudable de un nuevo absolutismo, constituye a nuestro juicio una realidad lamentablemente trágica, ya que ello ha de

generar a su vez renovadas frustraciones, a semejanza de las que sufren en carne propia los rebeldes «liberales» de los países sometidos al capitalismo de Estado totalitario, bajo rótulo socialista. Pero esta comprobación no invalida en lo más mínimo la posición libertaria frente a los diversos sistemas de dominación y alienación del hombre, dentro de las sociedades fundadas en la represión y el privilegio. Cabe señalar que en menos de siglo y medio, se produjo el advenimiento, el auge y la decadencia del sistema liberal. A medio siglo de vigencia del comunismo autoritario establecido en Rusia, ese régimen acusa fisuras y conflictos internos, en lo que al movimiento comunista se refiere, que bien pueden ser anuncio de cambios imprevisibles en el monolítico sistema. Hay allí una razón más para perseverar en la afirmación de los valores del socialismo libertario, que la experiencia histórica, observada sin anteojeras convencionales, ha confirmado plenamente.

NACIONALISMO Y CULTURA*

Luis Di Filippo

Todo nacionalismo es reaccionario por esencia, pues pretende imponer a las diversas partes de la gran familia humana un carácter determinado según una creencia preconcebida. También en este punto se manifiesta el parentesco interno de la ideología nacionalista con el contenido de toda religión revelada.

Rudolf Rocker
Nacionalismo y cultura

UN POCO PORQUE satisface cierto afán exhibicionista y publicitario, otro porque el ejercicio de la esgrima polémica no deja de ser entretenido y excitante, y otro poco por sincero interés honesto, los llamados intelectuales actúan con mucho gusto en las mesas redondas, paneles y otras manifestaciones discursivas organizadas por canales de televisión, estaciones de radio, empresas periodísticas o centros culturales más modestos. Claro que no es el caso de aplicar el mismo criterio a todas las manifestaciones públicas de esta índole, pues las hay también muy serias, discretas y útiles.

CULTURA NACIONAL

Uno de los temas más trillados y al parecer inagotable, es el de la *cultura nacional*, que también podría denominarse nacionalismo cultural, no obstante tratarse de dos conceptos distintos; pero como se los suele confundir, no sin astucia, muchos suponen que tanto da una frase o la otra como tema para la discusión.

Por lo general, en estos debates predomina la tendencia política nacionalista, que es, sin duda, una manifestación de cultura, pero no la más importante ni la más relevante como se empeñan en demostrar quienes en el orden jerárquico de los valores dan primacía a la política antes que a la cultura, lo que implica prácticamente supeditar el todo a una de sus partes. Pero antes que mezclar los términos, mejor es separarlos sólo que con sentido de distinción, no de divorcio. Para tal fin habría que empezar por una tarea previa al debate formulando algunas preguntas: ¿cuáles son los límites, y por lo tanto las características de la cultura?; ¿cuáles son los de la política? Porque cuando se plantean problemas como los de cultura nacional o de nacionalismo cultural, los conceptos de cultura y de Nación tomados en su sentido

*Este artículo apareció en la revista *Reconstruir* (N° 81, noviembre-diciembre de 1972) (A.J.C.).

sustantivo o adjetivo alternativamente aparecen unidos como si tal unión fuese natural, inevitable, obvia. A veces, también se los transfigura en necesidad histórica o apetencia ideal inexcusable. Tal ayuntamiento de los conceptos de cultura y de nación históricamente es nuevo, no porque sea una novedad la cultura, sino porque lo es la Nación, la Nación-Estado, concepto este último relativamente moderno; y muy grato a los nacionalistas, quienes han endiosado emotivamente a la Nación, y menos emotiva pero más prácticamente al Estado, sin sospechar que el Leviatán burocrático termina por devorar a la Nación con todos sus componentes reales o supuestos.

La distinción de los territorios político y cultural se hace tan necesaria como urgente, pues ocurre este fenómeno paradojal: cuando más se sospecha la transitoriedad del concepto de Nación-Estado más se exacerban ciertos sentimientos e intereses nacionalistas irritados al parecer por lo inevitable de su previsto ocaso. No puede decirse lo mismo del concepto de cultura, cuyo más remoto origen y, naturalmente, cuyas más hondas raíces históricas aseguran su perennidad real e ideal. La realidad política, aun concebida en magnitudes máximas y en términos de excelencia suprema, no deja nunca de ser precaria, como lo demuestra la transitoriedad de los grandes imperios o la fragilidad de las instituciones que engendra. La historia, con su constante registro de acontecimientos, torna obvia una más extensa y minuciosa referencia al respecto.

POLEMICA

Hace poco se entabló una polémica, reiteración de otras semejantes, cuyo desarrollo vamos a glosar en parte. No interesa dónde se libró este debate, ni quiénes participaron en él; interesan el problema planteado y las opiniones vertidas; y por lo mismo que tanto el uno como las otras carecen de originalidad , lo mismo da que sea Juan o Pedro quien emite argumentos ya harto repetidos.

Por de pronto, habría que desbrozar este terreno bastante enmarañado donde la estética, la ética, la economía y la ideología se mezclan en un brebaje efervescente; donde por lo común se vierten razones políticas allí donde más valdrían razones filosóficas o históricas, o sociológicas; mientras que en otros casos se desplazan las razones políticas, que serían valederas, suplantándolas caprichosamente por otras más abstractas y especulativas, olvidando que la política es *praxis* ante todo.

Una de las frecuentes preguntas que se formulan a escritores o artistas plásticos que participan en las polémicas versa sobre la cuestión de si somos América o Europa los argentinos, los uruguayos y los chilenos. Pregunta superflua o mal planteada. Ante todo, América no es una unidad geográfica, ni étnica, ni de otra índole. La llamada América latina tampoco lo es ni aun en la limitación adjetiva de su presunta latinidad, que en último análisis se reduce a un común denominador idiomático tampoco absoluto. Podría agregarse la unidad religiosa, más formal y ritual que íntimamente efectiva y tampoco

absoluta. Dentro del colorido mosaico continental —¿y qué continente no lo es?—, argentinos, uruguayos y chilenos somos considerados europeos por mexicanos, bolivianos o venezolanos en razón de nuestra peculiar demografía con su dominante caudal humano de origen europeo, sin contar el posterior aporte de la inmigración judía y árabe, entre otras no menos extrañas.

Por más que se quiera hablar de *una* cultura sudamericana y de una *unidad política* de esta zona del continente, habrá que empezar por reconocer que tal unidad cultural no existe ni ha existido; y que la unidad política es un ideal deseable, pero que sólo actúa como proyecto en función de futuro, y de un futuro cuya inmediatez depende precisamente de la mayor o menor persistencia de los prejuicios y los intereses nacionalistas que se le oponen. (Dicho sea esto aceptando como válido el afán unitario de naturaleza política, negación absoluta del buen sentido pluralista propio de las sociedades humanas no sometidas a forzosa dictadura o tiranía niveladora y uniformadora.)

Es curioso que por espíritu de oposición y hostilidad política contra el Norte, quienes pregonan la unidad continental de los sureños al mismo tiempo insisten en proclamar un nacionalismo inevitablemente separatista, con cada país metido en su hermética soberanía como la tortuga en su dura caparazón. ¿Pero es posible aplicar el mismo criterio en los dominios de la cultura? Es posible, si se toma en serio lo de «cultura nacional» en el sentido de la autoctonía, de indegenismo, de originalidad. La palabra cultura en este lenguaje político abarca menos que la palabra cultura en su amplia significación, pues a nadie se le ocurre pensar seriamente en una ciencia argentina, en unas matemáticas o física argentinas; ni siquiera podemos hablar de un idioma argentino... En este aspecto nada secundario del tema, nos llevarían mucha ventaja quienes, por lo menos, suelen hablar su guaraní, su quechua familiar o cualquier otro lenguaje indígena. Si se exceptúan la música, la danza y la literatura folklóricas, que es arte menor, el gran arte no es «nacional» en el sentido nacionalista del término. Y habrá que ver hasta qué punto el folklore nacional argentino es auténtico en su radicación nacional, pues la música y la danza, por ejemplo, si son quechuas son tan argentinas como bolivianas o peruanas por la sencilla razón de que desde un punto de vista nacionalista indígena la condición racial es anterior a la política, surgida ésta después de la conquista hispana; aquélla es, además, históricamente más legítima que la aparecida recién al deshacerse el imperio conquistador europeo. Podemos agregar que acorde con la lógica nacionalista, quechuas, guaraníes o araucanos pueden afirmar que su condición de sometidos y despojados continuó y continúa bajo el dominio de los criollos libertadores...

A su vez, para los nacionalistas criollos que sueñan con resucitar la vasta geopolítica del Virreynato rioplatense, que sueñan con este *petit imperio* argentino —¡ellos tan antiimperialistas!—, los derechos de primacía que pueden invocar las enmudecidas poblaciones indígenas desheredadas, despojadas de sus tierras, de sus idiomas y de sus cultos, de su herencia histórica en fin, no cuentan.

NACIONAL Y POPULAR

Pero no es éste el único problema espinoso que puede turbar la lógica nacionalista en el dominio de la cultura, aun reducida ésta a los ámbitos parciales de la literatura, la música, la danza, la artesanía, lo que es achicar bastante la extensión del concepto de cultura.

Los teóricos propagandistas del ideario político del nacionalismo han descubierto que los términos nacional y popular son poco menos que equivalentes, a tal punto que con mucha gravedad, pero con poca seriedad mental, sostienen que «lo popular es lo nacional y lo nacional es lo popular» en el plano de la cultura. Así, al aplicar esta formulación axiomática de inspiración política a la literatura sostiénese que el «Facundo» y el «Martín Fierro» son los paradigmas de la literatura nacional en virtud de su popularidad. Por donde la literatura argentina, que no es de raíz popular o que no tiene destino popular, no merece el calificativo de nacional.

Lo cierto es que en ninguna parte del mundo a la cultura folklórica se le concede el privilegio de ser considerada único exponente de lo nacional, por más popular que sea. Es como si en Italia, por ejemplo, la literatura dialectal fuese considerada superior a la que se expresa en el idioma nacional, por donde el simpatiquísimo e ingenioso Trilussa vendría a ser más italiano que Dante o Leopardi, literariamente hablando. Claro que Sarmiento y Hernández no son Trilussas argentinos, pero no acontece en todas las historias literarias nacionales un fenómeno como el representado por obras como «Facundo» o «Martín Fierro», casos muy singulares que no se prestan a excesivas generalizaciones.

LA DEPENDENCIA

Otro argumento que se invoca es el tan manido de la supeditación, sometimiento, colonización, dependencia, etc. a imperiosas fuerzas foráneas para señalar que «la Argentina acusa alto grado de cultura intelectual, pero que no se puede hablar de una cultura *nacional*». En otros términos, no poseemos una cultura independiente, autóctona. Si es discutible la pretensión de independencia política y económica en un mundo cada vez más interdependiente, más lo es en el ámbito de suyo tan poroso de la cultura, máxime si ésta ostenta un «alto grado». Hasta las grandes divisiones tradicionales de cultura occidental y oriental son cada vez menos significativas. Pero si se admite que la Argentina está instalada en el vasto ámbito de la cultura occidental («nuestro estilo de vida cristiano»), y dando por sentada la inevitable dependencia lingüística —hablamos español, aunque no muy bien— y la dependencia religiosa (oficialmente somos católicos *romanos*), ¿qué independencia cultural, qué cultura nacional podemos poseer o crear? La independencia, la autonomía, la soberanía política, es condición *sine quanon* de una cultura nacional auténtica, según la lógica nacionalista. Axioma determinista más falaz que verdadero. No eran más independientes en la

Argentina cuando aparecieron «Facundo» y «Martín Fierro». Supeditar la cultura a la economía es una manera de poner el carro delante de los bueyes. La cultura helénica penetró en Roma precisamente cuando Grecia fue conquistada por los romanos. La presunta filosofía nacionalista de la cultura ofrece ejemplos muy pintorescos que la ponen al descubierto; decía Soiza Reilly, burla burlando, que «todos los grandes escritores argentinos somos uruguayos», y se acompañaba con los nombres de Florencio Sánchez, Horacio Quiroga y Elías Castelnuovo.

TENDENCIA AUTORITARIA

La obsesión política dominante en estos debates donde intervienen los literatos y no los políticos —literatos que desdeñan el prudente «zapatero a tus zapatos»—, se pone de manifiesto cuando dicen verdades como ésta: «Entre los gobiernos que dieron más énfasis al afianzamiento de una cultura nacional, en primer término está el de Perón. Luego el de Frondizi». En ninguna parte la cultura nacional depende del «énfasis» gubernamental para afianzarse. No sabemos en qué consiste el énfansis cultural peronista fuera de la profusión de los bombos y otras manifestaciones folklóricas estrepitosas. No está demás recordar ahora aquel famoso y enfático discurso «académico» del ministro Ivanissevich al inaugurar un Salón Nacional de Bellas Artes; discurso memorable por la osadía del funcionario que se convirtió en censor de las artes dictando normas estéticas, éticas y políticas a las cuales debían ajustarse los artistas del país; el tono del orador —el famoso énfasis— era del más puro estilo dictatorial. Aquel episodio halaga, en cierto modo, el orgullo nacional pues el ministro argentino se anticipó, sin sospecharlo, a otro discurso bastante parecido y no menos memorable de Krushev, pronunciado pocos años después con las mismas intenciones.

Seduce a los nacionalistas el uso de métodos autoritarios, si violentos mejor; por eso no debe sorprender mucho cierta inteligencia o simpatía recíproca actualmente establecida entre comunistas ateos y nacionalistas católicos, la que da origen a tendencias «nacional-marxistas» o «comunistas-nacionalistas», productos híbridos casi equivalentes por su pasión autoritaria, disciplinaria y uniformadora. Todos rinden culto a la unidad, sin renunciar a sus diferencias, lo que no deja de ser admirable.

El surgimiento de una cultura nacional no depende del Estado. El florecimiento de la poesía, la novela, el teatro, la pintura o la música no depende de un sistema social determinado en una relacion mecánica de causa y efecto. Así como Dostoyevski, Tolstoi y toda la gran literatura rusa de la era zarista no es mérito del feudalismo político y económico de aquel momento.

No deja de ser una falacia demagógica la que expresa esta frase oída en uno de los debates aludidos: «... la supresión de los problemas materiales predispone a la espiritualidad». Curiosa teoría no abonada por la experiencia. El izquierdista pseudosociólogo que se expresó en tales términos para justificar, de paso, esa dictadura que superará los problemas materiales, está

en contradicción con sus congéneres más actuales, pues la nueva izquierda juvenil condena a esta sociedad de consumo, que es de abundancia en los países desarrollados, porque no «predispone a la espiritualidad». La vieja izquierda «ya superada» condenaba a la sociedad porque los placeres del consumo eran privilegio de pocos, y si bien la indigencia predisponía a la espiritualidad más o menos franciscana, también predisponía a la tuberculosis más o menos romántica. A la sociedad se la vapulea siempre («palos porque no bogas y palos porque bogas»); no es que no se lo merezca, desde luego. Pero conviene que los presuntos izquierdistas a la moda se pongan de acuerdo sobre los motivos del vapuleo.

Antes creíamos ingenuamente que la pobreza era algo así como el caldo de cultivo de la espiritualidad del mismo modo como el dolor nutría la inspiración poética. Ahora somos más optimistas y menos románticos; pensamos todo lo contrario.

LA PARADOJA DE BARILOCHE

En pocas partes del país como en San Carlos de Bariloche es posible registrar una más significativa paradoja del nacionalismo. No hace muchos años, aquella pintoresca zona de la República contaba con una población casi toda chilena. El pabellón nacional flameaba un tanto alicaído sobre aquel pueblo de proletarios indígenas, pero forasteros. Con el transcurso del tiempo arribaron a orillas de Nahuel Huapi los artesanos del Friuli y del Piamonte, los campesinos holandeses y daneses, los suizos alemanes, los yugoslavos; y más recientemente pastores del Líbano. Se formó una población cosmopolita urbana y rural cuyos descendientes son, ahora, naturalmente argentinos.

En estos momentos el pabellón nacional, merced a esta pacífica penetración extranjera, flamea airoso, pues gracias a «los gringos» nadie podrá decir que la de Bariloche es una población chilena.

CONCLUSION

¿Existe una cultura nacional? Sí; la hay. Como hay una ganadería nacional no obstante los Shorthorns, los Herefords, los Charolais, aristocráticos sucesores de las vacas guampudas que van desapareciendo sin pena ni gloria. Como hay una industria nacional y una artesanía nacional. Todo lo que en la Nación surge, se produce o se adapta, se desarrolla, es nacional... menos el nacionalismo político que es doctrina política muy poco popular, no obstante los años que lleva en su condición de importada. Doctrina que suele afirmarse en la Cruz de Cristo, símbolo de una religión que es nacional porque el Estado así lo establece. ¿Pero no habíamos quedado en que sólo lo popular era nacional?...

EL FETICHISMO DEL PODER*

Luis Di Filippo

Quien considera detenidamente su origen, ve que todos los Estados reposan sobre la violencia.
F. Guicciardini (1483-1540)

Pero el affaire Lin Piao demuestra que, como los soviéticos, los chinos gobiernan sobre las masas y no con las masas. Actualmente, la contradicción principal se produce entre pueblo y poder. Todos los pueblos contra todos los poderes. Porque los que están arriba, aunque con signos distintos, no tienen en cuenta a las masas, no las consultan, no gobiernan para ellas.
Mikis Theodorakis
(Reportaje de Silvia Rudni. *La Opinión*, 3/9/72, Bs. As.)

EL LENGUAJE POLÍTICO incorporado al habla cotidiana de la gente común es significativo en cuanto expresa, más allá de su vulgaridad, algo que puede ser considerada una ideología compartida; o una manera colectiva de pensar y de sentir que refleja el grado de saturación que una idea, o un prejuicio, logra en el cuerpo social. No hay como prestar oídos a los «slogans» más enfáticos y más repetidos por lo contagiosos, para tener una noción bastante aproximada de cómo piensa la masa o de cuáles son sus creencias pensadas por otros.

Claro que el «slogan» es ambivalente: a veces determina, impone, una idea, una norma de conducta, una necesidad potencialmente sentida pero todavía no manifiesta; a veces sólo refleja escuetamente, con su retórica autoritaria, un estado de ánimo difuso que necesitaba la frase contundente creada para ser repetida hasta convertirse en ciega convicción.

El lenguaje revolucionario, como todo lenguaje político, apela a la imaginación y a la fantasía, estimulándolas como si fuese una droga; es un lenguaje de ficciones, especialmente desde el punto de vista de la propaganda.

En estos momentos, revolucionarios por excelencia, ahora que las revoluciones —no importa si dignas de tal nombre— explotan por doquier, a granel, como los fuegos de artificio en noches festivas, iluminando con su resplandor pirotécnico todos los cielos del desarrollo como los del subdesarrollo; en estos momentos es cuando con más fecundidad la literatura revolucionaria o pseudo revolucionaria, crea su propio vocabulario o enriquece con nuevos matices inéditos el viejo léxico tradicional. Lo malo es que el espíritu desquiciador que corre parejas con el de la violencia subversiva pierde el sentido de los límites en la embriaguez de la lucha; no respeta nada en absoluto, ni siquiera algo tan respetable por lo inofensivo como el solemne

*El presente ensayo fue publicado en *Reconstruir (N° 82,* enero-febrero de 1973) (A.J.C.).

diccionario de la lengua, que es como subvertir la lógica y el buen sentido, entre otros pecados menos graves.

Pero no vamos a detenernos ahora en problemas lingüísticos, ni de lógica formal; más bien deseamos ocuparnos de un problema que es de lógica, sí, pero de lógica política, de lógica dictada por la historia, de una lógica, en fin, que nace de la experiencia, y de una experiencia que viene de lejos aunque sus expresiones lingüísticas parecen novedosas. Las reflexiones que nos sugieren las frases iniciales de estas disgresiones pueden girar desde el comienzo hasta las últimas líneas de este trabajo, en torno de una palabra mágica que ha adquirido la majestad gráfica de la letra mayúscula merced al prestigio que goza y a la cuantía de sus reverentes admiradores; nos referimos a la palabra *poder*, que en su manifestación política es *el Poder*. Esta palabra tiene conexión inmediata con la idea de Estado, así como el motor tiene conexión con la idea de máquina. También se la asimila a la idea de gobierno, de autoridad, de fuerza imperativa; aunque por algo se pregona la conquista del Poder con más énfasis que la conquista del Gobierno o del Estado. Pero aunque interesante el detalle, no es el caso de analizarlo ahora.

El pregón —«conquista del Poder»— aparece escrito en las paredes de las urbes, repetido en los escuetos mensajes que como partes de guerra comunican los grupos políticos beligerantes, beligerantes en el sentido menos metafórico del término; retumba el pregón en la caja de resonancia de los pechos juveniles enardeciéndolos hasta el heroísmo o hasta la crueldad gratuita. Se diría que sólo mediante esta llave mágica del Poder pueden abrirse las puertas de un futuro venturoso, el mundo de la utopía hecho realidad; punto de arribo y de llegada de la gran aventura humana; pero no sólo las puertas que introducen a un hipotético futuro remoto, sino las que se abren al tránsito de logros más inmediatos, de aquí y de ahora.

No hace falta la posesión de antenas muy sensibles ni muy altas para captar las voces que con mayor abundancia vibran en el tiempo histórico actual: el proletariado al Poder, el Poder joven, el Poder negro, todo el Poder a los sindicatos, o todo el Poder a los soviets; esta última frase, no obstante expresar un ideal frustrado, puede ser considerada el comienzo de la epidemia verbal contemporánea; si faltaba una expresión poética en este repertorio de apetencias de Poder, ya la tenemos en el novísima consigna estudiantil: «la imaginación al Poder»...

Como suele ocurrir con lamentable frecuencia, los «slogans» de esta naturaleza nacen con fines revolucionarios, pero también se prestan dócilmente a fines reaccionarios. No es fácil descubrir a simple vista cuándo la ficción revolucionaria encubre fines reaccionarios; pero en último análisis, en llegando a la conquista del Poder e instalados en él, lo más frecuente es que Revolución y Reacción se confundan como hermanos siameses. Es que en los dominios de la *praxis*, la lógica de las ideas no coincide con la lógica de los hechos; hay más: una lógica suele ser contradictoria de la otra, no obstante el ideal punto de partida común.

Por de pronto, lo primero que salta a la vista es que los más diversos y a menudo contrastantes movimientos de ideología revolucionaria, desde los

marxistas ateos a los tercermundistas católicos, desde los que actúan en los países opulentos a los menesterosos, todos coinciden en considerar la conquista del Poder como el único medio de lograr sus fines; y coinciden también en los métodos de acción para esta conquista. Dicho en otros términos: todos coinciden en cultivar, teórica y prácticamente, una concepción autoritaria de la Revolución y, consecuentemente, absolutista del Poder. Claro que, con pudor superfluo, prometen la transitoriedad de su ejercicio absolutista del gobierno.

Sin embargo, a ningún «progresista» de ahora se le ocurre pensar que si hay algo anacrónico en la historia de las ideas y de las instituciones políticas es el absolutismo, desde el teocrático de remoto cuño al monárquico posterior, si bien hereda del otro la divinidad de su facultad autoritaria. Confundir el principio de autoridad divino con el principio de autoridad político es historia antigua. Pero se convierte, enmascarada, en historia política moderna cuando se endiosa a los dictadores y a los tiranos, y cuando, de modo más impersonal surge el «mito del Estado», según la feliz expresión de Cassirer.

Si las palabras conservasen su genuina significación aun en el mudable diccionario político, habría que considerar legítimamente *reaccionarios* a los movimientos *revolucionarios* que de hecho restauran el absolutismo desembocando en el gigantismo burocrático, en el militarismo espectacular, en el centralismo unitario, con su «élite» omnímoda tan omnisapiente como omnipotente, «élites» que remedan las castas sacerdotales de remota historia.

¿Cómo vamos a descalificar —tan luego en nombre de las ideas modernas— a los movimientos revolucionarios antiabsolutistas de antaño, que se impusieron a los monarcas constitucionales, que les despojaban de su presunta divinidad originaria, que al crear los tres poderes del Estado —Ejecutivo, Legislativo, Judicial— abrían el camino a la pluralidad del Poder, antecedentes de la dispersión del Poder, del pluralismo político, meta digna de ser considerada revolucionaria precisamente por estar en las antípodas del anacrónico absolutismo unitario? Si este razonamiento careciese de lógica, lógica histórica, habrá que convenir en que merecen el calificativo de *revolucionarios* quienes cultivan la noción autoritaria y unitaria del Poder; y contrario sensu, el calificativo de *reaccionarios* quienes postulan la dispersión del Poder, o su reducción a medidas «humanas», antes que monstruosas. Lo que no deja de ser una ironía provocada por ciertas torsiones arbitrarias de lenguaje ahora muy en boga.

LA EXPERIENCIA AUTORITARIA

Después de la contienda denominada primera guerra mundial, partieron hacia la conquista del Poder con sus respectivas consignas revolucionarias tanto los fascistas de Mussolini, como los nacionalistas de Hitler, por una parte, y los bolcheviques de Lenin y Trotsky, por la otra. Pero no termina la aventura política, con la conquista dramática del Poder; pues al Poder hay que conservarlo. Los conquistadores del Poder, instalados en él mediante la

fuerza, no tienen luego inconveniente en apelar a los métodos más violentos para afirmarse en la posición conquistada. Los métodos «defensivos» son curiosamente semejantes en revolucionarios de derecha y en revolucionarios de izquierda; tanto los fascistas como los bolcheviques pusieron, como es lógico, implacable empeño en aplastar a «la reacción», sólo que el concepto de «reacción» varía de uno a otro frente revolucionario; los reaccionarios de Hitler y de Mussolini son los revolucionarios de Lenin y de Trotsky, y viceversa. Pero lo que interesa al observador sin anteojeras partidarias es advertir cómo unos y otros, tras la conquista del Poder, apelan a los mismos argumentos y a los mismos métodos no obstante levantar banderas doctrinarias contrastantes. En el fondo todo el aparato retórico que encubre la violencia propia de quienes dominan se reduce a una frase nada novedosa: razón de Estado. Es oportuno recordar a quienes presumen de «progresistas» que el fraile Campanella —allá por el 1600— estampó en sus «Aforismos políticos» que «la razón de Estado es nombre inventado por los tiranos»...

Para mantenerse en el Poder violentamente conquistado nunca faltan buenas razones «históricas» y de las otras. Razones que obedecen a necesidades fatalmente impuestas por las circunstancias, máxime cuando una minoría temerosa tiene conciencia de que le falta una sólida base de sustentación popular espontánea: lo que suele ocurrir con los movimientos llamados «populistas» o populares. Cuando el pueblo no demuestra voluntaria adhesión al Poder revolucionario, los que están en el ejercicio del dominio se autojustifican diciendo que el pueblo no tiene todavía conciencia de la hora que vive: razonamiento que no osa expresar en público ningún populista que se precie. De aquí la necesidad de un dictadura púdicamente anunciada como transitoria: dictadura que por razones de eficiencia ejercerá una «élite» partidaria la cual, a su vez, por razones técnicas creará un jefe, un conductor, un líder, un héroe para el consumo interno.

Esta «élite» impondrá, también por razones prácticas, la unidad nacional quieras que no; organizará un partido único, designará un parlamento también único cuyos integrantes serán votados, pero no elegidos por el pueblo. Si hay algo incuestionable es la economía de esfuerzos físicos, morales e intelectuales que tal sistema produce. Estos regímenes de pueblo espectador pasivo, con su máxima autoridad y mínima libertad, suelen llamarse democracias populares. Para que este sistema autoritario funcione lo más pacífica y ordenadamente posible no basta con un aparato policial bien montado ni con un ejército mejor pertrechado, hace falta una prensa oficial única, cuyos redactores digan lo que el Poder quiere y nunca otra cosa; hace falta que toda manifestación periodística, editorial, literaria, artística y hasta científica esté severamente fiscalizada para impedir peligrosas infiltraciones heréticas o meramente inconformistas.

Lo trágico de estas necesidades que se producen por doquier con evidente monotonía desde hace medio siglo, es que los movimientos de liberación nacional en cuanto conquistan el Poder se convierten de libertadores en liberticidas. Es el caso de recordar aquí esta reflexión de Will y Ariel Durant: «Nada es más manifiesto en la historia que la adopción por parte de rebeldes triunfadores de los métodos que condenaban en las fuerzas que derrocaron».

Solo que, en homenaje a la verdad, los actuales rebeldes triunfadores perfeccionaron los métodos de los vencidos en magnitud y técnicas superlativas.

Los métodos terroristas incorporados al Poder revolucionario se justifican en las horas iniciales de la reconstrucción política y social por la necesidad de aplastar los residuos supervivientes del régimen vencido. Pero más tarde, el terror ya instalado y organizado en forma permanente actúa con la misma fuerza no ya contra los burgueses capitalistas, imperialistas o fascistas, sino contra los revolucionarios disidentes a quienes se acusa de contrarrevolucionarios. Al respecto, Georges Goriely llega a estas conclusiones harto significativas, en las páginas de la revista «Socialisme»: «En Ceylan ejercita el poder un grupo integrado por socialistas, comunistas y también un sector de trotskistas, quienes gobiernan poniendo en práctica cierta tradicional dialéctica socialista occidental. Pero el Oriente no es el Occidente; y estos revolucionarios luchan contra otros revolucionarios rurales dirigidos por estudiantes universitarios de la nueva izquierda que no acatan los dictados de los jefes urbanos. Y el gobierno de *izquierda* en el poder se muestra tan ferozmente represivo contra la revuelta campesina como lo eran los gobiernos burgueses con respecto a los movimientos obreros[1].

A la opinión de Goriely podemos sumar la muy categórica de un profundo intérprete del marxismo, Rodolfo Mondolfo. En un artículo polémico aparecido también en la «Critica Sociale» (20 de enero de 1972), el maestro italiano recuerda estas palabras del *Manifiesto Comunista* redactado por Carlos Marx: «... a la vieja sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase (la sustituirá) una asociación en la cual el libre desarrollo de cada uno ha de ser la condición del libre desarrollo de todos»; Mondolfo acota: «esta exigencia fundamental es totalmente desdeñada y renegada por el leninismo cuya aspiración y cuyo esfuerzo están concentrados en la conquista del Poder».

Valgan estas citas de dos marxistas prestigiosos, porque a los llamados movimientos de izquierda, aun a los tercermundistas católicos, no se les cae de la boca el nombre de Marx a quien posiblemente conocen de oídas, o a través de la versión oportunista de los intérpretes moscovitas, pekineses y hasta ... habaneros. Pero como en este orden de opiniones críticas lo que abunda no siempre daña, valga también el juicio de un escritor revolucionario ajeno a la heterogénea y prolífica familia que se considera descendiente de Marx, nos referimos al pensador libertario Luis Fabbri, quien ya en 1921 expresaba: «... Carlos Marx concebía para la revolución un proceso democrático-obrero, no dictatorial. Quería, eso es, un gobierno socialista democrático, que usase el puño de hierro, ciertamente, contra la burguesía, pero que dejase al proletariado y a las varias fuerzas y corrientes socialistas esas libertades que suelen llamarse democráticas (de voto, de prensa, de reunión, de asociación, de autonomía locales, etc.), en cuanto se basaban sobre la prevalencia de las mayorías a través del sistema de las representaciones».

¿Por qué, entonces, los que anhelan la conquista del Poder y quienes se

[1] *Crítica Sociale*. Abril de 1972.

aferran a él después de conquistarlo ponen tanto empeño en cubrir con el nombre de Marx y la interpretación escolástica de la doctrina, el terrorismo de Estado al servicio de la dictadura no ya del proletariado sino sobre el proletariado? Habrá que convenir en que no le faltaba razón a Plejanov cuando —conocedor del paño— afirmaba: «la culpa no es de Marx, sino de aquellos que dicen tantas tonterías en su nombre».

UNA IDENTIFICACION SOFISTICADA

Es que se ha identificado la conquista del Poder con la Revolución como si fuesen la misma cosa. Manera bastante infantil de reducir a términos de simplicidad minúscula un problema de complejidad mayúscula.

No es el Poder, sino la Sociedad lo que se debe «conquistar» para la revolución; pero si es posible conquistar por asalto el Poder, no es posible conquistar la Sociedad del mismo modo. Al Poder se puede llegar audazmente por un atajo; a la Sociedad solo se la conquista, o transforma o renueva, transitando un largo, paciente, quizás sinuoso camino.

El drama de los revolucionarios que han conquistado el Poder y que para mantenerse en él no pueden prescindir del aparato burocrático centralizado, ni del militar imponente, ni del policial implacable, consiste en que a medida en que el tiempo transcurre se hace más tajante el divorcio entre la Sociedad y el Estado, pues se cristalizan los aparatos provisorios de dominio con destino de perennidad. Lo que equivale a decir que más está en auge el estatismo que el socialismo, términos que tienden a confundirse maliciosamente, pues el dominio del Estado sobre la Sociedad es el imperio de la parte sobre el todo, dominio que por su índole tiene que ser fatalmente violento tanto en sentido moral como físico.

Parece innecesario destacar que la sumisión de la Sociedad al Poder político ocasional entraña carencia de libertad para el individuo, para la manifestación espontánea de toda personalidad, para el desarrollo del espíritu crítico de cuya raíz ha nacido todo pensamiento revolucionario en su momento inicial; carencia de autonomía y posibilidad de desarrollo para las creaciones societarias culturales, económicas, y de cualquier otra índole; mengua, en fin, para todo lo que el humanismo considera desde siglos «la dignidad humana», herencia intelectual y sentimental que las corrientes revolucionarias libertarias llevan a sus más radicales consecuencias, sin que dejen de ser compatibles los conceptos de sociedad y de individuo, de organización y de libertad, de orden y de autonomía, de disciplina espontánea y de solidaridad racional.

Cuando aparece en forma tan relevante este fenómeno de sumisión de la Sociedad al Estado, puede decirse que se ha producido una fractura de la Sociedad dividiéndose en dos fuerzas antagónicas: la Sociedad civil por una parte y la Sociedad política por la otra. Pero la Sociedad política del lenguaje académico sociológico se reduce, en última instancia, a la «élite» gobernante, al equipo representativo del Partido dueño del Poder, y solo por exceso

de imaginación puede decirse que es la clase quien asume la conducción del proceso en marcha. Vamos a decirlo con palabras de Luis Fabbri: «El Estado, es decir la institución gubernativa que hace las leyes y las impone por medio de la fuerza coercitiva, con la violencia o la amenaza de la violencia, tiene una vitalidad propia y constituye con sus componentes estables o electivos, con sus funcionarios o magistrados, con sus gendarmes o con sus clientes, una verdadera y propia clase social aparte, dividida en tantas castas cuantas sean las ramificaciones de su poder; y esta clase tiene sus intereses especiales, parasitarios o usurarios, en conflicto con los de la colectividad restante que el Estado pretende representar». Es oportuno recordar que estas consideraciones de Fabbri han sido escritas entre los años 1919 y 1920; mucho antes, pues, que apareciese «La nueva clase» del marxista yugoeslavo Djilas. Pero el pensamiento de Fabbri es, por otra parte, continuidad del de Malatesta quien, a su vez, a fines del siglo pasado expresaba que «... los gobernantes consituyen por sí mismos una clase, y entre ellos se desarrolla una solidaridad de clase mucho más poderosa que la existente entre las clases fundadas sobre privilegios económicos».

Es importante, para comprender el sentido del fetichismo del Poder, este poco frecuente reconocimiento de que el Estado, la burocracia inherente, el aparato político gobernante, todo lo que sirve a la voluntad y ejercicio del Poder, forman una clase, o casta, poco menos que autónomas en relación con la Sociedad civil que la nutre y la soporta.

El hecho de que la actitud crítica y decididamente opositora hacia el desarrollo del concepto fetichista del Poder se manifieste con especial énfasis a través de las diversas corrientes doctrinarias que circulan bajo el común denominador anarquista —no obstante sus diferencias— no quita que tomemos especialmente en cuenta algunas manifestaciones de Marx al respecto por lo mismo que hacen uso y abuso de la literatura marxista los revolucionarios que identifican Revolución y conquista del Poder. En su «El 18 Brumario de Luis Bonaparte», Marx escribió: «Ese Poder, con su enorme organización burocrática y militar, con su complicado y artificioso mecanismo, cual espantoso parásito que aprisiona a manera de red el cuerpo de la sociedad francesa y le cierra todos los poros, nació en la época de la monarquía absoluta. Todas las revoluciones sólo sirvieron para perfeccionar la máquina gubernativa, antes que hacerla añicos. Los partidos que alternativamente luchaban por la supremacía consideraban la conquista de este enorme edificio como el botín reservado al triunfador».

No faltará el consabido escolástico con su manía interpretativa «sui generis» que nos diga: ese juicio tan despectivo de Marx va referido a un poder burgués o contrarrevolucionario. Como si el Poder revolucionario adquiriese técnica y moralmente otras características, como si la «enorme organización burocrática y militar» no fuese también en el Poder revolucionario una red que aprisiona el cuerpo de la sociedad cual espantoso parásito, según la plástica frase de Marx. Y si Marx hubiese vivido en estas últimas décadas del siglo XX, comprobaría cómo, en efecto, con el transcurso del tiempo y los cambios políticos habidos, se ha perfeccionado la máquina gubernativa; nin-

guna se hizo añicos, mucho menos las que adornan sus desfiles militares impresionantes del 1º de Mayo con el retrato gigantesco de Marx. Estamos seguros, además, que a Marx le sorprendería la persistencia de este estilo de organización social nacido «en la época de la monarquía absoluta».

Aun los cambios más dramáticos que una y otra vez alteran la superficie de las sociedades no logran atacar la raíz del Poder. «El Estado moderno no es otra cosa que el rey de los últimos siglos, que continúa triunfalmente su trabajo tenaz sofocando todas las libertades locales, nivelando y uniformando sin descanso»; escribió P. Viollet[2], tras considerar que «nuestra noción del Estado omnipotente es, bien mirada, el mismo instinto directriz del Viejo Régimen erigido en doctrina y en sistema».

No fue con ironía que Rousseau escribió en una carta al Rey —9 de julio de 1790— estas palabras harto elocuentes: «La idea de formar nada más que una clase de ciudadanos le hubiese gustado a Richelieu; esta superficie igual facilita el ejercicio del poder...»

La frase de Rousseau —«superficie igual»— se traduce en el lenguaje político actual por sus equivalentes: partido único, clase única, unidad nacional, frente único monolítico; frases que tienden a la uniformidad, a la disciplina, a la obediencia conformista, bajo el imperio del Poder absoluto; a igualar la superficie, lo que facilita el ejercicio del Poder.

Es cierto, que de tanto en tanto aparece en la cúspide del Poder un «democrático» jefe que puede exclamar con todo derecho «el Estado soy yo», como lo hiciera el monarca francés. Pero lo más frecuente es que tal fetiche encarnado —Hitler, Mussolini, Stalin, quizás mañana Mao y Castro— son reemplazados tras el natural desgaste por equipos que dan la sensación ilusoria de pluralidad y diversidad aunque de hecho subsiste unicidad del Poder cuya base está en la élite partidaria y cuya permanencia asegura «su enorme organización burocrática y militar, con su complicado y artificioso mecanismo», al decir de Marx.

Este fenómeno político, y psicológico también, que vemos como una constante en la historia, parece dar razón a quienes suponen, cierto que a título de hipótesis, la existencia de una «voluntad de mandar» en armonía con una «voluntad de obedecer». Pero, en homenaje a un concepto más optimista del hombre, digamos que la voluntad de mandar es espontánea y visible, en cambio la voluntad de obedecer no es espontánea y sólo son visibles sus manifestaciones aparentes, superficiales, y frecuentemente organizadas por el aparato oficial, engañosas por lo tanto, como esas manifestaciones «masivas» que llenan las plazas donde se aclama el discurso del jefe delirante, el consabido monólogo del héroe histriónico que hipnotiza a las multitudes secuaces esas mismas multitudes que otro día arrasarán retratos y estatuas en la hora inevitable del derrumbe del fetiche.

[2] «Le Roi et ses Ministres durant les trois dernieres siècles de la Monarchie.» París, 1912. (Cita tomada de *El Poder*, de B. de Jouvenel).

Las huestes organizadas en partidos para fines revolucionarios, presas de natural impaciencia, eligen el camino corto del Poder. *Pero la experiencia* demuestra de inmediato que el Poder revolucionario no es la Revolución. Cuando la embriaguez del éxito fulminante se disipa y la conciencia crítica se aclara, se descubre que el Poder concebido como un medio se convierte en un fin; que allí se cristalizan otros intereses imprevistos y echan raíces otras emociones insospechadas. *Por lo general, si el análisis crítico se ahonda se* descubre que el Poder es la contrarrevolución, por más que desde el Poder se acuse de contra revolucionario a todo movimiento o juicio personal discrepantes, no importa si esta discrepancia tiende precisamente a reivindicar los ideales y los métodos genuinos de la Revolución abandonados en el camino.

La experiencia revolucionaria de estos *últimos años abona tales afirma*ciones realistas aparentemente escépticas. La experiencia revolucionaria anterior, que la historia registra, demuestra por otra parte hasta qué punto las viejas frustraciones se parecen a las nuevas.

No se le podrá negar a Proudhon experiencia revolucionaria. Aquel pensador francés, hombre de acción *al mismo tiempo, puso su dedo crítico en* la llaga de los movimientos populares dirigidos hacia la conquista del Poder. Pierre Ansart, en su obra «Sociología de Proudhon», señala que «el fracaso de la revolución, aun cuando muy amargo, no es para Proudhon una sorpresa inesperada dado que conoce bien las debilidades del movimiento obrero»; y señala entre estas debilidades dos *importantes: «la persistencia de los mi*tos cesarianos y el mal criterio para resolver la lucha de clases». Proudhon, en efecto, denuncia que ese movimiento «se complace en lo grande: la centralización, la república indivisa, el imperio unitario. Por esa misma razón, es comunista». Agrega Ansart que Proudhon «señaló algo que criticó en todo momento durante la revolución de febrero; *la ciega confianza en el Poder* del Estado y el error fundamental de pensar que la reforma política puede aparejar la reforma económica».

Proudhon tenía frente a sus ojos la presencia de Napoleón III. De haber vivido en este siglo nuestro, le parecería un César minúsculo aquel Emperador francés comparado con *los césares fascistas y proletarios de hogaño* aclamados por las multitudes en las plazas italianas o alemanas, o soportados silenciosamente por las multitudes rusas sordas a los ditirambos de los adictos sumisos, muchos de éstos, intelectuales de nota dentro y fuera de Rusia, más fuera que dentro...

¿Y, entonces, a qué *se debe el perenne prestigio del fetiche autoritario?* Se debe, quizás, a que muchos piensan «que por encima de cada uno existe una entidad fantasmagórica, abstracción del organismo colectivo, una especie de divinidad autónoma, que no piensa con ninguna cabeza concreta, pero que no obstante piensa; que no se mueve con determinadas piernas humanas, pe*ro que no obstante se mueve»*[3]; *estas palabras del marxista italiano* A. Gramsci sirven admirablemente para caracterizar el fetichismo del Poder, aunque

[3] Gramsci, *Note sul Macchiavelli*, Einaudi, 1949.

su autor no las escribió precisamente para darles el mismo destino que nosotros les hemos dado.

El punto de partida fundamental que engendra esta fe en la eficacia del camino estatista para alcanzar una meta revolucionaria está en la identificación de los conceptos de Sociedad y de Estado. Pero tan grave como esta falsa identificación es la otra ideal y sentimental que consiste en suponer que conquista del Poder y revolución social son equivalentes. Es cierto que ningún teórico serio creerá semejante falacia; no es menos cierto que, cuando más, el sociólogo revolucionario dirá que la conquista del Poder es tan solo un paso previo indispensable para el ulterior proceso de cambio; también es sabido que la dictadura del proletariado es pregonada como una fatalidad transitoria; pero toda esta literatura harto conocida, a veces de estilo académico, no es la que las masas captan íntimamente. A las masas se las alimenta con «slogans», consignas, fetiches espirituales, dogmas contundentes. Y es precisamente esta literatura facciosa de consumo masivo la que se convierte en ideología seductora, o mejor dicho en pseudo ideología.

Los últimos en llegar a engrosar las filas del fetichismo autoritario son los llamados sacerdotes del Tercer Mundo, quienes de la noche a la mañana se han convertido en maestros de la subversión tras un brevísimo aprendizaje en las escuelas del mesianismo revolucionario. En una de sus últimas reuniones habidas en Carlos Paz (Prov. de Córdoba), llegaron a conclusiones nada insólitas en este tipo de asambleas post-conciliares. Una de las conclusiones, que repetimos por harto significativas, hace referencia a «la liberación que el pueblo va gestando a través de largos años de lucha, y que implica la toma del Poder por las mayorías populares»... Este tópico de la toma del Poder por las mayorías populares es una fantasía retórica. Las mayorías populares no actúan en la toma del Poder, apenas si la apoyan. La verdad es que la toma del Poder, por razones técnicas o por fatalidad histórica, está a cargo de minorías bien adiestradas las cuales no son necesariamente de extracción «popular», salvo que al término popular se le dé tanta elasticidad que quepan en él los más heterogéneos elementos de la sociedad. Lo único incuestionable es que las llamadas mayorías populares han de soportar, quieras que no, el dominio de las minorías que invocan su representación no siempre legítimamente habida y otorgada. Se diría que para los tercermundistas escribió Proudhon hace un siglo estas palabras: «Poned a un San Vicente de Paul en el Poder, se convertirá en un Guizot o Talleyrand». Por su parte, Lenin, que algo sabía del arte político revolucionario, en «¿Qué hacer?» (1902), expresaba: «Hemos dicho que no podría haber aún una conciencia social democrática entre los trabajadores. Esto solo podría procurársela desde afuera». Y como esa «conciencia social democrática» tampoco había madurado, al parecer, desde 1917 en adelante, los bolcheviques «desde afuera» se encargaron de imponerla violentamente; sin éxito hasta la fecha, como lo demuestra el aparato dictatorial subsistente.

A los pocos días de la citada declaración tercermundista, el presidente de Chile, que conquistó el Poder merced a una coalición electoral de izquierda, se vio en la necesidad de amenazar no a los burgueses opositores, sino a sus

propios partidarios: «usaré de la fuerza si es necesario para terminar con las ocupaciones ilegales de tierras fiscales y particulares»... Parece obvio subrayar que estos ocupantes «ilegales» de tierras son campesinos menesterosos, parte de esas mayorías populares que los tercermundistas alientan para la toma del Poder.

Como se ve, «la toma del poder por las mayorías populares» no siempre favorece en la medida soñada «la liberación que el pueblo va gestando a través de largos años de lucha»... No debemos sorprendernos mucho en presencia de estos dramáticos contrasentidos aparentes. Ya Landauer, a comienzos de este siglo, en sus escritos sobre «La Revolución» se refería a «los jóvenes partidos revolucionarios que a veces gradualmente, o en unos pocos meses cuando el tiempo corre impetuoso, terminan por seguir los mismos pasos de aquellos contra quienes se revelaron». El mismo Landauer cuyo profundo pensamiento y heroica conducta revolucionaria reconocen hombres de muy alta jerarquía intelectual, como Buber, dice en la misma obra: «Llegará el tiempo en que se verá más claro lo que Proudhon, el más grande entre los socialistas, dijo en palabras imperecederas aunque hoy olvidadas: que la revolución social no tiene ninguna semejanza con la revolución política»...

El fetichismo de la conquista del Poder forma parte de la revolución política antes que de la social; tiene ante sus ojos la imagen hechicera del Estado antes que la visión concreta de la Sociedad.

LOS CONVERSOS NEOSOCIALISTAS

Los distintos movimientos y partidos que se autodefinen revolucionarios, y lo son por sus métodos de acción, postulan la conquista del Poder para realizar el socialismo. No sospecharon los socialistas del siglo pasado —utopistas o científicos— que esa palabra tan «peligrosa», tan combatida hasta exorcizada como idea diabólica, llegaría a convertirse en término vulgar, en palabra de uso común. Menos sospecharían que el término «socialismo» *pudiese integrar palabras compuestas como «nacional-socialismo» y otras* por el estilo, doctrinas híbridas en las cuales la idea socialista se mezcla tanto con el término complementario como el aceite con el vinagre...

Pero, en estos momentos, parece que no hay palabras con más fuerza catequística que la palabra socialismo. Es una etiqueta que sirve para cualquier brebaje. Palabra echada a perder, que será difícil rescatar de la turbia confusión mental en que se la sumerge. Mucho antes de que apareciesen estas manifestaciones espurias de socialismo, Landauer decía que en ese socialismo «se vuelven a encontrar todas las formas del capitalismo y de la reglamentación y como ellas hacen progresar hasta la última perfección la tendencia que hoy existe a la uniformidad y a la nivelación... del proletario; del establecimiento capitalista ha surgido el proletariado del Estado... todos los seres humanos sin excepción son pequeños funcionarios económicos del Estado». Solo que —esto no pudo verlo Landauer— entre estos «pequeños funcionarios

económicos», los hay aprovechados satisfechos; los más son sufridos productores insatisfechos.

A los pseudos socialistas improvisados les encanta la centralización que el Poder organiza, que acrecienta los atributos del Estado, y que lógicamente, va en detrimento de la iniciativa individual, cooperativa, comunal, sindical, social. Es un socialismo que desprecia a la Sociedad; un guiso de liebre sin liebre. No se comprende cómo puede merecer el calificativo de socialista un Estado que para afianzarse necesita absorber las fuerzas de la Sociedad supeditándolas con férrea voluntad de dominio. Proudhon vio claro en la confusión cuando, al tener presente la experiencia de 1848, señalaba que «los demócratas, todavía víctimas del mito, depositaron su confianza en un poder superior en vez de encaminar sus esfuerzos hacia una transformación de las bases sociales... El ciudadano que se adhiere indiscriminadamente al mito del Estado hace de él una causa superior independiente, espera de él protección y remedio para sus males, tal como el creyente acepta la realidad de su Dios, de quien aguarda una acción benéfica»[4]. ¿Habrá logrado imantar, el mito del Estado, la presunta mística de los sacerdotes tercermundistas?

Los conversos al socialismo presumen de nacionalistas para que no se los confunda con los internacionalistas de viejo cuño: «¡Proletarios del mundo, uníos!». En realidad son más nacionalistas que socialistas; y de acuerdo con lo que podríamos considerar tradición en el nacionalismo, estos presuntos socialistas son, correctamente hablando, estatistas. A estos conversos, más nacionalistas que socialistas, que han inventado un «socialismo nacional», como quien dice, un socialismo casero, para *uso nostro* se dirigía Proudhon hace un siglo, en una famosa polémica con Herzen: «Esos que hablan tanto de restablecer la unidad nacional sienten poca inclinación por las libertades individuales». Fue profeta el revolucionario francés. Todos los movimientos nacionalistas del tercer mundo africano, asiático y sudamericano, son liberticidas; todos, mutatis mutandis, siguen el modelo de las democracias populares donde se ha tomado muy en serio aquella irónica frase de Lenin: «la libertad es un prejuicio de pequeños-burgueses».

El descrédito de la doctrina socialista, sea ésta autoritaria o libertaria, no puede ser mayor si se piensa que no hay régimen militar sudamericano, más o menos nasserista ideológicamente, que no se cubra con el nombre del socialismo; si faltaba una variante pintoresca del socialismo de Estado, ya lo tenemos: socialismo militar o militarismo socialista.

Entre el socialismo de los cuarteles y el socialismo de los conventos, el socialismo genuino, marxista o proudhoniano, aparece transfigurado impunemente en un arlequín carnavalesco.

Estos conversos neosocialistas no han contribuido con nuevos aportes a enriquecer el acervo teórico o práctico del socialismo tradicional; tienen, eso sí, el triste privilegio de haber logrado en cierta medida el desprestigio de una idea, de una doctrina, de una ética, tan noble y tan suscitadora de hechos, conductas y esperanzas heroicas, tan dignas, en fin, de mayor respeto.

[4] Ansart, *Sociología de Proudhon*, Ed. Proyección, 1971.

Pero no seamos excesivamente severos en nuestro juicio negador. Habrá que reconocerles por lo menos, a estos parásitos del socialismo auténtico el mérito de haber convertido a una palabra temida y poco menos que impronunciable durante mucho tiempo, en un concepto que transita libremente por los caminos de la política, aunque inmerso él también en el caos mental que caracteriza esta época de dramática transición.

TEORIA DEL FEDERALISMO*

Luis Di Filippo

La idea de federación es muy antigua. La historia registra desde federaciones de tribus hasta federaciones de ciudades, de regiones y de Estados. Pero el origen del federalismo como teoría política, y más exactamente, como teoría social, es muy reciente. Esta teoría, en cuanto la concibamos como ha de ser: una reflexiva elaboración racional inspirada en la práctica o destinada a ser impuesta como realidad práctica, aparece formulada por primera vez gracias a Pedro José Proudhon, a mediados del 1800.

Proudhon es una de las figuras más interesantes de aquel momento histórico europeo tan fecundo en hombres de fuerte y original personalidad creadora en el plano de las luchas políticas y las teorías sociales. Es contemporáneo de Marx, Bakunin, de Mazzini; de quienes dan nacimiento a la 1ª. Internacional socialista; hombres de acción y de pensamiento al mismo tiempo. El quehacer teórico tiene a favor de ellos un ancho y ardiente campo experimental en los acontecimientos dramáticos del siglo en cuyo escenario suelen ser actores y agudos observadores. La posición de estos hombres excepcionales es de tal naturaleza que tan pronto parecen políticos metidos a filósofos, como filósofos metidos a políticos. Pero es evidente que tanto Proudhon, como Bakunin o Marx trascienden del plano circunstancial de sus inmediatas ocupaciones políticas hacia un plano teórico de alto vuelo que los convierte en relevantes personalidades históricas representativas. Merced a ellos, el análisis de los fenómenos políticos que conmueven a Europa, a partir de la Revolución Francesa, adquiere tal penetración en hondura y tal dimensión profética en el tiempo, que asumen el alto tono de una especulación filosófica muy racional, teñida ésta, como es humano y lógico, por la fuerza emotiva que le da origen; pues les nace una filosofía que se nutre en la pasión combatiente, que a veces se deja desbordar por ésta, pero también suele y sabe domeñarla sometiéndola al rigor de una disciplina gravemente reflexiva.

* Este artículo fue publicado primero en la *Revista del Instituto de Derecho Público y Ciencias Sociales*, Universidad Nacional del Litoral, No. 1, 1er. Semestre de 1958, Rosario, y después en «Reconstruir» (No. 91, julio-agosto de 1974) (A.J.C.).

Es que estamos en los prolegómenos de una meditación que desembocará en una nueva ciencia: la sociología. Pareciera que Proudhon la tiene en potencia cuando afirma: «La política es una ciencia de demostración ni más ni menos que la geometría y el álgebra en cuanto a sus principios». Pero la política es *praxis* y la sociología habrá de ser una especulación teórica destinada a dicha práctica, ora para desentrañar sus leyes, ora para crearlas.

Proudhon, pues, un buen día, acuciado por una perentoria necesidad polémica determinada por el problema de la unidad italiana, escribe un pequeños volumen titulado «El principio federativo». Esta obra es la primera enunciación teórica del federalismo. En su breve y casi esquemática redacción, Proudhon, a la luz de un rápido análisis histórico a través de las edades, esboza algo más que una teoría puramente política, pues apunta hacia la economía, hacia la ética, hacia los sistemas de organización tanto institucionales como de la agricultura, la industria, las finanzas; y advierte entonces que su principio federalista es todo un amplio presupuesto social. No es tan sólo, hablando en un lenguaje más moderno, más actual, un problema de Estado; es un problema social en cuanto el Estado no es todo lo social, sino un aspecto de lo social.

¿Cuál es el punto de partida de donde arranca la teoría del federalismo? Proudhon remonta el curso de la historia y señala, a través de él, uno de los dramas más apasionantes que conmueven al espíritu del hombre y de las sociedades que éste organiza; el conflicto entre dos principios perennes: el de autoridad y el de libertad. Conflicto que penetra dialécticamente todos los sistemas políticos e institucionales conocidos; conflicto esencial, que torna secundarias y hasta superficiales, en cierto sentido, las formas de institución política que se dan, periódicamente, a través de sus revoluciones nacionales y guerras internacionales, los pueblos que luchan en pos de un siempre ilusorio equilibrio en la relación de las fuerzas internas y externas que los acomenten. Monarquías, repúblicas, aristocracias, democracias, oligarquías, dictaduras, tiranías individuales o colectivas, todas las formas institucionales conocidas de antiguo, están penetradas, con mayor o menor intensidad, por este conflicto entre el principio de autoridad y el de libertad. Pareciera que no fuesen dos realidades, sino dos mitos enfrentados. Sin embargo, este drama tan excitante para la imaginación del historiador no es algo creado por el espíritu poético, sino una realidad histórica muy antigua y muy moderna. Proudhon descubre que el principio de autoridad hunde sus raíces en la fe; es de origen religioso. En cambio, el principio de libertad nace de la razón; tiene un origen crítico, en cuanto es principio de oposición. La libertad enfrenta a la autoridad en una larga aventura de conquista; la libertad ensancha sus dominios a costa de la autoridad; de tal modo que cuando la libertad avanza, la autoridad retrocede, y viceversa, como en un constante movimiento de flujo y reflujo.

Cuando Maquiavelo, penetrado por el espíritu de racionalidad característico de su época, quiere escindir el principio de autoridad limitando y, desde luego, enfrentando la órbita religiosa con la órbita laica, concibe al Estado moderno y deposita en el principio político de autoridad, centrado en la ra-

zón de Estado, la máxima razón social valedera. Pero Maquiavelo no podía sospechar, en su momento, que esta racionalización laica del religioso principio de autoridad desembocaría mucho más tarde en lo que hoy conocemos, muy tristemente por cierto, como mística del Estado. Por donde el Estado, transfigurado por la emoción romántica del nacionalismo en un mito, resucita en el espíritu de las gentes aquella fe autoritaria que Maquiavelo quiso desplazar de la organización política a fin de que ésta gozase de absoluta autonomía.

Cuando Proudhon escribe su obra sobre el principio federativo, ya Hegel con su alto prestigio magistral había consumado teóricamente la divinización del Estado; el Estado se transfigura, en Hegel, en un ideal; y, como es lógico, en un ideal autoritario en cuya fuente habrán de beber todas las dictaduras necesitadas de una justificación racional. El principio de autoridad, ayer asentado en la fe religiosa, ahora resurge sobre un fundamento filosófico. Mientras en Alemania se articula racionalmente esta concepción ideal del Estado, en Francia se organiza prácticamente la nación centralizada, la administración unitaria, la efectiva paradoja napoleónica de la república imperial. Algo tan grotesco como el principio de autoridad que sale a escena vistiendo el gorro frigio decorativo de la libertad, en la vana intención de cubrir la superficie con una imagen aparente, opueta a la de su realidad efectiva. Monarquía y república han dejado de ser, sustancialmente, términos opuestos y realidades divergentes. Se ha producido una comedia de equivocaciones. Proudhon señala que ahora interesa penetrar en la entraña del fenómeno político y que las formas institucionales son secundarias; lo importante es la estructura y sus contenidos sociales. Y lo que más interesa en el problema del Estado es la dimensión y la expansión de su poder. O sea, hasta qué punto aquél, republicano o monárquico, oligárquico o democrático, hace gravitar su autoridad a costa de la libertad; en qué medida, en fin, la sociedad es absorbida por el Estado; en qué medida el hombre enajena su autonomía, su libertad, en recompensa de las garantías de orden, de civilización, de cultura, de paz interior y exterior, que el Estado le promete.

Proudhon comprende que la libertad absoluta no puede existir en una sociedad organizada. Pero comprende también que la sociedad puede organizarse de tal modo que los límites de la libertad no sean tan opresivos que el ámbito de ésta resulte asfixiante debido a la excesiva dimensión del ámbito de la autoridad. No sólo el individuos siente el peso opresivo de la autoridad hipertrofiada, también lo experimentan las organizaciones de toda índole que el hombre crea a los fines de su mejor existencia. No concibe sociedad sin orden. Pero la organización del orden no es competencia exclusiva del Estado; y si lo es, nadie podría demostrar que el orden es incompatible con la libertad. Tampoco se ha demostrado que sólo la autoridad es garantía del orden, pues siempre será posible formular la pregunta irónica: ¿quién vigila al vigilante? La historia ha demostrado una y más veces que la autoridad omnímoda, en las más férreas dictaduras absolutas, en cuyo ámbito moral y físico la libertad yace totalmente aniquilada, suele ser un simulacro de orden, un desorden técnicamente organizado con el terror de la violencia que

impone a la sociedad enmudecida una apariencia de adhesión conformista. Cuando la autoridad necesita de la extrema violencia para mantenerse es que carece de justicia, de natural consistencia y de eficacia. Es moralmente repudiable y prácticamente inservible. Y como toda fuerza desmedida es patológica, terminará por negarse a sí misma por exceso de crecimiento. Explotará como los globos inflados hasta agotar la capacidad de resistencia de su continente. La explosión inevitable, a largo o corto plazo, será una revolución social que aspirará a rescatar los dominios de la libertad violados por la agresiva penetración autoritaria.

¿Cómo evitar o contener esta patológica concentración del Poder en la organización del orden? ¿Cómo limitar a su justo ámbito la presencia de la autoridad; ¿cómo garantizar a la libertad el ámbito que le compete? ¿Cómo evitar el conflicto violento superándolo con una fórmula de armonía? Proudhon se anticipa en un siglo a los sociólogos, juristas y filósofos actuales que, frente a la experiencia padecida de los Estados totalitarios, postulan lo que ellos llaman la dispersión del Poder. Frente al ideal platónico y hegeliano de la unidad, Proudhon advierte que la unidad es una abstracción, la complejidad una realidad. A la unidad social se la impone por la violencia en un vano intento de lograrla. A la complejidad se la defiende y organiza por la libertad mediante el contrato. No el contrato de Rousseau, que enajena a la sociedad, totalmente, al individuo, sino el contrato libremente establecido que sólo enajena atribuciones muy especiales. Este contrato, o pacto, sobre un pie de igualdad entre poderes políticos diversos y fuerzas económicas competitivas, se llama federación. La federación también es un orden. Pero es un orden garantía de la independencia de los elementos que lo integran y de la libertad de los individuos que espontáneamente lo aceptan. No nace de una voluntad de potencia, sino de una voluntad de armonía. No es César quien dicta la norma, son los pueblos quienes la crean.

Frente a la violencia unitaria y centralizadora, pues, la pacífica armonía plural y descentralizadora. Frente al monólogo, el diálogo. Frente al Poder absoluto, los poderes relativos. Frente a la autoridad sin límites, la libertad con sus razonables limitaciones funcionales. La autoridad ya no puede nacer de la fe, como un derecho divino, nace de la función y termina allí cuando la función está cumplida. Es una autoridad racional, relativa, que no ofende a la libertad, más bien la complementa, cuando no la ampara. La autoridad, aun encarnada en el Estado, estará al servicio de la sociedad. No la sociedad al servicio del Estado. El orden de los factores señala un concreto orden de primacía, pues en un caso tendremos la aventura de la libertad y en el otro la desventura de la autoridad.

Todo cuanto va dicho podría considerarse una abstracta logomaquia, un sofístico juego de palabras, un artificioso *flatus vocis*. Pero ciertas palabras se cargan de sentido en épocas determinadas, sobre todo cuando la experiencia individual o colectiva les brinda un énfasis más pronunciado, una comprensión más entrañable, una fuerza de verdad y de realidad que en otros momentos sería difícil otorgarles. Así, fue menester que perdiésemos la libertad para estimarla, y fue menester sufrir en carne viva el rigor de la auto-

ridad para despreciarla. Fue menester que el Estado absorbiese en forma absoluta toda la vitalidad social y maniatase a la sociedad en un tejido de hierro, para que percibiésemos agudamente la asfixia de la centralización.

Ante tamaña hipertrofia del principio de autoridad, la conciencia de los hombres, todavía insumisa o no anestesiada del todo, había de reaccionar en defensa de los bienes perdidos. Es ahora, después de la orgía del Poder incontrolado, cuando comprendemos, con la lucidez del despertar, el hondo y profético sentido de la afirmación proudhoniana: «Quien dice libertad y no dice federación, no dice nada». Sentencia tan cierta como esta otra que en estos momentos podemos enunciar: así como no hay libertad sin federación, tampoco habrá federalismo sin libertad.

Florencio Sánchez

¡ORIENTALES Y BASTA!

MI QUERIDO AMIGO:

Mucha paciencia te pido y que conserves quedas las manos y la lengua. Si no te sientes con fuerzas para hacerme esa concesión, renuncia a leer estas líneas, rómpelas y hazte la cuenta de que, como tantas otras, he dejado sin respuesta la última tuya. Porque si tanto te ha mortificado mi anterior apreciación acerca de los orientales, tus compatriotas —y los míos, si el hecho de nacer y educarme en la pintoresca Montevideo determina la tal afinidad, de lo cual no estoy muy convencido—, me imagino el efecto que las verdades de a puño que aquí pienso estampar, te producirán, y me asalta el temor de que me sueltes, a pedirme cuenta de mi osadía, a ese charrúa** que tienes adentro, y que parece haberse parapetado en el espíritu de la mayoría de los orientales, desalojado de los breñales del terruño, para asestar a la Conquista sus últimos tiros de boleadoras.

Es cierto que fue bastante hiperbólico mi calificativo de suizos a los orientales, pero sujeta al indio, y óyeme***.

Si me contabas con gran alborozo que en el ejército conquistador de la China formaban varios orientales, que otros compatriotas peleaban heroicamente al lado de Krüger, y que hasta en la revolución colombiana un hijo de Montevideo mantenía bien alto el pabellón de las nueve listas, echando a vuelo las campanas de tu regocijo ante la inmensa honra que éstos reflejan sobre la pequeñita tierra uruguaya, ¿cómo no apagar tus entusiasmos? ¿Cómo no llamarte a orden, poniendo las cosas en su lugar, para hacerte com-

* Damos el texto íntegro según la más reciente de las reediciones de este poco conocido ensayo de Florencio Sánchez, editado en Montevideo, *El Siglo Ilustrado*, bajo la dirección de la profesora Lucy Sempolis de Bervejillo, autora asimismo de un estudio previo. (C.M.R.)

** Los charrúas formaban una tribu de indios bravos que usaban boleadoras. (C.M.R.)

*** A los uruguayos se les dice orientales, por la denominación colonial de Banda Oriental, y a principios de siglo se comenzó a hablar de «la Suiza de América». (C.M.R.)

prender que la exportación de semejantes productos desacredita una plaza; que nada ganamos con que en Transvaal o en Colombia o en China se sepa que los orientales —si es que por tales y no por americanos, como ha de suceder, distínguense esos aventureros—, son más o menos arrojados, y por último, que es triste, muy triste, que un país quiera imponer a la consideración humana la más inútil, la más despreciable, la más estúpida de las funciones de sus habitantes?

¿He dicho un país? Y los sostengo, puesto que no se me ha de negar que así como un pueblo vive orgulloso con la producción cerebral de sus hijos o la excelencia de sus manufacturas, la vanidad nacional uruguaya más que sobre otra cosa, se afirma en el desamor al pellejo de los descendientes de Artigas y Goyo Suárez*.

Por aquí se dice: «Orientales y basta», y ahí ustedes se llenan la boca con la frase: «¡Orientales y basta!». Ya se sabe que a patriotas y a guapos, nadie les pisa el poncho. Sobre todo a guapos. Se les podrá negar cualquier otra condición, sin que se ofendan mayormente, pero al que se atreva a decir que tienen el cuero para negocio, si no le demuestran prácticamente lo contrario, a puñetazo limpio, para convencerlo de su crasísimo error, le paran un rodeo con los bravos 33, y los defensores de Paysandú, y los mártires de Quinteros, y los hermanos Valientes, y cuanto Juanes, Pedros y Diegos han sido héroes y víctimas de los centenares de jornadas sangrientas que han saturado el espíritu nacional de tan belicosas gallardías.

El calificativo de flojo tiene mayor fuerza denigrativa entre los orientales que en cualquier otra parte del mundo. Es menos despreciable un ratero que un maula. Fulano podría ser inteligente, pero no ha peleado nunca, ni siquiera ha estado en una patriada. En cambio, a Zutano el fragor del combate le vigorizó el cerebro, y el olor a sangre humana le despejó el espíritu. Lo recibió bruto y nos lo devolvió casi sabio la guerra.

Cierta vez dos escritores se trabaron en agria polémica por si el uno se había portado mejor que el otro en tal batalla. ¿Los recuerdas? Daniel Muñoz y Eugenio Garzón. Pujaban por su reputación intelectual...

De los periodistas, Fulano es el mejor porque insulta y se queda en guardia blandiendo la hoja de su facón veterano. Zutano, que vierte ideas sobre el papel sin agresivos desplantes... Zutano es un *poroto*. Y de los hombres públicos son líricos, si no desvergonzados y camanduleros, los que predican la fraternidad, y avezados estadistas, aquellos que pueden ostentar en sus cuerpos mayor número de melladuras y cicatrices ganadas en las cuchillas de la patria. ¡Oh, las cuchillas de la patria!**

Me atrevo a afirmar que hoy hemos menester bañar en esa maravillosa pila sacramental nuestras molleras catecúmenas para seguir ungidos filósofos y sabios, artistas y poetas, financistas y hombres de Estado, y hasta me

* Alusión al Precursor de la nacionalidad, José Artigas y al tiempo a un jefe militar. (C.M.R.)
** Las cuchillas son cadenas de colinas que en las guerras rurales son escenarios de combates. (C.M.R.)

sospecho que de sus vertientes ha de emanar una purificadora lejía que impida que limpie las roñas humanas, pues más de un caso conozco de truhanes que han vuelto de una patriada convertidos en honestos y beneméritos ciudadanos.

De modo, pues, que miramos al través del valor las condiciones buenas o malas de cada individuo, como a través de los cristales de un anteojo de teatro; aunque con la variante de que para observar las últimas, las malas, invertimos el aparato. Y de ahí que Fulano, aunque blanco, no sea tan mala persona si se ha fogueado en los campos de batalla, y el colorado Zutano merezca la consideración de sus contrarios si ha sido capaz de tamaña bizarría.

Unos a otros se miran con el anteojo vuelto.

¿Que se han quedado *epatés* los porteños con nuestras frecuentes asonadas? Ya lo creo. Como que en esta tierra no se hace otra cosa que alabar el coraje oriental. Tienen tanto —me decía uno de ellos— que cuando han comentado bastante los episodios heroicos de una revuelta, preparan otra para tener después de qué conversar. Y yo no protesté de la ironía, y te aseguro que escucharla después de recibir tu carta con la pregunta transcripta, alborozado le estrecho al hombre los cinco y le digo: «¡Usted, usted sí que nos adivina! ¡Métase en aquella tierra, observe un poco y póngase inmediatamente a escribir la más entretenida de las apologías!»

Porque, como tú, piensan todos, casi todos los orientales. *Epater* a los mortales que no han tenido la dicha de nacer a la sombra de los talas de la patria chica, con su arrojo, con su altivez, con su amor al terruño y, por efecto de la terrible suficiencia determinada por tales cualidades, con todas sus obras, con todas sus cosas y con las cosas todas que encierra la prodigiosa pera criolla embanastada entre el Cuareim y el Plata, el Uruguay y el Atlántico*.

¿Di si no es cierto que, para ustedes, los poetas que cantan los primores únicos de su suelo y de su cielo son los más inspirados, los estadistas que manejan sus destinos los más sesudos, sagaces florentinos sus políticos, Castelares sus tribunos, brillantes sus periodistas, magníficos sus pintores? ¿Que las mujeres son las más hermosas y las ciudades las más pintorescas y los prados los más feraces y las carnes las más sabrosas y las frutas las más exquisitas; que el dinero vale más y el comercio es más honesto; que los médicos son los más humanitarios y los letrados los menos tunos?...

¿A que no me nombras más de diez uruguayos que no anden siempre acompañados por este largo cortejo de patrióticas pedanterías? Si lo haces, si lo que te digo no es la verdad en cueros, te autorizo a que me sueltes al indio.

Mientras tanto, perdona mi rudeza, te la has merecido, y recibe a cuenta

* Alusión a la forma de pera del territorio uruguayo, limitado por los ríos Uruguay, de la Plata, Cuareim y el Atlántico. (C.M.R.)

de los que irán en mi próxima, este consejo que transmitirás con la suficiente elevación de criterio, para no ver en mis censuras mezquinos móviles.

Sean ustedes menos guapos. Tengan más amor a la vida, que concluirán por no despreciar tanto la del prójimo. Sean menos localistas. Ningún pedazo de tierra nos ha parido. Ella entera nos pertenece con su oxígeno y su sol, y es dominio que tienen derecho a usufructuar por igual todos los hombres... Además, Pulgarcillo ya no mata gigantes. Que lo digan los boers.

Y no siendo guapos ni patriotas, dejarán de ser políticos.

Serán entonces más humanos, más generosos; desceñirán de prejuicios el espíritu y no volverán a mirar hacia el Poniente.

Hasta pronto, se despide tu amigo afectísimo,

Florencio Sánchez.

P.D. Dime, ¿por qué Roxlo ataca a Garibaldi? ¡Era tan peleador y tan guapo!*

NO CREO EN USTEDES

Mi querido amigo:

Tienes razón. Pero es únicamente ante las majestades de la patria y del coraje que son ustedes solidarios y se respetan. En lo demás... observa el espectáculo: Cuestas gobernando con blancos y colorados; blancos contra Cuestas, colorados contra los blancos y contra Cuestas, blancos con los colorados y contra los blancos, colorados contra los colorados. Cuestas contra los blancos, contra los colorados y... con Cuestas; colorados herreristas, tajistas, simonistas y blancos de Saravia, de Aguirre, de Terra y de Acevedo; constitucionalistas sueltos, constitucionalistas con o contra Cuestas, los blancos y los colorados; todos hablando, hablando a la vez o gritando o vociferando; aquí y allá, ojos que centellean, puños en alto, garrotes que amagan, boleadoras que zumban; los rencores explotando a la vez en todas partes, todos los hígados en plena y perpetua erupción... y, de cuando en cuando, por sobre la bélica algarabía, los plañidos del doctor Aramburú, nuevo Mario, que se pasa la vida regando con sus lágrimas las ruinas de la fraternidad uruguaya.

De una manera más sintética, aunque un tanto campechana, le definía hace algunos años a Carlos María Ramírez, el espíritu burgués más sano y más equilibrado que haya producido la cepa oriental, la situación de los partidos políticos de esa tierra. «Los blancos —le decía— son una bolsa de gatos, los colorados otra bolsa de gatos y los constitucionales cuatro gatos en una bolsa...» Y él aprobaba con una sonrisa melancólica.

Es que ello era realidad pura. Y lo es.

Nacido de chulo y de charrúa, nos queda de la india madre un resto de sus rebeldías indómitas, su braveza, su instinto guerrero, su tenacidad y su resistencia, y del chulo que la fecundó la afición al fandango, los desplantes

* Carlos Roxlo fue un profesor de literatura y diputado por el Partido Nacional, hostil a la memoria de José Garibaldi, que en su actuación en el Uruguay acompañó al Partido Colorado. (C.M.R.)

atrevidos, las dobleces, la fanfarronería, la verbosidad comadrera y el salivazo por el colmillo, elementos constitucionales más que suficientes ambos para generar los vicios y defectos de eso que ha dado en llamar nuestra megalomanía raza de los Treinta y Tres.

De tal herencia fisiológica conservamos muy acentuados los rasgos del chulo padre. Nos parecemos más a papá. La afición nuestra a la politiquería es importación pura de la tradicional Puerta del Sol. Más: Montevideo, toda la República es una reproducción ampliada de aquel conversadero madrileño que nos describen los costumbristas españoles. Entre comer, beber, conversar de política y darnos de navajazos, repartimos el tiempo.

¿Tienes noticias de parte alguna donde la política, piedra mordiente que desgasta las energías morales y físicas de los hombres, tenga más subordinados?

Casualidad es que no nazcamos los orientales arrullados por el estruendo de un motín; en seguida, a la vez que a decir mamá o papá, la solicitud paternal nos enseña a pronunciar el nombre del caudillo de su preferencia; en las escuelas elementales aprendemos geometría y gramática blanca o colorada y a rompernos la crisma a pedradas por el caudillo de uno u otro color; desde los escaños universitarios, tamizamos con nuestro criterio partidista a Voltaire y a Kant y a Rousseau y a Hegel, y cuando abandonamos las facultades con nuestro título debajo del brazo, nos dirigimos a tranco largo a llevar la ofrenda de nuestro saber oficialmente consagrado, a la comunidad política a que han pertenecido nuestros padres, nuestros padrinos, el maestro normalista, el catedrático universitario y el cacique que ha llevado de la rienda nuestros juveniles ardores.

Y los de una colectividad política, si hemos resultado poetas, a cantar a los héroes de la causa; si periodistas, a batallar por ella; si abogados, a fabricarle leyes; si médicos, a organizarle servicios sanitarios; si financistas, a manejarle el tesoro; si ingenieros, a medir campos de batalla, y mientras no hagamos poemas, ni leyes, ni ambulancias, ni operaciones de crédito, ni determinaciones geométricas, tenemos que pensar en que debemos ir pensando en esas cosas, y las proyectamos, nos las narramos, las discutimos y nos damos de mojicones con los de la fracción contraria que se ocupan a su vez de resolver idénticas cuestiones, y como el tiempo que se ha de perder siempre sobra, aún nos queda un rato disponible para relacionar nuestras cuestiones políticas con el planeta Marte y la Vía Láctea y entregarnos con singular ardor a rebatir las leyes de su existencia sideral. Verbigracia: el bardo Roxlo a guitarrazo limpio con los jóvenes colorados a propósito de Garibaldi, y todo el país convulsionado asistiendo al lírico pugilato absorbido por él.

Y el asunto Garibaldi no es más que un cuarto intermedio, un paréntesis al habitual debate. El descanso del Cid.

¡Lástima de tiempo derrochado en el culto de lo nimio, de energías absorbidas por lo secundario!

Te declaro con toda franqueza que quisiera ser más optimista acerca de la suerte de ese país; pero no puedo, no puedo ver de color de rosa lo que se está poniendo de un gris muy oscuro. Creo que tengan ustedes las bellas

condiciones de que me hablas, pero nada positivo espero de ellas, desde que veo a esa intelectualidad joven quemándose las cejas sobre amarillos mamotretos, empeñada en desentrañar enseñanzas de las epopeyas de nuestra raquítica existencia americana, en vez de ocuparse de los hermosos problemas científicos que agitan las mentalidades contemporáneas, agrupada en pos de las tibias resecas del primer gaucho clásico que se le ocurre héroe, enarbolado a guisa de ideal, o las piltrafas vivas de cualquier pseudocaudillo, tropero de pasiones, en lugar de estar con los que desde ahora trazan rumbos sobre el porvenir, desperdiciando en una subordinación lamentable de lo que vale a la insignificancia, toda su exuberante vitalidad.

No creo en ustedes, patriotas, guapos y politiqueros. Tuyo,

Florencio Sánchez.

IDOLOS GAUCHOS

Mi querido amigo:

Aquí de tu benóvola condescendencia. Voy a ocuparme de algo que tal vez te hiera más que todas las cosas dichas en mis cartas anteriores, del partido al que aún perteneces y al que en otros tiempos estuve yo incorporado: del partido blanco.

Empezaré con un poco de historia fresca.

Allá por el año 1895, considerando nosotros los blancos: primero, que hacía 33 años que no gobernábamos, y segundo, que Idiarte Borda lo hacía muy mal, resolvimos adoptar el recurso extremo de las armas para reconquistar el Estado y labrar la felicidad de la patria. Al mismo tiempo que a nosotros se le ocurrió igual cosa a don Aparicio Saravia, estanciero del Cordobés, ex jefe de una revolución brasileña, poseedor de cierto prestigio y algunas lanzas, y todo fue pensarlo y pronunciarse con un puñado de criollos, ganándonos el tirón. El día de ese pronunciamiento, el doctor Aureliano Rodríguez Larreta, constitucionalista, comentábalo en mi presencia en las oficinas de *La Razón*, y nos contaba que durante los preparativos de la revolución del Quebracho había ido a pedir al doctor Pellegrini una partida de lanzas destinadas a la fuerza invasora. «—¡Cómo! —había exclamado éste—, ¿todavía pelean con chuzas los orientales?»... Y aseguraba el doctor Rodríguez muy triste porvenir a sus compatriotas al convencerse de que diez años después, «¡todavía peleaban con chuzas!»*

Deshecha la montonera de Saravia, organizamos las nuestras y poco después pisábamos las cuchillas de la patria —¡Viva la patria! ¡Abajo los salvajes! ¡Abajo los ladrones!— y nos entregábamos a matar gente, a carnear vacas y destruir haciendas, alambrados, puentes, telégrafos y vías férreas, en nombre de nuestros hollados derechos, con tan patriótico ardor que, en ocho meses

* Referencia al presidente argentino Pellegrini, y al uso de lanzas por los gauchos. (C.M.R.)

de correrías, no dejamos herejía en perspectiva ni por proyectar. Batidos en Arbolito, Cerros Colorados, Cerros Blancos, Aceguá, Tarariras, etc., etc., etc., habríamos continuado quién sabe hasta cuándo nuestra misión topográfica de abrir caminos al través de los sembrados y las florestas, y pobladora a la vez... de cementerios, si el pueblo no empieza a gritar ¡basta! y Arredondo no mata a Borda y Cuestas no hace la paz*.

Una vez en paz, yo, yo mismo oí al doctor Aureliano Rodríguez Larreta, vestido de chapona blanca, brindar por el cruzado de poncho celeste que a punta de chuza había bregado gloriosamente por las libertades patrias: ¡Aparicio Saravia, estanciero de El Cordobés!

Coreamos todos los blancos entusiasmados ese canto a la chuza y, a fuer de justos y equitativos, lo hicimos extensivo a los demás estancieros, conocedores de hacienda y baqueanos de todos los pagos (duerma en paz el pobre Diego Lamas), coroneles, comandantes y capitanes de Saravia, que con ella habían acariciado el dorso de los conculcadores de las leyes.

Y nuestro entusiasmo se tornó en veneración. La chuza, que debió ocultar sus nostalgias de sangre en los rincones del rancho, siguió fulgurando en la imaginación de todos, y la brisa continuó rizando los flecos del poncho celeste, que a manera de inmaculada túnica, viste hoy los ideales de la juventud nacionalista. ¿Te acuerdas de Aparicio Saravia? ¿Lograste durante la campaña descubrirle otras condiciones que mucho coraje, bastante astucia indígena y algunos hábiles recursos estratégicos como general, y como hombre una escasísima cultura moral y un espíritu celular con recovecos llenos de esa suspicacia aviesa, chocarrero y guaranga que se cristaliza en el gaucho americano?

Sin embargo, Saravia desde su Tebaida criolla comparte con los políticos y los financistas de esa tierra la gestación de los negocios públicos, es a veces consejero y las más de las veces árbitro; es barómetro de la Bolsa y un gesto suyo convulsiona los ánimos; si amenaza al gobierno echamos mano a la cintura, si le sonríe hacemos una reverencia, cuando habla en serio nos ponemos graves y nos echamos en corporación a reír a carcajadas si de sus labios brota una gauchesca ocurrencia... ¡Saravia, Saravia, Saravia!... Al santuario de El Cordobés van peregrinaciones de jóvenes intelectuales blancos, con la ofrenda de su libertad de espíritu a rogar por la felicidad de la patria y por el bienestar de la comunidad política, y van delegados del gobierno a dejar votos y pedir inspiraciones... ¿Se mistifican o mitifican?

¡Qué tristeza! ¡Viajan a Montevideo los hijos de Saravia (¿por qué no lo hace el padre?) y la juventud los colma de agasajos, les da banquetes y les forma séquito, y bien recordarás que los pobres muchachos, salvo la guapeza hereditaria, no tienen más cualidad que la de saber jinetear potros, decir paradas, y usar corbatas de la bandera oriental, chambergo requintado y clavel

* El presidente Juan Idiarte Borda fue asesinado por Arredondo, y asumió la magistratura Juan Lindolfo Cuestas, que hizo la paz con el Partido Blanco insurrecto. (C.M.R.)

blanco en la oreja! Y lo mismo que con Saravia y su prole, pasa con los demás militares de menor cuantía surgidos de la partida del 97, también ídolos gauchos con redoma y santuario. ¿Qué extraña morbosidad ha determinado en ustedes esa inexplicable devoción al fetiche de ñandubay?

¿En ustedes, inteligentes, estudiosos y altivos?

Puedes creer que si algún dolor he experimentado al escribir mis epístolas precedentes, nada me ha sido tan penoso como constatar y hacer públicas estas verdades. Conservo más de un recuerdo grato y cariñoso de ustedes y de ese pedazo de tierra, y suaves sedimentos de mis pasadas veleidades, y sé que al sinapismar las llagas produciré grandes escozores. No te ofendas. El enfermo nunca guarda rencor al médico que trata de curarlo. Afmo.,

Florencio Sánchez.

APENDICE:

CIENCIA POLITICA*

por Florencio Sánchez (a) Jack the Ripper

Examen de incorporación.
—Dígame usted, señor examinado, ¿qué es política?
—Es la ciencia que enseña a vivir del presupuesto.
—¿Qué cosa es el presupuesto?
—Es el puchero nacional donde todos anhelan meter la cuchara.
—¿Cómo se divide la política?
—Se divide en partidos.
—Muy bien. ¿Puede usted decirme cuántos partidos hay?
—Dos: el de los que están encima y el de los que están debajo.
—¿Cómo funcionan esos partidos?
—Los de abajo gritando contra los de arriba, y los de arriba aplastando a los de abajo.
—¿Suelen invertirse esas funciones?
—Sí, señor; por medio de un cambio de papeles que determina una *revolución*.
—Y, entonces, ¿qué sucede?
—Sucede que los que han aplastado gritan y los que han gritado aplastan.
—Perfectamente. ¿Quiere decirme para qué sirven las revoluciones?
—Para que la cola del organismo político se convierta en cabeza y la cabeza en cola.
—¿Se obtiene por medio de esta inversión algún beneficio público?
—No, señor; porque el orden de los factores no altera el producto.
—Bien contestado; pero, ha de saber usted que en la variación está el gusto, ¿eh?
—Sí, señor.
—¡Hemos concluido!
Tin.
El secretario:
—Aprobado.

Jack the Ripper

*Esta página se publicó en el periódico anarquista bonaerense *El Sol* el 1 de marzo de 1901. (C.M.R.).

EL CAUDILLAJE CRIMINAL EN SUDAMERICA (ENSAYO DE PSICOLOGIA)*

Florencio Sánchez

JOÃO FRANCISCO

COMO ÚNICO recuerdo doloroso de las últimas reyertas partidistas de la vecina tierra, ha subsistido el de los degüellos, incendios, saqueos y depredaciones de todo género cometidos en las fronteras riograndenses**. Si se tratara de un simple desborde de la delincuencia común, lógico en circunstancias tan propicias a la impunidad, solo quedaría esperar que la justicia ordinaria aplicara su sanción a los hechos; pero ellos tienen su significado excepcional, pues son efecto de hábitos regresivos que florecen todavía por aquellas regiones y que conviene poner en claro, analizar y juzgar en homenaje a la cultura de esta América que tanto oscurecen y agravian.

Los diarios han esbozado algunas crónicas de la vida fronteriza, perfilando a través de relatos espantosos la silueta de un personaje, señor de vidas y haciendas en Río Grande, João Francisco, que a fuerza de aparecer malvado y sanguinario va tomando en la imaginación popular los contornos de algunos de nuestros señores feudales de la Edad Media argentina.

João Francisco, que en la realidad se excede a su reputación, es una simple resultante del ambiente en que actúa, encarna los sentimientos, las pasiones y las modalidades del medio. Transplantado a Buenos Aires o a la última provincia argentina a lo sumo llegaría a ser un interesante ejemplar de delincuente; en la frontera riograndense es señor feudal.

Quien estas líneas escribe ha vivido largo tiempo en aquellas regiones; ha frecuentado sus hombres y observado las costumbres, de modo que se considera habilitado para abordar el tema, verazmente aunque más no sea, desenvolviéndolo en la forma a su juicio menos monótono: la forma episódica y anecdótica.

* Damos el texto íntegro de está obra según la edición de Buenos Aires, Eudeba, 1966, a cargo de E.M.S. Danero. (C.M.R.).

** Como la publicación original es de mayo de 1903 en la ciudad de Buenos Aires, se comprende la referencia a Uruguay y Brasil. (C.M.R.).

Vamos, pues, a hacer crónica, que parecería novela a no mediar en la historia del caudillaje criminal americano un documento tan genial como el *Facundo* de Sarmiento.

La parte sur de Rio Grande, comprendida entre Santa Ana de Livramento y Uruguayana, ofrece un tristísimo aspecto de atraso e incultura. Está dejada, como quien dice, de la mano de Dios. Poco poblada, sin medios fáciles de comunicación, desenvolviéndose su vida económica por la explotación más primitiva de la ganadería, en manos de escasos propietarios, su comercio es generalmente a base del contrabando y el abigeo; sin escuelas, sin templos siquiera, sin instituciones de ninguna especie, salvo la de la autoridad a cargo del más fuerte y bárbaro, iba, sin embargo, evolucionando progresivamente hasta que sobrevino la revolución de 1893. Tres años de guerra demolieron toda la obra de progreso dejando la simiente regresiva de la antropofagia política.

Santa Ana es el centro principal de operaciones de João Francisco. Es una ciudad de aspecto colonial, como todas las de la provincia, excepto aquellas en que ha gravitado la influencia de la inmigración alemana. Está situada frente a Rivera, población uruguaya, formando casi un solo pueblo; ambos se diferencian por la edificación moderna de este último y por costumbres fundamentalmente opuestas.

Su comercio es fuerte y nutrido por el contrabando con el Uruguay, su sociabilidad precaria, y cosa no extraña, hay más espíritu supersticioso y fetichista que religioso. Solo tiene una iglesia a medio derrumbar, atendida por un párroco que más bautiza que dice misas, y que viste de particular.

En cambio se habla de política. Antes, cuando había opositores (hoy los que no han sido degollados viven en territorio oriental o se han instalado en los grandes centros de población), se debatían los dos bandos. Ahora se pelean ellos solos por preponderancias personales, pero como João Francisco no tarda en poner coto a esas rencillas se quedan sin asunto, y entonces la emprenden contra los jefes y oficiales de los batallones allí destacados por el gobierno central del Brasil y empleados de reparticiones nacionales, como la de aduanas. Recientemente los telegramas nos informaban que la población de Santa Ana se había alzado en armas pretendiendo linchar al jefe de la receptoría, un tal Frontoura, quien a su vez se había atrincherado en sus oficinas. Ignoramos cómo terminó el conflicto, pero asuntos de esta índole constituyen el pan nuestro de cada día para los buenos santanenses. João Francisco es, por supuesto, el dios de allí. «Noli me tangere».

¿Que a don Fulano de Tal, sospechado de maragato* le han cortado la cabeza; que el pardo Cipriano apareció con los dientes al sol; que la estancia tal ha sido asaltada, incendiada y degollados sus habitantes?... La noticia corre como un rayo, se comenta sin regocijo pero también sin indignación, y cuando dos amigos se encuentran en la calle al comunicarse sus impresiones:

* La Maragatería es una región leonesa cercana a la ciudad de Astorga, que se dedica a la arriería. Aquí se usa como el nombre del bando imperial y conservador en las guerras civiles del Brasil de fines del siglo XIX. (C.M.R.).

—¡Fue la gente de João Francisco!— se susurran, bajando la cabeza. Para hablar de esas cosas no se puede alzar mucho el cuello, pues hasta la atmósfera tiene filo.

Hay que hacer notar, no obstante, que por allá no se justifican todos los crímenes.

—¿Para qué degollar a ese pobre diablo?... ¡Si hubiera sido jefe o caudillo, menos mal!...

EL DEGÜELLO

La costumbre los ha hecho familiarizarse tanto con el degüello, que él constituye la forma única del homicidio y hasta del suicidio. Si se pudiera hacer una estadística exacta de la mortalidad en aquellas regiones, tendríamos que el mayor porcentaje lo daría la muerte violenta y por degüello. Cierto que la «garrucha» (pistola) se emplea con frecuencia, pero no lo es menos que el sujeto que mata a otro de un balazo lo degüelle en seguida.

En las disputas no se oye jamás decir, «lo mataré a usted» o «te romperé el alma», sino «cuando lo agarre lo degüello», y creemos que hasta el acreedor manda mensaje así: «si no me paga lo degüello», pues más de una vez hemos oído recados de esta especie: «dígale a fulano que se deje de jeringarme la paciencia con el pelito, porque el día menos pensado, lo mando degollar».

¡El intendente de policía de Santa Ana nos contaba que cada vez que se cometía un crimen y el criminal era reducido a prisión, desfilaban por su oficina docenas de personas pidiéndole que le prestara el preso un ratito para degollarlo!

Por supuesto que pocos casos como éste se han dado. Los criminales, si la fechoría es muy gorda y saben que se les conoce, huyen a tierra oriental, si no se quedan tan tranquilos o van a presentarse voluntarios al regimiento de João Francisco; pero por grande que sea el delito, habiendo sido las víctimas gentes desafectas a éste, gozan de completa impunidad y hasta de privilegios.

Los únicos individuos que suelen ir a la cárcel son los contrarios a la situación, y por poco tiempo desde que no tardan en ser ajusticiados o «escaparse», como se dice, por el habitual procedimiento del degüello.

Y si eso ocurre en un centro de población, puede imaginarse lo que sucederá en la campaña. Por de pronto, la despoblación es tan grande ya, que en la vasta zona dominada por João Francisco, no va quedando otra gente que la de su regimiento, cuyas patrullas la recorren constantemente haciendo retumbar en los pedregales los cascos férreos de sus caballitos serranos. Sobre la frontera, ranchajes de pobrerío habitados por mujeres y chicos. Ni un hombre. El marido o el padre, si no ha sido degollado, anda a monte, en los capones de la sierra, o emigrado en la Banda Oriental*. Si alguna vez

* Nombre colonial del territorio dependiente del virreinato del Río de la Plata que constituye la mayor parte de la actual república Oriental de Uruguay. (C.M.R.).

la cria lo atrae al pago, no tarda en amanecer atravesado sobre un camino, con la cabeza separada del cuerpo. Sus deudos irán a plantar una cruz en el sitio en que lo hallaron, pero la primera patrulla que pase la arrancará para hacer fuego.

En Caty, el campamento de João Francisco, se sabe el nombre, la filiación y las costumbres de cada uno de los moradores de la sierra, y bien puede el desdichado que cae en desgracia ir atándose los calzones. Más tarde o más temprano ha de caer. Para él, ni el territorio uruguayo será refugio seguro; al saberse su paradero no tardará en allegársele un emisario de João Francisco para darle la feroz cuchillada.

Y no son los maragatos, los enemigos políticos, los únicos que caen, sino todo aquel que se haya hecho desagradable a la hiena por cualquier circunstancia, por haberle robado un caballo o un amigo, por haber murmurado, por haber tenido una disputa con un soldado, por emborracharse en una pulpería, por no pagar una cuenta, por haber dado refugio a un perseguido, por defender la honra de su china...

Un día, viajando con el propio João Francisco, nos salió al encuentro una vieja moradora de un rancho y conocida de nuestro hombre. Iba a quejarse de que un sujeto le habia hecho quién sabe qué tontería, matarle un perro, nos parece.

—Bueno, viejita; vaya tranquila. ¡Lo voy a mandar degollar!— le respondió João Francisco.

¡Y al primer destacamento que encontramos le impartió la orden!...

El gobierno central del Brasil está representado por numerosos batallones destacados en Livramento, Cuareim y Uruguayana, las tres villas del feudo medieval de João Francisco.

Es curioso el papel que desempeñan esas fuerzas obligadas a mantenerse neutrales, impasibles, con respecto a la autonomía provincial ante tanto desmán.

Y lo más raro es que, viviendo en perpetuo conflicto con João Francisco, no hayan podido hacer nada para remediar aquella situación. De esos conflictos hemos presenciado uno que no puede quedar en el tintero.

Cierta noche tomábamos el fresco sentados a la puerta de un hotel de Santa Ana. De repente vemos grupos de gente que huía en todas direcciones.

—¡La leva!...¡La leva!...

El camarero que nos servia, nos grita al pasar disparando por nuestro lado:

—¡Escóndase, mozo!... ¡La leva!...

Nuestras buenas relaciones con la situación nos ponían a cubierto de todo riesgo. Quisimos indagar, darnos cuenta del espectáculo. Inútil. El pánico era tan intenso y contagioso, que no tardamos en optar por el discreto consejo del *garçon*.

A la mañana siguiente, el capitán Bernardino, un oficial tan *chic* y tan tenebroso como su hermano João Francisco, nos explicaba el caso: era la aplicación de una ley de Varela Ortiz, contra el juego. João Francisco hacía de cuando en cuando *razzias* semejantes, comenzando por los gritos, ¡con lo

cual llenaba el doble objeto de remontar su regimiento y combatir el cáncer del juego!...

A invitación del mismo capitán presenciamos poco después la partida para Caty de los reclutados aquella noche: unos ciento cincuenta hombres de toda condición social y pelaje. Se les hizo desfilar para escarnio público por las calles principales, arrebañados, bajo la custodia de unos veinticinco lanceros, que iban azuzándolos con el silbido peculiar del arreador de haciendas y a veces hasta picaneaban a los remolones con el canto de la lanza.

—¡Marcha!... ¡Marcha!... ¡Marcha!...

En el camino, de rato en rato, un soldado ensanchaba la ronda metiendo su caballo por la vereda y un desgraciado más, un incauto transeúnte, iba a engrosar la tropa. Recordamos que un pintor rengo, con gorro de papel, el tarro de pintura en una mano y la regla en la otra, cayó entre los últimos.

De repente, la extraña comitiva se detiene y se arremolina. Suenan clarines y tambores y vemos tropas haciendo ostentoso despliegue. Poco después, reclutados y guardia, ratones y gatos, desaparecían por el amplio portón del cuartel.

¿Qué había ocurrido?

Una friolera: mezclado con los prisioneros iba el segundo jefe del regimiento 5° de caballería y al pasar frente a su cuartel se había hecho reconocer por la guardia y ordenado la operación que hemos descrito.

El incidente conmovió en extremo a los santanenses, fue como un sometén de la pública novelería. A la noche estaba declarado el estado de guerra entre los representantes del gobierno central del Brasil y João Francisco, y al amanecer del siguiente día los batallones federales habían tendido sus líneas y las avanzadas del regimiento de João Francisco coronaban las alturas dominantes de la ciudad.

Pero, felizmente, sólo el telégrafo hizo el gasto.

Supimos más tarde que João Francisco, conociendo las aficiones timberas del jefe aludido, su enemigo, había ordenado la *razzia* con el especial objeto de darle un mal rato.

LAS REVOLUCIONES

Hemos dicho que la revolución riograndense de 1893 acabó con los escasos progresos de cultura y civilización de aquellas zonas.

Creemos no haya en la historia de América precedentes de una guerra civil más implacablemente sanguinaria y bárbara. Han llegado hasta aquí espeluznantes relatos de degüellos, violaciones, incendios, masacres de prisioneros, pero menester es haber atravesado las zonas devastadas de aquella provincia, a raíz de la terminación de la guerra, y oído a los protagonistas de la gran tragedia, emocionados aún, relatar sus escenas, para darse cuenta justa de lo que allí pasó. Quisiéramos trazar como antecedente útil a las constataciones de esa crónica, una síntesis de aquellos salvajismos, pero tememos que no nos basten todas las páginas de esta revista.

Que la supla entonces la imaginación pública exhumando sus recuerdos más lúgubres al respecto, sin excluir el de las depredaciones macedónicas de todo tiempo. El recuerdo del combate de Río Negro, en que trescientos prisioneros fueron encerrados en un corral de piedra de donde los sacaron uno por uno, a lazo, para desjarretarlos y degollarlos como reses, es uno de los episodios de menor cuantía, así como escasa importancia tiene en relación a las demás herejías, el hecho de que a un joven revolucionario le hicieran comer carne asada de su propio padre.

João Francisco, siempre él, fue la figura descollante de la frontera en esa guerra. Al frente de una fuerza poco numerosa, jamás quiso alejarse de las fronteras, campando por sus respetos durante los tres años de la guerra, sobre una zona de más de 600 leguas. Fue hábil y previsora su resolución.

—Los revolucionarios derrotados en el interior tendrán que arrimarse a la frontera oriental para reponerse y allí... ¡yo los barajo en mi lanza!— decía. Y si en algo hubo error fue en lo de la lanza, pues lo que barajó a los insurrectos fueron su faca y la de sus milicos. Con las alternativas lógicas corrió de victoria en victoria; mejor dicho, de carnicería en carnicería, y al cabo de la revolución pudo mandar al gobernador Castillos, el parte memorable de Varsovia: en la región no quedaba más bicho viviente ni más casa en pie que él con sus contingentes.

Saldanha da Gama con sus trescientos hombres, gente de mar toda, y un brillante estado mayor de oficiales y aspirantes de la escuadra, a pie, sin medio alguno de movilidad, aunque con bastantes armas y municiones, se fortificó sobre una meseta apoyando sus trincheras en la costa misma del río Cuareim, línea divisoria, en previsión del desastre. Proveían de víveres al campamento unos cincuenta gauchos, al mando del comandante Chico Rivero, una brava lanza.

João Francisco acechaba los movimientos de la fuerza invasora y la había dejado obrar temiendo que un ataque antes de tiempo le hiciera perder la presa; cuando supuso a los enemigos en condiciones de hacerse fuertes, se decidió a tirarle el zarpazo. La operación fue de una simplicidad terrible.

Ordenó a sus hombres, unos seiscientos, que avanzaran hasta las trincheras, montados, al trote y haciendo fuego. Aquello era descabellado. Los marineros de Saldanha diezmaban impunemente a semejantes locos, pero el avance seguía. De repente, los clarines de Saldanha echan diana; el enemigo, que había llegado a unos cincuenta metros de las trincheras, volvía grupas en evidente desmoralización. Chico Rivero se lanza entonces con su caballería a consumar la derrota.

—¡Vuelta cara y sable en mano!— bramaron los oficiales de João Francisco. Y a los pocos segundos se produjo el infernal entrevero sobre el campamento mismo de Saldanha.

João Francisco había previsto, con la intuición del avezado a la guerra gaucha, la salida del impetuoso jefe de lanceros. Su táctica era provocarlo y batirlo después, aprovechando los momentos en que el enemigo no podía hacer fuego, para caer como tromba sobre el campo fortificado.

—¡No quedó ni uno!— nos decía el mayor Tambeiro, nuestro cicerone en

una excursión reciente al sitio del suceso. El mayor Tambeiro fue el matador glorioso de Saldanha[1].

Sentados sobre una de las trincheras, todavía en pie, de los desdichados vencidos, nos narró el episodio con la más estudiada modestia. Durante el entrevero se echó a perseguir a un hombre muy maturrango que galopaba en caballo de raza hacia el Estado Oriental.

—¡Respéteme! ¡Soy el almirante Saldanha!— gritó el prófugo al sentirlo cerca.

—¡Esos son los que me gustan!— le dije, y lo levanté en peso con mi lanza.

En realidad, no creyó que fuera Saldanha. A saberlo lo agarra vivo, porque estaba desarmado y llevaba un brazo en cabestrillo, y seguro que habría sacado mayor provecho.

Sobre el campo quedaron insepultos todos los cadáveres. Hoy todavía se ven blanquear centenares de osamentas.

—¿Pero, nadie se rindió?

—No hubo tiempo. Cuando nos dimos cuenta no quedaba ninguno vivo. La muchachada estaba caliente con los marineros... ¡Vea qué linda rebanada!...— Se interrumpió alzando del suelo un cráneo que tenía la parte posterior tronchada, indudablemente ¡de un solo golpe de sable!...

Nos contó después este episodio:

«La tropa se entregó al *carcheo*, y como todos los cadáveres quedaron desnudos nos fue imposible reconocer al almirante. Por suerte, el comandante João Francisco tenía dos prisioneros, dos aspirantes ¡pobrecitos! muy jóvenes, que lloraban como chicos. A ellos se les pidió que nos lo señalaran, pero las horas pasaban y el almirante no era hallado. Les amenazaron con degollarlos si no despachaban pronto, comprendiendo que no querían entregar el cuerpo de su jefe; entonces uno de ellos señaló un muerto.

«—Este es— dijo.

«Algunas señas coincidían pero nos dimos cuenta, por las manos gruesas, la deformidad de los pies y el desaseo del cuerpo, que nos mentía.

«João Francisco lo hizo degollar en presencia del compañero por haberlo engañado.

«El otro muchacho, intimidado, nos indicó el cadáver, ¡pero João Francisco le hizo cortar la cabeza en el acto, por cobarde!

«El cuerpo de Saldanha, horriblemente mutilado, fue envuelto en un cuero fresco y mantenido largo tiempo como trofeo por el vencedor, hasta que sus amigos pudieron darle sepultura piadosa en el cementerio de Rivera, población oriental».

Y entre el cúmulo de episodios tan horrendos que conocemos, oídos a los mismos actores de la tragedia, elegiremos el siguiente, que cierra siniestramente la digresión.

João Francisco tuvo la tétrica voluptuosidad de mantener su gente acampada sobre el mismo campamento de Saldanha todo el tiempo que los mias-

[1] El mayor Tambeiro se llama Salvador Lena, y es nacido en Tacuarembó, Uruguay. (Nota de *Florencio Sánchez*).

mas lo permitieron. Lo hacía con el fin de familiarizar la tropa con el espectáculo de la muerte, y de tal manera logró su objeto que en esos días la milicada se entretuvo en desollar los cadáveres para trenzar con piel humana maneas y presillas del apero, ¡prendas muy estimables en aquellas regiones, que se exhiben como testimonios de valor y que algunos supersticiosos conservan como amuletos contra las balas!

¡Y jamás olvidaremos la impresión que nos produjo oír a los oficiales de João Francisco relatar entre grandes carcajadas, cómo se divertían los milicos haciendo probar a sus compañeros más zonzos carne asada de los *dijuntos*, o describir una macabra disparada de caballos del campamento arrastrando los cadáveres que habían servido de estacas a la soldadesca para mantener la soga!

EL CAUDILLO

Lo habréis imaginado, sin duda, un indio alto, empacado, cerdudo, con la cara llena de tajos, viruelas y costurones, y si no bizco, tuerto. Sus mentas, su trágica reputación tantas veces encarecida, parece no admitir otra fisonomía ni otra encarnadura que la consagrada en las mentes por las vulgarizaciones del lombrosianismo, y tal es nuestra certidumbre de que se ha acendrado este juicio en el público, que tememos, al concluir el retrato del gran vándalo riograndense, se nos grite: ¡Mentira! ¡Falsedad!

Se dirá: ¡No puede ser joven, ni buen mozo, ni fino, ni elegante, ni culto, ni amable, ni espiritual, semejante bellaco! Empero, no tenemos más remedio que resignarnos a conceder a João Francisco Pereyra de Souza, la atenuante de ciertos adornos físicos y morales.

¿Cómo es, en resumen?

Imaginaos al coronel Ricchieri, o a cualquier otro militar nuestro tan arrogante pero más esbelto, que use como él barba y perilla renegridas, aunque más discretamente proporcionadas; que vista uniformes modernos con mundano desempacho; ni muy alto ni muy bajo: de gesto apacible; graduado por la expresión sonriente, un tanto aduladora, de los labios; nariz perfectamente perfilada; ojos muy negros, curioseando a través de unas pestañas que se dirían «crayonadas» por un Moussion cualquiera; afeminadlo un poco más, suponiéndole manos pequeñas, suaves, devotamente cuidadas, y, en la tez, pigmentaciones de mujeril sonrojo y, toque más o menos, tendréis al caudillo en pinta.

Complementan estas exterioridades, la más correcta desenvoltura de modales, la fuerza y pulcritud de la dicción, amoldada la voz a las blanduras del idioma portugués, tan melodioso.

No es verboso, pero no hace que le arranquen las palabras con sacacorchos. Se expresa como persona de buen tono, sencilla, agradable, fluidamente, aunque a veces incursione por su conversación el orador un poco ampuloso que todos los brasileños llevan dentro, y hasta el erudito, traducido en citas no siempre vulgares.

Para consuelo del lector, que ya nos supondrá intenciones de abusar de su credulidad con este panegírico de las prendas personales del sujeto, anotaremos una falla que no le hemos señalado aún, porque tampoco se la pescamos a primera vista: la mirada del hombre, la mirada, síntesis de pasiones y sentimientos.

La leyenda atribuye a todas las grandes personas que ha tenido la humanidad en forma de conquistadores, aventureros, políticos, genios de la guerra, tiranos de pueblos o asesinos sueltos, la característica de la mirada: aguda, acerada, punzante, fría, sórdida, escrutadora, de águila, en fin. Las pobres águilas pueden estar tranquilas esta vez. João Francisco no tiene mirada de águila. Sólo debe tener mirada de João Francisco o de alguna fabulosa ave de garra; y decimos debe, porque, en realidad, no la pudimos ver bien: cada vez que nos ha mirado desde adentro de sus ojos, hemos bajado los nuestros, sintiendo la piel erizada y no pocas tentaciones de llevar la mano al cuello. Se diría que mira con el filo de un facón.

No tiene biografía, precisamente. Ninguna escuela, ninguna academia, ningún Saint-Cyr ha botado a las fronteras brasileñas este extraño militar. Un gauchito ladino, merodeador, oficial de preboste, justicia de partido, tropero de votos electorales, contrabandista, jefe de gavilla en sus mocedades; no se le conoce ni aun nacionalidad exacta, pues hay quien asegura que es uruguayo y da visos de certidumbre a esta afirmación el hecho de que sus padres han estado y están radicados en tierra oriental. Por lo demás, es común que los hijos de brasileños nacidos en el Uruguay, cerca de las fronteras, se consideren brasileños, si ya sus genitores no los han nacionalizado, cristianándolos en el Brasil.

La celebridad de João Francisco data de su primer crimen de resonancia. El año 95, si mal no recordamos, era capitanejo de partida; invadiendo el territorio uruguayo hizo degollar a dos guardas aduaneros de esta nacionalidad, uno de ellos el teniente Cardozo. El atentado tuvo estrepitosas repercusiones: Montevideo se indignó: su juventud, en algarada patriótica, se lanzó a las calles y hubo de asaltar la legación brasileña; funcionaron activamente las cancillerías y ocurrió lo de siempre. A pesar de todas las promesas diplomáticas, João Francisco continuó en su puesto, haciendo méritos para consolidar su fama que la justa indignación de los uruguayos había hecho llegar a los límites de lo siniestro y repugnante. Aquel jacobino de Julio de Castilhos, sentía peligrar su estadía al frente del gobierno de Río Grande y necesitaba mantener sobre las armas a ese hombre de acción que tan buenas pruebas comenzaba a dar de su audacia y de sus agallas. Si la acertó lo prueba su actuación en los sucesos revolucionarios, en la forma tan descollante que hemos relatado ya.

¿Dónde, y cuándo adquirió su cultura militar? Misterio. El hecho es que si el más adelantado de nuestros militares revista hoy el regimiento de João Francisco, nada tendrá que reprochar en punto a organización, disciplina y aprovechamiento científico.

El efectivo ordinario de su tropa es de ochocientos hombres, y hay que notar la particularidad de que si bien el arma es la caballería, esos ochocientos

hombres formarían sin dificultad como infantes, evolucionando correctamente, y serían capaces de sustituir al más experimentado regimiento de zapadores. Ha logrado João Francisco la más alta expresión del automatismo en sus soldados.

EL CAMPAMENTO DE CATY

Todo el sur de Rio Grande es en extremo accidentado. Entre abruptas serranías, próximas al Cuareim divisorio, en una profunda y amplia hondonada está situado el cuartel y campo de maniobras de João Francisco, el Caty famoso.

De lejos es un pueblo, o mejor una toldería, pues rodean las reparticiones del cuartel, todas de paja y adobe, construidas por la misma tropa, centenares de ranchitos que sirven de vivienda a las familias de los soldados. La vida militar es la de todos los cuarteles, con la única diferencia de que el soldado franco no lo abandona nunca. Bajo el punto de vista pintoresco, mucho y muy lindo se podría contar, pero no es del caso.

Hablemos del milico. Invariablemente joven, fornido; bruto para otra cosa que no sea el servicio y la comprensión de la disciplina, desde que para estar donde está menester le ha sido renunciar para siempre a su individualidad y sabe que la menor falta le cuesta la vida; inconsciente desde luego, y de sentimientos ¡imaginaos qué negrura! Ha ido al cuartel, *guri* todavía, llevado por la *leva*; o si no voluntariamente, después de haber degollado, por lo menos, una familia, con chicos y todo, lo que le da el título más que eficaz de enrolamiento.

Estos son los únicos voluntarios del regimiento. Frugal y sobrio, solo bebe caña cuando está muy lejos de la vista de sus superiores, seguro entonces de que no lo han de descoyuntar de una estaqueadura; su espíritu de compañerismo es acendrado; no pelea a sus congéneres, ni les hurta nada, pues lo único que la disciplina permite robar impunemente es la china*.

Cualquiera de los ochocientos soldados entra en estos lineamientos: todos son iguales.

Como la vida en Caty se nos ocurriera monótona, un oficial nos sacó de dudas diciéndonos que cuando la faena militar no los ocupaba mucho tiempo, se entretenían en aplicar todos los castigos en cartera; entre estaquear a uno y apalear a otro transcurría más agradablemente el tiempo.

—Mire, tenemos un negro estaqueado porque le robó una guitarra a un compañero. ¿Quiere verlo?

Allí estaba, como un sapo panza arriba, suspendido entre las cuatro estacas por las guascas ceñidas a sus miembros. Nos miró sonriendo:

—¡Pida por mí, *seu tenente*!— suplicó.

—¡Te viá dar, negro del diablo, robar guitarras!...—Y habiendo tanteado la tensión de las amarras, llamó al cabo ejecutor—. ¡Estire más esta prima,

* En el Río de la Plata, sinónimo de mujer campesina. (C.M.R.)

que está baja—... ¡Y ahora esta bordona!... ¡Ajajá!...— Los huesos del negro crujieron. El oficial, después de haber amenazado al cabo por haber templado tan mal aquella guitarra, volvió hacia nosotros satisfecho y como invitándonos a celebrar su delicada espiritualidad.

João Francisco no reside en el cuartel sino en su estancia, en las inmediaciones, donde tiene su familia. Ha montado la máquina de exterminio, la ha probado bien y emplazado mejor; mientras no llegue el momento de hacerla funcionar —por más que siempre tenga en acción alguna de sus reparticiones accesorias— nada le queda que hacer con ella. La visita y la examina de cuando en cuando, con ternuras de autor satisfecho.

En la estancia vive apaciblemente, sin mayores preocupaciones, morrongeando entre las tibiezas afectivas del hogar.

Sus ocios los mata con la lectura.

Se ha provisto de una buena biblioteca y lee, lee con avidez, asimilándolo todo con la estupenda facilidad que delata su cultura tan rápidamente elaborada.

Una noche ha leído el relato de una brillante operación militar y a la mañana siguiente la hace reproducir con sus tropas en el paraje más oportuno, cueste lo que cueste, que bien puede ocurrírsele representarse la hondonada de Waterloo sin que tenga reparo en hacer descrismar trescientos soldados en la barranca más próxima.

Vuelto a su casa, se tenderá en un diván, encenderá un *charuto* y se pondrá a dilucidar si las caballerías francesas han podido hacer esto o lo otro.

La política provincial o nacional brasileña lo inquietan poco: la sigue, analiza los sucesos sin mayor apasionamiento y siempre a la expectativa, confiando en que su gran amigo, el doctor Julio de Castilhos, gobernador de hecho de Rio Grande, proveerá por él y le dirá lo que haya que hacer. De su parte, a menudo envía a Castilhos la invariable información, indudablemente recogida en los cementerios: «Los enemigos siguen tranquilos, no se han movido».

Tampoco le preocupan sus negocios personales: son eternamente prósperos; ni las repercusiones de sus sonadas barbaridades, que lo hacen sonreir desdeñosamente; ni los eternos conflictos de sus tropas con las fuerzas federales destacadas en la región. Podría sacarlo de quicio una opinión como ésta sobre su personalidad, pero solo para lamentarse de que la distancia le impida mandarnos degollar por el negro Conceição, su sargento de órdenes y ejecutor de excepcionales comisiones, algo así como el facón de gala de su nutrida armería.

¡Ni la satisfacción de denunciar en ese hombre noches atormentadas por el insomnio o por la pesadilla terrorífica, podemos tener en revancha de sus siniestras actividades! ¡Sus centenares de víctimas no acuden a su mente en macabras rondas borbotando venganza por los sangrientos tajos de los cuellos!... No sueña con puñales ni con bombas, ni tósigos. Duerme como un bendito y hasta ronca.

Tampoco teme que lo maten como su rival el «gran enfermo de Oriente».

Hemos solido encontrarlo sin escolta, viajando entre escabrosas serranías, tan confiado...

João Francisco es devoto. Y, ¿sabéis cuál es su religión? Cierto día le preguntamos:

—¿Mis creencias? Soy positivista; ¡pertenezco a la religión de la humanidad!

EN RESUMEN

¿Qué aspira? ¿Cuáles son sus proyecciones? ¿Es un voluptuoso, un refinado cultor de la muerte, simplemente?

Estamos sin información a este respecto. Nada hemos podido adivinarle. Quizá... lo último, quizá un caso de misticismo político, quizá —todo cabe en el terreno de las conjeturas— se trate de un megalómano acariciando en sus ensueños la idea de un futuro imperio sobre los hombres y las cosas de su tierra, cuya realización espera como un predestinado, quizá, y ganas nos dan de optar por esto: no sea nada más que un vándalo con aspiraciones reducidas a una simple preponderancia de pago.

Lo que es innegable, como la afrenta que para la cultura americana representa su actuación en Rio Grande, es que mientras le dejen alas subsistirá con él un peligro para la civilización.

FEDERACION OBRERA REGIONAL URUGUAYA (FORU) TEXTOS*

DECLARACION DE PACTO Y SOLIDARIDAD

CONSIDERANDO: Que el desenvolvimiento científico tiende, cada vez más, a economizar los esfuerzos del hombre para producir lo necesario a la satisfacción de sus necesidades; que esta misma abundancia de producción desaloja a los trabajadores del taller, de la mina, de la fábrica y del campo, convirtiéndolos en intermediarios y haciendo con este aumento de asalariados improductivos cada vez más difícil su vida; que todo hombre requiere para su sustento cierto número de artículos completamente indispensables y, por consiguiente, necesita dedicar una cantidad determinada de tiempo a esta producción, como lo proclama la justicia más elemental; que esta sociedad lleva en su seno el germen de su destrucción en el desequilibrio perenne entre las necesidades creadas por el progreso mismo y los medios de satisfacerlas, desequilibrio que produce las continuas rebeliones que en forma de huelga presenciamos; que el descubrimiento de un nuevo instrumento de riqueza y la perfección de los mismos lleva la miseria a miles de hogares, cuando la razón nos dice que a mayor facilidad de producción debiera corresponder un mejoramiento general de la vida de los pueblos; que este fenómeno contradictorio demuestra la viciosa constitución social presente; que esta constitución viciosa es causa de guerras intestinas, crímenes, degeneraciones, perturbando el concepto amplio que de la humanidad nos han dado los pensadores más modernos basándose en la observación y la inducción científica de los fenómenos sociales; que esta transformación económica tiene también que reflejarse en todas las instituciones; que la evolución histórica se hace en el sentido de la libertad individual; que ésta es indispensable para que la libertad social sea un hecho; que esta libertad no se pierde sindicándose con los demás productores, antes bien se aumenta por la intensidad y extensión

* Transcribimos del folleto *Acuerdos del Tercer Congreso Obrero en el Uruguay*, Montevideo, Federación Obrera Regional Uruguaya, 1911, la *Declaración y Pacto de Solidaridad* y las *Consideraciones finales*. El texto del Acuerdo del Quinto Congreso de la F.O.R.A., de 1905, que hace suyo la F.O.R.U. en este congreso de 1911, ha sido incluido en la pág. 138 (C.M.R.)

que adquiere la potencia del individuo; que el hombre es sociable y por consiguiente la libertad de cada uno no se limita por la de otro, según el concepto burgués, sino que la de cada uno se complementa con la de los demás; que las leyes codificadas e impositivas deben en constatación de leyes científicas vividas de hecho por los pueblos y gestadas y elaboradas por el pueblo mismo en su continua aspiración hacia lo mejor, cuando se haya verificado la transformación económica que destruya los antagonismos de clase que convierten hoy al hombre en lobo del hombre, y funde un pueblo de productores libres para que al fin el siervo y el señor, el aristócrata y el plebeyo, el burgués y el proletario, el amo y el esclavo, que con sus diferencias han ensangrentado la historia, se abracen al fin bajo la sola denominación de hermanos.

El Tercer Congreso de la Federación Obrera Regional Uruguaya, declara: Que ésta debe dirigir todos sus esfuerzos a conseguir la completa emancipación del proletariado, creando sociedades de resistencia, federaciones de oficios afines, federaciones locales, consolidando la nacional, para que así, procediendo de lo simple a lo compuesto, ampliando los horizontes estrechos en que hasta hoy han vivido los productores, dándoles a éstos más pan, más alimento, más pensamiento, más vida, podamos formar con los explotados de toda la gran confederación de todos los productores de la tierra, y así solidarizados podamos marchar, firmes y decididos, a la conquista de la emancipación económica y social:

1° Organización de la clase obrera de la República en sociedades de oficio.

2° Constituir con estas sociedades obreras la Federación de oficio y oficios similares.

3° Las localidades formarán federaciones locales; los departamentos, federaciones departamentales; las naciones, federaciones regionales; y el mundo entero, una Federación Internacional, con un Centro de Relaciones u oficina para cada Federación mayor o menor dentro de estas colectividades.

4° Lo mismo en la Oficina Central que se nombre para los efectos de relación y de lucha, que los organismos que representan las Federaciones de oficio u oficios similares, a la par que serán absolutamente autónomos en su vida de interior y de relación, sus individuos no ejercerán autoridad alguna, y podrán ser sustituidos en todo tiempo por el voto de la mayoría de las sociedades federadas, reunidas en Congreso, o por la voluntad de las sociedades federadas, expresada por medio de sus respectivas Federaciones locales y de oficio.

5° En toda localidad donde haya constituidas sociedades adheridas a la Federación Obrera Regional Uruguaya, ellas entre sí se podrán declarar en libre pacto local.

6° Sentados estos principios, base fundamental de nuestra organización, se procederá a la constitución de las Federaciones locales sobre las bases de las ya existentes.

7° *La Federación Obrera Regional Uruguaya*, estará administrada por un Consejo Federal de relaciones, compuesto de nueve miembros, nombrados en cada Congreso, y de un delegado de cada sociedad adherida.

Los primeros constituirán el Cuerpo Administrativo y los segundos el De-

liberativo, y de entre aquéllos, se nombrará un Secretario General, un Secretario de Actas y un Tesorero. Los delegados llenarán las vacantes que se produzcan, y nombrarán el cuerpo de redacción del órgano periodístico de la Federación.

8° Todas las sociedades que componen esta Federación se comprometen a practicar entre sí la más completa solidaridad moral y material, haciendo todos los esfuerzos y sacrificios que las circunstancias exijan, a fin de que los trabajadores salgan siempre victoriosos en las luchas que provoque la burguesía y en las demandas del proletariado.

9° Para que la solidaridad sea eficaz en todas las luchas que emprendan las sociedades federadas, siempre que sea posible deben consultar a sus respectivas Federaciones, a fin de saber con exactitud los medios o recursos con que cuentan las sociedades que las forman.

10° Las sociedades son libres y autónomas en el seno de la Federación Local; libres y autónomas en el seno de la Federación de oficios y de oficios símiles; libres y autónomas en el seno de la Federación Comarcal, como libres y autónomas en el seno de la Federación Regional.

11° Las sociedades, las Federaciones locales, las Federaciones de oficio o de oficios símiles, y las Federaciones Comarcales, en virtud de su autonomía, se administrarán de la manera y la forma que crean más conveniente, y tomarán y pondrán en práctica todos los acuerdos que consideren necesarios para conseguir el objeto que se propongan.

12° Como cada sociedad tiene el derecho de iniciativa en el seno de su Federación respectiva, todos y cada uno de sus socios tienen el deber moral de proponer lo que crean conveniente, lo cual una vez aceptado por su respectiva Federación deberá ésta ponerlo en conocimiento del Consejo Federal, para que éste a su vez lo ponga en conocimiento de todas las sociedades y Federaciones adheridas y lo lleven a la práctica todas las que lo acepten.

13° Los Congresos sucesivos serán ordinarios y extraordinarios. Estos se celebrarán siempre que los convoquen la mayoría de las sociedades pactantes, representadas por sus Federaciones respectivas, las cuales Federaciones comunicarán su voluntad al Consejo Federal, para los efectos materiales de la convocatoria. Para los primeros se fijará la fecha en la sesión de cada Congreso. En cuanto al lugar de reunión, lo fijará la mayoría de las sociedades pactantes, para lo cual serán consultadas por el Consejo Federal con dos meses de anticipación a la fecha acordada por el anterior Congreso, si se trata de los ordinarios.

14° Los delegados ante el Congreso no podrán tener más que una sola representación.

15° Para ser admitido como delegado al Congreso será necesario que el representante acredite su condición de socio en alguna de las sociedades adheridas a este pacto.

16° Los acuerdos de este Congreso que no sean revocados por la mayoría de las sociedades pactantes, serán cumplidos por todas las Federadas ahora y las que en lo sucesivo se adhieran.

17° En cada Congreso se determinará la localidad en que ha de residir el

Consejo Federal y la cuota que deberán abonar las sociedades adheridas para la propaganda, organización y edición del periódico oficial.

18° Este pacto de solidaridad es reformable en todo el tiempo por los Congresos o por el voto de la mayoría de las Sociedades Federadas; pero la Federación pactada es indisoluble mientras existan dos sociedades que mantengan este pacto.

MEDIOS DE ORGANIZACION

El Congreso acuerda el siguiente sistema de organización:

1°. Que todos los trabajadores de cada localidad se organizarán en sociedades de resistencia y de oficio, constituyendo una sección de oficios varios para los que por su escaso número no puedan constituir sección.

2°. Que todas las sociedades de una misma localidad se organicen en Federación local, con el objeto de fomentar la propaganda y desarrollar la organización, dictaminando por medio del Consejo Local formado por los delegados de cada Sociedad, respecto a todos los asuntos que interesan al trabajo.

3°. Que las Federaciones locales de cada Departamento, constituyan la Federación comarcal, y celebren sus congresos de la región, y nombren el Consejo Comarcal que sea el intermediario entre las Federaciones locales, desarrolle la propaganda, fomente la organización y comunique al Consejo Federal, todo lo que se refiera al movimiento obrero, organización y aspiraciones.

4°. Que las Federaciones locales y comarcales constituyan la Federación Obrera Regional Uruguaya, la que celebrará sus congresos Nacionales, en los que los delegados de las sociedades y Federaciones, resolverán todos los asuntos pertenecientes a la gran causa del trabajo y nombrarán el Consejo Federal, que es el centro de correspondencia de toda la República, el intermediario entre todas las sociedades y Federaciones, y la que sosteniendo continuas y solidarias relaciones con todos los organismos obreros de la nación, servirá de medio para que los obreros de este país puedan practicar la solidaridad con todos los trabajadores del mundo, a fin de conseguir su completa emancipación social.

5°. Que las sociedades de un mismo oficio de distintas localidades, constituyan la Federación de oficio, y que las sociedades afines de una o varias localidades constituyan la Unión de oficios símiles.

6°. Nuestra organización puramente económica, es distinta y opuesta a la de todos los partidos políticos, puesto que así como ellos se organizan para la conquista del poder estatual, nosotros nos organizamos para destruir todas las instituciones burguesas y políticas, hasta llegar a establecer en su lugar una Federación Libre de productores libres.

[El Consejo Federal*]

* Después de este texto, que confirma el adoptado en el congreso anterior, y que es idéntico al que sostiene la F.O.R.A. vienen en la publicación que seguimos los *acuerdos* que por su naturaleza coyuntural creemos prescindibles en esta edición. Cierran el folleto las *Consideraciones*, que resumen y dan un balance del Congreso (C.M.R.).

CONSIDERACIONES

Como pueden ver todos los trabajadores que en algo se dediquen al estudio de las cuestiones sociales y de organización obrera, arma poderosa que tienen en sus manos todos los explotados de la tierra para sobreponerse a la explotación capitalista y llegar por medio de su acción directa y su organización a su completa emancipación, lo trascendental y lo importante de este Congreso Obrero si no ha consistido verdaderamente en el número de obreros confederados que han estado representados debido a la poca organización obrera existente en este país, puesto que el número de obreros representados en este Congreso apenas si ha alcanzado a 7.000, según la estadística hecha por el comité organizador de este Congreso, número bastante insignificante por cierto, si se tiene en cuenta que solamente los trabajadores de esta capital alcanzan la cifra de 80.000; en cambio, podemos decir que lo importante de él han sido los acuerdos tomados por los congresales, los cuales han demostrado en la generalidad de los casos estar dotados de conocimientos societarios y de orientación proletaria, lo que quiere decir que la organización federativa era una necesidad sentida, y prueba de ello es que los resultados benéficos de la *Federación Obrera Regional Uruguaya*, vuelta a reorganizarse debido a la celebración de este Congreso, se han palpado ya a pesar del poco tiempo transcurrido desde que ella quedó reconstituida, pues hoy el número de obreros confederados se ha triplicado, y mucho más poderosa tenderá a ser esta Federación si todos los trabajadores y todos los buenos compañeros se empeñan en ello.

Aunemos, pues, nuestras voluntades y aportemos todos nuestros esfuerzos en pro de la gran obra de emancipación social.

Estos son nuestros deseos y deben ser los de todos los proletarios del mundo.

MAS SOBRE LA «DEMOCRACIA»*

Luce Fabbri

ME PARECE necesario volver sobre el tema para ulteriores precisiones. Las numerosas objeciones que ha suscitado en los medios libertarios la postura discriminatoria entre los dos tipos de Estado, el democrático y el totalitario, revelan la natural preocupación de no perder el carácter revolucionario del movimiento anarquista y de no dejar que se diluya y su hunda en las arenas movedizas del demoliberalismo. Debo decir que no comparto demasiado esa preocupación, porque siento íntimamente hasta qué punto somos distintos de las otras fuerzas políticas, precisamente por el hecho de estar inmersos (espero que no sea una ilusión) en el océano de la común humanidad. En él los anarquistas son los eternos opositores: siempre habrán de combatir a los gobiernos y nunca deberán afrontar una oposición desde lo alto de un gobierno. Son los *vencidos* de la historia tal como es entendida comúnmente, que sin embargo vencen parcialmente con cada aumento de libertad y de justicia, pero nunca están conformes con su victoria y siempre van a dar a la cárcel. Su ideal está siempre *«en el horizonte»*, como dice con una frase muy eficaz Emilio Colombo en un reciente artículo suyo (*«La anarquía es el horizonte, no el fin de la historia»* - *«Volontá»* 1982, No. 2, pág. 98). Y se sabe que el horizonte es una inmensa circunferencia de la que somos el centro y que cambia de lugar apenas lo hacemos nosotros. La aceptación de este modo de concebir el anarquismo es la condición de toda visión *realista* de nuestra posición y de nuestra tarea en los sucesivos momentos que vivimos y que viviremos.

No tengo, entonces, ningún miedo a confusiones o absorciones, pues las diferencias no son de grado sino de esencia. Tampoco creo que haya que temer demasiado al tan despreciado *«realismo del mal menor»*, que todos practicamos en la vida cotidiana como antítesis del *«tanto peor, tanto mejor»*, y nunca he comprendido por qué ha de ser tan vergonzoso. Lo que no quiere

* Este ensayo apareció primero en italiano en la revista «A» de Milán (No. 104), y luego en español, en folleto de la Editorial «Reconstruir» (Buenos Aires-1983) (A.J.C.)

decir que convirtamos en centro de nuestra lucha «*la defensa de las libertades adquiridas*». En todo caso, esta defensa será un punto de partida o una cobertura marginal. Tal vez el disenso entre los «*defensores de la democracia*» y los «*antidemocráticos*», en nuestro campo, esté justamente aquí, que estos últimos ven como núcleo de un programa de acción aquello que para los primeros es un escalón en qué apoyar los pies para la subida. Entre democracia y anarquía no hay antítesis, sino progreso. En efecto, entre el derecho de la mayoría en que se basa la democracia y el libre acuerdo característico de los soluciones libertarias, no existe una diferencia diametral sino una diversidad de grado, ya que para nosotros se trata de canalizar los conflictos por medio de la tolerancia, del reconocimiento de los derechos de la minoría y de los individuos, la coordinación federal y la libre experimentación. Pero la preocupación de evitar el dominio violento de la minoría es común a los unos y los otros. Y contra este peligro el tradicional espíritu democrático en sentido amplio constituye siempre una defensa.

¿Que en las democracias hay un constante peligro totalitario? ¿Quién lo niega? Pero también es cierto que el mismo está inmanente en cualquier sociedad, porque está inmanente en el espíritu humano. En 1936, España ha demostrado, no sólo en su territorio sino en las repercusiones de su crisis en otros países (véanse las vacilaciones del gobierno de Blum en Francia), que frente a ese peligro inmanente las democracias son particularmente vulnerables, precisamente por seguir teniendo al poder como perno organizativo. El factor determinante de la derrota de Franco en el primer momento (esto es, hasta que no se coaligaron todos los gobiernos, por acción o por omisión, contra el pueblo español) han sido los anarquistas, que se transformaron naturalmente en la espina dorsal de la espontaneidad popular. Ellos se han movido, más o menos bien, fuera del ámbito de las instituciones democráticas, excepto en el momento en que representantes de la C.N.T. han participado del gobierno, acto que creyeron necesario por desesperada necesidad de guerra, pero cumplido conscientemente en violación de sus propios principios y que sintieron más como una derrota que como una victoria. Y, fuera del estrecho marco democrático, han dado vida a su revolución con tal éxito que se necesitó para aplastarla la combinación del ataque totalitario por las espaldas y de los ejércitos de Franco ayudados por media Europa, ante la indiferencia cómplice de la otra mitad. Pero todo fue posible gracias al trabajo de organización, de propaganda, de elaboración de ideas y de programas (Congreso de Zaragoza) que se había desarrollado en clima democrático antes de julio de 1936. Y todo comenzó el 19 de ese mes con la participación de los anarquistas en la defensa de las libertades básicas junto a todas las otras fuerzas antifascistas contra el ejército sublevado. La ventaja, para nosotros, de la democracia, por limitada que sea, está precisamente en el hecho de que defender algunos de sus aspectos no significa (como frente a un régimen totalitario) defenderla en bloque.

Lo que en cambio no hay que confundir es la libertad del pueblo frente al Estado y las numerosas «*luchas de liberación nacional*», en que lo nacional, que es en el fondo lo estatal, prevalece y, en general, acaba por neutralizar

la «*liberación*». Por desgracia el nacionalismo y la lucha social ahora tienden a confundirse como quizás en ningún momento de la historia. Para nosotros tal distinción debería ser obvia desde la época de la polémica Mazzini-Bakunin, y sin embargo no lo es. Y sí que desde los tiempos en que el resurgimiento italiano era declaradamente antiabsolutista, hasta los nuestros, en que hemos visto a dónde han ido a terminar ciertos movimientos de liberación nacional en Africa y en otras partes (Israel y OLP comprendidos), las cosas en este terreno se han hecho mucho más claras. El movimiento anticolonial es justo, y me imagino que un libertario no puede en ninguna parte sentirse indiferente frente a este tipo de reivindicaciones. Pero su papel será siempre el de poner el acento en la fraternidad entre los oprimidos y explotados del país dominado y los oprimidos y explotados de la potencia dominante. Esto tendría que ser evidente para cualquier socialista. En cambio, esta escala de valores parece tender a restringirse al campo libertario, que independiza la justicia y la libertad de la idea de patria, por más que esta última se disfrace de antiimperialismo. Esto hace que en las sociedades más o menos democráticas los anarquistas tengan, aun en este terreno, un papel muy suyo que desempeñar.

¿REFORMISMO?

Aquellos que piensan que todos los regímenes de base estatal (hasta ahora los únicos existentes) son sustancialmente iguales, ven en quien hace la distinción y procede en consecuencia una actitud reformista, definida como una mayor adaptación a la sociedad actual, como un repliegue a posiciones atrasadas, aconsejado por la tendencia cómoda y realista al «*mal menor*». Ahora bien, por lo menos en lo que me concierne, se trata de muy otra cosa. Se trata de ocupar los espacios todavía libres (y que hay que mantener libres con nuestra cooperación) para el desarrollo de una renovación que debe comenzar en nosotros para difundirse en torno a nosotros, situando todos los problemas en un terreno inédito, de ruptura con la autoridad y la violencia, que son las características del mundo de hoy. Se trata de *redescubrir* que los hombres son hermanos e iguales, pero no uniformes, que viven en función uno del otro, cada uno con su propio mundo individual que defender; se trata de no reconocer el poder (ni político, ni económico) de un hombre sobre otro, en un ámbito que se está transformando más rápidamente de cuanto la razón humana pueda soportar. El hombre no se transforma con el mismo ritmo con que transforma a su alrededor las cosas, y en el torbellino surge la violencia difusa, las ideas se confunden, el individuo desamparado se abandona, por miedo a lo peor, a la omnipotencia del Estado como en un tiempo se abandonaba a la omnipotencia de Dios. Es una pendiente que conduce al abismo.

Para resistir hay que actuar, hay que construir; al mismo tiempo hay que conocer este mundo nuestro incandescente, participando en su proceso fulminantemente evolutivo, y hacerlo desde una posición en lo posible autónoma.

Es una situación que requiere para la supervivencia misma de la especie, una nueva mentalidad, que no esté ligada a los esquemas tradicionales. Y, en primer lugar, hay que salir del círculo vicioso de la violencia que llama a la violencia, y que es siempre autoritaria. En una sociedad como ésta, eso quiere decir tomar entre manos lo que en el mundo actual no es ni violento ni autoritario y hacerlo el punto de partida de un futuro orientado en sentido libertario, insuflándole un nuevo espíritu.

No creo que esto sea reformismo; por lo menos, no es reformismo en el sentido tradicional. Los compañeros de la Comunidad del Sur, aquí en Uruguay, no eran reformistas. Y la suya no era una Colonia Cecilia aislada en los bosques, una «*isla feliz*», sino una célula viva y robusta en el corazón de la ciudad, apta para reproducirse y para servir como punto de referencia. Las colectividades de Aragón y Cataluña, odiadas por el totalitarismo negro y por el rojo, invadidas primero por Líster y después destruidas por el monstruo de la guerra, no eran reformistas.

¿Es reformista decir que hay que estudiar? ¿Que estudiar es la manera *actual* de armarse? En el mundo del próximo futuro, no existirá ningún trabajo separado del estudio, ninguna fuerza que no esté basada en nociones sólidas y organizadas. Y «*saber*» es cada vez más condición de libertad. No hablo de mi generación, que no puede dar ahora sino algunos a lo mejor fútiles consejos; hablo de los jóvenes. ¡Bienvenidos los robots, si harán disminuir las horas de trabajo! Hay necesidad de tiempo libre para la preparación de los hombres y de las mujeres de un inmediato mañana tan exigente. Esto, incluso si se produce la catástrofe de una guerra.

Si los tigres se desgarran y dejan que alguno sobreviva, *después* se necesitará una mastodóntica Cruz Roja y mucha *competencia*, en todos los campos. Es verdad que una guerra muy difícilmente dejaría algo para reconstruir. Y hasta en el caso más favorable, la reconstrucción en tales ruinas sería ciertamente precaria, con poquísimas perspectivas de libertad. El problema, hoy, no es tanto el de prepararse para una utópica posguerra, como el de evitar la guerra. Con todo, ninguna perspectiva futura está libre de ese tremendo «*si...*». Esa condenada y no improbable hipótesis se ha puesto ahora en el horizonte de la humanidad, en calidad de alternativa a las «*utopías*», del mismo modo que nuestra muerte privada está inexorablemente en nuestro horizonte particular. En ambos casos, está allí su presencia, y de ella se habla y en ella se piensa lo menos posible. Pero la muerte colectiva, si bien más terrible (si morimos *todos*, también morimos individualmente *del todo*), no tiene la inexorabilidad de la pequeña muerte personal. La voluntad de los hombres, si es suficientemente intensa y concorde —¿y dónde se debería encontrar mayor concordia que en el instinto de conservación?—, puede evitarla. Algo puede hacerse, incluso no sabiendo cuánto servirá. Sabemos, sí, que cuanto más nos acerquemos a la «*utopía*» libertaria, tanto más alejaremos el peligro de la bomba atómica. La batalla perdida en 1914 hay que combatirla ahora, en el último minuto, en condiciones mucho más difíciles.

Y la apuesta, esta vez, es total. La humanidad —no solo nosotros, pobre, pequeño montoncito de levadura— se juega en esto la vida. Mientras se

almacenan en todo el mundo las armas más sofisticadas, destinadas a «*cerrar las puertas del futuro*» (Dante, Inf. X, 108), incluso sólo para cooperar en el esfuerzo de mantenerlas abiertas se necesita una tensión consciente, basada en el conocimiento de las fuerzas en juego y de su técnica. Y hace falta la palabra nueva, una palabra de libertad y de amor, que parta de un mundo mental ajeno a la trágica mecánica del poder y de la muerte. El Estado totalitario es esencialmente una máquina de guerra (si fuese necesario confirmarlo, bastaría leer a este propósito el extracto de libro de Castoriadis en el N°. 1 de este año de *Volontá*), y en él aquella palabra es sofocada. ¿No es esencial mantener los espacios donde todavía puede ser gritada?

Mas para nada serviría gritar, si no se trabajara en la preparación de aquel mundo nuevo, liberado en la medida de lo posible de la autoridad que genera la guerra. Ahora, luchar creativamente contra el Estado se ha vuelto una cosa muy complicada, por la enorme cantidad de servicios anexados al aparato estatal, que asegura (aunque mal) la asistencia social, la vigilancia de la salud, la observación meteorológica, la lucha contra la contaminación, la distribución de la energía y del agua potable,la organización de los transportes, el correo, las comunicaciones telegráficas, telefónicas, radiales, televisivas, la escuela para todos, las jubilaciones... Socializar todo esto sin excesiva burocracia y sin dejar que nada caiga en manos privadas, o, peor aún, de organismos o partidos que lo utilicen para ejercer el poder, es cosa difícil, que requiere no sólo la fuerza que viene del consenso y del número, sino también competencia en cada uno de aquellos campos (además de una buena dosis de paciencia y tolerancia, que no se diría, pero la revolución española lo ha demostrado son cualidades eminentemente revolucionarias). Es un trabajo de descentralización sobre bases federales de un aparato que hay que conocer a fondo, y conocerlo *antes* que se ofrezca la posibilidad de modificarlo.

Ahora bien, la descentralización de los servicios útiles, la lucha por la intervención en ellos de las fuerzas de base, son posibles sólo en una sociedad democrática y constituyen metas parciales positivas, incluso cuando son «*reformistas*». Y requieren, repito, competencia específica. Se recae siempre en el tema de la necesidad del estudio. Sólo se puede transformar lo que se conoce, y los instrumentos de la transformación se vuelven cada vez más complejos, tan complejos que la generación actual ya está perdiendo pie frente a la que ahora se asoma a la vida de relación. No nos podemos sustraer, ignorándolo, a lo que Alvin Toffler ha llamado «*el shock del futuro*». La humanidad podrá afrontarlo únicamente si deja de ser masa, si cada individuo llega a ser él mismo y a conocer en torno a sí el mundo para darle *su* respuesta. Y actualmente eso se puede obtener sólo al precio del conocimiento y de la colaboración consciente con los semejantes. Pienso que el socialismo libertario (el poco consciente y el mucho inconsciente de sí mismo que existe) es el único que puede colocarse hoy en este terreno.

Sí, uno trae al otro, y queriendo analizarlos todos arriesgamos salirnos del tema. Pero me parece necesario por lo menos enunciar, para el ineludible análisis futuro, los principales puntos a discutir que nacen de esta concepción de nuestra lucha, que según sean sus diversas fases toma una coloración ora *«reformista»*, ora *«revolucionaria»*.

El primer problema es la actitud a tomar frente al trabajo que, queriéndolo o no, ocupa una parte tan importante en nuestra vida individual. ¿Debemos considerarlo como una ingrata necesidad a la que uno se somete sin preocuparse de *«servir los intereses del patrón o del Estado»* o, a pesar de todo, como una función social, susceptible de ser organizada mañana en beneficio de la entera sociedad y cuyo resultado —cuando no se trata de trabajo inútil o nocivo— contribuye, desde el presente y al menos en parte, a ese objetivo? Creo que esta última posición es la más justa desde nuestro punto de vista; y sin embargo, en la encuesta de *«A»* de hace algunos meses, fue sostenida sólo por nuestro llorado querido Pio Turroni.

Con éste se vincula el otro problema: ¿Es positiva desde nuestro punto de vista la automación (y abarco con este nombre, que está pasando de moda pero que es cómodo, toda la metodología post-industrial basada en los nuevos usos de la energía y en la computación, incluyendo los robots)? Y, cualquiera sea nuestra preferencia, ¿es posible imaginar hoy una sociedad que prescinda de ella?

Partiendo de aquí, llegamos pronto al problema derivado, el del tiempo libre y de la desocupación. Del tiempo libre todos tienen miedo, en distintos sentidos: los viejos y nuevos patrones porque genera o puede generar *pensamiento*, los educadores por el peligro de degeneración, del uso de drogas, de la violencia producida por el aburrimiento. La desocupación espanta más porque es acompañada por el hambre, mala consejera. Lo que quiere decir que, en los límites de lo posible, en el terreno capitalista o estatal, según los casos, se buscará paliar la desocupación disminuyendo las horas de trabajo. En esta complicadísima cuestión habrá indudablemente variantes, causadas por la explosión demográfica mundial, por la necesidad de producir alimentos en una escala enorme, por la elefantiasis de la industria armamentista... Pero, por vueltas que se den, aumentará el tiempo libre. Y éste es, también para nosotros, un gran problema que tiene estrecha relación con el de la educación. ¿Hay que luchar por una educación más libre dentro de la escuela pública o fuera de ella, organizando sistemas paralelos? En el primer caso, ¿cómo luchar? En el segundo, ¿cómo organizar? En este campo, que es el de mi trabajo personal, veo ramificarse los problemas casi al infinito y creo que a cada uno de nosotros le sucederá lo mismo en su campo específico. Todo eso debe estudiarse, actualizando continuamente cuanto ya fue hecho.

Se podría continuar con la enumeración de los anillos de la larga cadena que es la problemática de nuestro tiempo desde nuestro punto de vista. Va de suyo que en ninguno de esos campos se puede hacer nada en un Estado

totalitario. Lo cual no quiere decir que en este último no sobreviva el anarquismo.

Inclusive es posible que la opresión total, al volver más agudos en los espíritus el deseo de libertad, haga surgir, incluso donde menos se pensaría, algo así como un anarquismo instintivo. Sólo que allí donde no existe un ámbito en el que les sea posible a los libertarios dedicarse a crear, sus esfuerzos se deberán agotar en la recuperación de tal ámbito.

ESTADO DEMOCRATICO Y MENTALIDAD DEMOCRATICA

No se trata precisamente de ser partidario de este o aquel Estado (Oriente contra Occidente, Norte contra Sur, países industriales contra el tercer mundo, etc., etc.). Puede darse, más bien es seguro, que haya, como alguien ha dicho, más espíritu revolucionario en Polonia que en un Estado democrático. Yo digo solamente que entre las reivindicaciones de «*Solidaridad*» en una lucha que cuesta sudor y sangre, hay muchas que son ya realidad, aun siendo imperfectas y estando en peligro, en los países regidos más o menos en democracia. Lo que es de desear es que en la lucha por la libertad no se pierda la aspiración al socialismo. Si se perdiera no será por culpa de la democracia, sino del régimen totalitario que ha puesto un falso socialismo en su bandera, cerrando el camino al auténtico socialismo. No se trata pues de «*jugar la carta democrática*», repitiendo el trágico error de Soljenitzin, quien por otra parte no es un socialista. Se trata, y me excuso de repetirme tanto, no de defender al régimen democrático, sino de defender en su seno las libertades fundamentales de los ataques de las fuerzas totalitarias y de potenciar en su ámbito todos los organismos colectivos no ligados al Estado o susceptibles de un proceso de desestatización, de descentralización en sentido libertario y socialista (de ahí que crea que interesen las cooperativas, con todos sus defectos, y que hay que participar desde abajo en la vida sindical). Más importante aún es la obra de creación de este campo: comunidades urbanas, colectividades rurales, grupos de barrio funcionalmente coordinados, etc.

Es obvio que aquí se me objete que no debemos apoyarnos en una mentalidad que no es la nuestra, sino buscar transformarla en mentalidad libertaria. Naturalmente, nosotros no renunciaremos nunca a hacer obra de persuasión y no deberemos renunciar a dar el ejemplo (que cuenta más, pero es más difícil). Pero la mentalidad democrática, fuera del juego de los partidos y del poder, no está después de todo tan lejos de la nuestra. La separaban de nosotros el catastrofismo insurreccional de un sector de nuestro movimiento por una parte, y por la otra la fe de la gente en los sistemas tradicionales de la democracia representativa, fundamentalmente el voto, dos obstáculos que se van destiñendo (el voto ha perdido gran parte de su credibilidad).

De todos modos, como la esencia de la mentalidad libertaria es la tolerancia, y nosotros constituimos una fuerza minoritaria, nuestras relaciones con los demás son dictadas por la mayor o menor afinidad. Y entonces creo que

nuestro punto de partida y el ámbito de nuestro trabajo están en las masas que se consideran democráticas. Debemos tender a socializar y federalizar *la democracia, a transformarla en directa y socialista.* No se trata de ceder al Estado. Nuestra función es la de representar el polo antiestatal. Y es una función difícil, si nos alejamos de la visión simplista de la palingenesia total, del «*¡dale al tronco!*», pero vale la pena. Es una función permanente, que no ofrece perspectivas de victoria «*total*», pero vale la pena.

EL CONCEPTO DE REVOLUCION

Revolución es una palabra mágica, de la que hay que desconfiar como de toda la magia. Pero es una palabra querida, que no es precisamente para pasar al archivo. Hay que vigilar, sí, su uso. Sobre todo, creo que no hay que confundirla con «*insurrección*». Creo ser revolucionaria. Pero para mí la revolución es un cambio profundo, en las conciencias y en las cosas. El gran error, creo, consiste en pensar que necesariamente se debe producir *antes* en las cosas. De esta última convicción viene la función importantísima que en la historia se atribuye —erróneamente— al *poder*, que puede modificar (aunque *menos de lo que se piensa*) las cosas y no las conciencias. De esa misma convicción viene la importancia que en la revolución se da al momento insurreccional, que modifica las relaciones de poder. Ese momento a veces falta y a veces viene después, cuando el cambio ya producido ha llevado la situación a su punto de ruptura, provocando en los intereses heridos una resistencia violenta que hace inevitable la violencia contraria. Así, la fase insurreccional está ausente en la revolución española, de la que se habla tan poco (se prefiere —*et pour cause*— de hablar de guerra civil), y ha sido la consecuencia de una insurrección reaccionaria y conservadora. Y hubo revolución porque estaba ya pronta en los ánimos e incluso en los esquemas de reconstrucción económica de los sindicatos cenetistas, que eran los más fuertes.

En realidad, ninguna transformación tiene valor y dura si no es el producto de una voluntad suficientemente difundida. Cuando más difundida es tal voluntad, tanto menos violento, o sea menos autoritario, es el cambio. Lejos de adaptarse a la democracia capitalista, una voluntad revolucionaria semejante quiere tocar zonas profundas y no se conforman con «*reformas*». Pienso en la revolución cristiana. También ésta existió, si bien no se habla de ella. *La misma ha transformado el mundo romano,* para negarse después a sí misma al convertirse en Estado, no sólo por las ambiciones de sus hombres, sino porque las disputas teológicas a partir de San Pablo la habían desnaturalizado y llevado a un terreno favorable al autoritarismo. De este modo el Estado, que era un mal para el cristianismo primitivo, se convirtió en un segundo tiempo en mal necesario (por culpa se decía del pecado original) y, finalmente, en el brazo secular de la Iglesia constituida. Con esto no quiero precisamente propugnar un neocristianismo (*hay que estar atentos, a lo que parece,* porque se arriesga a cada paso hacerse comprender mal). Digo que el ejemplo puede dar una idea de lo que entiendo por la revolución: me parece la

única posición posible para quien rechaza el poder. Notemos —repitiendo una cosa ya muy dicha— que, por otra parte, quien no lo rechaza no logra nada en el terreno creativo; triunfará en la insurrección o en el golpe de Estado, pero perderá la revolución a través del ejercicio del poder mismo, tanto más radicalmente cuanto más absoluto sea este último. Un paralelo entre el cristianismo después de Constantino y especialmente después de Teodosio y el socialismo después de Lenin y especialmente después de Stalin, es esclarecedor al respecto. La contribución del cristianismo a la historia del espíritu humano se ha efectuado *a pesar* del Imperio cristiano y de la Iglesia.

Algo análogo se puede decir del movimiento de liberación política y social gestado en Inglaterra y en Francia en los siglos XVII y XVIII y que desembocó en la Revolución Francesa, empantándose después en los gobiernos y en aquella otra forma de poder representada por la propiedad privada de los medios de producción e intercambio.

¿Qué le pasará al socialismo? Este tiene una función salvadora que cumplir en el mundo de hoy, pero puede hacerlo sólo mediante una libertad sin compromisos con el Estado, es decir, donde sea posible organizar sindicatos independientes y cooperativas que transfieran a la base el control de la producción y del consumo. Y aquí volvemos, para terminar, al argumento central de estas páginas indicado en el título: la democracia. La última revolución húngara fue hecha en nombre de los consejos de fábrica, órganos de un sindicalismo libre, y fue aplastada por el totalitarismo caracterizado, entre otras cosas, por el sindicalismo estatal. Donde no existe derecho de huelga, donde el poder económico y la policía están en las mismas manos, todo trabajo creativo en sentido socialista se vuelve desesperadamente difícil, y sólo es posible la rebeldía para obtener aquel espacio vital que, aunque imperfectamente y al precio de luchas, se conserva en los países donde las libertades elementales *no han sido suprimidas. Es cierto que el hombre no se salva sino avanzando;* pero es también cierto que no se avanza si no se sabe conservar lo que se ha adquirido.

MANIFIESTO ANARQUISTA*

SOMOS COMUNISTAS-ANARQUICOS y como tales nos proponemos propagar la completa emancipación del proletariado, a la vez que luchamos para abolir la inicua explotación del hombre por el hombre, ponemos todas nuestras fuerzas morales y materiales para hacer desaparecer todas las tiranías, para establecer la verdadera libertad, igualdad y fraternidad entre las familias humanas.

El motivo de publicar este manifiesto tiene por causa primordial el demostrar nuestro malestar por culpa del actual régimen de la sociedad tan mal llamada civilizada; y al mismo tiempo para decir lo que somos, y lo que queremos, con abnegación revolucionaria y con la convicción de que con nuestros lamentos de indignación despertaremos del letargo en que están sumidos los nuevos esclavos del capital. Ya estamos en la época de las luces para ver muy claro que todo lo que existe en la naturaleza como tierra, agua, aire, sol, luna y los demás elementos que constituyen el Universo, pertenecen a todos los seres de nuestro planeta, puesto que dichos elementos nos han creado y nos conservan la existencia.

Ya es tiempo de reconocer que todo lo que existe artificialmente en nuestro globo terrestre como son ciudades, inmensas extensiones de tierra no cultivadas, canales, puertos, vías de comunicación por mar y tierra, instrumentos de trabajo y todos los adelantos científicos son hechos por muchas generaciones y con miles de millares de trabajadores, por lo tanto también pertenecen a todos y no exclusivamente a esta clase de privilegiados, falsamente políticos, embusteros, clericales, asesinos de la humanidad, proteccionistas de los grandes ladrones y asesinos y justicieros de los inocentes y explotadores del trabajador; en una palabra, todo lo que existe a nuestro rededor pertenece a todos los trabajadores ya que con sangre y sudor hemos contribuido en construirlo; y no a esta camarilla de zánganos que con sus constituciones,

*Este «manifiesto anarquista» fue publicado por el «Grupo de los hijos del Chaco», en Asunción del Paraguay, en enero de 1892 (A.J.C.).

códigos, dioses imaginarios y santos de madonas se han convertido en dioses y gobernantes para vivir a costa del que produce y robar el oro que nosotros mismos hemos extraído de las entrañas de la tierra a fin de poder decir que con el oro o capital se compra el producto del obrero, sin tener en cuenta esos verdaderos ladrones que tanto el oro como los demás productos son creados por los trabajadores mismos.

Somos nosotros trabajadores, los albañiles que edifican magníficos, grandiosos e higiénicos palacios, y es un delito si los dejamos habitar a otros que nos mandan y asesinan en nombre de la patria y de la ley; mientras que nosotros habitamos en una insalubre choza y las más de las veces ni un techo para cubrirnos.

Somos los elaboradores de los productos alimenticios, y es un crimen que cometemos si dejamos morir de hambre a nuestros hijos por dejar reventar de panzudos los que hacen nada, pero que en cambio nos prostituyen nuestras esposas e hijos.

Somos los que tejemos ricas telas y casimires, confeccionamos elegantes vestidos, y vestimos andrajos por dejarnos robar sin resistencia, y por motivo de nuestra cobardía los ladrones nos tratan de indecorosos y sucios, y se encuentran degradados a nuestro lado.

Somos nosotros los que hacemos ilustrados libros para instruirnos, y vegetamos en la más crasa ignorancia por dejarlos leer a esos que pretenden ser superiores a nosotros y en premio de nuestra mansedumbre nos tratan de ignorantes y bestias; con razón, porque todo hombre que no se subleva contra toda tiranía que rebaja su dignidad de tal, es inferior a los demás animales, puesto que éstos que no tienen raciocinio se rebelan contra los que quieren esclavizarlos.

En fin, somos los trabajadores, los productores de toda riqueza social, y en recompensa de tantos y tantos sacrificios, somos los esclavos, los humillados, los oprimidos, los explotados; en suma, somos las víctimas de esta lucha y guerra entre los trabajadores mismos, promovidas por esos políticos que por su ambición de gobernar y robar son los causantes de esa matanza entre las familias humanas.

Trabajadores, compañeros de infortunios: si esas injusticias y barbaridades habéis analizado, comprenderéis que tal estado de cosas es injusto que siga así y sería un crimen que nos chocarían en cara nuestros hijos al consentir que continúen con ese régimen.

Por eso queremos que la propiedad individual sea transformada en propiedad común para bien de todos; queremos abolir la propiedad individual porque es la causa primordial de todos los males que nos agobian, pues con ella se mantiene toda esta escoria de la humanidad, como son: Gobierno, Clero, Abogado, Militares, Comerciante y Rentista que viven como parásitos y para seguir disfrutando de sus rapiñas mantienen con nuestros productos ese numeroso ejército.

Queremos desligarnos de todos los Códigos y demás leyes artificiales e incompletas, para establecer la verdadera y única ley de la naturaleza.

Queremos derribar todas las prisiones y penitenciarías que sirven nomás

que para encerrar al inocente trabajador, mientras que los criminales conscientes están en libertad, de modo que esos establecimientos no sirven para nada porque los defectos de la humanidad no corrigen de acuerdo con la justicia.

Queremos acabar esas luchas políticas que ocasionan derramamientos de sangre obrera promovidos por esos ambiciosos para elevarse al poder; los obreros deben pelear para su emancipación y no para nuestros explotadores.

Queremos abolir todo comercio y toda forma de monedas por ser la causa de existir ricos y pobres, heredados y desheredados, holgazanes y trabajadores, pues dentro del comunismo anárquico, todos los productos son de la humanidad y todos los individuos son libres productores y libres consumidores.

Queremos hacer desaparecer los límites estrechos de las fronteras que el hombre ha puesto en su ignorancia, para establecer la verdadera fraternidad entre las familias humanas.

Queremos destituir toda forma de gobierno porque mientras existan autoridades también existirá tiranía; podremos cambiar de tiranos, pero siempre tendremos la misma tiranía, esto es, mientras existan hombres que quieran oponer su voluntad a los demás hombres, no existirá para la humanidad ni un síntoma de libertad.

Queremos que el amor sea libre y no como sucede en la actualidad que se unen para toda la vida seres que jamás se han amado ni pueden amarse por la diferencia de clases, de edades o afinidades, resultando con este sistema cuidar esos adulterios y crímenes tan desmoralizadores; queremos que se unan por aquella naturaleza, voluntad y simpatía que atrae a los dos sexos, como también queremos, puesto que no nacemos por la voluntad de nuestros padres, que los hijos sean de la gran familia humana y cuidarlos a su infancia para que ellos nos cuiden en nuestra vejez.

Queremos una sociedad comunista, que la tierra y casas sean libres para todos, maquinarias e instrumentos de trabajo libres para todos, los adelantos científicos que sean en beneficio de todos, la instrucción libre para todos, las vías de comunicaciones libres, la subsistencia asegurada a los ancianos e inválidos para el trabajo; queremos que todo sea de todos y que a ninguno le falte nada; todos para uno y uno para todos; cada individuo tiene el deber de trabajar según sus fuerzas para tener el derecho de consumir según sus necesidades, sin que ninguno tenga derecho a lo superfluo mientras que todos no tengamos lo necesario.

Queremos una sociedad anárquica; que no haya poder autoritario; que la humanidad se rija con las leyes invariables y justas de la naturaleza; queremos que el hombre sea completamente libre de los demás y que obre según tenga por conveniente, sin quitar la libertad de los demás, o cambiando los términos, que la libertad de uno no tenga más límites que la libertad de todos.

Como se comprende, el comunismo es la verdadera igualdad y fraternidad, y la anarquía es la completa libertad individual y la verdadera justicia y ambos constituyen una sociedad armónica, civilizada y de progreso.

Por lo tanto, compañeros del mundo entero, si queréis ser libres y concluir de una vez con esa plaga langostera burgueses para que no aparezcan en las

generaciones futuras, es necesario unirnos las manos callosas a través de las fronteras, cuya unión se irá practicando con la formación de grupos de afinidad completamente libres y propagando las ideas comunistas anárquicas en los cafés, fondas, teatros, centros y convocar reuniones libres.

Grupos de afinidades es la unión de varios individuos con el deseo igual de ejecutar una misma cosa; por ejemplo, un individuo es apto para la propaganda hablada, puede unirse con otros individuos de igual aptitud y formar un grupo para convocar reuniones, es útil colaborar, unirse con otros colaboradores; es de espíritu revolucionario, que busque individuos revolucionarios y organizar un grupo de acción revolucionaria y así sucesivamente se van uniendo por la ley de afinidad, ley que no está escrita en ningún código porque es una ley natural e inviolable. La unión de este sistema tiene la ventaja que todos los individuos proceden libremente en todo aquello que *juzguen conveniente sin verse obligados por ningún reglamento ni someter* sus acciones a la aprobación de nadie, esto es, no es necesario ningún estatuto ni reglamento, como tampoco ningún presidente, ni secretario. Es el único modo de obrar libremente y abolir camarillas de zánganos y plantear un régimen económico. Esta forma de organización, de propaganda y acción tiene la facilidad de multiplicarse constantemente y en todas las direcciones, es fácil también burlarse de las pesquisas policiales porque no se archivan documentos ni se levantan actas de acuerdos como tampoco existe ningún centro determinado y está en todas partes puesto que cada individuo es un sujeto de actividad.

Hemos manifestado el modo de unirnos y la táctica de luchar, pues ya sabéis que nuestros enemigos están pronto a ametrallarnos porque decimos verdades y declaramos los derechos que legalmente nos pertenecen, pero a nosotros nos queda la astucia; así como nuestros verdugos hacen uso de los cañones, trabucos, fusiles, revólveres, caballos, lanzas, bayonetas, espadas, machetes, arcos, guillotinas y todos los elementos de matanza humana con el sólo deseo de eternizar nuestra esclavitud, a nosotros nos restan los productos que solo nos proporcionan la química y la industria como la dinamita, el veneno y el fuego rápido para quemar los archivos de propiedades, bancos, casas de injusticias, cárceles, templos y todos los edificios que sirven para la corrupción de la sociedad presente.

Tú, prensa burguesa, que eres partidaria del parásito y enemiga del paria, a ti te dice este grupo: es tan necesaria tu emancipación de la esclavitud en que te hallas sumida como la del proletario, porque unas veces vendes tu convicción por algunas, y otras, tienes, que callar la voz de tu conciencia por cumplir la tiranía de los mandarines.

A vosotros, gobiernos y políticos de todos los partidos, a vosotros os escribe este grupo de anarquistas, que dejéis vuestro sistema de autoridades que la defendéis cuando os conviene y la rechazáis cuando no podéis gobernar.

Algunos hipócritas e ignorantes nos preguntarán ¿cómo es posible que exista buena armonía entre la familia humana sin autoridad que la imponga?

Observad las abejas y las hormigas cómo viven en sociedad; comunistas anárquicos, puesto que trabajan según sus fuerzas y consumen según sus ne-

cesidades; contemplad la araña como fabrica sus trampas para buscarse su subsistencia, sin embargo no tiene ninguno que la gobierne; estudiad la Naturaleza, ese movimiento anárquico, manteniendo en ella la armonía por las fuerzas de atracción y repulsión que existen en todas las partes que componen el todo y os convenceréis que todo lo que existe se rige solamente por la ley natural y no con las leyes artificiales; pues bien, si todo puede pasar sin leyes artificiales, el hombre con su alto grado de inteligencia y de prever el bien y el mal, bien puede pasarse con las benéficas leyes naturales y desligarse de las leyes maléficas artificiales.

Los causantes del desorden y la discordia entre la humanidad sois vosotros que con vuestra actitud pretendéis imponer vuestra voluntad a las demás voluntades, exigistéis el deber de uno a la producción sin otorgarle el derecho a la consumición, mientras que a otro le concedéis el deber de comer sin trabajar y el derecho de esclavizar al trabajador.

Para acabar de una vez, os decimos que si el hombre no puede gobernarse por sí por sus vicios y defectos, tampoco puede ser gobernado por hombres que sufren iguales vicios y defectos. De todos modos resulta ser el hombre un anarquista.

Y vosotros burgueses: la razón os impone el deber de que entreguéis la tierra y los demás productos que habéis robado a la humanidad con vuestro sistema de explotación. ¡Sí, ladrones de sangre, sudor y honra de los trabajadores, que les aconsejáis que tienen que ahorrarse los elementos necesarios y negar la instrucción a sus hijos a fin de que ahorren parte de sus mezquinos salarios para que lo depositen en vuestras cajas de ahorro para luego robarles con el nombre de quiebra! Sí, sois una punta de ladrones, propagáis a los inocentes trabajadores y los imbéciles aspirantes de burgueses que tienen que ahorrar durante la juventud para tener asegurada la subsistencia en la vejez, mientras que los que os han escuchado y han podido hacerlo a costa de grandes sacrificios y privaciones, se encuentran en la vejez, no por los años sino por el exceso de trabajo, se encuentran en lugar de tener el fruto de sus economías un rollo de papeles, moneda de menos valor que la escoria que arrastra el cuerpo humano. Y así sucesivamente poco a poco vais robando al trabajador dejándolo a él y sus hijos a la más espantosa miseria, mientras que vosotros disipáis sus productos. Luego blasonáis de filántropos, pero nosotros, anarquistas, os vamos a sacar la careta de la hipocresía. Si establecéis hospitales bastante malos algunos, es para evitar los estragos a vuestros excelentísimos y renovando personas que ocasionan ciertas enfermedades contagiosas; si fundáis sociedades de monopolios que vosotros llamáis de socorros mutuos, es para prever el saqueo de vuestros repletos almacenes; si establecéis casas de expósitos es para llevar a los hijos que habéis tenido con las doncellas que tenéis al servicio doméstico; en fin, si alguna vez hacéis limosnas, que es muy raro, es para esquivar la verdad que el proletariado reconoce que vosotros sois los causantes de sus infortunios y miserias.

En una palabra, sois como el cirujano de cierto pueblo que hería de noche para curar de día, porque con este sistema pasáis la existencia más espléndida y las víctimas os otorgan su aprecio.

Y vosotros, oprimidos, tanto productores como sirvientes, como soldados y policianos, insurreccionaos en contra de vuestros opresores, romped las cadenas de la nueva esclavitud, preparaos y armáos para el próximo 1° de Mayo, día en que todos los desheredados del mundo han elegido para la huelga general y no volver al trabajo hasta ser libres productores y libres consumidores, llevaos este mensaje: la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos; por lo tanto, fuera jefes y mistificadores de toda clase!!

Por lo tanto ya sabéis lo que significa el 1° de Mayo, día de rebelión para derribar las instituciones que sostiene la escasa sociedad actual y encima de sus escombros plantar la regeneradora sociedad comunista anárquica.

Para tomar mayor energía gritemos con toda la fuerza de nuestros pulmones y con todo el entusiasmo: ¡abajo la explotación del hombre por el hombre!; ¡abajo todas las tiranías o el gubernismo! ¡Viva la revolución social! ¡Viva la completa emancipación de los trabajadores!

MORALIDADES ACTUALES
ENSAYOS-CONFERENCIAS*

Rafael Barrett

BUENOS AIRES**

EL AMANECER, la tristeza infinita de los primeros espectros verdosos, enormes, sin forma, que se pegan a las altas y sombrías fachadas de la avenida de Mayo; la vuelta al dolor, la claridad lenta en la llovizna fría y pegajosa que desciende de la inmensidad gris; el cansancio incurable, saliendo crispado y lívido del sueño, del pedazo de muerte con que nos aliviamos un minuto; el húmedo asfalto, interminable, reluciente, el espejo donde todo resbala y huye, los muros mojados y lustrosos, la gran calle pétrea, sudando su indiferencia helada; la soledad donde todavía duermen pozos de tiniebla, donde ya empieza a gusanear el hombre...

Chiquillos extenuados, descalzos, medio desnudos, con el hambre y la ciencia de la vida retratados en sus rostros graves, corren sin alientos, cargados de *Prensas*, corren, débiles bestias espoleadas, a distribuir por la ciudad del egoísmo la palabra hipócrita de la democracia y del progreso, alimentada con anuncios de rematadores. Pasan obreros envejecidos y callosos, la herramienta a la espalda. Son machos fuertes y siniestros, duros a la intemperie y al látigo. Hay en sus ojos un odio tenaz y sarcástico que no se marcha jamás. La mañana se empina poco a poco, y descubre cosas sórdidas y sucias amodorradas en los umbrales, contra el quicio de las puertas. Los mendigos espantan a las ratas y hozan en los montones de inmundicias. Una población harapienta surge del abismo, y vaga y roe al pie de los palacios unidos los unos a los otros en la larga perspectiva, gigantescos, mudos, cerrados de arriba abajo, inatacables, inaccesibles.

* Damos aquí primero una selección de *Moralidades actuales*, tomando estos textos de las *Obras completas* (tomo I) de Rafael Barrett, publicadas por Americalee, Buenos Aires, en 1954. Publicamos después, a partir de la misma edición (tomo 3), uno de los *Ensayos (Filosofía del altruismo)* y las *Tres conferencias a los obreros paraguayos*. (A.J.C.).

** Este artículo, escrito a poco de su llegada a la Argentina, le valió a Barrett el ser despedido del *Diario español* en el cual trabajaba (A.J.C.).

Allí están guardados los restos del festín de anoche: la pechuga trufada que deshace su pulpa exquisita en el plato de China, el champaña que abandona su baño polar para hervir relámpagos de oro en el tallado cristal de Bohemia. Allí descansan en nidos de tibios terciopelos las esmeraldas y los diamantes; allí reposa la ociosidad y sueña la lujuria, acariciadas por el hilo de Holanda y las sedas de Oriente y los encajes de Inglaterra; allí se ocultan las delicias y los tesoros todos del mundo. Allí, a un palmo de distancia, palpita la felicidad. Fuera de allí, el horror y la rabia, el desierto y la sed, el miedo y la angustia y el suicidio anónimo.

Un viejo se acercó despacio a mi portal. Venía oblicuamente, escudriñando el suelo. Un gorro pesado, informe, le cubría, como una costra, el cráneo tiñoso. La piel de la cara era fina y repugnante. La nariz abultada, roja, chorreante, asomaba sobre una bufanda grasienta y endurecida. Ropa sin nombre, trozos recosidos atados con cuerdas al cuerpo miserable, peleaban con el invierno. Los pies parecían envueltos en un barro indestructible. Se deslizó hasta mí; no pidió limosna. Vio una lata donde se había arrojado la basura del día, y sacando un gancho comenzó a revolver los desperdicios que despedían un hedor mortal. Contemplé aquellas manos bien dibujadas, en que sonreía aún el reflejo de la juventud y de la inteligencia; contemplé aquellos párpados de bordes sanguinolentos, entre los cuales vacilaba el pálido azul de las pupilas, un azul de témpano, un azul enfermo, extrahumano, fatídico. El viejo —si lo era— encontró algo... una carnaza a medio quemar, a medio mascar, manchada con la saliva de algún perro. Las manos la tomaron cuidadosamente. El desdichado se alejó... Creí observar, adivinar... que su apetito no esperaba...

¡También América! Sentí la infamia de la especie en mis entrañas. Sentí la ira implacable subir a mis sienes, morder mis brazos. Sentí que la única manera de ser bueno es ser feroz, que el incendio y la matanza son la verdad, que hay que mudar la sangre de los odres podridos. Comprendí, en aquel instante, la grandeza del gesto anarquista, y admiré el júbilo magnífico con que la dinamita atruena y raja el vil hormiguero humano.

MI HIJO

Hace algunas horas que ha nacido; es uno de los seres más jóvenes del Universo. Es el más hermoso: su naricita apenas se ve. Es el más fuerte; temblamos en su presencia, y apenas nos atrevemos a tocarle. Ha nacido y ha llorado; ¡admirable lección, fenómeno extraordinario! Ha bostezado después: ¡inteligencia profunda!

Mama, reuniendo todas sus energías. Ha sabido expresar en un solo gesto los gestos dispersos de la humanidad. Desde que él vino al mundo, el mundo es otro. Un soplo de primavera refresca las cosas, reanima las marchitas flores y renueva el cielo. El ha salido a la vida, y ha explicado la vida. Ha abierto los ojos, y ha creado la luz.

Ahora comprendo lo que ha resistido a los esfuerzos de los filósofos. He

descubierto que los hombres son buenos, que los crímenes más infames no lo son sino en apariencia. Sólo el bien existe. La realidad es buena; la realidad es feliz. El mal y la desesperación no son más que impaciencia. Todo marcha; todo se arreglará. Mi hijo, promesa infinita, duerme; él salvará a los desgraciados. Es el niño-Dios; los Reyes Magos contemplan su sagrado sueño.

Una probabilidad virgen ha entrado en la tierra. Yo no soy quien la ha traído, no somos quienes la hemos traído. No existo, no *existimos* desde que él nació. Nació y ya no es nuestro hijo, sino hijos suyos nosotros; discípulos y servidores suyos. Nuestro padre, nuestro maestro. Bajó a decirnos lo que ignoramos, lo que escucharemos religiosamente.

Tomo mi pluma para anunciaros la buena nueva, para hacer el elogio de mi hijo. Podéis reíros, no os oigo. Estoy deslumbrado por el Mesías, y no distingo vuestra indiferencia.

¿Indiferencia?, ¡oh, no! ¿Qué nos queda, qué queda al destino si no viven nuestros hijos, si no son dioses en nuestro corazón y en nuestra mente? Ellos lo son todo, toda la belleza, toda la verdad, toda la esperanza. Por eso estoy seguro de que festejáis conmigo el nacimiento de nuestro hijo, de nuestro querido hijo que duerme.

UN MONSTRUO

Un desconocido ha regalado un millón de liras al papa Pío X. El caso no es nuevo: hace pocos años que la entonces reina regente de España heredó de un tipo análogo respetable fortuna. Victoria de Inglaterra lo mismo, varias veces. Hay individuos que el trono hipnotiza, que nunca agradecen bastante a los reyes el esplendor de su poder y la majestad de sus figuras tradicionales. Deploran no ser bastardos de algún príncipe. Y nada les enorgullecería tanto como prostituir sus esposas o sus hijas en los rincones de los palacios. Serían felices con el cargo cortesano de *portechaise d'affaires*, en ejercicio bajo los grandes Luises de Francia; este título enigmático designaba un funcionario que, descubierto, espada al cinto y con traje de terciopelo, se encargaba, según cuenta el conde de Hézecques, «de disimular las últimas miserias a que la naturaleza nos obliga». El *porta-silla* entraba al despertar el rey, en cuanto llamaban a la *primera entrada*; pasaba en seguida al guardarropa, cerca del lecho, para ver si no había algo en el pequeño mobiliario, que reclamase su vigilancia o su solicitud (L.G., *Hygiene d'autrefois*). Transportar los bacines del monarca es oficio glorioso.

¡Regalar un millón de liras al Papa! No a un obispado, a una parroquia, a una orden, a una misión, sino al Papa; ni siquiera al Papa, al favorito celeste que conferencia con su Dios en el templo más suntuoso de la tierra, sino al hombre de carne y hueso que habita monumentos incomparables, servido por un aristocrático ejército lacayuno; al dichoso capitalista cuyas propiedades constan en el registro, y que depositará su millón en el Banco. El incógnito donador sabe que la desesperación conduce a los campesinos rusos al canibalismo; que bajo los puentes de Londres se encuentran cada mañana

por docenas los cadáveres de los mendigos; que igual que a fines del siglo XVIII, existen suelos desolados «donde el labrador hambriento se echa de bruces, para morder las hierbas que los animales rehusan» que no faltan madres pordioseras que abrasan a sus hijos los ojos, con nitrato de plata, para enternecer al transeúnte; que no tan sólo los miserables, sino *los fuertes, el* talento y el genio, agonizan bajo el peso de la atrocidad colectiva. Pero, ¿qué importa? Lo urgente es regalar un millón a Pío X.

¿Habrá muchos monstruos capaces de obsequiar con un millón al Papa? *Por muchos que sean, no dejarán de ser monstruos.* La sociedad entera puede ser monstruosa a un tiempo. La normalidad se refugia entonces en el cerebro de Sócrates, en los labios amorosos de Jesús, en los planos pueriles de Colón o en los toscos cristales de Galileo. No es lo normal aquello que abunda, sino aquello que dura. No está la verdad en lo presente, por enorme y brillante que parezca, sino en lo futuro, por débil e indefenso que palpite su germen. El hombre del millón papal, el que ha ocultado su generosidad lo mismo que un crimen, estará o no conforme con el ambiente católico; de todas maneras es un monstruo acabado, digno de nuestra curiosidad y de nuestro estudio.

Pío X, cuya vida guarde la Providencia, tiene un tocayo apostólico, Pío III, contemporáneo de aquel ardiente y vivaz Renacimiento de las artes y de la libre política, de aquella densa vegetación donde las plantas de más acre *ponzoña ostentaban las flores más bellas. Estación tropical* de la historia, en que crecieron plenamente sabios universales a lo Leonardo de Vinci, críticos a lo Maquiavelo, cíclopes a lo Miguel Angel y bandidos a lo César Borgia. Si enfrente de Pío X se levanta hoy el discreto favorecedor del millón de libras, enfrente de Pío III se levantó en la época del frenesí y de los fanatismos Pandolfo Petrucci.

¿Qué hizo Pandolfo Petrucci con Pío III? Pandolfo andaba en antiguo pleito con el Vaticano. Pío III cayó enfermo, quizá sin ayuda ajena. El hecho es que Pandolfo, carácter emprendedor, aprovechó las circunstancias, introdujo en lugar oportuno sus sicarios, y logró hacer impregnar de veneno las cataplasmas que se aplicaban a Su Santidad.

Las relaciones de Pandolfo con el Vicario de Cristo fueron también monstruosas. Sin duda: pero monstruo por monstruo, prefiero a Pandolfo. Hay en *él mayor naturalidad y mayor inteligencia.*

LYNCH

No pasa día sin que los admirables, los nunca bastante imitados yanquis descuarticen un negro o dos. Puesto que *ellos* lo hacen, está bien hecho. A nosotros, modestos comentadores, no nos toca sino penetrar y comprender los principios en que se inspiran los jefes de la civilización a la moda.

El linchamiento es recomendable por su baratura. Ahorrarse de un golpe fiscales, abogados y jueces no es chico negocio para un norteamericano. *Go ahead!* Fuera código. Cárceles inútiles. Unica pena: la del ratón devorado

por el foxterrier. Verdugos gratuítos y en abundancia. En esta justicia reducida a su esencia, sólo queda el elemento indispensable: el verdugo nato, el bárbaro que se encarga de ejecutar las sentencias, y sin el cual todo nuestro aparato adminstrativo se vendría al suelo.

Además, ¡qué rapidez! *Time is money*. ¿Qué hay? Dicen que un negro ha pegado a un blanco. Dicen que un negro ha *caloteado* a un blanco. Dicen que un negro ha hecho el amor a un blanca. Ahí sale el negro huyendo. ¿Es él? Y si es él, ¿es culpable? ¡Bah! Es negro. Nació con la culpa pintada en la piel. ¡A muerte! La horda, el galopar aullador de la jauría, la matanza. En un cuarto de hora, la sociedad se ha vengado.

¡Y con cuánta majestad! Es una ola humana lo que aplasta al reo. La horca solitaria, el fusilamiento correcto detrás de un tapia, el sillón que fulmina entre cuatro paredes, son ceremonias mezquinas y como vergonzantes. El patear de la multitud sobre un cadáver caliente tiene algo de grande, de ultraenérgico, de pseudoelectoral, muy conforme con la psicología yanqui.

La práctica de Lynch robustece y renueva el importante instinto de la caza. El linchamiento es ante todo un *sport*. Luis XI solía perseguir con perros de presa, en sus jardines, a los delincuentes de baja estofa. Esta distracción, sazonada a la salsa moderna, había de cultivarse naturalmente en el país de los pioneros, batido por *cowboys*, cazadores pura sangre, país donde el duelo, durante muchos años, ha consistido en acosarse rifle en mano, entre los árboles. Sólo por higiene, conviene de cuando en cuando, al aire libre, correr un negro. Correr un negro, es decir, una pieza magnífica, un animal casi humano, que sufre casi como nosotros.

Por último, el linchamiento es un medio sano de que el pueblo tome parte en los juicios. El linchamiento, tranquilizaos, es absolutamente democrático. Es la sacrosanta voluntad del pueblo, satisfecha en el acto. Es el ideal de los tiempos. Notad que el Jurado resulta una concesión torpe.

El hombre del pueblo no se siente a gusto disfrazado de toga y hojeando legislaciones. ¿Para qué obligarle a razonar? ¿Para qué inquietarle con la idea de lo justo? Nada más contrario a su naturaleza. Lo lógico está en hacerle juez sin quitarle su condición nativa; lo equitativo está en hacerle soberano sin libertarle de sus pasiones; en darle el poder sin imponerle la hipocresía. Lo galante está en abrir las válvulas, en soltarle desensillado por las calles, en permitirle una pequeña revolución contra un negro, en agasajarle con una pequeña fiesta neroniana donde sea a la vez espectador y actor, donde goce del asesinato y lo ejercite sin remordimiento. Y lo bello es contemplar, en los linchamientos de los Estados Unidos, el juego perdurable de las ferocidades necesarias.

LA HUELGA

Huelgas por todas partes, de Rusia a la Argentina. ¡Y qué huelgas! Veinte, cincuenta mil hombres que de pronto, a una señal, se cruzan de brazos. Los esclavos rebeldes de hoy no devastan los campos, ni incendian las aldeas; no

necesitan organizarse militarmente bajo jefes conquistadores como Espartaco para hacer temblar al imperio. No destruyen, se abstienen. Su arma terrible es la inmovilidad.

Es que el mundo descansa sobre los músculos crispados de los miserables. Y los miserables son muchos; cincuenta mil cariátides humanas que se retiran no es nada todavía. El año próximo serán cien mil, luego un millón. El *edificio social no parece en peligro; está cerrado a todo ataque* por sus puertas de acero, sus muros colosales, sus largos cañones; está rodeado de fosos, y fortificado hasta la mitad de la llanura. Pero mirad el suelo, enfermo de una blandura sospechosa; sentidlo ceder aqui y allí. Mañana, con suavidad formidable, se desmoronará en silencio la montaña de arena, y nuestra civilización habrá vivido.

Hay un ejército incomparablemente más mortífero que todos los ejércitos de la guerra: la huelga, el anárquico ejército de la paz. Las ruinas son útiles aún; el saqueo y la matanza distribuyen y transforman. La ruina absoluta es dejar el mármol en la cantera y el hierro en la mina. La verdadera matanza es dejar los vientres vírgenes. La huelga, al suspender la vida, aniquíla el universo de las posibilidades, mucho más vasto, fecundo y trascendental que el universo visible. Lo visible pasó ya; lo posible es lo futuro. Asesinar es un accidente; no engendrar es un prolongado crimen.

No importa tanto que la sangre corra. Los ríos corren; lo grave es el pantano. El movimiento, aunque arrolle, afirma el designio eficaz y la energía. El hacha que os amputa una mano no se lleva más que la mano; mas si los dedos no obedecen a vuestra voluntad, estremecéos, porque no se trata ya de la mano solamente, sino de vuestra médula. La huelga es la parálisis, y la *parálisis progresiva, cuyos síntomas primeros padece la humanidad moderna*, delata profundas y quizá irremediables lesiones interiores.

Todo se reduce a un problema moral. Es nuestra conciencia lo que nos hace sufrir, lo que envenena y envejece nuestra carne. Hemos despreciado y mortificado a los menos culpables de entre nosotros, a los humildes artesanos de nuestra prosperidad; no hemos sabido incorporarlos a nuestra especie, fundirlos en la unidad común y en la armonía indispensables a toda obra digna y durable; hemos querido que la suma total de los dolores necesarios cayera únicamente sobre ellos. Y ese exceso de dolor torpemente rechazado y acumulado en el fondo tenebroso de la sociedad vuelve sobre nosotros, y se levanta y crece a la luz del sol y al aire libre, de donde jamás debió haber desaparecido.

UN DIOS QUE SE VA

Pío X ha tenido una frase desgraciada. Ha dicho que los terremotos de Calabria y Sicilia son un castigo de Dios.

Nada más ortodoxo. Si no se mueve la hoja del árbol sin que Dios lo quiera, *mal podrían venirse abajo las ciudades contra la voluntad divina*. Pero

nada más inoportuno. Esta época necesita otros dioses; quiere ser dirigida por la esperanza y el amor, no por el miedo.

Bastante divorciada está de nuestro siglo la Iglesia para que su jefe aumente el descrédito recordando tan anacrónicos dogmas. No son los espíritus positivistas a lo Littré, escépticos a lo Gourmont, materialistas a lo Haeckel, *dilettanti* a lo Renán los únicos que se apartan del catolicismo; son los espíritus religiosos. Hemos presenciado una reacción espiritualista dentro de la misma ciencia; Büchner es ahora una antigualla. Mientras la física evoluciona hacia lo imponderable, y la psicología nos hace sospechar la significación de lo subconsciente, una nueva escuela filosófica, que reúne sus diversas orientaciones bajo el nombre de pragmatismo y que cuenta con los más ilustres ingenios del mundo, refuta el determinismo mecánico, valiéndose de los procedimientos lógicos y experimentales de la cultura moderna. Todos estos «no ateos» vuelven la espalda al Vaticano, como se la vuelven los místicos desde Emerson y Whitman a Tolstoi, y las sectas recientes derivadas del puro cristianismo, para las cuales lo importante es la acción social, la eliminación del dolor. Es que no nos cabe ya en la cabeza que debamos aceptar el dolor, que lo debamos justificar, que lo suframos cobardemente como expiación de nuestras culpas. Nos hemos examinado y nos hemos absuelto. Somos inocentes y pretendemos ser menos infelices.

Dentro de la Iglesia vemos un culto idolátrico; el bajo pueblo ario no ha salido del paganismo. Existen docenas de Cristos diferentes, centenares de Vírgenes Marías distintas y una innumerable caterva de santos. Cada fiel adora su pedacito de madera pintada, y no hallaréis un templo sencillamente consagrado a Dios. Roma trafica con fetiches. Por encima de los magos y curanderos de sacristía están los gerentes, muchos de ellos hombres superiores que, incapacitados de hacer religión, hacen política. El catolicismo es un partido, una burocracia, que se sostiene aún merced a su maravillosa estructura. La Iglesia sucumbirá por falta de fe; nada prueba mejor su irreparable anemia espiritual que la nulidad vergonzosa de sus edificios actuales y de sus imágenes; su literatura presente está impregnada de esa nauseabunda dulzarronería de lo que empieza a pudrirse. Quedan algunos núcleos vitales; varios obispos católicos de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos son de su tiempo, y la Inquisición los respeta, por no provocar cismas. Hay sacerdotes heroicos, como el padre Loisy, que se ríen de la cosmogonía del Génesis, y ¡cuántos no sueñan a semejanza del Froment de Zola y del «santo» de Fogazzaro, con una regeneración del catolicismo! Pobres almas extraviadas en el sagrado ministerio, sufren y callan, agarrotadas por los concilios, y no se atreven a tocar a la formidable vieja, que por mucho que chochee en su agonía es siempre la Madre.

¡Qué momento para desenterrar los pecados de Dios! Rechazamos a la persona Todopoderosa e infinitamente buena, no por absurda, sino por inmoral. Lo infinitamente bueno no es capaz, no, de aplastar a los niños de Messina para vengarse de la politica de Combes y de Clemenceau. Si es bueno es impotente como nosotros, y si es Omnipotente es perverso. El Dios que atormenta a los animales y a las plantas no es Dios, es el Demonio. Hace seis

centurias la catástrofe hubiera hablado en su gloria; hoy sirve para procesarlo. Le hicimos perfecto, y por lo tanto inmóvil, inmutable; nosotros, desdichados pecadores, avanzamos en el camino del bien, y dejamos atrás a nuestro Dios. Triste es decirlo, pues triste es también la muerte de los dioses: el Jehová pontificio se reduce a un vulgar homicida y la antropología italiana encontrará en él una ascendencia de epilépticos y de alcohólicos.

El Papa estuvo torpe: nunca hubiera cometido tal error León XIII. Lo grave no es que se haya acusado a Dios de un crimen: lo grave es la infalibilidad de quien acusa.

EL DERECHO A LA HUELGA

Parece que algunos gobiernos marchan hacia una concepción nueva: la de que no sea permitido al obrero abandonar su labor, salvo que le despidan. Se ha presentado al parlamento español un proyecto de ley negando el derecho a la huelga. En la Argentina y en la India inglesa se lanza del territorio, sin formalidad ninguna, a los «agitadores», como suele llamarse a los que se cansan de sufrir*. Durante la magnífica parálisis de los servicios postales y telegráficos franceses, se dijo que el Estado no podía tolerar, por capricho de los trabajadores, el aislamiento de Francia.

Se dio entonces a los modestísimos empleados el pomposo nombre de «funcionarios públicos», y se declaró que un funcionario público está en la obligación de no interrumpir un minuto de su trabajo. Sería una grave falta de disciplina. Se ve la habilidad con que el gobierno —que al fin cedió ante la fuerza huelguista— trataba de introducir ideas sublimes y palabras altisonantes en el conflicto. Había que asimilar el cartero y el telegrafista al soldado. El único deber del funcionario, es funcionar. No hay huelgas; no hay más que deserciones. Mañana se aplicaría el mismo razonamiento a los operarios de las industrias nacionales; pasado mañana, a los peones agricultores, al bajo personal del comercio. Suspender la faena productora es una indisciplina, un delito, una traición. Se debilitan las energías del país; ¡se disminuye la riqueza de la patria!

Así rehabilitaríamos la esclavitud —y conste que en ella se ha fundado la civilización más ilustre de la historia. ¿Por qué no hemos de ser consecuentes? En resumen, el Estado no es sino el mecanismo con que se defiende la propiedad. Si se castiga al que atenta contra ella mediante el robo, y al que la mueve antes de tiempo mediante el asesinato, ¿no es lógico castigar también al que la suprime en germen? La propiedad se gasta; su valor se consume, y es necesario reponerlo sin descanso. El ladrón la mata; pero el huelguista la aborta. Para un fabricante, una huelga prolongada de sus talleres equivale a la fuga de su cajero; el patrono volverá los ojos al Estado, exigiendo auxilio. Un trabajador es una rueda de máquina; mas una rueda libre, capaz de

* Alusión a la Ley de Residencia (4144), aprobada por el Congreso argentino en noviembre de 1902 (A.J.C.).

salirse de su eje a voluntad, es algo absurdo y peligroso. No se concibe una propiedad estable sin la práctica de la esclavitud.

Todavía la practicamos, sin duda, aunque cada vez menos. Estamos desde hace siglos en presencia de un hecho formidable: la masa anónima, el inmenso rebaño de los que nada tienen sube poco a poco acercándose al poder. He aquí al viejo Estado enfrente del número. Mejor dicho, ahora es cuando el número adquiere, gracias a la cohesión, todo su terrible peso. El pueblo comienza a dejar de ser arena; se cuaja en roca. No es extraño que el sufragio universal haya sido tan inocuo; encontró una multitud incoherente, incapaz hasta de conocer sus males, y vagamente de acuerdo con el Estado. Detener al pobre trabajador, sucio y jadeante, de regreso al negro hogar, donde como de costumbre hallará dormidos a sus hijos, y proponerle que gobierne su nación, es en verdad pueril. Preferirá comer mejor y disponer de dos horas para jugar con sus niños. Y lo ha logrado en muchas regiones. Lo instructivo es que los obreros se van agrupando y organizando por el trabajo mismo; sus herramientas se convierten imperceptiblemente en armas; los aparatos con que la humanidad circula y transmite el pensamiento están en sus manos; el alambre que lleva la orden de un Rockefeller no se niega a llevar la del siervo rebelde, y nuestra cultura, que día por día necesita instalaciones fabriles y de tráfico más y más enormes, pone en contacto y en pie de guerra mayor cantidad de proletarios; las huelgas —esas mortíferas declaraciones de «paz»— aumentan en extensión y en rapidez, y a medida que la propiedad se acumula en moles crecientes, su estabilidad se hace siempre menor.

El Estado se batirá; opondrá al número el número. Opondrá el ejército compuesto de hombres educados para esperar la muerte, al proletariado, compuesto de hombres que tienen la irritante pretensión de vivir. Ya que de derechos hablamos, ¿qué es un derecho, sino una concesión, un permiso de las bayonetas? Recordemos, no obstante, que los soldados no son ricos ni felices, y que los fusiles, los cañones y los acorazados no se construyen solos. ¿Vendrá el momento en que los astilleros huelguen? ¿Vendrá una huelga militar? Lo ignoramos. Es evidente que los trabajadores atraviesan una época de prosperidad, de juventud. A regañadientes, como a lobos que le persiguieran, el Estado les arroja jornadas breves, salarios más altos, pensiones, indemnizaciones, y los lobos tragan esos pedazos de carne fresca, y corren con doble vigor, y avanzan y se echan encima. ¿Dominará el Estado? ¿Aprovechará la obediencia aún bastante segura del Ejército? ¿Será vencido? Nadie lo sabe. Los vastos movimientos sociales nos son tan misteriosos como nos lo serían las mareas, si un cielo nublado eternamente nos ocultara la luna y el sol. Aguardemos los episodios de la lucha entre el *trust* del oro y el *trust* de la miseria.

LA BENEFICENCIA

Las instituciones de beneficencia se multiplican y se perfeccionan. Las ve-

mos crecer rápidamente. Cada vez remediamos en mayor escala la extrema miseria, la ignorancia y el vicio, el abandono de los niños, la vejez, la enfermedad, los accidentes del trabajo. Nótese que la acción individual, pese a los Carnegie y a los Morgan obstinados en hacerse perdonar, a fuerza de donaciones, sus monstruosas fortunas, es mucho menos importante que la acción colectiva. De una parte el Estado, sin dejar de invertir sumas inmensas en el aniquilamiento de las razas —presupuestos de guerra— dedica fondos cada vez más copiosos a la asistencia pública; de otra parte, el proletariado aprende a defenderse por sí, con el instrumento cooperativo, organizando servicio médico, dispensarios, sanatorios, reservas de toda clase para la lucha económica.

Conviene advertir que no se trata de caridad ni de amor al prójimo, sino del provecho común. No confundamos altruismo con el egoísmo del conjunto. En enero de este año empezó Inglaterra a pagar las pensiones a los ancianos pobres. Muchos quisieron cobrar en persona la primera cuota y se arrastraron a las oficinas. Tres murieron de conmoción cerebral. Si fue la alegría, pase; es un caso en que el placer del siervo se manifestó superior al del amo; Schopenhauer se hubiera sorprendido. Si fue de agradecimiento, se equivocaron. La beneficencia moderna es una función necesaria, en que ni el que recibe tiene nada que agradecer, ni el que da tiene nada de que ufanarse. ¿Caridad, cuando vivimos de la semi-esclavitud de los trabajadores? ¿Amor, cuando lo normal no se concibe sin la base del odio y del miedo, y todo nuestro progreso consiste en haber sustituido la ferocidad por la codicia, la agresión inmediata por la agresión calculadora, la sed de sangre por la sed de oro? En las sociedades fundadas en la esclavitud entera, hubo beneficencia también; las «eranias», las «tiasias» griegas, accesibles a los esclavos, eran aparentemente asociaciones religiosas, en realidad de socorros mutuos. La ley ateniense concedía un óbolo diario a los enfermos desvalidos. En cuanto a Roma, la magnífica cruel, la que se divertía despanzurrando infelices con la zarpa de sus felinos, tuvo sabias instituciones benéficas y poderosas corporaciones gremiales. Flexibilicemos la inteligencia, viendo a Nerón preocuparse por los menesterosos, y consagrar grandes cantidades en entierros gratuitos. ¿Qué importa que los hombres se aborrezcan, si al fin se ayudan; si al fin comprenden que es indispensable una disciplina de náufragos?

El amor puro no sería tan eficaz. ¿De qué servirían en nuestros hospitales los santos de la Edad Media? Una María Alacoque, aquella que con la boca limpiaba los pisos, no vale lo que el último enfermero de una clínica. La bienaventurada había llegado, de éxtasis en éxtasis, a quedarse tan imbécil, que «la ensayaron para la cocina y hubo que renunciar, todo se le caía de las manos», según cuenta su respetuoso biógrafo, monseñor Bougaud. Lamer las llagas para ganar el cielo no es lo que nos hace falta, sino curarlas con regularidad. El milagro es demasiado caprichoso; socialmente, su efecto es casi nulo. Sin duda que para resucitar a Lázaro es preciso el amor de Jesús; pero ¿en qué nos ayudaría resucitar a un Lázaro cualquiera cada medio siglo? ¿No es preferible apelar a procedimientos más prosaicos y más dóciles? La humanidad no merece salvarse de golpe, sino ruin y penosamente. No somos dig-

nos de que nos salve el amor, sino la ciencia. Hagamos de la práctica del bien un oficio lucrativo, honroso y libre de apasionamientos. Si los dedos del cirujano temblaran de compasión, serían menos útiles.

Procuremos cuidar la salud de las gentes como un juicioso criador de ganado cuida la de sus bestias. Si conseguimos por el mismo salario obreros mejor construidos, capaces de resistir mejor al uso, habremos adelantado nuestra cultura y elevado nuestro nivel moral. Lo bello, lo justo, es que nos volvamos más hábiles, más pacientes en la labor, sin que robustezcamos en exceso nuestras almas. Evitemos todo romanticismo, todo misticismo, todo sueño desordenado. Seamos máquinas honestas. La beneficencia es un buen negocio. ¿Acaso las compañías de seguros indemnizan por piedad? La beneficencia es el seguro de la civilización.

INTELECTUAL

Estoy satisfecho. Conozco a un intelectual auténtico, que me honra con sus confidencias. Es un joven sucio y elocuente. Ayer me llamó en el café y me habló de este modo:

—Soy el único intelectual desde que murió Verlaine. ¿Los demás?, ¿qué importa que tengan talento? Son talentos industriales. Vea usted a Blasco Ibáñez y a Anatole France, dando palmaditas al potro porteño, herrado de oro; véales hacer muecas almibaradas para que las señoras vayan a las conferencias, o siquiera paguen las localidades...

—¡Oh! —protesté.

—Sí, señor —prosiguió el intelectual, echando furiosamente azúcar en su taza—. Esos caballeros explotan su chacra literaria con abonos químicos, y consiguen fabricar por año un volumen, vendido previamente. ¿Intelectuales? ¡Nunca! ¿Sabe usted lo que es un intelectual, lo que soy yo, por ejemplo? El que reduce el universo a ideas. ¿Y quién confiará un centavo al infeliz que padece semejante enfermedad? Yo arrastro sobre mí ese estigma indeleble. Cuando empecé a hacer un uso inmoderado de mi inteligencia, no sospeché lo que me esperaba. Hoy ya es tarde. Debí haber comprendido que el espíritu pertenece a los órganos vergonzosos del hombre, y que también existe el libertinaje de la razón. La costumbre de pensar a todas horas tiene algo de vicio bochornoso ante el común de las gentes, y me ha convertido en un ser inútil, a veces nocivo, odiado, despreciado...

—Exagera usted.

—El intelectual puro, señor mío, es un bufón serio, un loco tranquilo con el cual las personas normales y equilibradas se divierten cuando el desdén se lo permite. Un filisteo, un beocio, un burgués, o como ustedes lo llaman: un prudente ciudadano, vendrá a oírme a mi mesa, a pasar el rato, porque yo hago lo mismo que el mar y las puestas de sol, lanzo la belleza sin mirar adónde, y no trafico con mi genio, colocándolo a tanto el centímetro. Charlo, ¿entiende usted?, como charlaron los verdaderos intelectuales, desde Sócrates a Barbey, ante cualquier auditorio, o lo que es mejor, sin auditorio,

y si algún escriba me escucha y quiere conservar mis frases para la posteridad, allá él. Ahora voy a explicarle a usted por qué me persiguen y me odian.

—¡Bah! Nadie le odia.

—Me odia el Estado, y hace perfectamente. Como llevo dentro de mi cráneo un átomo de lógica absoluta, es decir, la chispa inicial que andando el tiempo y a través de la mecha inerte de las masas, concluye por hacer estallar las bombas, soy el enemigo del Estado. El Estado es práctico, y la lógica no lo es. El pensamiento en sí es una energía anarquista, puesto que no es pensamiento lo que sustenta el orden sino los intereses, y no cabe duda que si aplicáramos las reglas del buen sentido a la política, la sociedad se hundiría en una catástrofe espantosa. Antes, a nosotros, los intelectuales se nos quemaba vivos. En esta época aciaga se sigue otro sistema: se nos mata por hambre. Así resulta que no puedo saldar con el mozo la miserable factura de una taza de café.

Alargué un billete de cinco pesos al intelectual, y me despedí cordialmente.

INSUBORDINACION

El consejo supremo de guerra —supremo, ¡ay!— ha castigado al conscripto Gismani, de Paraná, con tres años de presidio. Se trata de una insubordinación. Parece que es un crimen terrible. ¿Qué ha hecho Gismani? Dirigir frases ofensivas a su sargento. ¿Por qué? Esto no interesa mucho al consejo supremo, pero de la misma sentencia se deducen algunos antecedentes. La familia de Gismani tramitaba la excepción. «Está probado que Gismani padece de una bronquitis asmática crónica... El sargento Pedroza oyó decir, durante el descanso, al soldado Gismani, que aunque le dieran de palos no trotaría más por no poder ya hacerlo, y entonces mandó formar inmediatamente y ordenó diversos movimientos al trote... El soldado Gismani, después de dar algunos pasos al trote, terminaba dicha instrucción al paso, contestando al sargento Pedroza, que cada vez le gritaba que trotara: "no puedo trotar, mi sargento..."»

Si el consejo hubiera sido menos supremo y más humano, habría dicho: «Gismani, eres un mártir, Pedroza, eres un bestia. Que cuiden a Gismani y que apliquen un bozal a Pedroza. ¿Y qué ejército es ése donde los enfermos trotan mientras se averigua si pueden trotar o no? ¡Remédiese tanto desatino!» Por desgracia, el consejo estaba formado de héroes, y según su ley de hierro la insubordinación privaba sobre lo demás. Insubordinarse contra la justicia, contra la piedad, contra los derechos del dolor no es tan grave como insubordinarse contra su sargento. Tres años de presidio. Y gracias. Un conscripto es muy poquita cosa ante un consejo supremo de guerra. Si Gismani hubiera tomado la precaución de ser general, habrían respetado su bronquitis. Ya lo ha observado Clemenceau: «Cuando un soldadito da un puñetazo a su sargento, se le fusila; el honor del ejército lo quiere. Mas cuando los grandes jefes, todo galoneados de oro, faltan a su deber, el honor del ejército no permite que se les pida cuentas». Clemenceau aludía a la expedición fran-

cesa de Madagascar, donde sin combatir murió cerca de la mitad de las tropas, por la ineptitud de los superiores. Yo no aludo a la Argentina, ni a nadie; recuerdo que el rigor de los tribunales se reserva preferentemente para los pobres, para los inofensivos. Es un hecho común. Los fuertes no serían fuertes si no impresionaran al juez. Por otra parte, Gismani era estudiante y repórter. Era con razón sospechoso. Un intelectual en un cuartel es ya una insubordinación presunta. La inteligencia es sediciosa. Siendo difícil desterrarla de la vida civil, suspendámosla siquiera en las filas, o dejarán de ser filas —alineación de cráneos y de mentes— para ondular como un látigo. Y quizá Gismani era algo peor: un original. ¿Concebir un original haciendo el ejercicio? ¿Un poeta trotando a la voz de orden? ¡Cuánto desprecian y con cuánto motivo, a esos soñadores, a esos cobardes, los varones auténticos, educados en la escuela del sargento Pedroza!

—«¡Trote usted! —¡No puedo!» Hay que obedecer, sin embargo; hay que trotar, aunque el asma te ahogue. No eres un asmático, eres un recluta. Habrías de trotar aunque no tuvieras piernas. El sargento es Dios. Para Dios no hay imposibles. Resucita a los muertos y los hace trotar. ¿No trotas? Tres años de presidio. Detrás del sargento-Dios está la sociedad llena de espanto; si el sargento pierde sus atributos celestes seremos todos aniquilados, raídos de la faz de la tierra. La autoridad del sargento es nuestro talismán precioso. Conservémoslo. ¡Tabú, tabú! En cuanto a la justicia... es una preocupación de anarquistas. Pretender que sea justa la máquina de guerra, es ocurrencia de locos. Una espada es justa si corta bien. Hubiera yo deseado discurrir sobre el asunto Gismani, no como militar, sino más modestamente: como hombre. Me detiene el peligro de pasar por dinamitero. ¡El buen sentido es tan revolucionario! No es tiempo aún de que la humanidad sea humana. *La Nación*, de Buenos Aires, en cambio, no se resigna. Propone para Gismani el indulto. «No tiene otro objeto esta atribución del presidente de la República, dice, que impedir cualquier error posible, cuando las disposiciones generales de la ley, aplicadas en un caso particular, resultan contrarias a la inspiración de la justicia». Enternece la humildad con que se confiesa que las leyes son injustas, a la vez que sagradas. Si conducen a monstruosidades demasiado intolerables —caso Gismani— queda el recurso de implorar de rodillas, ante el señor presidente, una excepcional contraorden, una gracia, un milagro. Así la justicia, es, entre nosotros, de índole milagrosa. La justicia debe administrarse muy de tarde en tarde, so pena de debilitar profundamente el organismo social. El primer magistrado —indulte o no a Gismani— comprenderá que su poder se funda en la intangibilidad de los sargentos, y que aplicar con exceso la justicia sería antipatriótico.

FILOSOFIA DEL ALTRUISMO

I

El análisis de un caso particular es pretexto excelente para elevar la idea a una región superior en donde encontremos la clave de todos los problemas

análogos. En la polémica sobre Napoleón he cedido gustoso a Casabianca la ventaja de los últimos cañonazos, y, habiendo sobrevivido a ellos, aprovecharé la oportunidad de explicar cómo se arraigan mis juicios en un *substratum* filosófico.

No se asuste el que lea: no seré necesariamente árido y pedante. No entiendo la filosofía al estilo profesoral. Creo que todo ser vivo tiene la suya, y tal vez todo cristal y todo átomo. Para mí no se trata de una ciencia, sino de la trayectoria que sigue el centro de gravedad de nuestro espíritu. Claro, cuanto más nos instruyamos, menos inhábiles seremos para retratar la marcha de nuestro firmamento interior. Cuanto más rico sea nuestro arsenal de expresión, nuestro catálogo de conceptos, imágenes y voces, menos opacos seremos a la mirada ajena. Estudiemos pues y experimentemos, pero no atribuyamos demasiado alcance a lo que traigamos de fuera. Lo de adentro es lo que importa, y eso no se aprende. Que lo haya y que lo descubramos, he aquí lo esencial; lo demás es accesorio. Los gritos más profundos de la vida han salido de hombres ignorantes. ¡Cuántos de esos gritos sublimes resuenan en nosotros, aún, sin que podamos saber quién los lanzó! Vivimos de los genios anónimos mucho más que de los oficiales. Así nuestra industria y nuestra civilización toda vienen del fuego, arrebatado a la naturaleza por un desconocido titán prehistórico, mientras que la inmortalidad de ciertos clásicos no es sino la inmortalidad del pergamino. ¡Oh estupideces que el mármol hizo eternas! El aspecto físico de las cosas es el final de una serie, el término de una degradación. Lo real es invisible, y en cada uno de nosotros hay un mundo secreto.

Los místicos han sido los exploradores de ese mundo. Algunos se perdieron en él, otros lograron regresar y compusieron informes y oscuras descripciones de las playas que habían visto. Nuestro lenguaje, fabricado para la acción bajamente utilitaria, empapado de egoísmo y de lógica, es poco apropiado para traducir lo real. Por eso el misticismo se reduce a una experimentación interna, de seguro la única *positiva*, pero casi siempre inefable. Además, si bien la totalidad de los hombres están en contacto material con lo que les rodea, son muy raros los que estuvieron, siquiera un instante, consigo mismos. Nos ignoramos; el universo nos ha sido inútil. Llenos de tristeza, entregamos a la muerte nuestras almas intactas.

Para el que se asomó a los abismos de su propio ser, y sospechó las mejores posibilidades del destino, nada hay tan absurdo y repugnante como el afán común de acumular en exceso las energías exteriores. Aparece aquí la ruin noción de la propiedad. El avaro se figura que posee su oro; el guerrero, que posee sus soldados; el patrono, que posee a sus siervos; el ambicioso, que posee el honor. ¿Cómo es factible poseer lo que está a merced del azar? El oro es barro; los soldados y los siervos, fantasmas, y el honor, mentira. Si no nos poseemos, no poseemos nada, y los que no se poseen se mueren por palpar lo que es imposible poseer. Se posee lo que se es, y en cuanto se da. Para absorber lo externo es forzoso, como en una bomba aspirante, hacer el vacío; la sed de riqueza de esclavos y de gloria no es más que el signo del vacío espiritual. ¡Qué contraste con la plenitud interna del justo! «Las deli-

cias, la magnificencia, decía Sócrates a Antifón, he ahí lo que se llama felicidad: en cuanto a mí, estimo que si sólo a la Divinidad pertenece el no tener necesidad de nada, el tener necesidad de poco nos acerca a la Divinidad».

La Divinidad necesita, sin embargo, entregarse, *trabajar*. Un Dios separado de su creación, ocioso y satisfecho, como el Vaticano lo exige, es algo repulsivo. Un Dios obrero, no. «Dios, dice W. James, completando a Sócrates, es lo que hay de más humilde, de más despojado de vida consciente o personal; es el servidor de la humanidad... Confieso libremente que no tengo el menor respeto hacia un Dios que se bastara a sí mismo: cualquier madre que da el pecho a su niño, cualquier perra que da de mamar a la cría, presenta a mi imaginación un encanto más próximo a mí y más dulce». Desde nuestro punto de vista, Dios y genio son sinónimos. Todos somos Dioses. Si no lo fuéramos, si no encerráramos, más o menos escondida, una chispa de potencia creadora, no hubiéramos nacido. Todos somos genios; sólo el genio es. En unos duerme; en otros sueña. Nuestro deber consiste en cavar nuestra sustancia hasta hallarlo, para devolverlo después en la obra universal.

II

«El mundo invisible, el mundo secreto que llevamos dentro...» Estas expresiones parecerán poco propias de un estudio filosófico. ¿Se puede hacer una filosofía de metáforas? Si el lector tiene paciencia, verá en otro artículo los motivos que nos inclinan a desconfiar de la lógica en uso, cuando se trata de tocar lo real. La lógica conduce a lo verdadero, mas para llegar a lo real es impotente. Lo verdadero es objeto de la ciencia; empleado en la utilidad común cambia de siglo en siglo. Lo real, objeto de la sabiduría, es asunto que atañe directamente a cada uno de nosotros. Lo verdadero es exterior, lo real, interior. De lo verdadero nos servimos; de lo real vivimos, o por mejor decir, lo real es lo que vive. Lo verdadero exige los esfuerzos de nuestra razón, y la razón no es sino una parte de nuestro ser; lo real nos exige por entero. Un dialéctico puro es un mutilado. La humanidad no ha hecho caso a los metafísicos de gabinete, sino a los profetas, metáforas en acción. Hay en una metáfora más alma que en cien teoremas. Lo real no se explica: se siente y se ejecuta.

Pero bajemos a la región de las sensaciones ordenadas por la ciencia, esa ciencia helada y triste cuyo ideal —física matemática— es aplicar un sistema lógico a un conjunto de medidas. Encontraremos en la ciencia actual el rastro del mundo interno invisible, de tal modo es cierto que una porción cualquiera del universo constituye un símbolo de todo lo demás. Los griegos no tenían noticia de América, según he oído; tampoco la tenían de los enormes continentes de nuestro espíritu. Ignoraban las dimensiones del planeta y nuestras propias dimensiones. Para ellos, fuera de la conciencia no había nada. No se alejaron del luminoso círculo, centro de la inteligencia, y por eso lo que construyeron es tan claro, tan elegante, tan evidente y tan falso. Demostraron rigurosamente muchas mentiras, y Aristóteles, a través de la escolástica, nos emponzoña aún.

Somos ahora más humildes. Hemos comprendido que no es posible adivinar, que es preciso callarse y ensayar. Hemos hecho la geografía caminando, y la química ha salido de nuestras manos obreras. La naturaleza contesta siempre cuando se la interroga con angustia, y el objeto físico, es decir, el cadáver de la realidad, se ha estremecido bajo nuestra mirada. En nuestros laboratorios hemos descubierto lo inconsciente; hemos verificado que el lugar donde se fabrican nuestros conceptos, donde nuestros sentimientos se enriquecen y se afinan, donde el carácter se arma y teje la memoria su fantástica tela, es un taller inmenso que mueve sus engranajes en la sombra. Somos secretos para nosotros mismos. Nuestra raza y nuestra descendencia nos habitan sin que las veamos. En las tinieblas de nuestro cerebro se levantan los muertos para apoderarse de los vivos, y los vivos para apoderarse del futuro. La génesis del crimen es inconsciente, y la del genio también. Nuestras ideas, nuestras emociones, nuestros impulsos son una continua sorpresa. Asistimos a su desfile prodigioso sin saber de dónde surgen, cabellera de chispas desprendidas de la fragua oculta, y agitadas por el salvaje viento de la noche.

En el paisaje infinito del espíritu, ¿qué es la conciencia? Un punto perdido: la linterna del vagabundo. Débil linterna que paseamos por las encrucijadas del pensamiento y de la voluntad, débil lógica humana, gesto de duda en un instante de pereza, ¡ilumínanos la profundidad de los bosques y de los mares! ¿Dónde está el *yo*, dónde empieza y dónde acaba? Y los otros *yoes* que aguardan detrás de la puerta, en la penumbra subconsciente o subliminal, ¿cuándo nos invadirán y nos devorarán? ¿Despertaré mañana asesino o santo?

Quizá nuestro *yo* se extiende hasta las estrellas más lejanas. Si mi brazo es *mío*, no es porque lo distingo y lo palpo, sino porque me duele, porque lo experimento de una manera real. Donde concluye el cuerpo, ¿concluye el conocimiento real del espacio? Si mi piel fuera transparente, ¿no creería, ante el espectáculo de mis intestinos laboriosos y palpitantes, pero insensibles, que aquel movimiento me es extraño por completo? Un cirujano me anestesia el brazo. ¿Deja de ser mío? La mujer estudiada por Charcot siente el pinchazo de un alfiler a un centímetro de la piel, en la atmósfera. ¿Le pertenece ese centímetro de atmósfera? Y el conocimiento por los sentidos, el conocimiento aparencial, ¿no establece un lazo? Yo veo la estrella inaccesible, y la estrella ¿me ve?

¡Explicar lo real! Lo real se siente y se ejecuta, no se explica. Yo siento en mí el temblor de los astros; siento en mí abismos capaces de contener los que espantaban a Pascal; siento en mí el mundo invisible y secreto que trabaja; la energía específica y nueva en torno de la cual, por unos momentos, giran las cosas como no habrían girado nunca; siento en mí un total incoherente que necesita mudar de actitud y esperar lo que no ha sucedido todavía; siento en mí algo irresistible que se opone a la estéril repetición del pasado, y que ansía romper las barreras del egoísmo para realizar su obra inconfundible. Siento que soy indispensable a un plan desconocido, y que debo entregarme heroicamente. Estoy seguro de que todos los hombres sienten como yo cuando se hace el silencio en sus almas; estoy seguro de que todos, al comenzar a cumplir su noble destino, se reconciliarían con la muerte.

III

Descubrir la energía interior y entregarla para renovar el mundo; he aquí el altruismo. Es la obra de las más profundas corrientes del alma. El que se ha bañado en ellas percibe la superficialidad de la inteligencia pura. Percibe que esa lógica de que tan orgullosos nos mostramos es una fría herramienta, un sentido abstracto, incapaz por sí de crear el espíritu, como los sentidos físicos son incapaces de crear la materia.

Cada vez que el hombre ha intentado elevarse por la razón a una síntesis del universo ha fracasado lamentablemente. Los sistemas metafísicos tienen todos algo de grotesco. Es el contraste entre los medios y el fin, entre la solemne vaciedad de un lenguaje postizo y la realidad intangible que pasa riendo a cien leguas del sabio miope. Los tipos más imponentes de la tontería se encuentran entre los sabios. Pretender explicar lo real es signo de atrofia en la intuición. ¡Triste espectáculo el de un maravilloso talento a oscuras, como Santo Tomás, un Hegel o un Comte! La vida no se resuelve con silogismos; no es un problema de ajedrez.

La impotencia de la razón ha sido reconocida siempre por los pensadores razonables. Pascal lo ha dicho mejor que ninguno: «Padecemos una impotencia de probar invencible a todo dogmatismo; tenemos una idea de la verdad invencible a todo pirronismo». De la verdad, es decir, de lo real, de lo real que obliga a la acción fecunda; de lo real que respira y se mueve. La razón será lo que se quiera, menos un motor. Pero no basta declararla imperfecta para lo práctico e inservible para lo trascendental. Es preciso darnos cuenta de su origen probable y de la región que habita.

En ciencia, la única verdad que se ha establecido es la verdad física. Tal verdad, que se llama hipótesis, no posee virtud alguna de dominación sobre el tiempo; cambia de siglo en siglo y dentro del siglo. Está supeditada a la aparición del hecho bruto o sea de la sensación. Su papel es pasivo; su objeto, bajamente utilitario. Es un instrumento clasificador. Su insustancialidad no ha dejado de ser notada por los profesionales. Para E. Mach, la hipótesis se reduce a una «economía intelectual». Para Poincaré la verdad es lo que resulta «más cómodo». El análisis moderno despoja cruelmente a la verdad científica de todo contenido real.

Observemos que la lógica —expresada por medio de las matemáticas— no se aplica sino a lo inorgánico, sin haber conseguido siquiera abrazarlo en su conjunto. La teoría más comprensiva y más reciente, que funda los fenómenos en las leyes electromagnéticas, suprimiendo el átomo material y afirmando el átomo eléctrico, renuncia a incluir en su programa la gravitación universal. La sencilla y clásica ley del buen Newton, la base de la majestuosa astronomía, sigue impenetrable. En cuanto al éter, nos pone al borde mismo del principio de contradicción: es imposible representar el elemento capital de nuestra ciencia. Y si abandonamos lo inorgánico, la noche se hace de repente. La biología, la psicología son un vago empirismo surcado por débiles tendencias; la sociología se forma de conjeturas pueriles. «La inteligencia, dice Bergson, está caracterizada por una incomprensión natural de la vida... Nos

veríamos muy apurados para citar un descubrimiento biológico debido al razonamiento sólo...»

¡Qué interesante es la coincidencia de Poincaré y de Bergson, los dos príncipes de la especulación contemporánea! Para ambos la inteligencia humana es geométrica. Poincaré, en su magnífico estudio sobre el espacio, concluye: «Si no hubiera cuerpos sólidos en la naturaleza no habría geometría». O sea: «Si no hubiera cuerpos sólidos no seríamos inteligentes». Y Bergson: «Nuestros conceptos han sido formados a imagen de los sólidos... nuestra lógica es sobre todo la lógica de los sólidos... nuestra inteligencia triunda en la geometría, donde se revela el parentesco del pensamiento lógico con la materia inerte...»

Eso es el hombre: un animal que maneja la materia inerte y construye máquinas protectoras. Su inteligencia es de baja extracción: pertenece a lo exterior, a lo que menos importa. Lo que importa no es impedir que lo exterior nos penetre, sino que lo interior desborde. Lo que importa no es aislarnos, sino comunicarnos: no es cerrarnos, sino abrirnos. Bergson habla de materia inerte. Mejor sería hablar de materia muerta. Bien lo sentimos en los momentos supremos de nuestra emoción y de nuestra voluntad, cuando la pulpa fluida de nuestro ser rompe la helada corteza razonadora y lanza afuera su mágico surtidor de sangre, de lágrimas o de fuego. La inteligencia es una cosa muerta; es un arma del egoísmo. Así las uñas y los dientes están hechos de células muertas. Lo duro, lo que tanto amó Nietzsche, es lo muerto. La vida es ternura. Por eso no la comprendemos ni la comprenderemos jamás. La piedra no comprende a la brisa. Medimos las órbitas de los astros, y nos quedamos atónitos ante una flor. No nos comprendemos, puesto que vivimos, pero es igual. Lo esencial no es comprenderse, sino entregarse.

La energía interior, esencialmente nueva, destinada a lanzarse contra lo exterior para renovarlo, es una energía directora. No se la puede comparar con las energías que se manifiestan por los instrumentos de laboratorio y que se anotan en las estadísticas de todo género. No hay aguja que la señale, balanza que la pese ni cifra que la mida. Magnetiza el cosmos sin que los sabios, inclinados sobre sus retortas, la perciban. Los matemáticos triunfan porque no se descabala el ejército de fórmulas con que se ha aprisionado el espacio; los médicos exultan al declarar que el bisturí no ha tropezado con el espíritu. ¿Qué somos? Azoe, carbono, agua y algunas cosas más. El problema está resuelto. Así, verificando que no falta ninguna pieza en la caja, la ciencia se figura haber ganado la partida. No se explica la realidad sin asesinarla. Entre lo vivo y lo muerto no existe diferencia: ésta es la victoria de la filosofía positiva. Tomad el compás: el cadáver no ha cambiado de estatura. Es el mismo. Vivía y vive. Eso no significa nada. Antes vivía con arreglo a la química, y ahora, con arreglo a la química idéntica, se descompone. La vida es la muerte. ¿Y la conciencia? En verdad que estorba. ¿Qué es la conciencia de una máquina? Pero se trata de un detalle.

¡Desvariados! De tanto mirar por el vidrio de vuestros microscopios y de vuestros telescopios tenéis la mirada de los difuntos. Analizáis maravillosamente lo automático. No veis más que lo verdadero, y se os escapa lo real.

Creéis tocar la sangre del universo, y no palpáis más que su osamenta. Archiveros de leyes, pendolistas de la experimentación, ¡qué regocijo el vuestro cuando la materia comparece ante vosotros y obedece al código de vuestros cálculos! Descubrid leyes y que se cumplan. Que el eclipse, previsto de mil años atrás, no se equivoque en una décima de segundo. Oh luna, oh sol, oh melancólicos luceros: ¡sed dóciles! Que no se diga que habéis sido caprichosos, o que se os ha olvidado la lección; que no se diga que de los caldeos acá habéis añadido algo nuevo a las cosas. Obedeced; entonces el astrónomo exclamará «comprendo» y yo gemiré «bien muertos estáis».

No quiero imitaros; no quiero obedecer; no quiero repetir. Estoy vivo: soy lo nuevo. ¿Qué tengo que ver con las leyes? Amontonadlas, juristas: no avanzaréis un paso hacia mí. Mi energía directora, hermana de la humilde energía celular que convierte los jugos oscuros de la tierra, en pétalos perfumados, pasará a través de vuestras leyes como el viento cargado de gérmenes a través de una tela de araña. No romperé tal vez un hilo, no fallarán tal vez vuestras doctas previsiones; seguiré invisible para vosotros, pero habré pasado.

Hermanos: vivís; somos lo nuevo; estamos fuera de la ley. El manantial que brota de nuestras entrañas no ha sido probado por nadie. Fuera de la ley; fuera de las leyes científicas y sociales. Nos harán la autopsia mañana; hoy no. Demasiados obstáculos nos opone lo de fuera para que no evitemos los obstáculos de dentro. Arrojemos lejos de nuestro ser toda idea de orden establecido; todo respeto a la autoridad y al dogma; todo cariño a las tumbas. El amor a lo que fue es una voluptuosa cobardía. Convenzámonos de que el átomo de realidad que hay en nosotros no tiene historia.

El altruismo está fuera de las leyes. La adaptación al medio es una de las grandes filfas que nos cacareamos los unos a los otros. ¿Se adapta al medio el cangrejo que para viajar lleva en las branquias una provisión de agua como el beduino la suya a bordo del camello? ¿Se adapta al medio la innumerable multitud que habita el fondo tenebroso de los mares, y que enciende allí sus lámparas fosforescentes, como nosotros las nuestras en la noche? ¿Se adaptan al medio los óvulos que rodeados de iguales condiciones producen organismos diferentes? Llevad vuestro cuerpo a los hielos del polo, o al infierno ecuatorial. Vuestra temperatura no se alterará: os impondréis al medio o sucumbiréis. La vida es la conquista del medio, la transformación de lo exterior por el genio interior. Y vuestra industria, ¿qué es sino la fabricación de un medio artificial donde logremos cumplir antes el genio de nuestra especie? ¿Qué hace la humanidad, sino humanizar el universo?

Adaptarse a las leyes físicas, ser un conjunto de leyes físicas equivale a desaparecer. Adaptarse a las leyes tácitas o escritas de la sociedad en que estamos es desaparecer también. Hemos venido a ella para entregar nuestro genio a la obra común, y el genio es rebeldía. Es la rebeldía la que funda el orden superior. Son las leyes las que perpetúan el desorden. No es el altruista el revolucionario, sino el egoísta, el que entorpece la marcha moral de las energías creadoras. Ese juez que consulta un libro viejo para hacer el bien y no consulta su alma, es el introductor de la muerte. Pero nosotros mataremos la ley y reanimaremos el mundo.

LA TIERRA
PRIMERA CONFERENCIA A LOS OBREROS PARAGUAYOS

Os pido perdón por lo desordenado y rudo de estas frases, que siquiera tendrán el mérito de ser muy breves; fueron escritas al vuelo, cuando faltaban pocas horas para ser pronunciadas. Me había invitado a hablar la Unión Obrera, y acepté en seguida, porque yo también soy un obrero, y no quiero ser otra cosa.

¡Obrero! No han pasado en vano los siglos, puesto que puedo pronunciar este nombre con orgullo. Antes un obrero que no era un esclavo o un lacayo era una excepción casi increíble y hasta cierto punto criminal. Hoy vemos ya claramente que es una iniquidad y un absurdo que la mayor parte de los obreros sigan siendo esclavos y lacayos. Obrero no quiere decir esclavo; quiere decir creador. Todo lo han hecho, todo lo han creado los de nuestra raza, los que vivieron con la herramienta al puño, azadón, cincel o pluma; los siempre miserables, siempre fatigados del áspero camino, siempre abrumados por la indiferencia del cielo y la crueldad del prójimo, siempre empujados por la grandeza oculta de lo que hacían; los que empaparon el lodo de sudor y de sangre; los que, bajo el látigo, arañaron y mordieron y cavaron en las entrañas del suelo, no una oscura madriguera para esconder su desnudez sino la magnífica vivienda futura de la humanidad. Tenemos por fin conciencia de que todo está inmóvil y muerto menos nosotros; de que solamente nosotros llevamos el mundo sobre nuestras espaldas.

Y obrero no significa únicamente el que obra la materia muerta, el que batalla para recular las fronteras físicas de lo posible, y para perseguir, aprisionar y domar las ciegas energías de la naturaleza; significa, sobre todo, el que obra la materia viva, el que amasa la arcilla y también la carne y el espíritu; el que edifica con dura roca la ciudad del porvenir, y también con su propio cuerpo, con su propia razón; el que lanza al azar, a la noche fecunda, la simiente de la cosecha invisible, y la idea a las almas desconocidas, remotas, que nos miran en el silencio y en la sombra. Por eso lanzo hacia vosotros la vitalidad y la fe de mis palabras.

Socialistas, anarquistas, neo-místicos, neo-cristianos, espiritistas, teósofos... ¿Qué quiere decir todo esto? ¿Qué quiere decir esta universal reacción hacia lo religioso, esta filosofía que se vuelve sentimental y profética, esta literatura preocupada del más allá, estos poetas, historiadores y críticos que se hacen reformadores sociales, estos propagandistas de unas bellezas que se habían declarado inútiles? ¿Qué quiere decir este renacimiento de la inquietud, del misterio, de la sagrada angustia salvadora de gérmenes?

¡Que somos desgraciados! no por culpa de la naturaleza, más y más sometida cada día a nuestra voluntad y a nuestro genio, sino por culpa de nosotros mismos. Esta sed de cambios profundos es sed de perfección. Un vago remordimiento nos entristece. Nos sentimos inferiores a nuestros ideales. Arrastramos, encerrada en el fondo de nuestro ser, la radiante realidad de mañana y, embriagados de ella, nos humilla y nos mancha y nos exaspera la realidad de hoy. Somos desgraciados porque vamos a dejar de serlo. Sufri-

mos porque vamos a curarnos. Nuestro dolor es el de los nervios sanos y fuertes; es el dolor de la vida en marcha. Desgraciados, sí, todos desgraciados, por suerte nuestra. Desgraciados los que trabajan, y mucho más desgraciados los que no trabajan. Desgraciados los que sueñan la belleza intangible y mucho más desgraciados los que no sueñan. ¿Pobres y ricos? No: ¡todos pobres! La riqueza, la verdadera riqueza está haciéndose; los verdaderos tesoros están desenterrándose. Y nosotros, los inclinados sobre el surco, los que tenemos las manos llenas de tierra, somos los primeros que tocaremos el oro nuevo, el oro inagotable y justo. ¡Ah, lo haremos brillar al sol! Pero no para que nos lo arrebaten garras indignas. Eso no: eso habrá terminado. Todos tendremos nuestra parte de paz y de alegría; todos seremos en el paraíso.

Y ese oro simbólico, esa linfa generosa que correrá para todos, que no se apartará de la desdicha para seguir a los falsos dichosos, ni huirá del hambre para halagar la hartura, ni abandonará la desesperación y la agonía para colmar el tedio y la ociosidad, ¿de dónde la sacaremos? ¿Por dónde fluye su corriente secreta? ¿Qué peña hay que herir? ¿A qué firmamento debemos clamar?

¿Llamaremos al corazón de nuestros hermanos? Algunos corazones son cofre de avariento, que guarda el oro contaminado. No os molestéis en llamar a las puertas de la avaricia, altas y negras como las de la muerte. Jesús llamó, y las puertas temblaron, pero no se abrieron. Antes se abrirán hasta abajo las aguas del mar y las arenas del desierto.

¿Y qué obtendríamos? ¿Qué es lo que nos hace falta?

¿Capital?

Pero el capital no es el enemigo, y en esto desearía fijar vuestra atención. El capital, es decir, el elemento de cambio y de tráfico, las instalaciones industriales, los depósitos y la maquinaria, no es más que trabajo acumulado; por lo mismo correrá la suerte del trabajo. Estad ciertos de que donde el salario es intolerablemente exiguo, el interés del capital lo será también; donde el salario se eleva el interés se eleva. Abrid los ojos, id a las cumbres de la civilización, a las grandes ciudades europeas y norteamericanas. Veréis que allí el capital no produce casi nada, y que el obrero apenas consigue lo estrictamente preciso para no sucumbir en seguida. En los países sin saquear aún, los intereses son buenos y los salarios también. La existencia es fácil y por lo tanto digna. No se insulta a la condición humana con la degradación del obrero mendigo. Pero dejad que nos civilicemos, dejad que progresemos; ya vendrán, arriba el lujo feroz, abajo la miseria y el crimen. Ya se repetirán las escenas dantescas de Chicago y de Londres; los vagabundos delirantes se romperán el cráneo contra los muros de los palacios. Tendremos la vanidad de contar, como Nueva York, treinta suicidios en un día. Los intereses bajarán constantemente hasta el 3, hasta el 2 por ciento anual, y los siervos cuya labor es más terrible y más necesaria, serán precisamente los más torturados; perecerán de inanición, de podredumbre y de congoja en rincones inmundos, donde nadie llega a la vejez, y donde los niños nacen viejos, o nacen difuntos, donde el amor se hace grotesco y vil, donde la mujer, vaso de elec-

ción, sonrisa del destino, se convierte en un animal idiota que al engendrar la vida no engendra más que el sufrimiento. ¿Para qué intentar otra distribución del dinero? Cambiará de bolsillos, pero no de leyes; habremos removido la masa del dolor social sin disminuirla en un ápice.

No, no es el capital el enemigo; no es el capital a donde hay que volver la vista, ni a la caridad de nuestros semejantes, ni a la ciencia, cortesana del oro y de las armas, insensible mecanismo a la disposición de todas las tiranías. No son el interés ni los salarios los que absorben la enorme cantidad de riqueza que los trabajadores vuelcan cada día sobre el mundo, riqueza suficiente para una humanidad diez veces más populosa y más refinada, sino la *renta de la tierra*. La renta es el vampiro formidable y único. El propietario es el que todo lo roba, reduciendo a la última extremidad al trabajo y a todo lo que representa trabajo. Es que la tierra es lo fundamental; sin la tierra no hay nada. El dueño de la tierra es el que impone la ley; él, y sólo él, es el déspota invencible. En el centro de París, donde os repito que el capital no vale gran cosa, y donde es tan hacedero morirse de no comer, encontraréis que un metro cuadrado de terreno cuesta una fortuna. Lo mismo ocurre en todos los distritos de alta civilización. ¿Por qué los capitales prosperan en los estados poco civilizados de América, de Sud Africa, de Australia? ¿Por qué en ellos viven con más desahogo los trabajadores? Sencillamente porque las tierras son baratas, porque hay muchas tierras, porque aún quedan tierras. Se habla con asombro de la *raza yanqui*. ¡Qué raza! Tierras y más tierras. ¡Bonita ésta la famosa raza donde el propietario empieza a sacar el jugo a la tierra y a los que trabajan la tierra! Hay que contemplar la célebre raza en los barrios sórdidos de Nueva York. No se diferencian, no, los espectros neoyorquinos de los londinenses, ni de los andaluces, ni de los sicilianos. Son siempre los espectros del hambre. ¿Y acaso los fundadores de la portentosa potencia actual de los Estados Unidos no fueron en gran parte los irlandeses, los mismos esclavos que a duras penas, después de quince horas de tarea, conseguían un puñado de patatas? ¿Esclavos? Los irlandeses del 40 hubieran pedido, hubieran suplicado serlo. Un esclavo valía una cierta suma, pero un irlandés, uno de los ocho millones de hambrientos sometidos a la rapacidad de los propietarios británicos, no valía nada. Atarle al yugo costaba menos que dar pienso a un caballo. Y vive Dios que si hubieran sido ocho millones de norteamericanos los tratados así, en lugar de ocho millones de irlandeses, el resultado hubiera sido igual.

¿A qué indignarse contra los apacibles capitalistas, especie de cheques ambulantes? Indignémonos contra el propietario. El es el usurpador. El es el parásito. El es el intruso. La tierra es para todos los hombres, y cada uno debe ser rico en la medida de su trabajo. Las riquezas naturales, el agua, el sol, la tierra pertenecen a todos. Apodérese de la tierra el que la fecunde; así nos apoderamos de la mujer. Goce de la tierra el hombre en proporción de su esfuerzo. Recoja la cosecha el que la sembró y la regó con el sudor de su frente y la veló con sus cuidados. Y todo nuestro poder, ¿qué es sino cosecha? Todo surge de la tierra y nosotros mismos somos tierra. Parecidamente el vapor que, desprendido de los mares, errante por la atmósfera, cua-

jado de los espacios sobre la frialdad de los altos montes, baja hecho nieve y fuente y ríos hasta sepultarse otra vez en el Océano para tornar a evaporarse, una maravillosa circulación de vida se cumple entre la tiera y nosotros por mediación de las plantas; nutridos de los jugos que ellas elaboran con las sustancias de la tierra, devolvemos a la tierra nuestros cuerpos para que transformados de nuevo alimenten las generaciones futuras. Hijos de la tierra, sentimos que poseerla sin trabajarla, es decir, sin acariciarla y servirla; dejarla estéril, rodeada de un cerco, para especular con ella y enriquecerse así en la holganza, es un acto sacrílego y salvaje que desmoraliza más a los verdugos que a las víctimas. Tened por seguro que cuanta crisis económica se declara en los pueblos, aumentando más todavía la opresión y el desaliento general, no reconoce otra causa que estas especulaciones esencialmente culpables. Emancipemos la tierra, con sus gemas y metales escondidos y selvas y bosques y jardines, sustentadora de cuanto alienta, fuente de inmortalidad. Es necesario que los que pensamos en algo que no es presente, pero que lo será, y confiamos en las realidades que se acercan y miramos hacia la aurora próxima y la cantamos cuando aún es de noche, defendamos la tierra. Defenderla es defender la felicidad de nuestros hijos. No toleremos que un zángano, a quien bastará seis pies de sepultura, necesite leguas y leguas para extender cuando vivo su ociosidad, más dañosa que la de los muertos. Los que viven sin trabajar no son hermanos nuestros; antes lo son las abejas y las hormigas y el pájaro que teje su frágil nido. Los que viven sin trabajar no existen; no son hombres, son sombras. No toleremos que nos aprisionen las sombras. No toleremos que la tierra, en cuya faz venerable hemos esculpido nuestra estupenda historia, sea de quien no la merece. Luchemos por conseguir que cada hombre, al nacer, encuentre su parte de herencia natural, la parte de tierra a que tiene derecho. Luchemos por conseguir que la tierra sea de quien la trabaja, y que no haya otra riqueza que la del trabajo. Me diréis que esto es de sentido común. Pero no hay nada más revolucionario, más anarquista que el sentido común.

El sentido común establecerá la paz sobre la tierra cuando nadie acepte asesinar ni ser asesinado por motivos que no entiende o que no le importan, y el sentido común llevará a cabo la revolución capital, la conquista de la tierra. Cuanta sangre y cuanto pensamiento se gasten en llegar a esta tierra prometida, que no nos aguarda del otro lado del horizonte, sino bajo nuestros pies, serán pensamiento y sangre bien gastados. Y estoy convencido de que esta conquista se hará en América, donde los obreros son y serán más fuertes y más libres. Aquí será devuelta la tierra a la humanidad. Aquí, al entrar en la era de la luz y de orientación definitivas, nos reconciliaremos todos con la tierra, la santa tierra, la madre inmortal, doblemente madre, porque después de darnos la vida, nos ofrece el reposo.

LA HUELGA
SEGUNDA CONFERENCIA A LOS OBREROS PARAGUAYOS

Quiero deciros algunas palabras sobre la huelga, sobre la naturaleza y el alcance de este instrumento de emancipación.

He oído decir mil veces, como habéis oído vosotros, que tal huelga es justa y tal injusta. Yo nunca he entendidos semejante frase: «huelga injusta». Todas la huelgas son justas, porque todos los hombres y todas las colecciones de hombres tienen el derecho de declararse en huelga. Lo contrario de esto sería la esclavitud. Sería monstruoso que los que trabajan tuvieran la obligación de trabajar siempre. Sería monstruoso que la infernal labor de los pobres tuviera que ser perpetua, para hacer perpetua la huelga de los ricos. Yo sé que ha sido negado mucho tiempo este derecho de huelga colectiva, que supone el derecho de asociación. La Revolución francesa, que como un corcel impaciente despidió de su lomo los privilegios monárquicos y eclesiásticos que nos oprimían tan sólo con el peso de las cosas muertas, se quedó a mitad de camino. Sacudió el yugo aristocrático y político, pero no el yugo económico, el más despiadado de todos los yugos. Volcó el peso de las coronas y de las mitras, pero no pudo volcar el peso del oro, metal pesado que baja al fondo de las conciencias, y una losa de oro nos aplasta todavía. La Constituyente prohibió a los obreros asociarse, y bajo ella la protesta de hoy sería disuelta a tiros y a sablazos. Lentamente hemos conquistado, en los países que se llaman civilizados y no son en realidad sino menos bárbaros que los otros, los derechos de asociación y de huelga; no los perdamos, porque son preciosos; si no los tuviéramos, sería nuestro deber el tomarlos. No hay pues huelgas injustas. Solamente hay huelgas torpes.

La huelga torpe es la que hace retroceder al obrero en vez de hacerle avanzar. La que se resuelve en derrota en vez de resolverse en victoria. La que hace que los siervos devuelvan a la horca el flaco cuello para poder seguir arrastrando su existencia miserable. Ninguna huelga debe declararse mientras no esté organizada en vista de una larga resistencia. A vosotros os ayudan la suavidad del clima y los recursos del suelo, pero no excuséis una fuerte organización. Sería locura negar lo que han conseguido las huelgas bien organizadas. Cada progreso de la clase trabajadora tiene su origen en una huelga. Sin las huelgas formidables que pusieron en peligro a las grandes compañías, jamás, por ejemplo, hubieran arrancado al gobierno los mineros franceses la jornada de ocho horas. La energía esencial de un gremio que declara la huelga reside en la solidaridad con otros gremios que declararán también la huelga si no se hace pronta justicia a las reclamaciones del primero. Una confederación con reservas suficientes a sostener un paro general de una semana se lo lleva todo por delante. Es que no tenéis más que retiraros un momento para que la sociedad se desplome. ¿Qué puede lograr el capital si no lo oxigena continuamente el trabajo? Todo el oro del universo no bastaría para comprar una migaja de pan el día en que ningún panadero quisiera hacer pan, mientras que para hacer pan no hace falta oro, porque aquí está la sagrada tierra que no se cansará nunca de ofrecer el oro de sus trigos maduros a la

actividad de nuestros brazos. Y éste es el premio de tantos miles de años de servidumbre bañada en lágrimas y en sangre; vosotros, y sólo vosotros, sois los árbitros del destino. ¡Vuestra presencia, oh manos humildes que todo lo ejecutan, es la condición indispensable de la vida!

Extraordinario es que se discuta aún la legitimidad de la huelga. La huelga es un procedimiento omnipotente pero pacífico; su carácter es provisorio. *La huelga concluye cuando el capitalista —y entiendo también aquí por capitalista* al propietario de las tierras— cede a la equidad y alivia la suerte de los asalariados. Aunque la riqueza no cambie de distribución y de forma, empresa venidera, es preciso que el capitalista se persuada de que el operario no es su esclavo, sino un socio, y un socio más respetable que él. Es preciso que renuncie a la cómoda teoría del salario mínimo, y a figurarse que con matar malamente el hambre y la sed puede un ser humano darse por satisfecho. Hoy los hombres aspiran a que se les trate un poco mejor que a los perros. ¡Y esto es una subversión, un delito! ¡Ah!, no son los principios de orden lo que los poderosos defienden, sino sus apetitos y sus pasiones. No defienden las ideas, sino el vientre. El obrero tiene derecho a fiscalizar el negocio en que trabaja, y a exigir su parte en las ganancias del capitalista. «Pero yo me puedo arruinar, dice el capitalista, y tú no. Mi parte ha de ser mayor. —¡Qué ventaja la mía, contestará el obrero, obrero manual o inventor, qué ventaja la de no poderme arruinar! No me puedo arruinar porque ya estoy arruinado. Me has arruinado tú. Cuanto posees es mío. Yo he levantado tus edificios, he fabricado tus máquinas, he arado tus tierras, y rascado tu oro con mis uñas a las entrañas de la roca». ¿Será censurable en los trabajadores el emplear la simple abstinencia, la huelga, para mejorar su triste situación, cuando los diplomáticos y los banqueros emplean para dirimir sus cuestiones la práctica del asesinato? Porque la guerra es la práctica del asesinato. Se pretende con ella labrar la prosperidad de una patria, a expensas de la de otra. Pero, *¿en qué patria de ambos hemisferios no habrá una innumerable* multitud de infelices, desheredados y explotados? Estos explotados forman por toda la superficie del planeta una inmensa patria dolorosa. Lo que urge es la prosperidad de esta gran patria, y no la de las patrias chicas. Vuestros verdaderos compatriotas y hermanos no son vuestros patronos ni vuestros jefes, sino los obreros de Londres, San Petersburgo y Nueva York.

La huelga es la peor amenaza para el capital. La huelga desvaloriza inmediatamente el capital, y revela la vaciedad de la farsa que lo creó. El capital, que no es sino trabajo acumulado para utilizar en mejores condiciones el trabajo subsiguiente, se aniquila en cuanto el trabajo cesa. El capital sin el trabajo se convierte en un despojo, en una ruina, en una sombra. Se ha pretendido que un paro universal destruiría a las masas obreras antes que al núcleo capitalista. Se ha dicho que los ricos resistirían más tiempo que los pobres a los efectos de la huelga mundial. ¡Error! Las riquezas de los ricos no les servirán para resistir. Cuando no haya quien saque a la tierra el sustento cotidiano, los ricos no tendrán qué comer, por ricos que sean. El mundo vive al día. La humanidad cuece su pan todas las noches. De nada servirán, cuando se declare el paro, los depósitos existentes. ¿Quién preparará esos escasos

víveres para la alimentación, quién los transportará a donde hagan falta? ¿Los soldados? ¿Creéis que les será posible protegerlos y a la vez reanudar el trabajo? ¿Creéis que los que no saben sino matar sabrán criar y producir? Pero, ¿creéis siquiera que no dejarán sus fusiles en cuanto vosotros dejéis vuestras herramientas? ¡No! La desolación será instantánea, y la especie humana, reducida a sí misma, desnuda y despojada de todas las armas y las insignias de su falsa civilización, será devuelta de repente a la augusta naturaleza de donde ha salido.

¡Juicio final de donde surgirá la sociedad futura! Al fin todos lo hombres serán iguales, todos conocerán el dolor, el abandono, el supremo cansancio, la inclemencia del cielo y la inclemencia más dura aún de los corazones. Como en un naufragio en que de pronto, ante el abismo abierto, se muestran la virtudes y los vicios fundamentales de cada uno, el paro manifestará el valor real de lo que cada uno es y de lo que cada uno tiene. Se restablecerá la justicia, porque lo justo es que nos repartamos todos el sufrimiento y la debilidad de nuestra especie frente a lo desconocido. Se remedirá la estúpida injusticia de haber hecho caer todos los sufrimientos sobre una sola clase de hombres. Y en la nueva vida los ricos verán de qué poco les ha valido su riqueza. Los niños de los ricos tendrán por fin hambre, ¡hambre!, como la han tenido desde tiempo inmemorial los niños de los pobres, y, ¿qué les darán de comer? Billetes, joyas, el mármol de sus estatuas y el trapo de sus tapices. Morderán el oro, y descubrirán llorando que del oro no se vive, que el oro asesina. Los ricos se extraviarán en sus latifundios. Las selvas y los campos ocultarán las osamentas de sus propios dueños y a los pobres los redimirá su número infinito, y el hábito de sostenerse con poco y de soportar todos los males. Ellos, los que penaron siempre bajo el riesgo de sucumbir y bajo la tenaza de la desesperación, resistirán más que los ricos. Pero no se prolongará mucho la experiencia. El capital anulado pasará al proletariado: los ex capitalistas no vacilarán en suplicar a los obreros que resuciten la riqueza, restablezcan el trabajo y pongan otra vez en marcha el mundo. Habremos dominado toda una región del porvenir.

He aquí el papel probable de la huelga en los destinos humanos. Su acción es todavía de corto radio. Usáis de la huelga en pequeños conflictos, en problemas locales, pero no olvidéis que su trascendental misión es llegar al paro terrestre. Todo lo que se haya mantenido en pie hasta entonces se derrumbará. Y la sociedad se transformará de una manera definitiva.

¡Cuántos méritos necesitáis para cumplir tan arduo programa! ¡Cuánto valor, viviendo como vivís bajo la opresión de la fuerza, de esa fuerza encargada de velar por las arcas de los avarientos! ¡Cuánta fraternidad, cuánto tesón para uniros robustamente y caminar juntos hacia la aurora! No se vence a los fuertes sin ser fuerte, y sin serlo de otro modo. Tenéis que ser fuertes a fuerza de ser buenos y justos. No venceréis el hierro por el hierro, porque ese triunfo es efímero; hay que vencer por la razón. Vuestra fuerza está en la invisible ola de opinión que hace enmudecer a los reyes y paraliza los ejércitos. Deberéis la victoria a la fatalidad de las cosas y no al azar de las armas. Ante vosotros se disolverán las viejas leyes y se desvanecerán como fantas-

mas los despotismos, cuando en la conciencia universal esté que ellos son la mentira, y la verdad vosotros.

Luchad, pero que no os impulse la codicia. Todos nos damos cuenta de que una sociedad en que por cada miembro con la existencia asegurada hay miles y miles de condenados a la enfermedad, a la degeneración, a la angustia y a la muerte prematura, y donde son precisamente estos centenares de millones de siervos macilentos los que trabajan y producen, todos comprendemos que esta sociedad está absurdamente constituida, y que si no se regenera de abajo arriba, la alcanzará sin remedio la bancarrota y el desastre. Pero la raiz de todo no es otra que la crueldad y la codicia. La codicia y la crueldad han hecho que en todos los siglos una exigua minoría invente y usurpe el poder, sacrificando a la mayoría indefensa, y que la historia sea una repugnante serie de crímenes. La codicia y la crueldad hacen que cada adelanto de la industria, lejos de favorecer a las clases desvalidas, aumente su *tormento. Si sois también codiciosos y crueles, no traeréis nada nuevo al mun*do. Si queréis hacer desaparecer el oro, no imitéis a los ricos; no ambicionéis ser ricos. No améis el oro. Amar el oro es odiar a los hombres, y no es el odio lo que ha de inspiraros, no es el odio el fecundo, el que engendrará las generaciones nuevas, sino la compasión y la justicia.

Me contestaréis que es difícil ser paciente cuando aquí mismo, en un país casi virgen y de benignos rasgos como el Paraguay, se os hace a veces la vida insoportable. Fuera de la capital, donde ahora, no obstante, la crisis sume en la miseria a los trabajadores mientras los que no trabajan gastan tranquilamente sus economías, se le explota al obrero sin piedad. Los obrajes son dignos de negreros, y los yerbales son la vergüenza del Paraguay y una de las mayores vergüenzas de América. Sin duda cuando recordáis que un millón de compañeros vuestros, padres de familia, vagan sin trabajo en Inglaterra, y que de los Estados Unidos decenas de miles de inmigrantes, desalojados por las máquinas, regresan al báratro europeo; cuando recordáis que vuestros niños nacen sentenciados y que su débil aliento está colgado del vuestro, mientras que un paso más allá nacen niños con un capital a su nombre en el Banco, la ira os ciega. Ira justa, porque si es terrible que haya hombres ricos y hombres pobres, que haya niños ricos y niños pobres es infame. Pero sed héroes en la emancipación, ya que lo fuisteis en la esclavitud. Grande *es amar a nuestros hijos, pero es más grande amar a lo hijos de nuestros hi*jos, a los que no conocemos, a los del radiante mañana. Elevad hasta el firmamento nuestros ideales. No combatamos por codicia, ni por venganza, sino por la fe irresistible en una humanidad más útil y más bella. No os desalentéis; empleemos noblemente nuestras vidas pasajeras. Si es cierto que no veremos los más hermosos frutos de nuestra obra, ya florecen bajo nuestro ojos flores de promesa. Los más ilustres pensadores del globo, desde Tolstoi a France, están de vuestro lado. A pesar de las bayonetas, habéis arrebatado ya muchas posiciones al enemigo; posiciones materiales en la contratación del trabajo, y posiciones morales. Se siente universal inquietud. Los menos perspicaces aguardan graves sucesos. Se teme, se espera. Algo salvador desciende por segunda vez a este valle de llanto. Y entre las próximas recompensas

de vuestro disciplinado esfuerzo, contad con la paz internacional. No son los cuatro burócratas miopes que sesionan en La Haya los que fundarán la paz, sino la huelga. Los soldados os seguirán y se declararán en huelga. Vosotros los libertaréis del peso de sus armas y trocaréis sus herramientas de matanza por las herramientas de unión y de trabajo.

EL PROBLEMA SEXUAL
TERCERA CONFERENCIA A LOS OBREROS PARAGUAYOS

Queréis ser fuertes y justos: queréis abolir el odio y establecer la humanidad sobre la tierra.

Para esta obra no basta la masa trabajadora que cubre hoy los continentes, sufriéndolo todo y realizándolo todo. No sois sino una ola del amargo mar irresistible que lavará las cosas y las conciencias. ¿Cuánto viviréis? Un segundo. No basta el espacio: es necesario el tiempo. No basta llenar el mundo con vuestra carne dolorosa y vuestro pensamiento ávido. Es necesario llenar el siglo.

Hay que renacer sin descanso. Tenemos contra la muerte el amor. Detrás de nosotros están nuestro hijos.

Nuestros hijos: el sueño logrado, la promesa que se cumple, la esperanza de pie.

¿Qué generación se atreverá a llamarse fuerte y justa si no deja hijos fuertes y justos?

¿Existir? Sobre todo durar.

El problema sexual es el problema de los hijos, el problema de la continuidad de nuestro esfuerzo.

Mirad en torno de vosotros, y no veréis sino el designio formidable de la renovación universal.

Es para asegurar el porvenir de los gérmenes que la raíz se hunde bajo las piedras y la hoja respira. Si los árboles ensanchan su ramaje es para multiplicar con el número de frutos las probabilidades de la reproducción. Si las flores agotan en sus cálices la purísima paleta del arco iris, es para seducir a los insectos y confiarles el mágico polen que engendrará las flores de mañana. Hay alas temblorosas, suspendidas un instante en un rayo de sol. Aparecen, se fecundan y se desvanecen. Dieron la existencia casi al recibirla, pues no es existir lo que importa, sino volver a existir. No es ser lo que importa, sino avanzar. Y morir es avanzar a través de la sombra. ¿Por qué tejen con tanto cariño sus nidos las aves parejas que se adoran a veces con fidelidad de esposos? Porque los pajarillos al romper asustados el huevo están desvestidos e inermes; exigen protección, y proteger es amar. Todo el amor, todos los amores, los que sentimos hacia los seres más extraños a nosotros, hacia los objetos inanimados, hacia lo inaccesible, lo ausente, lo difunto, lo olvidado; hasta los amores que sentimos hacia lo que no conocemos y hasta aquello mismo que nos odia, salieron del nido, de la debilidad sagrada de nuestros

niños que es preciso salvar, pequeñas naves que cruzarán el tiempo, vencedoras, de la muerte.

Y notad que ese amor es tanto más indispensable cuanto mayores son los peligros que amenazan el nido. Si se disminuye su solidez material, forzoso es aumentar su solidez moral. El amor heroico brota del extremo riesgo. Hace miles y miles de años, cuando ya en la frente del hombre resplandecía el genio, sin habernos aún desprendido completamente de los misteriosos limbos animales, eran grandes enemigos nuestros el frio y las fieras. Nos refugiábamos, mitad bestias, mitad Prometeos, en cavernas alumbradas por los salvajes resplandores de la llama; la llama, lo único que habíamos arrancado a la naturaleza hasta entonces, la llama que hace retroceder a los glaciales fantasmas del caos, la llama, imagen de nuestro espíritu. Nuestro nido era de fuego y de luz. El hogar, más que una fortaleza, era una antorcha. En él, iluminados por la llama, defensora de nuestros niños, nos hicimos robustos y amorosos, y empezamos a conquistar el universo.

No nos hemos contentado con sobrevivir a otras especies; hemos extendido nuestros dominios naturales de tal modo, que los proyectos más locamente grandiosos son posibles a nuestra imaginación. Hemos recorrido un trozo de infinito. ¿El fuego? No sólo le hemos aprisionado; le hemos domesticado y amaestrado; es nuestro dócil, poderoso, múltiple e inagotable sirviente. ¿Fieras? Nos divertimos en cazarlas. ¿Hielo? Lo fabricamos, nos lo comemos en verano y por deporte viajamos hacia el polo. ¿Torrentes? Los hacemos pararse a regar nuestros jardines. ¿Tempestad? Un vidrio la detiene. ¿Rayo? Le hemos reducido al silencio, le hemos encerrado en un hilo, le hemos obligado a velar dulcemente nuestras noches de estudio o de ensueño, y a llevar nuestras órdenes bajo la inmensidad de las aguas. Delante de lo tenebroso no hay ya en nosotros miedo, sino desafío. Al abismo ha contestado la mirada.

¡Ay! Toda esa seguridad, todo ese orgullo, toda esa victoria no es para todos, sino para unos cuantos. Una minoría traidora ha despojado al resto; los tesoros que la energía común arrebataba a lo desconocido cayeron en poder de los que nada tenían sino la codicia y lo cruel; el hierro y el oro y la ciencia fueron escamoteados por los que nada construyeron, nada descubrieron, nada adivinaron; el palacio magnífico de la civilización fue salteado por ellos, más y más inexpugnables mediante la ajena desdicha; y expulsada de los altísimos muros con su sangre amasados, desnuda y abandonada a la eterna intemperie, quedó la casi entera humanidad. Para ella, es decir, para vosotros, los que nada poseéis y todo lo creasteis, no han pasado los siglos. Vosotros, siervos del desierto ruso, harapientos acosados hasta dentro de Grecia por la ferocidad genízara, lúgubres habitantes de las cuevas bretonas, mineros enterrados bajo todas las patrias, larvas de los subterráneos de Berlín, de Viena y de Londres, Jobs de los estercoleros de Chicago, campesinos moribundos de Italia y de España, esclavos de los gomales y de los yerbales de América, presidiarios de todas las industrias, huesos triturados por las máquinas, apestados del planeta-miseria, infierno sobre el cual se asientan los Estados, pálido pueblo de suicidas, sin más venganza que el crimen, vosotros estáis aun en la remota edad de las cavernas, peor todavía, porque en

vuestras cavernas no hay siempre la llama: vuestros niños se hielan; la llama de vuestro espíritu la apaga la desesperación. Y es que hay algo más terrible que conquistar la Naturaleza: conquistar al hombre. Hay algo más rebelde que la roca, más frío que los témpanos, más despiadado que las fieras y las tempestades, y más negro que todos los abismos: el corazón del avariento.

Innumerables, pues, innumerables y malditos, tenéis que reconstituir lo humano, ya que estáis solos en medio de lo que no es humano. Tenéis que triunfar por vuestros hijos. Tenéis que contraer alianza con la mujer, alianza íntima y suprema, sin la cual de nada sirve la alianza de los hombres entre sí. Los hombres proyectan el futuro; las mujeres lo hacen. Amadlas, y vuestros hijos encontrarán menos odio sobre la tierra. Si las hacéis traición, se hará traición a vuestros hijos. Si no tenéis compasión de ellas, no habrá compasión para vuestros hijos. Si las abandonáis, abandonáis el mundo a la casualidad, y la casualidad no tiene entrañas.

¡Piedad para las mujeres pobres! ¿Qué es vuestra miseria comparada con la suya? Para el capitalista la mujer es sencillamente una bestia más barata que el hombre, y el niño una bestia más barata que la mujer. Miles de obreras, en las principales ciudades, se sostienen con 65 ó 70 céntimos de franco al día. Si el trabajo se encarece consiguen no perecer con 20 céntimos. ¿Sabéis a cómo se paga la costura de corsés en Alemania, en la gran Alemania? A céntimo y medio la hora. Muchas de estas infelices cosen acostadas, para no padecer tanto de la falta de alimento. Su suerte no es preferible a la de esas jóvenes que en las estrechas galerías de las minas arrastran, medio desnudas y a cuatro patas como perros, las vagonetas de carbón. Pero, ¿son tantas las mujeres que trabajan?, preguntaréis. ¡Ah! Solamente en Francia, en la ilustre Francia, trabajan cerca de siete millones.

No es lo espantoso que el hambre de la mujer sea peor que la del hombre; lo espantoso es que al hambre femenina se agrega una plaga especial, la prostitución. Era lógico que los más débiles entre los débiles fueran los más cobardemente torturados. Al macho que combate se le puede arrancar la salud, la razón, la existencia, no el sexo. A la mujer se le arranca todo, y además el sexo. Se le arranca el sexo mediante la ignominia. A tal grado de horror hemos llegado, a envenenar el amor en sus fuentes, a convertir la santa ánfora de la felicidad y de la vida, la mujer, es decir, la madre, en una cosa obscena, donde todos escupen riendo. La triste y ronca prostituta que pasa, es el espectro mismo de la humanidad. Prostituta, hermana nuestra, en tus ojos no hay ya lágrimas, en tus cabellos no hay brisa, ni juventud en tu boca, ni esperanza en tu corazón. Han destruido a puñaladas la fecundidad de tu vientre. Todo lo has perdido, hasta el recuerdo, hasta el dolor y el deseo de morir. Te crees tal vez un cadáver que anda. Pero nosotros, hermana, tendremos esperanza por ti, y te devolveremos cuanto te quitaron, y te resucitaremos.

Oíd. Donde la mujer no es respetada ni querida no hay patria, libertad, vigor ni movimiento. ¿Por qué es esta raza una raza de melancólicos y de resignados? ¿Por qué aquí todos los despotismos, todas las explotaciones, todas las infamias de los de arriba se ejecutan con una especie de fatalidad tranquila, sin obstáculo ni protesta? Es que aquí se le reservan a la mujer

las angustias más horrendas, las labores más rudas: porque no se ha hecho de la mujer la compañera ni la igual del hombre, sino la sirvienta: porque aquí hay madres, pero no hay padres. Y estos hombres a medias, mientras no completan su virilidad en el hogar, están sentenciados al desastre.

No engañéis pues a la mujer, no la empujéis hacia la sima. Vuestras manos, que se robustecieron en la lucha, que se ennoblecieron en la humilde labor cotidiana, no están hechas para ayudar a caer sino para ayudar a levantarse. ¡Amad!, eso es todo. Amad, y seréis divinamente compasivos. El que ama es verídico, fiel, inconmovible. ¿A qué más código? ¿A qué más sacramento? No hablo del amor libre porque el amor siempre fue libre, y si no es libre no es amor. No es la cuestión libertar el amor, sino tenerlo. Amad pues, y despreciaréis las fórmulas y las ceremonias. Y los gratuitos juramentos ante el altar y ante el juez. El amor es más grande que todo eso. Amad, y basta. Amad, y fundaréis la familia invencible. Esperad el amor, no derrochéis en estériles caprichos el capital genésico de que sois depositarios. Esperad, y la mujer vendrá, la elegida, la que os dará el más sano y copioso fruto, los mejores hijos, los triunfadores de mañana. Vendrá la mujer única, la vuestra. Y cuando la poseáis, sentiréis que lo que contra vuestro pecho palpita es la estatua ardiente del destino.

Sed fecundos. Dejad que los ricos, dejad que los poderosos, después de haber robado a la humanidad, pretendan robar a la naturaleza, limitando la prole a una cantidad convenida, y transformando el amor en un vicio solitario. Dejad que aparezca en ellos este signo de la decadencia irremediable. Es como si un instinto de enfermos advirtiera a los plutócratas de la inutilidad de su sexo. Es como si comprendieran que están condenados a la desaparición y que lo más sabio es no tomarse la molestia de nacer, y agotar entre pocos y cuanto antes el resto de su miserable historia. Pero vosotros no sois los despojos del pasado, sino la semilla de lo venidero. Sacudid al viento vuestro polen generosamente. Sed el ejército que no acaba nunca ni en ninguna parte. Sed incontables como las estrellas del cielo. No vaciléis ante las penas que aguardan a vuestros hijos. Si los engendrásteis con amor, no temáis. No hagáis caso de los que atribuyen la miseria al exceso de población. No es la población lo que empequeñece la tierra, sino el egoísmo. Amad, y la tierra se ensanchará sin límites. A pesar del dolor y de la injusticia la vida es buena. Debajo del mal está el bien: y si no existe el bien lo haremos existir, y salvaremos al mundo aunque no quiera*.

* Las obras más conocidas de Barrett, *El dolor paraguayo*, *Lo que son los yerbales* y *El terror argentino* han sido editadas con *Prólogo de* A. Roa Bastos en el volumen 30 de la Biblioteca Ayacucho (Caracas, 1978). (A.J.C.).

CANTO DE LA PAMPA*

Francisco Pezoa

Canto a la Pampa, la tierra triste,
réproba tierra de maldición,
que de verdores jamás se viste,
ni en lo más bello de la estación.

En donde el ave nunca gorjea,
en donde nunca la flor creció,
ni del arroyo que serpentea
su cristalino bullir se oyó.

Años tras años por los salares
del desolado Tamarugal,
lentos cruzando van por millares
los tristes parias del capital.

Sudor amargo su sien brotando,
llanto a sus ojos, sangre a sus pies,
los infelices van acopiando
montones de oro para el burgués.

Hasta que un día, como un lamento
de los más hondo del corazón,
por las callejas del campamento
vibró un acento de rebelión.

Eran los ayes de muchos pechos,
de muchas iras era el clamor,
la clarinada de los derechos
del pobre pueblo trabajador.

* El texto de esta poesía está tomado de Luis E. Délano y Edmundo Palacios, *Antología de la poesía social de Chile*, Santiago, 1962. (A.J.C.).

ANARQUIA*

Manuel González Prada

LA ANARQUIA

SI A UNA *persona seria* le interrogamos qué entiende por Anarquía, nos dirá, como absolviendo la pregunta de un catecismo: «Anarquía es la dislocación social, el estado de guerra permanente, el regreso del hombre a la barbarie primitiva». Llamará también al anarquista un enemigo jurado de vida y propiedad ajenas, un energúmeno acometido de fobia universal y destructiva, una especie de felino extraviado en el corazón de las ciudades. Para muchas gentes, el anarquista resume sus ideales en hacer el mal por el gusto de hacerle.

No solamente las *personas serias* y poco instruidas tienen ese modo infantil de ver las cosas: hombres ilustrados, que en otras materias discurren con lucidez y mesura, desbarran lastimosamente al hablar de anarquismo y anarquistas. Siguen a los santos padres cuando trataban de herejías y herejes. Lombroso y Le Bon recuerdan a Tertuliano y San Jerónimo. El autor de *El Hombre Criminal* ¿no llegó hasta insinuar que los anarquistas fueran entregados a las muchedumbres, quiere decir, sometidos a la ley de Lynch? Hay, pues, sus Torquemadas laicos, tan feroces y terribles como los sacerdotes.

Quienes juzgan la Anarquía por el revólver de Bresci, el puñal de Caserio y las bombas de Ravachol** no se distinguen de los librepensadores vulgares que valorizan el Cristianismo por las hogueras de la Inquisición y los mosquetazos de la Saint-Barthélemy. Para medir el alcance de los denuestos prodigados a enemigos por enemigos, recordemos a paganos y cristianos de los

* Recogemos aquí íntegro el libro *Anarquía*, de acuerdo a su edición de Santiago de Chile, Ercilla, 1940. Tuvo una primera edición en Santiago de Chile, y la segunda en Barcelona, 1938. Una *Advertencia* explica que se trata de «casi todos los artículos publicados en *Los Parias* (Lima) de 1904 a 1909», así como de inéditos posteriores (*El deber anárquico, Utilidad de los rebeldes, La acción individual, La policía,* y *El individuo*). Sin embargo, no se sigue un orden estrictamente cronológico, como podrá apreciarse por las fechas al pie de cada texto (C.M.R.).

** Estos son nombres de autores de atentados anarquistas de fines del siglo XIX, lo mismo que Vaillant y Morral, que se citan más adelante, por entonces muy mencionados enla prensa (C.M.R.).

primeros siglos acusándose recíprocamente de asesinos, incendiarios, concupiscentes, incestuosos, corruptores de la infancia, unisexuales, enemigos del Imperio, baldón de la especie humana, etc. Cartago historiada por Roma, Atenas por Esparta, sugieren una idea de la Anarquía juzgada por sus adversarios. La sugieren también nuestros contemporáneos en sus controversias políticas y religiosas. Si para el radical-socialista, un monárquico representa al reo justiciable, para el monárquico, un radical-socialista merece el patíbulo. Para el anglicano, nadie tan depravado como el romanista; para el romanista, nadie tan digno de abominación como el anglicano. Afirmar en discusiones políticas o religiosas que un hombre es un imbécil o un malvado, equivale a decir que ese hombre no piensa como nosotros pensamos.

Anarquía y anarquista encierran lo contrario de lo que pretenden sus detractores. El ideal anárquico se pudiera resumir en dos líneas: la libertad ilimitada y el mayor bienestar posible del individuo, con la abolición del Estado y la propiedad individual. Si ha de censurarse algo al anarquista, censúresele su optimismo y la confianza en la bondad ingénita del hombre. El anarquista, ensanchando la idea cristiana, mira en cada hombre un hermano; pero no un hermano inferior y desvalido a quien otorga caridad, sino un hermano igual a quien debe justicia, protección y defensa. Rechaza la caridad como una falsificación hipócrita de la justicia, como una ironía sangrienta, como el don ínfimo y vejatorio del usurpador al usurpado. No admite soberanía de ninguna especie ni bajo ninguna forma, sin excluir la más absurda de todas: la del pueblo. Niega leyes, religiones y nacionalidades, para reconocer una sola potestad: el individuo. Tan esclavo es el sometido a la voluntad de un rey o de un pontífice, como el enfeudado a la turbamulta de los plebiscitos o a la mayoría de los parlamentos. Autoridad implica abuso, obediencia, denuncia, abyección, que el hombre verdaderamente emancipado no ambiciona el dominio sobre sus iguales ni acepta más autoridad que la de uno mismo sobre uno mismo.

Sin embargo, esa doctrina de amor y piedad, es exquisita sublimación de las ideas humanitarias, aparece diseñada en muchos autores como una escuela del mal, como una glorificación del odio y del crimen, hasta como el producto morboso de cerebros desequilibrados. No falta quien halle sinónimos a matoide y anarquista. Pero, ¿sólo contiene insania, crimen y odio la doctrina profesada por un Reclus, un Kropotkin, un Faure y un Grave? La anarquía no surgió del proletariado como una explosión de ira y un simple anhelo de reivindicaciones en beneficio de una sola clase: tranquilamente elaborada por hombres nacidos fuera de la masa popular, viene de arriba, sin conceder a sus iniciadores el derecho de constituir una *élite* con la misión de iluminar y regir a los demás hombres. Naturalezas de selección, árboles de copa muy elevada, produjeron esa fruta de salvación.

No se llame a la Anarquía un empirismo ni una concepción simplista y anticientífica de las sociedades. Ella no rechaza el positivismo comtiano; le acepta, despojándole del Dios-Humanidad y del sacerdocio educativo, es decir, de todo rezago semiteológico y neocatólico. Augusto Comte mejora a Descartes, ensancha a Condillac, fija el rumbo a Claude Bernard y sirve de correctivo anticipado a los Bergson nacidos y por nacer. Si el darwinismo mal

interpretado parecía justificar la dominación de los fuertes y el imperialismo despótico, bien comprendido llega a conclusiones humanitarias, reconociendo el poderoso influjo del auxilio mutuo, el derecho de los débiles a la existencia y la realidad del individuo en contraposición al vago concepto metafísico de especie. La Ciencia contiene afirmaciones anárquicas y la Humanidad tiende a orientarse en dirección de la Anarquía.

Hay épocas en que algunas ideas flotan en el ambiente, hacen parte de la atmósfera y penetran en los organismos más refractarios para recibirlas. Hasta Spencer, hasta el gran apóstol de la evolución antirrevolucionaria y conservadora, tiene ráfagas de anarquismo. Los representantes mismos del saber oficial y universitario suelen emitir ideas tan audaces, que parecen tomadas de un Bakunin o de un Proudhon. Un profesor de la Universidad de Burdeos, Leon Duguit, no vacila en repetir: «Pienso que está en camino de elaborarse una sociedad nueva, de la cual han de rechazarse tanto la noción de un derecho perteneciente a la colectividad para mandar en el individuo como la noción de un derecho del individuo para imponer su personalidad a la colectividad y a los demás individuos. Y si, atendiendo a las necesidades de la exposición, personificamos la colectividad en el Estado, niego lo mismo el derecho subjetivo del Estado que el derecho subjetivo del individuo». (*Las Transformaciones del Estado*, traducción de A. Posada).

No quiere decir que nos hallemos en vísperas de establecer una sociedad anárquica. Entre la partida y la llegada median ruinas de imperios, lagos de sangre y montañas de víctimas. Nace un nuevo Cristianismo sin Cristo; pero con sus perseguidores y sus mártires. Y si en veinte siglos no ha podido cristalizarse el mundo, ¿cuántos siglos tardará en anarquizarse?

La Anarquía es el punto luminoso y lejano hacia donde nos dirigimos por una intrincada serie de curvas descendentes y ascendentes. Aunque el punto luminoso fuese alejándose a medida que avanzáramos y aunque el establecimiento de una sociedad anárquica se redujera al sueño de un filántropo, nos quedaría la gran satisfacción de haber soñado. ¡Ojalá los hombres tuvieran siempre sueños tan hermosos!

1907

FIESTA UNIVERSAL

El 1° de mayo tiende a ser para la Humanidad lo que el 25 de diciembre para el mundo cristiano: una fecha de alegría, de esperanza, de regeneración.

Los cristianos celebran el nacimiento de un hombre que, sin tenerse por Dios, dice lo suficiente para que le juzguen divino: titulándose hijo de un padre que probablemente no existe, viene a redimirnos de una culpa que seguramente no hemos cometido. Según la historia o la leyenda, ese hombre se hace crucificar por nosotros; pero el sacrificio no sirve de mucho, dado que hoy la mayoría de la Humanidad se condena por no conocer el *Syllabus**

* Famoso texto del Papa Pío IX, resumiendo «los errores de la civilización moderna» (1864) (C.M.R.).

ni el catón cristiano. Un redentor que nos hubiera redimido del hambre, dándonos una simple fórmula para transformar los guijarros en pan y el agua en leche, habría hecho más que Jesucristo con todos los sermones y *milagrerías* del Evangelio.

Los revolucionarios saludan hoy el *mañana*, el futuro advenimiento de una era en que se realice la liberación de todos los oprimidos y la fraternidad de todas las razas. El creyente y el ateo, el mahometano y el judío, el budista y el bramano, lo mismo que el negro, el amarillo y el blanco, todos, en una palabra, tienen derecho de venir a regocijarse, todos son llamados a cobijarse bajo los pliegues de la bandera roja. Los cristianos guardan un cielo para unos y reservan un infierno para otros; los revolucionarios buscan un paraíso terrestre donde hallen cabida todos, hasta sus implacables enemigos.

El 1° de mayo carecería de importancia y se confundiría con las fechas religiosas y patrióticas, si no significara *revolución* de todos para emancipar a todos. La *revolución* de una clase para surgir ella sola y sobreponerse a las otras, no sería más que una parodia de las antiguas convulsiones políticas.

Se ha dicho y diariamente sigue repitiéndose: *La emancipación de los obreros tiene que venir de los obreros mismos.* Nosotros agregaremos para ensanchar las miras de la revolución social, para humanizarla y universalizarla: la emancipación de la clase obrera debe ser simultánea con la emancipación de las demás clases. No sólo el trabajador sufre la iniquidad de las leyes, las vejaciones del poder y la tiranía del capital; todos somos, más o menos, escarnecidos y explotados, todos nos vemos cogidos por el inmenso pulpo del Estado. Excluyendo a la nube de parásitos que nadan en la opulencia y gozan hoy sin sentir la angustia del mañana, la muchedumbre lucha desesperadamente para cubrir la desnudez y matar el hambre.

A todos nos cumple dar nuestro contingente de luz y de fuerza para que el obrero sacuda el yugo del capitalista; pero al obrero le cumple, también, ayudar a los demás oprimidos para que destrocen las cadenas de otros amos y señores.

Los instintos de los hombres no se transforman súbitamente, merced a convulsiones violentas: con la guillotina se suprimen las cabezas de algunos malos; con las leyes y discursos o con tempestuosos cambios de autoridades, no se improvisan buenos corazones. Hay que sanearse y educarse a sí mismo, para quedar libre de dos plagas igualmente abominables: la costumbre de obedecer y el deseo de mandar. Con almas de esclavos o de mandones, no se va sino a la esclavitud o a la tiranía.

Por eso creemos que una revolución puramente obrera, en beneficio único de los obreros, produciría los mismos resultados que las sediciones de los pretorianos y los movimientos de los políticos. Triunfante la clase obrera y en posesión de los medios opresores, al punto se convertiría en un mandarinato de burgueses tan opresores y egoístas como los señores feudales y los patrones modernos. Se consumaría una regresión al régimen de castas, con una sola diferencia: la inversión en el orden de los oprimidos.

Braceros y no braceros, todos clamamos por una redención, que no pudo venir con el individualismo enseñado por los economistas ni vendrá con el

socialismo multiforme, predicado de modo diferente por cada uno de sus innumerables apóstoles. (Pues conviene recordar que así como no hay religión sino muchas religiones, no existe socialismo sino muchos socialismos.)

Pero, ¿nada se vislumbra fuera de individualistas y socialistas? Lejos del socialismo depresor que, sea cual fuere su forma, es una manera de esclavitud o un remedo de la vida monacal; lejos también del individualismo egoísta que profesa el *Dejar hacer, dejar pasar*, y el *Cada uno para sí, cada uno en su casa*, divisamos una cumbre lejana donde leemos esta única palabra: *Anarquía*.

1905

EL DEBER ANARQUICO[1]

I

Cuando se dice Anarquía, se dice revolución.

Pero hay dos revoluciones: una en el terreno de las ideas, otra en el campo de los hechos. Ninguna prima sobre la otra, que la palabra suele llegar donde no alcanza el rifle, y un libro consigue arrasar fortalezas no derrumbadas por el cañón. Tan revolucionarios resultan, pues, Voltaire, Diderot y Rousseau, como Mirabeau, Dantón y Robespierre. Lutero no cede a Garibaldi, Comte a Bolívar, ni Darwin a Cromwell.

Consciente o inconscientemente, los iniciadores de toda revolución política, social, religiosa, literaria o científica laboran por el advenimiento de la Anarquía: al remover los errores o estorbos del camino, facilitan la marcha del individuo hacia la completa emancipación, haciendo el papel de anarquistas, sin pensarlo ni tal vez quererlo. Ampère, Stephenson y Edison no han realizado obra menos libertaria, con sus descubrimientos, que Bakunin, Reclus y Grave con sus libros. Los jesuitas, merced a su casuística sublimal, han contribuido a disolver la moral burguesa; y gracias a sus teorías sobre el tiranicidio, justifican la propaganda por el hecho. Mariana no tiene razón de repudiar a Bresci ni a Vaillant.

Al absurdo y clásico dualismo de hombre teórico y hombre práctico se debe el pernicioso antagonismo entre el anarquista de labor cerebral y el de trabajo manual, cuando no hay sino dos viajeros dirigiéndose al mismo lugar por caminos convergentes. La pluma es tan herramienta como el azadón, el escoplo o el badilejo; y si el obrero gasta la fuerza del músculo, el escritor consume la energía del cerebro.

Inútil repetir que la revolución en el terreno de las ideas precede a la revolución en el campo de los hechos. No se recoge sin haber sembrado ni se conquistan adeptos sin haberlos convencido. Antes que el mártir, el apóstol; antes que el convencional, el enciclopedista; antes que la barricada, el mitin o el club. Al intentar reformas radicales sin haberlas predicado antes, se corre el

[1] Inédito.

peligro de no tener colaboradores y carecer de fuerza para dominar las reacciones inevitables y poderosas. Todo avance impremeditado obliga a retroceder. «Una sola cosa vale —decía Ibsen—: revolucionar las almas».

Cierto, nada mejor que una rápida revolución mundial para en un solo día y sin efusión de sangre ni tremendas devastaciones, establecer el reinado de la Anarquía. Mas, ¿cabe en lo posible? La redención instantánea de la Humanidad no se lograría sino por dos fenómenos igualmente irrealizables: que un espíritu de generosidad surgiera, repentinamente, en el corazón de los opresores, obligándoles a deshacerse de todos sus privilegios, o que una explosión de energía consciente se verificara en el ánimo de los oprimidos, lanzándoles a reconquistar lo arrebatado por los opresores.

Lo primero no se concibe en el corazón de seres amamantados con el egoísmo de clase y habituados a ver en los demás unas simples máquinas de producción. Pueden citarse ejemplos aislados, individuos que dieron libertad a sus esclavos, repartieron sus riquezas y hasta dejaron el trono para soterrarse en el claustro; mas no sabemos de sociedades que por un súbito arranque de justicia y conmiseración, se desposeyeran de sus privilegios y otorgaran a los desheredados el medio de vivir cómoda y holgadamente. Después de las revoluciones populares, soplan ráfagas justicieras en el seno de las colectividades (cerniéndose de preferencia sobre los parlamentos), mas cesa de pronto la ráfaga y esas mismas colectividades recuperan uno tras uno los bienes que otorgaron en bloque. Por lo general, tienden a quitar más de lo que dieron. Así, la nobleza y el clero francés que el 4 de agosto habían renunciado magnánimemente a sus privilegios, no tardaron mucho en arrepentirse y declararse enemigos de la Revolución.

Lo segundo no se concibe tampoco. Hay muchos, muchísimos anarquistas diseminados en el mundo: trabajan solitarios o en agrupaciones diminutas; no siempre marchan de acuerdo y hasta se combaten; mas aunque todos se reunieran, se unificaran y quisieran ensayar la revolución rápida y mundial, carecerían de elementos para consumarla. ¿Podemos imaginarnos a Londres, París, Roma, Viena, Berlín, San Petersburgo y Nueva York, repentinamente, cambiados en poblaciones anarquistas? Para esa obra, la más estupenda de la historia, falta la muchedumbre.

Siendo una mezcla de la Humanidad en la infancia con la Humanidad en la decrepitud, la muchedumbre siente como el niño y divaga como el viejo. Sigue prestando cuerpo a los fantasmas de su imaginación y alucinándose con la promesa de felicidades póstumas. Inspira temor y desconfianza por su versatilidad y fácil adaptación al medio ambiente: con la blusa del obrero, se manifiesta indisciplinada y rebelde; con el uniforme del recluta, se vuelve sumisa y pretoriana. El soldado, fusilador del huelguista, ¿de dónde sale? Los grandes ejércitos, ¿están, acaso, formados por capitalistas y nobles? Millones de socialistas alemanes batallan hoy en las legiones del Káiser. Sin embargo, esa muchedumbre corre a luchar y morir por una idea o por un hombre, ya en el campo, ya en la barricada. En las multitudes nunca falta un héroe que se tire al agua por salvar un náufrago, atraviese el fuego por librar un niño y hasta exponga su vida por defender un animal.

Las grandes obras se deben a fuerzas colectivas excitadas por fuerzas individuales: manos inconscientes allegan materiales de construcción; sólo cerebros conscientes logran idear monumentos hermosos y durables. De ahí la conveniencia de instruir a las muchedumbres para transformar al más humilde obrero en colaborador consciente. No quiere decir que la revolución vendrá solamente cuando las multitudes hayan adquirido el saber enciclopédico de un Humboldt o de un Spencer. Las conclusiones generales de la Ciencia, las verdades acreedoras al título de magnas, ofrecen tanta sencillez y claridad que no se necesita llamarse Aristóteles ni Bacon para comprenderlas.

No todos los cristianos primitivos fueron un San Pablo ni todos los puritanos un Cromwell; ni todos los conscriptos franceses un Hoche, ni todos los insurgentes sudamericanos un Bolívar. Pero esos primitivos, esos puritanos, esos conscriptos y esos insurgentes, amaban la idea y creyeron en su bondad, aunque tal vez la comprendían a medias. El amor les dio la sed de sacrificio y les tornó invencibles. Porque no basta adoptar a la ligera una convicción, llevándola a flor de piel, como un objeto de exhibición y lujo: se necesita acariciarla, ponerla en el corazón y unirla con lo más íntimo del ser hasta convertirla en carne de nuestra carne, en vida de nuestra vida.

Si en las clases dirigentes o superiores subsiste el espíritu conservador o reaccionario, en los obreros de las ciudades populosas cunde el germen de rebelión, el ansia de ir adelante. Las muchedumbres recuerdan al polluelo del pájaro migratorio en vísperas del primer viaje: no conoce la ruta; pero se agita con el irresistible deseo de partir.

Para destruir en algunas horas el trabajo de la Humanidad en muchos siglos, bastan el fuego, la inundación y los explosivos; mas para levantar edificios milenarios y fundar sociedades anárquicas, se requiere una labor suprema y larguísima. Conviene recordarlo: la Anarquía tiende a la concordia universal, a la armonía de los intereses individuales por medio de generosas y mutuas concesiones; no persigue la lucha de clases para conseguir el predominio de una sola, porque entonces no implicaría la revolución de todos los individuos contra todo lo malo de la sociedad. El proletario mismo, si lograra monopolizar el triunfo y disponer de la fuerza, se convertiría en burgués, como el burgués adinerado sueña en elevarse a noble. Subsistiría el mismo orden social con el mero cambio de personas: nuevo rebaño con nuevos pastores.

Y la Humanidad no quiere pastores o guías, sino faros, antorchas o postes señaladores del camino; y esos postes, esas antorchas y esos faros deben salir de las multitudes mismas, rejuvenecidas y curadas de sus errores seculares.

II

Si en un solo día y en un solo asalto no se consigue arrasar el fuerte de la sociedad burguesa, se le puede rendir poco a poco, merced a muchos ataques sucesivos. No se trata de una acción campal decisiva, sino de un largo asedio con sus victorias y sus derrotas, sus avances y sus retrocesos. Se requiere, pues, una serie de revoluciones parciales. Como en ningún pueblo ha

llegado el hombre al pleno goce de los medios para realizar la vida más intensa y más extensa, siempre sobran motivos suficientes para una revolución. Donde el individuo no sufre la tiranía de un gobierno, soporta la de la ley. Dictada y sancionada por las clases dominadoras, la ley se reduce a la iniquidad justificada por los amos. El rigor excesivo de las penas asignadas a los delitos contra la propiedad revela quiénes animaron el espíritu de los códigos. Duguit afirma: «Se ha podido decir, no sin razón, que el Código de Napoleón es el código de la propiedad y que es preciso sustituirlo por el cógido del trabajo.» (*Las Transformaciones generales del Derecho privado desde el Código de Napoleón*, Traducción de Carlos G. Posada).

Donde los derechos políticos y civiles del individuo se hallan plenamente asegurados por la ley y la costumbre, subsisten las cuestiones sociales, o, mejor dicho, surgen con más intensidad como inevitable consecuencia de la evolución política. Si en Estados Unidos y en Europa hormiguean los socialistas, no creamos que abunden mucho en el Dahomey. Cuando los hombres poseen el derecho de elegir y ser elegidos, cuando gozan de la igualdad civil y de la igualdad política, entonces pretenden borrar las desigualdades económicas.

En naciones mediocremente adelantadas la revolución ofrece el triple carácter de religiosa, política y social, como pasa en algunos Estados sudamericanos, donde se continúa respirando una atmósfera medieval, donde a pesar de constituciones libérrimas se vive en una barbarie política y donde las guerras civiles se reducen a una reproducción de los pronunciamientos españoles.

«No comprendo, decía un autor francés, cómo un republicano no sea un socialista, lo que da lo mismo, un hombre mucho más preocupado de la cuestión humanitaria que de las cuestiones meramente políticas» (Henri Fouquier). Menos se concibe a un anarquista desligado de la cuestión social: la Anarquía persigue el mejoramiento de la clase proletaria en el orden físico, intelectual y moral; concede suma importancia a la organización armónica de la propiedad; mas no mira en la evolución de la Historia una serie de luchas económicas. No, el hombre no se resume en el vientre, no ha vivido guerreando eternamente para comer y sólo para comer. La misma Historia lo prueba.

Los profesores de la universidad o voceros de la ciencia oficial no se atreven a decir con Proudhon: «La propiedad es un robo»; mas algunos llegarían a sostener con Duguit: «La propiedad no es un derecho subjetivo, es una función social» (*Le Droit Social*, etc.). Cómo ejercerán esa función las sociedades futuras —si por las confederaciones comunales; si por los sindicatos profesionales; etc.— no lo sabemos aún: basta saber y constatar que hasta enemigos declarados de la Anarquía niegan hoy al individuo su *tradicional* y *sagrado* derecho de propiedad.

Y con razón. La conquista y urbanización de la Tierra, el acopio enorme de capitales (entendiéndose por capital así los bienes materiales como las ciencias, las artes y las industrias) no son obra de un pueblo, de una raza ni de una época, sino el trabajo de la Humanidad en el transcurso de los siglos. Si habitamos hermosas ciudades higiénicas; si rápida y cómodamente viajamos en ferrocarriles y vapores; si aprovechamos de museos y bibliotecas; si

disponemos de algunas armas para vencer el dolor y las enfermedades; si, en una palabra, conseguimos saborear la dulzura de vivir, todo lo debemos a la incesante y fecunda labor de nuestros antepasados. La Humanidad de ayer produjo y capitalizó; a la Humanidad de hoy toca recibir la herencia: lo de todos pertenece a todos. ¿Qué derecho tiene, pues, el individuo a monopolizar cosa alguna? Donde un individuo apañe los frutos de un árbol, otro individuo puede hacer lo mismo, porque es tan hijo de la Tierra como él; tan heredero de la Humanidad como él. Nos reiríamos del hombre que dijera *mi* vapor, *mi* electricidad, *mi* Partenón, *mi* Louvre o *mi* Museo Británico; pero oímos seriamente al que nos habla de *su* bosque, de *su* hacienda, de *su* fábrica y de *sus* casas.

Para el vulgo ilustrado (el más temible de los vulgos) los anarquistas piensan resolver el problema social con un solo medio expeditivo: el reparto violento de los bienes y hasta del numerario, a suma igual por cabeza. Los dólares de Morgan, Carnegie, Rockefeller y demás multimillonarios yanquis quedarían divididos entre los granujas, los mendigos y los proletarios de Estados Unidos; la misma suerte correrían en Francia los francos de Rothschild y en todo el mundo el dinero de todos los ricos. Inútil argüir que la Anarquía persigue la organización metódica de la sociedad y que esa repartición violenta implicaría una barbarie científica. Además, entrañaría la negación de los principios anárquicos; destinado al provecho momentáneo del individuo lo perteneciente a la colectividad, se sancionaría el régimen individualista y con el hecho se negaría que la propiedad no fuera sino una función social.

La Anarquía no se declara religiosa ni irreligiosa. Quiere extirpar de los cerebros la religiosidad atávica, ese poderoso factor regresivo.

Obras colosales de ingenio y lógica, pero basadas en axiomas absurdos, las religiones malean al hombre desde la infancia inspirándole un concepto erróneo de la Naturaleza y de la vida: representan las herejías de la Razón. Pueden considerarse como la ciencia rudimentaria de los pueblos ignorantes, como una interpretación fantástica del Universo. Tener hoy por sabio al teólogo, da lo mismo que llamar médico al brujo y astrónomo al astrólogo. El hombre, al arrodillarse en un templo, no hace más que adorar su propia ignorancia.

Para la solución de las cuestiones sociales, el Cristianismo —y de modo especial el Catolicismo— hace las veces de un bloque de granito en una tierra de labor: conviene suprimirle. Al querer resolver en otra vida los problemas terrestres, al ofrecer reparaciones o compensaciones de ultratumba, el Cristianismo siembra la resignación en el ánimo de los oprimidos, con engañadora música celestial adormece el espíritu de rebeldía y contribuye a perpetuar en el mundo el reinado de la injusticia. Al santificar el dolor, las privaciones y la desgracia, se pone en contradicción abierta con el instinto universal de vivir una vida feliz. El derecho a la felicidad no se halla reconocido en biblias ni códigos; pero está grabado en el corazón de los hombres. Religión que niega semejante derecho persigue un fin depresivo, disolvente y antisocial, pues no existen verdaderos vínculos sociales en pueblos donde hay dos clases de hombres —los nacidos para gozar en la Tierra y los nacidos

para gozar en el cielo—, donde los graves conflictos se resuelven con la esperanza de una remuneración póstuma, donde el individuo, en lugar de sublevarse contra la iniquidad, apela resignadamente al fallo de un juez divino y problemático.

Nada importaría si los miembros de cada religión se limitaran a creer en sus dogmas, practicar su liturgia y divulgar su doctrina; pero algunos sectarios (señaladamente los católicos) dejan el terreno ideal, refunden la religión en la política y luchan por convertirse en exclusivo elemento avasallador. El sacerdote romanista encarna el principio de autoridad y se alía siempre al rico y al soldado con la intención de gobernarles o suplantarles. No satisfecho con el dominio, sueña el imperio. De ahí que en ciertos países el anarquista deba ser irreligioso batallador y anticlerical agresivo. Léase defensivo, porque la agresión parte las más veces del clero. Mientras el filosófo y el revolucionario dormitan, el sacerdote vela. Figurándose ejecutar una obra divina y creyéndose monopolizador de la verdad, suprimiría la industria, el arte y la ciencia, con tal de imponer al mundo la tiranía de las supersticiones dogmáticas. No acepta más luz que la *luz negra* del fanatismo.

La política es una religión sólidamente organizada, teniendo su gran fetiche providencial en el Estado, sus dogmas en las constituciones, su liturgia en los reglamentos, su sacerdocio en los funcionarios, sus fieles en la turba ciudadana. Cuenta con sus fanáticos ciegos y ardorosos que alguna vez se transforman en mártires o inquisidores. Hay hombres que matan o se hacen matar por el verbalismo hueco de soberanía popular, sufragio libre, república democrática, sistema parlamentario, etc.

Si algunas gentes lo reducen todo a religión, ciertos individuos lo resumen todo en la política: política las relaciones sociales, política el matrimonio, política la educación de los hijos, política el modo de hablar, de escribir y hasta de comer, beber y respirar. De ella no salen, en ella viven y mueren como el aerobio en el aire o el infusorio en el líquido. Constituyen una especie en la especie humana: no son hombres como los demás, son políticos.

El verdadero anarquista blasona de lo contrario. Sabe que bajo la acción de la política los caracteres más elevados se empequeñecen y las inteligencias más selectas se vulgarizan, acabando por conceder suma importancia a las nimias cuestiones de forma y posponer los intereses humanos a las conveniencias de partido. ¡Cuántos hombres se anularon y hasta se envilecieron al respirar la atmósfera de un parlamento, ese sancta santorum de los políticos! Díganlo radicales, radicales-socialistas, socialistas-marxistas, sociales-internacionalistas, socialistas-revolucionarios, etc. No sabemos si algún Hamon ha publicado la *Psicología del parlamentario profesional*; mas, ¿quién no conoce algo la idiosincrasia del senador y del diputado? Encarnan al político refinado, sublimado, quintaesenciado. Nadie tiene derecho a llamarse hombre de Estado, si no ha recibido una *lección de cosas* en la vida parlamentaria.

Según Spencer, «a la gran superstición política de ayer: el derecho divino de los reyes, ha sucedido la gran superstición política de hoy: el derecho divino de los parlamentos». En vez de una sola cabeza ungida por el óleo sacer-

dotal, las naciones tienen algunos cientos de cabezas consagradas por el voto de la muchedumbre. Sin embargo, las asambleas legislativas, desde el Reichstag alemán hasta las Cámaras inglesas y desde el Parlamento francés hasta el Congreso de la última republiquilla hispanoamericana, van perdiendo su aureola divina y convirtiéndose en objetos de aversión y desconfianza, cuando no de vergüenza y ludibrio. Cada día se reduce más el número de los ilusos que de un parlamento aguardan la felicidad pública. Existen pueblos donde se verifica una huelga de electores. Los ciudadanos dejan al gobierno fraguar las elecciones, no importándoles el nombre de los elegidos, sabiendo que del hombre más honrado suele salir el representante menos digno.

Hay exceso de gobierno y plétora de leyes. El individuo no es dueño absoluto de su persona sino esclavo de su condición política o social, y desde la cuna misma tiene señalado el casillero donde ha de funcionar sin esperanza de salir: debe trabajar en el terruño, en la mina o el taller para que otros reporten el beneficio, debe morir en el buque de guerra, en el campo de batalla o quedar invalidado para que otros gocen confiadamente de sus riquezas.

Según Víctor Considérant, «los falansterianos no concedían suma importancia a las formas gubernamentales y consideraban las cuestiones políticas y administrativas como eternas causas de discordia»*. Agustín Thierry, escandalizando a los adoradores de mitos y de fraseologías tradicionales, repetía: «Cualquier gobierno, con la mayor suma de garantías y lo menos posible de acción administrativa.» Todo sistema de organización política merece llamarse arquitectura de palabras. Cuestión de formas gubernamentales, simple cuestión de frases: en último resultado, no hay buenas o malas formas de gobierno, sino buenos o malos gobernantes. ¿Quién preferiría la presidencia constitucional de un Nerón a la autocracia de un Marco Aurelio?

Dada la inclinación general de los hombres al abuso del poder, todo gobierno es malo y toda autoridad quiere decir tiranía, como toda ley se traduce por la sanción de los abusos inveterados. Al combatir formas de gobierno, autoridades y leyes, al erigirse en disolvente de la fuerza política, el libertario allana el camino de la revolución.

EL ESTADO

Esclavizarse por razón de política vale tanto como someterse por causa de religión: esclavos de una casaca o de una levita da lo mismo que siervo de una sotana o de un hábito. Reconocer la omnipotencia de un Parlamento es, acaso, más absurdo que admitir la infalibilidad de un concilio: siquiera en las magnas reuniones de los clérigos ergotizan y fallan hombres que saben latín y cánones, mientras en los congresos divagan y legiferan *personajes* que a duras penas logran recordar cuántos dedos llevan en cada mano.

*Sobre la vida y obra del famoso utopista francés nos remitimos al volumen *Utopismo Socialista (1830-1893)* N° 26, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977. (C.M.R.).

En el orden civil se puede ser tan Domingo de Guzmán y Torquemada como en el gobierno eclesiástico. Inquisidores laicos, los políticos mudan la *Diosa-Iglesia por el Dios-Estado* y rechazan los misterios del Catolicismo para profesar los dogmas de la Ley. El espíritu que anima a los curas no se diferencia mucho del que arrastra a los hombres públicos: tonsurados y no tonsurados, todos proceden o procederían de igual manera. Los políticos no fulminan excomuniones ni encienden hogueras, mas declaran fuera de la ley, encarcelan, deportan y fusilan: hacen cuanto el medio social permite, que muy bien excomulgarían y quemarían, si les dejaran excomulgar y quemar.

Antes se negaba la moralidad sin la religión; hoy no se admiten el orden sin las leyes, el individuo sin la autoridad, la fiera sin el domador. Como el amor a Dios y el miedo al infierno se han convertido en entidades despreciables que de nada influyen en la conducta de las personas ingénitamente honradas, así el respeto a las autoridades y el temor a los códigos no engendran la rectitud de los corazones bien puestos: sin alguaciles ni cárceles, los honrados seguirán procediendo honradamente, como a pesar de cárceles y alguaciles, los malos continúan haciendo el mal.

Los que en nuestros días no conciben el movimiento social sin el motor del Estado se parecen a los infelices que en pleno siglo XIX no comprendían cómo un tren pudiera ir y venir sin la tracción animal. Recuerdan también al campesino que se lo explicaba todo en el automóvil menos el cómo pudiera andar sin caballos.

El individuo se ha degradado hasta el punto de convertirse en cuerpo sin alma, incondicionalmente sometido a la fuerza del Estado; para él suda y se agota en la mina, en el terruño y en la fábrica; por él lucha y muere en los campos de batalla. En la Edad Media fuimos un trozo de género para coser una sotana; hoy somos el mismo trozo para hacer una casaca. Y ¡todo lo sufrimos cobarde y ovejunamente! Merced a innumerables siglos de esclavitud y servidumbre, parece que hubiéramos adquirido el miedo de vernos libres y dueños de nosotros mismos: en plena libertad, vacilamos como ciegos sin lazarillo, temblamos como niño en medio de las tinieblas.

Por eso, las mismas víctimas unen su voz a la voz de los verdugos para clamar contra los valerosos reformadores que predican la total emancipación del individuo. Mas no creemos que en las muchedumbres dure eternamente esa aberración mental. Las semillas arrojadas por los grandes libertarios de Rusia y Francia van germinando en América y Europa. Los burgueses más espantadizos empiezan a ver en la Anarquía algo que no se resume en las bombas de Vaillant y Ravachol.

Los que vengan mañana, juzgarán a los actuales enemigos del Estado, como nosotros juzgamos a los antiguos adversarios de la Iglesia: verán en anarquistas y rebeldes lo que nosotros vemos hoy en los impíos y herejes de otras épocas.

1904

LA AUTORIDAD

Según los antiguos, *el poderoso Zeus, al arrebatarle la libertad a un hombre, le quitaba la mitad de su virtud.* Muy bien: perdemos lo más grande y lo mejor de nuestro ser al sufrir el oprobio de la esclavitud; pero ¿qué ganamos desde el instante que ascendemos al rango de autoridad? Cojamos al ente más inofensivo, otorguémosle las más diminuta fracción de mando, y veremos que instantáneamente, como herido por una vara mágica, se transforma en un déspota insolente y agresivo.

Pocos, poquísimos hombres conservan en el mando las virtudes que revelan en la vida privada. La piedra de toque para valorizar a un alma no debemos buscarla en el infortunio sino en el poder: encumbremos al *justo*, y en la cima le descubriremos imperfecciones que no le notábamos en el llano.

Nada corrompe ni malea tanto como el ejercicio de la autoridad, por momentánea y reducida que sea. ¿Hay algo más odioso que un niño vigilando a sus condiscípulos, que un sirviente haciendo el papel de mayordomo, que un jornalero desempeñando el oficio de caporal, que un presidiario convirtiéndose en guardián de sus compañeros? Si alguacil, si nada más que sustituto de alguacil pudiéramos nombrar al inerme gusano, al punto lograríamos metamorfosearle en víbora.

Preguntaba un viejo yanqui a un inmigrante recién desembarcado en Nueva York:

—¿Es usted republicano?

—No; yo no soy republicano.

—¿Es usted demócrata?

—No; yo no soy demócrata.

—¿Entonces...?

—Soy de la oposición; siempre contra el Gobierno.

Este dialoguillo resume los sentimientos de un alma libre, rechazando el principio de autoridad y declarándole guerra donde le encuentra. ¡Ojalá todos pensaran como él!

Porque, si en opinión de los fanáticos, *el principio de la sabiduría es el temor de Jehovah*, en concepto de los hombres libres la cordura de un pueblo estriba en el menosprecio a la autoridad. Eso que llaman *desacato* y *lesa majestad* carece de sentido para gentes emancipadas, sólo tiene significación para el enjambre de palaciegos y cortesanos.

¡Qué náuseas sentiríamos si conociéramos el número de crímenes y bajezas que simbolizan la banda de un presidente, la mitra de un obispo, la medalla de un magistrado y las charreteras de un general! ¡Cuántas genuflexiones y curvaturas! ¡Cuántos empeños y chismes! ¡Cuántos perjurios y cohechos! ¡Cuántas prostituciones de las madres, de las hermanas, de las esposas y de las hijas! A mayor encumbramiento, mayor ignominia, pues hubo que arrastrarse más para subir más alto.

Las muchedumbres no deben alucinarse con títulos pomposos ni dejarse deslumbrar con uniformes o vestiduras churriguerescas. Se hallan en la obligación de repetirse noche y día que el mando no implica superioridad sobre

la obediencia, que la blusa del jornalero no tiene por qué humillarse al frac del Presidente. Si cabe alguna diferencia entre el Jefe Supremo y el simple ciudadano, ella redunda en honor del segundo: el ciudadano paga; el Jefe Supremo recibe la remuneración: uno es el amo; el otro es el doméstico. Los pequeños y los grandes dignatarios de la nación no pasan de lacayos más o menos serviles; todo uniforme es librea, como todo sueldo es *propina*.

Odiemos, pues, a las autoridades por la única razón de serlo: con el solo hecho de solicitar o ejercer mando, se denuncia la perversidad en los instintos. El que se figura tener alma de rey, posee corazón de esclavo; el que piensa haber sido creado para el señorío, nació para la servidumbre. El hombre verdaderamente bueno y libre no pretende mandar ni quiere obedecer: como no acepta la humillación de reconocer amos ni señores, rechaza la iniquidad de poseer esclavos y siervos.

1904

EL COMIENZO

Por primera vez se ha celebrado la fiesta de mayo, no sólo en Lima sino en algunas otras ciudades o pueblos de la República. Se ha batido por calles y plazas una bandera que simboliza la revolución social, se ha dicho en reuniones públicas y se ha impreso en hojas sueltas o en diarios lo que entre nosotros nunca se había escuchado ni leído. Parece que las autoridades y *gente de orden* hubieran estado de acuerdo para dejar decir y hacer. El año entrante ¿sucederá lo mismo?

Seguramente, muchos de los que tomaron parte en las manifestaciones verificadas el 1°. de mayo no se daban cuenta precisa de todo lo que ellas significaban, pues al lado de las banderas rojas se desplegaban los estandartes de las cofradías y a poco de retumbar los discursos del más puro internacionalismo, salían a resonar la música y los versos de la canción nacional.

Pero el solo hecho de congregarse gratuitamente para asistir a ceremonias que nada tienen de político ni de religioso prueba que todo el pueblo no es la canalla venal de los tabladillos eleccionarios: que hay una gran parte sana y deseosa de orientarse hacia algo nuevo y fecundo. Lo prueba, también, el haberse aplaudido la emisión de ciertas ideas que en años anteriores habrían desencadenado una verdadera tempestad.

En nuestro país se realiza hoy una cosa innegable: la aparición y la propagación de las doctrinas libertarias. Cada día nacen nuevos periódicos donde con más o menos lógica se siguen las huellas de los Kropotkin y de los Reclus: en Lima han aparecido últimamente *Simiente Roja, Redención* y *El Hambriento*, que agregados a *Los Parias* suman cuatro publicaciones de la misma índole en sólo la capital. Y no debemos admirarnos al ver que en Trujillo salen a luz *La Antorcha, El Zapatero* y *El Rebelde*. En Chiclayo, *Justicia* va tomando un color más definido, probablemente por la influencia de Lombardozzi. *El Ariete* de Arequipa no anda muy lejos de *Simiente Roja* ni de *Redención*, pues Francisco Mostajo tiene más de rebelde al estilo de Juan

Grave que de político a la moda peruana. La enumeración resultaría larga, si no quisiéramos omitir ninguna de las publicaciones con algún tinte socialista o libertario*.

Las huestes seguirán engrosando, las cabezas se irán llenando de luz, y lo que hoy se reduce a la convicción de unos pocos, algún día será la doctrina de muchos: el inconsciente impulso de viajar hacia tierras desconocidas o adivinadas se irá transformando, poco a poco, en marcha consciente hacia regiones divisadas y conocidas.

Si hay un terreno llamado a recibir las ideas libertarias, es indudablemente la América del Sur y de un modo singular el Perú; aquí no existen las arraigadas tradiciones que en las viejas sociedades oponen tanta resistencia a la germinación de todo lo nuevo; aquí la manía de *pronunciamientos* que agitó a nuestros padres y abuelos se ha trocado en espíritu de rebeldía contra todo poder y toda autoridad; aquí, habiéndose perdido la fe en los hombres públicos y en las instituciones políticas, no queda ni el freno de la religión, porque todas las creencias van desapareciendo con asombrosa rapidez.

Muchos peruanos son anarquistas sin saberlo; profesan la doctrina pero se asustan con el nombre.

1905

EL SABLE

Un general, un tonel vacío; un ejército en marcha, la peste.

(Swift, *Viajes de Gulliver*)

En nadie se palpa tanto la influencia de la autoridad como en el soldado.

El hábito no hace al monje; pero la casaca influye mucho en la formación del tigre. Con sólo embutir a un hombre en el uniforme militar, ya se le infunde la abyección ante los superiores y el despotismo hacia los subordinados. ¡Qué insolente la arrogancia de un coronel en su roce con el humilde recluta! Pero, ¡qué repugnante la bajeza de ese mismo coronel en presencia del infatuado general! El escalafón de un ejército debe representarse por una montaña donde ascienden hombres que besan las posaderas del que va adelante y son besados en idéntico sitio por el que viene detrás.

Y sin embargo, muchos sociólogos nos preconizan el servicio militar obligatorio como el medio más rápido y más seguro de civilizar a las naciones. Así: en lugar del maestro con el silabario, el caporal con la vara de membrillo; en vez del aula donde se desbroza la inteligencia, el *canchón* o patio donde se atrofia el cerebro al grado de convertirle en mero propulsor de evoluciones automáticas. Para conocer la acción civilizadora de los cuarteles, basta comparar al conscripto en el momento de enrolarse con ese mismo

* Cfr. *Prólogo*, 6 Perú (A.J.C.).

hombre al terminar los años de servicio: el que partió honrado, compasivo y trabajador, regresa bribón, inhumano y holgazán. En las poblaciones abunda un tipo de ociosidad y truhanería, un resumen de todos los vicios y nulidades, el antiguo soldado. Una metamorfosis a la inversa, una mariposa transformándose en oruga, nos ofrecería la muestra de un paisano volviéndose militar.

Hace muchos años que el fraile sirve de blanco a poetas burlones y herejes monomaniáticos, pero ¿no merece el soldado tantas pullas y denigraciones como el fraile? Un batallón no difiere mucho de una comunidad: un prior y un coronel se distinguen en que el primero masculla oraciones y el segundo vomita blasfemias. Si el uno traduce a duras penas los latines de su breviario, el otro comprende a medias las jerigonzas de su táctica. En depresión moral, por ahí se las ven casacas y hábitos, pues igualmente degradan el cuartel y el convento, dando lo mismo obedecer al badajo de una campana que a los palitroques de un tambor, someterse a las ordenanzas del ejército que a *la regla de la orden*. Si frailes y militares se igualan en obediencia pasiva, divergen mucho en las otras maneras de ser. El fraile glotonea, bebe, juega y seduce mujeres; mas el soldado no sólo comete semejantes fechorías, sino roba, incendia, viola y mata. El fraile asoma con chorreras de vino y lamparones de caldo gordo; el soldado aparece con manchas de lodo y salpicaduras de sangre. En el portador de cerquillo renace Priapo, en el arrastrador de sable resucita Caín. Priapo nos divierte, Caín nos horroriza. Los cerdos tonsurados no causarán nunca el horror que producen las fieras galonadas.

Cierto, del fraile brotan el inquisidor y el guerrillero, como lo prueban Santo Domingo de Guzmán y los mónagos carlistas; pero del soldado sale el jesuita, como lo manifiesta San Ignacio de Loyola. Si el hábito enuncia el error, la casaca le sostiene. Sin el apoyo de la fuerza bruta o militar, no se habrían consumado las grandes persecuciones religiosas ni los autos de fe: al lado de inquisidores y verdugos, al pie de la hoguera, estuvo siempre el soldado. Hoy mismo, los sables sirven de puntales a la cruz.

Sólo una perversión moral puede hacernos llamar forajidos a seis descamisados que merodean en los alrededores de una ciudad y héroes a seis mil bandoleros uniformados que invaden el territorio del vecino para arrebatar propiedades y vidas. Lo malo en el individuo lo juzgamos bueno en la colectividad, reduciendo el bien y el mal a simple cuestión de números. La enormidad de un crimen o de un vicio no les transforma en acción meritoria o en virtud: al robo de millones le titulamos *negocio*; al degüello de naciones enteras le llamamos *hazaña gloriosa*. Para un asesino, el cadalso; para un guerrero, la apoteosis. Y, sin embargo, el oscuro jornalero que suprime a su semejante, ya para vengar una injuria, ya para quitarle bolsa o mujer, no merece tanta ignominia ni castigo como el *ilustre soldado* que mata veinte o cuarenta mil hombres para adquirir gloria o coger el bastón de mariscal.

Examinando bien las cosas y sin prejuicios tradicionales, ¿qué son Alejandro, César, Napoleón, todos los héroes oficiales que por modelo citamos a la juventud en los manuales de instrucción cívica? Degolladores de reses

humanas. Mas nosotros envilecemos al sacrificador de animales y glorificamos al matador de hombres.

Felizmente, el legendario prestigio de la casaca va desapareciendo. La cuestión Dreyfus ha servido para quitar algunas plumas al grajo, no muy glorioso desde la capitulación de Metz y los fusilamientos de la Comuna. En todas partes surgen espíritus libres que no hallan diferencia entre un Deibler y un Moltke ni entre un Cartouche y un Kitchener. Ya empiezan a causar risa esos famosos generales que pasan muy tiesos por haber trasladado al sombrero de picos las plumas que el salvaje lleva en el taparrabo. Sólo las mujeres, los niños y los papanatas admirarán muy pronto a los sargentones reblandecidos y gotosos.

Cuando el hombre segregue su ferocidad atávica, la guerra será recordada como una barbarie prehistórica, y los famosos guerreros (tan admirados hoy) figurarán en la siniestra galería de las *almas rojas*, al lado de asesinos, verdugos y matarifes. El cráneo de Napoleón se rozará con la calavera de un gorila; la espada de Kuropatkine yacerá junto a las flechas de un indio bravo.

El cuartel no ha sido ni será una escuela de civilización: es un pedazo de selva primitiva incrustado en el seno de las ciudades modernas.

Toda la ciencia militar se redujo siempre al arte de embrutecer y salvajizar a los hombres: querer civilizar con el sable da, por consiguiente, lo mismo que desmanchar con el hollín o desinflamar con el ácido sulfúrico.

CAMBIO DE TACTICA

Cuando los gobiernos temen alguna convulsión política o social, suscitan discordias internacionales o fingen creer en los propósitos bélicos de sus vecinos. Invocando el *amor a la patria*, arrojan una ducha helada sobre el calor tórrido de los más levantiscos. Naturalmente, el mundo oficial proclama la necesidad de armarse; y como para ello se requiere dinero, vienen en seguida las operaciones financieras. Realizado el armamento de la Nación, se vuelve contra los adversarios interiores el arma traída para servir contra el enemigo exterior: el aumento de la fuerza militar coincide casi siempre con la disminución en las libertades públicas.

Más que para defender *la integridad del territorio y el honor de la bandera*, los gobiernos fomentan, pues, ejércitos para contener las revoluciones y afianzarse en el poder. Sin compactas legiones de pretorianos, el Sultán yacería en el fondo del Bósforo, el Zar se bambolearía en el extremo de una soga, el Emperador de Alemania bramaría en la jaula de un manicomio, el Rey de España haría de monaguillo en una escuela de hermanos cristianos, el Emperador de Austria serviría de portero en una casa de señoras amables y complacientes.

Al ejército se le encomia, no sólo por ejercer el *noble oficio* de guardián de las fronteras sino por desempeñar en las ciudades la altísima función de mantener el orden público; es decir, salvaguardar la vida y los intereses de los ciudadanos. Por ciudadanos entiéndase clases privilegiadas, pues a nadie

se le ocurriría figurarse que rifles y cañones sirvan para defender el pellejo y los harapos de la muchedumbre: la *canalla* no vale como persona defendible, sino como fuerza muscular explotable.

¡El orden público! Estas palabras encierran la virtud de ser usadas con tanto derecho por un autócrata de Asia como por un presidente de Suiza. *El orden público,* dice el Sultán, y siembra cien mil o doscientos mil cadáveres en los pueblos de Armenia y Macedonia; *el orden público,* dice el Zar, y lanza sus cosacos a vengar en el huelguista ruso los golpes recibidos en Manchuria; *el orden público,* dice un reyezuelo del Africa Central, y manda empalar al prisionero traidoramente cogido en una *razzia*; *el orden público,* dice el grotesco presidente de Bolivia, y se enrojece las manos en la sangre de Lanza, después de habérselas dorado con el oro chileno.

Hay *orden público* mientras el patrón esquilma desvergonzadamente al proletario; reina el desorden, si el proletario no quiere seguir dejándose sacrificar por los patrones. Si un caldero estalla y produce la muerte de diez o doce operarios, no se altera el *orden público*; pero si treinta o cuarenta operarios destrozan el motor de una fábrica, el *orden público* se halla seriamente amenazado.

La amenaza exige medidas de represión cuando los jornaleros suspenden sus faenas para demandar aumento de salario y disminución en las horas de trabajo. Si el grupo rebelde no es numeroso, se le aísla, se le cortan los víveres y se le somete por el hambre. Si la huelga adquiere proporciones alarmantes y posee la fuerza suficiente para arrollar al polizonte o guardia civil, entonces acude el soldado.

Es de verse el heroísmo del ejército para defender al ahito y despachurrar al hambriento. De general a soldado raso, todos revelan el mismo encono y la misma fiereza con el huelguista —*¿Pides pan?, pues come hierro y plomo.* —*¿Pides justicia?, pues calla eternamente.* Las ciudades se transforman en selvas, los obreros en animales de caza, los militares en sabuesos y galgos. Los que se dejaron arrollar en las fronteras o retrocedieron ante los negros de Africa marchan de triunfo en triunfo, pisoteando las entrañas de niños, de mujeres y de ancianos. Porque el heroico defensor del *orden público* descarga el rifle, sin averiguar por qué ni sobre quién, importándole un bledo que la bala hiera al amigo, al hermano, al padre o al hijo. Merced al ambiente degenerador de la caserna, el hombre se transforma en animal adiestrado para embestir a sus compañeros; peor aún: se convierte en máquina para funcionar con rigidez matemática, pulverizando con tanta indiferencia al grano que nada siente como a la carne que gime de dolor.

Y ¡esto nos ofrecen por tema de admiración y ejemplo los glorificadores de la carrera militar! No, no merecen admiración ni pueden servir de modelo los polizontes del rico, los sicarios del obrero, los profesionales del asesinato. ¿Puede haber cerebro más lóbrego ni corazón más duro que el cerebro y el corazón de un hombre encanecido bajo el uniforme? Lo más inteligente y lo más sensible de un viejo inválido es su pata de palo. Por abusivos y despóticos, por inflados y soberbios, por inhumanos y crueles, todos los portadores de sable son igualmente aborrecibles, desde el gran mariscal que llora

lágrimas de cocodrilo al divisar el campo de batalla donde acaba de hacer morir a cincuenta mil desgraciados, hasta el cabo instructor que arroja una lluvia de palos sobre el humilde recluta por no haber adquirido el suficiente grado de embrutecimiento para convertirse en autómata de evoluciones militares.

La Humanidad avanza muy lentamente, porque al acelerar el paso, tropieza en las redes de un sacerdote o se hiere en la bayoneta de un soldado. El reino del sacerdocio declina: el imperio de la milicia no da señales de concluir. El hisopo nos arroja de cuando en cuando algún asperges inofensivo aunque mal intencionado; el sable nos quebranta diariamente los huesos o nos desangra las venas. La blusa tiene su peor enemigo en la casaca. La sociedad burguesa puede compararse a un vetusto edificio que amenaza ruina. Los nobles, los capitalistas y los sacerdotes son apolillados y endebles puntales que nada sostienen; las columnas de hierro macizo, los que impiden el derrumbamiento final, son los militares.

Los actuales horrores de Rusia revelan todo lo que saben realizar los defensores del *orden público*. De esa huelga contenida con el rifle, de esa revolución sofocada por el pretoriano, de esa muchedumbre azotada, sableada y fusilada, surge una lección. Se impone un cambio de táctica. El poder destructor de las armas modernas, la velocidad en la transmisión de órdenes por medio del telégrafo, la facilidad de la concentración y movilización de enormes masas aguerridas, hacen muy difícil, si no imposible, el buen éxito de revoluciones populares, sin base en alguna fracción del ejército. Se gira en un círculo vicioso: las revoluciones no triunfan sin soldados, y las revoluciones hechas con militares corren peligro de degenerar en cesarismos o simples cambios de jefes.

Según Rousseau, «ninguna revolución merece llamarse buena si cuesta la vida de un solo hombre.» Resucitaríamos al buen ginebrino para que en Rusia consumara hoy una revolución sin sacrificar algunos miles de hombres, unas cuantas decenas, cuando menos. Mucho dudamos que el Zar, los grandes duques y todos los magnates moscovitas cedieran a los argumentos del filósofo y se despojaran de sus *derechos adquiridos*. A ciertos felinos no se les arranca la presa sin arrancarles los dientes.

La bondad de una revolución estribaría en sacrificar el menor número de hombres, escogiendo los más culpables y más elevados: un cachetero en la cerviz del toro hace más que diez banderillas o mil alfileres en lomos y patas. Si gracias a la perfección del armamento se dificulta la acción popular, merced al formidable poder de las substancias explosivas se centuplica el radio de la acción individual: un solo hombre consuma la obra que no puede realizar una muchedumbre.

El Zar que no pierde su serenidad ante las carnicerías de la guerra en Asia ni se conmueve con los asesinatos cometidos por la soldadesca en Rusia, palidece al oír la muerte de Sergio y tiembla como un niño al pensar que su *armazón de huesos y pellejo* corre peligro de saltar desmenuzada en mil pedazos.

1905

COSECHANDO EL FRUTO

Los diarios de Lima publicaron el 12 de agosto el siguiente despacho telegráfico:

«Buenos Aires, agosto 11 de 1905. Señor Ministro argentino. Lima. Oficial. —Un extranjero anarquista atentó esta tarde a las 2 p.m. contra la persona del Presidente de la República. El arma, felizmente, no dio fuego, y el autor del atentado fue detenido. El Presidente está en su despacho, donde recibe las felicitaciones del público y de los miembros del Congreso. Saludo a V.E.— (Firmado). Carlos Rodríguez Larreta, Ministro de Relaciones Exteriores».

Al concluir de leer el telegrama, se nos ocurrió preguntarnos si se trataría de cosa seria o de una simple comedia tramada por agentes de policía en connivencia con el Gobierno. El Presidente de la Argentina no parece muy simpático a la mayoría de sus conciudadanos, y nada granjea tanta simpatía como figurar de víctimas. ¿Qué no fraguan políticos en unión de policíacos para fabricar reputaciones o recomponer honras averiadas? Recordamos haber leído en *La Libre Parole* que, con el fin de popularizar a Casimir Périer, los *cachacos*[1] franceses se disfrazaban de novias y le besaban en las calles de París.

Ese revólver que no da fuego y ese *matador* que no intenta quemar otra cápsula nos infundían alguna sospecha, sabiendo que los anarquistas usan armas seguras y repiten el golpe cuando falla una vez. Hombres resueltos a sacrificar su vida, la venden caro, sin amilanarse al consumar el acto supremo.

Telegramas posteriores al 12 de agosto confirmaron lo *serio del conato*, dieron el nombre del anarquista y anunciaron que el buen Quintana se había enfermado (tal vez a causa de la *impresión*). Desgraciadamente, ningún corresponsal nos reveló si la enfermedad se contaba en el número de las que sanan con bismuto.

Al admitir el homicidio frustrado, conviene explicarle, buscando antecedentes, para no ver crímenes monstruosos o actos impulsivos donde hay sólo consecuencias lógicas, inevitables. Analizar fríamente las cosas vale más que andar con indignaciones cursis y aspavientos monjiles.

Quintana ha dado pruebas de tanto rigor y ferocidad para contener las huelgas y reprimir todas las manifestaciones de la clase obrera, que un periódico norteamericano le llama «el Atila de los trabajadores». *L'Aurora* de Ravena le trata de «hiena que con las uñas escarba en la sangre», y agrega: «En pocos meses de gobierno, este republicano se ha conquistado una fama digna de Abdul-Hamid y de Nicolás el Verdugo. El ha hecho bajar la bella región del Plata al nivel de una ciudad turca donde se degüella a los armenios».

Las iniquidades del mandón argentino andan impresas en todos los periódicos honrados de América y Europa, desde *Cronaca Sovversiva* de Vermont, hasta *Les Temps Nouveaux*, de París; desde la *Battaglia de Sao Paulo*, hasta

[1] Cachaco: agente de policía peruano. (N. del editor chileno).

Tierra y Libertad de Madrid, y desde *La Agitación* de Estación-Dolores hasta *¡Tierra!* de La Habana. Este último periódico ha llegado al extremo de escribir en el número correspondiente al 8 de julio:

«Obreros europeos, trabajadores de todo el mundo: Boycotead los productos de la Argentina.

Proletarios: No naveguéis a la Rusia sudamericana: la Argentina» *

La tenacidad en insistir sobre lo de *extranjero anarquista* no redunda en favor de Quintana, pues si los extranjeros le odian al punto de querer matarle, ¿cómo le aborrecerán sus compatriotas? Ni los mismos políticos burgueses pueden sufrirle, desde que a menudo nos anuncia el telégrafo, ya el fracaso de un pronunciamiento, ya el próximo estallido de una revuelta. Quintana aparece como la más odiosa encarnación de un régimen nefando, como la edición corregida y aumentada de Juárez Celman, como la digna hechura de Roca, de ese militarote que amalgama en sí la doncellez y la prostitución porque lleva espada virgen y corazón podrido.

En el manifiesto que los directores de la *Unión Cívica Radical* dirigieron al pueblo argentino el 4 de febrero de 1905 se denuncian todas las iniquidades y malversaciones de Quintana y sus celebérrimos antecesores. «Tan absolutas son las absorciones del poder (dice el Manifiesto) que no existen ley ni garantía seguras; y tan profunda es la depresión del carácter, que dentro del régimen no hay conciencia que resista ni deber que no abdique ante la voluntad del Presidente y del Gobernador.» Basta lo citado para convencernos que en punto a degradación la Argentina se iguala con el Perú.

Muchos tememos que ese tiro no disparado origine una recrudescencia de persecuciones a los rebeldes y de ataques a las imprentas: es nuestro único temor. Respecto al conato de ejecución, ya le tenemos explicado, y sólo agregaremos que quien manda lanzar el plomo contra huelguistas o manifestantes indefensos y pacíficos, se expone a que tarde o temprano le peguen un tiro, le claven un puñal o le arrojen una bomba.

Justicieros y vengadores no nacen por generación espontánea; vienen de semillas arrojadas por los injustos y malvados. De ahí que a muchos no haya sorprendido el *suceso*, que hasta le hubieran previsto y quizá deseado. Así, una correspondencia dirigida de la República Argentina a *El Productor* de Barcelona, refiere minuciosamente las matanzas del 21 de mayo en Buenos Aires y concluye con estas palabras: «El ejemplo de los nihilistas rusos es probable que tome una breve carta de ciudadanía entre nosotros».

La correspondencia se publicó el 1° de julio, Quintana fue *asustado* el 11 de agosto.

En fin, nosotros no tenemos por qué regocijarnos si el revólver del *extranjero anarquista* se quedó sin detonar, como no habríamos tenido por qué lagrimear si una bala hubiera perforado la substancia gris o bituminosa del Presidente argentino.

* Cfr. *Prólogo*, 10, Las Antillas y Cuba. (A.J.C.).

No representamos el papel de Jeremías; pero si lloráramos, guardaríamos nuestras lágrimas para la carne que sufre y sangra, no para el cuchillo que pincha y tasajea.

1905

EN BARCELONA

Parece que la explosión de la Rambla no ha sido tan inofensiva como la vieja cápsula de Buenos Aires, habiendo producido estragos mayores que la bomba lanzada en París contra el nauseabundo reyezuelo de España.

En Buenos Aires, el Presidente Quintana salió ganando con el susto, pues hizo el ahorro de una limonada purgante. Si peca de avaro, si pertenece a la familia del Caballero de la Tenaza, le enviamos el parabién. En París, hubo un caballo muerto y unos coraceros levemente heridos: nos dolemos del cuadrúpedo y no felicitamos al hombre que le montaba, aunque haya sido condecorado. Ganar condecoraciones a costa de la vida ajena, aunque sea la de un caballo, no lo creemos muy glorioso. Si porque matan a una cabalgadura se premia al jinete, nosotros proponemos que cuando para la mujer de un policía, el policía guarde cama, se perfume con alhucema y tome caldo de gallina.

Todavía no sabemos con exactitud el número de muertos y heridos, a consecuencia de la explosión; pero, resulten pocas o muchas las víctimas de Barcelona, lamentamos la desgracia de los inocentes que recibieron lo que no había sido destinado para ellos.

Aunque no se haya descubierto al *autor del hecho*, ya se pregona que es un anarquista. En el siglo XVIII, cuando una vieja se caía de bruces, la culpa era de Voltaire; cuando un sochantre reventaba de un cólico miserere, la culpa era de Rousseau. Hoy los anarquistas responden de todo lo malo que sucede en el mundo, y nos admiramos que no les atribuyan la guerra ruso-japonesa ni los terremotos de Calabria.

¿Por qué no sospechar de las manos de la policía o de agentes provocadores? Muy bien sabemos que algunos *atentados anarquistas* fueron obra de policíacos. Dígalo el *complot* urdido para dinamitar el monumento de Thiers en Saint-Germain-en-Laye. La policía evoluciona en todas partes, sin excluir el terreno de la calumnia. Hace algunos años que Georges d'Esparbés emprendió una campaña difamatoria contra Sebastien Faure. Reducido d'Esparbés a probar sus afirmaciones, tuvo la llaneza de confesar que los datos (por supuesto calumniosos) le habían sido suministrados en la Prefectura de Policía.

En *Tierra y Libertad* de Madrid (agosto 4 de 1905), leemos estas líneas edificantes: «Sabida es de todos la represión violenta y brutal de que han sido objeto en esta última época nuestros compañeros de Barcelona; para justificar ascensos, lograr honores y alcanzar recompensas, los esbirros policíacos han inventado terribles complots, han sugestionado a débiles jóvenes y han simulado espantosos cataclismos, con el único propósito de encarcelar

a dignos compañeros nuestros que eran un estorbo, en libertad, a la plácida digestión de los vampiros que culebrean en Cataluña con el cinismo más asqueroso».

¡Cuántos no habrán sido los atropellos y horrores de la policía barcelonesa, cuando hasta los republicanos (quizá los peores enemigos de los anarquistas), vinieron a protestar en el meeting organizado por la *Liga de Defensa de los derechos del hombre* y celebrado en Barcelona el 26 de julio! Odón de Buen (republicano pero no anarquista), dijo ahí que «a los obreros que están en la cárcel se les debe felicitar por tener ideas, condición indispensable para formar una humanidad progresiva. Censuró la ley de represión del anarquismo, tachándola de vergüenza del parlamento español. Atacó con energía el Comité de Defensa Social, organismo compuesto de insaciables explotadores del pueblo, fundado a raíz de la huelga general de Barcelona para oprimir más al trabajador y ser el constante delator de todos los que se distinguen por sus ideas radicales» (*Tierra y Libertad*).

No debemos olvidar que en los últimos meses el mundo político de España ha vivido agitándose en la lucha electoral. En época de elecciones y cuando surge una violenta y general oposición contra esa caduca monarquía gobernada por un cretino imberbe, ¿no se considera posible y hasta probable que los hombres del poder fragüen algo terrible para atraer la odiosidad sobre los republicanos? La turbamulta española no diferencia en mucho un republicano de un anarquista: al uno y al otro les engloba en el nombre de revolucionario, es decir, enemigos de Dios y de los hombres, monstruos capaces no sólo de fusilar a frailes y curas, sino de prender fuego a toda España y hasta de suprimir a la Virgen del Pilar.

Tanto debe, pues, atribuirse la explosión de Barcelona a los anarquistas como a los polizontes aleccionados por los hombres públicos, defensores del trono y del altar. A más, recordemos que en el gabinete español figura Weyler, el *Reconcentrador*, ese bandido que sabe hacer tragedias, en oposición a su colega Echegaray, que sólo sabe escribirlas*.

1905

EL INTELECTUAL Y EL OBRERO**

I

No sonrían si comenzamos por traducir los versos de un poeta:

«En la tarde de un día cálido, la Naturaleza se adormece a los rayos del Sol, como una mujer extenuada por las caricias de su amante.

* Referencia al ex-gobernador militar de Cuba general Valeriano Weyler, inventor del método de los «campos de concentración», y al escritor José Echegaray. (C.M.R.).

** Discurso pronunciado el 1° de mayo de 1905 en la *Federación de Obreros Panaderos* de Lima y publicado en *Horas de lucha*, que el editor chileno consideró apropiado incluir aquí. *Horas de lucha* forma, junto con *Páginas libres*, el volumen 14 de la Biblioteca Ayacucho (Caracas, 1976) con *Prólogo* de Luis Alberto Sánchez (A.J.C.).

«El gañán, bañado de sudor y jadeante, aguijonea los bueyes; mas de súbito se detiene para decir a un joven que llega entonando una canción:

«—¡Dichoso tú! Pasas la vida cantando mientras yo, desde que nace el sol hasta que se pone, me canso de abrir el surco y sembrar el trigo.

«—¡Cómo te engañas, oh labrador!— responde el joven poeta. Los dos trabajamos lo mismo y podemos decirnos hermanos; porque, si tú vas sembrando en la tierra, yo voy sembrando en los corazones. Tan fecunda tu labor como la mía: los granos de trigo alimentan el cuerpo, las canciones del poeta regocijan y nutren el alma».

Esta poesía nos enseña que se hace tanto bien al sembrar trigos en los campos como al derramar ideas en los cerebros, que no hay diferencia de jerarquía entre el pensador que labora con la inteligencia y el obrero que trabaja con las manos, que el hombre de bufete y el hombre de taller, en vez de marchar separados y considerarse enemigos, deben caminar inseparablemente unidos.

Pero, ¿existe acaso una labor puramente cerebral y un trabajo exclusivamente manual? Piensan y cavilan: el herrero al forjar una cerradura; el albañil al nivelar una pared; el tipógrafo al hacer una compuesta; el carpintero al ajustar un ensamblaje; el barretero al golpear en una veta; hasta el amasador de barro piensa y cavila. Sólo hay un trabajo ciego y material: el de la máquina; donde funciona el brazo de un hombre, ahí se deja sentir el cerebro. Lo contrario sucede en las faenas llamadas intelectuales: a la fatiga nerviosa del cerebro que imagina o piensa, viene a juntarse el cansancio muscular del organismo que ejecuta. Cansan y agobian: al pintor los pinceles; al escultor el cincel; al músico el instrumento; al escritor la pluma; hasta al orador le cansa y le agobia el uso de la palabra. ¿Qué menos material que la oración y el éxtasis? Pues bien: el místico cede al esfuerzo de hincar las rodillas y poner los brazos en cruz.

Las obras humanas viven por lo que nos roban de fuerza muscular y de energía nerviosa. En algunas líneas férreas, cada durmiente representa la vida de un hombre. Al viajar por ellas, figurémonos que nuestro vagón se desliza por rieles clavados sobre una serie de cadáveres; pero al recorrer museos y bibliotecas, imaginémonos también que atravesamos una especie de cementerio donde cuadros, estatuas y libros encierran no sólo el pensamiento sino la vida de los autores.

Ustedes (nos dirigimos únicamente a los panaderos), ustedes velan amasando la harina, vigilando la fermentación de la masa y templando el calor de los hornos. Al mismo tiempo, muchos que no elaboran pan velan también, aguzando su cerebro, manejando la pluma y luchando con las formidables acometidas del sueño: son los periodistas. Cuando en las primeras horas de la mañana sale de las prensas el diario húmedo y tentador, a la vez que surge de los hornos el pan oloroso y provocativo, debemos demandarnos: ¿quién aprovechó más su noche, el diarista o el panadero?

Cierto, el diario contiene la enciclopedia de las muchedumbres, el saber propinado en dosis homeopáticas, la ciencia con el sencillo ropaje de la vulgarización, el libro de los que no tienen biblioteca, la lectura de los que ape-

nas saben o quieren leer. Y ¿el pan?, símbolo de la nutrición o de la vida, no es la felicidad, pero no hay felicidad sin él. Cuando falta en el hogar, produce la noche y la discordia; cuando viene, trae la luz y la tranquilidad: el niño le recibe con gritos de júbilo, el viejo con una sonrisa de satisfacción. El vegetariano que abomina la carne infecta y criminal, le bendice como un alimento sano y reparador. El millonario que desterró de su mesa el agua pura y cristalina, no ha podido substituirle ni alejarle. Soberanamente se impone en la morada de un Rothschild y en el tugurio de un mendigo. En los lejanos tiempos de la fábula, las reinas cocían el pan y le daban de viático a los peregrinos hambrientos; hoy le amasan los plebeyos, y como signo de hospitalidad, le ofrecen en Rusia a los zares que visitan una población. Nicolás II y toda su progenie de tiranos dicen cómo al ofrecimiento se responde con el látigo, el sable y la bala.

Si el periodista blasonara de realizar un trabajo más fecundo, nosotros le contestaríamos: sin el vientre no funciona la cabeza; hay ojos que no leen, no hay estómagos que no coman.

II

Cuando preconizamos la unión o alianza de la inteligencia con el trabajo no pretendemos que a título de una jerarquía ilusoria, el intelectual se erija en tutor o lazarillo del obrero. A la idea de que el cerebro ejerce función más noble que el músculo, debemos el régimen de las castas: desde los grandes imperios de Oriente, figuran hombres que se arrogan el derecho de pensar, reservando para las muchedumbres la obligación de creer y trabajar.

Los intelectuales sirven de luz; pero no deben hacer de lazarillos, sobre todo en las tremendas crisis sociales donde el brazo ejecuta lo pensado por la cabeza. Verdad, el soplo de rebeldía que remueve hoy a las multitudes, viene de pensadores o solitarios. Así vino siempre. La justicia nace de la sabiduría, que el ignorante no conoce el derecho propio ni el ajeno y cree que en la fuerza se resume toda la ley del Universo. Animada por esa creencia, la Humanidad suele tener la resignación del bruto: sufre y calla. Mas de repente, resuena el eco de una gran palabra, y todos los resignados acuden al verbo salvador, como los insectos van al rayo de sol que penetra en la oscuridad del bosque.

El mayor inconveniente de los pensadores: figurarse que ellos solos poseen el acierto y que el mundo ha de caminar por donde ellos quieran y hasta donde ellos ordenen. Las revoluciones vienen de arriba y se operan desde abajo. Iluminados por la luz de la superficie, los oprimidos del fondo ven la justicia y se lanzan a conquistarla, sin detenerse en los medios ni arredrarse con los resultados. Mientras los moderados y los teóricos se imaginan evoluciones geométricas o se enredan en menudencias y detalles de forma, la multitud simplifica las cuestiones, las baja de las alturas nebulosas y las confina en terreno práctico. Sigue el ejemplo de Alejandro: no desata el nudo; le corta de un sablazo.

¿Qué persigue un revolucionario? Influir en las multitudes, sacudirlas, des-

pertarlas y arrojarlas a la acción. Pero sucede que el pueblo, sacado una vez de su reposo, no se contenta con obedecer el movimiento inicial, sino que pone en juego sus fuerzas latentes, marcha y sigue marchando hasta ir más allá de lo que pensaron y quisieron sus impulsores. Los que se figuraron mover una masa inerte, se hallan con un organismo exuberante de vigor y de iniciativas; se ven con otros cerebros que desean irradiar su luz, con otras voluntades que quieren imponer su ley. De ahí un fenómeno muy general en la Historia; los hombres que al iniciarse una revolución parecen audaces y avanzados, pecan de tímidos y retrógrados en el fragor de la lucha o en las horas del triunfo. Así, Lutero retrocede acobardado al ver que su doctrina produce el levantamiento de los campesinos alemanes; así, los revolucionarios franceses se guillotinan unos a otros porque los unos avanzan y los otros quieren no seguir adelante o retrogradar. Casi todos los revolucionarios y reformadores se parecen a los niños: tiemblan con la aparición del ogro que ellos solos evocaron a fuerza de chillidos. Se ha dicho que la Humanidad, al ponerse en marcha, comienza por degollar a sus conductores; no comienza por el sacrificio, pero suele acabar con el ajusticiamiento, pues el amigo se vuelve enemigo, el propulsor se transforma en rémora.

Toda revolución arribada tiende a convertirse en gobierno de fuerza, todo revolucionario triunfante degenera en conservador. ¿Qué idea no se degrada en la aplicación? ¿Qué reformador no se desprestigia en el poder? Los hombres (señaladamente los políticos) no dan lo que prometen, ni la realidad de los hechos corresponde a la ilusión de los desheredados. El descrédito de una revolución empieza el mismo día de su triunfo, y los deshonradores son sus propios caudillos.

Dado una vez el impulso, los verdaderos revolucionarios deberían seguirle en todas sus evoluciones. Pero modificarse con los acontecimientos, expeler las convicciones vetustas y asimilarse las nuevas, repugnó siempre al espíritu del hombre, a su presunción de creerse emisario del porvenir y revelador de la verdad definitiva. Envejecemos sin sentirlo, nos quedamos atrás sin notarlo, figurándonos que siempre somos jóvenes y anunciadores de lo nuevo, no resignándonos a confesar que el venido después de nosotros abarca más horizonte por haber dado un paso más en la ascención de la montaña. Casi todos vivimos girando alrededor de féretros que tomamos por cunas o morimos de gusanos, sin labrar un capullo ni transformarnos en mariposa. Nos parecemos a los marineros que en medio del Atlántico decían a Colón: «No proseguiremos el viaje porque nada existe más allá». Sin embargo, más allá estaba la América.

Pero al hablar de intelectuales y de obreros, nos hemos deslizado a tratar de revolución. ¿Qué de raro? Discurrimos a la sombra de una bandera que tremola entre el fuego de las barricadas, nos vemos rodeados por hombres que tarde o temprano lanzarán el grito de las reivindicaciones sociales, hablamos el 1° de mayo, el día que ha merecido llamarse pascua de los revolucionarios. La celebración de esta pascua, no sólo aquí sino en todo el mundo civilizado, nos revela que la Humanidad cesa de agitarse por cuestiones secundarias y pide cambios radicales. Nadie espera ya que de un parlamento

nazca la felicidad de los desgraciados ni que de un gobierno llueva el maná para satisfacer el hambre de todos los vientres. La oficina parlamentaria elabora leyes de excepción y establece gabelas que gravan más al que posee menos; la máquina gubernamental no funciona en beneficio de las naciones, sino en provecho de las banderías dominantes.

Reconocida la insuficiencia de la política para realizar el bien mayor del individuo, las controversias y luchas sobre formas de gobierno y gobernantes quedan relegadas a segundo término, mejor dicho, desaparecen. Subsiste la *cuestión social*, la magna cuestión que los proletarios resolverán por el único medio eficaz: la revolución. No esa revolución local que derriba presidentes o zares y convierte una república en monarquía o una autocracia en gobierno representativo; sino la revolución mundial, la que borra fronteras, suprime nacionalidades y llama la Humanidad a la posesión y beneficio de la tierra.

III

Si antes de concluir fuera necesario resumir en dos palabras todo el jugo de nuestro pensamiento, si debiéramos elegir una enseña luminosa para guiarnos rectamente en las sinuosidades de la existencia, nosotros diríamos: *Seamos justos.* Justos con la humanidad, justos con el pueblo en que vivimos; justos con la familia que formamos y justos con nosotros mismos, contribuyendo a que todos nuestros semejantes cojan y saboreen su parte de felicidad, pero no dejando de perseguir y disfrutar la nuestra.

La justicia consiste en dar a cada hombre lo que legítimamente le corresponde; démonos, pues, a nosotros mismos la parte que nos toca en los bienes de la Tierra. El nacer nos impone la obligación de vivir, y esta obligación nos da el derecho de tomar, no sólo lo necesario, sino lo cómodo y lo agradable. Se compara la vida del hombre con un viaje en el mar. Si la Tierra es un buque y nosotros somos pasajeros, hagamos lo posible por viajar en primera clase, teniendo buen aire, buen camarote y buena comida, en vez de resignarnos a quedar en el fondo de la cala, donde se respira una atmósfera pestilente, se duerme sobre maderos podridos por la humedad y se consumen los desperdicios de bocas afortunadas. ¿Abundan las provisiones?, pues todos a comer según su necesidad. ¿Escasean los víveres? pues todos a ración, desde el capitán hasta el ínfimo grumete.

La resignación y el sacrificio innecesariamente practicados, nos volverían injustos con nosotros mismos. Cierto, por el sacrificio y la abnegación de almas heroicas, la Humanidad va entrando en el camino de la justicia. Más que reyes y conquistadores, merecen vivir en la Historia y en el corazón de la muchedumbre los simples individuos que pospusieron su felicidad a la felicidad de sus semejantes, los que en la arena muerta del egoísmo derramaron las aguas vivas del amor. Si el hombre pudiera convertirse en sobrehumano, lo conseguiría por el sacrificio. Pero el sacrificio tiene que ser voluntario. No puede aceptarse que los poseedores digan a los desposeídos: sacrifíquense y ganen el cielo, en tanto que nosotros nos apoderamos de la Tierra.

Lo que nos toca, debemos tomarlo porque los monopolizadores difícilmente nos lo concederán de buena fe y por un arranque espontáneo. Los 4 de agosto* encierran más aparato que realidad: los nobles renuncian a un privilegio, y en seguida reclaman dos; los sacerdotes se despojan hoy del diezmo, y mañana exigen el diezmo y las primicias. Como símbolo de la propiedad, los antiguos romanos eligieron el objeto más significativo: una lanza. Este símbolo ha de interpretarse así: la posesión de una cosa no se funda en la justicia sino en la fuerza; el poseedor no discute, hiere; el corazón del propietario encierra dos cualidades del hierro: dureza y frialdad. Según los conocedores del idioma hebreo, Caín significa *el primer propietario*. No extrañemos si un socialista del siglo XIX, al mirar en Caín el primer detentador del suelo y el primer fratricida, se valga de esa coincidencia para deducir una pavorosa conclusión: *La propiedad es el asesinato.*

Pues bien: si unos hieren y no razonan, ¿qué harán los otros? Desde que no se niega a las naciones el derecho de insurrección para derrocar a sus malos gobiernos, debe concederse a la Humanidad ese mismo derecho para sacudirse de sus inexorables explotadores. Y la concesión es hoy un credo universal: teóricamente, la revolución está consumada porque nadie niega las iniquidades del régimen actual, ni deja de reconocer la necesidad de reformas que mejoren la condición del proletariado. (¿No hay hasta un socialismo católico?). Prácticamente, no lo estará sin luchas ni sangre, porque los mismos que reconocen la legitimidad de las reivindicaciones sociales, no ceden un palmo en el terreno de sus conveniencias: en la boca llevan palabras de justicia, en el pecho guardan obras de iniquidad.

Sin embargo, muchos no ven o fingen no ver el movimiento que se opera en el fondo de las modernas sociedades. Nada les dice la muerte de las creencias, nada el amenguamiento del amor patrio, nada la solidaridad de los proletarios, sin distinción de razas ni de nacionalidades. Oyen un clamor lejano, y no distinguen que es el grito de los hambrientos lanzados a la conquista del pan; sienten la trepidación del suelo, y no comprenden que es el paso de la revolución en marcha; respiran en atmósfera saturada por hedores de cadáver, y no perciben que ellos y todo el mundo burgués son quienes exhalan el olor a muerto.

Mañana, cuando surjan olas de proletarios que se lancen a embestir contra los muros de la vieja sociedad, los depredadores y los opresores palparán que les llegó la hora de la batalla decisiva y sin cuartel. Apelarán a sus ejércitos; pero los soldados contarán en el número de los rebeldes; clamarán al cielo, pero sus dioses permanecerán mudos y sordos. Entonces huirán a fortificarse en castillos y palacios, creyendo que de alguna parte habrá de venirles algún auxilio. Al ver que el auxilio no llega y que el oleaje de cabezas amenazadoras hierve en los cuatro puntos del horizonte, se mirarán a las caras y sintiendo piedad de sí mismos (los que nunca la sintieron de nadie) repetirán con espanto: *¡Es la inundación de los bárbaros!* Mas una voz, formada

* Referencia al episodio de la Revolución Francesa del 4 de agosto de 1789 en que los nobles y el clero renuncian a los derechos feudales (C.M.R.)

por el estruendo de innumerables voces, responderá: *No somos la inundación de la barbarie; somos el diluvio de la justicia.*

FEROCIDAD TEUTONICA

Hará siete u ocho años, una revista alemana —la *Neue Deutsche Rundschau*—, deseando adquirir informes acerca del régimen más conveniente de implantar en Africa, se dirigió a muchos exploradores y funcionarios coloniales para pedirles su opinión respecto a la manera de tratar a los *naturales*: casi todos los consultados estuvieron por la dureza y la inhumanidad.

Para que nuestros lectores vean que la ferocidad teutónica no sólo se manifiesta en la práctica sino en la teoría, vamos a citar algunos fragmentos de las contestaciones dadas por individuos que habían desempeñado notables puestos en la administración pública y hasta gozaban de alguna notoriedad en el mundo científico.

«Cuando se trata de conquista es necesario poner la mira en la victoria, que no se obtiene sino infundiendo terror», (*Karl Peters*).

«Al negro sólo se le educa con el tiempo y los golpes. Según él, toda mansedumbre denuncia flaqueza; pide látigo», (*El Comandante Morgan*).

«Imponer el castigo corporal es mejor enseñanza para el negro que apelar a los sentimientos de honor. Para corregirle se requiere algo más tangible que la prisión», (*Fritz Langhed*).

«El negro es animal de rapiña, sanguinario y feroz, que no se domestica sin el azote del domador. Se ha cometido una falta grave al abolir la esclavitud», (*El Mayor August Boschardt*).

Cuando el Emperador Guillermo, al despedirse de los soldados que formaban la expedición de China, les ordenaba «no tener piedad con nadie y proceder de modo que dentro de mil o dos mil años los chinos se acordaran de los alemanes», todas las personas sensatas se imaginaron que barbaridades de tan gordo calibre eran simples desahogos de un insano, pues no concebían que en hombre cuerdo la maldad pudiera subir a punto de aconsejar la matanza de niños y mujeres. Pero, al leer las teorías sentadas por gentes que no llevan apolillado el cerebro, nos convencemos que todos los alemanes no son unos seres románticos que se pasean a los rayos de la luna, suspiran con las baladas de Schiller y sueñan con las sinfonías de Beethoven. Por lo visto, el salchichón y la cerveza no dan sentimientos de gacela.

El alemán, y particularmente el prusiano, causa el efecto de un inglés que no ha concluido de revestir la costra civilizada: a lo mejor suda barbarie. Tomemos al *Canciller de hierro*, al tipo representativo de la Alemania moderna: ¿qué fue Bismarck? Un hombre de gran talento, a la vez que un bruto cuaternario. El régimen militar ha creado en los alemanes un doble espíritu de obediencia al superior y despotismo al inferior o más débil: el príncipe y el gañán brutalizan a su mujer o la cubren de improperios; el institutor, más parece cabo de escuadra que director de niños; el feld mariscal, ante el amo supremo, tiene lameduras de lebrel y arrastramientos de culebra. Hasta

parece que la vida de cuartel va concluyendo de anquilosar el organismo a los descendientes de Arminius, pues en muchas ciudades del Imperio se ven desfilar a cada paso, hombres tiesos e inflexibles, marchando automáticamente, con aire de espíritus encarnados en palos de escoba. El respeto a la autoridad es culto en Alemania, y eso nos dice por qué sigue ciñéndodose una corona quien merecería llevar una camisola de fuerza. En ese país la libertad del pensamiento no influye en la emancipación de la vida: así, el filósofo alemán niega a Dios o le amenaza con los puños; mas en seguida se vuelve a lamer la bota del sargentón que le acaba de administrar un puntapié.

Esbozado el alemán, ya se comprende lo que dará de sí en las poblaciones y desiertos de Africa, donde tiene asegurada la impunidad o sólo se expone a sufrir las penas más leves por los delitos más atroces. Parece que en el Camerún, no corriendo sino el riesgo de pagar una multa de cuatrocientos o quinientos marcos, se puede quemar poblaciones, violar, torturar y fusilar. Díganlo Leist y Wehlan. Actualmente, los súbditos del Káiser tratan a los herreros como los ingleses a los matabeles, los boers a los cafres, los belgas a los congos.

No creemos mucho en las profundas diferencias de raza, y pensamos que todos los hombres se conducen lo mismo al hallarse en circunstancias iguales; pero reconocemos que la vida social ha creado en el *blanco* muchas necesidades ficticias que le obligan a proceder como el salvaje y el felino. El ansia de lucro, la fiebre del oro hacen del hombre pálido una fiera implacable y sanguinaria. Los asiáticos afirman que *el blanco no tiene corazón*. No sabemos lo que digan los africanos al ver que, por algunos seres racionales como Livingstone y Savorgnan de Brazza, el Africa recibe manadas de tigres en figura de hombres. Probablemente, dirán que el *blanco* resume los tres colores, teniendo blanca la piel, amarillo el corazón, negra el alma.

1906

EL PRIMERO DE MAYO

La celebración de este día va tomando las proporciones de una fiesta mundial. Ya no son exclusivamente los obreros de las grandes poblaciones norteamericanas y europeas los que se regocijan hoy con la esperanza de una próxima redención y renuevan sus maldiciones a la insaciable rapacidad del capitalismo. En nuestra América del Sur, en casi todos los pueblos civilizados, soplan vientos de rebelión al irradiar el 1° de mayo.

Y se comprende: el proletariado de las sociedades modernas no es más que una prolongación del vasallaje feudal. Donde hay cambio de dinero por fuerza muscular, donde uno paga el salario y el otro le recibe en remuneración de trabajo forzoso, ahí existe un amo y un siervo, un explotador y un explotado. Toda industria legal se reduce a un robo legalmente organizado.

Según la iniciativa que parece emanada de los socialistas franceses, todas las manifestaciones que hagan hoy los obreros deben converger a crear una irresistible agitación para conseguir la jornada de ocho horas. Cierto, para la emancipación integral soñada por la anarquía, eso no vale mucho; pero

en relación al estado económico de las naciones y al desarrollo mental de los obreros, significa muchísimo: es un gran salto hacia adelante en un terreno donde no se puede caminar ni a rastras. Si la revolución social ha de verificarse lentamente o palmo a palmo, la conquista de las ocho horas debe mirarse como un gran paso; si ha de realizarse violentamente y en bloque, la disminución del tiempo dedicado a las faenas materiales es una medida preparatoria: algunas de las horas que el proletariado dedica hoy al manejo de sus brazos podría consagrarlas a cultivar su inteligencia, haciéndose hombre consciente, conocedor de sus derechos y, por consiguiente, revolucionario. Si el obrero cuenta con muchos enemigos, el mayor está en su ignorancia.

Desde Nueva York hasta Roma y desde Buenos Aires hasta París, flamearán hoy las banderas rojas y tronarán los gritos de rebeldía. Probablemente, relucirán los sables y detonarán los rifles. Porque si en algunos pueblos las *modestas* manifestaciones de los obreros provocan la sonrisa de los necios o el chiste de los imbéciles, en otros países el interminable desfile de los desheredados hace temblar y palidecer a las clases dominadoras. Y nada más temible que una sociedad cogida y empujada por el miedo. Ahí está Rusia, donde el miedo tiene quizá más parte en el crimen que la maldad misma, siendo ésta de quilates muy subidos.

Si consideramos el 1° de mayo como una fiesta mundial, anhelemos que ese día, en vez de sólo pregonar la lucha de clases, se predique la revolución humana o para todos. En el largo martirologio de la historia, así como en los actuales dramas de la miseria, los obreros no gozan el triste privilegio de ofrecer las víctimas. La sociedad es una inmensa escala de iniquidades, todos combaten por adquirir el amplio desarrollo de su individualidad. Todos los cerebros piden luz, todos los corazones quieren amor, todos los estómagos exigen pan. Hasta los opresores y explotadores necesitan verse emancipados de sí mismos porque son miserables esclavos sujetos a las preocupaciones de casta y secta.

Para el verdadero anarquista no hay, pues, una simple cuestión obrera, sino un vastísimo problema social; no una guerra de antropófagos entre clases y clases, sino un generoso trabajo de emancipación humana.

NECEDADES

¿Se han fijado los lectores en el cúmulo de necedades (y también de infamias) que nos ha comunicado y sigue comunicándonos el telégrafo con motivo de la última bomba lanzada en Madrid? No han faltado las *protestas de los anarquistas y su felicitación al Rey, la cobardía del criminal, la salvación milagrosa ni el conato de tragedia.*

Algunos se imaginan que los anarquistas, a semejanza de los carbonarios, forman terribles sociedades secretas donde los miembros se sortean para designar al ejecutor de una obra sangrienta. Nada de eso: cuando más los libertarios constituyen pequeños grupos. Entre ellos abundan los *solitarios*, los que lejos de toda influencia colectiva, proceden de su cuenta y riesgo.

Son los verdaderamente dignos de causar miedo a la sociedad burguesa, porque en el hombre concentrado, en el que no se difunde al exterior, suelen abundar los pensamientos originales y las acciones enérgicas. Los energúmenos, los bullangueros, los vociferadores en reuniones públicas, resultan más de una vez soplones, emisarios de la policía o agentes provocadores. Porque si hay libertarios de verdad, también los hay de pega. Los que felicitan al régulo de España y protestan de la bomba pertenecen a la segunda clase: deben de ser lacayos, guardias civiles, *oficiales que rejonean toros* o legos y frailes pertenecientes a las mil y una congregaciones fomentadas por la *Reina Madre*. En *Los Diamantes de la Corona*, los ladrones se visten de frailes, honrando el hábito; en los ridículos sainetes de la policia madrileña, los frailes toman el disfraz de anarquistas, deshonrando el nombre.

Conque ¿merece llamarse cobarde el individuo que, sobre exponerse a morir como la primera víctima del explosivo, actúa con la seguridad de caer tarde o temprano en poder de la justicia? Cítennos a los lanzadores de bombas que hayan salido ilesos o quedado impunes. Se puede hablar de fiereza o de inhumanidad; pero de cobardía, no. Si consideramos cobardes a los Henry o a los Vaillant, ya contaríamos en el número de valientes a los poltrones que se desmayan con la detonación de un cohete chino. Cualquiera de los infelices venidos al mundo con el único fin de mantener la especie, tendria sobrada razón para detenernos en la calle y decirnos: «Cuento seis hijos y medio; voy a cumplir sesenta años, y ¡admire usted mi valor!, todavía no he lanzado ninguna bomba».

Que el pobre Alfonso XIII crea en el milagro y se juzgue digno de que el cielo le defienda, pase; su mentalidad de semigorila no le permite una explicación racional de los hechos. No pasa que otros lo digan de puro bellacos o bribones. Mas creamos en la salvación milagrosa, figurémonos que la divina Providencia haya movido el dedo y hasta las dos manos para evitar que unos cascotes de hierro fueran a incrustarse en algunas molleras de palo. De hoy en adelante, para ser lógico, el reyezuelo de España debe licenciar a todos los agentes de policía y echarse a caminar solo, de noche y de día, tanto por los viveros de Madrid como por los arrabales de París. Antes habíamos pensado que si Dios existía, se hallaba lo suficientemente lejos de nosotros para no vernos ni oírnos; mas ya sabemos que de vez en cuando viene a la Tierra para disminuir la secreción de pus en las orejas del Káiser o para impedir la emasculación de un reyezuelo en la época de la brama.

Los remisores de telegramas llegan a los límites de la necedad cuando no ven sino *conato de tragedia* en una explosión que produjo veinte muertos y cincuenta o sesenta heridos, solamente porque el Rey y la Reina escaparon sin el más leve rasguño. Si ambos hubieran sido las únicas víctimas, se habría realizado una tragedia horrorosa. Nosotros pensamos que los veinte muertos, por más humildes que hayan sido en su condición social, representaban una fuerza humana muy superior a la contenida en el organismo de un Alfonso XIII. Superior, así en la cantidad como en la calidad. Digan lo que quieran los aduladores, la carne sana y robusta de unos cuantos albañiles

o gañanes importa más en la vida del Universo que el aparato fofo y anémico de un noble minado por la tuberculosis y la sífilis.

Sinceramente nos dolemos de los hombres y también de los caballos, muertos por la bomba, que los animales eran, al fin y al cabo, los más inocentes y los que menos voluntad habían manifestado de concurrir a las fiestas. Nadie nos pregunte si habríamos preferido la muerte del Rey al sacrificio de los caballos, porque daríamos una respuesta que sublevaría la cólera de algunos imbéciles. Nos contentaremos con parodiar al humorista Mark Twain y decir: «Cuanto más conocemos a los reyes, más estimación sentimos por los caballos».

1906

EN LA LIBRE INGLATERRA

Cuando salió de la escena política el último ministerio conservador inglés, uno de los más avanzados periódicos de Londres le consagró en breves palabras la merecida oración fúnebre, llevándose de encuentro a la misma Inglaterra.

«El gobierno de bribones y ganapanes que acaba de dimitir —decía el periódico londinense— nos deja riquísima cosecha de reacción. La Ley sobre Extranjeros (*Alien's Act*) habría sido vista en Inglaterra como una vergüenza hace cincuenta años; pero somos hoy un pueblo muy diferente del de entonces: sólo tenemos ojos para el brillo de la moneda; sólo tenemos orejas para el retintín del oro».

La Ley sobre Extranjeros o, más propiamente hablando, contra la inmigración, ley que desde enero del presente año se ejecuta con severísimo rigor, es la sórdida manifestación del espíritu inhumano y egoísta que va recrudeciendo en todas las naciones, sin exceptuar a las más enorgullecidas con la civilización cristiana. Para introducir sus telas, su opio, su alcohol y su Biblia, las grandes potencias abren a cañonazos Asia y Africa; pero quieren cerrar sus puertas no sólo al amarillo y al negro, sino también al blanco sin bolsa repleta de oro. Puede afirmarse que existe una confabulación internacional contra el proletariado: se pretende que todo hombre sin bienes de fortuna y sujeto a vivir de un jornal no emigre en busca de aire o pan y muera resignadamente en el cuchitril o el arroyo de su patria.

Esa ley, urdida por los *conservadores* pero severamente aplicada por los *liberales*, dificulta si no imposibilita el ingreso a las Islas Británicas de los *undesirables* o proletarios, pues determina que para desembarcar se necesita buena salud, un pasado sin lacra judicial y *medios de subsistir por algún tiempo.* Naturalmente, dado el continuo éxodo de los perseguidos por el Zar, las primeras víctimas del *Alien's Act* han sido los refugiados rusos que no tenían billetes de banco, libras esterlinas ni crédito abierto en ninguna casa inglesa. Sin dejarles descender a tierra, se les hizo regresar al punto de embarco. Por este motivo, ya ninguna compañía de los vapores que navegan del conti-

nente a las Islas Británicas admite pasajeros de tercera clase, si no están provistos con billetes de ida y regreso.

Esta *Ley de Extranjeros*, muy semejante a la promulgada en Estados Unidos, prueba que Theodor Roosevelt va formando escuela. Verdad que en Inglaterra no se ha visto aún lo ocurrido en América del Norte: vedar el desembarco de dos personas por el delito de vivir maritalmente sin ser casadas; pero ya lo veremos, que la púdica Albión no puede quedarse atrás en achaques de hipocresía.

1906

SOCIALISMO Y ANARQUIA

Aunque alabemos las buenas intenciones de todos los que hablaron o escribieron en los comienzos de mayo, no dejaremos de lamentar la confusión que algunos han hecho de los hombres y las cosas, dando a ciertos individuos el lugar que no les corresponde y considerando iguales o afines las ideas que se excluyen o se rechazan. Y no pensemos que esto suceda únicamente en el Perú, donde vivimos en una especie de niñez intelectual. En Europa, lo mismo que entre nosotros, muchos buscan de buena fe una orientación fija; pero la sanidad de las intenciones no les impide andar a tientas y sin rumbo: sienten la presencia de la luz, y tienen al crepúsculo por aurora; oyen ruido de alas, y toman por águilas a los buitres.

No pretendemos que de la noche a la mañana broten legiones de libertarios ni que hasta los infelices peones de las haciendas profesen ideas tan definidas como las tienen Pedro Kropotkin o Sebastián Faure. Desearíamos que los ilustradores de nuestras muchedumbres hicieran comprender a los ignorantes la enorme distancia que media entre el hombre público y el verdadero reformador, entre los cambios políticos y las transformaciones sociales, entre el Socialismo y la Anarquía.

Cierto, en un solo día se consuma una revolución y se derriba un imperio secular; pero en muchos años no se educan hombres capaces de efectuar semejantes revoluciones. Cuando la palabra demoledora y el libro anárquico lleguen a las capas sociales donde hoy no penetra más luz que la emitida por frailes ignorantes, políticos logreros y plumíferos venales, entonces las muchedumbres adquirirán ideas claras y definidas, distinguirán unos hombres de otros hombres y procederán con la energía suficiente para derrumbar en unas cuantas horas el edificio levantado en cuatro siglos de iniquidad.

Anarquistas o no, los trabajadores que persiguen un fin elevado se hallan en la necesidad de recurrir a una medida salvadora: desconfiar de los políticos. Desconfiar de todos ellos y particularmente de los histriones que se revisten con los guiñapos del liberalismo y sacuden las sonajas de reforma electoral, sufragio libre, garantías del ciudadano y federalismo. Para evitar el contagio de la tuberculosis por medio de la saliva, las autoridades higiénicas cuelgan en los lugares públicos el siguiente letrero: *Se prohíbe escupir.* Por razón semejante, pues se trata de precaver una contaminación moral, los

obreros están en el caso de fijar en todas sus reuniones públicas unos grandes carteles que digan: *Se prohibe eyacular política.*

Los libertarios deben recordar que el Socialismo, en cualquiera de sus múltiples formas, es opresor y reglamentario, diferenciándose mucho de la Anarquía, que es ampliamente libre y rechaza toda reglamentación o sometimiento del individuo a las leyes del mayor número. Entre socialistas y libertarios pueden ocurrir marchas convergentes o acciones en común para un objeto inmediato, como sucede hoy con la jornada de ocho horas; pero nunca una alianza perdurable ni una fusión de principios: al dilucidarse una cuestión vital, surge la divergencia y se entabla la lucha.

Lo vemos hoy. Mientras los anarquistas se declaran enemigos de la patria y por consiguiente del militarismo, los socialistas proceden jesuíticamente queriendo conciliar lo irreconciliable, llamándose internacionalistas y nacionalistas. Bebel ha dicho en pleno Reichstag, confundiéndose con los brutos galonados a servicio del Emperador: «Nosotros los socialistas lucharemos por la conservación de Alemania y realizaremos el último esfuerzo para defender nuestra patria y nuestras tierras». Algo parecido podríamos citar de los Millerand, de los Clemenceau y hasta de los Jaurés.

En cuanto a la tolerancia de los socialistas, basta recordar que Liebknecht se opuso constantemente a la admisión de libertarios en los congresos de obreros. «Nosotros —decía— debemos combatirles como a nuestros mayores enemigos, no permitiéndoles entrar en ninguna de nuestras comunidades o reuniones». El que brutal y francamente reveló todo el amor fraternal que los socialistas profesan a los anarquistas fue el diputado francés Chauvin, cuando en presencia de dos o tres mil *ciudadanos* lanzó las siguientes palabras: «El primer acto de los socialistas demócratas el día del triunfo debe ser fusilar a todos los anarquistas».

Medítenlo, pues, y no lo olviden los inocentes libertarios que igualan el Socialismo con la Anarquía y reconocen en cada socialista un hermano caritativo y bonachón.

1906

LAS HUELGAS

Si alguien quisiera saber nuestra opinión sobre las huelgas, nosotros le diríamos: Toda huelga debe ser general y armada. *General*, para combatir y asediar por todos lados al mundo capitalista y obligarle a rendirse. *Armada*, para impedir la ingerencia de la autoridad en luchas donde no debe hacer más papel que el de testigo.

Las huelgas parciales no siempre logran beneficiar al obrero, porque los huelguistas, abandonados a sus propias fuerzas, sin el auxilio de sus compañeros, son batidos en detall y tienen que ceder al patrón.

Las huelgas desarmadas fracasan también, porque la decisiva intervención de las autoridades en la lucha de amos y siervos significa siempre alianza con los primeros.

Cuando en una población todos se declaran en huelga, desde el carnicero hasta el farolero, se hace compasivo y razonable el burgués que tiembla a la sola idea de no tener un trozo de carne en la olla ni un farol encendido en la calle. Cuando todos se arman, desde el hombre con un revólver hasta la mujer con unas tijeras, las autoridades se amansan, pues una huelga así, no está muy distante de una revolución.

En el Perú, al declararse la huelga de un gremio o de un grupo de trabajadores, los demás gremios o demás trabajadores se quedan tan impasibles como si se tratara de cosas ajenas no sólo a la clase obrera sino al Planeta: dejan a sus compañeros cojidos entre las garras del patrón y los rifles de la autoridad.

En las huelgas del Callao[1] todas las sociedades obreras ven con la mayor *indiferencia que en decretos* bárbaros se considere a los trabajadores como unos esclavos.

Verdad que actualmente las sociedades obreras de Lima y el Callao tienen dos graves asuntos en que ocuparse: las elecciones municipales y el enrolamiento a la *Unión Católica*...

1906

REBELION DEL SOLDADO

Hay dos cosas inconciliables, por más sutilezas y argucias que empleemos con el fin de conciliarlas: el internacionalismo y el patriotismo. No tenemos patria, si por igual queremos a todas las naciones; no somos patriotas, si dejamos de preferir un conciudadano nuestro a un lapón, a un francés o a un chino.

El socialismo, a pesar de creerse desvinculado de todas las religiones, se funda en una máxima cristiana: *todos somos hermanos*. Pues bien, si el *todos somos hermanos* es una verdad grabada en lo más íntimo de nuestro corazón, si por ella debemos regir todas nuestras acciones, tenemos derecho *de protestar cuando nos obliguen a violarla* para convertirnos en matadores de nuestros hermanos.

La propaganda de los socialistas-internacionalistas, al aconsejar la deserción en caso de una guerra, es la consecuencia más lógica de la doctrina. *No lo es la pretensión de algunos socialistas franceses y alemanes al conciliar* el internacionalismo con el patriotismo, y la libertad humana con el servicio militar. Semejantes conciliadores nos recuerdan a los teólogos casuísticos y jesuíticos; en teoría, condenan el servicio militar y la guerra; en la práctica, no se oponen a la obediencia pasiva *ni admiten la indisciplina o rebelión en* el individuo de tropa.

Sin embargo, en la enérgica resolución del recluta, en su rechazo a volverse un simple resorte de la máquina ciega y colectiva, ahí se halla la más pronta resolución del problema. Sólo acabarán los ejércitos y, por consiguiente, las guerras, cuando los hombres no se resignen a sufrir el yugo militar, cuando la mayoría de los llamados al *servicio* tenga el suficiente valor para rebelarse, invocando el generoso principio de la fraternidad.

[1] Noviembre de 1906 (Nota del editor chileno).

Y la protesta en masa o colectiva no puede venir sin haber sido iniciada por una serie de protestas individuales: muchísimos seguirán el ejemplo, cuando algunos empiecen a darlo. Algo trabaja por la terminación de las guerras el diplomático bien rentado que urde protocolos en la *Conferencia de La Haya*; pero seguramente hace más el pobre *dukhobor** que en una estepa rusa rechaza el servicio militar y, antes de faltar a sus convicciones, soporta el *knut*, la prisión y el destierro a Siberia.

1906

PRIMERO DE MAYO[1]

Ignoramos si los trabajadores, no sólo del Perú sino del mundo entero, andan acordes en lo que piensan y hacen hoy. Si conmemoran las rebeliones pasadas y formulan votos por el advenimiento de una transformación radical en todas las esferas de la vida, nada tenemos que decir; pero si únicamente se limitan a celebrar la *fiesta del trabajo*, figurándose que el desiderátum de las reivindicaciones sociales se condensa en la jornada de ocho horas o en el descanso dominical, entonces no podemos dejar de sonreírnos ni de compadecer la candorosidad de las huestes proletarias.

¡La fiesta del trabajo! ¿Qué significa eso? ¿Por qué ha de regocijarse el trabajador que brega para que otros descansen y produce para que otros disfruten del beneficio? A los dueños de fábricas y de haciendas, a los monopolizadores del capital y de la tierra, a los que se llaman industriales porque ejercen el arte de enriquecerse con el sudor y la sangre de sus prójimos, a solamente ellos les cumpliría organizar manifestaciones callejeras, empavesar edificios, prender cohetes y pronunciar discursos. Sin embargo el obrero es quien hoy se regocija y se congratula, sin pensar que la irónica *fiesta del trabajo* se reduce a la fiesta de la esclavitud.

En el comienzo de las sociedades, cuando la guerra estallaba entre dos grupos, el vencedor mataba inexorablemente al vencido; más tarde, le reducía a la esclavitud para tener en él una máquina de trabajo; después cambió la esclavitud por la servidumbre; últimamente, ha sustituido la servidumbre por el proletariado. Así que esclavitud, servidumbre y proletariado son la misma cosa, modificada por la acción del tiempo. Si en todas las naciones pudiéramos reconstituir el árbol genealógico de los proletarios, veríamos que descienden de esclavos o de siervos, es decir, de vencidos.

Cierto, a la doble labor del músculo y del cerebro se debe la habitabilidad de la Tierra y el confort de la vida: no opongamos el trabajo a las fuerzas enemigas de la Naturaleza, y ya veremos si la Divina Providencia acude a

* Los dukhobori constituyen una secta cristiana, surgida en Rusia en el siglo XVIII, que no reconoce ninguna autoridad civil o eclesiástica y practica (en muchos casos) un régimen comunista. Desterrados a Siberia, emigraron luego (en parte) al Canadá, en 1899. Kropotkin admiró su organización comunista y, en cierta medida, libertaria, cuando estuvo en Siberia, como oficial del ejército del zar. (A.J.C.).

[1] 1907 (Nota del editor chileno).

nuestro auxilio. Jesucristo hablaba, pues, como un insensato al decir «que no nos acongojáramos por lo que habíamos de comer o de beber, y miráramos a las aves del cielo, las cuales no siembran ni siegan ni allegan en graneros porque nuestro Padre Celestial las alimenta».

Pero al diario y exclusivo empleo del músculo se debe también el embrutecimiento de media Humanidad. Los que desde la mañana hasta la noche conducen una yunta o manejan un martillo, no viven la vida intelectual del hombre, y a fuerza de restringir las funciones cerebrales, acaban por convertir sus actos en un *simple automatismo de los centros inferiores.* Merced a la constante acción depresiva de los dominadores sobre los dominados, hay verdaderos brutos humanos que sólo poseen inteligencia para anudar los hilos de una devanadera o destripar los terrones de un barbecho. Vienen a ser productos de una selección artificial, como el novillo de carnes o el potro de carreras.

Si el recio trabajo del músculo alegra el corazón, aleja los malos pensamientos y fortifica el organismo, si produce tantos bienes como pregonan los moralizadores de oficio, ¿por qué los hijos de los burgueses, en vez de empuñar el libro y dirigirse a las universidades, no uncen la yunta y salen a surcar la tierra? Porque las sociedades tienen una moral y una higiene para los de arriba, al mismo tiempo que otra moral y otra higiene para los de abajo. Existen dos clases de trabajadores: los que en realidad trabajan, y los que aparentemente lo hacen, llamando trabajo el ver sudar y derrengarse al prójimo. Así, el hacendado que a las ocho de la mañana monta en un hermoso caballo y, por dos o tres horas, recorre los cañaverales donde el jornalero suda la gota gorda, es *un hombre de trabajo*; así también, el industrial que de vez en cuando deja el mullido sillón de su escritorio y entra a pegar un vistazo en los talleres donde la mujer y el niño permanecen doce y hasta quince horas, *es un hombre de trabajo.*

Lo repetimos: hoy sólo deberían regocijarse los explotadores de la fuerza humana; podría hacerlo con alguna razón el que labora una tierra, con la esperanza de cosechar los frutos, o el que hila unas cuantas libras de lana, con la seguridad de fabricarse un vestido; pero, ¿qué regocijo le cabe sentir al pobre diablo que de enero a enero y desde el amanecer hasta el anochecer vive aserrando maderos, aguijando bueyes o barreteando minas? El que mañana será proletario como lo es hoy y lo ha sido ayer, el que no abriga ni siquiera la ilusión de mejorar en su desgraciada existencia, ese tiene derecho de arrojar un grito de rebelión y ver en la pacífica *fiesta del trabajo* una cruel ironía, una manifestación del esclavo para sancionar la esclavitud.

UTILIDAD DE LOS REBELDES[1]

Cuando la mayoría, dice Reybaud, se entumece en la faena cotidiana, vol-

[1] Inédito (Nota del editor chileno).

viéndose incapaz de contribuir a la marcha progresiva de los siglos, surgen hombres organizados para rebelarse contra las ideas aceptadas y promover tempestades, así en el mundo de la inteligencia como en el campo de los hechos. De ahí la agitación incesante, el movimiento que si hoy se puede retardar en un terreno, mañana se acelera en otros, sin dejar punto inmóvil en el dominio del pensamiento, abarcando todas las necesidades humanas, fecundizando la vida, revolucionando el orbe. La existencia de la Humanidad no se reduce, pues, a girar irremediablemente sobre ella misma o agitarse sin esperanza ni objeto alrededor de un círculo fatal: asciende por una escala misteriosa y cada día se acerca más a una cumbre de serenidad y luz.

La oposición de los rebeldes a las opiniones reinantes actúa como factor poderosísimo en las transformaciones sucesivas. Mas, aunque la rebeldía no produjera sino alguna desconfianza del presente y el deseo de aislarse para juzgarle con mayor imparcialidad, causaría con ese deseo y con esa desconfianza un gran bien: despertar a los dormidos, sacudir a los perezosos. ¡Con tan buena voluntad seguimos sometiéndonos a los hábitos más viciosos y más funestos! ¡Con tanta dejadez nos abandonamos a la corriente de la rutina, por mucho que proteste el corazón y se subleve la conciencia!

Al condenar lo existente y pedir la subversión total del régimen económico sancionado por el transcurso de los siglos, los reformadores radicales plantean en términos claros el problema de la organización social, circunscriben el campo de la lucha y rompen las líneas de una óptica convencional. Nada tan útil como los gritos de alarma; por exagerados que parezcan, ellos arrancan a la Humanidad de su letargo, la vuelven al sentimiento de su misión, la obligan a proseguir su marcha secular.

Verdad, la mayoría resiste al llamamiento subversivo, no presta mucha fe a las palabras de absoluta denigración y se mantiene en guardia contra los sistemas preconizadores de una súbita renovación social; mas discute a los reformadores, les combate y de la controversia misma hace nacer la duda, duda traducida muy pronto por la necesidad o la conveniencia de efectuar algunas reformas. Gracias a la acción de los rebeldes, resulta, pues, una infiltración incesante de elementos dinámicos en un mundo con visos de inercia, una amalgama de temeridad y prudencia, de quietud y movimiento, lo que constituye la vida y la esencia de las sociedades.

ANTIPOLITICOS

Felizmente, en medio de la algarabía formada por intereses mezquinos y rastreros se ha lanzado un grito nuevo, un grito salvador que va repercutiendo en las clases trabajadoras: *¡Guerra a la política!*

A más de existir en Lima publicaciones que francamente se llaman antipolíticas, empiezan a tener lugar conferencias o reuniones de índole antipolítica, como por ejemplo, la efectuada en esta ciudad el 19 de mayo.

Diez años ha, una reunión semejante no habría sido posible, tanto por falta de oradores como de público; hoy lo es porque en las agrupaciones obreras

han surgido personas conscientes que se afanan por llevar luz al cerebro de sus compañeros, y porque los más ignorantes comienzan a presentir que hay algo luminoso fuera del oscuro subterráneo donde vegetan y mueren.

Nada degradó tanto al obrero nacional, nada le sigue envileciendo tanto como la política: ella le divide, le debilita y le reduce a la impotencia, haciéndole desperdiciar en luchas, no sólo vanas, sino contraproducentes, las fuerzas que debería aprovechar en organizarse y robustecerse. ¿Qué han logrado los trabajadores con ir a depositar su voto en el ánfora de una plazuela? Ni elegir al amo, porque toda elección nacional se decide por el fraude o la violencia.

El interés que el político toma por el obrero siempre que estalla un conflicto grave entre el capital y el trabajo, se ve hoy mismo, no muy lejos de nosotros, con los operarios de la Dársena: ¿qué hacen los partidos mientras los huelguistas del Callao luchan por conseguir un aumento de salario o el cumplimiento de obligaciones solemnemente contraídas? Nada; y tiene que suceder así mañana, como sucede hoy, porque una cosa son los intereses de la política y otra cosa los intereses del proletariado.

Aunque se predique la igualdad y la confraternidad, el mundo sigue dividido en clases enemigas que viven explotándose y despedazándose. En los pueblos que más blasonan de civilizados, el cristianismo brota de los labios, mas no llega hasta el fondo de los corazones. Todos son *hermanos*, pero unos habitan en alcázares y otros duermen al raso; todos son *hermanos*, pero unos se abrigan con buenas ropas de lana y otros se mueren de frío; todos son *hermanos*, pero unos comen y otros ayunan. Y ¿a quiénes les toca el papel de víctimas o *hermanos* desposeídos de su herencia? A los trabajadores.

Ellos son el derecho; ellos son la justicia; ellos son el número; mas, ¿por qué no son el ejército arrollador o la masa de empuje irresistible? Porque viven desunidos; porque frente al bloque homogéneo y compacto de los verdugos y explotadores, forman grupos heterogéneos y fofos, porque se dividen y subdividen en fracciones egoístas y adversas.

Uno de los grandes agitadores del siglo XIX no cesaba de repetir: *Trabajadores del mundo, uníos todos*. Lo mismo conviene decir a todas horas y en todas partes, lo mismo repetiremos aquí: *Desheredados del Perú, uníos todos*. Cuando estéis unidos en una gran comunidad y podáis hacer una huelga donde bullan todos —desde el panadero hasta el barredor— ya veréis si habrá guardias civiles y soldados para conteneros y fusilaros.

1907

LA REVOLUCION

La vida y la muerte de las sociedades obedecen a un determinismo tan inflexible como la germinación de una semilla o la cristalización de una sal; de modo que si los sociólogos hubieran llegado a enunciar leyes semejantes a las formuladas por los astrónomos, ya podríamos anunciar las revoluciones como indicamos la fecha de un eclipse o de un plenilunio.

Todo sigue la ley; pero en este determinismo universal donde actúan innumerables fuerzas desconocidas, ¿sabemos medir la importancia del factor humano? Si podemos ayudar la germinación e impedir la cristalización, ¿no lograremos influir en el desarrollo de los acontecimientos o fenómenos que se refieren a las colectividades? «Las fuerzas sociales —dice Engels— obran lo mismo que las de la Naturaleza, ciega, violenta, destructoramente, mientras no las comprendemos ni contamos con ellas».

En comprender, o más bien dicho, en hallar las leyes, reside toda la fuerza del hombre. Lo que en la leyenda cristiana se nombra nuestra *caída* debe llamarse nuestra ascensión, pues al comer el fruto del árbol de la ciencia nos hicimos (como lo había pronosticado la serpiente) iguales a los Dioses.

La voluntad del hombre puede modificarse ella misma o actuar eficazmente en la producción de los fenómenos sociales, activando la evolución, es decir, efectuando revoluciones. Como por medio del calor artificial evaporamos en pocas horas una masa de agua que necesitaría semanas y hasta meses para secarse a los simples rayos del sol, así logramos que los pueblos hagan en unos cuantos días la obra que deberían realizar en muchos años. En evolución y revolución no veamos dos cosas diametralmente opuestas, como luz y obscuridad o reposo y movimiento, sino una misma línea trazada en la misma dirección; pero tomando unas veces la forma de curva y otras veces la de recta. La revolución podría llamarse una evolución acelerada o al escape, algo así como la marcha en línea recta y con la mayor velocidad posible.

No nos asustemos con la palabra. Hombres que nada tuvieron de anarquistas ni soñaron con transformaciones radicales y violentas de la sociedad, han dicho: «Los pueblos se educan en las revoluciones» (Lamartine); «Siempre hay algo bueno en toda revolución» (Chateaubriand); «Lo malo de las revoluciones pasa; lo bueno queda» (?). Semejantes ideas se hallan tan profundamente arraigadas en el cerebro de las muchedumbres, que hasta las insurrecciones de cuartel o los pronunciamientos de caudillos vulgares —por sólo tener visos de revolución— cuentan muchas veces con el aura popular. Fuera de los parásitos que viven a la sombra de un régimen social o político, y fuera también de los rutinarios que en toda purificación de la atmósfera temen un principio de asfixia, las demás gentes miran en las revoluciones un remedio heroico. Se diría que la parte más noble y más generosa de la Humanidad viene al mundo con la intuición de que la Tierra ha de engrandecerse, no por los vaivenes apacibles, sino por las sacudidas violentas. La comparación de las tempestades (que purifican el ambiente) con las revoluciones (que bonifican a un pueblo) carece de novedad, pero no de exactitud.

En todo movimiento popular se sabe dónde se empieza, no dónde se acaba; lo que se inicia con la huelga de unos pocos obreros o el alboroto de unas cuantas mujeres, puede terminar con una liquidación política y social. Los mismos que en 1789 comenzaron por atacar la Bastilla no pensaron tal vez que en 1793 concluirían por guillotinar a Luis XVI. De ahí que nada teman tanto los gobiernos como los estallidos de la calle: a los parlamentarios, a los jueces, a los periodistas y a los mismos adversarios se les compra; a una multitud sublevada, no; un pueblo lanzado a la rebelión incendia, roba o mata

pero no se vende. Hoy, más que nunca, no olvidan los opresores cuánto les conviene adormecer al *monstruo popular* con las añejas canciones de la religión y la moral, porque si las muchedumbres tienen sueños de marmota, conocen despertamientos de león.

Desde la Reforma y, más aún desde la Revolución Francesa, el mundo civilizado vive en revolución latente: revolución del filósofo contra los absurdos del Dogma, revolución del individuo contra la omnipotencia del Estado, revolución del obrero contra la explotación del Capital, revolución de la mujer contra la tiranía del hombre, revolución de uno y otro sexo contra la esclavitud del amor y la cárcel del matrimonio; en fin, de todos contra todo.

En Rusia y Francia contemplamos hoy dos magníficas explosiones de esa gran *revolución latente*. Nadie asegurará que la lucha del Estado contra la Iglesia no acabe en Francia por la guerra del proletariado con el capitalista, ni que la insurrección del pueblo contra la autocracia del Zar no concluya en Rusia por la rebelión de ese mismo pueblo contra el fanatismo del pope.

1907

JOSE NACKENS*

El espontáneo y general clamor levantado en Europa y América para conseguir la absolución de Nackens no logró despertar ningún eco en el ánimo de sus jueces: el hombre, absuelto y glorificado por millares de gentes que nada tenían de revolucionarias ni de anarquistas, fue condenado por la justicia española a nueve años de presidio.

Y todo lo que se brega hoy para alcanzar el indulto de ese verdadero *delincuente honrado* va siendo tan inútil como lo intentado ayer para conseguir la absolución. Los áulicos o directores del repugnante *matador de palomas* que simula regir el apolillado cetro de la monarquía española, no comprenden, o más bien, fingen no comprender que el indulto de Nackens rodearía la cabeza del pobre reyezuelo con una aureola de humanidad y clemencia, mientras la implacable tenacidad en la ejecución de una sentencia inicua le va convirtiendo en el ser más digno de horror y desprecio. Cada día se engrandece la figura de la víctima y se empequeñece la de su verdugo, que verdugo merece llamarse quien pudiendo indultar a un inocente no quiere hacerlo. Esta sola dureza bastaría para deshonrar a un monarca, si los reyes de España tuvieran honra que perder.

Fácilmente nos explicamos la inflexibilidad de hierro al pensar que nos referimos a una tierra de reyes inquisidores: donde algunas veces hubo conmiseración para asesinos cobardes y alevosos, no la hay para el incrédulo más desinteresado y más generoso. Se trata de un impío, acaso del mayor y más terco de los impíos españoles, del que durante veinticinco o treinta años no cesó de hacer fuego sobre la Iglesia y sus ministros. Connivencias del *reo* con los libertarios no deben suponerse ni creemos que nadie las haya supuesto.

*Este periodista había sido detenido junto con Francisco Ferrer el 31 de mayo, como represalia por el atentado de Mateo Morral contra el rey Alfonso XIII, en esa fecha de 1906. (C.M.R.).

Si hubo en España un enemigo de los anarquistas, ese enemigo fue Nackens. Por largo tiempo mantuvo en las columnas de *El Motín* una sección especialmente destinada a combatirles, y guerra tan encarnizada les hizo que, si mal no recordamos, llegó a sostener una enormidad: que los anarquistas eran agentes o colaboradores de los jesuitas.

El exagerado patriotismo de Nackens no pudo avenirse con una doctrina que rechaza las nacionalidades y combate la idea de patria. No hemos olvidado sus furibundos artículos en los días de la guerra hispano-yanqui: a pesar de su gran talento y ofuscado por el amor a España, no vio que los norteamericanos practicaban una obra de humanidad y policía al extirpar en Cuba un gobierno de tigres y urracas. Pues bien: la patria aquélla, tan defendida y amada por él, es la misma que hoy le juzga y le condena sin misericordia. Porque la patria no es sólo el aire que respiramos, el río de que bebemos, el terreno que sembramos, la casa donde vivimos y el cementerio en que duermen nuestros antepasados; es también el soplón que nos delata, el esbirro que nos apercolla, el juez que nos condena, el carcelero que nos guarda y la suprema autoridad a quien debemos obediencia y sumisión, ya esté representada por un general sudamericano que a duras penas sepa leer y escribir, ya por un reyezuelo español que lleve por cerebro un trozo de bacalao frito en el aceite de alguna sacristía.

Al infligir a Nackens nueve años de presidio, no se trata, pues, de castigar al libertario de acción ni al simple afiliado teórico, sino de escarmentar al impío y tal vez al republicano. Porque simultánea y paralelamente a la campaña irreligiosa, el director de *El Motín* ejercía una valerosa propaganda en favor de la república. El levantó bandera contra Salmerón por juzgarle incapaz de lanzarse a las vías de hecho. Y tan poco anarquista se revela en su programa revolucionario, que sostuvo (y sigue sosteniendo) la necesidad de un dictador militar para introducir y afianzar en España el régimen republicano.

¡Pobre Nackens! Cogido por las garras de sus enemigos, difícilmente se les escapará. Un soldado se compadece del enemigo y le salva la vida, un hombre cualquiera se apiada del malhechor y le perdona los daños inferidos; pero las gentes de sotana o con hábito no se compadecen ni perdonan: son como la mula del Papa, en el cuento de Alfonso Daudet. Nadie ignora que en la última regencia sufrió la tierra de Felipe II un recrudecimiento del fanatismo, que sobre todas sus poblaciones cayó un formidable chubasco de frailes y clérigos. Nadie ignora tampoco que Alfonso XIII, como buen hijo de su madre, sigue en su reinado las aguas de la regencia, viendo con los ojos de algún capuchino, oyendo con las orejas de algún dominico y no sabemos si engendrando con ayuda de algunos padres jesuitas.

¡Pobre España también! Tierra donde todavía se piensa en matar moros, donde no se deja de creer en los milagros de la Pilarica, donde estoquear un berrendo de Jarama se aprecia más que cincelar una Venus de Milo, donde falta pueblo suficientemente viril para barrer con esa descuajaringada Monarquía, tan despreciable y odiosa bajo el ministerio liberal de Sagasta o de un Moret como bajo el gabinete conservador de un Cánovas o de un Maura.

1907

PRIMERO DE MAYO[1]

Con la huelga de Iquique* sucede todo lo contrario de lo que a menudo pasa con los movimientos de esa índole al estallar un conflicto de los obreros con la fuerza pública. Las primeras noticias resultan casi siempre exageradas y revistiendo los caracteres de una hecatombe, cuando no hubo más que unos pocos heridos leves o contusos. En el presente caso, los sucesos comunicados por el telégrafo a las pocas horas de realizados, fueron más graves y revistieron caracteres más brutales de lo que se había creído en la primera información. Es cosa probada, fuera de la menor duda, que pasa de mil el número de los peones matados por la tropa, sin que hubiese habido ninguna provocación ni amenaza por parte de los huelguistas.

Y para unir el escarnio a la ferocidad, se instaura juicio a los *culpables*, es decir, a los infelices trabajadores que impelidos por la necesidad y habiendo sido rudamente rechazados por los patrones a quienes pedían un aumento de jornal, se organizan pacíficamente y se dirigen a una población, no para buscar en ella una fortaleza o plaza militar, sino para tener un centro donde reunirse con el fin de acordar la mejor manera de solucionar la espantosa crisis económica. Desprovistos de armas y queriendo evitar desórdenes que dieran achaque para la intervención violenta de los soldados, habían tenido la precaución de impedir la venta de licores. Jamás huelga alguna presentó carácter menos belicoso. Entonces, ¿por qué tanta inhumanidad para sofocarla? Porque se deseaba hacer un escarmiento; porque se quería enseñar al trabajador que debe obedecer y callarse.

Si hoy, 1° de mayo, recordamos la inexcusable matanza de Iquique es para manifestar a los proletarios que en la lucha con los capitalistas no deben esperar justicia ni misericordia. Para el negro de las haciendas había el cepo y el látigo; para el trabajador de las fábricas o de las minas hay el rifle y la ametralladora. A más, si el hacendado respetaba la vida del esclavo porque ella le valía un *talego*, el industrial de nuestros días no anda con tales remilgos porque nada pierde al sacrificar la existencia de un obrero: desaparecido uno, es substituido en el acto y quizá ventajosamente.

Lo que se llama *la libertad del trabajo* no pasa de una sangrienta burla para el hombre que tiene por solo capital la fuerza de sus brazos y deja de comer el día que cesa de trabajar. Al proletario no se le abren sino dos caminos; o trabajar mucho con salario deficiente o sublevarse para caer bajo las balas de la soldadesca.

Sin embargo, no faltan excelentes plumíferos, consagrados a celebrar la dicha del obrero que desempeña su labor sin preocuparse de si el producto será o no vendido; que tranquilamente duerme todos los días de la semana, y el sábado, después de recibir su paga, se va, tarareando, a cenar alegre en unión de su mujer y de sus hijos. ¡Hermoso idilio! Por asociación de las ideas con-

[1] 1908 (Nota del editor chileno)

*En la edición que seguimos los editores suprimieron el artículo *La huelga de Iquique* («Los Parias», Lima, N° 3 del mes de enero de 1908) que hace referencia a la matanza chilena del 13 de diciembre de 1907. (C.M.R.).

trarias, esa *dicha* les hace pensar a los plumíferos en la *desdicha* del acaudalado patrón que sin descansar un solo instante del día prosigue su trabajo mental, que noches de noches vela, cavilando en sus créditos inaplazables, en el crecido stock de sus almacenes, en la dificultad de las ventas, en la ruinosa competencia de sus rivales, etc. Su pan es amargo y más amarga es su bebida.

Con todo, nunca vemos nosotros (ni probablemente verán nuestros descendientes) que el desdichado patrón se cambie por el dichoso obrero. ¡Qué espectáculo tan bello sería contemplar al multimillonario yanqui despojarse de sus millones para convertirse en el feliz trabajador que mantiene una mujer y seis hijos con el honroso jornal de ochenta centavos!

No, el capitalista no ceja voluntariamente ni un solo palmo en lo que llama sus derechos adquiridos: cuando cede no es en fuerza de las razones sino en virtud de la fuerza. Por eso no hay mejor medio de obtener justicia que apelar a la huelga armada y al *sabotaje*.

Es lo que hoy, 1° de mayo, conviene repetir a los trabajadores ilusos que siguen confiando en la humanidad del capitalista y figurándose que los arduos conflictos de la vida social han de resolverse por un acuerdo pacífico: el capitalista no da lo que se le pide con ruegos sino lo que se le exige con amenazas.

LA ACCION INDIVIDUAL[1]

El prejuicio contra la Anarquía sigue tan arraigado que muchos abrigan ideas anárquicas sin atreverse a confesarlo: tienen miedo de llamarse anarquistas, se asustan con el nombre. Algunos hechos aislados (explicables por la reacción violenta del individuo contra la injusticia social) bastaron no sólo para infundir horror hacia los anarquistas sino para condenar sin apelación las doctrinas anárquicas.

Y ¿qué importaría si los terribles hechos aislados se repitieran a menudo? Probarían únicamente el agravamiento, la intensificación de las iniquidades colectivas. Donde se recurre a la violencia, ahí la opresión y la arbitrariedad llegaron a su máximum, haciendo sobrepasar los límites del sufrimiento humano: hablan el revólver y el puñal, cuando no se dejan oír la razón ni la justicia. Pero gentes que aprueban o disculpan la ejecución legal o parlamentaria de un Carlos I y de un Luis XVI condenan el ajusticiamiento de un Enrique III por Clément y de un Enrique IV por Ravaillac. Y tal vez Luis XVI y Carlos I fueron menos justiciables que el asesino de Guise y el perjurosátiro de Saint Denis.

La *acción individual* o *propaganda por el hecho* irrita hoy a conservadores y burgueses, como sublevó ayer a los monarcas la justificación del tiranicidio. Y no sólo se irritan ellos. Parodiando a Pascal, a Quinet y a Michelet, muchos liberales, masones y librepensadores (generalmente los más vulgares) reservan los furibundos rayos de su cólera para fulminar a la Compañía de Jesús: toleran al dominico, al mercedario, al agustino, al franciscano: no

[1] Inédito (Nota del editor chileno).

perdonan al jesuita. El miembro de la Compañía les saca de tino; el color rojo no enfurece más al toro ni al pavo. Y ¿por qué? Porque algunos jesuitas *preconizaron el tiranicidio; y afirmamos algunos* porque no todos pensaron como el padre Mariana. Esos liberales, esos masones esos librepensadores defienden la causa de los reyes, son regalistas, se erigen en abogados del imperium. Admitiendo que al mal rey se le puede y hasta se le debe matar, se despoja a los monarcas de *su carácter sagrado y se da el golpe de gracia* a la doctrina del derecho divino. Se anula una tradición venerada por paganos, judíos y cristianos. Hesíodo afirma con la ingenuidad del hombre antiguo que «los reyes vienen de Zeus» y San Pablo (quien probablemente no había leído a Hesíodo) enseña que «toda potestad viene de *Dios*», y *no sólo* viene de Dios, sino sólo a Dios debe rendir cuenta de sus actos. Ya no cabe afirmar que el monarca sea únicamente responsable ante la Divinidad: el súbdito se interpone, erigiéndose en acusador, juez y ejecutor de la sentencia. De ahí que, no los pueblos sino los reyes, se confabularan y suprimieran la Compañía de Jesús.

Cierto, la sangre nos horroriza; pero si ha de verterse alguna, que se vierta la del malvado. Quién sabe si para una justicia menos estrecha que la justicia humana sea mayor crimen herir un animal benéfico que suprimir a un mal hombre. Tal vez podamos afirmar con razón: antes que verter la sangre de la paloma o del cordero, derramar la del tirano. ¿Por qué vacilar en declararlo? Hay sangres que no manchan. Manos incólumes, manos dignas de ser estrechadas por los hombres honrados, las que nos libran de tiranos y tiranuelos. Herir al culpable, solamente a él, sin sacrificar inocentes, realizaría el ideal de la propaganda por el hecho. Los Angiolillo, los Bresci, los matadores *del gran duque Sergio y los ejecutores del rey Manuel nos merecen* más simpatía que Ravachol, Emile Henry y Morral.

Un prejuicio inveterado nos induce a execrar la supresión del tirano por medio del revólver, el puñal o la dinamita y a no condenar el derrocamiento de ese mismo tirano merced a una *revolución devastadora y sangrienta. Quiere* decir: el tirano puede asesinar al pueblo, mas el pueblo no debe matar al tirano. Así no pensaban los antiguos al glorificar al tiranicida.

Cuando la organización de los pretorianos hace imposible todo levantamiento popular, cuando el solo medio de acabar con la tiranía es eliminar al tirano, ¿se le debe suprimir o se ha de soportar indefinidamente la opresión ignominiosa y brutal? ¿Vale tanto la vida de él que no sabe respetar las ajenas? Verdad, «el hombre debe ser sagrado para el hombre»; mas, que los déspotas den el ejemplo.

Cuando el tiranicidio implica el término de un régimen degradante y el ahorro de muchas vidas, su perpretación entra en el número de los actos laudables y benéficos, hasta merece llamarse una manifestación sublime de la bien entendida caridad cristiana. Si un Francia, un Rosas, un García Moreno y un Porfirio Díaz hubieran sido eliminados al iniciar sus dictaduras, ¡cuántos dolores y cuántos crímenes se habrían ahorrado el Paraguay, la Argentina, el Ecuador y México! Hay países donde no basta el simple derrocamiento: en las repúblicas hispanoamericanas el mandón o tiranuelo derrocado suele

recuperar el solio o pesar sobre la nación unos veinte y hasta treinta años, convirtiéndose en profesional de la revolución y quién sabe si en reivindicador de las libertades públicas. Al haber tenido su justiciero cada mandón hispanoamericano, no habríamos visto desfilar en nuestra historia la repugnante serie de soldadotes o soldadillos, más o menos burdos y más o menos bárbaros. El excesivo respeto a la vida de gobernantes criminales nos puede convertir en enemigos del pueblo.

Si se da muerte a un perro hidrófobo y a un felino escapado de su jaula, ¿por qué no suprimir al tirano tan amenazador y terrible como el felino y el perro? Ser hombre no consiste en llevar figura humana, sino en abrigar sentimientos de conmiseración y justicia. Hombre con instintos de gorila no es hombre sino gorila. Al matarle no se comete homicidio. Montalvo, ajeno a toda hipocresía, dijo con la mayor franqueza: «La vida de un tiranuelo ruin, sin antecedentes ni virtudes, la vida de uno que engulle carne humana por instinto, sin razón, y quizá sin conocimiento... no vale nada... se le puede matar como se mata un tigre, una culebra». Blanco-Fombona, después de constatar lo inútil de las revoluciones y guerras civiles en Venezuela, escribe con una sinceridad digna de todo encarecimiento: «¿Quiere decir que debemos cruzarnos de brazos ante los desbordamientos del despotismo o llorar como mujeres la infausta suerte? No. Quiere decir que debemos abandonar los viejos métodos, que debemos ser de nuestro tiempo, que debemos darnos cuenta de que la dinamita existe. El tiranicidio debe sustituir a la revolución... Que se concrete, que se personifique el castigo en los culpables. Esa es la equidad. Prender la guerra civil para derrocar a un dictador vale como pegar fuego a un palacio para matar un ratón.» (Judas Capitolino. Prólogo).

Y lo dicho en el orden político debe aplicarse al orden social. Hay monopolios tan abominables como las dictaduras pretorianas; viven pacíficos millonarios tan aleves y homicidas como el Zar y el Sultán. Los organizadores de los grandes *trusts* americanos, los reyes del petróleo, del maíz o del acero, no han causado menos víctimas ni hecho derramar menos lágrimas que un Nicolás II y un Abdul-Hamid. La Humanidad gime no sólo en las estepas de Rusia y en las montañas de Armenia. Existe algo peor que el knut del cosaco y el sable del bachi-buzuk. La pluma del negociante —esa ligerísima pluma que apenas se deja oír al correr por el libro de cuentas— sabe producir las resonancias del trueno y derribar murallas como las trompetas de Jericó.

Un patrón en su fábrica suele ser un reyezuelo con sus ministros, sus aduladores, sus espías, sus lacayos y sus favoritas. No gasta dinero en pretorianos ni gendarmes, que dispone de la fuerza pública para sofocar las huelgas y reducir a los rebeldes. Aunque no tenga ojos para ver el harapo de las mujeres ni oídos para escuchar el lamento de los niños, merece consideración, respeto y obediencia. Como el sacerdote y el soldado, representa uno de los puntales de la sociedad. Es persona sagrada, que al derecho divino de los reyes sucede el derecho divino de los patrones.

Se argüirá, tal vez, que el verdadero anarquista debe ceñirse a vulgarizar pacíficamente sus ideas, que tratar de imponerlas a una sociedad burguesa vale tanto como decretar el librepensamiento a una comunidad de monjes.

Verdad; no se trata de imponer convicciones sino de oponer hechos a hechos: la sociedad capitalista se reduce a un hecho basado en la fuerza, y por la fuerza tiene que ser derrumbada. El *creer* o *morir* de católicos y mahometanos se muda en el *dejar la presa o la vida*. Para escarmentar a un agresor no se necesita obligarle antes a reconocer lo injusto de la agresión. Y ¿qué se realiza en la sociedad sino una agresión latente de los poseedores contra los desposeídos?

La Humanidad no sacrifica el interés a la convicción sino en rarísimos casos. No basta que las ideas hayan arraigado en el cerebro para la consumación de un cambio radical. Los hombres suelen poseer dos convicciones: una para el fuero interno, otra para la vida exterior. Pascal mismo, el formidable enemigo de los jesuitas, habla como un Láinez o un Loyola cuando dice: «Il faut avoir une pensée de derrière, et juger de tout par là, en parlant cependant comme le peuple» (*Pensées*, XXIV-91). El mundo occidental pregona hoy su cristianismo; pero ¿cuántos viven cristianamente? Así la anarquía puede estar en los labios y hasta en los cerebros sin haberse convertido en norma de vida. Llegará el momento de apelar a la fuerza: los actos individuales y sangrientos se reducen a preludios de la gran lucha colectiva.

Mas apruébese o repruébese el acto violento, no se dejará de reconocer generosidad y heroísmo en los *propagandistas por el hecho*, en los vengadores que ofrendan su vida para castigar ultrajes y daños no sufridos por ellos. Hieren sin odio personal hacia la víctima, por sólo amor a la justicia, con la seguridad de morir en el patíbulo. Acaso yerran; y ¿qué importa? El mérito del sacrificio no estriba en la verdad de la convicción. Los que de buena fe siguieron un error, sacrificándose por la mentira de la patria o por la mentira de la religión, forman hoy la pléyade gloriosa de los héroes y los santos.

Los grandes vengadores de hoy, ¿no serán los cristos de mañana?

EN ESPAÑA*

Las autoridades españolas continúan valiéndose de medios inicuos y alevosos para sofocar toda manifestación libre de las ideas. Naturalmente, la policía no deja de actuar en las sombras y bajo cuerda, ejerciendo el múltiple oficio de espía, delator, juez, carcelero, torcionario, verdugo, etc.

Verdad que en la mayor parte de los Estados europeos, no incluyendo a la Francia librepensadora y jacobina, se procede *excepcionalmente*, es decir se recurre a la iniquidad, apenas se ve un recrudecimiento de la propaganda o se teme un estallido de la acción directa; pero verdad también que en España las iniquidades revisten caracteres más repugnantes y más odiosos que en ningún pueblo de la Tierra, salvo quizá Turquía y Rusia. ¿Que nación tiene un Montjuich?

Por eso han sido en España tan dolorosas y sangrientas las represalias ad-

* En la edición que seguimos este texto está sin fecha, pero debe de haber sido publicado inmediatamente después del suicidio de Mateo Morral, el 12 de junio de 1906 (C.M.R.).

virtiendo que, al hablar así, no queremos referirnos a la ejecución de monstruos como Cánovas del Castillo, sino a la muerte de personas inofensivas que recibieron cascos de bombas arrojadas contra verdaderos criminales sentenciados por la justicia universal.

Difícilmente nos formaríamos una idea cabal del envilecimiento y la degradación en que la monarquía española se revuelca feliz, orgullosa, tomando por montaña de oro el montón de basuras donde tiene elevado su trono. Después de sufrir por amo a un mequetrefe degenerado y pútrido como Alfonso XII y por regente o reina madre a una especie de gran tacaño con faldas y confitado en agua bendita, España cuenta hoy por rey a un nuevo Carlos II el Hechizado. Incapaz de todo lo que no sea perseguir mujeres, pescar truchas o cazar palomas, el inconsciente Alfonso XIII no hace más que agitarse maquinalmente, obedeciendo a las cuerdas manejadas por el segundo Cánovas, por el siete veces canalla de Maura.

Se comprende que en las entrañas de semejante reyezuelo no pueda caber cosa tan noble como la piedad y que ha de saber con indiferencia, si no con regocijo, los tormentos inferidos a los anarquistas. Sin ir muy lejos, ya le vemos insensible a las amarguras y padecimientos de Nackens. Por algo lleva la sangre de la mujer que no tuvo un solo rasgo de conmiseración para las víctimas de Montjuich.

¡Pobre Morral, nunca lamentaremos como se debe tu inmerecido fin ni la mala suerte de tu bomba!

EL CRIMEN DE CHICAGO

Enunció una verdadera profecía; tuvo una clara visión del porvenir, el hombre que desde el patíbulo decía en Chicago el 11 de noviembre de 1887: «Salve, oh días en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces, próximas a quedar ahogadas con la muerte!»

El *silencio* de ese hombre y de sus valerosos compañeros *habla* hoy con tan elocuentes palabras que en América y Europa remueven todos los corazones animados por sentimientos de conmiseración y justicia. Veinte años hace del ajusticiamiento, y lejos de habérsele olvidado en el transcurso de tan largo tiempo, cada día se le ha ido recordando con mayor piedad para las víctimas y con mayor odio contra sus verdugos. Ya puede considerarse su rememoración anual como un deber de todo revolucionario. Más que el 14 de julio, que el 20 de septiembre y que el 1° de mayo, el 11 de noviembre parece destinado a ser una fecha de recordación mundial: tiende a personificar el día de la gran revolución proletaria.

Esos hombres, injustamente sacrificados al miedo cerval de las clases dominadoras, no sólo forman hoy una cabeza de proceso para juzgar a los capitalistas del Illinois, sino constituyen una prueba irrefutable para condenar a los jueces norteamericanos. Fueron sentenciados a muerte; pero reconocidos inocentes cuando ya dormían en la paz de un cementerio. Habían sido

enredados y cogidos en un complot donde la policía maniobraba con su perfidia tradicional.

Algo parecido, aunque menos horroroso, acaeció después en Francia con el capitán Dreyfus: condenado por la Justicia militar, resultó inocente, a vuelta de sufrir una larga deportación en la Isla del Diablo.

Estos dos *errores judiciales* nos sirven de fecundísima enseñanza: vienen a decirnos que la Justicia militar vale como la Justicia civil, y que a todo presunto reo le aprovecha tanto caer en las garras de unos sargentones empenachados como ir a dar en las fauces de unos leguleyos *enfraquetados*. Esa justicia social, ese monstruo bicéfalo, no tiene más misión que defender al capital (es decir, al robo) y servir al Estado (es decir, a la fuerza); de ahí que no trepide en sacrificar al inocente, si el sacrificio contribuye a mantener el *orden social* o, lo que significa lo mismo, a consolidar un régimen donde tranquilamente se verifique la explotación del más hábil o más honrado por el más fuerte o más bribón. Justicia cobarde y servil en las cinco partes del mundo, humana y compasiva en ningún lugar de la Tierra, pues aquí mismo, en el Perú, la vemos absolver a los criminales adinerados o poderosos y condenar sin misericordia al negro, al indio desheredado y al desertor inconsciente. Es que bajo la casaca del militar como bajo el frac del abogado, el hombre convertido en juez de otros hombres, a más de conservar las preocupaciones de su casta y de su secta, adquiere con asombrosa rapidez la deformación profesional. Se diría que el aire respirado en un Consejo de guerra o en un Tribunal de Justicia poseyera la virtud de oscurecer los cerebros y marmolizar los corazones.

La deportación perpetua de un militar, infundadamente acusado de traición a la patria; la ejecución de algunos rebeldes, también infundadamente culpados de arrojar bombas: he aquí dos injusticias fecundas, que merecerían un aplauso, si los padecimientos y la vida de los hombres debieran tomarse como un medio para conseguir la propagación de las ideas. Injusticias tan enormes siguen sublevando la conciencia universal convirtiéndose en bandera de combate, sirviendo de pábulo al fuego revolucionario que arde en el corazón de las muchedumbres. Si Chicago dice: *¡Guerra al capital!*, la Isla del Diablo responde: *¡Guerra al militarismo!*

El capitán Alfredo Dreyfus ha sido y continúa siendo la causa inmediata de un efecto colosal: víctima del antisemitismo católico y militar, ha ocasionado el recrudecimiento del antimilitarismo internacional; más propiamente hablando, produce la eclosión ruidosa de un sentimiento que sordamente se incubaba en Francia —y con mayor motivo en París— desde los fusilamientos de la Comuna. El antimilitarismo, que tanto cunde en los intelectuales del mundo entero y que nos parece una flor nacida para no vivir sino en los grandes cerebros luminosos, germinaba en el pueblo desde 1871.

Hemos juzgado conveniente recordar al *reo* de París el día que rememoramos a los *reos* de Chicago: uno y otros deben figurar en la misma página del proceso iniciado a las instituciones sociales, porque ellos fueron devorados por esa Justicia inhumana y vengadora que servía de instrumento a la fuerza hipócrita del capital y a la fuerza bruta del soldado.

Militarismo y capitalismo, calamidades solidarias y tan estrechamente unidas que donde asoma la una, surge la otra, para sostenerse y perpetuar la dominación de la especie humana. ¿Quién más culpable y más digno de execración, el capitalista o el soldado? Quizá el soldado, que sin él, no durarían mucho jueces, sacerdotes, propietarios ni gobernantes. Mas, ya no parece eterno el reinado del soldadote: el monstruo de ferocidades atávicas, el mixto de cuervo y tigre lleva el plomo en las alas y el hierro en los ijares. Cayendo los puntales, ¿qué será de toda la fábrica? El edificio está más apolillado de lo que se piensa.

Imitando al moribundo que en el patíbulo de Chicago presagiaba el advenimiento de mejores días, saludemos a la Humanidad futura, a la Humanidad sin víctimas ni verdugos, a la Humanidad sin pobres ni ricos, a la Humanidad regenerada por el amor y la justicia.

LA POLICIA[1]

Taine, filósofo nada revolucionario ni anarquista, escribió: «Como en Francia abundan tanto los gendarmes y los guardias urbanos, nos inclinaríamos a tenerles por más incómodos que útiles. Cuando algunos transeúntes se agrupan en la calle a ver un perro con la pata rota, llega un hombre de mostachos y les dice: Señores, las agrupaciones están prohibidas; dispersaos.» (Philosophie de l'art). Y todos se dispersan en el acto, como cediendo a la impulsión de un resorte. Quien desee conocer un pueblo sumiso a las órdenes de las autoridades, no visite Rusia ni Turquía, sino el pueblo de la gran revolución, Francia. Los guillotinadores de reyes, los vencedores de la Europa coligada, tiemblan y callan a las intimaciones de un simple *sergo*: Viéndolo bien, les sobra razón, porque ¡ay del rebelde o sordo!, se le viene encima el *procés verbal* y con el *procés verbal* la multa o la cárcel. Nada decimos de *les passes à tabac* o carreras de baqueta; algo saben de ello Baudin, Jaurès y algunos otros diputados franceses. No en vano se ha nacido en «el más hermoso reino, después del cielo».

Según Georges Sand, si los agentes subalternos de la policía infunden odio al servir las pasiones políticas, suelen granjearse la admiración por su buen sentido y su equidad al ejercer las funciones propias de su institución. Cuando la policía —agrega Sand— deslinde sus atribuciones, confundidas hoy por las discordias humanas, cumplirá misión tan paternal en las severidades mismas, que los hombres blasonarán de pertenecer a ella (*La Filleule*). No aguardamos el advenimiento de la era en que los agentes de policía se hayan vuelto ángeles de la guarda ni en que las gentes se enorgullezcan de estar enroladas a la más odiosa de las instituciones sociales, a la basada en el espionaje, la delación, el soborno y la tortura, a la encargada de proveer cárceles, penitenciarías, galeras y patíbulos.

[1] Inédito (Nota del editor chileno).

Aunque, por efecto de una organización autónoma, la policía lograra constituir el cuarto poder del Estado, no dejaría de ceder al influjo de las pasiones políticas, como obedecen a menudo los Tribunales de Justicia. Difícilmente se concibe sociedad en que el individuo carezca de opiniones y vegete años tras años, ajeno a las luchas de los partidos, guardando su ecuanimidad en las tremendas conmociones sociales. ¿Acaso el egoísmo sirve de escudo invulnerable? El egoísta vive confiado, en las inmediaciones del torrente; pero, cuando menos lo piensa, el torrente desborda y le arrastra. Como donde respiran hombres actúan pasiones, se hace política en universidades, beneficencias, municipios, cuarteles y conventos; mientras haya Estado y gobiernos, se hará política en toda reunión de ciudadanos, aunque se junten con fines científicos, religiosos, artísticos, humanitarios, industriales, financieros o deportivos. Enfermedad no sólo hereditaria sino contagiosa, la política infecciona el organismo del hombre moderno.

¿Cómo soñar, entonces, en el advenimiento de una institución formada por hombres sin flaquezas humanas? Constituyendo la policía un arma tan poderosa como el ejército, siendo algunas veces el gendarme más útil que el soldado, no se concibe que el político deje de aprovechar de guardas y polizontes. Pero, desligados aun de la política, ceñidos a salvaguardar vidas y propiedades, los agentes de policía imitarán a los carabineros de Offenbach, llegarán siempre tarde. Si evitaran accidentes y crímenes, ejercerían una función humanitaria; pero, generalmente, cuidan de sólo perseguir al malhechor, cuando se estrellan en el inocente. Al asesinado, ¿qué le beneficia la captura ni el enjuiciamiento del asesino? A la mujer violada, ¿qué le remedia el castigo del violador? Vindicta pública, sanción moral, escarmiento... ¿son algo más que palabras?

II

Desde los primeros años, casi desde la cuna misma, el policíaco amarga y entristece la vida del hombre, que si antiguamente asustaban al niño con diablos, aparecidos y brujas, hoy le amenazan con el guardia de la esquina. Al pasar ante una escuela, muchos pueden regocijarse de haber escapado a la férula del magister, dómine o pedante; mas, ¿quién vive seguro de terminar el día sin habérselas con un polizonte? Este individuo posee la ubicuidad de la Providencia y la tenacidad de la mosca: no nos deja tranquilos ni a sol ni a sombra. Despiertos y en la calle, vemos a cada paso su estantígua; semidormidos y en nuestra habitación, oímos de hora en hora el silbar de su pito. Ignoramos si muertos y hundidos en el sepulcro, sentiremos el ir y venir de sus botas.

Si en las naciones bien organizadas la policía no merece mucho amor ni mucha simpatía, ¿cómo estimarla en sociedades caóticas y embrionarias? Aquí, en el Perú, desde el Ministro de Gobierno hasta el soplón (sin olvidar a prefectos, intendentes, comisarios, inspectores, guardias ni carceleros), todos valen lo mismo, todos esconden ponzoña de igual virulencia. No sirven para con-

servar el orden público sino para defender a los gobiernos abusivos; que los presidentes, en vez de entregar ciertos individuos a la justicia, les mandan a ejercer funciones en la policía. El exactor recibe una prefectura; el torcionario, una intendencia; el rufián, una comisaría, etcétera. Corporación tan bien seleccionada, persigue a los adversarios del gobierno, inventa conspiraciones, practica el chantaje, provoca motines, apalea escritores, arrasa imprentas, viola mujeres, tortura presos, hurta lo robado, asesina en los caminos al culpable y al inocente...

No merecen, pues, amor ni simpatía los miembros de semejante corporación, digna de llamarse maffia o camorra. Si poseyéramos el instinto lupal de los nacidos para gendarmes o guardias urbanos, exclamaríamos al saber que la bala de un huelguista o de un revolucionario había cogido a un prefecto: ¡Bendita bala! Mas no poseyendo tan depravados instintos, condenamos la efusión de sangre y nos satisfacemos con escenas menos trágicas. Así, cuando el señor Guignol empuña una tranca y deja como nuevo al comisario, nosotros aplaudimos y nos regocijamos al vernos en comunidad de sentimientos con los niños, las amas, las cocineras, los sirvientes, los obreros, en fin, toda la ingenua masa popular. Un ¡viva el señor Guignol! pugna por salir de nuestros labios. Así también, cuando un mozo de buenos puños menudea mojicones a un guardia, sentimos deseos de gritar, aunque no sepamos quién tenga la razón: ¡Duro al guardia!

El agente de policía, el funcionario conocido en Lima con el apodo de *cachaco*, representa el último eslabón de la *ominosa cadena* formada por Ministros de Gobierno, el prefecto, el subprefecto, el comisario, el inspector. Sin embargo, nadie más abusivo, más altanero ni más inexorable que el *cachaco*: hormiga con presunciones de elefante, rabo con orgullo de cabeza. Sigue por ley: bajeza ante el superior, altivez con el inferior. Todo humildad ante la gran dama y el gran señor, todo soberbia ante la tímida chola, el pobre negro y el infeliz chino. Nace del pueblo, vive en la intimidad con la muchedumbre, conoce las miserias de los desheredados, y se declara su enemigo implacable. ¡Con qué satisfacción enrojece su vara en la cabeza de un borracho inconsciente! ¡Con qué regocijo descarga su rifle contra el pecho de un huelguista inerme! ¡Con qué delicia palomea desde una torre al revolucionario vencido y fugitivo! Palpa el odio justo de las muchedumbres, y se venga.

No comprendemos cómo, habiendo tanta manera de ganar honradamente la vida, pueda un hombre afiliarse a la policía. ¿Qué decir del pobre indio motoso, plantado en una esquina y figurándose ejercer una función gloriosa y envidiable? Quisiéramos apercollarle, sacudirle y gritarle: si guardas un resto de pudor y dignidad, si no has perdido el último rezago de vergüenza, sé todo lo que en el mundo puede ser un hombre, todo, menos agente de policía. Dedícate al oficio más bajo y menos limpio: deshollina chimeneas, barre calles, recoge basuras, guarda cerdos, desatora albañales y conduce abrómicos, porque despidiendo malos olores, chorreando inmundicias, aparecerás menos hediondo y más limpio que instalado en una esquina, con tu vestido caqui, tu gorra blanca y tu vara de la ley.

LUISA MICHEL*

Si los hombres valen por lo que de sí mismos conceden a los demás, muy pocos de nuestros semejantes pueden valer tanto como *la virgen roja* o *la buena Luisa*: su existencia se resume en dos palabras: abnegación y sacrificio.

Casi octogenaria, recién salida de una penosa convalecencia, cuando había llegado la hora de reposar algo en la vida antes de ir a descansar eternamente en el sepulcro, realiza un esfuerzo supremo y sale a recorrer el sur de Francia en una jira de conferencias. Atacada por una grave enfermedad, como lo había sido en Tolón el año pasado, no resiste y muere en Marsella a principios de enero. «Se va —según Lucien Descaves— agotada, arruinada, exangüe, con la piel colada a los huesos, como un perro errante, habiendo dado más que cien millonarios empobrecidos a fuerza de liberalidades, habiendo dado toda su existencia a los desgraciados. Indiferente a sus propios y continuos infortunios, insensible a las privaciones, a la fatiga, al frío, a los ayunos, no devuelve a la tierra más que un esqueleto, demasiado tiempo ambulante para no tener en fin derecho al reposo».

Con ella se desvanece la manifestación más pura del espíritu revolucionario en el alma femenina: representaba en el movimiento social de Francia lo que Georges Sand en la novela, Madame Ackermann en la poesía, Rosa Bonheur en la pintura, Clémence Royer en la ciencia. Pascal se esfuma en un lejano claroscuro, sin fragilidades de sexo, tan consagrado a meditar en Dios que no se da tiempo de amar a las mujeres; Luisa Michel se diseña en una cercana reverberación de incendios, sin debilidades de mujer, tan henchida del amor a la Humanidad que en su corazón no deja sitio para la exclusiva ternura de un hombre. Ama las muchedumbres, o lo que da lo mismo, la desgracia, pues quien dice pueblo dice desgraciados. Sin hijos, no conociendo las vulgares y depresivas faenas de la maternidad, aparece a nuestros ojos con toda «la fría majestad de la mujer estéril».

Por la serenidad ante el peligro y la muerte, Luisa Michel nos recuerda a las mujeres romanas nacidas en el seno de las familias estoicas; por esa misma serenidad y el menosprecio de todos los bienes, sin excluir la propia dicha ni la salud, nos hace pensar en las mujeres de los primeros siglos cristianos. De las estoicas se distingue por el amor a todos los seres o la caridad en su interpretación más generosa; de las cristianas, por su desinterés en la práctica del bien, pues no considera los buenos actos como letras de cambio pagaderas en el otro mundo.

La estoica romana se revela ante el Consejo de guerra que la juzga por su complicidad en la Comuna de París. Encarándose a sus jueces (o verdugos) les fulmina estas palabras donde se siente revivir el orgullo y la grandeza de las almas antiguas: «Yo no quiero ser defendida, y acepto la responsabilidad de todos mis actos. Lo que yo reclamo de vosotros es el campo de Sartory donde mis hermanos han caído ya. Puesto que todo corazón que late

*Tampoco este texto aparece con fecha, pero debe corresponder a una inmediata al deceso de la famosa revolucionaria francesa, el día 10 de enero de 1905 (C.M.R.).

por la libertad, sólo tiene derecho a un poco de plomo, dadme mi parte. Si no sois unos cobardes, ¡matadme!»

La cristiana de los primeros siglos se descubre en cien historias muy conocidas y recordadas a menudo. Refiramos una sola. En un día de invierno, dos amigos la encuentran casi exánime, tiritando, irrisoriamente abrigada con una ropa viejísima y tan leve, que parecía buscada expresamente para viajar en la zona tórrida. Compadecidos ambos, la obligan a entrar en un almacén, le ruegan aceptar el obsequio de un vestido más propio de la estación. Después de mil evasivas, ella concluye por ceder, con una condición: que le permitan llevarse la ropa vieja. Naturalmente, los dos amigos no le oponen ninguna dificultad. Al día siguiente, Luisa Michel tirita bajo los mismos trapos viejos de la víspera: ha regalado la ropa nueva.

La que ama tanto (pues de su inmensa ternura no excluye ni a los animales), deja de amar a un solo ser, no se quiere a sí misma. Hubo santo que llegó a lastimarse de su cuerpo, a demandarle perdón por lo mucho que le había martirizado con las penitencias. Ignoramos si Luisa Michel, al verse *como hecha de raíces*, no sintió piedad de su miseria ni tuvo un arranque de ira contra sus enemigos y sus perseguidores.

Porque esta mujer había sido befada, escarnecida, encarcelada, deportada a Nueva Caledonia y herida por un hombre, quizá por uno de aquellos mismos desheredados que ella amaba y defendía. Sin embargo, no pierde la fe ni la esperanza y sigue luchando por esa muchedumbre que en Versalles, al distinguirla entre un pelotón de soldados, la escarnece, le tira lodo, la escupe y la amenaza de muerte.

En resumen, Luisa Michel nos ofrece el tipo de la mujer batalladora y revolucionaria, sobrepuesta a los instintos del sexo y a las supersticiones de la religión. Practicando el generoso precepto de *vivir para los demás*, no es una *supermujer* a lo Niezstzche, sino la *mujer fuerte*, conforme a la Biblia de la Humanidad. La llamaríamos una especie de San Juan de la Cruz femenino, una cristiana sin Cristo.

LAS DOS PATRIAS

Liebknecht dijo: «En el mundo no hay sino dos patrias: la de los ricos y la de los pobres.» Se puede afirmar, también, que en toda nación, sea cual fuere su grado de cultura y su forma de gobierno, sólo existen dos clases sociales bien definidas: la de los poseedores y la de los desposeídos. Como el dinero suele separar a los hombres más que la raza, no se carece de razón al asegurar que el *pobre es el negro de Europa.*

Esa gran división de clases no dejamos de palparla en nuestra América republicana, donde las familias acaudaladas van constituyendo una aristocracia más insolente y más odiosa que la nobleza de los Estados monárquicos: a fuer de advenedizos, nuestros falsos aristócratas llevan a tal grado la presunción y el orgullo que sobrepasan al señor de horca y cuchillo.

Descendientes (por línea torcida) de aquellos españoles que sufrían el mal

del oro, nuestros hidalgos de llave maestra y ganzúa no tienen más que un solo deseo: juntar dinero. De ahí que habiendo monopolizado el ejercicio de la autoridad, nos hayan dado unas repúblicas de malversaciones y gatuperios, cuando no de oprobios y sangre.

Pero en ninguna de las antiguas colonias españolas resalta más que en Chile esa división de la sociedad en ricos y pobres: en ninguna parte el hombre de levita ve con más desprecio ni trata con mayor inhumanidad al hombre de blusa o de poncho; en pocas es más dura la dominación. Recurrimos al testimonio de los chilenos. En *La Razón* de Chañaral, número 8, leemos lo siguiente:

«Hemos conocido en Chile, principalmente en los puertos de mar, *familias aristocráticas* que nacen de tinterillos, abogados, curanderos despacheros, carpinteros, hojalateros, sastres, cigarreros, zapateros, albañiles, lavanderas y cocineras. Nada tiene de particular que cada cual tenga un oficio; *hacemos hincapié en estas últimas proposiciones para buscar pronto el* origen de la *clase media*, la cual es más enemiga de los obreros.

«Deducimos que la cuna de la burguesía aristocrática laica y la de la clerical se confecciona en los talleres, en las chicherías y en las pocilgas de lavanderas y cocineras.

«La clase media de Chile es el producto, pues, de la plebe, la cual tan pronto se educa, toma las maneras cómicas de los aristócratas, aprende como los monos a vestirse regularmente, embriagándose en los humos de la soberbia, del orgullo y de la vanidad y olvidando que sus padres vendían aguachucho por cangalla mineral; vendían percalas por varas, azúcar por cinco, vino falsificado por litros, velas de sebo por ficha y aun habían sido prestamistas, ladrones al tanto por ciento».

Por lo transcrito de *La Razón* vemos que en Chile sucede lo mismo que en el Perú: las dos aristocracias de «nuevo cuño —la del Mapocho y la del Rímac— se igualan en el olvido de su origen y en el poco amor a la clase de donde provienen. Así, Vicuña Mackenna, que fue un mestizo de anglosajón y araucano, llegó a decir que el *roto* chileno lleva en su sangre el instinto del robo y del asesinato».

Si el tal Vicuña Mackenna* resucitara, se vería muy vacilante para contestar a más de una pregunta. ¿Qué instintos guarda en la sangre la seudoaristocracia chilena? ¿Son rotos los que se roban el tesoro fiscal y empujan a la *nación hacia un cataclismo financiero? ¿Eran rotos los que fraguaron la Gue*rra del Pacífico y desencadenaron sobre el vecino una asoladora invasión de bárbaros? Verdad, el *roto* hecho soldado se mostró en el Perú tan feroz como el genízaro en Armenia y el cosaco en la China; pero a la cabeza del soldado venía el jefe para excitarle, alcoholizarle y lanzarle al robo, al incendio, a la violación, al asesinato. Y el jefe no hacía la guerra por voluntad propia: obedecía la orden dictada por la clase dominadora.

Esta ferocidad del *poseedor* chileno la acabamos de ver confirmada en la huelga de Iquique**. Ahí se ha manifestado por milésima vez que si las leyes

*Se refiere al historiador liberal Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886). (C.M.R.).

**Este ensayo, que tampoco tiene fecha en la edición chilena, debe haber aparecido a principios de 1908, cuando era muy reciente la masacre de Iquique del 13/12/1907 (C.M.R.).

valen algo para solucionar las cuestiones de los privilegiados entre sí, no sirven de nada para zanjar las dificultades surgidas entre pobres y ricos, o proletarios y capitalistas; en ese caso, no se admite más ley, más juez ni más árbitro que la fuerza.

No insistiremos en referir la estúpida y cobarde matanza de los peones salitreros (¿quién ignora los sangrientos episodios?) y nos ceñiremos a consignar un hecho muy significativo, pues viene a revelar el estado de alma que se inicia en los trabajadores. En algunas de las salitreras, a raíz de la horrorosa carnicería, los trabajadores chilenos pisotearon, escupieron y quemaron la bandera de Chile.

Así pues, las víctimas de los odios internacionales empiezan a no dejarse alucinar por la grosera farsa del patriotismo y a reconocer que *en el mundo no hay sino dos patrias, la de los ricos y la de los pobres.* Si de esta verdad se acordaran dos ejércitos *enemigos* en el instante de romper los fuegos, cambiarían la dirección de sus rifles: proclamarían que sus verdaderos *enemigos* no están al frente.

EL PRIMERO DE MAYO

En uno de los últimos congresos tenidos por los socialistas se resolvió que el 1° de mayo sería conmemorado como la *fiesta del trabajo.*

El acuerdo nos parecería muy acertado, si los congresantes hubieran tenido la precaución de señalar quiénes eran los llamados a celebrar con mayor regocijo esa magna fecha.

Según nuestro parecer, no son los obreros sino los patrones, no los proletarios sino los capitalistas, quienes deberían hacerlo. Porque, ¿en provecho de quién redunda el trabajo? No es, seguramente, del zapatero que anda semidescalzo, del sastre, que va poco menos que desnudo, ni del albañil que habita en chiribitiles sin aire y sin luz.

Los que lucen elegantes botines de *chevreau*, los que se arropan con magníficos sobretodos de lana, los que moran en verdaderos palacios donde retoza el aire puro y sonríe la luz vivificadora, ésos deben lanzarse hoy a plazas y calles para enaltecer las glorias y excelencias del trabajo.

En cuanto al obrero que empuña la bandera roja como blandiría la cruz alta de su parroquia y que entona un himno al 1° de mayo como salmodiaría el *miserere*, no nos infunde cólera ni desprecio: nos inspira lástima: es el pavo que se regocija en la Pascua.

El trabajo implica honra y causa orgullo legítimo cuando se ejecuta libremente y en beneficio propio; mas significa humillación y vergüenza cuando se practica en provecho de un extraño y en verdadera esclavitud. No vemos mucha diferencia entre el hombre que por un mísero jornal brega para seguir enriqueciendo al capitalista y entre el buey que por unas cuantas libras de heno suda y se derrenga para concluir de engordar al hacendado.

Felizmente, la Humanidad no se compone hoy de una muchedumbre humilde y resignada que de luz a luz se dobla sobre el terruño y sólo levanta

la cabeza para besar la mano de sus caporales. Un gran ejército de proletarios, esparcido en todo el mundo, comprende ya la ironía de conmemorar la *fiesta del trabajo* y ve en el 1° de mayo el día simbólico en que los oprimidos y los explotados se juntan para contarse, unificar sus aspiraciones y prepararse a la acción demoledora y definitiva.

El obrero consciente celebra hoy la fiesta de la Revolución.

FERMIN SALVOCHEA*

Este conocido anarquista español ha muerto en Cádiz el 28 de septiembre. Había nacido en esa misma ciudad el 1° de marzo de 1842. Un ataque de parálisis, cinco días de enfermedad y la muerte.

La vida de Salvochea se reduce a una continua lucha, primero como republicano para derribar la monarquía de Isabel II, después como anarquista para echar por tierra el edificio de todas las iniquidades sociales. El, lejos de cristalizarse en el molde estrecho del reformador meramente político, evolucionó en campo libre, llegando a convertirse en ardiente propagador de las ideas anárquicas.

Humano como Luisa Michel, sincero como Pi y Margall, nunca poseyó bien que no fuera de los necesitados ni concibió pensamiento que no expresara sin ambigüedades y sin reticencias, viviendo en contradicción abierta con la España santurrona e hipócrita donde había nacido.

Dado el hombre, se comprenderá fácilmente que no ha podido hundirse en la tumba sin llevar en sus carnes las cicatrices labradas por la Justicia española, tal vez la más inicua y más despreciable de todas las justicias humanas. Condenado por no sabemos qué, a perpetua reclusión en un presidio africano, sólo permaneció siete años en el Peñón de la Gomera, pues logró evadirse, favorecido por unos traficantes moros. Otros seis años de cárcel sufrió en Valladolid y Burgos, no habiendo cumplido los doce de la sentencia, merced al indulto de 1899.

Propagandista, más en los actos que en las palabras, no dejó por eso de manejar la pluma. Colaboró asiduamente en muchos periódicos —de modo brillante en la *Revista Blanca*— y tradujo del francés o del inglés varias obras, entre las que citaremos las *Memorias* de Luisa Michell y *Campos, fábricas y talleres* de Kropotkin.

Amalia Carvia dice en *Las Dominicales* de Madrid al hablar de Salvochea, poniéndole frente al célebre autor de *Ana Karenina*:

«Tolstoi, con toda su alma de regenerador, no puede compararse con Fermín. Tolstoi vivió la vida del hombre; disfrutó de todos los placeres de la existencia; se recreó en los goces de la familia, y cuando tomó sobre sus hombros la cruz del redentor, fue cuando había agotado las dichas que el mundo ofrece.

*El famoso anarquista gaditano había muerto el 18 de septiembre de 1907 (C.M.R.).

«En cambio, Salvochea no vivió desde niño más que para la piedad humana; los juegos de su infancia, los amores de su juventud, las alegrías de la edad viril, no fueron más que un constante trabajo de redención; sus sufrimientos han sido infinitos, tan grandes como su amor por la humanidad.

«El apostolado de Salvochea no fue inspirado por los desengaños de la vida, por la vista de la injusticías sociales, por la lectura de libros revolucionarios, no, ese apostolado fue inspirado por los besos maternales...»

Si el fragmento de Amalia Carvia nos pinta a Salvochea en el curso de la vida, la siguiente anécdota nos le retrata en la hora del *gran viaje*, cuando las máscaras se desprenden de los semblantes y dejan ver a los hombres en toda su belleza o en toda su deformidad. La víspera del fallecimiento hablaba con su madre y algunos amigos; la vida, el más allá, la religión, el porvenir de la Humanidad, la anarquía, etc., eran los temas de la conversación, que nos recuerda el último diálogo de Sócrates con sus discípulos. Alguien —quizá la excelente señora que le habia dado el ser— mencionó a Jesús, encareciendo su bondad, su amor al prójimo y recordando la resurrección de Lázaro. Salvochea fijó los ojos en su madre y dijo con la mayor serenidad:

—De ser cierto ese milagro, él te prueba que Jesús no era bueno... Sí, no era bueno, porque debió haber resucitado a todos los muertos del pueblo.

1908

EL INDIVIDUO[1]

La Roma clásica nos legó al Dios-Estado: la Roma medioeval nos impuso a la Diosa-Iglesia. Contra esos dos mitos combate hoy el revolucionario en las naciones católicas. Quiere derrumbar a la Iglesia (bamboleante ya con los golpes de la Reforma, de la Enciclopedia y de la Revolución Francesa) para levantar en sus ruinas el monumento de la Ciencia. Quiere destronar al Estado (sacudido ya por los embates de la propaganda anarquista) para restablecer la sola autonomía del individuo. En resumen: el revolucionario moderno pretende emancipar el hombre de todo poder humano y divino, sin figurarse con algunos librepensadores que basta someter lo religioso a lo civil o desarraigar del pueblo la religión para alcanzar la suma posible de libertades. Concediendo al Estado lo roído a la Iglesia, disminuímos la tiranía celeste para aumentar la profana, escapamos al fanatismo del sacerdote para caer en la superstición del político, dejamos a la Diosa-Iglesia para idolatrar al Dios-Estado.

A fuerza de mencionar las ideas absolutas, algunos teólogos de la Edad Media concluyeron por creerlas tan realidad como los seres y las cosas tangibles; a fuerza de elucubrar sobre el Estado, los políticos de hoy acaban por reconocerle una personalidad más efectiva que la del individuo. El estadista moderno reproduce al realista medioeval, puede habérselas con Duns Scot. No habiendo más realidad que el individuo, el Estado se reduce a una simple

[1] Inédito (Nota del editor chileno).

abstracción, a un concepto metafísico: sin embargo, esa abstracción, ese concepto encarnando en algunos hombres, se apodera de nosotros desde la cuna, dispone de nuestra vida, y sólo deja de oprimirnos y explotarnos al vernos convertidos en cosa improductiva, en cadáver. Con su triple organización de caserna, oficina y convento, es nuestro mayor enemigo. El sabio repite: «La especie es nada; el individuo es todo». El político responde: «El Estado es todo; el individuo es nada».

La consecuencia de este principio, concepción de la Humanidad como un gran ser, como un organismo viviente donde los individuos hacen el papel de órganos y hasta de simples células puede originar conclusiones monstruosas. Si hay individuos-cerebro e individuos-corazón, ¿por qué no habrá individuos-cabellos e individuos-uñas? Se establecería la división del cuerpo social en partes nobles y partes viles: unas dignas de conservación por necesarias, otras suceptibles de eliminarse por no afectar la vida del gran ser. Los hombres no formamos células inconscientes ni órganos sometidos a la impulsión de un alma central y colectiva: somos organismos descentralizados, con vida propia y voluntad autónoma. Verdad, no podemos existir fuera de la sociedad; estamos organizados para vivir en ella; pero verdad, también, que en medio de los hombres podemos gozar de un aislamiento relativo y ejercer el derecho de segregación.

Sobre todos los poderes y todas las jerarquías, se levanta el individuo, con derecho a desenvolver íntegramente su persona, rechazando el yugo de los fuertes y la superstición de los ignorantes. No tiene por qué someterse a la imposición de las mayorías parlamentarias o populares ni esclavizarse a la servidumbre de una patria. Es dueño absoluto de su yo. «Hay —dice Alfredo Calderón— una propiedad, primaria, espontánea, eterna, que lleva en sí su propia legitimidad, que no necesita para subsistir del reconocimiento social, que nace de las entrañas de la naturaleza humana: la propiedad que cada hombre tiene sobre sí mismo, su cuerpo y su espíritu, sus sentidos y sus potencias, sus manos, sus pies, sus ojos, sus miembros, sus pensamientos y sus afectos» (*Palabras*).

«No —escribe Pompeyo Gener—; esta vida que tenemos no se la debemos a nadie, podemos emplearla como mejor nos plazca. Todo en mí, el pensar, el sentir, el querer, mis energías, mis actos, mis esfuerzos todos me pertenecen, no se los debo a nadie, ni a ninguna personificación, ni a ningún fantasma, o concepción impuesta, llámese Virtud, Deber o Superhombre... No quiero ni que me levanten ni que me obliguen a levantarme: quiero levantarme yo mismo; y si me faltan fuerzas, en el momento en que me falten ya pediré yo ayuda» (*Inducciones*).

Yves Guyot condensa en una línea las frases de Gener y Calderón: «Chaque être humain est propiétaire de sa personne».*

No somos, pues, de hombre alguno ni colectividad, en una palabra, de nadie, sino de nosotros mismos o de los seres que amamos y a quienes nos di-

* «Cada ser humano es propietario de su persona», que existe en castellano bajo la fórmula antigua «cada uno es soberano de sí mismo». (C.M.R.).

mos por voluntad propia. Si altruistas, vivimos para los demás y hasta nos sacrificamos por ellos; si egoístas, vivimos idolatrándonos y haciendo de nuestro yo el punto central del Universo.

Mas, ¿de qué sirve al individuo poseer en teoría su yo, si carece de medios para mantenerle y perfeccionarle? Al crearnos, la Naturaleza nos impone la obligación de vivir. Tenemos derecho a respirar, no vegetando pobre y lastimosamente, sino realizando la vida más intensa y más extensa. Quien no posee lo necesario ni puede adquirirlo con su trabajo, debe apropiarse lo sobrante o lo superfluo de los privilegiados. Todos bien o todos mal: si los productos de la Tierra bastan al regalo de la Humanidad, que todos se regalen; si no, que todos sufran privaciones. Nadie se locuplete ni goce de confort, mientras algunos padecen hambre y desamparo. Al aceptar resignadamente la miseria, al no combatir para obtener un lugar en el festín, el individuo menoscaba su dignidad de hombre y pierde su derecho a lamentarse. ¿No son pocos los detentadores? ¿No son muchos los detentados? ¿Por qué, teniendo la razón y la fuerza, no se conquista la posesión de la Tierra? Porque la Humanidad se compone de plebe innumerable y de aristocracia reducidísima: plebe, los sumisos y resignados; aristocracia, los insumisos y rebeldes.

Proclamar el individualismo bien entendido no equivale a preconizar el renacimiento de la barbarie. El hombre emancipado no venera credos y respeta códigos, mas profesa una moral: proceder conforme a sus ideas sobre el Universo y la vida. Nadie tiene derecho de argüirnos con lo ineludible de ciertos deberes: al imperativo categórico de Kant podemos responder con otro imperativo diametralmente opuesto. Como el hombre muda con el tiempo y el grado de ilustración, no puede haber una moral inmutable ni para el individuo mismo: a cada época de la vida le cumple su norma de moralidad. De la naturaleza no alcanzamos a inferir obligaciones morales sino a constatar hechos y deducir leyes: prima la fuerza, sucumben los débiles. La protección recíproca entre algunos animales de la misma especie no constituye una ley universal o cósmica. La justicia y la compasión parecen exclusivas al hombre, más exactamente dicho, a ciertos hombres en el estado social.

No hacemos la apología de la especie humana. En el corazón del civilizado se oculta siempre un salvaje, más o menos adormecido: el más apacible no desmiente la selva donde sus abuelos se devoraron unos a otros. Mas ¿la Humanidad no puede existir sin beber sangre? ¿El Estado subsistirá siempre como freno y castigo? ¿Eternamente reinarán el juez, el carcelero, el policía y el verdugo? Con excepción de algunos refractarios, perversos por naturaleza y más enfermos que delincuentes, la especie humana es educable y corregible. Si abunda el atavismo del mal, no puede afirmarse que falta el del bien. Nuestros millares de ascendentes ¿no encierran ninguno bueno? Dada la perfectibilidad humana, cabe en lo posible la existencia de una sociedad basada en la Anarquía, sin más soberano que el individuo. Media más distancia del salvaje prehistórico al hombre moderno que del hombre moderno al *individuo* de la futura sociedad anárquica.

El Estado con sus leyes penales, la Iglesia con sus amenazas póstumas, no corrigen ni moralizan; la Moral no se alberga en biblias ni códigos, sino en

nosotros mismos: hay que sacarla del hombre. El amor a nuestro yo, la repugnancia a padecer y morir, nos infunden el respeto a la vida ajena y el ahorro del dolor, no sólo en el hombre sino en los animales. Por un egoísmo reflejo, el negativo precepto cristiano de «No hacer a otro lo que no quisiéramos que nos hiciera a nosotros», se sublima en el positivo consejo humano de «Hacer el bien a todos los seres sin aguardar recompensa».

LA COMUNA DE PARIS*

Si hay algo que puede hacernos poner en duda la infalibilidad de los fallos históricos es seguramente la rápida modificación de los juicios sobre la Comuna de París. Execrada ayer por casi todos los escritores burgueses como *una explosión de las malas pasiones o como la siniestra mascarada* de unos bandidos sedientos de sangre y pillaje, es considerada hoy por muchos escritores de esa misma casta como un prematuro ensayo de reivindicaciones sociales o como la insurrección violenta pero justa de hombres animados por ideales generosos. Raros dejan de condenar la implacable saña de los vencedores ni de horrorizarse ante el resultado de una desigual partida en que el ejército de Versalles sufrió unas quinientas bajas mientras los comunistas o confederados tuvieron más de treinta mil víctimas, incluyendo en ellas un considerable número de mujeres, de ancianos y aun de niños.

Hasta los políticos —que fueron y siguen siendo los mixtificadores del pueblo y los monopolizadores de los beneficios causados por las revoluciones—, hasta ellos recurren hoy a los distingos, *separan el bien del mal* y reconocen que la Comuna de París hizo la república de Francia. Reconocimiento irónico y romántico, pues no les induce a mostrarse más agradecidos ni más humanos con sus benefactores. El obrero sufre bajo el gobierno republicano de Fallières la misma servidumbre económica que sufría bajo el régimen imperial de Napoleón III. Hoy, como antes, el político es el aliado del patrón; hoy, como antes, el obrero en huelga tiene que ceder ante el arma del pretoriano. Si el comunista de 1871 hizo la República, los republicanos no le hicieron más libre ni más feliz.

Examinando las cosas a la luz de la experiencia y con la perspectiva de la distancia, se ve, actualmente, de qué provino el fracaso y en dónde se hallan las raíces del mal. La Comuna incurrió en la gravísima falta de haber sido un movimiento político, más bien que una revolución social; y si no hubiera muerto ahogada en sangre, habría desaparecido tal vez en un golpe de Estado, como sucedió a la República del 48. Sus hombres, por más temibles y destructores que parecieran a los *vecinos honrados*, sentían hacia las instituciones sociales y hacia la propiedad un respeto verdaderamente burgués.

*Mientras todos los textos anteriores habían sido publicados en *Los Parias*, o eran inéditos, este apareció en *La Protesta* de Lima, probablemente en marzo de 1909. (C.M.R.).

No atreviéndose a provocar una crisis financiera de amplitudes colosales, se convirtieron en guardianes de la riqueza amontonada en los bancos, defendieron a ese *Capital* —inhumano y egoísta— que azuzaba y lanzaba contra ellos a la feroz soldadesca de Versalles.

En cuanto a los crímenes y horrores de la Comuna, ¿cuáles fueron, exceptuando el fusilamiento del arzobispo Darboy, del clérigo Deguerry y de unos cuantos frailes dominicos? El acto, no por muy censurable que sea, merece disculpa al tener presente que vino como represalia y fue ejecutado en las últimas horas de la lucha, cuando el despecho de la derrota inevitable y cercana enfurecía los corazones y les ahogaba todo sentimiento de humanidad. ¿Por qué horrorizarse con una decena de ejecuciones hechas por los comunistas y no con los millares de asesinatos cometidos por el ejército del orden? Será, probablemente, por la categoría de las víctimas, pensando que la vida de un obispo vale por la vida de diez mil proletarios. Nosotros no pensamos así; no sabemos por qué la sangre de un clérigo ha de ser más sagrada que la de un albañil. Vida por vida, nos parece más útil la del obrero que la del vendedor de misas y mascullador de latines.

Aunque muchos juzguen una exageración el repetirlo, afirmamos que si en algo pecó la Comuna, fue, seguramente, en la lenidad de sus medidas: amenazó mucho, agredió muy poco. Un testigo, nada favorable a ella, escribía a mediados de mayo, es decir, unos cuantos días antes de la toma de París: «Siete semanas hacía que la Comuna decretaba medidas terroristas y justo el mismo tiempo que esas medidas quedaban sin ejecución. Se comenzaba a creer, de su parte, en una especie de locura dulce, compatible con una sociabilidad relativa... Los solos condenados serios eran los pobres diablos que ella enviaba a las fortificaciones» (Ludovic Hans).

1909

PRIMERO DE MAYO[1]

Si los proletarios de América y Europa se congregaran hoy para únicamente celebrar la *fiesta del trabajo*, merecerían ser llamados ingenuos, infelices y hasta inconscientes, pues no harían más que sancionar su miseria y su esclavitud. Examinando bien los hechos, sin dejarnos alucinar por la fraseología de sociólogos oficiales y oficiosos, ¿qué diferencia hay entre el esclavo antiguo (que era la propiedad o la cosa del amo) y el trabajador moderno que sigue siendo el autómata o la máquina del patrón? Vemos una sola diferencia: en la Antigüedad el vencedor esclavizaba al vencido, francamente, proclamando el derecho de la fuerza, sosteniendo que unos habían nacido para mandar y otros para obedecer, mientras en las sociedades modernas el letrado y el capitalista explotan al ignorante y al obrero, hipócritamente, predicando la evangélica máxima del amor al prójimo, hablando de libertad, igualdad y fraternidad.

[1] 1909 (Nota del editor chileno).

El trabajo, tal como se halla organizado y tal como desearían conservarle los capitalistas, se reduce a la explotación de muchos por unos pocos, al sometimiento servil de la gran masa bajo la voluntad omnipotente de algunos privilegiados, a la eternización de un verdadero régimen de castas en que los de arriba gozan de luz y bienestar mientras los de abajo vegetan en la ignorancia y las privaciones. Ese trabajo manual (tan encarecido por los traficantes y los ociosos) no siempre dignifica y engrandece. Trabajar para recoger todo el fruto de su labor o hacerlo voluntariamente para transformar el Globo en una morada cómoda y salubre, concediéndose las horas necesarias al solaz, a la instrucción y al sueño, es digno del hombre; pero bregar y esquilmarse para que otros reporten los beneficios o hacerlo obligadamente para sólo dulcificar la vida de los amos, negándose el descanso indispensable, comiendo mal, durmiendo poco, vistiéndose de guiñapos y no conociendo más placeres que el trago de aguardiente y la procreación, es indigno del hombre.

No faltan desgraciados que merced a ese régimen degeneran al punto de transformarse en animales de tracción y de carga, con la circunstancia de tener menos descanso y menos pitanza que el asno y la mula. Pero ¡qué mula ni qué asno! Hombres hay convertidos en algo inferior a las acémilas, en verdaderos aparatos que sólo realizan actos puramente mecánicos. Han perdido todo lo humano y, primero que nada, el instinto de la rebelión. No les hablemos de reclamar sus derechos, de pedir lo suyo, de adquirir la dignidad de hombres: no entenderán nuestras palabras y se volverán contra nosotros para defender a su verdugo y a su Dios: el capitalista.

Felizmente la luz va penetrando en el cerebro de los proletarios y muchos comprenden ya que el 1° de mayo, para no ser una fiesta ridícula o pueril, debe significar algo más que la glorificación del trabajo. Se congregan hoy para recordar a los buenos luchadores que señalaron el camino y para reconocerse, estrechar las filas, cambiar ideas y acelerar el advenimiento del gran día rojo. Y decimos rojo, pues no incurriremos en la ingenuidad o simpleza de imaginarnos que la Humanidad ha de redimirse por un acuerdo amigable entre los ricos y los pobres, entre el patrón y el obrero, entre la soga del verdugo y el cuello del ahorcado. Toda iniquidad se funda en la fuerza, y todo derecho ha sido reivindicado con el palo, el hierro o el plomo. Lo demás es teoría, simple teoría.

LA FUERZA*

Cuando se dijo: *La fuerza está sobre el derecho*, los sentimentales de ambos mundos lanzaron un grito de horror, como si hubieran nacido en un planeta de rosas sin espinas, de animales sin garras y de hombres sin atavismos de fieras. Sin embargo, la célebre frase (atribuida sin razón a Bismarck) no sancionaba un principio, reconocía un hecho.

*Publicado en *La Idea Libre* (Lima, 4 de mayo de 1901) (C.M.R.).

Lo mismo ha sucedido últimamente con la afirmación de los chilenos: *La victoria es la suprema ley de las naciones.* Los sudamericanos, principalmente los hijos del Perú, nos hemos horripilado, hemos proferido clamores de indignación. Si la victoria no es la ley suprema de las naciones, si no concede ningún derecho, ¿qué da, entonces, a los pueblos? ¿Tendrá el victorioso la obligación de cubrir las gastos de guerra, indemnizar los daños y perjuicios, ceder una faja de su territorio y signar el tratado impuesto por el vencido? Desde que el hombre existe, el derecho figura como un lujo de los fuertes, la victoria como la ley suprema.

En el terreno de la realidad, no pasa todo como en el mundo de la imaginación y del sentimentalismo. Los hombres respiramos en una atmósfera de crímenes y abominaciones; y como nos figuramos vivir en una tierra de gloriosa beatitud, confundimos lo real con lo fantástico y queremos hallar en los individuos y en los pueblos lo que sólo existe en las células de nuestro cerebro. Felizmente, la experiencia diaria nos enseña que no basta un silogismo para detener un ataque alevoso, ni que dos beligerantes deponen las armas porque un mediador bien intencionado les predica las excelencias del arbitraje.

Nosotros mismos, las gemebundas y lacrimosas víctimas de hoy, ¿qué hablamos de justicia ni derechos, cuando muy bien nos convertiríamos mañana en los detentadores y verdugos de nuestros vecinos? No somos agresivos ni malos con el extranjero porque la debilidad nos reduce al papel de inofensivos y buenos. Los que en las guerras civiles incendiamos poblaciones y fusilamos prisioneros, los que fríamente flagelamos en los cuarteles y torturamos en las cárceles; los que nos mostramos hienas de nosotros mismos, ¿nos transformaremos en ovejas al mirarnos frente a frente de un pueblo enemigo? Un patriotismo de conveniencia y pacotilla no debe inducirnos a echar un velo sobre las páginas abominables de nuestra historia: si hay la perfidia y la iniquidad chilenas, hubo también la perfidia y la iniquidad peruanas, que no siempre fuimos generosos y leales con Bolivia ni el Ecuador.

Hablemos sin hipocresía ni fórmulas estereotipadas. ¿Por qué figurarse a los hombres más buenos de lo que generalmente son? ¿Por qué imaginarnos a las naciones más civilizadas de lo que en realidad se encuentran? Verdad, convergemos hacia una tierra de paz y misericordia; pero todavía no llegamos: en el viaje nos acometemos, nos herimos y nos devoramos. El hombre, individualmente, suele perfeccionarse hasta el grado de convertirse en una especie de semidiós; colectivamente, no ha pasado hasta hoy de un idiota o de una fiera. La elevación moral no parece un rasgo característico de la especie, sino más bien el don excepcional de unos cuantos individuos. No hubo pueblo-Sócrates ni nación-Aristóteles. En los momentos críticos, las naciones más civilizadas revelan alma de patán: sus más delicadas y graves cuestiones las dilucidan y las zanjan a puñetazos. En la fauna internacional, todas las manos cogen, todas las mandíbulas muerden, aunque la mano se llame Inglaterra, aunque la mandíbula se llame Francia.

No glorifiquemos la debilidad ni la flaqueza, siguiendo las tradiciones de una religión depresiva y envilecedora; por el contrario, volviendo a las bue-

nas épocas del paganismo, ensalcemos el desarrollo simultáneo de la fuerza intelectual y física, y veamos en el equilibrio de ambas el supremo ideal de la perfección. ¿De qué nos sirve la constitución de un Hércules, si poseemos la masa cerebral de un cretino? ¿Qué nos vale la inteligencia de un Platón, *si tenemos un organismo degenerado y enfermo?*

El débil maldiciendo la fuerza, nos hace pensar en el eunuco renegando de la virilidad. Si la fuerza consuma las iniquidades, sirve también para reivindicar los derechos. Todos los privilegios y todos los abusos se basan en la fuerza; con la fuerza tienen que ser destruidos. ¿Nos figuraremos que un banquero de la Cité se despojará de sus bienes, con sólo estimular la caridad cristiana? ¿Nos imaginaremos que un Zar de Rusia se humanizará, con sólo invocarle los sentimientos filantrópicos? Nada pidamos a la caridad ni a la filantropía; se hallan en bancarrota; esperémoslo todo de la justicia; pero no de la justicia armada con los simples argumentos del sociólogo, sino de la justicia encarnada en el brazo de las muchedumbres.

Lo repetimos: no basta la fuerza del brazo; y la máxima antigua de *alma sana en cuerpo sano*, debe traducirse hoy por *alma fuerte en cuerpo fuerte*. Porque fuerza no es únicamente el vapor que mueve la hélice del buque, el hacha que golpea en el tronco del árbol o la dinamita que pulveriza las rocas; *fuerza es el escrito razonable y honrado; fuerza, la palabra elocuente* y libre; fuerza, la acción desinteresada y generosa. El poder interior del hombre se realza con el prestigio de lo desconocido y misterioso: calculamos la potencia del músculo; pero ¿cómo medimos la fuerza de un cerebro? ¿Cómo podemos saber lo que realizará mañana un pensamiento arrojado a germinar hoy en el cráneo de las multitudes? ¡Cuántas veces la Humanidad se agita y marcha, inconscientemente, al empuje de una idea lanzada hace tres o cuatro mil años!

Como una muestra de la enorme desproporción entre la fuerza del alma y la fuerza del cuerpo, ahí están los obreros de ambos mundos, los siervos del feudalismo capitalista. Llevan el vigor en el músculo; pero como esconden la debilidad en el cerebro, sirven de eterno juguete a los avisados y astutos. En vez de unirse y apresurar la hora de las reivindicaciones sociales, se dividen, se destrozan y se prostituyen en las rastreras luchas de la política: no ejercen derechos de hombre, y rabian por gollerías de ciudadanos; carecen de pan, y *reclaman el sufragio; no comen, y votan. ¡Pobre rebaño que* se congratula y satisface con la facultad de elegir a sus trasquiladores!

No; los obreros no alcanzan a comprender que si practicaran la solidaridad de clase, si tuvieran un solo arranque de energía, si dieran unos cuantos golpes con la piqueta y el hacha, no tardaría mucho en venir por tierra el edificio de todos los abusos y de todas las iniquidades. Pero no se atreven: el miedo a lo que no debe temerse y el respeto a lo que no merece respetarse, les conserva eternamente inmóviles y sujetos. Más que un rebaño, las muchedumbres son gigantes encadenados con telarañas.

1901

NOSOTROS Y LOS OTROS*

Fabio Luz

COMO PRESENTACION

FUNDADA CON EL fin de incrementar el desarrollo del interés por la literatura social, que en Brasil en los últimos tiempos ha sido un tanto descuidada, *LA INNOVADORA* inicia con este folleto su primera serie de publicaciones.

NOSOTROS Y LOS OTROS... es un trabajo atractivo y actual, labor de un escritor ya consagrado por muchas obras de auténtico valor. El Dr. Fabio Luz, veterano militante libertario, brinda con este trabajo otro relevante servicio al movimiento revolucionario de este país, pues, al tratar un asunto de carácter internacional, le da un enfoque local al estudiarlo de acuerdo a las exigencias de nuestro ambiente, cosa que le hace aún más interesante.

Para su divulgación, *LA INNOVADORA* cuenta con la buena voluntad de todos los militantes. De la velocidad con que se distribuya este folleto depende la publicación de otras obras.

Trabajemos, pues, activamente.

CAMARADAS

No hace mucho tiempo que, en un periódico de Santos, hubo quien afirmaba que soy un parásito del Estado, en mi condicion de funcionario retirado, del mismo modo que en la prensa de Río un foliculario nos tachase a todos nosotros, los propagandistas de la revolución social, de *profiteurs* de la Anarquía. No replico ninguno de los epítetos, ni los tomo como insultantes. En virtud de un contrato bilateral con los industriales que explotan la mina —*el Estado*— y, en cumplimiento de las cláusulas contractuales, presté

*Seguimos la edición (en folleto) de la Biblioteca Social «A Innovadora», S. Paulo-Brasil, 1922. Como resulta de la portada, ese texto a su vez es la transcripción de la conferencia leída en el festival de «A Plebe», el 12 de agosto de 1922. (C.M.R.)
La versión corresponde a Carlos Rama y creemos es la primera que se hace al castellano. (A.J.C.).

lealmente los veinticinco años de servicio que me deberían garantizar el descanso. Como *profiteur* de la Anarquía vivo hoy entregado a gozar y aprovecharme de vuestra dulce y reconfortante convivencia, y en la esperanza de un mundo social mejor, de mayor justicia, de perfecta libertad, felicidad incomparable y paz inalterable.

No fue al parásito y al *profiteur* de la Anarquía a quien los compañeros de San Pablo dirigieron la invitación a esta palestra y con esto quedaría hecha mi rehabilitación, si yo, como anarquista que soy, tuviese que rendir cuentas a alguien de mis actos, de mis ideas y de mis intenciones.

A vosotros os debía esta explicación; a los detractores, no; pues no replico a los apodos con que me halagan, ni les presto atención, reconociéndoles sí, el derecho de defensa, pero no de las ideas, sino de la barriga que es lo que en ellos habla y grita, cebados en el engorde de la burguesía. No comprenden ellos que, con dignidad y sosiego, en una sociedad libertaria, la vida les pasaría suave, tendrían garantizada la subsistencia y asegurada la felicidad, teniendo cada uno conforme a sus necesidades. Están en un error lamentable, al igual que algunos obreros de alma burguesa, cuando suponen que la cuestión social es una cuestión laboral que interesa exclusivamente al trabajador manual y confunden la cuestión económica, que es básica, con la cuestión moral y de justicia social que está por encima de los intereses individuales.

Por esta incomprensión de nuestras intenciones revolucionarias, un notable poeta, redactor hoy en día de una importante revista literaria de Río, un día me dijo que no creía en la sinceridad de mis ideas anarquistas, porque si yo fuese sincero, ya hubiese abandonado todo el relativo confort del que gozo para irme a vivir pobremente, humildemente, en compañía de los miserables, compartiendo sus miserias, sus sufrimientos, su hambre y su desesperación. No pensó ni ponderó el poeta que es exactamente contra la miseria, el sufrimiento, el hambre, la desesperación de la mayoría de los Hombres, oprimidos por una minoría sin alma, que insurgen los buenos espíritus, los corazones bien formados, las almas sensibles, en que vibra la revuelta contra la injusticia social, que roba el producto al que lo produce y hace que el labrador no tenga el pan fabricado con su trigo, amarilleado con el sudor de su frente y que el tejedor sufra de frío por no poderse cubrir con la tela que tejió. No pensó el poeta que incorporarse a la miseria que aflige al proletariado, abdicando de un mínimo bienestar alcanzado, es aumentar el número de seres que sufren y entregar al adversario las armas que le tomamos prestadas, brindándole aún mayores posibilidades de combatirnos con ventaja.

Así piensa un hombre de letras y así piensan los que de la cuestión social tan solo tienen una vaga noción de desigualdad total, aunque creen *que así ha de ser y que siempre fue así, una irremediable fatalidad histórica*. Pensaba el hombre de letras que nosotros los anarquistas hacemos votos de pobreza, que somos franciscanos, entregados a la humildad, a la resignación, a la pobreza, y que para solidarizarse con el dolor humano y compartir con el proletariado la desesperación y la revuelta que causan las injusticias y abominaciones de los regímemes sociales vigentes, es preciso ser un andrajoso sin hogar y sin pan.

Muchos de vosotros, aquí presentes, tal vez también habéis pensado que aquel que tiene al menos aspecto burgués y parece vivir feliz, nada tiene que ver con la cuestión social y de reforma general del mundo sobre bases equitativas ¡Es un engaño! Todos sienten que la desorganización de la sociedad debe acabar, ya que no ofrece garantías a la felicidad, único objetivo de la vida y destino del Hombre. Si en vosotros predominan los apuros de índole económica, en el bando de vuestros adversarios es la cuestión moral la que les oprime, ya que agentes y ejecutores de todas las vejaciones y de todas las crueldades, la mala conciencia por los crímenes cometidos les quita el sueño en feroces clamores de protesta. Verdugo de sí mismo, el burgués atormentado por los gritos de su conciencia, procura atenuar los males que causó; busca purificarse con su Dios y con su Cielo, fundando asilos y hospitales, restituyendo en las denominadas *obras pías* una parte de los bienes sociales de los cuales se apoderó, como testimonio tardío y tácita confesión a medias, a través de la que se dilucidan posteriormente los sufrimientos de conciencia de esos explotadores de esclavos, iguales en todo a los que construyeron las pirámides, levantaron obeliscos, cavaron los canales de riego y edificaron las murallas en China.

El ansia de felicidad y amor, de justicia y paz, que nos transforma en mártires de un ideal, en abnegados servidores de una filosofía y una doctrina, posee tal fuerza de penetración que nuestros propios adversarios están de acuerdo con nosotros en condenar lo existente y solamente rechazan la solución que presentamos con el recelo de que aún de esa forma no encuentren la felicidad siempre buscada y siempre huída, como deslumbrador espejismo, inalcanzable para ellos, acumulen el oro que acumulen y acaparen las riquezas que acaparen. Sienten de forma terrible que una vez ejecutada la parte económica de su programa, no conseguirán la felicidad a la cual aspiraba. La riqueza individual no procura la felicidad: es la felicidad lo que todos nosotros buscamos, burgueses y proletarios, patrones y asalariados, reyes, emperadores, dictadores, jurisconsultos y pobres. Fallaron todos los planes burgueses en la conquista de la felicidad, al tiempo que un enorme éxito coronaba sus especulaciones monetarias, sus empresas económicas, sus villanías de usureros y sus transacciones de capitalistas. Es que, para conseguir uno de los fines, es preciso trabajar para el otro: la felicidad individual depende de la felicidad colectiva y ésta será el resultado de la igualdad económica. No puede haber felicidad individual cuando el dolor acuchilla a la mayoría de los Hombres, mientras el hambre sea la única porción que le toca a los proletarios y el frío y la miseria sean el futuro del trabajador.

La cuestión social tiene dos vertientes: la cuestión económica y la cuestión moral. Una depende de la otra. Nuestro combate a la sociedad actual se da en dos campos de batalla que atraen igualmente la atención de los propagandistas y también la vista del proletariado: la lucha por la vida, lucha contra la miseria humillante, contra el sistema salarial, y la lucha por la felicidad, por la libertad, por la igualdad económica y por la distribución equitativa de la riqueza social. En la lucha contra la sociedad vigente se registra esta duplicidad en las organizaciones obreras. Unas están meramente preocupadas

por la mejoría inmediata de su economía, por la suavización momentánea de sus sufrimientos, muy sujetas a prejuicios de clase, en constantes rivalidades, esterilizadoras, con la mira de la atenuación provisional de los sufrimientos físicos, amparándose del hambre, de las molestias y de la miseria: son los sindicatos profesionales, organizados para la lucha de clases, para defensa de sus afiliados, reformistas, contentos con los cebos y las concesiones patronales, con las leyes de accidente laboral, con los seguros sociales, con la jornada de ocho horas y con el salario mínimo; están agremiados en cooperativas y afiliados al sindicalismo católico de los Monseñores y Condes papales. Otros, encarando de frente, revolucionariamente las posibilidades de una mejor organización social, siempre en vías de renovación y de perfeccionamiento, sin señores, ni reyes, tampoco explotadores y explotados, sin leyes y sin dios. Basándose en la solidaridad, —más fuerte entre los que velan intereses comunes—, el sindicato será la base, probablemente, del régimen comunista libertario del futuro, regulado por el mutuo acuerdo entre productores y consumidores, que serán todos, indistintamente, productores aquí y consumidores acullá. La tendencia hacia un sistema mixto a la vez revolucionario y de defensa de clase, que se manifieste ahora y solamente es nuevo en parte, la tendencia de los sindicatos únicos, entendida como yo la entiendo, bien demuestra que la sociedad libertaria comunista tendrá mucho para aprovechar de estas tentativas. Hasta ahora los sindicatos se organizaban por oficios, lo que en el futuro será de indiscutible valor en la organización de la producción, y tenían la forma casi de las *gildas* de las ciudades libres de la Edad Media; eran asociaciones de clase con forma representativa, interviniendo en la administración de la ciudad.

Los sindicatos actuales revolucionarios, reformistas, o puramente de beneficencia surgieron de las antiguas resistencias y beneficencias. Los sindicatos revolucionarios agrupados por clase son escuelas de civismo, en el sentido que dio Laurence Taillade a este término; apuntan hacia una alta finalidad de remodelación social, que no está presente en las intenciones de los sindicatos profesionales puramente defensivos, presos a los intereses exclusivistas de clase, reformistas. El Sindicato único, del que tanto se habla, apenas es aceptable como método de lucha local, que los obreros de un mismo establecimiento industrial utilizan para defender al conjunto de los obreros de la empresa. Por ejemplo: en una fábrica de tejidos coexisten varios oficios, que se componen de carpinteros, maquinistas, electricistas, mecánicos de todo orden, tejedores, cardadoras, hilanderas, secciones anexas de construcción, empleados de oficina, cajeros, viajantes, despachantes, etcétera. Es un mundo obrero en miniatura. Cada obrero pertenece a su sindicato profesional: en un momento de huelga de los tejedores, no siendo *krumiros*, los maquinistas, cuyos intereses no están en juego, se retraerán, por no tratarse de su clase y la huelga fracasará. El sindicato único será una escuela de solidaridad general y educará para las huelgas generales. No se trata ya solamente de la solidaridad de la clase obrera sino de solidaridad de las clases obreras. El sindicato único, como yo lo entiendo, tiene fines muy restringidos, estrechamente reformistas, está a la vista, contentándose con los escasos resulta-

dos de las huelgas parciales y no ofreciendo el riesgo de caer en un centralismo absorbente, en cuyo seno se crían y empavesan dictadores. Os cité la tendencia de la organización de sindicatos únicos, como sociedades de resistencia y con la huelga como método de lucha, para demostraros precisamente la tendencia constante de la Anarquía hacia la renovación, hacia el progreso incesante, hacia la adopción de nuevos procesos de organización garantizadores de libertad y hacia el mejoramiento continuo. El anarquismo no decreta leyes, ni hace profecías; extrae lecciones de los acontecimientos y aprovecha las experiencias que puedan servir al progreso y a garantizar la felicidad. ¿Se corre el riesgo, con los sindicatos únicos así entendidos, de entrar en el dominio del centralismo? No lo creo, encarando el sindicato único como una organización de simple resistencia local, congregando a todos los obreros de una misma empresa industrial para favorecer los intereses individuales de los asalariados de la empresa. Como tendencia general de centralización repito, el sindicato único que tendría como consecuencia la formación de una escuela de dominación y de tiranía, que dictaría leyes y ordenanzas al proletariado así organizado en un único bloque centralizado y centralizador.

Mientras tanto todos esos intentos de formar gremios son conformistas; indican el camino progresivo que va siguiendo el proletariado para llegar a una sociedad de hermanos, de compañeros y amigos. Así, paulatinamente la solidaridad humana va abriendo sus largos brazos para abrazar a todas las clases en lucha y, dentro del conjunto de los obreros, dentro de las propias clases, se afirman los sentimientos de concordia y la voluntad de que se extingan las clases y la lucha deshumanizada entre ellas, como felizmente ya desaparecieron del Brasil el prejuicio racial y de castas. La cuestión social es una cuestión humana; no es una cuestión de clase obrera, es una cuestión de justicia y amor y no puramente una cuestión económica o laboral. La cuestión económica domina a todas las demás, es básica, porque de la distribución igualitaria y de la riqueza social depende el nivelamiento de las clases sociales, cuyos fundamentos están en la desigualdad económica. Solventado el problema económico estará resuelto el caso moral. Pero para estar convencido que solamente la Anarquía tendrá capacidad y fuerza para implantar un régimen social igualitario y justo, económica y moralmente, no es preciso ser obrero, proletario y víctima directa de la explotación de los patrones y de los acaparadores. Basta con tener ojos para ver, alma para sentir e inteligencia para comparar. ¿Acaso, por suerte, el sufrimiento ajeno no afecta hasta a los egoístas? Si la máscara humana es horrible, en las contorsiones del dolor, y el espasmo doloroso choca desagradablemente contra esa sensibilidad; si las heridas expuestas, las infecciones que causan las moscas y el aspecto cadavérico del tuberculoso nos afligen; si los humores de los cuerpos mal aseados nos ofenden; nosotros procuramos apartarlos todos, olvidarlos y, de ser posible, exterminarlos de una vez por todas para que no nos molesten.

El más condenable egoísmo humano se subleva contra los efectos y, con la mente clara, procurará suprimir sus causas. Todo coincide para condenar la organización social vigente, hasta sus mayores sustentadores la condenan. No siempre se dan cuenta los propios proletarios que ellos son víctimas

directas de los horrores de los ergástulos, de las miserias de los barrios obreros, de los vilipendios con que se les brinda el dinero. Muchas veces aquellos que viven fuera de los medios en que impera la miseria, son los que más chocados, impresionados, molestos y compungidos quedan ante el espectáculo de la degradación humana en esos focos de infección física y moral.

La protesta que parta del campo adversario, los adeptos que la Anarquía obtenga entre los medios burgueses, son de un gran valor a efectos propagandísticos; los que a ella se dedicasen aprovechando las armas usadas por los enemigos, conocedores de ambos campos en que se mueven los combatientes, prestarán relevantes servicios a la causa. Teniendo la subsistencia garantizada, mejor trabajarán. Si en un período normal de régimen anárquico, cualquiera intenta vivir parasitariamente a costa de los otros, sin colaborar al bienestar general, ese sujeto, digno de censura, será, *in límine*, repelido por la sociedad nueva, en la que el trabajo será un deleite y una necesidad. Pero en esa misma sociedad, en que todos tendrán conforme a sus necesidades y producirán de acuerdo a sus aptitudes, los viejos, aquellos que hayan sido buenos obreros de la felicidad común, aquellos que hayan desempeñado bien las funciones que los compañeros les confiaron, tendrán derecho natural a un reposo feliz y no serán un peso para la comunidad de la que fueron servidores. En la sociedad actual yo gozo de la recompensa por un trabajo hecho a conciencia en bien de la instrucción pública, y también como médico clínico que fui. No soy un parásito de nuestro enemigo feroz el Estado ni un aprovechador de la Anarquía que por ahora solamente nos puede dar las caricias de porra de la Policía, las delicias de la deportación y acogernos en la cárcel.

Os parecerá extraño lo que aquí os digo, en confrontación con los pensamientos expresados en artículos en los que aconsejé el repudio a las moderaciones excesivas para con nuestros adversarios naturales, los capitalistas, cuando se decía que, pudiendo ellos convertirse en futuros buenos compañeros de luchas y de ideal, debíamos tratarlos con fraternal cariño. Los enemigos deben ser tratados como enemigos, vuelvo a afirmarlo; pero los simpatizantes, los neófitos y todos aquellos que se rebelen contra el Estado, la Autoridad y el Capitalismo absorbente, deben ser recibidos con los brazos abiertos, como compañeros de luchas. Y nuestros mayores enemigos no son solamente los burgueses; son también los proletarios esquiroles, los obreros domesticados, humildes, serviciales, mastines y guardias apasionados de las riquezas adquiridas a costa de la sangre y de la vida de los trabajadores. El hijo del pueblo que se vende a los oropeles de los galones militares, los asalariados de la policía militar, los policías secretos y los espías que infectan las organizaciones obreras, delatores de sus hermanos, todos estos *Judas* son más perjudiciales a efectos de propaganda que el propio Capitalista, que en ellos deposita su confianza, durmiendo tranquilamente por las noches o degradándose en burdeles y lupanares.

Enemigos nuestros son los autoritarios, los dictadores, que quieren beneficiarnos con la libertad dada y otorgada por ellos, que son los poseedores y distribuidores de las gracias y los favores de ella. Esos deben ser siempre

tratados como enemigos. Nuestros aliados naturales son todos los rebeldes y todos los revolucionarios. Al lado de los revolucionarios, sean cuales fueren las intenciones de la revolución, debemos formar siempre, pues toda revolución es un paso hacia *LA REVOLUCION*, la gran Revolución. De todos los movimientos revolucionarios, mientras no sean revueltas de políticos a la caza del poder, de todas las revueltas que tengan como objetivo cualquier reforma y presenten esbozos de independencia y de protesta, hay siempre algún provecho que sacar, aunque tan sólo sea el de preparar al espíritu para futuras revoluciones. Por eso en el momento de la pugna, cuando más ardiente es el combate aparecen siempre vivas figuras de revolucionarios extremistas, formados con todos los demás en un *frente único*. Es lo que está sucediendo en Italia contra los *fascistas* y fue lo que ocurrió en la Rusia revolucionaria.

Siempre estamos con la revolución; ¡con las organizaciones gubernamentales y con los dominadores, nunca! Combatiendo a todas las autoridades y a sus gobiernos, eliminando el falso sentimiento de patriotismo, estamos con los que se rebelan, pues cada revolución significa una disminución de la autoridad y una burla al poder. Pero somos antimilitaristas y estamos en contra de las guerras, porque queremos eliminar las fronteras, queremos la República mundial y la confraternización de los pueblos, consiguientemente a la desaparición del artificial y agresivo sentimiento patriótico, hoy en día pura cuestión de mayor o menor tino económico. Así pues estamos hoy al lado de los Comunistas italianos, como estuvimos al lado de los revolucionarios rusos, hasta que se organizaron en Estado y Dictadura proletaria.

En un mañana, si venciese la revolución en Italia y si la organización se hiciese en el sentido de las doctrinas socialistas colectivistas del Estado, permaneceremos en nuestro puesto de combate y contra los traidores apuntaremos nuestras armas. Nuestra posición está bien determinada del lado opuesto de la opresión, de la dominación, de la violencia y del Estado, y de la Autoridad traiga el rótulo que traiga, escóndase como se esconda tras hipócritas ardides y en *camouflages* liberticidas.

Coherente con este modo de encarar nuestra actuación dentro de los movimientos subversivos es nuestra posición de intransigencia en los principios, a partir de que, acabada la lucha toma una orientación diferente y la oleada victoriosa sigue un camino divergente; seguí sin asombro la ruta que me indicaba la orientación de mi espíritu e inmediatamente elevé mi protesta contra el desvío de la revolución rusa en el sentido del Socialismo de Estado del colectivismo Marxista, y volví a la actividad propagandística, combatiendo al partido bolchevique con su supuesta dictadura del proletariado, combatiendo sus simiescos imitadores, doctrinarios y autoritarios que se intentaron organizar con la falsa denominación *Comunista*.

Comunistas siempre nos denominaremos nosotros los anarquistas, propagandistas del comunismo libertario que ellos pretenden confundir con el colectivismo socialista. Intentamos denunciar enseguida el propósito inconfesable y desleal de *confusionismo*,procurando esclarecer a los camaradas que se han dejado seducir con la posibilidad de un próximo dominio del proleta-

riado, que iría a crear una nueva servidumbre, más pesada que la actual dictadura burguesa. Abrimos la mano al título de *comunistas* para evitar confusiones y continuamos izando bien alto nuestro ideal libertario, sin intentar ocultarlo con eufemismos: —*¡¡somos Anarquistas!!*— Aún así no fue pequeña nuestra campaña para que dejasen de utilizar nuestro nombre y para que dejasen de llamarse propagandistas de la anarquía. Durante el período más agudo del *Confusionismo*, usaron el rótulo de anarquistas. Fue necesario protestar enérgicamente contra este *camouflage*, insidioso y cobarde, para que dejasen, de una vez, de desmoralizar a nuestra noble causa. De todos los males pueden algunos resultar beneficiosos. El surgimiento de la República del partido Bolchevique en Rusia, vino oportunamente a depurar la propaganda anarquista y a limpiarla de elementos nocivos y maculadores del ideal, liberándola de individuos que, tal vez inocentemente, se juzgaban libertarios y de otros que concientemente explotaban la popularidad para hacer carrera electoral. Los primeros quedaron deslumbrados al verificar que lo que ellos querían era nuestra servidumbre, habituados y *acomodados* como vivían con las otras dictaduras; ¡fue un hermoso descubrimiento que hicieron! Los segundos vislumbraron la realización de sus viejas aspiraciones. Se vieron pronto convertidos en comisarios del pueblo, diputados en los *soviets*, *Lenines* en miniatura, poderosos y autoritarios en la dictadura. Tal vez nunca oyeron hablar de las viejas divergencias entre Marx y Bakunin, de donde salieron las dos escuelas irreconciliables: El Socialismo y sus diversos matices y el Anarquismo.

Ya presentía yo esos síntomas de escisión en los tiempos de la *Voz del pueblo*, donde uno de los redactores me habló de la conveniencia de organizar un partido político que participase en las elecciones y tuviese representación en los parlamentos de la democracia burguesa, que nos disgusta, con el fin de ampliar la propaganda, convirtiéndola de algún modo en oficial, al ser reproducidos en el *Diario Oficial* los discursos pronunciados. Agregaba mi interlocutor que el combatir la soberanía popular manifestada por el voto libre era *un rasgo senil de Pedro Kropotkin*, que sólo impresionaba a espíritus aéreos; ...al tiempo que otros confesaban sinceramente que no comprendían una organización social sin gobierno, sin Estado, sin leyes y sin disciplina partidaria. Todos esos se fueron hacia el comunismo autoritario, donde siempre estuvieron potencialmente y del cual vivían alejados por no haber *investigado la paternidad de sus ideas*; sus mentalidades vivían *huérfanas de padre* y ahora encontraron la familia espiritual de la cual andaban desgajados.

Para justificar su decisión y sus inclinaciones autoritarias, su idolatría para con los dictadores y su pasión por la dictadura, para explicar su apoyo a la nueva forma de Estado, falsamente denominado proletario, forma gubernamental de un partido político, tan perniciosa como cualquier otra, sacaron el cebo del *Estado provisorio*, que se suicidará cuando juzgue oportuno morir, cuando entienda que estamos suficientemente educados para dejar de ser esclavos, para librarnos de las cárceles en donde pretenden enseñarnos a gozar de la libertad sin trabas.

¿Con el refuerzo de las prerrogativas, con el aumento del poder, con auto-

ridad discrecional —elementos de eternización de las tiranías— morirá el Estado?

No. Continuará siendo Estado, Autoridad y Violencia, eternamente funcionando como un impedimento a la libertad, a la felicidad, a la paz y a la fraternidad.

La Revolución Rusa fue un paso gigante en la senda del progreso de los nuevos ideales inspirada e impulsada por el adoctrinamiento y por el sacrificio de generaciones enteras de anarquistas, presidiarios, deportados, exiliados o catadores de las inhóspitas regiones heladas de Siberia, fantásticamente desoladoras.

Fue un marco brillantemente luminoso para el orgullo del espíritu humano, como también fue la Revolución Francesa. Como en la Revolución Francesa, retrocediendo al Consulado y al Imperio y estableciendo el régimen capitalista burgués, en la Revolución rusa, el partido bolchevique, una fracción de la social democracia, estableció su *Estado provisorio*, tan autoritario como los que más lo han sido en la Historia y tan opresor como cualquier otro. Una nueva, y tal vez más perversa forma de tiranía y de dominio absoluto se impuso a los pueblos. En nuestro redil había lobos con piel de cordero con las mismas tendencias sanguinarias y de autoridad. El Marxismo disciplinador y coercitivo, la democracia bolchevique, con sus violencias y su régimen férreo de obediencia pasiva y de anulación de la individualidad que queda absorbida por el interés de partido, los denunció. Desenmascarados esos falsos apóstoles del ideal de regeneración humana, repelidos de la convivencia con los verdaderos anarquistas, formaron una banda de adversarios y contradictores, que a cada momento nos acusan de contrarrevolucionarios y nos denominan pequeños burgueses por no querer formar en las huestes de los dictadores. Para nosotros tan peligrosos son los burgueses como los socialistas. ¿En qué se diferencian sus procedimientos gubernamentales? ¿En qué se diferencian sus represiones policiales? ¿En qué se diferencian sus organizaciones estatales, sus luchas electorales, sus especulaciones de financistas y su régimen de salario?

La diferencia radica solamente en que en el régimen capitalista burgués los patrones, explotadores y señores son muchos; en el régimen bolchevique, en el régimen de socialismo de Estado, el único señor, el único explotador y el único patrón es el Estado. ¿Qué ganó la libertad con esta nueva forma gubernamental y de opresión?

Dije que tan peligrosos son los burgueses como los socialistas y agrego que peor que todos los reaccionarios juntos son los nuevos cristianos, conversos a los credos bolcheviques, después de haber convivido con nosotros, de haberse enterado de nuestros procedimientos de lucha, después de ser perfectos conocedores de nuestras fallas, estando al día con las dificultades y con la psicología de cada uno de los combatientes. Saben por donde flaquean nuestras corazas, conocen el talón de Aquiles y nos atacan por los flancos desguarnecidos de nuestros reductos. Por esto es que hacia ellos se vuelve intensa y cerrada nuestra controversia, en que a veces es preciso echar mano de argu-

mentos personales, utilizando el conocimiento de sus aprestes, de sus flaquezas conocidas, de su patente desorientación y de su mala fe.

Lo que ellos dicen aspirar como fin, nosotros queremos que sea el principio de la revolución mundial: la abolición del Estado, que resume todo lo que combatimos, tanto en el orden moral como en el orden económico, autoridad, gobierno y propiedad, apoyados unos en otros por la violencia y la tiranía.

Ellos basan toda la vida del Planeta en las fuerzas del Estado, haciendo de él un Dios previsor y providencial, del cual todo depende y todo emana. El Estado es para ellos una religión y un bien. Para nosotros es el mayor mal, incompatible con la libertad, con la paz y con la alegría de vivir.

Con esta gente, con estos desertores de la buena causa, aumentó el número de nuestros adversarios ¡¡pero nosotros nos quedamos donde estábamos, en el campo de lucha, combatiendo impertérritamente por la victoria de la ANARQUIA!!

CONJETURAS PRACTICAS DE UNA ORGANIZACION SOCIAL ANARQUISTA*

José Oiticica

MUCHAS PERSONAS, después de un conocimiento superficial del anarquismo, al ver que nuestros escritores sostienen la destrucción del Estado, de las leyes, de los tribunales, del dinero, del comercio, de las fuerzas armadas, etc., nos toman por locos y preguntan cómo ha de ser posible para la humanidad vivir sin esos males necesarios.

He aquí por qué, después de los *Principios y fines del anarquismo* (ver los números 112 y 113 de *Acão Direta*), consideramos conveniente satisfacer la curiosidad de esos asustadizos, ofreciéndoles un esquema de la organización social en un régimen anárquico. Las conjeturas que siguen fueron escritas hace más de veinticinco años. Hoy, viendo funcionar las comunidades de Palestina (kibutzim), podemos afirmar ya el acierto de tales conjeturas.

Helas aquí:

1°. El territorio de cada país será dividido en zonas federadas; cada zona en municipios y cada municipio en comunas.

2°. La división por zonas y municipios obedecerá al criterio del universo geográfico, esto es, a la forma particular de cada uno respecto al género de industria que ha de explotar o a la distribución de las poblaciones.

3°. En cada comuna los trabajadores se reunirán en gremios, según sus oficios manuales o intelectuales.

4°. Cada gremio resolverá, en sus asambleas, todo cuanto se refiera a los servicios comunales de una especialidad.

5°. Para la coordinación y dirección de los servicios y la ejecución de las medidas tomadas en las asambleas existirán consejos comunales, municipales, federales y uno internacional.

6°. Cada gremio de la comuna escogerá un delegado al consejo comunal; cada consejo comunal, un delegado al consejo municipal; cada consejo muni-

*Publicado en *Ação Direta* - Río de Janeiro - Abril de 1957, y reproducido por Edgar Rodrigues, *Socialismo e sindicalismo no Brasil* - Río de Janeiro - 1969. pp. 314-318. Traducción del portugués por Angel J. Cappelletti. (A.J.C.).

cipal, un delegado al consejo federal y cada consejo federal, uno al consejo internacional.
7°. El consejo comunal velará por los intereses de la comuna, ejecutando las resoluciones de las asambleas, dirigiendo la producción, transporte y distribución de los productos, el servicio de estadística, la conservación de las obras realizadas y su mejoramiento, la enseñanza primaria, las artes, los embellecimientos, fiestas, simetrías, etc. El consejo comunal se reunirá diariamente y se renovará por turnos semanales o mensuales.
8°. El consejo municipal se ocupará de las relaciones entre las comunas, de la distribución de los productos propios o recibidos de afuera, de los pedidos o trueques de trabajadores, especializados o no, de los servicios internacionales etc. Se reunirá una vez por semana.
9°. El consejo federal se ocupará de las relaciones entre los municipios, de la enseñanza superior y profesional, de la formación de profesores, de los trabajos materiales importantes en la zona que le correspondiere, de la instalación de usinas, fábricas, laboratorios, observatorios, astilleros etc., pudiendo pedir los trabajadores necesarios, especializados o no, de acuerdo con los consejos municipales y las asambleas comunales. Tal consejo se reunirá, normalmente, una vez por mes y sus delegados se renovarán en turnos anuales.
10°. El consejo internacional se ocupará de las relaciones entre los países, del almacenaje y distribución de los productos, del pedido y trueque de trabajadores entre los países, de la navegación internacional, de los grandes trabajos de interés universal, materiales, intelectuales o artísticos etc. Ese consejo funcionará permanentemente, renovándose por turnos trienales.
11°. Los delegados no gozarán de ningún privilegio, ni serán dispensados de sus servicios profesionales sino cuando sus funciones de delegados les absorbieran todo el tiempo.
12°. Además de los consejos, habrá congresos municipales, federales e internacionales de gremios, donde los representantes de cada uno de ellos discutirán los asuntos especiales de cada servicio. Por ejemplo, el congreso de profesores, compuesto por un representante, profesor, de cada comuna del municipio en la federación o de cada federación en el congreso internacional, discutirá las cuestiones de educación y enseñanza.
13°. En esos congresos serán presentadas las invenciones, los procesos nuevos, los métodos que, expuestos por los autores y discutidos, serán enviados a las comisiones técnicas para estudio y experiencia, hasta la adopción o el rechazo final.
14°. La enseñanza superior y profesional será impartida en universidades constituidas en comunas, donde se instalarán laboratorios, usinas, hospitales, escuelas etc. modelos.
15°. Los profesores universitarios de cada especialidad se constituirán en comisión técnica para examinar nuevos inventos, procesos científicos, métodos de enseñanza, libros didácticos etc.
16°. Cada comuna tendrá servicio completo de asistencia médica y dental con su hospital propio.
17°. En los lugares apropiados serán fundados sanatorios especiales, modelos.

18°. Las horas de trabajo en cada comuna estarán reguladas por las necesidades de la producción y los servicios, quedando el horario a cargo del consejo comunal.
19°. Los trabajos serán distribuidos en cada servicio considerando la fuerza física y la capacidad de cada trabajador.
20°. Las tareas repugnantes o insalubres se realizarán por turnos entre los trabajadores sin excepción, preferentemente voluntarios.
21°. Los cargos de dirección técnica serán confiados a los más competentes a juicio de los propios trabajadores, pero no confieren ningún privilegio.
22°. Cada comuna adoptará su régimen doméstico, pudiéndose luego, por medio de congresos, adoptar un sistema único, el más práctico posible.
23°. La instalación de escuelas, fábricas, teatros, etc. obedecerá a los más rigurosos preceptos higiénicos.
24°. Las casas serán ocupadas por familias de acuerdo con el número de los componentes de éstas.
25°. La construcción de templos, si los hubiere, y la confección de utensilios de culto serán trabajo exclusivo de los creyentes, fuera de la actividad común de la producción. Será igualmente trabajo extraordinario la formación de los respectivos sacerdotes.
26°. La unión conyugal, enteramente libre, se hará por mero registro en la sede del consejo comunal, pudiendo cada pareja realizar las ceremonias religiosas que le vinieren en gana en las respectivas iglesias.
27°. Nadie podrá eximirse del trabajo productivo so pretexto de religión; no será admisible, por tanto, el sacerdocio profesional.
28°. Las federaciones han de ponerse de acuerdo para permitir, lo más que sea posible, los viajes por toda la tierra y la permanencia temporal de estudiantes en países diferentes para el aprendizaje práctico de las lenguas y el manejo de la lengua internacional. Esos viajes se costearán muy fácilmente con servicios de la propia profesión en las comunas donde se asentaren temporalmente.
29°. Los locos serán internados en quintas especiales, donde serán científicamente tratados mediante los procesos más suaves y recomendables.
30°. La represión de los crímenes (que necesariamente, sin el dinero, causa del 80% de los mismos, se reducirán a un mínimo insignificante) será de competencia exclusiva de la comuna donde acontezcan, la cual decidirá como bien le pareciere y las circunstancias lo dictaren.

PLAN DE AYALA Y OTROS TEXTOS*

Emiliano Zapata y otros

PLAN DE AYALA**

PLAN LIBERTADOR de los hijos del Estado de Morelos, afiliados al Ejército Insurgente que defiende el cumplimiento del Plan de San Luis, con las reformas que ha creído conveniente aumentar en beneficio de la Patria Mexicana.

Los que suscribimos, constituidos en Junta Revolucionaria para sostener y llevar a cabo las promesas que hizo al país la Revolución de 20 de noviembre de 1910, próximo pasado, declaramos solemnemente ante la faz del mundo civilizado que nos juzga y ante la Nación a que pertenecemos y amamos, los propósitos que hemos formulado para acabar con la tiranía que nos oprime y redimir a la Patria de las dictaduras que se nos imponen las cuales quedan determinadas en el siguiente Plan:

1°. Teniendo en consideración que el pueblo mexicano, acaudillado por don Francisco I. Madero, fue a derramar su sangre para reconquistar libertades y reivindicar derechos conculcados, y no para que un hombre se adueñara del poder, violando los sagrados principios que juró defender bajo el lema de «Sufragio Efectivo y No Reelección», ultrajando así la fe, la causa, la justicia y las libertades del pueblo; teniendo en consideración que ese hombre a que nos referimos es don Francisco I. Madero, el mismo que inició la precitada Revolución, el que impuso por norma gubernativa su voluntad e influencia al Gobierno Provisional del ex Presidente de la República licenciado Francisco L. de la Barra, causando con este hecho reiterados derramamientos de sangre y multiplicadas desgracias a la Patria de una manera solapada y ridícula, no teniendo otras miras, que satisfacer sus ambiciones personales, sus desmedidos instintos de tirano y su profundo desacato al cumplimiento de las leyes preexistentes emanadas del inmortal Código de 57, escrito con la sangre revolucionaria de Ayutla.

*Caso a caso se irá indicando la fuente original de que se toman los textos. Se proporcionan en orden cronológico. Firmados en primer término por Emiliano Zapata, pero de autoría colectiva (C.M.R.).

**Francisco Naranjo, *Diccionario biográfico revolucionario*, México, Cosmos, 1935, pp. 272-274 (C.M.R.)

Teniendo en cuenta que el llamado Jefe de la Revolución Libertadora de México don Francisco I. Madero, por falta de entereza y debilidad suma, no llevó a feliz término la Revolución que gloriosamente inició con el apoyo de Dios y del pueblo, puesto que dejó en pie la mayoría de los poderes gubernativos y elementos corrompidos de opresión del Gobierno dictatorial de Porfirio Díaz, que no son ni pueden ser en manera alguna la representación de la Soberanía Nacional, y que, por ser acérrimos adversarios nuestros y de los principios que hasta hoy defendemos, están provocando el malestar del país y abriendo nuevas heridas al seno de la Patria para darle a beber su propia sangre; teniendo también en cuenta que el supradicho señor don Francisco I. Madero, actual Presidente de la República, trata de eludirse del cumplimiento de las promesas que hizo a la Nación en el Plan de San Luis Potosí, siendo las precitadas promesas postergadas a los convenios de Ciudad Juárez; ya nulificando, persiguiendo, encarcelando o matando a los elementos revolucionarios que le ayudaron a que ocupara el alto puesto de Presidente de la República, por medio de las falsas promesas y numerosas intrigas a la Nación.

Teniendo en consideración que el tantas veces repetido Francisco I. Madero, ha tratado de acallar con la fuerza bruta de las bayonetas y de ahogar en sangre a los pueblos que le piden, solicitan o exigen el cumplimiento de las promesas de la Revolución, llamándoles bandidos y rebeldes, condenándolos a una guerra de exterminio, sin conceder ni otorgar ninguna de las garantías que prescribe la razón, la justicia y la ley; teniendo igualmente en consideración que el Presidente de la República Francisco I. Madero, ha hecho del Sufragio Efectivo una sangrienta burla al pueblo, ya imponiendo contra la voluntad del mismo pueblo, en la Vicepresidencia de la República, al licenciado José María Pino Suárez, o ya a los gobernadores de los Estados, designados por él, como el llamado general Ambrosio Figueroa, verdugo y tirano del pueblo de Morelos; ya entrando en contubernio escandaloso con el partido científico, hacendados-feudales y caciques opresores, enemigos de la Revolución proclamada por él, a fin de forjar nuevas cadenas y seguir el molde de una nueva dictadura más oprobiosa y más terrible que la de Porfirio Díaz; pues ha sido claro y patente que ha ultrajado la soberanía de los Estados, conculcando las leyes sin ningún respeto a vida ni intereses, como ha sucedido en el Estado de Morelos y otros conduciéndonos a la más horrorosa anarquía que registra la historia contemporánea.

Por estas consideraciones declaramos al susodicho Francisco I. Madero, inepto para realizar las promesas de la Revolución de que fue autor, por haber traicionado los principios con los cuales burló la voluntad del pueblo y pudo escalar el poder; incapaz para gobernar y por no tener ningún respeto a la ley y a la justicia de los pueblos, y traidor a la Patria, por estar a sangre y fuego humillando a los mexicanos que desean libertades, a fin de complacer a los científicos, hacendados y caciques que nos esclavizan y desde hoy comenzamos a continuar la Revolución principiada por él, hasta conseguir el derrocamiento de los poderes dictatoriales que existen.

2°. Se desconoce como Jefe de la Revolución al señor Francisco I. Madero

y como Presidente de la República por las razones que antes se expresan, procurándose el derrocamiento de este funcionario.

3°. Se reconoce como jefe de la Revolución Libertadora al C. general Pascual Orozco, segundo del caudillo don Francisco I. Madero, y en caso de que no acepte este delicado puesto, se reconocerá como jefe de la Revolución al C. general don Emiliano Zapata.

4°. La Junta Revolucionaria del Estado de Morelos manifiesta a la Nación, bajo formal protesta, que hace suyo el Plan de San Luis Potosí, con las adiciones que a continuación se expresan en beneficio de los pueblos oprimidos, y se hará defensora de los principios que defienden hasta vencer o morir.

5°. La Junta Revolucionaria del Estado de Morelos no admitirá transacciones ni componendas hasta no conseguir el derrocamiento de los elementos dictatoriales de Porfirio Díaz y de Francisco I. Madero, pues la Nación está cansada de hombres falsos y traidores que hacen promesas como libertadores y al llegar al poder, se olvidan de ellas y se constituyen en tiranos.

6°. Como parte adicional del plan que invocamos, hacemos constar: que los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la justicia venal, entrarán en posesión de esos bienes inmuebles desde luego, los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos, correspondientes a esas propiedades, de las cuales han sido despojados por mala fe de nuestros opresores, manteniendo a todo trance, con las armas en las manos, la mencionada posesión, y los usurpadores que se consideren con derecho a ellos lo deducirán ante los tribunales especiales que se establezcan al triunfo de la Revolución.

7°. En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan sin poder mejorar en nada su condición social ni poder dedicarse a la industria o a la agricultura, por estar monopolizadas en unas cuantas manos, las tierras, montes y aguas; por esta causa, se expropiarán, previa indemnización, de la tercera parte de esos monopolios, a los poderosos propietarios de ellos, a fin de que los pueblos y ciudadanos de México, obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura o de labor y se mejore en todo y para todo la falta de prosperidad y bienestar de los mexicanos.

8°. Los hacendados, científicos o caciques que se opongan directa o indirectamente al presente Plan, se nacionalizarán sus bienes y las dos terceras partes que a ellos correspondan, se destinarán para indemnizaciones de guerra, pensiones de viudas y huérfanos de las víctimas que sucumban en las luchas del presente Plan.

9°. Para ejecutar los procedimientos respecto a los bienes antes mencionados, se aplicarán las leyes de desamortización y nacionalización, según convenga, pues de norma y ejemplo pueden servir las puestas en vigor por el inmortal Juárez a los bienes eclesiásticos, que escarmentaron a los déspotas y conservadores que en todo tiempo han querido imponernos el yugo ignominioso de la opresión y el retroceso.

10°. Los jefes militares insurgentes de la República que se levantaron con las armas en las manos a la voz de don Francisco I. Madero, para defender

el Plan de San Luis Potosí y que se opongan con fuerza al presente Plan, se juzgarán traidores a la causa que defendieron y a la patria, puesto que en la actualidad muchos de ellos por complacer a los tiranos, por un puñado de monedas o por cohechos o soborno, están derramando la sangre de sus hermanos que reclaman el cumplimiento de las promesas que hizo a la Nación don Francisco I. Madero.

11°. Los gastos de guerra serán tomados conforme al artículo XI del Plan de San Luis Potosí, y todos los procedimientos empleados en la Revolución que emprendemos, serán conforme a las instrucciones mismas que determina el mencionado Plan.

12°. Una vez triunfante la Revolución que llevamos a la vía de la realidad, una junta de los principales jefes revolucionarios de los diferentes Estados, nombrará o designará un Presidente interino de la República, que convocará a elecciones para la organización de los poderes federales.

13°. Los principales jefes revolucionarios de cada Estado, en junta, designarán al gobernador del Estado a que corresponda, y este elevado funcionario, convocará a elecciones para la debida organización de los poderes públicos, con el objeto de evitar consignas forzosas que labren la desdicha de los pueblos, como la conocida consigna de Ambrosio Figueroa en el Estado de Morelos y otros, que nos condenan al precipicio de conflictos sangrientos sostenidos por el dictador Madero y el círculo de científicos hacendados que lo han sugestionado.

14°. Si el presidente Madero y demás elementos dictatoriales del actual y antiguo régimen, desean evitar las inmensas desgracias que afligen a la patria, y poseen verdadero sentimiento de amor hacia ella, que hagan inmediata renuncia de los puestos que ocupan y con eso, en algo restañarán las graves heridas que han abierto al seno de la patria, pues de no hacerlo así, sobre sus cabezas caerán la sangre y anatema de nuestros hermanos.

15°. Mexicanos: considerad que la astucia y mala fe de un hombre está derramando sangre de una manera escandalosa, por ser incapaz para gobernar; considerad que su sistema de Gobierno está agarrotando a la patria y hollando con la fuerza bruta de las bayonetas nuestras instituciones; y así como nuestras armas las levantamos para elevarlo al poder, las volvemos contra él por faltar a sus compromisos con el pueblo mexicano y haber traicionado la Revolución iniciada por él; no somos personalistas, ¡somos partidarios de los principios y no de los hombres!

Pueblo mexicano, apoyad con las armas en las manos este Plan y haréis la prosperidad y bienestar de la patria.

Libertad, Justicia y Ley. Ayala, Estado de Morelos, noviembre 25 de 1911.

General en jefe, *Emiliano Zapata,* rúbrica. Generales: *Eufemio Zapata, Francisco Mendoza, Jesús Navarro, Otilio E. Montaño, José Trinidad Ruiz, Próculo Capistrán,* rúbricas. Coroneles: *Pioquinto Galis, Felipe Vaquero, Cesáreo Burgos, Quintín González, Pedro Salazar, Simón Rojas, Emigdio Marmolejo, José Campos, Felipe Tijera, Rafael Sánchez, José Pérez, Santiago Agui-*

lar, Margarito Martínez, Feliciano Domínguez, Manuel Vergara, Cruz Salazar, Lauro Sánchez, Amador Salazar, Lorenzo Vásquez, Catarino Perdomo, Jesús Sánchez, Domingo Romero, Zacarías Torres, Bonifacio García, Daniel Andrade, Ponciano Domínguez, Jesús Capistrán, rúbricas. Capitanes: *Daniel Mantilla, José M. Carrillo, Francisco Alarcón, Severiano Gutiérrez,* rúbricas, y siguen más firmas.

REFORMAS AL PLAN DE AYALA*

PRIMERO. Se reforma el artículo primero de este plan en los términos que en seguida se expresan:

Artículo 1°. Son aplicables, en lo conducente, los conceptos contenidos en este artículo al USURPADOR DEL PODER PUBLICO, GENERAL VICTORIANO HUERTA, cuya presencia en la Presidencia de la República acentúa cada día más y más su carácter contrastable con todo lo que significa ley, la justicia, el derecho y la moral, hasta el grado de reputársele mucho peor que Madero; y en consecuencia la Revolución continuará hasta obtener el derrocamiento del pseudo mandatario, por exigirlo la conveniencia pública nacional, de entero acuerdo con los principios consagrados en este Plan; principios que la misma Revolución está dispuesta a sostener con la misma entereza y magnanimidad con que lo ha hecho hasta la fecha, basada en la confianza que le inspira la voluntad suprema nacional.

SEGUNDO. Se reforma el artículo tercero de este Plan, en los términos siguientes:

Artículo 3°. Se declara indigno al general Pascual Orozco del honor que se le había conferido por los elementos de la revolución del Sur y del Centro, en el artículo de referencia; puesto que por sus inteligencias y componendas en el ilícito, nefasto, pseudogobierno de Huerta, ha decaído de la estimación de sus conciudadanos, hasta el grado de quedar en condiciones de un cero social, esto es, sin significación alguna aceptable; como traidor que es a los principios juramentados.

Queda, en consecuencia, reconocido como jefe de la Revolución de los principios condensados en este Plan el caudillo del Ejército Libertador Centro-Suriano general Emiliano Zapata.

Campamento Revolucionario en Morelos, mayo 30 de 1913.

El general en jefe, *Emiliano Zapata,* rúbrica. Generales: ingeniero *Angel Barrios, Otilio E. Montaño, Eufemio Zapata, Genovevo de la O., Felipe Neri, Cándido Navarro, Francisco V. Pacheco, Francisco Mendoza, Julio A. Gómez, Amador Salazar, Jesús Capistrán, Mucio Bravo, Lorenzo Vázquez, Bonifacio García,* rúbricas. Coroneles: *Aurelio Bonilla, Ricardo Torres Cano,*

* *Planes políticos y otros documentos,* México, Fondo de Cultura Económica, 1954, pp. 84-5. (C.M.R.)

José Alfaro, José Hernández, Camilo Duarte, Francisco Alarcón, Francisco A. García, Emigdio H. Castrejón, Jesús S. Leyva, Alberto Estrada, Modesto Rangel, rúbricas. Teniente coronel: *Trinidad A. Paniagua,* rúbrica. Secretario, *M. Palafox,* rúbrica.

Es copia auténtica de su original y la certifico:
Emiliano Zapata, rúbrica.

MANIFIESTO DE EMILIANO ZAPATA A LA NACION*
Octubre de 1913

La victoria se acerca, la lucha toca a su fin. Se libran ya los últimos combates y en estos instantes solemnes, de pie y respetuosamente descubiertos ante la Nación, aguardamos la hora decisiva, el momento preciso en que los pueblos se hunden o se salvan, según el uso que hacen de la soberanía conquistada, esa soberanía por tanto tiempo arrebatada a nuestro pueblo, y la que con el triunfo de la Revolución volverá ilesa, tal como se ha conservado y la hemos defendido aquí, en las montañas que han sido su solio y nuestro baluarte. Volverá dignificada y fortalecida para nunca más ser mancillada por la impostura ni encadenada por la tiranía.

Tan hermosa conquista ha costado al pueblo mexicano un terrible sacrificio, y es un deber, un deber imperioso para todos, procurar que ese sacrificio no sea estéril; por nuestra parte, estamos bien dispuestos a no dejar ni un obstáculo enfrente, sea de la naturaleza que fuere y cualesquiera que sean las circunstancias en que se presente, hasta haber levantado el porvenir nacional sobre una base sólida, hasta haber logrado que nuestro país, amplia la vía y limpio el horizonte, marche sereno hacia el mañana grandioso que le espera.

Perfectamente convencidos de que es justa la causa que defendemos, con plena conciencia de nuestros deberes y dispuestos a no abandonar ni un instante la obra grandiosa que hemos emprendido, llegaremos resueltos hasta el fin, aceptando ante la civilización y ante la Historia las responsabilidades de este acto de suprema reivindicación.

Nuestros enemigos, los eternos enemigos de las ideas regeneradoras, han empleado todos los recursos y acudido a todos los procedimientos para combatir a la Revolución, tanto para vencerla en la lucha armada, como para desvirtuarla en su origen y desviarla de sus fines.

Sin embargo, los hechos hablan muy alto de la fuerza y el origen de este movimiento:

Más de treinta años de dictadura parecían haber agotado las energías y dado fin al civismo de nuestra raza, y a pesar de ese largo período de esclavitud y enervamiento, estalló la Revolución de 1910, como un clamor inmenso de justicia que vivirá siempre en el alma de las naciones como vive la Liber-

* Gildardo Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México.* Ruta. México, 1952, tomo III, páginas 252-7. (C.M.R.).

tad en el corazón de los pueblos para vivificarlos, para redimirlos, para levantarlos de la abyección a que no puede estar condenada la especie humana.

Fuimos de los primeros en tomar parte en aquel movimiento, y el hecho de haber continuado en armas después de la expulsión de Porfirio Díaz y de la exaltación de Madero al poder, revela la pureza de nuestros principios y el perfecto conocimiento de causa con que combatimos y demuestra que no nos llevaban mezquinos intereses, ni ambiciones bastardas, ni siquiera los oropeles de la gloria, no; no buscábamos ni buscamos la pobre satisfacción del medro personal, no anhelábamos la triste vanidad de los honores, ni queremos otra cosa que no sea el verdadero triunfo de la causa, consistente en la implantación de los principios, la realización de los ideales y la resolución de los problemas, cuyo resultado tiene que ser la salvación y el engrandecimiento de nuestro pueblo.

La fatal ruptura del Plan de San Luis Potosí motivó y justificó nuestra rebeldía contra aquel acto que invalidaba todos los compromisos y defraudaba todas las esperanzas; que nulificaba todos los esfuerzos y esterilizaba todos los sacrificios y truncaba, sin remedio, aquella obra de redención tan generosamente emprendida por los que dieron sin vacilar, como abono para la tierra, la sangre de sus venas. El Pacto de Ciudad Juárez devolvió el triunfo a los enemigos y la víctima a sus verdugos; el Caudillo de 1910 fue el autor de aquella amarga traición, y fuimos contra él, porque, lo repetimos: ante la causa no existen para nosotros las personas y conocemos lo bastante la situación para dejarnos engañar por el falso triunfo de unos cuantos revolucionarios convertidos en gobernantes: lo mismo que combatimos a Francisco I. Madero, combatiremos a otros cuya administración no tenga por base los principios por los que hemos luchado.

Roto el Plan de San Luis, recogimos la bandera y proclamamos el Plan de Ayala.

La caída del Gobierno pasado no podía significar para nosotros más que un motivo para redoblar nuestros esfuerzos, porque fue el acto más vergonzoso que puede registrarse; ese acto de abominable perversidad; ese acto incalificable que ha hecho volver el rostro indignados y escandalizados a los demás países que nos observan y a nosotros nos ha arrancado un estremecimiento de indignación tan profunda, que todos los medios y todas las fuerzas juntas no bastarían a contenerla, mientras no hayamos castigado el crimen, mientras no ajusticiemos a los culpables.

Todo esto por lo que respecta al origen de la Revolución; por lo que toca a sus fines, ellos son tan claros y precisos, tan justos y nobles, que constituyen por sí solos una fuerza suprema; la única con que contamos para ser invencibles, la única que hace inexpugnable estas montañas en que las libertades tienen su reducto.

La causa porque luchamos, los principios e ideales que defendemos, son ya bien conocidos de nuestros compatriotas, puesto que en su mayoría se han agrupado en torno de esta bandera de redención, de este lábaro santo del derecho, bautizado con el sencillo nombre de Plan de Villa de Ayala. Allí están contenidas las más justas aspiraciones del pueblo, planteadas las más

imperiosas necesidades sociales, y propuestas las más importantes reformas económicas y políticas, sin cuya implantación el país rodaría inevitablemente al abismo, hundiéndose en el caos de la ignorancia, de la miseria y de la esclavitud.

Es terrible la oposición que se ha hecho al Plan de Ayala, pretendiendo, más que combatirlo con razonamientos, desprestigiarlo con insultos, y para ello, la prensa mercenaria, la que vende su decoro y alquila sus columnas, ha dejado caer sobre nosotros una asquerosa tempestad de cieno, de aquel en que alimenta su impudicia y arrastra su abyección. Y sin embargo, la Revolución, incontenible, se encamina hacia la victoria.

El Gobierno, desde Porfirio Díaz a Victoriano Huerta, no ha hecho más que sostener y proclamar la guerra de los ahitos y los privilegios contra los oprimidos y los miserables; no ha hecho más que violar la soberanía popular, haciendo del poder una prebenda; desconocer las leyes de la Evolución, intentando detener a las sociedades, y violar los principios más rudimentarios de la Equidad, arrebatando al hombre los más sagrados derechos que le dio la Naturaleza. He allí explicada nuestra actitud, he allí explicado el enigma de nuestra indomable rebeldía y he allí propuesto, una vez más, el colosal problema que preocupa actualmente no sólo a nuestros conciudadanos, sino también a muchos extranjeros. Para resolver ese problema, no hay más que acatar la voluntad nacional, dejar libre la marcha a las sociedades y respetar los intereses ajenos y los atributos humanos.

Por otra parte, y concretando lo más posible, debemos hacer otras aclaraciones para dejar explicada nuestra conducta del pasado, del presente y del porvenir.

La nación mexicana es demasiado rica. Su riqueza, aunque virgen, es decir, todavía no explotada, consiste en la Agricultura y la Minería; pero esa riqueza, ese caudal de oro inagotable, perteneciendo a más de quince millones de habitantes, se halla en manos de unos cuantos miles de capitalistas y de ellos una gran parte no son mexicanos. Por un refinado y desastroso egoísmo, el hacendado, el terrateniente y el minero, explotan una pequeña parte de la tierra, del monte y de la veta, aprovechándose ellos de sus cuantiosos productos y conservando la mayor parte de sus propiedades enteramente vírgenes, mientras un cuadro de indescriptible miseria tiene lugar en toda la República. Es más, el burgués, no conforme con poseer grandes tesoros de los que a nadie participa, en su insaciable avaricia, roba el producto de su trabajo al obrero y al peón, despoja al indio de su pequeña propiedad y no satisfecho aún, lo insulta y golpea haciendo alarde del apoyo que le prestan los tribunales, porque el juez, única esperanza del débil, hállase también al servicio de la canalla; y ese desequilibrio económico, ese desquiciamiento social, esa violación flagrante de las leyes naturales y de las atribuciones humanas, es sostenida y proclamada por el Gobierno, que a su vez sostiene y proclama pasando por sobre su propia dignidad, la soldadesca execrable.

El capitalista, el soldado y el gobernante habían vivido tranquilos, sin ser molestados, ni en sus privilegios ni en sus propiedades, a costa del sacrificio de un pueblo esclavo y analfabeto, sin patrimonio y sin porvenir, que estaba

condenado a trabajar sin descanso y a morirse de hambre y agotamiento puesto que, gastando todas sus energías en producir tesoros incalculables, no le era dado contar ni con lo indispensable siquiera para satisfacer sus necesidades más perentorias. Semejante organización económica, tal sistema administrativo que venía a ser un asesinato en masa para el pueblo, un suicidio colectivo para la nación y un insulto, una vergüenza para los hombres honrados y conscientes, no pudieron prolongarse por más tiempo y surgió la Revolución, engendrada, como todo movimiento de las colectividades, por la necesidad. Aquí tuvo su origen el Plan de Ayala.

Antes de ocupar don Francisco I. Madero la Presidencia de la República, mejor dicho, a raíz de los Tratados de Ciudad Juárez, se creyó en una posible rehabilitación del débil ante el fuerte, se esperó la resolución de los problemas pendientes y la abolición del privilegio y del monopolio, sin tener en cuenta que aquel hombre iba a cimentar su Gobierno en el mismo sistema vicioso y con los mismos elementos corrompidos con que el caudillo de Tuxtepec, durante más de seis lustros, extorsionó a la Nación. Aquello era un absurdo, una aberración, y sin embargo, se esperó, porque se confiaba en la buena fe del que había vencido al Dictador. El desastre, la decepción no se hicieron esperar. Los luchadores se convencieron entonces de que no era posible salvar su obra ni asegurar su conquista dentro de esa organización morbosa y apolillada, que necesariamente había de tener una crisis antes de derrumbarse definitivamente: la caída de Francisco I. Madero y la exaltación de Victoriano Huerta al poder.

En este caso y conviniendo que no es posible gobernar al país con este sistema administrativo sin desarrollar una política enteramente contraria a los intereses de las mayorías, y siendo, además, imposible la implantación de los principios porque luchamos, es ocioso decir que la Revolución del Sur y del Centro, al mejorar las condiciones económicas, tiene, necesariamente, que reformar de antemano las instituciones, sin lo cual, fuerza es repetirlo, le sería imposible llevar a cabo sus promesas.

Allí está la razón de por qué no reconoceremos a ningún Gobierno que no nos reconozca, y sobre todo, que no garantice el triunfo de nuestra causa.

Puede haber elecciones cuantas veces se quiera, pueden asaltar, como Huerta, otros hombres la silla presidencial, valiéndose de la fuerza armada o de la farsa electoral, y el pueblo mexicano puede también tener la seguridad de que no arriaremos nuestra bandera ni cejaremos un instante en la lucha hasta que, victoriosos, podamos garantizar con nuestra propia cabeza el advenimiento de una era de paz que tenga por base la Justicia y como consecuencia la libertad económica.

Si como lo han proyectado esas fieras humanas vestidas de oropeles y listones, esa turba desenfrenada que lleva tintas en sangre las manos y la conciencia, realizan con mengua de la ley la repugnante mascarada que llaman elecciones, vaya desde ahora, no sólo ante el nuestro, sino ante los pueblos todos de la tierra, la más enérgica de nuestras protestas, en tanto podamos castigar la burla sangrienta que se haga a la Constitución de 57.

Téngase, pues, presente, que no buscaremos el derrocamiento del actual

Gobierno para asaltar los puestos públicos y saquear los tesoros nacionales, como ha venido sucediendo con los impostores que logran encumbrar a las primeras magistraturas; sépase de una vez por todas que no luchamos contra Huerta únicamente, sino contra todos los gobernantes y los conservadores enemigos de la hueste reformista, y sobre todo, recuérdese siempre que no buscamos honores, que no anhelamos recompensas, que vamos sencillamente a cumplir el compromiso solemne que hemos contraído dando pan a los desheredados y una patria libre, tranquila y civilizada a las generaciones del porvenir.

Mexicanos: Si esta situación anómala se prolonga: si la paz, siendo una aspiración nacional, tarda en volver a nuestro suelo y a nuestros hogares, nuestra será la culpa y no de nadie. Unámonos en un esfuerzo titánico y definitivo contra el enemigo de todos; juntemos nuestros elementos, nuestra energía y nuestras voluntades y opongámoslos cual una barricada formidable a nuestros verdugos; contestemos dignamente, enérgicamente ese latigazo insultante que Huerta ha lanzado sobre nuestras cabezas; rechacemos esa carcajada burlesca y despectiva que el poderoso arroja, desde los suntuosos recintos donde pasea su encono y su soberbia, sobre nosotros, los desheredados que morimos de hambre en el arroyo.

No es preciso que todos luchemos en los campos de batalla, no es necesario que todos aportemos un contingente de sangre a la contienda, no es fuerza que todos hagamos sacrificios iguales en la Revolución; lo indispensable es que todos nos irgamos resueltos a defender el interés común y a rescatar la parte de soberanía que se nos arrebata.

Llamad a vuestras conciencias; meditad un momento sin odio, sin pasiones, sin prejuicios, y esta verdad, luminosa como el sol, surgirá inevitablemente ante vosotros: la Revolución es lo único que puede salvar a la República.

Ayudad, pues, a la Revolución. Traed vuestro contingente, grande o pequeño, no importa cómo, pero traedlo. Cumplid con vuestro deber y seréis dignos; defended vuestro derecho y seréis fuertes, y sacrificaos si fuere necesario, que después la patria se alzará satisfecha sobre su pedestal inconmovible y dejará caer sobre vuestra tumba «un puñado de rosas».

DOCUMENTOS DEL PARTIDO LIBERAL*

Ricardo Flores Magón y otros

PLAN DEL PARTIDO LIBERAL

JUNTA ORGANIZADORA DEL PARTIDO LIBERAL MEXICANO

Programa del Partido Liberal
*y Manifiesto a la Nación***
1° de julio de 1906

MEXICANOS:

La Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano, en nombre del Partido que representa, proclama solemnemente el siguiente

Programa del Partido Liberal

Exposición

Todo partido político que lucha por alcanzar influencia efectiva en la dirección de los negocios públicos de su país está obligado a declarar ante el pueblo, en forma clara y precisa, cuáles son los ideales por que lucha y cuál el programa que se propone llevar a la práctica, en caso de ser favorecido por la victoria. Este deber puede considerarse hasta como conveniencia para los partidos honrados, pues siendo sus propósitos justos y benéficos, se atraerán indudablemente las simpatías de muchos ciudadanos que para sostenerlos se adherirán al partido que en tales propósitos se inspira.

El Partido Liberal, dispersado por las persecuciones de la Dictadura, débil, casi agonizante por mucho tiempo, ha logrado rehacerse, y hoy rápida-

* En forma cronológica se transcriben los principales documentos emitidos por el Partido Liberal, cuya fuente se indicará en cada caso. Aunque firmados en primer término por Ricardo Flores Magón son de autoría colectiva. (C.M.R.).

** Francisco Naranjo, *Diccionario biográfico revolucionario*. Cosmos, México, D.F., 1935, pp. 249-263. (Nota del editor mexicano).

mente se organiza. El Partido Liberal lucha contra el despotismo reinante hoy en nuestra Patria, y seguro como está de triunfar al fin sobre la Dictadura, considera que ya es tiempo de declarar solemnemente ante el pueblo mexicano cuáles son, concretamente, los anhelos que se propone realizar cuando logre obtener la influencia que se pretende en la orientación de los destinos nacionales.

En consecuencia, el Partido Liberal declara que sus aspiraciones son las que constan en el presente Programa, cuya realización es estrictamente obligatoria para el Gobierno que se establezca a la caída de la Dictadura, siendo también estricta obligación de los miembros del Partido Liberal velar por el cumplimiento de este Programa.

En los puntos del Programa no consta sino aquello que para ponerse en práctica amerita reformas en nuestra Legislación o medidas efectivas del Gobierno. Lo que no es más que un principio, lo que no puede decretarse, sino debe estar siempre en la conciencia de los hombres liberales, no figura en el Programa, porque no hay objeto para ello. Por ejemplo, siendo rudimentarios principios de liberalismo que el Gobierno debe sujetarse al cumplimiento de la ley e inspirar todos sus actos en el bien del pueblo, se sobrentiende que todo funcionario liberal ajustará su conducta a este principio. Si el funcionario no es hombre de conciencia ni siente respeto por la ley, la violará, aunque en el Programa del Partido Liberal se ponga una cláusula que prevenga desempeñar con honradez los puestos públicos. No se puede decretar que el Gobierno sea honrado y justo: tal cosa saldría sobrando cuando todo el conjunto de las leyes, al definir las atribuciones del Gobierno, le señalen con bastante claridad el camino de la honradez; pero para conseguir que el Gobierno no se aparte de ese camino, como muchos lo han hecho, sólo hay un medio: la vigilancia del pueblo sobre sus mandatarios, denunciando sus malos actos y exigiéndoles la más estrecha responsabilidad por cualquier falta en el cumplimiento de sus deberes. Los ciudadanos deben comprender que las simples declaraciones de principios, por muy altos que éstos sean, no bastan para formar buenos gobiernos y evitar tiranías; lo principal es la acción del pueblo, el ejercicio del civismo, la intervención de todos en la cosa pública.

Antes de declarar en este Programa que el Gobierno será honrado, que se inspirará en el bien público, que impartirá completa justicia, etc., etc., es preferible imponer a los liberales la obligación de velar por el cumplimiento del Programa, para que así recuerden continuamente que no deben fiar demasiado en ningún Gobierno, por ejemplar que parezca, sino que deben vigilarlo para que llene sus deberes. Esta es la única manera de evitar tiranías en lo futuro y de asegurarse el pueblo el goce y aumento de los beneficios que conquiste.

Los puntos de este Programa no son ni pueden ser otra cosa que bases generales para la implantación de un sistema de Gobierno verdaderamente democrático. Son la condensación de las principales aspiraciones del pueblo y responden a las más graves y urgentes necesidades de la Patria.

Ha sido preciso limitarse a puntos generales y evitar todo detalle, para no hacer difuso el Programa, ni darle dimensiones exageradas; pero lo que en

él consta, basta, sin embargo, para dar a conocer con toda claridad lo que se propone el Partido Liberal y lo que realizará tan pronto como, con la ayuda del pueblo mexicano, logre triunfar definitivamente sobre la Dictadura.

Desde el momento que se consideran ilegales todas las reformas hechas a la Constitución de 57 por el Gobierno de Porfirio Díaz, podría parecer innecesario declarar en el Programa la reducción del período presidencial a cuatro años y la no reelección. Sin embargo, son tan importantes estos puntos, y fueron propuestos con tal unanimidad y empeño, que se ha considerado oportuno hacerlos constar expresamente en el Programa. Las ventajas de la alternabilidad en el poder y las de no entregar éste a un hombre por un tiempo demasiado largo no necesitan demostrarse. La Vicepresidencia, con las modificaciones que expresa el artículo 3, es de notoria utilidad, pues con ella las faltas del Presidente de la República se cubren desde luego legal y pacíficamente, sin las convulsiones que de otra manera pudieran registrarse.

El servicio militar obligatorio es una tiranía de las más odiosas, incompatible con los derechos del ciudadano de un país libre. Esta tiranía se suprime, y en lo futuro cuando el Gobierno Nacional no necesite, como la actual Dictadura, tantas bayonetas que lo sostengan, serán libres todos los que hoy desempeñan por la fuerza el servicio de las armas, y sólo permanecerán en el Ejército los que así lo quieran. El Ejército futuro debe ser de ciudadanos, no de forzados, y para que la Nación encuentre soldados voluntarios que la sirvan, deberá ofrecerles una paga decente y deberá suprimir de la ordenanza militar esa dureza, ese rigor brutal que estruja y ofende la dignidad humana.

Las manifestaciones del pensamiento deben ser sagradas para un Gobierno liberal de verdad; la libertad de palabra y de prensa no deben tener restricciones que hagan inviolable al Gobierno en ciertos casos y que permitan a los funcionarios ser indignos y corrompidos fuera de la vida pública. El orden público tiene que ser inalterable bajo un buen Gobierno, y no habrá periodista que quiera y mucho menos que pueda turbarlo sin motivo, y aun cuando a la vida privada no tiene por qué respetarse cuando se relaciona con hechos que caen bajo el dominio público. Para los calumniadores, chantajistas y otros pícaros que abusen de estas libertades, no faltarán severos castigos.

No se puede, sin faltar a la igualdad democrática, establecer tribunales especiales para juzgar los delitos de imprenta. Abolir por una parte el fuero militar y establecer por otra el periodístico, será obrar no democráticamente sino caprichosamente. Establecidas amplias libertades para la prensa y la palabra, no cabe ya distinguir y favorecer a los delincuentes de este orden, los que, por lo demás, no serán muchos. Bajo los gobiernos populares, no hay delitos de imprenta.

La supresión de los tribunales militares es una medida de equidad. Cuando se quiere oprimir, hacer del soldado un ente sin derechos, y mantenerlo en una férrea servidumbre, pueden ser útiles estos tribunales con su severidad exagerada, con su dureza implacable, con sus tremendos castigos para la más ligera falta. Pero cuando se quiere que el militar tenga las mismas libertades y derechos que los demás ciudadanos, cuando se quita a la disciplina ese rigor brutal que esclaviza a los hombres, cuando se quiere dignificar

al soldado y a la vez robustecer el prestigio de la autoridad civil, no deben dejarse subsistentes los tribunales militares que han sido, por lo general, más instrumentos de opresión que garantía de justicia. Sólo en tiempo de guerra, por lo muy especial y grave de las circunstancias, puede autorizarse el funcionamiento de esos tribunales.

Respecto a los otros puntos, sobre la pena de muerte y la responsabilidad de los funcionarios, sería ocioso demostrar su conveniencia, que salta a la vista.

La instrucción de la niñez debe reclamar muy especialmente los cuidados de un Gobierno que verdaderamente anhele el engrandecimiento de la Patria. En la escuela primaria está la profunda base de la grandeza de los pueblos, y puede decirse que las mejores instituciones poco valen y están en peligro de perderse, si al lado de ellas no existen múltiples y bien atendidas escuelas en que se formen los ciudadanos que en lo futuro deban velar por esas instituciones. Si queremos que nuestros hijos guarden incólumes las conquistas que hoy para ellos hagamos, procuremos ilustrarlos y educarlos en el civismo y el amor a todas las libertades.

Al suprimirse las escuelas del Clero, se impone imprescindiblemente para el Gobierno la obligación de suplirlas sin tardanza, para que la proporción de escuelas existentes no disminuya y los clericales no puedan hacer cargos de que se ha perjudicado la instrucción. La necesidad de crear nuevas escuelas hasta dotar al país con todas las que reclame su población escolar la reconocerá a primera vista todo el que no sea un enemigo del progreso.

Para lograr que la instrucción laica se imparta en todas las escuelas sin ninguna excepción, conviene reforzar la obligación de las escuelas particulares de ajustar estrictamente sus programas a los oficiales, estableciendo responsabilidades y penas para los maestros que falten a este deber.

Por mucho tiempo, la noble profesión del magisterio ha sido de las más despreciadas, y esto solamente porque es de las peor pagadas. Nadie desconoce el mérito de esta profesión, nadie deja de designarla con los más honrosos epítetos; pero, al mismo tiempo, nadie respeta la verdad ni guarda atención a los pobres maestros que, por lo mezquino de sus sueldos, tienen que vivir en lamentables condiciones de inferioridad social. El porvenir que se ofrece a la juventud que abraza el magisterio, la compensación que se brinda a los que llamamos abnegados apóstoles de la enseñanza, no es otra cosa que una mal disfrazada miseria. Esto es injusto. Debe pagarse a los maestros buenos sueldos como lo merece su labor; debe dignificarse el profesorado, procurando a sus miembros el medio de vivir decentemente.

El enseñar rudimentos de artes y oficios en las escuelas acostumbra al niño a ver con naturalidad el trabajo manual, despierta en él afición a dicho trabajo y lo prepara, desarrollando sus aptitudes, para adoptar más tarde un oficio, mejor que emplear largos años en la conquista de un título. Hay que combatir desde la escuela ese desprecio aristocrático hacia el trabajo manual, que una educación viciosa ha imbuido a nuestra juventud; hay que formar trabajadores, factores de producción efectiva y útil, mejor que señores de pluma y de bufete. En cuanto a la instrucción militar en las escuelas, se hace

conveniente para poner a los ciudadanos en aptitud de prestar sus servicios en la Guardia Nacional, en la que sólo perfeccionarán sus conocimientos militares. Teniendo todos los ciudadanos estos conocimientos, podrán defender a la Patria cuando sea preciso y harán imposible el predominio de los soldados de profesión, es decir, del militarismo. La preferencia que se debe prestar a la instrucción cívica no necesita demostrarse.

Es inútil declarar en el Programa que debe darse preferencia al mexicano sobre el extranjero, en igualdad de circunstancias, pues esto está ya consignado en nuestra Constitución. Como medida eficaz para evitar la preponderancia extranjera y garantizar la integridad de nuestro territorio, nada parece tan conveniente como declarar ciudadanos mexicanos a los extranjeros que adquieran bienes raíces.

La prohibición de la inmigración china es, ante todo, una medida de protección a los trabajadores de otras nacionalidades, principalmente a los mexicanos. El chino, dispuesto por lo general a trabajar con el más bajo salario, sumiso, mezquino en aspiraciones, es un gran obstáculo para la prosperidad de otros trabajadores. Su competencia es funesta y hay que evitarla en México. En general, la inmigración china no produce a México el menor beneficio.

El Clero católico, saliéndose de los límites de su misión religiosa, ha pretendido siempre erigirse en un poder político, y ha causado grandes males a la Patria, ya como dominador del Estado con los gobiernos conservadores, o ya como rebelde con los gobiernos liberales. Esta actitud del Clero, inspirada en su odio salvaje a las instituciones democráticas, provoca una actitud equivalente por parte de los gobiernos honrados que no se avienen ni a permitir la invasión religiosa en las esferas del poder civil, ni a tolerar pacientemente las continuas rebeldías del clericalismo. Observara el Clero de México la conducta que sus iguales observan en otros países —por ejemplo, en Inglaterra y los Estados Unidos—: renunciara a sus pretensiones de gobernar al país; dejara de sembrar odios contra las instituciones y autoridades liberales; procurara hacer de los católicos buenos ciudadanos y no disidentes o traidores; resignarse a aceptar la separación del Estado y de la Iglesia, en vez de seguir soñando con el dominio de la Iglesia sobre el Estado; abandonara, en suma, la política y se consagrara sencillamente a la religión; observara el Clero esta conducta, decimos, y de seguro que ningún Gobierno se ocuparía de molestarlo ni se tomaría el trabajo de estarlo vigilando para aplicarle ciertas leyes. Sí los gobiernos democráticos adoptan medidas restrictivas para el Clero, no es por el gusto de hacer decretos ni por ciega persecución, sino por la más estricta necesidad. La actitud agresiva del Clero ante el Estado liberal, obliga al Estado a hacerse respetar enérgicamente. Si el clero en México, como en otros países, se mantuviera siempre dentro de la esfera religiosa, no lo afectarían los cambios políticos; pero estando, como lo está, a la cabeza de un partido militante —el conservador— tiene que resignarse a sufrir las consecuencias de su conducta. Donde la Iglesia es neutral en política, es intocable para cualquier Gobierno; en México, donde conspira sin tregua, aliándose a todos los despotismos y siendo capaz hasta de la traición a la Patria para llegar al poder, debe darse por satisfecha con que los liberales,

cuando triunfen sobre ella y sus aliados, sólo impongan algunas restricciones a sus abusos.

Nadie ignora que el Clero tiene muy buenas entradas de dinero, el que no siempre es obtenido con limpios procedimientos. Se conocen numerosos casos de gente tan ignorante como pobre, que da dinero a la Iglesia con inauditos sacrificios, obligada por sacerdotes implacables que exigen altos precios por un bautismo, un matrimonio, etc.; amenazando a los creyentes con el infierno si no se procuran esos sacramentos al precio señalado. En los templos se venden, a precios excesivos, libros o folletos de oraciones, estampas y hasta cintas y estambritos sin ningún valor. Para mil cosas se piden limosnas, y espoleando el fanatismo, se logra arrancar dinero hasta de gente que disputaría un centavo si no creyera que con él compra la gloria. Se ve con todo esto un lucro exagerado a costa de la ignorancia humana, y es muy justo que el Estado, que cobra impuestos sobre todo lucro o negocio, los cobre también sobre éste, que no es por cierto de los más honrados.

Es público y notorio que el Clero para burlar las Leyes de Reforma ha puesto sus bienes a nombre de algunos testaferros. De hecho, el Clero sigue poseyendo los bienes que la ley prohibe poseer. Es, pues, preciso poner fin a esa burla y nacionalizar esos bienes.

Las penas que las Leyes de Reforma señalan para sus infractores son leves, y no inspiran temor al Clero.

Los sacerdotes pueden pagar tranquilamente una pequeña multa, por darse el gusto de infringir esas leyes. Por tanto, se hace necesario, para prevenir las infracciones, señalar penas que impongan respeto a los eclesiásticos atrevidos.

La supresión de las escuelas del Clero es una medida que producirá al país incalculables beneficios. Suprimir la escuela clerical es acabar con el foco de las divisiones y los odios entre los hijos de México, es cimentar sobre la más sólida base, para un futuro próximo, la completa fraternidad de la gran familia mexicana. La escuela clerical, que educa a la niñez en el más intolerante fanatismo, que la atiborra de prejuicios y de dogmas caprichosos, que le inculca el aborrecimiento a nuestras más preclaras glorias nacionales y le hace ver como enemigos a todos los que no son siervos de la Iglesia, es el *gran obstáculo para que la democracia impere serenamente en nuestra Patria* y para que entre los mexicanos reine esa armonía, esa comunidad de sentimientos y aspiraciones, que es el alma de las nacionalidades robustas y adelantadas. La escuela laica, que carece de todos estos vicios, que se inspira en un elevado patriotismo, ajeno a mezquindades religiosas, que tiene por lema la verdad, es la única que puede hacer de los mexicanos el pueblo ilustrado, fraternal y fuerte de mañana, pero su éxito no será completo mientras que al lado de la juventud emancipada y patriota sigan arrojando las escuelas clericales otra juventud que, deformada intelectualmente por torpes enseñanzas, venga a mantener encendidas viejas discordias en medio del engrandecimiento nacional. La supresión de las escuelas del Clero acaba de un golpe con lo que ha sido siempre el germen de amargas divisiones entre

los mexicanos y asegura definitivamente el imperio de la democracia en nuestro país, con sus naturales consecuencias de progreso, paz y fraternidad.

Un Gobierno que se preocupe por el bien efectivo de todo el pueblo no puede permanecer indiferente ante la importantísima cuestión del trabajo. Gracias a la Dictadura de Porfirio Díaz, que pone el poder al servicio de todos los explotadores del pueblo, el trabajador mexicano ha sido reducido a la condición más miserable; en dondequiera que presta sus servicios, es obligado a desempeñar una dura labor de muchas horas por un jornal de unos cuantos centavos. El capitalista soberano impone sin apelación las condiciones del trabajo, que siempre son desastrosas para el obrero, y éste tiene que aceptarlas por dos razones: porque la miseria lo hace trabajar a cualquier precio o porque, si se rebela contra el abuso del rico, las bayonetas de la Dictadura se encargan de someterlo. Así es como el trabajador mexicano acepta labores de doce o más horas diarias por salarios menores de setenta y cinco centavos, teniendo que tolerar que los patronos le descuenten todavía de su infeliz jornal diversas cantidades para médico, culto católico, fiestas religiosas o cívicas y otras cosas, aparte de las multas que con cualquier pretexto se le imponen.

En más deplorable situación que el trabajador industrial se encuentra el jornalero de campo, verdadero siervo de los modernos señores feudales. Por lo general, estos trabajadores tienen asignado un jornal de veinticinco centavos o menos, pero ni siquiera este menguado salario perciben en efectivo. Como los amos han tenido el cuidado de echar sobre sus peones una deuda más o menos nebulosa, recogen lo que ganan esos desdichados a título de abono, y sólo para que no se mueran de hambre les proporcionan algo de maíz y frijol y alguna otra cosa que les sirva de alimento.

De hecho, y por lo general, el trabajador mexicano nada gana; desempeñando rudas y prolongadas labores, apenas obtiene lo muy estrictamente preciso para no morir de hambre. Esto no sólo es injusto; es inhumano, y reclama un eficaz correctivo. El trabajador no es ni debe ser en las sociedades una bestia macilenta, condenada a trabajar hasta el agotamiento sin recompensa alguna; el trabajador fabrica con sus manos cuanto existe para beneficio de todos, es el productor de todas las riquezas y debe tener los medios para disfrutar de todo aquello de que los demás disfrutan. Ahora le faltan los dos elementos necesarios: tiempo y dinero, y es justo proporcionárselos, aunque sea en pequeña escala. Ya que ni la piedad ni la justicia tocan el corazón encallecido de los que explotan al pueblo, condenándolo a extenuarse en el trabajo, sin salir de la miseria, sin tener una distracción ni un goce, se hace necesario que el pueblo mismo, por medio de mandatarios demócratas, realice su propio bien obligando al capital inconmovible a obrar con menos avaricia y con mayor equidad.

Una labor máxima de ocho horas y un salario mínimo de un peso es lo menos que puede pretenderse para que el trabajador esté siquiera a salvo de la miseria, para que la fatiga no le agote, y para que le quede tiempo y humor de procurarse instrucción y distracción después de su trabajo. Seguramente que el ideal de un hombre no debe ser ganar un peso por día, eso se

comprende; y la legislación que señale tal salario mínimo no pretenderá haber conducido al obrero a la meta de la felicidad. Pero no es eso de lo que se trata. A esa meta debe llegar el obrero por su propio esfuerzo y su exclusiva aspiración, luchando contra el capital en el campo libre de la democracia. Lo que ahora se pretende es cortar de raíz los abusos de que ha venido siendo víctima el trabajador y ponerle en condiciones de luchar contra el capital sin que su posición sea en absoluto desventajosa. Si se dejara al obrero en las condiciones en que hoy está, difícilmente lograría mejorar, pues la negra miseria en que vive continuaría obligándolo a aceptar todas las condiciones del explotador. En cambio, garantizándole menos horas de trabajo y un salario superior al que hoy gana la generalidad, se le aligera el yugo y se le pone en aptitud de luchar por mejores conquistas, de unirse y de organizarse y fortalecerse para arrancar al capital nuevas y mejores concesiones.

La reglamentación del servico doméstico y del trabajo a domicilio se hace necesaria, pues a labores tan especiales como éstas es difícil aplicarles el término general del máximum de trabajo y el mínimum de salario que resulta sencillo para las demás labores. Indudablemente, deberá procurarse que los afectados por esta reglamentación obtengan garantías equivalentes a las de los demás trabajadores.

El establecimiento de ocho horas de trabajo es un beneficio para la totalidad de los trabajadores, aplicable generalmente sin necesidad de modificaciones para casos determinados. No sucede lo mismo con el salario mínimo de un peso, y sobre esto hay que hacer una advertencia en extremo importante. Las condiciones de vida que no son iguales en toda la República: hay regiones en México en que la vida resulta mucho más cara que en el resto del país. En esas regiones los jornales son más altos, pero a pesar de eso el trabajador sufre allí tanta miseria como la que sufren con más bajos salarios los trabajadores en los puntos donde es más barata la existencia.

Los salarios varían, pero la condición del obrero es la misma: en todas partes no gana, de hecho, sino lo preciso para no morir de hambre. Un jornal de más de $1.00 en Mérida como de $0.50 en San Luis Potosí mantiene al trabajador en el mismo estado de miseria, porque la vida es doblemente o más cara en el primer punto que en el segundo. Por tanto, si se aplica con absoluta generalidad el salario mínimo de $1.00 que no los salva de la miseria, continuarían en la misma desastrosa condición en que ahora se encuentran sin obtener con la ley de que hablamos el más insignificante beneficio. Es, pues, preciso prevenir tal injusticia, y al formularse detalladamente la ley del trabajo deberán expresarse las excepciones para la aplicación del salario mínimo de $1.00, estableciendo para aquellas regiones en que la vida es más cara, y en que ahora ya se gana ese jornal, un salario mayor de $1.00. Debe procurarse que todos los trabajadores obtengan en igual proporción los beneficios de esta ley.

Los demás puntos que se proponen para la legislación sobre el trabajo son de necesidad y justicia patentes. La higiene en fábricas, talleres, alojamientos y otros lugares en que dependientes y obreros deben estar por largo tiempo; las garantías a la vida del trabajador; la prohibición del trabajo infantil;

el descanso dominical; la indemnización por accidentes y la pensión a obreros que han agotado sus energías en el trabajo; la prohibición de multas y descuentos; la obligación de pagar con dinero efectivo; la anulación de la deuda de los jornaleros; las medidas para evitar abusos en el trabajo a destajo y las de protección a los medieros; todo esto lo reclaman de tal manera las tristes condiciones del trabajo en nuestra Patria, que su conveniencia no necesita demostrarse con ninguna consideración.

La obligación que se impone a los propietarios urbanos de indemnizar a los arrendatarios que dejen mejoras en sus casas o campos es de gran utilidad pública. De este modo, los propietarios sórdidos que jamás hacen reparaciones en las pocilgas que rentan serán obligados a mejorar sus posiciones con ventaja para el público. En general, no es justo que un pobre mejore la propiedad de un rico, sin recibir ninguna compensación, y sólo para beneficio del rico.

La aplicación práctica de esta ley y de la siguiente parte del Programa Liberal, que tienden a mejorar la situación económica de la clase más numerosa del país, encierra la base de una verdadera prosperidad nacional. Es axiomático que los pueblos no son prósperos sino cuando la generalidad de los ciudadanos disfruta de particular y siquiera relativa prosperidad. Unos cuantos millonarios, acaparando todas las riquezas y siendo los únicos satisfechos entre millones de hambrientos, no hacen el bienestar general sino la miseria pública, como lo vemos en México. En cambio el país donde todos o los más pueden satisfacer cómodamente sus necesidades será próspero con millonarios o sin ellos. El mejoramiento de las condiciones del trabajo, por una parte, y por otra, la equitativa distribución de las tierras, con las facilidades de cultivarlas y aprovecharlas sin restricciones, producirán inapreciables ventajas a la Nación. No sólo salvarán de la miseria y procurarán cierta comodidad a las clases que directamente reciben el beneficio, sino que impulsarán notablemente el desarrollo de nuestra agricultura, de nuestra industria, de todas las fuentes de la pública riqueza, hoy estancadas por la miseria general. En efecto; cuando el pueblo es demasiado pobre, cuando sus recursos apenas le alcanzan para mal comer, consume sólo artículos de primera necesidad, y aún éstos en pequeña escala. ¿Cómo se han de establecer industrias, cómo se han de producir telas o muebles o cosas por el estilo en un país en que la mayoría de la gente no puede procurarse ningunas comodidades? ¿Cómo no ha de ser raquítica la producción donde el consumo es pequeño? ¿Qué impulso han de recibir las industrias donde sus productos sólo encuentran un reducido número de compradores, porque la mayoría de la población se compone de hambrientos? Pero si estos hambrientos dejan de serlo; si llegan a estar en condiciones de satisfacer sus necesidades normales; en una palabra, si su trabajo les es bien o siquiera regularmente pagado, consumirán infinidad de artículos de que hoy están privados, y harán necesaria una gran producción de esos artículos. Cuando los millones de parias que hoy vegetan en el hambre y la desnudez coman menos mal, usen ropa y calzado y dejen de tener petate por todo ajuar, la demanda de mil géneros y objetos que hoy es insignificante aumentará en proporciones colosales, y la

industria, la agricultura, el comercio, todo será materialmente empujado a desarrollarse en una escala que jamás alcanzaría mientras subsistieran las actuales condiciones de miseria general.

La falta de escrúpulos de la actual Dictadura para apropiarse y distribuir entre sus favoritos ajenas heredades, la desatentada rapacidad de los actuales funcionarios para adueñarse de lo que a otros pertenece, ha tenido por consecuencia que unos cuantos afortunados sean los acaparadores de la tierra, mientras infinidad de honrados ciudadanos lamentan en la miseria la pérdida de sus propiedades. La riqueza pública nada se ha beneficiado y sí ha perdido mucho con estos odiosos monopolios. El acaparador es un todopoderoso que impone la esclavitud y explota horriblemente al jornalero y al mediero; no se preocupa ni de cultivar todo el terreno que posee ni de emplear buenos métodos de cultivo, pues sabe que esto no le hace falta para enriquecerse: tiene bastante con la natural multiplicación de sus ganados y con lo que le produce la parte de sus tierras que cultivan sus jornaleros y medieros, casi gratuitamente. Si esto se perpetúa ¿cuándo se mejorará la situación de la gente de campo y se desarrollará nuestra agricultura?

Para lograr estos dos objetos no hay más que aplicar por una parte la ley del jornal mínimo y el trabajo máximo, y por otra la obligación del terrateniente de hacer productivos todos sus terrenos, so pena de perderlos. De aquí resultará irremediablemente que, o el poseedor de inmensos terrenos se decide a cultivarlos y ocupa miles de trabajadores y contribuye poderosamente a la producción, o abandona sus tierras o parte de ellas para que el Estado las adjudique a otros que las hagan producir y se aprovechen de sus productos. De todos modos, se obtienen los dos grandes resultados que se pretenden: primero, el de proporcionar trabajo, con la compensación respectiva a numerosas personas, y segundo, el de estimular la producción agrícola. Esto último no sólo aumenta el volumen de la riqueza general sino que influye en el abaratamiento de los productos de la tierra.

Esta medida no causará el empobrecimiento de ninguno y se evitará el de muchos. A los actuales poseedores de tierras les queda el derecho de aprovecharse de los productos de ellas, que siempre son superiores a los gastos de cultivo; es decir, pueden hasta seguir enriqueciéndose. No se les van a quitar las tierras que les producen beneficios, las que cultivan, aprovechan en pastos para ganado, etc., sino sólo las tierras improductivas, las que ellos mismos dejan abandonadas y que, de hecho, no les reportan ningún beneficio. Y estas tierras despreciadas, quizá por inútiles, serán, sin embargo, productivas cuando se pongan en manos de otros más necesitados o más aptos que los primitivos dueños. No será un perjuicio para los ricos perder tierras que no atienden y de las que ningún provecho sacan, y en cambio será un verdadero beneficio para los pobres poseer estas tierras, trabajarlas y vivir de sus productos. La restitución de ejidos a los pueblos que han sido despojados de ellos es de clara justicia.

La Dictadura ha procurado la despoblación de México. Por millares, nuestros conciudadanos han tenido que traspasar las fronteras de la Patria, huyendo del despojo y la tiranía. Tan grave mal debe remediarse, y lo conseguirá

el Gobierno que brinde a los mexicanos expatriados las facilidades de volver a su suelo natal, para trabajar tranquilamente, colaborando con todos a la prosperidad y engrandecimiento de la Nación.

Para la cesión de tierras, no debe haber exclusivismos; deben darse a todo el que las solicite para cultivarlas. La condición que se impone de no venderlas tiende a conservar la división de la propiedad y a evitar que los capitalistas puedan de nuevo acaparar terrenos. También para evitar el acaparamiento y hacer equitativamente la distribución de las tierras se hace necesario fijar un máximum de las que se pueden ceder a una persona. Es, sin embargo, imposible fijar ese máximum, mientras no se sepa aproximadamente la cantidad de tierras de que pueda disponer el Estado para distribución entre los ciudadanos.

La creación del Banco Agrícola, para facilitar a los agricultores pobres los elementos que necesitan para iniciar o desarrollar el cultivo de sus terrenos, hace accesible a todos el beneficio de adquirir tierras y evita que dicho beneficio esté sólo al alcance de algunos privilegiados.

En lo relativo a impuestos, el Programa se concreta a expresar la abolición de impuestos notoriamente inicuos y a señalar ciertas medidas generales de visible conveniencia. No se puede ir más adelante en materia tan compleja ni trazar de antemano al Gobierno todo un sistema hacendario. El impuesto sobre sueldos y salarios y la contribución personal son verdaderas extorsiones. El impuesto del Timbre, que todo lo grava, que pesa aun sobre las más insignificantes transacciones, ha llegado hasta hacer irrisoria la declaración constitucional de que la justicia se impartirá gratuitamente, pues obliga a los litigantes a desembolsar cincuenta centavos por cada foja de actuaciones judiciales; es una pesada carga cuya supresión debe procurarse. Multitud de serias opiniones están de acuerdo en que no se puede abolir el Timbre de un golpe, sin producir funestos desequilibrios en la Hacienda pública, de los que sería muy difícil reponerse. Esto es verdad; pero si no se puede suprimir por completo y de un golpe ese impuesto oneroso, sí se puede disminuir en lo general y abolir en ciertos casos, como los negocios judicales, puesto que la justicia ha de ser enteramente gratuita, y sobre compras y ventas, herencias, alcoholes, tabacos y en general sobre todos los ramos de producción o de comercio de los Estados que éstos solamente pueden gravar.

Los otros puntos envuelven el propósito de favorecer el capital pequeño y útil, de gravar lo que no es de necesidad o beneficio público en provecho de lo que tiene estas cualidades y de evitar que algunos contribuyentes paguen menos de lo que legalmente les corresponde. En la simple enunciación llevan estos puntos su justificación.

Llegamos a la última parte del Programa, en la que resalta la declaración de que se confiscarán los bienes de los funcionarios enriquecidos en la presente época de tiranía. Esta medida es de la más estricta justicia. No se puede ni se debe reconocer derecho de legítima propiedad sobre los bienes que disfrutan a individuos que se han apoderado de esos bienes abusando de la fuerza de su autoridad, despojando a los legítimos dueños, y aun asesinándolos muchas veces para evitar toda reclamación. Algunos bienes han sido

comprados, es verdad; pero no por eso dejan de ser ilegítimos, pues el dinero con que se obtuvieron fue previamente sustraído de las arcas públicas por el funcionario comprador. Las riquezas de los actuales opresores, desde la colosal fortuna del Dictador hasta los menores capitales de los más ínfimos caciques, provienen sencillamente de robo, ya a los particulares, ya a la Nación; robo sistemático, y desenfrenado, consumado en todo caso a la sombra de un puesto público. Así como a los bandoleros vulgares se les castiga y se les despoja de lo que habían conquistado en sus depredaciones, asi también se debe castigar y despojar a los bandoleros que comenzaron por usurpar la autoridad y acabaron por entrar a saco en la hacienda de todo el pueblo. Lo que los servidores de la Dictadura han defraudado a la Nación y arrebatado a los ciudadanos, debe ser restituido al pueblo, para desagravio de la justicia y ejemplo de tiranos.

La aplicación que haga el Estado de los bienes que confisque a los opresores debe tender a que dichos bienes vuelvan a su origen primitivo. Procediendo muchos de ellos de despojos a tribus indígenas, comunidades de individuos, nada más natural que hacer la restitución correspondiente. La deuda enorme que la Dictadura ha arrojado sobre la Nación ha servido para enriquecer a los funcionarios: es justo, pues, que los bienes de éstos se destinen a la amortización de dicha deuda. En general, con la confiscación de que hablamos, el Estado podrá disponer de las tierras suficientes para distribuir entre todos los ciudadanos que las soliciten. Un punto de gran importancia es el que se refiere a simplificar los procedimientos del juicio de amparo, para hacerlo práctico. Es preciso, si se quiere que todo ciudadano tenga a su alcance este recurso cuando sufra una violación de garantías, que se supriman las formalidades que hoy se necesitan para pedir un amparo, y los que suponen ciertos conocimientos jurídicos que la mayoría del pueblo no posee. La justicia con trabas no es justicia. Si los ciudadanos tienen el recurso del amparo como un defensa contra los atentados de que son víctimas, debe este recurso hacerse práctico, sencillo y expedito, sin trabas que lo conviertan en irrisorio.

Sabido es que todos los pueblos fronterizos comprendidos en lo que era la Zona Libre sufrieron, cuando ésta fue abolida recientemente por la Dictadura, inmensos perjuicios que los precipitaron a la más completa ruina. Es de la más estricta justicia la restitución de la Zona Libre, que detendrá las ruinas de las poblaciones fronterizas y las resarcirá de los perjuicios que han padecido con la torpe y egoísta medida de la Dictadura.

Establecer la igualdad civil para todos los hijos de un mismo padre es rigurosamente equitativo. Todos los hijos son naturalmente hijos legítimos de sus padres, sea que éstos estén unidos o no por contrato matrimonial. La Ley no debe hacer al hijo víctima de una falta que, en todo caso, sólo corresponde al padre.

Una idea humanitaria, digna de figurar en el Programa del Partido Liberal y de que la tenga presente para cuando sea posible su realización, es la de sustituir las actuales penitenciarías y cárceles por colonias penitenciarias en las que sin vicios, pero sin humillaciones, vayan a regenerarse los delincuentes, trabajando y estudiando con orden y medida, pudiendo tener el modo

de satisfacer todas las exigencias de la naturaleza y obteniendo para sí los colonos el producto de su trabajo, para que puedan subvenir a sus necesidades. Los presidios actuales pueden servir para castigar y atormentar a los hombres, pero no para mejorarlos, y por tanto, no corresponden al fin a que los destina la sociedad que no es ni puede ser una falange de verdugos que se gozan en el sufrimiento de sus víctimas, sino un conjunto de seres humanos que buscan la regeneración de sus semejantes extraviados.

Los demás puntos generales se imponen por sí mismos. La supresión de los jefes políticos que tan funestos han sido para la República como útiles al sistema de opresión reinante, es una medida democrática, como lo es también la multiplicación de los municipios y su robustecimiento. Todo lo que tiende a combatir el pauperismo, directa o indirectamente, es de reconocida utilidad. La protección a la raza indígena que, educada y dignificada, podrá contribuir poderosamente al fortalecimiento de nuestra nacionalidad, es un punto de necesidad indiscutible. En el establecimiento de firmes lazos de unión entre los países latinoamericanos, podrán encontrar esos países —entre ellos México— una garantía para la conservación de su integridad, haciéndose respetables por la fuerza de su unión ante otros poderes que pretendieran abusar de la debilidad de alguna nación latinoamericana. En general, y aun en el orden económico, la unión de estas naciones las beneficiaría a todas y cada una de ellas: proponer y procurar esa unión es, por tanto, obra honrada y *patriótica*.

Es inconcuso que cuanto consta en el Programa del Partido Liberal necesita la sanción de un Congreso para tener fuerza legal y realizarse: se expresa, pues, que un Congreso Nacional dará forma de Ley al Programa para que se cumpla y se haga cumplir por quien corresponda. Esto no significa que se dan órdenes al Congreso, *ultrajando su dignidad y soberanía; no. Es*to significa sencillamente el ejercicio de un derecho del pueblo, con el cual en nada ofende a sus representantes. En efecto, el pueblo liberal lucha contra un despotismo, se propone destruirlo aun a costa de los mayores sacrificios, y sueña con establecer un Gobierno honrado que haga más tarde la felicidad del país, ¿se conformará el pueblo con derrocar la tiranía, *elevar un nuevo* Gobierno y dejarlo que haga en seguida cuanto le plazca? ¿El pueblo que lucha, que tal vez derramará su sangre por constituir un nuevo Gobierno, no tiene el derecho de imponer algunas condiciones a los que van a ser sus favorecidos con el poder, no tiene el derecho de proclamar sus anhelos y declarar que no elevará mañana a determinado Gobierno sino con la condición de que realice las aspiraciones populares?

Indudablemente que el pueblo liberal que derrocará la Dictadura y elegirá después un nuevo Gobierno tiene el más perfecto derecho de advertir a sus representantes que no los eleva para que obren como les plazca, sino para que realicen la felicidad del país conforme a las aspiraciones del pueblo que los honra colocándolos en los puestos públicos. Sobre la soberanía de los congresos, está la soberanía popular.

No habrá un solo mexicano que desconozca lo peligroso que es para la Patria el aumento de nuestra ya demasiado enorme Deuda Extranjera. Por

tanto, todo paso encaminado a impedir que la Dictadura contraiga nuevos empréstitos o aumentar de cualquier modo la Deuda Nacional no podrá menos que obtener la aprobación de todos los ciudadanos honrados que no quieran ver envuelta a la Nación en más peligros y compromisos de los que ya ha arrojado sobre ella la rapaz e infidente Dictadura.

Tales son las consideraciones y fundamentos con que se justifican los propósitos del Partido Liberal, condensados concretamente en el Programa que se insertará a continuación.

PROGRAMA DEL PARTIDO LIBERAL

Reformas Constitucionales

1. Reducción del período presidencial a cuatro años.
2. Supresión de la reelección para el Presidente y los gobernadores de los Estados. Estos funcionarios sólo podrán ser nuevamente electos hasta después de dos períodos del que desempeñaron.
3. Inhabilitación del Vicepresidente para desempeñar funciones legislativas o cualquier otro cargo de elección popular, y autorización al mismo para llenar un cargo conferido por el Ejecutivo.
4. Supresión del servicio militar obligatorio y establecimiento de la Guardia Nacional. Los que presten sus servicios en el Ejército permanente lo harán libre y voluntariamente. Se revisará la ordenanza militar para suprimir de ella lo que se considere opresivo y humillante para la dignidad del hombre, y se mejorarán los haberes de los que sirvan en la Milicia Nacional.
5. Reformar y reglamentar los artículos 6° y 7° Constitucionales, suprimiendo las restricciones que la vida privada y la paz pública imponen a las libertades de palabra y de prensa, y declarando que sólo se castigarán en este sentido la falta de verdad que entrañe dolo, el chantaje, y las violaciones de la ley en lo relativo a la moral.
6. Abolición de la pena de muerte, excepto para los traidores a la Patria.
7. Agravar la responsabilidad de los funcionarios públicos, imponiendo severas penas de prisión para los delincuentes.
8. Restituir a Yucatán el territorio de Quintana Roo.
9. Supresión de los tribunales militares en tiempos de paz.

Mejoramiento y fomento de la instrucción

10. Multiplicación de escuelas primarias, en tal escala que queden ventajosamente suplidos los establecimientos de instrucción que se clausuren por pertenecer al Clero.
11. Obligación de impartir enseñanza netamente laica en todas las escuelas de la República, sean del Gobierno o particulares, declarándose la responsabilidad de los directores que no se ajusten a este precepto.
12. Declarar obligatoria la instrucción hasta la edad de catorce años, que-

dando al Gobierno el deber de impartir protección en la forma que le sea posible a los niños pobres que por su miseria pudieran perder los beneficios de la enseñanza.

13. Pagar buenos sueldos a los maestros de instrucción primaria.

14. Hacer obligatoria para todas las escuelas de la República la enseñanza de los rudimentos de artes y oficios y la instrucción militar, y prestar preferente atención a la instrucción cívica que tan poco atendida es ahora.

Extranjeros

15. Prescribir que los extranjeros, por el solo hecho de adquirir bienes raíces, pierden su nacionalidad primitiva y se hacen ciudadanos mexicanos.

16. Prohibir la inmigración china.

Restricciones a los abusos del Clero católico

17. Los templos se consideran como negocios mercantiles, quedando, por tanto, obligados a llevar contabilidad y pagar las contribuciones correspondientes.

18. Nacionalización, conforme a las leyes, de los bienes raíces que el Clero tiene en poder de testaferros.

19. Agravar las penas que las Leyes de Reforma señalan para los infractores de las mismas.

20. Supresión de las escuelas regentadas por el Clero.

Capital y trabajo

21. Establecer un máximum de ocho horas de trabajo y un salario mínimo en la proporción siguiente: $1.00 para la generalidad del país, en que el promedio de los salarios es inferior al citado, y de más de $1.00 para aquellas regiones en que la vida es más cara y en las que este salario no bastaría para salvar de la miseria al trabajador.

22. Reglamentación del servicio doméstico y del trabajo a domicilio.

23. Adoptar medidas para que con el trabajo a destajo los patronos no burlen la aplicación del tiempo máximo y salario mínimo.

24. Prohibir en lo absoluto el empleo de niños menores de catorce años.

25. Obligar a los dueños de minas, fábricas, talleres, etc., a mantener las mejores condiciones de higiene en sus propiedades y a guardar los lugares de peligro en un estado que preste seguridad a la vida de los operarios.

26. Obligar a los patronos o propietarios rurales a dar alojamiento higiénico a los trabajadores, cuando la naturaleza del trabajo de éstos exija que reciban albergue de dichos patronos o propietarios.

27. Obligar a los patronos a pagar indemnización por accidentes del trabajo.

28. Declarar nulas las deudas actuales de los jornaleros de campo para con los amos.

29. Adoptar medidas para que los dueños de tierras no abusen de los medieros.

30. Obligar a los arrendadores de campos y casas a que indemnicen a los arrendatarios de sus propiedades por las mejoras necesarias que dejen en ellas.

31. Prohibir a los patronos, bajo severas penas, que paguen al trabajador de cualquier otro modo que no sea como dinero efectivo; prohibir y castigar que se impongan multas a los trabajadores o se les hagan descuentos de su jornal o se retarde el pago de raya por más de una semana o se niegue al que se separe del trabajo el pago inmediato de lo que tiene ganado; suprimir las tiendas de raya.

32. Obligar a todas las empresas o negociaciones a no ocupar entre sus empleados y trabajadores sino una minoría de extranjeros. No permitir en ningún caso que trabajos de la misma clase se paguen peor al mexicano que al extranjero en el mismo establecimiento, o que a los mexicanos se les pague en otra forma que a los extranjeros.

33. Hacer obligatorio el descanso dominical.

Tierras

34. Los dueños de tierras están obligados a hacer productivas todas las que posean; cualquier extensión de terreno que el poseedor deje improductiva la recobrará el Estado y la empleará conforme a los artículos siguientes.

35. A los mexicanos residentes en el extranjero que lo soliciten los repatriará el Gobierno pagándoles los gastos de viaje y les proporcionará tierras para su cultivo.

36. El Estado dará tierras a quienquiera que lo solicite, sin más condición que dedicarlas a la producción agrícola, y no venderlas. Se fijará la extensión máxima de terreno que el Estado pueda ceder a una persona.

37. Para que este beneficio no sólo aproveche a los pocos que tengan elementos para el cultivo de las tierras, sino también a los pobres que carezcan de estos elementos, el Estado creará o fomentará un Banco Agrícola que hará a los agricultores pobres préstamos con poco rédito y redimibles a plazos.

Impuestos

38. Abolición del impuesto sobre capital moral y del de capitación, quedando encomendado al Gobierno el estudio de los mejores medios para disminuir el impuesto del Timbre hasta que sea posible su completa abolición.

39. Suprimir toda contribución para capital menor de $100.00, exceptuándose de este privilegio los templos y otros negocios que se consideren nocivos y que no deben tener derecho a las garantías de las empresas útiles.

40. Gravar el agio, los artículos de lujo, los vicios, y aligerar de contribuciones los artículos de primera necesidad. No permitir que los ricos ajusten igualas con el Gobierno para pagar menos contribuciones que las que les impone la ley.

Puntos generales

41. Hacer práctico el juicio de amparo, simplificando los procedimientos.
42. Restitución de la Zona Libre.
43. Establecer la igualdad civil para todos los hijos de un mismo padre, suprimiendo las diferencias que hoy establece la ley entre legítimos e ilegítimos.
44. Establecer, cuando sea posible, colonias penitenciarias de regeneración, en lugar de las cárceles y penitenciarías en que hoy sufren el castigo los delincuentes.
45. Supresión de los jefes políticos.
46. Reorganización de los municipios que han sido suprimidos y robustecimiento del poder municipal.
47. Medidas para suprimir o restringir el agio, el pauperismo y la carestía de los artículos de primera necesidad.
48. Protección a la raza indígena.
49. Establecer lazos de unión con los países latinoamericanos.
50. Al triunfar el Partido Liberal, se confiscarán los bienes de los funcionarios enriquecidos bajo la Dictadura actual, y lo que se produzca se aplicará al cumplimiento del Capítulo de Tierras —especialmente a restituir a los yaquis, mayas y otras tribus, comunidades o individuos, los terrenos de que fueron despojados— y al servicio de la amortización de la Deuda Nacional.
51. El primer Congreso Nacional que funcione después de la caída de la Dictadura anulará todas las reformas hechas a nuestra Constitución por el Gobierno de Porfirio Díaz; reformará nuestra Carta Magna, en cuanto sea necesario para poner en vigor este Programa; creará las leyes que sean necesarias para el mismo objeto; reglamentará los artículos de la Constitución y de otras leyes que lo requieran, y estudiará todas aquellas cuestiones que considere de interés para la Patria, ya sea que están enunciadas o no en el presente Programa, y reforzará los puntos que aquí constan, especialmente en materia de Trabajo y Tierra.

Cláusula especial

52. Queda a cargo de la Junta Organizadora del Partido Liberal dirigirse a la mayor brevedad a los gobiernos extranjeros, manifestándoles, en nombre del Partido, que el pueblo mexicano no quiere más deudas sobre la Patria y que, por tanto, no reconocerá ninguna deuda que bajo cualquiera forma o pretexto arroje la Dictadura sobre la Nación ya contratando empréstitos, o bien reconociendo tardíamente obligaciones pasadas sin ningún valor legal.

Reforma, Libertad y Justicia

St. Louis, Mo., julio 1° de 1906.

Presidente, Ricardo Flores Magón, *Vicepresidente,* Juan Sarabia. *Secretario,*

Antonio I. Villarreal. *Tesorero,* Enrique Flores Magón. *1er. Vocal,* Prof. Librado Rivera. *2o. Vocal,* Manuel Sarabia. *3er. Vocal,* Rosalío Bustamante.

Mexicanos:

He aquí el Programa, la bandera del Partido Liberal, bajo la cual debéis agruparos los que no hayáis renunciado a vuestra calidad de hombres libres, los que os ahoguéis en esa atmósfera de ignominia que os envuelve desde hace treinta años, los que os avergoncéis de la esclavitud de la Patria, que es vuestra propia esclavitud, los que sintáis contra vuestros tiranos esas rebeliones de las almas indóciles al yugo, rebeliones benditas, porque son la señal de que la dignidad y patriotismo no han muerto en el corazón que las abriga.

Pensad, mexicanos, en lo que significa para la Patria la realización de este Programa que hoy levanta el Partido Liberal como un pendón fulgurante, para llamaros a una lucha santa por la libertad y la justicia, para guiar vuestros pasos por el camino de la redención, para señalaros la meta luminosa que podéis alcanzar con sólo que os decidáis a unir vuestros esfuerzos para dejar de ser esclavos. El Programa, sin duda, no es perfecto: no hay obra humana que lo sea; pero es benéfico y, para las circunstancias actuales de nuestro país, es salvador. Es la encarnación de muchas nobles aspiraciones, el remedio de muchos males, el correctivo de muchas injusticias, el término de muchas infamias. Es una transformación radical: todo un mundo de opresiones, corrupciones, de crímenes, que desaparece, para dar paso a otro mundo más libre, más honrado, más justo.

Todo cambiará en el futuro.

Los puestos públicos no serán para los aduladores y los intrigantes, sino para los que, por sus merecimientos, se hagan dignos al cariño del pueblo; los funcionarios no serán esos sultanes depravados y feroces que hoy la Dictadura protege, y faculta para que dispongan de la hacienda, de la vida y de la honra de los ciudadanos: serán, por el contrario, hombres elegidos por el pueblo que velarán por los intereses públicos, y que, de no hacerlo, tendrán que responder de sus faltas ante el mismo pueblo que los había favorecido; desaparecerá de los tribunales de justicia esa venalidad asquerosa que hoy los caracteriza, porque no habrá Dictadura que haga vestir la toga a sus lacayos, sino pueblo que designará con sus votos a los que deban administrar justicia, y porque la responsabilidad de los funcionarios no será un mito en la futura democracia; el trabajador mexicano dejará de ser, como es hoy, un paria en su propio suelo: dueño de sus derechos, dignificado, libre para defenderse de esas explotaciones villanas que hoy le imponen por la fuerza, no tendrá que trabajar más que ocho horas diarias, no ganará menos de un peso de jornal, tendrá tiempo para descansar de sus fatigas, para solazarse y para instruirse, y llegará a disfrutar de algunas comodidades que nunca podría procurarse con los actuales salarios de $0.50 y hasta de $0.25; no estará allí la Dictadura para aconsejar a los capitalistas que roben al trabajador y para proteger con sus fuerzas a los extranjeros que contestan con una lluvia de balas a las pacíficas peticiones de los obreros mexicanos: habrá en cambio un Gobierno que, elevado por el pueblo, servirá al pueblo, y velará por sus

compatriotas, sin atacar a derechos ajenos, pero también sin permitir las extralimitaciones y abusos tan comunes en la actualidad; los inmensos terrenos que los grandes propietarios tienen abandonados y sin cultivo dejarán de ser mudos y desolados testimonios de infecundo poderío de un hombre, y, recogidos por el Estado, distribuidos entre los que quieran trabajarlos, se convertirán en alegres y feraces campos, que darán el sustento a muchas honradas familias: habrá tierras para todo el que quiera cultivarlas, y la riqueza que produzcan no será ya para que la aproveche un amo que no puso el menor esfuerzo en arrancarla, sino que será para el activo labrador que después de abrir el surco y arrojar la semilla con mano trémula de esperanza, levantará la cosecha que le ha pertenecido por su fatiga y su trabajo; arrojados del poder los vampiros insaciables que hoy lo explotan y para cuya codicia son muy pocos los más onerosos impuestos y los empréstitos enormes de que estamos agobiados, se reducirán considerablemente las contribuciones; ahora, las fortunas de los gobernantes salen del Tesoro Público: cuando esto no suceda, se habrá realizado una gigantesca economía, y los impuestos tendrán que rebajarse, suprimiéndose en absoluto, desde luego, la contribución personal y el impuesto sobre capital moral, exacciones verdaderamente intolerables; no habrá servicio militar obligatorio, ese pretexto con que los actuales caciques arrancan de su hogar a los hombres, a quienes odian por su altivez o porque son el obstáculo para que los corrompidos tiranuelos abusen de débiles mujeres, se difundirá la instrucción, base del progreso y del engrandecimiento de todos los pueblos; el Clero, ese traidor impenitente, ese súbdito de Roma y enemigo irreconciliable de las libertades patrias, en vez de tiranos a quienes servir y de quienes recibir protección, encontrará leyes inflexibles, que pondrán coto a sus excesos y lo reducirán a mantenerse dentro de la esfera religiosa; la manifestación de las ideas no tendrá ya injustificadas restricciones que le impidan juzgar libremente a los hombres públicos: desaparece la inviolabilidad de la vida privada, que tantas veces ha sido escudo de la corrupción y la maldad y la paz pública dejará de ser un pretexto para que los gobiernos persigan a sus enemigos: todas las libertades serán restituidas al pueblo y no sólo habrán conquistado los ciudadanos sus derechos políticos, sino también un gran mejoramiento económico; no sólo será un triunfo sobre la tiranía, sino también sobre la miseria. Libertad, prosperidad: he ahí la síntesis del Programa.

¡Pensad, conciudadanos, en lo que significa para la Patria la realización de estos ideales redentores; mirad a nuestro país hoy oprimido, miserable, despreciado, presa de extranjeros, cuya insolencia se agiganta por la cobardía de nuestros tiranos; ved cómo los déspotas han pisoteado la dignidad nacional, invitando a las fuerzas extranjeras a que invadan nuestro territorio; imaginad a qué desastres y a qué ignominias pueden conducirnos los traidores que toleramos en el poder, los que aconsejan que se robe y se maltrate al trabajador mexicano, los que han pretendido reconocer la deuda que contrajo el pirata Maximiliano para sostener su usurpación, los que continuamente están dando pruebas del desprecio que sienten por la nacionalidad de que estamos orgullosos los compatriotas de Juárez y de Lerdo de Tejada! Con-

templad, mexicanos, ese abismo que abre a vuestros pies la Dictadura, y comparad esa negra sima con la cumbre radiosa que os señala el Partido Liberal para que os dispongáis a ascenderla.

Aquí, la esclavitud, la miseria, la vergüenza, allá, la liberación, el bienestar, el honor; aquí, la Patria encadenada, exangüe por tantas explotaciones, sometida a lo que los poderes extranjeros quieran hacer de ella, pisoteada su dignidad por propios y extraños; allá, la Patria sin yugos, próspera, con la prosperidad de todos sus hijos, grande y respetada por la altiva independencia de su pueblo; aquí el despotismo con todos sus horrores; allá la libertad con toda su gloria. ¡Escoged!

Es imposible presentaros con simples y entorpecidas palabras el cuadro soberbio y luminoso de la Patria de mañana, redimida, dignificada, llena de majestad y de grandeza. Pero no por eso dejaréis de apreciar ese cuadro magnífico, pues vosotros mismos lo evocaréis con el entusiasmo si sois patriotas, si amáis este suelo que vuestros padres santificaron con el riego de su sangre, si no habéis renegado de vuestra raza que ha sabido aplastar despotismos y tronos, si no os habéis resignado a morir como esclavos bajo el carro triunfal del cesarismo dominante. Es inútil que nos esforcemos en descorrer a vuestros ojos el velo del futuro, para mostraros lo que está tras él: vosotros miráis lo que pudiéramos señalaros. Vosotros consoláis la tristeza de nuestra actual servidumbre, evocando el cuadro de la Patria libre del porvenir; vosotros, los buenos mexicanos, los que odiáis el yugo, ilumináis las negruras de la opresión presente con la visión radiosa del mañana y esperáis que de un momento a otro se realicen vuestros ensueños de libertad.

De vosotros es de quien la Patria espera su redención, de vosotros, los buenos hijos, los inaccesibles a la cobardía y a la corrupción que los tiranos siembran en torno suyo, los leales, los inquebrantables, los que os sentís llenos de fe en el triunfo de la justicia, responded al llamado de la Patria: el Partido Liberal os brinda un sitio bajo sus estandartes, que se levantan desafiando al despotismo; todos los que luchamos por la libertad os ofrecemos un lugar en nuestras filas; venid a nuestro lado, contribuid a fortalecer nuestro partido, y así apresuraréis la realización de lo que todos anhelamos. Unámonos, sumemos nuestros esfuerzos, unifiquemos nuestros propósitos, y el Programa será un hecho.

¡Utopía!, ¡ensueño! clamarán, disfrazando su terror con filosofías abyectas, los que pretenden detener las reivindicaciones populares para no perder un puesto productivo o un negocio poco limpio. Es el viejo estribillo de todos los retrógrados ante los grandes avances de los pueblos, es la eterna defensa de la infamia. Se tacha de utópico lo que es redentor, para justificar que se le ataque o se le destruya; todos los que han atentado contra nuestra sabia Constitución se han querido disculpar declarándola irrealizable; hoy mismo, los lacayos de Porfirio Díaz repiten esa necesidad para velar el crimen del tirano, y no recuerdan esos miserables que esa Constitución que llaman tan utópica, tan inadecuada para nuestro pueblo, tan imposible de practicar, fue perfectamente realizable para gobernantes honrados como Juárez y Lerdo de Tejada. Para los malvados, el bien tiene que ser irrealizable; para

la bellaquería, tiene que ser irrealizable la honradez. Los corifeos del despotismo juzgarán impracticable y hasta absurdo el Programa del Partido Liberal; pero vosotros, mexicanos que no estaréis cegados por la conveniencia y ni por el miedo; vosotros, hombres honrados que anheláis el bien de la Patria, encontraréis de sencilla realización cuanto encierra ese Programa inspirado en la más rudimentaria justicia.

Mexicanos:

Al proclamar solemnemente su Programa el Partido Liberal, con el inflexible propósito de llevarlo a la práctica, os invita a que toméis parte en esta obra grandiosa y redentora, que ha de hacer para siempre a la Patria libre, respetable y dichosa.

La decisión es irrevocable: el Partido Liberal luchará sin descanso por cumplir la promesa solemne que hoy hace al pueblo, y no habrá obstáculo que no venza ni sacrificio que no acepte por llegar hasta el fin. Hoy os convoca para que sigáis sus banderas, para que engroséis sus filas, para que aumentéis su fuerza y hagáis menos difícil y reñida la victoria. Si escucháis el llamamiento y acudís al puesto que os designa vuestro deber de mexicanos, mucho tendrá que agradeceros la Patria, pues apresuraréis su redención; si véis con indiferencia la lucha santa a que os invitamos, si negáis vuestro apoyo a los que combatimos por el derecho y la justicia, si, egoístas o tímidos, os hacéis con vuestra inacción cómplices de los que nos oprimen, la Patria no os deberá más que desprecio y vuestra conciencia sublevada no dejará de avergonzaros con el recuerdo de vuestra falta. Los que neguéis vuestro apoyo a la causa de la libertad, merecéis ser esclavos.

Mexicanos:

Entre lo que os ofrece el despotismo y lo que os brinda el Programa del Partido Liberal, ¡escoged! Si queréis el grillete, la miseria, la humillación ante el extranjero, la vida gris del paria envilecido, sostened la Dictadura que todo eso os proporciona; si preferís la libertad, el mejoramiento económico, la dignificación de la ciudadanía mexicana, la vida altiva del hombre dueño de sí mismo venida al Partido Liberal que fraterniza con los dignos y los viriles, y unid vuestros esfuerzos a los de todos los que combatimos por la justicia, para apresurar la llegada de ese día radiante en que caiga para siempre la tiranía y surja la esperada democracia con todos los esplendores de un astro que jamás dejará de brillar en el horizonte sereno de la Patria.

Reforma, Libertad y Justicia
Saint Louis, Mo., julio 1° de 1906.

Presidente, *Ricardo Flores Magón.* Vicepresidente, *Juan Sarabia.* Secretario, *Antonio I. Villarreal.* Tesorero, *Enrique Flores Magón,* 1er. Vocal, *Prof. Librado Rivera.* 2o. Vocal, *Manuel Sarabia,* 3er. Vocal, *Rosalío Bustamante.*

MANIFIESTO DEL PARTIDO LIBERAL MEXICANO*
23 de Septiembre de 1911

MEXICANOS:

La Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano ve con simpatía vuestros esfuerzos para poner en práctica los altos ideales de emancipación política, económica y social, cuyo imperio sobre la tierra pondrá fin a esa ya bastante larga contienda del hombre contra el hombre, que tiene su origen en la desigualdad de fortunas que nace del principio de la propiedad privada.

Abolir ese principio significa el aniquilamiento de todas las instituciones políticas, económicas, sociales, religiosas y morales que componen el ambiente dentro del cual se asfixian la libre iniciativa y la libre asociación de los seres humanos que se ven obligados, para no perecer, a entablar entre sí una encarnizada competencia, de la que salen triunfantes, no los más buenos, ni los más abnegados, ni los mejor dotados en lo físico, en lo moral o en lo intelectual, sino los más astutos, los más egoístas, los menos escrupulosos, los más duros de corazón, los que colocan su bienestar personal sobre cualquier consideracion de humana solidaridad y de humana justicia.

Sin el principio de la propiedad privada no tiene razón de ser el Gobierno, necesario tan sólo para tener a raya a los desheredados en sus querellas o en sus rebeldías contra los detentadores de la riqueza social; ni tendrá razón de ser la Iglesia, cuyo exclusivo objeto es estrangular en el ser humano la innata rebeldía contra la opresión y la explotación por la prédica de la paciencia, de la resignación y de la humildad, acallando los gritos de los instintos más poderosos y fecundos con la práctica de penitencias inmorales, crueles y nocivas a la salud de las personas, y, para que los pobres no aspiren a los goces de la tierra y consituyan un peligro para los privilegios de los ricos, prometen a los humildes, a los más resignados, a los más pacientes, un cielo que se mece en el infinito, más allá de las estrellas que se alcanzan a ver...

Capital, Autoridad, Clero: he ahí la trinidad sombría que hace de esta bella tierra un paraíso para los que han logrado acaparar en sus garras por la astucia, la violencia y el crimen, el producto del sudor, de la sangre, de las lágrimas y del sacrificio de miles de generaciones de trabajadores, y un infierno para los que con sus brazos y su inteligencia trabajan la tierra, mueven la maquinaria, edifican las casas, transportan los productos, quedando de esa manera dividida la humanidad en dos clases sociales de intereses diametralmente opuestos: la clase capitalista y la clase trabajadora; la clase que posee la tierra, la maquinaria de producción y los medios de transportación

* Flores Magón, Ricardo, *Vida y obra. Semilla libertaria (artículos).* Tomos I y II. Grupo Cultural «Ricardo Flores Magón». México, 1923, pp. 36-45. (Nota del Editor mexicano)

de las riquezas, y la clase que no cuenta más que con sus brazos y su inteligencia para proporcionarse el sustento.

Entre estas dos clases sociales no puede existir vínculo alguno de amistad ni de fraternidad, porque la clase poseedora está siempre dispuesta a perpetuar el sistema económico, político y social que garantiza el tranquilo disfrute de sus rapiñas, mientras la clase trabajadora hace esfuerzos por destruir ese sistema inicuo para instaurar un medio en el cual la tierra, las casas, la maquinaria de producción y los medios de transportación sean de uso común.

MEXICANOS: El Partido Liberal Mexicano reconoce que todo ser humano, por el solo hecho de venir a la vida, tiene derecho a gozar de todas y cada una de las ventajas que la civilización moderna ofrece, porque esas ventajas son el producto del esfuerzo y del sacrificio de la clase trabajadora de todos los tiempos.

El Partido Liberal Mexicano reconoce, como necesario, el trabajo para la subsistencia, y, por lo tanto, todos, con excepción de los ancianos, de los impedidos e inútiles y de los niños, tienen que dedicarse a producir algo útil para poder dar satisfacción a sus necesidades.

El Partido Liberal Mexicano reconoce que el llamado derecho de propiedad individual es un derecho inicuo, porque sujeta al mayor número de seres humanos a trabajar y a sufrir para la satisfacción y el ocio de un pequeño número de capitalistas.

El Partido Liberal Mexicano reconoce que la Autoridad y el Clero son el sostén de la iniquidad Capital, y, por lo tanto, la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano ha declarado solemnemente guerra a la Autoridad, guerra al Capital, guerra al Clero.

Contra el Capital, la Autoridad y el Clero el Partido Liberal Mexicano tiene enarbolada la bandera roja en los campos de la acción en México, donde nuestros hermanos se baten como leones, disputando la victoria a las huestes de la burguesía, o sean: maderistas, reyistas, vazquistas, científicos y tantas otras cuyo único propósito es encumbrar a un hombre a la primera magistratura del país, para hacer negocio a su sombra sin consideración alguna a la masa entera de la población de México, y reconociendo todas ellas, como sagrado, el derecho de propiedad individual.

En estos momentos de confusión, tan propicios para el ataque contra la opresión y la explotación; en estos momentos en que la Autoridad, quebrantada, desequilibrada, vacilante, acometida por todos sus flancos por las fuerzas de todas las pasiones desatadas, por la tempestad de todos los apetitos avivados por la esperanza de un próximo hartazgo; en estos momentos de zozobra, de angustia, de terror para todos los privilegios, masas compactas de desheredados invaden las tierras, queman los títulos de propiedad, ponen las manos creadoras sobre la fecunda tierra y amenazan con el puño a todo lo que ayer era respetable: Autoridad, Capital y Clero; abren el surco, esparcen la semilla y esperan, emocionados, los primeros frutos de un trabajo libre.

Estos son, mexicanos, los primeros resultados prácticos de la propaganda y de la acción de los soldados del proletariado, de los generosos sostenedores de nuestros principios igualitarios, de nuestros hermanos que desafían toda

imposición y toda explotacion con este grito de muerte para todos los de arriba y de vida y de esperanza para todos los de abajo: ¡Vida, Tierra y Libertad!

La tormenta se recrudece día a día: maderistas, vazquistas, reyistas, científicos, delabarristas os llaman a gritos, mexicanos, a que voléis a defender sus desteñidas banderas, protectoras de los privilegios de la clase capitalista. No escuchéis las dulces canciones de esas sirenas, que quieren aprovecharse de vuestro sacrificio para establecer un Gobierno, esto es, un nuevo perro que proteja los intereses de los ricos. ¡Arriba todos; pero para llevar a cabo la expropiación de los bienes que detentan los ricos!

La expropiación tiene que ser llevada a cabo a sangre y fuego durante este grandioso movimiento, como lo han hecho y lo están haciendo nuestros hermanos los habitantes de Morelos, sur de Puebla, Michoacán, Guerrero, Veracruz, norte de Tamaulipas, Durango, Sonora, Sinaloa, Jalisco, Chihuahua, Oaxaca, Yucatán, Quintana Roo y regiones de otros Estados, según ha tenido que confesar la misma prensa burguesa de México, en que los proletarios han tomado posesión de la tierra sin esperar a que un Gobierno paternal se dignase hacerlos felices, conscientes de que no hay que esperar nada bueno de los Gobiernos y de que «la emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos».

Estos primeros actos de expropiación han sido coronados por el más risueño de los éxitos; pero no hay que limitarse a tomar tan sólo posesión de la tierra y de los implementos de agricultura: hay que tomar resueltamente posesión de todas las industrias por los trabajadores de las mismas, consiguiéndose de esa manera que las tierras, las minas, las fábricas, los talleres, las fundiciones, los carros, los ferrocarriles, los barcos, los almacenes de todo género y las casas queden en poder de todos y cada uno de los habitantes de México, sin distinción de sexo.

Los habitantes de cada región en que tal acto de suprema justicia se lleve a cabo no tienen otra cosa que hacer que ponerse de acuerdo para que todos los efectos que se hallen en las tiendas, almacenes, graneros, etc., sean conducidos a un lugar de fácil acceso para todos, donde hombres y mujeres de buena voluntad practicarán un minucioso inventario de todo lo que se haya recogido, para calcular la duración de esas existencias, teniendo en cuenta las necesidades y el número de los habitantes que tienen que hacer uso de ellas, desde el momento de la expropiación hasta que en el campo se levanten las primeras cosechas y en las demás industrias se produzcan los primeros efectos.

Hecho el inventario, los trabajadores de las diferentes industrias se entenderán entre sí fraternalmente para regular la producción; de manera que, durante este movimiento, nadie carezca de nada, y sólo se morirán de hambre aquellos que no quieran trabajar, con excepción de los ancianos, los impedidos y los niños, que tendrán derecho a gozar de todo.

Todo lo que se produzca será enviado al almacén general en la comunidad del que todos tendrán derecho a tomar TODO LO QUE NECESITEN SEGUN SUS NECESIDADES, sin otro requisito que mostrar una contraseña que demuestre que se está trabajando en tal o cual industria.

Como la aspiración del ser humano es tener el mayor número de satisfacciones con el menor esfuerzo posible, el medio más adecuado para obtener ese resultado es el trabajo común de la tierra y de las demás industrias. Si se divide la tierra y cada familia toma un pedazo, además del grave peligro que se corre de caer nuevamente en el sistema capitalista, pues no faltarán hombres astutos o que tengan hábitos de ahorro que logren tener más que otros y puedan a la larga poder explotar a sus semejantes; además de este grave peligro, está el hecho de que si una familia trabaja un pedazo de tierra, tendrá que trabajar tanto o más que como se hace hoy bajo el sistema de la propiedad individual para obtener el mismo resultado mezquino que se obtiene actualmente; mientras que si se une la tierra y la trabajan en común los campesinos, trabajarán menos y producirán más. Por supuesto que no ha de faltar tierra para que cada persona pueda tener su casa y un buen solar para dedicarlo a los usos que sean de su agrado. Lo mismo que se dice del trabajo en común de la tierra, puede decirse del trabajo en común de la fábrica, del taller, etc.; pero cada quien, según su temperamento, según sus gustos, según sus inclinaciones podrá escoger el género de trabajo que mejor le acomode, con tal de que produzca lo suficiente para cubrir sus necesidades y no sea una carga para la comunidad.

Obrándose de la manera apuntada, esto es, siguiendo inmediatamente a la expropiación la organización de la producción, libre ya de amos y basada en las necesidades de los habitantes de cada región, nadie carecerá de nada a pesar del movimiento armado, hasta que, terminado este movimiento con la desaparición del último burgués y de la última autoridad o agente de ella, hecha pedazos la ley sostenedora de privilegios y puesto todo en manos de los que trabajan, nos estrechemos todos en fraternal abrazo y celebremos con gritos de júbilo la instauración de un sistema que garantizará a todo ser humano el pan y la libertad.

MEXICANOS: por esto es por lo que lucha el Partido Liberal Mexicano. Por esto es por lo que derrama su sangre generosa una pléyade de héroes, que se baten bajo la bandera roja al grito prestigioso de ¡Tierra y Libertad!

Los liberales no han dejado caer las armas a pesar de los tratados de paz del traidor Madero con el tirano Díaz, y a pesar, también, de las incitaciones de la burguesía, que ha tratado de llenar de oro sus bolsillos, y esto ha sido así, porque los liberales somos hombres convencidos de que la libertad política no aprovecha a los pobres sino a los cazadores de empleos, y nuestro objeto no es alcanzar empleos ni distinciones, sino arrebatarlo todo de las manos de la burguesía, para que todo quede en poder de los trabajadores.

La actividad de las diferentes banderías políticas que en estos momentos se disputan la supremacía, para hacer, la que triunfe, exactamente lo mismo que hizo el tirano Porfirio Díaz, porque ningún hombre, por bien intencionado que sea, puede hacer algo en favor de la clase pobre cuando se encuentra en el poder; esa actividad ha producido el caos que debemos aprovechar los desheredados, tomando ventajas de las circunstancias especiales en que se encuentra el país, para poner en práctica, sin pérdida de tiempo, sobre la marcha, los ideales sublimes del Partido Liberal Mexicano, sin esperar a que

se haga la paz para efectuar la expropiación, pues para entonces ya se habrán agotado las existencias de efectos en las tiendas, graneros, almacenes y otros depósitos, y como al mismo tiempo, por el estado de guerra en que se había encontrado el país, la producción se había suspendido, el hambre sería la consecuencia de la lucha, mientras que efectuando la expropiación y la organización del trabajo libre durante el movimiento, ni se carecerá de lo necesario en medio del movimiento ni después.

MEXICANOS: si queréis ser de una vez libres no luchéis por otra causa que no sea la del Partido Liberal Mexicano. Todos os ofrecen libertad política para después del triunfo: los liberales os invitamos a tomar tierra, la maquinaria, los medios de transportación y las casas desde luego, sin esperar a que nadie os dé todo ello, sin aguardar a que una ley decrete tal cosa, porque las leyes no son hechas por los pobres, sino por señores de levita, que se cuidan bien de hacer leyes en contra de su casta.

Es el deber de nosotros los pobres trabajar y luchar por romper las cadenas que nos hacen esclavos. Dejar la solución de nuestros problemas a las clases educadas y ricas es ponernos voluntariamente entre sus garras. Nosotros los plebeyos; nosotros los andrajosos; nosotros los hambrientos; los que no tenemos un terrón donde reclinar la cabeza; los que vivimos atormentados por la incertidumbre del pan de mañana para nuestras compañeras y nuestros hijos; los que, llegados a viejos, somos despedidos ignominiosamente porque ya no podemos trabajar, toca a nosotros hacer esfuerzos poderosos, sacrificios mil para destruir hasta sus cimientos el edificio de la vieja sociedad, que ha sido hasta aquí una madre cariñosa para los ricos y los malvados, y una madrastra huraña para los que trabajan y son buenos.

Todos los males que aquejan al ser humano provienen del sistema actual, que obliga a la mayoría de la humanidad a trabajar y a sacrificarse para que una minoría privilegiada satisfaga todas sus necesidades y aun todos sus caprichos, viviendo en la ociosidad y en el vicio. Y menos malo si todos los pobres tuvieran asegurado el trabajo; como la producción no está arreglada para satisfacer las necesidades de los trabajadores sino para dejar utilidades a los burgueses, éstos se dan maña para no producir más que lo que calculan que pueden expender, y de ahí los paros periódicos de las industrias o la restricción del número de trabajadores, que provienen, también, del hecho del perfeccionamiento de la maquinaria, que suple con ventajas los brazos del proletariado.

Para acabar con todo eso es preciso que los trabajadores tengan en sus manos la tierra y la maquinaria de producción, y sean ellos los que regulen la producción de las riquezas atendiendo a las necesidades de ellos mismos.

El robo, la prostitución, el asesinato, el incendiarismo, la estafa, productos son del sistema que coloca al hombre y a la mujer en condiciones en que para no morir de hambre se ven obligados a tomar de donde hay o a prostituirse, pues en la mayoría de los casos, aunque se tengan deseos grandísimos de trabajar, no se consigue trabajo, o es éste tan mal pagado, que no alcanza el salario ni para cubrir las más imperiosas necesidades del individuo y de la familia, aparte de que la duración del trabajo bajo el presente sistema ca-

pitalista y las condiciones en que se efectúa, acaban en poco tiempo con la salud del trabajador, y aun con su vida, en las catástrofes industriales, que no tienen otro origen que el desprecio con que la clase capitalista ve a los que se sacrifican por ella.

Irritado el pobre por la injusticia de que es objeto; colérico ante el lujo insultante que ostentan los que nada hacen; apaleado en las calles por el polizonte por el delito de ser pobre; obligado a alquilar sus brazos en trabajos que no son de su agrado; mal retribuido, despreciado por todos los que saben más que él o por los que por dinero se creen superiores a los que nada tienen; ante la expectativa de una vejez tristísima y de una muerte de animal despedido de la cuadra por *inservible*; *inquieto ante* la posibilidad de quedar sin trabajo de un día para otro; obligado a ver como enemigo a los mismos de su clase, porque no sabe quién de ellos será el que vaya a alquilarse por menos de lo que él gana, es natural que en estas circunstancias se desarrollen en el ser humano instintos antisociales y sean el crimen, la prostitución, la deslealtad los naturales frutos del viejo y odioso sistema, que queremos destruir hasta en sus más profundas raíces para crear uno nuevo de amor, de igualdad, de justicia, de fraternidad, de libertad.

¡Arriba todos como un solo hombre! En las manos de todos están la tranquilidad, el bienestar, la libertad, la satisfacción de todos los apetitos sanos; pero no nos dejemos guiar por directores; que cada quien sea el amo de sí mismo; que todo se arregle por *el consentimiento mutuo de las individualidades* libres. ¡Muera la esclavitud! ¡Muera el hambre! ¡Vida, Tierra y Libertad!

MEXICANOS: con la mano puesta en el corazón y con nuestra conciencia tranquila, os hacemos un formal y solemne llamamiento a que adoptéis, todos, hombres y mujeres, los altos ideales del Partido Liberal Mexicano. Mientras haya pobres y ricos, gobernantes y gobernados, no habrá paz, ni es de desearse que la haya porque esa paz estaría fundada en la desigualdad *política, económica y social*, de millones de seres humanos que sufren hambre, ultrajes, prisión y muerte, mientras una pequeña minoría goza de toda suerte de placeres y de libertades por no hacer nada.

¡A la lucha!; a expropiar con la idea del beneficio para todos y no para unos cuantos, que esta guerra no es una guerra de bandidos, *sino de hombres* y mujeres que desean que todos sean hermanos y gocen, como tales, de los bienes que nos brinda la Naturaleza y el brazo y la inteligencia del hombre han creado, con la única condición de dedicarse cada quien a un trabajo verdaderamente útil.

La libertad y el bienestar están al alcance de nuestras manos. El mismo esfuerzo y el mismo sacrificio que cuesta elevar a un gobernante, esto es, un *tirano, cuesta la expropiación* de los bienes que detentan los ricos. A escoger, pues: o un nuevo gobernante, esto es, un nuevo yugo, o la expropiación salvadora y la abolición de toda imposición religiosa, política o de cualquier otro orden.

¡TIERRA Y LIBERTAD!

Dado en la ciudad de Los Angeles, Estado de California, Estados Unidos de América, a los 23 días del mes de septiembre de 1911. *Ricardo Flores Magón. Librado Rivera. Anselmo L. Figueroa. Enrique Flores Magón.*

REGENERACION*

Ricardo Flores Magón

A LOS PROLETARIOS

Obreros escuchad: muy pronto quedará rota la infame paz que por más de treinta años hemos sufrido los mexicanos. La calma del momento contiene en potencia la insurrección del mañana. La revolución es la consecuencia lógica de los mil hechos que han constituido el despotismo que ahora vemos en agonía. Ella tiene que venir indefectiblemente, fatalmente, con la puntualidad con que aparece de nuevo el sol para desvanecer la angustia de la noche. Y vais a ser vosotros, obreros, la fuerza de esa revolución. Van a ser vuestros brazos los que empuñen el fusil reivindicador. Vuestra va a ser la sangre que matizará el suelo patrio, como rojas flores de fuego. Si algunos ojos van a llorar su luto y su viudez, esos serán los de vuestras madres, de vuestras esposas, de vuestras hijas. *Vosotros, pues, vais a ser los héroes; vais a ser* la espina dorsal de ese gigante de mil cabezas que se llama insurrección; vais a ser el músculo de la voluntad nacional convertida en fuerza.

La revolución tiene que efectuarse irremisiblemente, y, lo que es mejor todavía, tiene que triunfar, esto es, tiene que llegar sangre y fuego hasta el cubil donde celebran su último festín los chacales que os han devorado en esta larga noche de treinta y cuatro años. Pero ¿eso es todo? ¿No os parece absurdo llegar hasta el sacrificio por el simple capricho de cambiar de amos?

Obreros, amigos míos, escuchad: es preciso, es urgente que llevéis a la revolución que se acerca la conciencia de la época; es preciso, es urgente que encarnéis *en la pugna magna el espíritu del siglo.* De lo contrario, la revolución que con cariño vemos incubarse en nada diferirá de las ya casi olvidadas revueltas fomentadas por la burguesía y dirigidas por el caudillaje militaresco, en las cuales no jugásteis el papel heroico de propulsores conscientes, sino el nada airoso de carne de cañón.

* Publicamos una selección de artículos de Ricardo Flores Magón, editados en su famoso periódico *Regeneración* entre *1910* y *1916 (A.J.C.).*

Sabedlo de una vez: derramar sangre para llevar al poder a otro bandido que oprima al pueblo, es un crimen, y eso será lo que suceda si tomáis las armas sin más objeto que derribar a Díaz para poner en su lugar un nuevo gobernante.

La larga opresión que ha sufrido el pueblo mexicano; la desesperación que se ha apoderado de todos como el resultado de esa opresión, han fecundado en el alma entristecida del pueblo una sola ambición: la de un cambio en los hombres del gobierno. Ya no se soporta a los hombres actuales; se les odia con toda la fuerza de un odio por tanto tiempo comprimido, y la idea fija de un cambio de gobernantes ha venido a empequeñecer los ideales; los principios salvadores han quedado subordinados al solo deseo de cambio en la administración pública. Un ejemplo tristísimo de la verdad de esto se encuentra en ese loco entusiasmo, en esa absurda alegría con que se acogió la candidatura de uno de los funcionarios más perversos, de uno de los verdugos más crueles que ha tenido la nación mexicana: la candidatura de Bernardo Reyes.

Cuando se lanzó esa candidatura, no reflexionó el pueblo mexicano acerca de la personalidad del postulado. Lo interesante para él, para el pueblo, era el cambio. La desesperación popular parecía haberse cristalizado en estas palabras: cualquiera, menos Díaz, y como el que está a punto de rodar hacia un abismo, se asió de la candidatura reyista como de un clavo ardiendo. Por fortuna, si Reyes es ambicioso, al mismo tiempo es cobarde para ponerse frente a Díaz a luchar contra él. Esa cobardía salvó al pueblo mexicano de sufrir una tiranía más cruel, una opresión más salvaje, si cabe, que la que actualmente lamenta.

Para evitar esos lamentables extravíos, es preciso reflexionar. La revolución es inminente: ni el gobierno ni los oposicionistas podrán detenerla. Un cuerpo cae por su propio peso, obedeciendo las leyes de la gravedad; una sociedad revolucionaria, obedeciendo leyes sociológicas incontrastables. Pretender oponerse a que la revolución estalle, es una locura que sólo puede cometer el pequeño grupo de interesados en que no suceda tal cosa. Y ya que la revolución tiene que estallar, sin que nadie ni nada pueda contenerla, bueno es, obreros, que saquéis de ese gran movimiento popular todas las ventajas que trae en su seno y que serían para la burguesía, si, inconscientes de vuestros derechos como clase productora de la riqueza social, figuráseis en la contienda simplemente como máquina de matar y de destruir, pero sin llevar en vuestros cerebros la idea clara y precisa de vuestra emancipación y engrandecimiento sociales.

Tened en cuenta, obreros, que sois los únicos productores de la riqueza. Casas, palacios, ferrocarriles, barcos, fábricas, campos cultivados, todo, absolutamente todo está hecho por vuestras manos creadoras y; sin embargo, de todo carecéis. Tejéis las telas, y andáis casi desnudos; cosecháis el grano, y apenas tenéis un miserable mendrugo que llevar a la familia; edificáis casas y palacios, y habitáis covachas y desvanes; los metales que arrancáis de la tierra sólo sirven para hacer más poderosos a vuestros amos, y, por lo mismo, más pesada y más dura vuestra cadena. Mientras más producís, más po-

bres sois y menos libres, por la sencilla razón de que hacéis a vuestros señores más ricos y más libres, porque la libertad política sólo aprovecha a los ricos. Así pues, si vais a la revolución con el propósito de derribar el despotismo de Porfirio Díaz, cosa que lograréis indudablemente, porque el triunfo es seguro, si os va bien después del triunfo, obtendréis un gobierno que ponga en vigor la Constitución de 1857, y, con ello habréis adquirido, al menos por escrito, vuestra libertad política; pero en la práctica seguiréis siendo tan esclavos como hoy, y como hoy sólo tendréis un derecho: el de reventar de miseria.

La libertad política requiere la concurrencia de otra libertad para ser efectiva: esa libertad es la económica: los ricos gozan de libertad económica y es por ello por lo que son los únicos que se benefician con la libertad política.

Cuando la Junta Organizadora del Partido Liberal Mexicano formuló el programa promulgado en St. Louis, Mo., el 1° de julio de 1906, tuvo la convicción, convicción que tiene todavía, firmísima convicción que guarda con cariño, de que la libertad política debe ir acompañada de la libertad económica para ser efectiva. Por eso se exponen en el programa los medios que hay que emplear para que el proletariado mexicano pueda conquistar su independencia económica.

Si a la lucha que se aproxima no lleváis la convicción de que sois los productores de la riqueza social, y de que por ese hecho tenéis el derecho no sólo de vivir, sino de gozar de todas las comodidades materiales y de todos los beneficios morales e intelectuales de que ahora se aprovechan exclusivamente vuestros amos, no haréis obra revolucionaria tal como la sienten vuestros hermanos de los países más cultos. Si no sois conscientes de vuestros derechos como clase productora, la burguesía se aprovechará de vuestro sacrificio, de vuestra sangre y del dolor de los vuestros, del mismo modo que hoy se aprovecha de vuestro trabajo, de vuestra voluntad y de vuestro porvenir en la fábrica, en el campo, en el taller, en la mina.

Así, pues, obreros, es necesario que os deis cuenta de que tenéis más derechos que los que os otorga la Constitución política de 1857, y, sobre todo, convenceos de que, por el solo hecho de vivir y de formar parte de la humanidad, tenéis el inalienable derecho a la felicidad. La felicidad no es patrimonio exclusivo de vuestros amos y señores, sino vuestro también y con mejor derecho de vuestra parte, porque sois los que producís todo lo que hace amena y confortable la vida.

Ahora sólo me resta exhortaros a que no desmayéis. Veo en vosotros el firme propósito de lanzaros a la revolución para derribar el despotismo más vergonzoso, más odioso que ha pasado sobre la raza mexicana: el de Porfirio Díaz. Vuestra actitud merece el aplauso de todo hombre honrado; pero os repito, llevad al combate la conciencia de que la revolución se hace por vosotros, de que el movimiento obrero se sostiene con vuestra sangre y de que los frutos de esa lucha serán vuestros y de vuestras familias, si sostenéis con la entereza que da la convicción vuestro derecho a gozar de todos los beneficios de la civilización.

Proletarios: tened presente que vais a ser el nervio de la revolución; id a

ella, no como el ganado que se lleva al matadero, sino como hombres conscientes de todos sus derechos. Id a la lucha; tocad resueltamente a las puertas de la epopeya; la gloria os espera impaciente de que no hayáis hecho pedazos todavía vuestras cadenas en el cráneo de vuestros verdugos.
3 de septiembre de 1910.

EL DERECHO DE REBELION

Desde lo alto de su roca el Buitre Viejo acecha. Una claridad inquietante comienza a disipar las sombras que en el horizonte amontonó el crimen, y en la lividez del paisaje parece adivinarse la silueta de un gigante que avanza: es la Insurrección.

El Buitre Viejo se sumerge en el abismo de su conciencia, hurga los lodos del bajo fondo; pero nada halla en aquellas negruras que le explique el porqué de la rebelión. Acude entonces a los recuerdos; hombres y cosas y fechas y circunstancias pasan por su mente como un desfile dantesco: pasan los mártires de Veracruz, pálidos, mostrando las heridas de sus cuerpos recibidas una noche a la luz de un farolillo, en el patio de un cuartel, por soldados borrachos mandados por un jefe borracho también de vino y de miedo; pasan los obreros de *El Republicano*, lívidos, las ropas humildes y las carnes desgarradas por los sables y las bayonetas de los esbirros; pasan las familias de Papantla, ancianos, mujeres, niños, acribillados a balazos; pasan los obreros de Cananea, sublimes en su sacrificio, chorreando sangre; pasan los trabajadores de Río Blanco, magníficos, mostrando las heridas denunciadoras del crimen oficial; pasan los mártires de Juchitán, de Velardeña, de Monterrey, de Acayucan, de Tomóchic; pasan Ordóñez, Olmos y Contreras, Rivero Echegaray, Martínez, Valadés, Martínez Carreón; pasan Ramírez Terrón, García de la Cadena, Ramón Corona; pasan Ramírez Bonilla, Albertos, Kankum, Leyva Lugo; pasan legiones de espectros, legiones de viudas, legiones de huérfanos, legiones de prisioneros, y el pueblo entero pasa, desnudo, macilento, débil por la ignorancia y el hambre.

El Buitre Viejo alisa con rabia las plumas alborotadas por el torbellino de los recuerdos, sin encontrar en éstos el porqué de la revolución. Su conciencia de ave de rapiña, justifica la muerte. ¿Hay cadáveres? La vida está asegurada.

Así viven las clases dominantes: del sufrimiento y de la muerte de las clases dominadas, y pobres y ricos, oprimidos y déspotas, en virtud de la costumbre y de las preocupaciones heredadas, consideran natural este absurdo estado de cosas.

Pero un día uno de los esclavos toma un periódico y lo lee: es un periódico libertario. En él se ve cómo el rico abusa del pobre sin más derecho que el de la fuerza y la astucia; en él se ve cómo el gobierno abusa del pueblo sin otro derecho que el de la fuerza. El esclavo piensa entonces y acaba por concluir que, hoy como ayer, la fuerza es soberana, y, consecuentemente con su

pensamiento, se hace rebelde. A la fuerza no se la domina con razones: a la fuerza se la domina con la fuerza.

El derecho de rebelión penetra en las conciencias, el descontento crece, el malestar se hace insoportable, la protesta estalla al fin y se inflama el ambiente. Se respira una atmósfera fuerte por los efluvios de rebeldía que la saturan y el horizonte comienza a aclararse. Desde lo alto de su roca el Buitre Viejo acecha. De las llanadas no suben los rumores de quejas, ni de suspiros, ni de llantos: es rugido el que se escucha. Baja la vista y se estremece: no percibe una sola espalda: es que el pueblo se ha puesto de pie.

Bendito momento aquel en que un pueblo se yergue. Ya no es el rebaño de lomos tostados por el sol, ya no es la muchedumbre sórdida de resignados y de sumisos, sino la hueste de rebeldes que se lanza a la conquista de la tierra ennoblecida porque al fin la pisan hombres.

El derecho de rebelión es sagrado porque su ejercicio es indispensable para romper los obstáculos que se oponen al derecho de vivir. Rebeldía, grita la mariposa al romper el capullo que la aprisiona: rebeldía, grita la yema al desgarrar la recia corteza que le cierra el paso; rebeldía, grita el grano en el surco al agrietar la tierra para recibir los rayos del sol; rebeldía, grita el tierno ser humano al desgarrar las entrañas maternas; rebeldía, grita el pueblo cuando se pone de pie para aplastar a tiranos y explotadores.

La rebeldía es la vida; la sumisión es la muerte. ¿Hay rebeldes en un pueblo? La vida está asegurada y asegurados están también el arte y la ciencia y la industria. Desde Prometeo hasta Kropotkin, los rebeldes han hecho avanzar a la humanidad.

Supremo derecho de los instantes supremos es la rebeldía. Sin ella, la humanidad andaría perdida aún en aquel lejano crepúsculo que la historia llama la edad de la piedra; sin ella la inteligencia humana hace tiempo que habría naufragado en el lodo de los dogmas; sin ella, los pueblos vivirían aún de rodillas ante los príncipes de derecho divino; sin ella, esta América hermosa continuaría durmiendo bajo la protección del misterioso océano; sin ella, los hombres verían aún perfilarse los recios contornos de esa afrenta humana que se llamó la Bastilla.

Y el Buitre Viejo acecha desde lo alto de su roca, fija la sanguinolenta pupila en el gigante que avanza sin darse cuenta aún del porqué de la insurrección. El derecho de rebelión no lo entienden los tiranos.

10 de Septiembre de 1910

A LA MUJER

Compañeras: la catástrofe está en marcha, airados los ojos, el rojo pelo al aire, nerviosas las manos prontas a llamar a las puertas de la patria. Esperémosla con serenidad. Ella, aunque trae en su seno la muerte, es anuncio de vida, es heraldo de esperanza. Destruirá y creará al mismo tiempo, derri-

bará y construirá. Sus puños son los puños formidables del pueblo en rebelión. No trae rosas ni caricias: trae un hacha y una tea.

Interrumpiendo el milenario festín de los satisfechos, la sedición levanta la cabeza, y la frase de Baltasar se ha convertido con los tiempos en un puño crispado suspendido sobre la cabeza de las llamadas clases directoras.

La catástrofe está en marcha. Su tea producirá el incendio en que arderán el privilegio y la injusticia. Compañeras, no temáis la catástrofe. Vosotras constituís la mitad de la especie humana y, lo que afecta a ésta, afecta a vosotras como parte integrante de la humanidad. Si el hombre es esclavo, vosotras lo sois también. La cadena no reconoce sexos; la infamia que avergüenza al hombre os infama de igual modo a vosotras. No podéis sustraeros a la vergüenza de la opresión: la misma garra que acogota al hombre os estrangula a vosotras.

Necesario es, pues, ser solidarios en la gran contienda por la libertad y la felicidad. ¿Sois madres? ¿Sois esposas? ¿Sois hermanas? ¿Sois hijas? Vuestro deber es ayudar al hombre, estar con él cuando vacila, para animarlo; volar a su lado cuando sufre para endulzar su pena y reír y cantar con él cuando el triunfo sonríe. ¿Qué no entendéis de política? No es ésta una cuestión de política: es una cuestión de vida o muerte. La cadena del hombre es la vuestra. ¿Sois obreras? Por el solo hecho de ser mujer se os paga menos que al hombre y se os hace trabajar más; tenéis que sufrir las impertinencias del capataz o del amo, y si además sois bonitas, los amos asediarán vuestra virtud, os cercarán, os estrecharán a que les deis vuestro corazón, y si flaqueáis, os lo robarán con la misma cobardía con que os roban el producto de vuestro trabajo.

Bajo el imperio de la injusticia social en que se pudre la humanidad, la existencia de la mujer oscila en el campo mezquino de su destino, cuyas fronteras se pierden en la negrura de la fatiga y del hambre o en las tinieblas del matrimonio y la prostitución.

Es necesario estudiar, es preciso ver, es indispensable escudriñar página por página de ese sombrío libro que se llama la vida, agrio zarzal que desgarra las carnes del rebaño humano, para darse cuenta exacta de la participación de la mujer en el universal dolor.

El infortunio de la mujer es tan antiguo, que su origen se pierde en la penumbra de la leyenda. En la infancia de la humanidad se consideraba como una desgracia para la tribu el nacimiento de una niña. La mujer labraba la tierra, traía leña del bosque y agua del arroyo, cuidaba el ganado, ordeñaba las vacas y las cabras, construía la choza, hacía las telas para los vestidos, cocinaba la comida, cuidaba los enfermos y los niños. Los trabajos más sucios eran desempeñados por la mujer. Si se moría de fatiga un buey, la mujer ocupaba su lugar arrastrando el arado, y cuando la guerra estallaba entre dos tribus enemigas, la mujer cambiaba de dueño; pero continuaba, bajo el látigo del nuevo amo, desempeñando sus funciones de bestia de carga.

Más tarde, bajo la influencia de la civilización griega, la mujer subió un peldaño en la consideración de los hombres. Ya no era la bestia de carga del clan primitivo ni hacía la vida claustral de las sociedades del Oriente; su papel

entonces fue el de productora de ciudadanos para la patria, si pertenecía a una familia libre, o de siervos para la gleba, si su condición era de ilota.

El cristianismo vino después a agravar la situación de la mujer con el desprecio a la carne. Los grandes padres de la Iglesia fulminaron los rayos de su cólera contra las gracias femeninas; y San Agustín, Santo Tomás y otros santos, ante cuyas imágenes se arrodillan ahora las pobres mujeres, llamaron a la mujer hija del demonio, vaso de impureza, y la condenaron a sufrir las torturas del infierno.

La condición de la mujer en este siglo varía según su categoría social; pero a pesar de la dulcificación de las costumbres, a pesar de los progresos de la filosofía, la mujer sigue subordinada al hombre por la tradición y por la ley. Eterna menor de edad, la ley la pone bajo la tutela del esposo; no puede votar ni ser votada, y para poder celebrar contratos civiles, forzoso es que cuente con bienes de fortuna.

En todos los tiempos la mujer ha sido considerada como un ser inferior al hombre, no sólo por la ley, sino también por la costumbre, y a ese erróneo e injusto concepto se debe el infortunio que sufre desde que la humanidad se diferenciaba apenas de la fauna primitiva por el uso del fuego y el hacha de sílex.

Humillada, menospreciada, atada con las fuertes ligaduras de la tradición al potro de una inferioridad irracional, familiarizada por el fraile con los negocios del cielo, pero totalmente ignorante de los problemas de la tierra, la mujer se encuentra de improviso envuelta en el torbellino de la actividad industrial que necesita brazos, brazos baratos sobre todo, para hacer frente a la competencia provocada por la voracidad de los príncipes del dinero y echa garra de ella, aprovechando la circunstancia de que no está educada como el hombre para la guerra industrial, no está organizada con las de su clase para luchar con sus hermanos los trabajadores contra la rapacidad del capital.

A esto se debe que la mujer, aun trabajando más que el hombre, gana menos, y que la miseria, y el maltrato y el desprecio son hoy, como lo fueron ayer, los frutos amargos que recoge por toda una existencia de sacrificio. El salario de la mujer es tan mezquino que con frecuencia tiene que prostituirse para poder sostener a los suyos cuando en el mercado matrimonial no encuentra un hombre que la haga su esposa, otra especie de protitución sancionada por la ley y autorizada por un funcionario público, porque prostitución es y no otra cosa, el matrimonio, cuando la mujer se casa sin que intervenga para nada el amor, sino sólo el propósito de encontrar un hombre que la mantenga, esto es, vende su cuerpo por la comida, exactamente como lo practica la mujer perdida, siendo esto lo que ocurre en la mayoría de los matrimonios.

¿Y qué podría decirse del inmenso ejército de mujeres que no encuentran esposo? La carestía de los artículos de primera necesidad, el abaratamiento cada vez más inquietante del precio del trabajo humano, como resultado del perfeccionamiento de la maquinaria, unido todo a las exigencias, cada vez más grandes, que crea el medio moderno, incapacitan al hombre económicamente a echar sobre sí una carga más: la manutención de una familia. La institución del servicio militar obligatorio que arranca del seno de la sociedad

a un gran número de varones fuertes y jóvenes, merma también la oferta masculina en el mercado matrimonial. Las emigraciones de trabajadores, provocadas por diversos fenómenos económicos o políticos, acaban por reducir todavía más el número de hombres capacitados para contraer matrimonio. El alcoholismo, el juego y otros vicios y diversas enfermedades reducen aún más la cifra de los candidatos al matrimonio. Resulta de esto que el número de hombres aptos para contraer matrimonio es reducidísimo y que, como una consecuencia, el número de solteras sea alarmante, y como su situación es angustiosa, la prostitución engrosa cada vez más sus filas y la raza humana degenera por el envilecimiento del cuerpo y del espíritu.

Compañeras: este es el cuadro espantoso que ofrecen las modernas sociedades. Por este cuadro veis que hombres y mujeres sufren por igual la tiranía de un ambiente político y social que está en completo desacuerdo con los progresos de la civilización y las conquistas de la filosofía. En los momentos de angustia, dejad de elevar vuestros bellos ojos al cielo; ahí están aquellos que más han contribuido a hacer de vosotras las eternas esclavas. El remedio está aquí, en la tierra, y es la rebelión.

Haced que vuestros esposos, vuestros hermanos, vuestros padres, vuestros hijos y vuestros amigos tomen el fusil. A quien se niegue a empuñar un arma contra la opresión, escupidle el rostro.

La catástrofe está en marcha. Jiménez y Acayucan, Palomas, Viesca, Las Vacas y Valladolid son las primeras rachas de su aliento formidable. Paradoja trágica; la libertad, que es vida, se conquista repartiendo la muerte.

24 de septiembre de 1910

LA CADENA DE LOS LIBRES

Al leer las constituciones de los pueblos cultos de la tierra, el filósofo no puede menos que sonreír. El ciudadano, según ellas es casi un ser todo poderoso, libre, soberano, amo y señor de presidentes y de reyes; de ministros y de generales; de jueces, magistrados, diputados, senadores, alcaldes, y un verdadero enjambre de grandes y pequeños funcionarios. Y el ciudadano, con un candor que la experiencia no ha podido destruir, se cree libre... porque la ley lo dice.

«Dentro del territorio nacional todos nacen libres», dice nuestra Constitución. ¡Libres!, y con los ojos de la imaginación vemos al peón encorvado sobre el surco: dejó el lecho antes de que saliera el sol; volverá a él mucho después de que haya cerrado la noche. ¡Libre!, y en la fábrica, negra, nauseabunda, estruendosa, se agita la multitud de seres sudorosos, jadeantes, envejecidos en plena edad viril. ¡Libres!, y donde quiera vemos a hombres y mujeres, ancianos y niños trabajar sin descanso para poder llevar a la boca un pedazo de pan, nada más que lo suficiente, lo estrictamente necesario para que el trabajador pueda reanudar sus labores. ¿Sucedía acaso todo lo con-

trario cuando por la ley estaba instituida la esclavitud? ¿Trabaja, siquiera, menos el hombre hoy, que es «ciudadano libre», que cuando era esclavo?

El esclavo era más feliz que lo es hoy el trabajador libre. Como había costado dinero al amo, éste cuidaba al esclavo; la hacía trabajar con moderación, lo alimentaba bien, lo abrigaba cuando hacía frío, y si se enfermaba, lo confiaba a los cuidados de algún médico. Hoy los patrones no se cuidan de la suerte de sus trabajadores. No costándoles dinero la adquisición de éstos, los hacen desempeñar tareas agotadoras que en pocos años acaban con su salud, no importándole que las familias de los trabajadores carezcan de comodidades y de alimentación, porque éstas no les pertenecen.

El trabajador de hoy es esclavo como lo fue el de ayer, con la única diferencia de que tiene la libertad de cambiar de amo; pero esa libertad la paga bien caro desde que no goza de las comodidades, de las atenciones, de los cuidados de que era objeto el esclavo de antaño y su familia. Pero si hay que dolerse de la situación del trabajador moderno, no hay, por eso, que suspirar por los tiempos en que la esclavitud era legal. Debemos buscar los medios más apropiados para destruir el régimen actual, ya que la experiencia nos demuestra que el trabajador de hoy, que lleva pomposamente el nombre de «ciudadano», es un verdadero esclavo sobre el cual no sólo pesa la autoridad del amo, sino que, además, tiene que soportar sobre las débiles espaldas todas las cargas sociales y políticas, de cuyo peso la ley ha librado mañosamente a las clases ricas e ilustradas, para hacerlas caer, con toda su abrumadora pesadumbre, sobre el proletariado exclusivamente.

La esclavitud y el salariado, que son la misma cosa, con la única diferencia del nombre, se fundan en lo que se llama el derecho del capital. Se supone, por la ley, que el capital es de la propiedad del que lo posee, quien, por llamado derecho de accesión, tiene derecho a apropiarse de todo lo que se produzca con ese capital. Pero, ¿tiene alguien derecho a declararse dueño del capital?

El capital, según la economía política, es trabajo acumulado. La maquinaria, los edificios, los buques, las vías férreas, son trabajo acumulado, esto es, obra de trabajadores intelectuales y manuales de todas las épocas hasta nuestros días, y, por lo mismo, no se ve la razón por la cual ese capital debe pertenecer a unos cuantos individuos. El capital, en efecto, es el trabajo de generaciones laboriosas que pusieron su ciencia, su arte o simplemente su trabajo manual para formarlo. La maquinaria moderna no es más que el perfeccinamiento llevado a cabo en ella por generaciones de inventores, de obras, de artistas, cada uno de los cuales puso su parte de trabajo para producir los complicados mecanismos que hoy admiramos, y que, debiendo pertenecer a todos porque son el resultado de una obra colectiva, pertenecen, sin embargo —porque así los dispone la ley, la ley hecha por los ricos— a unos cuantos individuos.

Si el capital es la obra de las generaciones laboriosas de la especia humana, como es indudable, no puede pertenecer a un reducido número de individuos, sino que a todos los que estén dispuestos a seguir los pasos de las generaciones anteriores que se esforzaron en aumentarlo y mejorarlo con su

trabajo personal. Esto es lo que la justicia y la lógica aconsejan: pero la ley, para la cual son estorbos molestos la lógica y la justicia, ordena lo contrario: es por eso por lo que el proletariado tiene que ponerse a las órdenes de un amo para poder vivir, permitiendo que el producto de su trabajo pase casi íntegro a los bolsillos de los detentadores de la riqueza social.

Por eso el filósofo, al leer las constituciones de los pueblos cultos, la nuestra inclusive, no puede menos que sonreír. La palabra «ciudadano» es un sarcasmo, la palabra «libertad» es una ironía, y los tan llevados y traídos derechos del hombre lo amparan todo, menos lo que es esencial, el primordial derecho, sin el cual la especie humana queda a merced de todas las injusticias y es pasto de la miseria, de la prostitución y del crimen: el derecho de vivir.

Todos los derechos están garantizados, menos el de vivir. El derecho a la vida es la base de todos los derechos, y consisten en la facultad que tiene todo ser humano de aprovechar ampliamente, por el solo hecho de venir a la vida, todo lo que existe, sin más obligación que la de permitir a los demás seres humanos que hagan lo mismo, dedicándose todos a la conservación y fomento de la riqueza social.

Veis, proletarios, que tenéis derecho a algo más que la limosna que se os da por vuestro trabajo con el nombre de salario. Tenéis derecho a recibir íntegro el producto de vuestro trabajo, porque el capital es de todos, hombres y mujeres, ancianos y niños. El salario, por lo tanto, es un ultraje: es la cadena de los libres, la cadena que es preciso quebrantar para que la palabra «ciudadano» deje de ser un ultraje por aplicársela a verdaderos esclavos. Si eso se hace, se habrá obtenido la libertad económica.

La tarea, sin embargo, no es fácil. No sólo se oponen a la realización de ese hermoso ideal la ley y sus sostenedores, el fraile, el soldado, el polizonte, el juez y toda la maquinaria gubernamental, sino que, al lado de todo ese sistema opresivo, está la pasividad de las multitudes, la inacción de las masas acostumbradas a la servidumbre y al ultraje hasta el grado de considerar como absolutamente natural y muy en orden que el pobre sea la bestia de carga del rico y que el gobierno sea el padrastro feroz, facultado por la divinidad para castigar a los pueblos. Es necesario que la masa piense de otro modo, que comprenda sus derechos para que esté dispuesta a reivindicarlos, siendo el principal de los derechos el derecho a la vida.

Ardua tarea de educación requiere eso, y no basta con ir a las escuelas oficiales para obtener la educación. Las escuelas oficiales educan al pueblo en el sentido de hacer de cada hombre un sostenedor del sistema actual. Si en las escuelas oficiales se aprendiera a desconocer el derecho que tienen los capitalistas a apropiarse el producto del trabajo de los proletarios, Estados Unidos, por ejemplo, habría dado un paso en la vía de la libertad económica, pues casi todos los norteamericanos saben leer y escribir. Pero en las escuelas se enseña todo lo contrario: se enseña al niño a admirar la destreza con que algunos hombres saben sacar provecho del sudor y la fatiga de sus semejantes, para convertirse en reyes del acero, del petróleo y de otras cosas. En la escuela se enseña al niño que el ahorro y la laboriosidad son el origen de las grandes fortunas de esos Cresos modernos que dejan boquiabiertos a los

imbéciles, cuando la experiencia demuestra que sólo las malas artes, la violencia y el crimen pueden acumular la riqueza en las manos de un hombre.

El pueblo, pues, necesita educación, pero distinta de la educación oficial, cuyos programas han sido sugeridos o dictados por los interesados en perpetuar la esclavitud de los pobres en beneficio de los audaces y de los malvados. La educación de las masas, para que sea verdaderamente provechosa y vaya de acuerdo con las conquistas que ha logrado hacer el pensamiento humano, es preciso que esté a cargo de los trabajadores, esto es, que ellos la costeen y sugieran los programas educacionales. De este modo se conseguirá que la juventud proletaria entre de lleno a la vida, bien armada de las ideas modernas que darán a la humanidad el suspirado bien de la justicia social.

Al lado de la educación proletaria debe estar la unión de los trabajadores, y así, con la unión solidaria de los explotados y su educación, se logrará romper para siempre la cadena maldita que nos hace esclavos a los pobres y amos naturales a los ricos: el salario, y se entregará la humanidad al disfrute libre e inteligente de todo cuanto han podido acumular las generaciones anteriores y que está actualmente en poder de un reducido número de modernos negreros.

Pero para que el proletariado mexicano pueda unirse y educarse, necesita antes que cualquier cosa, algún bienestar material. Las largas horas de trabajo, la insuficiente alimentación, las pésimas condiciones de trabajo y de habitación, hacen que el mexicano trabajador no pueda progresar. Cansado por la labor prolongada, apenas si le queda tiempo para descansar por medio del sueño para reanudar su tarea de presidiario. Por lo mismo, no le queda tiempo para reunirse con sus compañeros de trabajo, y discutir y pensar juntos sobre los problemas comunes al proletariado, ni tiene humor para abrir un libro o leer un periódico obrero. El obrero, así, está absolutamente a merced de la voracidad del capitalismo. Necesario es, por lo mismo, que se reduzcan las horas de trabajo y se aumenten los salarios, al mismo tiempo que se entregue la tierra a todos los pobres, para, de ese modo, crear un ambiente de bienestar propicio a la educación y a la unión de la clase trabajadora.

Pero, para esto, hay que ejercitar la violencia. Enfrente del interés de los desheredados está el interés de los ricos y el interés de los bandidos que están en el poder. Los poseedores de la riqueza no van a permitir por su voluntad que el pueblo tenga algún respiro y cobre aliento para entrar de lleno en la gran lucha contra todo lo que se opone a la emancipación humana. No nos queda otro recurso a los desheredados que recurrir a la fuerza de las armas para formar, con nuestro esfuerzo, un medio mejor en el cual podamos educarnos y unirnos firmemente para las grandes conquistas del porvenir.

Educación y solidaridad, teniendo como base el alivio de las condiciones existentes, será el fruto inmediato de la próxima revolución. Un paso más después de eso, y habremos llegado a los umbrales del ideal.

Bienvenida sea la revolución; bienvenida sea esa señal de vida, de vigor de un pueblo que está al borde del sepulcro.

22 de octubre de 1910

LA REVOLUCION

Está para caer el fruto bien maduro de la revuelta intestina; el fruto amargo para todos los engreídos con una situación que produce honores, riquezas, distinciones a los que fundan sus goces en el dolor y en la esclavitud de la humanidad; pero fruto dulce y amable para todos los que por cualquier motivo han sentido sobre su dignidad las pezuñas de las bestias que en una noche de treinta y cuatro años han robado, han violado, han matado, han enganchado, han traicionado, ocultando sus crímenes bajo el manto de la ley, esquivando el castigo tras la investidura oficial.

¿Quiénes temen la revolución? Los mismos que la han provocado; los que con su opresión o su explotación sobre las masas populares han hecho que la desesperación se apodere de las víctimas; los que con la injusticia y la rapiña han sublevado las conciencias y han hecho palidecer de indignación a los hombres honrados de la tierra.

La revolución va a estallar de un momento a otro. Los que por tantos años hemos estado atentos a todos los incidentes de la vida social y política del pueblo mexicano, no podemos engañarnos. Los síntomas del formidable cataclismo no dejan lugar a la duda de que algo está por surgir y luego por derrumbarse, de que algo va a levantarse y algo está por caer. Por fin, después de treinta y cuatro años de vergüenza, va a levantar la cabeza el pueblo mexicano, y por fin, después de esa larga noche, va a quedar convertido en ruinas el negro edificio cuya pesadumbre nos ahogaba.

Es oportuno ahora volver a decir lo que tanto hemos dicho: hay que hacer que este movimiento, causado por la desesperación, no sea el movimiento ciego del que hace un esfuerzo para librarse del peso de un enorme fardo, movimiento en que el instinto domina casi por completo a la razón. Debemos procurar los libertarios que este movimiento tome la orientación que señala la ciencia. De no hacerlo así, la revolución que se levanta no serviría más que para sustituir un presidente por otro presidente, o lo que es lo mismo un amo por otro. Debemos tener presente que lo que se necestia es que el pueblo tenga pan, tenga albergue, tenga tierra que cultivar; debemos tener presente que ningún gobierno puede decretar la abolición de la miseria. Es el pueblo mismo, son los hambrientos, son los desheredados los que tienen que abolir la miseria, tomando, en primer lugar, posesión de la tierra que, por derecho natural, no puede ser acaparada por unos cuantos, sino que es la propiedad de todo ser humano. No es posible predecir hasta dónde podrá llegar la obra reivindicadora de la próxima revolución; pero si llevamos los luchadores de buena fe el propósito de avanzar lo más posible por ese camino; si al empuñar el winchester vamos decididos, no al encumbramiento de otro amo, sino a la reivindicación de los derechos del proletariado; si llevamos al campo de la lucha armada el empeño de conquistar la libertad económica, que es la base de todas las libertades, que es la condición sin la cual no hay libertad ninguna; si llevamos ese propósito encauzaremos el próximo movimiento popular por un camino digno de esta época; pero si por el afán de triunfar fácilmente; si por querer abreviar la contienda quitamos de nues-

tras tendencias el radicalismo que las hace incompatibles con las tendencias de los partidos netamente burgueses y conservadores, entonces habremos hecho obra de bandidos y de asesinos, porque la sangre derramada no servirá más que para dar mayor fuerza a la burguesía, esto es, a la casta poseedora de la riqueza, que después del triunfo pondrá nuevamente la cadena al proletariado con cuya sangre, con cuyo sacrificio, con cuyo martirio ganó el poder.

Preciso, es, pues, proletarios; preciso es, pues, desheredados, que no os confundáis. Los partidos conservadores y burgueses os hablan de libertad, de justicia, de ley, de gobierno honrado, y os dicen que, cambiando el pueblo los hombres que están en el poder por otros, tendréis libertad, tendréis justicia, tendréis ley, tendréis gobierno honrado. No os dejéis embaucar. Lo que necesitáis es que se os asegure el bienestar de vuestras familias y el pan de cada día; el bienestar de las familias no podrá dároslo ningún gobierno. Sois *vosotros los que tenéis que conquistar esas ventajas, tomando* desde luego posesión de la tierra, que es la fuente primordial de la riqueza, y la tierra no os la podrá dar ningún gobierno, ¡entendedlo bien!, porque la ley defiende el «derecho» de los detentadores de la riqueza; tenéis que tomarlo vosotros a despecho de la ley, a despecho del gobierno, a despecho del pretendido derecho de propiedad; tendréis que tomarlo vosotros en nombre de la justicia natural, en nombre del derecho que todo ser humano tiene a vivir y desarrollar su cuerpo y su inteligencia.

Cuando vosotros estéis en posesión de la tierra, tendréis libertad, tendréis justicia, porque la libertad y la justicia no se decretan: son el resultado de la independencia económica, esto es, de la facultad que tiene un individuo de vivir sin depender de un amo, esto es, de aprovechar para sí y para los suyos el producto íntegro de su trabajo.

Así, pues, tomad la tierra. La ley dice que no la toméis, que es de propiedad particular: pero la ley que tal cosa dice fue escrita por los que os tienen en la esclavitud, y tan no responde a una necesidad general, que necesita el apoyo de la fuerza. Si la ley fuera el resultado del consentimiento de todos, no necesitaría el apoyo del polizonte, del carcelero, del juez, del verdugo, del soldado y del funcionario. La ley os fue impuesta, y contra las imposiciones arbitrarias, apoyadas por la fuerza, debemos los hombres dignos de responder *con nuestra* rebeldía.

Ahora, ¡a luchar! La revolución, incontenible, avasalladora, no tarda en llegar. Si queréis ser libres de veras, agrupaos bajo las banderas libertarias del Partido Liberal; pero si queréis solamente daros el extraño placer de derramar sangre y derramar la vuestra «jugando a los soldados», agrupaos bajo otras banderas, las antirreeleccionistas por ejemplo, que después de que «juguéis a los soldaditos», os pondrán nuevamente el yugo patronal y el yugo gubernamental; pero, eso sí, os habréis dado el gustazo de cambiar al viejo presidente, que ya os chocaba, por otro flamante, acabadito de hacer.

Compañeros, la cuestión es grave. Comprendo que estáis dispuesto a luchar; pero luchad con fruto para la clase pobre. Todas las revoluciones han aprovechado hasta hoy a las clases encumbradas, porque no habéis tenido idea clara de vuestros derechos y de vuestros intereses, que, como lo sabéis,

son completamente opuestos a los derechos y a los intereses de las clases intelectuales y ricas. El interés de los ricos es que los pobres sean pobres eternamente, porque la pobreza de las masas es la garantía de sus riquezas. Si no hay hombres que tengan la necesidad de hacer trabajar a otro hombre, los ricos se verán obligados a hacer alguna cosa útil, a producir algo de utilidad general para poder vivir; ya no tendrán entonces esclavos a quienes explotar.

No es posible predecir, repito, hasta dónde llegarán las reivindicaciones populares en la revolución que se avecina; pero hay que procurar lo más que se pueda. Ya sería un gran paso hacer que la tierra fuera de propiedad de todos; y si no hubiera fuerza suficiente o suficiente conciencia entre los revolucionarios para obtener más ventaja que ésa, ella sería la base de reivindicaciones próximas que por la sola fuerza de las circunstancias conquistaría el proletariado.

¡Adelante, compañeros! Pronto escucharéis los primeros disparos; pronto lanzarán el grito de rebeldía los oprimidos. Que no haya uno solo que deje de secundar el movimiento, lanzando con toda la fuerza de la convicción este grito supremo: ¡Tierra y Libertad!

19 de noviembre de 1910*

EL GOBIERNO Y LA REVOLUCION ECONOMICA

Al trote andan los señores del gobierno mexicano tratando de resolver, a su manera, el problema del hambre.

Cuando los que gobiernan consideran serias las aspiraciones de los pueblos, se apresuran a obrar de una manera que, sin comprometer los intereses de la clase rica —de los que son celosos guardianes—, calme, aunque sea por un momento, el ímpetu revolucionario de las masas.

Ya nadie niega en México que la revolución marcha a pasos agigantados hacia el comunismo. El espanto de la burguesía se refleja en su prensa. *El Imparcial* de 30 de agosto, en un editorial titulado «El Plan de Texcoco y la revolución es la revolución», asegura que el sentimiento que ha predominado en la actual revolución es el de la expropiación de la tierra de las manos de los ricos, y juzga, por lo tanto, natural, que los habitantes de varios estados de la República estén tomando posesión de la tierra —palabras textuales— «sin permiso de sus dueños».

La intensa agitación que están provocando en todo el país los grupos liberales armados; los diarios combates que éstos sostienen contra las fuerzas maderistas y federales, el clamor inquietante de todo un pueblo que no quiere otra cosa sino ¡tierra!, ¡tierra!, ¡tierra!, han hecho que el gobierno simule

*Como se ve por la fecha, este artículo fue escrito 24 horas antes de que estallara la revolución. (Nota de Armando Bartra).

preocuparse por los pobres, y, según la prensa burguesa, está ya por resolverse el problema agrario.

Dicen los periódicos capitalistas que el gobierno va a comprar vastas extensiones territoriales, las que serán fraccionadas y repartidas entre agricultores pobres, *QUE TENDRAN QUE PAGARLAS en plazos más o menos* largos.

Esto, mexicanos, en una engañifa miserable de vuestros verdugos. Tengamos bien entendido que no tratamos de comprar tierra, sino de tomarla desconociendo el derecho de propiedad.

Lo que el gobierno llama solución del problema agrario no es tal solución, porque de lo que se trata es de crear una pequeña burguesia rural, quedando de ese modo la tierra en más manos, sin duda, de *lo que lo está actualmente*; pero no en manos de todos y cada uno de los habitantes de México, hombres y mujeres. De lo que se trata es que todos sean dueños de la tierra y no unos cuantos que tengan con qué pagarla.

Por otra parte, el gobierno se daría maña para que los agricultores pobres no pudiesen hacer sus pagos, y entonces serían recogidas las tierras por falta de pago, y los pobres quedarían tan pobres como siempre, o peor. Pero aun suponiendo que no se tuviese que pagar nada por un pedazo de tierra, ¿de dónde podrían sacar elementos los pobres, tanto para cultivarlas como para sostenerse ellos y sus familias durante el tiempo que transcurre desde que se comienzan los trabajos hasta la recolección de las cosechas? ¿No tendrían que pedir fiado al tendero, al agiotista, a todo el mundo, de manera que al levantar sus cosechas nada aprovecharían de ellas? Y, por el solo hecho de no quedar abolido el derecho de propiedad individual, ¿no quedarían los agricultores pobres a merced, como siempre, del poder absorbente del gran capital? Los grandes propietarios rurales harían una terrible competencia a los labradores pobres, competencia que éstos no podrían resistir y se verían obligados a abandonar el pedazo de tierra que la hipocresía gubernamental hubiera puesto en sus manos en los momentos del peligro para el principio de autoridad, como es el actual.

No os dejéis engañar, mexicanos, por los que, temerosos de vuestra acción revolucionaria, tratan de adormeceros con reformitas que no salvan. El gobierno ha comprendido que os rebeláis porque tenéis hambre, y trata de calmar vuestra hambre con una migaja de pan.

Entended que hay que abolir el derecho de propiedad privada de la tierra y de las industrias, para que todo: tierra, minas, fábricas, talleres, fundiciones, aguas, bosques, ferrocarriles, barcos, ganados, sean de propiedad colectiva, dando muerte de ese modo a la miseria, muerte al crimen, muerte a la prostitución. Todo eso hay que hacerlo por la fuerza a sangre y fuego.

Los trabajadores por si solos, sin amos, sin capataces, deben continuar moviendo las industrias de toda clase, y se concertarán entre si los trabajadores *de las diferentes industrias* para organizar la producción y la distribución de las riquezas. De esa manera nadie carecerá de nada durante la presente revolución.

9 de septiembre de 1911

No hay que ser masa, esto es, no hay que participar de los prejuicios, de las preocupaciones, de los errores, de las costumbres de las multitudes inconscientes. La masa tiene la firme creencia de que es necesario un jefe o un caudillo que esté a su cabeza, que la conduzca hacia su destino, que la lleve a la tiranía o a la libertad, la cuestión es que la guíe con caricias o salivazos, por la buena o por la mala.

Esta costumbre, tan arraigada en el ser humano, es fuente de inagotables males para la causa de la redención de la especie humana. La vida, la honra, el bienestar, el porvenir, la libertad, todo es puesto en las manos del hombre que la hace de jefe. Es el jefe el que tiene que pensar por todos, es el jefe el encargado del bienestar y la libertad de la masa en general y del individuo en particular; de lo que resulta que los millones de cerebros de la masa, no piensan, pues, que el jefe es el encargado de pensar por todos. Esto da lugar a que las masas se vuelvan pasivas, de que no salga de ellas ninguna iniciativa, y de que lleven a rastras una existencia de rebaño, halagado por los políticos y los aspirantes a puestos públicos en tiempos de elecciones, para apalearlo cuando éstas han pasado; engañado con promesas por los ambiciosos, en tiempos de acción revolucionaria, para premiar su sacrificio con puntapiés después de la victoria.

No hay que ser masa: hay que ser conjunto de individualidades pensantes unidas entre sí para conseguir fines comunes a todos; pero que cada uno, sea hombre o sea mujer, piense con su propia cabeza, que cada uno haga esfuerzos para dar una opinión sobre lo que es preciso hacer para obtener el logro de nuestras aspiraciones, que no son otras que la libertad de todos fundada en la libertad de cada uno; el bienestar de todos, fundado en el bienestar de cada uno, y para llegar a esto, necesario es destruir lo que se le opone: la desigualdad, haciendo que la tierra, las herramientas, las máquinas, las provisiones y las casas, todo cuanto existe, ya sea producto natural o producto de la industria y de la inteligencia del hombre, pasen de las pocas manos que actualmente las tienen, a las manos de todos, hombres y mujeres, para producir en común, cada quien según sus fuerzas o aptitudes, y consumir cada quien según sus necesidades.

Para lograr esto no hacen falta los jefes, antes bien estorban, porque el que es jefe quiere predominar, quiere que se le obedezca, quiere estar sobre los demás, y nunca un jefe podrá ver con buenos ojos la intención de los pobres de instaurar un sistema social basado en la igualdad económica, política y social, del ser humano. Un sistema de esta clase no garantiza a los jefes la vida ociosa y fácil que ellos quieren llevar, llena de honores y de gloria, a costa de los sacrificios de los humildes.

Así pues, hermanos mexicanos, aprended a obrar con vuestra propia iniciativa para llevar al terreno de la práctica los principios generosos consignados en nuestro Manifiesto del 23 de septiembre de 1911.

Nosotros no nos consideramos como vuestros jefes, y nos entristecería que vosotros vierais en nosotros jefes a quienes seguir, y sin los cuales no os arries-

gárais a hacer algo en pro de la causa. Nosotros estamos a punto de ir a presidio, no porque seamos criminales, sino porque no nos vendemos a los ricos ni a la autoridad, porque no queremos ser vuestros tiranos aceptando puestos públicos o fajos de billetes de banco para convertirnos en burgueses y explotar vuestros brazos. Nosotros no nos consideramos como vuestros jefes, sino como vuestros hermanos, e iremos contentos a presidio si portándoos como trabajadores conscientes, no desmayáis en vuestra actitud enfrente del capital y de la autoridad. No seáis masa, mexicanos; no seáis multitud que arrastra el político o el burgués o el caudillo militar. Pensad cada uno con vuestra cabeza y obrad según lo que vuestro pensamiento os dicte.

No os desaniméis cuando nos veáis separados de vosotros por las negras puertas del presidio. Entonces os faltará nuestra palabra amiga y nada más; pero abnegados compañeros continuarán publicando *Regeneración*. Prestadles vuestro apoyo, porque ellos van a continuar esta obra de propaganda, que es necesario que cada vez sea más extensa y más radical.

No hagáis lo que hicisteis el año pasado cuando fuimos arrestados; entonces se enfriaron vuestros entusiasmos, se debilitaron vuestros propósitos de ayudar por todos los medios a la destrucción del sistema capitalista y autoritario, habiendo sido muy pocos los que permanecieron firmes. Sed firmes ahora; no os fijéis en nuestras personalidades, y, con renovado brío, prestad vuestro apoyo material y personal a la revolución del pobre contra el rico y la autoridad.

Que cada uno de vosotros sea el jefe de sí mismo; que no haya necesidad de que se les empuje a continuar la lucha. No os nombréis jefes; simplemente tomad posesión de la tierra y de todo cuanto existe y poneos a producir, libres del amor y de la autoridad. De esa manera la paz se hará por sí sola, como el resultado natural del bienestar y de la libertad de todos; pero si, preocupados por la maldita educación burguesa, que hace creer que es imposible vivir sin autoridad, admitís otra vez que se encarame sobre vuestros hombros poderosos un nuevo gobernante, continuará la guerra porque quedarán en pie los mismos males que hoy os tienen sobre las armas: la miseria y la tiranía.

Leed todos nuestro Manifiesto de 23 de septiembre de 1911, y gritad: ¡Muera el capital! ¡Muera la autoridad! ¡Viva Tierra y Libertad!

15 de junio de 1912

ZAPATA Y VILLA

La ruptura entre Villa y Carranza, ruptura que existe a pesar de los convenios de Torreón que se dice tuvieron por efecto la reanudación de las amistades entre los dos bandidos, está dando lugar a rumores de toda especie. Uno de ellos es que Villa va a tener arreglos con el revolucionario suriano Emiliano Zapata, para seguir la revolución por su cuenta.

Tal rumor encierra un absurdo. Nosotros conocemos la sinceridad de Emiliano Zapata como revolucionario. Zapata practica la expropiación en bene-

ficio de todos, mientras que Villa es un perro de la burguesía y fusila al proletario que toma una pieza de pan para mitigar su hambre. Zapata comprende que la toma de posesión de la tierra por los trabajadores para trabajarla sin amos, es la base firme sobre la cual tiene que descansar la libertad de los proletarios, y consecuente con sus ideas, no se opone a que los habitantes de las regiones en que operan sus fuerzas, se apoderen de la tierra y la trabajen para ellos mismos, mientras en la región dominada por Villa, los trabajadores no cuentan ni con la tierra necesaria para cubrir sus cuerpos después de muertos.

Hablar de uniones entre Villa y Zapata es absurdo. Villa es un bandido, porque cuida los intereses de la burguesía; Zapata es un revolucionario honrado y sincero, porque arrebata la riqueza de manos de la burguesía y la entrega a sus verdaderos dueños: los pobres.

11 de julio de 1914

¡MUERA LA PROPIEDAD INDIVIDUAL!

Ya es tiempo de que todos se cercioren de que la paz en México no puede ser el resultado de triunfos militares ni de encumbramientos de caudillos más o menos populares, más o menos enérgicos, más o menos inteligentes. La paz en México tiene que ser el resultado de la desaparición de la miseria y de la tiranía, hijas legítimas de este mal social: el derecho de propiedad individual. Mientras este infame derecho siga subsistiendo, no podrá haber paz; es materialmente imposible que la haya, porque la subsistencia de ese derecho es lo que hace posible que la humanidad esté dividida en dos clases: la de los ricos y la de los pobres, la de los hartos y la de los hambrientos, la de los que todo lo tienen y la de los que carecen de todo. Dése muerte al derecho de propiedad individual, y la paz se hará por sí sola; no se impida que el pueblo tome posesión de la tierra, la maquinaria, las casas, los medios de transportación y los víveres almacenados, y la paz será el resultado.

Pero si se quiere la paz y al mismo tiempo se deja vivo el derecho de propiedad individual, fuente del crimen, de la miseria y de la tiranía la guerra continuará su curso, nadie podrá detenerla, ninguna fuerza podrá aniquilarla porque continuarán en pie sus causas fundamentales, aquellas que pusieron el fusil y la dinamita en las manos del hijo del pueblo; las que llenaron de desesperación y amargura el pecho del proletario; las que destronaron a Porfirio Díaz e hicieron posible la ejecución de Francisco I. Madero; las que aventaron a Huerta a las playas de España y sacuden el trono de Venustiano Carranza; las que dan combustible al admirable movimiento zapatista y hacen que se sostenga con vida el Partido Liberal mexicano.

Nadie ignora ya cuáles son las causas de la revolución mexicana: la miseria y la tiranía; y así como cayeron Díaz, Madero y Huerta, caerá Carranza y continuarán cayendo en rápida sucesión, todos los gobernantes de México, porque ninguno de ellos podrá dar al pueblo lo que necesita: pan.

Cualquier reforma que pretenda acabar con la miseria y la tiranía no pasará de ser una píldora dorada que atenuará por cierto término el malestar de los de abajo, de los que han hecho la revolución, de los proletarios para decirlo de una vez; pero el mal no será extirpado sino cuando los trabajadores, los pobres, los plebeyos hayan abierto los ojos y adopten los principios contenidos en el Manifiesto de 23 de septiembre de 1911, esto es, cuando desencantados de todas las promesas; desilusionados de la tendencia arraigadísima de seguir a caudillos que les den lo que ellos por sus propias manos deben tomar, despachen enhoramala a jefes y mandones, y, con el arma preparada, griten: «¡Abajo la propiedad individual! ¡Todo cuanto existe debe ser para todos!»

Y este debe ser el fin de la revolución; este tiene que ser el fin de la contienda: la abolición del derecho de propiedad privada. Extraviadas las mentes por la educación que se recibe en las escuelas; envenenadas las inteligencias desde la cuna, aunque no se asista después a las escuelas, con una enseñanza que nos impulsa a cada uno a hacernos de dinero para ser burgueses y explotar a la vez a los que no lo tienen, los mismos proletarios somos los defensores del derecho de propiedad privada, sin darnos cuenta de que si uno logra emanciparse de la miseria, bajo el sistema de la propiedad privada, son millones los que permanecen eternamente esclavizados bajo su yugo.

Si la revolución mexicana muriera ahogada bajo un ambiente de reformas económicas, políticas o de la especie que fueren, resucitaría, andando el tiempo, para dar muerte definitiva a la causa de todos los males, al origen de todas las tiranías, al derecho de propiedad privada o individual. De manera que otra revolución nos amenaza si no queremos, de una vez por todas, acabar con la causa de ellas.

Si por extravío, o por cualquiera otra razón, el pueblo mexicano admite como la solución de este conflicto de cuatro años, la división de la tierra y su reparto en lotes a los pobres, bien pronto tendrán su desengaño. Dejando vivo el derecho a la propiedad privada o individual, suponiendo que hubiere tierra suficiente para que cada familia tuviera un pedazo de ella, cosa que es materialmente imposible, a la vuelta de poco tiempo ya toda o casi toda ella estaría de vuelta en manos de acaparadores y de prestamistas, pues los agraciados con el reparto tendrían que pedir dinero prestado a los capitalistas para proveerse de los útiles indispensables para trabajar, del albergue para guarecerse y de los víveres necesarios para poder subsistir ellos y sus familias, hasta que pudieran levantar la primera cosecha. Tendrían, pues, que depender del rico, lo mismo que antes, y lo que antes se les robaba en las tiendas de raya, lo que antes se quedaba en las uñas de los patrones, ahora quedaría en manos de los agiotistas y de los banqueros, suponiendo que un gobierno «paternal» impulsara la formación de bancos agrícolas para el fomento de la agricultura en pequeña escala.

Bien se ve que la solución del grave problema que tenemos enfrente los mexicanos no es el reparto de tierras a los que quieran cultivarlas, pues si no tienen recursos los agraciados para poderse sostener mientras se levanta la primera cosecha, tendrán que echarse en manos de los capitalistas quieran

o no quieran, si como hombres no toman de una vez posesión de toda la riqueza social: tierra, casas, máquinas, víveres, etcétera, para poder subsistir sin depender de nadie.

La solución no es tampoco la repartición de las tierras en lotes que tengan que ser pagados por los poseedores de ellos en determinados plazos, pues compras de esa naturaleza pueden ser llevadas a cabo en tiempos de paz sin necesidad de quebrarse la cabeza o quebrársela a otros en campos de batalla.

Además, el trabajo de un hombre sobre un pedazo de tierra, aun suponiendo que su familia le ayude, es un trabajo que equivale al trabajo bajo las órdenes de un patrono, y a veces es más duro todavía si se lleva a cabo el sistema del derecho de propiedad privada o individual, pues tiene que producir lo necesario para comer él y su familia y un excedente para pagar las contribuciones que el gobierno exige para engordar a diputados, senadores, jueces, magistrados, polizontes, soldados, carceleros, y todo un enjambre de grandes y pequeños funcionarios, que no tienen otra misión que tener a raya a los pobres, de posibles atentados contra la clase capitalista.

La solución del problema, en consecuencia, no es la adquisición individual de un pedazo de tierra, sino la adquisición de toda la tierra haciéndola la propiedad de todos y cada uno de los habitantes de México, hombres y mujeres, para trabajar en común por todos cuantos quieran hacerlo.

Poseída y trabajada en común la tierra, los que se dediquen a ese trabajo encontrarán que con unas tres o cuatro horas de trabajo agradable diariamente, y durante unos cuantos meses al año, producirán no solamente lo necesario para mantenerse ellos y sus familias, sino que tendrán un excedente que podrán cambiar con otros productores, por útiles para el trabajo, vestidos, alimentos variados, casas y otras muchas cosas que ellos no hayan producido. De esa manera se establecerá un intercambio de productos que dejaría satisfechas todas las necesidades.

Para que este intercambio de productos pueda ser llevado a cabo, es bueno que no solamente la tierra sea libre y esté poseída en común por los campesinos, sino que también las minas, las fábricas, los ferrocarriles, etcétera, sean propiedad de todos los trabajadores. En una palabra: es necesario que todos los medios de producción y de transporte queden en poder del proletariado, para beneficio de todos.

No podrá ser resuelto de otra manera el problema económico mexicano. Cualquiera solución que pretenda dársele, sin que tenga como base el comunismo, tanto en la producción como en el consumo, será un fracaso. Evitemos ese fracaso, hermanos revolucionarios, evitémoslo simplemente con no poner obstáculos a los instintos genuinamente comunistas de las masas proletarias rurales de México, elaborando proyectos de reformas que solamente conducen a convertir en fracaso este hermoso movimiento que ha podido sostenerse en pie por cuatro años.

Si es un espíritu de justicia la fuerza que anima a este movimiento grandioso, como no cabe duda que lo es, no traicionemos la revolución con soluciones arbitrarias y abiertamente en contra de ese espíritu de justicia.

La anhelada paz se retarda si no dejamos al pueblo en libertad según sus

instintos. Demos muerte al llamado derecho de propiedad privada o individual, y veremos cómo no solamente quedará eliminada la miseria, sino también este otro mal: la autoridad.

La autoridad tiene razón de ser bajo el sistema de propiedad privada o individual, pues está ella encargada de hacer perdurar la desigualdad social impidiendo que los pobres se echen sobre los ricos.

Matemos el derecho de propiedad privada, y veremos cómo se revuelca agonizante a nuestros pies la autoridad herida de muerte.

11 de noviembre de 1914

CARRANZA SE DESPOJA DE LA PIEL DE OVEJA

La terrible crisis económica por la cual atraviesa únicamente la región dominada por las fuerzas de Venustiano Carranza, pues en las regiones donde operan los revolucionarios expropiadores reinan la abundancia y el bienestar, ha dado lugar a que los obreros reclamen el aumento de sus salarios, porque los que actualmente obtienen por su trabajo no les bastan para cubrir las necesidades más imperiosas de la vida.

El papel moneda, expedido hace unos tres meses por Carranza, no tiene aceptación en el mercado, o se le recibe por los comerciantes con un descuento enorme, y como a los obreros les hacen sus pagos en dicho papel, resulta que con él no pueden obtener lo necesario para su subsistencia y la de sus familias, porque el gobierno carrancista ha dado a cada peso de su moneda el valor de veinte centavos oro nacional; pero los banqueros sólo lo reciben a razón de diez centavos oro, y el comerciante que tiene que hacer sus pagos al banquero lo recibe del proletariado a razón de cinco o de menos centavos, quintuplicando y aun decuplicando el precio de los artículos de primera necesidad.

LAS CONSECUENCIAS

La depreciación del valor de los billetes carrancistas, o de los bilimbiques como pintorescamente los ha bautizado el pueblo, ha dado como resultado la extrema miseria de los proletarios que tienen la desgracia de residir en territorio dominado por el carrancismo, y los sindicatos obreros acordaron solicitar de los patronos el pago de los salarios a base de oro nacional, conforme a las tarifas de 1914, más un cincuenta por ciento de aumento en razón de la carestía de la vida.

Los sindicatos obreros del Distrito Federal tomaron la iniciativa, y enviaron a los patronos un ultimátum para que accediera a sus demandas con la amenaza de declarar el paro general de los trabajos en caso de negarse a satisfacerlas.

Todo hombre honrado vio con simpatía las demandas de los trabajadores del Distrito Federal, menos Carranza, porque es un bandido, y los burgueses, porque no son hombres: son aves de rapiña voraces, crueles, incapaces de sentir piedad ni remordimiento.

Y mientras los pechos obreros se henchían con la esperanza de un átomo de justicia para ellos; mientras en las pobres viviendas las familias proletarias comentaban la acción de los sindicatos de la que esperaban que resultaría un bocado más de pan para los padres envejecidos y los tiernos niños, o unos metros de manta para cubrir las desnudeces de los seres queridos que forman el hogar, Carranza convocaba a sus lacayos en la prensa y los reunía para ordenarles el comienzo de una campaña de oprobio contra la clase trabajadora, campaña que le serviría para preparar la opinión de una manera favorable a los atentados que más tarde iba a cometer en las personas de proletarios inteligentes, de los que más se han distinguido por su actividad en las luchas contra el capitalismo.

¡ES NATURAL!

Carranza, como gobernante, tenía que resentir las exigencias de los trabajadores con sus patrones. Carranza, como todo gobernante, tiene que ser el apoyo leal del capitalista. Así, pues, su prensa, la que él paga con el oro que es el sudor y la sangre de los trabajadores; aquella misma prensa cuyos alardes libertarios sirvieron para formarle una aureola de obrerismo, se volvió airada contra los trabajadores. Ya no era la revolución la obra de los oprimidos, de los hambrientos, de los miserables como lo proclamaron a voz en cuello los propagandistas de Carranza antes de que éste fuera reconocido como gobernante de México por la burguesía internacional. Ahora la revolución era la obra de todas las clases sociales, como si los explotadores hubieran sufrido opresión y miseria; como si el hacendado, el industrial, el comerciante, el propietario y el banquero hubieran sufrido la desnudez y el hambre de los hijos del pueblo; como si los parásitos hubieran recibido en sus lomos los dardos del sol y los garrotazos del capataz; como si las hijas de la burguesía hubieran sido las pupilas de los burdeles, y carne burguesa hubiera sido la que se pudría en los presidios, en los cuarteles o pendiente de una soga en las ramas de los árboles.

Desvirtuando el origen y la finalidad de la revolución, dice el diario carrancista de la ciudad de México, *El Pueblo*, que es uno de los diarios pagados por Carranza con dinero del pueblo, en su edición del 25 de julio próximo pasado: «La Revolución constitucionalista... no ha sido una revolución hecha exclusivamente para el obrero... Las revoluciones se hacen con todos los elementos nacionales, y éstos deben estar armonizados tanto en la lucha como en los periodos de organización y reconstrucción».

EMBAUCAMIENTO

Extraña teoría esa que asienta *El Pueblo*. El pobre periódico asalariado, en su afán de justificar la tiranía de Carranza y la explotación burguesa, falsea la verdad de manera lastimosa, con tan poco seso, que queda en ridículo; porque las revoluciones no son el resultado de un acuerdo tenido por todos los elementos nacionales, sino el producto del descontento y de la desesperación de uno de los elementos nacionales sobre el cual pesa otro elemento que lo explota y tiraniza. Mal pueden armonizarse elementos que están en pugna. No fueron los hacendados, los industriales, los banqueros, los ricos los que se levantaron en armas, sino el pueblo pobre, el peladaje, la plebe, contra sus opresores los ricos y los gobernantes. ¿Qué armonía puede ser posible entre los dos elementos: el que explota y el que sufre la explotación, el que tiraniza y el que sufre la tiranía? ¡Ninguna!

No pueden, pues, haberse concertado pobre y ricos para hacer la revolución mexicana, ni se concertarán jamás. Entre las dos clases sociales: la de los trabajadores y la de los parásitos, no debe haber otra cosa en común que el odio recíproco, y la revolución sólo habrá cumplido su misión cuando la clase parasitaria, la clase burguesa haya dejado de existir, no antes. La revolución mexicana, no es «constitucionalista»; eso es un embaucamiento. La revolución es social porque ha sido el resultado de la desigualdad económica, y, por lo tanto, política y social del proletariado mexicano.

¡INFAMIA!

El empeño de Carranza era hacer desistir a los trabajadores del Distrito Federal de su propósito de declarar la huelga contra sus patrones si no se les pagaban sus salarios a base de oro nacional, y, para seguir su objeto, su prensa servil publicaba sendos editoriales aconsejando paternalmente unas veces, o amenazando brutalmente otras, a los proletarios, cuando no los insultaba o trataba de convencerlos de que eran pequeños, insignificantes y nulos.

Acción Mundial, de la ciudad de México, el papasal de Gerardo Murillo, alias «Doctor Atl», hoja carrancista que como su compinche, *El Pueblo*, vive con el oro que Carranza hace sudar al pueblo mexicano, decía el 24 de julio tratando de impedir la huelga proyectada: «En el asunto especial de que tratamos hoy, la conducta de los obreros organizados ha debido ser muy distinta. No es dictando cada mes o cada dos o tres meses órdenes conminatorias a los directores de industrias o de negocios, como puede resolverse el problema económico de actualidad. Ese problema debe profundizarse, estudiarse en todos sus detalles y exponerlo a la consideración del gobierno con datos que sean irrefutables y sin tomar medidas que ocasionen el menor trastorno público».

Así habla ahora el payaso que, para dar barniz libertario al mezquino movimiento carrancista, se desgañitaba tronando contra los tres enemigos de la especie humana: capital, autoridad, iglesia. Ahora el mismo Atl aconseja a los trabajadores que sometan sus problemas a la consideración del gobierno,

¡del enemigo natural y lógico de la clase trabajadora; del guardián celoso de los intereses de la clase capitalista!

LA HUELGA

Los obreros no se dejaron embaucar por los carrancistas, y vencido el término fijado a las empresas industriales para atender a sus demandas sin que éstas hubieran sido cumplidas, abandonaron el trabajo el lunes 31 de julio. Los obreros electricistas de las plantas eléctricas de Necaxa, Nonoalco, la Indianilla y San Lázaro fueron los que hicieron más efectiva la huelga general, pues teniendo en sus manos la producción de fuerza y luz, al abandonar el trabajo paralizaron totalmente las grandes industrias del Distrito Federal, quedando igualmente paralizado el tráfico de los tranvías eléctricos, el agua potable dejó de afluir a la ciudad de México, y el alumbrado y otros servicios públicos fueron eliminados.

En presencia de tan hermosa manifestación de la potencia proletaria, Carranza perdió los estribos. No se puso de parte de los obreros, sino de los explotadores, no se echó en brazos de la justicia, sino de la tiranía, como tiene que hacerlo todo gobernante que ve vacilar el andamiaje capitalista del cual tiene que ser siempre decidido apoyo.

LOS CARRANCISTAS ESQUIROLES

Carranza no se entregó a meditar ni por un instante qué era lo que había impulsado a los trabajadores del Distrito Federal a paralizar los trabajos. A Carranza poco o nada le interesa que el proletariado carezca de todo en medio de la abundancia: lo que le interesa es que no se perjudique el bolsillo de los burgueses demostrando con ella una vez más que gobierno es tiranía; que la autoridad es una institución cuya función exclusiva es la salvaguarda de los intereses de la clase capitalista; que la autoridad es la fuerza destinada a conservar y a perpetuar la desigualdad económica, fuente de toda esclavitud, moral y material.

Carranza no vio, no quiso ver detrás de la huelga y sirviéndola de resorte poderoso, la miseria del proletariado. No quiso ver los hogares sin lumbre, los niños hambrientos, los viejos desfalleciendo. ¿Qué le importan a Carranza los sombríos dramas de la miseria y del dolor desarrollados dentro de las cuatro paredes de las pocilgas de los pobres? A Carranza, como a todo gobernante, lo que le preocupa es que los ricos no dejen de hacer ganancias, así pudieran reventar de mugre y de miseria todos los pobres. Así, pues, su primera preocupación fue la de romper la huelga, a cuya infamia se prestaron de buen grado los empleadillos públicos y los soldados del ejército constitucionalista, quienes, azuzados por su amo, volaron a ocupar los puestos de los huelguistas electricistas, comenzando a funcionar las plantas productoras de luz y fuerza a las doce del día 2 de este mes, después de dos días y medio de paro.

¡EL TERROR!

Todos los tiranos obran de manera análoga: primero pasan la mano por el lomo del pueblo, con la esperanza de entretenerlo, de domarlo, de tenerlo quieto para que la burguesía lo exprima a sus anchas, después, cuando los mimos han perdido su acción narcotizante, cuando el halago no basta a ahogar los gruñidos del descontento, precursores del motín y de la revolución, los tiranos apelan al terror.

Carranza no podía obrar en contra de la ley de hierro que gobierna los actos de toda tiranía; apeló al terror, al terror blanco, siguiendo los pasos de su predecesor: Porfirio Díaz.

Una hora antes de que los esquiroles carrancistas pusieran en movimiento las plantas productoras de luz y fuerza, Carranza promulgó en bando solemne, un decreto que amplía la ley de 25 de enero de 1862.

EL DECRETO

Dice así el decreto: «VENUSTIANO CARRANZA, primer jefe del ejército constitucionalista, encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, en uso de las facultades extraordinarias de que me hallo investido, y considerando:

«Que las disposiciones que se han dictado por las autoridades constitucionalistas para remediar (para remediar, !qué cinismo!) la situación económica de las clases trabajadoras (no hay más que una clase trabajadora, ¡viejo embaucador! y esa es la que dio su sangre para elevarte, la que riega con su sudor el surco, muere aplastada en la mina, se agota en la fundición, pone en peligro su valiosa vida en el andamio, contrae la tisis en el taller y en la fábrica, y es despedida como bestia inservible para que reviente en cualquier parte, cuando ya no puede producir oro para ti y la canalla de tu clase) y el auxilio efectivo que se les ha prestado en multitud de casos (auxilio podría llamarse al hecho de poner las industrias en manos de los productores, y no a éstos en manos de los bandidos que detentan la tierra y la maquinaria), lejos de determinarlas a prestar de buena voluntad su cooperación para ayudar al gobierno a solucionar las dificultades con que ha venido luchando a fin de implantar el orden y preparar el restablecimiento del régimen constitucional (¡qué exigencia estúpida esa de querer que la clase trabajadora remache sus cadenas, que no otra cosa sería ayudar al gobierno, cuando todo gobierno es tiranía), han hecho creer a dichas clases que de ellas depende exclusivamente la existencia de la sociedad (¿de quién depende entonces la existencia de la sociedad, viejo criminal? ¿Eres tú o son acaso los burgueses, los soldados, los polizontes, los carceleros, los jueces, los empleadillos de las oficinas, los diputados, los senadores, los ministros, los clérigos, los que abren el surco, tejen las telas, hacen los zapatos, fabrican los vestidos, bajan a la mina, funden los metales, fabrican la maquinaria, construyen los edificios, tienden los rieles, perforan las montañas, proveen de agua y alumbrado a las ciudades, y, en una palabra, lo producen todo, ¡todo!, todo lo que es útil y cuyo conjunto, con la tierra, es la riqueza social? No; de ti ni de los tuyos

depende la existencia de la sociedad. La sociedad vive de los trabajadores. Entiéndelo, ¡criminal!), y que son ellas, por lo tanto, las que están en posibilidad de imponer cuantas condiciones estimen convenientes a sus intereses, aun cuando por esto se sacrifiquen y perjudiquen los de toda la comunidad y aun se comprometa la existencia del mismo gobierno (¿qué se perjudican los parásitos y se compromete la existencia del gobierno cuando los trabajadores no ven otra cosa que su propio interés? ¡Tanto mejor para la humanidad si no solamente se perjudicaran los parásitos, sino que desaparecieran de la faz de la tierra, junto con todos los gobiernos!)».

TIRANIA DE LOS TRABAJADORES

«Que para remediar ese mal —sigue diciendo el decreto— no hace mucho tiempo la autoridad militar del Distrito Federal hizo saber a la clase obrera que, si bien la revolución había tenido como uno de sus principales fines la destrucción de la tiranía capitalista, no había de permitir que se levantase otra tan perjudicial para el bien de la República, como sería la tiranía de los trabajadores (la revolución no sólo había tenido, sino que tiene, porque está en pie con la robusta vida que le dan la desesperación y el coraje de los esclavos que quieren ser libres, como fin principal la destrucción de la tiranía capitalista, y para que ese fin se cumpla es absolutamente indispensable que perezca el sistema de la propiedad privada, así perezcan con éste todos los burgueses, todos los clérigos de toda religión y el último representante de la autoridad. Este resultado no podría ser llamado la tiranía de los trabajadores, sino el triunfo de la justicia, por quedar la familia mexicana compuesta de una sola clase: la de los trabajadores, la de los productores, que son los únicos miembros útiles en esta sociedad)».

LA GRANDEZA DEL PEQUEÑO

«Que esto no obstante —dice Carranza—, la suspensión del trabajo de la empresa de luz eléctrica y de las otras que con ella están ligadas, que acaba de declarar el Sindicato Obrero, está demostrando de una manera palmaria que los trabajadores no han querido persuadirse de que ellos son UNA PARTE PEQUEÑA DE LA SOCIEDAD (con minúsculas en el original) y que ésta no sólo existe para ellos, pues que hay otras clases cuyos intereses no les es lícito violar, porque sus derechos son tan respetables como los suyos (sin la clase trabajadora no habría sociedad burguesa ni Estado. El trabajador puede pasársela, y espléndidamente, además, sin el burgués, sin el empleado público, sin el gobernante, sin el clérigo, sin el militar. En cambio estos parásitos no pueden existir sino a condición de que haya quienes trabajen para que ellos puedan vivir. Si es pequeña la parte de la sociedad que representa la clase trabajadora, en vez de servir esa circunstancia para denigrarla y menospreciarla, debería servir para que todos los hombres de corazón se preocupasen por emanciparla de las garras de la explotación y de la tiranía, al considerar que esa pequeña porción social tiene que soportar el tremendo peso de los

que no producen nada útil. Por lo demás, es un insulto a la justicia afirmar que la clase parasitaria, la que nada produce, la que vive a expensas del sacrificio de la clase trabajadora, tiene derechos tan respetables como los de ésta. ¿Es respetable explotar? ¿Es respetable tiranizar?)

LOS DAÑOS

Sigue el decreto: «Que si bien la suspensión del trabajo es el medio que los operarios tienen para obligar a un empresario a mejorar los salarios cuando éstos se consideren bajos en relación con los beneficios que aquél obtiene, tal medio se convierte en ilícito desde el momento que se emplea no sólo para servir de presión sobre el industrial, sino para perjudicar directa e indirectamente a la sociedad, sobre todo cuando se deja a ésta sin la satisfacción de necesidades imperiosas, como sucede con la suspensión actual, la que si bien daña a las empresas a las que pertenecen los obreros del sindicato, daña aún más a la población entera, a la que se tiene sin luz, sin agua, y sin los medios de transporte, originando así males de muchísima consideración (de manera que, para que no se perjudiquen los burgueses y los parásitos en general, el obrero tiene la obligación de soportar con beatitud el yugo que lleva en el pescuezo)».

EL DEDO EN LA LLAGA

«Que por otra parte —prosigue Carranza tomando apenas respiro—, la exigencia del Sindicato Obrero, al declarar la suspensión del trabajo, no va propiamente encaminada contra las industrias particulares de los empresarios, sino que afecta de una manera especial y directa al gobierno y a los intereses de la nación, supuesto que tiene por objeto sancionar el desprestigio del papel consitucionalista (ahí le duele a Carranza muy principalmente, porque no puede embolsarse más oro nacional a cambio de bilimbiques), único recurso de que se puede disponer por ahora como medio de cambio (de robo, y nos entendemos, señor bandido) y para hacer todos los gastos del servicio público (se refiere a la manutención de todas las sanguijuelas del erario nacional, como los periodistas a sueldo, los anarquistas a salario del tipo de Jahn, Atl, Loveira, Quintero y tantos otros mequetrefes, y en general de todos los que viven del presupuesto), entretanto se puede restituir la circulación de especies metálicas (que carrancistas y científicos tienen escondidas en sendos barriles en el seno de la tierra); pues que claramente se propone en la resolución de la comisión que ha declarado la suspensión que no se acepte dicho papel por el valor que le ha fijado la ley, sino por el que le fijen en relación al oro nacional las operaciones que se hacen por especulación de mala fe verificada contra las expresadas prevenciones de aquélla».

PATRIOTISMO

Carranza vuelve a la carga para decir: «Que la conducta del Sindicato Obre-

ro es en el presente caso tanto más antipatriótica y, por tanto, más criminal cuanto que está determinada por las maniobras de los enemigos del gobierno, que, queriendo aprovechar las dificultades que ha traído la cuestión internacional con Estados Unidos de América, y la imposibilidad o al menos la gran dificultad de obtener municiones fuera del país, quieren privarlo del medio de proporcionárselas con su propia fabricación en los establecimientos de la nación, quitándole al efecto la corriente eléctrica indispensable para el movimiento de la maquinaria (¡calumnia lisa y llana del negrero de Cuatro Ciénegas! La conducta del Sindicato Obrero fue determinada por la miseria y nada más que por la miseria. Las familias proletarias se mueren de hambre y reclaman un pedazo más de pan. Eso es todo. ¡Qué antipatriotismo ni qué niño muerto! Antipatriotismo el de Carranza, que permitió a las fuerzas norteamericanas que ocupasen Veracruz en abril de 1914, para que lo ayudasen a derribar a Huerta! ¡Antipatriotismo el de Carranza, que permitió que las fuerzas norteamericanas penetrasen en México en marzo de este año con el pretexto de capturar a Francisco Villa; pero con el propósito real de suprimir la revolución, que tanto daña a los burgueses de todos los países, que tanto perjudica a los que fundan su bienestar y su tranquilidad en la opresión y en el dolor de los demás. Nadie más que Carranza y la camarilla de bribones que lo rodea, es el responsable de la presencia de fuerzas norteamericanas en territorio mexicano, porque esas fuerzas no han ido a perseguir a Villa, sino a sentarlo en la silla presidencial)».

LA REPRESION

Carranza agrega: «Que en vista de esto hay que dictar sin demora las medidas que la situación reclama, ya que además de ser intolerable que la población del Distrito Federal siga careciendo de agua, luz y transporte, y de que sigan paralizados todos los servicios públicos, hay el peligro de que, a su ejemplo, se generalicen los trastornos de la paz en otras partes de la República (¡la paz! Preocupación única de todos los que tienen satisfechas sus necesidades y aun sus caprichos y extravagancias. ¡La paz a toda costa, aunque esté fundada en la injusticia)».

JUSTIFICANDO EL CRIMEN

Carranza concluye la exposición de los motivos que tuvo para expedir su bárbaro decreto, de la manera siguiente: «Que la conducta del Sindicato Obrero constituye a no dudarlo, en el presente caso, un ataque a la paz pública (para Carranza, como para todo gobernante, no es el burgués quien con su explotación pone en peligro la paz pública al exasperar al explotado, sino que éste, el explotado, es el que pone en peligro la paz pública cuando se rehusa a continuar dando a sus amos su sudor, su salud y su porvenir), tanto por el fin que con ella se persigue, toda vez que, según queda expresado, procede de los enemigos del gobierno (¡de la miseria, hombre, de la miseria procedió la huelga! ¡No embrolles la cuestión para justificar tu crimen!) y está enca-

minada a poner al mismo en la imposibilidad de servirse de sus propios recursos para atender a las necesidades de la pacificación y el restablecimiento del orden de la nación, y a desprestigiar el papel constitucionalista, privándolo del valor que la ley le ha fijado (no se necesita dinero para la pacificación del país, señor Carranza; lo que se necesita es justicia, lo que hace falta es que ponga la riqueza social en las manos de los trabajadores, para que éstos arreglen la producción según las necesidades de los habitantes de la región mexicana, y no más para abultar los vientres de los parásitos. Lo que se necesita es la implantación de los principios enunciados en el Manifiesto del 23 de septiembre de 1911, expedido por la Junta Organizadora del Partido Liberal mexicano, para que haya paz, una paz verdadera fundada en la igualdad económica, política y social de todos los habitantes de México, sin distinción de sexo ni de raza); pero, como pudieran no estar comprendidos en la ley del 25 de enero de 1862 otros casos y otras personas además de los principales promotores de la suspensión actual, se hace indispensable ampliar las disposiciones de la citada ley, extendiéndola a casos que de seguro habría comprendido si en la época en que se dio hubiera conocido este medio de alterar la paz y de hostilizar al gobierno de la nación».

¡ASESINO!

«Por todo lo expuesto —añade Carranza— he tenido a bien decretar los siguiente:

«Art. 1o. Se castigará con la pena de muerte, además de a los trastornadores del orden público que señala la ley del 25 de enero de 1862:

«Primero: A los que inciten a la suspensión del trabajo en las fábricas o empresas destinadas a prestar servicios públicos o la propaguen; a los que presidan las reuniones en que se proponga, discuta o apruebe; a los que la defiendan y sostengan; a los que la aprueben o suscriban; a los que asistan a dichas reuniones o no se separen de ellas tan pronto como sepan su objeto; a los que procuren hacerla efectiva una vez que se hubiere declarado.

«Segundo: A los que, con motivo de la suspensión del trabajo en las fábricas o empresas mencionadas o en cualquiera otra, y aprovechando los trastornos que ocasiona, o para agravarla o imponerla destruyeren y deterioraren los efectos de la propiedad de las empresas a que pertenezcan los operarios interesados en la suspensión o de otras a cuyos operarios se quiera comprender en ella; y los que con el mismo objeto provoquen alborotos públicos, sea contra funcionarios públicos o contra particulares, o hagan fuerza en las personas o bienes de cualquier ciudadano, o que se apoderen, destruyan o deterioren los bienes públicos o de propiedad particular; y

«Tercero: A los que con amenazas o por la fuerza impidan que otras personas ejecuten los servicios que prestaban los operarios en las empresas contra las que se haya declarado la suspensión del trabajo.

«Art. 2o. Los delitos de que habla esta ley serán de la competencia de la misma autoridad militar a que corresponda conocer de los que define y castiga la ley de 25 de enero de 1862, y se perseguirán, averiguarán y castigarán

en los términos y con los procedimientos que señala el decreto número 14 de 12 de diciembre de 1913.

«Por tanto, mando se imprima, publique y circule para su cumplimiento y efectos consiguientes.

«Dado en la ciudad de México a primero de agosto de mil novecientos diez y seis. V. Carranza».

AMIGO DE LOS OBREROS

Así legisla el que todavía ayer se decía amigo de la clase trabajadora, así gobierna el que, al salir de la ciudad de México a fines de 1914, escapando a los puntapiés que Zapata y Villa le aplicaron por... cualquier parte, se postró a las plantas de los obreros de las ciudades implorando su apoyo, y prometiéndoles, en cambio, nada menos que su emancipación.

Los obreros de las ciudades tragaron el anzuelo, desoyendo los fraternales consejos de todos los que, con las lecciones de la historia en la mano, les instábamos a que no comprometieran el porvenir de la revolución formando alianza con los políticos; que no creyeran en promesas; que ningún hombre puede hacer nada en beneficio de la clase trabajadora cuando está en el poder, porque mientras exista el sistema de la propiedad privada o individual, todo gobernante, por generoso que haya sido como ciudadano, tiene que ponerse al lado de los propietarios para cuyo beneficio existe la organización política llamada Estado.

Nuestros hermanos de las ciudades no oyeron nuestros consejos. Alentados por las caricias carrancistas, no sólo dieron a Carranza su apoyo moral, sino que empuñaron el rifle y centenares de ellos rindieron su vida en los combates... para remacharse las cadenas.

Ningún hombre que aspire a ser gobernante puede ser un amigo sincero de los trabajadores. ¿Hasta cuándo lo entenderemos, hermanos?

LO DE SIEMPRE

Habla Carranza por medio de *El Pueblo*, de ocho de este mes: «... reconocemos al obrero agrupado en torno de una bandera de comunidad para defenderse de las emboscadas que la codicia y el capital pudieran oponerle para el logro de un justo progreso moral y económico; pero no al que, sumiso a la voluntad de ciertos agitadores, intenta plantear prematuramente, en nuestro ambiente, problemas de pavorosa enunciación; a ése debemos orientarlo, marcarle el recto sendero y apartarle totalmente del camino por el cual se va derechamente al fracaso».

¡Lo de siempre! Para crearse cierto prestigio libertario, los gobiernos reconocen que el obrero tiene derecho a defenderse de las emboscadas de la codicia... hasta cierto punto, hasta en tanto que con esa defensa no pongan en peligro la integridad de las instituciones burguesas, las instituciones que amparan el despojo del pobre por el rico, la tiranía del débil por el fuerte, porque si el obrero, al defenderse de las emboscadas de la codicia capitalista,

lesiona los intereses de los ricos, como por fuerza tiene que suceder desde el momento que lo que beneficia a una clase social perjudica a la otra, por ser los intereses de las dos clases diametralmente opuestas, entonces ya no es un derecho de defensa el que ejercita, sino que se entrega a la planteación prematura de problemas de pavorosa enunciación... para la burguesía, por supuesto. *¿Qué cosa más pavorosa para el burgués que la pérdida de su posición* privilegiada, que lo capacita para chupar la sangre del obrero?

EL MIEDO A LA ANARQUIA

Carranza añade: «...la maligna intención de elementos extraños al problema obrero nacional ha vertido en el corazón sencillo de algunos de nuestros hombres de taller, la hiel mortal del sectarismo anárquico...»

El problema obrero no es propio de una nación; es un problema universal, porque la humanidad entera está dividida en dos clases sociales: la de los explotados y la de los explotadores, *como consecuencia del imperio en todas* las naciones del mundo del sistema de la propiedad privada o sistema capitalista. No hay, pues, razón para dar el nombre de nacional al problema obrero en México, ni para asentar que hay elementos extraños a la lucha de clases en México. No puede haber elementos extraños a un problema en que todos están interesados, proletarios y burgueses, nacionales y extranjeros, porque la suerte que le toque a la lucha de clases en México tendrá que afectar a la lucha de clases en todas las naciones del mundo. Así como el capitalismo es internacional, de manera que lo que afecta al capitalismo en una nación afecta al capitalismo en todas las demás naciones de la tierra, del mismo modo el problema obrero es internacional. *Una crisis que afectara los valores* de la plaza de Nueva York afectaría inmediatamente los valores en Londres, en Berlín, en París. La crisis por la que atraviesa la burguesía en México afecta a la burguesía de todos los países. Si en México logra emanciparse definitivamente el trabajador de la explotación capitalista, se emancipará la clase trabajadora del mundo entero.

La filosofía anarquista es una hiel; pero para los paladares burgueses. No es muy agradable para los señores de levita la idea de tener que remangarse los puños y ponerse a manejar el pico y la pala al lado de sus esclavos de la víspera, que es lo que sucedería en una sociedad de iguales en que solamente los trabajadores *tendrían derecho a comer.*

JUSTIFICACION DE LA REBELDIA

En su atolondramiento, Carranza reprocha al obrero su oposición al gobierno, y al mismo tiempo justifica su oposición. He aquí lo que sigue diciendo en *El Pueblo*: «Ha querido (el obrero) triunfar del capital, y creyó que lo conseguiría declarándose en franca oposición a los intereses del gobierno, del gobierno que lo ha defendido siempre y se halla en condiciones que no le permiten, sin graves trastornos, desentenderse de otros problemas para dar *oídos a los propósitos de los obreros*».

Carranza reprocha al obrero su oposición al gobierno; pero ¿cómo podrá el obrero triunfar del capitalismo sin dejar de oponerse forzosamente al gobierno? ¿No es el gobierno, cualquiera que sea su forma —republicano, monárquico— el ángel tutelar del capitalismo? ¿Para qué existe el gobierno sino para tener sometido al pobre a la férula del rico? Que el gobierno carrancista ha defendido siempre al obrero... eso es un sarcasmo. Lo que ha hecho el gobierno carrancista es crear una división entre los trabajadores, haciendo que los trabajadores de las ciudades se abalancen sobre los trabajadores del campo. Si el gobierno carrancista defendiera al trabajador, no sacrificaría los recursos y la sangre del pueblo en la lucha criminal que sostiene contra el zapatismo y contra todos los que llevan como bandera, un programa de emancipación proletaria.

Por lo demás, ¿qué problemas pueden estar por encima del problema obrero, para dejar de «dar oídos a los propósitos de los obreros»? ¡Ninguno! El problema obrero es el problema humano por excelencia, porque de su solución dependen el triunfo definitivo de la justicia, la abolición total de toda imposición y de toda explotación, el afianzamiento de la paz en todo el mundo.

¡VENGANZA!

¡Oh, amarga diosa, cuán dulce eres! Es vil el corazón que no te rinde culto: no merece el nombre de pueblo, sino de rebaño, el conglomerado humano que no te queme incienso.

Sin ti no habría fulgurado al sol el puñal de Caserio; si no existieras, habría permanecido mudo el revólver de Pardiñas.

La tiranía no se refrena si no le sale al frente el espectro de la venganza. La tiranía es sorda a los ayes del dolor: ¡entonces debe rugir la dinamita! Entre el verdugo y la víctima, hay que levantar los brazos de la guillotina.

Obreros de las ciudades: expiáis en estos momentos una falta que falsos amigos os hicieron cometer: la de desligaros de la acción de vuestros hermanos los obreros de los campos. Al hacer armas contra los trabajadores del campo, hicisteis armas contra vuestros propios intereses, porque el interés del explotado es el mismo, ora empuñe el arado, ora el martillo. No impunemente fusilásteis al zapatista y al anarquista del Partido Liberal mexicano, que son vuestros hermanos de clase, pues que de esa manera hicisteis fuerte al enemigo común, a la burguesía, que hoy os paga vuestros servicios con miseria, y si protestáis, ¡con la muerte!

Volved sobre vuestros pasos, hermanos descarriados. Haced vuestro el Manifiesto de 23 de septiembre de 1911, expedido por la Junta Organizadora del Partido Liberal mexicano, y unidos a vuestros hermanos los trabajadores de los campos, poned fin al sistema capitalista, cortad de raíz el mal, luchad contra todo gobierno y toda explotación del hombre por el hombre, y fundad, por último, la sociedad de los iguales y de los hermanos, compuesta de una sola clase: la de los productores.

¡Viva la anarquía! ¡Viva Tierra y Libertad!

26 de agosto de 1916

ARTICULOS DE COMBATE*

Práxedis G. Guerrero

PASIVIDAD Y REBELDIA

EN LOS RINCONES húmedos de las viviendas miserables, se producen seres obscuros, viscosos, las más de las veces torpes, que empeñan también la lucha por la vida, explotando el medio que los produce, el lodazal infecto, mefítico y malsano, sin el cual su existencia no vendría a provocar la repugnancia de otros seres que se desarrollan en medios diferentes.

Posible es que la sabandija llegue a creerse, «de buena fe», la protectora y salvadora del rincón negro y húmedo, y que intente esfuerzos para prevenir que el sol y la escoba entren a él revolucionando, transformando el medio con la destrucción del medio y sus productos. Cumple con ello el deber de la propia conservación, porque, ¿a dónde iría ella, falta de miasmas, de sombra y de podredumbre?

La resistencia del pasivismo se revuelve ahora contra el impulso progresista de la revolución.

Los miriápidos y los arácnidos, los escorpiónidos y los necróforos, el mundo de sabandijas que vive en las miserias del pueblo, ensayan actitudes y reptaciones «hábiles» para esquivar y detener el golpe de la escoba y el rayo del sol.

Defienden su medio de convencionalismo y enervamiento, porque él garantiza su vitalidad en detrimento constante de la masa de los productores.

Los pasivos alzan el clamor llamándose apóstoles de la evolución y condenando todo lo que tiene algo de rebeldía; apelan al miedo, hacen llamamientos patéticos al patriotismo; acuden a la ignorancia y llegan a aconsejar al pueblo que se deje matar y ultrajar en los próximos comicios y vuelvan una y otra vez a ejercer pacíficamente el derecho de sufragio, aunque una y otra vez lo burlen y lo asesinen los tiranos. Pero nada de salirse del fétido rincón, al

* Damos una serie de artículos publicados por Práxedis G. Guerrero en *Punto Rojo* de El Paso, Texas, en 1909, y en *Regeneración* de Los Angeles, California, en 1910. (A.J.C.)

cual se pretende «evolucionar» agregando más y más inmundicias, más y más cobardías.

A una voltereta dentro de un centímetro cúbico de légamo, llaman ellos la evolución salvadora, la evolución pacífica necesaria; necesaria para ellos, que están en su elemento, en el medio que los crea y los nutre, pero no para los que buscamos el ambiente puro, claro y saludable que sólo la Revolución podrá hacer al destruir a los déspotas actuales y también; muy esencialmente las condiciones económico sociales que los han producido y que harían brotar otros nuevos si tuviéramos la insensatez de acabar únicamente los efectos para dejar subsistir las causas, si evolucionáramos como ellos, los pasivos, dando un tumbo en su centímetro cúbico de légamo.

La evolución verdadera que mejore la vida de los mexicanos, no la de sus parásitos, vendrá con la revolución: ésta y aquélla se completan y la primera no puede coexistir con los anacronismos y subterfugios que despiertan hoy los redentores del pasivismo.

Para evolucionar es preciso ser libre y no podemos tener libertad si no somos rebeldes, porque nunca tirano alguno ha respetado a los pueblos pasivos; jamás un rebaño de carneros se ha impuesto con la «majestad» de su número inofensivo, al lobo que bonitamente los devora sin cuidarse de otro derecho que el de sus dientes.

Hay que armarse, pero no de un voto inútil, que siempre valdrá tanto como el tirano quiere, sino de armas efectivas y menos candorosas cuyo uso nos traiga la evolución ascendente y no la regresiva que preconizan los luchadores «pacifistas».

¡Pasividad, nunca! Rebeldía, ahora y siempre.

Punto Rojo No. 3
29 de agosto de 1909
El Paso, Texas.

ANIVERSARIO

Un año más y hará centuria que una epopeya de redención se inició con la brava desobediencia de un viejo visionario, de un utopista que agrupó alrededor de su estandarte de rebeldes, a los humildes, a los explotados de 1810.

Presto será el Centenario de aquel acto ilegal.

El aniversario de 1810 saluda a las generaciones actuales con un formidable apóstrofe.

Una interrogación inmensa surge en el horizonte mexicano, cual si fuera flamígero cometa aproximándose a nosotros en carrera desenfrenada.

1810 acusa; 1810 interroga.
¿Qué respondéis, mexicanos?

La obra de los descamisados de entonces, en vez de progresar se ha ahogado en la apatía y el miedo de sus descendientes.

México ha regresádose en ferrocarril más allá de donde partió a pie desnudo.

La celebración suena profundamente irónica.

Vivimos bajo la zarpa del raposo del Norte, se respira apenas temiendo provocar el enojo de un déspota senil; la autonomía y la libertad son para el pueblo de México dos miserables paradojas, y así se piensa en fiestas conmemorativas de hechos que fueron dignos y gloriosos.

Los esclavos dirigidos por sus cómitres cantan epinicios a la libertad que han renunciado y a la bravura que han cambiado por la mansedumbre.

Palabrería, humo, genuflexiones, tal es lo que el ritual del momento histórico que enfrentamos prescribe para los entusiasmos de los que se alimentan de ilusiones, y también para los enterradores de la raza mexicana.

¿El sol del Centenario, quemará los lomos de un rebaño o besará la frente altiva de un pueblo?...

Contestad, mexicano; aún es hora de lavar nuestros harapos para que brillen a la primera luz del Centenario del esfuerzo libertador de 1810.

Punto Rojo No. 4.
16 de Septiembre de 1909.
El Paso, Texas.

ALGO MAS

La disculpa de algunos resignados desaparece.

El relativo bienestar económico con el cual se satisfacían las raquíticas aspiraciones de mejoramiento de algunos trabajadores mexicanos emigrados, huyó de sus hogares, burlando sus esperanzas de sometidos.

Ya no es la exclusión de los niños mexicanos de las escuelas «blancas» contra el cual ha protestado apenas una minoría digna.

Ya no es el insultante «No Mexican Allowed» —No se admiten mexicanos— que abofetea la vista de nuestros nacionales en algunas tiendas y otros establecimientos públicos de Texas.

Ya no es el «Mexican Keep Away» —los mexicanos deben alejarse— que ha tenido a nuestros nacionales estupefactos en los orillas de ciertos pueblos de la frontera norteamericana.

Ya no es el ultraje violento de la turba racista y de la policía abusiva que ebrias del salvaje espíritu de Lynch han ensangrentado sus manos con seres inocentes e indefensos.

Ya no es tan solo eso. La última ilusión se va...

La amarga ración de pan se acorta. Los bocados que hacían llevadera la vejación y el desdén se reducen considerablemente, augurando la vuelta del peonaje, lleno de privaciones y miserias, que desertaron de México.

En Oklahoma, en Texas, en Arizona, en todos los estados donde abunda el elemento mexicano, se suceden hechos que tienen mayor elocuencia para los trabajadores pasivos o indiferentes, que los más poderosos incentivos mo-

rales. El peonaje, el horrible peonaje que había quedado entre las brumas de un recuerdo de ignomia flotando en los tugurios de las haciendas se desliza hacia acá.

Los terratenientes de los condados de Texas han tenido varias reuniones para establecer ciertas reformas en su sistema de parcionismo con los labradores mexicanos. Las nuevas condiciones pondrán a éstos a merced de los amos, completamente. Se piensa exigirles el cultivo gratuito de la tierra que pueda cultivarse con un tiro de mulas, el cuidado de las bestias del trabajo y de paseo de los burgueses, también gratuitamente; la compra de todas las herramientas necesarias para el cultivo, la prohibición de vender libremente la parte de productos que les puede tocar; el compromiso de preferir como compradores a sus patrones o a los recomendados de éstos, y otros no, inicuas e injustas. A su vez un pequeño grupo de labradores ha iniciado la formación de una Unión de resistencia, que no conseguiría nada práctico si no adopta tácticas de acción solidaria con los elementos conscientes que por diferentes vías revolucionarias se dedican a la lucha contra los tiranos y los explotadores.

En Oklahoma, el gobierno triplicó este año la renta de las tierras que tenían arrendadas algunos colonos mexicanos. Antes se pagaban dos pesos anuales por acre; ahora se exigen seis por igual extensión de terreno, dando el plazo de un día para hacer el pago. Lo intempestivo de ese aumento, lo perentorio del plazo no permitió a varios hombres satisfacer las exigencias del gobierno y fueron lanzados con sus familias brutalmente.

En Arizona, donde hace dos años se pagaba como salario ínfimo $2.00 diarios se ha reducido ahora en los talleres de Morenci, por ejemplo, a $1.50, mientras que en los mismos lugares y por iguales labores se paga a los negros $1.75, y $2.00 a los italianos.

Podrían citarse más hechos como éstos, que unidos al alza de precios en los artículos de consumo indispensable estrechan en un terrible torniquete a los obreros de raza mexicana, empleados en la industria y en los campos de este país.

La situación se hace insoportable, y no podría ser de otra manera, puesto que los burgueses de aquí saben que una gran cantidad de proletarios mexicanos al tocar esta tierra se plegan sin protesta a las condiciones que les imponen los explotadores; contentándose con ser los primeros en las fatigas y los últimos en la recompensa.

Pero la trista disculpa de nuestros resignados no existe ya. La miseria, el hambre, y el atropello están en México. La vergüenza, la humillación y el hambre están aqui. Son los compañeros universales de los impotentes. ¿A dónde irá el pasivo, el sometido, el resignado que no le escupan y le roben? Ahora que ya no existe esa ruin disculpa de la pitanza por asegurada, seguiréis siendo pasivos, seguiréis desconociendo a los que luchan para hacer que la humanidad coma un pan que no amase al ignomia? ¿Continuaréis poniendo los músculos faltos de nutrición, al servicio de los esclavistas, en vez de venir con vuestras fuerzas a precipitar la desaparición de los males comunes?

Si los ideales no han podido arrancar del rebañismo a ciertos hombres,

hay que esperar algo más del rudo estrujón que hoy los coloca en medio de dos hambres.

Regeneración No. 1
3 de Septiembre de 1910
Los Angeles, California.

EL INTERES VERDADERO DEL BURGUES Y DEL PROLETARIO

Buscando la felicidad, muchos individuos pasan el tiempo dedicando sus fuerzas a la defensa de intereses falsos, alejándose del punto objetivo de todos sus afanes y aspiraciones: el mejoramiento individual y convirtiendo la lucha por la vida en la guerra feroz con el semejante.

Se oponen los privilegiados, con toda la fuerza que les presta la ignorancia atemorizada, a la emancipación de los proletarios; la ven como una horrible desgracia, como una catástrofe, como el fin de la civilización —cuando apenas es el comienzo de ella—, como un peligro que debe ser combatido con el hierro y con el fuego, con todas las armas de la astucia y de la violencia, y se oponen, sencillamente, porque no comprenden sus intereses verdaderos, que son los mismos para cada entidad humana.

Robar a otro el pan es poner en peligro cierto el propio sustento. Arrebatar a otros la felicidad, es echarse cadenas. Destruir la felicidad ajena para fabricar la nuestra con sus despojos, es una necesidad. Porque pretender levantar la dicha propia sobre la miseria y el dolor de los demás, es igual a querer fortificar un edificio, comenzando por destruir sus cimientos. Y, sin embargo, la mayoría de las gentes, engañadas por la apariencia de sus falsos intereses, así caminan por el mundo en busca del bienestar, llevando por bandera este principio absurdo: hacer daño para obtener provecho.

En la satisfacción completa de las necesidades morales y físicas, en el disfrute de la vida, sin amenazas ni cargas que la amarguen, están radicados tanto el interés particular de los individuos, como el de la colectividad. Los que se opongan a ellos, rompiendo los lazos de solidaridad que la naturaleza estableció entre los miembros de la especie, laboran en contra de sí mismos; hiriendo a los otros se hace imposible el bienestar, que no puede ser duradero ni cierto, en medio de una sociedad que duerme sobre espinas; de una sociedad donde el hambre pasea su rostro lívido frente a las puertas de los almacenes repletos; donde una parte de los hombres, trabajando hasta el agotamiento, sólo pueden vestir mal y comer peor; donde otra parte de ellos arrebatan a los productores lo que sale de sus manos y de su inteligencia para entregarlo a la polilla o al estancamiento inútil; en una sociedad desequilibrada, donde sobran riquezas y abundan miserias; donde el concepto justicia tiene tan inicua representación, que se mantienen instituciones bárbaras para perseguir y martirizar a las inocentes víctimas de las aberraciones del medio.

La herencia, la educación, la desemejanza de las circunstancias de vida,

habrán creado diferencias profundas, morales y hasta físicas entre burgueses y proletarios, pero una ley natural los mantiene reunidos en una sola tendencia: el mejoramiento individual. Ahí radica el interés verdadero de cada ser humano. Conocido eso, precisa obrar racionalmente, sobreponiéndose a los prejuicios de clase y dando la espalda a los romanticismos. Ni la Caridad, ni el Humanismo, ni la Abnegación, tiene poder bastante para emancipar la humanidad, como lo tiene el Egoísmo consciente.

Allí donde los burgueses sean bastante sabios para comprender que la transformación del sistema presente es inevitable y que vale más para sus propios intereses facilitar esa transformación que oponerle necia resistencia, el problema social que agita en todos momentos en todos los rincones del mundo perderá su aspecto de tragedia y se resolverá blandamente en beneficio para todos. Aquellos habrán ganado con la libertad el completo derecho a la vida; éstos habrán perdido con lo superfluo, el temor a perderlo todo. Y sin duda que los privilegiados de hoy serán los que mejor parte saquen. En lo general, y eso debería avergonzarlos, son incapaces para servirse a ellos mismos; hay algunos que hasta para comer y echarse a dormir, necesitan la ayuda de un esclavo. Cuando éste les falte, adquirirán hábitos distintos, que harán de ellos seres útiles y activos, aptos para unir su impulso al esfuerzo colectivo que se aplicará entonces sobre las brusquedades y asperezas de la naturaleza, no ya en la imbécil pugna del hombre contra el hombre.

Pero si los intereses falsos siguen ejerciendo influencia dominante en el cerebro de los burgueses, y si una parte de los trabajadores continúa como hasta hoy, oponiéndose con su pasividad o sus tradiciones a la causa del trabajo, su causa, el cambio se impondrá por la violencia aplastando a los obstruccionistas del progreso.

Regeneración No. 2
10 de septiembre de 1910.
Los Angeles, California.

LA INCONVENIENCIA DE LA GRATITUD

Los abusos de los poderosos, las miserias del pueblo, las injusticias que sangran la espalda de los oprimidos, el hambre y la explotación que fabrican ancianidades prematuras y prostituciones dolientes, llaman un día a la puerta de la sensibilidad de un hombre justo; sus sueños de libertad se vuelven deseos vehementísimos; sus aspiraciones de mejoramiento social erectan sus energías convirtiendo en acción el idealismo y ese individuo, temperamento guerrero, apóstol o filósofo, a veces reuniendo a los tres en su persona, y brega, batalla, lucha con la fuerza del cerebro y del puño, hasta perecer o conquistar la victoria de su causa; perece o alcanza la victoria ayudado de otros hombres como él determinados a las grandes luchas por los grandes ideales. Si lo primero, o pasa a la sombra como un olvidado o el fetichismo de las masas lo sienta en el ridículo pedestal de los ídolos. Si lo segundo, si sobrevi-

ve al triunfo, la admiración y el agradecimiento de las multitudes desvían sus tendencias justicieras, lo instituyen en árbitro de los destinos públicos y acaban por transformarlo en glorioso tirano. La gratitud de los pueblos es la más fecunda y creadora de los despostismos. Malea los hombres buenos y abre el camino del poder a los ambiciosos.

Trabajadores recios, luchadores constantes y desinteresados socavan la base granítica de una fuerza que siembra el terror y la muerte sobre las llanadas que gimen a su pie; la mole cruje, se estremece, los sillares se agrietan, la ruina del gigante se anuncia más y más próxima a cada golpe de zapa, va a caer, pero los cavadores de aquel cimiento están débiles, sus manos sangran, sus frentes chorrean sudor, la fatiga amenaza reventar sus pechos; detiénese un segundo para preparar el final impulso; el decisivo, el que abatirá al monstruo que vacila a la orilla de su tumba: es el momento propicio del oportunismo ambicioso; disfrazado de redentor y de héroe surge un hombre del montón de espectadores que se burlaron de aquella obra o la estorbaron cuanto pudieron antes de verla próxima a terminar y da el último picazo que le conquista la gratitud general, que hace de los escombros del viejo despotismo el trono del nuevo, que se encumbra con el libertador por cálculo político. Al calor de una libertad fugaz se forjan nuevas cadenas. Agustín de Iturbide es un ejemplo típico del REDENTOR oportunista.

En los dos casos: en el del hombre sincero que lucha por la satisfacción de sus propias aspiraciones de justicia, que busca la felicidad de él mismo en el bienestar de quienes lo rodean, y en el individuo convertido en HEROE y SALVADOR, por mero oportunismo utilitario, la gratitud del pueblo es inmotivada y sin razón plausible que la justifique. Hay acciones merecedoras de estimación, pero no de agradecimiento. *La gratitud hace de una suposición falsa*, origen también de la inicua justicia autoritaria: la suposición del libre albedrío en los individuos. Y resulta inconveniente en sus manifestaciones, ocupando lugar principalísimo entre las causas de la esclavitud. Ella hace que las naciones paguen muchas veces una libertad ilusoria con la pérdida de sus derechos y libertades verdaderas, y que encaramen tontamente sobre sus hombros todavía llagados por el azote de un señor derribado, el poderío titánico de sus libertadores, que desde ese momento dejan de serlo y asumen el papel de compradores de esclavos, no importa que la moneda con que hizo la transacción haya sido de sus padecimientos y su sangre.

Y lo que es la gratitud para los pueblos es también para los individuos; cuerda que ata más fuerte que la del terror y parálisis que hace desfallecer el brazo del derecho; mordaza en la boca de la justicia y barrera para la serena crítica, que es el génesis de todas las reformas.

La gratitud es una flor de servilismo; el libertario la rechaza porque tienen olores de ergástula.

La admiración que es una gran reclutadora de rebaños, ayuda a la gratitud, que es una gran forjadora de cadenas, a perpetuar los yugos.

Los pueblos no deben gratitud a sus libertadores, como no deben amor a sus tiranos.

Regeneración No. 4.
24 de septiembre de 1910.
Los Angeles, California.

IMPULSEMOS LA ENSEÑANZA RACIONALISTA

Próximamente hará un año que Francisco Ferrer murió asesinado por los enemigos de la civilización en el interior del fuerte de Montjuich, en Barcelona. Las escuelas racionalistas fundadas por él cerraron sus cátedras obedeciendo la imposición brutal del Gobierno español, y sus libros, fuentes de ideas y conocimientos sanos, ardieron en las hogueras encendidas por los seides fanáticos del error. Sólo pocos ejemplares se salvaron, y de ellos algunos permanecen guardados por nuestro cariño, esperando la posibilidad de hacer nuevas ediciones para dotar las escuelas obreras que ya empiezan a formarse a impulso y deseo de varios grupos de trabajadores mexicanos.*

Cuando tuve noticia del crimen de Montjuich, me invadió un gran deseo de protestar, pero no en la forma declamatoria que a fuerza de tanto repetirse a cada atentado del despotismo se ha hecho inútil, pudiendo considerársele como el enfurecimiento de la espuma contra el granito, sino con algo que fuera en vez del verbo, de la protesta, la acción de ella. Propuse entonces a los trabajadores de raza mexicana el establecimiento de escuelas y la formación de pequeñas bibliotecas racionalistas, con nuestros propios elementos, que son bien escasos, pero no del todo ineficaces para ir poco a poco desarrollando un sistema de educación libre para nuestros pequeños, y para nosotros mismos. Mi propuesta fue aceptada por algunos grupos que han estado trabajando para realizar la idea, luchando continuamente con las dificultades de la miseria y con la carencia de libros apropiados para las escuelas, pues que, como es sabido, las obras editadas por la Escuela Moderna de Barcelona, fueron quemadas por mandato de los necios gobernantes españoles. Existen ya varias bibliotecas que cuentan con pocos, pero excelentes volúmenes formadas colectivamente por grupos de trabajadores de la Liga Panamericana, verdaderos centros de estudios sociales donde se discute el libro que se lee y establece con el cambio de ideas de fraternidad sólida y duradera, producto de la desaparición de los viejos prejuicios que se ahogan en el nuevo ambiente; van cada día en progreso, aumentando el número de compañeros que las visitan y el de los libros que se compran por el que tiene la posibilidad de hacerlo.

Las escuelas, desgraciadamente no han podido establecerse completamente sobre el plan moderno: faltan libros y maestros.

*Francisco Ferrer se preocupó mucho por dotar a las escuelas racionalistas de textos diversos y fundó con ese fin una editorial. (A.J.C.).

Me ocurre un medio de resolver la cuestión ahora que se acerca el aniversario del asesinato de Ferrer, que muchos amigos de su obra piensan celebrar con manifestaciones de protesta y otros actos de simpatía. ¿Por qué no celebramos los trabajadores mexicanos ese aniversario haciendo un esfuerzo en pro de las escuelas modernas? Eso sería la mejor protesta, la más lógica, la más consciente, la más efectiva. No se necesitan ni gritos ni amenazas, simplemente acción, acción inmediata, constante, para que nuestra protesta llegue al corazón del despotismo y sea en él veneno saludable que le acorta los días. En muchos lugares de los Estados Unidos, los trabajadores mexicanos pagan lo que aquí se llama «school taxes» para que sus hijos reciban educación en las escuelas oficiales; en otros tienen escuelas propias donde se siguen métodos antiguos que perjudican más que instruyen a la niñez, y en otros, a pesar de ser numeroso el elemento mexicano, no hay escuela para sus niños, que son arrojados de los planteles blancos por no tener la piel descolorida. ¿Por qué no fundar y sostener escuelas nuestras donde aprendan los niños a ser buenos y libres al mismo tiempo que saborean los deleites de la ciencia? Con lo mismo que se paga al gobierno para escuelas que muy poco enseñan, lo que se gasta en las escuelas particulares establecidas con el antiguo régimen y si es necesario, con un pequeño sacrificio más, puede hacerse nueva edición de las obras editadas por la Escuela Moderna de Barcelona y traerse algunos educadores de los que la persecución ha hecho salir de España, y así quedarán vencidas las dos dificultades principales para el nacimiento de la enseñanza racionalista en América.

En Nueva York, el grupo Solidaridad Obrera y su órgano *Cultura Proletaria*, trabajando con algunos intelectuales avanzados, tratan igualmente de hacer algo práctico, en idéntico sentido; pero, como nosotros, parece que no andan muy abundosos de recursos monetarios.

Bueno es que aquellos compañeros y los del Sur se pongan de acuerdo para hacer obra rápida y seria de propósito común.

Que nuestros afectos por Ferrer no degeneren en lirismos y fantasías de idólatras; su obra está en manos de los que amamos la libertad; continuándola, protestamos contra sus verdugos y herimos directamente al despotismo.

Que nuestros niños tengan el pan intelectual que vigoriza los cerebros y no la comida indigesta que los debilita.

La educación libre asegurará las victorias que contenga la revolución armada.

Convirtamos en profecía cumplida la última exclamación del mártir de Montjuich. Hagamos vivir la Escuela Moderna.

Regeneración No. 5
1 de octubre de 1910.
Los Angeles, California.

EL ARGUMENTO DE FILOGONIO

Cruzando un río volcóse una barca donde iban Filogonio y sus compañeros; algunos entre ellos sabían nadar y trataron de ganar la orilla remolcando a los que por temor o ineptitud se dejaban arrastrar por la corriente. Filogonio fue hábil para mantenerse a flote durante algunos minutos; pero no nadó hacia la ribera, ni remolcó a nadie; solamente habló en nombre de la prudencia y del bien común a los que disputaban su vida con las aguas.

—¡Imbéciles! ¿Qué hacen ustedes? ¡Imprudentes! ¿No ven que con tales esfuerzos y dando tales brazadas podemos morir de cansancio? Caímos en esta odiosa corriente por culpa de alguno de nosotros, ahora lo prudente es maldecir y protestar en contra de ella y no hacer esos movimientos, porque pudiera suceder que muriéramos de fatiga, que es la peor de las muertes.

Y Filogonio, gritando cada vez más irritado a los que luchaban por alcanzar la orilla, se fue alejando, arrastrado por el río. Desaparecía entre las olas dando tragos de agua, y cuando volvía a la superficie, tornaba a exclamar: ¡imbéciles, van a morir de fatiga!

El cuento parece inverosímil, sin embargo, por ahí, en el mundo, corren algunos hábiles y prudentes patriotas que usan y abusan del argumento de Filogonio, sin parecer locos, sino muy inteligentes y cuerdos sujetos.

La amenaza del Norte, el peligro norteamericano ha sido y es para muchos la razón patriótica de más peso para oponerse a la revolución. El temor a la absorción yanqui, explotado por la Dictadura y explotado por ciertos elementos de la oposición platónica y del apostolado «transante», han hecho al pueblo mexicano olvidar en parte el peligro real en que lo han precipitado los traficantes del Gobierno.

Durante la violenta paz porfirista, han caído en la amenazadora corriente del capitalismo yanqui, los grandes y pequeños intereses de México: las fuentes naturales de riqueza, minas, bosques, tierras, pescaderías; y rápidamente la dependencia a los financieros de Estados Unidos, ha sido un hecho nacional en el orden político y en el orden económico. La voluntad de los multimillonarios yanquis es en la actualidad el factor más potente del statu quo mexicano. Esto es sabido por los mexicanos y reconocido por los extranjeros. La paz en México, tal y como es hoy día, constituye el medio más favorable para su completa absorción en la ambiciosa corriente del imperialismo del Norte que trabaja por conservarla, entendido como lo está de que una Revolución, si no arranca por completo la presa de sus manos, sí disminuirá considerablemente su preponderancia y las probabilidades de dominio absoluto que ahora tiene el futuro de México.

Unos de mala fe y otros por ignorancia, dicen que los Estados Unidos esperan un movimiento revolucionario en México, para intervenir, enviar su escuadra y sus tropas y declarar la anexión en cualquier forma. Y aconsejan que se conserve la paz a toda costa, aun al precio mismo de la esclavitud, para no dar lugar a que el poderoso y omnipotente Gobierno de Washington nos declare provincia yanqui.

El argumento es pueril, como cándido es el consejo. El Gobierno de los

Estados Unidos, instrumento y servidor del capitalismo, no espera ni desea una revolución en México, al contrario, la teme. Todos sus actos lo han demostrado plenamente. Atropellando los principios más triviales de justicia, el gobierno yanqui ha trabajado por aniquilar a los revolucionarios mexicanos, lanzándose contra ellos con una saña sin precedente en su historia, escrita en actos de diferente complacencia hacia todos los revolucionarios que han buscado refugio en su territorio y que han organizado desde él muchos movimientos triunfantes o fracasados. Esta persecución ha tenido incidentes que revelan el interés particular que el capitalismo yanqui pone en que la paz actual no se quebrante, interés que está muy lejos de ser el simple deseo de apurar el resorte de los tratados internacionales para salvar el poder de un déspota amigo, sino que es el esfuerzo desesperado del que combate a un enemigo propio, del que siente que le arrebatan un tesoro del que se creía indiscutible dueño. De otra manera el Gobierno de Washington no habría llamado con tanta frecuencia y audacia a la puerta del desprestigio, ni hubiera levantado con sus violencias y abusos ese gran movimiento de indignación que ha forzado la investigación que se está llevando en el Congreso para el esclarecimiento de los crímenes cometidos con los liberales mexicanos en los Estados Unidos.

En los Estados Unidos, como en todas partes, hay gentes honradas que se oponen al imperialismo de su Gobierno, y a la rapacidad del capitalismo que ha venido minando las antiguas libertades republicanas. El socialismo, fuerza en continuo desarrollo, se extiende por las praderas del Oeste. Escala las vertientes de los montes rocallosos, se agita en las enormes ciudades del Este, penetra en las selvas del Sur, toma asiento en el escritorio de la intelectualidad; se difunde en las minas, en los ferrocarriles, en los campos, en las fábricas, y se levanta frente al Capitalismo para decirle: «No pasarás de aquí». Las uniones obreras, cada día más numerosas y radicales, ganan terreno en sus disputas con los patrones; y gracias a los trabajos y persecuciones de los revolucionarios, han abierto los ojos en la cuestión mexicana para ver la relación que la esclavitud y el peonaje de México tienen con la situación de ellos. El trabajo barato de allá es el gran enemigo del trabajo organizado de aquí. El capitalismo yanqui tiene en cuenta estos dos factores: socialismo y unionismo; los suma al problema negro, cada día más agudo, a la liquidación pendiente con el Japón, a los fermentos emancipadores de Filipinas, al descontento de la América española, al crecimiento de la idea civilizadora que rechaza las guerras de conquista, a la resistencia que un pueblo en rebelión ofrecería a la dominación armada en un extenso territorio cubierto de montañas; y sabiamente trata de prolongar la paz existente, que le permite usar de México como de un almacén de esclavos baratos y de un depósito inagotable de recursos materiales.

Tal vez si la revolución mexicana fuera acaudillada por un ambicioso y no llevara, como lleva, tendencias poderosas de reforma social y económica, el capitalismo yanqui, por medio de sus hechuras en el Gobierno, asiría la oportunidad ayudando al pretendiente para tener con él iguales privilegios que con el tirano viejo que se debilita y que forzosamente desaparecerá. Pero en

cualquier caso, la empresa de conquistar Mèxico a sangre y fuego sería una aventura de malos resultados.

Los Estados Unidos no quieren la revolución en México; eso está plenamente demostrado en su conducta, el peligro de la absorción y de la conquista no es una amenaza para el futuro; cuando el pueblo mexicano quiera obtener su libertad, por el único medio práctico, por medio de la revolución; es un peligro de actualidad; es la corriente que nos arrastra y de la cual no saldremos con facilidad; estamos ya en ella y es preciso nadar, nadar, vigorosamente hacia la orilla, aunque Filogonio nos grite que así podemos morir de fatiga.

Los rebaños de borregos no imponen respeto a nadie, sólo Don Quijote pudo ver en ellos escuadrones de combatientes.

Un pueblo pasivo es la esclavitud, es miel sobre hojuelas para los ambiciosos explotadores.

Un pueblo revolucionario por su libertad y derecho, se hace temible a los conquistadores.

Dejemos a Filogonio y a los prudentes que arguyan sobre los peligros de la fatiga. Nademos para salir de la corriente.

Regeneración No. 6
8 de octubre de 1910
Los Angeles, California

TRABAJANDO

Sobre el barbecho que reverbera por los rayos del sol, tostado el cutis por la inclemencia de la intemperie, con los pies y las manos agrietados, el labrador trabaja; va y viene sobre el surco; el alba le halla en pie y cuando la noche llega, todavía empuña la herramienta y trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para llenar graneros que no son suyos; para amontonar subsistencias que se pudren en espera de una carestía, mientras el labrador y su familia apenas comen; para adquirir deudas que lo atan a los pies del amo, deudas que pasarán sobre las generaciones de sus descendientes; para poder vegetar unos cuantos años y producir siervos que labren, cuando él muera, los campos que consumieron su vida y dar a la bestialidad de sus explotadores algunos juguetes femeninos.

Sudoroso y jadeante en el húmedo fondo de la mina se debate contra la roca un hombre que vive acariciado por la muerte, a la cual se parece con la palidez del rostro, martillea y dinamita; trabaja con los reumas filtrándose a través de sus tejidos y la tisis bordando sus mortales arabescos en las blanduras de sus pulmones sofocados. Trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que algunos entes vanidosos se doren los trajes y las habitaciones; para llenar cajas de sórdidos avaros; para cambiar la piel por unos cuantos discos metálicos fabricados con las piedras que él ha hecho salir a la superficie a toneladas; para morir joven y abandonar en la miseria a sus hijos queridos.

En destartalada casucha, sentada en humilde silla, una mujer cose. Ha comido mal, pero cose sin descanso, cuando otros salen de paseo ella cose; cuando otros duermen, ella cose; huye el día y a la luz de una lámpara sigue cosiendo y poco a poco su pecho se hunde y sus ojos necesitan más y más la proximidad de la pobre lámpara que le roba su brillo, y la tos viene a hacerse la compañera de sus veladas. Sedas, hermosas y finas telas pasan bajo su aguja; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que ociosas mujeres, damas aristócratas, concurran al torneo de la ostentación y la envidia, para surtir lujosos guardarropas donde se picarán los trajes en tanto que ella viste de harapos su vejez prematura.

Envuelta en llamativos adornos, cargada de acres perfumes, teñido el rostro marchito y fingiendo acentos cariñosos, la prostituta acecha el paso de los hombres frente a su puerta maldecida por la gasmoñería, la misma que la obligó a llevar al mercado social, los efímeros encantos de su cuerpo. Esa mujer trabaja, horrible trabajo el suyo, siempre trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para adquirir sucias enfermedades; pagar al Estado moralizador el impuesto del vicio y expiar en el asco y en la inmundicia crímenes ajenos.

En lujoso escritorio el rey de la industria, el señor del capital, calcula; las cifras nacen de su cerebro y nuevas combinaciones van allá, lejos de la opulenta morada, a disminuir el calor del hogar y los mendrugos de los proletarios; trabaja, trabaja, también él trabaja. ¿Para qué trabaja? Para amontonar superfluidades en sus palacios y recrudecer miserias en las casuchas; para quitar, al que fabrica sus riquezas, el pan y el abrigo que producen sus manos; para impedir que los despojados tengan algún día asegurado el derecho a vivir que el derecho concedió a todos, para hacer que una gran parte de la humanidad permanezca como rebaño que se esquilma sin protesta y sin peligro.

Afanoso busca el juez en los volúmenes que llenan los armarios de su gabinete; consulta libros, anota capítulos, revuelve expedientes, hojea procesos, hurga en las declaraciones de los presuntos delincuentes, violenta la inventiva criminalogística de su cerebro; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para disculpar con el pretexto legal los errores sociales; para matar con el derecho escrito el derecho natural; para ser respetados y temidos los caprichos de los déspotas; para presentar siempre a los ojos de los hombres la espantable cabeza de medusa en el estrado de la justicia.

Escuchando pasa el esbirro junto a las puertas, sus ojillos inquieren por las rendijas, estudian los semblantes tratando de adivinar el rasgo característico de la rebeldía, sus oídos se alargan tratando de percibir todos los ruidos inquietantes para el despotismo; se disfraza, pero no se oculta; el esbirro tiene un olor propio que lo denuncia; tan pronto es gusano como es una serpiente; se agita, se retuerce, se escurre por entre la multitud queriendo leer los pensamientos, se pega a las paredes como si quisiera chupar los secretos que guardan; golpea, mata, encadena; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que los opresores tengan tranquilidad en sus palacios, erigidos sobre miserias y esclavitudes; para que la humanidad no piense, no se enderece, ni marche a la emancipación.

Señalando al cielo con un dedo demoníaco y deletreando páginas de absurdos libros, corre el sacerdote a casa de la ignorancia; predica la caridad y se enriquece en el despojo; habla mentira en nombre de la verdad; reza y engaña; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para embrutecer a los pueblos y dividirse con los déspotas la propiedad de la tierra.

Y, obscuro y pensativo, el revolucionario medita; se inclina sobre un papel cualquiera y escribe frases fuertes que hieren, que sacuden, que vibran como clarines de tempestad; vaga, y enciende con la llama de su verbo las conciencias apagadas, siembra rebeldías y descontentos; forja armas de libertad con el hierro de las cadenas que despedaza; inquieto, atraviesa las multitudes llevándoles la idea y la esperanza; trabaja, trabaja. ¿Para qué trabaja? Para que el labrador disfrute del producto de sus cuidados, y el minero, sin sacrificar la vida, tenga pan abundante; para que la humilde costurera cosa vestidos para ella y goce también de las dulzuras de la vida; para que el amor sea el sentimiento que, ennobleciendo y perpetuando a la especie, una a dos seres libres; para que ni el rey de la industria, ni el juez, ni el esbirro pasen la existencia trabajando para el mal de los hombres; para que el sacerdote y la prostituta desaparezcan; para que la tiranía, el despotismo y la ignorancia mueran; para que la justicia y la libertad, igualando racionalmente a los seres humanos, los haga solidarios constructores del bienestar común; para que cada quién tenga, sin descender al fango, asegurado el derecho a la vida.

Regeneración No. 6
del 8 de octubre de 1910
Los Angeles, California.

PROGRAMA DE LA LIGA PAN-AMERICANA DE TRABAJO

Esta organización, como su nombre lo indica, es de los trabajadores de ambos sexos de todas las naciones de América, y su programa, dirigido al mejoramiento de la especie humana, tiene como principios los siguientes:

1. Propaganda y sostenimiento de la Enseñanza Racionalista.
2. Emancipación de la mujer.
3. Destrucción de los prejuicios de raza y nacionalidad que al presente dividen a la humanidad.
4. Participación de los proletarios de todas las naciones de América en los asuntos de carácter social que afecten a cualquiera de ellas.
5. Mejoría de salarios y demás condiciones de trabajo.
6. Abolición de la guerra.

PLAN DE ORGANIZACION

I. Los compañeros o compañeras, no menos de cinco, que vivan en el mismo lugar o distrito podrán formar un grupo.

II. Individuos aislados también podrán formar parte de la Liga inscribiéndose en el grupo más cercano a su residencia o pidiendo su tarjeta de miembro a la Oficina Internacional.

III. Cada grupo tendrá un secretario, un organizador y un tesorero internacionales, que funcionarán provisionalmente hasta que se reúna la primera Convención de Delegados de los Grupos.

IV. Un año será el término de las comisiones de todos los funcionarios.

V. La cuota inicial de todos los miembros será de cinco centavos oro, e igual cantidad se pagará como cuota regular semanariamente.

VI. Los grupos formarán un fondo de emergencia que conservarán en su poder, dando solamente aviso mensual de las cantidades existentes a la Oficina Internacional.

VII. El producto de las cuotas de iniciación y regulares se aplicará a los gastos de organización y propaganda.

VIII. El *fondo de emergencia se empleará en casos de huelga y otros movimientos obreros análogos.*

IX. Las compañeras o compañeros que tengan una misma ocupación u oficio podrán formar Uniones Especiales dentro de la Liga.

X. En cualquier tiempo pueden los miembros de la Liga deponer a los funcionarios que se hagan indignos de ella, nombrando otros en su lugar.

XI. Todas y todos tienen derecho a iniciar y a revisar.

XII. Cuando el número de grupos organizados lo requiera, el Secretario Internacional convocará una Convención, en la cual los delegados de los grupos de la Liga formarán los estatutos definitivos de ella, de acuerdo con los principios de su programa.

EXPOSICION

La Liga Pan-Americana toma como campo de acción el Nuevo Continente y las islas que le rodean, sin perjuicio de apoyar y contribuir solidariamente a los movimientos obreros de otras partes del mundo: simple cuestión de táctica es la que motiva que la organización sea regional teniendo como base principios universales.

Por mucho tiempo ha estado la educación escolar de la niñez proletaria en manos de las clases dominantes y explotadoras, que han podido con ese medio modelarla para la obediencia y la servidumbre. Hay muchos obreros que luchan contra los amos en diferentes formas, pero cuyos hijos acuden a las escuelas que éstos mantienen para encarrilar a la humanidad por el camino que a ellos les place. Así, con el enemigo en casa, apoderado de los cerebros en formación, resulta casi del todo estéril la lucha de los proletarios, que suelen alcanzar en una generación victorias y ventajas que la generación siguiente deja perder o desaprovecha porque ha sido educada por su enemigo.

La educación del proletariado debe estar en manos de proletarios para que sea benéfica, responda a sus necesidades y sea fuente de verdadera emanci-

pación. La Liga trabajará por la Enseñanza Racionalista, fundando escuelas, bibliotecas, centros de estudios sociales y fomentando prensa libertaria.

Al decir mejoramiento de la especie humana claro está que en él se comprenden todos los problemas que a ella se relacionan, inclusive la emancipación de la mujer; pero la Liga ha hecho de ésta uno de sus principios porque la considera un punto de gran importancia, descuidado deplorablemente por muchos individuos que manteniendo despotismos en el hogar buscan en otros campos la libertad. La injusticia de las condiciones sociales existentes si es pesada para los hombres, lo es más, y de una manera abrumadora, para las mujeres. Si en realidad se quiere hacer una labor libertadora en el mundo debe ésta empezarse en la familia, ayudando a dignificarse a la que es nuestra madre, nuestra hija, nuestra compañera o nuestra hermana. Interesar a la mujer en los trabajos de la emancipación común, facilitarle los medios y las oportunidades de desarrollar libremente su individualidad fuera del molde deformador de las supersticiones y las llamadas conveniencias sociales que en muchos países la oprimen, será una tarea que desempeñará la Liga.

Un río, una cadena de montañas, una hilera de pequeños monumentos bastan para mantener extraños y hasta enemigos a dos pueblos; de un lado y de otro vive la desconfianza, la envidia y el rencor por actos de generaciones pasadas. Cada nacionalidad pretende estar en cualquier sentido por encima de las demás, y las clases dominadoras, que son dueñas de la enseñanza y dueñas de la riqueza de las naciones, alimentan en los proletarios la creencia de superioridades y orgullos tontos a fin de imposibilitar la unión de los trabajadores en el esfuerzo que separadamente hacen por libertarse del Capital. Los odios de raza, y sobre todo las enemistades de nacionalidades contra nacionalidades tienen su origen, en lo general, de crímenes de unos cuantos cometidos con la fuerza inconsciente de las multitudes fanatizadas por la patriotería.

Los prejuicios de raza y de nacionalidad, hábilmente manejados por los tiranos y los capitalistas, impiden a los pueblos acercarse entre sí fraternalmente; destruyéndolos se quitará a los ambiciosos un arma poderosa. Muchas organizaciones e individuos se han ocupado ya del asunto; la Pan-Americana no hace más que secundar el movimiento.

Si los trabajadores de todas las naciones de América tomasen participación directa en las cuestiones de carácter social que afecten a uno o más grupos proletarios se conseguiría resolver pronta y felizmente muchas dificultades; huelgas, reformas de todas clases, movimientos libertadores, triunfarían fácilmente en la región donde se produjeran teniendo el apoyo solidario del proletariado internacional, a cuya completa emancipación contribuyen las victorias logradas en cualquier punto. La Liga tomará empeño en hacer efectiva la acción solidaria del proletariado de América.

El aumento de salarios, la disminución de horas en las jornadas de labor; la humanización de todas las condiciones de los lugares de trabajo traerá consigo mejores medios y oportunidades para la evolución de los obreros; estas pequeñas ventajas, reformas indispensables del momento, vale la pena de

no desdeñarlas mientras se consigue hacer desaparecer el sistema injusto del salariado.

Con armas fabricadas por manos proletarias, con riquezas arrebatadas a masas proletarias, con sangre y sacrificios de proletarios, se hacen las guerras para provecho de capitalistas y tiranos. El principal elemento para las guerras son las multitudes proletarias, de donde salen ejércitos y contribuciones: quitando ese elemento a las clases dominantes, haciendo que cuando menos una parte numerosa de los trabajadores se opongan decididamente a las intervenciones, las conquistas y los robos enmascarados con pretextos de humanitarismo, de honor nacional y patriotismo, se harán imposibles esas horribles matanzas colectivas que los famosos Congresos de Paz de los gobiernos no impiden porque están formados por instrumentos de los mismos que se interesan en hacerlas. La civilización demanda la abolición de la guerra, nosotros, los proletarios, podemos impedirla presentando a los gobiernos que quieran hacerla la protesta colectiva en las más eficaces formas.

Ningún pueblo que luche en estos tiempos por su verdadera emancipación puede contar como únicos enemigos a los opresores de casa; tiene que tomar en cuenta la fuerza que reciben de los de afuera; tiene que combatir con un enemigo internacional; tiene que disputar sus derechos con el enemigo común de los trabajadores mundiales; necesita, pues, la solidaridad de todos ellos, y está obligado por conveniencia propia a apoyar con la suya a los demás.

La Liga no trae ideas nuevas; viene solamente como nueva unidad de lucha para hacer prácticos los principios que orientan a la humanidad a su mejoramiento.

Trabajadores, meditad en los principios de ese Programa y si los halláis justos y merecedores de vuestro esfuerzo organizaos con ellos.

Unidos hemos estado para obedecer y someternos a la voluntad de los amos y el resultado ha sido el engrandecimiento de unos pocos y la miseria de muchos. Unámonos ahora para luchar, y el resultado será la emancipación de todos.

Regeneración No. 8
del 22 de octubre de 1910

LA MUJER

Siempre han sido el niño y la mujer las víctimas escogidas de la barbarie, y sólo en ciertos países ha gozado la segunda de algunos privilegios, que en ocasiones la han colocado por encima del hombre socialmente, como en los clanes primitivos en que existió el matriarcado. Pero la mujer todavía no ha ocupado el verdadero lugar que como mujer le corresponde en las sociedades.

La Biblia, que consagra la impureza de la mujer, nos dice que el pueblo judío trataba inconsideradamente a las mujeres y a los niños: los padres tenían derecho absoluto sobre las hijas, las vendían como esclavas o las sacrificaban, como lo demuestra el célebre caso de Jefté, y el atroz culto de Moloch,

que puso en práctica la quema de niños vivos y especialmente de niñas, en todos los pueblos de raza semítica. Los judíos acostumbraron el monopolio de las mujeres por los ricos. Salomón nos da un ejemplo de ello, y debido a eso se produjeron naturalmente en los pobres, los repugnantes vicios de que la misma Biblia nos habla, acarreando el consiguiente rebajamiento en las costumbres, cuyas víctimas de preferencia lo fueron las mujeres.

En el antiguo Egipto, donde los pobres fellahs construyeron a fuerza de látigo y palo, gigantescos monumentos al servilismo y al orgullo, que la erosión de los vientos no ha podido destruir en el transcurso de miles de años, la mujer tuvo privilegios extraordinarios: estipulaba libremente las cláusulas de los contratos matrimoniales; podía obtener el divorcio con sólo manifestar su deseo de no continuar unida a su marido y no pocas veces obligaba a éste a la servidumbre, exactamente como ahora exigen muchos maridos que llevan el título de civilizados, la servidumbre de la mujer.

Las mujeres de la India, por el contrario de las egipcias, padecían la tiranía de horribles costumbres: las viudas se quemaban vivas a la muerte de sus maridos. No eran obligadas por la violencia al sacrificio; los hombres hallaron el medio de llevarlas voluntariamente a la pira inculcándoles absurdas nociones de honor y explotando su vanidad, su orgullo y su casta, porque es de saber que sólo las mujeres de los personajes se quemaban. Las mujeres pobres, pertenecientes a las castas consideradas como inferiores, se confundían con sus hijos en la degradación; su vida no ofrece nada de atractivo.

China es otro de los países más funestos para la mujer: la autoridad paternal era y es allá despótica, al igual que la autoridad del marido: «la mujer no es más que una sombra o un eco en la casa», según dice un proverbio; la mujer no puede manifestar preferencia ninguna porque los preceptos del pudor se ofenderían; se ha de considerar contenta con el marido que se le asigna, viejo o muchacho, repugnante o pasadero; el matrimonio es simplemente una venta. La mórbida sensualidad de los chinos llega hasta la mutilación de los pies femeninos y otros refinamientos comunes entre los ricos. Como en la India, en China se acostumbró el suicidio de las viudas aunque sin la concurrencia de las piras y premiándose con inscripciones encomiásticas en los templos. El infanticidio es cosa corriente, sobre todo en las niñas.

Los griegos, con todo y su poderosa mentalidad, no fueron muy humanos con sus mujeres; Esquilo, poeta y filósofo, defensor de las instituciones patriarcales, llega a la peregrina teoría de que la mujer no es madre de su hijo, sino un temporal depositario del hijo del hombre. El gineceo era el lugar destinado para las mujeres helénicas, aunque se adiestraban con frecuencia en los gimnasios, y en una época llegaron a recibir educación especial para el amor, nunca se las vio en realidad como iguales al hombre. El matrimonio no era cuestión de inclinación; se unía a los jóvenes más robustos y hermosos con las doncellas mejor formadas, como se procede en las ganaderías para el mejoramiento de las razas. Los niños recibían una educación militar; para mantenerse superiores sobre sus esclavos y vecinos, los griegos formaban soldados desde la cuna, sanos de cuerpo, pero mutilados de espíritu pues

el intelecto griego, brillante en algunas facetas, permaneció oscuro en muchas, a pesar de las exageradas alabanzas que se hacen de la cultura ateniense; matando a los niños raquíticos y deformes, ejercitando a los otros en la lucha, en la carrera, en toda suerte de juegos corporales, hicieron buenos guerreros de cuerpos ágiles, de formas bellas y gallardas; pero con la disciplina detuvieron el desarrollo intelectual de la raza, que de otra manera habría alcanzado alturas y esplendores mayores.

Una tribu de Madagascar, los Hovas*, puede dar ejemplo de buen trato a la mujer a muchos de los pueblos tenidos por civilizados. Tan bien saben las mujeres hovas comprender su situación, que designan despectivamente a sus vecinas las mujeres de los negros del Senegal, civilizados militarmente por los franceses, con el nombre de «mulas», porque estas infelices viven sujetas a los trabajos más rudos y humillantes.

Los calumniados beduinos nómadas tienen rasgos que los abonan; entre ellos un delincuente podía librarse del castigo si lograba colocar la cabeza debajo del manto de una mujer exclamando: «me pongo bajo tu protección».

Diferente, como se ve ha sido la suerte de la mujer. Entre los judíos fue una esclava impura y vendible, propiedad absoluta del padre. En el Egipto, pudo ejercitar tiranía sobre el hombre; en la India fue un apéndice que debía desaparecer con el dueño; en la China, víctima de la sensualidad y los celos masculinos, tuvo y tiene una triste suerte; en Grecia se le consideró, con algunas excepciones, como un objeto; entre los Hovas, los Beduinos y otras tribus, ha gozado de relativa libertad y de muy simpáticos fueros. Busquémosla ahora en la situación también diversa que guarda en las naciones modernas.

La moral que las antiguas civilizaciones heredaron de los primeros núcleos sociales, conocidos con el nombre de clanes, se ha venido modificando con la evolución de las costumbres, con la desaparición de algunas necesidades y el nacimiento de otras; mas en lo general la mujer permanece fuera del lugar que le corresponde, y el niño que de ella recibe el impulso inicial de su vida psíquica, se encargará, cuando llegue a hombre, de perpetuar el desacuerdo entre las dos partes que forman la humanidad. Ahora ya no se quema a las viudas con el cadáver del marido, ni los padres tienen derecho de vida y muerte sobre sus hijos, como acontecía en Roma; ya no se practican «razzias» a mano armada para proveer de mujeres a los hombres de una tribu, ni se queman niños vivos bajo las narices de Moloch; las leyes escritas y las simples conveniencias sociales, ejercen de verdugos de la mujer; la patria potestad se manifiesta aún en mil formas opresivas. La trata de blancas para proveer los harenes de los potentados, ocupa el sitio de las «razzias» violentas, y el infanticidio, resultado de la miseria y de la mojigatería es un hecho harto común en todas las clases sociales.

Fuera del campo del liberalismo que reivindica la igualdad de la mujer y del hombre, la tendencia de la época, débil todavía para romper con todos

* Las hovas son una de las castas del pueblo merina, que habita la altiplanicie de Madagascar, y desciende de indonesios (*A.J.C.*).

los obstáculos que se ofrecen a la emancipación de la mujer, ha motivado esa desviación conocida con el nombre de «feminismo». No pudiendo ser mujer, la mujer quiere ser hombre; se lanza con entusiasmo digno de un feminismo más racional en pos de todas las cosas feas que un hombre puede ser y hacer; quiere desempeñar funciones de policía, de picapleitos, de tirano político y de elegir con los hombres los amos del género humano, Finlandia va a la cabeza de este movimiento, después le siguen Inglaterra y Estados Unidos.

El «feminismo» sirve de base a la oposición de los enemigos de la emancipación de la mujer. Ciertamente no hay nada atractivo en una mujer gendarme, en una mujer alejada de la dulce misión de su sexo para empuñar el látigo de la opresión; en una mujer huyendo de su graciosa individualidad femenina para vestir la hibridez del «hombrunamiento».

La teoría bíblica de la impureza de la mujer, ha perdido su infalibilidad; la substituye la moderna «inferioridad de la mujer», con su pretendido apoyo en la ciencia.

¡Inferioridad de la mujer! cuando para ser sinceros deberíamos decir: ¡esclavitud de la mujer!

Incontables generaciones han pasado sometiendo a los rigores de una educación a propósito a la mujer, y al fin, cuando los resultados de esa educación se manifiestan; cuando los prejuicios acumulados en el cerebro femenino y las cargas materiales que los hombres le echan encima, actúan de lastre en su vida impidiendo el vuelo franco de su intelecto en los espacios libres de la idea; cuando todo lo que la rodea es opresivo y mentiroso, se viene a la conclusión de la inferioridad de la mujer, para no admitir ni confesar la desigualdad de las circunstancias y la ausencia de oportunidad, que a pesar de todo, no han impedido que la emancipación de la mujer se inicie ayudada por los heroicos esfuerzos de ella misma. Las mujeres revolucionarias, emancipadas morales, contestan victoriosamente el cargo de superficialidad hecha a su sexo; hacen meditar con respetuosa simpatía en la suma del valor, de energía, de voluntad, de sacrificios y amarguras que su labor representa, es el mérito mayor que su rebeldía tiene, comparada con la rebeldía del hombre. El acto de la revolucionaria rusa que se desfiguró el rostro porque su belleza era un estorbo en la lucha por la libertad, revela mentalidad superior. Comparad esa acción con la de los soldados de Pompeyo, huyendo de las tropas de César que tenían la consigna de pegarles en la cara; ved a Maximiliano de Austria rechazando la fuga por no cortarse la hermosa barba. ¿De qué lado están la superficialidad, la coquetería estúpida, la vanidad necia? Se acusa de fragilidad a la mujer y ¿se comparan esos deslices que condenan la hipocresía moral con los extravíos homosexuales, con esa prostitución infame de los hombres, tan extendida en todos los países del mundo y practicada escandalosamente por representantes de las clases llamadas cultas, entre los hombres de Estado y la refinada nobleza, como lo hizo saber la pluma irreverente de Maximiliano Harden, en Alemania, como se descubrió ruidosamente en México en un baile íntimo de aristócratas?

La religión, cualquiera que sea la denominación con que se presente, es

el enemigo más terrible de la mujer. A pretexto de consuelo, aniquila su conciencia; en nombre de un amor estéril, le arrebata al amor, fuente de la vida y la felicidad humanas; con burdas fantasmagorías, bosquejadas en una poesía enfermiza, la aparta de la poesía fuerte, real, inmensa, de la existencia libre.

La religión es el auxiliar de los déspotas caseros y nacionales; su misión es la del domador; caricia o azote, jaula o lazo, todo lo que emplea conduce al fin: amansar, esclavizar a la mujer en primer término, porque la mujer es la madre y la maestra del niño, y el niño será el hombre.

Otro enemigo no menos terrible tiene la mujer: las costumbres establecidas; esas venerables costumbres de nuestros mayores, siempre rotas por el progreso y siempre anudadas de nuevo por el conservatismo. La mujer no puede ser mujer, no puede amar cuando ama, no puede vivir como la libre compañera del hombre, porque las costumbres se oponen, porque una violación a ellas trae el desprecio y la befa, y el insulto y la maldición. La costumbre ha santificado su esclavitud, su eterna minoría de edad, y debe seguir siendo esclava y pupila por respeto a las costumbres, sin acordarse que costumbres sagradas de nuestros antepasados lo fueron el canibalismo, los sacrificios humanos en los altares del dios Huitzilopochtli, la quema de niños y de viudas, la horadación de las narices y los labios, la adoración de lagartos, de becerros y de elefantes. Costumbres santas de ayer son crímenes o pueriles necedades de hoy. ¿A qué pues, tal respeto y acatamiento a las costumbres que impiden la emancipación de la mujer?

La libertad asusta a quienes no la comprenden y a aquellos que han hecho su medio de la degradación y la miseria ajenas; por eso la emancipación de la mujer encuentra cien oponentes por cada hombre que la defiende o trabaja por ella.

La igualdad libertaria no trata de hacer hombre a la mujer; da las mismas oportunidades a las dos facciones de la especie humana para que ambas se desarrollen sin obstáculos, sirviéndose mutuamente de apoyo, sin arrebatarse derechos, sin estorbarse en el lugar que cada uno tiene en la naturaleza. Mujeres y hombres hemos de luchar por esta igualdad racional, armonizadora de la felicidad individual con la felicidad colectiva, porque sin ella habrá perpetuamente en el hogar la simiente de la tiranía, el retoño de la esclavitud y la desdicha social. Si la costumbre es un yugo, quebremos la costumbre por más sagrada que parezca; ofendiendo las costumbres, la civilización avanza. El que dirán es un freno; pero los frenos nunca han libertado pueblos, satisfecho hambres, ni redimido esclavitudes.

Regeneración No. 11
del 12 de noviembre de 1910.
Los Angeles, California.

ASOCIACION CONTINENTAL DE TRABAJADORES*

ACUERDOS Y RESOLUCIONES DEL CONGRESO CONSTITUYENTE EFECTUADO EN BUENOS AIRES LOS DIAS 11 AL 16 DE MAYO DE 1929

BREVE NOTICIA HISTORICA

CON TODA FELICIDAD, colmando los deseos de sus iniciadores, se realizó el congreso continental americano durante los días 11 al 16 de mayo de 1929, en la ciudad de Buenos Aires.

Este congreso venía a cumplir una vieja aspiración. La idea de reunir en un vasto organismo continental a todos los trabajadores revolucionarios de América, ligándolos entre sí solidariamente, es muy vieja, casi tan vieja como lo es el movimiento libertario del nuevo mundo. Es, por otra parte, natural que así fuera; el deseo más íntimo de los anarquistas de todos los tiempos, ha sido unirse entre sí internacionalmente, respetando las modalidades particulares que determina la naturaleza étnica de cada país. Este pensamiento está en la esencia de los ideales que defendemos.

Por desgracia, nunca hasta este instante se realizó un esfuerzo lo necesariamente tenaz y continuado para cumplir esta aspiración nuestra hacia el internacionalismo. En el congreso extraordinario de la F.O.R.A., realizado en 1920, se comprendió esta necesidad y se tomó una resolución categórica en ese sentido. Es a partir de esa fecha que se realiza un esfuerzo serio y persistente para llegar al resultado anhelado, especialmente durante los años 1927,

* Transcribimos íntegramente del folleto *Congreso Constituyente de la ACAT*, Buenos Aires, ACAT, 1930, el informe de Diego Abad de Santillán sobre los acuerdos y resoluciones, y asimismo el texto anexo de Max Nettlau, (que en la fuente citada corresponde a las páginas 38/46) y es una *Carta abierta sobre la significación del Congreso Obrero libertario americano*. (C.M.R.).

28 y 29, con la constitución por el Consejo Federal de la F.O.R.A. de la Secretaría de Relaciones Internacionales, que tuvo a su cargo la preparación y organización del congreso continental.

La Confederación General de Trabajadores de México también perseguía el propósito de fundar un organismo libertario continental y a tal efecto se estableció entre la F.O. Regional Argentina y C.G.T. la más estrecha relación para cumplir de común acuerdo este deseo colectivo.

Se intentó la realización de dos congresos americanos, uno de parte de la C.G.T. que convocó a los organismos libertarios del continente en Panamá, en 1925, y el segundo de parte de la F.O.R.A., en Buenos Aires, en mayo de 1927. Ambos intentos fracasaron. Las delegaciones asistentes a los mismos no eran lo suficientemente numerosas como para abocarse de hecho a la constitución de un organismo continental.

Diversas razones contribuyeron a este fracaso. A la conferencia de Panamá opuso el gobierno de aquel país toda clase de impedimentos. Pero no es esta la razón principal del fracaso. Los trabajos para la realización, tanto de una como de otra conferencia, no alcanzaron la suficiente intensidad como para asegurar el éxito. Es preciso agregar a esto, que constituye de por sí un impedimento serio, la ausencia de organizaciones vigorosas en el continente que pudieran, abandonadas a su propio esfuerzo, contribuir a la común tarea de elevar la organización representativa del proletariado revolucionario americano.

Después del fracaso de la segunda conferencia, con la formación de la Secretaría de Relaciones Internacionales, se realiza el esfuerzo más intenso y metódico para dar vida a la actual Asociación Continental Americana de los Trabajadores.

CONGRESO DE MAYO DE 1929

El sábado 11 de mayo de 1929, inicia sus sesiones el Congreso Continental. Los trabajos del mismo se prolongaron hasta el día 16, en que se realizó la sesión de clausura.

Un ambiente de cálida fraternidad entre los delegados y la numerosa concurrencia de simpatizantes que llenaba el amplio salón de la F.O.R.A., fue la señal distintiva del congreso. El espíritu de amplitud y de cordura primó entre todos los delegados durante las sesiones y se refleja en cada una de las resoluciones tomadas sobre todos los puntos del orden del día.

Las resoluciones son de por sí suficientemente elocuentes y señalan claramente cuáles fueron los pensamientos dominantes del congreso continental americano, con respecto a los problemas actuales que nos plantea la lucha contra la reacción del capitalismo y del Estado. El congreso afirmó ampliamente los ideales libertarios como norte de las actividades de la naciente institución, y proclamó su confianza en los mismos para destruir los cimientos del Estado y del capitalismo y edificar sobre sus ruinas la sociedad de los libres y de los iguales.

Damos a continuación el detalle de los países representados en la confe-

rencia, organismos actualmente adheridos a la A.C.A.T. y resoluciones tomadas.

Que ninguna de las instituciones y compañeros que pusieron sus esperanzas en los bellos ideales que sirvieron de inspiración y de guía al congreso continental, defraude ahora los propósitos afirmados en la magna reunión que ligó entre sí solidariamente a los diversos movimientos libertarios del continente.

La Continental ha sido creada. Ella representa el centro natural de convergencia del anarquismo en América. Que cada uno y todos se agrupen entonces en torno a ese baluarte levantado frente a todas las instituciones autoritarias del capitalismo y del movimiento obrero de tendencias políticas*.

ORDEN DEL DIA

El orden del día presentado por la F.O.R.A. fue ligeramente modificado por los delegados, tratándose de acuerdo con esta alteración en la siguiente forma:

1.— Finalidad, doctrina y táctica.
2.— Constitución de la Continental.
3.— Relaciones con la A.I.T.
4.— Relaciones con los organismos nacionales.
5.— Lucha contra la reacción internacional.
6.— El movimiento campesino.
7.— Nombramiento del Bureau y sede del mismo.
8.— Label en la prensa de las organizaciones adheridas.
9.— Archivo del movimiento obrero anarquista continental.
10.— Intercambio de delegados entre los diversos países.
11.— Lucha por la jornada de seis horas.
12.— Actitud frente a los I.W.W.
13.— Clausura del congreso continental.

Las resoluciones adoptadas sobre cada uno de estos puntos y que señalan claramente cuáles han sido las ideas fundamentales del congreso, las trascribimos a continuación:

DECLARACION DE PRINCIPIOS

DECLARACIONES GENERALES

ORGANIZACION SOCIAL.— Dos son los caminos propuestos por los movimientos proletarios y socialistas para superar la situación presente: la conquista del Estado para operar la transformación política de la sociedad por medio de decretos, y la organización de la vida económica sobre la base

*Omitimos la nómina de delegaciones y personalidades asistentes por obvias razones editoriales. (C.M.R.).

del trabajo de todos y de cada uno. La primera resolución pretende realizar la nueva organización social de arriba abajo; la segunda aspira a hacerse de abajo a arriba: una tiene por norma de conducta la autoridad, la otra la libertad.

La Asociación Continental Americana de los Trabajadores, que recoge las experiencias del último siglo de luchas y que tiene en cuenta las enseñanzas de la realidad y de la vida, repudia la conquista del Estado político como medio de emancipación proletaria y concentra todas sus esperanzas en la organización del trabajo sobre las piedras angulares de su libertad, de su utilidad y de su solidaridad.

En consecuencia, aspira a un régimen social en donde el trabajo será la base y la garantía de libertad y de justicia para todos.

ABOLICION DEL ESTADO.— Un régimen social basado en el trabajo común de las asociaciones libres de productores libres, excluye el Estado, que ha sido siempre instrumento de dominación de una casta o clase parasitaria en detrimento de la masa productora y que pierde su razón de ser cuando la nivelación económica, la expropiación de los expropiadores, ha establecido la igualdad de todos los seres humanos ante la vida, ante los instrumentos de trabajo y ante el disfrute de los productos.

La Asociación Continental Americana de los Trabajadores, como intérprete de los intereses de los que producen y no de los explotadores del trabajo y beneficiarios de la producción ajena, quiere una sociedad de libres y de iguales, por lo tanto una sociedad anarquista.

SUPRESION DE MONOPOLIOS.— El capitalismo, que es la forma económica más injusta que se pueda imaginar, y no siempre la más renditiva y provechosa desde el punto de vista de la producción misma, tiene sus más profundas raíces en el reconocimiento y la defensa de la propiedad monopolista, exclusiva, hereditaria.

La A.C.A. de Trabajadores rechaza todo concepto de monopolio en el usufructo de las riquezas sociales y reivindica el derecho pleno de la humanidad presente y futura a beneficiarse por igual, según las necesidades, de los bienes de la naturaleza y del trabajo del hombre. Sin reconocer una forma especial de organización de las futuras relaciones económicas, recomienda el comunismo como aquella condición que promete una más amplia garantía de bienestar social y de libertad individual.

EL HOMBRE LIBRE EN LA SOCIEDAD LIBRE.— Para el capitalismo y el estatismo dominantes, el ideal consiste en la esclavización y la opresión crecientes de las grandes masas en beneficio de las minorías privilegiadas del monopolio. La A.C.A.T. tiene por ideal supremo el hombre libre en la sociedad libre, y propaga su realización mediante la supresión revolucionaria del aparato estatal y de la organización económica capitalista simultáneamente, en la convicción de que la abolición del uno y el mantenimiento del otro conducirá irremisiblemente, como lo ha enseñado ya la experiencia, a la restauración del orden de cosas que se había querido destruir.

El socialismo libertario no puede ser realizado más que por la revolución social. En consecuencia, los trabajadores revolucionarios deben prepararse

intelectual y prácticamente en el sentido de tomar posesión de los medios de producción, distribución y transporte a su alcance para utilizarlos automáticamente al día siguiente de la revolución, así como elaborar los medios de relación entre los diversos grupos de producción, o de lugar, sin que esto marque una única forma de convivencia revolucionaria, y siempre que se salven los principios fundamentales enunciados en nuestra finalidad.

MEDIOS DE LUCHA

1o. El objetivo de la organización obrera consiste en asociar a todos los asalariados para la lucha contra la clase explotadora, de acuerdo con el lema de la primera Internacional: «La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos».

2o. Para que sea posible llegar a este objetivo, los métodos de acción deben estar en concordancia con la doctrina revolucionaria. De ahí que sean las prácticas de lucha de la A.C.A.T. y de las organizaciones que la integran, la huelga parcial y general, el sabotaje y el boicot en los casos en que sea necesario practicar la solidaridad más allá de los respectivos planos nacionales.

3o. Se rechaza el arbitraje oficial y las intervenciones oficiosas para el arreglo de las controversias entre el capital y el trabajo. En consecuencia, será combatida la política de la colaboración de clases, comprometiéndose incluso las organizaciones obreras firmantes de este pacto solidario a combatir los proyectos legislativos que, en los respectivos países, tiendan a convertir en obligatoria la intervención del Estado en las huelgas y otros conflictos sociales.

4o. La base de las organizaciones obreras libertarias es el federalismo. Los individuos se asocian voluntariamente en el sindicato, los sindicatos forman las federaciones y el conjunto constituye el organismo nacional. De abajo arriba se establece la unión del proletariado, conservando tanto el individuo como el grupo asociado su autonomía dentro de la Internacional de los trabajadores.

—Las organizaciones por oficio o por rama industrial u organizaciones por fábrica en las modernas empresas racionalizadas, debe quedar librada a la mejor utilidad reconocida por los interesados. El federalismo es una concepción organizatriz en línea convergente que no se destruye siempre que se obtenga la relación de intereses en el plano de la inmediata concreción de una fábrica, de un pueblo, de un región, teniendo en cuenta que el hombre se debe primero al medio ambiente en que vive como ente social y después a su oficio como productor.

5o. La Asociación Continental Americana de los Trabajadores se declara adversaria de toda política y rechaza todo compromiso o alianza con los partidos que aceptan la colaboración de clases y con los sectores sindicales que actúan en la esfera del Estado, sean parlamentarios o dictatoriales.

6o. La A.C.A.T. manifiesta su simpatía a todo ensayo proletario revolucionario para la consecución de su emancipación política, económica y social completa por medio de la insurrección armada.

7o. Como aspiración de futuro, la A.C.A.T. recomienda el comunismo anár-

quico, entendiendo que la propaganda de las ideas filosóficas del anarquismo debe ser la preocupación constante de todos los revolucionarios que aspiran a suprimir, con la tiranía económica del capital, la tiranía política y jurídica del Estado.

FINES INMEDIATOS

Sin renunciar a sus objetivos generales, al contrario, como un medio eficaz de acelerar su realización, la A.C.A.T. propaga los siguientes fines inmediatos:

1o. Obtención de más altos salarios, es decir, de una mayor participación de los trabajadores en los resultados de la producción.

2o. Reducción de la jornada de trabajo.

3o. Defensa de las conquistas sociales, económicas y morales con todos los medios de la acción directa revolucionaria que no contradicen los elevados fines perseguidos.

4o. Lucha incesante contra el militarismo y la guerra, por la propaganda del boicot a la industria de los armamentos, de la negativa individual y colectiva a servir en el ejército, del desprestigio moral del oficio militar y de la huelga general revolucionaria y el sabotaje en caso de guerra.

5o. Desconocimiento de las barreras artificiosas de las nacionalidades estatales y proclamación de la patria universal del trabajo y de la comunidad de intereses de los trabajadores del mundo entero.

6o. Divulgación y afirmación de una mentalidad hondamente libertaria y de producción consciente como condición previa de una transformación social promisora.

7o. Ejercicio constante de la solidaridad en favor de las víctimas de la lucha revolucionaria contra el capitalismo y el Estado.

8o. Estímulo y apoyo a todas las corrientes y movimientos sociales y de cultura que, aun sin coincidir con nosotros en los objetivos finales enteramente, con su acción y propaganda contribuyen a debilitar los puntales del autoritarismo político y del privilegio económico, sin abandonar nunca la propia cohesión interna ni perder de vista las finalidades que singularizan el movimiento libertador del trabajo.

NOMBRE

1o. Con el nombre de Asociación Continental Americana de los Trabajadores se constituye una confederación continental de organizaciones obreras y campesinas de América que aspiran a la reorganización social sobre las bases de la libertad y de la justicia para todos y reconocen como medio de lucha la acción directa.

2o. La A.C.A.T. constituye un miembro colectivo de la Asociación Internacional de los Trabajadores.

ADMINISTRACION

1°. La A.C.A.T. se regirá por un secretariado de tres miembros nombrados en sus congresos, y por un consejo nombrado por las organizaciones adheridas a razón de un miembro por organización.

2°. La misión del secretariado consistirá en atender la propaganda internacional, el estrechamiento de relaciones entre el proletario revolucionario continental, en la penetración en los países todavia no trabajados por el ideal revolucionario y en todo cuanto tenga atingencia con las necesidades de la lucha obrera en el terreno internacional.

3°. El consejo asesorará al secretariado y cooperará con él mediante sus informaciones y sus iniciativas.

CONGRESOS

Cada tres años se realizarán congresos continentales de delegados a fin de estudiar los problemas de teoría y de táctica que se presenten y para atender a las necesidades nuevas de la propaganda y de la lucha.

SERVICIO DE INFORMACIONES

El secretariado editará una revista de informaciones y de propaganda, la que será distribuida proporcionalmente entre las organizaciones adheridas.

FINANZAS

Cada organismo adherente contribuirá a la propaganda internacional con la cantidad que le sea posible, pero se esforzará por establecer una cuota fija que sea aproximada, de ser posible, a la fijada por la F.O.R.A.: cinco centavos argentinos por asociado, que se distribuirán entre la A.I.T., la Continental y el Fondo de Socorro de la Internacional.

RESOLUCIONES

1.— DECLARACION SOLIDARIA CON LOS PRESOS SOCIALES.

El congreso continental del movimiento obrero libertario, al iniciar sus sesiones, envía a las víctimas de la reacción en todos los países sus saludos fraternales. Se declara solidario en su lucha contra la reacción estatal, contra la opresión y contra la explotación. Que los compañeros que se encuentran tras los tétricos y fríos muros de la prisión en los desiertos helados de Siberia, en los presidios de Tierra del Fuego. Más afuera, Cuba, Colombia y otras partes o están forzados a llevar una vida de emigrantes políticos, estén seguros de que el movimiento obrero libertario del continente americano laborará con toda energía por su liberación. El grito de libertad en favor de los prisioneros por cuestiones sociales no enmudecerá hasta que se vea libre la

última de las víctimas de la reacción y de la dictadura de no importa qué país. La acción para arrancar a las víctimas de la lucha social de las manos de los gobernantes fue siempre la tarea más sagrada del movimiento obrero libertario. Los compañeros perseguidos de todos los países pueden contar también para el futuro con la ayuda solidaria y la acción del proletariado de América.

2.— CONTRA LA REACCION INTERNACIONAL.

I

Consideramos uno de los deberes revolucionarios de esta hora la lucha contra el retroceso medioeval de los espíritus y de las instituciones sociales y políticas.

En esa lucha es preciso combatir con igual intensidad el militarismo, la guerra y la reacción, que son tres manifestaciones diversas de un mismo principio y de una misma aspiración.

En la lucha especial contra el militarismo se recomienda:

a) La negativa individual a hacer el servicio militar; la negativa colectiva con el mismo fin.

b) La divulgación de conceptos de responsabilidad que lleven el descrédito a la función militar y hagan un deber para el proletariado de la negativa a trabajar para el ejército, en paz o en guerra.

c) La preparación y la divulgación de la idea del boycot completo, de víveres, municiones, transporte, etc., para el ejército y sus sostenedores.

d) La propulsión de una literatura infantil que contrarreste el envenenamiento militarista de las escuelas del Estado.

Contra la guerra se reconocen como armas eficaces las anteriores y además la huelga general revolucionaria o insurrección popular, con la consiguiente intensificación de la lucha y de la propaganda.

La lucha contra la reacción que complementa la lucha contra la guerra y el militarismo, debe hacerse ante todo por la afirmación de la solidaridad de intereses morales y materiales de los oprimidos y explotados de todos los países, por el boycot consciente y progresivo al estatismo, por el desenmascaramiento de la reacción que entraña la legislación obrera o social, por la campaña contra las exigencias cada vez mayores del aparato de dominación y de opresión, por la reivindicación de la libertad y de la igualdad para todos los seres humanos y, en fin, por el perfeccionamiento y la intensificación de la obra de conspiración material y espiritual permanente contra las iniquidades del privilegio y del despotismo.

El proletariado revolucionario de América, ante la abdicación casi completa —contra la cual pesan muy poco las honrosas excepciones— de las clases intelectuales y de las juventudes estudiantiles, tiene la grave responsabilidad y la alta misión de encabezar con sus propias fuerzas, sin rechazar por ello la adhesión de las buenas voluntades, la obra de la liberación del trabajo contra

todas las doctrinas y tendencias de esclavización y de opresión del hombre por el hombre.

En ese esfuerzo, los trabajadores revolucionarios pondrán de su parte cuanto les sea posible para suscitar en todos los ambientes y movimientos, corrientes convergentes hacia el supremo ideal de todas las luchas del progreso: la instauración de un orden social de cosas en donde la vida del hombre tendrá las máximas posibilidades de desarrollo libre y armónico.

II

El congreso continental americano está firmemente compenetrado de que la preparación internacional para la guerra en todos los Estados tiene que ser contrarrestada igualmente por una agitación internacional antiguerrerista de los trabajadores.

El congreso constata por consiguiente con alegría la colaboración orgánica regular en la cuestión del antimilitarismo entre el Bureau Internacional Antimilitarista y la Asociación Internacional de los Trabajadores en la Comisión Internacional Antimilitarista.

El congreso exhorta a todos los antimilitaristas revolucionarios a sostener personal y colectivamente el trabajo internacional de la C.I.A.

a) Adhiriéndose a la A.I.T. si se trata de sindicatos.

b) Adhiriéndose al Bureau Internacional Antimilitarista si se trata de otras organizaciones.

c) Adhiriéndose al B.I.A. si se trata de personas.

d) Trasmitiendo todos los acontecimientos importantes del país respectivo en relación al militarismo, al antimilitarismo, a la preparación de guerra, a la reacción, etc., a la Comisión Internacional Antimilitarista.

e) Favoreciendo la más amplia divulgación de los comunicados noticias y artículos del servicio de la prensa de la C.I. Antimilitarista.

f) Enviando a la C.I.A. periódicos y direcciones de organismos y personas que pudieran interesarse por el servicio de la prensa.

g) Conquistando suscriptores al servicio de la prensa.

3.— EL PROBLEMA INMIGRATORIO.

I

El congreso obrero continental reunido en Buenos Aires del 11 al 16 de mayo de 1929, ha fijado su posición ante el problema de la emigración de trabajadores, del siguiente modo:

La emigración no sólo hay que atribuirla a la superpoblación en los viejos continentes, sino ante todo también a la política económica capitalista. Los gobiernos capitalistas de los países europeos tienen un interés en librarse de las partes descontentas del proletariado sin trabajo, para apaciguar un factor de intranquilidad.

Los gobiernos capitalistas de los países de inmigración están interesados por su parte en recibir el mayor número posible de fuerzas de trabajo a fin de colmar el mercado del trabajo y de reducir los salarios. Con ese propósito emprenden los gobiernos capitalistas de América del Sur una propaganda en favor de la inmigración.

En las grandes ciudades de América del Sur, como Buenos Aires, Río de Janeiro, etc., existe hoy ya una gran desocupación. El congreso previene por tanto al proletariado de Europa ante los agentes de los capitalistas y de los gobiernos. Los obreros emigrantes, antes de emprender su emigración, deberán ponerse en relación con las organizaciones obreras de los países a donde quieren llegar, si es posible por intermedio de sus propias organizaciones, a los fines de informarse antes de partir sobre las condiciones de trabajo, la altura de los salarios, la situación del mercado, etc. Así protegen su propio interés, pues no necesitan aceptar, a causa del desconocimiento de la situación, trabajo en malas condiciones ni se verán en la penosa situación de tener que oficiar de opresores de los salarios frente a sus compañeros de trabajo o de poner en peligro las conquistas obtenidas por las organizaciones obreras.

El congreso dirige a los obreros emigrantes un llamado apremiante para que se organicen en los sindicatos revolucionarios a fin de defender los intereses de su clase. Al capitalismo internacionalmente organizado debe oponerle el proletariado mundial su organización internacional, revolucionaria y libertaria. Sólo por la abolición de la explotación económica y de la dominación política, sólo después de la supresión de todas las fronteras artificiales y de las diferencias de clase violentamente sostenidas pueden ser armónicas las relaciones de los obreros de todos los países y el tráfico entre pueblo y pueblo.

II

Como labores inmediatas se recomiendan: Una intensa propaganda alrededor de las Casas de Inmigrantes a fin de que se conozca: 1o. Dónde están las sociedades obreras de resistencia en la capital y en el interior; 2o. Las condiciones de trabajo, lucha y propaganda; 3o. El significado y alcance de los arrendadores de tierras, particulares y el Estado. Y en fin, todas las cosas útiles con respecto al trabajo campesino, para orientación del inmigrante; 4o. Conocer la interesada propaganda de los consulados y delegados comerciales y divulgar la verdad al respecto, para que antes de cruzar el mar sepan lo que van a encontrar. Además, lo que son las empresas de inmigración y colocación. Crear a la par una estadística al respecto.

4.— EL PROBLEMA CAMPESINO.

El congreso continental declara que el campesino representa un elemento de primer orden dentro de las luchas hacia la emancipación humana. Declara también que el hecho de que en América exista enorme porcentaje de campesinos en el proletariado, fortalece la circunstancia anterior. En consecuencia,

exhorta a los organismos y a las individualidades a reivindicar al campesino del segundo término a que generalmente se le ha relegado y a interesarlo en nuestras organizaciones. Manifiesta además que es eficaz considerar las distintas condiciones morales y materiales del campesino de cada país, para encajar la técnica orgánica dentro de estas condiciones. Asimismo declara que la heterogeneidad de circunstancias en que está circunscripto el campesino de cada país reclama un más grande conocimiento del asunto y en consecuencia un más grande estudio teórico y material del caso. Para el efecto acuerda emprender una encuesta internacional por medio de la prensa revolucionaria; encuesta que tratará de aportar informes y análisis de los diversos movimientos del campo.

El movimiento campesino se tratará amplia y preferentemente en el próximo congreso continental a fin de encontrarle una solución lo más completa posible.

5.— INTERCAMBIO DE DELEGADOS.

El congreso continental, reconociendo la importancia del intercambio de delegados entre los diversos países de América, recomienda al secretariado que estudie los medios de materializar esta iniciativa lo antes posible.

6.— JORNADA DE SEIS HORAS.*

Después de un largo debate, el congreso continental americano resuelve hacer suya la resolución sobre las seis horas adoptada en el tercer congreso de la A.I.T. celebrado en Lieja.

7.— PUBLICACION DE UN MANIFIESTO.

El congreso continental comisiona al secretariado de la A.C.A.T. para editar un manifiesto dirigido al proletariado de Bolivia y del Paraguay, poniéndole de relieve el peligro de guerra y sus intereses comunes frente al enemigo común: el Estado y el capitalismo.

8.— EDICION DE UN FOLLETO.

Se resuelve editar un folleto conteniendo los trabajos más importantes de carácter doctrinario que se han presentado a la consideración del congreso continental.

9.— EL TRABAJO A DESTAJO.

* La finalidad principal de la jornada de seis horas era la de encontrar un remedio parcial a la desocupación obrera provocada por la crisis (A.J.C.).

El congreso constituyente de la A.C.A.T. llama la atención sobre los perjuicios que ocasiona el trabajo a destajo que lleva al campo gremial la lucha de obrero a obrero, con peligro para los fines emancipadores, y en consecuencia recomienda a las organizaciones adheridas que hagan todo lo posible por desterrar esta práctica del sistema de explotación capitalista.

10.— RELACIONES CON LAS ORGANIZACIONES NACIONALES.

El congreso constituyente de la A.C.A.T., para el caso en que sea solicitada la adhesión de una organización sindical nacional en un país donde existe ya una organización adherida, resuelve ajustarse a lo resuelto por el primer congreso de la A.I.T. sobre las condiciones de adhesión.

11.— CONTRA LAS DIVERSAS FORMAS DE EXPLOTACION.

La Conferencia continental de trabajadores revolucionarios, aun propiciando con plena fe y confianza en el porvenir, una transformación completa del orden político y del orden económico burgués, reconoce la urgencia de la lucha por el pan y por los mejoramientos cotidianos como exponente de la voluntad proletaria de operar esa trasformación.

Además, constata la multiplicidad de formas de explotación del hombre por el hombre, —en el terreno de la industria, donde el hombre aparece como productor; en el comercio, donde aparece como consumidor; en el campo de las especulaciones financieras, en el radio de acción del capitalismo agrario y latifundista, etc.— y opina que la obra revolucionaria definitiva, lo mismo que la defensa cotidiana, deben llevarse a cabo en todos los frentes posibles.

12.— CREACION DE ARCHIVOS.

En cada país adherido se establecerá un archivo del movimiento obrero anarquista continental. Cada organización debe separar de cuantas publicaciones realice, manifiestos, volantes, periódicos, etc., tantos ejemplares como organizaciones cuente la A.C.A.T. y enviarlos a cada una de estas organizaciones a los efectos de ir desde ya formando estos archivos.*

* Suprimimos la versión del acta de la sesión de clausura del congreso constituyente de la ACAT, que aparece firmada por Diego Abad de Santillán, autor asimismo de la redacción de los demás textos que anteceden. (C.M.R.).

CARTA ABIERTA SOBRE LA SIGNIFICACION DEL CONGRESO OBRERO LIBERTARIO AMERICANO*

Max Nettlau

A D.A. SANTILLÁN

SI NO FUESE temerario para un individuo el mezclarse en acciones de grandes colectividades, saludaría ese gran congreso y le expresaría mi alegría al verle reunirse al fin, y eso gracias a muchos trabajos preparatorios abnegados.

Aun en esta Europa, tan diversificada en pueblos y en idiomas, tan mutuamente hostil y tan inútilmente desunida, hubo desde hace largo tiempo muchas aspiraciones y tentativas de agrupar internacionalmente a los elementos de matices progresivos. Pero justamente en las decenas de años desde hace más de un siglo, cuando en Europa se creó el internacionalismo socialista —hablo de las bellas aspiraciones de socialismo universal de los Saint Simon, Fourier, Robert Owen y otros— el pueblo de dos lenguas muy próximas, española y portuguesa, de capa idéntica por las inmigraciones sucesivas de la península ibérica, pero provocado e irritado por centralizaciones políticas intolerables, rompió los lazos de esas homogeneidades naturales, y se reorganizó, no en inmensa federación, como lo habían hecho una gran cantidad de sus vecinos en el Norte de América, sino en Estados absolutamente separados como lo están todos los Estados, y por eso indiferentes entre ellos, si no rivales y de relaciones tirantes, y más tarde aún, hacia el año 1800, la gran Nueva Granada sufrió una nueva subdivisión en Estados que en lo sucesivo no se conocían ya el uno al otro. Y eso cuando en su país madre las tendencias federalistas eran tan fuertes y populares, y tan brillantemente representadas por hombres del nivel intelectual de un Pi y Margall y muchos otros. En fin, eso se hizo, y desde entonces esa parte tan amplia, joven y rica del globo, fue, o al menos vista desde la Europa lejana, pareció ser bastante re-

*Al anterior texto se añanden en el folleto de la ACAT algunos juicios sobre los puntos considerados en el Congreso, que son verdaderas ponencias críticas. Entre ellos está la *Carta abierta* del historiador Max Nettlau, a quien R. Rocker llamó el «Herodoto de la Anarquía» (A.J.C.).

fractaria a las aspiraciones internacionales, aunque las grandes unidades de lengua y de raza de origen, la ausencia de las mil razones por conflictos inveterados en la vieja Europa que renueva siempre esas querellas, no seculares, sino milenarias, la riqueza general de los territorios vírgenes, abiertos al trabajo moderno habrán debido favorecer el esfuerzo interfederal e internacional y allí más que en ninguna otra parte a excepción de los Estados Unidos del Norte, en el globo. Por tanto, el que se haga ahora tal esfuerzo, al que han precedido sin duda muchas tentativas demasiado débiles para triunfar en otros dominios de la vida humana, por los elementos sociales libertarios, es una gran satisfacción para todos los amigos de la unidad amistosa y solidaria del género humano, y ojalá pueda triunfar en el más alto grado.

Cuando tales esfuerzos de cooperación humana se hacen, es un signo y una prueba de que existen elementos maduros y capaces para esa obra, pero también que no son todavía tan numerosos para que su cohesión se produzca con ese impulso irresistible, como se produce una fusión química o la cristalización del agua a cero en hielo. Se puede crear un cuadro, pero el cuadro no estaría todavía lleno. Pero se puede y se debe dar a ese cuadro exactamente las cualidades esenciales para que se llene bien y del modo más rápido. Es la idea que determina esas cualidades y que crea las mentalidades que saben realizarlas. Recordémonos del origen de la Asociación Internacional de los Trabajadores, de la fundada en Londres el 28 de septiembre de 1864, cuán débil y pequeña fue durante largo tiempo su organización, cuán míseras fueron sus filas, pero cuán grandes fueron desde el comienzo sus aspiraciones generosas, los impulsos surgidos de sus débiles núcleos, cómo modificó profundamente las mentalidades de los mejores elementos trabajadores y revolucionarios durante esos doce o quince años de vida, cómo todo lo que fue bello y glorioso en socialismo parecía emanar e irradiar de ella; no tengo que insistir aquí sobre las causas de la falta de su triunfo final y su caída, causas que son bastante conocidas ahora y que toda organización sucesiva tendrá preocupación de no ver reiterarse.

Si ese razonamiento es correcto, es de primera importancia que en la nueva creación se encuentra desde la primera hora tal idea generosa y lógicamente impecable y materialmente de utilidad social irrefragable, clara y altamente expuesta, y que el cuadro organizador no contenga nada que perjudique la floración armoniosa de esa idea, una cosa cuya falta contribuyó tanto a obstaculizar el desenvolvimiento de la Internacional de 1864. Se pueden hacer mil pequeñas cosas por la organización, pero las cosas verdaderamente grandes, que tienen necesidad del concurso de la humanidad deben ser animadas y conducidas por la idea. Los capitalistas precisamente disponen de la organización de la fuerza armada, de la ley, de la propiedad y de los instrumentos de trabajo formalmente en su poder y regenteados y dirigidos por ellos mediante la interorganización más complicada. Construir contra esa organización archicompleta, que culmina en el Estado, una organización, ejércitos obreros, para expresarme así, es un trabajo de los más difíciles y que se ha mostrado imposible hasta aquí, aunque los millones de explotados presienten una superioridad numérica aplastante y su voluntad

de tres días, de tres horas, diría, de no dar su apoyo al sistema capitalista por su trabajo y por su defensa de la propiedad de sus explotadores, bastaría para poner contra el muro al capitalismo y hacer sonar la hora de la lucha final.

Y bien, por simple que esto parezca, esto no se hace, o si se hace localmente, territorialmente, no se hace internacionalmente, y no se hace con la eficacia de la verdadera competencia, que es la única que lleva al verdadero éxito. ¿Y por qué? Porque las mentalidades faltan, porque la idea no es viviente y vibrante en los cerebros y los corazones, y ningún cuadro organizado, ninguna cooperación organizada puede reemplazar duraderamente o compensar la falta, relativa y demasiado grande, de esa vida de las ideas en los hombres. Por la organización se conduce o a una revolución mañana, al trabajo reglamento de la fábrica bolchevista pasado mañana, siempre en caminos trillados y provistos de gafas; es por la ayuda viviente en ellos, por una mentalidad nueva, como harán las grandes cosas, como romperán verdaderamente, individual y colectivamente, todos los yugos que les encorvan, como restablecerán verdaderamente, cada uno y todos, relaciones de solidaridad armoniosa entre ellos, tales como nosotros las deseamos, como crearán la sociedad libre de nuestros votos más caros.

No desprecio la organización, pero trato de ponerla en su lugar, como factor ejecutor, formal, no como un factor inspirador, creador, que es la idea. En la hora presente ante todo, cuando hay superorganización en capitalismo, embridamiento de millones en el socialismo político actual, de dominación de una nueva capa social sobre una centena de millones de hombres en el bolchevismo ruso y codicias semejantes en todos los otros partidos, e incluso en el sindicalismo revolucionario, el manejo y remanejo de hombres en variedad kaleidoscópica pero sin resultados que sean verdaderamente brillantes; en esta hora presente, pues, la idea es nuestra fuerza suprema y nuestra ancla de salvación, y a nosotros nos compete renovar los grandes días de la primera amplia iniciación del socialismo, hace más de un siglo, y del primer gran impulso dado a las masas obreras por la Internacional en el año 1864.

Porque, recordémoslo bien, el socialismo ha marchado por falso camino en dimensiones verdaderamente inauditas desde hace casi sesenta años. Por una ruta ilusoria ha llegado al colaboracionismo socialdemócrata, por otra ruta ilusoria ha creado la tiranía y la incompetencia bolchevista. Por otra ha paralizado las fuerzas atractivas del socialismo, su ímpetu y su impulso, reduciéndole a una máquina electoral o degradándole en un mecanismo despótico, sembrando esa indiferencia, esa falta de confianza y esa sumisión a la fatalidad adversa, que han permitido a los capitalistas reforzar su dominación del pueblo por el fascismo y las racionalizaciones, y sellarla para la época presente por el control de la opinión pública, pervirtiéndola en el sentido más depravado, sembrando el culto de la fuerza, del éxito, de las ambiciones desenfrenadas y de los odios entre humanos.

Es una situación histórica claramente definida y que nos impone los mayores deberes y responsabilidades. Porque sólo el socialismo libertario queda

en pie hoy, intacto e íntegro, pero capaz de mayor perfección sin duda, en idea, sin embargo debilitado él también, en fuerza numérica física. Mediante la autoeliminación por indignidad de los matices rutinarios y despóticos del socialismo, y por el avance inevitable del capitalismo en el terreno perdido así, somos aislados y puestos en estado de defensa para el presente, pero la idea libertaria irradia gloriosamente, y es de toda importancia, tanto el perfeccionarla como el volverle a dar un cuerpo más robusto, lo uno es tan necesario como lo otro.

Por perfeccionar yo entiendo hacerla conforme a las exigencias reales de las situaciones presentes, en el sentido más inteligente y más generoso. Sólo eso aumentará su fuerza de atracción y llenará los cuadros que la organización puede fraguar, pero que no puede mecánicamente, rutinariamente, más que llenar de electores y de cotizantes, y que es preciso ver llenos de hombres de idea y de voluntad, de talento y de arranque.

Ojalá el congreso continental americano consiga compenetrarse de esas necesidades, elaborar ante todo la idea en su aspecto más inteligente, bello y generoso, como para que el mundo vea y comprenda que por fin se presenta un verdadero socialismo integral y libre, inteligente y bello, que no tienen ningún puesto para la rutina y el despotismo. Sería ya tiempo... ¡Ojalá tales sentimientos inspiren cada proposición, cada ordenación práctica de ese congreso!

Si considero desde este punto de vista algunos de los asuntos que se habrán de discutir sin duda, se presentan a mí algunas observaciones mirando las cosas desde la perspectiva esbozada aquí, del deseo de ver un socialismo amplio y libre, bello y generoso, altamente proclamado. Porque sólo tal socialismo será libremente aceptable en el mundo; cualquier otro llamado socialismo no podrá serle impuesto más que por una de las numerosas formas de dictadura, de las cuales son algunas el fanatismo y hasta la fuerza revolucionaria; no deploro el empleo de esa fuerza, y la fe inquebrantable tiene su utilidad, pero en el fondo no son argumentos verdaderamente persuasivos, que hacen amar, haciendo atrayente una causa presentada así y victoriosamente forzada. Para tener una vida real el socialismo debe ser libremente desposado por amor, hacerlo atractivo, capaz de ser amado, esa es la tarea principal, que por sí misma vuelve inútiles muchos otros medios. El pueblo tendrá el socialismo solamente cuando lo quiera realmente, y no lo querrá más que cuando lo vea, no imperativo, rezongón, imponiéndose por la fuerza, sino amable y bello, atractivo y práctico, al alcance del hombre.

La cuestión de los «sin trabajo» se torna sin duda cada vez más apremiante y amenaza destruir los restos de sentimiento internacional que vegetan todavía en el mundo obrero. Porque los obreros de los Estados poderosos, cuyos capitalistas otorgan sus mercaderías a los mercados de los países débiles no tienen ningún interés en cambiar esa situación, lo que diferencia a los obreros cada vez más por el grado de confort relativo, de molestia o de miseria, según las naciones, y perpetúa y acentúa las jerarquías y las antipatías, si no las enemistades entre las naciones (Estados).

Las seis horas serán difícil de obtener de los capitalistas de los Estados poderosos con gran mercado interior y exportación floreciente. Serán igualmente

difícil de obtener de los capitalistas de los países débiles con mercado interior pobre y enorme competencia extranjera; las seis horas dejarían a un lado a esos capitalistas débiles y reducirían los beneficios de los capitalistas más poderosos. Sería, pues, una cuestión de saber quién es el más fuerte, y me parece que si los obreros pueden conquistar en alguna parte las seis horas, serían ya bastante fuertes para poner la mano en la producción entera, y no conozco países donde se esté ya ahí.

Hasta entonces dos medios de «verdadera práctica de la solidaridad» podrían quizás ser aplicados por los trabajadores mismos, si se dan verdaderamente ese trabajo.

Hay tantos obreros maltrechos, sin reposo, que no pueden tomar vacaciones serias por no perder su empleo, y hay tantos sin trabajo, sin posibilidad y esperanza de encontrarlo durante años, arruinados de todas las maneras por su desocupación prolongada. Donde los obreros son sedentarios y están sólidamente organizados, por intermedio de los sindicatos y bajo palabra de honor, los primeros podrían, por ejemplo, tomar seis meses de vacaciones y los segundos trabajar al menos esos seis meses y restaurarse y volverse a templar. Salario, subvención comunal de los sin trabajo, apoyo del sindicato y lo que se obligue al patrón a contribuir, etc., constituirán medios de vivir para el uno y el otro. Así el desocupado sería aliviado por sus camaradas también y tendría pruebas directas de la solidaridad, lo que aproximaría mucho más a los obreros unos a otros que la triste situación de hoy, cuando el uno acecha una desgracia del otro para ocupar su puesto. ¿Por qué? Si se cree poder vivir en solidaridad socialista esa pequeña solidaridad presente debería ser posible de organizar, y la puntualidad y las otras condiciones necesarias también.

Otro medio sería la cooperación productiva sobre bases amplias, con los millones de los sindicatos y de los otros millones de cooperadores, con las numerosas localidades controladas municipalmente por los obreros, etc., debería ser posible, y se lo desea realmente.

Entonces puedo figurarme obreros que trabajan seis horas para el patrón y dos horas para la cooperativa, o bien cuatro y cuatro horas, etc. Así con el progreso de la cooperación, venderían un tiempo cada vez más reducido al capitalista y ese tiempo reducido sería vendido cada vez más caro automáticamente, hasta que no fuese ya fuente de beneficios para los capitalistas. De nuevo digo: ¿por qué no? Esa es la práctica socialista y al aplicar esas dos medidas a la vez el trabajo se convertiría en una mercadería más cara, mejor retribuida, y la causa social ganaría verdaderamente terreno.

Yo pienso que por medios tales o parecidos es preciso practicar, tanto la solidaridad como el socialismo cooperador experimental, y el pueblo verá aquello de que el socialismo es capaz y en fin, tendrá confianza en el socialismo, lo esencial que falta hoy.

Se habla del problema de la migración. Confieso que me ha causado siempre pena ver ese problema promovido en América del Sur y en particular en la Argentina donde es ya viejo y fue discutido en el sentido anti-inmigratorio tanto hace ya cuarenta años como ahora. Yo diría al respecto: nobleza obliga.

Comparemos el enorme semi-continente con sus riquezas naturales, las menos explotadas de todas las partes del globo y su población esparcida, con esta Europa cultivada desde hace millares de años, superpoblada, que se agota en realidad gradualmente. Entonces, si los trabajadores avanzados en los países de la América latina, dicen a los otros trabajadores: no vengáis acá, ¿dónde queda la solidaridad humana? ¿Es posible realizarla nunca cuando se preconiza el cierre de un pais poco poblado a los países superpoblados? Los no-organizados; y bien, se les organiza, como se hace en todas partes. Sería, en mi opinión, deplorable que el congreso no hallase sobre esta cuestión palabras generosas, y si acogiera en lo más mínimo medidas contra la inmigración. Los centros de gravedad de la producción, de la extracción de materias primas, de la densidad de la población, etc., se desplazan según los métodos de la producción y de tantos otros factores: detener, cambiar esas evoluciones, *sólo el despotismo puede tratar de hacerlo, y su dictadura al fin es también* quebrantada por las evoluciones.

Lo que sería deseoso es que los obreros de América del Sur y de la del Norte estableciesen relaciones directas múltiples y no ligadas a una de las organizaciones del norte, los I.W.W., que no son más que un matiz entre tantos otros en los vastos Estados Unidos. Aliarse con ellos, significa, en la opinión de tantos otros obreros avanzados organizados del norte: mostrar una falta de simpatía hacia ellos. Los I.W.W. no son los Estados Unidos, como una organización libertaria latina no sería la América del Sur. Si se quiere realmente hacer las cosas en grande, no hay que discriminar y dividir. Es muy posible que los deseos de dominaciones moscovitas y las alianzas políticas de los socialdemócratas hagan imprescindible todo «modus vivendi» con ellos, con sus jefes y sus fanatizados al menos. Pero ¿no sería bueno, si se quiere realmente crear algo nuevo que sea amplio, generoso, inteligente, práctico, dejar las puertas vastamente abiertas? Importa ante todo que el mayor número posible de obreros en todos los países del gran territorio sienta que la nueva organización les será amiga, hospitalaria, solidaria, cualesquiera que sean los matices de opinión que les separen todavía. Es preciso crear la gran esfera en que puede desarrollarse la simpatía y no erigir un altar austero al que los profanos no se aproximen.

En una palabra, sería preciso hacer sobre todos los puntos lo contrario de lo estrecho, de lo unilateral, de lo rigorista, de lo exclusivo, de lo polemista y reñidor, cualidades que en condiciones especiales tienen su valor también, pero que, erigidas en regla de conducta absoluta, han reducido al menos los movimientos europeos al aislamiento, a la inanición y han producido incidentes deplorables; que se me perdone, si insisto sobre estas cosas desagradables: ¡sería tan feliz si en esta gran ocasión del congreso de mayo de 1929 se abriesen caminos nuevos! En ninguna parte, si exceptúo a España, han sido las ideas anarquistas tan colocadas en el primer plano de los movimientos como en la América del Sur y hasta México; por tanto verdaderamente ahí y en ese congreso, cuando sus protagonistas abnegados podrán mostrar lo que puede producir el espíritu, el corazón, el temperamento, la voluntad anarquista, si se ponen de verdad a ello, y ¿qué tarea más feliz y congenial

hallarían en este momento en que el establecimiento de la solidaridad múltiple entre camaradas, propagandistas organizados, periódicos y grupos editoriales, obreros todavía poco organizados o no organizados, alejados aún o aproximados al socialismo libertario, hombres de razas todavía en contacto con la naturaleza y hombres de la Europa inafortunada que buscan un abrigo en el vasto continente?

¡Habría tanto que hacer, que comenzar al menos y que inspirar desde el principio por ideas y sentimientos amplios, libres y generosos! Esperamos que se conseguirá hacer lo posible; a decir verdad, sería preciso tratar de hacer lo imposible. Salud, pues, y buen éxito al congreso continental americano del 11 de mayo de 1929.

CRONOLOGIA

1861 Plotino C. Rhodakanaty llega a México y publica su *Cartilla Socialista*. Bakunin pasa dos semanas en Panamá.

Páez, presidente de Venezuela; Juárez, de México; García Moreno, de Ecuador. Buenos Aires vence a la Confederación Argentina en Pavón. España vuelve a ocupar la República Dominicana. F. Varela: *Nocturnas*; Bernabé Demaria: *La América Libre*.

1862 Rhodakanaty inicia su tarea de organizador entre trabajadores y estudiantes de la ciudad de México.

Mitre, presidente de Argentina; San Román de Perú; F. Solano López de Paraguay. Blest Gana: *Martín Rivas*; Antonio Díaz: *Los treinta y tres orientales libertadores*.

1863 Rhodakanaty funda en la ciudad de México el «Grupo de Estudiantes Socialistas».

Maximiliano, emperador de México. Triunfo de los federales en Venezuela: Convenio de Coche y presidencia de Falcón. Nuevamente se independiza la República Dominicana. La flota española frente a El Callao. José Hernández: *Vida del Chacho*; Arona: *Ruinas*.

1864 Rhodakanaty publica su *Neopanteísmo* y prosigue su labor de organización y propaganda.

Melgarejo, presidente de Bolivia. Los españoles toman las islas Chincha al Perú. En Lima se reúne un Congreso de Estados americanos. Constitución Federal en Venezuela. Los republicanos luchan en México contra Maximiliano de Austria y las tropas francesas de ocupación. Tropas brasileñas sitian la ciudad uruguaya de Paysandú. Machado de Assis: *Crisálidas*. Se adopta el nombre de Estados Unidos de Venezuela.

1865 Surge en México «La social». Una Sección de la Internacional funciona en Martinica. Rodhakanaty funda en Chalco la «Escuela del Rayo y del Socialismo», de donde salen Zalacosta y Chávez.

Guerra de la Triple Alianza (Brasil, Uruguay, Argentina) contra Paraguay. Perú firma un tratado con España. J. Carrión, presidente de Ecuador; José María Cabral, de República Dominicana. Juana Manuela Gorriti: *Sueños y realidades*.

1866 En la isla de Guadalupe funciona una sección de la Internacional. Saturnino Martínez funda en La Habana el periódico *La Aurora*, con alguna influencia proudhoniana.

Guerra hispano-peruana. Solano López es vencido en Tuyutí. Estanislao del Campo: *Fausto*; Francisco X. de Acha: *La unión se va a las nubes*.

1867 Rhodakanaty deja Chalco y regresa a la ciudad de México.

Maximiliano ajusticiado en Querétaro. Juárez entra en la capital de México. Santos Acosta, presidente de Colombia; Prado, de Perú. En Haití, Salnave derroca a Geffrad. Jorge Isaacs: *María*; José H. Uriarte: *El ángel de los pobres*.

1868 Los anarquistas promueven una huelga en las fábricas textiles de Tlalpan.

Juárez otra vez presidente de México; Guzmán, de Nicaragua; Sarmiento, de Argentina; Balta, de Perú. Revolución Azul en Venezuela. Se inicia en Cuba la guerra de diez años contra España. Asunción cae en poder de las tropas de la Triple Alianza. En Puerto Rico, grito de Lares y gobierno de F. Ramírez. Pedro Echagüe: *Amor y virtud*; Juan María Gutiérrez: *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la enseñanza pública y superior en Buenos Aires*.

1869 Los anarquistas mexicanos fundan el «Círculo Proletario». Julio Chávez publica su *Manifiesto a todos los oprimidos y pobres de México y del Universo*, y cuatro meses después es fusilado.

García Moreno, dictador de Ecuador. Juárez enfrenta una insurrección. I.M. Altamirano: *Clemencia*. Se inicia la publicación de *La Prensa* en Buenos Aires.

1870 Los anarquistas crean en México el «Gran Círculo de Obreros».

Muere Solano López y concluye la guerra de la Triple Alianza. Nissage Saget presidente de Haití; Guzmán Blanco, de Venezuela. Instrucción gratuita y obligatoria en ese país. Fin de la dictadura de Melgarejo en Bolivia. En Brasil surge el Partido Republicano. Lucio V. Mansilla: *Una excursión a los indios ranqueles*. Se publica en Buenos Aires el diario *La Nación*; en Río de Janeiro, *La República*.

1871 Los anarquistas de «La Social» fundan en México el periódico *El Socialista*. Llegan a Buenos Aires algunos exiliados que habían actuado en la Comuna de París y entre ellos el anarquista Gobley. La bandera rojinegra pasa a ser símbolo del movimiento obrero mexicano.

Se funda en Montevideo la Asociación Rural. Se suprime en Chile el fuero eclesiástico. Peste amarilla en Buenos Aires. Libertad de vientre en Brasil. Errázuriz Zañartu, presidente de Chile; Cuadra, de Nicaragua; Juárez, otra vez, de México. Aparece la *Revista del Río de la Plata*, de Andrés Lamas, Vicente Fidel López y Juan María Gutiérrez. Este último publica *Juan Cruz Varela*.

1872 Se funda la Sección Uruguaya de la Asociación Internacional de Trabajadores, donde predominan los anarquistas. También la Sección Argentina, en la cual el grupo francés es marxista; el italiano y el español, anarquistas.

Pardo, presidente de Perú; Lerdo de Tejada, de México. Se unen Honduras, El Salvador, Guatemala y Costa Rica para constituir la Unión Centroamericana. José Hernández: *Martín Fierro*; Hilario Ascásubi: *Santos Vega*; Ricardo Palma: *Tradiciones peruanas*; José María Estrada: *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*.

1873 El obrero español Francisco Tomás informa que la «Federación Regional Española»

no tiene noticias de las Secciones de Cuba. El botánico proudhoniano José Ernesto Gebert publica su *Ennumeratio plantarum sponte nascentium agro montevidensi.*

Dictadura jacobina de Barrios en Guatemala. Abolición de la esclavitud en Puerto Rico. José Martí publica en México la *Revista Universal* y su libro *La República española ante la Revolución cubana.*

1874 Aparecen en México los periódicos anarquistas *El Obrero Internacional* y *La Comuna.*

Nicolás Avellaneda, presidente de Argentina; Domingue, de Haití. Nueva Constitución en Venezuela. En México se edita *El craneoscopio-Periódico frenológico y científico.* J.P. Varela: *La educación del pueblo.*

1875 La Sección Uruguaya de la AIT organiza su primer mitin y un grupo de afiliados encabezados por Francisco Galcerán publica un primer manifiesto anarquista.

Estrada Palma, presidente de Cuba; Pedro J. Chamorro, de Guatemala. Piérola fracasa en su intento de deponer a Pardo. Tobías Barreto: *Estudios de filosofía e crítica*; Antonio Díaz: *El frac y el chiripá.*

1876 Se constituye la «Federación Regional de la República Oriental del Uruguay» (más tarde Federación Obrera Regional Uruguaya). Se reúne en México un Congreso General Obrero en el que participan muchos anarquistas. Los bakuninistas predominan en la Sección argentina de la AIT. En México comienzan a editarse *El Hijo del Trabajo* y *La Internacional.*

Guerra civil tripartita en México. Porfirio Díaz toma el poder. Latorre, dictador de Uruguay; Daza, de Bolivia; Pinto, presidente de Chile; Boisrond-Canal, de Haití. B. Mitre: *Historia de Belgrano*; J.C. Bustamante: *El veterano oriental*; Montalvo: *El Regenerador*; J.P. Varela: *De la legislación escolar.*

1877 Zalacosta inicia un revolución campesina bajo signo libertario. Nuevamente los anarquistas promueven huelgas en las fábricas textiles de Tlalpan. Aparece en México la traducción de *Idea general de la revolución en el siglo XIX* de Proudhon, hecha por Rhodakanaty.

Linares Alcántara, presidente de Venezuela. Ley de educación laica y gratuita en Uruguay. Se funda el Colegio Nacional del Paraguay. Olegario Andrade: *Nido de cóndores*; Martín Coronado: *La rosa blanca*; O. Moratorio: *Una mujer con pantalones;* R. Barbosa: *El Papa y el Concilio.*

1878 La Sección Uruguaya de la AIT publica el periódico *El Internacional.* Zalacosta presenta un plan para expropiar los latifundios y suprimir el gobierno central. Se publica *La Ley del Pueblo* de Alberto Santa Fe. En Puebla sale *La Revolución Social.*

Fin de la guerra de los Diez años en Cuba. J. Trujillo gobierna en Colombia; Veintemilla en Ecuador; Barreiro en Paraguay. Eduardo Wilde: *Tiempo Perdido*; Ricardo

Gutiérrez: *Poesía*; J.B. Alberdi: *Peregrinación de Luz del Día*; E. Gordon: *El lujo de la miseria*; Galván: *Enriquillo*.

1879 El coronel Alberto Santa Fe es encarcelado al fracasar el levantamiento del Valle de San Martín. Aparece en Buenos Aires *El Descamisado*, primer periódico anarquista argentino.

Se inicia en Venezuela el «quinquenio» de Guzmán Blanco. Roca emprende la campaña del Desierto. «Guerra chiquita» en Cuba; guerra grande en el Pacífico: Chile lucha contra Bolivia y Perú. Piérola, presidente del Perú; Zabala, de Nicaragua; Salomon, en Haití. Eduardo Gutiérrez: *Juan Moreira*; Ferreira y Artigas: *Donde las dan las toman*; José Hernández: *La vuelta de Martín Fierro*; Zorrilla de San Martín: *La leyenda patria*; J.L. Mera: *Cumandá*.

1880 Llega a Buenos Aires el periodista libertario italiano Héctor Mattei. Rhodanakaty publica *Garantismo social*. Empieza a publicarse en Cuba *El Obrero*, periódico de tendencia anarquista.

Roca, presidente de Argentina; Barrios, de Guatemala; Caballero, de Paraguay; Núñez, de Colombia. Ley de Instrucción pública en este último país. «Guerra del vintén» en Río de Janeiro. Buenos Aires es declarada capital federal de la República Argentina. Florentino Ameghino: *La antigüedad del hombre en el Plata*; Varona: *Conferencias filosóficas*; Montalvo: *Las Catilinarias*.

1881 Zalacosta es derrotado en Querétaro por tropas federales.

Constitución «helvética» en Venezuela. El ejército chileno ocupa Lima y el presidente Calderón, hecho prisionero, es mandado a Chile. D. Santa María, presidente de Chile. A. Azevedo: *O Mulato;* Machado de Assis: *Memorias póstumas de Brás Cubas*; W. Bermúdez: *Una broma de César*; Vázquez y Vega: *Críticas de la moral evolucionista*; Cambaceres: *Potpourri*.

1882 En Montevideo empieza a editarse el semanario *La Revolución Social*.

Máximo Santos, presidente de Uruguay; Heureaux, de Santo Domingo; Fernández Oreamuno, de Costa Rica. Fundación de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires. Montalvo: *Siete tratados*; Martí: *Ismaelillo*; Medina: *Los aborígenes de Chile*; Paul Groussac: *Ensayo histórico sobre el Tucumán*.

1883 Un grupo anarquista celebra en Montevideo, el 18 de Marzo, el aniversario de la Comuna de París.

Otalora, presidente de Colombia. Se aprueba la ley de matrimonio civil en Uruguay. Chile se anexa Tacna, Arica y Tarapacá por el tratado de Ancón. Capistrano de Abreu: *El descubrimiento de Brasil y su desarrollo en el siglo XVI*; D.F. Sarmiento: *Conflicto y armonía de las razas en América*; R. Silva: *Artículos de costumbres*; Gutiérrez Nájera: *Cuentos frágiles*; J. Calcaño: *Cuentos fantásticos*; Varona: *Estudios literarios y filosóficos*.

1884 Aparece *La Lucha Obrera*, órgano de la Federación Internacional de Trabajadores del Uruguay. Un grupo italiano funda en Buenos Aires el «Círculo comunista anarquista».

Joaquín Crespo, presidente de Venezuela; Porfirio Díaz, de nuevo, presidente en México; R. Núñez, de nuevo, en Colombia. Chile se anexa Atacama y su costa marítima. C.M. Ramírez: *Artigas*; Gavidia: *Versos*; Barros Arana: *Historia general de Chile*; O. Bilac: *Poesías*; Lucio. V. López: *La gran aldea*; Antonio Argerich: *¿Inocentes o culpables?*; Paul Groussac: *Fruto vedado*; Samuel Blixen: *Los dos primores*; Miguel Cané: *Juvenilia*; A. de Oliveira: *Meridionales*.

1885 En Montevideo sale el semanario anarco-colectivista *La Federación de Trabajadores*. Llega a Buenos Aires Enrique Malatesta, quien comienza a publicar *La Cuestión Social* (en castellano e italiano). En La Habana se funda el Círculo de Trabajadores.

La infantería de marina yanqui ocupa la ciudad de Colón (Panamá). Uruguay devuelve a Paraguay trofeos de guerra. Iglesias presenta su renuncia en Perú. Guerra en América Central: El Salvador, Nicaragua y Costa Rica contra Guatemala. Crisis fiscal en Venezuela: reducción de gastos presupuestarios. R. Darío: *Epístolas y poemas*; J. Martí: *Amistad funesta*; Eugenio Cambaceres: *Sin rumbo*; Diógenes Decoud: *La Atlántida*; Miguel Cané: *Charlas literarias*; Calixto Oyuela: *Teoría literaria*; Rafael Obligado: *Poesías*; Arona: *Sonetos y chispazos*; Lastarria: *Antaño y hogaño*; W.H. Hudson: *La tierra purpúrea*.

1886 Malatesta busca oro en la Patagonia para financiar la revolución social.

Guzmán Blanco otra vez presidente de Venezuela: la Aclamación. Patricio Escobar, presidente de Paraguay; Balmaceda, de Chile; Juárez Celman, de Argentina; Cáceres, de Perú. Núñez, de nuevo presidente de Colombia, proclama la Constitución unitaria. Díaz Mirón: *Poesías escogidas*; Montalvo: *El espectador*; Podestá estrena, en Buenos Aires, *Juan Moreira*. En Montevideo nace el diario *El Día*.

1887 Roig San Martín inicia en La Habana la publicación de *El Productor*. Allí mismo se reúne el primer Congreso Obrero Local. Mattei edita en Buenos Aires *El Socialista*, semanario anarco-comunista y Malatesta organiza la «Sociedad Cosmopolita de Obreros Panaderos».

Fundación del Partido Colorado en Paraguay y del Partido Demócrata en Chile. Educación gratuita y obligatoria en México. E. Rabasa: *La bola*; R. Darío: *Abrojos*; I. de María: *Montevideo antiguo*; B. Mitre: *Historia de San Martín*; R. Palma: *Poesía*.

1888 En Buenos Aires funciona el «Círculo Socialista Internacional», formado por anarquistas italianos y españoles.

J.P. Rojas Paúl, presidente de Venezuela. Abolición de la esclavitud en Brasil. Sacasa, presidente de Nicaragua; Legitime, de Haití. Rubén Darío: *Azul*; Zorrilla de San Martín: *Tabaré*; Hostos: *Moral social*; Silvio Romero: *História da literatura brasi-*

leira; Acevedo Díaz: *Ismael*; Belmiro de Almeida: *Arrufos*; Sanin Cano: *Colombia hace sesenta años*; Altamirano: *El Zarco*; Leopoldo Díaz: *Sonetos*.

1889 Malatesta regresa a Europa.

Pedro II es destronado en Brasil. Se funda la Universidad de Asunción. Se unen Honduras, El Salvador y Guatemala. Hyppolite, presidente de Haití. Ricardo Jaimes Freyre: *Castalia bárbara*; Vicente F. López: *Historia de la República Argentina*; Manuel T. Podestá: *Irresponsable*; C. Matto de Turner: *Aves sin nido*; Picón Febres: *El sargento Felipe*; Justo Sierra: *México social y político*; J.S. Decoud: *Sobre la literatura en el Paraguay*; Martí: *La edad de oro*; J. Verissimo: *Estudos brasileiros*.

1890 Giovanni Rossi funda en la provincia de Paraná (Brasil) la colonia anarquista Cecilia. En Buenos Aires comienza a editarse *El Perseguido*, órgano comunista-anárquico. P. Amílcare redacta en Montevideo *La Voz del Trabajador*. En Iquique (Chile) se produce una huelga de lancheros, promovida por los anarquistas, que concluye en una gran matanza.

Andueza Palacios, presidente de Venezuela; Juan G. González, de Paraguay. Se fundan las universidades del Zulia y Carabobo en Venezuela. Morales Bermúdez, presidente de Perú; Herrera y Obes, de Uruguay; C. Pellegrini, de Argentina. Surge en este país la Unión Cívica Radical. M.V. Romerogarcía: *Peonía*; A. Azevedo: *O Cortiço*; L. López Méndez: *Mosaico de política y literatura*; Acevedo Díaz: *Nativa*; J. Calcaño: *El héroe de Turbaco*; Carlos Roxlo: *En la sombra*; Lucio V. Mansilla: *Entre nos*.

1891 En La Habana se publica como órgano libertario *El Trabajo*.

Suicidio de Balmaceda y presidencia de Montt en Chile. Constitución republicana en Brasil. Revolución liberal en Paraguay.
J. Muñoz Tébar: *El personalismo y el legalismo*; M. García Merou: *Recuerdos literarios*; Ocantos: *Quilito*; Julián Martell: *La bolsa*; Machado de Assis: *Quincas Borba*; J. Martí: *Versos sencillos*; A. Rojas: *Orígenes venezolanos*. Se edita *El Cojo Ilustrado* en Caracas.

1892 Se celebra en Río de Janeiro el Primer congreso obrero del Brasil, con predominio de delegados anarquistas. En Paraguay, el grupo «Los hijos del Chaco» publica un manifiesto libertario. En São Paulo, comienza a publicarse *Gli Schiavi Bianchi*.

Revolución federalista en Río Grande do Sul. Revolución legalista en Venezuela: Joaquín Crespo, presidente. Revolución liberal en Honduras: Bonilla presidente.
J. Gil Fortoul: *¿Idilio?*; E. Blanco: *José Félix Ribas*; Adolfo Saldías: *Historia de la Confederación Argentina*; Del Casal: *Nieve*. Martí funda el periódico *Patria*.

1893 Giovanni Rossi publica su libro *Cecilia, comunitá anarchica sperimentale*. Llega a Cuba el tipógrafo catalán Pedro Esteve, gran propagandista del anarquismo. Los anarquistas cubanos fundan la Sociedad General de Trabajadores. En Buenos Aires se publican los periódicos anarquistas *La Liberté* (en francés) y *La Riscossa* (en italiano); en Santiago de Chile, *El Oprimido*; en Montevideo, *El Derecho a la Vida*; en São Paulo, *L'Asino Umano* (en italiano).

Se funda en Cuba el Partido Reformista. Bombardeo de Río de Janeiro por el almirante Melo, aliado de los federalistas de Río Grande do Sul. Zelaya depone a Sacasa y es proclamado presidente de Nicaragua. Limantour, ministro de Hacienda de México. Nueva constitución en Venezuela. La Nueva Australia en Paraguay.
R.J. Cuervo: *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*; Joaquín V. González: *Mis montañas*; L. Level de Goda: *Historia contemporánea de Venezuela política y militar*; Del Casal: *Bustos y rimas*; J.L. Flores: *Horas*; Elías Regules: *Las vivezas de Juancito*; J. da Cruz e Sousa: *Broqueles*; G. Picón Febres: *Fidelia*; A. Audibert: *Los límites de la antigua provincia del Paraguay.*

1894 En Luján (Argentina) aparece *El Oprimido*; en São Paulo, *L'avvenire* (en italiano); en La Habana, *Archivo Social*; en Puerto Príncipe (Cuba), *El Trabajo*. Se publica en París *Páginas Libres* de González Prada.

Prudente de Morais, presidente de Brasil; Bonilla, de Honduras; Crespo, de Venezuela; Eguzquiza, del Paraguay; Idiarte Borda, de Uruguay; Morales Bermúdez, de Perú. Tacna y Arica incorporadas a Chile. Problemas de límites entre Venezuela y la Guayana Británica. Lucio V. Mansilla: *Retratos y recuerdos*; J. A. Silva: *Nocturno*; Carlos Reyles: *Beba*; O. Moratorio: *La flor del pago.*

1895 En Buenos Aires se edita el órgano libertario *Le Cyclone* (en francés) y en Rosario *La Libre Iniciativa.*

Alfaro, presidente de Ecuador; Piérola, de Perú. Se inicia en Cuba la segunda guerra de la Independencia y muere José Martí. J.E. Uriburu sucede a Sáenz Peña en la presidencia de Argentina. Se firma la paz entre Río Grande do Sul y el gobierno federal. C. Guido Spano: *Ecos lejanos*; Leopoldo Díaz: *Bajo-relieves*; Enrique Bernardo Núñez: *Sol Interior*; J.M. Núñez Ponte: *Estudios acerca de la esclavitud en Venezuela*; Montalvo: *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*; S. Chocano: *Iras santas*; Zeno Gandía: *La charca*; Vargas Vila: *Flor de fango.*

1896 Se publica en Buenos Aires el periódico ácrata *Ni Dios ni Amo.* En Rosario salen *La Verdad* y *La Federación Obrera.* En Montevideo, *Il Socialista* (en italiano). Se reúne en Lima el primer congreso obrero, con presencia anarquista. Los anarquistas promueven una huelga portuaria en La Habana.

Sam, presidente de Haití. Errázuriz, de Chile; M. Vitorino, provisional de Brasil. Rebelión de los indios Yaquis en Sonora (México). Se suicida en Buenos Aires Leandro Alem, líder de la Unión Cívica Radical. En Cuba muere peleando Maceo. Se funda el Instituto Paraguayo. Surge en Buenos Aires el Partido Socialista. Francisco G. de Cosmes: *La dominación española y la patria mexicana*; Rubén Darío: *Prosas Profanas*; R.Palma: *Neologismos y americanismos*; Rui Barbosa: *Cartas da Inglaterra*; Rubén Darío: *Los raros* y *Prosas profanas.*

1897 Se funda en Buenos Aires *La Protesta Humana*, el más importante órgano periodístico del anarquismo latinoamericano. Allí mismo se editan *Germinal, Ciencia Social* y *La Revolución Social.* En Montevideo, *La Verdad.* Se funda en Río Grande do Sul la «Liga operaria internacional», de tendencia anarquista. El anarquista cubano Tárrida del Mármol publica su libro *Les inquisiteurs d'Espagne* en París.

En Venezuela se levanta en armas el Mocho Hernández; en Uruguay, Aparicio Saravia, ambos nacionalistas. España concede autonomía a Puerto Rico. Asesinato de Idiarte Borda en Uruguay. Flota italiana amenaza a Colombia, por el pago de la deuda. Nabuco: *Un estadista del Imperio*; Fray Mocho: *Memorias de un vigilante*; E. Valverde y Téllez: *Apuntaciones históricas de la filosofía en México*; Paul Groussac: *Del Plata al Niágara*; M. Coronado: *Justicias de antaño*; L. Lugones: *Las montañas del oro*; Rodó: *La vida nueva*; Jaimes Freyre: *Castalia bárbara*.

1898 Llega a Buenos Aires el criminólogo italiano Pietro Gori, y funda la revista *Criminología Moderna*, al mismo tiempo que inicia intensa propaganda anarquista. En Río de Janeiro se edita *O Despertar*; en São Paulo, *Il Risveglio*. Llega a Cuba Palmiro de Lidia (Adrián del Valle). Ghiraldo publica, en Buenos Aires, *El Sol*. Inglan Lafarga traduce la obra de Hamon, *Psicología del socialista anarquista*.

Campos Sales, presidente de Brasil; Andrade, de Venezuela; Roca, de Argentina; Sanclemente, de Colombia. Guerra hispano-norteamericana.
Ernesto Quesada: *La época de Rosas*; A. Duhau: *El hijo legítimo*; Amado Nervo: *Perlas Negras*; J. O'Leary: *El alma de la raza*; Díaz Rodríguez: *De mis romerías*.

1899 En Montevideo se editan *La Aurora Anarquista* y *El Amigo del Pueblo*; en La Habana, *El Nuevo Ideal*; en Río de Janeiro, *O Protesto*; en Curitiba, *Il Diritto*; en Buenos Aires, *El Ideal Anarquista*. *El Almanaque de Pernambuco* publica un *Decálogo dos anarquistas*. Silva Mendes presenta una tesis doctoral titulada *Socialismo libertario ou anarquismo*. Huelga general de albañiles en La Habana por la jornada de ocho horas y fundación de la «Liga general de trabajadores cubanos».

Revolución Restauradora en Venezuela: Cipriano Castro, presidente. Los yanquis gobiernan en Cuba. Se inicia en Colombia la guerra de los mil días. Heureaux es asesinado en República Dominicana y le sucede Jiménez. Regalado, presidente de El Salvador; Cuesta, de Uruguay; Romaña, de Perú. Francisco Bulnes: *El porvenir de las naciones latinoamericanas ante las conquistas recientes de Europa y los Estados Unidos*; G. Valencia: *Anarkos*; C. Zumeta: *El continente enfermo*; Machado de Assis: *Don Casmurro*.

1900 Florencio Sánchez publica en *El Sol* sus *Cartas de un flojo*. Se fundan en Santiago de Chile el grupo estudiantil «La revuelta» y el «Centro de estudios sociales obrero»; en Valparaíso, el grupo «La libertad». En Montevideo sale *Tribuna Libertaria*; en São Paulo, *Palestra Social*; en Buenos Aires, *Los Tiempos Nuevos* y *El Alba del Siglo XX*. Se constituye en Santos la «Sociedade Primero de Maio». Malatesta visita Cuba. Ricardo Flores Magón funda en México *Regeneración*. El doctor Emilio Z. Arana publica *Los males sociales. Su único remedio*; Mariano Cortés, *Fundamentos y lenguaje de la doctrina anarquista*.

Marroquín, presidente de Colombia. La flota francesa presiona a la República Dominicana. Nueva insurrección del Mocho Hernández en Venezuela; nueva designación de Porfirio Díaz para la presidencia de México. Chile y Argentina firman un tratado de límites. En Puerto Rico: ley Foraker y autonomía civil.
Juan Agustín García: *La ciudad indiana*; Rodó: *Ariel*; F. Bareiro: *El Paraguay en la Argentina*; R. Palma: *Cachivaches*; Nabuco: *Mi formación*; Vargas Vila: *Ibis*; J. Sierra: *Evolución política del pueblo mexicano*.

1901 Flores Magón se empapa de literatura anarquista y es encarcelado en Belén. Se inicia la publicación de *La Nueva Era* y *La Nuova Civiltà* en Buenos Aires; *El Acrata*, *La Campaña*; *La Agitación*; *La Rebelión* y *El Siglo XX* en Santiago de Chile; *La Terza Roma* en São Paulo. Se funda la «Federación Obrera Argentina» (FOA). En Rosario los anarquistas promueven la huelga general. Benjamín Mota inicia la publicación de la revista *A Lanterna*; Alberto Ghiraldo dirige *La Organización Obrera*; Graça Aranha publica *Canaã*.

Enmienda Platt y primera Constitución en Cuba: Tomás Estrada, presidente. Batalla de Río Hacha entre tropas colombianas y venezolanas. Insurrección de los mayas yucatecos. La ley Richeri establece el servicio militar obligatorio en Argentina. V. Pérez Petit: *Tribulaciones de un criollo*; M. Díaz Rodríguez: *Idolos rotos*; F. Lazo Martí: *La silva criolla*; Díaz Mirón: *Lascas*; L.A. de Herrera: *La tierra charrúa*; J. de Viana: *Gurí*; A. Carnevalli: *Bolivita*; P.E. Coll: *El castillo de Elsinor*; H. Quiroga: *Los arrecifes de coral*.

1902 Ricardo Flores Magón edita *El Hijo del Ahuizote*, periódico satírico. Comienzan a publicarse *La Luz* en Santiago de Chile; *¡Tierra!* y *La Defensa* en La Habana; *O Amigo do Povo*, *Germinal* y *La Gogna* (en italiano) en São Paulo. Se reúne el 2° congreso de la FOA, del cual se retiran los socialistas marxistas. En Buenos Aires la FOA proclama la huelga general. El parlamento argentino promulga la «ley de residencia» (N° 4144). Los anarquistas de Chile y Argentina se pronuncian contra la guerra que intentan los gobiernos de ambos países; los cubanos protestan contra la Enmienda Platt y la administración norteamericana. El chileno D'Halmar, que simpatiza con el anarquismo tolstoiano, publica *Juana Lucero*.

Rodrigues Alves, presidente de Brasil. Fracasa la Revolución Libertadora en Venezuela. Alemania y Gran Bretaña bloquean y bombardean Puerto Cabello en ese país. Doctrina Drago en Argentina. Zelaya otra vez presidente de Nicaragua. Nueva Constitución venezolana aumenta a seis años el período presidencial. Perú firma un tratado de límites con Bolivia. Las repúblicas centroamericanas aceptan el arbitraje obligatorio en sus diferencias mutuas. Nord Alexis, presidente de Haití.
Otto Miguel Cione: *Maula*; Martín Coronado: *La piedra del escándalo*; Nicolás Granada: *¡Al campo!*; A. Nin Frías: *Ensayos de crítica e historia*.

1903 En Buenos Aires sale a luz el periódico *Vida Nueva*; en Montevideo, *La Verdad*; en Santiago de Chile, *Los Nuevos Horizontes*; en Río de Janeiro, *A Greve*; en Curitiba, *A Voz do Dever*; en São Paulo, *La Rivolta* (en italiano) y *La Voz del Destierro* (en español). El «Movimiento sindicalista revolucionario» promueve la fundación de centenares de uniones obreras en Brasil. La FOA celebra en Buenos Aires su tercer congreso: cuenta con 42 sociedades afiliadas y 15.112 miembros. Félix Basterra publica su libro *El crepúsculo de los gauchos*; Florencio Sánchez, estrena *M' hijo el doctor*; Fábio Luz saca su novela *O Ideólogo*; Avelino Foscolo, *O Mestiço*. Aparece el ensayo de Florencio Sánchez, *El caudillaje criminal en Sud América*.
En Argentina los socialistas fundan la Unión General de Trabajadores (U.G.T.). Batlle y Ordóñez presidente del Uruguay; Candamo, de Perú; Escalón de El Salvador. Revolución del Lago en Nicaragua. Brasil se anexa el territorio de Acre. Panamá se separa de Colombia, se proclama independiente y cede a Estados Unidos la Zona del Canal; Manuel A. Guerrero, presidente. Cuba otorga bases a Estados Unidos (Guantánamo).

Euclides Da Cunha: *Os sertões*; D. Jiménez Espinosa: *Pancha Garmendia*; Porfirio Parra: *Nuevo sistema de lógica inductiva y deductiva*; M. Cané: *Prosa ligera*; L. Lugones: *El imperio jesuítico*; Martiniano Leguizamón: *Cuentos de la pampa*; O. Bunge: *Nuestra América*; M.E. Pardo: *Villabrava*.

1904 Flores Magón reinicia en San Antonio (Texas) la publicación de su periódico *Regeneración*. En Montevideo se edita *Futuro*; en Concepción (Chile) *Luz*; en Buenos Aires, *Martín Fierro*; en Curitiba, *O Despertar*. En Brasil la Cámara de diputados promulga la «Ley Gordo», que equivale a la 4144 argentina. Se celebra en La Plata el cuarto congreso de la Federación Obrera Argentina (FOA), que cambia su nombre por el de Federación Obrera Regional Argentina (FORA): tiene 66 sociedades y 32.893 afiliados. Ghiraldo publica *Música prohibida*. El 1° de mayo la policía ataca en Buenos Aires una manifestación anarquista. González Prada inicia en Lima la publicación del periódico *Los Parias*. Los anarquistas (Urmachea, Lévano, etc.) fundan allí mismo la «Unión de Trabajadores Panaderos». Los anarquistas cubanos (Saavedra, Sola) promueven el boycot a la carne argentina, por la persecución contra sus compañeros en aquel país. Florencio Sánchez estrena *Canillita*, *Las cédulas de San Juan*, *La gente pobre* y *La gringa*.

J. Pardo, presidente de Perú; B. Reyes, de Colombia; J.B. Gaona, del Paraguay; M. Quintana, de Argentina. Nuevo levantamiento de Aparicio Saravia en Uruguay. Ley de divorcio en Venezuela. Alfredo Palacios primer diputado socialista de Argentina. Revolución de los Azules en Paraguay. Bolivia, Perú y Chile firman un tratado de paz. Montes inicia en Bolivia la época de los gobiernos liberales.
Alberto Weisbach: *Blancos y colorados*; G. Delgado Palacios: *Orígenes de la vida*; Ricardo Rojas: *El país de la selva*; G. de Laferrére: *¡Jettatore!*; I. Pane: *Poesías paraguayas*; F. García Calderón: *De Litteris*; P.C. Dominici: *Dionysos*.

1905 En Lima aparecen *El Hambriento* y *Simiente Roja*; en Montevideo, *El Libertario*; en Rosario, *Nuevas Brisas*; en São Paulo, *A Terra Livre*; la revista mensual *Aurora* y *La Battaglia* (en italiano); en La Habana, *El Libertario*. La FORA celebra en Buenos Aires su quinto congreso en el cual se declara oficialmente anarco-comunista. Se produce la Semana Roja en Santiago de Chile. En Río de Janeiro se funda la agrupación libertaria «Novo Rumo». Flores Magón es detenido en Estados Unidos y *Regeneración* es asaltada. Se organiza la Federación Obrera Regional Uruguaya (FORU). Ghiraldo publica *La tiranía del frac*; Pellicer Paraire, *Conferencias populares de Sociología*.

Cecilio Báez, presidente de Paraguay; Estrada Cabrera, de Guatemala. En Colombia se prolonga la dictadura de Reyes; en Venezuela la de C. Castro. En Cuba es reelecto Estrada Palma. Se funda en Argentina la Universidad de La Plata. Fallida revolución radical en Buenos Aires.
César Duayen: *Stella*; Leopoldo Lugones: *La guerra gaucha*; *Los crepúsculos del jardín*; A. Chirveches: *Celeste*; T. Febres Cordero: *Don Quijote en América*; Juansilvano Gondai: *La muerte del mariscal López*; R. Darío: *Cantos de vida y esperanza*; J. Clausell: *Paisajes mexicanos*; A. Nervo: *Jardines interiores*; J. Ribeiro: *Páginas de Estética*.

1906 En Buenos Aires se editan *El Trabajo*, *Rumbo Nuevo*, *Fulgor*; en Rosario, *El Rebelde*; en Montevideo, *En Marcha*, *La Giustizia*; en Salto (Uruguay), *Germinal*; en

Asunción, *El Despertar*; en Santiago de Chile, *El Oprimido*; en Lima, *Humanidad*; en Río Blanco (México), *La Revolución Social*; en Río de Janeiro, *Novo Rumo*; en Porto Alegre, *A Luta*; en Taboleiro Grande (Minas-Brasil), *A Nova Era*. Ribeiro Filho publica *Cravo Vermelho*. Se reúne en Rosario el sexto congreso de la FORA. En Río de Janeiro se funda la Confederação Operária Brasileira (COB). En Asunción, la Federación Obrera Regional del Paraguay (FORP). En São Paulo estalla una huelga general ferroviaria. Reaparece en Saint Louis (U.S.A.) *Regeneración*. Los anarquistas promueven la huelga minera de Cananea (México), que deja dos centenas de muertos, y la textil de Río Blanco (México), que se prolonga hasta el año siguiente. También una insurrección campesina en Acuyacán. Angel Falco publica *Cantos Rojos*; F. Sánchez estrena *El Conventillo* y *El desalojo*.

Afonso Pena, presidente de Brasil; Benigno Ferreira, de Paraguay; Figueroa Alcorta, de Argentina; Montt, de Chile; Zelaya, nuevamente, de Nicaragua. En Ecuador, L. García es derrocado por E. Alfaro y se promulga una constitución liberal. Rebelión liberal en Cuba y consecuente invasión norteamericana.
Roberto J. Payró: *El casamiento de Laucha*; Martiniano Leguizamón: *Alma nativa*; Almafuerte: *Lamentaciones*; R. Blanco Fombona: *Camino de imperfección*; O. Cione: *Paja brava*; A. Arvelo Larriva: *Enjambre de rimas*; J.E. Rodó: *Liberalismo y jacobinismo*; G. Picón Febres: *La literatura venezolana en el siglo XIX*.

1907 En Córdoba (Argentina) se edita *El Proletario*; en Buenos Aires, la revista *Los Nuevos Caminos*; en Montevideo, *La Linterna* y *La Emancipación*; en Río de Janeiro, *Semana Operária* y la revista *Nova Aurora*. Flores Magón condenado a tres años de cárcel en Estados Unidos. Huelga de inquilinos en Buenos Aires. Se reúne en La Plata el séptimo congreso de la FORA. Huelga de salitreros en Iquique culmina con matanza masiva. Huelga general en São Paulo. La «Liga Operária» de Campinas funda una Escuela libre, dirigida por Renato Salles. Se constituye en São Paulo el «Grupo libertario Germinal». Florencio Sánchez estrena *Moneda falsa*, *Los Curdas*, *Nuestros hijos* y *Los derechos de la salud*.

C. Williman, presidente de Uruguay; F. Figueroa, de El Salvador; E. Alfaro, nuevamente, de Ecuador. Nicaragua en guerra con El Salvador y Honduras, ocupa Tegucigalpa; el presidente Bonilla renuncia. Se reúne en Washington una Conferencia Centroamericana. Los Estados Unidos administran las aduanas de R. Dominicana. En Uruguay queda abolida la pena de muerte y se sanciona la ley de divorcio vincular. Luis Razetti: *Qué es la vida*; Leopoldo Lugones: *Lunario Sentimental*; E. Banchs: *Las barcas*; Delmira Agustini: *El libro blanco*; J. Rodríguez Alcalá: *El Paraguay en marcha*; M. Azuela: *María Luisa*; Vaz Ferreira: *Los problemas de la libertad*; F. García Calderón: *Le Pérou contemporain*; R. Blanco Fombona: *El hombre de hierro*; Ramos Mejías: *Rosas y su tiempo*. Se edita en Buenos Aires la revista *Nosotros*.

1908 En Asunción comienza a publicarse *La Rebelión*; en Santiago de Chile, *La Protesta*; en Regla (La Habana), el semanario *Rebelión*; en Río de Janeiro, *¡Não matarás!*. Los anarquistas protagonizan levantamientos campesinos en Viescas, Las Vacas, Palomas y Valladolid (México). Huelga general convocada por la FORA en Buenos Aires, contra la ley de residencia. Se funda en La Paz la Federación Obrera Local, que publica *Luz y Verdad*. La COB comienza a editar su órgano *A Voz do Trabalhador*. En Buenos Aires sale un nuevo diario anarquista: *La Batalla*; en Mendoza, la revista *Pensamiento Nuevo*; en Paraná, *La Ráfaga*. Evaristo Carriego publica sus

poemarios *Misas herejes* y *El alma del suburbio*; Alejandro Sux, *Seis días en la cárcel de Mendoza*; Herrera y Reissig, *Tertulia Lunática*; González Prada, *Horas de Lucha*; H. Quiroga: *Historia de un amor turbio*; *Bohemia*; *Los perseguidos*.

J.M. Gómez, presidente de Cuba; Juan Vicente Gómez, de Venezuela; A. Leguía, de Perú. Castro se marcha de Venezuela para no volver; Francisco I. Madero se postula por vez primera a la presidencia de México. En Valparaíso se reúne el primer Congreso Científico Panamericano. En Asunción se produce la revolución radical de Albino Jara. Se fundan el Ateneo de la Juventud en México y la Sociedad de Conciertos sinfónicos en Brasil. Roberto J. Payró: *Pago chico*; G. de Laferrère: *Las de Barranco*; E. Larreta: *La gloria de Don Ramiro*; Vaz Ferreira: *Moral para intelectuales*; M. Díaz Rodríguez: *Camino de perfección*; J. Cortinas: *El Credo*; R. Blanco Fombona: *Más allá de los horizontes*; D. Mayer: *Estudios sociológicos*; O. Luco: *Casa grande*; J.S. Chocano: *El Dorado*; V.A. Belaúnde: *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*. En Perú se edita la revista *Variedades*.

1909 En Buenos Aires se publica el *Boletín de la Federación Regional Argentina*; en La Plata, las revistas *Ideas* y *Vibraciones*; en Montevideo, *Adelante*, *El Surco* y *La Nueva Senda*; en Asunción, *La Tribuna*; en Río de Janeiro, *Libertade*; en São Paulo, *Il Ribelle* (en italiano). En Buenos Aires *La Protesta* es nuevamente asaltada y clausurada; se edita *El Cuartel*, periódico antimilitarista. Alberto Ghiraldo inicia la publicación de la revista *Ideas y Figuras*. El fusilamiento de Francisco Ferrer en Barcelona provoca manifestaciones de repudio en Buenos Aires, Rosario, Montevideo, Santiago de Chile, Río de Janeiro, São Paulo, La Habana, etc. Simón Radowitzky ajusticia al coronel Falcón, jefe de policía de Buenos Aires. En San José (Costa Rica) se funda el «Centro de Estudios Sociales Germinal». Herrera y Reissig publica *Las Clepsidras*; R. de las Carreras: *La Venus Celeste*; A. Ghiraldo: *Alma gaucha*; F. Santiván: *Palpitaciones de vida*.

Nilo Peçanha, vicepresidente de Brasil, asume la presidencia a la muerte de Pena. Reforma constitucional en Venezuela. Enseñanza laica en Uruguay. En Colombia el vicepresidente Holguín asume la presidencia, al caer Reyes. En Honduras, guerra civil; en Nicaragua, revolución contra Zelaya y nueva intervención yanqui. Porfirio Díaz se entrevista en la frontera con Taft. Colombia reconoce la independencia de Panamá. Benito Lynch: *Plata dorada*; A. Arvelo Larriva: *Sones y canciones*; A. Chirveches: *La candidatura de Rojas*; Vaz Ferreira: *Pragmatismo*; A. Arguedas: *Pueblo enfermo*; Blest Gana: *El loco Estero*; J. Gil Fortoul: *Historia constitucional de Venezuela*; Pío Gil: *El cabito*; J.E. Rodó: *Motivos de Proteo*. En Caracas se funda el diario *El Universal*.

1910 Se editan en Montevideo *Tiempos Nuevos* y la revista sociológica *Ideas*; en Río de Janeiro, *Novo Rumo*. Muchos militantes anarquistas son desterrados de Argentina y otros enviados a Usuhaia, durante los festejos del Centenario. Una vez más *La Protesta* es asaltada y clausurada. Los compañeros brasileños demuestran su solidaridad y fundan un Comité Revolucionario de Apoyo. Lo mismo hacen los uruguayos. La FORA celebra su octavo congreso. Los anarquistas del Brasil apoyan la «Revuelta del látigo» en la marina de guerra. Flores Magón sale de la cárcel y reinicia la publicación de *Regeneración*, que llega a un tiraje de 27.000 ejemplares, en Los Angeles. Surge en Guayaquil el «Centro de Estudios Sociales», de tendencia anarquista. R. Barrett publica *Moralidades actuales* y *Lo que son los yerbales*; Fábio Luz, *Virgem Mãe*.

El mariscal Hermes, presidente de Brasil; Manuel Gronda, de Paraguay; R. Sáenz Peña, de Argentina; C. Restrepo, de Colombia; J.J. Estrada, de Nicaragua; Estrada Cabrera, otra vez, de Guatemala. Se inaugura el ferrocarril transandino Mendoza-Valparaíso. Se reúne en Buenos Aires la Conferencia Panamericana. Reabre Justo Sierra la Universidad de México. Festejos del Centenario del Primer gobierno patrio en Argentina. Con insurrecciones en diversos estados, se inicia la Revolución mexicana contra el porfiriato.
Javier de Viana: *El estanque*; Roberto J. Payró: *Divertidas aventuras del nieto de Juan Moreira;* José Gálvez: *Bajo la luna*; P. Henríquez Ureña: *Horas de estudio*; Vaz Ferreira: *Lógica viva*; Gerchunoff: *Los gauchos judíos*; M. Ugarte: *El porvenir de América Latina*; Cecilio Báez: *Ensayo sobre el dictador Francia*; C. Torres: *Idola fori*; C. Reyles: *La muerte del cisne*. En Caracas se publica la revista *Alma Venezolana*.

1911 En Buenos Aires se editan las revistas *El Trabajo*, *La Cultura* y *Francisco Ferrer*; en Montevideo, *Guerra Social*; en Valparaíso, *Luz al Obrero*; en Lima, *La Protesta*; en Colón, *El Unico*; en San José, *Renovación*; en La Habana, *La Batalla* y *Vía Libre*; en Río de Janeiro, *A Guerra Social*; en Santos, *O Proletario*. De los 117.000 obreros del Uruguay, 90.000 están afiliados a la FORU. Los anarquistas peruanos promueven la primera huelga general en el país. *El Manifiesto* publicado por el Partido Liberal Mexicano resulta claramente anarquista. El Plan de Ayala de Emiliano Zapata, de inspiración libertaria. Los magonistas invaden la Baja California, con el propósito de iniciar allí la revolución social libertaria. Flores Magón de nuevo encarcelado. Santiago Locascio publica *Orientaciones*; E. Gilimón, *Hechos y comentarios*; Ernesto Herrera estrena *El León Ciego*. Se editan *El dolor paraguayo* y *Cuentos breves* de R. Barrett.

Francisco I. Madero, presidente de México; Batlle y Ordóñez, de nuevo del Uruguay. En Venezuela se funda la Academia Militar. Guerra entre Perú y Colombia. En Nicaragua un cuartelazo impone como presidente a Adolfo Díaz, empleado de empresas yanquis. Se descubren las ruinas de Macchu Pichu en Perú. C. Leconte, presidente de Haití.
Pedro Manuel Arcaya: *Estudios sobre personajes y hechos de la historia venezolana*; L. Lugones: *Historia de Sarmiento*; Alberto J. Ureta: *Rumor de almas*; E. Banchs: *La urna*; A. Valdelomar: *La ciudad de los tísicos*; Eguren: *Simbólicas*; A. Reyes: *Cuestiones estéticas*; J.T. Arreaza Calatrava: *Canto a Venezuela*; Pío Gil: *Los felicitadores*. En Nicaragua sale la revista *Atlántida*.

1912 En México aparece *Luz*; en Buenos Aires, *El Manifiesto* y *La Anarquía*; en Montevideo, *Crónicas Subversivas*, *Solidaridad*, *Ideas*; en Santiago de Chile, *El Productor*; en Río de Janeiro, *A Revolta*. Se funda en Bolivia la «Federación Obrera Internacional» (FOI), cuyo símbolo es una bandera rojinegra. Grupos anarquistas, como «Luchadores por la Verdad» y «Luz y Amor», organizan una huelga general en El Callao (Perú). Se funda, pocos meses antes, la «Federación Obrera Regional Peruana» (FORP). La huelga portuaria de Santos es violentamente reprimida. En Panamá funcionan unos 20 grupos de afinidad, en general anarco-individualistas. Kropotkin defiende a Flores Magón contra los ataques de Grave. En México se funda la Casa del Obrero, que poco después se llamará Casa del Obrero Mundial. José de Maturana publica *Canción de Primavera*; Pierre Quiroule, *Sobre la ruta de la Anarquía*; Rafael Barrett, póstumamente, *Mirando vivir*, *Al margen*, *Ideas y Críticas*,

Diálogos y conversaciones y otros escritos; Pedro Prado, *La casa abandonada.* Se funda en Chile el Partido Socialista. Billinghurst, presidente de Perú; Menocal, de Cuba. Eloy Alfaro asesinado en Ecuador. Ley Sáenz Peña consagra el voto secreto y obligatorio en Argentina. En Puerto Rico se funda el Partido Independentista. La infantería de marina norteamericana desembarca en Cuba (para sofocar rebelión negra), en Honduras y en Nicaragua (donde la ocupación dura hasta 1925). Rafael Villavicencio: *La evolución*; J. Sánchez Gardel: *La montaña de la brujas*; F. García Calderón: *La creación de un continente*; A. Ortiz: *El parnaso nicaragüense*; R. Uribe Uribe: *De cómo el liberalismo no es pecado*; J. Capello: *Los menguados*; Ortega Arancibia: *40 años*; Luis Alberto de Herrera: *El Uruguay internacional.* Se inicia en Lima la publicación del diario *La Crónica*, y en París, de la Revista *Mundial* (de. R. Darío).

1913 Comienzan a publicarse *El Obrero* en Buenos Aires; *La Rebelión*, en Rosario; *El Combate*, en Chacabuco; *Prometeo*, en Diamante (Argentina); *Hacia el Futuro*, en Asunción; *La Batalla*, en Santiago de Chile; *Cultura Obrera*, en La Habana; *O Grito Social*, en Aradas (Brasil) y *O Proletario*, en Aveiro (Brasil); *Lucha*, en México. Se reinicia la publicación de *La Protesta*, en Buenos Aires. Se reúne en Río de Janeiro el Segundo Congreso Obrero Brasileño. Leoncio Lasso de la Vega publica su libro *El morral de un bohemio*; Edmundo Bianchi estrena *Perdidos en la luz*; Alberto Ghiraldo, *La columna de fuego.*

Bordas, presidente de la Rep. Dominicana; Gil Fortoul, presidente encargado de Venezuela; M. Oreste, de Haití. Araujo es asesinado y se inicia la dictadura de los Meléndez en El Salvador. Asesinato de Madero y dictadura de Huerta, quien es combatido por Carranza, Obregón, Villa y Zapata en México.
José Ingenieros: *El hombre mediocre*; Udón Pérez: *Anfora Criolla*; J.R. Pocaterra: *Política feminista*; J.E. Rodó: *El mirador de Próspero*; Delmira Agustini: *Los cálices vacíos*; R. Sienra: *La dama de San Juan*; Dávalos y Lisson: *Leguía*; R. Blanco Fombona: *Dramas mínimos*; E. Crossa: *La razón social.*

1914 Los anarquistas se pronuncian contra la guerra en todos los países latinoamericanos. Un congreso obrero logra la fusión de la CORA (sindicalista) con la FORA (anarquista) en Buenos Aires. La revista libertaria *A Vida* de Corrêa Lopes inicia su campaña antibelicista. En Porto Alegre los anarquistas fundan la «Liga antimilitarista». En São Paulo se efectúa un Encuentro de Agrupaciones Anarquistas del Brasil. Al salir de la cárcel, Flores Magón continúa su lucha por darle un sentido socialista y libertario a la Revolución mexicana. La Casa del Obrero Mundial edita *Emancipación Obrera* y es asaltada por la policía de Huerta. Sale *Tinta Roja.* Pedro Prado publica *La reina de Rapa Nui.* En Lima, se edita el periódico *La Lucha*; en Puno, *La Voz del Obrero.*

V. Brás, presidente de Brasil; Benavidez, de Perú; V. Carranza, de México, O. Zamor, de Haití; Márquez Bustillos, de Venezuela. Inauguración del Canal de Panamá. Los infantes de marina norteamericanos desembarcan en Veracruz y en Port au Prince. Villa y Zapata contra Carranza.
Manuel Gálvez: *La maestra normal*; J. Rosales: *Bajo el cielo dorado*; A. Díaz Guerra: *Lucas Guevara*; Vargas Vila: *La muerte del cóndor;* A. Aguirre Morales: *Flor de ensueño*; R. Darío, *Canto a la Argentina*; E. Arroyo Lameda: *Momentos*; V.

Huidobro: *Manifiesto*; R. Arévalo Martínez: *El hombre que parecía un caballo*; *El trovador colombiano*; M.H. Escuder: *El diablillo del amor.*

1915 Se reúne el noveno congreso de la FORA en el cual se produce una escisión entre anarquistas y sindicalistas puros. En Montevideo empieza a publicarse *La Batalla*, más tarde portavoz del anarco-bolchevismo. Se reúne en Río de Janeiro un Congreso Anarquista Sudamericano. Se declara ilegal la prensa anarquista y varios militantes españoles son expulsados de Cuba. Los anarquistas firman en Veracruz un pacto con el gobierno de Carranza y forman los «batallones rojos», para darle apoyo militar. La Casa del Obrero Mundial se multiplica en el interior de México y saca el periódico *Ariete*. En Rosario se edita la revista de *Estudios*; en Paraná, *Ideas*; en Campana, *Voces Proletarias*. Ghiraldo publica su libro *La Ley Baldón*.

J. Pardo, presidente de Perú; Viera, de Uruguay. Arévalo Cedeño insurge contra J.V. Gómez en Venezuela. Tratado ABC (Argentina, Brasil, Chile). Tropas norteamericanas en Haití y Rep. Dominicana. Ley que establece libertad de cultos en Perú. Se funda en Cuba la Unión Antillana. S. Dartiguenave, presidente de Haití. Almafuerte: *Evangélicas*; R. Güiraldes: *El cencerro de cristal*; B. Fernández Moreno: *Las iniciales del misal*; C. González Peña: *La fuga de la quimera*; Max Henríquez Ureña: *Episodios dominicanos*; J. Braschi: *La úlcera*; E. Barrios: *El niño que enloqueció de amor*; R. Blanco Fombona: *El hombre de oro*; A Marasso: *La canción olvidada*; Ernesto Herrera: *El caballo del comisario.*

1916 En México se disuelven los «batallones rojos»; se realiza en Veracruz un Congreso Obrero Nacional del cual nace la Federación del Trabajo de la Región Mexicana, anarco-sindicalista. Se cierra la Casa del Obrero Mundial. Flores Magón es condenado a 20 años de prisión en Estados Unidos por su posición anti-belicista. En Argentina la FORA del quinto (anarquista) se enfrenta a la FORA del noveno (sindicalista). En Santa Fe se edita *La Verdad*: en Mar del Plata, *El Grito del Pueblo*; en Bahía Blanca, *Brazo y Cerebro*. Fernando Santiván publica su novela *La hechizada.*

Hipólito Yrigoyen, presidente de Argentina; José Luis Sanfuentes, de Chile; R. Bentín, de Perú; Menocal, otra vez, de Cuba. Invasión norteamericana a Santo Domingo. El papa Benedicto XV otorga una alta condecoración al dictador J.V. Gómez. Código civil brasileño.

R. López Velarde: *La sangre devota*; R. Cardona, *Oro de la mañana*; Benito Lynch: *Los caranchos de la Florida*; Belisario Roldán: *El rosal de las ruinas*; Manuel Gálvez: *El mal metafísico*; Alfonsina Storni: *La inquietud del rosal*; M. Brull: *La casa del silencio*; P. Henríquez Ureña: *El nacimiento de Dionisos*; L.M. Urbaneja Achelpohl: *En este país*; Azuela: *Los de abajo*; Eguren: *La canción de las figuras.*

1917 En México se reorganiza el grupo «Luz» y nacen numerosas agrupaciones libertarias, como «Solidaridad», «Los Autónomos», «Jóvenes socialistas rojos», etc. En el segundo Congreso Obrero Nacional los anarquistas son derrotados por Luis Morones y los reformistas pro-gubernamentales. Se edita en São Paulo, *A Plebe*; en Río de Janeiro, *O Debate*; en Alagoas, *A Semana Social*. Huelga general en São Paulo y Santos. Leuenroth encarcelado como promotor de la misma, es defendido por Evaristo de Morais, quien escribe: *O Anarquismo no Tribunal do Júri*. Se edita

en Buenos Aires *La Rivolta* (en italiano); en San Juan, *Humanidad*; en Junín, *Nubes Rojas*; en Bahía Blanca, *Alba Roja*. Antilli y González Pacheco publican en Buenos Aires el semanario *La Obra*. Carlos Días da a luz *A Luta Socialista Revolucionaria*.
Brasil entra en la Guerra Mundial. F. Tinoco dictador de Costa Rica; Venustiano Carranza, presidente de México.
Ejecutivo colegiado de Uruguay. Perú y Uruguay rompen relaciones con Alemania. Puerto Rico comvertido en territorio norteamericano (Jones Act): varios millares de sus ciudadanos deben marchar a la guerra europea.

José Vasconcelos: *El monismo estético*; Ricardo Rojas: *Historia de la literatura argentina;* E. Berisso: *Con las alas rotas;* Rafael Alberto Arrieta: *Las noches de oro;* R. López Velarde: *Zozobra*; C. Sabat Ercasty: *Pantheos;* J. Torri: *Ensayos y poemas;* J. M. Pichardo: *Tierra adentro*; Alfonso Reyes: *Visión de Anáhuac*, Ureta: *El dolor pensativo.*

1918 En el Tercer Congreso Obrero Nacional de Saltillo los anarquistas mexicanos son minoría y Morones funda la Confederación Obrera Regional Mexicana (CROM). Los anarquistas brasileños crean los «Comités Populares» contra la carestía de la vida. Oreste Ristori edita en Buenos Aires el periódico anticlerical *El Burro;* Del Intento, en La Plata, *Ideas*. Horacio Quiroga publica *Cuentos de la selva*.

Marco Fidel Suárez, presidente de Colombia. Agitación estudiantil contra la dictadura en Venezuela. En Perú, ley de enseñanza gratuita y obligatoria. Promulgación de la nueva constitución uruguaya. Rodrigues Alves por segunda vez presidente de Brasil. Reforma Universitaria en Córdoba (Argentina). Nueva constitución en Haití. Vicente Huidobro: *Ecuatorial, Poemas árticos*; J. González Castillo: *La mujer de Ulises*; F. Defilippis Novoa: *El diputado por mi pueblo*; Alfonsina Storni: *El dulce daño*; Pedro M. Obligado: *Gris*; J. M. Poveda: *Versos precursores*; César Vallejo: *Los heraldos negros*; J. R. Pocaterra: *Tierra del sol amada*; J.E. Lossada: *Madréporas*; Valdelomar: *El caballero Belmonte*; Azuela: *Las moscas*.

1919 Se produce en Buenos Aires «la semana trágica», tras una huelga metalúrgica protagonizada por la FORA anarquista. Esta publica *Tribuna Proletaria*. Un nuevo diario, *Bandera Roja,* representa la tendencia anarco-bolchevique. *La Protesta* tiene un tiraje de 15.000 ejemplares. Los anarco-sindicalistas fundan en Chile la IWW. Los mineros de Huanuni (Bolivia), guiados por los anarquistas, conquistan la jornada de ocho horas. Los anarquistas peruanos organizan «el paro del hambre» y promueven huelgas en El Callao, Chosica, etc. La FORP reorganizada emite una declaración de principios y se define anarcosindicalista. La FORU agrupa a 49 sindicatos y federaciones obreras. Se funda en Brasil el Partido Comunista Libertario. En Río se publican *Spartacus* y *O Germinal*; en Santa Fe, *La Campana*. González Pacheco publica su libro *Carteles*; Edgar Leuenroth, *O que é o maximalismo ou bolchevismo.*

Epitácio Pessoa, presidente de Brasil; J. Gutiérrez Guerra, de Bolivia. Leguía, dictador de Perú. Zapata muere en una emboscada. Fundación del Partido Socialista colombiano. El general Peñaloza invade Venezuela, contra la dictadura de J.V. Gómez. Ch. Perlate se levanta en Haití.
C. Iglesias Paz: *El vuelo nupcial*; Julio F. Escobar: *El hombre que sonríe*; Manuel

Gálvez: *Nacha Regules;* L. Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático*; A. Zum Felde: *Proceso histórico del Uruguay*; A. Nervo: *La amada inmóvil*; Luis A. Sánchez: *Los poetas de la revolución*; A. Hidalgo: *Jardín zoológico*; R. López Velarde: *Zozobra*; E. Crosa: *El sagrado delito.*

1920 Se publican en Buenos Aires periódicos anarquistas favorables a la revolución bolchevique: *Frente Proletario* y *Frente Unico.* La FORA anarquista reúne un congreso extraordinario con asistencia de 200 sociedades obreras. *El Soldado* es órgano antimilitarista. En Santiago de Chile los «patriotas» asaltan la Federación de Estudiantes, de tendencia anarquista. Se publica en Asunción del Paraguay la revista libertaria *Renovación.* Un congreso obrero nacional reunido en Lima adopta la ideología anarquista. Se crean en Perú las universidades populares «Manuel González Prada», muy concurridas en un principio por los obreros libertarios. En Río, Oiticica y Fábio Luz publican en *A Voz do Povo.* El primero de ellos formula sus críticas a la revolución bolchevique en una serie de artículos titulada *Mau Caminho.* En São Paulo se edita *A Patuleia.* Se reúne en Río el Tercer Congreso Obrero Brasileño, con asistencia de 150 delegados. Un grupo de anarquistas funda en Ecuador el «Centro Gremial Sindicalista» (CGS), el cual publica *El Proletario.* González Pacheco edita en Buenos Aires *El Libertario.* Astrogildo Pereira, el libro *A Greve de Leopoldina*; Neno Vasco, *Concepção Anarquista do Sindicalismo.*

Muere Carranza en Tlaxcalantongo. Interinato de De la Huerta y elección de Alvaro Obregón, como presidente de México. Arturo Alessandri, presidente de Chile; J. L. Tamayo, de Ecuador. Nueva Constitución peruana. Frustrado golpe de los colorados riveristas de Uruguay. Se dicta en Venezuela la primera ley de petróleos. Se inicia en México una paulatina y parcial reforma agraria.

Emilio Rabasa: *La evolución histórica de México*; González Castillo y Martínez Cuitiño: *La santa madre*; Juana de Ibarbourou: *Raíz salvaje*; Carmen Lyra: *Los cuentos de mi tía Panchita;* J. Stefanich: *Aurora*; A.L. Moock: *La serpiente*; R. Gallegos: *El último Solar*; F. Paz Castillo: *La huerta de Doñana*; A. Korn: *La libertad creadora.*

1921 Gran huelga de La Forestal en el Chaco argentino, apoyada por la FORA. El ejército argentino masacra a los trabajadores de la Patagonia, organizados por los anarcosindicalistas. En Río de Janeiro se editan el diario *A Vanguarda*, dirigido por Leuenroth, y la revista *Renovação* de Marques de Costa. Anarquistas y marxistas fundan en México la Confederación General de Trabajadores (CGT), con medio centenar de sindicatos. En su seno surge el Centro Sindicalista Libertario (CSL). González Pacheco funda el semanario *La Antorcha*; en General Pico sale *Pampa Libre*; en Buenos Aires, *El Sol;* en Montevideo, *Trabajo, La Ruta, Tribuna Libertaria* e *Ideas y Estudios.* José Martín da a luz *Historia das Riquezas do Clero Católico e Protestante.* González Pacheco estrena su drama *Hijos del Pueblo.*

J. Holguín, presidente de Colombia; A. Zayas, de Cuba. En Perú se reúne un Congreso indígena. En México Vasconcelos asume el ministerio de Educación. Conferencia Panamericana en La Habana. Se funda el Partido comunista argentino y el boliviano. El partido socialista del Uruguay se convierte en Partido Comunista. D. Moreno Jiménes: *Psalmos*; J.L. Bengoa: *Los sacrificados*; Andrés Eloy Blanco: *Tierras que me oyeron*; F. Silva Valdés: *Agua del tiempo*; C. Wyld Ospina: *Las dá-*

divas simples; R. Hurtado: *La hora de ámbar*; A. Fernández García: *Bucares en flor*; Valdelomar: *Los hijos del sol*; De la Riva Agüero: *El Perú histórico y artístico.*

1922 La FORA del noveno congreso, unida con algunos gremios de la FORA del quinto, origina la Unión Sindical Argentina (USA). En *A Plebe* de São Paulo se publica un manifiesto contra «el comunismo de Estado». Aparece en Guayaquil el órgano libertario *Redención*. Se fundan la Unión Obrera Salvadoreña, en la cual predominan los anarcosindicalistas, y la Federación Obrera de La Habana (FOH), también anarquista. Muere Flores Magón en una prisión norteamericana. La CGT mexicana se declara antipolítica y se enfrenta con el Partido Comunista. Los anarquistas organizan en México y Veracruz una huelga de inquilinos. Se reúne el Segundo Congreso de la C.G.T. En Tandil se edita *La Verdad*; en Ingeniero White, *Mar y tierra*; en Necochea, *Nuestra Tribuna*. Ghiraldo publica *La Argentina: Estado social de un pueblo.*

A. Bernardes, presidente de Brasil; Marcelo T. de Alvear, de Argentina; P. Ospina, de Colombia; L. Borno, de Haití; J.B. Vicini de Rep. Dominicana. Primer pozo petrolero en el Zulia. Venezuela debe ceder a Colombia una buena parte de la península de la Goajira ante el arbitraje suizo.

Oliverio Girondo: *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*; Salomón de la Selva: *El soldado desconocido*; César Vallejo: *Trilce*; R. Heliodoro Valle: *Anfora sedienta*; Antonio Caso: *Discursos a la nación mexicana*; A. Cancela: *Tres relatos porteños*; J.C. Dávalos: *El viento blanco*; E. Rivera Chevremont: *La copa de Hebe*; A. Martínez Mutis: *Mármol*; Gabriela Mistral: *Desolación*; A. Cruchaga Santa María: *Job*; E. Fariña Núñez: *Cármenes;* J.R. Pocaterra: *Cuentos Grotescos.*

1923 La CGT se enfrenta con la policía, polemiza con Obregón y resiste el lock out en Veracruz. Se constituye la Alianza Local Mexicana Anarquista (ALMA). La C.G.T. adhiere a la AIT, recientemente fundada en Berlín, y realiza su tercer congreso. Aparecen *El Sindicalista, Nuestra Palabra, Germinal*, en México; *Alma Obrera* en Zacatecas; *Tribuna Roja* en San Luis Potosí. El anarquista Kurt Wilckens ajusticia al coronel Varela, responsable de la matanza de trabajadores en la Patagonia. Se constituyen en Bolivia las agrupaciones anarquistas «Despertar» y «La Antorcha». Un grupo de anarcosindicalistas organiza en Perú la Federación Regional de Obreros Indios. En Buenos Aires sale *El Libertario*, periódico anarcobolchevique; en Montevideo, *El Hacha*. Se edita el libro de cuentos *Sembrando ideas* de R. Flores Magón.

En Chile se celebra una Conferencia Panamericana. Haya de la Torre inicia su actuación política y es desterrado del Perú. Se conmemora en Brasil el centenario de la Independencia Nacional.

José Valdés: *Poesía pura*; A. Hidalgo: *Química del espíritu*; Armando Discépolo: *Mateo*; Horacio Rega Molina: *El árbol fragante*; José Pedroni: *Gota de Agua*; Luis Felipe Rodríguez: *La pascua de la tierra natal*; J.L. Borges: *Fervor de Buenos Aires*; Honorio Delgado: *Rehumanización de la cultura científica por la psicología*; Andrés Eloy Blanco: *Canto a España*; E. Barrios: *Páginas de un pobre diablo.* En Caracas se edita la revista *Fantoches*.

1924 Un grupo anarcosindicalista promueve la fundación del Sindicato General de Trabajadores en Panamá. La CGT organiza una gran huelga textil en México. Se editan en México, *Nueva Solidaridad Obrera*; en Monterrey, *Alba Anárquica*; en Guadalajara, *Verbo Rojo*; en Avellaneda, *Renovación*; en Santa Fe, *Orientación*; en Montevideo, *El Sembrador* y la revista *Ahora*. Se estrena el drama de González Pacheco *Hermano Lobo*. Oiticica escribe en la cárcel *A Doutrina Anarquista ao Alcance de Todos*. Se publican dos dramas sociales: *Tierra y Libertad* y *Verdugos y Víctimas*, y un libro de cuentos, *Rayos de luz*, de R. Flores Magón.

Calles presidente de México; Ayala, de Paraguay; G. Córdova, de Ecuador; Chiari, de Panamá, R. Jiménez, de Costa Rica; H. Vásquez, de R. Dominicana. Concesiones petroleras a empresas norteamericanas en Venezuela.

Pablo Neruda: *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*; Ricardo Rojas: *Eurindia*; Benito Lynch: *El inglés de los güesos*; Conrado Nalé Roxlo: *El Grillo*; Fermín Estrella Gutiérrez: *El cántaro de plata*; Teresa de la Parra: *Ifigenia*; Eustacio Rivera: *La vorágine*; V. García Calderón: *La venganza del cóndor*; Tristán Maroff: *Suetonio Pimienta*; A. Arráiz: *Aspero*; González Lanuza: *Prismas*. Aparece en Buenos Aires la revista *Martín Fierro*.

1925 Los anarquistas promueven en Santiago de Chile una huelga de inquilinos. En Santa Marta (Colombia) se publica el periódico anarcosindicalista *Organización*. Se constituye la Confederación Nacional Obrera de Cuba, controlada por los anarquistas. La CGT mexicana apoya la gran huelga petrolera de El Aguila y las de los textiles del Valle de México, y los panaderos «rojos» del D.F. En Tucumán se publica *Tierra Libre*. Los anarquistas chilenos fundan la Federación Sindical, cuyo centro es la región nortina. Elías Castelnuovo publica *Entre los muertos*. En la *Revista Blanca* de Barcelona se discute el anarquismo de Vargas Vila.

H. Siles, presidente de Bolivia; G. Machado, de Cuba. En Venezuela se inaugura la carretera transandina y se reforma una vez más la Constitución nacional. Los apristas se reúnen en París. Se funda el P. Comunista en Cuba. Raúl Contreras: *La princesa está triste*; J.A. Ramos Sucre: *La torre de Timón*; Jorge L. Borges: *Inquisiciones*; R. Mariani: *Cuentos de oficina*; R. Jijena Sánchez: *Achalay*; L. de Greiff: *Tergiversaciones*; A. Hidalgo: *Simplismo*; Alfonsina Storni: *Ocre*; R. Gallegos: *La Trepadora*; Natalicio González: *Baladas Guaraníes*; Norah Lange: *La calle de la tarde*; Felisberto Hernández: *Fulano de Tal*; J. Vasconcelos: *La raza cósmica*.

1926 Los anarquistas bolivianos fundan la Federación Obrera Local (FOL) en La Paz. En Barranquilla sale *Vía Libre*; en Guatemala, *Orientación Sindicalista*. En esta última ciudad comienza a actuar el Comité Pro Acción Sindical, orientado por anarcosindicalistas. La C.G.T. mexicana, que comprende 108 sindicatos, 23 uniones, 13 grupos, 9 federaciones y 4 comunidades agrarias, realiza su quinto congreso, que hace profesión de anarco-comunismo. En Rosario sale *Libre Acuerdo*; en Buenos Aires, *La Piqueta* y *Bezviastie* (en húngaro); en Montevideo, *El Esfuerzo*. Elías Castelnuovo da a conocer su drama *Almas benditas*; Alvaro Yunque, sus cuentos *Barcos de papel* y *Zancadillas*.

Washington Luis, presidente de Brasil; M. Abadia Méndez, de Colombia; Isidro Ayora, de Ecuador; Adolfo Díaz, de Nicaragua. Sandino se levanta contra la ocupación

norteamericana. Católicos fanáticos inician en México la guerra de los cristeros. Agustín Acosta: *La Zafra;* G. Estrada: *Pero Galín*; Ricardo Güiraldes: *Don Segundo Sombra*; V. Martínez Cuitiño: *Café con leche*; A. Spelucín: *El libro de la nave dorada*; M. Rojas: *Hombres del sur*; L. Cardoza y Aragón: *Maelstrom*; R. González Tuñón: *El violín del diablo*; C. Mastronardi: *Tierra amanecida*; M. Briceño Iragorri: *Lecturas venezolanas*. En México se edita la revista *Horizontes*. Mariátegui publica la revista *Amauta* en Lima.

1927 La C.G.T. mexicana convoca una huelga general en apoyo de los ferrocarrileros. Protestas en toda América Latina por la ejecución de Sacco y Vanzetti. En Santa Fe se edita *La Obra*; en Colón (Argentina), *Abriendo Cancha*; en Cerro (Uruguay), *Luz y Vida*; en Montevideo, la revista bilingüe *Voluntad-Volontá*. Fernando del Intento publica *Libro del Hombre*; se estrena *A contramano* de González Pacheco; Florentino de Carvalho saca *Da Escravidão a Liberdade*.

C.I. Ibáñez, presidente de Chile; P. Romero Bosque, de El Salvador. En Guatemala surge la Liga Antiimperialista. Guerra cristera en México.
L. Barletta: *Royal Circo*; R. Arévalo Martínez: *Las rosas de Engaddi*; J. Garmendia: *La tienda de muñecos*; J. Torres Bodet: *Margarita de Niebla*; R. Molinari: *El imaginero*; J.R. Pocaterra: *Memorias de un venezolano de la decadencia*.

1928 La CGT mexicana apoya la huelga de los obreros textiles de Río Blanco y de los telefónicos de la Ericsson. La FORA realiza su décimo congreso en Buenos Aires con la asistencia de un centenar de sindicatos. Sale allí mismo la revista *Palote*, y en Punta Alta (Argentina) la revista mensual *Impulso*. En Colombia los anarquistas dirigen la gran huelga bananera de Magdalena y son abatidos en buena parte en la masacre de Ciénaga. González Pacheco estrena el drama *El hombre de la plaza pública*; Elías Castelnuovo, *En nombre de Cristo*.

Obregón reelegido presidente de México; Machado reelegido presidente de Cuba. Revuelta estudiantil contra la dictadura en Caracas: muchos universitarios encarcelados. Nueva Constitución en Venezuela. Segunda presidencia de Yrigoyen en Argentina.
Macedonio Fernández: *No toda es vigilia la de los ojos abiertos*; M.L. Guzmán: *El águila y la serpiente*; Jenaro Prieto: *El socio*; J. Edwards Bello: *El chileno en Madrid*; R. Blanco Fombona: *Tragedias grotescas*; R.G. González Tuñón: *Miércoles de ceniza*; J.C. Mariátegui: *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*.

1929 Una parte de los sindicatos de la CROM pasa a la C.G.T., cuyos afiliados llegan a 80.000. Sale en Buenos Aires la revista *Elevación*. Los anarcosindicalistas del Brasil se agrupan en la CNT, afiliado a la ACAT, que ese año se había constituido en Buenos Aires. Ghiraldo publica su obra *Yanquilandia bárbara*.

Ortiz Rubio, presidente de México; Moncada, de Nicaragua; Mejía Colindres, de Honduras; Leguía, de nuevo, de Perú. En Venezuela, Delgado Chalbaud invade por Cumaná y Urbina por Coro; Gabaldón se levanta en Portuguesa y Borges en Miranda, pero todos fracasan.
Armando Discépolo: *Stéfano*; Ricardo Miró: *Caminos silenciosos*; J.A. Ramos Sucre: *El cielo de esmalte*; *Las formas del fuego*; R. Gallegos: *Doña Bárbara*; Teresa de la Parra: *Memorias de Mamá Blanca*; R. Arlt: *Los siete locos*; A. Orrego: *El monólogo eterno*; Pereda Valdés: *Raza negra*.

1930 En San Salvador funciona el Centro Sindical Libertario. La FORA cuenta más de 100.000 afiliados. La dictadura de Uriburu desencadena una feroz persecución contra los anarquistas en Argentina y fusila en Rosario a Joaquín Penina. Centenares de militantes son desterrados o confinados en Ushuaia. En Santa Fe se publica clandestinamente *Verbo Prohibido*. Se funda la Confederación Obrera Regional Boliviana, cuyo órgano oficial es *La Protesta*. Los anarcosindicalistas de la Federação Operária de São Paulo promueven una larga huelga textil y muchos de ellos son encarcelados. Elías Castelnuovo publica su novela *Carne de cañón*; D.A. de Santillán, *El movimiento anarquista en la Argentina*.

Golpe militar de J.F. Uriburu contra Yrigoyen en Argentina. Getulio Vargas, presidente de Brasil; J. Guaggiari, de Paraguay; E. Olaya Herrera, de Colombia; Stenio Vincent, de Haiti; R.L. Trujillo, de Rep. Dominicana. Se funda el APRA en Perú. En Bolivia cae el presidente Siles. Sánchez Cerro derroca a Leguía en Perú.
Justo P. Sáenz (h): *Baguales*; Ricardo Molinari: *Panegírico*; H. Robleto: *Sangre en el trópico;* A. Alvarez Lleras: *Ayer, nada más*; M.A. Asturias: *Leyendas de Guatemala*; G. Casaccia: *Hombres, mujeres y fantoches*; Drummond de Andrade: *Alguna poesía*.

1931 La Federación Obrera de La Habana, anarquista, promueve la huelga de viveristas, que dura más de siete meses, y apoya la huelga de tranviarios, que persiste un mes y medio. Algunos dirigentes de la CGT aceptan el nuevo Código de Trabajo promulgado por Ortiz Rubio, pero otros, como Huitrón, se oponen a él. En Buenos Aires son fusilados por la dictadura Severino Di Giovanni y Paulino Scarfó. Un grupo anarcosindicalista funda en Chile la Confederación General de Trabajadores (CGT). En el sindicato petrolero clandestino de Venezuela (SAMOP) predominan tendencias anarquistas.
Jorge Ubico, dictador de Guatemala. Séptima reforma constitucional del gobierno de Gómez en Venezuela.
Arturo Capdevila: *Las vísperas de Caseros*; Scalabrini Ortiz: *El hombre que está solo y espera*; H. Rega Molina: *Azul de mapa*; A. Hernández Catá: *Manicomio*; N. Guillén: *Sóngoro Cosongo*; J. Marín Cañas: *Memorias de un hombre triste*; A. Carpentier: *Ecué-Yamba-O!*; A. Uslar Pietri: *Las lanzas coloradas*; R. Arciniega: *Engranajes*; R. Arlt: *Los lanzallamas*.

1932 Se reúne en Rosario un Congreso Anarquista Nacional, del cual surge el Comité Regional de Relaciones Anarquistas (CORA). La FORA reinicia actividades; *La Protesta*, bajo la dirección de Santillán, inicia una nueva etapa. Se publica el libro *Reconstrucción social-Bases para una nueva edificación económica argentina* de D.A. de Santillán y Juan Lazarte.

Agustín P. Justo, presidente de Argentina: Juan E. Montero, de Chile; Eusebio Ayala, de Paraguay; Abelardo Rodríguez, de México. Guerra del Chaco entre Paraguay y Bolivia.
E. Acevedo Díaz: *Ramón Hazaña*; E. Larreta: *El linyera*; R. Arlt: *El amor brujo*; G. Arciniegas: *El estudiante de la mesa redonda*.

1933 La Federación obrera de La Habana apoya la huelga general contra Machado (con oposición de los comunistas). La Federación de Grupos Anarquistas de Cuba publica un manifiesto contra la dictadura. Empieza a publicarse *Acción Libertaria*

en Buenos Aires. Santillán publica *La FORA*; Fernando Santiván, *Confesiones de Enrique Samaniego.*

Dictadura de Tiburcio Carías en Honduras. Revolución de los sargentos en Cuba: F. Batista. Pacto Roca-Runciman entre Argentina y Gran Bretaña. Se retiran de Haití las tropas yanquis. Golpe de Estado de G. Terra en Uruguay.
Ricardo Rojas: *El Santo de la espada*; Arturo Capdevila: *La santa furia del padre Castañeda*; E. Martínez Estrada: *Radiografía de la pampa*; C. Uribe Piedrahita: *Toá*; Salarrué: *Cuentos de barro*; A. Pareja Díez-Canseco: *El muelle*; F. Espinola: *Sombras sobre la tierra*; R. Arlt: *El jorobadito.*

1934 Se edita en Buenos Aires la revista *Nervio.* Elías Castelnuovo publica su libro *Vidas proletarias*; María Lacerda de Moura, *Fraternidade na Escola.*

Lázaro Cárdenas, presidente de México; Velasco Ibarra, de Ecuador. Movimiento revolucionario de Prestes en Río de Janeiro. Nueva constitución uruguaya con poder ejecutivo fuerte.
A. Malfatti y N. de las Llanderas: *Así es la vida*; G. Meneses: *La balandra Isabel llegó esta tarde*; J. Fabbiani Ruiz: *Valle hondo*; J. de la Cuadra: *Los Sangurimas*; J. Icaza: *Huasipungo*; E. Amorim: *El paisano Aguilar.*

1935 Los anarquistas cubanos participan en la lucha contra la nueva dictadura de Batista. Se reúne clandestinamente en La Plata el segundo Congreso Anarquista Nacional, del cual surge la Federación Anarco-Comunista Argentina (FACA). José Portogallo publica *Tregua.*

Muere J.V. Gómez y le sucede E. López Contreras como presidente de Venezuela. Concluye la Guerra del Chaco: gestión del canciller argentino Saavedra Lamas.
E. Mallea: *Historia de una pasión argentina*; J.L. Borges: *Historia universal de la infamia, Ficciones*; R. Gallegos: *Canaima*; F. Henao Toro: *Eugeni la pelotari*; J.A. Ramos: *La leyenda de las estrellas*; Juan Bosch: *Indios*; B. Arias Trujillo: *Risaralda*; Ciro Alegría: *La serpiente de oro*; José María Arguedas: *Agua.*

1936 Varios militantes anarquistas argentinos, uruguayos, mexicanos, etc., acuden a colaborar con la CNT-FAI y a luchar contra el fascismo en España. Se fundan en Buenos Aires la «Solidaridad Internacional Antifascista» y la «Comisión de Ayuda al Pueblo español». Se edita la segunda serie de *Carteles* de González Pacheco y se estrena su drama *Compañeros.* Alvaro Yunque escribe *España 1936.* D.A. de Santillán, *El organismo económico de la revolución.* Se publican los artículos sociales de González Prada en un volumen titulado *Anarquía.*

D. Toro, presidente de Bolivia. Golpe febrerista en Paraguay: R. Franco, presidente. Dictadura de Somoza en Nicaragua. En Buenos Aires se reúne la Conferencia Interamericana. En Caracas se fundan ORVE y PRP.
J. José Morosoli: *Los albañiles de «Los Tapes»*; José Rubén Romero: *Mi caballo, mi perro y mi rifle*; Agustín Acosta: *Los camellos distantes*; Alcides Greca: *La pampa gringa*; Samuel Eichelbaum: *El gato y su selva*; R. Arlt: *El fabricante de fantasmas*; J.L. Borges: *Historia de la eternidad*; R. Díaz Sánchez: *Mene*; A. Céspedes: *Sangre de mestizos.*

1937 La FACA edita la revista *Documentos Históricos de España*. González Pacheco funda en Barcelona la «Compañía de teatro del pueblo».

Nueva Constitución y «Estado Novo» en Brasil. G. Bush, dictador de Bolivia. Ley de Defensa Social en Perú.
César Tiempo: *Pan criollo*; M. Latorre: *Hombres y zorros*; J. Lezama Lima: *Muerte de Narciso*; Max Jiménez: *El jaul*; Octavio Paz: *Raíz del hombre*; A. Guzmán: *Prisionero de guerra*.

1938 Se reúne el primer congreso de la FACA (después del congreso fundacional). Ghiraldo publica *Cancionero libertario*. Aparecen los *Carteles de España* de González Pacheco.

Roberto M. Ortiz, presidente de Argentina; Aguirre Cerda, de Chile.
Arturo Capdevila: *Las invasiones inglesas*; L. Marechal: *Cinco poemas australes*; L. Lugones: *Romances del Río Seco*; F.L. Bernárdez: *La ciudad sin Laura*; Gabriela Mistral: *Tala*; E. Aguiar: *Eusebio Sapote*.

1939 Los anarquistas latinoamericanos condenan la agresión nazi y se pronuncian contra toda forma de totalitarismo. Aparece en Buenos Aires, publicado por la FACA, el libro de Lazarte y Maguid, *Definición de la guerra*.

J.F. Estigarribia, presidente de Paraguay; M. Prado Ugarte, de Perú.
Ricardo Rojas: *Ollantay*; S. Nolasco: *Cuentos del sur*; X. Villaurutia: *Nostalgia de la muerte*; M. Otero Silva: *Fiebre*.

1940 Aparece en Buenos Aires la revista *Hombre de América*, de orientación libertaria pero abierta a todos los escritores antifascistas. Se reúne el segundo congreso de la FACA.

E. Peñaranda, presidente de Bolivia; H. Morínigo, de Paraguay; Avila Camacho, de México; C.A. Arroyo del Río, de Ecuador; F. Batista, de Cuba.
José Gaos: *Dos ideas de la filosofía*; E. Martínez Estrada: *La cabeza de Goliath*; T. Carella: *Don Basilio mal casado*; E. Mallea: *La bahía del silencio*; L. Marechal: *Sonetos a Sophía*; A. Bioy Casares: *La invención de Morel*.

INDICE

ANARQUISMO LATINOAMERICANO, por *Angel J. Cappelletti* IX
CRITERIO DE ESTA EDICIÓN CCXVII

Diego Abad de Santillán
EL ESTADO Y LA LIBERTAD 3

Diego Abad de Santillán
EL ORGANISMO ECONOMICO DE LA REVOLUCION 5
Capítulo I 5
Capítulo II 9
Capítulo III 14
Capítulo IV 18
Capítulo V 22
Capítulo VI 27
Capítulo VII 34

Diego Abad de Santillán
APUNTES PARA UNA PROBLEMATICA DEL ANARQUISMO 43

Diego Abad de Santillán
LA INTELIGENCIA Y LA REVOLUCION
DE LA JUSTICIA Y DE LA LIBERTAD 49

Emilio López Arango
DOCTRINA, TACTICAS Y FINES DEL MOVIMIENTO OBRERO 59
La resistencia al capitalismo 59
Las ideas y los sistemas 61
La manía innovadora 63
Medios de lucha 65
La virtud milagrosa del sindicalismo 67
Sindicalismo revolucionario 70

Sindicalismo y anarquismo 72
El movimiento obrero y las divergencias doctrinarias 74
Influencias marxistas en el movimiento obrero 78
La oposición al marxismo en el movimiento obrero 80
Partidos y sindicatos 87
La defensa de las conquistas políticas y económicas 88
Acción gremial y propaganda anarquista 90
El anarquismo y la organización obrera 93
Comunalismo y sindicalismo 95
Anarquismo y comunismo 99
Reformismo apolítico 102
Ficciones y realidades 105
Anarquismo y unidad de clases 108
Las ideas y los hechos 110
El valor de las conquistas inmediatas 112
La ética del movimiento obrero 115

Alberto Ghiraldo
MADRE ANARQUIA 117

Rodolfo González Pacheco
CARTELES 119
Los compañeros 119
¿Qué esperan? 120
España 121
Durruti 122
¡A por todo! 123
El segundo día 124
Barcelona 125
«La contrarrevolución en España» 126
¡Coño! 127
La revolución 127
El héroe 128
Consigna gaucha 129
Antifascismo 130
«Vanguardia y retaguardia de Aragón» 131
"El Estado, la revolución y la guerra" 132
Los nuestros 133
Santa Cruz 134
Anarquismo 138
Sentido de la cultura 145

ACUERDO DEL QUINTO CONGRESO DE LA F.O.R.A. 153

Teodoro Antilli
LUCHA DE CLASES Y LUCHA SOCIAL 154

Jacobo Prince
PRESENCIA Y FINES DEL MOVIMIENTO LIBERTARIO 156

LIBERALISMO, DEMOCRACIA Y SOCIALISMO LIBERTARIO 163

Luis Di Filippo
NACIONALISMO Y CULTURA 169
Cultura Nacional 169
Polémica 170
Nacional y popular 172
La dependencia 172
Tendencia autoritaria 173
La paradoja de Bariloche 174
Conclusión 174

Luis Di Filippo
EL FETICHISMO DEL PODER 175
La experiencia autoritaria 177
Una identificación sofisticada 180
Los conversos neosocialistas 185

Luis Di Filippo
TEORIA DEL FEDERALISMO 188

Florencio Sánchez
CARTAS DE UN FLOJO
¡Orientales y basta! 193
No creo en ustedes 196
Idolos gauchos 198

Florencio Sánchez
APENDICE: Ciencia política 201

Florencio Sánchez
EL CAUDILLAJE CRIMINAL EN SUDAMERICA
(ENSAYO DE PSICOLOGIA)
João Francisco 202
El degüello 204
Las revoluciones 206
El caudillo 209
El campamento de Caty 211
En resumen 213

FEDERACION OBRERA REGIONAL URUGUAYA (FORU) TEXTOS 214
Declaración de pacto y solidaridad 214
Medios de organización 217
Consideraciones 218

Luce Fabbri
MAS SOBRE LA DEMOCRACIA 219
¿Reformismo? 221
Los problemas son como las guindas 224
Estado democrático y mentalidad democrática 225
El concepto de revolución 226

MANIFIESTO ANARQUISTA 228

Rafael Barrett
MORALIDADES ACTUALES. ENSAYOS-CONFERENCIAS
Buenos Aires 234
Mi hijo 234
Un monstruo 235
Lynch 236
La huelga 237
Un dios que se va 238
El derecho a la huelga 239
La beneficencia 241
Intelectual 242
Insubordinación 244
Filosofía del altruismo 245
La tierra. Primera Conferencia a los Obreros Paraguayos 246
La huelga. Segunda Conferencia a los Obreros Paraguayos 253
El problema sexual. Tercera Conferencia a los Obreros Paraguayos 257
261

Francisco Pezoa
CANTO DE LA PAMPA 265

Manuel González Prada
ANARQUIA
La anarquía 266
Fiesta Universal 266
El deber anárquico 268
El estado 270
La autoridad 276
El comienzo 278
El sable 279
Cambio de táctica 280
Cosechando el fruto 282
En Barcelona 285
El intelectual y el obrero 287
Ferocidad teutónica 288
El Primero de mayo 294
Necedades 295
En la libre Inglaterra 296
Socialismo y anarquía 298
Las huelgas 299
Rebelión del soldado 300
Primero de mayo 301
Utilidad de los rebeldes 302
Antipolíticos 303
La revolución 304
José Nackens 305
Primero de mayo 307
La acción individual 309
En España 310
313

El crimen de Chicago 314
La policía 316
Luisa Michel 319
Las dos patrias 320
El primero de mayo 322
Fermín Salvochea 323
El individuo 324
La Comuna de París 327
Primero de mayo 328
La fuerza 329

Fabio Luz
NOSOTROS Y LOS OTROS 332
Como presentación 332
Camaradas 332

José Oiticica
CONJETURAS PRACTICAS DE UNA ORGANIZACION SOCIAL ANARQUISTA 342

Emiliano Zapata y otros
PLAN DE AYALA Y OTROS TEXTOS 345
Plan de Ayala 345
Reformas al Plan de Ayala 349
Manifiesto de Emiliano Zapata a la Nación 350

Ricardo Flores Magón y otros
DOCUMENTOS DEL PARTIDO LIBERAL 355
Plan del Partido Liberal 355
Programa del Partido Liberal 368
Manifiesto del Partido Liberal Mexicano 376

Ricardo Flores Magón
REGENERACION 383
A los proletarios 383
El derecho de rebelión 386
A la mujer 387
La cadena de los libres 390
La Revolución 394
El gobierno y la revolución económica 396
Los jefes 398
Zapata y Villa 399
¡Muera la propiedad individual! 400
Carranza se despoja de la piel de oveja 403

Práxedis G. Guerrero
ARTICULOS DE COMBATE 415
Pasividad y rebeldía 415
Aniversario 416
Algo más 417

El interés verdadero del burgués y del proletario 419
La inconveniencia de la gratitud 420
Impulsemos la enseñanza racionalista 422
El argumento de Filogonio 424
Trabajando 426
Programa de la Liga Pan-Americana de Trabajo 428
La mujer 431

ASOCIACION CONTINENTAL DE TRABAJADORES 436
Orden del dia 438
Declaración de principios 438

Max Nettlau
CARTA ABIERTA SOBRE LA SIGNIFICACION DEL CONGRESO OBRERO LIBERTARIO AMERICANO 448

CRONOLOGÍA 457

TITULOS PUBLICADOS

1
SIMON BOLIVAR
Doctrina del Libertador
Prólogo: Augusto Mijares
Selección, notas y cronología:
Manuel Pérez Vila

2
PABLO NERUDA
Canto General
Prólogo, notas y cronología:
Fernando Alegría

3
JOSE ENRIQUE RODO
Ariel-Motivos de Proteo
Prólogo: Carlos Real de Azúa
Edición y cronología: Angel Rama

4
JOSE EUSTASIO RIVERA
La Vorágine
Prólogo y cronología: Juan Loveluck
Variantes:
Luis Carlos Herrera Molina, S.J.

5-6
INCA GARCILASO DE LA VEGA
Comentarios Reales
Prólogo, edición y cronología:
Aurelio Miró Quesada

7
RICARDO PALMA
Cien Tradiciones Peruanas
Selección, prólogo y cronología:
José Miguel Oviedo

8
Teatro Rioplatense
Prólogo: David Viñas
Compilación y cronología:
Jorge Lafforgue

9
RUBEN DARIO
Poesía
Prólogo: Angel Rama
Edición: Ernesto Mejía Sánchez
Cronología: Julio Valle-Castillo

10
JOSE RIZAL
Noli Me Tangere
Prólogo: Leopoldo Zea
Edición y cronología: Márgara Russotto

11
GILBERTO FREYRE
Casa-Grande y Senzala
Prólogo y cronología: Darcy Ribeiro
Traducción: Benjamín de Garay y
Lucrecia Manduca

12
DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO
Facundo
Prólogo: Noé Jitrik
Notas y cronología:
Susana Zanetti y Nora Dottori

13
JUAN RULFO
Obra Completa
Prólogo y cronología: Jorge Ruffinelli

14
MANUEL GONZALEZ PRADA
Páginas Libres-Horas de Lucha
Prólogo y notas: Luis Alberto Sánchez

15
JOSE MARTI
Nuestra América
Prólogo: Juan Marinello
Selección y notas: Hugo Achúgar
Cronología: Cintio Vitier

16
SALARRUE
El Angel del Espejo
Prólogo, selección, notas y cronología:
Sergio Ramírez

17
ALBERTO BLEST GANA
Martín Rivas
Prólogo, notas y cronología:
Jaime Concha

18
ROMULO GALLEGOS
Doña Bárbara
Prólogo: Juan Liscano
Notas, variantes, cronología y bibliografía:
Efraín Subero

19
MIGUEL ANGEL ASTURIAS
Tres Obras (Leyendas de Guatemala, El Albajadito y El Señor Presidente)
Prólogo: Arturo Uslar Pietri
Notas y cronología: Giuseppe Bellini

20
JOSE ASUNCION SILVA
Obra Completa
Prólogo: Eduardo Camacho Guizado
Edición, notas y cronología: Eduardo Camacho Guizado y Gustavo Mejía

21
JUSTO SIERRA
Evolución Política del Pueblo Mexicano
Prólogo y cronología:
Abelardo Villegas

22
JUAN MONTALVO
Las Catilinarias y Otros Textos
Selección y prólogo: Benjamín Carrión
Cronología y notas:
Gustavo Alfredo Jácome

23-24
Pensamiento Político de la Emancipación (1790-1825)
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología:
José Luis Romero y
Luis Alberto Romero

25
MANUEL ANTONIO DE ALMEIDA
Memorias de un Sargento de Milicias
Prólogo y notas: Antonio Cándido
Cronología: Laura de Campos Vergueiro
Traducción: Elvio Romero

26
Utopismo Socialista (1830-1893)
Prólogo, compilación, notas y cronología: Carlos M. Rama

27
ROBERTO ARLT
Los Siete Locos-Los Lanzallamas
Prólogo, vocabulario, notas y cronología: Adolfo Prieto

28
Literatura del México Antiguo
Edición, compilación, estudios introductorios, versión de textos y cronología: Miguel León-Portilla

29
Poesía Gauchesca
Prólogo: Angel Rama
Selección, notas, vocabularios y cronología: Jorge B. Rivera

30
RAFAEL BARRETT
El Dolor Paraguayo
Prólogo: Augusto Roa Bastos
Selección y notas: Miguel A. Fernández
Cronología: Alberto Sato

31
Pensamiento Conservador (1815-1898)
Prólogo: José Luis Romero
Compilación, notas y cronología: José Luis Romero y Luis Alberto Romero

32
LUIS PALES MATOS
Poesía Completa y Prosa Selecta
Edición, compilación, prólogo y cronología: Margot Arce de Vázquez

33
JOAQUIM M. MACHADO DE ASSIS
Cuentos
Prólogo y selección: Alfredo Bosi
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Santiago Kovadloff

34
JORGE ISAACS
María
Prólogo, notas y cronología: Gustavo Mejía

35
JUAN DE MIRAMONTES Y ZUAZOLA
Armas Antárticas
Prólogo y cronología: Rodrigo Miró

36
RUFINO BLANCO FOMBONA
Ensayos Históricos
Prólogo: Jesús Sanoja Hernández
Selección y cronología: Rafael Ramón Castellanos

37
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA
La Utopía de América
Prólogo: Rafael Gutiérrez Girardot
Compilación y cronología: Angel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot

38
JOSE M. ARGUEDAS
Los Ríos Profundos y Cuentos Selectos
Prólogo: Mario Vargas Llosa
Cronología: E. Mildred Merino de Zela

39
La Reforma Universitaria (1918-1930)
Selección, prólogo y cronología: Dardo Cúneo

40
JOSE MARTI
Obra Literaria
Prólogo, notas y cronología: Cintio Vitier

41
CIRO ALEGRIA
El Mundo es Ancho y Ajeno
Prólogo y cronología: Antonio Cornejo Polar

42
FERNANDO ORTIZ
Contrapunteo Cubano del Tabaco y el Azúcar
Prólogo y cronología: Julio Le Riverend

43
FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
Ideario Político
Selección, prólogo, notas y cronología: Edmundo O'Gorman

44
FRANCISCO GARCIA CALDERON
Las Democracias Latinas-La Creación de un Continente
Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología: Angel Rama
Traducción: Ana María Guilliand

45
MANUEL UGARTE
La Nación Latinoamericana
Compilación, prólogo, notas y cronología: Norberto Galasso

46
JULIO HERRERA Y REISSIG
Poesía Completa y Prosa Selecta
Prólogo: Idea Vilariño
Edición, notas y cronología: Alicia Migdal

47
Arte y Arquitectura del Modernismo Brasileño (1917-1930)
Compilación y prólogo: Aracy Amaral
Cronología: José Carlos Serroni
Traducción: Marta Traba

48
BALDOMERO SANIN CANO
El Oficio del Lector
Compilación, prólogo y cronología: J. Gustavo Cobo Borda

49
LIMA BARRETO
Dos Novelas (Recuerdos del Escribiente Isaías Caminha y El Triste Fin de Policarpo Quaresma)
Prólogo y cronología: Francisco de Assis Barbosa
Traducción y notas: Haydée Jofre Barroso

50
ANDRES BELLO
Obra Literaria
Selección y prólogo: Pedro Grases
Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta

51
Pensamiento de la Ilustración
(Economía y sociedad iberoamericana en el siglo XVIII)
Compilación, prólogo, notas y cronología: José Carlos Chiaramonte

52
JOAQUIN M. MACHADO DE ASSIS
Quincas Borba
Prólogo: Roberto Schwarz
Cronología: Neusa Pinsard Caccese
Traducción: Juan García Gayo

53
ALEJO CARPENTIER
El Siglo de las Luces
Prólogo: Carlos Fuentes
Cronología: Araceli García Carranza

54
LEOPOLDO LUGONES
El Payador y Antología de Poesía y Prosa
Prólogo: Jorge Luis Borges (con la colaboración de Bettina Edelberg)
Selección, notas y cronología: Guillermo Ara

55
MANUEL ZENO GANDIA
La Charca
Prólogo, notas y cronología: Enrique Laguerre

56
MARIO DE ANDRADE
Obra Escogida (Novela, cuento, ensayo, epistolario)
Selección, prólogo y notas: Gilda de Mello e Souza
Cronología: Gilda de Mello e Souza y Laura de Campos Vergueiro
Traducción: Santiago Kovadloff y Héctor Olea

57
Literatura Maya
Compilación, prólogo y notas: Mercedes de la Garza
Cronología: Miguel León-Portilla
Traducciones: Adrián Recinos, Alfredo Barrera y Mediz Bolio

58
CESAR VALLEJO
Obra Poética Completa
Edición, prólogo, notas y cronología: Enrique Ballón

59
Poesía de la Independencia
Compilación, prólogo, notas y cronología: Emilio Carilla
Traducciones: Ida Vitale

60
ARTURO USLAR PIETRI
Las Lanzas Coloradas y Cuentos Selectos
Prólogo y cronología: Domingo Miliani

61
CARLOS VAZ FERREIRA
Lógica Viva-Moral para Intelectuales
Prólogo: Manuel Claps
Cronología: Sara Vaz Ferreira

62
FRANZ TAMAYO
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología: Mariano Baptista Gumucio

63
GUILLERMO ENRIQUE HUDSON
La Tierra Purpúrea-Allá lejos y Hace Tiempo
Prólogo y cronología: Jean Franco
Traducciones: Idea Vilariño

64
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia General de las Indias y Vida de Hernán Cortés
Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

65
FRANCISCO LOPEZ DE GOMARA
Historia de la Conquista de México
Prólogo y cronología: Jorge Gurría Lacroix

66
JUAN RODRIGUEZ FREYLE
El Carnero
Prólogo, notas y cronología: Darío Achury Valenzuela

67
Tradiciones Hispanoamericanas
Compilación, prólogo y cronología: Estuardo Núñez

68
Proyecto y Construcción de una Nación
(Argentina 1846-1880)
Compilación, prólogo y cronología: Tulio Halperin Donghi

69
JOSE CARLOS MARIATEGUI
7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana
Prólogo: Aníbal Quijano
Notas y cronología: Elizabeth Garrels

70
Literatura Guaraní del Paraguay
Compilación, estudios introductorios, notas y cronología: Rubén Bareiro Saguier

71-72
Pensamiento Positivista Latinoamericano
Compilación, prólogo y cronología: Leopoldo Zea

73
JOSE ANTONIO RAMOS SUCRE
Obra Completa
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología: Sonia García

74
ALEJANDRO DE HUMBOLDT
Cartas Americanas
Compilación, prólogo, notas y cronología: Charles Minguet

75-76
FELIPE GUAMAN POMA DE AYALA
Nueva Corónica y Buen Gobierno
Transcripción, prólogo, notas y cronología: Franklin Pease

77
JULIO CORTAZAR
Rayuela
Prólogo y cronología: Jaime Alazraki

78
Literatura Quechua
Compilación, prólogo, traducciones, notas y cronología: Edmundo Bendezú Aibar

79
EUCLIDES DA CUNHA
Los Sertones
Prólogo, notas y cronología: Walnice Nogueira Galvao
Traducción: Estela Dos Santos

80
FRAY BERNARDINO DE SAHAGUN
El México Antiguo
Edición, prólogo y cronología:
José Luis Martínez

81
GUILLERMO MENESES
Espejos y Disfraces
Selección y prólogo: José Balza
Cronología: Salvador Tenreiro
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

82
JUAN DE VELASCO
Historia del Reino de Quito
Edición, prólogo, notas y cronología:
Alfredo Pareja Diezcanseco

83
JOSE LEZAMA LIMA
El Reino de la Imagen
Selección, prólogo y cronología:
Julio Ortega

84
OSWALD DE ANDRADE
Obra Escogida
Selección y prólogo: Haroldo
de Campos
Cronología: David Jackson
Traducciones: Héctor Olea, Santiago
Kovadloff, Márgara Russotto

85
Narradores Ecuatorianos del 30
Prólogo: Jorge Enrique Adoum
Selección y cronología:
Pedro Jorge Vera

86
MANUEL DIAZ RODRIGUEZ
Narrativa y Ensayo
Selección y prólogo: Orlando Araujo
Cronología: María Beatriz Medina
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

87
CIRILO VILLAVERDE
Cecilia Valdés
Prólogo, notas y cronología:
Iván Schulman

88
HORACIO QUIROGA
Cuentos
Selección y prólogo:
Emir Rodríguez Monegal
Cronología: Alberto Oreggioni

89
FRANCISCO DE SANTA CRUZ Y
ESPEJO
Obra Educativa
Edición, prólogo, notas y cronología:
Philip Astuto

90
ANTONIO JOSE DE SUCRE
De Mi Propia Mano
Selección y prólogo: J.L. Salcedo-
Bastardo
Cronología: Inés Quintero Montiel y
Andrés Eloy Romero

91
MACEDONIO FERNANDEZ
Museo de la Novela de la Eterna
Selección, prólogo y cronología:
César Fernández Moreno

92
JUSTO AROSEMENA
*Fundación de la Nacionalidad
Panameña*
Selecciones, prólogo, cronología y
bibliografía: Ricaurte Soler

93
SILVIO ROMERO
Ensayos Literarios
Selección, prólogo y cronología:
Antonio Cándido
Traducción: Jorge Aguilar Mora

94
JUAN RUIZ DE ALARCON
Comedias
Edición, prólogo, notas y cronología:
Margit Frenk

95
TERESA DE LA PARRA
Obra (Narrativa, ensayos, cartas)
Selección, estudio crítico y cronología: Velia Bosch
Teresa de la Parra: las voces de la palabra: Julieta Fombona
Bibliografía: Horacio Jorge Becco y Rafael Angel Rivas

96
JOSE CECILIO DEL VALLE
Obra Escogida
Selección, prólogo y cronología: Jorge Mario García Laguardia

97
EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Moral Social-Sociología
Prólogo y cronología: *Manuel Maldonado-Denis*

98
JUAN DE ESPINOSA MEDRANO
Apologético
Selección, prólogo y cronología: Augusto Tamayo Vargas

99
AMADEO FREZIER
Relación del Viaje por el Mar del Sur
Prólogo: Gregorio Weinberg
Traducción, notas y cronología: Miguel A. Guerin

100
FRANCISCO DE MIRANDA
América Espera
Selección y prólogo: J. L. Salcedo-Bastardo
Cronología: Manuel Pérez Vila y Josefina Rodríguez de Alonso

101
MARIANO PICON SALAS
Viejos y Nuevos Mundos
Selección, prólogo y cronología: Guillermo Sucre
Bibliografía: Rafael Angel Rivas Dugarte

102
TOMAS CARRASQUILLA
La Marquesa de Yolombó
Prólogo: Jaime Mejía Duque
Edición y cronología: Kurt L. Levy

103
NICOLAS GUILLEN
Las Grandes Elegías y Otros Poemas
Selección, prólogo, notas y cronología: Angel Augier

104
RICARDO GÜIRALDES
Don Segundo Sombra-Prosas y Poemas
Selección, estudios y cronología: Luis Harss y Alberto Blasi

105
LUCIO V. MANSILLA
Una Excursión a los Indios Ranqueles
Prólogo, notas y cronología: Saúl Sosnowski

106
CARLOS DE SIGÜENZA Y GONGORA
Seis Obras
Prólogo: Irving A. Leonard
Edición, notas y cronología: William G. Bryant

107
JUAN DEL VALLE Y CAVIEDES
Obra Completa
Edición, prólogo, notas y cronología: Daniel R. Reedy

108-109-110
BARTOLOME DE LAS CASAS
Historia de Las Indias
Edición, prólogo, notas y cronología: Andrés Saint-Lu

111
MIGUEL OTERO SILVA
Casas Muertas, Lope de Aguirre, Príncipe de la Libertad
Prólogo: José Ramón Medina
Cronología y bibliografía: Efraín Subero

112
Letras de la Audiencia de Quito
Selección, prólogo y cronología:
Hernán Rodríguez Castelo

113
ROBERTO J. PAYRO
Obras
Selección, prólogo, notas
y cronología:
Beatriz Sarlo

114
ALONSO CARRIO DE
LA VANDERA
El Lazarillo de Ciegos Caminantes
Introducción, cronología y bibliografía:
Antonio Lorente Medina

115
Costumbristas Cubanos del Siglo XIX
Selección, prólogo, cronología y bibliografía: Salvador Bueno

116
FELISBERTO HERNANDEZ
Novela y Cuentos
Carta en mano propia: Julio Cortázar
Selección, notas, cronología y bibliografía: José Pedro Díaz

117
ERNESTO SABATO
Sobre Héroes y Tumbas
Prólogo: A. M. Vázquez Bigi
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

118
JORGE LUIS BORGES
Ficciones - El Aleph -
El Informe de Brodie
Prólogo: Iraset Páez Urdaneta
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

119
ANGEL RAMA
La Crítica de la Cultura en América Latina
Selección y prólogos:
Tomás Eloy Martínez y Saúl Sosnowski
Cronología y bibliografía:
Fundación Internacional Angel Rama

120
FERNANDO PAZ CASTILLO
Poesía
Selección, prólogo y cronología:
Oscar Sambrano Urdaneta
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

121
HERNANDO DOMINGUEZ CAMARGO
Obras
Selección y prólogo: Giovanni Meo Zilio
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco

122
VICENTE GERBASI
Obra Poética
Selección y prólogo: Francisco Pérez Perdomo
Cronología y bibliografía: Elí Galindo

123
AUGUSTO ROA BASTOS
Yo el Supremo
Prólogo, cronología y bibliografía:
Carlos Pacheco

124
ENRIQUE BERNARDO NUÑEZ
Novelas y Ensayos
Selección y prólogo:
Osvaldo Larrazábal Henríquez
Cronología y bibliografía:
Roberto Lovera De-Sola

125
SERGIO BUARQUE DE HOLANDA
Visión del Paraíso
Prólogo: Francisco de Assis Barbosa
Cronología: Arlinda de Rocha Nogueira
Bibliografía: Rosemarie Erika Horch
Traducción del texto de Sergio Buarque de Holanda:
Estela dos Santos
Traducción del prólogo y la cronología:
Agustín Martínez

126
MARIO BRICEÑO-IRAGORRY
Mensaje sin Destino y Otros Ensayos
Selección: Oscar Sambrano Urdaneta
Prólogo: Mario Briceño-Iragorry
Cronología: Elvira Macht
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

127-128
JOSE RAFAEL POCATERRA
Memorias de un Venezolano de la Decadencia
Prólogo y cronología:
Jesús Sanoja Hernández
Bibliografía:
Roberto Lovera De-Sola

129
FRANCISCO BILBAO
El Evangelio Americano
Selección, prólogo y bibliografía:
Alejandro Witker
Cronología: Leopoldo Benavides

130
JUAN MARINELLO
Obras Martianas
Selección y prólogo:
Ramón Losada Aldana
Cronología y bibliografía:
Trinidad Pérez y Pedro Simón

131
HUMBERTO DIAZ-CASANUEVA
Obra Poética
Selección, prólogo, cronología y bibliografía: Ana María del Re

132
Manifiestos, Proclamas y Polémicas de la Vanguardia Literaria Hispanoamericana
Edición, prólogo y bibliografía:
Nelson Osorio

133
Pensamiento Político de la Emancipación
Compilación, prólogo y cronología:
Pedro Grases

134
AUGUSTO CESAR SANDINO
Pensamiento Político
Selección, prólogo, notas, cronología y bibliografía:
Sergio Ramírez

135
LUIS ALBERTO SANCHEZ
La Vida del Siglo
Selección y prólogo:
Hugo García Salvatecci
Cronología y bibliografía:
Marlene Polo Miranda

136
EUGENIO MARIA DE HOSTOS
Obra Literaria Selecta
Selección, prólogo, cronología y bibliografía: Julio César López

137
Cancionero Rioplatense
Edición, prólogo, selección, notas, bibliografía y apéndices:
Clara Rey de Guido y Walter Guido

138
Relatos Venezolanos del Siglo XX
Selección, prólogo, notas y bibliografía: Gabriel Jiménez Emán

139
VENTURA GARCIA CALDERON
Obra Literaria Selecta
Prólogo: Luis Alberto Sánchez
Cronología y bibliografía:
Marlene Polo Miranda

140
Viajeros Hispanoamericanos
Selección, prólogo
y bibliografía: Estuardo Núñez

141
VICENTE HUIDOBRO
Obra Selecta
Selección, prólogo, notas, cronología y bibliografía:
Luis Navarrete Orta

142
JUAN CARLOS ONETTI
Novelas y Relatos
Prólogo, cronología y bibliografía:
Hugo Verani

143
SALVADOR GARMENDIA
Los Pequeños Seres. Memorias de Altagracia y Otros Relatos
Prólogo, cronología y bibliografía:
Oscar Rodríguez Ortiz.

144
PEDRO GRASES
Escritos Selectos
Presentación: Arturo Uslar Pietri.
Selección y prólogo: Rafael Di Prisco
Cronología y bibliografía:
Horacio Jorge Becco.

145
PEDRO GOMEZ VALDERRAMA
Más Arriba del Reino.
La Otra Raya del Tigre
Prólogo, cronología y
bibliografía: Jorge Eliécer Ruiz.

146
ANTONIA PALACIOS
Ficciones y Aflicciones
Selección y prólogo: Luis Alberto
Crespo
Cronología y bibliografía: Antonio
López Ortega.

147
JOSE MARIA HEREDIA
Niágara y Otros Textos
(Poesía y Prosa Selectas)
Selección, prólogo, cronología y bibliografía: Angel Augier.

148
GABRIEL GARCIA MARQUEZ
El Coronel no Tiene Quien le
Escriba.
Cien Años de Soledad.
Prólogo: Agustín Cueva
Cronología y bibliografía: Patricia
Rubio

149
CARLOS FUENTES
La Muerte de Artemio Cruz. Aura.
Prólogo: Jean Paul Borel
Cronología y bibliografía:
Wilfrido H. Corral

150
SIMON RODRIGUEZ
Sociedades Americanas
Prólogo: Juan David García Bacca
Edición y notas: Oscar Rodríguez
Ortiz
Cronología: Fabio Morales
Bibliografía: Roberto Lovera De-Sola

151
GUILLERMO CABRERA INFANTE
Tres Tristes Tigres
Prólogo y cronología: Guillermo Cabrera Infante
Bibliografía: Patricia Rubio

152
GERTRUDIS GOMEZ DE
AVELLANEDA
Obra Selecta
Selección, prólogo, cronología y
bibliografía: Mary Cruz

153
ISAAC J. PARDO
Fuegos Bajo el Agua
Prólogo: Juan David García Bacca
Cronología: Oscar Sambrano Urdaneta
Bibliografía: Horacio Jorge Becco

154
Poesía Colonial Hispanoamericana
Selección, prólogo
y bibliografía: Horacio Jorge Becco

Este volumen, el CLV de la BIBLIOTECA AYACUCHO, se terminó de imprimir en Caracas (Venezuela), en el mes de noviembre de 1990, en los Talleres de Editorial Ex Libris. La edición consta de 3.000 ejemplares (1.500 rústicos y 1.500 empastados)